

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE FILOLOGÍA**

**Departamento de Filología Hispánica II**



**TESIS DOCTORAL**

**La guerra de Marruecos en la narrativa española (1859-1927)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Juan José López Barranco

Director

Santos Sanz Villanueva

**Madrid, 2003**

ISBN: 978-84-669-0967-9

© Juan José López Barranco, 2000

**JUAN JOSÉ LÓPEZ BARRANCO**

**LA GUERRA DE MARRUECOS  
EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA (1859 - 1927)**

Tesis doctoral dirigida por el  
**Dr. Santos Sanz Villanueva**

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**Facultad de Filología**  
Departamento de Filología Hispánica II  
Curso 1998 - 1999



**LA GUERRA DE MARRUECOS EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA**  
**(1859-1927)**

**I**

**Para Loli, a pesar de todo.**

**También para mis padres.**

## ÍNDICE

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
<b>Agradecimientos</b> .....	3
<b>Introducción</b> .....	4

## PRIMERA PARTE

<b>Noticia de los conflictos militares de España en Marruecos</b> .....	13
<b>Notas</b> .....	74

## SEGUNDA PARTE

<b>Las guerras de Marruecos como materia narrativa</b> .....	87
I. Los precursores. Campaña de 1859-1860. ....	88
1. La novela. ....	89
2. El relato breve. ....	138
3. Los testimonios no novelescos. ....	147
Notas. ....	161
II. Dos campañas de tránsito: 1893 y 1909. ....	170
1. La guerra de Margallo. ....	171
2. El Barranco del Lobo y algo más. ....	184
Notas. ....	227
III. Del Protectorado a la pacificación. ....	232
1. La novelística. ....	233

1.1. La Legión. ....	242
1.2. El amor en la guerra. ....	326
1.3. El hombre en la guerra. ....	406
1.4. Descripciones de ambiente militar. ....	572
1.5. El rifleño. ....	619
1.6. Los episodios nacionales. ....	663
1.7. Humor, parodia y sátira de la guerra. ....	722
1.8. Melilla. ....	767
1.9. Biografías noveladas. ....	808
1.10. Miscelánea temática. ....	847
Notas. ....	927
2. Memoria de una guerra. ....	984
Notas. ....	1050
<b>Conclusiones.</b> ....	1054
<b>Bibliografía</b> ....	1081
<b>Apéndice de narradores.</b> ....	1120

### AGRADECIMIENTOS

Algunas instituciones y personas han cooperado de una u otra forma para que esta tesis pudiera llevarse a cabo, a todos ellos les expreso desde aquí mi sincero agradecimiento. Entre las primeras, debo mencionar al Ministerio de Educación y Cultura por la licencia de estudios que me concedió durante un curso académico para realizar labores de investigación. También al Instituto de Estudios Altoaragoneses, desde donde se me han facilitado algunos artículos de prensa que no había podido localizar en otros lugares.

En cuanto a las personas, doy las gracias a Vicente Moga Romero, quien desde el Archivo de la Ciudad Autónoma de Melilla se interesó por mi trabajo y me proporcionó algunos materiales. También he de expresar mi gratitud a José María Martínez Laseca por remitirme con amabilidad su libro J. A. Gaya Nuño y su tiempo, y a Luis Togores, que me brindó su colaboración abriéndome las puertas de la biblioteca de la Gran Peña de Madrid para que pudiera consultar sus fondos. Agradecimiento que en este caso hago extensivo al personal encargado de esa biblioteca por la diligencia con que atendieron mis requerimientos.

Entre todos aquellos que me han ayudado merece lugar destacado Antonio Carrasco González, de la Asociación Española de Africanistas, a quien agradezco no sólo los múltiples textos y atinadas informaciones que con absoluta generosidad me ha facilitado, sino sobre todo la cordial e impagable amistad que su trato y persona me han deparado.

Y una gratitud especial hacia Santos Sanz Villanueva, mi maestro en este terreno de los estudios literarios, quien con paciencia y dedicación ha ido abriéndome caminos, orientándome y estimulándome durante todo el largo proceso de gestación de esta tesis. Confío en que las siguientes páginas contribuyan a satisfacer en alguna medida sus muchos desvelos y esfuerzos.

## INTRODUCCIÓN

Los pretéritos enfrentamientos bélicos de España en Marruecos han constituido episodios fundamentales en el devenir de la vida nacional durante la primera parte del presente siglo. Este conflicto tuvo sus primeras manifestaciones durante la anterior centuria, pero ahonda sus raíces y adquiere magnitud de primer orden dentro de los problemas patrios en el siglo ya a punto de finalizar. De todo ello ha dejado puntual y abundante constancia la historiografía en su calidad de fedataria del pasado. No obstante, el ámbito de lo literario, que a la postre no suele ser ajeno a ningún acontecer político o social, y más si éste llega a alcanzar los niveles de conmoción nacional que algunas fases de tan dilatado conflicto produjeron, parecería, a un primer vistazo bibliográfico, que no hubiese puesto demasiado denuedo en recoger acontecer tan relevante. Esta apreciación la corrobora una simple consulta a los manuales o a las historias globales de nuestra literatura, donde el silencio al respecto se hace nota común y dominante. Pero si en este tipo de libros, por su carácter sintético, tal ausencia resulta comprensible, tampoco se muestran más explícitos la inmensa mayoría de los estudios monográficos o específicos sobre la creación poética o la cultura de esa o esas épocas, los cuales, con alguna poco difundida excepción, han mantenido casi idéntico mutismo al de aquellas otras obras, sin haber arrojado hasta el momento sino minúsculos retazos de luz sobre la cuestión. Podría pues pensarse que el mundo de las letras apenas reparó en tales sucesos, que vivió de espaldas a esta realidad. Nada más inexacto. Tan capitales hechos encontraron su hueco, y no escaso por cierto, en los territorios de la imaginación y la fábula. Sólo al tiempo transcurrido, de consuno con la por lo general más bien escuálida calidad artística de los productos, resulta atribuible ese olvido en que ha caído la evocación literaria de aquellos capítulos de la historia reciente de nuestro país.

He aquí, pues, el motivo primero de este trabajo: llevar a cabo una investigación bibliográfica con la intención de desempolvar aquellos textos que dentro del campo de la narrativa de ficción han recreado de una u otra manera las guerras de España en Marruecos.

Los primeros pasos que han desembocado en el presente estudio se encaminaron a adquirir una siquiera somera ilustración sobre los sucesos históricos, buscando documentación en fuentes bibliográficas de variada procedencia e incluso dentro de lo posible con dispares perspectivas ideológicas. Opción en absoluto baladí, por cuanto una de las iniciales apreciaciones que se advierten al acercarse a la materia la constituye las enfervorizadas pasiones que estas contiendas suscitaron en el pueblo español y las muy encontradas visiones que de tales hechos han ofrecido los tratadistas y estudiosos. De todo ello, aunque no constituya el objeto de atención fundamental de las siguientes páginas, quedará reflejo en la primera parte de este trabajo. Sin pretensión alguna de arrojar nueva luz sobre unos acontecimientos que ya han concitado minucioso interés y cabal análisis por parte de muy competentes especialistas en la materia, tan sólo para poner en antecedentes a un posible lector que, interesado en el aspecto literario, pudiera carecer de noticias sobre la realidad histórica de aquellos sucesos. No se busque, por consiguiente, la novedad en el dato o la exacta puntualidad en el detalle, pues ello no constituye la meta del estudio. Se trata sólo de su obertura, compuesta con la única voluntad de servir de sintético marco informativo a lo desarrollado en páginas sucesivas.

Esta aproximación mínima resultaba imprescindible, por cuanto sin ella hubiera carecido del necesario bagaje para acometer con alguna solvencia la parte sustantiva del presente estudio: la evocación de esos episodios reales desde el relato literario. Tal materia se presentaba casi virgen, con todas las ventajas e inconvenientes que ello conlleva. Entre estos últimos, el de centrar el objeto de atención del trabajo, que en la desorientación inicial quedó circunscrito a aquellas narraciones cuyo asunto se enmarcaba en la última guerra, en la campaña contra Abd el Krim durante los años veinte de este siglo. Sin embargo, según fueron progresando las investigaciones la cuestión adquirió una nueva perspectiva: ese motivo ya poseía una cierta tradición en la literatura española contemporánea. Sin tener en cuenta obras referidas a conflictos armados anteriores, con dificultad, y no sin menoscabo comprensivo, podían entenderse los posteriores. Desde ese momento comenzó una suerte de viaje por la

narrativa de creación del último casi siglo y medio rastreando cuantos títulos hubieran recogido en su contenido todas esas guerras. Viaje un tanto hacia lo desconocido y sin más hipótesis previa que la de ir observando cuantos textos pudieran localizarse, dado que salvo las obras mayores y por todos conocidas, las restantes no habían dejado rastro en obra alguna. En no pocos casos ni siquiera de sus autores, menores y sin demasiada relevancia, había quedado apenas recuerdo impreso.

El primer objetivo de la investigación consistiría, por tanto, en elaborar un censo de relatos evocadores de estas campañas. Ardua labor de búsqueda en la que como único auxilio, en medio de un desierto bibliográfico, surgió una antigua tesis doctoral leída en 1970 en una universidad de Estados Unidos, pero no publicada: La obra testimonial de la guerra de Marruecos con atención dirigida a las cuatro obras claves: "Notas marruecas de un soldado" de Ernesto Giménez Caballero; "El blocao" de José Díaz Fernández; "Imán" de Ramón Sender y "La ruta" de Arturo Barea, de John Charles Lawrence Miller. Obtenida tras esforzado empeño, constituyó una inestimable ayuda para uno de los periodos tratados en el presente trabajo. Si bien su objetivo se circunscribe en lo fundamental al análisis pormenorizado de las obras indicadas en el título, también menciona de pasada otras relacionadas con la última campaña bélica, cuya difusión había sido mucho menor que las tratadas a fondo en su investigación. Este hilo sirvió para comenzar a desenredar tan enmarañada madeja, a la vez que dirigía la atención hacia las otrora populares colecciones de novela breve, alguno de cuyos títulos se mencionaba en la citada tesis. La pista obligaba a llevar a cabo un segundo censo, en este caso de ese tipo de publicaciones, y un posterior vaciado de las mismas. Esta paciente y en apariencia poco productiva labor, tanto por el crecido número de colecciones y la abundancia de títulos que componían algunas de ellas como por la dificultad para localizarlas, se reveló al cabo fructífera, pues vino a desvelar que buena parte de esta narrativa había ido naciendo al cobijo de este popular medio de difusión. Y aún la búsqueda habría de extenderse a las secciones literarias de algunos diarios que, con anterioridad a la aparición de las mencionadas colecciones pero con parecida voluntad, habían



dado a conocer cuentos y relatos breves sobre las campañas precedentes. A estas dificultades habrían de sumarse las derivadas de la tampoco sencilla localización de los títulos novelescos publicados en forma de libro en su momento pero nunca más reeditados, y cuya información exigía husmear en repertorios bibliográficos diseminados aquí y allá. Cuando el trabajo de búsqueda y recolección se encontraba casi del todo terminado y las líneas centrales de este estudio bastante pergeñadas, apareció otro trabajo sobre la novela española ambientada en Marruecos: El blocao y el oriente. Una introducción al estudio de la narrativa del siglo XX de tema marroquí, de David López García, publicado por la Universidad de Murcia en 1994. Breve volumen en el que se ofrece una sintética panorámica sobre el asunto y cuyo objetivo se aparta notablemente del que quedará expuesto en las siguientes páginas, pero, a pesar de ello, hubiera resultado provechoso para mi trabajo de haber existido antes. Aún así aportó su grano de arena.

Una vez concluída esta premiosa fase de localización y elaboración del censo de títulos, limitada más por el tiempo que por la certeza de haber recolectado todos los títulos -es muy posible que aún queden otros no hallados-, se imponía la clasificación; establecer un orden que posibilitara un posterior análisis coherente de su contenido. En ello radica el segundo objetivo de la investigación.

A las dificultades derivadas de la propia abundancia del material había que añadir una notable dispersión y tendencia a la heterogeneidad en casi todos los aspectos. Lo que en principio había parecido asunto de escasa relevancia literaria, llenaba un número más que considerable de relatos de las más variadas dimensiones, compuestos y publicados en muy diferentes épocas, atentos a muy variopintas temáticas, adscritos a patrones estéticos e ideológicos del todo distintos y tan sólo conectados por un leve motivo armonizador: su asunto quedaba enmarcado en la guerra de Marruecos. Una guerra que, por cierto, ni siquiera cabía considerar algo uniforme, sino repertorio de campañas acaecidas en puntuales momentos del pasado.

Sobre esta realidad histórica y cronológica se edifica el entramado del estudio. Las diferentes fases del conflicto constituyen, por tanto, el primer criterio rector para establecer un orden inicial en lo hasta este momento invertebrado: las narraciones quedarán encuadradas atendiendo a su referente, a la contienda reflejada en sus páginas. No sólo por lo que de diferente tienen estos conflictos entre sí, sino, sobre todo, porque desde un punto de vista artístico responden por lo común a épocas y modos de entender lo literario dispares entre sí, aunque siempre quede alguna evocación posterior y alejada en el tiempo de los sucesos referidos. Un primer capítulo se dedicará a la con propiedad denominada Guerra de África, la campaña orquestada y dirigida por el general O'Donnell en los años 1859-60. En este marco, la pluma de Pedro Antonio de Alarcón se erige en precedente del motivo. Tras su estela vendrán los narradores por entregas de la centuria anterior, para desembocar al fin en los Episodios galdosianos. Todos ellos sentarán en buena medida las bases de esta materia narrativa. Una segunda fase se ocupará de los antecedentes del Protectorado español en el país norteafricano: el rifirrafe melillense de 1893 y el conflicto de mucha más envergadura acaecido en 1909. Si bien en ambos casos el reflejo dentro del universo de la fábula no llegó a alcanzar grandes cimas artísticas, tampoco quedó exento de aportaciones, pues ya comenzó a aflorar un notable interés de mundo literario hacia los sucesos de Marruecos. La tercera de estas grandes divisiones responde a los relatos que toman como referente lo acontecido desde la instauración del Protectorado hasta el fin de todas las hostilidades con el aplastamiento de los intentos de subversión y resistencia nativa habidos desde 1912 hasta 1927. Las sucesivas y casi continuadas campañas bélicas, junto a su más amplia repercusión histórica y social, convierten este periodo en el más fructífero para la ficción. En puridad bien puede decirse que constituye la gran época de la novela sobre la guerra de Marruecos, tanto por la cantidad de títulos como por la proliferación de asuntos tratados y variedad de enfoques narrativos. Debido a tan importante volumen de obras y a la multiplicidad y riqueza de sus aportaciones, he optado por desglosar ese capítulo en una decena de epígrafes, que dan cuenta de otros tantos planteamientos argumentales, posibilitando así un examen más minucioso y sosegado.

Una vez vertebrado el material, se dará paso al tercer objetivo de este trabajo: el comentario y análisis del *corpus* de relatos desde una perspectiva literaria. Una cuestión que desde el principio entrañó también no poco conflicto, dada la heterogeneidad de formas, concepciones y corrientes narrativas, planteamientos ideológicos, estilos y autores que habían novelado la guerra. A ello debía sumarse una nueva búsqueda y rastreo, ahora en el campo de la recepción, encaminada a revisar la bibliografía crítica anterior, ya que algunas de estas obras habían alcanzado cierta difusión e incluso habían sido objeto de abundantes estudios y comentarios previos. Y otras, hoy olvidadas, al menos suscitaron alguna reseña periodística en la época.

Por eliminación de otros criterios menos clarificadores, se ha tomado el asunto y la temática como punto de partida del examen, y sobre este eje se han ido articulando los restantes aspectos que conforman el género. La orientación se ha encaminado a ahondar con cierta exhaustividad en cada uno de los títulos, pero intentando a la vez que esta atención a las señas de identidad individuales y específicas de cada obra no la desgajasen del motivo general dentro del cual había quedado inscrita. Allí donde ha sido posible se ha establecido lo que de común o de divergente pudiera existir entre unas y otras narraciones, y se ha tratado de fijar las evoluciones o involuciones que un mismo asunto ha ido experimentando. Equilibrio entre lo particular y lo colectivo que ha presidido el análisis, y que si en alguna ocasión ha resultado obligado quebrar en favor de uno u otro polo se ha debido a la propia entidad de algún texto o a la imposible armonización entre algunos otros.

Los análisis están regidos por una doble intención. Por un lado, mostrar la visión que estos relatos han ofrecido de la guerra, atendiendo a sus diferentes vertientes argumentales, a su intencionalidad, a las concepciones ideológicas subyacentes y al retrato de los participantes. En suma, al reflejo que la evocación novelesca ha dejado de aquel suceso. Por otro, al discurso de la ficción, a los aspectos técnicos inherentes al género narrativo: los modos de contar, los parámetros que articulan el relato creativo o las características expresivas de la prosa. Todo aquello que al cabo define la especificidad de lo literario frente a la mera

denotación y permite deslindar lo vulgar, gregario y carente de interés de lo original y artístico. Estos análisis no sólo se sustentan en las observaciones y conclusiones de quien esto escribe, sino que cuentan con el apoyo de la crítica anterior.

Al adentrarse en el universo novelístico se hace perceptible que a pesar de su generoso caudal y de compendiar en su seno formas menores, el cuento y la novela breve, no agota en sí mismo la narrativa sobre la guerra de Marruecos. Al lado de esta fábulas fueron apareciendo un cuantioso número de obras de carácter testimonial sin voluntad alguna de ficción, pero que a menudo comparten un mismo referente y sólo se diferencian de aquéllas en que adoptaron un diferente envoltorio para verter sus experiencias. En en este tipo de libros reside, además, una no despreciable parte del pensamiento español contemporáneo sobre la cuestión africanista y marroquí. Un asunto sobrevenido, pues no estaba previsto en la planificación inicial del trabajo. En realidad, surgió y fue creciendo al hilo de las investigaciones, pero a juicio de quien esto escribe no merecía quedar relegado al completo olvido. Su existencia ha dado origen al cuarto objetivo de este trabajo y a él se dedica un último capítulo, conciso porque sólo pretende ser un estudio general, sin entrar en demasiados pormenores sobre este tipo de obras. Un dejar constancia de esas otras formas narrativas sin componente imaginativo, acompañado de un sucinto comentario sobre los contenidos y las ideas manifestadas en aquellas que por una u otra razón he estimado más representativas. Añadido, al fin, paralelo y complementario de lo novelesco para completar la evocación literaria de aquellas guerras de Marruecos, que a cambio de exigua gloria allegaron luto y dolor a la vida nacional del primer cuarto de siglo.

Concluida esta presentación, y sin ánimo de alargar más lo que en las siguientes páginas encontrará su desarrollo, tan sólo añadir el que este estudio es fruto de largos años de paciente investigación y esfuerzo, de andar y desandar pasos por sendas antes poco o nada transitadas, sorteando el desánimo y alentando la esperanza de que al final se haría la luz. Antes de someter la labor realizada al veredicto público, ésta ya me ha procurado holgada satisfacción, afianzando y vertebrando mis conocimientos sobre la narrativa española del último siglo y

medio. Si además ese empeño no defrauda y contribuye, como sin ninguna vanidad espero, a amplia la erudición sobre uno de esos espacios hasta ahora poco estudiados dentro de nuestra historia literaria, no podré sino sentirme afortunado.

## **PRIMERA PARTE**

## NOTICIA DE LOS CONFLICTOS MILITARES DE ESPAÑA EN MARRUECOS

El 10 de julio de 1927, el general Sanjurjo, Alto Comisario de España en Marruecos por aquella fecha, tras haber reducido los últimos focos de resistencia marroquíes emite un comunicado oficial que da por concluidas las operaciones militares en el vecino reino. Termina así una guerra que, salvo breves periodos de inactividad, había perturbado la vida española de los últimos dieciocho años. Se cerraba uno de los más estériles capítulos de la reciente historia del país. En las áridas tierras del Rif, Gomara y Yebala habían quedado enterrados miles de jóvenes españoles muertos en campaña y miles de millones de pesetas detraídos de la escasa hacienda nacional. A cambio, España podía ser considerada ya como una potencia colonial menor, que había sido capaz de pacificar el exiguo territorio marroquí que las potencias mayores le habían encomendado como zona de protectorado unos años antes, y contaba con una bien engrasada maquinaria militar, acostumbrada a la dureza y crueldad de una guerra colonial, que poco después daría sus frutos en una guerra civil.

No había sido este el único conflicto armado -aunque sí el más largo y sangriento- que España había mantenido en Marruecos. La primera confrontación de la edad contemporánea se remonta al año 1859, pues hasta entonces todo se había limitado a algunos rifirrafes entre las tropas estacionadas en Ceuta y Melilla y las cabilas limítrofes. En el citado año, uno de estos no muy infrecuentes incidentes fronterizos entre la cabila de Anyera y la guarnición militar de Ceuta se amplificó en España de manera artificial e injustificada, llegando a desencadenar una intervención armada en toda regla del ejército español en el vecino país, aquella que la historiografía ha venido designando como "Guerra de Africa"<sup>1</sup>. La declaración formal se produjo el 22 de octubre de 1859, y contó con la unanimidad de todos los grupos políticos con representación en las Cortes. Desde este momento, el país se sumió en una euforia colectiva de índole militarista y religiosa, abonada por la actitud de los políticos -todos los partidos, excepto los carlistas, se avinieron a una tregua mientras durase la campaña, ante

lo que consideraron interés superior de la nación-; la prensa, que con casi total unanimidad aplaudió con entusiasmo la decisión y avivó los sentimientos heroicos en las gentes; y todo tipo de actos y manifestaciones colectivas e individuales de carácter festivo, entre los que cabe señalar el ofrecimiento de las joyas reales por parte de Isabel II para contribuir a la financiación de la campaña. Todo esto empujó el ánimo nacional hacia un sentimiento belicista proclive a considerar lo que se avecinaba una suerte de epílogo de la Reconquista. En este sentido, comenta García Figueras, autor poco sospechoso de mantener actitudes antibelicistas: "El asunto se desenfocó completamente. Se dio a aquella guerra el carácter de una cruzada, se recordó a Isabel la Católica, a Cisneros, a Carlos V, al Imperio Español"<sup>2</sup>.

El general O'Donnell, a la sazón presidente del Consejo e instigador de este conflicto con el que pretendía aunar contrarias voluntades políticas y distraer la atención de los graves problemas internos que padecía la nación, dirigió personalmente la campaña como comandante en jefe del ejército expedicionario. Dado que no era una guerra de conquista, sino de castigo y de reparación del honor patrio, las actuaciones ofensivas españolas duraron hasta que el sultán solicitó la paz a España. Por medio quedaron acciones que la opinión pública, exacerbada por el arrebató de los cronistas y de un gran número de espontáneos juglares que alimentaron sus liras con el conflicto, grabó en su memoria como grandiosas epopeyas militares del ejército español: el ataque de los marroquíes durante la misa de campaña del día de Navidad, la batalla de los Castillejos y el heroísmo de Prim, la toma de Tetuán o la batalla de Wad-Ras<sup>3</sup>.

El 26 de mayo de 1860 se canjearon en Tetuán las ratificaciones de paz entre ambos países, con lo que se daba por terminada la contienda y restaurado el honor de España, pues este había sido el motivo esgrimido para desencadenarla.

La resaca llegó cuando aún el fin de fiesta no había concluido. La más profunda división política entre los españoles de aquella época volvía a surgir con el levantamiento carlista en San Carlos de la Rápita, acaecido cuando todavía el ejército expedicionario se encontraba en Marruecos. Con posterioridad habría que afrontar el coste de esta aventura. Por un lado, el



económico, pues la cantidad entregada -lenta y tardíamente, a pesar de que las tropas españolas permanecieron en Tetuán hasta casi dos años más tarde para garantizar su pago- en concepto de indemnización por el sultán derrotado no compensaba los gastos habidos. Por otro, los siete mil muertos en campaña -más producidos por el cólera que por la propia acción del enemigo- como indica la Memoria administrativa<sup>4</sup>, resultaban un precio de absoluta desproporción para los logros obtenidos, que en la práctica quedaron reducidos a una ligera ampliación de los territorios limítrofes con las plazas de Ceuta y Melilla, algunos beneficios comerciales y un efímero prestigio. Con razón se la llamó entonces "la paz chica de la guerra grande". No quedaron ahí los perjuicios de la contienda, que acarreó otros de más imprecisa cuantificación pero de no menor importancia. Morales Lezcano señala que, como consecuencia del armisticio y sus secuelas, "las relaciones hispano-marroquíes vivieron, a partir de entonces, bajo el signo del antagonismo latente"<sup>5</sup>, y aún se muestra más rotundo en sus apreciaciones, discutibles pero no exentas de razón, A. Regalado García al afirmar que "el militarismo de 1859 es el punto de partida de una tradición belicosa que labró en Marruecos la sepultura de miles de soldados españoles y que trajo la catástrofe de 1909 con su consecuencia de la Semana Trágica de Barcelona y el desastre de Annual de 1921"<sup>6</sup>. También importante fue el menoscabo para el país norteafricano, que se vio abocado a un endeudamiento superior a sus posibilidades, el cual "fomentó el proceso interno de descomposición política y social"<sup>7</sup>.

El mundo del arte, en todas sus manifestaciones, no estuvo al margen de esta guerra. Al igual que la prensa, contribuyó a exaltar el ánimo de la opinión pública utilizando la expresión artística como caja de resonancia de las glorias patrias y fomentando los sentimientos de superioridad racial y religiosa. Los diarios españoles -y también algunos extranjeros- desplazaron corresponsales al lugar de los acontecimientos para incluir sus crónicas en los números habituales, tal es el caso, entre otros muchos, de Nuñez de Arce, que las redactó para La Iberia. Se crearon periódicos cuya efímera vida estuvo ligada a la duración de la campaña, como El cañón rayado, de carácter humorístico, editado en Barcelona entre

el 11 de diciembre de 1859 y el 31 de mayo de 1860; o El Eco de Tetuán, cuyo único número fue editado por Pedro A. de Alarcón en esa ciudad en 1860. Las crónicas publicadas como sueltos, por entregas, se hicieron también habituales y populares, baste recordar aquí el Diario de un testigo de la guerra de Africa, de Pedro A. de Alarcón, que fue la que alcanzó una más amplia difusión entre las varias que por aquellos días se editaron<sup>8</sup>.

Incluso los artistas plásticos y los músicos encontraron en esta guerra un nuevo motivo para sus pinturas y partituras. Entre los primeros, cabe mencionar a Franciso Sanz Cabot, Joaquín Domínguez Bécquer, Franciso Ortega o Carlos María Esquivel, que obtuvo el premio de Bellas Artes de 1860 con El asistente de un oficial muerto en la guerra de Africa entregando el equipaje de este a su madre y hermana. Pero, sobre todo, fue Fortuny el pintor de esta campaña, que no sólo prestó atención a las gestas bélicas sino que descubrió en la sociedad y formas de vida marroquíes una fuente de inspiración que ya nunca abandonaría. En cuanto a los segundos, la producción resultó abultada pero exigua la calidad. Juan de Castro fue el compositor que alcanzó mayor repercusión con su más celebrada obra, el Himno marcial.

La guerra se convirtió en fuente de inspiración para una abundantísima producción poética, tanto por parte de autores considerados cultos como por otros múltiples ocasionales que componían o improvisaban versos de raíz popular con motivo de cualquier celebración: "el poeta surgía en la calle, en el café, en cualquier acto por insignificante que fuera"<sup>9</sup>. Hasta la Real Academia Española convocó un concurso el 17 de febrero de 1860 para conmemorar las glorias del ejército español, cuya Medalla de Oro fue otorgada a La nueva guerra púnica o España en Marruecos, de Joaquín José Cervino. Fueron publicadas obras colectivas que saludaban los triunfos militares y a sus artífices, como el Romancero de la guerra de Africa - coordinado y coescrito por el marqués de Molins, pero en el que participaron otros poetas de la época: Hartzenbusch, Campoamor o Tamayo y Baus, entre otros- o la Corona poética a la guerra de Africa y rendición de Tetuán, colección de composiciones de diversas formas y autores<sup>10</sup>. Sin embargo, toda esta opulencia versificatoria no llevo pareja una calidad

semejante, pues la práctica totalidad de lo conservado hasta hoy denota una muy escasa categoría literaria, cuando no un completo disparate: "hubo poetas que cantaban las arenas del desierto como si estuvieran en el linde mismo de Ceuta, o hablaban de fieras salvajes casi en las mismas puertas de nuestro viejo presidio"<sup>11</sup>.

Tampoco el teatro quedó al margen del acontecimiento. Se nutrió con holgura de la guerra, convirtiéndola en asunto para obras en todos los géneros<sup>12</sup>. No obstante, el tratamiento que se le deparó, atendiendo a lo expuesto por García Figueras<sup>13</sup>, hay que darlo en general por trivial, girando en torno a la exaltación patriótica o a tópicos -que más adelante veremos repetidos en la narrativa- sobre la superioridad del soldado español frente al marroquí y la pasión amorosa que aquéllos despiertan en las mujeres norteafricanas. Al igual que en la poesía, la escasa calidad constituyó la característica dominante, hasta tal punto que el mencionado tratadista señala: "ninguna de ellas merece pasar a la posteridad ni aun en recuerdo"<sup>14</sup>.

El mundo del arte, si bien no consiguió obras de altura que hayan quedado en el acervo cultural, si insufló un sentimiento belicista -o un veneno, en palabras de otros<sup>15</sup>- en la opinión pública, que durante algo más de seis meses vivió en un estado de quimérica euforia, olvidando los problemas que corroían a una sociedad pobre, atrasada y dividida por enfrentamientos internos. Bien de forma ingenua y espontánea o premeditada y dirigida se puso al servicio de los ideólogos y directores de una guerra que cuando menos puede considerarse absurda, si no fruto del miope egoísmo de Leopoldo O'Donnell. Al respecto, señala José E. Montesinos: "hoy nos parece inicuo sacrificar las vidas de unos miles de hombres que se dejaron los huesos en Africa, víctimas de las balas o del cólera, para conseguir ese saneamiento psicológico, que hubiera sido aún más barato procurado de otra manera"<sup>16</sup>.

Tras unos años de calma, la situación volvió a crisparse en Marruecos durante el año 1893. El tratado con el que había concluido la guerra de 1859-60 permitía a España ampliar los límites territoriales en torno a Ceuta y Melilla como medida de seguridad para estas dos

plazas. A finales del verano de 1893, el general Margallo, gobernador militar de esta última ciudad, había comenzado -siguiendo instrucciones del gobierno- la construcción de una red de pequeñas fortificaciones de carácter defensivo en las inmediaciones de la urbe. Uno de estos fortines se empezó a levantar en Sidi Auriach, lugar considerado sagrado por los cabileños vecinos, ya que en las inmediaciones se encontraba la tumba de un santón. Protestaron ante Margallo, que no paralizó las obras. La respuesta consistió en derribar las edificaciones que se estaban realizando y en atacar y hacer huir posteriormente a los trabajadores que se ocupaban de ellas, entre quienes se produjeron algunos heridos. Fueron inútiles los intentos por reanudarlas debido a la hostilidad de los rifeños que hicieron frente a las tropas militares, comenzando así una escalada bélica en la zona. El propio gobernador militar se puso al frente de una columna en uno de estos intentos por acabar con la resistencia cabileña y fue abatido por un disparo que le produjo la muerte el 28 de octubre. Ante la incapacidad del sultán para imponer la autoridad a sus súbditos, España comenzó a enviar tropas hasta reunir un ejército expedicionario de más de veinte mil hombres al mando del general Arsenio Martínez Campos. Este despliegue de fuerzas resultó casi suficiente por sí mismo para disuadir a los rifeños y, tras algunas acciones de cierta envergadura en los días siguientes, la situación volvió a recuperar la calma, quedando reducida, a partir del 3 de noviembre, a ligeras escaramuzas de escasa importancia. El día 31 de marzo de 1894, cuando ya hacía tiempo que habían cesado las hostilidades y una gran parte de las fuerzas expedicionarias habían sido repatriadas, se dio oficialmente por finalizada esta campaña que en adelante sería conocida como "Guerra de Melilla" o "Guerra de Margallo", en acepción más popular<sup>17</sup>.

Las consecuencias de este conflicto -"ridícula parodia de la inútil tragedia de 1860", como acertadamente, sobre todo por lo que de ridículo tuvo, lo considera Miguel Martín<sup>18</sup>-, donde se volvió a esgrimir la causa del honor nacional, pero que, en realidad, bien puede considerarse de mutua tozudez -al final se construyó la fortificación, como querían los españoles, y se preservó el santuario marroquí mediante una cerca que permitía el acceso de

los fieles, como reclamaban los cabileños- o guerra religiosa y marabútica, en apreciación de Moga Romero<sup>19</sup>, fueron más de un centenar de españoles y un número superior de rifeños - sin poder precisar nada más que por la impresión de los testigos- muertos, un gasto de entre 25 y 33 millones de pesetas -dependiendo de las diferentes fuentes de estimación- de la época, y un compromiso del sultán de castigar a los culpables de haber iniciado las hostilidades y de mantener en lo sucesivo un caíd con un destacamento de cuatrocientos soldados marroquíes como prevención de otros sucesos similares en las inmediaciones de Melilla. Además, se obligaba a la hacienda del país norteafricano a indemnizar a España con veinte millones de pesetas que habrían de ser satisfechos en varios plazos. En el plano nacional, comenzó a gestar un sentimiento antibelicista en la sociedad, en quienes se vieron obligados a empuñar las armas, aunque luego no llegaran a hacerlo en muchos casos. Preludio de ese rechazo a las aventuras militares en Marruecos que alcanzaría su punto álgido en años y campañas sucesivas: "la obediencia ciega del soldado español correspondía a una etapa caduca", en expresión de María Rosa de Madariaga<sup>20</sup>.

Con el comienzo de siglo aflora lo que ya se venía gestando desde finales del anterior, la pérdida de la independencia de Marruecos como nación soberana y su consideración de territorio colonizable. Francia, con poderosos intereses en la zona, da el primer paso dirigiéndose a España para lograr un acuerdo de mutuo reparto del país, que se materializa en el Convenio franco-español de 1902. Los vaivenes de la política interna española frustran el intento, pues los liberales de Sagasta, que acaban de tomar el relevo en el poder, no desean desairar a Gran Bretaña y no suscriben el pacto al que habían llegado los conservadores con las autoridades galas, en el cual se adjudicaba una amplia zona a la influencia española. Los acuerdos firmados durante los años siguientes por las potencias europeas, sobre el reparto de áreas de colonización y de influencia comercial, posibilitan que los recursos económicos de Marruecos queden a merced de estas potencias y su territorio bajo la tutela de Francia y, en menor medida, de España. Lo cual cobra carta de naturaleza con la firma del acta de la Conferencia de Algeciras en 1906.

Para los partidos políticos alternantes en el poder, no así para la oposición parlamentaria y extraparlamentaria ni para el pueblo en general, la capacidad otorgada por la comunidad internacional para intervenir en el país norteafricano supone un gran logro diplomático, aun teniendo en cuenta que la zona dejada a su custodia se ha visto bastante reducida en sus dimensiones con respecto a anteriores tratados. En esta decisión de sumarse activamente a la denominada penetración pacífica en Marruecos son muy de tener en cuenta los intereses económicos de grupos comerciales españoles que presionan sobre los partidos y los políticos para ampliar sus negocios, cuya área había quedado restringida con la pérdida de las colonias americanas. Además, se considera ésta la gran ocasión que se brinda a España para recuperar un cierto prestigio en el concierto de las potencias europeas y sacarse la espina que supuso el fracaso del 98<sup>21</sup>. Fue éste, sin embargo, el comienzo de un largo calvario para la nación, que, presa de sus compromisos internacionales y de otros que posteriormente irían surgiendo, vio como su política interna iba quedando cada vez más condicionada por la cuestión de Marruecos. Gran ironía, teniendo en cuenta que el discurso en pro de la penetración se había fundamentado en la necesidad geoestratégica que tenía España de estar presente a ambos lados del Estrecho para asegurar su supervivencia como nación. A ello habría de añadirse una supuesta misión de raíz histórica que obligaba a los españoles a llevar la civilización al vecino reino, para no hablar de otros espantajos que se airearon en su momento: el traído y llevado testamento de Isabel la Católica o la aún más peregrina idea de que "la obra de la Reconquista quedó incompleta, porque no se realizó a continuación lo que constituye el primer deber de España en el mundo: la reconquista del Africa septentrional"<sup>22</sup>.

La primera consecuencia que la denominada penetración pacífica tuvo en el aspecto económico fue el establecimiento de compañías de capital español o hispano-francés dedicadas a la extracción de minerales en la zona marroquí asignada a España: la Compañía del Norte Africano y la Sociedad Española de Minas del Rif. Junto con esta actividad se fue desarrollando la necesaria infraestructura para rentabilizar la explotación: electricidad, ferrocarril y obras de ingeniería en general. Los trabajos de estas sociedades en las

inmediaciones de Melilla comenzaron a realizarse con normalidad, a partir de 1907, merced a un acuerdo comercial logrado con un cabecilla rifeño, "Bu Hamara" (apodo que significa "el hombre de la burra" y cuyo verdadero nombre era Yilali Mohammad el-Yusfi el-Zerhuni), quien a su vez se hacía llamar el Rogui -"el pretendiente"- y se había erigido en una especie de amo o señor feudal de aquella zona. El Rogui, que se consideraba legítimo heredero, estaba enfrentado al sultán. Ya antes había disputado el trono del reino a Abd-el-Aziz y en estos momentos a su hermano y sucesor Muley Hafid; sin embargo, debido al poder y control que ejercía sobre las cabilas, se había convertido en el único interlocutor válido para las compañías europeas. Por disputas internas llegó a la hostilidad con los rifeños de Beni Urriaguel, que organizaron una rebelión contra él y lo expulsaron de su asentamiento en Zeluán. Caído en desgracia y sin contar con el apoyo de España -que, por los tratados suscritos, debía mantener la autoridad del sultán- fue apresado y muerto por orden de Muley Hafid. La desaparición del Rogui sumió a la región en un descontrol y dejó a las compañías mineras sin protección. A partir de entonces los trabajos comenzaron a verse interferidos por frecuentes agresiones de los cabileños. El 9 de julio de 1909 unos trabajadores que realizaban obras en el ferrocarril minero de la compañía del Norte Africano fueron atacados y varios resultaron muertos. Se movilizaron las tropas de Melilla llegando a un enfrentamiento entre los agresores y el ejército. Este acontecimiento fue, al menos oficialmente, el desencadenante de la conocida como guerra de Melilla de 1909. El gobierno pretextó el ultraje que España había sufrido y la necesidad de dar un escarmiento a los responsables para que estos hechos no volvieran a producirse. No obstante, a juicio de la mayoría de los tratadistas, otros bien distintos fueron los motivos que impulsaron a Maura -a la sazón, presidente del Consejo- hacia la escalada bélica. Para Francisco Saro Gandarillas la verdadera razón residió en "romper el dogal que asfixiaba a la ciudad de Melilla"<sup>23</sup>, mientras que Andréé Bachoud<sup>24</sup> y Paul Preston<sup>25</sup> consideran que la causa hay que buscarla en el temor que el gobierno español sintió de que Francia utilizara estos incidentes como prueba de la incapacidad española para mantener el orden en el territorio que le había sido asignado, y se los

anexionara. Todavía se baraja un tercer argumento, el deseo de expansionismo colonial, de ampliar la zona dominada por España, según sostienen, desde ópticas del todo distintas, Miguel Martín<sup>26</sup> y un autor tan poco sospechoso de anticolonialismo como Víctor Ruiz Albéniz<sup>27</sup>.

Lo que había comenzado como una incursión de castigo y persecución de los agresores se fue incrementando. La harca rifeña resultó más numerosa y mejor armada de lo que el general Marina, comandante militar de la plaza de Melilla, había valorado inicialmente. Pronto se hizo necesario el envío de refuerzos peninsulares, cuyas unidades se formaron en muchos casos con reservistas que hacía ya años que se habían reintegrado a la vida civil olvidando hasta el manejo de las armas y, como apunta Payne, "la mayoría de ellos tenían obligaciones familiares y se oponían a servir en un ejército tan pobremente preparado que el ser llamado a servir en él significaba algo parecido a una sentencia de muerte"<sup>28</sup>; o por soldados con escasa o nula preparación para este tipo de acciones. Esto, unido al desconocimiento del terreno de operaciones y a la utilización de tácticas militares en absoluto adecuadas -en lo que coinciden hasta los tratadistas más entusiastas y probelicistas- para esta clase de guerra, propiciaron que durante aquel mes de julio los reveses se fueran sucediendo uno tras otro, desde el día 18 en que se reanudaron las hostilidades hasta culminar el 27 en el más grave y tristemente recordado de todos ellos, el del denominado Barranco del Lobo, donde la brigada del general Pintos -que había pasado del barco que los transportaba desde España al combate sin transición mediata- fue aniquilada casi por completo. Allí dejaron la vida el propio general, numerosos jefes y oficiales y cientos de soldados, cuyos cadáveres permanecieron insepultos durante un par de meses, el tiempo que tardaron las fuerzas españolas en poder volver a pisar el ensangrentado barranco.

La conmoción producida en España por este desastre vino a sumarse a la crispación social ya existente desde que días antes habían empezado a circular noticias sobre las primeras bajas en combate y por el rechazo que entre la población estaba produciendo el envío de tropas a Marruecos, que en Barcelona -y también en otros lugares, aunque con menor intensidad- había



desembocado por estos mismos días en la conocida como Semana Trágica. Los socialistas, que ya habían expresado su rechazo al "bandillaje colonialista"<sup>29</sup>, se opusieron con ardor a esta guerra por considerar que sólo servía para salvaguardar los intereses de poderosos grupos económicos y para allegar ascensos y recompensas a los militares. Todo ello a costa del presupuesto nacional y de la sangre de los hijos de las clases sociales más desfavorecidas económicamente, dado que, con la ley de recluta vigente en la época, los poderosos e incluso las clases medias -recurriendo a los seguros de quintas- quedaban liberados de realizar el servicio militar mediante el pago de una cantidad de dinero, la denominada redención a metálico<sup>30</sup>. Esta actitud de perseverante oposición, unida al cruel y arbitrario desenlace de la Semana Trágica (cuyo acontecimiento más desafortunado, por la repercusión que tuvo dentro y fuera de la nación, lo constituyó el fusilamiento del pensador y pedagogo anarquista Francisco Ferrer), forjó un amplio frente de oposición a Maura -el famoso ¡Maura, no!- que apartó al político conservador del poder durante los siguientes doce años. Además, fue el germen de unión de voluntades políticas hasta entonces dispersas: la formación de la Conjunción republicano-socialista; generó un estado de opinión hostil a cualquier intervención armada en Marruecos, que no sólo no cesaría, sino que, con los años, se iría incrementando; y puso en marcha "el proceso de signo revolucionario de comienzos del presente siglo"<sup>31</sup>.

Mientras tanto, en Melilla las operaciones militares quedaron suspendidas hasta que pudiera reunirse un contingente de fuerzas y una infraestructura logística suficientes para reanudarlas, lo cual se produjo a finales de agosto, momento en que se reinició el avance y los combates, que terminarían con el de Ulad-Settut el 18 de octubre, aunque el gobierno no dio por concluida la campaña hasta finales de noviembre. Aún habría que esperar a enero del año siguiente para que se firmase la paz entre los jefes rifeños locales y las autoridades españolas. Por medio, una serie de acciones que los voceros del belicismo se encargaron de difundir como gloriosas gestas épicas. Entre las más difundidas, la carga de caballería del teniente coronel Cavalcanti en Taxdirt o el episodio del cabo Noval, quien, capturado por los rifeños, prefirió sacrificar su vida a la de sus compañeros y la posición donde éstos se

encontraban, merced a lo cual alcanzó predicamento de héroe popular y entidad literaria gracias a la pluma de Julio Sánchez Godínez en su drama histórico El cabo Noval. En el debe de esta guerra hay que reflejar no sólo las miles de bajas producidas, cuya cifra no ha llegado a conocerse con exactitud por falta de estadísticas detalladas<sup>32</sup>, pero que fluctúan entre las poco más de mil quinientas que contabiliza Fernández Almagro<sup>33</sup> y las más de cuatro mil que señalan otras fuentes, pasando por las dos mil y pico computadas por Tuñón de Lara<sup>34</sup> y otros historiadores; aunque hay que tener en cuenta que, además de los caídos en combate, se produjeron un número muy elevado de muertos y heridos por enfermedad, según señala Ruiz Albéniz<sup>35</sup>. A todo ello habría que añadir la idea que había ido calando en el estamento militar acerca de que aquella había sido una guerra por la posesión de un territorio: "acabó aquella campaña (...) dejando la impresión en parte del país, y desde luego en el ejército, de que habíamos realizado una conquista<sup>36</sup>. Las nefastas consecuencias de tal apreciación se irían viendo en los años venideros. Además, hay otros aspectos negativos señalables: los cien millones de pesetas de la época a que ascendió el coste global; las ineficaces tácticas militares que comenzaron a utilizarse y que se perpetuarían durante todo el periodo de permanencia española en Marruecos, entre las que puede destacarse, por su alto coste en vidas y su inutilidad operativa, la siembra de pequeñas posiciones y blocaos aislados en medio de zonas hostiles, en cuyo avituallamiento se hizo necesario el empleo de convoyes sobre los que los combatientes marroquíes centraron sus ataques; o la lección de técnica bélica que aprendieron los rifeños y de la que tan sustanciosos resultados obtendrían en posteriores conflictos, muy distinta de la que los españoles desde su presunta prepotencia militar creyeron que les habían enseñado, pues desde entonces optarían por no enfrentarse nunca abiertamente sino en forma de guerra de guerrillas sobre las zonas más débiles del adversario, lo que, en este caso, había obligado a España a movilizar un ejército de más de cuarenta mil efectivos para poder doblegar a unos pocos miles de cabileños mal armados. Problemas derivados de una guerra colonial que sólo había cerrado su primer capítulo y cuyo balance podría quedar sintetizado en estas palabras de Pablo Iglesias: "la guerra del Rif, lejos de dar gloria a España ni

beneficios materiales, le ha proporcionado solamente graves daños. ¡Ojalá hubiera podido impedirle la campaña que contra ella se hizo! Ese sí que habría sido triunfo"<sup>37</sup>.

Desde finales de 1909 hay una relativa tranquilidad en la zona. España continúa su expansión con la ocupación de Larache y Alcazarquivir -réplica a la toma de Fez por los franceses- y comienza a aventurarse en el interior del Rif mediante expediciones dedicadas al estudio del terreno, lo que provoca el recelo de los cabileños. En el verano de 1911, Mohammed Amizzian (transcrito otras veces Amezián), denominado habitualmente el Mizzián en los medios españoles, caíd de Segangan, que había sido uno de los jefes rifeños durante el conflicto del año nueve, proclama la guerra santa contra los invasores, y su primer efecto se produce el 24 de agosto. La escolta de una comisión topográfica de Estado Mayor que se encuentra levantando un plano en las orillas del río Kert es atacada y obligada a retirarse con algunas bajas. El general García Aldave, comandante de Melilla, al igual que había hecho Marina en 1909, decide enviar tropas al mando del general Larrea para castigar la agresión. Comienza de este modo el conflicto que en lo sucesivo se conocería como Guerra del Kert<sup>38</sup>, cuya causa, en opinión de un autor próximo a las ideas oficialistas como Ruiz Albéniz, hay que buscarla en que "procedíamos siempre como en país conquistado (...) sin contar para nada con los indígenas"<sup>39</sup>. Tras los primeros combates, en los que los rifeños fueron derrotados y tuvieron que retroceder hasta la orilla occidental del Kert, se pensó que la harca se disolvería. Muy al contrario, se reagrupó y el número de combatientes se fue incrementando, lo que obligó a García Aldave a pedir refuerzos, que llegaron a Melilla con urgencia hasta reunir un ejército de 40.000 hombres<sup>40</sup>. A primeros de octubre, los cabecillas de la harca intentaron una negociación de paz con la condición de que las fuerzas españolas no atravesaran el Kert. Esta condición fue rechazada por el comandante de Melilla. Los combates se reanudaron y prosiguieron durante todo el otoño con tal intensidad que "la mayoría de los puestos avanzados quedaron cortados del resto del ejército y llegó un momento en que el mando español se encontró virtualmente sitiado en la ciudad de Melilla"<sup>41</sup>. Tras una empeñada y sangrienta ofensiva española, a fines de diciembre la harca volvió a retirarse

a la otra orilla del Kert. A comienzos de 1912, el ejército reinició el avance y ocupó la posición -que con el tiempo habría de hacerse tristemente famosa- de Monte Arruit. La hostilidad fue decreciendo durante los siguientes meses, en que no se registraron nada más que pequeñas escaramuzas. En una de estas, el 15 de mayo, resultó muerto el Mizzián en un enfrentamiento con una unidad de Regulares, la fuerza de choque integrada por efectivos marroquíes al mando de oficialidad española que había sido creada el año anterior y de cuya dirección se encargaba el entonces coronel Dámaso Berenguer. El final del instigador de la contienda supuso la disolución de la harca y puso término a una guerra que de nuevo había convulsionado la política nacional. El rechazo de republicanos, socialistas y anarquistas se canalizó mediante una serie de manifestaciones convocadas en diferentes ciudades contra la política que se estaba siguiendo en Marruecos y en un intento de huelga general, a lo que el gobierno Canalejas respondió con la suspensión de las garantías constitucionales. Y si no produjo un efecto mayor en la opinión pública fue porque, así lo apunta Ruiz Albéniz, "la atención estuvo entretenida en aquella famosa 'huelga revolucionaria' y, sobre todo, porque "la mayoría de los periódicos se abstuvieron de enviar al teatro de la lucha sus corresponsales de guerra"<sup>42</sup>.

En noviembre de 1912 con el convenio francoespañol de Protectorado se produce el avance definitivo para consolidar lo que iba a ser la situación de España en Marruecos durante los años siguientes. Se cerraba, de este modo, un periodo de ambigua presencia desde el punto de vista jurídico; el virtual neocolonialismo ahora se hacía patente, relegando al país norteafricano a la condición de menor de edad necesitado de tutores que guíaran sus pasos hacia el progreso. Acababa así "toda una etapa de penetración pacífica (...) para iniciar otra de escalada militar, que puede darse por conclusa hacia 1927"<sup>43</sup>.

La zona de Protectorado español había quedado algo reducida con respecto a la que como área de influencia le habían asignado tratados internacionales anteriores. Abarcaba aproximadamente un cinco por ciento de todo el territorio del país, se encontraba situada en la parte septentrional y -a excepción de las minas del Rif- carecía de valor económico: arena,

montañas y tierra árida en su mayoría; la parte más pobre de Marruecos, que "hizo decir a nuestros colonialistas que a España le había tocado el 'hueso' de la 'chuleta' marroquí"<sup>44</sup>. Sus habitantes eran campesinos y pastores con una organización social de régimen tribal, reacios -de modo especial los rifeños- a acatar cualquier autoridad ajena que supusiese merma de su independencia o afrenta a su orgullo. Ya en el pasado se habían enfrentado a las penetraciones romana y árabe, después, al poder y a los afanes recaudatorios del sultán y del Roghi, y, en el futuro, en 1958, después de la independencia del país, volverían a oponerse al poder de Rabat, que aplastó su rebeldía con bombardeos de napalm<sup>45</sup>. Ahora, iban a ofrecer una pertinaz resistencia ante cualquier intento de avance y asentamiento de las tropas españolas en sus tierras: una guerra larga y feroz que iría desangrando económica y moralmente a España durante los siguientes quince años.

La actuación en el Protectorado ya desde sus inicios, en la propia organización administrativa, se orientó más hacia la conquista militar que hacia la cooperación civil. Se distribuyó el territorio en tres comandancias militares: Ceuta, Melilla y Larache, al frente de cada una de las cuales se encontraba un general, el cual disponía de una considerable autonomía de acción y era la máxima autoridad en su demarcación. Estos tres comandantes generales se encontraban bajo las órdenes -políticas, que no militares- del alto comisario de España en Marruecos, figura creada a imagen de la del residente general en la zona francesa y detentada por un militar de alta graduación, otro general, durante todo el periodo de conflictos bélicos, salvo un breve paréntesis en 1923. La Alta Comisaria se estableció en Tetuán, que había sido ocupada en febrero de 1913, convertida así en capital del Protectorado español, y fue encomendada por vez primera al general Alfau. También en Tetuán se fijó la residencia del jalifa, quien, en teoría, gobernaba con el auxilio del alto comisario la zona española como representante de la autoridad civil y militar del sultán. Una farsa, en realidad, pues ni aquél ni éste pasaban de ser dos meras figuras decorativas -"dos fantoches manejados respectivamente por Francia y España, quienes costeaban sus harenes y otros gastos (...) no permitiéndoles más soberanía que la de exhibir solemnemente el banderín verde, símbolo de

ella, y cubrirse con el quitasol, enseña de realeza"<sup>46</sup>- con elevados presupuestos. En el caso del jalifa, ascendía a ocho millones y medio de pesetas, sólo medio menos que el de la familia real española<sup>47</sup>.

La penetración había comenzado por la parte occidental, con la ocupación de Tetuán, que, si bien resultó pacífica en un primer momento, no tardó en crear conflictos. Las cabilas de los alrededores comenzaron a agitarse y, acaudilladas por el Raisuni, se levantaron en armas. Muley Ahmed el Raisuni, de noble y antiguo linaje, era una suerte de señor feudal acostumbrado a imponer mediante la fuerza y la crueldad su despótica ley en aquella región de Yebala. Este caudillo ya se había dado a conocer en el pasado por haber perpetrado algunos secuestros de ciudadanos extranjeros y por la disputa que había mantenido unos meses antes, en 1912, con el entonces coronel Fernández Silvestre tras la ocupación de Arcila. Raisuni no aceptó de buen grado que el nombramiento de jalifa recayera en el poco influyente Muley el Mehdi en lugar de en él mismo. El avance de las tropas españolas para tomar Laucién fue la chispa que hizo prender una guerra que se prolongaría hasta 1915, cuando el general Gómez Jordana fue nombrado alto comisario y llegó a un pacto con el caudillo marroquí que puso fin a las hostilidades. Por medio, el fracaso de los dos altos comisarios anteriores: Alfau, al que se destituyó del cargo en agosto de 1913 por no haber sido capaz de frenar la agitación inicial, y Marina, que dimitió tras el asesinato en circunstancias poco claras -perpetrado por militares españoles que, contrarios a la negociación, no deseaban más que el exterminio de los cabileños, según sostienen Miguel Martín<sup>48</sup> y Amin al-Rihani<sup>49</sup>- de un mediador indígena amigo de España. Resultó ésta una guerra de guerrillas en un terreno montañoso, donde los "pacos"<sup>50</sup> marroquíes diezmaron las columnas españolas y éstas respondieron bombardeando, asolando aduanares y sembrando la muerte tanto entre los combatientes como entre la población civil. Llegó a disponerse de un ejército de cuarenta mil efectivos en la zona, diez o doce mil de los cuales se encargaban de vigilar los cuarenta y ocho kilómetros de camino que separaban Ceuta de Tetuán, pero "a pesar de tal lujo de fuerzas sólo se garantizaba la seguridad desde las ocho de la mañana a las cinco de la tarde;

por la noche la carretera era de los rebeldes, y las tropas recogidas en sus campamentos, fortines y blocaos, eran tropas sitiadas"<sup>51</sup>.

El acuerdo al que llegó Gómez Jordana con el Raisuni concedía a éste la autoridad y capacidad de gobierno, en nombre del sultán, sobre todo el territorio que sometiese<sup>52</sup>, o lo que es lo mismo, sobre aquellos lugares en los que el ejército español pudiera asentarse una vez que el caudillo marroquí hubiese acabado con la hostilidad existente. Esta labor de inteligencia hizo posible que España comenzara a avanzar en su zona occidental -pues en la oriental seguía manteniendo los límites establecidos tras la campaña del Kert- de Protectorado, que hasta entonces había quedado reducida en la práctica a Tetuán y al espacio comprendido dentro de los muros de las posiciones militares sembradas entre Ceuta y Tetuán. También satisfizo a Raisuni que, si bien no ostentaba el cargo de jalifa, disponía de un poder real muy superior al de éste. Guerreando solo, al frente de su harca, o de consuno con las fuerzas españolas, tras duros combates -entre los que cabe destacar, por lo empeñado y sangriento, el que tuvo lugar el 29 de junio de 1916 y conocido como de El Biutz, en el que fue gravísimamente herido el por entonces capitán de Regulares Francisco Franco- y crueles represalias, fue doblegando la resistencia de las cabilas. Su omnímodo poder sobre las zonas ocupadas, en las que no admitía otra autoridad distinta de la suya; el entrar en tratos con agentes alemanes encargados de crear problemas a Francia desestabilizando su Protectorado<sup>53</sup>; y sus continuas provocaciones y agresiones al ejército español, comenzaron a causar graves problemas entre Gómez Jordana y la opinión sostenida en Madrid por algunos políticos y la prensa. Se plantean aquí diferencias de opinión sobre las causas de estos problemas entre algunos tratadistas e historiadores que se han ocupado del asunto. Mientras Payne<sup>54</sup>, Woolman<sup>55</sup> y Amin al-Rihani<sup>56</sup> sostienen que el alto comisario, consciente del despotismo de Raisuni y del error que había cometido con aquel pacto, pedía al gobierno español que le permitiese actuar contra él para poner coto a sus desmanes y poder continuar el avance español en las montañas que el déspota marroquí consideraba suyas, a lo que los políticos respondían con su negativa a emprender acciones de represalia contra el caudillo de

Yebala; Ruiz Albéniz<sup>57</sup> plantea la cuestión de modo inverso, considerando que en España se alzaron voces desde sectores de la política y de la prensa clamando contra la estrategia de apoyo armamentístico y económico a Raisuni seguida por Gómez Jordana, al que se llegó a tachar de traidor y despilfarrador, debido a sus acuerdos con los que se consideraban enemigos de España y al aumento de gastos en Marruecos. Todos se muestran, sin embargo, unánimes en que estas desavenencias llenaron de frustración el ánimo del general, que murió de un ataque cardíaco ante su mesa de trabajo el 11 de noviembre de 1918.

En España, mientras tanto, las consecuencias de la guerra van deteriorando el clima social. Ya no son sólo las campañas y actos de protesta con que presionan los partidos políticos contrarios a la permanencia en Marruecos, de forma especial el PSOE, que hace de ello una de sus señas de identidad durante estos años, indisolublemente ligada a sus tradicionales reivindicaciones laborales y sociales, como se pone de manifiesto durante la huelga general de agosto de 1917, lo que le reporta un notable progreso ante la opinión pública<sup>58</sup>. Ahora, el estamento militar resulta convulsionado por la política de ascensos y recompensas que se está llevando a cabo en el Protectorado. A partir de 1910 se había reimplantado el sistema de ascensos por méritos de guerra para estimular el voluntariado de la oficialidad en Marruecos<sup>59</sup>. Desde el final de la campaña de Melilla y en los años sucesivos este sistema se aplicó con tanta prodigalidad en el denominado ejército de África que suscitó el enconamiento entre la oficialidad peninsular, la cual, sujeta a la promoción por riguroso orden de antigüedad, consideraba un agravio los vertiginosos -y, a veces, dudosamente merecidos- saltos en el escalafón que sus colegas destinados en Marruecos estaban consiguiendo. Este descontento se estructuró en torno a las autodenominadas Juntas Militares de Defensa, que reclamaron, ante las autoridades militares y civiles, la supresión de los ascensos por méritos de guerra, además de otras reivindicaciones de carácter profesional. Tanto la cúpula militar como los diferentes gobiernos que se sucedieron, e incluso el propio rey, llegaron a amedrentarse ante aquella especie de motín que, a pesar de los intentos, no sólo no habían podido detener, sino que se iba extendiendo y amenazaba con



desestabilizar el propio orden establecido. Las Juntas lograron en 1918 arrancar a las Cortes la promulgación de la denominada Ley de Bases para la reorganización del ejército, que limitaba los ascensos fuera del normal escalafón y reservaba la exclusiva facultad para otorgarlos a las propias Cortes. Esto calmó los ánimos de los llamados junteros, aunque aún durante unos años, hasta 1922 en que fueron disueltas, siguieron ejerciendo como grupo de presión -desde 1919 de forma legal y con el nombre de Comisiones Informativas- dentro y fuera del ejército, que ahora estaba constituido por dos bloques con antagónicos puntos de vista profesionales: los junteros y los africanistas.

A comienzos de 1919, el general Dámaso Berenguer es designado alto comisario de España en Marruecos, sustituyendo al difunto Gómez Jordana. Su toma de posesión supuso el final de la relativa calma en que se había vivido durante los dos años anteriores, a pesar de lo cual no habían dejado de producirse bajas entre las tropas españolas, tal y como apunta Payne: "Durante los años 1916-18, un total de 834 soldados españoles fueron muertos o murieron a causa de las heridas en Marruecos. Esta fue la cifra más baja en comparación con cualquier otro periodo"<sup>60</sup>. Berenguer impuso un cambio de estrategia, siguiendo lo que ya venía siendo norma general en los que ocupaban este puesto. Así lo reseña un analista de la época, Antonio Azpeitu: "cada alto comisario tuvo una particular y original (!) concepción del problema, y su primer trabajo fue negar y deshacer la obra de su antecesor"<sup>61</sup>. Estaba decidido a continuar el avance español en la zona occidental del Protectorado y a terminar con la situación creada por el Raisuni. Comenzó una política de hostigamiento hacia los súbditos del caudillo yebali<sup>62</sup>, que volvió a levantarse en armas contra el ejército español. Se había reanudado la guerra.

La táctica empleada por el alto comisario consistió en el avance lento y bien planificado, con un previo conocimiento del terreno, intentando conseguir la adhesión de los jefes locales, haciendo recaer el mayor peso de los combates sobre las tropas nativas de Regulares y Policía, y restringiendo y economizando todo lo posible el empleo de fuerzas españolas, cuyas bajas eran mal recibidas por el gobierno de Madrid, pues cada nuevo muerto suponía otra

vuelta de tuerca en el encrespamiento de la opinión pública, aumentando el ya muy generalizado rechazo a toda actividad bélica en Marruecos.

Esta necesidad de ahorro de vidas propició que las altas instancias militares y el gobierno se mostraran receptivas a la propuesta hecha por un comandante de infantería veterano en las campañas africanas, José Millán Astray, para crear un nuevo cuerpo militar formado por tropas voluntarias -de carácter mercenario- adiestradas de forma especial para aquel tipo de guerra. Junto con los ya existentes Regulares, sobre los que, por su condición de nativos, siempre se mantuvo un cierto recelo, formarían la élite del ejército colonial. De esta forma, el 28 de enero de 1920, se creó el denominado Tercio de Extranjeros o, simplemente, la Legión, como desde un principio prefirieron llamarlo su fundador y los oficiales que a él pertenecieron. De su mando se encargó el que había sido su ideólogo, el recién ascendido a teniente coronel, Millán Astray. Para su organización había tomado como modelo la Legión Extranjera francesa, ya bien experimentada y curtida en guerras coloniales, en cuyos acuartelamientos -donde paso un tiempo en calidad de invitado- pudo observar Millán Astray su operatividad, que luego enriqueció con aportaciones personales, extraídas del Bushido<sup>63</sup>, código moral de los samurais. Todo ello aderezado con una hiperexaltación del honor y la violencia, soflamas sobre la muerte y una puesta en escena teatral en la que el jefe del Cuerpo, dotado de una oratoria tan altisonante en su expresión como burda en sus contenidos, ejercía de maestro de ceremonias.

Por estos mismos días fue nombrado comandante militar de Melilla el general de división Manuel Fernández Silvestre, que hasta unos meses antes lo había sido de Ceuta. Gran parte de su carrera militar la había desarrollado en el campo de batalla, había combatido en Cuba y con posterioridad en Marruecos, desde 1908 en que llegó a Casablanca para adiestrar y supervisar a las fuerzas nativas que se encargaban de la seguridad en los alrededores de la ciudad. Había sido comandante general de Larache, época en la que, debido a su carácter impulsivo y poco diplomático, se granjeó la enemistad personal del Raisuni, propició que operaciones de pacificación degenerasen en abierta lucha y orientó su actuación en dirección

opuesta a la política de apaciguamiento seguida por el alto comisario; acrecentó los problemas de España hasta tal punto que el gobierno hubo de relevarlo de su puesto. Esta impetuosidad y vehemencia le habían proporcionado, sin embargo, una gran popularidad y una fama de militar valiente y capaz de cualquier hazaña. Fue gentilhomme en la corte y gozó de la amistad personal y el favor de Alfonso XIII, que, como sugiere Fernández Almagro<sup>64</sup>, admiraba el temple de Fernández Silvestre. Su propia trayectoria personal, a juicio de una amplia mayoría de historiadores y analistas del asunto, debiera de haber desaconsejado su designación para este cargo, teniendo en cuenta que su trabajo iba a consistir en iniciar el avance y la ocupación en la parte oriental del Protectorado, inmóvil desde el final de la campaña del Kert.

Decididos ya a hacer efectiva la ocupación de toda la zona española, el gobierno dispone aumentar las competencias del alto comisario otorgándole el mando supremo del ejército español en Marruecos, que antes se encontraba repartido entre los diversos responsables de las comandancias militares. Se pone en manos del general Berenguer todo el poder y capacidad de decisión en el Protectorado.

Por la zona oriental, comienza el avance con la toma de Tafersit, primera de las operaciones realizadas tras la toma de posesión de Fernández Silvestre, mientras que en la parte occidental se ocupa, en octubre de 1920, la ciudad de Xauén, lugar sagrado para los musulmanes, en torno al cual prosiguieron los combates con El Raisuni. Tras las primeras iniciativas del comandante general de Melilla, que habían producido resultados satisfactorios y la sumisión de algunas cabilas presuntamente refractarias a la presencia de extranjeros en su territorio, se comenzó a acelerar el avance con la intención final de llegar a Alhucemas, lo que supondría haber dominado el corazón del Rif. Una veloz progresión atribuible en mayor medida a la hambruna por que atravesaba la zona desde hacía tiempo y al dinero entregado a los jefes de cábila y a indígenas influyentes que a las "grandes hazañas" aireadas por cierta prensa o a la buena estrella personal del militar, según indica María Rosa Madariaga<sup>65</sup>. A principios de 1921, las tropas de Fernández Silvestre alcanzaron la línea del

río Amekrán y establecieron la posición de Annual, límite con la cabila de Beni Urriaguel, donde se detuvieron las operaciones a la espera de que progresaran las que se llevaban a cabo en la parte occidental. De este modo, uniendo todas las fuerzas, que avanzarían desde ambos lados a la vez, se pretendía "formar una tenaza y encerrar a los urriagueles entre sus ramas"<sup>66</sup>, dado que estos rifeños estaban considerados como muy belicosos y poco proclives a aceptar la presencia extranjera en sus tierras. La táctica de penetración había sembrado de posiciones militares todo el campo desde Melilla hasta aquí. La mayoría de ellas, como pudo comprobarse después, estaban mal situadas estratégicamente y eran indefendibles: rodeadas de elevaciones que las convertían en fácil blanco para los pacos, sin amplios espacios abiertos a su alrededor para asegurar la eficacia de la artillería en caso de necesidad, carentes de agua o lejos de las aguadas y sin adecuados caminos que pudieran asegurar su pronto socorro o una rápida retirada. Además, estas posiciones, algunas de ellas no más que insignificantes blocaos guarnecidos por una quincena de hombres, precisaban de un avituallamiento periódico -a veces diario- mediante un sistema de convoyes que distraía de otras actividades y ponía en constante peligro a un gran número de tropas.

A pesar de las disposiciones del alto comisario para no iniciar nuevas operaciones más allá de la línea de Annual, el día 1 de junio una columna traspasa este límite y comienza a establecer una posición en Monte Abarrán. Nada más retirarse la fuerza de apoyo y cuando, al parecer, aún no habían comenzado los trabajos de fortificación, fue atacada por una harca de rifeños que se habían mantenido al acecho. Muertos los oficiales españoles, el resto de las tropas de ocupación -la mayoría nativos de Regulares y de la Policía Indígena- se aterrorizaron y huyeron, o fueron cazados en su huida, dejando todo el material en manos de los atacantes. Constituyó éste el primer descalabro sufrido por las tropas de la Comandancia de Melilla desde que Fernández Silvestre se había hecho cargo de su mando, pero ya anticipaba lo que habría de venir. El general y su servicio de inteligencia no se habían enterado de que desde hacía unos meses los rifeños habían comenzado a organizarse para repeler cualquier intento de avance más allá de donde ya había llegado el ejército español, o,

por el contrario, fue la irreflexiva impetuosidad del comandante militar que, desoyendo los consejos de sus colaboradores -en concreto, del coronel Morales, jefe de la Policía Indígena en la zona y hombre poco dado a las aventuras inmeditadas<sup>67</sup>- decidió continuar las operaciones. En cualquier caso, resultó, según más tarde quedó señalado en el denominado Expediente Picasso, "desacierto e impremeditación aventurar el avance de Abarrán, obrando con un exceso de arrojo o ciega confianza"<sup>68</sup>. Significó, también, la primera victoria de Abd el Krim -entonces aún no muy conocido, pero con posterioridad el más importante de los líderes rifeños- sobre el ejército español, y la consecuente adhesión de más cabileños a la rebelión que en estos momentos se estaba gestando.

Mohamed Abd el Krim el Jatabi era hijo del jefe de una de las tribus que formaban la cabila de Beni Urriaguel. Había nacido en 1882<sup>69</sup>. Tras cursar estudios coránicos fue enviado por su padre a Melilla para que los continuara en una escuela española. Completó su educación en Fez. Todo ello le proporcionó una cultura "muy superior a la de la mayor parte de los marroquíes que en aquella época frecuentaban Melilla"<sup>70</sup>. Comenzó a trabajar en la página árabe del periódico melillense El Telegrama del Rif. Con posterioridad, pasó a desempeñar cargos para la Comandancia española en esta ciudad, a través de la Oficina de Asuntos Indígenas, primero como asesor y más tarde como juez -cadí- islámico. Ejerció como profesor de árabe y *chelha* (o *xelja*), el dialecto rifeño, en la Academia Árabe instituida por Gómez Jordana en Melilla, donde contó entre sus discípulos con algunos de los oficiales y jefes militares españoles que luego habrían de convertirse en sus adversarios. Durante la I Guerra Mundial su actitud germanófila le acarreó problemas legales, bien por su fehaciente cooperación en contra de los intereses franceses en su Protectorado o bien sólo por sus opiniones contra el colonialismo galo. Esto supuso que las autoridades españolas, atendiendo una petición del vecino Protectorado, lo procesaran y encerraran en la prisión de Rostrogordo en 1917. Intentó la fuga descolgándose por los muros, pero cayó y se fracturó una pierna, lo que le proporcionó una cojera para el resto de sus días. En 1918 fue puesto en libertad y continuó sus actividades anteriores al encarcelamiento. Sin embargo, la falta de seguridad

personal ante el temor de ser entregado a los franceses, como les había sucedido a otros marroquíes que huyeron de aquella zona buscando refugio en la española, le empuja a abandonar Melilla y volver a Beni Urriaguel. Allí colaboró con su padre y hermano menor - quien atendiendo a la llamada familiar había regresado desde España, interrumpiendo sus estudios para el ingreso en la Escuela de Ingeniería de Minas- en la preparación de una resistencia armada contra la posible ocupación y explotación de aquellas tierras por los colonialistas europeos. El fallecimiento del progenitor cuando ya los beniurriagueles se aprontaban para el conflicto, aupó a Mohammed ben Abd el Krim en septiembre de 1920 a la jefatura de los cabileños.

Tras la toma de Monte Abarrán, los rifeños atacaron al día siguiente la posición de Sidi-Driss, que, tras un largo tiroteo en el que incluso se hizo precisa la ayuda de un cañonero y una pequeña fuerza de desembarco, logró rechazar la agresión e infringir gran número de bajas a los agresores. Ante estos incidentes, a los que Fernández Silvestre no dio demasiada importancia, el alto comisario -en la entrevista que ambos sostuvieron el día 5 de junio- volvió a advertirle que no realizara movimientos más allá de la línea en la que ya estaban establecidos. Se afianzó esta línea con el establecimiento de algunas posiciones de refuerzo. La más importante de ellas, Igueriben.

Durante toda la primera quincena de junio siguió habiendo incidentes, cuya importancia fue relativizada, en torno a la posición de Annual, donde ya se habían concentrado un importante número de tropas . La llegada del verano aportó una nueva situación de calma, se consideró que las aguas habían vuelto a su cauce. Con absoluta normalidad, se empezaron a conceder permisos a los oficiales y jefes para que regresaran a España a disfrutar de licencia estival.

Esta tranquilidad quedó rota a partir de 16 de julio. El convoy que desde Annual aprovisionaba la posición de Igueriben, la cual desde el día anterior había visto interceptado su servicio de aguada<sup>71</sup>, es hostilizado hasta el punto de impedir su paso. Había comenzado la agonía de este puesto y el preámbulo del denominado desastre de Annual<sup>72</sup>. Abd el Krim

había lanzado un ataque contra la línea de vanguardia del ejército español. El 17, tras arduos esfuerzos y empeñados combates, un convoy sensiblemente mermado -apenas sin agua- logra llegar a la posición sitiada, sin embargo, las tropas de protección que alcanzan Igueriben ya no pueden regresar. La harca no cesa de atacar esta posición, cuyos defensores comenzaron a sufrir la tortura de la sed. El día 19 se intentó enviar otro convoy desde Annual, pero ya fue imposible su paso a pesar de la ayuda de una columna de refuerzo desplazada desde otra posición. El general Felipe Navarro, segundo jefe de la Comandancia de Melilla, había interrumpido su licencia y regresado con urgencia a la zona al enterarse de lo sucedido. En esta misma fecha, por la tarde, había salido de Melilla con dirección a la primera línea para tomar el mando de las fuerzas concentradas en Annual. Llegó la mañana del 20 y, al darse cuenta de lo difícil de la situación, suspendió los preparativos del convoy de aquella jornada y se puso en contacto con Fernández Silvestre, quien le comunicó que al día siguiente llegaría él a la posición y pasaría el convoy. Los defensores de Igueriben se encontraban en una situación límite, sin alimentos ni agua, lo que les obligó a beber "el líquido de las latas de conservas, después la tinta, después los orines de las bestias, dulcificados con azúcar"<sup>73</sup>. Durante la mañana del 21 se intenta de nuevo hacer llegar el socorro, para lo que se utiliza un fuerte dispositivo de hombres y armas encuadrados en varias columnas, pero a pesar de todo este despliegue y de la llegada del comandante general, que toma el mando e intenta infundir ánimos en las tropas, los rifeños vuelven a impedir su paso y, tras un feroz combate de varias horas, han de replegarse a Annual con un gran número de bajas. Entretanto, Navarro, por orden de Fernández Silvestre, ha tomado el camino de regreso hacia Melilla para reunir los pocos hombres útiles que puedan quedar allí y formar una columna de refuerzo, dado lo apurado de la situación. Ante la absoluta imposibilidad de socorrer a Igueriben, se autoriza a la guarnición para evacuar la posición y tratar de salvar los aproximadamente cinco kilómetros que les separan de Annual por los medios que puedan. Algunos, tal fue el caso del comandante Benítez, jefe del acuartelamiento, se resistieron a acatar esta orden y murieron dentro del recinto, otros intentaron la huida en medio de las

balas y la persecución de los rifeños. Sólo un reducido grupo -entre once y quince, dependiendo de la fuente consultada- alcanzaron Annual, y algunos de ellos murieron por extenuación tras el esfuerzo realizado.

Fernández Silvestre comenzó a darse cuenta de la catástrofe que se avecinaba. Hasta un par de días antes, tal vez confiado en su capacidad para resolver el problema por sí mismo, no había comunicado al alto comisario lo que estaba sucediendo, y aún esperó hasta la última hora del 20, la víspera de la caída de Igueriben, para solicitar a su inmediato superior el envío de refuerzos, tanto de hombres como de material bélico, según señalan el Expediente Picasso<sup>74</sup> y la mayoría de los analistas, exceptuando a Augusto Vivero<sup>75</sup>. Ahora, sin embargo, su arrogante ánimo había decaído y su figura vagaba errátil e indecisa por el interior de la sitiada Annual. Había concentrado la casi totalidad de sus fuerzas en esa posición, hasta parte de los oficinistas de Melilla se había traído con él, y tampoco podía esperar ayuda de otras guarniciones de la zona, que ya habían enviado algunas de sus fuerzas a ésta. Cursó órdenes a los capitanes de las más de Policía Indígena para que recabasen la ayuda de las cabilas amigas y poder así formar una harca de socorro<sup>76</sup>. Remitió sendos telegramas al ministerio de la Guerra y al alto comisario informándoles de lo sucedido en Igueriben y de la urgentísima necesidad de que le fuesen enviadas dos divisiones con todos sus pertrechos de combate. Pidió, asimismo, que la escuadra bombardease la bahía de Alhucemas y la aviación la zona interior, con el fin de atraer hacia esos lugares a los sitiadores<sup>77</sup>. Inútiles y desesperadas peticiones que debieron de parecer desproporcionadas a quienes hasta unas horas antes creían que en la Comandancia de Melilla reinaba la más absoluta tranquilidad. Durante aquella noche reunió a los jefes que con él se encontraban para evaluar la situación y decidir qué se podía hacer. Finalmente, dado que la escasez de municiones haría imposible una defensa prolongada, se decidió el abandono de la posición, que se efectuaría a la mañana siguiente, con el intento de que se realizase "por sorpresa"<sup>78</sup> como única táctica. Con el amanecer llegaron los primeros disparos de los rifeños efectuados desde las alturas que circundaban Annual, cuya intensidad fue incrementándose mientras



terminaban los preparativos para la evacuación. Esto, unido a la noticia de que se aproximaba un gran número de enemigos hacia la posición, acabó con la poca moral que aún conservaban las tropas. El abandono comenzó con cierto orden, pero, en cuanto los disparos se fueron generalizando, se transformó en alocada huída, frenética estampida con un solo dictado: ¡sálvese quien pueda! Las unidades se mezclaron y atropellaron unas a otras; los heridos fueron dejados por el camino; los que tropezaban y caían, aplastados por los que seguían corriendo; el armamento, abandonado como inútil lastre; los pocos vehículos y animales de transporte, disputados hasta la muerte; las otrora poderosas estrellas, arrancadas de las bocamangas para impedir la identificación de los oficiales, víctimas máspreciadas por los cazadores rifeños.

Las unidades formadas por indígenas, en cuanto advirtieron el descontrol generalizado, desertaron o hicieron causa común con los atacantes y comenzaron a disparar contra las tropas españolas. Fernández Silvestre, que permanecía en Annual junto con los jefes y oficiales de su cuartel general, presenciaba atónito la desbandada y según testimonio de un teniente de la Policía Indígena: "en los momentos que precedieron a la retirada, presintiendo la inmensidad de la catástrofe, parecía ajeno al peligro, y situado en una de las salidas del campamento general permanecía expuesto al fuego del enemigo, silencioso e insensible a cuanto le rodeaba"<sup>79</sup>. Después ya no se supo nada más sobre la suerte que pudo correr el comandante general de Melilla ni sobre cómo fue su final: ¿se suicidó?, ¿fue abatido impasible por las balas rifeñas?, ¿defendió la posición con las armas en la mano hasta caer muerto?, ¿decapitaron su cadáver y pasaron la cabeza como trofeo?<sup>80</sup>. Nadie que haya podido contarle estuvo a su lado en los últimos momentos, por tanto, todo queda en conjeturas sin demasiada importancia, pues como señala con acierto Fernández Almagro: "lo seguro (...) es que Fernández Silvestre murió en Annual: suicidado, aunque le matasen"<sup>81</sup>. Fue víctima, una más, de la vorágine de aquel desastre que su ciega impulsividad había propiciado.

La huída de las tropas continuó hasta Dar Dríus sin haberse detenido en ninguna de las posiciones intermedias desde Annual, ni siquiera en Ben Tieb, lugar escogido, en los planes

primeros, como meta de la retirada. Su guarnición, al igual que habían hecho otras establecidas a lo largo del camino, decidió unirse al grupo de escapados, aun cuando en aquella zona ya no se veían hostilizados por la harca atacante. A Dríus fueron llegando los restos de la columna que había salido de Annual y todos los que habían abandonados las posiciones intermedias. Por la tarde se les unió el general Navarro. Regresaba de Melilla con las últimas fuerzas disponibles que allí había podido encontrar. Tomó el mando e intentó reorganizar las deshechas unidades. Aunque este lugar disponía de condiciones para haberse mantenido como línea de defensa, según comenta un testigo de la catástrofe -Policarpo Bonilla, agente de la Compañía Minera Hispano Africana- a Indalecio Prieto, y este recoge en una de sus crónicas de guerra: "con agua ilimitada, con víveres abundantísimos y con enorme repuesto de municiones, podía haber resistido seis meses"<sup>82</sup>. Al día siguiente se continuó el repliegue. Es posible que Navarro se percatase de que podía producirse -lo que de hecho ocurrió- un levantamiento general de todas las cabilas de la zona, por lo que convenía retirarse lo antes posible hacia Melilla o hacia alguna posición cercana, donde pudieran mantenerse hasta que llegaran refuerzos y a la vez defender la ciudad, según supone Augusto Vivero: "Navarro tenía un plan (...) establecerse en Nador, recogiendo desde Dar Dríus al Gurugú los efectivos que custodian las posiciones. Con tal arbitrio puede allegarse diez u once mil hombres"<sup>83</sup>.

Se inicia la nueva fase de la retirada cuando ya todo el Rif conoce el descalabro sufrido por el ejército español y las condiciones de su repliegue. La mayoría de las cabilas del territorio ocupado toman las armas y se levantan contra aquellos que hasta anteayer los habían sojuzgado. A partir de aquí comienza un largo calvario para las tropas al mando de Navarro, que van retrocediendo bajo la presión del fuego enemigo de posición en posición, primero Batel, luego Tistutin, hasta llegar finalmente a Monte Arruit el 29 de julio, donde la penuria física les impidió continuar. Durante estos días habían sufrido el hambre, la sed, el miedo y la muerte en una tierra que se les había vuelto hostil por los cuatro puntos cardinales, y en la que habían logrado sobrevivir, tan escasos de fuerza física como de vigor moral, merced

al aguante de algunas unidades que habían mantenido su operatividad, entre las que cabe destacar el regimiento de Cazadores de Alcantara, cuya caballería, al mando del teniente coronel Fernando Primo de Rivera, se convirtió en el sustento de esta retirada.

El alto comisario, al recibir los últimos telegramas de Fernández Silvestre, en los que desvelaba la situación de extrema gravedad en que se encontraba, decide suspender las operaciones que en aquellos momentos dirigía en la zona occidental del Protectorado, cuando ya estaba a punto de recoger sus primeros frutos: el Raisuni se encontraba cercado por las tropas españolas en Tazarut, y Berenguer le había dado un plazo de cuarenta y ocho horas para deponer las armas y someterse. Ordena que se fijen las posiciones y que se dispongan para marchar hacia la otra zona las unidades de Regulares y de la Legión más preparadas. Después, se desplaza a Tetuán y de allí a Ceuta, donde embarca rumbo a Melilla. Durante la noche del día 23 llega a la plaza y puede comprobar la excitación que se ha apoderado de la población. La noche anterior habían comenzado a llegar algunos escapados del desastre a los que la fortuna había premiado con un medio de locomoción. Su presencia y el conocimiento de lo sucedido resultó suficiente para que el vecindario, presa del terror y creyendo que de un momento a otro la harca de Abd el Krim iba a caer sobre la ciudad, se lanzara al puerto en busca de un medio de transporte que pudiera alejarlos de allí. Durante unos cuantos días Melilla estuvo casi del todo indefensa, a pesar de lo cual, los rifeños, que habían llegado hasta sus aledaños, no realizaron el más mínimo acto de hostilidad. No parece probable que el motivo de esto fuera la subestimación de sus propias fuerzas y la sobrevaloración de las españolas<sup>84</sup>, y menos aún algunas de las causas apuntadas por Woolman<sup>85</sup>, tales como, las dificultades que habría supuesto salvar la muralla de la plaza, la no posesión de artillería móvil o que la volubilidad de carácter de los marroquíes los hiciera poco adecuados para mantener un asedio. Tal vez, la razón haya que buscarla en el cuidado que el líder rifeño puso en no deteriorar su imagen ni la de su incipiente revolución ante el resto de las naciones, que no habrían tolerado de buen grado una agresión en territorio extranjero -Melilla era una plaza bajo soberanía española- ni una matanza indiscriminada de

civiles, tal como señalan Indalecio Prieto<sup>86</sup> y Carlos de Baraibar<sup>87</sup>, o según manifestaron el propio Abd el Krim y personas de su máxima confianza en varias ocasiones, por ejemplo, en las conversaciones que con el cuñado y hombre muy próximo al círculo de poder del caudillo, Mohamed Acerkán -conocido como Pajarito- mantuvo el periodista Luis de Oteyza, director del diario La Libertad, durante el viaje que realizó al Rif en 1922, donde sostiene que la integridad de la ciudad se debió a la autoridad de su cuñado: "nosotros no queríamos pasar de la línea del Kert (...) pero al ver que las cabilas sometidas se excedían en acometividad y en furia, temimos que asaltasen Melilla. Hubiera sido horrible. La humanidad entera se hubiese horrorizado ante un saqueo así (...) Mi hermano lo comprendió, y envió a éste [otro rifeño presente en la conversación] con tres caídes y seiscientos hombres para evitarlo. En el Gurugú estuvieron una semana protegiendo a Melilla, hasta que estableció Berenguer la línea defensiva."<sup>88</sup>

El día 24 comienza la llegada de refuerzos. Entre los primeros, Millán Astray con dos banderas de la Legión, que intentan infundir confianza en la población de la plaza. Durante todo el día y los siguientes siguen llegando tropas y material militar a Melilla, con las que Berenguer va organizando un cinturón defensivo en torno a la ciudad. Entretanto, nada se sabía de la situación que atravesaba la columna de huídos al mando de Navarro. El 29 se logra restablecer la comunicación y el segundo jefe de la Comandancia informa de que han entrado en Monte Arruit<sup>89</sup>.

Allí quedaron reunidos unos tres mil hombres, exhaustos y mal armados, pues la poca artillería que les quedaba la perdieron a las puertas de esta posición. Además, contaban con un buen número de heridos, que en los días siguientes se irían incrementando, sin apenas atención sanitaria por carecer de casi todo. En estos momentos, de lo que había sido la Comandancia de Melilla quedaba apenas poco más que la columna de Navarro y algunas posiciones aisladas que no tardaron en capitular o en caer en manos de los rifeños. Entre éstas cabe señalar las de Nador y Zeluán, que a pesar de su proximidad a Melilla no pudieron ser socorridas. La primera, tras sufrir asedio, se rindió y las vidas de la guarnición y de los

civiles que con ellos se encontraban fueron respetadas gracias a la mediación de Abd el Kader, jefe de cabila adepto a España. En Zeluán, los defensores no gozaron de igual fortuna. Cuando ya se les hizo imposible seguir resistiendo el cerco a que los rifeños les tenían sometidos, capitularon, pero, tras la entrega del armamento, fueron asesinados allí mismo o en su desesperada huida.

Los refugiados en Monte Arruit, se convirtieron en la última resistencia española -bien escasa, por cierto- a la revuelta de Abd el Krim. Los días iban pasando y su situación se hacía cada vez más crítica: víctimas de los disparos y del bombardeo a que los sitiadores los sometían cada día con los cañones que habían tomado en las posiciones abandonadas; torturados por el hambre y, sobre todo, por la sed, que enloquecía a los hombres en los parapetos y costaba un buen número de bajas cada vez que se salía para hacer la aguada, distante unos quinientos metros; imposibilitados para atender, siquiera en lo mínimo, al creciente número de heridos, muchos de los cuales murieron por esta falta de asistencia, tal fue el final del teniente coronel Fernando Primo de Rivera, tras haber sufrido la amputación sin anestesia de un brazo. Navarro, sabedor de que en tales circunstancias no podrían mantenerse mucho más tiempo, preguntó a Melilla si se le iba a enviar una columna de auxilio<sup>90</sup>. Eran mucho más que un grupo de desdichados soldados casi indefensos, constituían un símbolo, tanto para el caudillo rifeño como para el ejército español. Para aquél significaban su triunfo absoluto, el haber humillado a las poderosas -aunque como se vio, sólo lo eran en apariencia- huestes coloniales, lo que dejaba el camino abierto para que su liderazgo pudiera consolidarse sin obstáculos. Para el ejército español suponía no solamente el más grave y sonado descalabro desde el ocurrido en el Barranco del Lobo -al que éste sobrepasaba con creces- en el año nueve, sino la humillación profesional que conllevaba el no ser capaces de socorrer a unos compatriotas cercados a tan pocos kilómetros de Melilla. Así lo entendieron algunos jefes y oficiales - a la cabeza de los cuales, o en lugar prominente, se encontraba el reputado coronel Riquelme- que sugirieron a Berenguer la formación de una columna para, por los medios que fuera y costara lo que costara, llegar a Monte Arruit e

intentar rescatar a los cercados. No accedió, sin embargo, el alto comisario a esta petición, alegando la insuficiencia de fuerzas para llevarla a cabo y la indefensión en que volvería a quedar Melilla. Berenguer, cuyo prestigio ya había comenzado a ponerse en entredicho por no haberse enterado de lo que Fernández Silvestre estaba llevando a cabo o por no haber ejercido su autoridad para impedirselo, no podía permitirse otra acción improvisada, por loable y heroica que fuese, capaz de originar un segundo fracaso. Tampoco en Madrid, un gobierno al que el desastre había colocado en una situación muy delicada, de práctica interinidad, estaba en condiciones de apoyar una decisión de este tipo, que hubiera arrojado aún más leña al fuego que algunos grupos políticos, parte de la prensa y un amplio sector de la opinión pública había encendido bajo sus pies.

El único auxilio que se facilitó a los sitiados fue el abastecimiento de víveres y municiones por aeroplano. Avituallamiento del todo ineficaz, pues gran parte de los materiales lanzados caían fuera de la posición, llegando a poder de los rifeños, y la mayoría de lo que caía dentro quedaba inutilizado por el impacto que sufría al chocar contra el suelo. Navarro, impulsado por el agotamiento, pérdida ya la esperanza de recibir ayuda y alentado por los despachos del alto comisario en los que le instaba a entrar en negociaciones con Abd el Krim para alcanzar un aceptable acuerdo de capitulación<sup>91</sup>, al fin se decidió a negociar. No pudieron resultar más desafortunados los primeros pasos dados en esta dirección. Un malentendido propició el inicio de un tiroteo contra los emisarios rifeños que se encontraban dentro de Monte Arruit, lo que "empeoró de modo extraordinario la situación del general Navarro"<sup>92</sup>. Finalmente, se pactó con algunos jefes de cabila la entrega del armamento a cambio del respeto de la vida de los asediados y la facilitación de una escolta que les permitiría llegar a Melilla sin sufrir hostigamiento. Una vez entregadas las armas, el general, junto con la mayoría de los jefes y oficiales y algunos soldados, fueron apartados del resto del grupo y alejados de la posición por algunos jefes rifeños. A continuación, la harca irrumpió en el interior del recinto y comenzó a masacrar a las tropas españolas que se disponían a evacuarla. Cuando aquello acabó, los cuervos eran los únicos seres vivos en

Monte Arruit. Había sido el último capítulo del desastre, con él se cerraban doce años de presencia española en esta zona de Marruecos. El ejército había vuelto a las posiciones de 1909, a los alrededores de Melilla. Todo el territorio que desde aquel año se había ido ocupando poco a poco, con gran sacrificio de vidas y dinero, se había escapado de las manos de España, se había disuelto en apenas veinte días. Un número estimado -dependiendo de la fuente de información- de entre doce y quince mil españoles -que otros elevan hasta diecinueve mil- habían dejado su vida en aquellas tierras. Toneladas de armamento -fusiles, ametralladoras, cañones, municiones, camiones, etc- habían pasado a manos de los rifeños, que más tarde lo utilizarían contra las fuerzas españolas. Unos centenares de militares y soldados habían sido hechos prisioneros, lo que daría origen a otro conflicto nacional en torno a la suerte de habían de correr y a su posible rescate: el problema de los cautivos, que se alargaría durante año y medio.

A pesar de la censura de prensa que el gobierno había establecido desde el 25 de julio, el país quedó conmocionado y desde todos los sectores de la vida pública arreciaron las críticas más feroces contra los responsables gubernamentales de esta catástrofe, de forma especial contra Luis Marichalar, vizconde de Eza, responsable de la cartera de Guerra y contra el presidente Allendesalazar. Algunos jefes militares con altas responsabilidades, como el capitán general Weyler, jefe del Estado Mayor Central, o el teniente general Angel Luque "no se recataron en dar publicidad en las columnas de EL Sol a las más duras críticas e inculpaciones por la imprevisión y falta de capacidad organizadora del ministro de la Guerra"<sup>93</sup>. Los políticos, desde correligionarios del propio partido conservador hasta los socialistas, pasando por Romanones, increparon a algunos miembros o a la totalidad del gabinete Allendesalazar. La prensa, cuando pudo volver a expresarse con libertad, en los días posteriores al derrumbamiento aireó todo lo que había constituido una continuidad de desaciertos en la política seguida en Marruecos: los desbarajustes en la organización militar, los fraudes económicos y la vida licenciosa de que gozaba parte de la oficialidad con la aquiescencia de unos mandos tolerantes o encubridores de estos desmanes.

El gobierno hizo efectiva la dimisión que ya tenía prevista desde días antes. El nuevo gabinete tomó posesión el 14 de agosto presidido por Antonio Maura. El hombre que se había visto obligado a dejar este mismo puesto tras el descalabro de 1909 en Melilla y sus posteriores consecuencias volvía a tomar las riendas del poder en estos momentos, cuando era imprescindible reorientar la andadura española en el Protectorado. El general Berenguer presentó su dimisión como alto comisario al nuevo gobierno, que se negó a aceptarla y ratificó al militar en su puesto por considerarlo el más capaz, no dudando, acaso para vencer su resistencia a continuar al frente de la Alta Comisaría, en mantenerlo al margen de la investigación sobre las responsabilidades del desastre que el anterior titular de la cartera de Guerra había encargado al general Juan Pícaso unos días antes -el 4 de agosto- de dimitir. Esta comisión cuya función consistía en esclarecer lo sucedido e identificar a los responsables, vio recortada su libertad de actuación desde sus inicios; "se sustrajo a la investigación (...) al que, en caso de victoria, habría sido el primero en recibir los laureles"<sup>94</sup>.

En Melilla, mientras tanto, había continuado aumentando durante el resto del verano el contingente peninsular de tropas de refuerzo, entre las que ahora se encontraban los denominados soldados de "cuota", aquellos que habían pagado una cantidad en metálico para reducir su tiempo de permanencia en filas, y que hasta entonces habían sido destinados a unidades que nunca habían pisado tierra marroquí. Constituía esta modalidad el último privilegio legal -establecido tras el cambio legislativo de 1912 sobre el servicio militar, que suprimía la denostada redención a metálico y creaba esta figura de servicio atenuado- de que gozaban los económicamente mejor dotados, y que fue suprimido, en parte, por el ministro responsable, vizconde de Eza, en los días siguientes al desastre, para intentar atenuar la cólera popular ante la abultada cifra de muertos. Él, no obstante, había maquillado su decisión con otras palabras: "entendí que era indispensable que fueran [los "cuotas"], y fueron, con lo que vio España que todos eran iguales ante el sacrificio, y que el honor de esta página heroica a todos corresponde, altos y bajos, pobres y ricos."<sup>95</sup>



Tras asegurar un cinturón defensivo en torno a Melilla, el 12 de septiembre comenzó la contraofensiva del ejército español para recuperar el terreno perdido. El nuevo avance fue planificado con cuidado por Berenguer, utilizando potentes columnas que habrían de impedir cualquier imprevisto y asegurando las posiciones antes de proseguir, lo que no fue obstáculo para que por segunda vez se volviese a regar la misma tierra con sangre española. El 14 de octubre se llegó a Zeluán, donde ya se pudieron apreciar los resultados del desastre de julio: cadáveres insepultos por todas partes, quemados, descuartizados. A partir de aquí éste constituyó el paisaje cotidiano que iban encontrando las tropas en su avance, que unos días después llegó a Monte Arruit, donde la catástrofe adquiría ribetes terroríficos, la brutalidad y la muerte mostraban allí su más descarnada expresión: "Dante no vio tanto", sintetiza Fernández Almagro<sup>96</sup>. Un espectáculo capaz de perturbar el ánimo del más endurecido de los testigos, así nos lo muestra el por entonces comandante legionario Francisco Franco, poco sospechoso de conmovirse con facilidad, en una lacónica pero contundente alusión: "renuncio a describir el horrendo cuadro que se presenta a nuestra vista. La mayoría de los cadáveres han sido profanados o bárbaramente mutilados. Los hermanos de la Doctrina Cristiana recogen en parihuelas los momificados y esqueléticos cuerpos, y en camiones son trasladados a la enorme fosa"<sup>97</sup>. En diciembre se llegó a la línea del Kert y en enero de 1922 a Dar Dríus, ya cercana a la posición de Annual, donde se había determinado detener el avance por las dificultades geográficas y estratégicas que suponía continuar más allá.

En la zona occidental del Protectorado también se habían reanudado los combates. La interrupción de las operaciones para acabar con el Raisuni y las noticias del desastre de Annual habían vuelto a poner a las cabilas en estado de agitación, a lo que ahora se añadía la expansión de la revuelta de Abd el Krim, que ya comenzaba a allegar adhesiones en estas tierras. Desde septiembre se habían reanudado las hostilidades contra el Raisuni. Respondía esta progresión intermitente en ambas zonas al plan trazado por el gobierno y el alto comisario para fijar las posiciones de la parte oriental lo más próximas posibles a Beni Urriaguel y, entretanto, terminar con la oposición en la parte occidental, donde cabía el riesgo

de que se extendiera la influencia de Abd el Krim, lo que de hecho sucedió, y mucho antes de lo previsto por Berenguer o el gobierno. Finalmente, acometerían la penetración en el Rif con todas las tropas, una vez que se hubiera ocupado Alhucemas.

El 20 de octubre había dado comienzo en el Congreso de los Diputados el debate parlamentario sobre los sucesos ocurridos en la Comandancia de Melilla durante los meses pasados. Diputados de todos los grupos pidieron explicaciones al gobierno y lanzaron agrias censuras contra la política que se había seguido, siendo las intervenciones del socialista Indalecio Prieto las más duras. Puso el dedo en la llaga de las presuntas responsabilidades al señalar al monarca como inductor de las impremeditadas acciones emprendidas por Fernández Silvestre: "Se iba a Alhucemas sin el consentimiento del gobierno (...) En cuanto a la foma de ejecutar la operación, se iba contra la voluntad del alto comisario, del general en jefe. ¿Quién, entonces, autorizó la operación sobre Alhucemas, quién la decretó? Está en la conciencia de todos vosotros; lo dijo el general Silvestre, al volver a Melilla, desde la borda del barco, fue el Rey"<sup>98</sup>. Aún agravaron más la situación las censuras que contra la actuación de políticos y militares vertió en el Senado el jefe del Estado Mayor Central, general Weyler, o la defensa del total abandono de Marruecos como alternativa más plausible, que manifestó el Capitán General de Castilla la Nueva, Miguel Primo de Rivera<sup>99</sup>.

A comienzos del año siguiente, 1922, una vez consolidadas las posiciones hasta Dar Dríus, se celebró una reunión en el malagueño pueblo de Pizarra entre miembros del gobierno, del Estado Mayor del ejército y el alto comisario para decidir el curso que debían seguir las operaciones. Se llegó al acuerdo de tomar Alhucemas mediante un ataque marítimo en cuanto las circunstancias lo permitiesen, empeño que no parecía de fácil consecución, pues poco más tarde la artillería rifeña que Abd el Krim había emplazado como defensa costera hundía el vapor español *Juan de Juanes* cuando navegaba frente a la bahía. Continuaron algo los avances en la zona oriental, se ocupó la cabila de Beni-Said, donde se volvió a establecer la posición de Dar-Quebdani. En la occidental, también siguió la expansión, llegando a tomar

Tazarut -refugio de el Raisuni- el 12 de mayo, aunque el caudillo de Yebala ya había abandonado su habitual morada.

El 18 de abril de 1922 el general Picasso dio por concluidas sus investigaciones sobre la caída de la Comandancia de Melilla. Aunque no constituía su cometido la depuración de responsabilidades sino tan sólo esclarecer lo sucedido<sup>100</sup>, sus conclusiones pusieron de manifiesto la negligencia y la inadecuada forma con que habían actuado mandos militares de todos los empleos durante aquellos días. A pesar de las cortapisas que La Cierva, titular de la cartera de Guerra en el gabinete Maura, había impuesto al instructor para que Berenguer y el resto de los generales implicados no fuesen objeto de investigación, no resultaba posible mantener, a la luz del informe, que todo se había debido sólo a errores de oficiales y jefes como había pretendido el gobierno. Así lo entendió el fiscal encargado del caso en el Consejo Supremo de Guerra y Marina, donde fue enviado el expediente, el cual amplió la relación de responsables. Este Consejo recomendó que era pertinente procesar a Berenguer, además de a Fernández Silvestre y a Navarro, aunque ambos se encontrasen ausentes, el primero por su presunta muerte y el segundo en cautiverio. La prensa y la oposición en las Cortes exigían al gobierno que hiciera públicas las conclusiones de este informe; sin embargo, a lo único que se avino Sánchez Guerra -presidente tras la dimisión de Antonio Maura en marzo- fue a la creación de una comisión parlamentaria para su estudio, que sólo llegó a constituirse, pues dos días más tarde las Cortes concluían su periodo de sesiones para iniciar el descanso estival. En medio de esta efervescencia social en busca de las responsabilidades, Berenguer regresó a Madrid y, despechado contra un gobierno que ni lo había protegido ni puesto sobre aviso siquiera de la campaña desatada contra su persona, presentó la dimisión como alto comisario. Le fue aceptada y se nombró sustituto al general Ricardo Burguete.

Su llegada supuso un cambio de política con respecto a la que había venido manteniendo su antecesor. Reorganizó las tropas, suprimiendo posiciones y creando columnas móviles que pudieran acudir con prontitud allá donde fueran necesarias, y aumentó la dotación de voluntarios con la creación de los Regulares de Alhucemas. Pactó con el Raisuni -cuyo poder

se encontraba ya muy debilitado- un acuerdo del todo beneficioso para el marroquí. Se le devolvía su residencia de Tazarut, su poder y su guardia personal, además de una sustanciosa compensación económica. Con ello se consiguió poner fin, de momento, a las hostilidades en esta zona. Intentó, con la mediación del ex sultán Muley Hafiz, alcanzar un acuerdo con Abd el Krim para obtener el rescate de los cautivos españoles, sin lograr éxito en sus gestiones. Como tampoco lo había obtenido en su pretensión de que el líder rifeño se aviniese a aceptar el recién creado amalato del Rif, que suponía, de hecho, la concesión de una cierta autonomía de acción para la política de Abd el Krim. A finales de octubre se reanudaron las operaciones en el este, llegando a ocuparse la posición de Tizi-Azza, desde donde se preveía continuar el avance. Nada más establecerse se convirtió en objeto de encarnizados ataques por parte de los rifeños, que no lograron desalojar a los ocupantes pero produjeron un elevado número de bajas y la consiguiente protesta en España. Esto determinó que el gobierno ordenara la paralización de nuevas acciones.

Durante la permanencia de Burguete al frente de la Alta Comisaria se produjeron otros dos acontecimientos de amplia repercusión. El teniente coronel Millán Astay, jefe de la Legión y uno de los más caracterizados militares africanistas, fue cesado en su cargo por Real Orden de 13 de noviembre, pasando a quedar disponible en espera de un nuevo destino. Su significativa y vehemente actitud en contra de las Juntas, que lo tenían en su punto de mira desde hacía tiempo, lo había convertido en víctima de los enfrentamientos que por aquellos días se venían produciendo entre las dos facciones que mantenían un pulso por el poder dentro del ejército.

Más repercusión social tuvo el descubrimiento de un desfalco dentro del ejército, el asunto conocido como "el millón de Larache"<sup>101</sup>. Los militares encargados del parque de Intendencia de Larache revendían al ejército todos aquellos artículos adquiridos en anteriores partidas que habían quedado sobrantes o sin distribuir, de tal forma que, sin salir de los almacenes, eran oficialmente vueltos a comprar mediante facturas falsas. Además, el fraude alcanzaba también a las compras reales, en las que se falseaban las cantidades adquiridas,

incrementándolas al alza; otras veces, era el precio de compra el que se inflaba. Las importantes sumas de dinero obtenidas con estas prácticas, salvo las comisiones destinadas a los comerciantes o intermediarios que se avenían a estos enjuagues, se repartían entre los jefes, oficiales y mandos auxiliares de aquella unidad atendiendo con escurpulosidad al más estricto escalafón militar: "lo hurtado distribuía se con irreprochable equidad, ajustada a la jerarquía de cada ladrón"<sup>102</sup>. La opinión pública pudo conocer este escándalo gracias al enfado de uno de los oficiales implicados. El capitán Jordán estuvo fuera de Larache durante algunos meses, debido a una licencia por enfermedad que le habían concedido. A su regreso, pidió a sus compañeros los dividendos que el negocio había reportado durante su ausencia, pero éstos se negaron a darle nada: "le alegaban (...) '¡Que no tenía derecho!' ¡Al parecer, los demás sí lo tenían!"<sup>103</sup>. Despojado de lo que a su entender le correspondía, Jordán dio a conocer el asunto, aunque más tarde, durante la instrucción judicial, se desdijo de cuanto había manifestado y aquéllo se diluyó en el tiempo. En realidad, sólo había sido la constatación de algo ya conocido: la corrupción y el fraude eran prácticas habituales. No pocos habían sido los capitanes que habían terminado suicidándose o separados del ejército por haber vaciado las cajas de sus compañías sobre verdes tapetes en alguna de las múltiples timbas que se organizaban en Melilla y otros lugares del Protectorado, en los que juego y prostitución constituían el cotidiano descanso de una considerable parte de los guerreros. Algo que ya había señalado Indalecio Prieto en el debate de las Cortes tras la derrota de Annual, cuando se refirió a aquella ciudad como "lupanar y ladronera"<sup>104</sup>.

En diciembre se produjo un cambio de gobierno. El nuevo gabinete presidido por García Prieto decidió poner al frente del Protectorado a un civil. Burguete dimitió y Miguel Villanueva fue designado para el cargo de alto comisario, que nunca llegó a ocupar por motivos de salud. Otro civil, Luis Silvela, desconocedor tanto del país de Marruecos como de sus problemas<sup>105</sup>, se hizo cargo en febrero de 1923 de la Alta Comisaría. Intentó, también, el nuevo gobierno acabar con el problema de los cautivos españoles en manos de Abd el Krim, que desde año y medio antes eran el escaparate de la incapacidad gubernativa.

Se pretendía con ello aliviar la tensión que las cuestiones de Marruecos habían creado en la opinión pública, dentro de las cuales destacaban dos: la liberación de los prisioneros y exigir que se atendiera a la instrucción que el general Picasso había llevado a cabo, haciendo efectivas las responsabilidades derivadas del desastre de Annual, paralizadas desde hacía meses.

En cuanto a los cautivos, poco tiempo después de su captura, cuando fueron reunidos y trasladados a Axdir por Abd el Krim, habían comenzado los acercamientos para alcanzar un acuerdo; sin embargo, nada se había logrado a pesar de los varios mediadores que habían intervenido. El caudillo rifeño exigía la entrega de cuatro millones de pesetas -en principio habían sido sólo tres- y la liberación de los marroquíes prisioneros, condición que tampoco había figurado entre las iniciales. La primera de estas peticiones levantaba ampollas en un amplio sector de la milicia, donde se consideraba que el único rescate sin humillación sería el conseguido por la armas. Y tampoco había sido bien aceptada por los anteriores gobiernos, que consideraban peligroso entregar aquella cantidad con la que se cooperaría para seguir armando al enemigo. Frente a estos razonamientos, la sociedad civil se crispaba cada día más y por todas partes se organizaban actos encaminados a obtener la libertad, entre los que puede servir de ejemplo el siguiente, recogido por Cerezo Garrido, presidente de una comisión pro rescate de los prisioneros creada por la Federación de Empleados y Obreros del Ayuntamiento de Madrid: "las madres, esposas e hijos de prisioneros y desaparecidos, que residen en Melilla, perdida la paciencia que de ellos constantemente demandábamos, en forma violenta recorrieron las calles de aquella plaza, reclamando a grandes gritos se procediera a la liberación de sus seres más preciados"<sup>106</sup>. Se puso el asunto en manos del financiero vasco Horacio Echevarrieta, quien, por las relaciones económicas que había mantenido en el Rif durante años anteriores y por su propia disposición personal, parecía persona adecuada para negociar el rescate. Contactó Echevarrieta con Abd el Krim mediante un rifeño amigo de éste, Dris-ben-Said, y, tras algunos regateos, se llegó a un acuerdo que se ajustaba a las exigencias del caudillo rifeño, tanto en la cantidad -cuatro millones de pesetas- como en la liberación de

los marroquíes en poder de España. El 27 de enero los cautivos fueron trasladados al punto de embarque, donde hasta el último momento los negociadores hubieron de mantener un tira y afloja con los rifeños, pues éstos exigían, además de lo pactado, el pago de algo más de veintisiete mil pesetas en concepto de gastos de manutención de los prisioneros. Finalmente se les satisfizo en sus peticiones, para lo cual Echevarrieta tuvo que ofrecerse a sí mismo como garantía, y todos pudieron subir a bordo del *Antonio López* y poner rumbo a Melilla. Terminaban así un sinfín de padecimientos para algunos de los que habían conseguido salvar la vida tras la derrota. Otros muchos -más de un centenar<sup>107</sup>- no alcanzaron a ver el día de la liberación; las enfermedades, la ausencia de condiciones higiénicas o la debilidad producida por la escasez de alimentos -de todo lo cual facilitó amplia información el sargento Basallo<sup>108</sup>- se lo habían impedido. También, se cerraba el capítulo de humillación para la acción colonial española que había comenzado dieciocho meses antes con el desastre de Annual.

Tras la apabullante victoria del verano de 1921, Abd el Krim se había convertido en el líder indiscutido de todo el Rif. En paralelo a sus éxitos militares había comenzado a organizar un autogobierno rifeño. Sus primeros pasos le llevaron a convocar una reunión de todos los jefes de cabila y notables locales, que refrendaron su idea con la constitución de la República de las tribus confederadas del Rif. Los poderes legislativo y ejecutivo residirían en una Asamblea nacional, cuyo presidente -cargo que ocupó Abd el Krim- lo era también de un pequeño gobierno orientado a dirigir el orden interior, pero, sobre todo, a encauzar la guerra y a dar publicidad a la causa rifeña, es decir, a sus presupuestos independentistas, al rechazo del convenio por el que se había establecido el Protectorado y a la expulsión de los ejércitos coloniales de su territorio. Más tarde, el uno de febrero de 1922, el caudillo rifeño establecería de forma oficial el Emirato del Rif y al año siguiente él mismo sería proclamado emir, que lo convertía en la máxima autoridad política y religiosa del estado independiente que ambicionaba fundar, pues como tal solicitaron su ingreso en la Sociedad de Naciones. Por supuesto, estas iniciativas nunca prosperaron. Los gobierno de las naciones colonialistas, con

su peso en la política internacional de la época, no pasaron de considerar a Abd el Krim un rebelde a la autoridad del sultán -y del jalifa, como representante de aquél, en la zona española- que ellos mantenían. Sin embargo, las reformas y la vertebración social que introdujo en la vida rifeña ayudó a la gobernabilidad de esta zona, como pudo apreciarse tras su caída, "el resultado de ello fue que hasta 1956, España gobernó la zona marroquí según el patrón diseñado, no por los propios administradores, sino por Abd el Krim. Los españoles, sencillamente, se limitaron a sustituir la autoridad del líder rifeño por la suya propia"<sup>109</sup>.

En los primeros días de junio de 1923, Abd el Krim lanzó un fuerte ataque sobre la vanguardia española, en la posición de Tizi-Azza y alrededores. Los rifeños cercaron todas las guarniciones de la zona e intentaron reproducir lo que había sucedido en Annual. El ejército y la aviación, que efectuó numerosos bombardeos sobre el enemigo, hubieron de emplearse a fondo para impedirlo. La Legión fue la encargada de romper el cerco, lo que consiguió tras esforzadísimos combates, en los que encontró la muerte su comandante en jefe, el teniente coronel Valenzuela, que había ocupado este puesto desde la destitución de Millán Astray. Su muerte supuso el ascenso a teniente coronel de Francisco Franco, que desde estos momentos asumía la jefatura de este Cuerpo. De nuevo, en agosto, volvieron los rifeños a intentar desestabilizar las defensas, mediante ataques a algunos convoyes, esta vez sin demasiado éxito.

En España, durante aquel año, se había recrudecido la oposición a la guerra de Marruecos, cuyo coste había crecido de manera exorbitante en todos sus capítulos. A manera de simple ejemplo, cabe mencionar que el presupuesto del año 1910 había sido de cuarenta y cinco millones de pesetas, mientras que en el periodo 1922-23 ya había ascendido a más de cuatrocientos millones, y aún alcanzaría cifras más abultadas en años posteriores<sup>110</sup>. En este desproporcionado gasto, que había elevado el presupuesto militar hasta consumir el cincuenta y uno por ciento de los fondos totales del Estado a principios de los años veinte<sup>111</sup>, se fundamentaba parte de la argumentación a favor del abandono de esta ruinosa empresa expuesta por Indalecio Prieto en la sesión celebrada el 4 de mayo de 1922 en el Congreso de



los Diputados: "llegamos al momento en que económicamente no podemos con la guerra, que no la podemos soportar"<sup>112</sup>. De igual manera, el coste humano se hacía cada vez más oneroso para la sociedad española. A pesar de la creación de fuerzas mercenarias y del incremento de las unidades nativas, un número cercano a los ciento cincuenta mil soldados españoles se encontraban en el Protectorado, viviendo y muriendo en condiciones miserables. A todo esto, que ya había sido suficiente para crear una atmósfera contraria a la guerra, se añadía el clamor popular, con manifestaciones y actos de protesta de toda índole, desde diversos sectores políticos y sociales, para que se siguieran las recomendaciones formuladas el año anterior por el Consejo Supremo de Guerra y Marina para llevar a cabo el procesamiento de los responsables del desastre de Annual y para que se debatiesen las conclusiones a las que había llegado la comisión de parlamentarios encargados de estudiar el expediente elaborado por el general Picasso, que ahora tendría que hacerse público, con el consiguiente deterioro para la figura del rey y para toda la clase militar. Aún vino a caldear más el ambiente un informe del Estado Mayor Central del ejército sobre los pasos que debían seguirse en Marruecos. Sus conclusiones recomendaban continuar el avance y efectuar un desembarco en Alhucemas para atacar el poder de los rifeños, tesis del todo contrarias a las sostenidas por el gobierno, que durante los meses anteriores había impedido cualquier acción que supusiese ir un paso más allá de las posiciones ya establecidas.

Doce días antes de que se iniciase el previsto debate en las Cortes sobre las conclusiones a que había llegado la comisión parlamentaria sobre las responsabilidades del desastre tras el estudio del informe Picasso<sup>113</sup>, y con la intención de dar un giro radical a toda la política española, tanto en lo que afectaba a Marruecos como al orden interno, el 13 de septiembre se hizo efectivo el golpe de estado encabezado por Miguel Primo de Rivera, que un grupo de generales ya venía gestando desde tiempo atrás. Sin duda, varias fueron las causas -no las comentaré aquí por quedar fuera de las intenciones y objetivos de estas páginas- que impulsaron este pronunciamiento, pero, resulta innegable, a tenor de la unanimidad de historiadores e investigadores del asunto, que la situación a la que se había llegado en el

Protectorado y, sobre todo, el problema de las responsabilidades fue uno de sus factores principales, si no su auténtico motor. No sin cierta ironía, al final, un general que en repetidas ocasiones había abogado por el total abandono de Marruecos se había puesto al frente de un golpe militar generado por los errores derivados de aquella empresa.

Una de las intenciones de Primo de Rivera al tomar el poder consistía en solucionar lo antes posible el problema del Protectorado, dando preferencia a los acuerdos sobre los combates e intentando reducir los costes humanos y económicos, lo cual no le iba a resultar sencillo, como pronto se vería, debido a los encontrados intereses de los implicados. Una de sus primeras medidas fue la destitución de Luis Silvela al frente de la Alta Comisaría y su reemplazo por el general Luis de Aizpuru. El nuevo responsable comenzó su andadura intentando negociar con los caudillos marroquíes. Abd el Krim rechazó el ofrecimiento. El Raisuni conferenció con el alto comisario, ofreciendo su colaboración para mantener el orden en su territorio, de forma que los españoles pudieran retirar parte de sus tropas y enviarlas a la zona oriental para acabar con la revuelta rifeña. Obedecía, tal vez, el caudillo de Yebala, como sugiere Woolman<sup>114</sup>, a su viejo anhelo de ocupar el puesto de jalifa, que por estos días había quedado vacante al morir Muley el Mehdi. A la vez, se introdujeron algunas reformas en el ejército de Marruecos: se redujo su dimensión con el licenciamiento anticipado de soldados y se crearon unas unidades de reserva estacionadas en Almería y Alicante, cuya misión sería acudir con rapidez a cualquier punto del Protectorado donde se produjera una emergencia.

Durante el resto de 1923 y los primeros meses del siguiente año las fuerzas españolas no realizaron ningún tipo de acción, salvo repeler algún esporádico ataque de los rifeños. Esto, que Woolman achaca al mal tiempo y la lluvia<sup>115</sup>, más bien parece causa de la indecisión de Primo de Rivera, en cuya cabeza seguía rondando la idea del abandono o, al menos, la retirada parcial del territorio, que poco después comenzó a materializar. Esta actitud comenzó a encrespar los ánimos de los militares africanistas, a los que ya había amoscado la reducción de tropas. Es posible que fruto de esta intranquilidad, como dejan entrever Miguel Martín<sup>116</sup>

y Payne<sup>117</sup>, naciese la Revista de Tropas Coloniales en enero de 1924. Dirigía esta publicación el general Queipo de LLano y su objetivo nada tenía que ver con la especialización profesional, a pesar de lo expuesto en su ambiguo propósito fundacional, donde, junto con palabras de cooperación con el Directorio, se vertían otras que veladamente venían a refrendar la solución belicista como único remedio para la cuestión de Marruecos. En esta dirección, podía leerse:

"Cuya misión [la de la revista] será servir como tribuna para que cuántos lo deseen puedan exponer el fruto de sus observaciones o de su experiencia, con lo que aportaremos nuestro grano de arena para la formación de una doctrina que dé, a las normas que debemos seguir, la fijeza necesaria, cuya falta ha influido tan poderosamente en la irresolución de este problema"<sup>118</sup>.

Era, en realidad, la caja de resonancia para el pensamiento y la voz de los más recalcitrantes partidarios de la guerra: los africanistas duros, aunque entre sus colaboradores de primera hora pueda encontrarse algún militar de difícil encuadre en esta facción, cual es el caso de Fermín Galán. La indecisión y el latente abandonismo que parecía presidir la actitud del dictador impulsó a algunos de los más decididos jefes africanistas a utilizar esta tribuna para disuadir a Primo de Rivera de sus propósitos. El teniente coronel Franco encaraba este asunto en el número de abril en estos términos:

"Por mucho que ansiemos la paz de Marruecos, de hecho existe un problema militar que solucionar, una guerra en que vencer, y en ella, la inacción y la pasividad conducen irremisiblemente a ser vencidos (...) antes de que nuestros economistas nos hagan las cuentas de la guerra, preciso es que apaguemos los focos de rebeldía y en las zonas sometidas reine la tranquilidad y confianza asegurada por el desarme"<sup>119</sup>.

Parecidas intenciones movieron la pluma de Millán Astray para reivindicar, en términos ya trasnochados y más que manidos, la misión de España en Africa:

"Nuestro Protectorado en Marruecos junto con las otras colonias africanas, resto de nuestra grandeza, que volverá, constituye para España una necesidad histórica, política, geográfica, económica y moral"<sup>120</sup>.

No sólo se utilizó esta revista para reforzar la idea de continuar la guerra, con tópicos como los anteriores y otros de semejante corte, sino que desde allí se lanzaron iracundas diatribas contra aquellos escritores y periodistas que desde la prensa se manifestaban en contra de la guerra o, simplemente, mostraban sus sangrientas consecuencias, como la publicada por el asiduo Víctor Ruiz Albeniz -bajo el seudónimo de *El Tebib Arrumi*- con el esclarecedor título -en cuanto a las intenciones del autor- de "La causa de muchos males", donde se denunciaba el generalizado sesgo informativo de otras publicaciones con palabras como estas: "nuestra prensa sólo se preocupa de Marruecos cuando le atrae el olor de la sangre, sobre todo de la sangre nuestra"<sup>121</sup>. Cuestiones como las responsabilidades por el desastre de 1921 o los ascensos por méritos de guerra, también se convirtieron en objeto de su atención, claro está que siempre desde la óptica de aquellos militares. Incluso, andando el tiempo, cuando la continuación de la guerra era ya un hecho consolidado, acometieron asuntos de más enjundia intelectual, como correspondía a una publicación que se proclamaba propagadora de estudios hispano-africanos. Por ejemplo, las limitaciones y perjuicios que conllevan las democracias parlamentarias, las razones del predicamento alcanzado por Abd el Krim o el carácter de los rifeños, encontraron cobijo en sus páginas. Respecto a los dos primeros, resulta ilustrativo el análisis que realiza Tomás García Figueras en "El ataque de Abd el-Krim a la zona francesa"<sup>122</sup>, donde sobre la primera cuestión vierte juicios del siguiente jaez:

"Y no es que yo deje de pensar ni un momento en las ventajas indiscutibles de un régimen liberal, ni en las del Parlamento, aspiraciones de todo espíritu moderno; lo que sucede es que prostituido el sistema, confundida la libertad con el libertinaje, el régimen parlamentario ha llegado a ser, salvo excepciones honrosas, no sólo estéril sino completamente perjudicial para la vida y el progreso de los pueblos".

Y otros no menos sustanciosos sobre la segunda:

"El movimiento de Abd el-Krim y de sus huestes no está pues guiado por un alto ideal panislámico, sino un movimiento que tiene apoyos y recibe auxilios de otros pueblos islámicos y de los comunistas para llevar el virus de la disolución a las sociedades europeas (...) Le siguen sus fuerzas, la mayor parte por el terror, los otros, exaltado no su sentimiento religioso, sino el ansia de botín y de pillaje, ansiosos del robo, anhelantes de ver derribado el poder odioso del que manda".

Pocas dudas cabe albergar de que aquellos hombres, los militares africanistas y sus voceros, había convertido la campaña de Marruecos en su propia guerra y su fin sólo podía justificarse en una victoria absoluta sobre el odiado enemigo.

En marzo, los rifeños volvieron a atacar Tizi Azza, la línea avanzada en la zona oriental. A pesar de los duros combates, las posiciones permanecieron inalterables. Estos ataques se reprodujeron en mayo, pero esta vez no sólo afectaron a la zona de la Comandancia de Melilla, sino que las guarniciones de la parte occidental, hasta entonces en calma merced a los acuerdos con el Raisuni, comenzaron a ser hostilizadas en el mes de junio por la harca de Ahmed Heriro. Había sido Heriro, hasta el año anterior, un protegido del Raisuni, pero diferencias entre ambos, le habían empujado a pasarse con sus hombres al lado de Abd el Krim<sup>123</sup>, extendiéndose así la rebelión también a la parte occidental del Protectorado español. Algunas cabilas dieron la espalda a la autoridad del viejo Raisuni y se levantaron en armas contra los españoles. Poco a poco, la situación en las provincias del oeste se fue haciendo tan crítica como la del este. Casi todo el territorio del Protectorado se encontraba en estado de guerra.

Primo de Rivera, tras largo tiempo de titubeos y de decisiones contradictorias, había resuelto que las posiciones del interior resultaban indefendibles, por tanto, las tropas se retirarían a posiciones cercanas a la costa, creando una línea de seguridad donde pudieran reagruparse los efectivos. Poco después inició un viaje a todo el Protectorado para inspeccionar las líneas españolas y evaluar por sí mismo la situación. Su presencia fue aprovechada por los africanistas para hacerle saber el malestar que sus planes de retirada

habían causado. La más explícita revelación tuvo lugar en Ben Tieb, lugar donde se encontraba el acuartelamiento avanzado de la Legión en la zona de Melilla. Allí, el 19 de julio, tras pasar revista a las tropas, Primo de Rivera fue invitado a una comida que le ofrecían los jefes y oficiales legionarios y de Regulares. En esta comida se produjo un incidente donde realidad y leyenda se entremezclan en el mismo relato. Una de las versiones sostenía que se había producido un enfrentamiento verbal entre el dictador y el teniente coronel Franco, jefe de la Legión, de tal manera la recoge Arturo Barea, y en similares términos ha sido transcrita posteriormente por otros autores:

"Todos los platos que sirvieron eran platos de huevos: fritos, escalfados, cocidos, tortillas, y yo no sé en cuantas formas. El viejo preguntó (...) por qué había tanta abundancia de huevos, y le contestaron que, como se iban a ir de Marruecos, los huevos no hacían falta, porque los que se quedaban eran los únicos que necesitaban tener huevos. Se armó una bronca terrible y hasta se dice que uno de los oficiales le amenazó con la pistola a Primo"<sup>124</sup>.

A lo que habría seguido, en su turno de réplica a las palabras del dictador, un vehemente discurso de Franco en contra del abandono. Sin embargo, es poco probable que los acontecimientos se desarrollasen de tal forma, pues, en este sentido se pronuncia Preston, "el fanático respeto de Franco por la disciplina y el ambicioso interés por su carrera, hace difícil creer que insultara de modo tan flagrante a un oficial superior y jefe del gobierno. En 1972 Franco negó haberle servido dicho menú"<sup>125</sup>. A reglón seguido, este mismo historiador sostiene lo que pudo acercarse más a la realidad de lo sucedido: "en la cena, Franco hizo un duro pero comedido discurso contra el abandonismo [subrayado en el original]"<sup>126</sup>.

De cualquier modo, el malestar entre los africanistas continuó, aunque, tras el incidente, Primo de Rivera reconsideró en parte sus planes. Se mantendrían las posiciones españolas hasta donde se encontraban en la zona de Melilla, mientras que en la zona occidental, donde el número de pequeñas posiciones y la dispersión era mayor, se retirarían de la mayor parte de ellas para situarse tras una línea defensiva sólida, la que recibiría el nombre de "Línea

Primo de Rivera" o "Línea Estella". Durante el resto del verano la situación en Yebala y Gomara, las provincias del oeste, se fue haciendo cada vez más difícil. Los cabileños intensificaron sus ataques contra los puestos y convoyes militares. La rebelión se había extendido por todas partes y se hacía urgente adoptar alguna determinación. A primeros de septiembre el dictador volvió al Protectorado para comprobar cuál era la situación, que debió de percibir en toda su gravedad a tenor de la emboscada que, junto con su estado mayor, sufrió en las posiciones de retaguardia, aunque logró escapar de ella<sup>127</sup>. Dio las órdenes oportunas para comenzar el repliegue hacia Tetuán, tras la Línea Primo de Rivera. Se organizaron las tropas, que requirieron ser reforzadas con unidades procedentes de otros lugares, en varias columnas fuertes, cuya misión consistiría en ayudar a la evacuación de todo un sector sitiado por el enemigo, tanto los pequeños puestos como la importante ciudad de Xauen, y asegurar que el camino entre esta última y Tetuán quedara expedito para que durante la retirada no pudiera producirse otro desastre semejante al sucedido en la Comandancia de Melilla durante el verano de 1921. La primera fase del repliegue, a pesar de costar un buen número de bajas, se realizó de forma ordenada. Se rompió el cerco que atenazaba Xauen y se abandonaron las posiciones de Beni-Arós. El desarrollo de estas operaciones, que estaban materializando los planteamientos abandonistas de Primo de Rivera, crearon entre los africanistas un ambiente de desánimo hacia su labor -consideraban desperdiciados todos los esfuerzos de los años anteriores- y de irritación hacia la persona del dictador, que el 16 de octubre asumió el mando supremo de toda la iniciativa, relevando al general Aizpuru y nombrándose a sí mismo alto comisario. Es posible que con este gesto intentara atajar el descontento de gran parte de los jefes y oficiales, que, según el testimonio de algunos autores<sup>128</sup>, incluso llegaron a tramar un plan para derribar a Primo de Rivera. En cualquier caso, no debía de ser mucha la confianza que el dictador tenía depositada en los jefes y oficiales encargados de ejecutar las operaciones, teniendo en cuenta que relevó del mando al general Queipo de Llano enviándolo a la península, y dictó una orden el 3 de

noviembre por la que se decretaba consejo de guerra sumario para todo aquel militar que criticara las órdenes<sup>129</sup>.

El 15 de noviembre dio inició la segunda fase de la operación. Las tropas, al mando de Castro Girona, comenzaron a evacuar Xauen en dirección a Tetuán<sup>130</sup>. El día 19 se desencadenaron lluvias torrenciales que convirtieron el camino en un lodazal donde al ejército en retirada se le dificultaban mucho los movimientos. Este fue el momento aprovechado por la harca que desde días antes venía acechando a la columna, formada tanto por yebalíes como por rifeños, para emprender un enérgico ataque contra las fuerzas españolas. Sólo la vanguardia logró llegar a lugar seguro, el resto padeció un acoso continuo en mitad del fango, entorpecidos por el gran número de heridos y por el peso de la impedimenta y el material. Las posiciones fueron cayendo y gran parte de las tropas corrieron en desbandada para refugiarse en Zoco el-Arbá, a medio camino entre Xauen y Tetuán, donde permanecieron, sitiadas y hostilizadas constantemente, durante días esperando una mejoría atmosférica que les permitiera continuar el repliegue. Al final, cuando consiguieron salir, como había sucedido tres años antes en Annual, huyeron alocadamente, abandonando por el camino heridos y material, hasta alcanzar Tetuán el 10 de diciembre. Otra vez, había quedado clara la ineptitud estratégica y operativa de la mayor parte de aquel ejército que por segunda vez había sido humillado por Abd el Krim, quien en esta ocasión había dejado a su hermano menor, Mhamed, al frente de la harca atacante. Sólo algunas unidades españolas habían dado muestras de moral y capacidad de combate. De manera singular los legionarios, que mandados por su jefe, Francisco Franco, sostuvieron empeñados combates en la extrema retaguardia de la columna. Las pérdidas fueron cuantiosísimas, tanto en hombres como en material. No se llegó a saber el número de bajas habidas porque el ejército nunca facilitó esta información, fueron varios miles -entre 2.000 y 16.000, dependiendo de las fuentes<sup>131</sup>- las vidas que allí se perdieron. La mayor parte del territorio que se había ido ocupando durante los años anteriores también se había perdido.



Más que pobre resultaba el balance que hasta ese momento podía presentar la Dictadura en cuanto a su actuación en Marruecos. En la parte occidental, la aciaga retirada había arrastrado la caída de cientos de posiciones y la pérdida de todo el territorio interior. El ejército se encontraba replegado en las posiciones cercanas a la costa, donde su cobertura había quedado asegurada entre los blocaos y campos de minas que formaban la Línea Primo de Rivera y los cañones de los barcos que mantenían un bloqueo defensivo del litoral. En la zona de Melilla se mantenía la misma línea de posiciones establecida con anterioridad, ahora hostilizadas con frecuencia. A pesar de esto, tras la llegada a Tetuán de los restos de la columna procedente de Xauen, Primo de Rivera pronunció un discurso -que más tarde resultaría profético, aunque debido a circunstancias ajenas a su propia actuación- en el que alababa a los jefes, oficiales y soldados protagonistas de la retirada, a la vez que los exhortaba para que considerasen aquello como un repliegue táctico que pronto se vería compensado por los futuros éxitos que de nuevo los llevarían a Xauen y a la dominación de todo el territorio.

Por el momento, sin embargo, los únicos que podían considerarse satisfechos de la actuación del dictador eran los responsables del desastre de Annual. Había liquidado este asunto mediante amañes. Incluyó dos nuevos generales, dispuestos a acatar su voluntad, en el Consejo Superior de Guerra<sup>132</sup>, que en junio llevó a cabo la vista de su causa. Tras las deliberaciones, la mayoría de los jefes, incluido el general Navarro, resultaron absueltos, otros fueron condenados a leves penas y Dámaso Berenguer quedó separado del servicio activo. No fue mucho castigo, teniendo en cuenta, además, que a los pocos días dictó una amnistía general perdonando las faltas cometidas por militares desde el inicio de la Dictadura. Aquel problema se dio por concluido con una estrategia que "Primo orquestó de modo que no produjera víctimas"<sup>133</sup>. En su intento de paliar el descontento que la retirada había producido y de ganarse la voluntad de los africanistas, el dictador recompensó la labor de algunos jefes y oficiales mediante ascensos por méritos en campaña. Entre los distinguidos por estos beneficios se encontraba uno de los militares más críticos con los planes ideados por

Primo de Rivera, el teniente coronel Francisco Franco, jefe de la Legión, que en febrero de 1925 fue promovido al empleo inmediatamente superior.

Tras la retirada, Abd el Krim había extendido su poder por casi todo el Protectorado español. El Raisuni, en su refugio de Tazarut, era el único obstáculo que quedaba para que su dominio se hiciera total. El viejo señor de Yebala, que ya con anterioridad se había negado a cooperar y acatar la autoridad del nuevo caudillo, se encontraba ahora solo y desprotegido. Sus aliados españoles, "habiéndole urgido repetidas veces a que abandonara las montañas para fijar su residencia al amparo de los muros de Tetuán"<sup>134</sup>, nada pudieron hacer para defenderlo cuando una numerosa harca al mando de su antaño colaborador Ahmed el-Heriro, uno de los lugarteniente militares de Abd el Krim en estos momentos, atacó su reducto en enero de 1925. Sus hombres lo defendieron hasta que, superados en número por los asaltantes, se unieron a éstos. El Raisuni fue capturado, trasladado al corazón del Rif, a Axdir, y encarcelado por mandato del líder rifeño. Unos meses después, en abril, murió en cautiverio, tras haber perdido todo el poder y prestigio de que había gozado.

No duró mucho la tranquilidad entre las fuerzas españolas. En el mismo mes de diciembre, una cabila de la zona de Anyera atacó y saqueó Alcazarseguer y puso en jaque el triángulo que formaban Tánger, Ceuta y Tetuán. Fueron necesarios el empleo de varias columnas, el establecimientos de líneas defensivas y varios meses para reducir el nuevo levantamiento, lo que no se consiguió hasta abril, tras haber ocupado el 30 de marzo Alcazarseguer.

Los gobiernos franceses hasta no mucho antes habían contemplado con pasividad, cuando no con altivo desprecio hacia el inferior, los descabros españoles, debido a que, como dice Morales Lezcano, "el poder colonial francés en el Imperio Xerifiano tendió a considerar la presencia española en el Protectorado en términos de un subarriendo restringido propiciado por Gran Bretaña, y por ello, doblemente molesto"<sup>135</sup>. Sin embargo, los últimos triunfos de Abd el Krim, cada vez más parecidos a una imparable revolución independentista, comenzaron a causar preocupación en los estadistas galos. El ejército español había resultado

incapaz de frenar la expansión del líder rifeño y, en cualquier momento, aquello podía extenderse a su parcela marroquí<sup>136</sup> e incluso a sus otras colonias norteafricanas<sup>137</sup>. La única solución para conjurar el peligro en ciernes era enfrentarse con él y derrotarlo. Buscaron la provocación ocupando militarmente una cabila limítrofe entre ambos Protectorados, Beni Serval, con el pretexto de que los rebeldes rifeños habían robado parte de la cosecha. Esta interpretación no es aceptada por todos los historiadores, ya que algunos consideran que no existió deliberada provocación francesa sino que fue iniciativa del rifeño y de sus deseos expansionistas, bien para aumentar su poder independentista<sup>138</sup> o bien para "encontrar nuevos apoyos y fuentes de abastecimiento"<sup>139</sup>, debido a la imposibilidad del Rif para ser autosuficiente.

A la ocupación militar de la cabila siguió el fusilamiento de trece caídos acusados de conspirar a favor de Abd el Krim<sup>140</sup>. Los beniservalíes requirieron la ayuda de la República del Rif. El 13 de abril de 1925, las huestes del caudillo rifeño atacaron todo el frente francés en la línea del río Uarga. Un buen número de posiciones, aisladas entre sí y con insuficientes medios de defensa cayeron una tras otra tras corto asedio. En pocos días los atacantes se encontraban a treinta kilómetros de Fez, capital del Protectorado francés. Los cabileños de la zona invadida se unieron al ejército de Abd el Krim, que en tan breve tiempo había causado un enorme número de bajas y capturado a bastantes prisioneros del ejército colonial. Considera Juan Pando<sup>141</sup> que el líder rifeño cometió en aquellos momentos el grave error de no lanzar a todo su ejército contra el nuevo frente abierto y profundizar en el ataque a la zona francesa, cuyas escasas defensas no hubieran podido detener su empuje y todo el Protectorado habría quedado en sus manos, en vez de limitar su agresión y seguir presionando a la vez sobre las líneas españolas. Es posible que lo hubiera logrado, pero hay que tener en cuenta, como apunta Woolman<sup>142</sup>, que la propia idiosincrasia de sus huestes resultaba poco adecuada para ocupar ciudades y defenderlas contra posteriores ataques, y, además, en el caso de haberlas ocupado, se habrían convertido en fácil blanco para la poderosa artillería del enemigo. Por otro lado, el ejército de Abd el Krim estaba formado en gran medida por un

número aleatorio de combatientes, dependiendo de los brazos que dejaban libres las faenas agrícolas en cada época del año, así como del armamento disponible, por lo que sus relevos eran muy frecuentes. Aunque algunas fuentes elevan la cifra de sus seguidores hasta ochenta o cien mil, parece poco probable que nunca se alcanzase este contingente armado; antojándose más ajustado a la realidad lo sugerido por Caranci, "en la cúspide de su poderío militar sólo podrán armar a unos 20.000 hombres"<sup>143</sup>. Aparte de que sus éxitos se debían a los ataques por sorpresa y a una táctica guerrillera, y esto se avenía mal con campañas prolongadas en frentes establecidos, que hubieran supuesto un elevado número de bajas y la desertión de sus miembros, como más tarde sucedió tras el desembarco de Alhucemas. Todo ello, sin considerar otras cuestiones fundamentales: el desplazamiento de sus tropas hacia el sur habría aflojado la tenaza sobre las líneas españolas, en un error estratégico difícilmente imaginable para quien tan prudente se había mostrado hasta entonces; y, sobre todo, el interés de Abd el Krim se fundamentaba en consolidar un estado rifeño independiente y soberano, no en hacerse con el poder en Marruecos, donde los beréberes como él no eran bien aceptados en todas partes.

Los franceses quedaron sorprendidos ante aquella ofensiva que nunca habían imaginado que pudiera tener tan nefastos resultados. El mariscal Lyautey, residente general de Francia desde 1912 y organizador administrativo del Protectorado, había previsto meses antes que esto pudiera suceder<sup>144</sup> y había solicitado tropas de refuerzo, que no le fueron enviadas<sup>145</sup>. Ahora, se vio obligado a organizar las fuerzas con algunos apoyos llegados de Argelia, la colonia más próxima. Durante las siguientes semanas continuaron cayendo posiciones a pesar del incremento de tropas y de la utilización de los modernos métodos de guerra: aviación, artillería o carros blindados, cuya eficacia era poco menos que nula en esta contienda. A fines de junio, se habían perdido cuarenta y tres de las sesenta y seis posiciones francesas<sup>146</sup>, algunas tras muy empeñados y costosos combates, como la de Biban. Las pérdidas humanas -no fue publicada lista de bajas, para evitar la alarma, pero las cifras oscilaron, dependiendo de las fuentes, entre cinco y seis mil- y materiales habían sido inmensas, lo que provocó una

tormenta parlamentaria en Francia. Alguien llegó a comparar la situación que se estaba viviendo con lo sucedido a España durante el verano de 1921<sup>147</sup>. En julio, Lyautey, debido a sus fracasos militares, fue relevado en el mando de las tropas por el general Naulin, aunque continuó en su cargo de residente general hasta finales de septiembre, cuando presentó la dimisión irrevocable alegando problemas de salud, tal y como ya lo había hecho en repetidas ocasiones durante los dos años anteriores sin lograrlo, pero esta vez se le aceptó. A la vez, el mariscal Pétain fue enviado a Marruecos para elaborar un informe sobre la situación de las tropas. Después de inspeccionar todo el campo de operaciones, evaluó la situación como muy grave y aconsejó el envío de nuevas y numerosas unidades, material bélico de todas clases, elementos sanitarios para el establecimiento de hospitales y todos los pertrechos necesarios para el sostenimiento de una larga y seria campaña<sup>148</sup>. A su regreso a Francia, Pétain es designado comandante en jefe del ejército de Marruecos. Entretanto, el gobierno francés consideró que la única salida posible pasaba por llegar a un acuerdo con España para aunar esfuerzos en aquella guerra que tan cara le estaba costando. En junio, después de algunos contactos diplomáticos previos, se abrió en Madrid una conferencia entre representantes de ambos países para organizar una estrategia de acción común, que culminó el 25 de julio con la firma de un acuerdo en el que se delimitaban las zonas de acción de las fuerzas militares de ambas naciones en su actuación contra Abd el Krim<sup>149</sup>. Una comisión mixta, de cada uno de los ejércitos, elaboró los planes que desarrollaban el acuerdo. Una ofensiva combinada en la que los españoles, auxiliados por unidades de la escuadra francesa, llevarían a cabo el tantas veces pospuesto desembarco en la bahía de Alhucemas, a la vez que se avanzaba desde la línea establecida en la Comandancia de Melilla. Los aliados franceses presionarían desde el sur en un movimiento envolvente para unirse con el ala izquierda de las tropas españolas que avanzaban desde la zona oriental.

El uno de septiembre una impresionante flota estaba preparada para comenzar la operación de transportar a los hombres que habrían de desembarcar en la costa marroquí. Dos potentes columnas, una con efectivos de la zona de Ceuta y la otra con tropas de Melilla, al mando

del general Sanjurjo iban a ser las encargadas de realizar la operación. Además, se contaría con tres escuadrillas de apoyo aéreo. El día 5 las dos flotas que iban a encontrarse frente a Alhucemas partieron de Ceuta y Melilla respectivamente. Aunque los preparativos se habían llevado en secreto, Abd el Krim tenía conocimiento de lo que se estaba organizando. Para desbaratar los planes de embarque urdió una maniobra de distracción. El día tres una harca al mando de Heriro había puesto sitio a la posición de Cudia Tahar, situada en el cordón defensivo que rodeaba Tetuán, de manera que, si caía y la línea era traspasada, la capital del Protectorado correría peligro de caer también. Primo de Rivera ordenó el envío de algunas tropas pero no la suspensión del embarque que estaba teniendo lugar en Ceuta. Tres días más tarde Cudia Tahar sufrió un severo ataque de los cabileños con artillería y fuego de ametralladora, mientras que la columna encargada de su liberación se vio obligada a replegarse, incapaz de socorrer a los defensores. Situación que se prolongó durante las jornadas siguientes.

El 7 de septiembre había sido fijado para comenzar el desembarco. Toda la flota se encontraba frente a la costa desde la fecha anterior. Sin embargo, la climatología lo impidió. Una corriente del Estrecho disgregó los barcos impidiendo cualquier operación. Se aplazó para el día siguiente, que amaneció con el mismo problema. Una de las claves del éxito se cifraba en la sorpresa, y esta no sería tal si continuaban esperando; los rifeños acabarían conociendo el lugar previsto y desplazando allí sus efectivos. Abd el Krim había artillado el litoral y minado algunas playas, pero no disponía de suficientes recursos para mantener una línea defensiva de igual intensidad en toda la costa. A media mañana las barcas que transportaban la primera oleada de tropas, los legionarios al mando del coronel Franco, fueron lanzadas hacia la playa de Ixdain bajo la protección de las bocas de fuego de la escuadra. Nada más pisar tierra se entabló un durísimo combate por cada metro de terreno que se avanzaba. Mientras tanto, iban desembarcando el resto de las unidades que componían la vanguardia de la operación y se comenzaban los trabajos de fortificación. Al finalizar aquel

día, una brigada con los pertrechos de guerra necesarios había puesto sus pies en las costas del Rif.

La situación de Cudia Tahar, entretanto, resultaba tan comprometida que Primo de Rivera ordenó que una parte de las fuerzas de Regulares y de la Legión que esperaban frente a Alhucemas para desembarcar, pusieran inmediato rumbo de regreso a Ceuta para socorrer la posición sitiada. Tras empeñados combates, el día 13 se consiguió liberar a la exigua guarnición que aún quedaba con vida. La maniobra de distracción de los rifeños había fracasado y la seguridad de Tetuán volvía a quedar garantizada.

Durante los siguientes días, las tropas desembarcadas y las que poco a poco lo fueron haciendo centraron sus esfuerzos en consolidar la cabeza de puente e impedir que la cada vez más violenta reacción de los defensores los devolviera al mar. La escasa zona ocupada era objeto de bombardeo constante por parte de la artillería de costa rifeña, cuyas piezas emplazadas dentro de cuevas resultaban de difícil localización para la aviación y los cañones de los barcos. Finalmente, el día 22 las posiciones establecidas en la costa se consideraron estabilizadas y seguras. El desembarco, a pesar del gran número de bajas y de que en todo aquel tiempo sólo se había avanzado unos pocos kilómetros tierra adentro, había sido un éxito. Las numerosas y bien pertrechadas columnas españolas continuaron su avance, apoyadas por fuego artillero, bombardeo aéreo y empleo de gases. El 2 de octubre, tras cruentos combates -"aquí la lucha fue sin prisioneros, muerto por muerto", señala Juan Pando<sup>150</sup>- llegaron a Axdir, capital de la República del Rif y lugar de origen de su líder, donde incendiaron -aunque algunos autores atribuyan esta acción a los propios defensores<sup>151</sup>- gran parte de la población: "la harca de Varela y la Mehal-la de Melilla convirtieron en una tea la República de Abd el Krim"<sup>152</sup>. Al día siguiente, todo había terminado y se daba por concluido aquel periodo de operaciones. Para el ejército español, aun teniendo en cuenta que sus bajas habían superado a las de los rifeños, constituía una victoria, "la única definitiva que pudieron conseguir en toda la rebelión rifeña"<sup>153</sup>.

Los franceses, por su parte, a finales de agosto, habían lanzado una ofensiva a lo largo del río Uarga, que les llevó, en octubre, a unirse con las fuerzas españolas de la zona de Melilla y a recuperar prácticamente todo el territorio que habían perdido en los meses precedentes. Los agresores habían sido arrojados fuera de las fronteras de su Protectorado. Estas victorias, en las que también habían sufrido una elevada cifra de bajas, paliaban en parte las derrotas sufridas con anterioridad.

La ocupación de Axdir obligó a los rifeños a trasladar la sede de su gobierno y el cuartel general de Abd el Krim hacia el interior, estableciéndose en Temasint y Targuist respectivamente.

El 2 de noviembre Primo de Rivera se retiraba, tras su brillante actuación como estratega militar, de la Alta Comisaria y designaba a José Sanjurjo, que a la vez era ascendido a teniente general por la labor realizada al frente de la operación de desembarco, para que lo reemplazara en este puesto. También se nombró sustituto para el difunto jalifa. El cargo fue ocupado por su hijo Muley Hassan Ben el-Mehdí, que permanecería en él hasta la total independencia del país. Las operaciones militares quedaron suspendidas hasta la primavera del año siguiente, iniciándose así un periodo de inactividad y defensa de las líneas establecidas, que sólo resultó perturbado por el esporádico bombardeo de Tetuán con un cañón que Heriro había emplazado en alguna gruta de una cumbre próxima, la cual durante meses resultó inaccesible para la aviación española.

En febrero de 1926, Pétain se entrevistó en Madrid con Primo de Rivera para llegar a un acuerdo de actuación conjunta en las futuras operaciones militares. El día 6 se decidió un plan estratégico encaminado a lograr la total ocupación del Rif. La nueva campaña comenzaría a mediados de abril. Mientras llegaba esta fecha, los españoles decidieron acabar con el cañón que perturbaba la vida en Tetuán e intentaron aislar a Heriro sometiendo la vecina cabila de Beni Said. Estas operaciones se llevaron a cabo durante los primeros días de marzo, lográndose ambos objetivos, aunque con un considerable número de bajas a pesar de actuar con fuertes columnas y un gran despliegue de medios bélicos. Entre estas bajas cabe



mentar la grave herida en el rostro que hizo perder un ojo a Millán Astray, que, tras su reincorporación al servicio activo y ascenso al empleo de coronel en 1924, había recuperado el mando de la Legión en febrero del año en curso, cuando su anterior jefe, el coronel Franco, había tenido que dejar el mando de este Cuerpo al ser ascendido a general de brigada por su destacada actuación en el desembarco de Alhucemas, culminando así una de las más destacadas carreras militares que africanista alguno tuvo. En algo menos de quince años, merced a los ascensos por méritos en campaña, había pasado de teniente a general. Un ilustrativo ejemplo no sólo de sus capacidades combativas, sino del interés que parte de la milicia había mostrado por mantener la guerra en Marruecos.

En Francia, la oposición de izquierdas, comunistas y socialistas, habían adoptado una actitud beligerante contra la decisión gubernamental de enfrentarse a Abd el Krim. El partido socialista deseaba llegar a una paz concertada con el líder rifeño y acabar con el derramamiento de sangre<sup>154</sup>, mientras que el partido comunista organizó mítines, manifestaciones y huelgas para pedir la independencia de Marruecos, reconociendo el derecho que asistía a sus habitantes para defenderse contra la acción colonial<sup>155</sup>. Opinión que, en semejantes términos, era mantenida por sus correligionarios españoles, a pesar de la mordaza que la Dictadura había impuesto. La marejada social llevó a los gobiernos de los aliados europeos a atender la petición de Abd el Krim para negociar las condiciones de paz. Se acordó abrir una conferencia en la ciudad de Uxda, aunque se mantuvieron en vigor los planes militares previstos. Tras algunas diferencias, las conversaciones se iniciaron a finales de abril. Los negociadores europeos, conscientes de su fortalecida posición, no aceptaron la pretendida autonomía rifeña ni como contrapartida al acatamiento de la autoridad religiosa del sultán, el desarme de las cabilas, la devolución de los prisioneros españoles y franceses, y el extrañamiento de Abd el Krim.

El 8 de mayo se inició la ofensiva. La desproporción de hombres y medios era tal -cifrada en cuarenta sobre uno, a favor de los aliados<sup>156</sup>- que en pocos días el frente rifeño quedó roto, su cuartel general ocupado y sus mejores hombres muertos. Todos los intentos de

contraataque resultaron inútiles. De Alhucemas a Melilla el camino había quedado expedito, según pudo comprobar Sanjurjo el día 22. Abd el Krim se retiró con su familia a casa de un jerife amigo, desde donde, sabiéndose derrotado y sin demasiadas garantías sobre su propia vida, entró en negociaciones con las tropas francesas más cercanas para solicitar protección y acordar los términos de su entrega. El 27 de mayo, al día siguiente de haber liberado a los prisioneros que aún mantenía en su poder, se rindió a la columna que mandaba el general Ibos. Fue trasladado a Tazza, en el Protectorado francés, donde recibió trato de enemigo vencido, no de criminal, como pretendían las autoridades militares españolas, que presionaron con insistencia para que sus aliados se lo entregasen y poderlo juzgar. El gobierno francés, haciendo oídos sordos a las peticiones de España para no convertirlo en un mártir de la causa nacionalista<sup>157</sup>, lo desterró a la isla Reunión en el océano Índico, hacia donde partió el 28 de agosto desde el puerto de Casablanca.

La rendición del caudillo rifeño no supuso el final de las hostilidades. En la zona oriental quedaban algunos núcleos aislados de resistencia que irían siendo reducidos durante el resto de la primavera y el verano. Sin embargo, en la zona occidental, en Yebala y en Gomara, la guerra continuaba. Heriro, el que había sido uno de los lugartenientes de Abd el Krim, mantenía una poderosa harca en activo. Xauen fue ocupada de nuevo el 10 de agosto por el comandante Capaz, que con una columna de un millar de hombres y escasos enfrentamientos había atravesado una extensa zona de Gomara pacificando las cabilas que a su paso había encontrado. A principios de otoño, la campaña de ese año se consideraba acabada y se quedaba a la espera de la primavera siguiente para terminar con los reducidos focos de resistencia que aún quedaban. Parte de los beniurriagueles, que hasta poco antes habían combatido en las filas de Abd el Krim, se habían integrado en las fuerzas del ejército español y formaban en vanguardia. Se decidió avanzar las líneas en Yebala para asegurar posiciones y no dar descanso al adversario<sup>158</sup>. Durante este avance, el 3 de noviembre, Heriro cayó herido de muerte cuando combatía al frente de sus hombres. Su final llevó aparejada la disolución de su harca. A la tranquilidad del invierno siguió un levantamiento en Ketama. La

pequeña posición de Tagsut se vio atacada y su guarnición aniquilada por un grupo de cabileños mandados por el jerife Selliten. Acabaron también con las tropas de refuerzo que se dirigían en socorro de este puesto. Varias columnas militares numerosas y bien pertrechadas fueron enviadas para poner fin a la insurrección. Después de haber sufrido un temporal de nieve, causante de una elevada cifra de bajas, pusieron en fuga a los cabileños -que pasaron a la zona francesa- y terminaron con aquel postrero levantamiento. Constituyeron éstos los últimos combates de aquella larga, costosa y estéril guerra, que concluyó de manera oficial con el comunicado de Sanjurjo en julio de 1927. Para los soldados españoles había terminado la pesadilla, para los marroquíes aún continuaría durante algún tiempo en forma de feroz represión llevada a cabo por los militares victoriosos<sup>159</sup>. En octubre, los reyes acompañados por el dictador y un numeroso cortejo realizaron un viaje por todo el Protectorado español, pacificado a un coste imposible de rentabilizar.

## NOTAS

1. La bibliografía acerca de este incidente y de las posibles causas más sustanciales que originaron la guerra es muy numerosa. Entre otros títulos, pueden citarse los de Carlos de Baraibar, El problema de Marruecos; Tomás García Figueras, Recuerdos centenarios de una guerra romántica; David S. Woolman, Abd el-Krim y la guerra del Rif; Miguel Martín, El colonialismo español en Marruecos (1860-1956); José E. Montesinos, Galdós; o María Rosa de Madariaga, España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada.

2. Obra cit. pág. 144.

3. Para una amplia información histórica sobre el desarrollo de esta guerra y sus acontecimientos más importantes existe una muy amplia bibliografía. Sin pretender ser exhaustivo, pueden señalarse: AA.VV., Crónica de la Guerra de Africa. Madrid, Imp. de V. Matute y B. Campagni, 1859; Rafael del Castillo, España y Marruecos. Historia de la guerra de Africa escrita desde el campamento. Cádiz-Madrid, La Publicidad-D.S. Monserrat, 1859-60; con un sentido más global, Tomás García Figueras, Obra cit.; desde el punto de vista marroquí, el relato que de la campaña hace el historiador Xej Ahmed ben Jalid En-Nasiri, traducido al español e incluido en Maximiliano A. Alarcón y Santón, La guerra de Tetuán según un historiador marroquí contemporáneo. Madrid, Estanislao Maestre, 1920; en comentarios sintéticos de la campaña de historiadores actuales, David S. Woolman, obra cit.; Miguel Martín, obra cit.; Víctor Morales Lezcano, España y el norte de Africa: El protectorado en Marruecos (1912-56); o María Rosa de Madariaga, obra cit.

4. Stanley G. Payne, Ejército y sociedad en la España liberal 1908-1936. Madrid, Akal, 1977.

5. Obra cit., pág. 37.

6. Antonio Regalado García, Benito Pérez Galdós y la novela histórica española. Madrid, Insula, 1966.

7. Carlos de Baraibar, obra cit., pág. 10.

8. Para una amplia y detallada información sobre la prensa y el mundo del arte en la Guerra de Africa, puede verse el ya citado volumen de Tomás García Figueras, Recuerdos centenarios de una guerra romántica. También, algunos comentarios más sucintos sobre poesía en Luis Morales Oliver, "La guerra de Africa en Pedro Antonio de Alarcón", Archivos del Instituto de Estudios Africanos. Madrid, CSIC, núm. 54, s.a.

9. García Figueras, obra cit.

10. Más títulos en María Rosa de Madariaga, obra cit. pág. 104.

11. García Figueras, obra cit., pág. 66.

12. Una enumeración de buena parte de estos títulos y sus correspondientes autores puede encontrarse en María Rosa de Madariaga, obra cit., pp. 103-104.

13. Obra cit., pp. 66-72.

14. Obra cit.

15. "La opinión pública se iba envenenando con artículos, poesías e himnos", Enrique Carabaza Bravo y Máximo de Santos Tirado, Melilla y Ceuta. Las últimas colonias. Madrid, Talasa, 1992.

16. Obra cit., t. III, pág. 194.

17. Para una más amplia información sobre esta guerra, puede verse, Adolfo Llanos Alcaraz, La campaña de Melilla de 1893-1894. Madrid, 1894. (Hay nueva edición de más fácil acceso en Málaga-Melilla, UNED-Algazara, 1994), ésta es la obra más detallada y exhaustiva en cuanto a información y datos externos. Como síntesis y análisis de la campaña pueden verse también, entre otros: Víctor Ruiz Albéniz, España en el Rif. Madrid, Biblioteca Hispania, 1921; José Calderón Rinaldi, Extremadura en la campaña de Marruecos. Episodios. Cáceres. Tip. Extremadura, 1923; Manuel Tuñón de Lara, La España del siglo XIX. París, Librería Española, 1961; David S. Woolman, obra cit.; Miguel Martín, obra cit.; Stanley G. Payne, obra cit.; Bernabé López García, "La cruz y la espada", Historia 16. Madrid, año IV, extra IX, abril de 1979, pp. 35-48; o María Rosa de Madariaga, obra cit.

18. Obra cit., pág. 16.

19.Vicente Moga Romero, "Aldaba de Melilla: la historia interesada", Aldaba. Granada, UNED de Melilla, año 8, núm. 15, 1990.

20.Obra cit, pág. 87.

21.Para una información más amplia sobre este asunto pueden consultarse las obras de Víctor Morales Lezcano, León y Castillo, Embajador (1887-1918); Un estudio sobre la política exterior de España. Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1975 y El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927). Madrid, Siglo XXI, 1976.

22.Eduardo Caballero de Puga, España y Marruecos. Ayer, hoy y mañana. Madrid, Imp. R. Velasco, 1921.

23."Aproximación a una bibliografía crítica sobre la 'campana del Rif' de 1909", Aldaba. núm. citado.

24.~~Los españoles ante las campañas de Marruecos~~. Madrid, Espasa Calpe, 1988.

25.Franco. "Caudillo de España". Barcelona, Grijalbo, 1994.

26.Obra cit.

27.España en el Rif. Madrid, Biblioteca Hispania, 1921, pp.106-107.

28.Los militares y la política en la España contemporánea. París, Ruedo Ibérico, 1968, pág. 91.

29.Xavier Cuadrat, "Los días de la ira", La semana trágica, Cuadernos historia 16, núm 132, 1985.

30.Sobre esta poco ecuánime legislación y sus variantes posteriores, como la que creó los soldados de cuota, que alcanzaron gran importancia en la guerra de Marruecos por lo que de injusto tenían, puede verse, entre otros: Stanley G. Payne, Ejército y sociedad en la España liberal 1908-1936. Madrid, Akal, 1977 y Gabriel Cardona, El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil. Madrid, Siglo XXI, 1983.

31. Luis Gómez LLorente, Aproximación a la historia del socialismo español (hasta 1921). Madrid, EDICUSA, 1972. Citado por la 2ª ed., 1976.

32. Stanley G. Payne, obra cit., 1977.

33. Historia del reinado de D. Alfonso XIII. Barcelona, Montaner y Simón, 1934, 2ª, (1ª ed., 1933).

34. Obra cit.

35. Obra cit.

36. Víctor Ruiz Albéniz, Ecce Homo. Madrid, Biblioteca Nueva, 1922.

37. Pedro Luis Gálvez y Francisco Martínez, Por los que lloran. (Apuntes de la guerra). Madrid, Gabriel L. de Horno, 1910.

38. Para una más amplia información sobre el desarrollo de los acontecimientos puede verse una especie de crónica de la campaña desde una perspectiva promilitar, Antonio Serra Orts, Recuerdos de la guerra del Kert de 1911-12. Barcelona, Imprenta Elzeviriano de Borrás, Mestres y cía, 1914; comentarios más sucintos y síntesis con distintos puntos de vista en: Francisco Bastos Ansart, El desastre de Annual. Barcelona, Minerva, s.a. y las obras ya anteriormente citadas de: Melchor Fernández Almagro, Víctor Ruiz Albéniz, David S. Woolman, Miguel Martín, Stanley G. Payne, Andréé Bachoud o María Rosa de Madariaga, entre otras.

39. Ecce Homo, pág. 31.

40. Víctor Ruiz Albéniz, España en el Rif, pág. 192.

41. Stanley G. Payne, Los militares y la política en la España contemporánea. París, Ruedo Ibérico, 1968, pág. 98.

42. España en el Rif, pág. 193.

43. Víctor Morales Lezcano, El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927), pág. 110.

44. Miguel Martín, obra cit., pág. 31.

45. Juan Pando Despierto, "Alhucemas", Historia 16, año X, núm. 114, octubre de 1985.

46. Indalecio Prieto, "España en el avispero", Con el rey o contra el rey. Guerra de Marruecos. Barcelona, Planeta-Fundación Indalecio Prieto, 1990, t. II, pp. 207-208.

47. Carlos de Arce, Historia de la legión española. Barcelona, Mitre, 1984, pág. 156.

48. Obra cit., pág. 54.

49. Al-Magrib al Aqsà. Citado por la traducción al español de Carmen Ruiz Bravo-Villasarte, Un testigo árabe del siglo XX: Amin al-Rihani en Marruecos y en España (1939). Madrid, CantArabia, 1993, t. II, pág. 369.

50. Voz que a partir de ahora se hará muy frecuente. Raro resulta, por ejemplo, el relato donde no aparece. De origen onomatopéyico, procede del ruido que provoca la bala de determinado fusil al ser disparada. Con este vocablo se designaba durante la campaña al tirador oculto: los "pacos" o francotiradores nativos. Tuvo sus derivados en el muy frecuente "paquear" o en el menos habitual "pacazos", título de una de las narraciones que se examinarán en capítulo venidero.

51. Manuel L. Ortega, El Raisuni. Madrid, Tipografía Moderna, 1917, pág. 146.

52. Manuel L. Ortega, obra cit., pág. 164 y David S. Woolman, obra cit., pág. 77.

53. Miguel Martín, Obra cit., pág. 56.

54. Los militares y la política en la España contemporánea, pp. 104-105.

55. Obra cit., pág. 78.

56. Obra cit., t. II, pág. 372.

57. Ecce Homo, pp 83-85.

58. Andrée Bachoud, obra cit., pág. 183.

59. Payne, Ejército y sociedad en la España liberal 1808-1936, pp. 183-184.

60. Ejército y sociedad en la España liberal 1808-1936, pág. 221.



61.Marruecos. La mala semilla. Madrid, Imprenta Clásica Española, 1921, pp. 11-12.

62.Miguel Martín, obra cit., pág. 58.

63.Carlos de Silva, General Millán Astray. (El legionario). Barcelona, AHR, 1956; y Carlos de Arce, Historia de la Legión española. Barcelona, Mitre, 1984.

64.Historia del reinado de D. Alfonso XIII, pág. 385.

65.Obra cit., pág. 399 y ss.

66.Víctor Ruiz Albéniz, Ecce Homo, pág. 272.

67.Ecce Homo, pp. 285-287 e Indalecio Prieto, Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos. Barcelona, Fundación Indalecio Prieto-Planeta, 1990, t. II, pág. 92.

68.Expediente Picasso. Madrid, Javier Morata, s.a., pág. 18.

69.Esta parece ser la fecha que concita más unanimidad, aunque también se han manejado otras posteriores.

70.Francisco Mir Berlanga, Melilla. Floresta de pequeñas historias. Granada, Excmo. Ayuntamiento de Melilla, 1983.

71.Expediente Picasso, pág. 85.

72.Existen muchas narraciones, más o menos pormenorizadas, de este acontecimiento, desde ideologías y puntos de vista muy diversos, entre ellos, por su carácter monográfico o por la exhaustividad -que no siempre acierto- con que se ocupan del asunto, pueden mencionarse: el ya referido Expediente Picasso, que cabe considerar casi una versión oficial de lo sucedido; las ya también mencionadas obras de Francisco Bastos Ansart, El desastre de Annual, y de Víctor Ruiz Albéniz, Ecce Homo; Augusto Vivero, El derrumbamiento. Madrid, Caro Raggio, 1922; Eduardo Ortega y Gasset, Annual. Madrid, s.e., 1922. Desde la recreación literaria, que posteriormente veremos, cabe citar: Ramón J. Sender, Imán. Madrid, Cénit, 1930 y Ricardo Fernández de la Reguera y Susana March, El desastre de Annual. Barcelona, Planeta, 1968.

73. Indalecio Prieto, "Responsabilidades del derrumbamiento de la Comandancia de Melilla" (Dictamen formulado por el autor como miembro de la Comisión designada por el Congreso de los Diputados, para entender en el expediente Picasso), 21 de noviembre de 1922, recogido en Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos, t. II, pág. 73.

74. Páginas 86-87.

75. En su obra, El derrumbamiento, sostiene que Fernández Silvestre venía solicitando refuerzos, al alto comisario y al gobierno de Madrid, desde tiempo atrás, a lo que estos hicieron oídos sordos. Llega incluso a exponerlo en estos términos: "El 16 [de julio] (...) pone Silvestre un largo telegrama a la Corte: dice que si no le mandan refuerzos tendrá que pegarse un tiro", pág. 127. Visión bastante poco verosímil, dado que esto hubiera supuesto contravenir las órdenes, o acuerdos, a los que había llegado con el alto comisario en su entrevista del mes anterior. Por otro lado, el general Berenguer se encontraba en aquellos momentos intentando acabar con la resistencia de Raisuní en la zona occidental y parece poco probable que deseara tener dos frentes abiertos a la vez, cuando sus planes preveían atacar a los rifeños de Abd el-Krim por ambos lados una vez dominada la situación en su zona; además, nadie más habla de semejante misiva; y, por último, el libro de Vivero tiende todo él a la exculpación de Fernández Silvestre y a hacer caer toda la responsabilidad del desastre en la incapacidad de Berenguer como alto comisario, considerando que aquél se limitó a cumplir las órdenes de éste.

76. Expediente Picasso, pág. 88.

77. Expediente Picasso, pp. 87-91.

78. Expediente Picasso, pág. 95 y Payne, Los militares y la política en la España contemporánea, pág. 144.

79. Expediente Picasso, pp. 103-104.

80. Tal y como sostiene Woolman, obra cit., pág. 108.

81. Historia del reinado de D. Alfonso XIII, pág. 389.

82. "Cómo murieron dos bilbaínos. Gabriel Ramos y Emilio Martínez", 24 de septiembre de 1921, Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos, t. I, pág. 97.

83.El derrumbamiento, pág. 200.

84.Miguel Martín, obra cit., pág. 71.

85.Obra cit., pág. 112.

86."Abd el-Krim", 14 de junio de 1947, recogido en Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos, t. II, pág. 184.

87.El problema de Marruecos. Santiago de Chile, Alonso de Ovalle, 1952, pp. 19-20.

88.Luis de Oteyza, Abd el-Krim y los prisioneros. (Una información periodística en el campo enemigo). Madrid, Mundo Latino, s.a., 1922?, pág. 80.

89.La fecha de llegada es este mismo día o el anterior por la tarde, depende de la fuente, así el Expediente Picasso señala el 29, mientras que Augusto Vivero, en El derrumbamiento considera que ocurrió la tarde anterior.

90.Expediente Picasso, p. 185.

91.Expediente Picasso, pág. 185.

92.Víctor Ruiz Albéniz, España en el Rif, pág. 232.

93.Víctor Ruiz Albéniz, España en el Rif, pág. 236.

94.Fernández Almagro, Historia del reinado de D. Alfonso XIII, pág. 396.

95.Luis Marichalar Monreal (Vizconde de Eza), Mi responsabilidad en el desastre de Melilla como ministro de la Guerra. Madrid, Gráficas Reunidas, 1923.

96.Historia del reinado de D. Alfonso XIII, pág. 400.

97.Diario de una bandera. Madrid, Pueyo, s.a.

98.Discurso parlamentario, octubre de 1921, recogido en Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos, t. I, pág. 184.

99.Fernández Almagro, Historia del reinado de D. Alfonso XIII, pág.401.

100. Ignacio Sierra Gil de la Cuesta, "El expediente Picasso", Historia 16, año X, núm. 107, marzo de 1985, pp. 43-49.

101. Para ampliar información sobre este caso, aunque hay datos parciales en muchos lugares, puede verse: López Rienda, El escándalo del millón de Larache. Madrid, Impr. Sáez Hermanos, 1922.

102. Indalecio Prieto, "Recuerdos personales", 11 de abril de 1956, en Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos, t. II, pág. 221.

103. López Rienda, obra cit., pág. 54.

104. "Ocho mil cadáveres españoles", octubre de 1921, Obra cit., t. I., pág. 161.

105. Woolman, obra cit., pág. 127.

106. Manuel Cerezo Garrido, El rescate de los prisioneros. Melilla, Postal Exprés, 1922, pág. 135.

107. Cerezo Garrido, obra cit., pág. 316.

108. Francisco Basallo, Memorias del cautiverio. Madrid, Mundo Latino, s.a.

109. Woolman, obra cit., pág. 247.

110. Para una información detallada del coste total, desglosado por años, del Protectorado para España, puede verse: M<sup>a</sup> Carmen García-Nieto y otros, Bases documentales de la España contemporánea. Madrid, Guadarrama, 1972-73, t. V, pág. 110.

111. Porcentaje que Payne, Los militares y la política en la España contemporánea, adjudica al año 1922, en tanto que Miguel Martín, obra cit., lo sitúa en 1920.

112. Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos, t. II, pp. 25-26.

113. Woolman, obra cit., pág. 151.

114. Abd el-Krim y la guerra del Rif, pp. 140-141.

115. Obra cit., pág. 145.

116.Obra cit., pág. 91.

117.Ejército y sociedad en la España liberal, pág. 296.

118."Nuestro propósito", Revista de Tropas Coloniales, núm. 1, enero de 1924, pág. 1.

119."Pasividad e inacción", Revista de Tropas Coloniales, núm. 4, abril de 1924, pág. 4.

120."Necesidad de permanecer en Africa", *Ibidem*, núm. 5, mayo de 1924.

121.*Ibidem*, núm. 3, marzo de 1924, pp. 1-2.

122.*Ibidem*, año II, núm. 6, junio de 1925.

123.Woolman, obra cit., pp. 145-146.

124.La forja de un rebelde. t. II, La ruta. Buenos Aires, 1951. La cita está tomada de la edición de Madrid, Turner, 1977, pp. 286-287.

125.Franco. "Caudillo de España". Barcelona, Grijalbo, 1994, pág. 68. (Traducción española de, Franco. A Biography. London, Harper Collins, 1993).

126.*Ibidem*.

127.Woolman, obra cit., pág. 152.

128.Lo recogen, entre otros, Miguel Martín, obra cit., pág. 93; Payne, Ejército y sociedad en la España liberal, pág. 298; y Gabriel Cardona, El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil, pág. 88. Todos ellos se apoyan en el testimonio que el general Queipo de Llano ofrece en su obra El general Queipo de Llano perseguido por la Dictadura. Madrid, 1930.

129.Payne, Ejército y sociedad en la España liberal, pág. 298.

130.Para más información sobre este episodio, pueden verse, entre otros, Woolman, obra cit., pp. 145-160 y Carlos A. Caranci, "La revolución rifeña de Ben Abd el-Krim", Historia 16. Extra IX, año IV, abril de 1979, pp. 27-34, donde puede leerse una breve e ilustrativa síntesis.

- 131.M<sup>º</sup> Carmen García Nieto y otros, Bases documentales de la España contemporánea, t. VII, pág. 30.
- 132.Payne, Ejército y sociedad en la España liberal, pp. 331-332.
- 133.Gabriel Cardona, El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil, pág. 87.
- 134.Woolman, obra cit., pág. 179.
- 135.España y el Norte de Africa: El Protectorado en Marruecos (1912-56), pág. 178.
- 136.Miguel Martín, obra cit., pág. 97.
- 137.Woolman, obra cit., pág. 184.
- 138.Fernández Almagro, Historia del reinado de D. Alfonso XIII, pág. 473.
- 139.Payne, Ejército y sociedad en la España liberal, pág. 301.
- 140.Woolman, obra cit., pág. 191.
- 141.Juan Pando Despierto, "Sesenta años después. Alhucemas", Historia 16. Año X, núm 114, octubre de 1985, pp. 23-31.
- 142.Obra cit., pág. 198.
- 143."La revolución rifeña de Ben Abd el-Krim", pág. 30.
- 144.Juan Pando Despierto, *ibidem*, pág. 24.
- 145.Woolman, obra cit., pág. 196.
- 146.Woolman, obra cit., pág. 205.
- 147.Rafael López Rienda, Abd el-Krim contra Francia (Impresiones de un cronista de guerra). Madrid, Calpe, 1925, pp. 73-74.
- 148.Servicio Histórico Militar, Historia de las campañas de Marruecos. Madrid, Imprenta Becefe, 1981, t. IV pág. 99.
- 149.Servicio Histórico Militar, *ibidem*, pág. 21.

150. Juan Pando Despierto, "Sesenta años después. Alhucemas", Historia 16, X, núm. 114, pp. 23-31.
151. Carlos de Arce, Historia de la Legión española, pág. 184.
152. Pando Despierto, ibídem.
153. Woolman, obra cit., pág. 217.
154. López Rienda, Abd el-Krim contra Francia, pp. 81-82.
155. Miguel Martín, El colonialismo español en Marruecos, pp. 86-87.
156. Woolman, Abd el-Krim y la guerra del Rif, pág. 231.
157. Miguel Martín, obra cit., pág. 100.
158. Servicio Histórico Militar, Historia de las campañas de Marruecos, t. IV, pág. 150.
159. Miguel Martín, obra cit., pág. 101.

## **SEGUNDA PARTE**



## LAS GUERRAS DE MARRUECOS COMO MATERIA NARRATIVA

Los acontecimientos históricos que han quedado reflejados en la primera parte encontraron hueco dentro de la creación literaria, tanto en el género dramático, como en la lírica y en especial en la narrativa, donde, a juzgar por el numeroso grupo de autores que les prestaron atención, la evocación de tales sucesos alcanzó las más elevadas cotas de interés. Nombres, afamados algunos y de escasa audiencia e incluso anónimos la mayoría, que a lo largo de más de un siglo han hallado en las sucesivas guerras de España en Marruecos inspiración argumental para sus fábulas. A ellos y a los relatos que a partir de aquellos hechos elaboraron se dedicarán las páginas siguientes.

Tales obras no puede decirse en rigor que constituyan un ciclo novelístico, acaso ni siquiera, al menos en sentido ortodoxo, conformen lo que ha dado en llamarse una materia narrativa, dada la variedad y heterogeneidad de sus formas, manifestaciones y hasta intereses, y la inexistencia de un objetivo común distinto del de retratar, cada cual a su modo y gusto, este episodio de la historia española contemporánea. No obstante, habrá de resultar innegable que comparten una comunidad en cuanto a su referente primero y, como podrá irse observando a lo largo de las sucesivas páginas, una cierta identidad de motivos, que en ocasiones se hacen redundantes e incluso se transtextualizan de unos títulos a otros.

Según anticipaba en la introducción, he optado por acomodar lo literario a lo histórico como criterio para establecer un primer orden en el variado y heterogéneo *corpus* de relatos que en algún momento se han ocupado del asunto. Cada uno de los capítulos ulteriores se ocupa pues de la novelística generada por cada una de las campañas, con independencia de su fecha de publicación. No obstante, en general, se trata de un tipo de relato correlativo o muy cercano en el tiempo al acontecer evocado, de ahí que en buena medida la historia de los sucesivos conflictos armados sea también y de alguna manera la evolución histórica de la narrativa española y de sus formas expresivas desde la segunda mitad de la pasada centuria hasta el casi inmediato presente.

## I. LOS PRECURSORES. CAMPAÑA DE 1859-1860.

Casi desde sus inicios la denominada Guerra de África fue asunto que atrajo el interés de los narradores. Unos, aquellos que la reflejaron en registro de estricta ficción, encontraron en esta campaña un nuevo y exótico motivo para sus fabulaciones. Otros, cronistas del momento que se desplazaron al lugar guiados por su profesión o por un afán testimonial y cuyo trabajo fructificaría, poco más tarde o con el correr de los años, en diarios o libros de recuerdos con decidido aliento artístico. A esta proliferación bibliográfica contribuyó de forma decisiva, sobre todo en los textos más tempranos, la expectación que el acontecimiento había despertado en una mayoría de los españoles, ávidos por conocer cuanto pudiera ocurrir en aquellas cercanas pero desconocidas tierras. No todas las obras fueron, empero, producto de una propicia coyuntura, algunas vieron la luz cuando aquella guerra ya no era más que historia, de la mano de autores que revisitaron lo sucedido desde la memoria y con la perspectiva que da el tiempo.

Narraciones de carácter muy diverso abordaron este episodio bélico. Junto a novelas, cuentos y episodios nacionales figuran también testimonios donde el relato de hechos reales se filtra entre impresiones paisajísticas o costumbristas sugeridas por aquel nuevo horizonte, en los que lo literario reside más en la mirada o expresión del autor que en el espesor de la diégesis creada.

Entre las primeras manifestaciones literarias en prosa se encuentran las crónicas que Pedro Antonio de Alarcón comienza a escribir en 1859, las que más tarde constituirán su Diario de un testigo de la guerra de Africa. Contemporáneas son las redactadas por otro de los cronistas oficiales de la campaña, Gaspar Núñez de Arce, origen de sus Recuerdos de la guerra de Africa. En este mismo año, también, llegan a las manos de los lectores las primeras entregas de la voluminosa novela de Rafael del Castillo, El honor de España. Durante 1860 verán la forma de libro los de Alarcón y Núñez de Arce y se iniciarán las entregas de otra novela de corte muy semejante a la ya en curso, La cruz y la media luna o la guerra de Africa, de D.

A. Cubero<sup>1</sup>. En los años inmediatamente posteriores aparecen la novela de Antonio Redondo, La toma de Tetuán o Rodrigo y Zelima, que, a tenor de sus características narrativas, es muy posible que también fuera publicada mediante entregas o folletón; y los primeros cuentos sobre esta campaña, que seguirá siendo fuente de inspiración para los autores de este subgénero hasta finales de siglo. Con cierta distancia temporal, nuevos testimonios se sumarán a los ya conocidos: las impresiones de un protagonista de la guerra, el general Ros de Olano, en sus Episodios militares y el voluntarismo patriótico de otro participante, Dionisio Monedero Ordóñez y sus nostálgicos Episodios militares del ejército de Africa. Con una perspectiva de todo punto diferente y un interés literario muy superior, los primeros años del nuevo siglo traen un volumen y parte de otro que Benito Pérez Galdós dedica a esta guerra en la cuarta serie de sus Episodios nacionales. En 1944, Luis Antonio de Vega y Rubio se acerca por última vez, en el marco de la narrativa española, a este acontecimiento en su novela Amor entró en la judería, donde no se persigue ningún afán por recrear la campaña, más bien se utiliza como marco para contar la peripecia de unos personajes inmersos en una disparatada historia de amor.

### 1. La novela.

Hablar de novela de la guerra de África como materia literaria sólo supone una escasa homogeneidad argumental y una diversidad en todo lo demás, excepto en aquellas narraciones contemporáneas entre sí y de finalidad homogénea, cual sucede con las publicadas por entregas al inmediato calor de la campaña. El dilatado periodo de tiempo que media entre la redacción de unas obras y otras había producido sustanciales cambios en los modos literarios e incluso en la propia concepción de lo que es una novela. No puede sostenerse, en rigor, que nos encontremos ante la evolución de un mismo asunto. Una somera lectura resulta suficiente para evidenciar las abismales diferencias de casi toda índole que separan, por ejemplo, los inverosímiles argumentos y la desmesura estructural de las novelas por entregas de los Episodios africanos, donde Galdós, como ya ha señalado una mayoría de la crítica, acomete

la historia pasada con un afán esclarecedor e incluso didáctico y la recubre con una arquitectura literaria de cierta elaboración. Aún más forzado resultaría emparentar las anteriores con la narración de Luis Antonio de Vega y Rubio, aparecida cuando de las primeras ya no quedaba casi ni memoria y con planteamientos en nada semejantes a los seguidos por Galdós. Por consiguiente, lo más atinado será abordar esta novelística diferenciándola por etapas y atendiendo a los distintos motivos que pudieron impulsar a los autores hacia este asunto.

La primera de esta etapas, en estricta cronología, está constituida por las novelas por entregas. No obstante, como antecedente inmediato de éstas -así lo menciona Rafael del Castillo, a manera de parcial fuente de información para algún aspecto de su obra El honor de España<sup>2</sup>- cabe referirse al libro de Manuel Juan DIANA, Un prisionero en el Rif. Memorias del ayudante Alvarez. Obra geográfica, de costumbres y con un vocabulario del dialecto rifeño, aparecido antes del inicio de la campaña y que refiere acontecimientos sucedidos entre los últimos meses de 1858 y el 25 de marzo del año siguiente<sup>3</sup>. No puede considerarse una novela, ni siquiera con un criterio laxo como hay que encuadrar en tal género a las aparecidas por entregas. Semeja más bien un libro de carácter vario, en el que se narran las memorias de cautiverio de un oficial de la guarnición de Melilla, que, en compañía de un grupo de soldados, es hecho prisionero por los rifeños. Esta peripecia se acompaña de una descripción, cercana a los libros de viajes, de las costumbres, el paisaje y otros aspectos de Marruecos. A pesar de su carácter de mera denotación, en esta obra aparecen ya algunos de los motivos temáticos que las novelas por entregas sobre la guerra repetirán casi indefectiblemente: la consideración de los rifeños como "salvajes", capaces de todo tipo de actos brutales; el heroico oficial español; el moro<sup>4</sup> culto, justo y bondadoso; la mora que de forma solapada ayuda a los españoles, casi siempre enamorada de alguno de ellos y deseosa de convertirse al cristianismo; el renegado español que convive con los nativos, pero cuyo corazón anhela la cercanía de sus compatriotas; o las más superficiales apreciaciones sobre la vida y costumbres de los marroquíes, sobre todo aquellas que suponen

un cierto exotismo para el español o permiten denigrar al cabileño como poco civilizado o fanático practicante de una religión inferior a la cristiana. Y si Rafael del Castillo cita el libro de Manuel Juan Diana como parcial precedente de su obra, también hay que referirse a Los moros del Riff o el presidiario de Alhucemas, una novela por entregas de Pedro MATA<sup>5</sup>, publicada en 1856 y más emparentada con las que ficcionalizan la guerra que el volumen mencionado por el autor de El honor de España. La obra de Mata, aunque anterior al conflicto y por tanto sin relación directa con él, comparte el asunto de los prisioneros españoles en manos de los rifeños con Un prisionero en el Rif, con la ligera variante de que aquí los cautivos son unas mujeres y un niño en vez de un grupo de militares. En lo demás, no sólo incide en los mismos o muy parecidos aspectos a aquellos ya señalados en la obra de Manuel Juan Diana, sino que desarrolla una serie de enredos, los habituales dentro de este tipo de narrativa, que con las particularidades oportunas volverán a plantearse en el posterior relato de Rafael del Castillo y en cuantos otros, dentro de esta misma forma literaria, evocaron el conflicto armado. Por consiguiente, el antecedente más próximo y directo de los títulos a los que me referiré a continuación se halla en la novela de Mata, no en ese otro libro sin componente de ficción, aunque también comparta algunos rasgos comunes.

Una vez ya iniciada la campaña, comienzan a aparecer las entregas de El honor de España, subtitulada Episodios de la guerra de Marruecos, de Rafael del CASTILLO<sup>6</sup>. Las primeras debieron de distribuirse en 1859, teniendo en cuenta que esta fecha figura en la portada del libro -que he tenido que consultar encuadernado como un solo volumen por no haber podido encontrar los cuadernillos originales- editado por Balldrich e Illas en Madrid, y algunos datos que aparecen en el interior de la novela, en los que el narrador pone de manifiesto su deseo de terminar con el ligero desfase entre lo que está narrando y el discurrir contemporáneo de la guerra. Será seguida por La cruz y la media luna o la guerra de Africa, de D. A. CUBERO<sup>7</sup>, cuyo inicio data de 1860. Más tarde, con fecha de 1862, se da al público La toma de Tetuán o Rodrigo y Zelima, de Antonio REDONDO<sup>8</sup>, narración que desconozco si apareció mediante entregas o como volumen completo, aunque, cualquiera que

fuese su origen, comparte unas mismas características argumentales y técnicas con aquéllas. Estas tres obras constituyen el tributo que el género narrativo de la época rindió a la campaña militar. Tal vez en el momento existieron otras hoy desaparecidas<sup>9</sup>. Juan I. Ferreras, en su Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX<sup>10</sup>, sólo cita la de Rafael del Castillo, y García Figueras, en Recuerdos centenarios de una guerra romántica<sup>11</sup>, añade a ésta la de D. A. Cubero, que también aparece mencionada en algún catálogo de libros sobre África<sup>12</sup>. Ninguna de las tres supone un intento ni medianamente serio, aun desde la óptica popular propia de este tipo de narraciones, por elaborar una recreación literaria de la guerra. Más bien, se trata de rentabilizar el acontecimiento del momento con fines comerciales, injertando de forma abrupta novelas de aventuras de argumento convencional y disparatada trama en esquemáticas síntesis o pormenorizados relatos -propios de una crónica periodística pero no de una novela- sobre el conflicto bélico. Hasta tal punto que en El honor de España, por mencionar el caso más obvio, ambos asuntos, el discurrir de la campaña y la peripecia fabulada, avanzan -salvo en los primeros capítulos- en una disociación tan radical que podrían leerse como dos relatos diferentes. El narrador va alternando los capítulos en los que se ocupa de la trayectoria particular de sus personajes de ficción con aquellos otros en que centra su atención en el discurrir de la guerra, sin más nexo que la identidad del papel o la letra. Así, por ejemplo, el capítulo tercero concluye con la folletinesca situación de Andrés y María en la madrileña casa del Avapiés, donde él confiesa a su madre que ha dejado embarazada a la joven pero piensa casarse con ella:

"Abrió sus brazos, y estrechando a los dos contra su pecho, les dijo:

'-Sed felices, hijos míos, y quiera Dios, Andrés, que la virtud de tu esposa te haga ser mejor marido que has sido buen hijo.

'-Yo se lo prometo a Vd.; la lección que acabo de recibir ha iluminado lo suficiente mi razón para que olvide mis errores pasados y mi porvenir compense dignamente esos extravíos que tantos disgustos le han ocasionado." (Pág. 48).

En tanto que la totalidad del cuarto nada tiene que ver con el anterior asunto ni con ningún otro de los relacionados con cualesquiera de los personajes ya presentados. Dedicar este capítulo el narrador a elucubrar sobre las posibles causas de la guerra y sobre cuestiones políticas ajenas al devenir de sus criaturas. Incluso, en el resumen inicial, orienta al lector, con una ingenuidad que hoy resulta llamativa, sobre lo prescindible de tal fragmento: "En que el autor suplica a los lectores que no sean aficionados a la política que pasen por alto este capítulo [*sic*]", (pág. 49). Situación que con escasas diferencias vuelve a reiterarse otro buen número de veces a lo largo de la narración. Claro que ya advierte, en repetidas ocasiones, la ambivalencia del texto: "en nuestra obra encuentran [los lectores] compilada toda la guerra de Marruecos, con el aliciente de la novela", (pág. 881). Lo que se calla, o, mejor dicho, falsea -"como van tan íntimamente [*sic*] ligados los acontecimientos de nuestra novela con los hechos heroicos", (pág. 340)- es que ambos deambulan por sus páginas sin encontrarse.

En las tres el eje central del argumento se traza a partir de una o varias historias de amor entre españoles y mujeres marroquíes. En aquéllos fluctúan varias combinaciones: heroico oficial, cual el teniente Rodrigo Sarmiento de La toma de Tetuán; soldado, como los varios personajes de El honor de España; o renegado, cual Muley Hasan y Galápagos, los protagonistas de La cruz y la media luna. Poco importa su estatus inicial, pues lo fundamental radica en que todos ellos encuentran su vena patriótica al comenzar el conflicto y se ven obligados a debatirse entre dos fidelidades opuestas, que en todos los casos se inclinarán del lado de sus originarias convicciones españolas y cristianas. Por lo que respecta al paradigma de la dama marroquí, el molde habitual la muestra siempre bella y recatada, y casi enajenada por una pasión amorosa que la moverá a todo tipo de sacrificios, incluso a abjurar de su religión, forma de vida y costumbres para abrazar con entusiasmo las de su galán. Esta relación siempre llegará a un final feliz, aunque para lograrlo habrá de vencer el obstáculo de las fuerzas locales, bien representadas por algún moro de mala catadura moral y peores intenciones, o bien por adversos elementos circunstanciales. Por ejemplo, Muley Hasan, protagonista de La cruz y la media luna, renegado español que en sus años de estancia en

Marruecos ha alcanzado la confianza del sultán y cargos de elevada responsabilidad, se verá obligado a luchar contra los españoles para conservar el amor de Raquel y su privilegiada situación, pero la mala conciencia le corroerá hasta impulsarlo a una especie de suicidio. Estos esforzados protagonistas contarán también con la ayuda de un amigo o un segundo en el mando dispuesto a afrontar todo tipo de riesgos para que aquél logre sus fines, aceptando hasta una comunión de intereses sentimentales. Tal puede observarse en el sargento Suárez, en La toma de Tetuán, que no sólo saca de todo tipo de aprietos a su jefe y amigo, el teniente Rodrigo Sarmiento, sino que tampoco dudará en emparejarse con la criada de la amada de aquél, de acuerdo con la tradicional figura literaria del "gracioso". En este esquema básico se integran otros elementos discrecionales de cada autor pero tampoco muy distintos entre sí.

Estos toscos argumentos se recubren de tramas sencillas, pero que aparentan gran complejidad, lo que viene a significar un falso embarullamiento de la acción mediante constantes y aparatosos desgarrs situacionales y espaciales de la fábula<sup>13</sup>, que constituye uno de los presupuestos tradicionales de esta clase de narraciones, dado que, como apunta Rubén Benítez, "todo folletinista (...) tiene habilidad para presentar como profundo lo que sólo es complicación externa"<sup>14</sup>. Resulta llamativa, por lo desatinada y carente de contención, la de El honor de España. Varios personajes de diferente escala social -la aristocracia, la milicia profesional, el mundo de las finanzas, el menesteroso urbano y hasta un poeta quejumbroso y melancólico- entrecruzarán sus vidas, sus historias pasadas y presentes y sus relaciones amorosas en Marruecos por causa de la guerra. Tras una serie de actos heroicos, desapariciones, raptos, irrupciones de nuevos personajes, anagnórisis varias, crímenes y otra larga serie de truculencias, el lector podrá ver cómo ha estado asistiendo a la peripecia de una gran familia. La mayoría de los personajes intervinientes ya estaban emparentados, a veces sin saberlo, por vínculos de sangre o comienzan a estarlo por causas afectivas. Estos encuentros y reencuentros han sido posibles gracias a la contienda, que adquiere una dimensión rehacedora de vidas. Y si algunos de los personajes no alcanzan la completa felicidad, sólo es debido a que el desenlace queda en suspenso ante la posibilidad de continuar



la narración en una segunda parte<sup>15</sup>, según se anuncia con tintes melodramáticos al final de la novela: "quedan aún algunos personajes cuyas desgracias, cuyos crímenes, o cuyas venganzas, nos servirán en tiempo oportuno para escribir la segunda parte del Honor de España [este repentino cambio de título es suyo]", (pág. 937).

Sin dispersar tanto la trama, las otras dos novelas también abundan en considerar la guerra como provechosa para el destino de sus personajes. En La toma de Tetuán, el teniente Rodrigo Sarmiento y el sargento Suárez, los protagonistas, tras sufrir cautiverio el primero y empeñados e inverosímiles lances -encaminados a la liberación de su amigo Sarmiento- el segundo, allegarán méritos y honra para sí y, sobre todo, se les brindará la ocasión para conocer a los respectivos amores de sus vidas. Mientras que en La cruz y la media luna, Cubero opta por ofrecer a su protagonista, el antes mencionado Muley Hasan, una elevación moral en el supremo momento. No encontrará la gloria, pero su muerte, libremente elegida en heroica acción, le servirá para redimirse de sus pasadas faltas: sus no muchos escrúpulos para ascender en el escalafón del poder marroquí, sin reparar en su fe y convicciones; la traición al sultán, su benefactor; y, sobre todo, la deslealtad con sus compatriotas y con él mismo al haber empuñado las armas contra los soldados españoles. Sin embargo, su ayudante, Galápagos, cuya conducta, sin ser desafecta a su compañero de destino y amigo, no ha supuesto su quiebra moral, se verá recompensado con la rehabilitación social y la recuperación de su antiguo amor, Florilla, que hasta aquellas tierras ha llegado como cantinera del ejército expedicionario con la sola idea de encontrarlo.

El enfoque de la guerra, aunque con diferente extensión narrativa en cada texto, recibe un tratamiento desde ópticas próximas. El honor de España da cuenta no sólo de cuanta batalla, combate o refriega hubo entre ambos ejércitos, sino de todo el articulado del tratado de paz y de los preacuerdos pactados con anterioridad. Se antoja difícil imaginar que con la inclusión de estos últimos aspectos buscara abundar en el interés de sus lectores, pertenecientes presumiblemente a clases urbanas con escasa formación, atendiendo al perfil del lector de esta clase de novelas que traza Juan I. Ferreras: "se puede afirmar que la mayor

parte del lectorado estaba integrado por las clases trabajadoras o proletarias de las ciudades: obreros, artesanos, empleados, etc."<sup>16</sup> Parece más sensato considerar tal incontinencia gráfica fruto del deliberado afán por rellenar papel y ampliar el número de entregas, pues "cuanto más entregas, mayor negocio"<sup>17</sup>. Además, Rafael del Castillo estaba escribiendo por aquellos mismos días una crónica o historia inmediata de la campaña, que dio origen a otro libro distinto<sup>18</sup>. Resulta obvio que no dudó en hinchar su novela con aquellas informaciones que iba a utilizar en su otro libro, teniendo en cuenta, sobre todo, el ambiente tan propicio que se había creado para obtener fáciles ganancias, explotando el anhelo que los españoles tenían por conocer al detalle lo que en Marruecos le estaba sucediendo al ejército expedicionario, de lo que puede dar fe la apabullante recepción que el público dispensó a las crónicas que se iban publicando en forma de sueltos, como más adelante veremos al hablar del Diario de Alarcón. La premura impuesta por el devenir de los acontecimientos, unida a la que ya era habitual en este tipo de obras, dio como resultado el dislate narrativo. El acontecer bélico, según ha podido verse antes, en absoluto se integra con la fabulación novelesca; ambos argumentos discurren por caminos y capítulos distintos, a pesar de la reiteración del narrador para convencernos de la indisolubilidad de ambos asuntos.

Cubero y Redondo no se muestran tan exhaustivos en sus respectivas obras, dan cuenta sólo de los hechos bélicos más significados. En ninguna de las dos novelas falta el relato de la batalla de Los Castillejos o la de Tetuán, que, aunque mediante una disociación no tan abrupta como la utilizada por Castillo, tampoco se funden en el tejido narrativo.

Común es la exaltación heroica de la guerra, que por momentos semeja la conclusión de la reconquista iniciada por el rey Pelayo: "esa magnífica epopeya, llamada Guerra de África", al decir de Rafael del Castillo. Idea que se convierte en recurrente en estas obras, tal vez por lo fácil, aunque descabellado, del paralelismo: "Guerra iniciada hace muchos siglos, era hasta una falta indisciplinable el que España no la continuase (...) arrojados ya de Granada, no estaba aún concluida nuestra obra"<sup>19</sup>. Tamaña gesta está llamada a reverdecir los laureles patrios y su conclusión impone el tono grandilocuente y el reconocimiento al máximo héroe: "Las

paces entre España y Marruecos estaban firmadas y ratificadas; aquellas paces que tanto han enaltecido a nuestra patria y cuyos sucesos serán una de las brillantes páginas de la noble historia del ilustre duque de Tetuán"<sup>20</sup>. Tan hiperbólico honor alcanza también a la totalidad de las tropas:

"Nosotros no tenemos ejército, nosotros lo que tenemos es un conjunto de patricios romanos. Nuestro ejército no tiene ni generales ni soldados. En él no hay más que semidioses en el día de la batalla"<sup>21</sup>.

No obstante, la visión de la guerra resulta sólo periférica, todo queda reducido a un cúmulo de actos bélicos enfocados desde la lejanía y la seguridad de donde no alcanzan las balas, una sucesión de tópicos cuadros, como explicita Rafael del Castillo:

"El estruendo de los tiros, el relincho de los corceles, las voces de los jefes, los toques de las cajas y cornetas, unido a los gritos de los heridos y a los gemidos de los moribundos, formaban un cuadro, que si bien tenía mucho de aterrador, no carecía de sublimidad."<sup>22</sup>

Las pocas veces que el narrador se adentra en el combate es para retratar la gallarda hostilidad de los personajes o el desparpajo estratégico de sus generales. Y tras los combates, la vida de campamento, caracterizada por una sucesión de momentos de euforia para unas fuerzas ajenas a cualquier pesadumbre. Ni siquiera la enfermedad, el cólera, aludido en todas las novelas como causante de más bajas entre el ejército expedicionario que las acometidas del enemigo, parece capaz de hacer decaer el espíritu festivo que impera en tan aguerrida tropa.

Abundando en la superficialidad que caracteriza a estas narraciones, no es esta una guerra de hombres, de individuos, sino de grandes unidades, de soldados de plomo, que se mueven por el campo de batalla, desfilan, corren, disparan y festejan los triunfos como colectivo. Hay una ausencia absoluta de visiones personales, de sentimientos particulares. También se escamotean, o se trivializan con puerilidad, la sangre, los heridos, el dolor, la muerte, todos aquellos elementos que perfilan la cara horrenda de tales sucesos. El lector queda instalado ante un irreal espectáculo festivo -"entran en fuego [las tropas españolas] del mismo modo

que si estuvieran en una fiesta"<sup>23</sup>- creado para cantar las gestas bélicas y glorias patrias, donde la muerte no semeja sino trivial incidente -"muchos valientes, en este glorioso hecho de armas se encontraron con la muerte; pero ¿qué les importaba a ellos, si dejaban bien puesto el honor de su patria?"<sup>24</sup>- cuando no una buena ocasión para demostrar una más que hiperbólica valentía. Así lo deja ver, a manera de mero ejemplo, el capitán Villoslada en La cruz y la media luna:

"Mal de su grado, cayó en tierra casi exánime.

'-¡Soldados, aprended [*sic*] a morir! -exclamó [...]

'Acercósele José, ansioso de prestarle auxilio; pero el noble guerrero, después de derramar una mirada de gratitud sobre su asistente, le dijo con tono de mando:

'-¡José: al enemigo!" (Pág. 367).

Tras la victoria, la feliz y deseada repatriación del ejército expedicionario. Buena ocasión para hilvanar de nuevo otra serie de tópicos belicistas, algunos tan inefables como este de Rafael del Castillo:

"Muchos de los militares que allí se encontraban [desfilando en uno de los pueblos por donde pasaron], se los había visto marchar niños meses antes, y se los veía volver hombres, y hombres cuyas frentes estaban circundadas por la aureola de los héroes"<sup>25</sup>.

Tampoco los generales destacados forman parte de los personajes novelescos, sólo en El honor de España, dado su afán cronístico, se particularizan algunos de ellos como figuras singularizadas en el fondo, siempre dentro del poco ponderado tono a que nos tiene acostumbrados el autor, lleno de altisonancias y exageraciones laudatorias. O'Donnell, a sus casi sobrenaturales dotes como estrategia militar -"si hemos de creer que la infabilidad existe en lo humano, el general O'Donnell es infalible en las batallas"- une un más que probado valor -"valiente y arrojado, en medio de los combates se le veía en los sitios de más peligro"- , una solidaridad que le dignifica ante sus subordinados -"si las lluvias estropeaban las tiendas, él, el primero se sale de la suya, para recibir el agua como el último soldado"- y aún le queda

tiempo para el solícito humanitarismo: "para todos los heridos tenía palabras de consuelo"<sup>26</sup>. No menos glorioso, aunque más idealizado, como un dios de las batallas, nos presenta a Prim en Los Castillejos:

"En medio de aquel cuadro de tan horrorosa carnicería se destacaba una de las figuras más colosales de la guerra de África; el conde de Reus que tremolando la regia insignia de San Fernando, atravesado el uniforme de balazos, adelantando terreno siempre y animando a sus tropas, luchando contra cien contrarios, tenía algo de fantástico, y mucho de los héroes de la edad media, cuyas hazañas hemos creído hasta cierto punto fabulosas." (Pág. 249).

No ha de extrañar pues, que tropas tan bizarras dirigidas por tan competentes generales convirtieran la campaña, desde el punto de vista literario, en poco menos que un paseo y en una continuada humillación para el enemigo.

Un enemigo que sólo merece respeto en su faceta de combatiente, ya que como individuo tiene en contra la raza, la religión y hasta la historia. Poca gloria hubiese podido allegar el ejército español para sí y para la nación si su victoria se hubiese producido sobre un rival de escasa entidad en lugar de sobre feroces guerreros, "negarles a los marroquíes que se batían como fieras sería una tontería grandísima"<sup>27</sup>, y, lo que es más importante, las proezas narradas habrían quedado del todo deslucidas. Empujados a la guerra por una natural belicosidad, que les hace amar la hostilidad cualesquiera que sean sus adversarios, urdiendo negras venganzas entre ellos mismos en caso de no encontrarlos; por el fanatismo religioso que sus santones les han ido insuflando; y por el secular odio hacia los españoles, no desmerecerán en nada ante un ejército europeo: "los moros, acaudillados por valerosos jefes y deseando no ceder en nada en bravura a los nuestros, peleaban al pie de sus trincheras con temerario empeño"<sup>28</sup>. A pesar de ello, su muy limitada táctica de combate, lo improvisado de gran parte de sus tropas y la absoluta ausencia de disciplina, a lo que habría que añadir la inferioridad de su armamento -aspecto este silenciado o minusvalorado por estos narradores, por cuanto pudiera aminorar el triunfo español-, les conducirán una y otra vez a

la derrota. Hasta Muley-el-Abbas, hermano del sultán y jefe de todas las fuerzas marroquíes, se contagiará de este pesimismo:

"Nuestras tropas son asaz inferiores a las de los cristianos en armas y en disciplina, son además los españoles muy valientes y sufridos; la consecuencia de estas ventajas ya se ha palpado (...) creo (...) que tendremos que ceder a todas sus exigencias."<sup>29</sup>

Aunque conviene advertir que este personaje, Muley-el-Abbas, tanto en el relato de Redondo como, a pesar de su menor notoriedad, en La cruz y la media luna semeja el musulmán inteligente, educado y consciente en todo momento de la inferioridad de su propio ejército. De ahí su proclividad a intentar acuerdos conducentes a la paz "aun a trueque de condiciones onerosas"<sup>30</sup>. Las otras obras ceden el mayor protagonismo en este campo al propio sultán Sidi-Mohamed, que en la narración de Cubero llega a integrarse como personaje en la trama novelesca. Espíritu abúlico y cambiante -"de ordinario sus ojos expresaban languidez y vaga melancolía, a la par que voluptuosidad e indolencia"<sup>31</sup>-, caprichoso, capaz de condenar a muerte a algunos de sus súbditos por conspirar contra él y de recompensar a otro por la misma causa, pero, sobre todo, ajeno a la evolución de la guerra. Cualidades que, con pocas variaciones de matiz, vienen a resultar idénticas a las que lo caracterizan en El honor de España.

Al margen de lo que incumbe al aspecto bélico, por las páginas de estas novelas circulan todos los tópicos de la animadversión hispana hacia el moro. Son hombres de guma fácil, a tenor de la insistente repetición, en todas estas narraciones, con que llevan la mano a esta arma ante la menor contrariedad o discrepancia de su interlocutor: "pronunció estas últimas frases mordiéndose el labio inferior y apretando con la mano derecha la empuñadura de su guma"<sup>32</sup>. Para los cabileños, tal vez por su extracción rural, reservan los autores sus más despectivas calificaciones: "salvajes", "primitivos", "traidores", "infames" o "vengativos". El saqueo de Tetuán en los momentos anteriores al abandono de la ciudad por sus habituales moradores, cuando las fuerzas españolas ya están a sus puertas, es un buen ejemplo que no deja lugar a dudas sobre su barbarie. La ebriedad de rapiña a la que se entregan los vencidos,

los marroquíes montaraces que se habían congregado allí para asegurar la defensa del lugar, desvalijando e incluso asesinando a la población, sobre todo a los judíos, contrasta -según nos lo cuenta, por ejemplo, Rafael del Castillo- con la actitud pacificadora y alejada de todo revanchismo que muestra, tras su entrada en la población, el ejército español, recibido más como fuerza de liberación que de ocupación:

"Las escenas de muerte, pillaje, estragos y desolación de que la ciudad fue teatro, y sus habitantes víctimas por los mismos que estaban encargados de su defensa, son inconcebibles (...) las casas de los más ricos judíos, y de los mismos comerciantes musulmanes fueron atropelladas por los moros del rey, que nada respetaban, y que degollaban sin piedad al desgraciado que trataba de defender su hacienda."<sup>33</sup>

Abundando en el mismo asunto, es significativo, por repetido con parecidos términos en las otras narraciones, lo que podemos leer en La cruz y la media luna sobre el país norteafricano:

"Marruecos es la única nación cercana a los pueblos civilizados, donde se ven a todas horas escenas de violencia y barbarie, dignas de la edad media." (Pág. 71).

Algunos marroquíes quedan fuera de la caracterización común, por lo general, personajes con cierta entidad en la trama novelesca, que suelen responder al tipo urbano, con un mayor nivel de civilización y refinamiento, y que en su desprecio por los cabileños a veces se acercan al español. Sin embargo, en su conjunto, su presencia se asocia con el más enconado desprecio: "el servilismo y la bajeza son las cualidades que más distinguen a los musulmanes"<sup>34</sup>.

Si su forma de vida, sus costumbres y su organización social se hacen acreedoras a la censura por primitivas, salvajes y deleznales; su religión, desde la presunta superioridad de creencias, es escarnecida por considerarse semillero de fanatismos, causa de atrasos y otra retahíla de males sin cuento: "no parece sino que la religión mahometana ha arrastrado a sus secuaces hacia el polo de la degradación y de la barbarie"<sup>35</sup>. La mofa a costa del islamismo se convierte en habitual en todas estas narraciones, lo cual contrasta con el sobrio respeto dedicado al cristianismo. Aspecto que cabe interpretar más como otra manifestación de la

superioridad española sobre el enemigo que como enraizamiento ideológico, cuando no se trata de una simple broma fácil. Sirva de mero ejemplo la siguiente dualidad:

"Guerra que según él [un marroquí notable] debía ser feliz para los musulmanes, auxiliados por la protección de su profeta. El resultado les ha hecho ver a cuántos engaños se expone el que confía en malos patronos."<sup>36</sup>

"La religión católica no necesita altares para sentirse y comprenderse./ La naturaleza entera es el vasto altar donde el cristiano adora a su criador."<sup>37</sup>

El papel desempeñado por la mujer marroquí resulta más bien modesto, habrá que esperar a la novelística posterior para verla adquirir dimensiones más importantes. Sin embargo, en esta etapa ya surge la raíz de lo que más tarde devendrá casi un tópico en la narrativa de las guerras de Marruecos: el amor entre una mora y un español. Esta relación se convierte en eje arquitectónico de los relatos de este periodo, hasta tal punto que, más que de guerra, pueden considerarse novelas de aventuras y de amor. El personaje femenino responde a un tipo único que se repite una y otra vez mudando sólo de nombre, y que no parece más que una traslación a un escenario nuevo de la rutinaria heroína en este tipo de narrativa, a la que se añade, bien por tradición literaria o por efecto de la calurosa climatología, una desbordante capacidad pasional:

"El fuego sublime de que son capaces los corazones ardientes de las que nacen en el suelo africano."<sup>38</sup>

Siempre son jóvenes y bellas; recatadas pero, a la vez, decididas, capaces incluso de contrariar la voluntad de sus padres o del mismísimo sultán, si al caso viene, para conservar su amor; prestas para renunciar a sus creencias religiosas y recibir las aguas del bautismo, que, como fe de su amado, ha de reportarles mayor beneficio espiritual. Tratamiento edulcorado que sirve de contrapunto a la perversidad de sus compatriotas varones.

Destacable resulta también la figura del renegado español o personaje asimilable. En La cruz y la media luna, encarnado en Muley Hasan y su compañero Galápago, alcanza la



dimensión de protagonista. Huidos de las plazas españolas por problemas con la justicia, que imposibilitan su regreso, y habiendo abrazado el islamismo, aunque sólo haya sido en apariencia, la irrupción del ejército expedicionario les colocará en la encrucijada de optar por uno u otro bando. No se antoja difícil de suponer, teniendo en cuenta los presupuestos ideológicos de este tipo de relato, que la disyuntiva se resolverá con el regreso a la zona española, tras un tiempo de zozobra interior. Además, como sostiene el pragmático Galápago, "una cosa es renegar con la boca y otra creer con el corazón", (pág. 53). Ambos, a pesar de la cómoda vida que Marruecos les ha proporcionado y de estar colaborando con el ejército de aquel país, se mostrarán "gozosos de la victoria de las armas españolas" (pág. 89) y no dudarán en cambiar de bandería ante una supuesta -e inmotivada, desde el punto de vista narrativo- llamada patriótica desde el fondo de sus conciencias. Para Muley Hasan la muerte será más honrosa que la traición y Galápago optará por la alternativa de afrontar el posible castigo de España antes que continuar la ignominiosa vida anterior, lo que le reportará no sólo el perdón de la patria al hijo descarriado sino el reencuentro con su perdido amor, cumpliéndose así una de las reglas establecidas para la novela por entregas: el final feliz. Esta transformación tan simplista, que, por otro lado, en nada desentona del tratamiento utilizado para enfocar otros asuntos, no responde en absoluto a una evolución coherente de los personajes sino a un previsible patriotismo en los planteamientos argumentales urdidos por el autor, que acaba con cualquier posible consistencia del protagonista, Muley Hasan, y, en menor medida, de su comparsa, Galápago. El primero, caracterizado en múltiples ocasiones como ambicioso - sus propias palabras dan fe de ello: "en esta vida miserable la justicia está en los puños, la verdad en la astucia y la virtud en la conveniencia", (pág. 40)- y con deseos de poder, de sobresalir entre los demás, ha conseguido del antiguo sultán -y también goza de la confianza del nuevo, cuando llegan a conocerse mejor- todo cuanto podía satisfacer sus exigencias, además de haberse convertido en la esperanza cierta para los que conspiran contra el sistema y de ser correspondido por su amada Raquel. La fortuna le había sonreído en esta tierra de adopción, mientras que en España su humilde y desdichado origen lo había

convertido en carne de delito y de presidio: "peor que a perros rabiosos nos trataban en nuestra patria", (pág. 46). Sus desgracias se ven aumentadas con la posterior deserción, que le habría granjeado "el desprecio de los suyos" (pág. 82) y una condena a muerte. Sin embargo, todo esto comienza a desvanecerse tan pronto como se ve obligado a enfrentarse a las tropas españolas. Primero, el personaje se encuentra sumido en una todavía razonable zozobra interior:

"-¡No, no: yo no puedo renunciar a mi ambición! ¡yo no puedo resolverme a vivir en la oscuridad! Seré un parricida, un aborto del suelo que me vio nacer; ¡pero yo quiero renombre, aunque sea para mi patria un escándalo eterno! Por ventura, ¿no he renegado de mi ley y de mi Dios? ¡Sí, sí: yo no tengo más patria que la que me ha recibido como hijo adoptivo, cuando la mía a la sombra de sus leyes quiso darme la muerte! ¡yo no puedo tener más esposa que la judía que amo, y en mi patria sólo puede ser mi manceba! ¡En un lado sólo me aguarda la afrenta y la muerte: en el otro riquezas, honores, mando, quizá un imperio... ¡guerra a mi sangre! ¡Así lo ha querido mi estrella!" (Pág. 82).

Poco más tarde, un repentino amor a la patria renace en su interior. El autor, contrariando las más elementales normas de coherencia en cuanto a la caracterización de personajes, empuja al hasta ese momento calculador Muley Hasan a una alocada acción cuyo presumible desenlace no puede ser otro que el suicidio, no consumado al final por una de esas casualidades propias de la novela por entregas, y conduce la narración al terreno de lo inverosímil y lo descabellado. Lo que antes eran dudas en el personaje, cinco páginas más adelante se convierte en:

"-¡No, no! ¡Yo no debo consentir que esos valientes perezcan sin morir con ellos y abrazado a la bandera de mi patria! Mi desaparición del campo moro desalentará a estas feroces hordas... ¡Muera yo, pero triunfe la España y ostente sus banderas en los africanos campos!" (Pág. 87).

Este despropósito en el tratamiento de los personajes no hay que achacárselo sólo a la impericia narrativa de Cubero, o de los otros autores aquí tratados, sino que resulta consustancial a este tipo de obras, según ya han señalado los analistas de esta forma de relato. Al respecto, comenta Romero Tobar: "Los cambios de comportamiento o se producen por arte de generación automática -un reconocimiento, una conversión, una simpatía- o, más penosamente, el autor intenta explicarlo por análisis psicológicos torpes y charlatanes"<sup>39</sup>. De ambos procedimientos se nutre La cruz y la media luna en cuanto a la transformación en los caracteres de los personajes, que, abundando en la cuestión, al entender de Juan I. Ferreras, ha de ser "necesariamente infantil o elemental, puesto que no se trata de un cambio con proceso, sino de una sustitución de caracteres"<sup>40</sup>.

La raza hebrea, los otros habitantes de Marruecos, y en concreto de Tetuán, constituye un elemento secundario en los textos aquí tratados, aunque alcanza el protagonismo en Amor entró en la judería, que comentaré más adelante. Los judíos, excepto algún personaje de cierta entidad narrativa -por ejemplo, Isaac, en El honor de España, cuya figura, por otro lado, se adecúa en todo al reflejo del grupo-, no poseen más entidad que la del colectivo víctima del saqueo de Tetuán. Sobre ellos recae el rencor y la rapiña de los musulmanes vencidos, lo que provoca que aquéllos reciban al ejército español con el alborozo propio de los liberados:

"Un pueblo de judíos pálidos, demacrados y hambrientos, abrazaban a nuestros soldados, vitoreaban a nuestra reina, y tendían sus manos temblorosas y desfallecidas hacia las galletas y panes que aquéllos le daban."<sup>41</sup>

Además, de pueblo despreciado y subyugado por las normas vejatorias que de siempre les han impuesto los musulmanes, pasan a convertirse en copartícipes del gobierno municipal instaurado por las autoridades españolas de ocupación.

No obstante, los autores de novelas por entregas, en la caracterización del hebreo no se apartan, como en casi nada, del tópico ya establecido. O se muestran avarientos, como Samuel en La cruz y la media luna, que lamentan la guerra sólo por su coste -"la guerra, cuyo gasto pesa sobre nuestras fortunas", (pág. 282)- o hipócritas que viven con fingida

pobreza, ocultando con celo su prosperidad tras los muros de sus casas, cual Isaac en El honor de España, cuya morada sirve como ejemplo de la cara exterior e interior del judío:

"Una casa más pobre y de peor aspecto que las demás, si era posible que más pobreza pudiera haber que la horrible que se veía en todos los demás tabucos (...) Nada más encantador que aquella estancia./ Mullidos divanes de seda, flores en vasos de porcelana, perfumes que exhalaban sus aromas embalsamando la estancia, todo cuanto la fantasía oriental crea para adornar sus habitaciones interiores se veía allí." (páginas 19-20).

Si en el tratamiento de los elementos argumentales y temáticos el relato por entregas de la guerra de África peca de rudimentario y simplista, además de abusar hasta el hartazgo de los lugares comunes, en el aspecto técnico presenta una tosquedad palmaria. Están contados por un narrador no sólo omnisciente, sino que se entromete en la narración de forma avasalladora, mediatizando la interpretación del lector con todo tipo de juicios valorativos sobre acciones y personajes. Sirvan los siguientes de mero ejemplo. En La toma de Tetuán, tras una intervención del protagonista comenta el narrador: "rasgo admirable de heroísmo y abnegación", (pág. 44). Más burda, si cabe, resulta la calificación que se hace de un personaje ya sobradamente conocido por el lector en El honor de España: "la figura más asquerosa y repugnante de nuestro cuadro es sin duda Benjamín", (pág. 746). Otras veces la intromisión por medio de interjecciones dirige los sentimientos o sensaciones, hurtando al lector su propia capacidad para conmoverse o quedar indiferente: "era la misma aurora de los otros días. Pero ¡ay! que al contrario de aquéllas, ésta no escuchó las dulces protestas de los dos amantes."<sup>42</sup>

Está dotado, además, de un don de la ubicuidad que le permite desplazarse de un lugar a otro a su capricho, llevando a veces de la mano al lector en sus correrías cual si fuese un anfitrión. De tal forma nos instala Rafael del Castillo en un palacio árabe: "en un salón espaciosos con primorosos arabescos en los frisos (...) es donde van a penetrar nuestros lectores"<sup>43</sup>, o conocemos lo que piensan los oficiales españoles la noche inmediata a la

jornada de Los Castillejos, en la novela de Cubero: "conduciremos al lector a una de las más inmediatas [tiendas de campaña] al llano de los Castillejos"<sup>44</sup>. No sólo se muestra diligente *cicerone*, sino que establece un frecuente diálogo con el lector en medio del texto narrativo. Este diálogo adopta formas diversas y persigue variados objetivos.

A veces consiste en un simple recordatorio de acontecimientos ya sucedidos que han quedado un tanto alejados y que, al no disponer el lector de la obra en su conjunto, podía resultar justificado, aunque leída como una unidad ya no tiene sentido. Por ejemplo, en El honor de España, el narrador recupera a un personaje abandonado casi cien páginas atrás, cuyo nombre puede inducir a error sobre sus creencias si nos hemos olvidado de él: "Zelim, ya hemos dicho que era cristiano", (pág. 218). Otras veces, sin embargo, esto se convierte en una mera muletilla narrativa; el recordatorio es contiguo o está muy próximo al original. Rubén Benítez considera que estas permanentes invocaciones del pasado "contribuyen a crear la sensación de un público real"<sup>45</sup>, pero más bien parece que esto sea una consecuencia del propio proceso de composición de estas novelas. Al no estar escritas por la mano del autor, sino dictadas por éste a un escribiente, como apunta Ferreras<sup>46</sup>, el fluir mental de quien está dictando necesita apoyos en lo que anteriormente ha dicho para seguir hilvanando su discurso. Al no ser sometidas después a un proceso de corrección por estricta imposibilidad temporal, ya que pasaban sin preámbulo de la casa del autor al taller del impresor, todas estas impurezas no podían quedar eliminadas del texto. El aforismo que identifica tiempo con dinero se convertía en una absoluta realidad para estos autores. Cuantas más novelas, cuyas entregas tenían una periodicidad semanal, fueran capaces de dictar, más dinero allegaban a sus bolsillos, por lo que resultaba frecuente tener varias obras en curso a la misma vez.

Otras veces, esta comunicación con el lector pretende buscar su agrado o aprobación hacia lo que acaba de referir -"bien quisiéramos ser más extensos en esta materia, pero el asunto de nuestra historia no nos lo permite, ni quizás tampoco la paciencia de nuestros lectores a quienes les rogamos nos permitan las anteriores digresiones"<sup>47</sup>- o hacia lo que va a narrar a continuación: "Nuestros lectores verán con gusto la descripción de la batalla de este día"<sup>48</sup>.

Aún más lejos llega Rafael del Castillo en su intento de lograr la complacencia del lector, dirigiéndose, en ocasiones que juzga el asunto oportuno, sólo al sector femenino: "No dudamos que nuestras lectoras verán con gusto la descripción de los tocados hebraicos."<sup>49</sup>

Una variante del anterior para conseguir el agrado o acercamiento del lector consiste en entrar en una complicidad familiar con él, mediante un fingido desconocimiento mutuo: "Nosotros quisiéramos participar a nuestros lectores algo sobre este particular pero en la misma duda que estaban todos los habitantes del alcázar, nos encontramos nosotros"<sup>50</sup>; o mediante una no menos fingida confabulación de narrador y lector contra algún personaje: "Nuestros lectores desearán indudablemente conocer más detalladamente al personaje (...) Aprovechándonos de su distracción, vamos a tratar de hacer su retrato físico"<sup>51</sup>. Afanándose en esta familiaridad llega al uso de expresiones cariñosas dirigidas al lector, que atentan contra todo decoro narrativo: "¿Será hija, acaso, de la conversación que tuvo con Alberto dos días antes? Sí, lectores míos"<sup>52</sup>.

Finalmente, otro de los objetivos perseguidos consiste en facilitar instrucciones de lectura *sui generis*: "El autor suplica a los lectores que no sean aficionados a la política que pasen por alto este capítulo"<sup>53</sup>, o para ofrecer una composición de lugar innecesaria: "Figúrate, lector, una población asentada sobre un llano rodeada de montañas por un lado (...) "<sup>54</sup>

Resulta también habitual que el narrador no dude en poner al descubierto las costuras de su obra: "Ocurría esta escena que se nos hace preciso poner aquí para que sirva de guía a los sucesos que habemos de referir"<sup>55</sup>, o que incluya entre las páginas de su relato fragmentos copiados de otros libros, que, las más de las veces, no son sino largas digresiones ajenas a la trama novelesca, cuyo único fin se justifica en alargar el texto. A veces mencionan la fuente: "vamos a dar a nuestros lectores algunas noticias respecto a las cabilas del Rif, noticias que copiamos de las memorias del Sr. Alvarez"<sup>56</sup>; otras la mantiene en el anonimato: "la descripción de la batalla de ese día, que insertamos recopilándola de una memoria que hizo sobre ella uno de nuestros más célebres escritores, testigo presencial de tan glorioso triunfo"<sup>57</sup>. Esta dilatación innecesaria del relato responde -como señalan Ferreras<sup>58</sup> y

Romero Tobar<sup>59</sup> entre otros- a una doble finalidad: docente, en lo que de ilustración para el lector tenía, y económica, ya que así se aumentaba el número de entregas y, en consecuencia, también crecían los ingresos. Aunque puede apreciarse en las tres novelas aquí tratadas, en El honor de España alcanza proporciones tan desmesuradas y sobre asuntos tan desafectos al principal -desde descripciones de ciudades y lugares donde no se desarrolla ningún acontecimiento hasta añosos convenios y tratados hispano-marroquíes sin vigencia alguna, pasando por la narración pormenorizada de ritos religiosos hebraicos y musulmanes, e incluso una biografía de Mahoma- que casi puede considerarse que agregan un tercer cauce narrativo a los dos ya mencionados. A las tribulaciones de los personajes y a la crónica bélica, asuntos que ya discurren por separado, habría que añadir, por el volumen de páginas que ocupan, las digresiones varias. Todo ello produce el efecto de hinchar el relato con adiposidades innecesarias, dislocando aún más un argumento novelesco ya muy disperso merced al sinnúmero de historias parentéticas que desvían la principal por múltiples caminos y vericuetos, que, a menudo, no conducen a ninguna parte.

Otro aspecto destacable en estas novelas, por sus negativas consecuencias, lo aportan los elementos distorsionadores de la verosimilitud, tanto por las técnicas narrativas utilizadas como por los contenidos representados. Entre los que afectan a las primeras, cabe destacar, por ejemplo, El honor de España, donde Rafael del Castillo recurre con prodigalidad a las apariciones y desapariciones repentinas y sorprendidas. Dentro de ellas resulta llamativa, por lo reiterado de la situación, la extemporánea presencia del personaje Julia -o Sara- en aquellos momentos en que su amado Alberto va a intimar con algún otro personaje femenino, cual si de una sombra acechante o de su conciencia pasada se tratase:

"-Habéis hablado de amistad, Clara, para atenuar mis penas, y no es amistad lo que yo necesito; es el amor (...); un amor, en fin, como el que vos sola...

'-¡Alberto! -gritó en esto una voz a espaldas de los dos jóvenes.

'Quedó el poeta petrificado (...)" (Pág. 40).

"Se buscaron los labios y un beso castísimo y puro selló la identificación de sus almas./ En aquel momento se oyó una voz de mujer que gritó en el árabe más correcto:

'-No seas perjuro, cristiano, acuérdate de la encubierta de Granada.

'Ambos volvieron la cabeza y vieron una mujer en el dintel de la puerta.

'Dos exclamaciones salieron de sus labios.

'La una expresaba el terror, la otra la sorpresa.

'-¡Julia! -exclamó Alberto." (Pág. 67).

De igual modo, se convierten en harto frecuentes, tanto en la mencionada obra como en las otras dos, las más ingenuas anagnórisis:

"Durante algunos momentos Hassan no hizo más que mirar atentamente al llamado Ramírez.

'-¿Será él?, pensó Muley. ¡Era un niño!

'Luego, dirigiéndose a Ramírez, preguntó:

'-¿Tienes madre?

(...)

'-Una anciana, que me ha servido de madre.

'-¿Hipólita Martínez?

'-¡Sí! -exclamó admirado el joven prisionero.

'-¡Ven a mis brazos, hermano mío! (...)" (La cruz y la media luna, pág. 51).

Y junto a los anteriores, otra nutrida batería de efectos melodramáticos: pueriles mutaciones y cambios de apariencia externa, exclamaciones y gesticulaciones hiperbólicas de los personajes, interrogaciones retóricas del propio narrador, indicios de acontecimientos futuros para alimentar expectativas en el lector, situaciones de blando ternurismo o apartes con finalidad burlesca en los diálogos: "-Prometo no beberlo más; y añadió para su capote: hasta que brinde por tu exterminio, perro moro."<sup>60</sup> Por no citar aquellos que, por su aparición fragmentada, hay que considerar consustanciales a las novelas por entregas, cual los bruscos



cortes en la narración o los finales en suspense, cuyos pretendidos efectos se difuminan al poder disponer de todo el texto a la vez.

Las inverosimilitudes de contenido responden a muy diferentes causas. A veces tan sólo se trata del desconocimiento del autor o de su escasa documentación, no de otro modo puede entenderse que Rafael del Castillo confunda el Rif, ya bien alejado, por cierto, del escenario donde se desarrolló la guerra de África, con la amazonía:

"Estamos en uno de los pintorescos bosques que crecen en las faldas de las montañas del Rif./ Bosques impenetrables donde jamás planta humana se ha estampado, crecen las hierbas en todas direcciones, y arbustos y plantas forman cortinas sobre cortinas, y barreras insuperables, que sólo a fuerza de trabajo y de tiempo se pueden salvar."<sup>61</sup>

O que D. A. Cubero no atine con la fauna local:

"El enemigo que les había puesto en tan extremado trance era un tigre venido sin duda del desierto del Gar."<sup>62</sup>

Otras veces la imaginación del narrador se desborda en una disparatada euforia verbal, creando situaciones cómicas donde no lo pretendía, así podemos ver lo sencilla que resulta una transformación de raza tal y como la propone Antonio Redondo:

"Los moros con un pedazo de raso negro cortaron e hicieron una careta y unos guantes amoldados a la cara y manos del teniente, que lo transformaban en un verdadero etíope, y teniendo la misma talla poco más o menos que Zulema podía muy bien pasar por éste a quien lo viese en compañía del fingido Ismael."<sup>63</sup>

Las tres novelas siguen una misma pauta temporal. Los acontecimientos son narrados con una cronología lineal, quebrada, sin embargo, por dos procedimientos. El primero, por las muy abundantes analepsis insertadas, con más o menos esfuerzo, en el acontecer principal. Todo personaje que aparece, sea protagonista o secundario, tiene una historia personal que el autor no desea escamotear al lector y más tarde o más temprano nos la revelará. En general, más que para estructurar el relato o arrojar luz sobre los acontecimientos presentes - aunque en algún caso también cumple esta segunda finalidad- tiene una función amplificadora,

del número de páginas sobre todo, de manera que de cabida a nuevos personajes y un tronco argumental simple pueda cubrirse de múltiples ramas, mostrencas en su mayoría.

La otra forma de romper la linealidad, o al menos su percepción como tal por el lector, no consiste en un procedimiento temporal sino que depende del ya antes mencionado don de la ubicuidad que posee el narrador; de la nula restricción de su punto de vista. Se fundamenta en los sucesivos cambios de situación y personajes, de tal manera que una secuencia se interrumpe abruptamente mediante la aparición repentina de un nuevo personaje o por algún factor argumental trastornador de lo que hasta ese momento se hallaba en curso narrativo. El narrador deja en suspenso la situación anterior y se desplaza a otra distinta, con diferentes personajes y asunto ajeno a la primera. Con frecuencia, esta segunda situación termina de forma tan accidentada como la precedente, a veces para volver a ésta y a veces para iniciar o retomar -si había quedado abandonado antes- una tercera, cuya interrupción puede devolvernos al punto donde quedó suspendida cualquiera de las anteriores, pero también puede converger con alguna de ellas o iniciar una nueva. Esto supone que cada línea narrativa llega al lector fragmentada, y que entre esos fragmentos se han ido introduciendo otras distintas, divididas, a su vez, de igual forma que la primera. La temporalidad referida por estas líneas narrativas admite múltiples y variadas combinaciones, pueden ser simultáneas en diferentes escenarios; contiguas, bien por anterioridad o posterioridad; separadas por lapsos de tiempo más o menos distantes, pues hay que tener en cuenta las analepsis antes señaladas; o cualquier otra variación. La confluencia de parte o de todas ellas puede irse produciendo progresivamente, por integración de unas en otras, o puede dilatarse hasta llegar a una suerte de apoteosis final, tal y como sucede en El honor de España, donde en la casi familiar reunión previa a la conclusión de la novela convergen todas las historias individuales que el narrador ha ido creando para atender al devenir particular de cada uno de los personajes. Así, por ejemplo, en esta narración que, por su mayor número de historias diferentes, permite observar con más nitidez este procedimiento, el texto comienza durante la noche del 15 de agosto de 1859 -en los momentos previos a la agresión marroquí contra la fortificación

española- cuando el subteniente Carlos de la guarnición de Ceuta visita a su amada Zobeiba en casa de ella. Tras una escena de celos, él se marcha. Se interrumpe este asunto para pasar a otra dependencia de la misma casa en la que el padre de Zobeiba con otros cabileños notables traman el ataque a la fortificación española. Tras algunas otras cuestiones relacionadas con la conjura, volvemos al relato de Carlos, agredido esta vez a la puerta de la vivienda de unos judíos amigos a los que ha ido a visitar. La narración de esta línea queda en suspenso sin que el lector sepa cuál será el destino de Carlos. A continuación se refiere lo acontecido a otro buen número de personajes y el comienzo de la guerra, aunque todas estas historias van quedando en suspenso de manera semejante a la del subteniente agredido. Conocemos a una familia trabajadora del Avapiés, en la que un malentendido -que sólo se desvelará con posterioridad- empuja a uno de sus miembros a enrolarse en el ejército y partir hacia Marruecos. A un poeta, Alberto, enamorado de una señorita de la alta sociedad madrileña que, convencido de que ella no lo quiere, también ha decidido irse a la guerra, pues, aunque ella está enamorada de él -lo que podría haber acabado con sus pesadumbres y con su drástica decisión- no se lo puede confesar porque cuando va a hacerlo son interrumpidos por una misteriosa mujer que arranca al poeta de su lado. A un bravo oficial, amigo del poeta, que en el primer combate de la novela, perdona la vida al padre de Zobeiba impresionado por la belleza de ésta. Y, por supuesto, en una línea argumental que poco tiene que ver con la de todos estos personajes, los preámbulos y avatares del principio de la campaña. Finalmente, el narrador -casi cincuenta páginas después de haberla abandonado- retoma la historia del subteniente Carlos para contarnos que sólo quedó herido, fue introducido en la casa de los judíos -donde aún permanece recuperándose- y atendido por ellos. Su momentáneo despertar le permite declarar su amor a Ester, la hija del dueño de aquella casa, pero un repentino desvanecimiento del militar vuelve a interrumpir esta línea argumental. Mientras el narrador consigue volver en sí al sufrido subteniente, el tiempo sigue avanzando y continuaremos teniendo noticias -siempre fragmentadas; intercalándose unos asuntos con otros- de la guerra y de lo que les va sucediendo a los personajes, a los ya

conocidos y a otros nuevos que se han ido incorporando al relato en las cien páginas que Carlos permanece ausente. Su despertar coincidirá con la presencia en la casa del judío de Alberto, el poeta, que ha resultado herido en el frente y trasladado a este lugar seguro por Julia/Sara -pues de ambas maneras se la nombra, dependiendo del interlocutor-, antiguo amor del poeta, la mujer que lo separó de su actual amada madrileña y luego lo salvó de una muerte cierta en el campo de batalla. A su vez, Julia ve a Carlos y reconoce en él al hermano de Alberto, merced a un medallón -cuya clave no será desvelada al lector hasta muchas páginas más adelante- que pende de su cuello. Cuando unos capítulos después Carlos y Alberto sepan la relación de parentesco que los une, sus historias también se fusionarán ya en una sola, en la que se integrará Zelim, el tercer hermano, que hasta ese momento, por desconocer su origen, se creía marroquí. De este modo entrecortado continúa discurrendo la narración hasta su final, cuando toda una tramoya de intrincadas relaciones familiares y afectivas se desvele.

Este procedimiento para distorsionar el tiempo ya ha sido señalado por Romero Tobar como propio de este tipo de novelas: "La disposición lineal del tiempo recibe una elemental manipulación técnica con el recurso del paralelismo cronológico de acciones diversas"<sup>64</sup>. Aunque, como hemos visto, en El honor de España, debido a su extraordinaria dispersión argumental, no pueda considerarse, en rigor, que tal paralelismo sea en todos los casos cronológico, sin que esto se deba a la voluntad del autor por romper los moldes establecidos ni al dominio de una superior técnica, simplemente hay que atribuirlo al desmesurado volumen de su relato. Aparecen tantas historias distintas entrelazadas que, cuando recupera alguna de las que ha abandonado para continuar contando las restantes, la cronología ya ha superado con creces el momento en que dejó aquella.

Resultaría ardua la tarea de diferenciar a los autores de estas tres novelas por el uso que del lenguaje hacen. Todas ellas se prodigan en usos que casi forman parte de la propia esencia en este tipo de obras y que, según comenta Ferreras<sup>65</sup>, no cabe atribuir a carencias del escritor sino a imposición del proceso de dictar el relato. Entre ellos los epítetos vacíos de

contenido que anteponen a los sustantivos de persona: "el valiente soldado", "el rastrero moro", "la dulce muchacha"; o la repetición de asociaciones, por ejemplo, "la noche" con "manto negro", "oscuro" o "de sombras", que se repiten hasta el hartazgo. Tomemos a Cubero como muestra, aunque esto no resulte privativo de La cruz y la media luna:

"La noche había extendido por todas partes su crespón de sombras", (pág. 9).

"La noche extendía su manto de oscuridad y silencio", (pág. 304).

"Las melancólicas sombras de la noche se acercaban a paso de gigante", (pág. 370).

Otras múltiples citas podrían entresacarse del mencionado y de los otros relatos para corroborar estos usos. Sin embargo, al margen de las deudas estilísticas de este género, la característica más llamativa de su prosa reside en la pésima redacción y el descuido absoluto, en ocasiones, franca rebeldía contra la gramática, lo que resulta comprensible si consideramos que, como ya antes quedó señalado, la premura impedía su corrección. Véanse, a manera de mera ilustración:

"Era cajista como Andrés, y diferente a él era querido y mimado por el dueño de la imprenta en que trabajaban." (El honor de España, pág. 26).

"Los moros se llevaron otro intervalo de muy pocos días sin presentarse en acción." (El honor de España, pág. 192).

"Como quiera que no podía verse el más mínimo reflejo de la luz que iluminaba en aquellos momentos la casa del renegado, sino acercándose inmediatamente a su puerta, y como que los huéspedes que entonces encerraba hablaban sumamente bajo, nada podía traslucirse por de fuera", (La toma de Tetuán, pág. 41).

Esto no impide que de vez en cuando los escritores deseen elevar el tono artístico, claro que echando mano de un cursi retoricismo ya rancio en la época en que escribían. Como meros ejemplos, podemos leer: "Una luna que rodeada de su corte de estrellas, se enseñoorea en medio de la azulada cortina del firmamento", (El honor de España, pág. 7); "Hasan era ya su única esperanza, el único apoyo de su horfandad, el único que, con el bálsamo de sus amores, podía mitigar el dolor de su alma y hacerla dichosa", (La cruz y la media luna, pág. 65); "la hermosa africana bañaba con lágrimas su rostro angelical", (La toma de Tetuán, pág. 22).

Estos devaneos líricos conviven con ramplonerías e imprecisiones léxicas, cuando no neta ignorancia del significado de algunos vocablos, aún más conmovedoras que aquéllos: "Vio que por allí cogía [cabía] un cuerpo", (El honor de España, pág. 748); "los tetuanos", (La cruz y la media luna, pág. 483); "la criada o esclava, según quiera decirse, partió (...)", (La toma de Tetuán, pág. 15). Abundando en esta cuestión del léxico, cabe señalar ciertos hábitos de Rafael del Castillo, en el que estas insuficiencias pueden apreciarse de manera más acusada y quien, a juzgar por su proclividad a la repetición de vocablos da muestras de un muy escaso repertorio de adjetivos. Por ejemplo, podemos encontrar "delicioso" y sus variantes gramaticales hasta cuatro veces en algo menos de media página, como única calificación para todos los sustantivos complementados:

"Estamos en una quinta deliciosa, situada entre los pintoresco cármenes de Granada (...) Por entre las deliciosas calles del jardín (...) En uno de los cenadores (...) había otra pareja también que contempaba con delicia (...) El peregrino (...) se había ido a aquel retiro delicioso (...)" (Páginas 955-956).

De igual modo, hay que deplorar el empleo de "inexplicable" para situaciones del todo explicables, por ejemplo: "Miguel adoraba a María, con la más pura pasión de su alma. Prometido esposo de la joven, veía acercarse el día de su felicidad con una alegría *inexplicable* [!]", (pág. 27); o, "cuando se concentraban todas las afecciones de la vida en una sola persona, si por casualidad se pierde a esta queda un vacío, un desconsuelo *inexplicable* [!] en

el corazón", (pág. 216). A veces la pretendida belleza expresiva se torna franca vulgaridad por la torpeza del autor en la elección de alguna palabra, aunque intente transcribir expresiones de otra cultura y otra lengua, no de otro modo puede entenderse: "La mora, según el lenguaje figurado de los africanos, era más que la hija de un hombre, *aborto* [sic] de la sonrisa de una hurf", (pág. 95). Carencias léxicas que en menor medida alcanzan también a los otros dos autores. Cubero, por ejemplo, pretendiendo destacar la elevada estatura de un personaje lo deja reducido al tamaño de un muñequito infantil: "pasaba de cinco *pulgadas* de estatura"<sup>66</sup>; y Redondo no acierta, al igual que Cubero, con algún gentilicio propio de esta guerra: "Tal es el respeto que los *cabilas* [cabileños] tienen a esta clase de soldados"<sup>67</sup>.

Común resulta también el maltrato que deparan a la sintaxis mediante discordancias verbales y expresiones agramaticales de todo tipo, algunas de las cuales, aunque aparezcan en construcciones coloquiales, constaría mucho esfuerzo oír en boca de algún hablante español. A manera de ejemplo, entresaco sólo algunas:

"Todos tres ya en el suelo", (El honor de España).

"-(...) Si caemos en su poder *era* [será] peor lo roto que lo descosido", (La toma de Tetuán).

"Una poca de agua", (La toma de Tetuán).

"El alarma en el campamento", (La cruz y la media luna).

También casi común, hay que hacer una excepción con la narración de Cubero, es el muy abundante repertorio de faltas de ortografía que adornan sus textos. Algunas de ellas pudieran deberse a erratas de imprenta -bastante frecuentes en esta época, a tenor de lo observado en libros distintos de éstos- y el resto, como otros defectos ya mencionados, achacables a la premura que imposibilitaba corregir lo escrito, dado que con bastante probabilidad los escritores ni llegaban a ver el manuscrito que habían dictado. En El honor de España se pueden leer: "estubo", "daguerreotipo", "gabiotas", "ojas", "vulto" y otras muchas semejantes. En La toma de Tetuán: "humbral" y "tituveas", entre otras.

La novela por entregas de la guerra de África no responde a una voluntad literaria de recreación del acontecimiento desde un prisma artístico, ni tampoco a un acercamiento testimonial o a un afán divulgativo serio. Su finalidad sólo puede ser entendida en el contexto en que se genera, esto es, dentro de la corriente general de esta novelística, con sus mismos presupuestos y sus mismas intenciones, las cuales, según Juan I. Ferreras<sup>68</sup>, se reducen a una: la obtención de un rápido beneficio económico, de ahí la artificial voluminosidad de algunas de ellas y sus insuficiencias de toda índole. Se narran las manoseadas historias de siempre, de peripecias aventureras y amor en pugna con su ambiente, cambiando el escenario y los elementos circunstanciales. La guerra y su acontecer se convierten nada más en un pretexto, utilizado de forma coyuntural por la popularidad que en su momento ostentó, lo que sin duda ampliaría el número habitual de lectores y las consiguientes ganancias. Basta para confirmar este punto recordar la acogida que el público dispensó al Diario de un testigo de la guerra de Africa, de Pedro Antonio de Alarcón, que, publicado también por entregas durante aquellos días, aun sin tener forma novelesca y en estrecha competencia con otras obras de semejante corte que se estaban publicando a la vez -puede citarse la Crónica del Ejército y Armada de Africa o Crónica de la campaña, como se la denominaba, que se escribía en Madrid por un colectivo de autores ayudados por mapas e informaciones varias, según apunta García Figueras<sup>69</sup>-, alcanzó una difusión de cincuenta mil ejemplares y su editor, así lo confirman múltiples tratadistas<sup>70</sup>, se veía acosado por las quejas de los suscriptores ante el retraso de las entregas.

Obligado se hace reconocer que estos autores, al menos los que escribían casi al filo de los sucesos bélicos, acuciados por la premura de editores y público, con un conocimiento menos que superficial del lugar y de los acontecimientos, y sin mediación temporal para digerir y reposar lo sucedido, no podían componer magnas obras. Ofrecían a los lectores lo que éstos, alimentados por la infraliteratura de entregas y enfervorecidos de belicismo patriotero por políticos y prensa, demandaban. No quedaba lugar para los matices, el moro



tenía que ser malvado y ruín; el español, gallardo y heroico; la mora, bella y enamoradiza; y la guerra, una epopeya que reverdeciera los ya por entonces mustios laureles españoles.

En consecuencia, la imagen que esta novelística ofrece de la guerra de África queda relativizada por todos estos condicionamientos. No pueden tomarse en consideración la mayor parte de las ideas vertidas en ellas por responder más a una momentánea euforia colectiva, de la que se hacen eco los novelistas, que a una meditada convicción personal. El universo narrativo creado y los personajes que lo habitan carecen de toda proyección artística y su valor literario, desde una generosa indulgencia, hay que estimarlo muy escaso. No puede, sin embargo, obviarse su existencia, en primer lugar porque constituye la más primitiva manifestación de una materia narrativa que, como veremos en las páginas siguientes, alcanzó en obras y en campañas posteriores un auge más que mediano, y en segundo lugar porque desde el punto de vista social disfrutaron de una gran popularidad en su momento y, aunque no fueron verdadero alimento, al menos sirvieron de tentempié literario, ya que una parte de sus lectores, según sostiene Rubén Benítez<sup>71</sup>, serían los de la novela realista del último tercio del pasado siglo.

Benito PÉREZ GALDÓS<sup>72</sup> abre una segunda etapa en la narrativa de ficción sobre la guerra de África, al dedicarle parte de la cuarta serie de sus Episodios nacionales, el denominado Aita Tettauén y los primeros capítulos de Carlos VI en la Rápita, donde continúa y concluye la aventura africana, por lo que voy a considerar ambos Episodios como una obra única, ya que los acontecimientos narrados son consecutivos y no presentan diferencias de tratamiento o tono narrativo que pueda suponer alguna ruptura entre ellos. Al contrario, ambos constituyen una unidad de contenido, personajes e ideas.

Lo primero que hay que señalar para una cabal comprensión del punto de vista que el insigne novelista adoptó en su acercamiento al asunto es la gran distancia temporal que media entre los acontecimientos y el momento de su recreación. Ambos Episodios están fechados en 1905, cuando la guerra de África no constituía ya más que un mero suceso histórico sin

conexión alguna con el presente y cuyos protagonistas hacía tiempo que habían desaparecido. Todo ello permitía, además de un conocimiento mucho más amplio del suceso y sus consecuencias facilitado por la perspectiva temporal, una visión en absoluto deudora de la coyuntura momentánea, más ecuánime y, por consiguiente, más apta para su tratamiento literario. Viene esto al caso por la comparación que, a veces un tanto a la ligera, se ha establecido entre los planteamientos seguidos por obras anteriores y los mantenidos en estos Episodios, y no estoy pensando en la serie de novelas por entregas sobre esta guerra -que probablemente Galdós conoció, dada la popularidad que alcanzaron, pero que, a mi juicio, no han dejado rastro alguno en su obra- sino en el Diario de Alarcón. Si todo libro puede considerarse deudor de su época y de las ideas que en ésta imperan, más ha de serlo uno que como el de Alarcón quiere ser crónica de una parcela del acontecer simultáneo. El narrador granadino refirió los sucesos de la manera que el momento exigía, acentuando el ardor belicista que se había apoderado de la sociedad española y glorificando sin mesura la actuación de un ejército en el que se habían depositado las garantías del honor patrio. De hecho, pocas variaciones se pueden apreciar, salvo las derivadas de estilo y extensión, entre su obra y los diversos testimonios que con intención más o menos literaria se escribieron en los momentos de la campaña o en sus inmediatas postrimerías.

Galdós parte de lo que hasta entonces constituía visión única de la guerra de África en el panorama literario español -una gran hazaña militar- para darle la vuelta por completo. Contó para ello no sólo con el reposo que el tiempo había dado a los acontecimientos, sino con la muy estimable ayuda de los testimonios precedentes, de manera significativa el Diario de Alarcón y un relato del historiador marroquí Xej Sid Ahmed Ben Jaled En-Nasiri Es-Selaui, que unas veces aparece citado con el título de Istiksa Tsarij el Mogreb -así lo menciona Ricardo Ruiz Orsatti<sup>73</sup>- y otras como Kitâb el-istiqsâ -como lo señala Hans Hintehäuser<sup>74</sup>-, el cual más tarde fue recogido, en traducción al español, por Maximiliano A. Alarcón y Santón en su libro La guerra de Tetuán según un historiador marroquí contemporáneo<sup>75</sup>. Título que presenta ciertas concomitancias, sobre todo en el enfoque de

los sucesos bélicos, con la narración que de ellos hace el personaje el Nasiry en Aita Tettauén. Además dispuso de la información que por vía epistolar le facilitó Ricardo Ruiz Orsatti, de las impresiones que el novelista pudiera recoger en su parcialmente frustrado viaje a Marruecos y de otras probables aportaciones menos contrastadas<sup>76</sup>.

El protagonista, Juan Santiuste, marcha a África acompañando al ejército expedicionario en calidad de entusiasmado cronista del acontecer bélico. Las primeras escaramuzas le mostrarán la descarnada realidad de la guerra, haciéndole olvidar los sones gloriosos que habían inundado sus oídos y su cabeza e impulsándole a abandonar el campo de batalla, mudar de concepciones y hasta de atuendo. Su peripecia personal da pie para desarrollar la idea central de la narración galdosiana: la frontal oposición a la guerra desde todos los posibles ángulos, como grave perjuicio para la salud de los individuos y de los pueblos, como fraude absoluto que encubre causas ajenas a las manifestadas y como desengaño ineludible, aunque su final se revista con caracteres de victoria. Con cierta frecuencia se ha querido ver en este Episodio, más que nada, una contralectura paródica del Diario de Alarcón. En tal dirección se pronuncian Antonio Regalado García: "Galdós (...) usa tan sustancialmente el Diario que sin él no hubiera podido hacer el Episodio como lo hizo"<sup>77</sup>; Alfred Rodríguez: "both the parallelism and its ironic consequences may be seen as an overall parody of Alarcón's Diario de un testigo de la guerra de Africa"<sup>78</sup>; y, aún con más contundencia, Juan Goytisolo: "Este curioso y sugestivo Episodio (...) se articula y homogeneiza decisivamente en relación con otro texto narrativo, Diario de un testigo de la guerra de Africa (...) la novela encuentra su coherencia interna en un enfrentamiento dinámico con el modelo de Alarcón (...) la supuesta lectura de la guerra de África se transformará insidiosamente (...) en una contralectura de Alarcón"<sup>79</sup>. Tal paralelismo sin duda existe y hasta resulta de franca obviedad, sin embargo, no pueden pasarse por alto otros elementos que dan a la obra una dimensión más ambiciosa e incluyen esta parodia en una mayor, la representada por la guerra como concepción epopéyica en su totalidad, de la cual el Diario no es más que un capítulo destacado. Así lo aprecia, por ejemplo, Joaquín Casaldueño: "una melodía de su Episodio

consiste en la parodia del Diario. Como en Cervantes, la parodia se llena de un profundo sentido.<sup>"80</sup>

La narración discurre en paralelo al acontecer histórico, sin que Galdós hurte o tergiverse nada de lo sucedido, incluso aquello que en apariencia pudiera contradecir sus tesis. Comienza presentándonos las causas de la guerra y a sus personajes novelescos inmersos en la fiebre belicista que inundó España en los días de la declaración y los preparativos para la campaña. No obstante, el narrador ya nos pone sobre aviso de sus intenciones, distanciándose de las razones que deliberadamente habían sembrado para confundir el ingenuo sentir popular. Primero ironiza sobre el motivo: "no había español ni española que no sintiera en su alma el ultraje, y en su propio rostro la bofetada que a España dio la cabila de Anyera profanando unas piedras y destruyendo nuestras garitas en el campo de Ceuta"<sup>81</sup>; que tal y como está planteado, minusvalorando lo profanado, "unas piedras", hubiese escandalizado a cualquier narrador de los que refirió el hecho en su momento. Luego, explicita las verdaderas razones que, a su juicio, llevaron al ejército español a Marruecos:

"El agravio no era de los que piden reparación de sangre. Fueron los españoles a la guerra porque necesitaban gallear un poquito ante Europa y dar al sentimiento público en el interior, un alimento sano y reconstituyente. Demostró el general O'Donnell gran sagacidad política, inventando aquel ingenioso saneamiento de la psicología española (...) Los partidos de oposición, deslumbrados por el espejismo histórico, cayeron en el artificio." (Páginas 566-567).

Tampoco el ambiente callejero escapa a su socarrona ironía:

"Guerra clamaban las verduleras; venganza y guerra los obispos (...) Un representante de la nobleza, ofreciendo al trono el concurso de sus iguales, decía, *mutatis mutandis*, lo mismo que la ínfima plebe en tabernas y mercados. Contra el pobre agareno iba el furor de pobres y ricos, de clero y nobleza, de niños pequeños y niños grandes (...) En cada mesa de cada café funcionaba un consejo de grandes tácticos y peritos estrategas. Eran, por lo común, empleados de mediano sueldo, retirados del ejército

o cesantes (...) Allí se vio la grande generosidad de este pueblo, que olvidaba sus miserias, resignándose a comer entusiasmo y glorias, mal aderezadas con pan seco (...) Nadie dudaba del triunfo: el esplendor de nuestras armas traería después bienes sin cuento, que cada cual se imaginaba conforme a sus gustos y necesidades." (Páginas 566-568).

Toda esta festividad de ánimo e inmoderado jolgorio colectivo, de los que participa Santiuste antes de su partida y durante el viaje, se convierten en recurso narrativo para acentuar su caída desde la cima de sus ilusiones hasta el brutal choque con la autenticidad de la guerra. Mientras en su inexperiencia "ansiaba (...) ver moros, y presenciar una gallarda pelea" (pág. 577), una vez que lo ha visto y ha podido comprobar sus resultados, su entusiasmo belicista se desinfla con gran celeridad y le sumerge en unas tan desoladas como lúcidas -en cuanto a las verdaderas causas de la guerra- reflexiones, de las que pone en antecedentes a su amigo Pedro Antonio de Alarcón:

"-En pocas palabras te lo cuento todo, Perico. Estoy desilusionado de la guerra. Te reirás de mí, acordándote de aquel entusiasmo mío que más parecía locura (...) La guerra, vista en la realidad, se me ha hecho tan odiosa como bella se me representaba cuando de ella me enamoré por las lecturas (...) yo sostengo que la guerra es un juego estúpido, contrario a la ley de Dios y a la misma naturaleza (...) en el fondo de todo esto no hay más que un plan político: dar sonoridad, empaque y fuerza al partido de O'Donnell (...) De dentro de mi alma ha salido este movimiento, que al modo de terremoto ha trabucado mis ideas, poniendo arriba las que estaban debajo. Me siento hombre distinto del hombre que yo era." (Páginas 585-587).

La transformación del protagonista, que continuará alimentándose con nuevos sucesos que abundan en lo ya conocido, supone un punto de inflexión narrativa. Ha quedado probado que la guerra deja tras de sí un rastro de infelicidad, de despojos y de muerte, que en nada se parecen a la gloria imaginada, y que, además, constituye un cruel engaño. Esta idea de la guerra o, mejor dicho, de su transmisión o manipulación literaria como falseamiento de lo que

en realidad es, se convierte en uno de los pilares ideológicos de este Episodio. A las manifestaciones del propio narrador, se une la reflexión de Santiuste, la increpación que este lanza contra el proceder literario de Pedro Antonio de Alarcón: "-Eres aquí el poeta de la guerra. España trae artilleros para los cañones, y poetas que conviertan en estrofas sonoras los hechos militares, para fascinar al pueblo", (pág. 587); y el relato del Nasiry, que desde el punto de vista marroquí, incide en lo mismo, según el propio Nasiry confiesa al protagonista: "-¿Crees tú que es historia lo que escribo para el Zebdy? No, hijo; no es nada de eso, porque he tenido que escribirlo al gusto musulmán, retorciendo los hechos para que siempre resulten favorables a los *morios*. Y cuando no me ha sido posible desfigurar el rostro de la verdad, hele puesto mil mentirosos adornos y afeites para que no lo conozca ni la madre que lo parió", (pág. 663). Aparte del declarado antibelicismo que revela, cabe encontrar en esto una evidencia del carácter didáctico, del valor de la historia pasada como enseñanza para el presente, que don Benito, según amplios sectores de la crítica han señalado, quiso imprimir a sus Episodios.

Con el abandono del campamento español por Santiuste, enfermo en cuerpo y alma, la guerra pasará a un segundo plano, pues su cronista ha abjurado de sus ideas belicistas, transformándose, a partir de aquí, en poeta de la paz y del amor. Desde este momento el relato caminará por diferente senda, estableciéndose un paralelismo simbólico, de apariencia antagónica, entre el desarrollo de la acción militar española y el devenir del personaje. Mientras aquella continuará por los mismos derroteros hasta alcanzar su máximo triunfo con la entrada de las tropas en Tetuán, Santiuste emprenderá su particular campaña, de carácter amoroso, para conquistar el corazón de Yohar, una joven judía tetuaní, de la que también, a pesar de la patente hostilidad familiar contra la que debe luchar, saldrá victorioso. Este aspecto, sin embargo, parece prestarse a diferentes interpretaciones. Mientras Hinterhäuser - "Santiuste ve una estrecha y natural relación entre la toma de Tetuán por el cuerpo expedicionario español y su personal conquista de la blanca judía tetuaní, Yohar"<sup>82</sup>- y Alfred Rodríguez -que refiriéndose al final de varios Episodios dice: "These volume endings (...)

emphasize an ideal belied by historical reality (...) In Aita Tettauen (...) Santiuste conquers by love, while Spanish troops enter Tetuán in military parade"<sup>83</sup>- consideran este simbolismo de la misma forma que lo hago en estas páginas, Joaquín Casaldueiro le da un sentido radicalmente distinto: "El dolor de los personajes no está en relación con el relato, y a veces en oposición a él, por ejemplo: al entrar el ejército español en Tetuán, es cuando Santiuste descubre su fracaso"<sup>84</sup>. Creo que atendiendo a las palabras con que el protagonista responde a su amigo Alarcón, al final de Aita Tettauen, no queda lugar para ningún tipo de ambigüedades: "-(...) Ya te demostraré que alguna hojita de los laureles que habéis conquistado me corresponde a mí (...) Si vosotros con el acero y la pólvora habéis hecho una gran conquista de guerra, yo, con pólvora distinta, he hecho una conquista de paz." (Pág. 664).

Si el éxito de esta conquista se caracteriza por lo efímero, dado que Yohar volverá con su familia, no menos lo semeja la toma de Tetuán respecto de las aspiraciones españolas, que esperaban conseguir la claudicación de Marruecos tras su entrada en la ciudad. La guerra continúa en ambos frentes: el ejército expedicionario fija sus miras en la toma de Tánger, hacia donde dirige sus pasos, y Santiuste intenta una segunda conquista en la persona de Erhimo, una de las mujeres del Nasiry. Ambas acciones resultarán frustradas antes de llegar a consumarse, aquella por la petición de paz marroquí, y ésta porque el marido se apercibirá de lo que su invitado, Santiuste, está tramando. Hasta este momento el simbolismo parece haber discurrido por vías opuestas, a las derrotas del personaje han correspondido triunfos de las armas, sin embargo, ambos se emparejan en el desenlace desvelando su alegórico sentido último. Santiuste, conminado a abandonar el país por el Nasiry, recibe una bolsa de monedas como compensación por la pérdida de sus conquistas amorosas. Otra bolsa, un poco más abultada, obtendrá España como contraprestación por sus muertos y heridos en la aventura africana. Escaso beneficio -al decir incluso del protagonista, quien comenta al Nasiry: "-Poco es lo que sacamos de esta guerra, costosa en dinero y más costosa en sangre"<sup>85</sup>- teniendo en cuenta que los dos, España y Santiuste, han dejado jirones de su salud en tierras marroquíes.

Empresas que habían suscitado tanto entusiasmo y tan halagüeñas perspectivas concluidas con un decepcionante final, que deja un poso de desencanto, en nada parecido a la esperable euforia triunfadora. A estas alturas, la guerra, que antes había sido desmitificada en su calidad de epopeya heroica, no conserva ya ni un mínimo rastro de presentabilidad, ha quedado reducida a una sucesión de disparates no distintos, aunque sí mucho más atroces, que los llevados a cabo por Santiuste. Ambos, insensateces o desvaríos propios de una mente necesitada de cierta higiene.

El aspecto de la batalla o del combate, utilizado en las narraciones precedentes como momento estelar de la guerra en su exaltación del heroísmo, adquiere en estos Episodios otra dimensión. Constituye, antes que nada, el marco referencial necesario para suscitar los sentimientos antibelicistas del protagonista. La primera acción bélica que se narra, la del día 30 de noviembre en Sierra Bullones, comienza como un espectáculo que Santiuste presencia desde lugar seguro, disfrutando con la "gallarda pelea" que "ansiaba ver" desde que en España se preparaba para acompañar a las tropas. Desde lejos la función, que además le va siendo comentada por el joven hijo de un coronel, no defrauda sus expectativas:

"Arrimóse también allí. Un amigo le cogió por el brazo: era Enrique Clavería (...) pusieron toda su atención en el espectáculo que delante tenían (...) vieron que los moros salían por aquella parte como nube de moscas. Admiraba el cronista su agilidad de saltamontes (...) se les veía perderse entre matorrales y salir de ellos saltando, con rápida flexión de sus zancas oscuras (...) Los moros se corrían hacia las alturas del *Renegado*: querían envolver a Echagüe. Pero allí tenían la peor de las posiciones (...) Ya anochecía cuando Santiuste y los demás vieron regresar a O'Donnell con Zabala hacia el Serrallo; después bajó Echagüe. Todos traían cara de haber cumplido su deber con fruto." (Páginas 577-578).

Sin embargo, cuando el aspecto festivo de la batalla ha terminado, aquella noche y, sobre todo, a la mañana siguiente, Santiuste puede comprobar los verdaderos efectos del combate: el hospital, los heridos y los muertos camino de una improvisada fosa. Este otro espectáculo,



consecuencia de aquel que le había entusiasmado, le obliga a adquirir conciencia de la realidad de la guerra, no de las falsedades que cantaban los poetas en aquellos libros que "conmovían todo su ser y le disparaban el corazón a un palpar loco", (pág. 564). Ahora su ánimo se encoge y sus sentimientos son muy otros:

"Juan sintió el descenso de su entusiasmo, al ver que en una camilla traían al pobre Pulpis gravemente herido (...) Pero el descorazonamiento del cronista no llegó a las frialdades más negras hasta la siguiente mañana, cuando le dio por recorrer todo el lugar de la acción del 30. Los heridos que en las tiendas de sanidad veía eran cientos, y a él le parecían miles. Los muertos que vio recoger y conducir a las sepulturas, formaban en su mente fúnebre legión. Iba el capellán castrense de un lado para otro echando responsos con militar presteza, y a su paso desaparecían bajo la tierra tantos y tantos jóvenes que horas antes fueron vigorosos, sentían intensamente la alegría de vivir, y se juzgaban mantenedores del honor de su patria." (Páginas 578-579).

He aquí la guerra que Galdós pretende enseñar. No la mayor o menor plasticidad de una batalla, sino su fúnebre trastienda. No el arrojo y heroísmo del valiente soldado, sino la frialdad de la muerte de muchos jóvenes. De ahí que, en contra de lo que hasta entonces habían escrito los narradores de la guerra -Alarcón en particular, pero no sólo él sino, en general, todos los cantores de gestas bélicas-, se acentúen con mayor fuerza las funestas consecuencias de las batallas que el empeño corajudo o la habilidad estratégica desplegada en el combate, de forma que éstos no oculten aquéllas. En consecuencia, una vez logrados sus objetivos, desposeída la guerra de cualquier posible grandeza, su cronista abandona el campamento español y las narraciones de batallas desaparecen casi por completo, pues la del 4 de febrero, la denominada batalla de Tetuán, que el Nasiry cuenta en su parcela de Aita Tettauén tan sólo refuerza el carácter engañoso de los relatos belicistas, esta vez distorsionados desde la perspectiva marroquí. Acciones militares tan importantes como la de Samsa o la decisiva de Wad-Ras sólo son citadas de pasada o enfocadas desde la derrota.

Podría parecer la anterior afirmación gratuita o contradictoria con el acontecer del Episodio, ya que pocas páginas después acomete, con bastante detalle y en un tono adecuado al que la tradición de la literatura belicista ha fijado para las grandes gestas, la narración de la célebre batalla de Los Castillejos. Tal contradicción es sólo aparente, pues no puedo sustraerme a la idea de que Galdós encara deliberadamente el más famoso de los capítulos de esta guerra para hacerlo objeto de ese feroz sarcasmo, que a lo largo del relato va sacando de su trastienda narrativa en pequeñas dosis, mediante sutiles ironías humorísticas o con expresiones distanciadoras de la acción. A tal efecto, conviene analizar el texto con algún detalle:

"Ronco estaba Prim de las voces que les daba, inflamando su patriotismo con el nombre mágico de la reina cien veces pronunciado. Pero no había nombres de reinas ni invocaciones patrióticas que multiplicaran a los hombres [éste y los sucesivos subrayados del siguiente fragmento son míos y señalan las ironías o los distanciamientos del narrador a que hacía referencia en las líneas anteriores], y sólo multiplicándose y convirtiéndose cada uno en seis, podían romper los apretados haces de moros ensoberbecidos, rugientes, feroces. Un momento más sin que se efectuara el milagro de la multiplicación de los hombres, y todo se perdía sin remedio (...) las bayonetas segaban los haces enemigos. Morazos de tremenda estatura caían hacia atrás, elevando al cielo los remos inferiores como si fueran brazos (...) ¿Será verdad que la diosa, cuando bebe mucha sangre, se pone muy contenta, y en su seno acoge con amor a las innumerables víctimas de la guerra? Así por lo menos se dice en todas las odas que consagran los poetas a cantar batallas." (Páginas 593-594).

Se hace más patente esta idea si confrontamos la visión de la batalla en Aita Tettauen y la que Alarcón nos ofrece en su Diario, donde acaso encontrase cierta inspiración Galdós, dado que ambas presentan el mismo desarrollo de acontecimientos y en idéntico orden secuencial, aunque más breve y despojada de cierta exuberancia lingüística en el Episodio. El relato de Alarcón carece de cualquier elemento distanciador y el tono utilizado se decanta por lo

netamente epopéyico; no obstante, llegada la narración a cierto punto, es Galdós quien toma la delantera y su versión adopta un tono aún más hiperbólico en la descripción de la lucha, para concluir al final con la valoración de la hazaña de Prim, en la cual vuelven a distanciarse. Mientras que en la narración de Alarcón se la considera una proeza digna de héroe mítico, en Galdós se antoja simple locura:

"Las bayonetas se cruzan con las gumías, y mézclase la sangre infiel con la cristiana, y la victoria ciérnese indecisa sobre los revueltos combatientes./ Las cornetas siguen tocando ataque; los marroquíes asordan el espacio con sus gritos; el arma blanca y la de fuego juegan indistintamente; el humo se hace tan amigo del adversario, ¡pero la bandera española reluce siempre sobre la tormenta, y siempre en manos de nuestro afortunado caudillo! (...) Diríase que esta dotado de la virtud de Aquiles." (Diario de un testigo de la guerra de Africa<sup>86</sup>).

"Ya no se vio más que el cruzarse de bayonetas y yataganes, el brillar de los ojos como brasas, el hervor de un mar en que sobresalían miles de brazos agitando las armas. La masa española se incrustó en la mora, El fiero caballo del general, aunque herido, descargaba sus patas delanteras sobre cuantos cráneos a su alcance cogía. Las bayonetas segaban los haces enemigos. Morazos de tremenda estatura caían hacia atrás, elevando al cielo los remos inferiores como si fueran brazos; españoles caían también de bruces, heridos de muerte, agujereados vientre y pecho (...) El general siempre delante, echando rayos de su boca, a todos deslumbraba con su locura increíble." (Aita Tettauen, pág. 593).

La feroz crítica contra la guerra no se ve acompañada de un tratamiento similar en cuanto a sus artífices y directores. Aunque no se oculta que O'Donnell es su instigador, y que la ha urdido para satisfacer sus ambiciones políticas y las de sus correligionarios, nunca se censura su persona, bien al contrario, se le considera hombre de recta moralidad y cabal comportamiento, así como cualificado militar de templado ánimo. Otro tanto sucede con la breve semblanza que de Muley el Abbás ofrece el Nasiry en su relato, mostrándolo como

digno ejemplo del honor aun en la derrota. El humanitarismo que despliega Galdós a lo largo de todo el texto alcanza también a estos personajes históricos, en los que, en un generoso rasgo narrativo, ve antes al hombre de estatura moral que al implacable guerrero. Escaso resulta, sin embargo, el protagonismo cedido a los personajes de exclusiva relevancia militar, Prim no semeja más que una temeraria figura alzada sobre un caballo, y el cabo Mur, héroe popular de la campaña, una mano que arrebata una bandera. Distinto parece el estatuto de Pedro Antonio de Alarcón, que, más que entidad propia como personaje literario del Episodio, diríase una encarnación de su libro, parodiable en cuanto "poeta de la guerra" pero, también, digno de afecto en su calidad de amigo.

El moro galdosiano hay que considerarlo, antes que nada, un hermano del español que vive al otro lado del estrecho, según ya deja dicho en las primeras páginas de Aita Tettauen el viejo Ansúrez:

"-(...) El moro y el español son más hermanos de lo que parece. Quiten un poco de religión, quiten otro poco de lengua, y el parentesco y el aire de familia saltan a los ojos. ¿Qué es el moro más que un español mahometano? ¿Y cuántos españoles vemos que son moros con disfraz de cristianos?" (Pág. 556).

Esta consideración inicial se desarrollará durante toda la narración, apartándose del todo de la imagen estereotipada que hasta ese momento había tenido en la literatura de la guerra de África. El proceso de cambio de las viejas concepciones a esta nueva imagen se lleva a cabo mediante la transformación del protagonista, quien al igual que en su euforia belicista, irá mudando sus planteamientos iniciales -"Carrasco y Santiuste afirmaron que moros y cristianos son en alma y cuerpo diferentes, como el día y la noche", (pág. 563)-, fruto del desconocimiento, hasta llegar no sólo a la comprensión sino a una morización de su persona.

No hay visceral enemigo de España ni del cristianismo, en todo caso, circunstancial adversario que, debido a su manifiesta inferioridad armamentística y de estrategia militar, unidas a una notable ingenuidad en su proceder guerrero, mueven a la conmiseración más que al odio. Sentimiento que en repetidas ocasiones entenece la acción:

"Las fragatas *Blanca* y *Princesa de Asturias* inutilizaron con pocos tiros el fuerte Martín y sus anexos militares. Los pocos moros que defendían con artillería vieja, del tiempo del diluvio, la entrada del río, huyeron a la desbandada, imprimiendo en el fango de las marismas la huella inequívoca de sus babuchas." (Pág. 609).

La decisoria batalla de Wad-Ras lejos de cantar el triunfo de las armas españolas, deja ver todo el patetismo de la derrota marroquí, de los heridos y hambrientos residuos de su ejército en retirada, de su desesperanzada actitud:

"Uno de estos jinetes venía malherido y medio muerto. Antes de que lo bajaran del caballo se cayó él como un fardo, y al rebotar en el suelo, dio señal de agónica vida en voces roncadas. (...) Un gran vocerío, clamor inmenso, como si todos los gemidos del dolor humano se tradujeran al lenguaje de la mar brava revolcándose en la playa pedregosa. Era la plenitud del ejército en dispersión, que a lo alto del monte llegaba ya con el imponente hervir de su cólera despechada, y la espuma de las maldiciones que escupía contra la tierra y el cielo (...) tenían hambre, y querían repararse con algún alimento hasta que pudieran llegar a sus casas en remotos aduares." (Pág. 683-684).

Aún más emocionados son los sentimientos de Santiuste, conmovido por igual ante los cadáveres de uno y otro bando, reconociendo en "el moro muerto" al "prójimo", al "hermano"; lo que añade a la ya señalada irracionalidad de la guerra el carácter de fratricidio. Idea que queda reforzada por el enfrentamiento de dos de los hermanos Ansúrez, Leoncio y Gonzalo, el Nasiry, a los que la contienda ha situado en campos contrarios, como ya han señalado Hans Hinterhäuser<sup>87</sup> y Alfred Rodríguez<sup>88</sup>.

El moro "fanático", "rastrero" y "primitivo" a que nos tenía acostumbrados la literatura anterior desaparece por completo, dando paso a un hombre tolerante, hospitalario y pragmático. No porque a la idealización en negativo oponga Galdós otra tan irreal como aquella pero en positivo, sino más bien porque se produce una humanización donde luces y sombras se combinan. Sin embargo, sí que se acentúan ciertos rasgos que contradicen

tradicionales lugares comunes de escasa consistencia. Su intemperado fanatismo religioso se desvanece en la tolerancia de creencias que permite convivir a musulmanes y hebreos en el mutuo respeto. La indomabilidad de aquellas gentes, refractarias a toda autoridad, se torna "bárbaro despotismo del sultán". Su primitivismo se hace sinónimo de vida sencilla, en contraste con la complicada artificiosidad, absurda desde el punto de vista del protagonista, de los usos y maneras europeos. Santiuste evidencia, al decantarse por ciertas costumbres y formas de vida marroquíes en oposición a las españolas, un alineamiento con tendencias anarquizantes que, apoyadas también en el discurso del narrador -por ejemplo, con cierta ironía, emparenta el desconocimiento de las constituciones y la sencillez legislativa o judicial con una mayor facilidad para la existencia humana<sup>89</sup>-, constituyen uno de los sustentos ideológicos de la narración. Esta adscripción doctrinal ya ha sido señalada entre las características peculiares de los Episodios a partir de la cuarta serie, por Hinterhäuser<sup>90</sup> y Montesinos<sup>91</sup>. Veamos algunas palabras de Santiuste que en Carlos VI en La Rápita ejemplifican este aspecto:

"Sabed que no pocas veces me acuesto y me levanto con la idea de que he venido a caer en un país donde debemos aprender la civilización antes que enseñarla (...) ¿Por qué ha de ser signo de incultura el anónimo de estas calles, plazoletas, encrucijadas y pasadizos? ¿Qué va ganando Tetuán con el furor bautismal de los españoles, que no paran estos días de clavar rótulos en todas las vías urbanas, trayéndonos acá la enfadosa titulación de las calles europeas? (...) Ambos se burlaron de mi ropa moruna [Alarcón y Rinaldi], invitándome a reponer en mi persona las decorosas prendas del vestir europeo (...) despotiqué furiosamente contra el odioso pantalón, incómodo y deshonesto, contra las chaquetas y levitas de lúgubres colores, contra los acartonados cuellos de las camisas y las ridículas corbatas que nos oprimen el pescuezo (...) Cuánto me acuerdo -les dije- del sombrero de copa (...) veo representada en ellos toda la impertinencia meticulosa y refistolera de lo que llamamos *administración pública*, la oquedad del *organismo burocrático* [subrayados del autor], nuevo poder erizado de

fórmulas, de ataduras, de pinchos (...) Vistos desde aquí los señores de mi tierra y los primates de la política, me inspiran miedo supersticioso." (Pág. 666).

Esta secillez de vida marroquí contrasta con el envarado y arcaico sentido del honor español. Así lo sintetiza con acierto el Nasiry, personaje que, a pesar de su origen español -"espejo de caballeros renegados", calificativo con el que también se trastoca la imagen tradicional del renegado-, se convierte en el principal transmisor de las ideas y la cultura de Marruecos: "El honor y la caballería consisten aquí en vivir como se pueda, guardando la religión y cumpliendo todos los deberes"<sup>92</sup>. Lo que viene a esclarecer que el grado de civilización del país norteafricano es parejo al de España, atendiendo a las palabras con que definía este término el viejo Ansúrez al comienzo de Aita Tettauén: "La civilización consiste en ser buenos, humanos y tolerantes, en hacer buenas leyes y en cumplirlas", (pág. 563).

Poco cabe hablar, en rigor, del tema judío en estos Episodios. Su presencia se reduce a cuatro pinceladas necesarias para la recreación del aspecto de mimesis ambiental que hay en la narración, en la que los hebreos, por mucho que Santiuste admire la convivencia religiosa, son presentados como ciudadanos de tercera en Marruecos, sobre todo en las zonas rurales. Sí devienen, sin embargo, elemento funcional dentro del relato. Permiten que el protagonista conozca y se integre en la sociedad tetuaní de forma verosímil, esto es, dentro de una comunidad lingüística que le permite la comunicación. Aspecto que la novela por entregas, poco preocupada por la verosimilitud del universo representado, había obviado; los españoles y las marroquíes, bien sin mediar explicación o aduciendo las más peregrinas razones, se entendían a las mil maravillas. Galdós, diligente en cuanto a la autenticidad de su narración, no puede pasar por alto este problema que, más tarde, será causa del imposible contacto entre Santiuste y Erhimo. La relación entre el protagonista y Yohar, una judía sefardita, resulta, atendiendo a la ideación narrativa, una de las pocas factibles que el novelista pudo adoptar sin que se tambaleasen sus presupuestos realistas. Lo demás resulta más bien nimio, pues no parece que la cuestión religiosa influya, al menos como elemento decisorio, para dar al traste con esta relación amorosa, según sugiere Juan Bautista Vilar: "la intolerancia está en este caso

del lado judío (...) la falta de un humanitario sentido religioso levanta entre los amantes una barrera no menos formidable"<sup>93</sup>. Más bien me inclino a pensar que la feroz oposición de Samuel Riomesta, padre de la amada de Santiuste, y el progresivo apagamiento de la pasión en la propia Yohar tienen su origen en la cuestión económica, como parece desprenderse de las palabras de Hanna en Carlos VI en La Rápita:

"Ya lo tenían amasado el padre y la hija en el *forno* de sus codicias... Ya estaba tratado, de días luengos atrás, casarla con un *sephardim* de Costantinopla, que tiene casa en *Gilbartar*, Natham Papo Acevedo, de mucha *fazenda* y compraventa de *fierro*." (Pág. 673).

Ofrecen estos Episodios un testimonio lúcido y de notable consistencia en cuanto a su calidad narrativa sobre la guerra de África. Pueblan, además, la hasta ese momento vacía parcela del antibelicismo, llenándola con fraternos cantos humanitarios a la paz, de la que hasta la naturaleza se hace eco en una de las ensoñaciones líricas con que el Nasiry adorna su relato: "La obra de Dios no ponía ninguna parte de sí en la guerra que nos asolaba; bosques y peñas, montes y colinas eran indiferentes a los combates entre hombres, y si algo decían, era *paz* y siempre *paz* [subrayados del autor]", (pág. 628); y denuncia tanto las injustificadas causas del conflicto como sus costosas consecuencias. Aspecto que no toda la crítica parece haber entendido de tal modo. Basta reparar en la opinión de Antonio Regalado García, quien sostiene: "La farsa ridícula de la unificación nacional en la lucha de todos contra el moro como enemigo común, y la exaltación exagerada del valor del ejército, no le permitieron a Galdós ver la peligrosa inutilidad de aquella guerra"<sup>94</sup>. Palabras con las que discrepo del todo y que estimo diametralmente opuestas al espíritu, las intenciones y los logros galdosianos, cuyo primer mérito reside no sólo en su nítida censura de la contienda sino en desvelar la falsedad e inconsistencia de lo que Juan Goytisolo denomina "ilusiones y raptos de los poetas que consagran odas a cantar batallas"<sup>95</sup>, mediante la parodia del más popular de los testigos que esta campaña tuvo. Y no menor ha de entenderse su empeño por presentar una imagen humanizada del moro, encarnada con muy acertado trazo en ese cordial



personaje de nombre prestado que es el Nasiry, capaz de desterrar la falsa presencia de fanático y salvaje que ilícitamente le había deparado la literatura anterior.

La historia general y la historia privada discurren en este texto por caminos paralelos pero con antagónicas ideologías. El feo aspecto de aquélla impulsa el alejamiento de ésta, creando un posterior enfrentamiento dialéctico entre ambas, en el que, desde el punto de vista moral, la privada se situará unos cuantos escalones por encima.

Tras muchos años de silencio, el asunto vuelve a ser retomado por Luis Antonio de VEGA y RUBIO<sup>6</sup>, que en 1944 publica Amor entró en la judería, última novela hasta el momento sobre la campaña militar de 1859-60. No puede considerarse en sentido estricto una narración sobre la guerra, dado que el asunto sólo recibe un tratamiento tangencial, sin pretender ningún testimonialismo ni recreación histórica interpretativa alguna. A tenor del momento en que aparece, más bien cabe entenderla como un escapismo de la realidad hacia lugares y épocas que acercan al lector a un universo con cierta presunción de exótico. Su propósito se orienta a mostrar un cuadro sobre la forma de vida y determinadas costumbres, principalmente relacionadas con el amor y el casamiento, de los judíos marroquíes, en el cual engarza algunas historias de índole sentimental entre hebreas y españoles, centrando la atención narrativa en el oculto e inmotivado amor que la figura del general Prim a su entrada en Tetuán despierta en la joven Sultana Cohen.

La guerra, a pesar de su escasa presencia en el relato, se convierte en una buena ocasión para resucitar la España imperial, cumplir las disposiciones testamentarias de Isabel la Católica y ensalzar las virtudes de heroísmo guerrero y la caballerosidad desplegadas por el ejército español tanto en el campo de batalla como en la ciudad ocupada. La acción llevada a cabo en los Castillejos se asemeja a una distanciada descripción pictórica sin sentimiento ni carne narrativa, en la que el general Prim, a pesar de reproducir su apasionada arenga, sólo semeja una fría imagen, mantenida en los restantes episodios de la novela y desposeída de entidad y verosimilitud:

"Teatral y valiente, el general don Juan Prim se aupaba sobre los estribos, una mano en las riendas del caballo, en la otra la bandera del regimiento, que a petición suya acababa de entregarle el abanderado (...) bandera desplegada al viento, estampa romántica de una romántica época, corría en dirección al enemigo, sin volver la cabeza, ignorando si cabalgaba solo o si tras él los soldados de España reaccionaban arrastrados por su gesto." (Páginas 77-84).

Iguales insuficiencias aquejan a los soldados, a los enemigos y a cuantos demás elementos intervienen en la guerra, a los que el narrador no parece capaz de insuflarles ni una ráfaga de vida. A modo de mero ejemplo, véase el desvaído y sintético relato de la batalla de Wad-Ras:

"En la cabila yeblíe de Uad Ras fue el choque de los dos ejércitos. Los aduares - chozas de estacas, techos de secas ramazones- se perdían y se ganaban en cada hora, hasta que al día siguiente de iniciada la batalla quedaban todas las cumbres por España." (Páginas 173-174).

Otros aspectos se mueven entre lo descabellado y el lugar común. El más llamativo entre los primeros lo representa la rabieta que la reina Isabel II sufre al conocer que entre los acuerdos de paz figura el abandono de Tetuán por las tropas expedicionarias, sentimiento del que se hace partícipe a los oficiales del ejército y al pueblo español, reflejo de la simplicidad con que el autor interpreta la popular frase que circuló en la época, "la paz chica de la guerra grande". Sin embargo, para el sultán y su corte, pálida imagen de Las mil y una noches, la marcha del ejército invasor deviene fruto de la derrota que Muley-el-Abbás les ha infringido.

El enemigo marroquí presenta dos caras bien distintas. Por un lado, el árabe del interior semeja un caballero distinguido que acude al combate luciendo sus mejores galas y atavíos, perfumado con esmero, lujosamente armado y adoptando ante la guerra una frívola actitud deportiva: "habían ido a la guerra para ser admirados por los largos ojos de sus esposas múltiples, para que se hablase de ellos y de sus proezas en las terrazas almendradas de Fez, en las blancas de Rabat, en las agroselladas de Marrakech", (pp. 82-83). Por otro, los

beréberes, rifeños y yebalíes, poco más que pobres diablos sin sentido del decoro guerrero, sólo aptos para la trampa ruín y cuya exclusiva motivación, como quedará bien patente en el saqueo de Tetuán, reside en el botín. Parece, a tenor de sus preferencias a lo largo del texto, que motivos de índole más estética que conceptual mueven al narrador hacia una cierta admiración por aquéllos, que sin duda ofrecen una superior plasticidad frente a estos últimos, oscurecidos en una astrosa uniformidad.

No falta tampoco la figura del renegado español, en un personaje episódico e inmotivado, cuyo enterrado patriotismo español vuelve a surgir conmovido por el bello espectáculo que ofrecen las endomingadas tropas españolas al entrar en Tetuán.

Tampoco los judíos, a pesar de su absoluto protagonismo, traspasan la barrera del más superficial folklore. Conocemos su actividad comercial, su afán ahorrativo, su proceder avaro, sus costumbres más llamativas y los más pintorescos aspectos de su religiosidad; en suma, cáscara que no encierra nada. Los personajes se quedan en el mero semblante externo, incluso el enamoramiento a primera vista que Prim ha engendrado en la protagonista carece de vitalidad narrativa; la ya escasa consistencia de este sentimiento se pierde en un verbalismo que queriendo ser florido resulta repetitivo y retoricista. Sirva como ejemplo lo que el autor debió de considerar un feliz hallazgo expresivo en la caracterización del general, que, merced a una abusiva reiteración, reduce la figura del militar a una barba adjetivada: "Los espesos tirabuzones. Sultanita Cohen se los peinaba por una barba galana", (pág. 125); "casi ajena a la fiesta del Pessah, ilusionada por la barba galana de un general español", (pág. 136); "callaba, pensando en la barba galana del general don Juan Prim", (pág. 140); "una sonrisa se le había enredado en la barba galana", (pág. 199).

A esta superficialidad temática se añade una notable inconsistencia estructural. Los diversos asuntos quedan dispersos en una suerte de deslabazado collage narrativo carente de cualquier armazón. No hay elemento organizador del mundo representado, de manera que Amor entró en la judería no puede considerarse una novela sobre la guerra de África, ni sobre los judíos marroquíes, ni siquiera una narración de carácter amoroso. Por todo ello resulta

en extremo bondadoso el juicio que emite Quais Bakir Kamal, al considerarla sustentadora de alguna idea central: "La novela presenta la tesis de que, a mediados del siglo XIX, el amor era un sentimiento muy relativo entre los judíos, lo mismo que entre los marroquíes, a tal extremo que las bodas se celebraban sin conocerse los novios, y más que una boda era una compra, una adquisición"<sup>97</sup>. Más bien puede considerarse que se trata de una historia de corte romanesco, semejante a alguno de los romances apócrifos -el denominado del conde Velo y la Niña Blanca, y el de la Renegada- que, a modo de relatos parentéticos, refieren las jóvenes hebreas Sultana Cohen y su amiga Rica Bandolai a los militares españoles que se hospedan y celebran tertulias en las casas judías de Tetuán. Aunque, frente a la brevedad narrativa de aquéllos, en este caso una considerable cantidad de ganga recubra y amplifique lo poco que de sustancial encierra, y que bien podría quedar resumido en las palabras casi finales del narrador:

"Los españoles habían llevado el amor, y con los españoles se había ido cuando a regañadientes evacuaron la plaza." (Pág. 203).

Tan desfallecido asunto y poco elaborada trama se convierten, no obstante, en objeto de un recubrimiento lingüístico pomposo y grandilocuente, más preocupado de la declamación altisonante y de la audacia metafórica -a manera de mero ejemplo: "Ojos y nariz eran clarines de que al nacer no había sido recogido en pañales romanos", (pág. 11); "un viento de derrota formaba manto en la espalda de su Alteza Imperial Muley el Abbás", (pág. 103)- que de la precisión y variedad léxica, alguna de cuyas repeticiones denota una deuda con la época y la coyuntura política en que se escribió, pues difícilmente puede explicarse de otro modo la casi exclusiva utilización de "encarnado" para denotar determinado color. Un estilo, en definitiva, que entronca con ciertas corrientes modernistas proclives a subordinar el contenido al adorno expresivo para acentuar una eufonía y brillantez en el decir.

## 2. El relato breve.

En este tipo de narraciones, al igual que en la novela, la guerra de África fue asunto que nutrió la inspiración de los autores durante un largo periodo. Los primeros títulos son casi contemporáneos a la campaña, otros, por el contrario, aparecieron en la última década del pasado siglo, acaso por el interés que en el público se había despertado hacia Marruecos al calor de los acontecimientos que en Melilla habían dado origen al nuevo conflicto de 1893. De tal forma que, durante los años noventa, en las páginas de la prensa pueden encontrarse relatos breves ambientados en ambas campañas.

En los que refieren los sucesos de 1859-60 resulta común, tanto en los escritos a primera hora como en los tardíos, un carácter popular y una más bien escasa consistencia literaria. Muy diversos motivos sirven de eje argumental, sin embargo, en general - exceptuando alguno en que el acontecer militar constituye asunto sólo tangencial o muy secundario en la narración- predominan aquellos que tienden a considerar la experiencia de la guerra como causa de superación personal y hallan en la exaltación bélica el reflejo de lo patriótico.

Las primeras manifestaciones dentro de este género se deben a la pluma de *FERNÁN CABALLERO*<sup>98</sup>, que compuso dos narraciones alusivas al acontecimiento: Deudas pagadas y Promesa de un soldado a la Virgen del Carmen, ambas publicadas en 1863<sup>99</sup>. Se trata, según reza en el subtítulo del volumen en que se hallan incluidos, de dos cuadros de costumbres populares de actualidad, y, en efecto, unen el costumbrismo campesino con una visión de la guerra de África desde un enfoque popular y rural, aunque no exento de una exaltada glorificación del acontecimiento. El primero de los relatos del libro, Deudas pagadas, por sus sesenta y tantas páginas de extensión más puede considerarse una novela breve que un cuento, y los beneficios que de él se obtuvieron se destinaron, al decir de Mariano Baquero Goyanes<sup>100</sup>, a los heridos en campaña. Narra la incidencia que el conflicto tuvo en una familia de humildes labradores andaluces. Juan José y María, vecinos de Bornos, recogen en su casa a un niño, Miguel, cuyos padres mueren al poco de llegar al pueblo. Miguel crece junto a los verdaderos hijos del matrimonio campesino y cuando a Gaspar, uno de sus hermanos de adopción, le llega la hora de incorporarse al ejército, lo sustituye en tal

obligación como pago de la deuda contraída con la familia que lo había prohijado. Más tarde, el propio Miguel es llamado a filas y Gaspar debe incorporarse para cubrir su plaza de soldado. Cuando se declara la guerra, ambos, Gaspar por obligación y Miguel por reenganche voluntario, acuden a Marruecos llenos de fervor patriótico. Este ardor belicista alcanza incluso al padre que, a pesar de sus sesenta y cinco años, aprovecha una escapada del pueblo con fines en principio comerciales para acercarse al escenario de la contienda y tomar parte en ella durante un periodo tan breve como intenso, teniendo en cuenta que, además de obtener un buen precio por sus peros, participa en una carga de bayoneta y da muerte a tres enemigos. El final del conflicto devuelve a los hijos a casa. Gaspar regresa con un brazo inútil pero cargado de cruces, medallas y honor, lo que llena de satisfacción a sus progenitores porque él también ha pagado su deuda con la patria, mientras que Miguel, que ya había pagado la suya con anterioridad, se ve recompensado al casarse con Catalina, la otra hija de sus padres adoptivos. No cabe, pues, imaginar mayor felicidad.

La narración encuentra su fuente de inspiración, y así lo apunta la autora repetidas veces en notas a pie de página, en lo que ha visto y oído a los campesinos de estos lugares, de tal forma que, por ejemplo, la recompensa militar que recibe Gaspar está tomada de un hecho real acaecido a un tal Francisco López, soldado natural del pueblo de Fuentes<sup>101</sup>. Asimismo, intercala en su texto expresiones escuchadas en labios de soldados, compone una carta con retazos de otras escritas por verdaderos participantes en la guerra y añade un apéndice con diversos testimonios sobre la campaña en el que la ficción ha desaparecido por completo. Sin duda, todo ello constituye una de las señas de identidad de la obra de *Fernán Caballero* - como, por otro lado, ella misma se encargó de manifestar en múltiples ocasiones<sup>102</sup>-, sin embargo, esta fidelidad en los detalles no se traduce en una sentida verosimilitud narrativa, pues, la historia narrada está mechada con continuas intromisiones del narrador, en las que va destilando una prédica ideológica que no termina de avenirse con su declarado propósito notarial. Este discurso ajeno al propio argumento le permite idealizar a los campesinos: "Esta buena familia, tan unida, tan amante, como suelen serlo todas en los pueblos del campo",

(pág. 21); hacerse eco de un catolicismo tradicional: "El hombre para aprender a apreciar bien esta vida y la otra necesita las lágrimas, llegó el caso de que se vertiesen muchas en aquella casa, para probar a sus moradores que su beneficio, casi con preferencia, se lo concede Dios a los pobres y a los buenos", (pág. 18); o expansionar sus convicciones belicistas, uniéndose, llegado el caso, a la alegría que la toma de Tetuán ha producido en sus personajes: "¡Y vosotros [a los soldados] que estáis en África y tan inmenso regocijo habéis proporcionado a vuestra patria y no podéis ser testigos de la gratitud con que os paga!", (pág. 50).

Este afán por recoger el testimonio directo puede que generase un escrúpulo narrativo para acercar el punto de vista del narrador a una realidad que le era desconocida, de tal forma que todos los acontecimientos bélicos aparecen referidos por distintos narradores, bien desde España -así sucede con el relato que transmite Juan José tras su fugaz viaje o con las noticias que un arriero lleva al pueblo-, o bien interponiendo un elemento mediato entre lo sucedido y su recepción, cual la carta que Gaspar envía a sus padres desde el campo de batalla. El relato no se articula, sin embargo, en torno a esta pluralidad de narradores, cuyos discursos vienen a constituir una suerte de paréntesis explicativos sobre la guerra que se integran en el del narrador general, el pilar arquitectónico reside en el discurrir temporal. Dos secuencias y un desenlace, excluyendo el antes mencionado apéndice que nada tiene que ver con lo que aquí se cuenta, organizan el contenido. La primera transcurre "por los años de mil ochocientos treinta y tantos" y da cuenta de la llegada a Bornos de los míseros forasteros y del lamentable desenlace de este matrimonio. Tras un breve cuadro de tránsito, una *bisagra* - en terminología de Francisco Javier del Prado<sup>103</sup> -, la sustitución de Gaspar por Miguel en la plaza de soldado que le había correspondido a aquél "en mil ochocientos cincuenta y tres", se produce el paso a la segunda secuencia. Ésta se desarrolla en la época de la guerra y se ocupa de su desarrollo visto desde el pueblo, con las salvedades ya citadas para acercarnos al escenario del conflicto. La conclusión se produce "meses después" del regreso de los

soldados y refiere el final feliz para todos: la boda de Miguel y Catalina y el pago de la deuda que Gaspar había contraído con la patria.

Lo demás resulta poco significativo en esta breve narración. Los personajes jóvenes carecen de cualquier indicio de vida, son poco más que un nombre y, en algún caso, una convencional y vacía descripción del narrador. Por ejemplo, Catalina, a la que en ningún momento se le cede la palabra, queda reducida a "esa linda joven, recogida y hacendosa como la madre a cuyo lado se había criado". Los mayores gozan de algo más de entidad, aunque siempre dentro del consabido tópico de los pueblerinos sencillos y bondadosos. Juan José encarna la masculinidad exaltada que pugna con su edad para ir a luchar y sólo alcanza a ver el perfil heroico de la guerra: "- (...) Yo no sé cómo me contengo que no me voy también; porque habéis de saber que los pies me hacen hormiguilla, y el día que menos lo penséis agarro el fusil y la manta, y allá me encampo". Mientras que María, la madre, une la religiosidad con una actitud piadosa propia de su condición de mujer -"sexo que llaman *bello* [subrayado en el texto], y que con más propiedad pudiera llamarse piadoso"-, que la lleva a condenar los perniciosos efectos de la guerra desde su cristianismo caritativo:

"- (...) Porque a nosotros nos haya sido favorable (...) no debemos olvidar los muchos males que origina; los infelices que sufren, los que quedan inutilizados, los que mueren, y las muchas familias que a estas horas lloran y visten luto; que la guerra es una calamidad, y así debemos pedir a Dios con toda nuestra alma y corazón por la paz, que el cántico de los ángeles es: ¡Gloria a Dios en las alturas, y paz a los hombres en la tierra de buena voluntad!"

Claro que esta misericordia lacrimógena que se impone a menudo como tono del relato sólo alcanza a los bautizados. Para los moros, dada su condición de "salvajes hijos de África", se reserva la brutalidad, según razona Juan José: "- (...) El que es valiente sin ser piadoso, es valiente a lo bruto como lo son ellos."

La nota costumbrista se manifiesta no sólo en los rasgos de ambientación, por ejemplo, en la descripción de los ingredientes del gazpacho -como comida típica andaluza- o en las



esteras que sirven de cama a los campesinos, sino en la reproducción de los errores fonéticos y léxicos propios del habla de los personajes, que contrasta con el elaborado retoricismo que caracteriza el discurso del narrador, sobre todo en lo que a descripciones a partir de imágenes de la naturaleza se refiere. Como simple muestra, puede leerse: "Bornos, que es uno de los pueblos que, como ramas, lleva la sierra orlando su falda"; o "un ambiente fresco y perfumado, como si la naturaleza, esa buena madre, hiciese abanico de sus árboles para refrescar con el la frente de su predilecto ser, el hombre."

Aún menor vuelo literario presenta Promesa de un soldado a la Virgen del Carmen, cuento que comparte la fuente de inspiración con el anterior, aunque aquí el acento se ponga en las coplas y cantos populares de la guerra de África. Su argumento resulta bastante endeble. Unas vecinas del pueblo sevillano de Dos Hermanas entablan una charla sobre su cotidianidad, cuando aparece Roque, el hijo de una de ellas, que ha regresado de Marruecos con licencia temporal tras la guerra. Las coplas que acompañado de su guitarra canta estimulan la curiosidad de una de las vecinas que le pregunta sobre un percance sucedido durante la contienda. Roque refiere la disputa que tuvo con un compañero por rivalidades pueblerinas. Poco más tarde, éste fue encontrado muerto y él acusado del crimen. Cuando iba a ser fusilado por tal acción, se encomendó a la Virgen del Carmen, cuyo escapulario llevaba colgado al cuello, y Ésta le libró de la muerte mediante la aparición de unos moros que habían caído prisioneros y se confesaron autores de la muerte que le imputaban a Roque.

En realidad, la guerra constituye sólo una cuestión tangencial en esta narración y mínimo lo que sobre ella se dice: un par de pinceladas sobre la bravura de los soldados españoles y su cristiano proceder al socorrer a los judíos tetuanés tras su entrada en la ciudad. Todo el relato parece girar sobre dos asuntos: las coplas y cancioncillas alusivas a la contienda, de las que hay un mediano muestrario; y, sobre todo, la devoción religiosa. Ambas cuestiones ya aparecen como pórtico del cuento en dos coplillas introductorias. Las primeras, las cancioncillas y aleluyas, se sirven de Roque como vehículo transmisor, aunque también se

introduce alguna más en nota a pie de página; todas ellas de carácter popular y laudatorio para los participantes en la campaña militar.

La religiosidad impregna todo el relato, bien puede considerarse su eje central y el motivo sobre el que en esta ocasión moraliza la autora. Tal predicación puede resumirse en: la devoción te salva. Esta religiosidad no sólo motiva que la adversa fortuna de Roque se trueque en final feliz, sino que anega cada rincón del cuento. Las alusiones al fervor cristiano y a la vida piadosa se hacen constantes en el discurso de todos los personajes, que suelen apoyar sus opiniones con alguna invocación a Dios, a la Virgen, o a algún aspecto de la doctrina eclesiástica, eso sí, más como atavismo popular o retahíla aprendida que como expresión propia. Con ello se configura la personalidad del campesino percibido por *Fernán Caballero*: bueno, de vida sencilla y creencias simples, ya que los personajes carecen de cualquier otro rasgo definidor.

El costumbrismo rural adopta la misma forma que en Deudas pagadas. De nuevo, el gazpacho alimenta su cuerpo y las peculiaridades léxicas -a menudo, incorrecciones no exentas de cierto gracejo, sobre todo en tía Manuela, cuyo marido padece dolores en una pierna a causa del "romantismo", y pondera la buena voz de Roque como si fuera la de un "ruinseñor"- personalizan su habla.

Ambos relatos hay que estimarlos obras menores, y no por sus dimensiones sino por sus más bien escasos logros artísticos, tanto en el marco de la narrativa de la guerra de África como en el de la producción literaria de su autora. La ficción malamente puede crecer entre las reflexiones moralizantes y las distanciadoras notas extratextuales de erudición campesina.

Una semejante inconsistencia caracteriza los cuentos que fueron apareciendo con posterioridad. La única excepción, dentro del tono de general mediocridad, la pone una breve narración de corte orientalista publicada por Cecilio NAVARRO<sup>104</sup> en 1865, Thacla. Leyenda oriental<sup>105</sup>, cuyo antetítulo, Episodio de la guerra de Africa, más confunde que ilustra sobre el contenido, ya que lo que en él se narra poco tiene que ver con la campaña. Se trata de un relato a medio camino entre lo realista y lo fantástico, una leyenda -según reza

en su subtítulo- con abundantes pinceladas de lirismo. Cuenta una desdichada historia de amor con final feliz, que nos retrotrae a un idealizado universo oriental más cercano a Las mil y una noches que al Marruecos contemporáneo. Thacla, joven marroquí, ama a Djimma, la hija de su amo, y ella le corresponde. Enterado Hamet, el padre de la amada, lo encierra en una mazmorra para que muera de hambre y sed. Con la ayuda de Djimma escapa y acude a la guerra contra los españoles. Capturado en la batalla de Guad-el-Jelú, entabla conversación con el general Ríos, al que cuenta su desafortunada historia pasada. Hamet era el esclavo de sus padres y, tras la muerte de aquéllos, con malas artes se convirtió en su amo. Ríos lo toma a su servicio y, una vez que sus tropas han entrado en Tetuán, obtiene del sultán la reparación para Thacla, que vuelve a disfrutar de los bienes pertenecientes a sus padres. Hamet, al enterarse, huye con su hija. Thacla encuentra vacío el palacio de su antiguo amo. Cuando se arrulla melancólico con el sonido de su guzla en el jardín, Djimma aparece de repente gracias a la intervención de una hada buena.

A pesar de que su relación con la guerra de África resulta bastante remota, refiere una bella fábula, tradicional en su arquitectura narrativa y con un logrado aliento poético en su expresión. Un estilo que remeda el de las genuinas narraciones orientales, dotado de una prosa eufónica y sensual: "Un ruido ligero, blando, leve, como el de una flor que se desprendiera de su tallo"; y rico en comparaciones e imágenes que remiten al mundo de la naturaleza: "Blanca como un rizo de espuma, poética como un suspiro de virgen, recostada muellemente en el seno de sus siempre verdes montes, como una limpia paloma arrullando sus amores en el árbol del azahar, he allí a Tet-tagüen, la sultana de Guad-el-Gelú, río de plata que lame sus pies divinos, como besa su frente real un sol de oro." Tan sólo afeado por algunas intromisiones del narrador, que mediante algún "nosotros" se incluye en el bando español, o sufre descuidos como el de adjetivar al general Ríos con el término "malogrado", que no se haría realidad hasta pasado el tiempo de los acontecimientos referidos en el relato.

En 1893, José IBÁÑEZ MARÍN<sup>106</sup> publica Una cruz laureada. (Episodio histórico)<sup>107</sup>. Más que un cuento de ficción es lo que indica su subtítulo, una anécdota militar de la

campaña; la narración de una escena de combate adornada con alguna descripción ambiental de cierto voluntarismo literario. Un narrador testigo rememora en tono epopéyico el heroico comportamiento del comandante de caballería Gutiérrez Maturana. A pesar de su brevedad y de la sencilla trama, puede observarse un notable desacierto de construcción, al adelantar indicios del desenlace de la acción central antes de que ésta comience, lo que resta interés a un relato cuyo atractivo ya resultaba bastante escaso.

En 1894 aparece Currito Carrizales<sup>108</sup>, de Angel R. CHAVES<sup>109</sup>. Cuento de remota relación con esta guerra, cuya factura denota una ambición artística mínima. En él aparecen reflejados algunos tópicos populares: el chico que desea ser matador de toros y al que un golpe de fortuna permite brillar en su primera faena; la ruina de la familia tras la muerte del padre; la enfermedad materna que requiere una costosa operación; el hijo bueno y sacrificado; y, para finalizar, la oscura muerte del soldado en el campo de batalla, único momento en que la narración entra en contacto con la campaña militar:

"Su nombre no volvió a sonar más que una vez [después de su aplaudida faena]. En la lista de muertos de una de las acciones que precedieron a la batalla de los Castillejos de nuestra gloriosa guerra de África, figuraba, entre otros igualmente oscuros, el de Currito Carrizales."

El tono y el estilo no desentonan con respecto al argumento. El primero destaca por una sentimentalidad nada elaborada, que busca conmover al lector sin exigencias, y el segundo carece de todo brillo.

M. FERRER Y LALANA<sup>110</sup> publica en 1896 el hasta ahora último cuento sobre la guerra de África entre los que alcanzo a conocer: Cabezota<sup>111</sup>, una historia de temática alusiva a la valentía y a la bondad, y con inequívocas resonancias de religiosidad cristiana. El soldado Sebastián Expósito, apodado "Cabezota", un hospiciano solitario y no muy despierto, es víctima del mal humor del sargento Jiménez. Al iniciarse el conflicto en Marruecos ambos son enviados allí. Un día, en el curso de una operación bélica, el sargento resulta herido y queda abandonado a merced del enemigo. Sebastián se abre paso entre los

musulmanes para rescatar al sargento que tantas veces lo había humillado. El soldado logra salvar a su superior, pero él resulta gravemente herido. Jiménez se arrepiente ante el moribundo por las humillaciones que en el pasado le ha infringido y "Cabezota" expira perdonando a su verdugo.

Sus escasas dos páginas de texto resultan suficientes para ensalzar la guerra como digna heredera de gloriosos hechos de armas pasados, para poner de manifiesto el fervor patriótico popular, el heroísmo de los soldados españoles, la ferocidad de los moros, su "religión semibárbara", y otros cuantos lugares comunes de carácter patriotero ya establecidos por la precedente narrativa sobre la campaña. El tono de burda sensiblería queda todavía más acentuado que en la narración de Chaves. No obstante, comparte con ésta todos los rasgos negativos que caracterizan a la literatura disociada de cualquier voluntad artística.

### **3. Los testimonios no novelescos.**

En este apartado de título poco definido daré sucinta cuenta de aquellos títulos que sin ficcionalizar la campaña, a diferencia de los comentados hasta el momento, tampoco cabe entender como meras crónicas históricas dedicadas a relatar los acontecimientos sin propósito literario alguno. Todos, a pesar de las diferencias que los separan, aportan una visión personal de lo sucedido e intentan transmitirlo con una prosa dotada en mayor o menor medida de cierto aliento artístico. Sus heterogeneidades derivan más que nada del momento en que se escribieron. Frente a los que lo hicieron a pie de guerra, como Alarcón o Núñez de Arce, surgen tardíos testimonios como el de Monedero Ordoñez. Todos persiguen una finalidad próxima, que va desde la personal notación directa hasta la afirmación ejemplificadora para épocas venideras.

Pedro Antonio de ALARCÓN<sup>112</sup> marchó a Marruecos para incorporarse al ejército expedicionario en calidad de cronista independiente de la campaña, aunque con posterioridad sentaría plaza como soldado voluntario en el batallón de cazadores de Ciudad Rodrigo, desempeñando el cargo de ordenanza del general Ros de Olano. El 17 de enero de 1860

abandonó esta unidad para incorporarse al cuartel general de O'Donnell, donde permaneció hasta su regreso a España. Desde su nueva posición podía contemplarse una perspectiva de la guerra más amplia, al decir de su colega francés Charles de Iriarte: "En el cuartel general de Ros, sus impresiones estaban localizadas y no daban conjunto a las operaciones. Pensó que haciéndose agregar al general O'Donnell y viviendo en su campamento la obra tendría un carácter más histórico y menos limitado"<sup>113</sup>. Ofrece los primeros testimonios de lo que con posterioridad devendrá el Diario de un testigo de la guerra de Africa en las crónicas que envía a España y cuyas entregas comienzan a llegar al público en 1859. Publicadas en Madrid por Gaspar y Roig, alcanzaron un impresionante éxito, llegando a los cincuenta mil ejemplares de tirada, y proporcionaron gran popularidad al autor y considerables beneficios económicos tanto para él como para los editores, que, acosados por las demandas del público suscriptor, urgían a Alarcón con telegramas<sup>114</sup>. El Diario, además del primero, constituye también, aunque podamos discrepar de sus puntos de vista y opiniones, el más importante de estos testimonios, tanto por la ambición de intenciones en los asuntos reflejados como por los logros artísticos conseguidos. Su difícil adscripción a un género definido ha posibilitado su consideración como libro de viajes, crónicas periodísticas, evocación de Marruecos en la época y otras variantes. Todas ellas hay que considerarlas, con más o menos precisión, aceptables, pues ni siquiera el propio Alarcón define su propósito de manera uniforme. En el prólogo lo considera "la *única* historia circunstanciada y completa de la guerra de África" y "un documento auténtico, o mejor dicho, una especie de fotografía de la campaña"<sup>115</sup>. Pero ya en el interior del texto, precisa con más acierto: "Para quien, como yo, se ha propuesto referir al público la historia *privada* de la guerra", (t. I, pág. 147). De cualquier forma, no cabe duda de que nos encontramos ante un testimonio personal -y como tal, subjetivo- de la guerra y de cuantos motivos circunstanciales y anejos llaman su atención o se adecúan a sus fines, lo que no constituye obstáculo para que dentro de esta visión propia tengan cabida informaciones y hechos de indiscutible objetividad y rigor histórico que anclan el relato a la realidad y lo alejan de la narrativa de ficción, según ya ha señalado, por

ejemplo, Gaspar Gómez de la Serna, quien lo excluye de entre los episodios nacionales españoles por su falta de carácter novelesco<sup>116</sup>. Abarca casi la totalidad de la campaña, da minuciosa y colorista cuenta de todos los enfrentamientos bélicos, retrata a los personajes principales y ofrece un menudeo de impresiones y detalles sobre población, costumbres, ambientes y otras cuestiones marroquíes más secundarias que enriquecen la narración con toques costumbristas.

Gaspar NÚÑEZ DE ARCE<sup>117</sup> partió para Marruecos el 1 de noviembre de 1859 en calidad de corresponsal de guerra del diario La Iberia. Sus crónicas, al decir de García Figueras<sup>118</sup>, alcanzaron un considerable éxito y eran reproducidas en otros periódicos. En 1860 aparecieron sus Recuerdos de la campaña de Africa, publicados en Madrid, en la imprenta de José María Roses<sup>119</sup>. Libro que, aunque en lo básico puede considerarse del mismo corte que el de Alarcón -ambos fueron cronistas oficiales y pudieron vivir los mismos acontecimientos-, presenta algunas diferencias con el Diario. Resulta bastante menos exhaustivo en el aspecto bélico; no pretende hacer un relato de todas las batallas y combates, como se apunta en el propio texto: "No es mi ánimo, ni cabe en los estrechos límites de la tarea que acometo, las descripciones de todas las acciones que he presenciado, sino sólo de aquellas de verdadera importancia por sus consecuencias o por sus incidentes"<sup>120</sup>; y también hay que atribuirle una menor efusividad en su entusiasmo. Su narración transmite un mayor sosiego y se encuentra más apegada a la realidad, sin los delirios idealizadores alarconianos. Pero, en contraste, su tono se hace bastante más mate.

En 1863 se publica en París Sous la tente. Souvenirs du Maroc. Recits de guerre et de voyages, libro excluido de estas páginas por motivos de lengua, pero que estimo oportuno siquiera mencionar por cuanto mantiene una comunidad de origen con los demás aquí tratados y un enfoque, a pesar de sus peculiaridades, semejante a los de Alarcón y Núñez de Arce. Su autor fue el dibujante y cronista francés Charles de IRIARTE, que dedicó esta obra a Pedro Antonio de Alarcón, con el que compartió tienda y vivencias durante la campaña. A pesar de que su motivo central se encuentre en la guerra, por su perspectiva se aproxima a

los libros de viajes, y adopta una cierta distancia ante lo narrado, que le permite referir tanto los aspectos gloriosos como los miserables.

Antonio ROS DE OLANO<sup>121</sup>, general en jefe del tercer cuerpo del ejército expedicionario y conocedor de Marruecos por haber vivido en Ceuta con anterioridad a la guerra en calidad de capitán general de las posesiones españolas en África, publicó unos Episodios militares en 1884<sup>122</sup>. En la segunda parte de este libro, titulada "África", recoge diversos aspectos relacionados con el país norteafricano y con la campaña. No se trata, sin embargo, de un testimonio sobre el conflicto -del que sólo destaca el ataque sufrido por la tropas españolas durante la misa del día de Navidad, como hecho que le impresionó y no como crónica del mismo- sino una colección de imágenes e impresiones de carácter variado sobre gentes, costumbres e incluso estados anímicos sugeridos por Marruecos. Todo ello, junto al tono lírico y un tanto nostálgico de que está teñida la narración, lo distancian por completo de los otros libros de tipo testimonial aquí presentados.

En 1892 fueron publicados unos Episodios militares del ejército de Africa<sup>123</sup>, obra del burgalés Dionisio MONEDERO ORDÓÑEZ<sup>124</sup>, que a los diecisiete años se había alistado como soldado voluntario en el ejército expedicionario. Son una especie de memorias de la campaña desde su limitado punto de vista, cuya finalidad, según indica el propio autor, parece orientarse hacia el valor ejemplificador que aquella actuación española pudiera tener para el momento contemporáneo a su escritura, cuando los caminos seguidos por los políticos respecto de Marruecos eran ya muy otros. A la vez, pretende vindicar la guerra frente al injusto olvido en que a su juicio ha caído. El libro, de exaltado tono belicista, resulta un tanto indeciso en cuanto a su composición, se inicia en forma que recuerda las antiguas narraciones de aventuras personales, pero pierde pronto este impulso inicial y se ve arrastrado hacia maneras más convencionales.

Todas estas obras, excepción hecha de la de Antonio Ros de Olano, difieren en esencia bastante poco. Relatan un mismo acontecimiento, vivido por todos desde posiciones de protagonismo, incluso en algunos casos desde un espacio físico común -tal sucede con Alarcón



e Iriarte, y no muy alejado debió de hallarse Núñez de Arce- y, lo que viene a ser más importante, desde concepciones ideológicas muy próximas en cuanto a la guerra se refiere. Por consiguiente, resulta dificultoso encontrar puntos de vista divergentes entre ellos, fuera de aquellas apreciaciones que afectan a la amplitud del relato, a la minuciosidad de detalles, a una mayor o menor exaltación en el tono o a la capacidad estilística que imprimen a su prosa.

Sin apenas deserción alguna -sólo en la narración de Iriarte, que queda fuera de este comentario, por los motivos antes señalados, puede observarse alguna diferencia<sup>125</sup>- se aplaude la guerra con encendido fervor belicista. Actitud que no decae ni en los momentos en los cuales el conflicto presenta su más espeluznante rostro, aquéllos que hicieron temblar y desorientaron al Santiuste galdosiano. Y sus consecuencias no declaran la verdad de la tragedia, aunque tmpoco se enmascaren con deliberación, ya que hay un verdadero museo de los horrores bélicos en estas obras, de forma especial en el Diario de Alarcón y en los Recuerdos de Núñez de Arce. Resulta ejemplificador, por lo brutal, el cuadro que ambos ofrecen después de la batalla de Tetuán:

"En aquel lugar nos aguardaba otro espectáculo mucho más espantoso (...) Véfase allí el efecto producido por nuestra artillería en el campamento de Muley-Ahmed. Tiendas incendiadas, armas rotas, centenares de cadáveres destrozados; aquí una mano, allá una cabeza; en este lado un cuerpo hecho carbón, en el otro charcos de sangre (...) Era una cosa horrible (...) y muchos heridos que se quejaban lastimosamente." (Diario, t. II, pp. 29-30).

"¡Horrible fue entonces la escena que presenciábamos! Necesitábamos apartar la vista del suelo para no ver como los caballos hollaban los sangrientos despojos de nuestros enemigos; por aquí un tronco sin cabeza, por allí los esparcidos miembros de un moro destrozado por una granada; más allá un cuerpo completamente quemado (...) un poco más lejos dos heridos moribundos, espantosamente desfigurados (...) y por donde

quiera trozos de carne ennegrecida, entrañas palpitantes aún, exterminio y muerte (...) También allí mezclada con la sangre enemiga había corrido en abundancia la sangre de nuestros hermanos; allí vi sus cadáveres." (Recuerdos, pp. 249-250).

Tales escenas se integran con indiferencia en la habitual lógica de la guerra como mal necesario o como portadoras de honores añadidos. Así, con esa misma indiferencia, se manifiesta el relato de Núñez de Arce ante los heridos y sus percances:

"Pasó por delante de mí multitud de heridos, entre otros, un soldado del regimiento de Córdoba, a quien una bala había atravesado el hombro izquierdo. Venía incorporado en la camilla, y viéndole tan animado, un oficial le preguntó (...)

-¿Sufres mucho?

-*Algo; pero por no haber podido disparar más que un solo tiro.*" (Páginas 176-177).

O el de Alarcón ante la muerte en la batalla: "Un solo grito se oía por cada uno que recibía un balazo; grito sordo, prudente, de resignación, paciencia y heroísmo." (T. I, pág. 87).

La pintura de la guerra, en su faceta de combate, se convierte de forma unánime un reflejo de las virtudes militares españolas, tanto por la depurada estrategia de que hacen alarde sus organizadores, alabados sin medida una y otra vez, como por el arrojo y valor que muestran sus ejecutantes, los cuales se imponen una y otra vez sobre un enemigo superior en número, que también derrocha audacia y valor, que no se da nunca por vencido y que prefiere la muerte a la derrota. A pesar de esto, entre líneas, y a veces manifestado de forma explícita por los narradores, podemos ver que la victoria española se debe en gran medida a las insuficiencias tácticas y armamentísticas del enemigo. Así reconoce Alarcón:

"Esta belicosa raza está dando hoy muestras de su completa impericia militar. ¡Cualquier guerrillero de Europa, con un solo batallón, hubiera disputado días y días el paso por tan quebrado monte a los ejércitos de Jerjes." (T. I, pág. 263).

No hay, empero, el menor distanciamiento crítico. La actuación del ejército expedicionario siempre resulta loable, aun cuando sus victorias parezcan atribuibles a la fortuna y hayan sido precedidas de errores obvios, cual en el caso de la famosa hazaña de Prim en los Castillejos.

Tanto Alarcón como Núñez de Arce en sus respectivas narraciones<sup>126</sup> dejan bien al descubierto que tal acción fue fruto de un previsible descuido estratégico previo, que dejó sin cobertura a unas cuantas unidades. Lo que no impide que ellos pongan el acento en la temeraria proeza individual como paradigma de conducta militar, silenciando el error que la hizo necesaria.

Y con idénticos modos narrativos se transmiten los otros combates y batallas, de forma que, salvo por la mayor o menor extensión que cada uno les dedica, podrían considerarse hijas de una misma pluma. Alarcón en este aspecto, al igual que en casi todos los demás, se muestra más prolijo y exaltado, dotando a sus narraciones bélicas de un vigor y un colorido del que carecen las otras. Además, su afán de cronista total le lleva a hacerse eco de todos los enfrentamientos habidos, tanto de los importantes -que refiere todos- como de las escaramuzas poco significativas. Sólo el combate final, la batalla de Wad-Ras, está ausente de su texto, y esto, debido al mismo motivo que en el caso de Núñez de Arce, porque ambos abandonaron el campo de batalla y regresaron a Madrid con la intención de presionar, desde su posición privilegiada de testigos directos y prestigiosos, para que se aceptasen las condiciones marroquíes, que rebajaban las pretensiones españolas, y alcanzar la pronta paz, dado que determinados sectores de la política eran partidarios de continuar la guerra. Ninguno de ellos lo dice con claridad, pero ambos aluden a esta razón en el final de sus respectivos libros.

En suma, su reflejo del acontecer bélico se aproxima al espectáculo festivo, en la mejor tradición del relato belicista. Incluso el léxico alarconiano apoya esta idea:

"¡Decididamente, hoy es día de gran fortuna para nosotros, pues vamos a tener a un tiempo función por mar y función por tierra!" (T. I, pág. 133).

Tan imponderadas expresiones se extienden a todas las piezas que hacen girar el engranaje de la guerra. Las tropas participan de la misma euforia desmedida de los cronistas, disfrutando de la vida de campaña cual si de unas vacaciones se tratase; acatando las desgracias con estoicismo y acudiendo a una probable cita con la muerte endomingados de

atuendo y de espíritu, rozando en ocasiones la paranoia, según deja ver Dionisio Monedero en sus Episodios militares del ejército de Africa: "¡Cuánto envidié aquel día a los heridos que venían en las camillas y como ya he dicho, hasta a los muertos!", (pág. 120). Y todo ello, a pesar de que las fuerzas expedicionarias fueron víctimas de un sinnúmero de privaciones y padecimientos, en especial del cólera, que causó más bajas que el propio enemigo. Asunto también recogido en los testimonios, e incluso con intenso dramatismo en la narración de Núñez de Arce:

"Desembarcamos en Ceuta sin ningún contratiempo. Aun cuando nadie ignoraba la aparición del cólera en nuestras divisiones, la verdad es que nos sobrecogió a todos el aspecto lúgubre y horroroso que ofrecía la ciudad en el momento de nuestra llegada. No se daba un paso sin tropezar con una camilla, sin ver un rostro lívido y desencajado, donde había impreso su funesto sello la muerte. Ceuta estaba consternada; sus hospitales no bastaban ya a contener el número de enfermos que la epidemia arrancaba diariamente a la vida y a la gloria, y fue preciso habilitar para este servicio hasta los templos." (pág. 149).

Cualquier rastro de abatimiento o pesadumbre en los combatientes queda silenciado, aunque, a veces, por alguna ranura de la narración escapa la enmudecida realidad. Así sucede en el Diario, claro que Alarcón no deja que esto enturbie su tarea:

"Los soldados toman esta vida por el lado alegre, alejando, cuanto les es posible, su imaginación de toda idea lúgubre y dolorosa... Verdad que otras veces, al referirse a su existencia pasada, todos lo hacen con aquel acento de supremo juicio que se emplea en la redacción de los testamentos, cual si ya mirasen el mundo a gran distancia, y hablan de los afectos y de las pasiones con la severa frialdad característica de los ascetas o de los ancianos (...) Prescindamos también nosotros de estas consideraciones, que hoy es día de paz y de contento." (T. I, pp. 75-76).

No hay, por el contrario, una identidad tan absoluta en cuanto al reflejo del marroquí. Las diferencias comienzan en la intensidad de su tratamiento. Algunos -Dionisio Monedero,

por ejemplo- sólo se ocupan de su figura como guerrero, como enemigo, mientras otros dilatan su perspectiva para ver al hombre, no sólo en la guerra, sino en su dimensión cultural e incluso antropológica. No supone esto, empero, una profundización rigurosa, más bien una mirada superficial y achicadora, cuando no un desahogo para ciertas fobias. En general, la visión que del moro ofrecen estos testimonios nace del cruce entre un tanto de admiración hacia el guerrero y otro tanto de desprecio y hasta cierta repugnancia hacia el hombre. No cabe, sin embargo, en estos parámetros Núñez de Arce, cuyas páginas destilan una feroz inquina contra todo lo marroquí, convirtiéndose así en relativa excepción, no tanto por la diferencia de sus juicios cuanto por la exageración con que los expone. Desde una presunción de superioridad cultural y racial no deja parcela de vida o conducta moruna sin reprobación. Los moros por él vistos son producto de una degradación histórica que les ha conducido desde su antaño esplendor a la ignorancia de hoy, a la brutalidad, al atraso, al fanatismo, a la tiranía, a la inmundicia; a una vida inferior y grosera en una tierra "salvaje y maldita". Las ocasiones en que el autor da rienda suelta a su sentimiento de superioridad y a su racismo sin rebozo se hacen casi incontables, pero, posiblemente, ninguna tan cruda y explícita como aquélla en la que les niega hasta la naturaleza humana: "Pueblos como el africano, sólo sienten necesidades materiales; ¿qué significan para ellos las necesidades del espíritu? Satisfácelas suficientemente recitando algunos versículos del Corán", (pág. 287). Hasta el ensueño orientalista -que tan presente está en Alarcón- se desvanece en su texto; lo que era refinamiento se torna vulgaridad y las delicadas vestiduras, andrajos:

"Mostrábase en el terrado una estrambótica figura que así podía ser de hombre como de mujer. Llevaba generalmente los pies calzados con babuchas, la pierna desnuda hasta la rodilla donde terminaban unos pantaloncillos, no precisamente de seda y oro, como se lee en los cuentos orientales, sino de basto percal o grosera lana." (Pág. 266).

En extremo contrario hay que situar a Alarcón, quien en su Diario presenta una mayor variedad de registros. En cuanto al combatiente, más o menos igual que los restantes

testimonios, comienza censurando un fanatismo bélico que les hace optar por la muerte antes que la rendición, y en ese sentido se hacen habituales las consideraciones de incomprensión:

"Esa raza fanática combate por placer o por devoción: no con ilusiones patrióticas ni con plan de campaña, sino porque lo creen su necesidad, su obligación o su destino. Diríase que su fe les trae a nuestro campo a quemar pólvora en honor de su Dios, como nosotros quemamos incienso en los altares (...) Y si tampoco es esto, ¡digo que estas gentes son más aficionadas a matar que las fieras a sus montañas!" (T. I, pp. 94-95).

Reprueba la crueldad y barbarie con que decapitan a los soldados españoles heridos que caen en sus manos, aspecto -en el que aún abunda más Iriarte en su relato- que sólo pone de manifiesto su desconocimiento, al ver ferocidad y primitivismo donde sólo hay estricto seguimiento de los preceptos religiosos musulmanes, que atribuyen la imposibilidad de alcanzar la placentera vida futura a quienes no puedan presentar su cuerpo entero. Este mismo desconocimiento llevará a las tropas españolas a una brutal venganza sobre los marroquíes tras el combate del 25 de noviembre, según señala el propio Diario en uno de sus apéndices:

"Las pérdidas de los moros fueron mucho mayores que las nuestras, pues además de los muertos en la refriega, perecieron otros muchos, cortados después por la rapidez de la marcha de aquellas tropas y pasados a cuchillo sin compasión ...; vengando así la suerte que había cabido a algunos soldados españoles a quienes los bárbaros y crueles marroquíes habían degollado y puesto en cruz." (T. II, pág. 347)<sup>127</sup>.

Brutalidad que no resulta obstáculo para que haga constantes elogios de su bravura y gallardía en el campo de batalla.

Sin embargo, más tarde, con el avanzar de la narración, irá comprendiendo la causa de esa aparente indiferencia ante la muerte y de la irreductibilidad ante la derrota patente, que sólo cabe atribuir a una independencia consustancial a su personalidad individual y colectiva, el orgullo profundo que constituye su idiosincrasia, que el autor evidenciará en reflexiones como:

"La actitud de estos salvajes es sublime. ¡Yo no he visto nunca llevar con tanta nobleza la desgracia! Sufren, y no lloran. Están indignados, y no se encolerizan. Se hallan resueltos a morir todos antes que transigir con nuestras leyes, nuestros ritos y nuestros hábitos, y no manifiestan su decisión con estériles alardes de patriotismo. Ni nos temen, ni nos provocan... ¡Bástales con su propia convicción de que jamás serán nuestros esclavos!/ De todo esto se deduce que los moros son inconquistables por la fuerza; que su libertad de espíritu en el vencimiento los hace y los hará siempre *independientes*." (T. II, pág. 158).

Al final, con una comprensión más sentida, reconocerá que tras esta en apariencia inexplicable conducta no se encierra sino una defensa de su tierra y de sus costumbres consustancial a cualquier hombre: "Debemos confesar que la actitud de los moros ante la invasión española es la misma que adoptamos nosotros con la invasión francesa", (T. II, pág. 249). Acabará sintiendo incluso conmiseración con el derrotado, según muestra tras la victoria española en Samsa: "¡Pobres moros! ¡Tan heroicos como inocentes!". Similar sentimiento provocan en Dionisio Monedero que, más explícito que Alarcón, los ve así tras la derrota:

"Yo, que había ido a la guerra para matar o ser muerto en las lides, no me explicaba la compasión que me causaban aquellos hombres famélicos y casi desnudos, pues desde el momento en que se firmaron los preliminares de la paz, ya no recibían socorro alguno del gobierno del Imperio, y como los más estaban muy lejos de sus hogares no podían subsistir sino merodeando." (Pág. 152).

Semejante fluctuación existe también en el moro como hombre, en el reflejo de su conducta, de sus costumbres y hábitos. Elogía su "profunda y sincera fe religiosa", pero denigra el islamismo, al que considera causa de sus padecimientos sociales y del primitivismo en que vive. Desdeña su condición personal y su proceder individualista por contrarios al avance social; sin embargo, aprecia ciertos rasgos de sensibilidad diferente, por ejemplo, el amor que el marroquí siente por el perfume de las flores, revelador de delicadeza en el carácter. Lo que contrasta con la actitud de Núñez de Arce, que les niega cualquier aptitud

espiritual, escarneciendo su música, sus costumbres y su cultura. En realidad la percepción que Alarcón va recibiendo de Marruecos está mediatizada por las preconcebidas ideas de raíz orientalista y literaria que él desea revivir. Así lo ha señalado con acierto Juan Goytisolo: "La continuada oscilación entre el desprecio al moro real y la fascinación por su imagen idealizada es una constante del Diario de un testigo de la guerra de África y muestra una vez más que la maurofilia literaria y el respeto al adversario vencido y remoto no son óbice para que el autor asuma los prejuicios y tópicos propios de una conciencia engreída con la creencia en su presunta superioridad moral"<sup>128</sup>. De ahí los constantes devaneos poéticos con que filtra la realidad circundante. De tal modo puede comprenderse que la vista de lo que no es sino un vulgar campamento le parezca la encarnación de una fantasía; que la sinuosidad, pobreza y suciedad de Tetuán le fascinen; o que confunda la guerra de África con las cruzadas y se crea el Torcuato Tasso de la edad moderna, como señala en sus Souvenirs su amigo Iriarte:

"Para él Tetuán es Jerusalem, y sus compatriotas son los cruzados; vive en la piadosa ficción en la cual se sume por completo, y al descubrir la ciudad santa desde la altura del cabo Negrón, ha repetido como un creyente los versos que Tasso pone en boca de sus héroes." (Pág. 97).

Más ecuánime y ajustado a la realidad resulta la imagen del moro que presenta Antonio Ros de Olano en sus Episodios militares, mostrándonos el haz y el envés de su carácter en un tono comedido y respetuoso. Pondera su conducta desde el conocimiento y la comprensión hacia el diferente, comparando las "pretenciosas manifestaciones" de la cultura europea con el íntimo recogimiento de la musulmana, e incluso llega a sentirse más cerca de ésta, en la que, saliendo al paso de infundados tópicos, "puede asegurarse que no hay un solo hombre disipado".

Si el musulmán aún goza de alguna consideración, no sucede lo mismo con el judío. Tanto Alarcón como Núñez de Arce -Dionisio Monedero también se ocupa algo de ellos, pero limitándose a describirlos con bastante asepsia- lanzan contra los hebreos sus más punzantes dardos. Su absoluta degeneración externa no es más que pálido reflejo de una oscura



abyección y de una desmedida avaricia, que si hace dudar al autor del Diario de la sinceridad de sus lamentos por las pérdidas que el saqueo de Tetuán les ha ocasionado, no le nubla la certeza de que más tarde son ellos mismos los que están robando en las casas de los moros que han tenido que abandonar la ciudad. No extraña, pues, que la comparación entre ambas razas resulte tan desigual: "¡Cuánta dignidad en el agareno! ¡Qué miserable abyección en el israelita!" Y aún más inmisericorde se muestra Núñez de Arce, que si bien los reconoce portadores de una virtud, ésta es la de su tradicional apartamiento, lo que impide que puedan contaminar a otros pueblos:

"En el corazón de esta degenerada familia hebrea, que vive bajo el techo marroquí, tan baja, tan abyecta, tan cobarde, tan pobre de sentimientos elevados, hay, sin embargo, una cuerda que vibra siempre, sonora y admirable: la fe está unida a su espíritu como el aliento a la vida. La Providencia parece como que la fortaleció en su alma, para que no pudieran asimilarse con las demás naciones; para que siempre tuviese sobre quién recaer la tremenda maldición que los ha esparcido por la faz de la tierra." (Pág. 276).

Leídos hoy, la mayoría de estos libros -hay que exceptuar los Episodios militares de Ros de Olano, que en modo alguno participa de las intenciones comunes a los demás- conforman un muy acertado, por lo que tiene de clarificador y paradigmático, *corpus* del testimonialismo mixtificador, por mucho que algún autor se empeñe en mimetizar su relato mediante prolijas referencias a personajes, batallas, fechas, y otro buen número de aspectos auténticos. Tanta loa al patriotismo belicoso, tanta gloria pasada desempolvada, tanta desmedida evocación literaria, no cabe entenderlos sino acicates para espolear a la opinión pública en determinada dirección, en la de una efusiva adhesión a la guerra, como reconoce Alarcón:

"Canté a mi modo la guerra, y procuré, en fin, inflamar más y más, si esto hubiera sido posible, el entusiasmo del pueblo y del ejército." (T. II, pág. 301).

El mismo o parecido propósito animó sin duda a Núñez de Arce, que, como aquél, escribió su crónica en paralelo al discurrir bélico. La multitudinaria y fervorosa acogida que el

público, ya excitado por políticos y prensa en los momentos previos al inicio de la campaña, dispensó a estos testimonios, y a otros que hubo, debió de servir de ayuda para crear aquel estado de opinión tan favorable como poco meditado hacia la hostilidad. De ahí que, más que de una guerra popular en sí misma, quepa hablar de una guerra popularizada por todos aquellos medios con capacidad para crear opinión pública, que -de manera semejante a lo recreado por Baroja con respecto al desastre del 98 en El árbol de la ciencia- no dudaron en edulcorar e incluso en falsificar la realidad en pro de un presunto patriotismo. Lo que ha sido sostenido con casi total unanimidad por la mayoría de los autores que posteriormente han dedicado páginas a historiar la campaña, desde el imparcial Davis S. Woolman: "Con el apoyo entusiástico de la prensa, la campaña marroquí fue presentada al público -público aquejado de una general apatía- en forma de cruzada religiosa. Una ola de propaganda chauvinista inundó España"<sup>129</sup>; hasta el poco sospechoso de antibelicismo García Figueras: "A través de los poetas, de los literatos, de los artistas y hasta del pueblo mismo, excitadas las fibras del sentimiento heroico de las masas, la guerra de África se idealizó en forma tal que ella constituyó, en definitiva, una página más de nuestro viejo y heroico Romancero"<sup>130</sup>. Tal es el principal mérito, además de aquellos de orden estilístico intrínsecos a cada texto, de estos testimonios, a los que se une más tarde el de Dionisio Monedero en un intento de recordárselo a la generación sucesiva.

Cabe preguntarse si todo ello no refleja una cierta insuficiencia social en la época, ayuna de enfoques críticos y de opiniones discrepantes que, o por no existir o por impedimentos para difundir sus postulados, no nos permite hoy tener otras visiones de la guerra de África distintas de este ensalzamiento epopéyico -"Romancero de cartón-piedra", en palabras de Juan Goytisolo al referirse al Diario de Alarcón<sup>131</sup>- a que nos empujan sus testigos, tal y como más tarde sucedería con posteriores conflictos en Marruecos, que si desde el punto de vista histórico, militar y social resultaron mucho más desdichados, desde la perspectiva del testimonialismo literario gozaron de mayor fortuna, ofreciendo una considerable riqueza y variedad de percepciones.

## NOTAS.

1. Por lo que respecta a esta obra y a la de Rafael del Castillo, utilizo como fecha de inicio de la publicación la que figura en la portada de cada uno de los libros, pues sólo he podido consultarlas como volúmenes completos y no en los cuadernillos correspondientes a las entregas originales, que ignoro si existen hoy. En cualquier caso, aunque en el contenido de ambas se ofrezcan datos que parecen corroborar sus respectivas dataciones iniciales, éstas deben aceptarse con cierta reserva, dado que, como sostiene Juan Ignacio Ferreras (La novela por entregas 1840-1870. Madrid, Taurus, 1976): "Toda novela por entregas que se respete no lleva nunca fecha, y aun en el caso rarísimo de que la lleve, hay que calcular según el número de entregas, el tiempo de publicación de la misma."

2. El honor de España. Episodios de la guerra de Marruecos. Madrid, Impr. de Antonio Gracia y Orga, 1859, pp.521-526.

3. Fue editado en Madrid, Impr. Nacional, 1859 2ª. Esta segunda edición -único ejemplar que he podido encontrar, en la Biblioteca Nacional de Madrid, incompleto, le faltan las primeras veintiocho páginas- debió de ser consecutiva a la primera, teniendo en cuenta las fechas del asunto desarrollado en su texto.

4. Aquí, y en adelante, utilizo el término "moro" como estricta denotación léxica, por ser el vocablo con que más habitualmente viene designándose a los naturales de Marruecos en estos y otros libros que iré comentando en páginas posteriores, sin que de ello deba desprenderse ninguna connotación irrespetuosa o peyorativa por parte de quien esto escribe hacia los habitantes de aquel país o, por extensión, hacia los practicantes de la religión musulmana o los miembros de la raza árabe.

5. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

6. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

7. Ninguna información he podido recabar sobre este autor.

8. Sobre el que tampoco poseo ninguna información.

9. O, dada la dificultad para acceder a este tipo de textos, no encontradas por mi propia negligencia.

10. Madrid, Cátedra, 1979.

11. Pág. 286.

12. Instituto Nacional del Libro Español, Exposición de libros españoles sobre historia de Africa. Madrid, Gráficas González, 1947, pág. 54.

13. Utilizo el término en su acepción de disposición lineal del argumento y opuesto a "trama", siguiendo la oposición terminológica establecida por Tomashevski, en su Teoría de la literatura (1925), y adoptada por otros muchos teóricos de la literatura con posterioridad.

14. Ideología del folletín español. Wenceslao Ayguals de Izco. Madrid, Porrúa Turanzas, 1979, pág. 185.

15. Desconozco si tal segunda parte llegó a escribirse. No he encontrado ninguna referencia al respecto.

16. La novela por entregas 1840-1870. Madrid, Taurus, 1976, pág. 31.

17. Hinterhäuser, Hans, Los "Episodios nacionales" de Benito Pérez Galdós. Madrid, Gredos, 1963, pág. 338, (Traducción al español de Die "Episodios nacionales" von Benito Pérez Galdós. Hamburg, 1961).

18. España y Marruecos. Historia de la guerra de Africa escrita desde el campamento. Cádiz-Madrid, La Publicidad-D.S. Monserat, 1859-60.

19. El honor de España, pp. 365-366.

20. La toma de Tetuán, pág. 208.

21. El honor de España, pág. 319.

22. El honor de España, pág. 56.

23. El honor de España, pág. 194.

24. El honor de España, pág. 246.

25. El honor de España, pág. 890.

26. Ibidem., pp. 328, 168, 190 y 168 respectivamente.
27. El honor de España, pág. 194.
28. La cruz y la media luna, pág. 474.
29. La toma de Tetuán, pp. 112-113.
30. Ibidem., pág. 172.
31. La cruz y la media luna, pp. 156-157.
32. La toma de Tetuán, pág. 109.
33. El honor de España, pp. 355 y 369.
34. El honor de España, pág. 341.
35. El honor de España, pág. 296.
36. La toma de Tetuán, pp. 18-19.
37. El honor de España, pág. 803.
38. La toma de Tetuán, pág. 7.
39. La novela popular española del siglo XIX. Madrid, Fundación Juan March-Ariel, 1976.
40. La novela por entregas 1840-1870, pág. 249.
41. El honor de España, pág. 372.
42. El honor de España, pág. 101.
43. El honor de España, pág. 13.
44. La cruz y la media luna, pp. 357-358.
45. Ideología del folletín español: Wenceslao Ayguals de Izco, pág. 184.
46. La novela por entregas 1840-1870.
47. El honor de España, pág. 301.

- 48.La toma de Tetuán, pág. 167.
- 49.El honor de España, pág. 207.
- 50.El honor de España, pág. 930.
- 51.*Ibidem.*, pág. 579.
- 52.*Ibidem.*, pág. 43.
- 53.*Ibidem.*, pág. 49.
- 54.La cruz y la media luna, pág. 493.
- 55.La cruz y la media luna, pág. 66.
- 56.El honor de España, pág. 521.
- 57.La toma de Tetuán, pág. 167.
- 58.La novela por entregas 1840-1870.
- 59.La novela popular española del siglo XIX.
- 60.La toma de Tetuán, pág. 50.
- 61.El honor de España, pág. 959.
- 62.La cruz y la media luna, pág. 489.
- 63.La toma de Tetuán, pág. 129.
- 64.La novela popular española del siglo XIX, pág. 160.
- 65.La novela por entregas 1840-1870, pp. 248-249.
- 66.La cruz y la media luna, pág. 49.
- 67.La toma de Tetuán, pág. 173.
- 68.La novela por entregas 1840-1870.
- 69.Recuerdos centenarios de una guerra romántica.

70. Entre otros, Charles de Iriarte, Sous la tente. Souvenirs du Maroc. Recits de guerre et de voyages. París, 1863 (Traducido al español como Recuerdos de la guerra de Africa. Barcelona, B. Casterllá, s.a.); Julio Romano, Pedro Antonio de Alarcón. El novelista romántico. Madrid, Espasa Calpe, 1933; Luis Monguió, "Crematística de los novelistas españoles del siglo XIX", Revista Hispánica Moderna. XVII, 1951, pp. 111-127; Tomás García Figueras, Recuerdos centenarios de una guerra romántica. Madrid, CSIC, 1961; Gonzalo Torrente Ballester, Panorama de la literatura española contemporánea. Madrid, Guadarrama, 1965, (1ª ed., 1957); Enrique Pardo Canalis, Pedro Antonio de Alarcón. Estudio y antología. Madrid, Compañía bibliográfica española, 1965; Armando Ocano, Alarcón. Madrid, EPESA, 1970; o Luis Morales Oliver, "La guerra de África en Pedro Antonio de Alarcón", Archivos del Instituto de estudios africanos. Madrid, CSIC, núm. 54, s.a.

71. Ideología del folletín español: Wenceslao Ayguals de Izco, pag. 167.

72. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

73. En "Aita Tettauen", La Gaceta de Africa. Número extraordinario dedicado a la obra de España en Marruecos. Tetuán, enero de 1935.

74. Los "Episodios nacionales" de Benito Pérez Galdós. Madrid, Gredos, 1963.

75. Madrid, Estanislao Maestre, 1920.

76. El aporte documental con que contó ha suscitado un considerable interés por parte de estudiosos y crítica. A tal efecto, además de las obras ya citadas de Ruiz Orsatti y Hinterhäuser, pueden verse: dos artículos de Robert Ricard, "Note sur la genèse de l'Aita Tettauen de Galdós", Bulletin Hispanique. XXXVII, 1936, pp. 473-477 y "Cartas de Ruiz Orsatti a Galdós acerca de Marruecos (1901-1910)", Anales Galdosianos. Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1968, t. III, pp. 99-117; Tomás García Figueras, Recuerdos centenarios de una guerra romántica. Madrid, CSIC, 1961; Antonio Regalado García, Benito Pérez Galdós y la novela histórica española. Madrid, Ínsula, 1966; R. Cardona, "Apostilla a los Episodios nacionales de B. Pérez Galdós, de Hans Hinterhäuser", Anales Galdosianos, Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1968, t. III, pp. 119-142; y Juan Bautista Vilar Ramírez, "Galdós y los judíos de Aita Tettauen", Africa. Madrid, núm. 358, 1971, pp. 8-10.

77.Obra cit., pág. 429.

78.An introduction to the "Episodios nacionales" of Galdós. New York, Las Américas, 1967, pág. 148.

79.Crónicas sarracinas. Barcelona, Ruedo Ibérico, 1982, pp. 63-64.

80.Vida y obra de Galdós (1843-1920). Madrid, Gredos, 1970 3ª (1ª ed., 1951), pág. 259.

81.Aita Tettauen. Madrid, Obras de Pérez Galdós, 1905. (Todas las citas que menciono están tomadas de las obras completas, 2ª edición, publicadas por Aguilar), Vol. IV, pág. 566.

82.Obra cit., pag. 239.

83.Obra cit., pág. 165.

84.Obra cit., pág. 161.

85.Carlos VI en La Rápita. Madrid, Sucesores de Hernando, 1905. (Al igual que en el otro título, todas las citas que menciono están tomadas de las obras completas, 2ª edición, publicada por Aguilar), vol. IV, pág. 700.

86. Madrid, Gaspar y Roig, 1959 (Todas las citas pertenecen a la décima edición, publicada en Madrid por Sucesores de Rivadeneyra en el año 1931), t. I, pág. 170.

87.Los "Episodios nacionales" de Benito Pérez Galdós.

88.An introduction to the "Episodios nacionales" of Galdós.

89.Aita Tettauen, pág. 652.

90.Obra cit.

91.Galdós, t. III.

92.Carlos VI en La Rápita, pág. 676.

93."Galdós y los judíos de Aita Tettauen", pág. 10.

94.Benito Pérez Galdós y la novela histórica española, pág. 429.



- 95."Vicisitudes del mudejarismo", Crónicas sarracinas, pág. 65.
- 96.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.
- 97.Obra cit., pág. 36.
- 98.Ver apéndice de narradores para información sobre la autora y su obra.
- 99.Recogidas en su libro Deudas pagadas. Madrid, Impr. del Establecimiento de Mellado.
- ~~100.El cuento español en el siglo XIX~~. Madrid, CSIC, 1949, pág. 274.
- 101."Deudas pagadas", obra cit., pág. 35, nota.
- 102.Javier Herrero, Fernán Caballero. Un nuevo planteamiento. Madrid, Gredos, 1963.
- 103.Cómo se analiza una novela. Madrid, Alhambra, 1983.
- 104.Autor sobre el que carezco de cualquier información.
- 105.En El Museo Universal. Núm. 25, 18 de junio de 1865.
- 106.No poseo información alguna sobre su figura y obra.
- 107.Blanco y Negro. Núm. 129, 21 de octubre de 1893.
- 108.Blanco y Negro. Núm. 159, 19 de mayo de 1894.
- 109.Tampoco poseo información sobre su persona y posible obra literaria.
- 110.Sobre quien tampoco poseo información alguna.
- 111.Blanco y Negro. Núm. 248, 1 de febrero de 1896.
- 112.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.
- 113.Carlos Iriarte, Recuerdos de la guerra de Africa. Bajo la tienda. Barcelona, B. Casterllá, s.a. (versión española de Sous la tente. Souvenirs du Maroc. Recits de guerre et de voyages).

Paris, 1863). Para todas las citas utilizo la traducción española.

114. Para más información sobre este aspecto, pueden consultarse, entre otras fuentes: Iriarte, obra cit.; Julio Romano, Pedro Antonio de Alarcón, el novelista romántico. Madrid, Espasa Calpe, 1933; Luis Monguió, "Crematística de los novelistas españoles del siglo XIX", Revista Hispánica Moderna. XVII, 1951, pp. 111-127; Tomás García Figueras, Recuerdos centenarios de una guerra romántica. Madrid, CSIC, 1961; Armando Ocano, Alarcón. Madrid, EPESA, 1970; o Luis Morales Oliver, "La guerra de África en Pedro Antonio de Alarcón", Archivos del Instituto de Estudios Africanos. Madrid, CSIC, núm. 54, s.a.

115. T. I, pág. 10.

116. Gaspar Gómez de la Serna, España en sus Episodios Nacionales. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1954, pág. 31.

117. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

118. Recuerdos centenarios de una guerra romántica.

119. Más tarde, en 1886, fue incluido, junto con otras obras del autor, en el volumen denominado Miscelanea literaria.

120. Pág. 164. Todas las citas corresponden a la edición incluida en Miscelánea literaria. Barcelona, Biblioteca "Arte y Letras", 1886.

121. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

122. En Madrid, en la imprenta de Manuel Ginesta.

123. En Burgos, en la imprenta de sucesores de Arnaiz.

124. Carezco de cualquier información sobre el autor.

125. Su conciencia parece removerse ante el patético espectáculo que la contienda origina: "D. Juan de Molins y Cabanayes, del cuerpo de artillería, ha muerto de un balazo en la cabeza (...) De continuo tuve ante mis ojos el brazo que colgaba fuera de la camilla. Es la primera vez que comprendo cuánta sangre y lágrimas

se encierra en esa palabra horrible ¡guerra!", pp. 12-13 de la edición española.

126. Y otro tanto sucede en la de Iriarte.

127. Este no es el único testimonio de la brutalidad de los españoles que, aunque poco aireada, también se puede entrever en otras narraciones. En la de Charles de Iriarte se menciona el trato dispensado a la cabila de Anyera:

"Se les han quemado las mieses, cortando por el tronco los árboles frutales que mantenían a esas tribus; hasta los manantiales han sido cegados para lograr la dispersión de las hordas que se agrupaban en aquellas abrupteces", (pág. 16).

Y también Dionisio Monedero, en sus Episodios militares, da cuenta de este tipo de acciones:

"Les habíamos causado tantas desdichas persiguiéndolos por todas partes y sembrando el exterminio y el espanto en sus propios lares", (pág. 152).

128. "Cara y cruz del moro en nuestra literatura", Crónicas sarracinas, pág. 19.

129. Abd el-Krim y la guerra del Rif.

130. Recuerdos centenarios de una guerra romántica.

131. Crónicas sarracinas, pág. 67.

## II. DOS CAMPAÑAS DE TRÁNSITO: 1893 Y 1909.

Frente al interés literario en general, y narrativo en particular, que suscitó la guerra de África, las dos contiendas de 1893 y de 1909 no debieron de resultar estímulo suficiente para la inspiración de los narradores, a tenor de la escasa cosecha que tras ellas pudo recogerse. Bien es verdad que ninguna de las dos concitó el fervor popular ni el aspaviento patriótico de aquélla. La primera, a pesar de que amplios sectores de la prensa se aprestaron a desempolvar los ritmos del patriotismo marcial<sup>1</sup> y del importante desplazamiento de fuerzas peninsulares que acarreó, quedó reducida a un conflicto menor en todos los sentidos, cuyo más llamativo acontecimiento lo constituyó la muerte del gobernador militar de Melilla, el general Margallo, de ahí que en adelante se la conociera como guerra de Margallo. Los pocos acercamientos de la prosa de ficción a este suceso hay que considerarlos más bien pretextos de los autores para desarrollar otros asuntos, dentro de los cuales la presencia de la guerra sólo semeja motivo anecdótico o adecuada ambientación.

Mientras que la segunda, acaecida cuando las coordenadas históricas españolas eran ya muy distintas y lo militar no podía considerarse un valor en alza, alcanzó eco entre numerosos sectores de la población, claro está que por su neta impopularidad y por las sangrientas consecuencias sociales que de ella se derivaron, sin embargo, esto tampoco se canalizó en un adecuado reflejo literario. Lo que no resulta extraño, teniendo en cuenta que la mayor parte de la considerada literatura seria -léase, por ejemplo, el grupo denominado modernista y la llamada generación del 98- andaba embarcada por aquellos días en una renovación estilística bastante alejada, en sus presupuestos y temas, de cualquier testimonialismo del momento, cuando no rumiando todavía los desastres coloniales de fin de siglo e interrogándose sobre el ser de España. Su escasa repercusión narrativa ha quedado reducida a algunos relatos breves que creadores de segunda o tercera fila escribieron para colecciones populares.

Dentro de la historia de la narrativa de las guerras de Marruecos, los frutos de estas campañas vienen a constituir un mero enlace entre la mediana -en cuanto a la cantidad- producción que generó la campaña de 1859-60 y la muy abundante y variada nacida al calor del largo conflicto posterior.

### 1. La guerra de Margallo.

Atendiendo a la cronología de publicación<sup>2</sup>, tan sólo tres cuentos aparecen en el periodo que puede considerarse contemporáneo a la campaña. A una segunda etapa, ya a notable distancia temporal de los sucesos, pertenecen Del cuartel y de la guerra, de Manuel Ciges Aparicio, libro a medio camino entre lo novelesco y el testimonialismo, y una novela de aventuras, Antonio Real y Real (Media Peseta).

Del mismo año del conflicto, 1893, es El pacto con la comadre<sup>3</sup>, de José ZAHONERO<sup>4</sup>. Cuento de carácter popular, en el que la burla del islamismo y la exaltación patrioter española se dan la mano. Su argumento promete alguna originalidad en su disparatado comienzo: una charla en el infierno entre el diablo y su "compadre" Mahoma, en la que aquél encarga a éste que azuce a sus fieles para que entren en guerra con España. Las expectativas, sin embargo, pronto se disipan, el relato pierde su frescura y humor iniciales, y pasa a narrarnos una historia tan sintética como insustancial: la peripecia de Juan Lanás, personaje que, tras haber superado una grave enfermedad, vive en la creencia de que la muerte no acude hasta que uno no la convoca. Su animosidad y convicciones hace superar a Juan cuantos reveses le depara la vida. Comienza la guerra y, por su condición de reservista, es llamado a filas. Allí acude pletórico de optimismo y confianza, hasta que en medio de un combate, cuando entre sus compañeros comienzan a manifestarse los síntomas del desánimo, comprende que ha llegado el momento en que la muerte merece ser llamada y, buscando servir de ejemplo a los restantes soldados, se lanza el primero contra el enemigo, haciendo que su creencia se convierta en realidad. De tal actuación, el diablo y Mahoma extraen la siguiente conclusión: "la raza española se rehace y revive por su amor a la muerte", macabra moraleja

del cuento, que, si la distancia temporal no lo impidiese, hubiera hecho recelar al mismísimo José Millán Astay sobre la precaria originalidad de su más difundido patrimonio ideológico y cultural.

La narración se articula de la manera más tradicional, en tres secuencias: un planteamiento, el encargo del diablo a Mahoma; un nudo, lo que acontece a Juan Lanas; y un desenlace con moraleja. El registro lingüístico, sin distinción entre el correspondiente al narrador y el de los personajes, remite a una literatura de carácter popular deseosa de conseguir el agrado de un público poco exigente. A tal fin, el primero adereza su discurso con expresiones de coloquialismo oral: "ardiendo estaba la tierra en cierto día de un caluroso verano; ¡calculad cómo estaría el infierno, que ya de suyo es tierra caliente!"; "pues, señor, ésta era la preocupación de Juan Lanas y no había quien se la quitara". Así como bromas fáciles y de simplona factura: "[Mahoma] dio un salto, alzó una pata al aire y arrojó por él una babucha, que vino a caer en uno de los cuernos del diablo". En los segundos, se acentúan aún más estos rasgos de habla, sobre todo en Mahoma y en el diablo, que hacen gala de una oratoria cuajada de frases hechas y de réplicas tan chuscas como: "-¡Vaya, morito, tú te estás mamando el dedo! ¡Naciste ayer!" o "-(...) te viniste maldiciendo del vino, y eso no se le ocurre ya ni al que asó la manteca". Tono humorístico del que se sirve el autor para lanzar una burda mofa, una caricatura carente de toda agudeza, sobre el islamismo y su profeta a lo largo de todo el relato, el cual, sin embargo, se torna altisonancia patrioterica cuando se refiere al ejército español:

"Entonces sintió Juan en su pecho todo el calor de su raza; no la débil angustia de la desesperación, sino una viril y fiera alegría que le hizo (...) saltar el encrestado borde de una trinchera, y allí llamar a la muerte con todas las energías de su alma (...) murió cumpliendo con el más noble y más vehemente deseo que había sentido en su vida."

En suma, un cuento que abunda en los consabidos lugares comunes de la superioridad de creencias religiosas y actitudes personales del español sobre el marroquí, escrito con trazo

grueso y atento a unos objetivos que, según se desprende de su texto, más parecen atender a la circunstancia del momento que al logro artístico.

Leopoldo Alas, *CLARÍN*<sup>6</sup>, único narrador de reconocida talla que se acercó a esta campaña, la toma como motivo para dos de sus cuentos. Más que relatos sobre la guerra, ésta se convierte en excusa útil para que el escritor asturiano ponga de relieve algunos modos o conductas sociales censurables.

El primero de ellos, El sustituto, aparecido en 1893<sup>6</sup>, y con posterioridad incluido en la colección denominada Cuentos morales<sup>7</sup>, aborda un asunto no extraño en su obra: el servicio militar, abordado ya desde perspectiva diferente en su muy famoso ¡Adiós, Cordera!. La anécdota refiere como Eleuterio Miranda, hijo único de un propietario rural, ha eludido sus obligaciones militares, que suponían un destino en Marruecos durante la campaña, mediante la compra de un sustituto pactada entre su padre y Ramón, uno de los hijos de una mísera arrendataria de aquél. Los responsables del ayuntamiento del pueblo han solicitado a Eleuterio que, en su condición de poeta, escriba unos versos para el acto público que están organizando con objeto de recaudar fondos para la guerra. Mientras lo está haciendo se acuerda de Ramón con vergüenza y remordimientos. Nada más acabar la fiesta municipal, parte para Málaga con la intención de incorporarse al ejército de cualquier forma. Allí encuentra a su sustituto moribundo. Ramón muere en brazos de Eleuterio y éste acude a Melilla, donde, con la connivencia del capitán y de toda la compañía, ocupa el lugar y suplanta la personalidad de su sustituto a todos los efectos. Llegada la ocasión, Eleuterio busca la muerte en una acción heroica. Muere bajo la personalidad de Ramón Pendones, el sustituto, sobre quien recaen todos los honores, ascenso y medalla pensionada, cuya cuantía recibirá su pobre madre. Entretanto, Eleuterio Miranda -con su auténtica entidad- también ha encontrado la muerte en la guerra, pero en este caso oscura y anónima.

Cuento contra la discriminación que a la hora de ir a la guerra se establece entre los que tienen algunos posibles y los desheredados de cualquier fortuna. El relato se organiza en dos secuencias, marcadas por el espacio -el pueblo, en la primera, y el viaje y Marruecos en la

segunda- y por la actitud del protagonista, cuya mala conciencia en la primera parte se resuelve en abnegación y heroísmo en la segunda. No obstante, El sustituto no se queda sólo en esto, sino que, como es habitual en el autor, la narración remite a otros múltiples asuntos, secundarios, a menudo nada más que insinuados o sugeridos con algunas pinceladas, pero de suma importancia, los cuales configuran un mundo rico en matices y detalles, capaz de dar profundidad al relato. Acaso a esto se refiera Baquero Goyanes cuando comenta los deseos literarios del autor: "*Clarín* preconiza y anhela lo que él llama la novela poética (...) lo que (...) probablemente deseaba era una novela en la que el lirismo emanase no del ropaje verbal, sino de la misma trama, de la desnuda acción"<sup>8</sup>. Entre estos elementos cabe mencionar, por su peso dentro de la narración, la propia literatura -otro aspecto temático no infrecuente en la obra de Leopoldo Alas-, que aquí se presenta cargada de sentidos irónicos, e incluso, en alguna ocasión, sarcásticos. De la inicial parodia, vemos al protagonista afanado en la búsqueda de rimas que perfilen su pensamiento con justeza, o la ironía humorística, la poesía no ha podido librar a Eleuterio del servicio militar: "lo de poeta lírico no era exención suficiente"; se pasa a la influencia de la literatura en la elevación del tono moral del protagonista, deviene el acicate que despierta la mala conciencia en Eleuterio; finalmente será el motor de su más que honorable redención. Llegados a este punto, la conducta del personaje imita la ficción y no la realidad, aquélla constituye un modelo sin duda más noble que ésta, al escribir sus mejores versos con el ejemplo de su propia muerte: "No en vano era, además de valiente, poeta (...) sus recuerdos de la Iliada, del Ramayana, de la Eneida, de los Lusiadas, de la Araucana, del Bernardo, etc., etc., llenaron su fantasía para inspirarle un *bell morir*." La literatura ha elevado a Eleuterio sobre la indignidad que injustas normas sociales y su origen familiar le reservaban. La poesía establece al cabo distinciones morales entre los individuos, según se desprende de la bella metáfora que encierra la doble moraleja final:

"Era verdad. Eleuterio fue exagerado [en su sacrificio]. Pero no hay que olvidar que era poeta; y si la mayor parte de los señoritos que pagan soldado, un soldado que



muera en la guerra, no hacen lo que Miranda, es porque poetas hay pocos, y la mayor parte de los señoritos son prosistas."

No olvida *Clarín* la vertiente realista, al reflejar la vida de los campesinos. Miserable existencia para todos, para los pequeños arrendadores, que, como don Pedro Miranda, no disponen de la cantidad necesaria para pagar la redención a metálico de su hijo. Y mucho más infortunada aún para los desdichados arrendatarios, que, como María o su hijo Ramón, se ven obligados a vivir en la más absoluta penuria y a pagar las deudas con su propia vida. Tampoco falta el crítico juicio, aunque sólo se haga presente en fugaz aparición, sobre la política de la época: "Como no mandaban entonces los del partido de Miranda, sino sus enemigos, ni en el Ayuntamiento ni en la Diputación provincial hubo manera de declarar a Eleuterio inútil para el servicio de las armas". Y, por supuesto, la guerra, enfocada desde una irónica lucidez: "Era el caso que estaba la patria en un grandísimo apuro, o al menos así se lo habían hecho creer a los del pueblo de Miranda."

Las escasas páginas de este breve relato resultan suficientes para que Alas dote a sus personajes de una humanidad capaz de dejar poso en el lector. Con muy acertado trazo diseña a su protagonista, Eleuterio Miranda, al que conocemos desde su interior merced a una depurada técnica, la cual permite al narrador simultanear un punto de vista externo -en la presentación del personaje- con otro coincidente con el pensamiento íntimo de Eleuterio, cuando éste ya ha llegado al punto de reflexión que aquél considera adecuado. Lo encontramos primero enfrascado en la composición poética, malhumorado por su disyuntiva interior; luego, peleando con el fantasma de Ramón, el sustituto, cuyo recuerdo no puede apartar ni echando mano a Don Quijote; poco después, cuando ya no hay bálsamo que alivie su zozobra, su pensamiento alcanza el grado de inflexión necesario para modificar su conducta futura -y el devenir de la narración, que encuentra aquí su eje-, llegando al lugar donde se identifica con el del narrador, que, tras un monólogo mental de Eleuterio -marcado con comillas-, recupera el discurso: "Rasgo la oda, o elegía, *que era lo más decente que, por lo pronto, podía hacer en servicio de la patria* [subrayado mío]". El comentario destacado puede

atribuirse tanto al contenido mental del narrador como al del protagonista. Alcanzar este momento ha requerido una elaborada preparación. En la parte precedente, *Clarín* ha ido sembrando la narración de sutiles detalles. En un principio, por ejemplo, la reiterada acción de Eleuterio mordiéndose las uñas. Con posterioridad, las repetidas alusiones a la condición débil y enfermiza de Ramón, y, sobre todo, a su apodo: *el gallina*, lo que por un lado ha ido manifestando la creciente ansiedad del personaje y, por otro, ha servido para dirigir los sentimientos del lector en la dirección que él deseaba, de forma tal que la opción escogida por Eleuterio parece la única honrada.

Tampoco se descuidan los personajes secundarios, a pesar de su mínima presencia. El autor tiende una mirada de compasiva ternura hacia los más desfavorecidos, hacia los pobres y débiles como María o su hijo Ramón, cuya calamitosa situación social roza en ocasiones lo lacrimógeno. Más difuminado queda don Pedro, el padre de Eleuterio, un terrateniente menor que, a pesar de disfrutar de una posición económica más desahogada, también acusa los malos tiempos que corren. Aunque sus figuras no se contraponen, *Clarín* matiza su toma de postura: "María Pendones tenía que pagar las rentas atrasadas o... dejar la finca (...) A esto lo llamaba *disyuntiva* don Pedro, y María *el acabóse* [subrayados del autor]."

No se trata, en definitiva, de un cuento directamente enraizado en la guerra, pero su fronteriza relación le sirve al narrador asturiano para ponerla en solfa, denunciando tanto su propia iniquidad como las desgracias que acarrea. A la vez, elabora la más acabada obra, desde el punto de vista artístico y literario, sobre esta campaña.

La segunda de las narraciones breves de Leopoldo Alas lleva por título Don Patricio o el premio gordo en Melilla, incluido también en la colección Cuentos morales, de 1896. Su mínimo argumento refiere una sencilla anécdota acerca de un indiano tan rico como avaro, Don Patricio, al que sus conciudadanos instan a que aporte alguna ayuda para los heridos de Melilla. Él se zafa del compromiso proponiendo que todos jueguen a la lotería de Navidad, y los que resulten agraciados con el premio gordo entreguen la mitad de la cantidad para los heridos. Como contribución a la causa asegura que ha comprado un billete entero. El día del

sorteo, los del Círculo de recreo le intentan gastar una broma haciéndole creer que él afortunado ha sido él. Don Patricio revela entonces que no jugaba cantidad alguna.

Su conexión con la guerra, según puede verse, aún resulta bastante más remota y periférica que la de El sustituto; en realidad, no va más allá de una mera cuestión circunstancial. Tampoco, ni por su planteamiento ni por sus logros, alcanza la altura de aquél, incluso se hace difícil incluirlos dentro del mismo género, pues, como apunta Baquero Goyanes: "No es propiamente un cuento, sino un cuadro más de la galería de tipos grotescos y casi simbólicos que son *Cuervo*, *Don Urbano*, *Doctor Pértinax*, *Doctor Sutilis*, etc."<sup>9</sup>

Manuel CIGES APARICIO<sup>10</sup> publica en 1906 El libro de la crueldad: Del cuartel y de la guerra<sup>11</sup>, perteneciente al ciclo del autor denominado Los cuatro libros. Obra que ha suscitado entre la crítica una cierta controversia en cuanto a su género. Ya Gómez de Baquero en una reseña de la época lo considera "relato autobiográfico (...) tal vez algo novelado en la composición y en sus episodios"<sup>12</sup>. Estos dos elementos, autobiografía y novela, han dividido a los comentaristas posteriores, de tal forma que mientras, por ejemplo, Eugenio G. de Nora<sup>13</sup> y Cecilio Alonso<sup>14</sup> lo incluyen dentro de los relatos testimoniales autobiográficos pero no novelescos; Víctor Fuentes<sup>15</sup> y Jesús Arribas<sup>16</sup> no dudan en tomarlo como una novela, al igual que los restantes libros de esta serie. Los primeros apoyan su tesis en la intención del autor, que según señala Nora es: "traspasar la superficie de los hechos, pero en modo alguno recrearlos estéticamente en novelas". Mientras que éstos atienden más a la estructuración formal del libro y al concepto que del género novelesco se tenía en la época, como señala Arribas: "Responden efectivamente [la serie de Los cuatro libros] a la estructura de la novela, tal como entonces se entendía, porque el autor somete la anécdota a un proceso de descripción, narración y diálogo fácilmente reconocible para el crítico y el lector". No estimo fundamental para los objetivos perseguidos en estas páginas la adscripción del libro a uno u otro género, teniendo en cuenta que sólo en un fragmento del mismo se refieren los acontecimientos de la guerra de Melilla del año 93 y, en consecuencia, no voy a aventurarme en comentarios totales de la obra que distraerían la atención del asunto aquí tratado. Sin

embargo, me inclino más a pensar que hay sobradas razones para considerarlo un texto de carácter autobiográfico-testimonial, atendiendo a la evolución histórica que este género ha ido teniendo, en el que no resultan infrecuente los artificios de índole novelesca tanto en la configuración de los personajes como en las tramas urdidas, baste recordar La forja de un rebelde, de Arturo Barea, al que más adelante me referiré<sup>17</sup>.

La serie Los cuatro libros compone una suerte de retrato de la España finisecular y de comienzos del presente siglo, escritos de forma visceral y descarnada, sin concesiones ni contemporización de ningún tipo con un sistema y unos personajes fundamentalmente ineficaces y corruptos. Se parte del relato autobiográfico para hacerlo trascender hasta la radiografía social, en la que el autor se convierte en "testigo de cargo"<sup>18</sup> de la época reflejada. Este cometido testimonial se complementa como una suerte de acceso a la experiencia social del protagonista, en cuanto que su figura no se limita a la de mero testigo de lo que está narrando, sino que en su otra faceta dentro del texto, como personaje, cada acontecimiento va dejando huella y conformando su personalidad.

Del cuartel y de la guerra es el tercer libro de la tetralogía; sin embargo, en el orden cronológico del relato ocupa el primer lugar, aunque en un paréntesis de este periodo se enmarque el segundo, Del hospital. Refiere la experiencia militar de Ciges Aparicio entre los años 1893 y 1896: su incorporación a filas, la vida cuartelera peninsular y las campañas de Melilla y Cuba. Constituye un duro alegato contra el sistema militar en su conjunto. Desde la legislación por la que se rige: "salvaje Código militar, baldón de los hombres, protección de todas las tiranías"<sup>19</sup>; hasta los miembros que de él forman parte, entre los que la justicia y nobleza de espíritu hay que considerarlos atributos de excepción dentro del cuerpo de oficiales y jefes. No olvida tampoco dar cuenta de la corrupción y el robo como prácticas habituales; o de la absurda, ineficaz y brutal pedagogía imperante; del cultivo de la apariencias frente a la eficacia real, que se manifiesta desde la limpieza personal hasta las operaciones bélicas; o de la deplorable existencia del soldado en filas, víctima de constantes abusos y humillaciones físicas y psicológicas, de una pésima alimentación, de unas menos que

inadecuadas condiciones higiénicas y sanitarias, y de una nula calidad de vida. Todo este cuadro de horrores se completa con la perversa instrucción ideológica que, con la peculiar pedagogía militar y con el ejemplo observado, va anidando en el ánimo del soldado, en lo cual cifra Ciges la razón del absoluto divorcio entre lo civil y lo castrense:

"Poco a poco le han imbuido [a la tropa] la idea de que el militar es superior al paisano (...) Algunos meses bastan para que el soldado sienta desprecio del hombre civil. ¿Qué será del que ha convertido en carrera su adhesión al ejército?" (Pág. 109).

Libro, pues, cuyas páginas encierran un alegato antimilitarista sin rebozo alguno. Planteamiento que no deriva de sesudas y meditadas reflexiones sino de la experiencia más epidérmica, de la crueldad cotidiana y de la rebelión contra la injusticia.

De la campaña de Melilla se ocupa en la denominada segunda etapa, de las cuatro que forman Del cuartel y de la guerra. Posiblemente resulte la parte menos jugosa de la narración, en buena medida por la propia futilidad de aquel conflicto, que contrasta con el mucho más interesante relato de la guerra de Cuba que refiere en las páginas siguientes. La unidad en la que se encontraba encuadrado Ciges llegó a Melilla en noviembre, cuando las refriegas ya habían acabado casi del todo, y su visión se centra en dos aspectos: las pésimas condiciones de vida del soldado y la arrogancia y fatuidad de los generales y jefes. Por lo que respecta al primero, el narrador continúa observando -y padeciendo- un ineficaz y ridículo sistema que obliga a vivir a la tropa en la indigencia: mal calzados, mal vestidos y maltratados. Y por encima de estas desventuras, aún ha de soportar las que impone el propio teatro de operaciones: la carencia de agua en especial, que tampoco se suple con un adecuado aprovisionamiento. La sed obliga a beber de pozos putrefactos y, junto con la suciedad y la falta de higiene, llena los hospitales y degrada al soldado:

"Con el litro de agua [diario] hemos de tener para beber y lavarnos. Como la sed es mucha, las abluciones huelgan./ La suciedad nos cobija de la cabeza a los pies. Revueltos en las tiendas hombres y ropas, el parasitismo se manifiesta fértil. Para contener su reproducción nos llevan, después de diana, a que nos lavemos en el agua

salobre del mar. Cada diez o doce días nos ordenan lavar -¡mojar!- las ropas./ Y el jabón, en las fábricas." (Páginas 158-159).

Miseria que contrasta con el empaque de los directores de la campaña, a los que Ciges va pasando su particular revista con sarcástica mirada, empezando por Martínez Campos, el general en jefe del ejército expedicionario:

"(...) ¡Oh, el duro y sublime caudillo, hecho para todas las resistencias! ¿Pues no se niega a residir en Melilla? El general ha dicho que la vida en poblado enerva, y como él es un soldado más, quiere vivir a campo raso entre soldados./ Y se viene a Horcas Coloradas para hacer plena vida de campaña./ A cien pasos de nuestro campamento levantan su tienda. Es una tienda grande, redonda, doblemente forrada para que la lluvia torrencial no la acribille. Sobre sacos de serrín derraman dentro nuevos sacos de corcho hasta formar un pavimento de media vara. Sobre el serrín extienden alfombras. Sobre las alfombras ponen mesas, lechos de campaña.../ Y el soldado murmura al pasar:

'-Por esta tienda cambiaría su casa el alcalde de mi pueblo." (Páginas 163-164).

De él para bajo, vamos viendo desfilar a un nutrido grupo de pavos reales que han venido a Marruecos a lucir sus gallardos y variados plumajes, desde el aristocrático empaque del general Salcedo, hasta la chulesca actitud de Arolas. Y no le van a la zaga los jefes de menor rango, ansiosos de entrar en combate porque "se dice que todos traen en las maletas los fajines para volver a España de generales", (pág. 163).

El resto, poco más. El aventurar de forma velada la posibilidad de que Margallo no perdiera la vida por bala rifeña sino española, como aclara Cecilio Alonso<sup>20</sup>, y alguna anécdota ilustrativa de lo que dio de sí aquella guerra. La brutalidad que reviste la vida de campaña, ejemplificada en el deseo de algunos soldados por obtener unas orejas de moro como trofeo, asunto que, de hecho, se convirtió en recurrente durante posteriores conflictos, y que en éste materializa al fin un soldado, al que Martínez Campos, obrando con no menos brutalidad -según el texto deja ver-, castiga con el inmediato fusilamiento. Antonio Farreu,

miembro de una unidad especial formada por presidiarios y conocida como la "Guerrilla de la Muerte", pagó con su vida la mutilación de un rifeño adicto a España.

Y se despide el narrador del lugar de los acontecimientos con palabras harto reveladoras de lo que a su juicio fue aquello: "Nos vamos por donde hemos venido./ La comedia ha terminado." (Pág. 192).

Imprime Ciges a esta obra un estilo con decidida voluntad artística. Acaso en ello resida la principal razón para fijar en el lector la idea de que se encuentra ante una obra de ficción y no ante un testimonio real. Una prosa en la que abundan los recursos literarios y las expansiones líricas. Unas veces orientadas hacia la notación de sentimientos conmovedores y naturales sugeridos por algunas descripciones:

"La paz reina otra vez en torno. Por el antepuerto van entrando las barcas de blancas velas que tornan de la pesca. La luz de la tarde se degrada, y el ópalo remoto que flota sobre el mar, ciudad y montes, se confunde con las primeras sombras y parece un vaho gris que ennegrece con la lenta ascensión de la noche. Es tan dulce la muerte del día, que hasta el aire se desmaya." (Páginas 120-121).

En tanto que otras, las palabras se cargan de un retoricismo carente de frescura: "El manto tupido del sueño cae sobre los sentidos", (pág. 61); y llegan incluso a lo francamente añoso y manoseado: "Las primeras perlas de sudor asoman en nuestras frentes." (Pág. 129).

Hay ciertos usos que, por su reiteración, imprimen carácter a su estilo. Uno de ellos consiste en la frecuente ausencia de determinación en los sustantivos, que, además de atraer la atención, desdibuja un tanto los contornos de la realidad referida. A modo de ejemplo: "desembocamos en extenso patio cuadrangular", pág. 50; "sacudió reciamente costillas del sargento", pág. 189; o, "densa columna de polvo dorado dice por dónde va la brigada", pág. 212.

Otro lo constituye la frase sintética con la que, a modo de resumen, suele cerrar cada cuadro o exposición precedente. De ella se sirve el narrador para ir orientando el sentido que ha de darse a su narración. A veces refleja su sarcástica revancha ante la brutalidad o

estupidez circundante, según puede verse en el cuadro XIII de la primera etapa. En él se plantea el robo en las dependencias de los soldados, cuya solución consiste en "pintar" lo desaparecido, lo que hace concluir al narrador: "Hay que ser buenos pintores", (pág. 74). En otras ocasiones, sirve para dar curso a un deliberado afán didáctico. Así, el cuadro IX de la primera etapa, donde pone en solfa los métodos brutales de instrucción militar, se cierra con la siguiente reflexión: "No es sabio decir que 'la letra con palo entra'", (pág. 65); en el XI de la misma etapa se refieren los abusivos precios de la cantina cuartelera y concluye con este grito del protagonista: "-¡Es un robo consentido!", (pág. 70); o en el cuadro VIII de la segunda etapa, donde la aparición de un personaje episódico, un presidiario, lleva al narrador a sintetizar la actitud vital de aquél: "Admirable filósofo", (pág. 169). Finalmente, hay veces en que lo metafórico resulta el más explícito comentario, tal sucede en el cuadro XVIII de la cuarta etapa, donde la lívido de la tropa es excitada por la visión que ofrecen unas mujeres cubanas a la entrada de un pueblo: "Marte sufre por Venus", (pág. 321).

El último de estos recursos consiste en un paralelismo simbólico que, en varias ocasiones a lo largo del relato, se establece entre el paisaje o la climatología y el ánimo del protagonista, fenómeno que en parte ya ha sido advertido por algún crítico<sup>21</sup>. Así, cuando el personaje se incorpora a la vida militar en los primeros pasos de la narración, lo que él mismo ve por una ventana no aventura nada bueno: "Por las ventanas miro pensativo el lento rodar de negras nubes preñadas de amenazas", (pág. 43). Vuelve a repetirse en el cuadro XXXVII de la primera etapa, cuando una noche de tormenta sirve de marco para las turbulentas reflexiones del protagonista, que se encuentra esperando el posible inicio de una revuelta política -al final no llevada a cabo- en la que va a tener destacado papel.

Sin duda, pretendió Ciges escribir un libro de testimonialismo vivido y veraz, a la vez que capaz de conmover tanto por su áspero contenido como por su elaborada expresión. Y a fe que lo consiguió.

Aurelio BÁIG BAÑOS<sup>22</sup> publica, en 1918, Antonio Real y Real (Media Peseta). Héroe fabuloso de la guerra de Melilla del año 1893<sup>23</sup>, novela de tan largo título como escasa



entidad artística. Se trata de una narración de las consideradas, con plena justicia en este caso, subliteratura. Con tono más bien humorístico da cuenta de algunas peripecias sucedidas al personaje que le da título, especie de moderno mosquetero hispano, al menos esto es lo que, venga o no a cuento, él mismo y el narrador se afanan por aparentar y repetir. Soldado, y más tarde sargento, de carácter desenfadado, valiente y bravucón; frecuentador de tabernas, donde acude en busca de vino, juego y aventuras galantes; y fiel amigo de sus amigos. Su relación con la campaña, aparte del altisonante subtítulo, hay que considerarla bastante escasa. En realidad queda reducida a un incidente del pasado del personaje y de la narración, el momento en que Antonio Real y Real ingresa en la milicia. Allí destaca por su bravura y conoce a un compañero de armas, un presidiario falsamente acusado del asesinato de su madre, cuya inocencia intentará probar el protagonista a lo largo del resto del relato. Por supuesto, conseguirá su objetivo con creces: su antiguo camarada -perteneciente, por cierto, a la unidad mandada por el famoso capitán Ariza y conocida como "Guerrilla de la muerte", que Ciges Aparicio menciona en su libro- quedará rehabilitado del todo y él logrará el ascenso a oficial por méritos de guerra.

La novela, por sus planteamientos y factura, puede emparentarse con las aparecidas por entregas durante la guerra de África, aunque su extensión en poco rebase las noventa páginas. Al igual que sucedía en aquéllas, la campaña no semeja sino mero pretexto para hilvanar otros asuntos, nimios en este caso. La acción en su casi totalidad queda restringida al relato que de los sucesos van realizando los personajes, pero rara vez se desarrolla de forma directa ante los ojos del lector. Y resulta habitual que algunos personajes desaparezcan de manera inmotivada, fingiendo muertes cuya posterior aclaración sólo cabe dentro de lo inverosímil. La fábula, a pesar de su brevedad, se sobredimensiona merced a un dar cuenta del pasado de casi todas sus criaturas. La conducción de lo contado se deja en manos de varios narradores alternantes: una voz impersonal, el propio Antonio Real y Real e incluso el presidiario, a través de unas memorias que ha ido redactando. No obstante, tal multiplicidad de voces no supone un aquilataamiento de la función narradora, pues resultan del todo frecuentes las

intromisiones del contador impersonal en su relato, unas veces dirigiéndose al lector: "El mozalbete, a quien conocimos en el cafetín", (pág. 51); otras, encubriendo su inmoderado punto de vista con idénticos procedimientos que lo hacían los de aquellos viejos novelones: "Este pliego son unas *Memorias*. Las leemos al mismo tiempo que *El Inmortal*, por encima de sus anchos hombros", (pág. 60).

Tan insustancial asunto y anticuada arquitectura se recubren con una prosa un tanto chocante. Manifiesta una deliberada proclividad a orientar el habla de los personajes, de lo que también se hace partícipe al discurso del narrador, de un registro chulesco; una jerga de hampones con algunas resonancias valleinclanescas, con la que intenta reproducir los particulares modos idiomáticos orales de los encanallados tipos que refleja. Usos que resultan verosímiles y hasta adecuados cuando los emplea el bandido *Malas Tripas*: "-Si yo supiera quién era el causante..., *le limpiaba el comedero* [subrayado en el texto] para siempre"; alguno de sus comparsas, como *La Frescales*: "-Han meneado bien la sin hueso"; e incluso el propio Antonio Real y Real: "No quedó ni uno [moros atacantes] para simiente de alcuzcuz", "toda la noche pasé en vela cosiendo la guerrera y los pantalones, aunque por ahí no me daba el naípe". Pero que hay que entender fuera de lugar cuando se ponen en boca de personajes que nada tienen que ver con esos ambientes, como el capitán que manda la compañía del protagonista: "-Una lanza o un alfanje que me cercene la guardilla donde arrinconan los sesos y cuatro ambiciones de gloria"; o un teniente coronel que ampara a ambos: "-(...) Las *Memorias* que hemos leído son una copia (...) ¿Quién tiene el verdadero autógrafo? ¿El presidiario de Melilla? ¿Para que lo quiere teniendo el cliché en su diestra y presentes todos sus recuerdos?" No cabe considerar sino desatino esto de asemejar el decir de las gentes del hampa o sus próximos con los oficiales militares, a pesar de que sólo en este aspecto, en el lingüístico, alcanza algún brillo la narración, ya que lo demás carece de todo interés.

## 2. El Barranco del Lobo y algo más.

Esta campaña ha quedado prendida en el recuerdo de las gentes más por las coplas populares que por aquellos días se difundieron que por su reflejo literario, reducido al campo de la novela breve y a plumas hoy casi del todo olvidadas<sup>24</sup>. A ello habría que añadir un par de libros de carácter no novelesco, de testimonialismo periodístico, y una alusión de pasada en uno de los Episodios contemporáneos de Francisco Camba, el titulado ¡Maura, no!<sup>25</sup>, en cuyas páginas se hace una mínima mención del acontecimiento, aunque la nula relación entre su hilo argumental y la guerra lo deja fuera de los objetivos aquí perseguidos. En tiempos recientes la guerra de 1909 ha vuelto a convertirse en objeto de evocación imaginativa en Hermanos mayores, una novela publicada en 1987 y de la que me ocuparé en capítulo venidero, dado que su asunto trasciende esta contienda para adentrarse en las sucesivas. Los relatos contemporáneos a los sucesos recreados fueron apareciendo en algunas de las colecciones que, con carácter de publicación periódica y precios económicos, trataron de acercar la literatura a públicos que por falta de hábito o de recursos materiales no tenían acceso a otro tipo de libros. Seis narraciones, en lo que alcanzo a conocer, recogen en sus páginas este acontecimiento histórico. Aparte de esta común forma de publicación, no puede hablarse de un factor común entre todas ellas, ya que cada una lo enfoca desde una perspectiva diferente y responde a un planteamiento literario bastante distinto, que va de la novela galante a una suerte de testimonialismo didáctico, pasando por el relato heroico y patriotero o aquel de corte más bien naturalista. No obstante, los tres títulos publicados más tardíamente, a pesar de sus divergencias argumentales, mantienen una cierta comunidad ideológica: su exaltación del heroísmo.

En el mismo año del conflicto apareció En la guerra, de Carmen de BURGOS, *Colombine*<sup>26</sup>. Publicado en El Cuento semanal<sup>27</sup> con fecha de 29 de octubre de 1909, cuando la campaña aún no se había dado por concluida. La narradora había sido testigo directo del discurrir de los acontecimientos, ya que en agosto de aquel año se había desplazado a Melilla en calidad de corresponsal de guerra. Era la primera mujer que desempeñaba tal cometido<sup>28</sup> y lo desempeñó para el Heraldo de Madrid. La novela, aunque encierra una historia de

ficción, tiene un claro objetivo reporteril, sobre todo en cuanto a la descripción de ambientes y lugares, lo que tal vez tenga algo que ver con su subtítulo, Episodios de Melilla. La anécdota se centra en un personaje femenino, Alina, quien acude a Melilla acompañando a su marido, el comandante Luis Ramírez, que se reincorpora al ejército al tener noticia del conflicto. Allí conoce al capitán Gonzalo Ruiz, antiguo compañero y amigo de su marido, por el que se siente primero impresionada y atraída, y más tarde, ante las insinuaciones del militar, enamorada. Alina ocupa su tiempo visitando los variados escenarios de la guerra mientras se debate entre el amor hacia Gonzalo y la responsabilidad hacia su marido. Un día el capitán Gonzalo Ruiz resulta muerto en acción bélica y, cuando es trasladado a la ciudad, Alina, en presencia de su marido y de cuantos testigos se habrían acercado para presenciar el regreso de las tropas tras el combate, se lanza sobre el cadáver para abrazarlo y besarlo, mostrando ante todos el amor que había estado reprimiendo. El comandante Ramírez, su marido, muere más tarde en otra batalla. Su final queda abierto a varias interpretaciones, la muerte ha podido deberse a la propia acción militar o propiciada por el despecho ante la conducta que su mujer ha exhibido en público. La narración se cierra con un "¡Paz a los héroes!", imprecisa exclamación que, por la orientación que el texto va dando, parece aplicable tanto a los héroes con nombre como a los anónimos.

Este argumento de novela de amor constituye, sin embargo, sólo una parte del relato. Se plantea al principio, se deja a un lado, y vuelve a retormarse en la última parte de la narración. Por medio quedan toda una serie de estampas descriptivas de lugares, ambientes y gentes diversas -el entorno de la guerra- que van presentándose ante los ojos de la protagonista en su deambular cotidiano, y cuyo peso dentro del texto, tanto por las páginas que ocupa como por el interés que suscita, hay que estimar superior al de la peripecia amorosa. De tal forma que bien puede considerarse una novela antes descriptiva que narrativa, incluso por la propia disposición del contenido, que se organiza en una especie de cuadros ilustrativos de diferentes ambientes: el comedor del hotel Victoria, con el que se abre la novela, donde se reúnen los oficiales y cuantos por una u otra razón han acudido al escenario

de la guerra; con posterioridad, la atmósfera de la ciudad y los tipos melillenses; los campamentos militares y la vida cotidiana de la tropa; los rifeños, los enemigos y los que viven en torno al ejército expedicionario; e incluso la tensión con que se sigue el desarrollo de una batalla desde la retaguardia.

La principal deficiencia argumental reside en que ambas líneas narrativas, la ficción amorosa y la descripción documental, no llegan a fundirse en un mismo tejido, ni siquiera van avanzando en paralelo. Por lo que respecta a la primera, el sentimiento entre ambos personajes no crece ante los ojos del lector, pasa casi de la nada al todo. Sabemos de su existencia por algunas insinuaciones esporádicas de Gonzalo y por algunas reflexiones de la protagonista que la voz del narrador va intercalando entre las descripciones. En la parte última del relato se revela, sin embargo, como una verdadera pasión, nacida no se sabe de qué. Por otro lado, la conducta de Alina -único personaje destacado- resulta cuando menos sorprendente, debido, en gran medida, a los deseos de la autora por dotar a su heroína de unos rasgos que a ella se le podían antojar muy gratos, pero poco adecuados al perfil de este personaje. Resulta poco verosímil que una mujer poseedora de una "educación cosmopolita" y "libre de prejuicios", según se la describe al principio del relato, reprima una pasión tan honda como la que siente hacia Gonzalo: "Alina lo esperaba ansiosa en la ventana (...) no respiraba a gusto hasta que le veía aparecer (...) todos sus actos iban impregnados de la ternura de un amor verdadero"<sup>29</sup>; y menos aún que por "atavismos" o por el recuerdo de su ausente marido no atiende a los casi castos requerimientos del capitán, que sólo solicita de su amada un beso antes de partir para una batalla en la que, como en efecto sucede, puede perder la vida. Parecen excesivos prejuicios para quien se nos había presentado como libre de ellos. Y el final, arrojándose inmeditadamente sobre el cadáver de su amado y olvidando a su ileso marido, más se antoja opción de la propia autora que consecuente comportamiento del personaje. Más coherente habría sido despojarla de cosmopolitismos educacionales y de liberación de prejuicios, mostrándola tan sólo como lo que pugna por ser: una heroína romántica de historia amorosa. Con ello habría logrado, además, una mayor adecuación del

contenido con el tono y la técnica de presentación y configuración física de la protagonista y de los restantes personajes, del todo convencional y próxima a los modos de la novela galante. Basta reparar en la presentación de Alina y su marido:

"Un comandante alto, moreno, de aspecto distinguido y luenga barba gris, cruzaba el salón, dando el brazo a una dama (...) Su figura elegante, noble y ruda, formaba un conjunto seductor con la frágil belleza de su esposa. Alina, veinte años más joven que él, apenas frisaba en los veinticuatro; parecía envolverlo en esa dulce ternura admirativa, que ofrenda la mujer al valor y a la fuerza."

La parte descriptiva sirve de vehículo transmisor de las impresiones e ideas que la estancia en Melilla produjo en Carmen de Burgos. Delega para ello en un narrador en apariencia impersonal, pero cuyo punto de vista las más de las veces se acomoda al horizonte de la protagonista, cuando no se adentra con omnisciencia en las más íntimas reflexiones de Alina:

"Una inquietud extraña se había apoderado de su alma, la imagen de Gonzalo la perseguía, se mezclaba en sus ensueños y en sus recuerdos; dejando en segundo término la de su marido. Se reprochaba aquel sentimiento involuntario al que se esforzaba en dar el nombre de amistad para evitarse el remordimiento (...)"

Otras veces presta su voz a la propia conciencia de la autora, que se deja ver vertiendo algún comentario más propio de un reportaje o documento periodístico que de una novela: "el barrio de Reina Victoria, que con el barrio del Buen Suceso (...) constituirán, no sólo el ensanche de la población, sino la base de la futura ciudad española, cuando pueda vivirse sin el amparo de las murallas". Y, en este mismo aspecto, tampoco se hacen infrecuentes las digresiones de carácter histórico-cultural o pedagógico:

"Tal vez el retraimiento de las mujeres no era voluntario: las sujetaba la costumbre tradicional que dejaron los musulmanes en España, imperantes aún entre los mismos que combatían a los moros en nombre del progreso. Un espíritu atávico, que indica los siglos de nuestro atraso, en relación a la cultura mundial."

La guerra, el asunto central del relato, y todo lo que en su órbita gira tiene un tratamiento que con justeza podría calificarse de ambiguo. No puede decirse que lleve a cabo un canto laudatorio de la campaña y de sus vencedores, pero queda bastante alejado de ese antibelicismo neto que quiere ver Concepción Núñez Rey<sup>30</sup>, y menos aún que este antibelicismo se engendre y desarrolle en el devenir de la propia acción argumental. Es cierto que en varios momentos hay reflexiones del narrador que parecen denigrar la guerra. Unas veces por cuanto de engañoso tiene para el mero espectador: "la guerra ofrecía arteramente un espectáculo seductor y épico"; otras, por su perniciosa influencia en los participantes: "la guerra influía funestamente sobre las almas, endurecidas para el dolor ajeno, en el triunfo del egoísmo"; y hasta por las desgracias que conlleva: "En las largas salas del viejo hospital, se le presentaba todo el horror de la guerra en aquellos despojos (...) Vefía a muchos [heridos] inmóviles con los ojos cerrados sobre los aparatos que indicaban haber sufrido la amputación de piernas o brazos". Y también resulta innegable que se denuncia su hipocresía, tal puede apreciarse en la escena de la misa de campaña: "Tal vez en el mismo instante en que el sacerdote católico entonaba las últimas preces, iban a reunirse con Alá algunos sectarios de Mahoma destrozados por los proyectiles. Alina creía oír resonar en el aire la voz augusta de la Escritura: 'Si al ir a depositar tu ofrenda recuerdas que tu hermano está enfadado contigo, deja tu ofrenda al pie del altar y corre a desenojar a tu hermano'; y hasta su crueldad, al contrastar en la conciencia de Alina la alegría de los vencedores con el triste olvido de los caídos: "Le parecía una crueldad olvidar la sangre que la victoria había costado para entregarse al júbilo". En esa misma dirección cabría incluso añadir el desgarrado grito condenatorio que la protagonista lanza ante el cadáver de su amado al final de la novela: "¡Maldita guerra!", aunque en este pasaje, considero más atinado interpretar la maldición de Alina como fruto del desgarró interior de quien ha perdido a un ser querido, que como una consciente reflexión opuesta a lo bélico.

Todo lo anterior contrasta, sin embargo, con otros pasajes de claro regusto guerrero. Así, por ejemplo, se considera conveniente la presencia de la mujer cerca del militar porque: "el

alma de las mujeres dignas sabe envolver la misión del combatiente, rimando la hermosa poesía de la epopeya". Y aparentes condenas de la guerra no encierran, en realidad, más que velados ataques contra la táctica seguida por los rifeños:

"Aquel espectáculo seductor ocultaba el horror de la guerra con una crueldad suprema. Sabía que algunos de aquéllos no habían de volver; se jugaba todos los días una triste lotería de muerte. Más que guerra parecía una cacería de hombres; los rifeños esperaban tendidos a lo largo del camino, ocultos en sus barrancos, y desde los escondites hacían blanco, cobrando una lenta contribución de sangre, sin que se supiese de dónde habían salido los tiros."

Con todo, lo que más aparta la narración de un sostenido tono antibelicista y contribuye a crear en el lector una sensación casi opuesta es el tratamiento de algunos otros elementos directamente relacionados con el conflicto. El primero de ellos viene dado por el enfoque del estamento militar y de cuanto forma parte del universo castrense, al que alaba sin moderación desde la primera a la última línea del relato, comenzando por la propia actitud del comandante Ramírez, el marido de la protagonista, que, tras unos años de retiro, se había reincorporado al servicio activo "cuando la patria lo necesitaba de nuevo". Oficiales y jefes semejan un dechado de virtudes, nada comparable a lo que en otros ejércitos pueda haberse visto: "la noble franqueza y la mesurada dignidad de los oficiales españoles. Sólo en el valor y la caballerosidad se asemejan los hijos del Cid y los soldados de Napoleón. Nada justifica el alejamiento de las señoras del trato de nuestro caballeresco ejército, en el cual hasta los soldados no desmienten la condición hidalga del viejo solar castellano." Y en lo tocante a los soldados, volvemos a encontrarnos con la alegre tropa que, en esto sigue los pasos de Alarcón en su Diario, acude a la guerra cual si de una fiesta se tratase, a la vez que disfruta de abundante comida y gratos momentos de solaz en los campamentos, donde la risa y el canto se convierten en su divisa: "aquellos muchachos españoles acostumbrados a llevar la guitarra al lado del fusil". Incluso aunque desconozcan lo que allí se está cociendo -según se revela en algún momento- se muestran imbuidos de un inmovible espíritu de admiración hacia



sus jefes y de un sano patriotismo para el odio al marroquí. No es que el antibelicismo deba llevar aparejado por fuerza el antimilitarismo, pero tampoco puede olvidarse que éstos son los artífices y ejecutores de la guerra. Tampoco puede pasarse por alto la conmoción que en España supuso el embarque de tropas hacia Marruecos; no todos los soldados vivirían aquello con tan festivo ánimo. Claro que, y en esto sí parece cargarse de razón Núñez Rey<sup>31</sup>, tan decidido elogio al ejército pudo deberse al pago de una cierta deuda de gratitud contraída por Carmen de Burgos con los militares de Melilla por el trato recibido durante su estancia en aquellos lugares como reportera.

En estrecha relación con lo militar, toda la narración está transitada por una exaltación de lo patriótico, en su vertiente castrense y como recuperación de las glorias pasadas. Este sentimiento llega incluso a adueñarse del ánimo de la protagonista, a la que el espectáculo de las tropas españolas hace sentirse: "orgullosa de haber nacido en la tierra española con la superioridad innegable de una raza ennoblecida por la selección natural del sentimiento", lo que resulta un tanto chirriante al pensar en la "educación cosmopolita" con que nos había sido presentada al inicio del relato. No obstante, tal manifestación sólo constituye el inicio de su patriótica confesión, ya que, andando la narración, este sentimiento se enfatizará aún más, hasta que la rutinaria pregunta de un centinela haga aflorar un patriotismo cursi y añoso: "A la pregunta de '¿quién vive?' los labios repetían siempre cariñosamente, con el amor, con la devoción suprema con que se pronuncia el nombre de la madre: '¡España!'"

El tratamiento de los rifeños constituye otro de los motivos que hacen desconfiar de la voluntad antibelicista del relato. El moro combatiente se caracteriza ante todo por cuanto de traicionero y cruel encierran sus actos, y baste para darse cuenta de ello recordar el énfasis con que se acentúa, en negativo, su táctica de guerra de guerrillas como medio de acoso al ejército expedicionario. Tampoco los denominados "moros amigos", aquellos que conviven con los españoles, salen mejor parados: "muchos, después de ir a Melilla a vender sus productos y explotar a los cristianos, se reunían con la jarca a combatir contra ellos". Por no mencionar las repetidas veces en que el acento recae en su "salvajismo" y barbarie con los

soldados españoles heridos o muertos en combate. Buena prueba de ello nos la ofrece la descripción del mácabro paisaje que presentaba el barranco del Lobo meses después de la batalla:

"Los que llegaban hasta él contaban con horror el espectáculo lúgubre de los cadáveres insepultos, desnudos, despedazados por los cuervos y profanados por los rifeños feroces (...) Todos presentaban bárbaras mutilaciones; las cabezas machacadas con piedras, las sienes atravesadas con palos; saltados a punta de gumía los ojos, los cuerpos, abiertos, rellenos de piedras y los brazos y las piernas cortados (...) en una pequeña casita, se veían los esqueletos de multitud de soldados, clavados a la pared, cuyas cabezas, descarnadas y secas, se mecían en lo alto de los árboles próximos, como una siniestra decoración veneciana."

No se aplica, sin embargo, el mismo baremo para medir la brutalidad y el dolor causado por el ejército expedicionario, aunque Concepción Núñez Rey, en su análisis de la narración, sostenga que "la autora está siempre al lado del que sufre, del perdedor. Es notorio frente al enemigo rifeño, denostado por sus crueldades en la lucha, y dignificado por su dolor cuando es sometido"<sup>32</sup>. Lo que a mi juicio resulta bien notorio es la discriminación que se establece entre el nativo y el español, según puede apreciarse cuando la artillería destroza los poblados y los cuerpos de sus habitantes de forma indiscriminada, sin reparar en mujeres ni niños, y provoca la consecuente huida de los rifeños hacia las líneas españolas, único lugar a cubierto de los obuses. En ese momento la mirada del narrador pierde los rasgos del piadoso humanitarismo mostrado hacia las víctimas españolas, sólo queda lugar para la más feroz incompreensión: "El único refugio estaba en el campo español, y la bajeza de los cabileños se demostró una vez más acudiendo a pedir con humildad amparo al enemigo." Palabras poco cercanas al sentimiento del que sufre y, además, de difícil comprensión, a no ser que Carmen de Burgos considerase que en el aniquilamiento reside el desenlace más honroso para el vencido.

Esta inquina contra el moro alcanza también a sus mujeres y a sus niños. Éstos pululan por los campamentos intentando vender sus humildes mercaderías a los españoles, y para perfilar su retrato novelesco, aparte del aspecto físico -"feos" y "medio salvajes"-, parece suficientemente elocuente la actitud de la protagonista: "-¿No habría medio de obsequiarlos?- preguntó Alina dejándose llevar por la ternura que inspiran los *animalillos pequeños* [subrayado mío]". Cualquier otra apreciación sólo tiene la finalidad de abundar en lo mismo. En cuanto a las marroquíes, no acierta a ver en ellas más que rasgos depravados y groseros, tanto en el aspecto físico como en el moral. Caracterizadas mediante un popurrí, mezcla de la incomprensión por la cultura ajena con sus propias ideas sobre el papel social que la mujer ha de desempeñar, todo ello aderezado con ciertos toques de pésimo gusto. Entre ellos, por ejemplo, las peyorativas alusiones a la obesidad -teniendo presente que Carmen de Burgos tampoco era el más acabado modelo de estilizada sílfide- como condición necesaria para alcanzar el rango de favorita del señor. En suma, puede apreciarse bien a las claras que la narración no constituye más que una visión subjetiva del Marruecos de la guerra, filtrada a través de las propias concepciones de la autora -lo que, por otro lado, es obvio y consustancial a cualquier recreación literaria- y nada tiene que ver con "el rigor objetivo del documento socio-histórico" que Núñez Rey<sup>33</sup> considera uno de los fundamentos de esta novela.

La laudable configuración de la milicia, el patriotismo exacerbado y la denigración del moro en cualquiera de sus perfiles no resultan, a mi entender, los más adecuados mimbres para tejer una narración antibelicista, aunque diseminados entre sus páginas haya algunos comentarios que quieran dar la impresión de que se acaricia esta idea. Ciertamente es que no puede negársele a Carmen de Burgos una inclinación humanitarista hacia los que sufren, siempre, claro está, que sean españoles.

La prosa de En la guerra se caracteriza también por su irregularidad. No puede decirse que no haya un decidido voluntarismo, orientado sobre todo hacia la expresión lírica. A menudo, sin embargo, abusa de metáforas y comparaciones que denotan franca cursilería: "El

capitán se inclinaba a besar aquella mano de hostia que le ofrecía la comunión de un afecto tan santo, las pupilas de Alina temblaban detrás del velo de oro de sus pestañas, como flores de campanilla azul bañadas de rocío"; a las que de vez en cuando acompañan usos retóricos, envejecidos y carentes de toda frescura: "Las noches de sombra, cuando la luna dejaba caer su disco de plata detrás de las crestas del Gurugú". Junto al lirismo, no resultan infrecuentes las expresiones que remiten a una literatura de carácter popular, que buscan el impacto inmediato con escasa exigencia artística. A manera de ejemplo: "los sencillos uniformes de elegantes soldados" o "ser madre es sentir rajarse las entrañas en la conmoción de un dolor supremo". Con todo, lo que resulta más afeante procede de una no muy acertada elección del léxico para la adjetivación, que en algunos momentos produce cierta ampulosidad: "la alegre risa de Alina", "el mar azul", "con la pura corrección de sus perfiles", "ascua candente" o "la blanca luz matutina". En contraposición a lo anterior, en el capítulo de los aciertos cabe señalar que Carmen de Burgos recoge en su narración algunas muestras del léxico de la guerra poco difundidas hasta entonces en textos de carácter literario, tales son los casos de "rumi" o, el más generalizado, "paco", pero en especial la voz "capona", localismo melillense procedente de ciertos usos sociales relacionados con el mundo militar y con la contienda. Vocablo que no volveremos a encontrar en ningún otro relato hasta aquellos que compusieron narradores enraizados en Melilla sobre la campaña de los años veinte, de los cuales se tratará en capítulo venidero.

En 1910, se publica Carne y alma en Los Contemporáneos<sup>34</sup>, una novela breve de C. José de ARPE<sup>35</sup> que, tanto en su conjunto como en cada uno de sus elementos, responde a los patrones de la más incuestionable infraliteratura, en su vertiente de relato galante. Argumento y personajes resultan identificables con meros estereotipos dentro del subgénero: una pareja de la aristocracia, el conde Alberto Riamela y Rosalía, marquesa de Villaflorida, los cuales mantienen una relación adúltera. Una noche, Alberto, al abandonar la casa de su amante, se pilla dos dedos en la verja y, para no llamar la atención, se los cercena. El asunto se convierte en comidilla dentro del círculo de amistades y conocidos. A los pocos días,

Riamela acude a despedirse, con su uniforme de comandante y con los guantes reglamentarios, antes de partir para el frente de Melilla. Allí se porta como un héroe y la prensa se hace eco de su hazaña. Tras su regreso a España, visita a los marqueses, a quienes manifiesta su intención de iniciar un largo viaje por Europa. Alberto no ha perdido su apostura, pero sí un brazo, que él achaca a la herida de guerra ya anunciada en el periódico, sin embargo, en secreto, confiesa a Rosalía que la mutilación es fruto de un disparo suyo, con el que ha querido evitar el deshonor de su amada. Las convenciones sociales han obligado a ambos amantes a sacrificar una parte de su ser: él, un brazo: la carne; y ella, su sentimiento: el alma.

La trama puede considerarse inexistente; todo queda reducido a una sucesión de escenas de salón de baile para aristócratas ociosos y al inverosímil artículo de prensa donde se glosan las hazañas del protagonista en la guerra de Marruecos. El artificio narrativo hay que entenderlo mínimo, prácticamente todo sucede a espaldas del lector, que sólo presencia conversaciones, aunque el narrador le brinda la oportunidad de ser cómplice suyo y poder vivir los avatares de la ilícita y secreta -para el resto de los personajes, incluyendo al marido, a los que sólo les cabe la sospecha- relación entre los dos enamorados.

La guerra sólo aparece en un parcial segundo plano dentro de la narración, limitado a alusiones indirectas, donde, de pasada, se mencionan los más llamativos acontecimientos bélicos de la campaña, entre los que se destaca la hazaña apócrifa de Riamela. Episodio de tratamiento tan simplista como el resto del relato, poco más que un inmóvil cuadro de tono epopéyico y laudatorio: oficiales y soldados españoles valientes hasta la temeridad batiéndose en empeñado combate contra moros feroces.

Tan desvaída novela está escrita con un estilo donde se mezclan la cursilería y la altisonancia en tópica amalgama. La primera ilustra y recubre la aristocrática sociedad reflejada en el texto: los objetos, los ambientes y los personajes que pueblan ese mundo. Sirvan los siguientes ejemplos sólo como indicio de tan relamida y gastada prosa: "El jardín que había sido un ascua de oro, quedó sumido entre las sombras de la noche"<sup>36</sup> o "Rosalía,

en cuyo bello semblante se había posado la palidez, marchitando las frescas rosas de sus mejillas". Este almibarado registro se torna, sin embargo, grandilocuente y altisonante en todo lo referido a la guerra y a la milicia, aunque para no diferenciarse de lo anterior, siempre dentro del más convencional lugar común:

"Alberto vestía el honroso uniforme militar; pero no el de gala, sino el de faena, el más honroso de todos, porque es el que se lleva en campaña, el que se ennoblece con el polvo de los campos de combate, el que se cubre de gloria cuando la sangre lo tiñe, el que se conserva siempre y algunas veces pasa a los museos."

Poco, más bien nada, aporta esta novelita de tercera clase a la recreación literaria de la guerra. Puede que la clave haya que buscarla en su subtítulo, Boceto dramático, con el que el autor, tal vez sin quererlo, nos da idea de sus generalizadas insuficiencias: sólo se trata de un proyecto y su relación con la obra acabada era aún remota.

La tercera de estas tres novelas es Un sol bárbaro. muere., publicada por Luis ANTÓN DEL OLMET<sup>37</sup> también en Los Contemporáneos, con fecha de 7 de julio de 1911. Esta breve narración rompe con los moldes precedentes y supone una innovación dentro de los relatos de la guerra de Marruecos en algunos aspectos que más tarde serán explotados por otros autores en la recreación de la siguiente campaña. Puede considerarse una novela de personaje, no obstante, la propia peripecia del protagonista da pie para poner de relieve el trasfondo general de esta campaña. Se trasciende el acontecer personal y se ofrece un rico y certero retrato colectivo en el que tal vez sólo sobren algunas excesivas alabanzas a la oficialidad española, deudoras del momento de la redacción o, más probablemente, de la ideología personal del autor, que en varios momentos deja ver su proclividad hacia la nostalgia por el pasado imperial español o hacia los militares con graduación. Actitudes personales que, sin embargo, no enturbian el relato, ni restan un ápice de crudeza al reflejo de la guerra.

La primera de estas innovaciones consiste en ceder el protagonismo del relato a un rifeño, Mohamed, y a lo que le sucede. Hijo único de un marroquí notable, emigrado desde tiempo

atrás al Rif desde su originaria Fez por no poder soportar la presencia e influencia extranjera en el sultán, Mohamed es impulsado por su padre para que acuda a combatir contra los españoles. Enrolado en la harca de El Mizziam, resulta capturado tras la batalla del Barranco del Lobo. Su situación como prisionero en Melilla le sorprende, ya que puede moverse por todas partes con libertad bajo la única condición de no intentar abandonar la plaza. Allí va viendo las bondades que la vida depara a los moros amigos en cuanto aliados de los españoles, y siente deseos de participar de ella. Se alista en la Policía Indígena y, aunque con una cierta mala conciencia, combate contra los suyos. Un día, cuando regresa al aduar para visitar a su familia, va observando por el camino las desgracias que la guerra ha acarreado a los rifeños. Se le recibe como a un traidor, todo su mundo anterior se le vuelve hostil. Mohamed se debate entre ambos caminos, y, al final, decide ser fiel a su raza. Regresa a Melilla con la intención de asesinar al general en jefe de las tropas invasoras. Cuando está a punto de culminar su plan un centinela dispara y lo mata.

La novela sostiene una tesis de raíz naturalista: la idiosincrasia del rifeño, sus lazos con el ambiente que le rodea, le impiden cambiar, o, por decirlo de manera más explícita, su primitivismo no se aviene con la civilización. Mohamed, al que la vida española ha deslumbrado durante un momento, regresa a sus principios tan pronto como vuelve a tomar contacto con lo que le era propio. A pesar de este planteamiento, no puede considerarse que el reflejo de ambos contendientes, el moro y el español, responda a un burdo maniqueísmo. Los rifeños son, en efecto, salvajes guerreros: "una taifa garrula y brutal (...) hablan a gritos pidiendo venganza, clamando brutales injurias, sedientos de matanza y exterminio. Entre sus manos prietas se blande la espingarda que propende a matar, y las gumías se erigen, blandidas por brazos fuertes, afilados hierros heroicos que anhelan segar cuellos cristianos"<sup>38</sup>; y carecen de toda piedad hacia el enemigo caído, de lo que da buena muestra el aterrador paisaje que se describe tras el combate del Barranco del Lobo: "Al día siguiente aparecieron dos cadáveres abrazados fuertemente. Uno tenía destrozada la cabeza. Otro ostentaba, mordidos en la boca los atributos de su virilidad." Pero la parte contraria, el ejército español,

excepción hecha de algunos elementos entresacados de la oficialidad, tampoco se queda a la zaga. Desde el grupo de soldados que, cual fieras se disputan la violación de una joven rifeña; hasta la siembra de muerte que en su avance van dejando por los poblados, donde sólo quedan ruinas, mujeres viudas y tullidos de guerra; pasando por el cruel ensañamiento de los vencedores con las víctimas:

"Algunas mujerucas seniles, llegábanse [a las tropas que avanzan por las zonas sometidas] como en un aquelarre, y clamaban furibundas en su idioma primitivo:

'-¡Hijos de perra!

'-¡Cobardes cristianos!

'-¡Habéis matado a mis hijos!

'-¡Ladrones! ¡Bellacos!

'Y los soldados, alegres, jubilosos, sin parar mientes en las brujas cetrinas, magras y esqueléticas, proseguían el camino sin tornar la cabeza con un jovial estoicismo de victoria. Una vez, sin embargo, fue mostrando un infante, clavada en su bayoneta, a una de estas mujerucas trágicas. Atravesada por el vientre, izada como un trofeo, las piernas y los brazos desnudos."

Los combatientes constituyen sólo una parte de la guerra, que en su conjunto aparece reflejada como acontecimiento viril y brutal a la vez. Abundan los momentos de altisonancia épica: arengas, soflamas sobre el heroísmo y actitudes temerarias; pero, junto a ellos, también menudean las más descarnadas escenas del horror bélico sin rebozo alguno, con prosa tremendista y en primeros planos: "un cacho de plomo le hizo saltar el cráneo. Sus sesos, calientes, pringosos, cayeron sobre la faz del herido". Este regusto de brutalidad no se enfatiza como mal derivado de la propia guerra, porque no pretender ser una narración antibelicista, ni se escamotea por afeante de las glorias militares, porque tampoco se trata de una fábula almibarada, simplemente se muestran las lógicas consecuencias de la situación. De ahí que la destrucción, la desolación y la muerte muestren la misma crudeza en un campo que en otro. Al atroz panorama con que refleja la derrota española en el Barranco del Lobo le



corresponde en paralelo otro no menos pavoroso de los aduare rifeños tras el paso del ejército expedicionario, del que da buena prueba la siguiente descripción:

"Pasó [Mohamed cuando regresa a su casa] junto a una mezquita desmoronada por los cañonazos. El santón oraba en éxtasis (...) recitando aquellos pasajes del Corán que piden venganza. El cementerio próximo dibujaba las siluetas de cien cadáveres que se pudrían a flor de tierra, despidiendo una pestilencia bárbara. Todo era triste en el campo musulmán./ Pasó junto a un aduar en ruinas. Había sido tomado al asalto, y todos los sigilos, y todos los misterios del rito bereber habían sido violados y esparcidos. La sacra intimidad de los hogares había sido puesta al descubierto. No valió ni el alarido de la virgen púdica, ni el aullido del guerrero audaz. Quedaban algunas paredes, un cobertizo, un momento de vida paralizada por el terror y la fuerza."

No se establece, por tanto, una distinción significativa entre los dos adversarios desde el punto de vista bélico. Ambos se enfocan desde una óptica próxima, ya que los dos acuden al combate empujados por su primitivo coraje, no por la fría y civilizada álgebra de los pueblos europeos, denostada por ser contraria al valor: "los españoles eran invencibles (...) no lo eran por sus matemáticas, por esa bagatela supersticiosa y mentecata que ha hecho, en el concepto de la Europa burguesa, alma de los combates, el cálculo infinitesimal."

Y a pesar de que la guerra, al menos en su sentido de narración de batallas no puede considerarse el asunto central del relato, sin embargo, sí cabe entender que nos encontramos ante una novela de guerra en sentido neto, de esas que respiran violencia, crueldad y muerte por todos y cada uno de sus poros. A ello contribuye de forma decisiva la trama argumental, atenta al devenir de un guerrero, el protagonista, en absoluta imbricación con la propia campaña, y cuyos destinos coinciden en el simbólico final: el enterramiento de aquél -y de la resistencia rifeña- marca el inicio del renacer colonial español oscurecido tras el desastre del 98. En tal fin coopera la técnica narrativa utilizada para transmitirnos la historia y la

vigorosa prosa con que se recubre, aspectos en los que también resulta innovadora Un sol bárbaro, muere.

El naturalismo no sólo se limita al destino del protagonista y, por extensión, de su raza, cuyo cambio no cabe dentro de lo posible, sino que la naturaleza misma se implica en el acontecer de los personajes. Desde el comienzo, y a lo largo de todas sus páginas, la fauna, la vegetación y todo el universo ambiental acompaña en forma de indicio o de subrayado a la tragedia humana desatada, como si el hombre sólo fuera un elemento más de este cosmos hostil, fundido en una violencia común para ejercitar la guerra:

"Hablan [los guerreros rifeños] a gritos pidiendo venganza, clamando brutales injurias (...) Todo ruge, brama, en el Rif. En las chumberas se han erizado las púas, hostiles al invasor. Las pitas (...), mansas pitas de cuento musulmán, parecen estrecharse, cohibirse, tímidas al empuje cristiano (...) La tierra (...) parece estremecida por un íntimo soplo de cólera. El sol, un bárbaro sol de salvajismo, ilumina las crestas del Gurugú con una luz de incendio, poniendo en las cumbres una aureola de brutalidad."

Más tarde, la naturaleza subrayará el terror que siente Mohamed cuando es trasladado a Melilla en calidad de prisionero: "parecía como si todo en la naturaleza se hallara despavorido, mudo de terror"; e incluso la ansiedad que se apodera de él cuando se encamina a dar muerte al general español:

" Tiene la noche un prestigio violento de brutal emoción, noche agorera, víspera de grandes sucesos (...) Cantan desesperados, ebrios, los sapos nocturnos, en un canto de alarido, como si barruntaran, como si advirtieran. El agua de los arroyos silba entre la hojarasca (...), agua de ciénaga traidora. Algún ave crepuscular, que se ha rezagado, huye al nido (...) Tiene el Mediterráneo una quietud sombría. Desde el confín de sus aguas, envía el rumor lejano de mil voces confusas que parecen gemir (...)"

Esta simbiosis entre la naturaleza y los personajes alcanza su punto álgido durante el breve regreso de Mohamed a su aduar para visitar a sus familiares. Todo el universo le manifiesta

su más furibundo rechazo, no sólo los humanos: su padre, su mujer, sus hijos, sus vecinos; sino hasta el paisaje, de consuno con aquéllos, se transforma en dedo acusador. El cielo: "¿por qué llegas bajo mi manto que se niega a cubrir tu vileza?"; el sol: "el sol de tu patria se niega a celentar tus huesos"; las chumberas: "nuestras púas anhelan rasgar tu piel de traidor"; las palmeras: "que nuestro fruto te envenene"; las casas: "no te detengas porque estamos mudas, inertes para tí"; la tierra: "así que te hayas ido, borraré tus huellas afrentosas"; hasta los perros: "roeremos tus huesos de traidor"; todos le apostrofan como inclementes testigos de cargo. El hombre es deudor de su estirpe y de su paisaje, no se puede traicionar a las raíces, y así lo entiende Mohamed.

No menos importante, por lo que de novedoso tiene dentro de las novelas de la guerra de Marruecos, resulta la técnica utilizada por Antón de Olmet para mostrar la zozobra interior que este recibimiento ha suscitado en el ánimo del protagonista. Sus sentimientos se desdoblan, el rifeño y el español que laten dentro de su ser afloran en alternante pugna, y en monólogos sucesivos vamos viendo la alteridad interna del personaje; como las opuestas razones de sus dos yoes se sopesan en lo más recóndito de Mohamed. Recurso que nos libera del habitual narrador omnisciente instalado en la mente del protagonista y que, además, nos muestra una más verosímil radiografía ideológica y sentimental del personaje.

El estilo también abunda en el naturalismo de la novela. Escrita con una vigorosa prosa, caracterizada sobre todo por una sucesión de imágenes truculentas e impactantes que acentúan la denotación de un universo brutal, en el que bien puede decirse que se huele la tragedia, cual puede apreciarse, por ejemplo, en los preliminares del desastre del Barranco del Lobo:

"Cundía un vaho de sangre. La tierra misma parecía agrietarse ávida, en unas bocas sedientas. Los cuervos, negros y lúgubres, habían llegado, y se cernían sobre el Gurugú barruntando carroña. En sus graznidos famélicos había un eco de glotonería horripilante."

Un estilo en el que el lirismo va surgiendo de entre lo horrible, de entre las ruinas y la desolación: "No ha quedado piedra sobre piedra, ni un mal rastrojo, ni una chumbera

mogrebina. Calvean huesos fraternos en todos los riscos. Rezuma la tierra ahíta sangre de paladines. El alma del Rif se duele en el silencio nocturno, en un lamento silencioso y profundo." Y un estilo en el que hasta el humor se convierte en mueca descarnada, tal puede verse en esa escena en que los soldados encuentran un cadáver a medio enterrar, una de cuyas manos ha quedado fuera de la tierra, y el miembro insepulto sirve para chanza de la tropa:

"Un soldado la cogió con su diestra y le dio un apretón cordial:

'-¡Hola, buen amigo!

'Cundió el chiste (...) Y la negra mano, enhiesta, soportó el jocundo apretón de tres regimientos."

Se apoya en un léxico bronco, proclive al más horroroso feísmo, transitado por animales famélicos, repugnantes, carroñeros; por seres despiadados, casi infrahumanos; por una naturaleza iracunda; por la muerte y todo lo que le es familiar y próximo.

Aunque el origen de esta prosa haya que entenderlo deudor de la tradición de la novela naturalista, tal vez también se recojan en él algunas influencias del movimiento expresionista alemán, no en sus presupuestos temáticos o argumentales, pero sí en su expresión, en el uso de los elementos naturales como índices de hostilidad, en la interiorización de lo objetivo y en su devolución al mundo de las palabras con imágenes tan escalofriantes como, por ejemplo: "Melilla, distante, se dibujaba ante sus ojos como un patíbulo". Será necesario esperar bastantes años para encontrar otra novela, dentro de las que recrean la guerra de Marruecos, que adopte una técnica narrativa y un estilo semejantes a los de ésta, ocurrirá con Imán, de Ramón J. Sender, que retratando otra campaña y desde una perspectiva ideológica radicalmente diferente a la de Un sol bárbaro, muere, mantiene con ella un emparentamiento en el tratamiento del paisaje y un estilo afín en su desgarró al de Luis Antón de Olmet.

En 1913, ya con una cierta distancia temporal de los acontecimientos, se publica en El libro popular, otra de las colecciones de relatos breves surgidas por la época, Episodios de las guerras de Africa contados por mi caballo<sup>39</sup>, de Leopoldo BEJARANO<sup>40</sup>, corresponsal de guerra durante la campaña. Se trata de un relato que comienza narrando el abuso padecido

por un periodista recién llegado a Melilla en los días del conflicto a la hora de procurarse un caballo. Por una cantidad de dinero desorbitada compra a un judío un jaco viejo y de mal aspecto, al que pone por nombre "Senador". No obstante, tan deslucido animal tiene la capacidad de hablar. Tras informar a su nuevo amo de que bajo su triste aspecto se encuentra ni más ni menos que Babieca, la montura del Campeador, le refiere un par de historias pretéritas. La primera se enmarca en la pasada campaña militar de 1859-60: Saisa, una joven marroquí de gran belleza se enamora de un capitán español, Genaro Ríos, con el que al final se marcha a España para hacerse cristiana y casarse. La segunda alude a la actual guerra de 1909 y cuenta la peripecia de un joven alférez que quedó herido en el campo tras un combate. Recogido por los rifeños, quienes intentan obtener algo a cambio de su vida, queda convertido en cautivo, hasta que más tarde le arrancaran los ojos. Liberado por un alma caritativa, terminará despeñándose cuando camina hacia las posiciones españolas. Tras contar estas dos anécdotas el caballo muere. Con la oposición de ambas quiere ilustrar el heroísmo y la grandeza de la España vencedora e incluso conquistadora del pasado frente a la humillación presente. En la actualidad el enemigo norteafricano se ha enseñoreado merced a la pasividad del ejército español, y lo que ayer fueron victorias y respeto, hoy se han trocado en derrotas y desprecio: dos tiempos y dos situaciones contrapuestas en torno a las que se vertebró el relato. Idea, única y reiterada, que recorre toda la breve fábula, ejemplificada con absoluta nitidez por esa desolada conciencia del pasado que viene a ser Babieca:

"-(...) No quiero sufrir más privaciones ni tengo corazón para ver cómo han cambiado las cosas de mi Patria (...) ¡Oh! ¡Quién me ha visto y quién me ve! ¡Quién ha visto y quién ve a los hombres de España!"

Nostálgica y amarga reflexión, desde los postulados mantenidos por el autor, y que en buena medida marcaría la pauta de las sucesivas actuaciones del ejército en Marruecos: los tiempos de gloria de la campaña de O'Donnell habían quedado por completo anclados en un irrecuperable pasado. Pero tan serio lamento se envuelve en un tono ligero y tendente al humorismo. De este enfoque cómico ya habla por sí misma la presencia de este semoviente

parlante que adquiere el periodista, pero, además, en puntuales ocasiones también se traslada al discurso. Ora en la voz del amo:

"(...) Creí que soñaba (...) avance con cuidado la mano diestra al maletín de grupa de la montura para ver si estaba en su sitio el frasquito de cognac que siempre llevo conmigo (...) Allí estaba intacto, pleno, el frasco. No era, pues, un delirio alcohólico el mío, ni tampoco el jaco se había permitido la licencia de libar a hurtadillas."

Ora en la del jamelgo: "-(...) Anda; saca lápiz y cuartillas y hazme una interview."

Momentos de humor que han de contarse entre los más acertados del relato y donde, además, la prosa de Bejarano alcanza su más acertada expresividad. El resto se mantiene en un registro funcional, aceptable pero sin alardes. Salvo los de utilizar un par de veces un poco oportuno neologismo, el adjetivo "joyoso" (de 'joya'), y la presencia de unas cuantas voces denotativas del que ya empezaba a convertirse en tradicional léxico de la guerra de Marruecos.

Al año siguiente, en 1914, aparecen otros dos relatos en la misma publicación: La carga de Taxdirt y Bu-Suifa (Copo de nieve)<sup>41</sup>. Ambos firmados por Víctor RUIZ ALBÉNIZ<sup>42</sup>, quien poco antes ya había comenzado su tarea de divulgador de asuntos marroquíes en un par de volúmenes sin componente de ficción: La campaña del Rif. La verdad de la guerra, de 1909, y El Rif. Estudio en paz. La guerra en el Rif. El pleito internacional, de 1912. Dedicación que continuaría en momentos y conflictos sucesivos, dejando constancia de ella en numerosos libros, entre los que se incluye una novela de la que en capítulo venidero se hablará.

La primera de estas narraciones, al igual que la de Bejarano, mantiene aún notables puntos de contacto con la mera crónica periodística. El narrador se presenta con el propio nombre del autor y sus particulares señas de identidad, mientras que el componente imaginativo casi deviene excusa para glosar la famosa carga de caballería que con audacia y valor perpetró el entonces teniente coronel Cavalcanti. La débil anécdota tiene por protagonista a un joven soldado de aspecto un tanto afeminado a quien conocemos por el

apelativo de *Galleguito*. Sus amigos y familia cuestionan la escasa virilidad denotada en su apariencia, por lo que ha sentado plaza de voluntario para rebatir esos rumores. Su euforia bélica ha chocado con una persistente diarrea que lo mantiene alejado del frente y recluso en el hotel Colón de Melilla. Allí traba conocimiento con Albéniz, médico y periodista, a quien solicita remedio para curar su mal, a la vez que le hace partícipe de su más profunda aflicción anímica. Desde ese momento el periodista quedará convertido en confidente del personaje y testigo de su acontecer, lo que al cabo traslada al lector. Una vez recuperado, el soldado toma parte en el combate del día 20 de septiembre, durante el cual tuvo lugar la recordada carga de los jinetes de Cavalcanti. Episodio en el que *Galleguito* resulta mortalmente herido. En semejante trance vuelve a encontrarse con el periodista, a quien confía su mayor preocupación, la cual deriva de haber recibido el fatal impacto en la espalda, lo que podría inducir a la sospecha de que huía. Algo que no es cierto, pero que le arrebataría el honor de esa muerte valerosa y capaz de acallar las pasadas habladurías. Tras el desenlace, Albéniz consigue, merced a una colecta, que el soldado reciba sepultura en una tumba individual en lugar de en la fosa colectiva. A la vez se entera de que un hermano del soldado, teniente de caballería ante quien aquél deseaba acreditar su valor, también ha muerto en combate y es enterrado con todos los honores en el panteón de oficiales. Ambos han caído por la patria: uno envuelto en honores de héroe y el otro en el anonimato, pero el honor y la virilidad del *Galleguito* han quedado más que probados, de lo que da fe pública el testimonio de su confidente.

Bajo este tema del honor cuestionado, laten los al más acendrado belicismo, presentado en el relato a través de tonos que aúnan lo epopéyico con la más blanda sensiblería. Ruiz Albéniz, cantor de la guerra en reiteradas ocasiones, gestiona las ideas de su relato de la misma manera en que a lo largo de los tiempos han venido haciéndolo esos poetas del heroísmo que denostaba Galdós en su *Aita Tettauén*: alabando cuanto de gallardo y espectacular tiene el combate y elogiando las brillantes actuaciones del ejército. Pero tampoco encuentra obstáculo alguno para apuntarse al más falaz populismo y clamar contra los muertos

y heridos que acarrea la campaña; como si esto no tuviese nada que ver con aquello. Asunto que acomete con absoluto desparpajo en reiteradas ocasiones y sin reparar en la obvia contradicción que encierra. De tal modo, lanza aparentes imprecaciones humanitarias y antibélicas:

"¡Ah, la guerra, la guerra! ¡¡De aquel millar de valientes, no podía haber ni uno solo en aquella mañana del triste calvario, que no sintiese germinar en su corazón un anatema para la sociedad, para los humanos, para los que aún se atreven a decir que el matarse unos a otros, que el luchar y destrozarse los pueblos entre sí, es un *mal necesario* [el subrayado es suyo], y que el morir y sufrir en la guerra es la mayor de las glorias a que un nacido de buena madre puede aspirar."

Para poco después, en la misma página, exclamar sin rubor: "-(...) Lo de ayer, lo de Taxdirt, ha sido una verdadera página de gloria para la historia de España."

Reflexión que habla por sí misma, sin necesidad de mayor comentario, sobre los postulados reflexivos e ideológicos que orientan al autor. Algo que mezclado con otros motivos y un poco más de habilidad narrativa vuelve a retomar en Bu-Suifa, el segundo de sus relatos sobre esta campaña. En esta ocasión el punto de vista se desplaza al campo enemigo, a los rifeños. En la cabila de Beni-Sidel se va a celebrar una *jonta* de notables para examinar la llegada del Roghi a la zona en un día de julio de 1901. Destacando entre estos jefes, se encuentra Funa, un gallardo y respetado guerrero al que todos rinden tributo y obediencia, agraciado además con una bella hija: Bu-Suifa. En la reunión intentan decidir qué hacer. Hamú, un joven razonable y atrevido, intenta convencer a Funa de que hay que pactar con el recién llegado, porque enfrentarse a él supondría la guerra contra un enemigo poderoso. Entretanto los hombres del Roghi han asolado un aduar y secuestrado a Bu Suifa. Hamú se ofrece para ir a buscarla y devolverla sana y salva a los brazos de su padre. Durante el desarrollo de su misión, sabemos que este joven no es en realidad rifeño sino un español renegado, un ex recluso de Melilla que escapó tras dar muerte a un carcelero cruel. Actuando con notable inteligencia logra su objetivo y el amor surge entre la prisionera y su libertador.



El jefe rifeño lo distingue con su amistad y cariño, e incluso le otorga la mano de su hija. Hamú corresponde con sus sabios consejos, que llegan a situar a Funa entre los hombres de confianza del Roghi, ahora señor de la zona. El caudillo pacta con los españoles el negocio de las minas, pero Funa y otros jefes van socavando su autoridad tratando a sus espaldas con el ejército extranjero. Al final, sin apoyos, el Roghi decide abandonar el Rif, sabiendo que pronto prenderá la guerra entre nativos y españoles. Sus palabras resultan proféticas. Estalla el conflicto de 1909 y Funa se convierte en uno de los cabecillas del levantamiento. Hamú, que durante los años previos ha tenido un hijo con Bu-Suifa, no se siente capaz de aconsejar a su mentor en este trance: su corazón se halla escindido entre la fidelidad a sus nuevos compatriotas o a los antiguos, contra quienes ahora se verá obligado a luchar. Su guerra interior cada día se resuelve más a favor de los españoles, a cuyo lado no puede volver porque le espera la horca o el presidio de por vida. Tal actitud suscita los recelos de Funa, que durante el combate del Barranco del Lobo lo somete a una estrecha vigilancia. Al concluir, los rifeños se lanzan a rapiñar sobre los despojos del destrozado ejército. Hamú encuentra a un joven oficial herido. Pide clemencia para la víctima pero sólo encuentra el odio de Funa, que desea arrancar el corazón al militar. El antiguo consejero se interpone entre el caído y el agresor, enfrentándose a su suegro. En este momento Bu-Suifa incita a su pequeño hijo para que dispare sobre Hamú. Su cadáver fue encontrado meses después, con un mortal disparo y desposeído de corazón, el trofeo que al fin se había cobrado Funa.

Tras el fervoroso patriotismo que destila la novela, subyace también una cierta originalidad al darle un nuevo enfoque al tópico del renegado español que convive con los rifeños. Hamú, a pesar de su condición de ex presidiario, guarda nobles y bondadosos sentimientos en su corazón, lo que le aparta de la estereotipada semblanza de este tipo de personajes. Algo que más tarde, con leves diferencias en su caracterización y desde un enfoque antibélico, volverá a repetir Francisco Fusimaña en su Chumberas y babuchas, un relato del que se hablará en capítulo venidero. Aquí, el motivo deriva hacia la oposición entre la humanitaria sensibilidad del español y el vil salvajismo del rifeño: un maniqueo

enfrentamiento entre el bien y el mal. Maldad de la que hace partícipes a todos los protagonistas nativos y que, falta de la necesaria ponderación, roza la caricatura en alguna ocasión:

"Cuando Funa encendió la guerra santa, Bu-Suifa puso en manos de su hijo [un niño de corta edad] una pequeña tercerola maüser, regalo del abuelo, y ella misma le construyó un grotesco muñeco para que le sirviera de blanco. El muñeco tenía en la parte correspondiente al pecho un a modo de escapulario, y la bravía mujer le dijo: 'Tira aquí y aprende a matar cristianos, españoles', y el chiquillo disparaba, sin descanso."

La ficción sirve además para ofrecer la interpretación de esta guerra según los planteamientos de Ruiz Albéniz: las causas y razones que la favorecieron. El Roghi se había granjeado la autoridad entre las cabilas y, convertido en señor de la zona, resultaba un idóneo interlocutor para las compañías mineras instaladas en la zona. El gobierno y los militares españoles cometieron un severo error al hacer caso a aquellos otros cabecillas rifeños que conspiraban a espaldas del caudillo, pues en el poder de aquél residían los fundamentos de la paz. Si España no se hubiera dejado arrastrar por esos cantos de sirena y hubiera respaldado, o cuando menos no entorpecido, las actuaciones del Roghi esta guerra no habría tenido lugar:

"Los políticos españoles, que con el Roghi tenían la paz en el Rif (...) cometieron la torpeza magna de dar oídas a las palabras de Funa (...) Las autoridades españolas, so pretexto de que los bocoyas eran vecinos de nuestra posición de Alhucemas, y que en esta plaza española comerciaban, pusieron al Roghi un severo veto, precisamente el día en que se iba a librar la batalla decisiva, de antemano ganada por las huestes del Pretendiente (...) El Roghi acató el veto y retiró a Zeluán a sus guerreros. Las cábilas se envalentonaron con el ejemplo de los bocoyas y cundió por todas ellas el sentimiento de insurrección (...)"

Ambas narraciones corresponden a un mismo tiempo, no obstante, desde el punto de vista técnico, en *Bu-Suifa* se aprecia un notable avance tanto en lo que constituye el componente imaginativo como en la construcción de la fábula. *La carga de Taxdirt* resulta todavía un relato bastante inmaduro: la débil anécdota del *Galleguito*, según se plantea, no da de sí para hilvanar todo el relato, lo que obliga a alternar la peripecia de este soldado con las andanzas del periodista, asunto de muy escasa entidad en torno a una figura cuya única función tendría que haber respondido a la de mero testigo. Poco importa en el entramado novelesco su deambular por los escenarios de la retaguardia o sus relaciones con otros colegas; esto resta concentración al hilo principal y se antoja simple ganga para alcanzar la dimensión final del texto. En contraposición el episodio militar que le da título, y que habría de suponerse eje de lo contado, queda oscurecido y falto de relevancia. Aspecto que llama poderosamente la atención en una ficción caracterizada por un tono e intención epopéyica. Tampoco se muestra muy acertado al hacer avanzar el relato mediante anticuadas fórmulas de suspense cuya incógnita queda al poco desvelada: el artificioso modo en que *Galleguito* entra en contacto con Albéniz al comienzo, a través de las falsas expectativas que crea la camarera del hotel:

"Una noche (...) una de las hebreas del servicio, la más guapa, terminada que fue la comida, se acercó a mí y, sigilosamente, me dijo: 'Sin que lo noten éstos, pásese usted luego por el cuarto número seis, aquel del rincón que está al lado del mío. Entre usted y espere sin encender la luz.'"

Estos no son los inicios de una estimulante relación amorosa, como sospecha el periodista y se hace creer al lector, sino el procedimiento elegido por el soldado para trazar relación con Albéniz. Situación que vuelve a repetirse poco más tarde con el asunto de la herida:

"Era detrás, en la espalda, donde tenía el balazo... ¿Por qué, pues, decirme que en el pecho?"

Secreto que se desvela casi de inmediato, unas líneas más abajo, cuando el herido aclara el motivo. Antiguados resabios de folletón improcedentes en una narración tan breve.

Procedimientos sin otro sentido que el de mostrenca retórica, y que Ruiz Albéniz deja ver casi como una declaración de intenciones al fingir un presunto carácter verídico en su fábula:

"Si la vida no fuese la más extraordinaria de las novelas, si no tuviéramos cada uno un recuerdo de nuestro existir, que al remozarse en la memoria nos provoca una sonrisa irónica y un pensar de. 'si esto se escribiese nadie lo creería', no se atrevería el autor de esta narración verídica a epilogar su trabajo con la verdad misma, por ser ella mil veces más extraordinaria que todas las novelescas mentiras."

Insuficiencias que en alguna medida han desaparecido en el siguiente relato. En lo que al argumento se refiere, por ejemplo, el de Bu-Suifa casi peca por lo contrario que el anterior: su amplia anécdota se llena de elipsis e incluso se esquematiza en no pocos momentos para que quepa en las dimensiones prefijadas. Algo que tampoco impide que el narrador, esta vez impersonal, intercale algún poco acertado excursus narrativo para denotar la cultura rifeña e ir preparando el terreno para su posterior prédica patrioter. A pesar de ello, las cosas han mejorado algo. La arquitectura de la narración denota una mayor elaboración, perceptible en el tratamiento del tiempo: organizado en fragmentos siméticos en su duración alternates con largas elipsis, de modo que cada secuencia ocupa un día en diferentes etapas. Y la anécdota se lee, en general, con más interés. Claro que éste aún se habría acrecentado más si Ruiz Albéniz hubiese prestado mayor atención al sentir de los personajes. Así, el resurgido patriotismo español de Hamú hubiese dado profundidad al personaje y no habría quedado en un apunte esquemático falto de explicación y un tanto inverosímil. A lo que no renuncia el novelista, ni en este caso ni en el anterior, es a recalcar con machaconería lo ya señalado en las páginas anteriores mediante una síntesis final que quiere acentuar la presunta paradoja entre lo habitual y lo narrado con elevadas dosis de efectismo expresivo. Otro rasgo desvelador de su carácter popular, que en este relato se concreta en: "Y se hicieron comentarios sobre la felonía de los viles renegados del Rif !!!". En tanto que el anterior se cierra con una aún mayor altisonancia:

"Se arriaba la bandera en el próximo reducto. Un clarín, pausado, solemne, desgranaba los sonos de la Marcha Real, y fue un periodista quien, ya ignorado entre las sombras de la noche que caían, puso sobre los brazos de la cruz hincada en la tumba del pobre soldado, un sudario de seda con el color de la bandera de España."

En menor medida, también la prosa distingue ambos relatos. Siempre dentro de una proclividad hacia el retoricismo y el tópico, común a ambos, La carga de Taxdirt se inclina hacia la altisonancia, quizá por su contenido épico: "La víspera de una gran batalla el soldado hace testamento de sus amores" (pág. 178)<sup>43</sup>, "el último rayo de sol centelleó en aquel saludo de los sables españoles en honor de los caídos; la última claridad del día pudo aún adiamantar lágrimas de emoción en todos los ojos" (pág. 183). Mientras que Bu-Suifa se decanta por registros más próximos a la cursilería: "los copos de nieve figurábansele pétalos de flores, sin duda deshojadas por celestiales hurfs" (pág. 628), "el amor jugaba a trabar con hilos de oro el alma del cristiano de los blandos mirares, y la de la hija del Profeta, la del fuego en los ojos y en el corazón" (pág. 640). Ambos textos se adornan con vocablos derivados de aquella guerra y del dialecto rifeño, del chelja, si bien en el segundo su presencia se acentúa y sobrepasa lo que viene siendo habitual en la narrativa de la época. Voces como: "jonta", "yebel", "tebib", "chau-chau", "muna", "besitas", "amán", "magzhet", etc; acompañadas, cuando el autor la estima rara o poco conocida, de su correspondiente nota a pie de página indicando su significado. Muestra del conocimiento y la erudición de Ruiz Albéniz en la materia, de la que luego dejará más amplia muestra en ¡Kelb rumi!, una novela sobre la posterior campaña militar, también adornada con profusas muestras de este léxico según se verá en capítulo venidero.

A tenor de lo visto, no puede decirse que la literatura imaginativa evocadora de esta campaña brillase a mucha altura. Pero, además de esta media docena de novelas breves, dos libros de tipo testimonial se ocupan de ella, aunque no quepa en ellos voluntad alguna de recreación literaria. Se escribieron algunas obras más de esta clase<sup>44</sup>, sin embargo, su nulo parentesco con cualquier intencionalidad artística, tanto por la trayectoria de sus autores, sin

ninguna relación con la literatura, como por la propia índole de los textos, los aleja de los objetivos perseguidos en estas páginas. Si estos dos testimonios, diferentes entre sí, se incluyen aquí se debe a que ambos aportan una visión personal; algo más que un mero retrato del acontecer bélico, y, también, porque sus respectivos autores tuvieron dedicación literaria, aunque dentro de las figuras menores en lo que a uno se refiere y entre las casi del todo desconocidas en el otro.

Este tipo de obras, tanto las de esta campaña como las de la siguiente, en la que fueron mucho más numerosas, se ajustan de manera casi indefectible al modelo establecido por Pedro Antonio de Alarcón en su Diario, hasta tal punto que muchos de ellos lo citan expresamente como ancestro de sus páginas. No obstante, lo que estos nuevos testigos toman de su predecesor queda circunscrito por costumbre al esqueleto compositivo de aquel libro, puesto que, en general, ni por la calidad de la prosa, ni, sobre todo, por el contenido y las ideas vertidas se asemejan al original ni tienen mucho que ver con él. Lo cual, por otro lado, resulta del todo explicable, ya que Alarcón escribió su crónica desde una perspectiva idealista, desde una fascinación un tanto ingenua por cuanto le rodeaba; no sólo quería reflejar el aspecto bélico sino el exotismo de una cultura diferente cuyo presunto orientalismo él exagera. Todo esto ha desaparecido en los nuevos cronistas y, además, las coordenadas históricas y sociales son distintas. Aquella guerra, aun con las salvedades señaladas con anterioridad, había contado con el aplauso unánime de la mayoría de las gentes, mientras que ésta era impopular y muy contestada desde amplios sectores sociales por causas distintas, algunas de las cuales -las menos radicales- se ponen de manifiesto en estos testimonios. Difícil hubiera resultado para estos testigos sustraerse a ese rechazo popular suscitado por este nuevo enfrentamiento, lo cual va a irse convirtiendo en consustancial a cualesquiera campañas marroquíes, pues aún se acentuará aún más en las ulteriores, según veremos más adelante.

En 1910 publica Fernando de URQUIJO La campaña del Rif en 1909<sup>45</sup>, subtítulo Juicios de un testigo. Se trata de un libro de crónicas de este reportero de El Globo, que fue enviado por su diario a Melilla, para informar de la guerra *in situ*. Permaneció dos meses en

la zona del conflicto, y, aunque durante este tiempo de poco pudo informar a sus lectores por causa de la férrea censura -de la cual se lamenta en repetidas ocasiones- que se impuso a los informadores de prensa, sus impresiones sobre la guerra quedaron recogidas en este volumen. A pesar de que su llegada se produjo cuando los sonoros acontecimientos de julio -entre ellos el desastre del Barraco del Lobo, del que se ofrece una escalofriante estampa cuando, transcurridos ya los sucesos, se pudo acceder al escenario y a lo allí acontecido- ya habían tenido lugar, aún tuvo tiempo de presenciar algunos combates que nos narra bien por testimonio directo, como el sucedido el 20 de septiembre, o por referencias mediatas. Resultan suficientes, sin embargo, para que ponga de manifiesto sus constantes elogios a la actuación del ejército español y su censura de los políticos gobernantes, sobre los que hace recaer la responsabilidad de las acciones inmeditadas que han causado los precedentes desastres y de la penuria material con que soldados y oficiales se ven obligados a combatir y a vivir:

" (...) Nada de esto logra quebrantar el admirable espíritu de estas tropas bizarras y sufridas. ¡Pero cuánta deficiencia, cuánto abandono por parte de aquellos que, desde Madrid, tenían el deber, como gobernantes, de prevenir esta campaña! (...) Nuestros políticos han creído siempre que los ejércitos se improvisan, que las campañas se comienzan en cuestión de horas, y que para vencer al enemigo basta con enviar muchos hombres en forma de rebaño. ¡Error inmenso del que no salimos nunca, y en el que caemos con perseverancia estúpida!" (Pág. 93).

He aquí una de las ideas centrales de este libro probelicista, que se lamenta de las condiciones de las fuerzas españolas, pero no por humanitarismo sino porque esas deficiencias restan eficacia a su labor punitiva sobre el rifeño. Urquijo se muestra partidario, y en ello reside la otra idea central de sus crónicas, de una guerra total, mucho más dura, de absoluto escarmiento y humillación del adversario, hasta el extremo de lamentar que las operaciones no puedan continuar porque "Europa no lo consiente y paraliza nuestra acción", (pág. 272). Y en esta opinión, además de sus lamentos sobre la censura impuesta a la prensa, hay que

cifrar el origen de algunas críticas vertidas sobre la persona del general Marina, al que se tacha de tener mano blanda con el cabileño, sobre todo con los denominados "moros amigos", figura que no cabe en los presupuestos ideológicos de Urquijo: "Cree Marina en el 'moro amigo', como si el moro fuese capaz de sentir hacia nosotros algo que no fuera un odio a muerte, un odio de religión y de raza." (Pág. 248).

La inquina contra el rifeño, presente de principio a fin del libro, más parece concepción apriorística del autor que fruto de sus observaciones. De tal forma que, al comienzo del texto y con absoluto simplismo, los hace responsables de la guerra, cuya causa, siguiendo sus reflexiones, no fue otra que "extender nuestros límites, ensanchando, por instinto de conservación, ese nudo corredizo que había puesto a Melilla el odio y la perfidia mora", (pág. 10). Para continuar, en las sucesivas páginas, destilando la más feroz animadversión contra un enemigo al que se caracteriza como: "Hordas primitivas y sanguinarias, fuera de todo derecho y de toda ley de humanidad", (pág. 125). En tal contexto se inscribe el lamento de que la artillería no haga fuego contra algunos núcleos de jinetes rifeños porque entre ellos se encuentran mujeres, ni que censure la benevolencia de Marina, ya que, en su opinión, sólo hay una forma de conducirse con el rifeño:

"Al moro no se le domina ni por la persuasión ni por la benevolencia. Ambas cosas las interpreta como señales de debilidad y de cobardía. Por el hierro y con el hierro; ése es el único camino, ésa es la política racional que allí debe aplicarse." (Pág. 249).

Fuera de lo bélico y militar poco más hay que destacar en esta crónica. Su mínima impresión de la Melilla de la época queda limitada a un superficial retrato del ambiente de periodistas y corresponsales que allí acudieron, entre los que pueden mencionarse a Carmen de Burgos y a Ruiz Albéniz. La primera porque, según deja ver Urquijo, gozó de cierto predicamento entre sus colegas y entre los jefes y oficiales militares; y el segundo, por su temeraria valentía a la hora de asistir a los heridos en medio del fragor de algún combate. Tampoco destaca por una especial brillantez estilística, limitándose a una prosa correcta pero sin ningún tipo de alarde, de carácter funcional las más de las veces, alejada de cualquier



lirismo descriptivo y en la que no se hace infrecuente la presencia de léxico coloquial. Incluso puede apreciarse algún comprensible error cuando intenta explicar la etimología de una palabra que adquirió amplia difusión en estas guerras: "blocao", a la que considera voz de origen inglés en vez de alemán<sup>46</sup>.

En resumen, un conjunto de crónicas escritas desde un punto de vista de beligerancia radical a la vez que habitadas por el más profundo desprecio al rifeño, y donde los únicos atisbos críticos se orientan en la dirección antes señalada.

Mucho más colorista resulta el conjunto de crónicas que Eugenio NOEL<sup>47</sup> reúne en Lo que vi en la guerra. Diario de un soldado<sup>48</sup>. El autor se alistó voluntario en el ejército expedicionario y, tras servir como soldado, comenzó a publicar sus testimonios en el periódico España Nueva. La aparición de la primera de estas crónicas, "Cómo viven un duque y un marqués en campaña", le acarreó un proceso y dar con sus huesos en la cárcel, según señalan González Ruano y Carmona Nenclares<sup>49</sup>. Durante su estancia en prisión -así lo revela él mismo en sus páginas: "desde la cárcel escribo"<sup>50</sup>- continuó redactando los artículos que conformarían la primera edición de sus impresiones sobre la campaña, Notas de un voluntario en la guerra de 1909, cuya publicación se llevaría a cabo por suscripción pública<sup>51</sup>.

El libro de Noel en la disposición de sus contenidos se aparta un tanto de los habituales modelos de diarios al uso, en cuanto que no está sujeto a un férreo orden cronológico marcado por los acontecimientos y tampoco pretende ser una crónica con exclusivas intenciones historiográficas. Se trata de una sucesión de cuadros de variado asunto, en los que enfoca todo aquello que le llama la atención. Ofrece una visión de la guerra desde dentro, desde el sentimiento que en el testigo suscita lo que acontece, y siempre con una notable visceralidad, lo que no impide que muchos de sus juicios posean un innegable valor objetivo y universal. No sólo repara en lo bélico sino que abarca un contexto más amplio, en esto -que no en sus presupuestos organizativos ni ideológicos- se asemeja al Diario de Alarcón, al que hace referencia en más de una ocasión.

Abre su obra con unas notas dirigidas al lector a modo de preámbulo, en una de las cuales el autor manifiesta una declaración de intenciones - "que él [el libro] os lleve el odio a la guerra"- que, sin embargo, no guarda la esperable consonancia con lo que después va exponiendo en el conjunto del texto. Resulta más que difícil encontrar un sólo pasaje en el que Eugenio Noel ponga de relieve un rechazo a la guerra de forma genérica, ni siquiera a ésta en particular. Por el contrario, son abundantes las narraciones de hazañas donde se exalta el heroísmo bélico, cuyo más acabado ejemplo puede encontrarse en la crónica titulada "El epílogo de la batalla de Taxdirt", en la que, por cierto, confunde la fecha, retrasándola hasta el 30 de septiembre cuando en realidad tuvo lugar el 20. En este cuadro Noel relata, por lo menudo y con palmario tono epopéyico, uno de los pocos hechos favorables a las armas españolas, y uno de los que alcanzaron mayor popularidad merced al arriesgado comportamiento del teniente coronel Cavalcanti y los escuadrones de caballería a su mando, que concluye con unas palabras bien expresivas de su nula intención antibelicista:

"Sobre el escuadrón resplandece una luz imperecedera y una nueva página de oro ha costado raudales de sangre al arma. El orgullo de poseer tales hombres en la raza pone en boca de los soldados los más cariñosos laudos. Sangre de leones." (Pág. 127).

Este sentimiento belicista no se deja ver sólo en un episodio aislado como el anterior, sino que está bien presente en todo el libro, el cual en ningún momento cuestiona la legitimidad de la guerra ni las desgracias que lleva aparejadas, algo que habría resultado esperable si su intención hubiese sido denostarla. Lo que le mueve al rechazo de esta campaña -de manera fundamental, aunque se añadan otras razones que se comentarán más adelante- es la ocasión que sus organizadores han desperdiciado para regenerar la moral nacional decaída desde la pérdida de los residuos coloniales en el desastre de fin de siglo, el no haber sido capaces de rehacer el maltrecho pabellón patrio cuando se brindaba la oportunidad:

"Marina ha fracasado, y el Estado Mayor con él. No volverán tan fácilmente ocasiones como esta infausta guerra, donde se puedan hacer demostraciones de energía nacional. Y ha fracasado, porque no es vencer acabar una guerra de cabilas con un tan grande

dispendio y una tan exigua remuneración (...) Nuestro triunfo es débil, pálido, incierto. Melilla respira un poco más; eso es todo." (Pág. 297).

Sin duda, mantiene una actitud de patriotismo regeneracionista, que de alguna manera entronca con los escritores de la denominada generación del 98, pero de un regeneracionismo reaccionario, que propende a cifrar la prosperidad nacional en un neocolonialismo sustitutivo de la anterior situación y emparentado de raíz con ella.

Los otros aspectos de su crítica apuntan a cuestiones menos originales, difundidas también por otros autores. Comenzando por la causa de la guerra, de la que, a pesar de mostrarse escéptico ante los motivos oficiales, no parece tener una idea muy clara, a tenor de los bandazos que va dando. En algún momento, aunque sin centrar la razón, parece atribuírsela al gobierno español: "(...) Impuesta la guerra por el Acta de Algeciras o por una tardía necesidad de dar vida a Melilla, o por el acicate de las minas, el castigo de los hechos cometidos el 9 de julio fue solamente una ocasión próxima", (pág. 285). En otros pasajes parece decantarse, sin embargo, por la insurrección rifeña como motivo, debido a que las autoridades españolas dejaron caer al caudillo local conocido como el Rogui, y su desaparición excitó la codicia de otros cabecillas menos proclives al acuerdo sobre los yacimientos mineros<sup>52</sup>. Tampoco se muestra conforme con la forma en que la guerra se ha conducido: por el desconocimiento del terreno de las operaciones, por la falta de un adecuado plan de operaciones y por las malas condiciones de vida de las tropas. Su censura no se dirige contra el ejército como institución ni contra los militares en particular, a los que elogia con frecuencia, sino contra los defectos que han propiciado los desastres y han impedido la victoria contundente, según ya ha señalado con acierto Marra-López: "No hay en esta obra una verdadera oposición a la estructura militar en sí, sino al modo de cómo es empleada dicha estructura"<sup>53</sup>. De lo que sí se duele Eugenio Noel es, por una parte, de que el triunfo haya quedado tan minimizado que más se asemeje a una derrota: "la harca se ha disuelto por la heterogeneidad de sus elementos, no porque nosotros la hayamos derrotado en alguna ocasión de una manera completa", (pág. 233). Y, por otra, de ciertos hábitos de la vida de campaña

que le resultan ilógicos o denigrantes: el hacinamiento de soldados en las tiendas de campaña; la escasa calidad de unas comidas repetitivas; la puntillosa atención a la higiene externa, en lo aparente, frente al descuido absoluto y la falta de medios para la interna, la que queda debajo del uniforme, de los botones bien cosidos y del correaje abrillantado; en definitiva, de una disciplina ciega y mecánica más atenta a una desfasada ordenanza que al hombre, producto de la falta de presupuesto o de la generalizada ignorancia -"yo no he visto durante toda la campaña un libro en manos de nadie", pág. 108-, pero nunca achacable al propio carácter de la institución militar. También en este aspecto deja ver su afán regeneracionista, que no su rechazo a lo castrense ni antimilitarismo alguno.

En el tratamiento de los rifeños se establece una diferencia de enfoque entre los que participan en la guerra y aquellos otros que quedan al margen de ella. En cuanto a los primeros, el enemigo, abunda Noel en sus presupuestos belicistas: "A estos enemigos es imposible tratarlos sino a sangre y fuego y desmenuzarlos desde lejos con cañones, sin piedad", (pág. 128). Y anota con insensible frialdad los resultados de la actuación española:

"Las montañas de Leddara, recorridas de extremo a extremo en algaradas de incendios y devastaciones, volando aljibes y dejando a nuestro paso, con el horror y el escarmiento de la destrucción, hogueras de casas y silos." (Pág. 72).

La única virtud que Noel descubre en el cabileño combatiente es que, debido a la ineficacia del ejército español, se haya hecho acreedor a la victoria: "ha sabido vencer, dados sus medios, en la ciudad y en el campo." (Pág. 233).

Los que no participan directamente en la guerra, los niños y las mujeres, por ejemplo, entran a formar parte de cuadros en los que el autor retrata tipos y aspectos del entorno social y cultural que rodea a la campaña. Describe algunas figuras de niños cabileños con ternura y se conmueve ante la dureza de sus vidas, el penoso trabajo que les obligan a realizar y los crueles castigos de que se les hace objeto. De la mujer rifeña anota algunas costumbres y modos de conducta que le resultan llamativos. Atiende también a muchos otros aspectos circunstanciales que enriquecen el libro y le dan carácter varipinto: la manera de ser y vivir

de los hebreos; la encanallada usura de los cantineros, que expolían al soldado; el encanto que descubre entre la fealdad de la plaza de Melilla; impresiones paisajísticas; breves narraciones de anécdotas, por ejemplo, la relación amorosa entre Manolita, la dueña de un figón, y el sargento Antón; o la descripción de personajes que pululan por aquellos lugares: desde miss Alejandrina Wolffe, la inglesa que ha acudido al escenario de la guerra en busca de emociones fuertes y ejerce como enfermera; hasta Afra, la Pantera, favorita del Chaldy, uno de los cabecillas del levantamiento rifeño, a la que todos los soldados quieren ver y sobre la que se cuentan las más increíbles leyendas; pasando por el colaboracionista moro Gato o el corresponsal sueco David Sprengel, cuyas presuntamente equívocas inclinaciones sexuales son motivo de generalizada chanza.

Están escritas estas crónicas en una prosa fluida y amena, de sintaxis ágil, y con un acertado tono en el que menudean la ironía y la sátira suave junto a algunas pinceladas de atemperado lirismo. En conclusión, hay que entenderlo libro donde el ruido supera a las nueces, pues su crítica resulta más aparente que real, más llamativa por el énfasis en el grito que por lo disolvente de sus planteamientos. Ante la realidad de su contenido se antojan incluso excesivas algunas apreciaciones hechas con posterioridad. Así, por ejemplo, la de Juan Chabás que lo considera "de protesta violenta y justa, pero declamatoriamente demagógico"<sup>54</sup>, donde, aunque no lo especifica el crítico, habrá que pensar que la violencia en la protesta se circunscribe sólo a la forma de manifestarla y no a la raíz de las ideas vertidas. Aquellos que enviaron a Eugenio Noel a la cárcel al publicarse la primera de sus crónicas se dejaron llevar, sin duda, por la vehemencia expositiva y no prestaron la debida atención al moralizante contenido, pues esto es lo que su fondo revela: la prédica de un moralista que pone el acento sobre lo que considera viciado con intención regeneracionista y afán didáctico.

En 1912 el ya mencionado Manuel CIGES APARICIO<sup>55</sup> vuelve a ocuparse de la cuestión de Marruecos en Entre la paz y la guerra, un libro de factura periodística y cuyo carácter lo sitúa a medio camino entre lo descriptivo y lo ensayístico, fruto del viaje realizado por el

autor a tierras del Protectorado español durante el año anterior. Sin vinculación directa con la campaña militar de 1909, sirve de puente entre ésta y la siguiente, la denominada guerra del Kert, la cual resultó, en lo que alcanzo a conocer, un conflicto sin literatura de creación. Algunos de los artículos que forman el volumen, acaso todos, habían ido aparecido con anterioridad en la prensa, según manifiesta el escritor en su texto, donde a la vez declara los graves problemas que la publicación de éstos le acarreó con los mandos del ejército y con la censura gubernativa, llegando a dar con sus huesos primero en la cárcel y más tarde en el exilio.

Elabora Ciges en esta obra una crítica nada contemporizadora, documentada e incontestable en no pocos aspectos sobre la pasada y presente acción de España en Marruecos. Sintetiza en sus páginas la reciente historia de enfrentamientos militares entre los dos pueblos, los descalabros bélicos españoles habidos en la anterior centuria, y de los que los gobernantes parecen no haber extraído lección alguna:

"Ese imperialista de última hora, que tantos papeles extranjeros rebusca para hablar de Marruecos, tenía que consultar los nuestros y se enteraría de que el Rif es de mal agüero para los españoles. Tantas veces como allí hemos armado zambra, otras tantas hemos salido con las manos en la cabeza./ En 1860, el día 8 de febrero, quedo deshecho el batallón provincial de Granada, perdiendo la mitad entre muertos y gravemente heridos./ En 1863 tuvo el sultán que enviar una mehalla para que los moros nos dejaran medir los límites./ En 1871 se opusieron a la desviación de Río de Oro; bombardearon a Melilla con unas piezas viejas, y tuvo que acudir el príncipe marroquí para aquietarlos, y que la gente pudiera salir de la plaza./ En 1893 no conseguimos nada, y también tuvo que acudir Muley Arafá para tranquilizar a los moritos." ("Pues alarguemos la mano", pág. 74).

Repaso que culmina en los aún más graves sucesos acaecidos poco tiempo atrás, en 1909, cuando la improvisación y los errores tácticos procuraron un desastre superior a los precedentes:

"Por este campo avanzaban las tropas formadas de a cuatro en fondo, en correcta formación. Esto dice lo escabroso que será el lugar; pero también explica que las balas rifeñas hiciesen frecuente blanco cayendo sobre tan densa masa. Análogamente se empieza uno a explicar la derrota; pero no la inteligencia y cordura en la dirección del combate." ("En el Barranco del Lobo", pág. 18).

Pero, dejando a un lado las cuestiones de estricta índole castrense, ya que se trata de un problema de mucho más calado, revisa los presuntos intereses que se han venido esgrimiendo en favor de este nuevo colonialismo nacional. Intereses que, a decir verdad, sólo lo son de algunos, de aquellos que se están enriqueciendo a costa del sacrificio de otros muchos, en realidad, de todo un pueblo, al que se le ha vendido la cuestión marroquí con falacias y apelaciones a la grandilocuencia patrioter. Vacuidad de la que se han ido haciendo cómplices los políticos y gobiernos de turno, y bajo la que se oculta el más obvio engaño:

"Porque en el fondo de esta cuestión sólo se trata de eso, de ambiciones que tienen su raíz y fundamento en los apetitos de la gula. Queriendo disfrazar los verdaderos móviles de las acciones, se habla de empeños civilizadores, de derechos históricos, de nacionales destinos, de exigencias patrióticas, de otras muchas ficciones que enmarañaron el juicio del lector hasta hacerle desvariar./ Y la razón evidente de todo este complicado juego, sólo es la mercadería: sociedades que quieren multiplicar sus capitales construyendo puertos y ferrocarriles; compañías que aspiran a poner sus minas al amparo de los cañones españoles o franceses; usureros que piden buenas garantías por el dinero que prestan al sultán; parlamentarios remunerados por capitalistas; periodistas untados para que pulsen la cuerda patriótica; grajos que van a buscar las plumas de los pavos reales, aunque en la contienda queden desplumados..." ("El embrollo", pág. 213).

Y para que sus acusaciones no se queden en bruma general, las concretiza con las obras iniciadas para la construcción de sendos puertos en Melilla y Ceuta. El primero adjudicado a un civil, cuya actuación se ha caracterizado por la negligencia y los nulos resultados. El

segundo, iniciado como labor militar y continuado por promotores civiles, pero sin mejores logros que en aquél:

"El negocio es ruinoso, y Comillas tiene interés en que los trabajos no avancen para escatimar gastos. ¡Naturalmente! Como que en prolongando las obras indefinidamente, indefinidamente se prolongan sueldos cómodos y pingües dietas (...) Yo oí decir en Melilla a un alto empleado de las obras del puerto que avanzaban con tanta lentitud porque sólo se podía trabajar los días tempestuosos (...)

'-¡Es verdad; en días revueltos como éste las olas arrastran los bloques y los asientan... en el fondo del mar!

'Esa es la obra que estamos haciendo: tirar bloques y dinero al fondo del mar./ Porque nosotros somos así de generosos./ El caso del puerto de Melilla se reproduce en su hermano gemelo el de Ceuta, donde se trabaja con igual parsimonia. Durante varios años lo han dirigido los ingenieros militares (...) Como los gastos no escaseaban y el puerto iba a convertirse en el puerto o cuento de nunca acabar, sacáronse las obras a pública subasta, quedándose las los señores García Arango y Compañía, famosa compañía que está haciendo buenos y envidiables a los primitivos constructores (...)"

("El puerto de Ceuta/ Los émulos de Comillas", pp. 38-40).

Ante tales considerandos no le cabe al autor sino abogar por el rápido y total abandono de tan insensata empresa que a lo que se echa de ver sólo interesa a esas compañías comerciales ya mencionadas y a otras de semejante jaez; a unos cuantos individuos desaprensivos que al amparo de las autoridades locales están obteniendo jugosos beneficios económicos, y de cuyo perfil también se ofrecen promenorizadas muestras; y a los militares que han encontrado en Marruecos terreno abonado para su medro profesional o para ejercitar el mando extramuros de los acuartelamientos:

"El anciano [moro] sigue sonriendo incrédulo:

'-Sí; los españoles la quieren [la guerra]. Los militares quieren tirar tiros y ganar mandos.



'-Los militares...

'Voy a ser imprudente diciendo que ellos son los únicos belicosos; pero me contengo."  
("Lo que me cuenta un moro", pp. 51-52).

"El Sr. Nougués ha hablado de los tribunales militares que en Melilla han de entender en todos los asuntos: lo mismo en un proceso por aborto, que en un litigio sobre una marca de fábrica (...) porque como Melilla es una plaza fuerte, jueces y defensores han de ser militares (...) Dije en cierta ocasión que el juez de primera instancia melillense era militar. Como me cortaron súbitamente la palabra, no tuve tiempo de añadir que el juez municipal también lo es, y que de secretario actúa un cabo de infantería (...)" ("Continúa el caciquismo militar", pp. 143-144).

Todo ello sin reparar en el capítulo de los gastos, que en esa época ya cifra el autor en una cantidad desorbitada: "Doscientos millones de pesetas nos llevamos gastados en menos de año y medio, y apenas si nuestros dominios se han ensanchado con un pedazo de terreno improductivo que puede recorrerse en algunas horas", ("Ellos y nosotros", pág. 208). Años en los que todavía no se había alcanzado el punto álgido en el presupuesto que llegaría a consumir el Protectorado y la consecuente guerra<sup>56</sup>. Desmesurada factura para tan escasos logros y sin expectativas de cambio, porque, según comenta un testigo al autor: "Esto es una bolsa sin fondo, y el dinero es como agua que se desliza entre los dedos"<sup>57</sup>. Proyecto de ruina nacional o cuando menos presupuesto difícil de mantener para la escuálida hacienda de un país cual la España de la época, donde los haberes no alcanzaban ni para resolver algunas palmarias penurias en amplias zonas de su geografía, aquellas que se pretendían mitigar al otro lado del Estrecho:

"(...) No somos un pueblo conquistador, sino civilizador... Debemos crear en nuestras posesiones vías de comunicación, difundir la instrucción, construir puertos en Melilla y Ceuta' (...) ¿Y cuándo se va a hacer todo eso en España, señores? (...) ¿A quién vamos a civilizar, si las dos terceras partes de los españoles son analfabetos? ¿Cómo

fundar escuelas en Marruecos, si Marruecos está a algunos grados de latitud norte de África y aduare por civilizar son los centenares de pueblos donde no tenemos maestros? ¿Difundir la instrucción de que nosotros carecemos?" ("Contra la guerra", pp. 223-224).

Su denuncia de la ineficacia española alcanza hasta a la institución eclesiástica, poniendo en tela de juicio la presunta labor evangelizadora que las órdenes religiosas llevan a cabo en aquellas tierras. Tarea a la que el escritor dedica también cierta atención y no deja a salvo de sarcásticas inyectivas:

"Desde que los Redentoristas llegaron al Mogreb en el siglo XIII, la religión católica no puede apuntarse un solo caso de conversión. Su fracaso es evidente. Los franciscanos que les reemplazaron cuatro siglos después aún han hecho menos y son más costosos (...) ¿Qué hacen, pues, estos santos hombres? Secundar los intereses reaccionarios, oponerse a toda tentativa innovadora para que persista la política de la inercia, que a la larga sólo favorece a los belicosos (...) No simplifican dificultades, no convierten moros; pero molestan al súbdito cristiano, y le ponen trabas si no se les somete (...)" ("La obra de los franciscanos", pp. 62-63).

En definitiva, Entre la paz y la guerra compendia el pensamiento abandonista español, las ideas sostenidas por una izquierda política con insuficiente representación en el Parlamento de la época para hacer valer su disconformidad con las aventuras neocolonialistas emprendidas por los partidos gobernantes. Pero sus páginas no han de entenderse sólo como un mero discurso ideológico radical, lo que en léxico de hoy diríase políticamente incorrecto, sino que a la vez traza un pormenorizado y certero retrato sobre el fiasco marroquí en sus inicios, cuando aún no había llegado Annual ni toda la retahíla de desgracias que vendrían después, y sobre las que Ciges Aparicio ya advertía con cabal juicio y proféticas palabras en este libro publicado bastantes años antes:

"(...) para conquistar y pacificar el Rif, necesitará muchos años, muchos millares de hombres y algunos miles de millones./ Y ni comprado al peso vale tanto el Rif." ("Compás de espera", pág. 177).

"¡Y aún hay quien dice que nuestro porvenir está en esa exigua zona rifeña, cuyos montes serán sepulcro de españoles, ruina de la nación y motivo de conflictos internacionales [tan sólo en esto último le falló la previsión a Ciges, pues los conflictos fueron internos]." ("Ellos y nosotros", pág. 208).

En sus modos expositivos se aproxima, salvadas todas las posibles distancias, al modelo establecido por Mariano José de Larra en sus Artículos de costumbres. No sólo por su censura de tipos concretos o de vicios nacionales, que de lo uno y de lo otro ofrece Ciges un amplio muestrario: la ineptitud, la ignorancia, la imprevisión, la pereza y la indolencia perfilan en sus páginas el colonialismo del momento. Sino, sobre todo, por ese tono de amargura ante lo irremisible que envuelve en una expresividad ligada con frecuencia a la ironía y al humorismo sarcástico:

"¡Paciencia y no desanimar! (...) Así como hemos esperado cuatrocientos años en comenzar el puerto de Melilla, bien podemos aguardar otros cuatrocientos para terminarlo. ¿No son inmortales nuestros históricos destinos? ¡Paciencia, y procedamos poquito a poco!" ("El puerto de Ceuta/ Los émulos de Comillas", pág. 38).

"En las dos últimas partes de su divagación ocúpase de enumerar las opulentas minas, de existencia reconocida, de vagas presunciones o de oídas, que van a sacar a España de su miseria. El Rif, como el mismo articulista dice, 'es de suelo montuoso y abrupto'; pero el preña sus entrañas de fabulosos tesoros californianos. Como otro día promete hablar 'de su riqueza agrícola y de su prosperidad pecuaria', presiento ya que en la exaltación de su entusiasmo nos va a revelar el hallazgo del Paraíso Perdido." ("Pues alarguemos la mano", pág. 69).

"Allí a nuestra izquierda, vecinos del mar, se alzan los plumizos barracones de madera, donde la tropa se alberga (...) Estos famosos barracones tienen la propiedad de que en verano se tuestan, y sus moradores han de huir del calor y de los piojos, para acostarse a cielo raso. Menos mal que en invierno se calan y encharcan (...)

'- Una friolera: ¡CUATRO MILLONES DE PESETAS!" ("¿Cuánto gastamos/ El otro Barranco del Lobo", pág. 125).

Palabras que ni siquiera precisan comentario, pues ellas mismas hablan con absoluta elocuencia de la desencantada percepción que el autor extrajo de su viaje por el Protectorado español en Marruecos, lo que algunos interesados estaban vendiendo sin rubor como el resurgir imperial de la nación.

## NOTAS.

1. Según puede verse en el relato que de los prolegómenos de tal acontecimiento hace Manuel Ciges Aparicio en Del cuartel y de la guerra.

2. Dentro de los materiales que he podido localizar, lo que no significa la inexistencia de otros posibles relatos breves relacionados con esta campaña.

3. Publicado en Blanco y Negro. Núm. 136, 9 de diciembre de 1893.

4. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

5. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

6. Publicado por vez primera en Los Lunes de El Imparcial, núm. 9538, 4 de diciembre de 1893.

7. Publicada por La España Editorial, en 1996. Lugar de donde proceden las citas mencionadas en este trabajo.

8. "Clarín, creador del cuento español", Cuadernos de literatura. Madrid, CSIC, enero-junio 1949, pp. 145-169.

9. El cuento español en el siglo XIX, pág. 274.

10. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

11. Tercer volumen de la serie denominada Los cuatro libros, publicado en Madrid, Impr. de Bernardo Rodríguez, 1906.

12. "M. Ciges Aparicio: El libro de la crueldad. Del cuartel y de la guerra", Cultura Española (antes Revista de Aragón), Madrid, noviembre de 1906, IV, pp. 1033-1034. Cita tomada del "Preámbulo" de Cecilio Alonso a Manuel Ciges Aparicio, El libro de la crueldad. Del cuartel y de la guerra. Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1986.

13. La novela española contemporánea (1898-1927). Vol. I, Madrid, Gredos, 1979, 2ª ed., pág. 301.

14.Loc. cit., pp. 33-34.

15."La literatura comprometida de Manuel Ciges Aparicio", Insula, núm. 305, 1972.

16.Ciges Aparicio: la narrativa de testimonio y denuncia. Madrid, Novecientos, 1984.

17.Por no mencionar un muy reciente libro de tipo reportaje periodístico sobre cierto famoso ex-banquero más tarde caído en desgracia. Nada más alejado de una novela, pero en cuyo texto el autor hace abundante uso de las técnicas expositivas de ésta.

18.Así lo ha denominado con gran acierto Víctor Fuentes, Loc. cit.

19.Del cuartel y de la guerra. Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1986, pág. 107. En adelante, todas las citas remiten a esta edición.

20.En nota núm. 27 de la edición a su cargo de esta obra de Ciges Aparicio. La que estoy utilizando, según quedó antes señalado. En este lugar Alonso comenta como años después, en España bajo la dinastía de los Borbones, el propio Ciges atribuye esta muerte al entonces teniente de Infantería Miguel Primo de Rivera. Al parecer actuó así movido por los rumores de que Margallo permitía, e incluso obtenía beneficio, del contrabando de armas a los rifeños.

21.Jesús Arribas en Ciges Aparicio: La narrativa de testimonio y denuncia, pág. 51.

22.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

23.En Madrid, Impr. del asilo de huérfanos del S. C. de Jesús.

24.En el ámbito teatral también dio sus frutos. En lo que alcanzo a conocer, hay tres obritas breves, de muy escaso valor, que refieren acontecimientos de la campaña. Dos de ellas se deben a Julio Sánchez Godínez, La guerra del Rif o la dama de la Cruz Roja, estrenada el 29 de agosto de 1909 e impresa en Alcalá de Henares, en la imprenta de V. Corral, en 1910; y El cabo Noval, estrenada el 23 de enero de 1910 e impresa ese mismo año en Madrid, en la imprenta de Emiliano Sánchez. La tercera es una obra de Enrique Prieto y Jesús Villamil, titulada Los héroes del

Rif, cuyo estreno tuvo lugar en el teatro Novedades de Madrid el 11 de noviembre de 1909, y ese mismo año se imprimió en el establecimiento de R. Velasco.

25.Tercer volumen de la primera serie de estos Episodios, cuyo título genérico, La monarquía, alude al periodo del que se ocupa. Fue publicado en Madrid, editorial Reus, en 1944.

26.Ver apéndice de narradores para información sobre la autora y su obra.

27.Con el núm. 148, correspondiente al año III. Esta colección había aparecido en 1907, fundada por Eduardo Zamacois, y su vida se prolongaría hasta enero de 1912. Fue la pionera de este tipo de publicaciones en España. Para una más amplia información sobre ésta y otras publicaciones dedicadas a la narrativa breve, puede verse el artículo de Luis S. Granjel, "La novela corta en España (1907-1936)", Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 222, junio de 1968, pp. 477-508.

28.Según sostiene Elizaberth Starcevic en Carmen de Burgos. Defensora de la mujer, pág. 53.

29.La edición publicada por El Cuento semanal, de la que están tomadas las citas, carece de número de página, por lo que ni ésta ni las restantes que incluyo en el comentario llevan indicación al respecto.

30.Tanto en la "Introducción" al conjunto de novelas breves de Carmen de Burgos que la propia comentarista selecciona en el libro La flor de la playa y otras novelas cortas, donde hay un breve estudio dedicado a esta narración, pp. 55-59, como en su tesis doctoral -desconozco si en este momento aún continúa sin publicarse- Carmen de Burgos "Colombine" (1867-1932). Biografía y obra literaria. Madrid, Universidad Complutense, 1991. Texto en el que acerca de En la guerra sostiene aproximadamente lo mismo que en la introducción del título anterior.

31.Introducción a La flor de la playa y otras novelas cortas.

32.Introducción a La flor de la playa y otras novelas cortas, pág. 58.

33.Loc. cit., pág. 56.

34. En el número 74, con fecha 27 de mayo. Publicación cuyo nacimiento auspició Eduardo Zamacois, que dos años antes había fundado El cuento semanal. Cuando fue desplazado de esta -como señala Luis Granjel en su artículo "La novela corta en España (1907-1936)- se asoció con el impresor Blass y creó otra colección de novela popular que pudiera competir con aquella. Los Contemporáneos apareció por primera vez el 1 de enero de 1909 y se estuvo publicando hasta marzo de 1926.

35. Autor de quien no he logrado encontrar ni una sola noticia.

36. El texto se presenta sin numeración en sus páginas, por lo que ésta y las sucesivas citas carecen de tal indicación.

37. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

38. Al igual que en el título anterior, las páginas no se acompañan de numeración alguna.

39. Número 34 dentro de ese año de la publicación, y con fecha 26 de agosto.

40. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

41. El primero con el número 7 de ese año, del 7 de febrero, y el segundo con el número 23 y fecha de 9 de junio.

42. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

43. Número de página correspondiente a la publicación, contando sus anteriores títulos, no a este relato concreto.

44. Puede citarse, por ejemplo, el libro de Enrique López Alarcón, Melilla 1909. Diario de la guerra -editado en Madrid, en la imprenta Hijos de R. Alvarez, en 1910-, que viene a ser lo que indica su subtítulo, Crónica de un testigo, pero más como un diario de operaciones militares que como una visión personal portadora de alguna originalidad. Su interés, por condiguiente, se circunscribe más bien a quienes deseen conocer el acontecer de la campaña desde una perspectiva histórica o, sobre todo, militar.

45. En Madrid, editado por Pueyo.



46.Procedente de *blockhaus*, según señala el DRAE desde 1884, y cuyo mismo origen apuntan Corominas y Pascual en el DCECH.

47.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

48.Libro editado en Barcelona en 1912. Es una segunda edición ampliada de un anterior volumen de Noel titulado Notas de un voluntario en la guerra de 1909, publicado en 1910, en el que no aparecían algunas de las crónicas que recoge en Lo que vi en la guerra.

49.En el libro de ambos, ~~Nuestros contemporáneos: Eugenio Noel~~. Madrid, Renacimiento, 1927.

50.En el artículo "Málaga, benemérita de la patria".

51.José Ramón Marra-López, Narrativa española fuera de España (1939-1961), pág. 323.

52.Como apunta en el artículo "La morita Katsba, Antor y Jafar", en concreto en las páginas 226 y 230, donde alude a las ambiciones del Mizziám y a la figura del Rogui.

53.Narrativa española fuera de España (1939-1961), pp. 323-324.

54.En Literatura española contemporánea 1898-1950. La Habana, Cultura, 1952, pág. 253.

55.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

56.A tal efecto, en 1921-22 los gastos de Marruecos alcanzarían los 502 millones de pesetas, según señala Juan Pando en Historia secreta de Annual (pág. 79) y, abundando en esta progresión, añade: "Para entonces, el déficit del presupuesto español ascendía a 1410 millones. Y había sido de 35 millones en 1909. En tan sólo doce años se había multiplicado por cuarenta veces: Marruecos tenía la culpa", (*Ibidem*).

57."El otro Barranco del Lobo", pág. 124.

### **III. DEL PROTECTORADO A LA PACIFICACIÓN**

## 1. LA NOVELÍSTICA.

Como quedó visto en el capítulo primero, desde el final de la campaña de 1909 la escalada de España en Marruecos había sido continua y progresiva. Primero, la expansión territorial que llevó a la ocupación de ciudades marroquíes o a dilatar los límites de las históricas plazas de soberanía española, lo que dio origen en la zona de Melilla a la denominada guerra del Kert. Más tarde llegaría el establecimiento del Protectorado y los primeros pasos para hacer efectivo este régimen de tutela pactado con Francia. Los españoles se habían ido acostumbrando a convivir con esta realidad. Unos, los que cifraban en ello el resurgir imperial del país, con entusiasmo; otros, los que se dolían de ver que aquella aventura se iba convirtiendo en una sangría humana y económica insostenible para la debilitada hacienda nacional, con disgusto y protesta. La derrota de Annual vino a alterar este estado de cosas, provocando una intensa conmoción social y colocando la guerra que se estaba sosteniendo en Marruecos en primer plano de la política y de la vida española durante los años siguientes. A partir de este momento, el mundo de la literatura, de la narrativa en particular, vuelve sus ojos hacia lo que se había convertido en una cuestión candente, tomando el asunto como motivo para relatos de índole diversa, desde las novelas de amor a las narraciones heroicas pasando por el más crudo testimonialismo antibelicista o la parodia humorística. Este es el origen de una extensa novelística que, desde múltiples enfoques, centra sus historias en algún aspecto del conflicto. A diferencia de lo que había sucedido durante las anteriores campañas, cuya repercusión literaria había sido poco numerosa y, en general, contemporánea a los acontecimientos, la propia longevidad de ésta, unida al predicamento que, por su impopularidad, alcanzó entre una mayoría de la población, hizo posible que el asunto fuera visitado y revisitado una y otra vez en obras con planteamientos ideológicos y narrativos de lo más dispar, a menudo, incluso, antagónicos.

Los primeros relatos comienzan a aparecer tras el desastre de julio de 1921, lo que da fe de que hasta entonces el Protectorado no había presentado atractivo suficiente para mover la pluma de los narradores. Salvo algún libro de carácter periodístico o divulgativo, lo demás había sido un completo desierto. Sin embargo, a partir de esta fecha, y durante los inmediatos años sucesivos, se produce una eclosión narrativa. Novelas, largas y breves; testimonios de combatientes y cautivos, bien soldados o bien militares con graduación; crónicas de corresponsales enviados al lugar. Toda suerte de libros sobre esta guerra o sobre cualquier asunto concomitante con ella se asoman al panorama bibliográfico español. La mayor parte de ellos fueron publicados durante el periodo de actividad bélica, hasta 1927, aunque continuaron escribiéndose testimonios y novelas - en algunos casos las de mayor calidad- que referían o recreaban estos hechos hasta los primeros años de la siguiente década. No se agota, empero, la narrativa sobre la guerra de Marruecos en lo escrito hasta ese momento. De manera más esporádica, y con la perspectiva que da el tiempo, se volvió al asunto en repetidas ocasiones hasta nuestra más estricta contemporaneidad; lo prueba el las últimas novelas que fabulan sobre algunos de estos sucesos están fechadas en los años noventa.

Varias son las razones que explican tal proliferación de relatos sobre esta guerra. En primer lugar cabe mencionar aquellas derivadas de la expectante perturbación que durante varios años introdujo en el ánimo de los españoles, lo que induce a pensar que habría un buen número de potenciales lectores deseosos por conocer cuanto allí sucedía, ya fuera en forma de testimonio directo o mediante la interpuesta ficción de la novela. De ello da cuenta, por un lado, el amplio despliegue informativo llevado a cabo por la prensa, que mantuvo multitud de corresponsales -muchos de ellos autores de libros de todo tipo sobre la campaña- en Marruecos durante largo tiempo. Por otro, que el número de publicaciones oscilase al unísono con el vaivén de los acontecimientos bélicos y que los escritores de esta etapa inicial fueran primerizos o de segunda fila, dispuestos probablemente a aprovechar motivos extraliterarios para hacerse conocer o para aumentar su habitual número de receptores. De tal forma que, aunque estas cifras haya que tomarlas con cierta cautela porque algunas de las narraciones

carecen de fecha de publicación, durante el periodo 1921-1928 se editaron más de treinta novelas y otro buen número de libros de carácter no imaginativo sobre muy variados aspectos del acontecer bélico o de la presencia española en el norte de Marruecos. Y, precisando un poco más, puede observarse que el ritmo de aparición estuvo muy ligado al discurrir de los acontecimientos y, es de suponer, que al interés del público. En 1921 sólo ven la luz dos relatos de breves dimensiones, sin duda no hubo tiempo material para urdir, redactar e imprimir más historias. Sin embargo, durante 1922, cuando las consecuencias y responsabilidades derivadas del desastre estaban en pleno apogeo, se alcanzó la cima de publicaciones, hasta ocho novelas -puede que alguna más, contando aquellas que no poseen datación- y al menos media docena de obras con referente real llegaron a manos de los lectores. Durante los siguientes años del mencionado periodo la cifra se estabilizó, en gran medida debido a la censura primoriverista, aunque pueden computarse entre tres y cinco narraciones de ficción anuales, además de algunos testimonios, crónicas y diarios. Claro está que todos ellos sostenían posturas progubernamentales y no chocaron con la prohibición administrativa. Transcurrida esta etapa, cuando ya se había alcanzado la pacificación, continuaron publicándose libros ambientados en la guerra, aunque de forma más espaciada. Entre estos últimos se encuentran aquellas novelas que alcanzaron una mayor altura literaria.

Aparte de esta razón, tras la que no resulta difícil aventurar motivos comerciales, hubo otras más cercanas a la propia creación literaria o colindantes con ella. En primer lugar hay que mencionar la existencia de un buen número de jóvenes que dieron sus primeros pasos dentro de la narrativa con relatos centrados en esta guerra, como les sucedió, por ejemplo, a Ernesto Giménez Caballero, José Díaz Fernández o Ramón J. Sender, por recordar sólo aquellos que alcanzaron mayor difusión. Esta nueva generación había realizado su servicio militar en Marruecos y, tras su regreso, transformaron en materia literaria sus impresiones, metabolizando en sus narraciones las impactantes e indelebles experiencias que habían vivido o los testimonios que otros soldados les transmitieron. No muy distinto fue el caso de otro tipo de testigos, los periodistas y corresponsales de guerra, algunos de los cuales, además de

su labor de cronistas, también se aventuraron en el terreno de la novela aprovechando los conocimientos que su trabajo les había brindado. Para otros narradores, los que por su edad o por otras razones no habían tenido conocimiento directo de lo sucedido, esta campaña también les habría nuevo campo para sus creaciones. Eran, por lo general, escritores sin demasiada relevancia artística, algunos de ellos anclados a modos narrativos caducos o a subgéneros que gozaban de poca estima literaria, en muchos casos habituales colaboradores de colecciones de novela popular. Otros, modernistas de segunda o tercera fila que a estas alturas habían devenido meros retratistas de la casi periclitada vida bohemia de los primeros lustros del siglo, y, junto a ellos, colaborando en las mismas o semejantes publicaciones, los superficiales indagadores de los sórdidos submundos urbanos, conocidos jornaleros de la pluma que habían encontrado un más que menguado filón económico en la fácil sentimentalidad o en el descarado erotismo. Pata todos ellos la cuestión de Marruecos, a pesar de que había perdido su perfil novedoso, al existir ya un nutrido retrato novelesco de las anteriores campañas, seguía presentando elementos muy atrayentes. Como cuestión de actualidad, las noticias de a guerra se agolpaban todos los días en las páginas de los periódicos y mantenían una permanente atención en el público, en una ciudadanía por múltiples razones ávida de informaciones. Unos, porque se trataba de una de las cuestiones de política nacional más candentes del momento. Otros, para su desgracia, porque la estaban sufriendo en la carne de sus hijos, enviados a combatir a un lugar geográficamente cercano pero remoto y misterioso en el subconsciente popular. No cabe duda de que el germen del interés estaba ya sembrado. Cualquier relato con el asunto del momento en sus páginas, poco importaba que se tratase de una disparatada fabulación sin punto de contacto alguno con la realidad, disfrutaba de un añadido de expectación. Esto no podía ser echado en saco roto por quienes buscaban más el logro económico que el artístico. Pero es que, además, los acontecimientos marroquíes presentaban elementos novelescos muy atrayentes. Permitía engarzar argumentos de amor, abnegación y heroísmo -los convencionales asuntos que solían referir aquellas narraciones- en un marco diferente, dando un nuevo barniz a las obras. La

novela galante, por ejemplo, podía renovar -como de hecho hizo- sus fábulas amorosas con nuevos personajes y escenarios. Ya no había que circunscribirse a las historias sobre incautas criadas que resultaban engañadas o deshonradas por señoritos calaveras, ni a las imposibles y siempre frustradas pasiones amorosas entre protagonistas de distinta clase social. Ahora entre sus páginas encontrarían cobijo apasionados romances entre militares españoles y mujeres marroquíes en escenarios exóticos y con situaciones algo diferentes de las habituales. De ahí que surgiera un nutrido grupo de relatos que *mutatis mutandis* presentan una machacona identidad argumental, repitiendo personajes y situaciones hasta la saciedad.

Por otro lado, para este tipo de narradores, la guerra en sí misma era un soporte adecuado para la aventura y para la narración de gestas heroicas, ya no era necesario rebuscar en la historia pasada ni perderse por lugares remotos o ficticios para recrear lances extraordinarios. Además, ésta contaba con un nuevo Cuerpo militar, la Legión, que había nacido envuelto en una aureola de bravura temeraria y parecía creado *ad hoc* para ser carne de literatura, para poder dar cumplida cuenta de las hazañas más viriles, para recuperar del olvido al héroe anónimo, tal y como sucedió en los múltiples relatos escritos *ad maiorem gloriam* de estas tropas. Y aquí tampoco importaba gran cosa que tales estampas no fueran más que una falsa caricatura de la realidad más superficial, según puso de manifiesto alguna otra narración con voluntad de justicia. Materia narrativa que, a lo que ha podido verse con posterioridad, creó un afortunado precedente, pues lejos de agotarse con el fin de aquel conflicto, ni siquiera con su olvido, ha continuado estimulando la inspiración de otros narradores, que no sólo en posteriores guerras, sino incluso en consolidadas paces han acudido a la Legión como segura fuente de aventuras. Su estela ha continuado hasta el más inmediato presente, y para comprobar el efecto redentor que aún se atribuye a estas tropas, basta recordar una reciente novela de Martín Casariego, La hija del coronel, donde un desertor de la miseria busca su medro social entre los novios de la muerte.

La incipiente novela social surgida a finales de los años veinte, también encontró en esta guerra motivo para censurar algunas lacras de la colectividad, empezando por el propio

conflicto en sí mismo, la discriminación que se establecía entre los que pagaban para poderse quedar en España y los que se veían abocados a cumplir tres años de servicio militar en el "avispero marroquí" o las múltiples injusticias y calamidades que sobrevenían a los jóvenes que para su desgracia se veían obligados a combatir en Marruecos. Además, una guerra de carácter colonial e impopular como ésta brindaba en bandeja la ocasión para reivindicar con fundamento dos de los postulados tradicionales de la izquierda de la época -en cuyas filas ideológicas estaban adscritos la mayoría de los narradores de esta orientación-: el profundo antimilitarismo y el radical antibelicismo.

Con el tiempo, hasta algunos narradores proclives al humorismo y la parodia encontraron fuente de inspiración en estos acontecimientos y trataron de llevar la sonrisa al lector buscando los posibles encuadres grotescos de la contienda o haciendo recreaciones bufas de lo sucedido. Bien puede decirse, dando la vuelta a la afirmación barojiana, que esta guerra fue un saco para la novela, pues en su recreación cupieron todo tipo de narraciones.

Por último cabe mencionar la motivación ideológica, especialmente significativa en esta campaña por cuanto supuso de revulsivo dentro de la sociedad española, obligando a tomar partido en su pro o en su contra a todo grupo, camarilla o individualidad que gozase de algún predicamento público. En consecuencia, esta guerra movilizó las plumas de buen número de escritores para lanzar agrias censuras contra lo que allí había sucedido o, por el contrario, para rellenar páginas laudatorias hacia los héroes de la milicia, llegando incluso a convertirse en vehículo de desagravio para alguno de los artífices de las más sonoras derrotas de aquellos días. Baste para ello recordar el fuego cruzado que se estableció entre los libros de crónicas o interpretaciones periodísticas que señalaban al general Fernández Silvestre como máximo responsable del desastre de Annual y los que se inclinaban a cargar las culpas sobre el Alto Comisario, general Dámaso Berenguer. Si bien estos planteamientos fueron más propios de las obras de carácter testimonial -a algunas de las cuales aludiré más tarde- o de los análisis divulgativos de la realidad inmediata, tampoco estuvieron ausentes en las ficciones narrativas, donde los relatos panegíricos de la campaña, del ejército o de algunos de sus protagonistas



convivieron con los que desde posiciones antibelicistas, antimilitaristas, o ambas a la vez, trazaron los más espeluznantes cuadros de degradación y muerte. Por medio quedan todos aquellos libros, generalmente no novelescos, que sin atacar la guerra ni la actitud mantenida por España en Marruecos, arremetieron contra la estrategia militar que se había seguido, contra la forma en que se venían desarrollando las operaciones día tras día o contra los responsables de tácticas erróneas. Esta última postura fue muy común en las crónicas escritas en los meses que siguieron al desastre de Annual, más tarde decayeron y no se ocuparon de otros descalabros posteriores por causas imperiosas: la férrea censura impuesta tras el advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera. A tal efecto, es suficiente con recordar los malos momentos que le acarreó a Giménez Caballero la publicación de sus Notas marruecas de un soldado, libro, a pesar de todo, sostenedor de una actitud sólo ligeramente crítica. Fiel reflejo de ello es que en los primeros años treinta, cuando la situación política era otra y ya no existían problemas administrativos que amordazasen a los escritores, se publicaron las novelas que con mayor contundencia censuraban la guerra, ponían de manifiesto la ineptitud y la crueldad de los militares africanistas, denunciaban la humillante situación de los soldados o derribaban falsos mitos, como el de la hasta entonces heroica Legión. No obstante, estas divergencias ideológicas continuaron presentándose en las narraciones publicadas cuando la polémica ya era sólo historia pasada, fueron incluso adaptándose a la horma de los nuevos acontecimientos políticos y de las actitudes tomadas ante ellos, como lo prueban los muy contrarios enfoques con que se tratan hechos de esta contienda en los varios episodios nacionales que pretendiendo recoger el testigo de Galdós se escriben en momentos diferentes pero ya muy posteriores a la finalización de esta campaña de Marruecos.

Esta abundante obra, además de reflejar muy variados asuntos y temáticas, se convierte también en paradigma de algunos de los modos y formas de novelar de casi todo el presente siglo, sobre todo de aquellas muy dispares corrientes que cohabitaron durante los años veinte y treinta en el panorama literario español. Junto a relatos de corte tradicional, con fisonomía decimonónica en muchos casos, se encuentran modelos representativos de la novela social de

los años treinta o la más acabada obra -*El blocao*- de la tendencia conocida como *Nuevo Romanticismo*<sup>1</sup>, e incluso alguna narración adscrita a la narrativa de vanguardia, a la denominada literatura *deshumanizada*<sup>2</sup>. Al lado de textos con clara voluntad innovadora y artística, cuyos autores bucean en nuevas formas de expresividad, aparecen otros repetitivos y anodinos, de difícil justificación acabado el momento coyuntural, e incluso deliberados productos infraliterarios.

Antes de adentrarse en comentarios sobre la novela de esta guerra conviene establecer algún criterio que sirva para ordenar tan heterogéneo material. Teniendo en cuenta, como ha quedado dicho antes, la disparidad formal e ideológica que hay entre muchas de estas narraciones, además del dilatado periodo durante el que se escriben, resultaría poco productivo atender a pautas organizativas de índole estética o cronológica. Más clarificador parece ajustarse a una estructuración temática, por el asunto dominante que recrean, aunque he escogido este criterio entre otros varios que hubieran sido posibles. Este agrupamiento responde más a una voluntad metodológica que a parámetros de estricto sentido literario y no está exento de problemas, dado que algunas de las novelas emparentadas por un mismo asunto difieren en todo lo demás. Sin embargo, a pesar de ello, considero que esta forma de asociación puede resultar más fructífera para el análisis de estos textos y facilitar la comprensión de lo que fue la narrativa de ficción sobre esta campaña. Una vez escogido el criterio rector se plantean otras dos cuestiones: por un lado, qué hacer con aquellos relatos cuya propia indefinición temática los aparta de cualquier posible grupo; y, por otra parte, los que podrían ser encuadrados en más de uno. En cuanto a los primeros, he optado por darles un tratamiento individualizado, dada su imposible clasificación junto a cualesquiera otros. Los segundos, un número muy reducido, quedarán enmarcados atendiendo al asunto predominante en su desarrollo argumental, haciendo referencia a ellos en otros lugares, si se hace preciso, para que esta organización no suponga reduccionismo alguno.

De acuerdo con los criterios expuestos, todas las narraciones, con independencia de sus dimensiones, se han distribuido en nueve grupos con mayor o menor grado de homogeneidad,

pero que guardan entre sí una cierta sintonía en cuanto al asunto del que se ocupan. Para el final queda un décimo grupo, una suerte de miscelánea temática -éste será su título, a falta de otro más adecuado- donde se aglutinan aquellos textos que no cabe incluir en ninguno de los apartados anteriores:

1. La legión.
2. El amor en la guerra.
3. El hombre en la guerra.
4. Descripciones de ambiente militar.
5. El rifeño.
6. Los episodios nacionales.
7. Humor, parodia y sátira de la guerra.
8. Melilla.
9. Biografías noveladas.
10. Miscelánea temática.

Algunas de estas agrupaciones resultan obvias y poco discutibles, otras pueden parecer meros productos de la arbitrariedad. Cómo justificar, por ejemplo, un apartado denominado "el hombre en la guerra", cuando esta relación *a priori* ha de ser una constante de todo capítulo, ya que aquélla no es concebible sin el hombre. Siendo ésta, en efecto, una verdad de perogrullo, conviene aclarar que bajo tal epígrafe se tratará de aquellas narraciones orientadas más hacia una interiorización de la guerra, un intimismo del soldado, que hacia la simple acción exterior. En consecuencia, su centro gravita en torno a las repercusiones de toda índole que la guerra ejerce sobre el individuo como combatiente y/o como ser humano, relegando a la umbría o a un discreto segundo plano aquellos otros aspectos que pueden alcanzar mayor relieve en los relatos encuadrados bajo otras cabeceras, para cuyo establecimiento se ha seguido un criterio semejante. Aunque seleccionadas desde mi personal juicio, a falta de otro más clarificador, espero no haber traicionado la intención de sus autores.

### 1.1. La Legión.

El Cuerpo creado a instancias de Millán Astray a finales de enero de 1921 se convirtió desde primera hora en uno de los focos de atención para los novelistas de esta guerra de Marruecos, lo que no resulta extraño teniendo en cuenta las peculiaridades de estas tropas y sobre todo el énfasis propagandístico que sus promotores le infundieron desde sus comienzos. Tal vez alguna influencia tuviesen también los precedentes literarios sobre sus colegas de la Legión extranjera francesa<sup>3</sup>. Había nacido con vocación de fuerza de élite y como lugar donde podían encontrar cobijo los valientes y los temerarios, y también redención todo tipo de desesperados con alguna desdichada historia pasada que deseaban olvidar. En ello incidieron los reclamos, que ofrecían la posibilidad de integrarse en una nueva familia, de alcanzar galones y estrellas o una honrosa muerte en el campo de batalla. Se aderezaba todo ello con una ambientación gesticulante y necrófila, materializada en la hiperexaltación de un honor propio, en uniformes y estandartes diferenciados del resto del ejército, en himnos altisonantes y en todo aquello que pudiera contribuir a dotar a esa unidad de una aureola mítica. La mayor parte de todo esto no era más que cáscara que envolvía una realidad bien distinta, como dejan ver algunas de las recreaciones novelescas y testimonios escritos por quienes lo vivieron, además de no pocas constancias historiográficas que rebajan notablemente parte de estos falsos mitos. Para empezar, por ejemplo, la tan alardeada presunción del cosmopolitismo de sus miembros distaba bastante de la realidad, dado que sólo una minoría de los que combatieron bajo aquellas banderas eran extranjeros<sup>4</sup>. Tampoco fue el afán heroico o la sed de aventura lo que había impulsado hacia sus filas a muchos de ellos, sino argumentos menos elevados, como la necesidad económica o la huida de la represión que se había llevado a cabo contra el movimiento sindical en Barcelona, por lo menos en los primeros tiempos del Cuerpo, como apunta Gabriel Cardona<sup>5</sup>. Sin embargo, no cabe duda de que una parte de los narradores que se ocuparon de esta campaña encontraron en los a menudo falsos y siempre interesados lugares comunes sobre la Legión una fecunda fuente de inspiración. Estos soldados podían reflejar muy bien la quintaesencia de la aventura heroica

moderna, el contrapunto de romanticismo literario adecuado para recrear una guerra tan prosaica como aquella.

La novela de ambiente legionario creó un universo de ficción bastante homogéneo, en el que los tópicos al uso fueron su columna vertebral. Sus páginas aparecen repletas de animosos hombres derrochadores de valor, heroísmo y abnegación, o de impenitentes solitarios tras los que se ocultan otrora descarriados individuos expulsados de un mundo que ya no les pertenecía, reconciliados con ellos mismos y con la sociedad en la fraternal camaradería que les brinda su nueva familia. Al antaño rufián ha tornado hogaño caballero; al que ayer había sido cobarde hoy le hace pugnar por la primera línea; al que su origen había propiciado natural altanería y feroz individualismo, la Legión le ha enseñado a convivir con humildad y camaradería; hasta las mujeres que habían equivocado sus pasos transitando los caminos de la prostitución y el malvivir al contacto con los caballeros legionarios se vuelven virtuosas, hogareñas y maternas. Todo ello tal vez consecuencia de la deformada imagen que sobre estas tropas se había difundido, o tal vez voluntaria contribución de algunos novelistas a su deliberada deformación, acaso simplemente porque una gran parte de los que escribieron sobre el asunto sólo eran jornaleros de la pluma con escaso rigor intelectual, dedicados a ofrecer a un público poco exigente lo que éste esperaba oír.

La autoría resulta aspecto poco destacable en la narrativa sobre la Legión, no sólo porque en su nómina no puedan encontrarse ni siquiera figuras medianas dentro del panorama literario de la época, sino porque en su gran mayoría se trata de auténticos desconocidos - novelistas ocasionales- o de plumas de tercera fila que alternaron su labor en la prensa con la de ínfimos narradores de productosseudoliterarios, buen ejemplo de lo cual podría ser José María Carretero -más conocido como *El Caballero audaz*, apodo con el que solía firmar sus infranovelas- o Carlos Micó España, una suerte de legionario y periodista que tras su paso por este Cuerpo intentó rentabilizar la experiencia y divulgar las bondades de la unidad creada por Millán Astray en un falso y enfático libro de carácter propangandístico, Los caballeros de la Legión -al que más tarde, en el capítulo de los testimonios no novelescos, dedicaré

mayor atención-, y en algunos disparatados relatos breves. La única excepción es la de Luys Santa Marina, a cuyo libro, Tras el águila del César, pueden ponerse todas las objeciones y reparos que se quiera, hay múltiples motivos para hacerlo, pero no puede negársele ni su vocación artística ni su decidida intención rupturista en cuanto a los moldes literarios establecidos.

Buena parte de estos relatos pueden considerarse contemporáneos a los acontecimientos militares. Fueron apareciendo durante el transcurso de la guerra o en los años inmediatamente posteriores a su finalización, en un periodo que abarca desde agosto de 1921 -fecha en la que comienzan a publicarse las primeras entregas de Memorias de un legionario- hasta el año 1932, cuando se editan las dos últimas novelas de los tiempos próximos a la campaña: ¡Los que fuimos al Tercio! y La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor, evocadoras todas ellas de la actuación de los legionarios en aquel conflicto. La actuación de los hombres del Tercio en la guerra marroquí aún volverá a convertirse en motivo central de otras dos fábulas aparecidas ya a gran distancia de los sucesos rememorados, y su presencia en un segundo plano se hará habitual en otras múltiples narraciones.

Esta novelística se articula en dos etapas casi del todo diferenciadas. La primera, simultánea al desarrollo del conflicto bélico, está representada de manera casi única por el relato breve, aunque por medio aparezca alguna narración más amplia, como Tras el águila del César, libro, por otro lado, de difícil clasificación debido a su multiforme estructura y a la utilización de variadas formas de expresión, publicado en 1924. A partir de los últimos años de la década de los veinte y los primeros de los treinta desaparecen las formas anteriores y dejan paso a la novela de dimensión estandarizada. Conviene, sin embargo, reparar en que hay constancia de que alguna de estas obras fue redactada con anterioridad, éste es el caso de La barbarie organizada, relato de Fermín Galán compuesto entre los años 1925 y 1926<sup>6</sup> pero que no vio la luz hasta 1931. Las causas no se antojan difíciles de imaginar, dado que, al margen de razones de índole editorial, comercial o personal -que también pudo influir, teniendo en cuenta que la mayor parte de sus escritos permanecían inéditos en la fecha de su

muerte- que hubieran podido pesar en el ánimo del militar para no dar su obra a las prensas, tampoco habría podido publicarse mucho antes, pues su muy crítico tono hacia la Legión y la guerra no le habría permitido sortear los obstáculos de la censura administrativa.

La práctica totalidad de estos relatos responde a dos modelos básicos de planteamiento argumental. O bien son narraciones de carácter individual, centradas en un personaje solitario, cuyo recóndito pasado irá aflorando a lo largo de la historia. O bien son narraciones grupales, esto es, retratan las peripecias militares y humanas de un reducido número de hombres que han acudido juntos a la Legión o se han encontrado allí, pero cuyos destinos, en cualquier caso, discurrirán en paralelo. Aunque, a veces, lo uno no excluya lo otro, destacándose la personalidad de un personaje en medio de un cuadro coral, de forma que éste adquiere un protagonismo que podría denominarse de *primus inter pares*. Las de tipo colectivo se ajustan a un molde utilizado con frecuencia en la novela bélica de cualquier época y sobre cualquier guerra. Recordemos, sólo a título de muestra, algunas de las que unos años antes o por estas mismas fechas se escribieron sobre la I Guerra Mundial: El fuego (1916), de Henri Barbusse; Cuatro de Infantería (1929), de Ernst Johannsen; o, la que por la difusión alcanzada se convertiría en paradigma del género, Sin novedad en el frente (1929), de Erich Maria Remarque. Esto no quiere decir que los autores españoles reprodujesen modelos foráneos, entre otras razones porque ya se habían publicado novelas con protagonista múltiple sobre la campaña de Marruecos cuando aún no habían aparecido algunas de las que se ocuparon de la Gran Guerra, y, desde luego, mucho antes de que se generalizase su conocimiento al publicarse las correspondientes versiones traducidas al español en 1929 y 1930<sup>7</sup>. La coincidencia de esquemas parece más bien producto de la propia realidad reflejada y de su aprovechamiento literario. Por un lado, desde una perspectiva más general, la guerra es un acontecimiento colectivo que cada uno de sus partícipes vive de modo diferente. En consecuencia, unir los destinos de varios individuos ensancha el punto de vista del relato y ofrece unas posibilidades de enfoque y tratamiento de los asuntos más amplias, aspecto que, según veremos más adelante, explota José Asenjo Alonso en ¡Los que fuimos al Tercio!. En

segundo lugar, ya centrando la atención en las propias características de la Legión y de los soldados que en ella combatieron, el protagonismo colectivo permite mostrar cómo personajes de las más dispares procedencias y con trayectorias pasadas muy diferentes se han visto obligados a recalar entre estas tropas y compartir idéntico presente, en el cual no hay lugar para otro distinguo que el de la mayor bravura en el campo de batalla. Todo ello no es sino la transferencia al universo fabulado de otro de los tópicos de la presunta realidad legionaria, lo cual ejemplifica de forma palmaria Bajo el sol enemigo, de Antonio de Hoyos y Vinent.

La narrativa de los primeros tiempos, la que comenzó a publicarse en los meses sucesivos al desastre de Annual y se prolongó durante algunos años, responde casi exclusivamente al formato de la novela breve y, en casi todos los casos, su línea argumental discurre tras los pasos de algún personaje individualizado al que, en ocasiones, un revés de la fortuna ha arrojado en los brazos del Tercio. Estos relatos son poco más que expansiones de aquellos versos de la famosa canción legionaria El novio de la muerte que dicen: "Nadie en el Tercio sabía/ quién era aquel legionario/ tan audaz y temerario/ que a la Legión se alistó./ Nadie sabía su historia/ mas la Legión suponía/ que un gran dolor le mordía/ como un lobo el corazón."

A tal esquema se ajustan las dos narraciones breves de Julián FERNÁNDEZ PIÑERO, autor que firma con el seudónimo de *Juan Ferragut*<sup>8</sup>. Sus Memorias de un legionario, que comienza a publicarse en breves entregas en el diario madrileño Nuevo Mundo entre los días 26 de agosto de 1921 y 3 de febrero de 1922<sup>9</sup>, y La misma sangre, que aparece en la colección La novela semanal como número extraordinario con fecha de 31 de diciembre de 1921<sup>10</sup>. En lo que alcanzo a conocer, constituyen los dos primeros relatos de ficción relacionados con las tropas legionarias. Relación que en el segundo de los títulos hay que entender más bien circunstancial, motivada por una cuestión de intertextualidad -que más adelante comentaré- y no por el asunto tratado, pues, ateniéndose a éste, en sentido estricto, tendría que haber sido encuadrada en un epígrafe diferente. Las Memorias narran la peripecia de Juan Ferragut, legionario de primera hora bajo cuyo seudónimo se oculta "un hombre que



ha amado y ha sufrido mucho". En los ratos que la guerra o la actividad cuartelera le dejan libres va redactando un diario en el que da cuenta de los hechos de armas en los que participa y de la vida cotidiana de los legionarios, además de echar, de vez en cuando, la vista atrás para referir con nostalgia la turbulenta historia de amor que lo empujó hasta su situación presente.

Comienza su narración en Melilla en los inmediatos días posteriores al desastre de Annual. Allí ha acudido Ferragut con las primeras fuerzas que acompañaron a Millán Astray para defender la plaza. Los episodios bélicos que cuenta corresponden al avance español para intentar recuperar el terreno perdido en los meses siguientes a la derrota. En la vanguardia de este avance se encuentran siempre las tropas legionarias, de tal forma que el narrador va dando testimonio de la magnitud de la tragedia: cadáveres y desolación por todas partes, hasta llegar a Monte Arruit, donde lo visto hasta ese momento alcanza grado superlativo. Allí, entre los cuerpos semiputrefactos, encuentra el protagonista el cadáver del hombre causante de sus penalidades: un teniente de húsares. Esto sirve a Ferragut para contar la parte de su pasado que le ha traído a la Legión. Este militar, hermano de Gloria, su amante, se opone a las relaciones entre ambos y humilla a Ferragut. La afrenta se resuelve en un duelo donde el protagonista cercena dos dedos al oficial. Su habitual vida de legionario se ve perturbada cuando recibe una carta de Gloria en la que le comunica que está en Melilla y desea verlo. Esto cambia por completo los planteamientos del personaje, la guerra ha perdido todo su interés, ya no desea morir, de nuevo ha encontrado sentido a su existencia. Deserta y se marcha con Gloria en busca del amor, abjurando de su hasta poco antes exaltación belicista y de sus deseos necrófilos con palabras harto elocuentes:

"Lejos el horror y la grandeza y la crueldad de la guerra... ¿Para qué sirve? Hija maldita del odio, es estéril... Será inútil que la humanidad busque por ella su depuración.../ Dejad, en cambio, al amor que haga su obra bendita; que el hombre busque a la mujer y el amigo al amigo... Esa atracción será fecunda y es la que hace eterno el vivir (...) ¡Qué bella imaginación la del heroísmo! ¡Y qué inútil!"<sup>11</sup>

Un final como éste bien podría inducir a creer que nos encontramos ante un relato de raíz antibelicista, lo cual poco tiene que ver con la realidad. Lo que Fernández Piñero hace en Memorias de un legionario es tomar una mínima anécdota de ficción para dar forma novelada al acontecer real de la campaña. Despojada de la parte que refiere el pasado del protagonista y de cuatro pinceladas imaginarias sobre la vida de los legionarios, no habría sido más que una crónica de la guerra. Su trabajo responde a unos planteamientos muy semejantes a los ya vistos en las novelas por entregas sobre la guerra de África. La forma de diario le permite ir insertando en su novela, con un ligero desfase temporal, lo que va sucediendo en la realidad; va escribiendo al hilo de los acontecimientos, sin ningún plan novelesco previo. Buena prueba de ello es que, por ejemplo, el día 26 de agosto -cuando apareció la primera entrega en Nuevo Mundo- todavía no habían sucedido algunos de los hechos que él incluye en su relato, entre los que cabe mencionar la reconquista de Monte Arruit. Esto no sólo aclara algunos puntos -de los que más tarde me ocuparé- sobre la estructura y formas narrativas, sino que también explica este final un tanto inverosímil. El autor hace desertar a Ferragut, y concluye su relato, cuando las operaciones militares habían quedado detenidas y, en consecuencia, ya no tenía nada que contar, de hecho, la última parte del diario se centra en la cotidiana vida legionaria, pero no hay combates. Resulta casi obvio que Fernández Piñero utilizó este paréntesis en espera de que se reanudaran las operaciones en la zona. Como esto no sucedió y la vida legionaria no daba para más dilaciones, envió a Gloria a Melilla y obligó a desertar al protagonista por acabar la fábula de alguna manera. Cualquiera que lea la novela no podrá dejar de sorprenderse al comprobar la repentina mudanza que se opera en el ánimo del personaje, aunque aún más sorprendente resulta el cambio de tono apreciable entre el final y el resto de la narración. De la desaforada alabanza al belicismo y al heroísmo militar se pasa al enaltecimiento de los sentimientos pacifistas, a las loas a la vida y al amor. Tal parece que hubiera saltado de la épica a la lírica sin intermedio alguno, y lo que en un principio era: "¿Qué importa la historia y la tragedia de cada uno ante la tragedia que sufre España y la página de su historia que ha empezado a escribirse?" (pág. 5) o "esa locura gloriosa que es

la guerra" (pág. 49), al final se ha tornado en: "¿Para qué ese heroísmo que hace morir? Es mayor heroísmo el de vivir todos los días, cada cual con la cruz de sus deseos y sus dolores y sus esperanzas" (pág. 117) o "¿Para qué sirve [la guerra]? Hija maldita del odio, es estéril" (pág. 116).

La misma sangre relata lo sucedido a Ricardo Santisteban, personaje que en su madurez se ve obligado a pagar los pecados de su alocada juventud. Sin reparar en el perjuicio que su egoísmo iba a ocasionar, años atrás abandonó a su novia embarazada y se marchó a América con su nueva amante, una conocida actriz. Allí, con el paso del tiempo, hizo fortuna como actor, llegando a convertirse en una figura de fama y prestigio. Ya encumbrado y gozando de respeto y consideración por parte del público, regresa a Madrid, donde un día la fortuna le juega una mala pasada. Durante una despedida de soldados en la estación es reconocido por su antigua novia que ha acudido a despedir a su hijo, el fruto de su relación con Santisteban. Resentida aún por el abandono, denuncia al actor como prófugo, lo que le obliga a realizar el servicio militar que no hizo en su día, más los correspondientes recargos. En Melilla, donde también se encuentra su hijo, hallará la ocasión de referir su historia a un viejo amigo, que a su vez se la transmitirá al lector, y el destino le brindará una oportunidad para redimir sus pasadas faltas. El hijo cae herido en combate y él acude a socorrerlo. Sin embargo, en los últimos momentos el egoísmo y la cobardía volverán a imponerse sobre el inicial rasgo de generosidad, pues Santisteban, mientras carga con el cuerpo del muchacho, sólo piensa en salvarse él mismo. Al final ambos caeran abatidos por las balas rifeñas.

La relación de este lacrimógeno relato con la Legión resulta en apariencia inexistente, puesto que, además, ni padre ni hijo forman en las filas de este Cuerpo. Sin embargo, el amigo del pasado al que Santisteban refiere su historia en Melilla no es otro que el legionario Juan Ferragut, que, en algunos pasajes de la novela, actúa como narrador interpuesto entre Santisteban y el lector, además de hablar de sí mismo y de hacer algunas alusiones al libro que está escribiendo, las Memorias. Se teje así una suerte de autorreferencias y relaciones intertextuales entre esta narración y la anterior, en las que el personaje de Juan Ferragut opera

como enlace entre ambas, hasta el punto de que podrían considerarse casi un mismo relato, en el que La misma sangre fuera una porción, una historia parentética, independizada de las Memorias, en las que no ha querido incluir uno de esos sucesos personales que algunos de sus compañeros, atentos a la popularidad que Ferragut ha alcanzado, se acercan a contarle para que él los incluya en sus escritos, como el propio legionario comenta en esta última obra<sup>12</sup>. Aunque se lamenta del escaso interés que tienen la mayoría, en este caso la historia de su amigo Santisteban debió de parecerle lo suficientemente atractiva como para decidirse a ponerla por escrito.

No muy distinta factura a las de Fernández Piñero presenta la novela breve El héroe de la Legión<sup>13</sup>, cuyo autor, José María CARRETERO, más conocido por el seudónimo de *El caballero audaz*<sup>14</sup>, estaba relacionado profesionalmente con el de las Memorias de un legionario, ya que en aquella época Carretero ejercía de director de Nuevo Mundo. Además, Fernández Piñero, según proclamaba él mismo<sup>15</sup>, era quien le escribía parte de sus narraciones. Debió de publicarse por aquellos días, o tal vez más tarde, dado que la obra no lleva fecha expresa. En cualquier caso, si su aparición se produjo en años posteriores, no debió de sufrir problema alguno para sortear la censura impuesta a toda obra que tratase el asunto de Marruecos durante la dictadura primorriverista<sup>16</sup>, teniendo en cuenta su tono elogioso para las armas españolas y la trayectoria personal de Carretero, que, merced a su labor de vocero del régimen, figuraba entre los protegidos del dictador.

A pesar de su grandilocuente título es éste un relato bastante insustancial, donde el heroísmo, la Legión y hasta la propia guerra se quedan en elementos más bien secundarios. *El caballero audaz* toma prestado el estandarizado esquema de las más trilladas y cursis narraciones amorosas, semejante al de algunas de las que él mismo solía escribir, para injertar en él una inverosímil historia en la que de nuevo nos encontramos con un personaje al que el destino parece no ofrecerle más solución que la Legión. Claro que aquí lo fundamental no reside en la peripecia personal, sino en un exacerbado patrioterismo que ya se anuncia desde

la dedicatoria de la novela, dirigida a los caídos en Monte Arruit con palabras falsas y, teniendo presente la realidad de lo sucedido, casi obscenas:

"A los héroes de Monte Arruit, que en las horas trágicas del desastre supieron sentirse españoles, y durante días de heroica resistencia, escribir con su sangre generosa una brillante página que será timbre de honor y orgullo en la historia de nuestra raza."

El planteamiento argumental, con ligeros retoques en lo accesorio y en el desenlace, resulta muy semejante al de las Memorias de un legionario. Leonardo Álvarez de Toledo, un petulante y ocioso aristócrata madrileño, ha quedado expulsado de su ambiente natural por la mala fortuna, a la que él ha contribuido con su afición al juego y a la vida libertina. A un mismo tiempo se ve acuciado por deudas que lo llevan a la ruina y a ser abandonado por su hasta ese momento amante, la joven condesa María de las Mercedes, que va a casarse con otro. Ante la disyuntiva de pegarse un tiro o enrolarse en la Legión, opta por esta última solución para hallar una muerte honrosa. Desde ese momento, sin embargo, la suerte le sonreirá. Primero, antes de partir para Marruecos, haciéndole ganar una importante suma de dinero, que ofrece a su amada como regalo de bodas. Más tarde, durante la guerra, frustrando sus planes de muerte. No sólo no muere, sino que, por el contrario, su temeraria actuación lo van convirtiendo en un legionario distinguido que alcanza las estrellas de capitán. Un día resulta herido en una arriesgada acción y en el hospital de Melilla se reencuentra con María de las Mercedes, cuya infelicidad matrimonial la ha llevado hasta allí en calidad de enfermera voluntaria. Ella le declara su amor incondicional, pero Leonardo lo rechaza porque él ya se siente un hombre distinto. Ha olvidado su vida disipada y su amor por la condesa, ahora sólo vive para su nuevo ideal: servir a la patria luchando en aquella guerra.

La moraleja se hace tan obvia como ilustrativa de las ideas de Carretero: la Legión ha rehecho ese espíritu descarriado que habitaba en Leonardo. No obstante, o el autor duda de su propia capacidad para transmitir el mensaje o, seguramente consciente de la sutileza con que lo ha expuesto, no confía en que la inteligencia del lector le permita descifrarlo en su

totalidad, por lo que empuja al narrador para que de forma telegráfica lo sintetice en los últimos párrafos de la novela:

"Los dos años de lucha le habían transformado totalmente..., purificado tal vez. De noble arruinado, con el corazón deshecho, inútil para todo, se había mudado en el capitán heroico y famoso, en un militar cuyo nombre se pronunciaba con unción... ¿Quién le había dado todo esto? La Patria, España, que cuando él no era ya nada supo acogerle y brindarle la Gloria."

De 1922 datan otras dos novelas breves, Lupo, sargento<sup>17</sup> y El camillero de la Legión<sup>18</sup>, de Carlos MICÓ ESPAÑA<sup>19</sup>. Estas dos narraciones responden también a la fórmula de protagonista único, pero en su línea argumental se introducen algunos elementos innovadores con respecto a las anteriores. El mundo de los legionarios, desde su vertiente más inmoderada para la alabanza, el patriotismo militarista y el decidido belicismo, se mezcla aquí con las creencias teosóficas de su autor, dando como resultado un producto más caracterizado por la absurda extravagancia que por la originalidad de planteamientos.

La primera de ellas refiere la insólita anécdota ocurrida a Lupo, un legionario que había acudido a la llamada de Millán Astray por idealismo patriótico y por hallar cauce adecuado para su natural instinto combativo, el cual le hace ganarse la estima de iguales y superiores durante su periodo de instrucción y entrenamiento en el campamento de Dar Riffien. El día en que entran en combate, Lupo se comporta como un héroe, pero una bala acaba con su vida. Cuando ya ha sido dado oficialmente por muerto se produce un fenómeno sorprendente. Un sargento nativo de Regulares, cuyo cuerpo herido había sido rescatado por Lupo durante la batalla y sobre el que había caído cuando el mortal proyectil lo alcanzó, se comporta de igual modo que el legionario y asegura ser Lupo aunque continúe manteniendo el aspecto físico del sargento marroquí. Pasados los primeros momentos de estupor, la evidencia de los hechos obliga a reconocer hasta a los más incrédulos que en efecto dentro de aquel cuerpo ajeno se encuentra la personalidad de Lupo. Ante la muerte, el espíritu del legionario buscó otro envoltorio y lo halló en el sargento de Regulares caído junto a él, cuyo espíritu debió,

a su vez, hacer lo mismo y se introdujo en la forma corporal de Lupo, produciéndose así una suerte de transubstanciación de personalidades que el autor quiere documentar con abundantes citas bíblicas. A partir de ahora el bravo legionario vivirá dentro de un cuerpo prestado.

Aún más disparatado es el caso que narra en El camillero de la Legión. Todo el relato gira en torno a Arjona, un legionario sanitario que pasa por ser el individuo más extraño de cuantos se han visto por allí. Su cuerpo es bicolor, hasta los hombros de piel blanca y de ahí hacia arriba negra. Siendo esto ya raro, su peculiaridad más distintiva viene dada por las ideas que postula. Arjona predica entre sus compañeros la fraternidad universal y el humanitarismo trascendente. Se considera a sí mismo una reencarnación del jefe de una remota secta religiosa y miembro, o protegido, de la por él denominada Gran Hermandad de la Magia Blanca, cuyos maestros velan para conservar su vida. Aunque tales planteamientos no impiden que se comporte como puntual y hasta entusiasta cumplidor de sus deberes como soldado legionario, termina siendo expulsado del Cuerpo por la perniciosa influencia de su proselitismo. La novela no deviene más que un dislate que rebosa cualquier parámetro aceptable como inverosimilitud narrativa, porque ¿qué iba a hacer un tipo así entre las tropas de Millán Astray? Por lo que se deja ver en estos dos relatos, teosofía y Legión no semejan buenos compañeros de viaje literario.

Y si Carlos Micó nos da cuenta de las andanzas del legionario más extraño, Rafael LÓPEZ RIENDA<sup>20</sup> hace lo propio con el más viejo en Juan León, legionario<sup>21</sup>, última de las novelas breves que se publicaron sobre la actuación de este Cuerpo durante esta campaña. Si bien conviene advertir que con anterioridad este prolífico narrador sobre la campaña de Marruecos ya había acometido una primera incursión fabulada sobre el Tercio en otro relato corto: Mi legionario, aparecido en Los Contemporáneos en 1924<sup>22</sup>. En este primer acercamiento, la presencia y actuación de este Cuerpo ha de considerarse tangencial o cuando menos secundaria dentro de la ficción. En realidad, más bien se trata de una novela de carácter amoroso, llena de convencionalismos sobre la figura de la mujer caída en desgracia por el abuso masculino, en cuya segunda mitad se da cabida a la guerra y aparece la figura

de un gallardo capitán legionario. Narra las desventuras de Lolilla, una joven gitana del Sacromonte granadino, cuyo atractivo suscita la pasión de don Pedro Guzmán, un adinerado comerciante de la ciudad. El maduro galanteador comienza a requebrarla y, con la ayuda de la madre de Lolilla, consigue que la joven inicie un viaje con él y pase una temporada recorriendo varias capitales andaluzas. Transcurrido un tiempo comienzan los problemas: el negocio y su mujer reclaman a Guzmán, que, satisfechos sus ardores amorosos, vuelve a Granada y a su vida habitual dejando abandonada a la gitanilla. A partir de ahí, para la deshonrada se inicia una vida de degradación, primero en un prostíbulo malagueño y más tarde en otro antro melillense. Allí se viven los días siguientes al desastre de Annual, cuando la Legión ha acudido a reforzar las desgarnecidas posiciones, y Lolilla conoce a Paco Valverde, un capitán del Cuerpo famoso por su heroísmo. El amor surge entre ambos y el militar desea "retirarla" para iniciar una nueva vida juntos. La fatalidad se interpone, sin embargo, en su destino, al resulta muerto Valverde en una acción bélica. La joven, sumida en la desesperación, abandona Melilla y regresa a la Península para arrastrar de prostíbulo en prostíbulo su total desinterés por la vida. Un argumento, a lo que puede verse, dentro de los más artodoxos cánones del relato popular, donde la presencia de la guerra y de la Legión han de entenderse meros motivos circunstanciales al momento de composición.

En el segundo de los relatos, el Tercio ya constituye el soporte arquitectónico de la fábula. De hecho, ejemplifica de manera más fideligna que ninguno de los vistos hasta el momento los argumentos expuestos en los versos antes citados de la canción El novio de la muerte, lo que queda ya anunciado desde el inicio, con la presentación del protagonista, Juan León, de quien se dice que "nadie conocía su historia", y cuyos pasos irá siguiendo la narración para que al final el lector sí llegue a conocerla. Es éste un legionario al que por su edad llaman "el abuelo", su carácter solitario y taciturno encubre toda la pena y el dolor de su pasado. Antaño fue hombre de vida ordenada y ciertos posibles, pero el vino y el juego lo arruinaron, hasta empujarlo a abandonar familiar y hogar. Tras unos años en América que no mejoraron su adversa fortuna, volvió a España y, solo y sin arraigo alguno, se incorporó



a la Legión. Su temeraria conducta en la batalla, donde exhibe un absoluto desprecio por su vida, y un mutismo que sólo rompe con la Marquesa -una de las mujeres que siguen a las tropas legionarias como enfermera y consuelo de los soldados- le han granjeado fama de héroe y lo han rodeado de una aureola casi legendaria. Un día, en mitad de un combate, Juan León recoge a un joven legionario herido y lo pone a salvo. Poco más tarde, merced a un retrato de la madre del joven, se dará cuenta de que aquél es su hijo. Años después, el ex legionario vive en apacible compañía con su hijo y su nuera, la Marquesa, y, por si esto no pareciera satisfacción suficiente, recibe una cuantiosa recompensa del ejército por "haber sido el legionario más valiente durante mucho tiempo". No pudo, pues, resultar más fructífero su paso por la Legión.

Menos afortunado resulta para Gustavo Pedrol de Nieva, falso nombre con el que se enrola el protagonista de la novela La barbarie organizada, de Fermín GALÁN<sup>23</sup>. Obra aparecida en 1931 aunque, como ya señalé antes, había sido redactada a mediados de la década precedente. Se trata de un relato a medio camino entre los que refieren historias individuales y los colectivos. Sigue teniendo como eje de su argumento un solo personaje -incluso como punto de vista desde donde se cuenta, ya que este personaje ejerce también de narrador- y una peripecia individual, pero intenta ofrecer una visión de conjunto mediante la relación que el protagonista establece con otros legionarios cuyas desventuras vamos conociendo. También sus planteamientos ideológicos se antojan innovadores con respecto a las restantes novelas aparecidas hasta el momento. Aquí no son el heroísmo; el afán de aventuras; los amores desgraciados; o la excesiva amistad con el vino, el juego y la jarana, los que han descarriado los pasos de su personaje, sino la falta de trabajo, el hambre y la miseria, que lo han convertido en un desgraciado sin otro futuro que alistarse en la Legión. En Marruecos se convierte en un legionario anónimo que, de forma semejante a tantos otros que va conociendo, vive sometido a una disciplina brutal y animalizadora de los hombres, participa en combates en los que siente la muerte pasar a su lado, es hecho prisionero por los cabileños, consigue escapar y, al final, cuando termina el tiempo por el que se había

comprometido a permanecer en el Cuerpo, regresa a España para poder comprobar que se encuentra en idéntica situación a la que se encontraba antes de iniciar esa especie de descenso a los infiernos que ha vivido. La novela muestra una evidente vocación de crítica social generalizada, queriendo poner de manifiesto cuantas injusticias y abusos caracterizaban la España de aquellos días, desde una tan descarnada como absurda guerra, a las desdichas que acarrea la miseria impuesta a amplios sectores de la población, pasando por la opresiva y brutal estructura militar, la falsedad del pregonado heroísmo legionario o la falta de libertad que sume al ser humano en la más solitaria desesperación. En suma, aventa mucho de lo que desde diferentes posiciones críticas se consideraba la carcoma de la sociedad española del momento. Se convierte así en una narración que anticipa planteamientos ideológicos, preocupaciones sociales y una finalidad de denuncia que en años sucesivos se erigirá columna vertebral de algunos otros relatos, por ejemplo, El blocao o, de forma aún más contundente, Imán. Sin embargo, en las páginas de Galán la denuncia fundamentalmente no nace como consecuencia implícita de lo narrado, sino que, a la manera de las antiguas y denostadas novelas de tesis, el mensaje se sobrepone a la peripecia narrativa, la entorpece y, en ocasiones, la hace discurrir por caminos nada verosímiles, buen ejemplo de lo cual es la insólita capacidad reflexiva que muestran algunos de estos legionarios, teniendo en cuenta que con anterioridad han sido descritos como pobres hombres de escasos recursos culturales; o la enorme abundancia de excursos narrativos, monólogos reflexivos y, en general, discursos ideológicos ajenos al discurrir de los acontecimientos que aparecen sembrados a lo largo de todas sus páginas. Por todo ello, podría decirse que La barbarie organizada más que una novela social, entendiendo por tal la que mediante la literatura pretende concienciar al lector ante determinadas injusticias sociales<sup>24</sup>, se asemeja a los relatos de tesis, en el que la ficción no aparenta más que pretexto para un adoctrinamiento que tal vez hubiera encontrado cauce más adecuado en un libro de perfil testimonial pero no novelesco, teniendo en cuenta que el resultado final deviene una obra bienintencionada y laudable desde una perspectiva ética, pero irrelevante en el plano artístico.

Cuando cualquier eco de aquella guerra ya se había extinguido, fueron publicadas otras dos narraciones evocadoras del mundo legionario. Ambas reconstruyen el ambiente del Tercio casi desde el momento de su fundación y, merced a la completa perspectiva temporal que les permite el narrar acontecimientos del pasado, extienden su fábula hasta el final o avanzados momentos de la campaña bélica. La primera de ellas, La Legión desnuda, apareció en 1955<sup>25</sup> y es obra de Antonio MACIÁ SERRANO<sup>26</sup>, un militar profesional de alta graduación con ciertas inclinaciones literarias y conocedor del Cuerpo fundado por Millán Astray, ya que allí realizó una parte de su carrera profesional. Guarda una cierta semejanza con el relato de Fermín Galán en cuanto que al comienzo parece orientarse hacia una forma de retrato colectivo, para poco a poco irse decantando por la peripecia personal y relegar lo grupal a un mero segundo término. Ahí concluye todo paralelismo entre ambas novelas, pues ésta opta por el más cerrado elogio al militarismo y al belicismo. Al inicio nos presenta a José Solano, un señorito madrileño, calavera y de buena familia, que borracho, desorientado y deseoso de imprimir un nuevo rumbo a su desnortada vida se enrola en la Legión. Llega a Ceuta cuando la recién creada Unidad está dando sus primeros pasos organizativos. Allí traba conocimiento y amistad con Juan Zunueta, un cabo de procedencia y trayectoria social bien distinta a la suya. Tras dar cuenta de la cotidiana existencia legionaria a través de variadas anécdotas, la fábula centra su atención en Zunueta, convertido desde ese momento y ya hasta la conclusión en verdadero protagonista de la ficción, a la vez que en paradigma de la virtud del caballero legionario. Su arrojo en el combate le lleva a conocer pronto los ambientes hospitalarios. Más tarde, la tragedia de Annual y la necesidad de apoyo en la zona de Melilla dará ocasión al Tercio y a Zunueta, cuyos destinos discurrirán en paralelo, a cubrirse de gloria en la acción emprendida para reconquistar el territorio perdido en aquellos días del verano de 1921. La gesta colectiva va alcanzando su reflejo novelesco en los sucesivos ascensos del protagonista, que al detenerse las operaciones de esa fase de la campaña ya ha alcanzado el empleo de brigada y una incuestionable reputación de bravura y eficacia. La guerra se reanuda ahora en la zona occidental, y allí son enviados Zunueta y Solano. Éste pierde la vida en un combate

y aquél resulta herido de gravedad, lo que obliga a su traslado a la Península para un largo tratamiento de recuperación. Su obligada estancia en España resulta propicia para conocer personalmente a Carmen, una hermana del fallecido Solano y su madrina de guerra, con la que ha venido carteándose desde tiempo atrás. Surge el amor entre ambos y, tras una promesa de noviazgo, el brigada, sólo medio recuperado de sus heridas, regresa a Marruecos. Desoyendo los consejos médicos, se incorpora a las unidades en cobate y toma parte en la retirada de Xauen, lo que le proporciona nuevas ocasiones para dejar constancia de su heroísmo y el consiguiente ascenso. Aún participa en el desembarco de Alhucemas y en la fase final de la campaña. Concluída ésta, Zunueta, luciendo ya las estrellas de capitán en la bocamanga de su guerrera, regresa a España con la intención de casarse con Carmen. Su deseo choca con la oposición familiar de la amada, que estima en poco la valía del oficial legionario para contraer matrimonio con una chica de buena posición social. Mediante un malintencionado y poco verosímil ardid, consiguen sembrar la sospecha entre ambos y separarlos. El militar regresa a Marruecos abatido y desorientado. Estado que no se prolongará mucho, pues la repentina presencia de Carmen, ya aclarado el malentendido que los separó, le devuelve el ánimo. Ahora ambos van a casarse y nada podrá interponerse en su amor. Concluye así este epopéyico -y muy convencional- relato, donde la peripecia particular de un personaje sirve para ir mostrando el heroísmo y la grandeza de este Cuerpo militar, en un tono de imponderada alabanza en nada diferente del que habían dejado ver las novelas publicadas en los años veinte. Al igual que en aquéllas, la Legión no sólo cumple una importante función en la redención del hombre, sino que se hace depositaria de casi todas las virtudes humanas y castrenses.

Con parecidos mimbres ideológicos pero peores maneras literarias se tejó Del breviarío de Juan Morena. Una novela firmada por Francisco CANÓS FENOLLOSA, otro profesional de la milicia también perteneciente a la Legión, aunque, en este caso, desconozco si sus inclinaciones literarias dieron algún fruto distinto de éste. Publicada todavía a más distancia de los sucesos referidos que la anterior, en 1981, en sus páginas se detecta el haber bebido

de la narración de Maciá Serrano, pero por su contenido y forma expositiva se aproxima más al tipo de relato de exaltación legionaria publicado en la década de los veinte. Ya desde su inicio se aprecia una situación si no del todo imposible, sí cuando menos difícil de asumir dentro de una razonable verosimilitud. Se deriva de la misma elección del protagonista, insólita donde las haya. Hasta el momento, la ficción había escogido personajes de muy variada índole, condición y características para redimirlos de sus pasados errores y transformarlos en caballeros legionarios, pero esta vez la imaginación se antoja que ha ido un poco lejos al ceder ese protagonismo a un joven catedrático de enseñanza media, de filosofía por más señas, a quien unos pasados avatares tan inconsistentes como su propia figura han arrastrado hasta las filas de los desesperados y sin arraigo. Entre los filiados a primera hora, se encuentra ahora este antaño intelectual y hoy hombre roto, bajo el falso nombre de Juan Morena. Nadie, a semejanza del legionario de la canción, sabe de su pena interior, pero todos intuyen que ha de ser muy honda. Decidido a poner fin a su vida, su arrojo en el combate le conduce a la cama hospitalaria en una de las primeras escaramuzas en que toman parte las tropas legionarias, lo que le granjea la estima de compañeros y jefes, pero también le impide acudir en defensa de Melilla durante los días siguientes al desastre de Annual. No obstante, tan pronto se recupera, Morena da muestras de su bravura y buen hacer en el campo de batalla, y de una conducta modélica que sus superiores desean recompensar con ascensos que él rehusa una y otra vez. En el entretanto de su brillante trayectoria bélica, se irán desvelando las procelosas razones que lo trajeron a la Legión. Morena, brillante profesor, se enamoró y suscitó el mismo sentimiento en una de sus alumnas, la hija del director del centro, que un día al acabar la clase se acercó a él y le dio un beso furtivo. Otro estudiante, presenció el hecho y el joven catedrático fue separado del cuerpo hasta que se aclarara el incidente. La mala conciencia de enamorado de esa alumna, aunque él no hubiera tenido ninguna participación activa en lo acontecido, a la que vino a sumarse el internamiento de la joven en un convento religioso y su casi inmediata muerte, recortó la propia capacidad de defensa del encausado. Pero, sobre todo, su ánimo quedó del todo abatido y apesadumbrado por la muerte

de su amada y por la desmesurada desdicha que tan leve incidente había acarreado. Incapaz de suicidarse debido a sus convicciones religiosas, Morena buscó el final en el lugar que parecía propicio para encontrarlo. No obstante, el fortuito encuentro del legionario con Jacobo Bentata, un judío antiguo amigo de la época en que ambos ampliaban estudios en Berlín, viene a cambiar esta situación. El antiguo amigo lo invita a su casa y allí conoce a Estrella, una de las hermanas del hebreo, con quien trabará amistad y poco a poco irá surgiendo el amor entre ambos. Morena ha encontrado un nuevo sentido a la vida, ya no desea morir sino terminar su compromiso con la Legión y reanudar una nueva vida. Además, el expediente profesional que se le había abierto, según le informa un compañero, se ha resultado favorablemente y podrá reincorporarse a su carrera. Este giro en los acontecimientos no impide, sin embargo, que el legionario siga derrochando valor y concite el elogio de sus superiores en cuanta acción bélica toma parte. Pero, la suerte que durante esos años de dedicación guerrera siempre había preservado su vida, incluso cuando Morena no lo deseaba, se tuerce a tan sólo unos días de su licenciamiento. Recibe un disparo que, a pesar del denudado médico, pone fin a su existencia cuando, olvidados los pasados quebrantos, el provenir se le mostraba más propicio. Lacrimógeno final para un relato que más parece surgido del túnel del tiempo que de la época de publicación, pues a semejanza de buena parte de aquellos compuestos muchos años antes, encuentra su casi único aliño argumental en esos conocidos versos de El novio de la muerte que rezan: Nadie en el Tercio sabía/ quien era aquel legionario/ tan audaz y temerario/ que a la Legión se alistó./ Nadie sabía su historia/ mas la Legión suponía/ que un gran dolor le mordía/ como un lobo el corazón./ Mas si alguno quién era le preguntaba/ con dolor y dureza le contestaba:/ Soy un hombre a quien la suerte/ hirió con zarpa de fiera,/ soy un novio de la muerte/ que va a unirse en lazo fuerte/ con tan leal compañera (...)

La otra vertiente del relato legionario la ejemplifican aquellas novelas cuya línea argumental reparte el protagonismo entre varios personajes. Continúa reproduciendo algunos esquemas idénticos a la de personaje individual y además añade otros nuevos, que suelen

mostrarse solidarios en casi todas las narraciones. Las causas que empujan a los hombres a convertirse en legionarios suelen ser las mismas, lo único que ahora, en vez de ensimismarse y rumiar su pasado en solitario, lo comparten con los miembros de su nueva familia. Esta sociabilidad genera novelas de ambiente más eufórico, en las que la camaradería balsamiza o difumina los quebrantos personales, y donde al hermetismo habitual de las anteriores, sucede una notable facundia. Lo demás, con los ajustes pertinentes, suele mantenerse donde estaba.

La primera narración con protagonista múltiple es Bajo el sol enemigo<sup>27</sup>, novela breve de Antonio de HOYOS Y VINENT<sup>28</sup>. Une el destino de tres jóvenes a los que distintas causas han llevado a la Legión. Hernán Ramírez de Velasco, vizconde de Nuevo México, un aristócrata calavera, un señorito al que el juego, las mujeres y las juergas ahogaron en deudas impagables. Salió del aprieto falsificando la firma de su padre. Éste aceptó el pago, pero, a cambio, exigió a su hijo el enganche en el Tercio a modo de penitencia rehabilitadora. Ahora pasea su elegancia de porte y maneras entre los demás legionarios. El segundo personaje es Benito, un campesino poco instruido que conoce a Hernán desde la infancia porque su familia trabajó para la del vizconde. Sólo la necesidad económica, la urgencia por reunir la cantidad necesaria para poder operar a su madre de cataratas, justifica su presencia entre estas tropas. El instinto de conservación, junto a una humilde y resignada actitud, son sus únicos móviles como soldado. El último, Diego, hijo de unos nobles arruinados, que ha llegado aquí "un poco por nostalgia guerrera" y otro poco por "patriotismo". En el pasado cometió un crimen accidental e involuntario, lo que unido a la falta de dinero y a la soledad, lo llevó hasta las filas de la Legión Extranjera francesa, con la que combatió durante la I Guerra Mundial. Hoy presenta perfil de ardoroso soldado, curtido por la vida y por la guerra. Una vez que los tres se han contado sus respectivas historias, salen de patrulla formando parte del covoy de avituallamiento para una posición. En el camino son atacados por los rifeños. Tras un empeñado combate, en el que Diego se comporta como un héroe, todo el pelotón, excepto Benito y Hernán, resulta aniquilado. Aquél, levemente herido, se incorpora y socorre a

Hernán, cuyo estado reviste mayor gravedad. El campesino, cargando sobre sus hombros el cuerpo del señorito, emprende durante la noche el camino de regreso hacia sus posiciones. Al amanecer son encontrados por una patrulla española. Concluye así este heroico relato con claro regusto popular.

Tres novelistas ocasionales, es de suponer que no se prodigaran mucho más en el ejercicio narrativo dada la total ausencia de noticias sobre ellos, publican en los años siguientes sendas novelas de ambiente legionario. La primera de ella es Los del Tercio en Tánger<sup>29</sup>, de Francisco TRIVIÑO VALDIVIA<sup>30</sup>. Relato más de aventuras que de guerra, escrito desde unos planteamientos no muy alejados de los vistos en la novela por entregas. Cinco legionarios, con otras tantas penosas historias a sus espaldas, son encargados por el mando para espiar e intentar desarticular una red de tráfico de armas hacia los rifeños que opera desde Tánger, ciudad que, por su estatuto de internacionalidad, quedaba fuera de la jurisdicción española. En la trama de espionaje en la que se ven envueltos los legionarios van injertándose otros personajes secundarios de lo más variado, desde unas señoritas de vida ligera que ayudan a los militares, hasta un buen número de malvados, traidores de diferentes nacionalidades, que hacen todo lo posible para ponérselo difícil a los protagonistas. Con todo ello pretende el autor mostrar el hervidero de intrigas que era la ciudad en aquellos días. Al final, los legionarios no sólo abortan la operación de contrabando e impiden el secuestro de una de las chicas que los ha ayudado, sino que regresan a su unidad a tiempo para participar en un heroico combate contra los marroquíes. Dos de ellos pierden la vida, pero Pepe Cruz, el más destacado de todos, al que su brava actuación en la batalla sólo le ha supuesto algunas heridas menores y tres dedos de una mano, se casa con su antigua novia, a la que, pérdida tiempo atrás, había reencontrado durante su aventura tangerina. Tan ingenuo argumento no resulta al cabo más que débil pretexto bajo el que, según el autor, se encubre la verdadera motivación de este libro, señalada por él mismo en el prólogo: "la doble idea de difundir en España el conocimiento de Tánger y de su modo de vida y dejar consignado al mismo tiempo el inventario de nuestros derechos sobre aquel territorio". Desconozco si lograría los objetivos



divulgativos y concienciadores previstos, lo que sí se puede asegurar es que en el plano literario, su "novela histórica" -como él la denomina- gozó de absoluta intrascendencia, si bien es cierto que tampoco Triviño se había fijado cotas artísticas muy elevadas teniendo en cuenta que adoptó la foma novelesca "para desarrollar el asunto, huyendo de la aridez propia de una exposición escueta de los hechos".

En 1932, J. Bautista ROS ANDREU<sup>31</sup> publica otra "novela histórica" -según reza en su portada-, cuyo largo título, La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor, remite a aquellos que popularizaron los folletones. Y, en efecto, éstos son los modos narrativos predominantes en este relato. Refiere lo sucedido a Lisandro Morisqueta del Valle, seudónimo bajo el que se oculta Telmo de las Eras de Castilla y Aragón, marqués que ha abandonado a su adúltera mujer y se ha alistado en la Legión. Allí se hace amigo de Teodorino, un joven italiano con el que comparte aficiones, y se siente incapaz de corresponder al amor de la *Machona*, una joven descarriada que acompaña a los legionarios como lavandera. Aunque durante su permanencia en filas se producen los acontecimientos de la retirada de Xauen y el desembarco en Alhucemas, dos de las fases más críticas de la campaña para las armas españolas, éstos no se convierten en acontecimientos centrales de la narración, sino que ésta se pierde por los poco verosímiles vericuetos de una conspiración comunista dentro de la Legión, una intriga urdida por unos legionarios extranjeros que desean minar la moral del Cuerpo. Gracias a la entrega y al patriótico proceder de Lisandro y Teodorino, los conspiradores serán descubiertos y todo acabará felizmente. Una vez más la Legión ha cumplido su misión reorientadora de vidas, merced a la cual los dos bravos legionarios, ayer nada más que ociosos señoritos, han encontrado hoy, tras su licenciamiento, una ocupación adecuada a su vocación y sensibilidad: "dedican sus energías físicas e intelectuales a la propaganda anticomunista".

En este mismo año de 1932 aparece la tercera de las obras de estos narradores ocasionales, ¡Los que fuimos al Tercio!, de José ASENJO ALONSO, ex capitán de la Legión y redactor de El Telegrama del Rif<sup>32</sup>. La novela es considerada por su autor como

"periodística", con lo que seguramente no quiso inaugurar un nuevo género, sino más bien referirse a la forma del relato, que adopta la de crónicas escritas por los propios protagonistas en torno a lo que les sucede en su vida de legionarios, y que luego parecen ser enviadas a un innominado periódico que les paga por ellas. En consecuencia, el aspecto colectivo de la narración no se debe sólo a la multiplicidad de los personajes principales, que también, sino que se extiende al propio discurso textual, formado por las diferentes crónicas que cada uno de los cinco legionarios va escribiendo. En ellas se enfoca lo sucedido desde la particular perspectiva de cada uno, aunque conviene advertir que las variaciones debidas a la diversidad de autoría son más bien escasas, con lo que la novela pierde parte de las posibilidades expresivas que esta original forma - me refiero, claro está, dentro de los relatos sobre la actuación de la Legión en la guerra de Marruecos- le brindaba. Este aspecto resulta aún más llamativo al tener en cuenta la plurinacionalidad de los personajes, un francés, un portugués, un español y dos alemanes -uno de los cuales es una suerte de ahijado del otro-, con lo que tal vez quiso el autor dar idea del cosmopolitismo de estas fuerzas. Juntos han llegado de América, huyendo de sus turbulentos pasados, como es casi obligado en la semblanza literaria de los legionarios. Se enrolan tras el desastre de Annual y, a partir de este momento, tomarán parte en los más importantes combates que se van produciendo. Sus peripecias serán compartidas por Marieta, una mujer que ha reconvertido su anterior vida disipada en dedicación y entrega como enfermera legionaria. A lo largo de la narración irán muriendo uno tras otro, hasta que sólo quede Mayer, el más mayor de los dos alemanes, para escribir la última crónica. Además de la estructuración del texto, presenta algunas otras diferencias con respecto a las novelas precedentes, sobre todo en el más crudo reflejo de la guerra y en una mayor elaboración de los personajes. También se observan algunos ligeros cambios en el tono, pues junto a las inmoderadas alabanzas militaristas y patrioterías habituales de estas obras, aparecen algunos trazos de liviana crítica, en general dirigida hacia alguna decisión política de escasa relevancia o hacia tácticas militares que ya por estos años -1932- habían sido casi unánimemente reconocidas crasos errores.

He dejado para el final de forma deliberada una obra que, aunque cronológicamente anterior a la mayoría de las vistas hasta el momento, tanto por su forma y tratamiento del asunto como por su mayor vuelo literario se aparta de lo que fue la generalidad de la narrativa sobre la Legión. Me estoy refiriendo a Tras el águila del César. Elegía del Tercio, 1921-1922, de Luys SANTA MARINA<sup>33</sup>. Texto publicado por vez primera en 1924<sup>34</sup>, y que desde entonces no ha dejado de causar sorpresa en los críticos que lo han tratado, tanto por la descarnada brutalidad de su contenido como por la originalidad de sus planteamientos formales, en los que lírica y narrativa se entrecruzan para ofrecer una visión épica de estos soldados. No se puede considerar una novela a la manera tradicional del género, sino más bien una serie de estampas e impresiones sobre la guerra y la vida legionaria. Su trama argumental resulta mínima, aunque mantiene cierto hilo narrativo en cuanto que refiere una historia con principio y final. Comienza con el embarque de unos hombres en el puerto de Nueva York con destino a Marruecos para enrolarse en la Legión. Luego, con técnica un tanto impresionista -en el sentido de mostrar algunas escenas aisladas, pero significativas-, sabemos de su trayectoria como soldados legionarios. Termina con el regreso a casa de los que han sobrevivido. Sin embargo, gran parte de los elementos novelescos fundamentales han desaparecido o están difuminados. No hay protagonistas a la manera habitual, ni siquiera personajes destacados a partir de los cuales avance la acción. En realidad el protagonismo se ha desplazado hacia las propias anécdotas -las que antes he denominado estampas- de la vida cotidiana del soldado, que, aunque tomadas como instantáneas individuales, en su conjunto retratan un ambiente, un estado moral y una sensibilidad colectiva; la atmósfera desde la cual vivieron esta guerra las tropas de Millán Astray. Éste es el elemento que da unidad a la obra, y sus ejecutores -actantes, si se prefiere- no se llaman Pedro o Juan, sino toda la Legión como grupo. A la destrucción del concepto de personajes, sigue el difuminado de tiempo y espacio narrativos. Éste no tiene más valor que el referencial, donde se desarrollan los propios acontecimientos bélicos, y aquél pierde gran parte de su sentido, aunque en efecto existe, pero sin su valor de fluir de acontecimientos con algún orden cronológico rector de una trama -

también inexistente-, ya que aquí a lo que se atiende es al momento en que un chispazo llama la atención del narrador, que se hace eco de lo sucedido. Tal vez la clave de esta obra haya que buscarla en este último elemento.

El libro se conforma por tanto en una especie de diario o, con más exactitud, anecdotario -"suerte de memorias líricas y colectivas", lo denomina José Carlos Mainer<sup>35</sup>- de esos noventa futuros legionarios que partieron del puerto de Nueva York, y en sus páginas se van anotando aquellos detalles que resultan significativos, bien por su rareza o por el humor o gracia que puedan encerrar. No pretende dar cuenta ordenada y exhaustiva de lo sucedido, sino reflejar acontecimientos puntuales, a menudo simples chascarrillos. Lo cual resulta más verosímil que los largos y minuciosos diarios de soldados en campaña, tanto por el ánimo de quien lo escribe como por la propia situación en que lo hace. No parece que la vida en el frente sea el lugar más adecuado para sesudas reflexiones -como, por ejemplo, muestra la novela de Fermín Galán- y, por otro lado, cabe suponer que la premura temporal tampoco permite las narraciones bien elaboradas y estructuradas, pero sí las breves notas sin más trabazón que su ser de meras anécdotas. Claro que la viveza de lo referido no implica desaliño expresivo alguno, bien al contrario, presenta una elaboración más que notable, empezando por la alternancia de verso y prosa como formas de elocución, lo que no es sino otro modo de quebrar los habituales moldes narrativos. El libro expresa una intención del todo literaria, está plagado de cultas referencias intertextuales y mantiene una clara vocación de originalidad que va desde un novedoso y provocativo uso del léxico hasta unos no menos provocativos planteamientos ideológicos, reflejados en un humor negro corrosivo y en una desgarrada crueldad, una brutalidad de planteamientos más truculenta y exagerada que real. Motivo éste que le acarreó censuras y sanciones administrativas bajo casi todos los gobiernos habidos desde la época, según apunta García Serrano: "vino a ser prohibido tanto por la Dictadura como por la Dictablanda, igual por la República que por el Estado nacido un 18 de julio"<sup>36</sup>. Y, lo que resulta más preocupante, la incomprensión de una buena parte de la crítica, que, a mi manera de ver, extrapolaron parte de la ficción literaria al plano de la

estricta realidad, leyendo lo que no eran más que extemporaneidades y exabruptos tonales como insultos a las comúnmente aceptadas buenas costumbres de palabra y pensamiento, pues sólo mediante esa translación de planos puede entenderse que a un libro situado en el orbe de lo imaginario se le apliquen los adjetivos de "imperialista, militarista, machista, racista y sádico" que le dedica, por ejemplo, Rodríguez Puértolas<sup>37</sup>, o la más cercana -en el tiempo- apreciación de Andrés Trapiello que, además de volver a calificarlo de "racista", considera que está "mechado de coplas insensatas"<sup>38</sup>, como si la insensatez en la ficción narrativa dependiera de los contenidos que refleja el mundo creado, y no de su torpe disposición o de las insuficiencias técnicas que lo hacen inverosímil o desvaído. Estos juicios tendrían su lugar si se tratase de una obra con referente real, pero carecen de pertinencia en cuanto se traspasa el umbral de la ficción. Creo que la lectura del propio texto deja claro que los excesos pertenecen a lo literario, diría aún más, a su profunda voluntad literaria, a su intento de subvertir ciertos esquemas e ideas burguesas y acomodaticias, que son las concepciones más fustigadas a lo largo de sus páginas. Y difícilmente podría entenderse empeño artístico alguno que por principio no se planteara la subversión de lo establecido, cuando en ello radica la más sólida raíz de su propia existencia. Planteamientos desde los que es presumible que escribiese Luys Santa Marina Tras el águila del César, buscando la originalidad e intentando ofrecer una mirada nueva sobre la actuación de los legionarios en la guerra de Marruecos, lo cual confiere al libro un aire de modernidad -incluso algún crítico lo ha considerado antecedente de la posterior corriente tremendista<sup>39</sup>- del que no gozan las restantes narraciones sobre este mismo asunto. Distinto es que no se esté de acuerdo o no guste el enaltecimiento e imponderado elogio de la Legión que destila casi cada una de sus líneas, pero eso ya queda fuera de la sanción literaria.

Si con justeza puede sostenerse que la novelística sobre la guerra de Marruecos, tomada en su conjunto, recrea los múltiples aspectos que conformaron el entramado y ambiente del conflicto, ficcionalizándolo con amplia panorámica, el grupo de novelas legionarias enfocó el asunto desde un casi único ángulo: el del combate. No sólo porque abunden en todas ellas

los momentos de lucha, sino porque, junto con la descripción de vida y costumbres de estos soldados, el elemento bélico representa la razón de ser de la mayoría de estos relatos, lo que constata, como ya quedó dicho antes, que los narradores encontraron en estas tropas el filón que necesitaban para desarrollar épicas historias de heroísmo.

Buena parte de estos relatos crea una imaginería bélica de corte realista, a pesar de que, salvo contadas excepciones, en el mundo evocado por la novela de la Legión, no haya vocación testimonial de ningún tipo, sino mera narración de aventuras y hazañas militares. A ello contribuye con bastante frecuencia el ir engarzando algunos episodios históricos en sus argumentos. Tal sucede con el desastre de Annual, que en la casi totalidad de estas novelas aparece enfocado desde su final, cuando las tropas legionarias fueron enviadas a guarnecer la zona oriental del Protectorado. Así puede verse, por ejemplo, en las Memorias de un legionario, de *Juan Ferragut*, cuyo punto de arranque son los momentos posteriores a la derrota. El narrador protagonista, que ha acudido a Melilla formando parte de la primera columna al mando de Millán Astray, va desvelando con ojo de cronista periodístico -pues en poco se diferencia de las informaciones que en su momento habían aparecido en la prensa- lo que queda de la Comandancia al mando de Fernández Silvestre:

"Siguen llegando heridos, prisioneros que logran el rescate... Vienen sucios, aspeados, flacos, enfermos... En sus ojos parece leerse todo el pesar de la derrota."<sup>40</sup>

Y en términos aún de mayor crudeza refleja aquellos momentos Maciá Serrano, en La Legión desnuda:

"Al atardecer montaron las guardias, que fueron recogiendo algunos fugitivos que llegaban escapados del desastre. Venían locos, torturados, extenuados, dementes y nunca contestaban a lo que se les preguntaba (...)/ Después llegó un tercero, casi desnudo. De arrastrarse, del sol, traía la carne viva. El vientre era todo una llaga repulsiva. Contaba que había bebido su propio orín, que había cavado mucho para encontrar piedras frescas, de cómo aquel enemigo castigaba y acuchillaba sin piedad (...)"<sup>41</sup>

No obstante, entre esos retazos de la más descarnada realidad, también hay quien, para preservar el honor de los profesionales de la milicia, cubierto de tal desdoro en ese episodio, no encuentra inconveniente en tocar el curso de los sucesos y de las conductas. Falacias que pueden leerse en Del breviario de Juan Morena, un relato aparecido en 1981, cuando la historiografía, hasta la más proclive al ejército, ya había dejado fideligna y repetida constancia de lo acontecido durante aquella retirada:

"Muerto o desaparecido el general Silvestre comenzó la retirada cada vez más célebre [ya se había iniciado antes]. Los jefes y oficiales derrocharon valor y heroísmo [!], pero el pánico cundió y tan sólo los jinetes de Primo de Rivera cubrieron el repliegue hasta Monte Arruit." (Pág. 104).

En los días y meses sucesivos, con el avance legionario para recuperar el terreno perdido, se irá conociendo la verdadera magnitud de la catástrofe. Momentos que, de forma total o mediante detalles fragmentarios aparecen recogidos no sólo en las novelas más recientes, sino también en algunas de la primera hora: El camillero de la Legión, Tras el águila del César y ¡Los que fuimos al Tercio!. En esta última, desde una lejana perspectiva temporal -fue publicada en 1932-, no sólo se refieren los hechos, sino que también se interpretan y se apunta a sus responsables:

"Hubo en verdad una provocación: la de un buen mozo que quería dominar un territorio rebelde llevando por todo bagaje guerrero unos bigotes y un puñado de hombres [el general Silvestre], sin pensar que dejaba a sus espaldas dos clases de enemigos: las cábilas armadas por los propios españoles y esas otras cábilas del interior... de España, que no quisieron comprender nunca que al moro había que enseñarle primero los dientes, para darle después un beso." (Pág. 169).

Una crítica evidente, pero que se silencia en los dos relatos compuestos a gran distancia de los acontecimientos. Ambos autores, miembros del ejército, no han querido reconocer los errores de sus colegas del gremio, al dejar recaer la entera responsabilidad en los políticos. Media verdad o completa falsedad, pues si éstos pecaron de dejadez a aquéllos cupo el

exclusivo mérito de huir abandonando tropas y materiales. Para Macía Serrano, en La Legión desnuda, todo, sin embargo, se debió a: "(...) los políticos. A ellos habría que traer aquí, y que lo vieran, que lo respiraran. Ellos son los culpables, porque no supieron gobernar, mandar", (pág. 182). Cantinela que vuelve a repetir Canós Fenollosa en Del breviario de Juan Morena:

"Todos se emplearon en el enterramiento de aquellos restos acusadores de las culpas de quienes desde el gobierno les habían llevado al aniquilamiento." (Pág. 44).

Todo este episodio se cierra con la entrada de los legionarios en Monte Arruit, momento en el que los narradores concitan toda su sabiduría expresiva para describir la horrible faz de la guerra y de la muerte en los términos más aterradores y sombríos que su léxico les permite. Sobresale por su elocuente concisión el escalofriante lirismo de Luys Santa Marina:

"Acaso recordéis un enjambre de abejas que los fríos y escaseces invernales exterminaron: es una masa oscura de cuerpos confundidos en el suelo de la colmena muda. Así, tras la pared acribillada, montones de carroña y harapos, que fueron hombres y padecieron sed, y hambre, y martirio, y profanación tras la muerte.../ Allí estaban, muchos con los vientres llenos de piedras.../ Y un silencio frío en los batallones de muertos, y en los de los vivos que iban por ellos..."<sup>42</sup>

Junto a éste, otros capítulos de la guerra van apareciendo en diferentes novelas con el mismo fin: crear una ambientación realista donde enmarcar y hacer verosímil la peripecia de los protagonistas. Este empeño resultó baldío las más de las veces, pues, a pesar de la fideligna -incluso a veces minuciosa- reconstrucción de los acontecimientos bélicos, la torpeza en el tratamiento de los elementos de estricta filiación novelesca hizo naufragar cualquier posible verosimilitud del mundo de ficción creado, tal y como ya había sucedido en la novela por entregas que recreó la campaña militar del siglo anterior. Resulta harto ilustrativo el caso de La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor, donde el narrador refiere por lo menudo los episodios históricos de la retirada de Xauen y del desembarco en Alhucemas, pormenorizando en ocasiones hasta el nivel de la mera anécdota, que, como en la sucedida



al equipo de servidores de un camión blindado, debió de acontecer poco más o menos en los términos que Ros Andreu la recoge<sup>43</sup>. Sin embargo, sobre este documentado cañamazo de acontecimientos verídicos con el que el autor pretendía, según él mismo confiesa repetidas veces en su libro, escribir una novela histórica - es de suponer que en el sentido de referir realidades, que no en el de acercarse a hechos del pasado- se teje un relato que si se caracteriza por algo es por su inverosimilitud, merced a sus muy notables defectos de construcción. De poco sirve detallar todos y cada uno de los escalones de la retirada de Xauen o especificar la distribución de hombres y naves en el desembarco de Alhucemas, si en paralelo el narrador se está incluyendo en la narración como si fuera parte de ella, o establece diálogos con el lector fingiendo una inexistente complicidad, o, lo que aún resulta más contrario a cualquier credibilidad narrativa, cae en olvidos que le llevan a contradecir las acciones de los personajes o a torcer sus intenciones. Este último despropósito, por ejemplo, puede apreciarse de forma palmaria en la página 133, cuando refiriéndose a los sentimientos que el personaje conocido como la *Machona* alberga hacia el protagonista, dice: "Su apasionado amor a Lisandro tenía más de capricho que de sinceridad, aunque ella creyese lo contrario. Por eso no se necesitó gran cosa para que esa llama, al parecer inextinguible, se apagase prontamente." Si la primera parte del juicio del narrador resulta ya bastante discutible, por no decir del todo inadecuada, en la segunda cae en flagrante contradicción con la historia que está contando. Buena prueba de ello es que en el final de la novela, en la página 328, la *Machona* "en sus horas de añoranza, sueña con ser algún día la esposa legítima de Telmo de las Eras de Castilla y Aragón [personaje que, como se recordará, se había enrolado en la Legión con el falso nombre de Lisandro Morisqueta, por tanto, el mismo de la cita anterior]." Modos de contar y descuidos que no cabe considerar sino como productos todos ellos del emparentamiento de este relato con las añejas -y no precisamente verosímiles- formas de la novela por entregas. Por no hablar de otra larga serie de absurdos ya no achacables a filiación literaria alguna, sino al simple descuido del autor, entre los que merece ser mencionado que un personaje pretenda pedir el divorcio en 1924<sup>44</sup>, sin tener en cuenta

que la primera ley reguladora de este derecho no aparece en España hasta 1932. Ros Andreu ha confundido el tiempo en que viven sus personajes con la contemporaneidad de la propia redacción del texto. Grueso error de documentación capaz de arruinar cualquier pretensión historiográfica en una novela cuya verosimilitud estaba ya bastante agrietada.

La evocación de los sucesos de la guerra cobra una dimensión diferente en los dos relatos que, a tenor de su fecha de aparición, pueden considerarse históricos: en La Legión desnuda y en Del breviario de Juan Morena. Ambos ofrecen un más completo retrato de la campaña, el primero hasta su total conclusión y el segundo hasta la retirada de Xauen. Su voluntad no responde tanto a enmarcar la peripecia de los personajes -aunque esto haya que entenderlo necesario para el desarrollo de la fábula- como a exaltar la gesta bélica y militar de la Legión. Acaso porque, transcurrido el tiempo, la ideación novelesca haya variado no poco sus intereses. En las narraciones contemporáneas o próximas a la guerra, la ficción se sustenta en un halo imaginativo, por escaso que éste sea y a pesar del componente propagandístico que en no pocas ocasiones contenga. Por el contrario, en las publicadas cuando todo aquello ya había entrado a formar parte del pasado, el valor propagandístico se antepone a casi cualquier consideración literaria, y no tanto por sus carencias estéticas -en este sentido incluso pueden considerarse más logradas, sobre todo la de Maciá Serrano, que la mayoría de las anteriores- sino, sobre todo, por su insistencia en hacer recaer toda la responsabilidad de los errores acontecidos en Marruecos sobre las espaldas de los políticos, mientras que los aciertos y logros se atribuyen a la acción militar, en concreto, a las fuerzas del Tercio, quintaesencia de aquélla. Diríase que anteponiéndose a esa voluntad imaginativa inherente a cualquier texto literario, se sitúa una reescritura del pasado capaz de engrandecer la gesta bélica de este Cuerpo del ejército. En ambos casos, la particularidad de sus autores, jefes legionarios, ayuda a confirmar la hipótesis. Algo que incluso, en La Legión desnuda, podría venir avalado por su fecha de publicación: 1955, unos años proclives al ditirambo sobre aquellas pretéritas hazañas militares y en los que, además, comenzaba a barruntarse una próxima descolonización de Marruecos. Asunto que no se intuye con la misma claridad en Del breviario de Juan

Morena, pues 1981 era ya una época bien diferente, en la cual la irrupción de este trasnochado panegfrico sobre la gesta legionaria acaso sólo quepa atribuirle a la nostalgia

Otra característica de lo bélico, que también contribuye a crear una atmósfera de verismo, es la narración de combates y de todo tipo de enfrentamientos entre legionarios y rifeños desde puntos de vista que evidencian la inmisericorde ferocidad del conflicto. En tales secuencias, estos relatos, salvo alguna excepción, se alejan de planteamientos edulcorados y ofrecen, por el contrario, abundantes escenas de descarnada brutalidad. A veces, tan sólo las consecuencia del propio devenir de la guerra: bombardeos que destrozan a los hombres - "Materialmente vemos saltar la tierra junto con miembros humanos"<sup>45</sup>-, heridos o lisiados para siempre - "(...) quedará ciego... Tiene un tiro que le roza de parte a parte las sienes. Se le ha llevado los ojos"<sup>46</sup>-, y muertos que sólo producen hedor e indiferencia:

"Los cadáveres venían formando ordenadas hileras (...) Cuantos esperaban la trágica descarga de los camiones ya se habían prevenido contra la fétida nube de olores que iba estallando y haciendo insoportable la atmósfera por donde pasaban, cada vez que los transportes se hundían en un bache y removíanse los cuerpos maltrechos, en pleno estado de descomposición, dado el calor sofocante que hacía."<sup>47</sup>

Pero en otras ocasiones, la narración apunta hacia los contendientes, cuya crueldad de comportamientos eleva el tono de la violencia y llena las páginas de muchos de estas novelas con un catálogo de horrores de la más variada índole. Si los feroces rifeños se entregan a todo tipo de atrocidades con los heridos españoles: "Vi como a 150 metros, invertidas, las imágenes de dos rifeños junto a la camilla de un herido abandonado.../De un gumiazo le degollaron"<sup>48</sup>, y su brutal sadismo adquiere ribetes de truculencia cuando de prisioneros se trata, por ejemplo, de los de Monte Arruit:

"Mayer refería haber visto un cadáver, que debía ser de oficial, porque aparecía sin dentadura, a quien le habían arrancado los ojos y la lengua y éstos habían sido colocados en las narices. Este mismo cadáver tenía arrancadas sus partes y atravesadas por un palo, que asomaba por el ano."<sup>49</sup>

Los legionarios no se quedan atrás y perpetran unas atrocidades que en nada desmerecen la conducta de sus enemigos. Su dedicación al saqueo y al incendio de cuanto poblado encuentran en su camino se convierte en asunto redundante en la mayoría de las narraciones -"roto el dique por la Legión heroica, la ola humana inundó el valle, quemando los poblados rebeldes, que fueron pronto reducidos a cenizas"<sup>50</sup>-, hasta el punto de que en el relato de Ros Andreu se ejemplifica como los oficiales adiestraban a estos soldados, cuando uno de aquéllos dice a éstos: "Al buen legionario no han de faltarle nunca las cerillas para incendiar en estas ocasiones todo lo que encuentra a su paso."<sup>51</sup> Unas palabras con las, por otro lado, el autor seguramente sólo pretendía reflejar una realidad cotidiana, si atendemos al retrato novelesco que sobre la actuación española dejó un ex oficial del Cuerpo, Fermín Galán:

"De madrugada salimos. Caemos sobre los poblados de esta o aquella fracción rebelde. Por la tarde regresamos trayéndonos nuestros heridos y nuestros muertos.

Tras de nosotros queda generalmente la destrucción y el incendio."<sup>52</sup>

Pautas de comportamiento que, aunque con muy diferentes intenciones, resultan casi del todo coincidentes con las señaladas por el entonces comandante legionario Francisco Franco, en su Diario de una bandera, y ya no se trata de una mera ficción novelesca:

"La columna ha de regresar, recorriéndola [la cabila de Beni-bu-Ifrur] e imponiendo un duro castigo a los aduare./ A nuestro paso, las columnas de humo se levantan de las pequeñas casas y la ola de fuego alcanza a los poblados de la montaña, todo va quedando devastado."<sup>53</sup>

Para no desmerecer ante las atrocidades de los rifeños, los legionarios tampoco reparan ante el estado de sus enemigos. Bien lo deja ver Luys Santa Marina, en cuyo relato hay pocos heridos marroquíes porque como, no sin cierta dosis de humor negro y truculento, revela: "rematábamos a machetazos a los heridos moros, y como se hacían los muertos, para evitar olvidos, acuchillábamos a todos."<sup>54</sup> Y ni siquiera la edad o el sexo resultan impedimento alguno para llevar a cabo su irracional venganza:

"Al entrar en Nador [en su avance tras el desastre de Annual]; por todas partes muertos y olor a muertos./ En una casucha derruida, la encontramos, con el fusil caliente al lado. Muy jovencita, como de dieciséis años. No pudo huir.../ Toda la Compañía, toda la Bandera después, acuchillóla al pasar, y a poco las bayonetas herían ya en otras heridas... Y le cortaron los dedos y las orejas, codiciosos de sus sortijas y de sus bellas arracadas." (Pág. 37).

Este brutal encuadre panorámico de la Legión se completa con otro más individualizado, pero no menos brutal. En el terreno de la anécdota personal o del pequeño grupo destacan las múltiples alusiones a las más primitivas conductas. El legionario parece soldado que tras la victoria gusta de las recompensas y, a falta de otras mejores, no duda en cercenar miembros de su enemigo vencido. Se añade así otro valor a esta novelística, el de servir como mediano catálogo de anónimos decapitadores y desorejadores, pues éstas son sus habituales preferencias:

"Vimos llegar a Otto (...) trayendo como trofeo tres horribles cabezas de moro (...) entre la admiración de todos y el reproche, no muy enérgico en aquellos momentos, de los oficiales."<sup>55</sup>

"Un jovencito demacrado que envolvía cuidadosamente dos orejas de moro en un papel de estraza."<sup>56</sup>

Tan atávicos comportamientos no parecen atribuibles al mero artificio novelesco, sino que reproducen con fidelidad la salvaje realidad en que se desenvolvía la vida militar de estos hombres. Abundan las noticias y testimonios confirmatorios de tales hechos<sup>57</sup>. Entre ellos cabe mencionar de nuevo -por la irrefutabilidad que supone la información de primera mano- al comandante Francisco Franco, que en su Diario de una Bandera se hace eco de estas prácticas al referir la anécdota del pequeño Charlot<sup>58</sup>. Más tarde, así lo señala Juan Goytisolo entresacando citas de algunas obras literarias<sup>59</sup>, estas mismas acciones serían reproducidas por los marroquíes que participaron en la guerra civil española, aunque esta vez los

descabezados y los desorejados serían los españoles del bando contrario, dando aquéllos muestra del aprovechamiento con que habían aprendido la lección.

Quien también obtuvo provecho, pero en este caso literario, de tan bárbaro proceder fue Luys Santa Marina, en cuyo relato menudean este tipo de escenas, enfocadas desde el prisma de un humorismo tan truculento que las convierte en chascarrillos de la guerra:

"Desengancharon el burro y se fueron por las calles de Melilla unos cuantos locos, pregonando.

'-¡Sandías! ¡Sandías!

'-¿A ver cómo son? -preguntó una criada desde un antepecho.

'-Buenas. ¡Y están maduras! -respondió uno.

'Y sacó por la coleta una testa de mojamed (...)"<sup>60</sup>

En ocasiones, la fiereza de los legionarios ya no alcanza sólo a los combatientes, sino que, así sucede en la novela de Ros Andreu, ni siquiera se detiene ante los más indefensos paisanos marroquíes:

"En un rincón vimos, muerta de miedo, a una anciana que se arrodilló ante nosotros en actitud de pedir clemencia. Un legionario le clavó en el pecho su machete, y la anciana, dando un grito estertóreo, cayó sin vida."<sup>61</sup>

Todas estas abundantes muestras de brutalidad podrían haber conferido a buena parte de las novelas sobre la Legión un aire de hiperrrealismo, que, sin embargo, queda reducido -y sólo en algunos casos- al aspecto bélico. Este vigor descriptivista a la hora de referir el combate y el antagonismo de los contendientes queda empañado por las folletinescas y lacrimógenas historias de la mayoría de sus personajes y por el tono sensiblero con que suelen narrarse, que malogran el resultado final. Sólo Tras el águila del César queda fuera de este generalizado desaliño narrativo. Los cuadros o escenas en que se estructura ofrecen una panorámica espeluznante de la guerra, pero sin la carga mostrenca que suponen los convencionales relatos sobre los protagonistas. Y en extremo contrario, es decir, despojados de toda esa aureola de salvajismo, se sitúan los dos relatos más próximos al presente, La

Legión desnuda y Del breviario de Juan Morena, atentos en cada una de sus páginas a preservar la buena imagen de los caballeros legionarios.

Hay un par de novelas, La barbarie organizada y ¡Los que fuimos al Tercio!, que aportan una cierta variación en cuanto al punto de vista desde el cual se narra el combate, aunque en la última haya que objetar no pocos reparos a esa presunta voluntad de innovación. Esta novedad consiste en intentar transmitir las sensaciones y sentimientos que experimenta el combatiente durante la lucha, de tal forma que quien está viviendo el suceso lo refiere desde su personal experiencia en lugar de enfocar los acontecimientos narrados desde fuera, como un mero testigo, que suele ser la técnica habitual en estos relatos. Esto, en realidad, no aporta ninguna innovación al género narrativo, pues no se trata más que una de las fórmulas que utiliza la narración desde la primera persona, y además ya había sido utilizada en anteriores fabulaciones bélicas, baste recordar El fuego, el relato de Henry Barbusse sobre la I Guerra Mundial, donde alguna escena presenta un tratamiento semejante al de La barbarie organizada<sup>62</sup>. A pesar de ello, en la novela sobre la Legión resulta novedoso, y, en realidad, en toda la narrativa de la guerra de Marruecos, si se exceptúa Imán, de la que más tarde me ocuparé, en la que este enfoque es fundamental en su estructuración. Hay otras narraciones desde el yo, por ejemplo, Memorias de un legionario o Tras el águila del César, pero en ninguna de ellas hay diferencia alguna con respecto a las de narrador ajeno a la historia a la hora de enfocar las escenas bélicas.

En ambos relatos el momento escogido para narrar desde este punto de vista, que a falta de otra etiqueta más adecuada llamaré interno, es el mismo: el asalto a una bien defendida posición enemiga; uno de los episodios sin duda más dramáticos y arriesgados de cualquier combate por cuanto de peligro encierra para los atacantes, que deben cubrir un trecho de terreno sin protección y expuestos al continuo fuego enemigo. Comienza este proceso cuando el soldado recibe la orden de avance y, al iniciar su ejecución, se produce una cierta alteración en su capacidad perceptiva, de tal modo que se ensimisma y su conciencia queda reducida en exclusiva al yo particular, como si todo lo que le rodea hubiera dejado de existir.

Describe con bastante acierto cómo opera el mecanismo del miedo en el individuo ante un peligro cierto, similar a la instintiva reacción de cerrar los ojos como respuesta ante el estímulo de ver venir algo hacia nuestra cara con rapidez.

En ¡Los que fuimos al Tercio!, el empleo de esta técnica está muy poco elaborado, más bien queda limitado a un mero apunte, lo que unido a su ocasional aparición -sólo una vez, en la tercera de las crónicas que forman el libro- hace pensar en la ausencia de intencionalidad. Para empezar, el lance se presta a alguna confusión, pues el personaje narrador, como él mismo manifiesta para autojustificar su reacción, se encuentra bajo los efectos del alcohol. Además, en seguida borra con determinación cualquier huella o atisbo de que el miedo haya podido ser la causa de su transitoria perturbación anímica. Por último, la alternancia de singular y plural en la narración de este momento vuelve difusos sus contornos. A pesar de todo ello, algún cambio perceptivo ha debido de producirse, teniendo en cuenta las palabras finales del protagonista:

"A una simple voz y pitada de silbato, la trece compañía se puso en pie de un salto y emprendió a toda carrera el avance (...) Nadie miraba atrás. ¡Adelante! *A cada detonación encogíamos la cabeza, como si quisiera rehuir alocado y desgarrador que rasgaba el espacio por encima de nosotros.* Las ametralladoras, con su constante teclear, completaban la infernal armonía. *El coñac o aquella borrachera de tiros habían hecho su efecto, y ya lo mismo me daba morir que matar.* Llegamos deshechos al sitio designado como final de este salto, y si no me contiene el banderín, *hubiera continuado corriendo hasta las posiciones enemigas, hasta caer rendido o muerto.* Antes de iniciar el avance primero, todavía leía claro en mi conciencia (...) Después de este salto en el abismo y de haber visto los primeros muertos y heridos (...) renació la confianza en mi propia suerte, como si algo existiera que me hiciera inmune a todo peligro, y de serio y reservado me hice locuaz y optimista." (Páginas 116-117).

Los subrayados son míos, y corresponden a aquellos fragmentos que, siempre con los notables reparos ya indicados, pueden responder a este modo de enfoque.



El segundo ejemplo se encuentra en La barbarie organizada, novela publicada un año antes que ¡Los que fuimos al Tercio! -y redactada con más de un lustro de anticipación-, lo que excluye toda posible influencia tendente a retomar y obtener mayores logros de este modo de enfoque. Claro que tampoco creo que en rigor pueda hablarse de ascendencia alguna en sentido inverso. En la obra de Galán el uso de esta técnica resulta mucho más claro y contundente. Sin reparo de ningún tipo puede sostenerse que es deliberado y con la decidida intención de transmitir la sensación de miedo que experimenta el combatiente. Así lo prueban el léxico utilizado y que la conmoción de ánimo en el protagonista comience en los instantes previos al asalto. Se quiere retratar el terror que produce la guerra *in situ*, tan distinto de las falaces visiones epopéyicas de otros relatos, y la escalofriante realidad de un combate, dejando ver sin falsos heroísmos mediatos toda la zozobra del soldado. Sentimientos sobre los cuales algo debí de saber Fermín Galán, dada su condición de activo partícipe, en calidad de militar profesional, en esta guerra:

"Nuestra Bandera está desplegada frente a una de las trincheras que hemos de asaltar (...) La orden llega. Mi compañía se prepara para el cuerpo a cuerpo. La artillería de la columna y de las posiciones y la aviación concentran su fuego sobre la primera trinchera (...) Es un martilleo espantoso que parece confundir y amasar a los hombres y a la tierra./ Cierro los ojos para no verlo (...) La muerte la tengo dentro de mí. Me sujeta al suelo (...) No oigo nada. Nada veo ni nada oigo. Pero mi cuerpo tiembla. Tiembla todo él con temblor de miedo que no es miedo. Mi instinto de conservación se agita en dos sentidos: "Huye, sálvate", parece decirme de un lado. "Defiéndete", me dice de otro./ ¿Qué hago?... Estoy neutralizado (...) No puedo formarme ninguna idea. No tengo sentimientos. No razono. Soy..., nada (...) Una voz. Varias voces. La compañía se lanza al asalto (...) Son unos doscientos metros a pecho descubierto... ¡Adelante! (...) La muerte me acompaña. Está enfrente de mí. A mi lado, va conmigo. Corre conmigo. Su aliento se confunde con el mío, y lo siento en el rostro (...) Pero no puedo separarme de ella. Está dentro de mí (...) Mi respiración se

contrae, mi corazón brinca queriendo salir del pecho, mis nervios entran en laxitud morbosa, mis piernas pierden su flexibilidad y rigidez habituales. La inercia me lleva. La muerte y yo llegamos a la trinchera. No están todos. [A partir de esta última frase su percepción ya es capaz de recoger de nuevo cuanto hay a su alrededor]." (Páginas 107-109).

En el polo opuesto hay que situar la novela breve El héroe de la Legión, de *El caballero audaz*, cuyo mayor mérito consiste en someter al lector a una delirante reconstrucción bélica, en consonancia, por otra parte, con los múltiples absurdos que conforman esta narración. El primer paso es la meteórica carrera militar de su protagonista, que hubiera hecho palidecer de envidia al más laureado de los africanistas, dado que en dos años asciende de simple soldado legionario a reputado capitán de este Cuerpo. No conforme con las hazañas de su héroe -nunca vistas en el relato, por cierto-, Carretero acomete empresa de más calado. En una única secuencia, unas breves páginas nada más, intenta resarcir a las armas españolas de la funesta derrota que sufrieron en Annual. Para rescatar a los defensores de una posición asediada -que guarda notables similitudes con la de Monte Arruit- se crea una columna formada por "capitanes, oficiales y soldados", en la que "las categorías quedaban por el momento abolidas [*sic*]". Tan inverosímiles planteamientos no se ven defraudados durante la narración del propio combate, que viene a ser una suerte de refrito de pasados heroísmos, donde los ecos de la actuación de Prim en la batalla de Los Castillejos -presentes en las palabras con que el protagonista se dirige a sus soldados antes de comenzar la refriega- se mezclan con la conocida hazaña del cabo Mur -de cuyo reflejo literario ya he hablado en los relatos sobre la campaña de 1909-, que consistió, cual sucede aquí, en el rescate de la enseña nacional caída en manos del enemigo. Claro que cabe suponer, a juzgar por las palabras del narrador, que lo que se pretendía no era recrear este conflicto, sino evidenciar la heroica estatura de su personaje y cuanto de aventura caballerescas del pasado había en estos lances:

"Aquello, sí, era la guerra, la aventura verdadera, el trance honroso en que el valor del hombre lo ponía todo... No esa guerra moderna, fría y matemática, en la que cada soldado es un número, sino la guerra clásica, crisol de heroísmos." (Pág. 63).

En suma, no puede pensarse que Carretero se desentendiese de los mínimos detalles necesarios para crear un universo bélico verosímil, sino que, más bien, cualquier relación entre esta guerra y su novela hay que atribuirla a mero y casual accidente.

Además de los momentos de combate, el otro aspecto fundamental que recrean estos relatos es la imagen de la Legión como cuerpo militar destacado en la campaña. Según ya quedó señalado antes, para muchos de los autores que se ocuparon de esta guerra en clave de ficción, el soldado legionario reunía unas características casi *ad hoc* para elevarlo al rango de protagonista en sus narraciones. A ello contribuyó en gran medida la oportuna y decisiva actuación de este Cuerpo en momentos en que la moral militar pasaba por sus más bajas horas, su pronta presencia en Melilla tras el descalabro de Annual y el hecho de soportar durante los meses siguientes la mayor parte de la acción bélica encaminada a reconquistar el territorio perdido. Esto comenzó a forjar una cierta imagen mítica en torno a estas tropas. A lo que cabría añadir que, a partir de entonces, los legionarios ocuparon siempre la primera línea de combate sin hallar descanso ni relevo, a pesar del elevado número de bajas que se iban produciendo en sus filas -desde el punto de vista político, éstas eran más rentables que la pérdida de soldados de leva-, y que sus hazañas fueron oreadas con prodigalidad por un buen número de panegiristas del Cuerpo, entre los que le cupo lugar bien destacado a su propio jefe: el teniente coronel Millán Astray. No ha de extrañar, por consiguiente, que a los ojos de la opinión pública parecieran los únicos soldados capaces de enfrentarse a los rifeños con alguna garantía de éxito<sup>63</sup>. El naciente mito caló sin duda también en algunos escritores, cuyas recreaciones literarias ayudaron a decorarlo y a envolverlo en una aureola de romanticismo legendario. Esto se dio sobre todo en los narradores de la primera época, indicio de lo cual es que en los relatos de esta etapa predomine el personaje individual como eje de la narración, más adecuado que el protagonista colectivo para crear el tipo de

idealización deseada. Fehaciente prueba de ello puede encontrarse en la consideración que los legionarios le merecen a César Juarros en La ciudad de los ojos bellos (Tetuán), libro de impresiones sobre variados asuntos que este médico militar publicó en 1922:

"Sólo la Legión ha tenido en esta guerra del norte de Marruecos atmósfera literaria. Bien está; por justa y por conveniente. Los bravos legionarios necesitan esa aureola romántica, acaso más que la comida. Son poetas que viven bellos poemas en lucha constante con la muerte, y para ellos el uniforme representa un manantial de motivos líricos." (Pág. 124).

Aunque la apreciación de este ensayista fuera producto de la subjetividad, con ella expresaba seguramente un estado de ánimo más amplio, teniendo en cuenta que la mayor parte de estas novelas -que se hace totalidad en las de primera hora- crearon su mundo de la Legión desde presupuestos cercanos a los sostenidos por Juarros. Nace así una imagen literaria de los legionarios, y del Cuerpo en general, teñida por las notas de una idealización que se fue repitiendo en la mayoría de los textos hasta crear un estereotipo de contornos bien delimitados. No es que este retrato de ficción respondiera a una completa falsedad sin punto alguno de contacto con su referente real, sino que, conservando parte de los rasgos externos que caracterizaban a estas tropas -como norma general, los más difundidos por una falaz propaganda orientada a allegar efectivos humanos hasta sus filas-, se traicionaba su esencia última. Esto supuso, desde el enfoque de la elaboración novelesca, que se perdiese la oportunidad de dar forma a un testimonialismo creativo y que tampoco se ahondase en la composición de personajes y situaciones ideadas con voluntad de originalidad, sino que, por el contrario, se recurrió una y otra vez a una reducida serie de tipos y fórmulas *cliché*. La casi única excepción a esta generalizada imagen la ofrece de nuevo La barbarie organizada, novela que en determinados aspectos puede ilustrar una contralectura de todas las demás, aunque quepa señalar que en ¡Los que fuimos al Tercio! hay algunos momentos -cierto que son pocos- que también escapan de lo generalizado. Luego, cuando los sucesos habían devenido parte de la historia y el paso del tiempo había hecho ya innecesaria cualquier labor

propagandística para allegar efectivos humanos hasta las Banderas del Tercio, la idealización volvería a convertirse en materia literaria en los dos títulos de última hora. Tanto La Legión desnuda como Del breviario de Juan Morena optan por un tono epopéyico, de imponderado elogio al Cuerpo y a sus miembros, en contraposición, también en ambos casos, a la denostada imagen de políticos y gobernantes, cuyas pacatas conductas no sólo fueron causa de los desastres militares de España en Marruecos, sino incluso, al decir de Macfá Serrano en el primero de estos relatos, del desgobierno y la "guerra" interna que vivió el país durante aquellos años.

El legionario fabulado llega hasta el banderín de enganche empujado de forma casi indefectible por un pasado poco propicio. Las más de las veces, arrastrado por los consabidos vicios de juego, vino y mujeres, bien por separado o de consuno, o por desgraciadas historias amorosas. Entre las primeras situaciones, sobresale por ejemplo la de Miguel, conocido como el *Cínico*, uno de los coprotagonistas de Los del Tercio en Tánger, que, habiendo sido capitán del ejército, perdió empleo, porvenir y honor en el casino, donde se jugó un dinero que no tenía. Hoy purga sus faltas como simple legionario. Y, en este mismo sentido hay que inscribir el aún más melodramático caso de Juan León, en Juan León, legionario, al que alcohol y juego empujaron a la ruina y a la pérdida de hogar y familia. Más abundantes son los que purgan penas de amor, como Juan Ferragut, el narrador protagonista de las Memorias de un legionario, al que la incomprensión y la fatalidad alejaron de su amada, prefiriendo venir a buscar una casi segura muerte que seguir viviendo en tal desconsuelo. Idéntico impulso sintió Pepe Cruz, otro de los personajes de Los del Tercio en Tánger. Ya un poco distinto se presenta el pasado de Telmo de las Heras de Castilla y Aragón, o Lisandro Morisqueta, falso nombre con el que se enrola el personaje central de La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor, cuyos pasos se han dirigido hacia la Legión ante la evidencia del adulterio de su mujer. Y aún más estrafalaria hay que entender la situación de Juan Morena, el catedrático de filosofía, quien en su Breviario deja constancia de la desgracia que le acarreó la inverosímil peripecia vivida con su ya fallecida ex alumna.

Tampoco resulta infrecuente que la razón obedezca a intentos para eludir la acción de la justicia, en tal situación se encuentran Raúl Mayer, en ¡Los que fuimos al Tercio!, o Carlos Piqueras, el anarquista huido de la policía en La Legión desnuda; el natural impulso belicoso o la sed de aventuras, cual le sucede al joven Pérez, otro de los coprotagonistas de Los del Tercio en Tánger; un ardiente sentimiento patriótico, como el que tardíamente se despierta en Carlos, el narrador de Lupo, sargento, y que por la coincidencia de nombre puede muy bien ser trasunto del propio autor, y también legionario, Carlos Micó; incluso la nostalgia de guerrear, argumento recurrente entre los extranjeros que combaten bajo estas banderas o entre nacionales veteranos de otras guerras, como le sucede a Diego, antiguo miembro de la Legión extranjera francesa, en Bajo el sol enemigo. Sin que en ocasiones falten motivos que exigen un notable ejercicio de credulidad por parte del lector, porque sin ella quién iba a dar por cierto, por ejemplo, que un fraile escapado del convento llegase hasta las filas de la Legión por penitencia, según declara Fernando Sande en La Legión desnuda; o que un joven se enrolase en el Tercio con el peregrino objeto de reunir el dinero necesario para operar a su madre de cataratas, lo que lleva a cabo Benito, otro de los protagonistas de Bajo el sol enemigo; o, por seguir con esta misma novela, qué terrateniente acaudalado iba a obligar a su hijo a combatir en este Cuerpo durante la guerra de Marruecos -lo que suponía una muerte bastante probable- para que allí se reformase de sus anteriores calaveradas, como pretende el progenitor de Hernán, el tercero de los protagonistas.

Ros Andreu presenta, en La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor, dos planteamientos sobre la caracterización de estos soldados, que, si desde el punto de vista real podrían más bien considerarse falaces, desde la perspectiva de estas narraciones se convierten en recurrentes. Por un lado, encasilla a los legionarios en dos clases de hombres: los delincuentes y los caballeros descarriados. Por otro, pretende convertir este Cuerpo en una suerte de ateneo cultural: "Aquellos hombres entre los que había abogados, artistas, condes y aventureros de fama."<sup>64</sup> En cuanto al primero, conviene decir que, aunque en estas novelas no abundan los perseguidos por la justicia -que también aparece alguno- sí hay una densa

población de aristócratas, que cubren casi todo el espectro de los títulos nobiliarios. Comenzando por un marqués, Telmo de las Eras de Castilla y Aragón, en La conquista de Alhucemas; siguiendo por un vizconde y un conde, como Hernán Ramírez de Velasco -en Bajo el sol enemigo- y José Eduardo de Maeztu y Ponce de León -en ¡Los que fuimos al Tercio!; para acabar con la más que hiperbolizada alcurnia de Leonardo Álvarez de Toledo, que, además de un ducado y un marquesado, poseía "títulos cuya rancia nobleza envidiaría un rey"<sup>65</sup>. Por lo que respecta al lustre cultural, con la sola excepción del catedrático y filósofo Juan Morena, parece algo exagerada la apreciación de Ros Andreu, aunque no escasee la tendencia a escribir entre los legionarios. Las Memorias de un legionario, se supone que es el libro que Ferragut va componiendo en sus ratos de ocio. Al igual que ¡Los que fuimos al Tercio!, compilación de crónicas que los varios protagonistas van redactando para un periódico. Y Lisandro Morisqueta, en La conquista de Alhucemas, entretiene su convalecencia hospitalaria poniendo por escrito algunas impresiones sobre la guerra, que luego enviará a un diario de provincias. Hasta quien no da muestras de facilidad de pluma, es capaz de elaborar cursis ensoñaciones cuasi líricas ante las tierras africanas, como le sucede a Hernán, en el relato de Antonio de Hoyos y Vinent. Claro que en él quedan sobradamente justificadas dada su "alma de poeta".

Retomando el asunto primero, la mayoría de los motivos que han traído a estos personajes hasta La legión propenden a envolverlos en una aureola de marginalidad, en la atmósfera de esa convención literaria que ha venido designándose como mitología romántica del perdedor, expresada con frecuencia mediante trazos sentimentales reiterados de una a otra narración:

"Naúfragos de la vida, rotos en casi todos los casos por la desesperación o por el anónimo los lazos cordiales que nos ataban a lo que fue nuestra casa o nuestro amor o nuestra amistad, ¿quién puede recordarnos?"<sup>66</sup>

"(...) almas débiles, cuerpos, a veces, depauperados por el alcohol o el mal destino, seres perseguidos por una justicia a veces injusta u hombres que llevan como Sísifo la roca de los dolores a la espalda."<sup>67</sup>

Ya en este primer punto se aparta Fermín Galán de lo consabido, aunque algún personaje de otra narración presente rasgos en cierta forma concomitantes con los de su protagonista. Un vivo ejemplo de ello puede apreciarse en Luisillo, en Juan León, legionario, quien ha optado por la vida legionaria porque después de familiarizarse con el hambre y la miseria "no se resignó a ser un despojo"<sup>68</sup>. Sin embargo, es en La barbarie organizada donde la revisión de planteamientos se hace evidente. Sus personajes también han sido empujados al Tercio por su vida anterior: "Tras nosotros no suele haber ningún pasado agradable. Ninguno fue de felicidad y de esplendor"<sup>69</sup>, pero, siguiendo el sentir del protagonista, lo que ennegrece ese pasado hay que atribuirlo a la falta de trabajo, la miseria y el hambre:

"Las fuerzas me faltan en mi ya larga peregrinación de hambriento. He llamado aquí. Allá, he pedido. En este lado he rogado. En aquel otro me he humillado. No puedo hallar un sitio en donde trabajar y honradamente ganar mi sustento./ Una tarde de otoño gris y helada. El cielo cargado de plomo parece aplastar la vida entera. Fuerza invisible me empuja hacia un banderín de enganche." (Pág. 11).

Estos personajes suelen ir recorriendo un camino a lo largo de la novela que los conducirá a la restitución de cuanto habían perdido. Comienza con el alistamiento, tras el que, en general, sólo existe el impulso de encontrar una bala piadosa, incapaces algunos de disparársela ellos mismos, que ponga fin a sus sufrimientos. No obstante, una vez encuadrados bajo las banderas legionarias, sus iniciales anhelos irán desapareciendo y su necrofilia mudará, las más de las veces, en grata adaptación al medio y en heroicos comportamientos, cuya consecuencia más frecuente es la rehabilitación moral y social de que antes carecían. Así, por ejemplo, Ferragut o Pepe Cruz se reencontrarán con sus respectivos amores perdidos, que les abrirán un nuevo horizonte de felicidad. Lisandro Morisqueta se olvidará de su mujer, hallará un amigo verdadero y un ideal que orienta su vida. Por sus



valerosos y arriesgados servicios prestados a la Legión y a la patria, *El Clínico*, recuperará sus estrellas de capitán. Y Juan Zunueta las alcanzará en un periodo corto de tiempo habiendo partido de soldado raso, según prometía Millán Astray a los valientes. Todavía mucho más propicio les será el futuro a Juan León y a su hijo Luisillo, pues, además de reencontrarse y poder reanudar una tierna relación familiar que la lejanía y el tiempo habían borrado, aquél, tras su licenciamiento, allegará dinero y honor, mientras que a éste le estará esperando un honrado y prometedor trabajo. También hay un contrapunto a tan felices desenlaces, el que manifiestan relatos menos edulcorados. En Tras el águila del César, el legionario Constantino Potere, que purga penas de amor, salía siempre al campo buscando la muerte y, en efecto, la encontró. Tampoco los protagonistas de ¡Los que fuimos al Tercio! hallarán mayor recompensa que la de quedar para siempre en el campo de batalla o, como Mayer, lisiado y con la desesperación de haber perdido a su querido ahijado. Mucho más elocuente aún se antoja el final para el protagonista de La barbarie organizada, cuya desolación anímica tras el regreso a España sólo resulta comparable a la que siente Viance, el personaje -del que me ocuparé en capítulo venidero- creado por Ramón J. Sender en Imán:

"Piso España. Ya estoy otra vez solo. Completamente solo en medio de una civilización exhuberante, en la que nada tengo. Ni pan siquiera para sustentarme a mi llegada. En la que nada soy más que un despojo que se reincorpora a los despojos. Con dolor y espanto voy penetrando en ella." (Pág. 239).

Antes de llegar a estos desenlaces, habrán de recorrer una larga senda. Para empezar, la Legión ofrece a estos hombres una nueva familia, exigente pero acogedora, en la que disfrutan de casi todo lo que les había estado negado hasta entonces: vida sana, agradable comida, algunas pesetas para sus gastos, nuevos amigos en un ambiente de franca camaradería y viril compañerismo, diversión asegurada, vino con frecuencia y mujeres de vez en cuando. Así lo sintetiza, a manera de paradigma, Carlos Micó en uno de sus relatos:

"El pleno aire libre que llena el alma de optimismo y de alegría física, la íntima y cordial emoción de crearse amigos alrededor de un jarro de vino en la conversación

(...) de la cantina, después del toque de silencio; ver de cerca, conocer e intimar con hombres que habíamos supuesto tan extraños y que no son más que unos románticos sentimentales que beben bien y pelean mejor (...) la alegría rebosa en los más, y todos, aun los menos comunicativos, encuentran en la gran familia de la Legión el calor de cordialidad que pudiera heberles faltado."<sup>70</sup>

No obstante, aunque ésta se erija en la más frecuente descripción del ambiente legionario colectivo, una buena parte de los protagonistas también suelen quedar caracterizados por una cierta tendencia a la soledad y al sentimentalismo, fruto casi siempre de la remembranza de su desgraciado pretérito. Envolviendo a sus criaturas en esta atmósfera de tristeza los narradores pretenden dar cierta profundidad a sus personajes destacados, a la vez que enfatizar una suerte de lirismo personal. Aunque es sentimiento que acostumbra a aflorar con más o menos intensidad en bastantes de los legionarios novelescos, la más acabada imagen de este apartamiento de cuanto le rodea la ofrece Juan León, sumido siempre en el silencio y en la nostalgia:

"Terminadas las operaciones, cuando el Tercio volvía en descanso a su hermoso campamento, Juan León volvía a su vida de éxtasis, alejado de todos, encerrado en su mutismo; como emboscado en el surco triste que cruzaba su rostro como una interrogación. Y huía de las cantinas, y de las bromas y de las risas de los hermanos legionarios, para ir a tumbarse en la playa a contemplar horas y horas el azul infinito de aquel mar acogedor y bello."<sup>71</sup>

Y por lo que respecta al sentimentalismo, queda casi todo dicho con señalar que constituye uno de los pilares arquitectónicos, si no el fundamental, en la mayoría de estas novelas. Buena parte de ellas, aunque no pueda generalizarse por completo, en realidad no semejan más que relatos sentimentales con el añadido de la guerra, historias de vidas rotas por amores desgraciados o perdidos, fábulas sobre hombres -y mujeres, en algunas ocasiones- que huyen del pasado traicionados por su propia emotividad. Y la recuperación del amor, de la propia estima, incluso de familiares desaparecidos -mediante anagnórisis semejantes a las

de la novela por entregas, tal sucede con Juan León y su hijo Luisillo o entre Marieta y Otto en ¡Los que fuimos al Tercio!-, que acontece durante su estancia en Legión, no refleja sino otra de las habituales convenciones del género. A la vista de estos considerandos, qué extrañeza puede producir que legionarios de dura apariencia se enternezcan como niños, tal y como, por ejemplo, les sucede a Miguel, el *Cínico*, que, en Los del Tercio en Tánger, proporciona a Celia, una mujer de vida descarriada, el dinero necesario para que pueda emprender un nuevo rumbo, y aun se le caen las lágrimas en la despedida de ambos. O al muy curtido Mayer, ablandado al descubrir el sentimiento maternal que anida en Marieta:

"Comprendí toda la angustia de esta pobre madre, en cuyo pecho (...) surgía ahora, potente y sin freno, todo el dolor de su instinto maternal (...) tantos años dormido en su alma pecadora. Y me emocioné blandamente. ¡Cómo no me voy a emocionar viendo a Marieta, de la que todos pensábamos que tenía el corazón seco e infecundo (...) suspirar y temer, sufrir y llorar por un hijo que hacía sólo unos minutos que había nacido en su corazón!"<sup>72</sup>

Otro elemento que contribuye al sentimentalismo en estos relatos lo proporcionan las legionarias. Mujeres "que comparten con los legionarios las horas de paz y de guerra"<sup>73</sup>, y que a menudo se convierten en consuelo de estos soldados. Atendiendo a su condición personal y social vienen a ser el equivalente femenino del legionario. Se encontraban al límite y han hallado entre estas tropas su última posibilidad de anclaje con la vida: "Mujeres que, rodando por el mundo, llegan un buen día a la Legión, y unen a ella su suerte compartiendo con sus hombres las penalidades y peligros de la guerra"<sup>74</sup>.

Su estatuto narrativo suele adecuarse al de personajes anónimos o muy secundarios, aunque en algún relato gocen de mayor relieve. Dentro de estas figuras, destaca Lolilla, indiscutible protagonista de Mi legionario, que tras haber sufrido la deshonra y rodar por prostíbulos, encuentra el amor en brazos de un capitán legionario. Su perfil se aparta un poco del arquetipo de la mujer en estas novelas, en cuanto que no comparte las penalidades del soldado; sin embargo, su trayectoria previa y el trágico desenlace de su amado y de su vida,

propio de este tipo de narración popular y sensiblera, le dan un aire homogéneo y familiar con gran parte de los personajes que pueblan estas fábulas. En un escalón inferior dentro del estatuto narrativo pero con cierto realce, encontramos a la *Marquesa*, en Juan León, legionario; a la *Machona*, en La conquista de Alhucemas; o a Marieta, en ¡Los que fuimos al Tercio!. Ejemplos todas ellas de la mujer legionaria, que no sólo se convierte en el descanso del guerrero, sino también en báculo sentimental de estos hombres e inextimable y generosa ayuda para el soldado durante el combate:

"Lo más admirable de toda esta fauna amorosa es su noble y generoso desprendimiento y su conducta abnegada en la guerra (...) En la inmediación de algún puesto de socorro, en el frente, veréis siempre a alguna de estas mujeres ofrecer sus licores y viandas a los heridos que llegan (...) en estos trances de guerra, en los que nadie se acuerda de pagar, ni siquiera de agradecer con una mirada o una sonrisa el gesto abnegado y piadoso de estas mujeres. ¡Si las vierais llorar amargamente al pie de las camillas cuando el que la ocupa es oficial o legionario que hubiera guardado con ellas alguna atención entre las constantes pullas y maltrato que reciben! Ellas practican la caridad a su modo, y en cada hombre que cae van dejando algo de su corazón." <sup>75</sup>

Tal y como se puede apreciar en el anterior fragmento, los narradores acostumbran a caracterizar a estos personajes con un tono más bien sensiblero, tal vez para indicar que no han perdido del todo la ternura a pesar de las duras condiciones de su vivir y del contacto con los rudos legionarios, o también porque su función dentro del relato, cuando no queda reducida a una mera referencia ambiental, se fundamenta en dar pie a alguna historia de amor. Esto es lo que sucede en las tres novelas antes mencionadas, donde su imagen se agranda hasta alcanzar rasgos de protagonismo. Los personajes femeninos de sendos relatos reproducen aproximadamente un mismo tipo: la mujer mala y buena al mismo tiempo. Tanto la *Marquesa*, como la *Machona* y Marieta, maltratadas por la vida, han llegado a la Legión un momento antes de convertirse en despojos humanos. Hundidas en los abismos de la

prostitución y del alcoholismo -esto último sólo en el caso de *la Machona*- serán redimidas por el trabajo y el esfuerzo de la vida legionaria, pero sobre todo por el amor. Su belleza y su fuerza de carácter les reputará la consideración de sus compañeros, y su abnegada entrega para todo tipo de labores las convertirá en inextimable ayuda y consuelo para el soldado, tanto en los momentos de lucha como en los de descanso. Además, y esto eleva su rango dentro de la narración, hallarán en la persona de algún legionario cauce adecuado donde verter toda la afectividad y ternura que hasta entonces habían malgastado. Estas relaciones darán pie para que los narradores lastren sus historias con todo tipo de escenas y situaciones folletinescas. En Juan León, legionario, donde, tal vez por su condición de novela breve, este aspecto aparece menos marcado, la *Marquesa* encontrará primero protección y paternal amistad en el protagonista y, más tarde, amor verdadero en Luisillo, el recuperado hijo de Juan León, y sus vidas quedarán ya entrelazadas para siempre. El futuro no devendrá, sin embargo, tan alagüeño para las heroínas de los otros dos relatos. La *Machona*, en La conquista de Alhucemas, se enamora perdidamente de Lisandro Morisqueta, y para mantener este amor se entrega del todo al legionario, no sólo dándole un hijo, sino apartándose de sus anteriores vicios y transformándose en una mujer nueva. A pesar de ello, los prejuicios del aristocrático carácter de Lisandro -o Telmo de las Eras de Castilla y Aragón-, que una y otra vez la rechaza por su poco respetable pasado, le impedirán culminar sus anhelos, relegándola a una vida honrada pero insatisfactoria:

"La *Machona*, recuperado ya su verdadero nombre, vive con María y el capitán X..., en concepto de ama de llaves e institutriz de su propio hijo, que para la sociedad lo es del matrimonio a quien sirve. Y en sus horas de añoranza, sueña con ser algún día la esposa legítima de Telmo de las Eras de Castilla y Aragón." (Pág. 328).

Aún más trágicas serán las consecuencias para Marieta y alguno de los legionarios en ¡Los que fuimos al Tercio!, novela en la que las relaciones amorosas acentúan lo folletinesco con mayor intensidad todavía que en las dos anteriores. Esta mujer, que recorre el mundo en busca de un hijo del que tuvo que separarse, alterna la abnegación profesional en calidad de

enfermera de la Legión con el más casquivano comportamiento: "Marieta solía ser romántica a su manera. A cada nuevo amor dedicábale una o dos semanas de lirismo y de ojos blancos. A todos les juraba que era su primer amor, aunque pasaran de la docena los que habían compartido con ella luna, boca, cama y mesa."<sup>76</sup> Tras haberse relacionado con casi todos los protagonistas, se encapricha de Otto, el más joven de todos ellos. Por él llega a sentir amor verdadero y muda de conducta. Sin embargo, el pasado se interpone entre ambos. La presencia de unos legionarios alemanes le desvela que Otto es el hijo que durante mucho tiempo ha estado tratando de encontrar. Horrorizada al descubrir la raíz incestuosa de su pasión, envuelta en remordimientos abandona la Legión. Otto, destrozado primero por su ausencia y luego por la revelación, busca la muerte deliberada en cuanto el combate le brinda la oportunidad.

En el resto de los relatos este tipo de historias suelen quedar en un discreto segundo plano narrativo o no pasar de meras anécdotas episódicas con escaso relieve y personajes de mera comparsa. Si bien hay que constatar que en los relatos más próximos al presente, en La Legión desnuda y en Del breviario de Juan Morena la figura de la mujer sufre una cierta mutación: la descarriada o caída en desgracia desaparece de sus páginas y deja paso a un tipo de señorita de impoluta honradez e incluso de buena familia, la cual, contraviniendo las tradicionales normas de conducta social, se enamora del desdichado, aunque en ambos títulos tampoco pueda considerarse al hombre exponente canónico de los deshechos de la colectividad. Sin duda, ambos modelos, el femenino y el masculino, extraídos de allende lo bien visto, ya no resultaban presentables y se dulcificaron sus perfiles para hacerlos más digeribles a la nueva época. Un cambio que no sólo restó frescura sino, incluso verosimilitud a la fábula.

Cabe generalizar, no obstante, que la presencia del personaje femenino reporta todos los beneficios señalados, mientras que su ausencia significa la imposibilidad de encontrar cauce adecuado para satisfacer las necesidades biológicas del soldado, lo cual constituye un riesgo que - si en el capítulo "Convoy de amor", de El bloqueo, será causa de un crimen, según

veremos en epígrafe venidero- en La barbarie organizada dará origen a una grotesca escena de bestialismo, mediante la cual Galán testimonia otro de los inconvenientes de la vida en posiciones aisladas, y por extensión, de la guerra:

"Ruibal y él vienen con una burrita de talla insignificante, ambos riéndose a carcajadas.../ Sin resistencia meten al animal dentro (...)/ En el rincón de la menestra, oculta a las miradas por una tela de lona, atan a la burra. Primero está con ella Ruibal. Luego Brabante. Luego otros... Todos salen con la cara congestionada y abrochándose. Todos lo toman a broma. Pero todos entran." (Pág. 68).

El retrato literario de la Legión se completa con un buen número de detalles que, esparcidos por las páginas de estas narraciones, van dando noticia sobre los hábitos, costumbres y condiciones de vida de estos soldados: comidas, pagas, premios, canciones, disciplina, entrenamiento en su campamento de Dar Riffien o modos de diversión. Todo ello contribuye a crear una ambientación externa de carácter verista en la recreación novelesca.

Otros aspectos también destacados, aunque ya bastante secundarios en la trama novelesca, vienen dados por el retrato de jefes y oficiales y el régimen disciplinario. Por lo que respecta a la oficialidad, suele estar dotada de una más que notable competencia en la dirección de las tropas y su conducta en el combate resulta ejemplificadora para los soldados, bien por la frialdad de temple con que afrontan el peligro: "El ejemplo de los jefes y oficiales de la Legión que allí iban [en las barcasas durante el desembarco de Alhucemas], era consolador para los legionarios tímidos"<sup>77</sup>, o bien por su inmovible firmeza en los más arriesgados trances, que les hace optar por la muerte antes que por el abandono de una posición, como el valeroso personaje que retrata Antonio Hoyos:

"-(...) Yo no soy un héroe, soy un hombre de estudio, de despacho, un oficinista casi...; pero he jurado fidelidad a mi bandera, tengo la consigna de no moverme de aquí y de aquí no me muevo hasta que me maten [lo que no tardó en suceder]."<sup>78</sup>

Estas elogiabiles cualidades, unidas al especial tacto con que tratan a los legionarios, los convierten en perfectos superiores, casi líderes natos: "los legionarios deliran por sus

oficiales"<sup>79</sup>. Caracterizados a la vez como "enérgicos y cordiales"<sup>80</sup>, mantienen una relación fraternal con el soldado y disfrutan de su estima y hasta de su cariño: "El teniente Castilla, un muchacho que casi podía ser nuestro hijo y a quien pronto quisimos como a un padre. Ejercía entre nosotros una sugestiva influencia que nos hacía querele y temerle, todo a un tiempo."<sup>81</sup> No resultan tampoco infrecuentes las circunstancias en que evidencian un desvelo casi maternal por sus hombres:

"Vienen los camilleros y me recogen. Al pasar junto a mi teniente me acaricia la frente con la mano y me dice:

'-No tengas cuidado que pronto nos veremos." (Del breviario, pág. 28).

Una afectividad que a veces muda en amistoso paternalismo, que, en el caso de algún oficial, llega incluso a una especie de tutoría sentimental. Algo que, curiosamente, sucede en el relato de Fermín Galán, no muy diferente en este aspecto con respecto a los demás:

"El comandante llega. Viene solo. Se sienta en una silla cerca de la cabecera. Me habla paternalmente. Quiere saber las razones que me han impulsado al suicidio.

'-Debes comprender -me dice- que por muy grandes que sean tus íntimos motivos, eres muy joven. Con el tiempo, los sinsabores de hoy, se diluyen para dejar paso a nuevas sensaciones de goce y de optimismo (...)/ Cuando necesites una ayuda, un consuelo, acude a mí. Como si yo fuera tu mejor amigo."<sup>82</sup>

La Legión, en suma, viene a ser, según explicita Canós Fenollosa en Del breviario, una suerte de familia, con un acertado reparto de papeles paternos y filiales:

"Los oficiales no se aíslan de su ámbito propio, sino que quieren acercarse a sus hombres, conocerlos, tratarlos y cuidar de ellos con cariñosa solicitud. No es que no exijan la más absoluta disciplina, no, en manera alguna. La disciplina es férrea y los castigos duros; pero el legionario que se conduce bien siente sobre sí la protección de sus oficiales. Es como si fuéramos, unos y otros, una familia." (Pág. 13).

La única excepción entre estos sensibles y casi bondadosos oficiales la constituye un personaje episódico en la novela de Asenjo Alonso, un teniente cuya crueldad, además de



haberle hecho ganarse un sintomático apodo, lo ha apartado de la estima de sus soldados: "Teniente duro y sin entrañas, a quien llamábamos Judas, que nos habla con la fusta y es quien más legionarios envía al pelotón de castigos, que Dios maldiga."<sup>83</sup>

Aunque no abunden, tampoco los retratos de los máximos jefes legionarios desmerecen los de sus oficiales. Arropados siempre por un tono laudatorio varios de ellos aparecen fugazmente en algunos de estos relatos. Millán Astray se convierte en el modelo de guerrero y de jefe en el poema que Luys Santa Marina le dedica, y cuyo primer verso sirve de ilustración suficiente sobre su perfil literario: "Quien una vez le vio, ya no le olvida"<sup>84</sup>. Y multiples y reiteradas son las manifestaciones que elogian su carisma. Así lo presenta, por ejemplo, Asenjo Alonso en ¡Los que fuimos al Tercio!: \_\_\_\_\_

"Un hombre mitad ídolo y mitad caudillo, de verbo cálido y corazón ardiente. Un hombre, un militar en el que se han dado las virtudes de un conductor de muchedumbres." (Pág. 73).

Y con parecidos términos lo muestra Canós Fenollosa en Del breviario:

"En Riffien, tuve ocasión, varias veces, de ver y escuchar al teniente coronel Millán Astray. Su continente es marcial por demás y lo que dice, cuando arenga, llega directamente al corazón del oyente. Yo me he sobrecogido al escucharle." (Pág. 16).

También Valenzuela y Franco, los sucesivos jefes de la Legión, ocupan un breve lugar en algunas de estas narraciones y, aunque la atención sea menor que la dedicada a Millán Astray, no hay rebaja en la alabanza. De Franco, por ejemplo, figura que aparece en bastantes de los relatos, se destaca su apariencia juvenil: " Es tan joven que a no ser por las estrellas de ocho puntas en las bocamangas, parecería un oficial subalterno."<sup>85</sup> Una imagen, casi infantil en algunas descripciones, que contrasta con su sobriedad de gestos y su frío temple de valeroso soldado y muy cualificado jefe:

"¡Bravo militar este comandante nuestro, con cara de niño y ojos vivaces! Es el ídolo de los legionarios. Para él, la guerra tiene la sencillez de un juego agradable. No es el jefe de la arenga ni del gesto. Se pone encarnado como una muchacha si alguien le

felicita y huye del elogio -después de una acción ruda- como si hubiera cometido una travesura y temiera a la reprimenda... Él no sabe más que una cosa: ponerse el primero, y ser, como la cosa más simple del mundo, el más valiente de todos."<sup>86</sup>

El régimen disciplinario, al que se alude con reiteración, junto con la remembranza del aciago pasado y la propia acción bélica -aunque esta última sólo en algunos casos-, constituye el único elemento capaz de perturbar el vivir del legionario. No obstante, al tratarse de narraciones que en su mayoría optan por un decidido tono laudatorio para el Cuerpo, tampoco se acentúa demasiado aquello que pudiera contribuir a vituperarlo o ensobrecerlo. Toda referencia a la dureza disciplinaria o a los castigos a que se hacía acreedor quien infringía las normas y reglas legionarias queda así reducida a mera circunstancia ocasional. Nada, o casi nada, de la brutalidad con que se sancionaba cualquier falta en el Tercio queda reflejado aquí, a pesar de que no falten testimonios reales que hablan de verdaderas atrocidades cometidas en nombre de un orden que los jefes y oficiales de estas unidades decían necesario. Basten como ejemplo algunos artículos aparecidos en la prensa de la época o las palabras de Adelardo Fernández Arias, periodista que realizó un viaje por el Marruecos español y en 1933 publicó Vísperas de sangre en Marruecos, libro de tipo reportaje en el que recogía sus impresiones sobre muy variados asuntos, el cual refiriéndose al funcionamiento de la Legión se expresaba en los siguientes términos:

"La disciplina del Tercio era de hierro: nada de consejos sumarísimos, nada de Código de Justicia militar. Cuando algún legionario faltaba a la disciplina, un tiro inmediato era el mejor ejemplo para mantener la disciplina." (Pág. 40).

En estos relatos se hace habitual que los castigos queden circunscritos a los pendencieros o a los desertores, cobardes que suelen encontrar de este modo su justa sanción. La pena impuesta suele consistir en trabajos forzados o en acudir a la línea de fuego armados tan sólo de picos y palas para construir trincheras o hacer parapetos mientras los demás combaten. Sin embargo, a menudo entre líneas y otras veces de forma explícita, en algunos de ellos puede entreverse una bien distinta realidad. En una novela tan pro militarista como El camillero de

la Legión se señala en determinado momento: "Ningún legionario corriendo en círculo cargando con un saco de piedras lleno, alrededor de un vigilante"<sup>87</sup>, lo que induce a suponer que en otros momentos alguno penaría sus culpas de esta manera. Y La Legión desnuda también se hace eco de esta habitual sanción: "Un legionario, con un saco a la espalda, describía, corriendo, siempre el mismo círculo alrededor de un cabo, que ni siquiera lo miraba"<sup>88</sup>. La explicitación incontestable llega en La conquista de Alhucemas o en Tercio está el amor y en La barbarie organizada. En aquélla, resulta un tanto extraño a primera vista dado su carácter elogioso en lo que a la guerra y a la Legión se refiere. Creo que puede aventurarse que ello se debió al declarado afán de crónica de la realidad que en determinados aspectos presenta la novela más que a una voluntad crítica, que en rigor no se trasmite por parte alguna. Aquí las imágenes de castigos no sólo confirman lo que en las anteriores narraciones quedaba como virtualidad o mencionado de pasada, sino que un personaje cuestiona la justicia de este sistema: "bien está que se castigue al culpable; pero que tengan una misma pena el desertor y el pobre diablo que ha tenido la debilidad de reirse en una formación", (pág. 216). Y la brutalidad del régimen disciplinario se manifiesta con total crudeza:

"A un alemán le tocó en suerte una naranja medio podrida y la arrojó al suelo con desprecio. El oficial le intimó a que la recogiese: el alemán se negó a ello. Nueva intimidación del oficial y nueva negación del legionario (...) Entonces amenazó al legionario con darle un tiro si no recogía la naranja, aunque luego no se la comiese y le diesen otra u otras sanas. El alemán se mantuvo altivo y ofreció su pecho a la pistola del oficial (...) Y disparó hiriéndole en el hombro izquierdo." (Pág. 31).

En la novela de Galán, aunque tampoco cargue las tintas en este aspecto, la intención evidencia una clara censura de los métodos violentos, brutales en ocasiones, de disuadir las conductas contrarias a las normas o de la desertión, que si no justifica, sí trata de entender:

"El desertor que se captura es duramente castigado (...) El impulso de la deserción, sin embargo, no pueden entenderlo los códigos ni los jueces, aun cuando unos y otros los castiguen con la brutalidad propia de la brutalidad profesional."<sup>89</sup>

Con ser todos los anteriores aspectos importantes, quedarían en poco y no se haría justicia a la imagen literaria del legionario si no se tratase de su faceta como combatiente. Si en todos estos relatos el reflejo de la guerra queda casi reducido a un sucesión de escenas bélicas, el motivo se debe a que ésta es la razón que justifica la existencia de sus personajes. En los momentos de lucha estos hombres pueden dar cuanto de bueno hay en ellos, convirtiéndose así en situación propicia para ayudar a forjar leyendas, como la de Juan León, que, merced a su audacia y al respeto que las balas guardan a su cuerpo, se gana la admiración de compañeros y enemigos:

"(...) Al descubrir la silueta del viejo legionario una lluvia de plomo bordó su figura en el espacio. Los legionarios cerraron los ojos... Pero Juan León seguía en pie (...)/ Entonces sucedió algo insólito. Enmudecieron los fusiles enemigos. Un silencio trágico se hizo en el profundo barranco. En uno y otro lado, los combatientes cesaron el fuego asombrados ante el gesto audaz del viejo legionario." (Pág. 14).

O las menos legendarias pero no menos estimables de Juan Zunueta en La Legión desnuda y de Juan Morena en Del breviarío. Al primero, su reiterado valor en el combate le granjeó varias heridas pero también las estrellas de capitán. Mientras que el segundo si no hizo carrera tan sólo se debió a su oposición a aceptar ascensos, pero concitó toda la estima de sus oficiales y compañeros. Incluso aun en aquellos que como Benito, en Bajo el sol enemigo, habían acudido allí empujados tan sólo por la mera necesidad económica, sin estímulo guerrero ni patriotismo alguno y hasta sintiéndose cobardes, la Legión supo encontrar un fondo de coraje y valentía. A partir de esta premisa, se concitan toda suerte de tópicos sobre el arrojo, la temeridad y el heroísmo en su caracterización: "En aquella tropa aventurera y desesperada, el culto al valor era una idolatría."<sup>90</sup>

Al igual que sucedía en la mayoría de las narraciones sobre la campaña del siglo anterior, también en los relatos legionarios se prodigan los ejemplos que evidencian como el soldado acude al combate despreocupado, arropado por un ardor eufórico, derrochando festividad de ánimo:

"El buen humor se desbordaba en el bullicioso cortejo de los paladines. Estábamos contentos porque íbamos a entrar en fuego y, probablemente, hasta se nos daría ocasión de tomar parte en un ataque a la bayoneta."<sup>91</sup>

"Por la conversación de los legionarios en tales momentos, nadie sospecharía que iban a la guerra, a la muerte; derrochaban un inagotable buen humor más propio de quienes van a la victoria segura, que de quienes esperan habérselas con un enemigo feroz."<sup>92</sup>

"Van a la muerte, casi seguros de encontrarla, cantando y gritando: ¡Viva la Legión!, con una especie de borrachera emocional y lírica."<sup>93</sup>

Gran parte de estos hombres han venido en busca de la muerte, por lo que su cotidiana presencia tampoco supone freno alguno para tan ilimitada temeridad: "A pesar del combate y de las víctimas, la animación no decayó aquella noche en el campamento, hasta tal extremo de que, al pasar la lista de retreta que es cuando se supo el número exacto de las bajas que tuvo cada Compañía, ya muchos de los legionarios estaban borrachos"<sup>94</sup>. A menudo la propia muerte se convierte en cima de la gloria militar:

"Se vio perdido; en un último y supremo esfuerzo, herido ya, desangrándose, turbados los ojos y temblorosas las manos, arrancó la tela [la bandera], apretóla contra su pecho cubierto de sangre y alzándose ante ellos [los enemigos] gritó con toda su alma: ¡Viva España!/ Una descarga cerrada le tiró al suelo, como un muñeco roto."<sup>95</sup>

Otras veces, sin embargo, no constituye más que mera circunstancia del vivir cotidiano carente de todo dramatismo: "Una bala le entró por la frente./ El camillero que fue a recogerle, también murió; pero otro, en dos viajes, los trajo a los dos."<sup>96</sup> El relato de Santa

Marina resulta en este sentido modélico, porque a través de sus páginas va elaborando una desmitificación de la muerte por varios procedimientos. Bien reflejándola como acontecimiento habitual: "Nuestros muertos. Apunté los nombres para darles de baja en la Compañía, pues, por lo demás, a nadie importaba su suerte."<sup>97</sup> O bien mediante la expansión lírica: "Doña Muerte la bella, que me habló una noche de néctar (...)/ 'Soy la madrina, el hada madrina de los valientes, de los que al sentir mis labios y mi aliento de extrahumano perfume no tiemblan... no tiemblan y sonrén."<sup>98</sup> Pero, sobre todo a través de su ya mencionado humorismo truculento:

"Los muertos estaban en un montón: los cogían entre dos, uno por la cabeza y el otro por los pies; les daban balance: ¡a la una...!, ¡a las dos...!, ¡y a las tres! Y soltaban: iban por el aire y caían en la fosa como Dios quería./ Se oía el golpe de los cuerpos contra la arena.

'-¡Otro que llegó sin novedad...! (...)

'Allí cerca, sentado en una caja de balas, *Fabio* atacaba briosamente a un chorizo duro de corazón:

'-El muerto al hoyo, y el vivo al bollo -comentó entre dos bocados."<sup>99</sup>

Aunque la euforia belicista devenga tono casi unánime de estas novelas, algunas se apartan del estandarizado modelo. En ¡Los que fuimos al Tercio!, tal festividad de ánimo ya se va atemperando en el interior del soldado: "Aquella alegría era sólo a flor de labios. La procesión iba por dentro"<sup>100</sup>. Y, salvo para algunos inconscientes, tampoco parece que su tan entonado noviazgo con la muerte sea un compromiso muy firme: "Por amargo y acusador que fuera su pasado, ninguno buscaba la muerte como una liberación."<sup>101</sup> Sin embargo, tan sólo el relato de Fermín Galán, La barbarie organizada, desmonta toda esta falaz imaginaria sobre la guerra y la muerte. Comienza poniendo en tela de juicio la propia voluntariedad soldadesca de los legionarios:

"-¿Voluntario? -le respondo-. Voluntario he venido; pero forzosamente empujado por los azares de la vida...

'-¡Ah! -exclama-. Es lo de todos. Es nuestra paradoja. Voluntarios de una voluntad ajena a la voluntad nuestra." (Pág. 28).

Después, rebaja su temeridad hasta adecuarla a los habituales parámetros del hombre común: "Muy cerca de mí, cae herido un compañero. 'Recogedme, recogedme', grita. Su voz vibra con el miedo que todos tenemos a quedar en el campo abandonado."<sup>102</sup> Para acabar liquidando el mito del heroísmo legionario. Lo que otros narradores atribufan a innata temeridad, arrojo personal e iniciativa del soldado, lo ha mudado Galán en obligado gregarismo:

"-¿Y por qué hemos de venir a combatir con esta gente que nada nos ha hecho? (...) Las respuestas son evasivas. Todas ellas, sin embargo, parecen decir: 'Lo mandan. Habrá motivo.' En nosotros no hay ninguna idea, ninguna intuición crítica, ningún juicio que desentrañe la misión que cumplimos. Nuestro único guía merital es el mando. No concebimos nada, sin uno que ordene. El hecho simple del mando es para nosotros una razón suficiente (...) Estamos aquí porque lo mandan." (Pág. 72).

También en lo que respecta a la muerte resulta esclarecedora la interpretación que ofrece su narrador protagonista:

"Diríase que la muerte es esperada por todos con una resignación maravillosa. Pero no: no es indiferencia, no es resignación. Es inconsciencia, adquirida con el hábito en un ambiente uniforme y único." (Pág. 72).

No sólo ha desaparecido todo atisbo de grandeza, sino que incluso se niega el cabal discernimiento con que los soldados la afrontan. Consecuentemente con las ideas humanitaristas y libertarias que guían los pasos del autor, se exonera de toda culpa al individuo, al que no puede acusarse de negligencia alguna en su capacidad de raciocinio, para hacer recaer la completa responsabilidad en la atmósfera que crea la propia institución legionaria, que aliena y embrutece a sus miembros, despojándolos de toda sensibilidad. Nueva evidencia de la decidida requisitoria que mediante esta novela lanzó Fermín Galán contra la guerra y contra sus perversas consecuencias.

Por último, en lo que se refiere a la recreación bélica hay que hacer mención también al enemigo, aunque en estos relatos su entidad quede un tanto desdibujada. Además de las muy abundantes muestras de la ya referida saña con que se emplea contra los heridos y prisioneros españoles, el rasgo más destacado del rifeño lo perfila su capacidad para hacer la guerra. Son combatientes duros, curtidos por el hábito de pelear, a los que hay que desalojar de sus posiciones a punta de bayoneta porque la refriega los embriaga: "Rotos, ensangrentados, mal heridos, luchaban hasta morir"<sup>103</sup>. Por otro lado, su presencia resulta errática, sombras casi evanescentes en muchas ocasiones, que amparándose en un bien conocido terreno o en la oscuridad de la noche golpean a las columnas legionarias desde su invisibilidad: "¡No se ve al enemigo! Esta es una de las desesperaciones de la guerra de África: que no se suele ver al moro que dispara contra uno"<sup>104</sup>. Lo que unido a sus escasas necesidades, a su resistencia física y a un veloz adiestramiento en las tácticas de guerrillas, los convierte en enemigos de temer. Así lo plasma Asenjo Alonso en el más acabado retrato que sobre su figura puede encontrarse en estas narraciones:

"El moro que teníamos enfrente era de los enemigos más temibles que podían oponerse a un soldado en la guerra. Dueño y conocedor de su terreno, que tantas veces ha medido con sus piernas de acero (...) tiene la virtud de colocarse siempre en lo más inexpugnable de él, plegándose a los accidentes que mejor le cubren sin impedirle ofender (...) Su equipo de soldado se reduce a bien poco. Una simple chilaba cubre sus morenas carnes (...) Sobre la capucha pone las municiones de boca y guerra: unos higos o unas cebollas entre los cartuchos de su 'paco' (...) El moro parece muchas veces que es un accidente más del propio terreno. Se ata a la cabeza ramaje que arranca de sus observatorios, y con ella se cubre de nuestra mirada (...) Es, en suma, un enemigo de tal sagacidad para su oficio de guerrear, que jamás se hace visible, aunque sintamos vibrar a pocos pasos la hierba de enfrente por efecto de sus disparos."<sup>105</sup>



No reparó este autor, ni tampoco los restantes, en que ésta era la consecuente respuesta bélica del débil frente al fuerte, de aquellos que habían sido empujados a defender su tierra contra la prepotencia de un poderoso ejército colonial. Algo de esto sí se deja ver en La barbarie organizada, que, también en lo referente a este asunto, adopta un enfoque particular y más ecuánime. Los rifeños de Galán se muestran tan feroces como los de cualquiera de los otros relatos en su trato hacia los heridos y los prisioneros, sin embargo, presentan un rostro humano. El narrador acerca su mirada hacia ellos para verlos sufrir y huir atemorizados cuando la brutal actuación de las columnas legionarias los obliga a abandonar sus aduares y pertenencias e intentar poner a salvo a sus mujeres, viejos y niños, pero, además, les cede la palabra para que tengan oportunidad de dar a conocer su vivencia de la guerra, cual sucede con Sidi Ali, jefe del poblado donde el protagonista de la novela sufre cautiverio, cuyo razonamiento evidencia la otra faz del conflicto y sintetiza el sentimiento del moro ante la dura realidad que el civilizado europeo le ha impuesto:

"-Pasáis por las kábilas y todo lo destruí. No queréis más que sumisión. ¿Para qué? ¿Por qué no traéis esas cosas sin guerra? Si son buenas todos las queremos (...) Si venís con guerra, es que no venís a traer nada bueno. Y para eso, cada uno debe venir con lo que tienen en su país y dejar a los otros que vivan como quieran." (Pág. 216).

Si la apreciación del marroquí como estrategia militar modifica por completo la que ofrecían los relatos sobre la campaña del siglo anterior, su imagen como persona apenas ha experimentado variación alguna. Su servil apariencia sigue siendo indicio de una latente proclividad a la traición, que hace aflorar en los momentos más propicios para sus intereses. Sigue dominado por el afán de rapiña y por un salvajismo e inmisericordia congénitos. En suma, los mismos lugares comunes que sobre el moro habían venido siendo moneda de uso ordinario en la literatura sobre las guerras de España en Marruecos desde el Diario de Alarcón, y cuyo discurso, con los añadidos coyunturales tras la derrota de Annual, queda compendiado en el relato de Ros Andreu:

"España tenía a sus mismas puertas al enemigo, un enemigo feroz y vengativo, sin más ley que su odio secular contra los cristianos; un enemigo envalentonado porque los vio huir y porque se apoderó de todo o casi todo el material de guerra que tenían en las posiciones que los españoles abandonaron (...)/ Era preciso, pues, humillar la altivez rifeña y rehabilitar el buen nombre del ejército español, y a ello se iba."<sup>106</sup>

Ante este panorama, puede sostenerse que en todas estas novelas, dejando al margen la de Galán, el conflicto se encara con un decidido tono de triunfalismo belicista y la imagen de la Legión se adecuaba en todo a la que pretendieron difundir su creador y sus rectores: cuna del heroísmo moderno, quintaesencia de los valores de la milicia y lugar en el que no sólo se rehabilitaban los descarriados sino donde también se brindaba al hombre la ocasión de encontrarse consigo mismo. Fehaciente prueba de cuáles fueron los presupuestos desde los que se escribieron: renunciando a cualquier voluntad de testimonialismo crítico y obviando, cuando no tergiversando, cuanto hubiera podido contrariar o al menos poner en entredicho el discurso oficial. Se optó por dos alternativas poco comprometidas, que en ocasiones se codearon en un mismo relato: el escapismo hacia regiones donde habitaban aventuras poco verosímiles y rancios sentimentalismos, y la creación de mundos de apariencia real, pero falaces y torcidos en su esencia. Unos planteamientos a los que en las últimas novelas, en La Legión desnuda y Del breviario de Juan Morena, hay que añadir una voluntad revisionista de la historia. Sin renunciar a las fórmulas antes citadas, dieron a la fábula una perspectiva ideológica que no había sido frecuente en las narraciones contemporáneas o próximas a la guerra: la exoneración del estamento militar ante cualquier responsabilidad derivada de la actuación en Marruecos, haciendo recaer toda la culpa sobre los timoratos políticos de la época. A manera de mero ejemplo, véanse las palabras de Canós Fenollosa:

"En tanto llega la noticia de que ha sido el gobierno quien ha dado la campaña por acabada./ Ahora que tiene fuerza, los parques bien dotados y unas tropas de élite y prestigio bien ganado, la política pone su mano nefanda en tanta victoria, tanto éxito y tanto espíritu." (Del breviario, pág. 119).

O las aún más contundentes de Maciá Serrano a propósito del desastre de Annual y la inmediata campaña de reconquista del territorio perdido:

"La bandera de España volvería a ondear en todas las posiciones perdidas. El mando, el de África, naturalmente; que el de España, el gobierno, tímido y en sus cabildeos, se quería excusar buscando unas responsabilidades que en él mismo estaban y quería encontrar en los demás..." (*La Legión desnuda*, pág. 150).

Una idea reiterada hasta la saciedad y recurrente en ambos textos, que traduce el más acendrado pensamiento militarista sobre aquellos episodios: un ejército víctima de la ineptitud del poder civil.

En cuanto a los demás elementos coadyuvantes en la creación de la fábula, en la mayoría de los relatos sobresalen, con no muy frecuentes excepciones, el tradicionalismo y la repetición como los más reseñables. En general siguen patrones de carácter popular alejados de todo artificio técnico. Resultan habituales las situaciones folletinescas, la poca - cuando no nula - manipulación de tiempo y espacio narrativos, incluso sorprende la escasa atención prestada para evitar notorias inverosimilitudes impropias de narraciones que pretenden crear entramados novelescos de raíz realista, que en ocasiones sus autores no dudan en denominar hasta históricos.

La coordenada temporal adquiere considerable importancia, no porque devenga elemento muy relevante dentro de la fábula, ni por sus aportaciones innovadoras en cuanto a la técnica narrativa, sino porque permite establecer una esclarecedora clasificación entre estas novelas.

Un primer grupo, mayoritario, está formado por las que se ajustan a unos mismos planteamientos en cuanto a su estructuración cronológica. Por lo general, comienzan presentando al protagonista o protagonistas en el momento de su alistamiento en la Legión o recién ingresados. En alguna ocasión, al inicio del relato ya han llegado a veteranos, como sucede en *Juan León, legionario* y en *Los del Tercio en Tánger*, sin embargo, estas ligeras variaciones son poco significativas, pues lo sustancial comenzará a partir de este instante. A lo largo de las páginas, siguiendo una linealidad temporal, se irá desarrollando la peripecia

de estos personajes, que los ha de conducir desde su desesperanzada situación inicial al honor y a la rehabilitación personal y social del desenlace, cuando no a la muerte, cual le sucede a alguno de los personajes de La Legión desnuda y a la mayor parte de los legionarios destacados en La conquista de Alhucemas, ¡Los que fuimos al Tercio! o La barbarie organizada. En estos dos últimos textos, tampoco para los que logran vivir se abre un horizonte de felicidad, sino más bien todo lo contrario: o el regreso a la cruda realidad de la que se había huído al principio, tal es la conclusión que plantea Fermín Galán, o la desesperación y la soledad en que queda sumido Raúl Mayer en ¡Los que fuimos al Tercio!. Dentro de estas poco variadas trayectorias, acaso convenga reseñar la de Juan Morena, quien en su Breviario las abarca todas: primero encuentra un nuevo amor que renueva sus perdidas ansias de vivir; más tarde, queda rehabilitado al esclarecerse la turbia situación que lo había llevado hasta el banderín de enganche legionario; y, por último, cuando su vida se antojaba encauzada otra vez, la muerte lo sorprende en el desenlace. La cronología lineal suele quebrarse por frecuentes vueltas al pasado, a un pasado más o menos alejado pero que siempre queda fuera del periodo que cubre el relato. Estas analepsis remiten a la historia anterior de los protagonistas y permiten al lector, y a menudo también a otros personajes, conocer las razones que los han llevado hasta las filas del Tercio. Una variante de esta estructuración temporal organiza el discurso en La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor. Aquí el relato comienza *in media res*, con los preparativos para el desembarco en Alhucemas, que será la acción culminante de la novela. El narrador interrumpe tan decisivo acontecimiento para referir, en una larguísima analepsis de 250 páginas, todo lo sucedido a Leonardo Morisqueta, su protagonista, y al ejército español en Marruecos desde que año y medio antes aquél se había incorporado a la Legión. Dentro de este pasado inmediato se incrustan las habituales referencias al pasado más remoto, a la vida anterior a su etapa militar, de éste y otros varios personajes. Al final, la narración retoma la situación inicial para concluir en un gloriosa apoteosis de doble dirección, tanto para las victoriosas armas españolas que han doblegado la tozuda resistencia rifeña, como para las criaturas de ficción,

elevadas a la consideración de héroes tras desarticular una célula comunista que pretendía enquistarse en el Tercio. Tampoco El héroe de la Legión reponde por completo al modelo general, pues toda su primera parte -más de la mitad del texto- refiere los días previos a la incorporación del protagonista al ejército, y las razones que lo empujan a tomar esta decisión. Fragmento en el que la narración sigue las habituales reglas de la subliteratura galante. La segunda parte se ocupa de la peripecia militar de Leonardo y, salvo un par de secuencias ilustrativas del temple del personaje, no es más que un relato sintético de un periodo de dos años.

El segundo grupo lo he constituido con aquellas novelas que quedan fuera de los anteriores parámetros. Por un lado, las dos de Carlos Micó, que carecen de cualquier manipulación temporal en cuanto a la disposición del discurso. En El camillero de la Legión, el discurrir narrativo sigue una cronología lineal en todo momento, mientras que en Lupo, sargento esta linealidad sólo se transgrede en uno de sus párrafos iniciales para que el narrador de cuenta de un desliz juvenil, rectificado ahora con su patriótica decisión de enrolarse en este Cuerpo. Sin duda, Micó, embebido en aunar con criterio verosímil el heroísmo legionario con las teorías teosóficas, no consideró importante dotar a sus personajes de un pasado, que, por otra parte, teniendo presente la muy particular caracterización de sus protagonistas -el bicromatismo de Lupo y la insólita ideología de Arjona-, hubiera sido difícil de conjugar con lo referido en sus relatos. La Legión desnuda y Mi legionario tampoco alteran el discurrir cronológico de los acontecimientos narrados, salvo alguna esporádica alusión que, en el primero de los títulos mencionados, vierten algunos personajes sobre su propio pasado en los diálogos con otros personajes. Por último, Tras el águila del César se aparta de manera aún más radical del modelo general, pues en su caso casi ni cabe hablar de temporalidad alguna teniendo en cuenta la particular estructuración de este libro: sin trama, mediante escenas aisladas. Por consiguiente, su inclusión dentro del género novelesco sólo puede ser parcial y aún así no está exenta de problemas. Esta particular forma de transmitir la historia no se ajusta al convencional criterio de hilazón de unos acontecimientos

consecutivos con respecto a otros, sino que el narrador desde su libre albedrío refiere anécdotas variadas sin más nexo en común que la presencia de los legionarios, de tal forma que cualquier índice temporal de los que aparecen de vez en cuando -"a medianoche", "en los días que olvidaba", "al cabo de los tres meses"- queda descontextualizado, exceptuando, claro está, los que aparecen en una misma escena y afectan a su exclusivo desarrollo. Roto, de esta manera el fluir temporal como elemento rector de lo narrado, el único rastro de cronología que queda son las fechas que se anexan al título de algunas escenas y la muerte, que, según se dice al final -en un poema donde transcurridos los años se rememora lo sucedido, y cuyo significativo título es "193..."- fue la causante de la disolución del "Morabo Club", denominación para el grupo de legionarios que convivía juntos: "Se disolvió el "Morabo", pues sus socios,/ uno tras otro hacia la huesa fueron,/ excepto dos: perdidos por el mundo." (Pág. 199).

Estos dos diferentes planteamientos a la hora de organizar el relato desde la perspectiva temporal no sólo son reflejo de una mera diversidad, sino de la propia ideación de la novela. La oposición dialéctica entre pasado y presente que se establece en las del primer grupo deviene factor que tensiona la historia y los personajes. Éstos, por así decirlo, han caído en desgracia y deben redimirse. A partir de aquí, todo lo que les sucede -su vida como legionarios- no es sino una suerte de viaje purificador, al final del cual hallaran la rehabilitación. Elaboran una imagería de la guerra y de la Legión caracterizada por el heroísmo edulcorado y la fácil sensiblería, que sirve de envoltorio idóneo a unos relatos con vocación sentimental y fondo moralizante, pues éstas y no otras constituyen sus entretelas. Incluso la novela de Galán, La barbarie organizada, a pesar de su voluntad crítica y de su antibelicismo, se ajusta del todo a este esquema, reelaborándolo en función de unos objetivos distintos pero manteniendo sus generales características de sentimentalismo y de afán moralizante, y en este último extremo con notable énfasis. Dentro de estos planteamientos caben también Mi legionario y La Legión desnuda. La primera porque, según ya he señalado, se trata en realidad de un relato sentimental con el añadido ocasional que supone la presencia

de un capitán legionario. La segunda, porque el personal devenir del protagonista, trufado de episodios sentimentales y sensibleros, en poco difiere del resto de los protagonistas, con la exclusiva peculiaridad de que Juan Zunueta no se irá rehabilitando a través de su brillante carrera legionaria, sino labrándose ese porvenir que nunca tuvo, pues desde su adolescencia sólo conoció el ejército. En ello se encuentra, a mi entender, la razón de que no comparta un mismo esquema temporal con aquellas otras narraciones que le son afines en el tratamiento del asunto y del personaje: nada hay que contar sobre el pretérito de Zunueta porque nada importante le ha sucedido.

Sobre unos del todo diferentes presupuestos se asientan las otras novelas cuya temporalidad discurre siempre en avance lineal. En ellas la peripecia de los personajes no remite a ningún pasado porque no hay que reestablecer nada que se haya perdido, en esto se asemejan a Zunueta. Pero se diferencian en cuanto que aquí simplemente se refieren anécdotas de los soldados en la guerra, desposeídas de toda carga sentimental y por supuesto sin ninguna intención moralizante, sin convertir a la Legión en un centro de rehabilitación personal y social, como quieren presentarla los otros relatos. De ahí que su trama no esté lastrada por situaciones folletinescas y que sus protagonistas aparenten un mayor desabrimiento que los que tienen que cargar con desdichadas historias pretéritas. En puridad, éstas son las que podrían ser llamadas novelas legionarias, en cuanto que, en efecto, parecen escritas por auténticos legionarios -y en el caso de Carlos Micó así fue-, y ofrecen una visión, tanto del conflicto bélico como de estas tropas, mucho más rigurosa, sin adulteraciones ni falseamientos retóricos. Mientras que las otras había que darlas más bien por narraciones de corte sentimental ambientadas en el mundo legionario.

La coordenada espacial recibe trato por lo común poco relevante en estas novelas. Su habitual función queda relegada al ámbito de lo referencial, un mero elemento de la necesaria composición ambiental desposeído de cualquier carga simbólica. Sólo en Los del Tercio en Tánger, el lugar donde se desarrollan los acontecimientos adquiere importancia, y no tanto por su imbricación en la trama narrativa, que también, como porque de ahí emana el propio

tema de la novela, su moraleja. Tánger no sólo se muestra escenario donde los legionarios llevan a cabo su misión de desbaratar una organización de tráfico y contrabando de armas hacia los rifeños, sino que es la causa que da origen a esta situación. La ciudad, merced a su estatuto de internacionalidad, se ha convertido en un cosmopolita hervidero de intrigas de muy variada índole, pero sobre en plataforma de ayuda encubierta a los rebeldes rifeños. A través de su puerto el enemigo recibe cuanto necesita para continuar la guerra contra el ejército español, y en sus calles y cafés su servicio de inteligencia conoce con antelación los movimientos de tropas en el Protectorado. Triviño Valdivia desea evidenciar en su relato que todos estos perjuicios derivan del nefasto régimen de internacionalidad que disfrutaba la ciudad. Situación que quedaría zanjada si se atendiera la del todo justificada reivindicación española para incluir Tánger en su zona de influencia. En torno a este planteamiento se articulan los restantes aspectos de la narración. Desde la configuración de los personajes secundarios: legionarios alemanes que han desertado con la intención de pasarse a la harca del Raisuni, mujeres descarriadas que buscan su oportunidad al calor del dinero que circula por la ciudad, negociantes de toda índole y demás fauna tangerina; hasta la estructuración temporal, que condensa la mayor parte de la historia en los tres días que dura la misión encargada a los protagonistas.

Aunque en las restantes novelas el espacio carece de este protagonismo, sí que resulta orientativo de los presupuestos desde los que se escribieron algunas de ellas. Así, por ejemplo, en La conquista de Alhucemas el tratamiento de los lugares deja ver su más que notable emparentamiento con las novelas por entregas del siglo anterior. A la hora de describir ciudades como Tetuán, Xauen o Ceuta, el narrador se embarca en largos excursos narrativos llenos de prolijos datos historiográficos o culturales que nada tienen que ver con la trama novelesca, tal y como solían hacer los autores de aquéllas. En realidad, los modos narrativos que con fidelidad repite Ros Andreu:



"Tetuán, la antigua *Tagat* y más tarde la típica *Tetauen*, que en berberisco significa *los ojos*, es hoy la capital del Protectorado español en Marruecos. Sus treinta y cinco mil habitantes (...)" (Pág. 195).

Mientras que ¡Los que fuimos al Tercio! retrata con acertado y justo trazo el crecimiento que en todos los órdenes se está operando en Melilla gracias a la guerra. El tono descriptivo, en términos generales, se adecúa al mantenido por Asenjo Alonso en buena parte de su relato, caracterizado por una voluntad de verosimilitud, semejante al utilizado por algunas novelas centradas en el desarrollo de esta ciudad, de las que se tratará en capítulo venidero. Aún mucho más clarificador en cuanto a los planteamientos desde los que se escribió, resulta La barbarie organizada. Con esto no quiero decir que Fermín Galán le de relevancia especial al tratamiento del espacio, sino que también este aspecto rezuma intencionalidad. Por ejemplo, la visión que su protagonista ofrece de Tetuán, al pasear por su calles, no se diferencia demasiado de las que de ésta u otras ciudades pueden hacer el narrador o los personajes en otras novelas, sin embargo, el final deja bien a las claras el talante crítico de su relato:

"(...) Cruzan hebreas, moras, hispanas, una inglesa, otra alemana (...) Entre todas algún hebreo, algún moro, algún hispano, algún alemán. Y oficiales, oficiales, muchos oficiales (...) En Tetuán los oficiales parecen la masa arrolladora y aplastante del ejército de ocupación." (Páginas 149-150).

Y todavía resulta más contundente cuando el enfoque se dirige a una instalación militar. Veáse, como muestra, la descripción de un blocao, manifestando toda la miseria que allí se encerraba, muy alejado de los ribetes heroicos con que suele recubrirse en otros textos:

"Nos vemos enjaulados entre cuatro paredes y un techo... Dentro una cuba grande con agua. Unos sacos de provisiones de repuesto. Cajas de municiones en un testero. Jergones con piojos. Agujeros de ratas. Pulgas en cantidad abrumadora." (Pág. 66).

Cabe por último referirse a otro recurso relacionado con el espacio, también presente en La barbarie organizada y en una de las novelas breves de Fernández Piñero. La naturaleza se funde con la acción que se está desarrollando y se convierte en un subrayado, en una

acentuación lírica del dramatismo, respecto a los sentimientos o a las acciones de los personajes. Galán recurre un par de veces a esta técnica con bastante acierto. Al comienzo de la narración, el protagonista se ve empujado por la miseria hacia la Legión, mientras la naturaleza entera parece hacerse complice de su desventura:

"Una tarde de otoño gris y helada. El cielo cargado de plomo parece aplastar la vida entera. Fuerza invisible me empuja hacia un banderín de enganche." (Pág. 11).

Más adelante vuelve a este recurso para referir en clave simbólica la muerte de su amigo Torrelles durante el cautiverio. En esta ocasión la caída de la tarde y la llegada de la noche no sólo anuncian el final del día, sino también el de la vida.

Menos acertado resulta su empleo en La misma sangre, donde el narrador refiere una escena de amor. A través de catorce páginas despliega todas sus estrategias para fundir la sensualidad de los dos enamorados con la de la propia naturaleza según moldes casi garcilasianos. Claro que el resultado hubiera resultado ofensivo para el poeta toledano, pues junto a un muy rebuscado léxico, da rienda suelta a los más inadecuados y disparatados diálogos, en los que pone en boca de Elisa, una modistilla, ñoñeces como: "¡Ay, nene! ¡Y qué bonito está todo desde aquí!" o "Mira, Ricardo, ¡no seas bárbaro!...¡Que te pego!" En suma, lo de Fernández Piñero no es más que una burda y habitual escena característica de las novelas eróticas de la época.

Las formas del discurso en esta novelística tampoco presentan notables disparidades entre sí y, contempladas desde una perspectiva global, son, aunque quepa hacer alguna excepción, deudoras de los moldes decimonónicos más tradicionales. Si tenemos presente que la mayoría de ellas fueron redactadas entre los años veinte y principios de la siguiente década, momento en el que la narrativa española se hallaba embarcada en varios procesos de renovación formal<sup>107</sup>, se hace evidente que éstas fueron novelas redactadas con una escasa exigencia artística; en algunos casos, con idénticas maneras a la añosa literatura popular sobre la campaña de 1859-60. Y apenas nada nuevo que modifique o mejore lo anterior añaden las publicadas en tiempos más próximos al presente.

Esto queda bien patente, por ejemplo, en el tratamiento de la figura del narrador y en el punto de vista desde el que se cuenta la historia. Antes de ningún comentario, creo necesario distinguir entre aquellos relatos cuya transmisión se realiza desde la aparente impersonalidad y los que lo hacen en primera persona. En los primeros, la característica más acusada del narrador la establece su inmoderada omnisciencia y una más que notable ubicuidad. Las más de las veces no sólo se hace intérprete de los pensamientos de todos y cada uno de sus personajes, sino que se implica en los entresijos de la fábula e incluso utiliza el texto como particular canal de comunicación para lanzar mensajes al lector, tal y como acostumbraban a hacer los narradores de la narrativa por entregas a los que me referí en capítulo precedente. Así en Los del Tercio en Tánger resulta muy frecuente que quien refiere la historia se considere parte de ella mediante expresiones como: "Termino en pocos momentos con la victoria de los nuestros" (pág. 212); "los cinco personajes de nuestra historia" (pág. 233); o "Ya nuestras guerrillas bajaban" (pág. 244). Idéntico procedimiento, aunque aún más enparentado con los habituales recursos de los folletones, se utiliza en La conquista de Alhucemas, donde varias veces se recurre al epíteto "nuestro héroe". El narrador de Juan León, legionario tampoco tiene reparo en apropiarse hasta de las metáforas de alguno de sus personajes para explicarle su recto sentido al lector:

"-¡Arriba, 'turistas', que estamos atracando!

Los 'turistas' -que no eran otros sino ocho o diez muchachos jóvenes enganchados para la Legión en los banderines de España (...)", (pág. 32).

Claro que el ejemplo anterior no se antoja sino pequeña impudicia ante la que acomete algunas páginas más adelante, cuando anticipa al lector la relación existente entre dos personajes, cuya escena de anagnórisis aún tardara en llegar: "Juan León fumaba su cachimba (...) pensando (...) en el hijo amado, bien ajeno a que el Destino (...) le había puesto allí a su lado (...) bajo la máscara oscura del verdoso uniforme legionario" (pág. 36).

Los mayores despropósitos los lleva a cabo, sin embargo, Ros Andreu en su novela La conquista de Alhucemas, la más cercana por la utilización de este tipo de recursos a las del

siglo anterior, pues, además de inmiscuirse en la historia por los más variados procedimientos, su coloquio con el lector no es ni un ápice menor al que aparecía en aquéllas. Unas veces con innecesarios recordatorios: "Después de llevar a la estación-radio el telegrama que ya conocemos" (pág. 19); "refirió brevemente y sin darle importancia lo que ya conoce el lector" (pag. 204). Otras, simulando complicidad con el receptor para sorprender a los personajes: "Oigamos lo que éstos decían mientras se probaban los trajes de legionario", (pág. 19); disculpándose por sus expresiones: "Perdón por el símil" (pág. 258); o adelantando lo venidero: "Y aún casos mayores veremos más adelante" (pag. 50). Relacionado con lo anterior está su capacidad para deambular por la fábula, entrando y saliendo de lugares y escenas cuando se le antoja: "Dejémosles con su desilusión hasta que más tarde nos volvamos a ocupar de ellos" (pág. 132); "Enlacemos ahora la narración y acerquémonos al fin de esta interesante historia" (pág. 274). O fingiendo un inverosímil desconocimiento. "Nuestros héroes Lisandro y Teodorino y nuestras heroínas la marquesa y María (...) ¿Quiénes son? ¿A qué obedece su aventura?" (pag. 22). Y si la manipulación maniquea de los personajes resulta habitual en estos relatos, en el de Ros Andreu alcanza cotas de franca grosería. Véase la diferencia de juicios que establece entre el protagonista y un secundario que no parecer de su agrado: "Comenzó una violenta discusión en la que el joven Lisandro llevó siempre la razón más absoluta" (pag. 230); "Ese espantajo que se titulaba conde de X (...) y que resultaba ser un compendio de pedantería y presunción" (pág. 218). Tampoco es infrecuente que la realidad se le filtre en lo novelesco, y narre como ya pasado lo que todavía no ha tenido lugar: "Los preparativos que se hacían en lo referente a armamentos y municiones, víveres y cuantos detalles se consideraban imprescindibles en una operación militar de las más difíciles, como lo fue la conquista de Alhucemas [¿y cómo puede conocer el grado de dificultad que tuvo, si en su relato aún no ha sucedido?]" (pág. 256). En suma, aunque la figura del narrador resulte una presencia excesiva en los relatos desde la tercera persona, La conquista de Alhucemas sintetiza como ninguno los más anejos modos de discurso.

Y para dejar constancia de que el paso del tiempo no siempre ha de entenderse sinónimo de evolución, basta el ejemplo que Maciá Serrano ofrece en La Legión desnuda, publicada en 1955. Sin incurrir en los excesos antes señalados, tampoco ha sabido escapar a esa afeante propensión del narrador por lastar su discurso con opiniones particulares del autor y ajenas al relato, con excursos narrativos. Unas veces sólo improcedentes:

"Cuando el imaginaria -¡qué bonita palabra cuartelera clavada en el centro de la noche!- lo vio entrar (...)" (Pág. 313).

Y otras, tan improcedentes como los anteriores, pero además denotativos de contenidos morales, tópicos y cursis, tendentes a mediatizar al lector:

"El amor, cristal del corazón, se gana con un suspiro y se pierde por un reproche. con él se llora siempre, por dentro o por fuera. Porque el dolor, que no el amor, es lo único que redime, y el amor siempre es sacrificio." (Pág. 304).

Las narraciones que no incurrir en estos vicios anacrónicos, tal vez más por su condición de breves que por sus virtudes a la hora de contar, lo hacen en otros no menos censurables. Tal puede apreciarse en El héroe de la Legión, en Bajo el sol enemigo y en El camillero de la Legión. En los tres casos los modos narrativos parecen más comedidos, aunque el resultado final carezca de cualquier proyección artística. En el primero, por la simpleza de sus planteamientos novelescos y los múltiples despropósitos e inverosimilitudes de su desarrollo. En el segundo, por los muy llamativos olvidos en que cae el propio narrador: las cien mil pesetas que Diego había ganado en el juego, se convierten en idéntica cantidad de francos sólo diez páginas después<sup>108</sup> y el mismo Diego asciende de grado a su oficial en el intervalo de dos páginas, el que en la 59 era teniente en la 61 ya ha llegado a capitán. En el tercero, su disparatado e insignificante argumento aún se hace menos digerible por causa del abuso de excursos narrativos, que Micó utiliza como vehículo de su patrioteria ideología, sustentada en pensamientos a la par sesudos y delicados, como el que explica la marcha de los extranjeros de las filas legionarias: "En el mundo no hay más que españoles y gentuza" (pág. 15).

Cuando la narración se realiza desde la primera persona, bien mediante la voz de un testigo -como en Lupo, sargento-, bien mediante la del protagonista, como en las restantes novelas, la mayor parte de estos lastres del discurso desaparecen por las propias restricciones que este punto de vista impone. Incluso el diálogo entablado por el narrador con el lector puede quedar asumido como algo natural cuando entre ambos se interpone una instancia mediata a la que parece dirigirse aquél, cual sucede en las dos obras de Fernández Piñero, relatos fenoménicos en los que el legionario Ferragut se dirige al lector de sus supuestas crónicas periodísticas. Estas técnicas de narración indirecta, bajo distintas fórmulas, se hicieron bastante frecuentes entre estas novelas. Volvería a emplearse, por ejemplo, en el último de los títulos publicados, en Del breviario de Juan Morena, donde lo escrito por el protagonista llega al lector muchos años después gracias a que aquél confió su cuaderno de notas a un compañero en el momento de la muerte. Y este último lo da a conocer acompañándolo de algunas acotaciones explicativas de su puño y letra. Procedimiento narrativo que, sin embargo, resulta fallido en ¡Los que fuimos al Tercio!, que también recurre al empleo de una instancia intermedia entre el narrador, o narradores en este caso, y el lector. Esta función la realiza un periodista que, por procedimiento no desvelado, tiene acceso a un paquete de crónicas que los legionarios protagonistas fueron redactando para un periódico durante el periodo que lucharon en la guerra, aunque por su intimidad no llegaron nunca a ver la luz. Hoy, ya transcurrido el tiempo y muertos casi todos los que vivieron y escribieron aquella experiencia, este periodista las transcribe y convierte en dominio público argumentando que "la historia de la Legión no se ha escrito todavía, vista por quien ha vivido en sus filas, y pudo más en nosotros la tentación de rendir un tributo de gloria a este Cuerpo admirable (...) que el respeto debido a esas vidas fecundas en vicios y virtudes, que honran estas páginas."<sup>109</sup> Este artificio, que en principio puede resultar verosímil y hasta justificable -teniendo en cuenta que la censura de la época en que los legionarios fueron componiendo sus narraciones no habría asimilado la cruda imagen de la guerra ni algunas críticas que aparecen en estas crónicas, es cierto que menores, sobre determinadas estrategias seguidas por el mando

español-, se vuelve contra sus presuntas intenciones. Primero, por el menudeo de informaciones que sobre la caracterización de los propios protagonistas vierte el mero transcriptor. Ante ellas, el lector no puede por menos que cuestionarse cómo las ha obtenido, ya que en modo alguno se desprenden del relato de los legionarios. O los conocía, o el engaño es palmario, si no cómo pudo tener noticia de cuál era el aspecto físico de cada uno de ellos o, lo aún más improbable, estar al tanto de datos propios de su intimidad. Véase, por ejemplo, lo que sabe acerca de Dupont:

"Cuando se emborracha y no le da por la iglesia, dice que él nació varón por equivocación, por defecto de fábrica, pues su madre era un caballo normando con más bigotes que un gendarme. Su padre era menudo y barbilampiño y murió al tiempo de nacer Dupont (...) Se afeita dos veces al día, y aunque se embadurna de polvos y pastas, el rostro no puede velar el tono acentuadamente azul que ha dejado su barba afeitada. En cambio, su cuerpo es blanco, esbelto y tan bien perfilado como el de una damisela." (Pág. 20).

Un poco más adelante, el que se presentaba como simple transcriptor, aparenta tener más parte en el relato de la que ha confesado, lo que justificaría su exhaustivo conocimiento sobre los personajes, pero acaba con el efecto de verosimilitud pretendido:

"Este cuarto legionario no podía dejar de ser español, porque, de no haber existido, para honra nuestra y joya de la Legión y de este libro, lo hubiéramos creado nosotros (como he hecho con todos los demás) [*sic*]" (pág. 23).

Para finalmente, confesar su autoría al comienzo de la página 26. Si a todo ello se añade que esta especie de preámbulo no tenía otra funcionalidad que la del propio artificio en cuanto a la estructura narrativa, pues nada significativo añade en lo tocante al desarrollo de la historia - salvo los prescindibles rasgos definidores de los protagonistas-, hay que concluir que deviene recurso fallido, unas páginas mostrencas en el conjunto del relato, que dejan al descubierto a un narrador mentiroso, pero sobre todo ingenuo. Si quería hacer creer al lector que sus criaturas tenían voz propia, ¿para qué se revela como el *deux ex machina* que está detrás? Y,

además de esta llamémosle candidez, resulta desmemoriado en más de una ocasión. No sólo porque rebautice a Pablo Viera como Ramón, que éste resulta descuido menor, sino porque desliza algunos detalles que en modo alguno podrían haberse planteado los personajes-narradores; rastros que evidencian su larga sombra. Cómo iba a dejar Raúl Mayer sin aclarar, pendiente para la siguiente crónica, las trascendentales revelaciones que otro personaje le había hecho sobre la verdadera personalidad de Marieta, ¿es que acaso él podía saber si las balas iban a respetar su vida para poder escribir otro artículo? Y si esto parece poco verosímil, lo que ya se convierte en del todo imposible es que en el escrito de uno de los legionarios se mencione la palabra novela como género al que pertenecen las páginas que está redactando<sup>110</sup>. Una voz ajena, la del todopoderoso organizador del relato, se ha interpuesto, dejando al descubierto que el personaje sólo es vicario suyo en la elaboración del discurso. Errores que, de consuno con otros varios, echaron por los suelos el anhelo de Asenjo Alonso al pretender escribir una novela veraz sobre la Legión, tal vez incluso sobre la guerra si prestamos oído a lo que dice uno de sus personajes:

"Se conoce que el 'curita', tan amigo de los libros buenos, no ha pasado los ojos por toda esa basura literaria que ha producido la guerra, como si los lectores de la paz hubieran también de mancharse del fango de las trincheras." (Pág. 89).

Otro de los problemas, aunque no sea privativo de esta forma de contar, se deriva de la inmoderada facundia del personaje-narrador, ya presente en las Memorias de un legionario, pero exprimido *ad nauseam* en La barbarie organizada. No hay duda de que el narrar desde la primera persona permite un más amplio desahogo discursivo. Sin embargo, en el relato de Fermín Galán los excursos de la narración resultan abusivos, tanto en longitud como en frecuencia, y, además de retardar la acción, llegan a constituir un pesado lastre para la verosimilitud de la fábula. Estas digresiones, que con preferencia sobre el diálogo suelen recubrirse con la forma de monólogos autonarrados, constituyen el vehículo para que el protagonista reflexione sobre casi todo lo humano: la organización social, el poder, la religión, el ejército, la guerra; sobre todo aquello que contribuye a crear un orden injusto.



El principal obstáculo viene dado por las carencias formativas del personaje, cuya ilustración debe de ser muy limitada, aspecto no explicitado pero fácil de inferir por su trayectoria laboral, no obstante, sus apreciaciones revelan cierta elaboración ideológica y cultural, difíciles de imaginar en una mente poco instruida. Sirva el siguiente como mero ejemplo entre los muchísimos que podríán extraerse. La visita de Alfonso XIII a un hospital militar da pie para que el protagonista-narrador elabore un razonamiento sobre la estructuración social, del que sólo mencionaré un fragmento porque su extensión excede las dos páginas:

"(...) Los pueblos viven subyugados. Subyugados a la clase rica, a la clase militar y a la clase eclesiástica. Lo mismo o peor que muchas civilizaciones de la prehistoria./ El pasado está siempre cada vez más definido. Cada vez más delimitado en sus poderes tiránicos. Cada vez más perfecto en su constitución interna (...)/ El monarquismo existe. Existe el gobierno de una clase dominante que tiene a su servicio una clase militar, retribuída como jamás clase alguna dominadora la tuvo en los siglos. Y una clase sacerdotal, que en su interminable decadencia histórica, vive adaptada a los órganos del poder constituído, al cual apoya, mientras va viviendo (...)/ El monarquismo existe. Con el consentimiento de los pueblos hasta en las naciones más cultas y adelantadas." (Páginas 171-172).

De dónde podía haber sacado un hombre con deficiente instrucción no sólo las ideas generales o la velada exhortación final a cambiar el sistema de cosas descrito, sino, y sobre todo, las alusiones culturales referentes al proceso histórico. Se hace casi obligatorio concluir que la novela le sirvió a Galán no tanto para narrar una ficción feroz sobre una guerra cruel -que también- como para dar curso a un discurso ideológico y moral, elaborado desde unos presupuestos libertarios y anarquizantes: el reflejo de su sentir ético y político. Esto cabe dentro del género, incluso, resulta consustancial a lo novelesco, lo objetable es que tal discurso no emane del propio discurrir de la acción -lo que sucede, por ejemplo, en *Imán*- sino que se incluya como un añadido superpuesto a la peripecia relatada.

Aunque intentar globalizar el aspecto lingüístico y expresivo de estas novelas pueda pecar de reduccionista, sí que cabe hablar de algunos factores comunes en su prosa. Dejando al margen el libro de Luis Santa Marina, sin apenas punto de contacto con el resto, lo más acusado viene dado por un lirismo ramplón y gastado en alternancia con el poco cuidado en las más obvias construcciones gramaticales. La vena poética suele quedar reducida al empleo de ciertas comparaciones, metáforas, imágenes y personificaciones deslucidas por el uso y carentes de expresividad; lugares comunes que no se atrevería a visitar ningún narrador por remota que fuera su ambición de voz propia. Se hace evidente las fuentes de las que han bebido. No pocos son los casos en que aún pueden encontrarse las mismas fórmulas expositivas, incluso con idéntico léxico, utilizadas en las novelas por entregas del siglo anterior. El cielo y el mar, al igual que la caída de la noche o el despertar del día siguen siendo objeto de momificadas y repetitivas miradas. Por sólo mencionar algunos ejemplos:

"El cielo era cobalto; sobre el esmalte azul, la luna, en menguante, lucía como una cimitarra de plata colgada sobre el arábigo tapiz de terciopelo azul bordado de estrellas de oro" (Bajo el sol enemigo, pág. 6).

"La bóveda azul tachonada de clavitos de oro" (Lupo, sargento, pág. 17).

"Las estrellas que tachonan el cielo" (Juan León, legionario, pág. 17).

"Un mar que parecía una inmensa esmeralda bruñida" (Los del Tercio en Tánger, pág. 105).

"En suaves ondas de un mar de esmeralda" (La misma sangre, pág. 30).

"Las olas que se rizaban para besar las rocas y abrirse en irisado abanico, que el sol hacía de nácar" (Juan León, legionario, pág. 36).

"Miro al mar, a mis pies. Está partido en dos por una faja de plata que la luna le ciñe" (La barbarie organizada, pág. 17).

"La ciudad se envuelve en las gasas del crepúsculo" (Memorias de un legionario, pág. 40).

"Se dejaba guiar por las alas de la noche, que parecía soñada y cantada a lo lejos por las estrellas, con su mentir." (La Legión desnuda, pág. 67).

"El alba tendía sobre la ciudad sus gasas claras" (El héroe de la Legión, pág. 31).

"El sol ponía sobre el mar el oro maravilloso de sus rayos" (Mi legionario, pág. 14).

"Iba levantándose el sol (...) disipando las fugaces sombras y las brumas y cendales de coral y esmeralda de la aurora matutina" (El camillero de la Legión, pág. 38).

La grandilocuente comparación de los fenómenos de la naturaleza con los más codiciados materiales, da a muchas de estas narraciones un aspecto de retórico joyero y las emparenta con la dicción de algunos poetas -los más superficiales y secundarios- adscritos a la corriente modernista. Estos modos afectados y cargados de cursilería, en los que se sustenta el presunto lirismo de los relatos, cohabitan con descuidos e impropiedades de la más variada índole. Fernández Piñero, por ejemplo, mezcla expresiones tan artificiosas como: "Su mano blanca y suave, magnífica nardo carnal constelado de gemas" (Memorias, pág. 113), con flagantes incorrecciones en el uso de preposiciones dentro de expresiones de lo más simple y habitual: "¡Qué lástima de que Millán Astray está en Madrid!" (Memorias, pág. 8), o "tiemblo a la idea de una enfermedad larga y sucia" (Memorias, pág. 29). Y junto a imágenes hiperelaboradas y con léxico tan inusual como: "Sobre ellos, a sus espaldas, la cumbre nevada fulgía, centelleaba herida a saetazos por la lumbré astral que cabrilleaba con temblores mercuriales en la vena fluida de los regatos" (La misma sangre, pág. 30), pueden encontrarse discordancias verbales: "si los moros llegaban antes que nosotros a la plaza, la catástrofe hubiera sido inminente" (Memorias, pág. 6), y descuidos sintácticos de colegial poco aplicado: "a punto estaba allí mucha gente de arrojarse al mar" (Memorias, pág. 6). A veces, la escasa atención o un pésimo oído le lleva a romper su afectado discurso con toques de notable prosaísmo, que echan por tierra todos sus pretendidos afanes estéticos: "El sol, en su cénit, les doraba los rostros y los cabellos, envolvía sus cuerpos, bañándolos, modelándolos con invisibles lengüetadas de fuego, recortando sus sombras rotundas y exactas, como

dibujadas sobre el suelo con *tinta china* [el subrayado es mío y destaca lo que rompe el presunto efecto poético]" (*La misma sangre*, pág. 30).

Otro tanto podría decirse de López Rienda, en cuyos dos textos se amalgaman lo cursi o retoricista: "El mar, en cuya orilla, el suave oleaje tejía su orla de encaje" (*Juan León, legionario*, pág. 10), "Huyó... y rodó al fango, para ser una flor más en el inmenso jardín del Vicio. Una de esas flores que alimentó la sabia de un amor efímero de los sentidos, sin consistencia, sin base" (*Mi legionario*, pp. 11-12); con las repeticiones léxicas, que en *Mi legionario* le llevan por ejemplo a utilizar "vida" hasta seis veces en una misma página, en la número 10, y que también proliferan en el otro título: "los semblantes de los heridos perdían el color sobre el rojo fondo de las camillas, tornándose lívidos, para quedar luego quietos, con la quietud de la muerte. Vidriosos los ojos, secos los labios, que se tornaban morados", (*Juan León, legionario* pág. 46) Y todo ello se acompaña con locuciones lacrimógenas y populacheras: "buscaba el retrato de su madre, el único tesoro que le quedaba de su familia. Lo llevaba siempre en el pecho, como si fuese la estampa de la Virgencita de sus devociones" (*Juan León, legionario* pág. 55); y con expresiones coloquiales de dudosa oportunidad: "(...) con lo que huelga decir que (...)" (*Mi legionario*, pág. 4).

Particularmente desafortunado resulta el estilo de *El caballero audaz*, que, por un lado, distorsiona la expresión hasta el absurdo y la franca malsonancia: "flaneó [!] un poco entre las mesas" (*El héroe de la Legión*, pág. 41); "labió [!], indiferente, Leonardo" (pág. 14). Mientras, por otro, encabalga la anfibología con lo ridículo: "La niña blanca como un nardo y rubia como el champán que encendía su carne [la del amante] en fuegos del infierno y su alma en inefables ternuras del paraíso" (pág. 11). Es de suponer que se le escaparon un par de comas, ya que tal y como ha quedado no llegamos a saber si lo que convulsionaba en cuerpo y alma al protagonista era la belleza de la dama o la citada bebida.

No es que estos tres autores constituyan un modelo del mal redactar, sólo meros ejemplos de las habituales formas y modos lingüísticos con que fueron elaborados estos relatos, en los que más que la sencillez -que, a tenor de sus poco exigentes planteamientos, cabría haber

esperado- lo más sobresaliente viene dado por un apareamiento entre la impropiedad y la afectación. Algo que vuelve a repetirse en el ya mucho más moderno texto de Francisco Canós Fenollosa, donde las cursilerías retóricas -"Era una preciosa criatura, crisálida en sus diecisiete años y promesa de una hermosa mujer", (Del breviario, pág. 78)- también conviven con las repeticiones léxicas, el poco cuidado sintáctico y hasta las discordancias verbales: "Ya dije que parece como si las operaciones militares hayan caído en un estado de atonía", (pp. 103-104).

Tampoco hay lugar para hablar sobre la jerga soldadesca, cuya presencia debería ser casi obligada en estas fábulas y que, sin embargo -aunque en alguna de ellas se reproducen las incorrecciones y particularidades fonéticas de los personajes-, está casi del todo ausente o limitada en unas pocas novelas a la consabida alusión al vocablo "paco"<sup>111</sup> y sus variantes. Sólo las Memorias de un legionario dejan ver algo del léxico particular del soldado<sup>112</sup> y La Legión desnuda se aproxima, algunas veces, a un tono cotidiano y coloquial en los diálogos entre legionarios:

"- (...) Monte Arruit está cercado. Melilla a punto de caer. El general Navarro, prisionero. ¡Una escabechina! ¡No quedan ni las rasas! El fregado es gordo." (Pág. 115).

Una variación en lo que respecta al tratamiento de lenguaje y estilo se produce en ¡Los que fuimos al Tercio!. Al presentarse la historia parcelada en las varias crónicas de los diferentes narradores-protagonistas, también se establece una diversidad en el modo de expresión de cada uno de ellos. Aunque estas particularidades no son muy notables -o al menos no todo lo que podrían haber sido si el autor se hubiera planteado obtener un mayor aprovechamiento de esta técnica-, y se centran más en el tono que en el tipo de construcción sintáctica o en el léxico, sí que se acentúan determinados rasgos en el relato de cada uno de los legionarios. En el de Raúl Mayer predomina la apreciación bronca y descarnada:

"Quería decir adiós a su amiguita Marieta (...) El adiós de todos los amantes por horas, que, para el portugués reduciéndose a hacer crujir unos minutos un somier en

dulce compañía y en lucir durante una sesión agitada unos tirantes y unas ligas rosas" (pág. 30).

Mientras que en la de Maeztu, lo humorístico sobresale entre cualesquiera otros rasgos:

"Por cada ciudadano, veíanse mil soldados. Yo tuve la suerte de ver una mujer, y por poco me citan en la orden de la plaza" (pág. 91).

En tanto que las de Ramón Viera y Dupont se decantan más hacia lo metafórico y hacia una cierta ironía teñida de sarcasmo o desilusión, respectivamente: "Ceuta se ofrecía en el fondo de la amplia bahía como si sus casas, asomadas curiosamente al mar, se hubiesen puesto de puntillas, unas encima de las otras, para mirar a España" (pp. 58-59); "Uno de los médicos, al ver mi cara de asustado y el erizo de mis carnes blancas (...) me dijo sonriente: 'No te apures, hombre; esto es sólo un sedal, y antes de quince días estarás de nuevo en el campo'. Entonces fue cuando verdaderamente me asusté" (pág. 127).

Muy distinto hay que considerar el caso de Tras el águila del César, pues en este libro la configuración lingüística constituye uno de sus principales méritos, si no el primero. La riqueza y variedad estilística de Santa Marina comienza con la utilización de dos modos diferentes de expresión: verso y prosa, cuya distribución no se acomoda al mero capricho del autor, sino que en múltiples ocasiones esta alternancia se convierte en elemento organizador del discurso. Con bastante frecuencia un poema sirve de sintética introducción al asunto que después se desarrolla más por lo menudo o se ejemplifica con diversas anécdotas mediante sucesivas escenas en prosa<sup>113</sup>. Aunque echa mano de formas poemáticas muy variadas, hay un predominio del endecasílabo, bien con la tradicional codificación de soneto o bien en otras combinaciones, y tampoco resultan infrecuentes los romances. Versos en los que la expresividad se busca las más de las veces violentando el habitual orden sintáctico, ya sea con encabalgamientos tendentes a la abrupta ruptura<sup>114</sup> o con anástrofes e hipérbatos<sup>115</sup>, sus más habituales recursos. Y junto a éstos, otros menos repetidos que, aunque no quiebran la sucesión sintáctica, también afectan al ámbito de lo sintagmático, tales como anáforas y

paralelismos. Menos asiduas, pero sobre todo menos logradas<sup>116</sup>, son las figuras de pensamiento.

Si el balance de la parte versificada no va más allá de lo mediano, distinto juicio merece su prosa, mucho más satisfactoria y caracterizada por una muy notable y acertada variedad de registros. El rasgo más acusado lo marca el lirismo. A veces, nacido de la nostalgia: "Amargos eran sus días, por eso marchó a morir lejos de su amor, a soledades sobre las que volaban desatados odios, donde la luz era la única que recordaba a Dios misericordioso"<sup>117</sup>. Otras veces, violento y descarnado, futo de la contemplación poética del cotidiano vivir del legionario:

"Mira, de vez en vez, cual marino la brújula, su esperanza postrera: el cuchillo al extremo del mosquetón" (pág. 54).

"Siempre de choque, en la vanguardia, sin otra esperanza de descanso que el hospital o la cruz de palo" (pág. 157).

Un estilo donde el referente de brutalidad y muerte se embellece sin desdibujarse a través del filtro que imponen audaces metáforas y descarnadas imágenes:

"En los cuatro lechos unidos yacían centauros y ninfas, enlazados en una guirnalda de carne cansada" (pág. 117).

"El cielo negro, sin una estrella para poder soñar, lloraba por nosotros.../ El cielo negro, crespones fúnebres tendidos, alas maléficas batiéndose sobre nosotros" (pág. 88).

"Iban, negras cruces de muerto sobre el cielo [los cuervos]" (pág. 183).

Y junto a estos recursos, Santa Marina utiliza otros de diferente índole<sup>118</sup>, que dan a su prosa un tono más poético incluso que el alcanzado en el verso. Alternando con este registro elevado surgen de cuando en cuando los coloquialismos que acercan el estilo al habla del

legionario: "Ni Mahoma escapó sin que le mentásemos la madre" (pág. 21); "nadie chistaba: los teníamos metidos en un puño" (pág. 21); "deseosos de zambra" (pág. 39); "el bueno de Quinito" (pág. 142).

Completa su habla literaria un léxico también rico, de variados registros y procedencias. Desde los arcaísmos<sup>119</sup>, hasta anglicismos<sup>120</sup> o galicismos<sup>121</sup>; vocablos soldadescos para denotar a los rifeños -como: "mojamés" o "jamidos"- y expresiones de los propios rifeños -"la fusila loca", para referirse a la ametralladora-; voces raras o infrecuentes -"la muerte siempre fosca", "la coima no sabía qué decir"- junto a neologismos -"foxtrotean, tanguenan"- . La mayor expresividad la consigue, sin embargo, con la metaforización de palabras de uso corriente, que contextualiza en entornos donde su aparición resulta sorprendente y creativa: "Bajaron la cabeza, santiguados con descargas" (pág. 68); "las gúmfas corvas (...) en pechos y en vientres tatuaron dibujos extraños" (pág. 164); "las bombas trazaban la parábola/ siempre igual, que era como el pedigré [*sic*]/ de su mano" (pág. 111).

Si la utilización del lenguaje por parte de Luis Santa Marina habla por sí sola de la vocación artística de este libro, su enraizamiento en la tradición literaria se reafirma merced a las múltiples referencias y alusiones a autores y textos clásicos que desfilan por las páginas de Tras el águila del César<sup>122</sup>, tanto fundidas con el discurso del narrador como en citas que abren o concluyen sus diversos relatos y poemas.

## 1.2. El amor en la guerra.

A pesar de que el asunto amoroso es cuestión importante en la trama y desarrollo argumental de buena parte de las novelas sobre la guerra de Marruecos, algunas de las cuales ya han sido mencionadas en el capítulo precedente y otras lo serán en los venideros, en las siguientes páginas me voy a ocupar de aquellas narraciones en las que este motivo se convierte en eje de la historia contada y de las peripecias que acontecen a sus personajes.

Se trata de relatos que en su mayoría relegan lo bélico a un segundo plano -aunque en alguno resulte también elemento copresente- para explotar la vena romántica y sentimental que



pudo tener el conflicto. La situación bélica y sobre todo el escenario marroquí sirvieron de soporte idóneo para la narrativa de aventuras galantes, cuyas habituales fórmulas ampliaron su horizonte y se recubrieron del exotismo que les brindaba una civilización desconocida y cargada de todo tipo de connotaciones, desde un presunto orientalismo hasta unos pretendidos modos de vida ancestrales, pasando por unas creencias religiosas y morales que suscitaban toda suerte de prejuicios y que, desde la parca información y el notable sentimiento de superioridad cultural y racial con que se escribieron, no podían ser consideradas sino como manifestaciones de un primitivo dogmatismo y de una fanática aversión contra lo cristiano y lo europeo. De ahí que gran parte de estas novelas, además de ocuparse del devenir de las relaciones amorosas establecidas entre sus personajes, acometan a la vez una cierta exploración del universo antropológico marroquí, tanto en lo que se refiere a la psicología de sus habitantes como a las costumbres y hábitos colectivos<sup>123</sup>, aunque las más de las veces casi todo quede reducido a unas superficiales pinceladas de pintoresquismo. Y de ahí, también, que el vituperio contra determinados atavismos árabes o musulmanes se amalgame con una falseada idealización de otros aspectos de la civilización del país norteafricano. El español se siente repelido y a un mismo tiempo fascinado ante la nueva realidad en la que está inmerso. En este sentido, en el de la ensoñación orientalista, estos relatos evidencian algún emparentamiento o filiación con los del francés Pierre Loti<sup>124</sup> sobre Turquía u otros países musulmanes, y, más aún, con los que el granadino Isaac Muñoz compuso sobre el propio Marruecos<sup>125</sup>.

Su publicación se produjo en casi todos los casos en tiempos contemporáneos al discurrir de la campaña militar y el esquema argumental suele repetirse, con escasas excepciones, de forma casi idéntica en todas las narraciones. Un oficial del ejército español se siente atraído por la belleza de alguna mora. Ambos entablan una relación amorosa entorpecida de costumbre por las diferencias culturales y religiosas que separan a los amantes y por diversas fuerzas que se oponen a la consecución de sus deseos. El desenlace unas veces será feliz y otras desgraciado.

En 1922 se publica la primera novela que en puridad puede considerarse de asunto amoroso dentro del marco narrativo de esta campaña. Cuestión que ya queda planteada desde el propio título, Allá en el Rif... Del amor y de la guerra, obra de Tomás ROYO BARANDIARÁN, autor del todo desconocido en la actualidad y con escasísima repercusión en su momento, ya que carece de toda referencia libresca y los únicos comentarios que alcanzó -no sobre el título aquí tratado, sino sobre otro aparecido poco tiempo antes, Los vagos del monasterio- quedaron restringidos a breves reseñas en la prensa diaria, de lo que deduzco que su dedicación al campo literario debió de ser muy limitada. Este relato, en realidad, poco tiene que ver con la mayoría de los restantes consignados en este capítulo. Tanto por su desarrollo argumental, como por sus personajes protagonistas y hasta por su forma narrativa se aparta del molde general, aunque no por ello quepa excluirlo del conjunto, pues la relación amorosa, no obstante su diferente planteamiento, conforma el eje de su trama.

Nos encontramos ante una novela epistolar, en la que una joven española, Renunciación, escribe veinte cartas numeradas, una que antecede a éstas a manera de prólogo y otra epilodal que les sirve de cierre. La inicial más las veinte numeradas las dirige a Elena, una supuesta amiga, mientras que la final va remitida a Ricardo Antúnez, personaje al que ha conocido durante la redacción de las anteriores.

Renunciación parte para Melilla, lugar en el que ya había vivido en el pasado, tan pronto como tiene noticia del desastre militar ocurrido en aquella Comandancia. El motivo de tal viaje radica en que allí se encuentra destinado Germán, oficial del ejército español que con anterioridad la había deshonrado y más tarde le había hecho promesas de unión eterna. Ella desea conocer la suerte que ha corrido quien ha de reparar la falta cometida. Se instala en la ciudad durante los días en que los rifeños habían llegado hasta sus inmediaciones. Allí ejerce labores de enfermera, como dama de la Cruz Roja, y va conociendo la crudeza de la guerra vivida desde la retaguardia, desde los hospitales. Mientras aguarda noticias de Germán, entabla contacto con otros soldados, entre ellos con Ricardo Antúnez, cuota que ha sido

enviado a Marruecos tras la catástrofe y que ejerce como médico auxiliar. El contacto profesional va engendrando admiración hacia el joven soldado, hasta llegar a convertirse en mutuo amor. Entretanto, aparece Germán, que, disfrazado ahora de moro, de vendedor ambulante, y dado por desaparecido en el ejército, no se atreve a presentarse a sus jefes porque durante los días del desastre se encontraba emboscado en la plaza, dedicándose a su habitual vida de "depravación y vicio". Renunciación lo convence para que se presente a sus superiores y se comporte como corresponde a su condición de militar. El "salteador de honras" sigue el consejo y, tras alegar haberse encontrado cautivo, es destinado a una posición avanzada, lugar donde poco después encontrará la muerte en combate. Ricardo también ha sido destinado a una posición en el frente de batalla, y allí resulta herido de cierta gravedad, pero por su heroico comportamiento es propuesto para la Laureada de San Fernando. Se repone de sus heridas a la vez que el amor hacia Renunciación se acrecienta mutuamente. Ésta acude a la posición donde cayó Germán, cuyo cadáver encuentra junto a una carta en la que el oficial refiere el episodio ocurrido entre ambos. Carta que por poco verosímiles azares del relato llega a ser conocida por Ricardo. Avergonzada de sí misma, y ante la perspectiva de manchar el nombre de Ricardo, Renunciación lo abandona, regresa a España e ingresa en un colegio de monjas, desde donde notifica esta decisión a su amado.

No anda descaminado Lawrence Miller cuando juzga la narración de "artifiosa e inverosímil, se parece a las novelas de la radio o a las fotonovelas"<sup>126</sup>. Sin recurrir a modelos posteriores, bien puede decirse que tan folletinesco argumento no sólo supera a todos los que se verán en los relatos que comentaré en páginas sucesivas -y eso que algunos de ellos tampoco andan escasos de tales recursos-, sino que, tanto en su conjunto como en el empleo de puntuales elementos narrativos, parece seguir con notable fidelidad los patrones de los novelones por entregas. De ello dan buena cuenta el comienzo, el motivo que empuja a Renunciación hacia Melilla, y el inefable final de la historia. Pero también el hacer avanzar la trama recurriendo a pequeñas intrigas bastante poco verosímiles, como esa carta escrita por Germán y que no se sabe quien arrebató a la protagonista tras el desvanecimiento que sufre -

suceso que a su vez es propio de esa forma de novelar- al encontrarla y leerla; o que se anuncie hasta tres veces la aparición del deshonesto oficial ante la protagonista, haciéndolo pasar por una inesperada sombra acechante, creadora de un presunto suspense en la acción; por no hablar de una intertextualidad tan bobalicona como que Ricardo se sirva de un espejito que su amada le había dado con anterioridad para comunicarse con las tropas españolas y superar así una más que comprometida situación bélica. Incluso el simbolismo fácil que encierra el propio nombre de la heroína semeja otra palmaria huella de este origen. Con todo, lo más llamativo, para lo que aquí interesa, se halla en su absoluta disimilitud con el relato de amor paradigmático de esta campaña. En este caso, la relación amorosa se establece entre españoles y no entre miembros de distinta raza y cultura, que viene siendo el pilar habitual sobre el que se sustentan estas novelas. De hecho, en Allá en el Rif... los nativos resultan inexistentes, sólo aparecen como feroces y brutales guerreros, y ello conlleva que no haya lugar para ninguna recreación del universo marroquí. Por otro lado, la guerra es asunto bien presente, primero desde la retaguardia y luego desde primera línea de fuego, no mero marco para desarrollar una historia galante, cual suele ocurrir con frecuencia en estos títulos. En este aspecto, la fábula de Royo Barandiarán ni siquiera mantiene una línea de coherencia interna, tributo que ha de pagar por causa de la proximidad de los acontecimientos referidos a la época de redacción. El acontecer bélico tan pronto se enfoca cual repertorio de patrióticas heroicidades como error de los que han propiciado el desastre militar y engaño al pueblo. La primera opción se mantiene en buena parte del relato, donde se habla de héroes, de soldados entusiasmados que "piensan impacientes en que llegue la hora de que puedan ascender por aquellos picachos y riscos, para vengar la vida de sus hermanos, sacrificados cruel y bárbaramente...", (pág. 25). Sin embargo, según va acercándose la narración a su final tal fogosidad va aminorándose y se transforma en:

"El pueblo comienza a impacientarse. Se ha cansado de la guerra ante la esterilidad de sus sacrificios. Empieza a comprender que, como tantas veces, se le ha ido engañando. Al primer impulso de la campaña de vengar a sus hermanos cruelmente

sacrificados por la barbarie rifeña, sigue ahora su anhelante deseo de que la verdad se sepa, y que la justicia alcance a todos por igual, a todos los responsables de tantos y tantos errores como se cometieron..." (Páginas 97-98)

Un planteamiento semejante al anterior, y también diferente de lo que suele constituir el modelo general de relato amoroso, lo ofrece el narrador ocasional Angel VERGEL<sup>127</sup> en Por encima del odio (Novela de guerra y amor), aunque en esta ocasión bajo el formato de novela breve<sup>128</sup>. Con menor número de páginas hilvana un argumento y unas situaciones folletisnecas similares a las fabuladas por Royo Barandiarán. De nuevo una relación pretérita se resolverá en Marruecos, pero la indignidad caerá, en esta ocasión, del lado femenino. Aurelio, un joven poeta, se encuentra en la zona de Melilla realizando su servicio militar. Allí recibe su bautismo de fuego y evoca a Margarita, su amor pasado, la cual le abandonó por otro hombre. Un día resulta herido en una pierna durante una operación bélica y al despertar la encuentra junto a su cama hospitalaria. Margarita ha acudido en su busca hasta Melilla, donde ejerce como enfermera de la Cruz Roja. Ambos reanudan sus anteriores amores hasta que Aurelio, ya recuperado, debe regresar al frente de batalla. Más tarde sabremos que Margarita ha vuelto a abandonarlo, mientras Aurelio ha ingresado en las filas legionarias. Su heroico comportamiento en el combate le hace merecedor de distinciones y del ascenso a cabo. Cuando un domingo pasea por Melilla encuentra a su ex novia acompañada de su nuevo amante. Su primera inclinación es matarla, pero reflexiona y se da cuenta de que continúa queriendo a esa mujer; el sentimiento de amor supera al del odio. Huérfano de afectividad, decide dedicarse por entero a su nueva familia, la bandera de la Legión, y al servicio a España. Concluye así un relato tan patriotero como tópico y vulgar, cuyo casi único sustento reside en la tesis que indica el subtítulo: el amor se antepone al odio. Buen ejemplo, al igual que el de Royo Barandiarán, de una todavía balbuceante narrativa rosa y popular ambientada en el Protectorado y en la guerra, aunque en este caso, al carecer de fecha de publicación, no se pueda constatar a ciencia cierta si pertenece a una primera época de este tipo de novelística o a una etapa posterior.

También a partir de 1922 comienzan a publicarse los primeros títulos representativos del perfil más común de lo que devendrá este tipo de ficción de carácter amoroso enmarcada en la campaña. El primero en romper el fuego es ¡Kelb rumi!, de Víctor RUIZ ALBÉNIZ<sup>129</sup>, autor que, según ha quedado señalado en capítulo previo, solía firmar sus escritos con el seudónimo de *El Tebib Arrumi* y ya conocido en aquellos momentos como novelista y divulgador de asuntos relacionados con la presencia de España en Marruecos o sobre el propio país norteafricano, debido a que su profesión lo había llevado allí desde tiempo atrás. Al respecto, recuérdense sus títulos anteriores examinados en el capítulo correspondiente a la campaña de 1909. ¡Kelb rumi! -*rumi* quiere decir "cristiano" y *kelb*, "corazón" o "perro", que de ambas formas puede interpretarse en lengua árabe, y con esta ambigüedad juega la historia que cuenta- se subtitula La novela de un español cautivo de los rifeños en 1921 e inicia la serie de relatos amorosos más habituales. Sin embargo, se aparta un tanto de las siguientes narraciones de este mismo género porque junto al asunto amoroso, el fundamental, también se destacan otros con cierta importancia: la guerra y el cautiverio, principalmente. A través del diario del protagonista y narrador, el lector accede a conocer la peripecia vivida por Alberto, un médico militar, desde los días anteriores al desastre de Annual hasta su regreso a la zona española, tras haber pasado una larga temporada como prisionero de los rifeños. La primera mitad refiere con cierta minuciosidad cómo se desarrolló la caída de la Comandancia de Melilla, desde sus prolegómenos hasta el trágico desenlace, cuya responsabilidad hace recaer en el general Fernández Silvestre, sosteniendo idéntica tesis a la que por estas mismas fechas Ruiz Albéniz había dado a conocer en un libro de carácter divulgativo, Ecce Homo, aunque en el caso de ¡Kelb rumi! sus ideas aparezcan filtradas en la trama novelesca<sup>130</sup>. La segunda mitad se ocupa del cautiverio y de la historia de amor del protagonista. Tiempo antes del desencadenamiento de las acciones bélicas, Alberto es llamado un día por Kadur Amar Mohatar, un altanero "sherif"<sup>131</sup> y reputado jefe de cabila, para que cure a su hija Nura. El médico devuelve la vista a la joven tras operarla de cataratas. Cuando sobreviene la derrota, la posición donde el médico venía ejerciendo es arrasada y él conserva la vida gracias al

antiguo favor que había prestado al cabecilla rifeño. Trasladado como cautivo a la zona de los sublevados, comienza a ejercer su profesión entre los cabileños. Nura se enamora de él y Alberto, al principio más por mitigar la soledad y la tristeza que por afecto verdadero, la corresponde. Al final, Kamur Amar Mohatar muere en un ataque español y al protagonista se le brinda la oportunidad de huir. Nura desea escapar con su amado, pero su hermano, conocido por el apodo de *Perra Chica*, se lo impide matándola de un tiro. Alberto alcanza las líneas españolas, donde debe ser internado en el hospital por la pérdida de juicio que le ha causado el trágico desenlace de su historia de amor. Poco antes de morir por enloquecimiento entrega el diario que ha escrito a un colega del hospital, quien se lo transmite al lector.

Al año siguiente la nómina de narradores que frecuentaron el asunto marroquí se ve incrementada con un nombre que se irá haciendo habitual en estas páginas: Ramón J. SENDER<sup>132</sup>. En distintas etapas de su producción el escritor aragonés tomará esta guerra en la que él mismo participó -asunto que ampliaré más adelante al hablar de otra de sus novelas- como motivo para varias de sus fábulas. La que ahora nos ocupa, Una hoguera en la noche, pertenece al ámbito del relato breve y constituye su primera incursión en esta materia bélica, a la vez que su primera obra de alguna importancia en el campo de la narrativa de carácter imaginativo. Situación que volverá a repetirse un tiempo después, cuando se inaugure en el terreno de la novela de amplias dimensiones con Imán, otra narración ambientada en la campaña marroquí, aunque de signo, intenciones y logros bien distintos a la tratada en este momento. Una hoguera en la noche apareció publicada en 1923 en la revista Lecturas<sup>133</sup>. De hecho, con esta fábula Ramón J. Sender había ganado el concurso literario de novela breve convocado por la citada publicación barcelonesa en 1922 y otorgado el año siguiente. Esta edición inicial debió de quedar olvidada a juzgar por la escasa o nula atención que le han venido prestando los críticos y estudiosos de la obra senderiana. En 1980 la editorial Destino publicó un relato bajo el mismo título, aunque ahora acompañado del subtítulo Bajo el signo de Aries, ligado, por tanto, a la serie de novelas zodiacales del autor. A pesar de la

coincidencia de título, no se trataba, sin embargo, de una mera reedición de la obra antigua, sino de una profunda reelaboración del texto original con notables diferencias argumentales, estructurales y estilísticas, y en cuyas páginas se insertó otro relato breve, también adaptado para la ocasión y muy posterior a 1923<sup>134</sup>. No obstante, la Hoguera publicada por Destino seguía manteniendo una base común con la de 1923. Algo, en suma, habitual en el escritor, tan dado a reescribir algunas de sus propias obras. Esta segunda edición venía fechada en 1917, lo que a primera vista acaso indujese a pensar que tal era el año de su redacción original. Si hasta entonces había prevalecido la desatención hacia este relato primerizo, desde mediados de los ochenta, sobre todo a partir de la aparición de un artículo donde Ignacio Martínez de Pisón<sup>135</sup> lleva a cabo el primer cotejo de ambas ediciones, la situación cambió de signo: proliferaron los estudios en torno a este título, a sus ediciones y a su génesis; y aún más desde que resultó más accesible al incluirlo José Domingo Dueñas Lorente en su antología de textos senderianos primerizos<sup>136</sup>. Uno de los preferentes objetos de atención fue el problema de la datación. Algunos investigadores sostienen que la fecha señalada en la edición de 1980 acaso se debiese a que Sender había esbozado la fábula hacia el año 1917 y más tarde, ya en la década de los veinte, la habría perfilado hasta obtener el relato presentado al concurso. Otros, por el contrario, desestiman el dato ofrecido por el propio autor en la última edición, y se inclinan a pensar que fue redactado en 1922 o en sus inmediaciones. Un asunto, éste de las fechas, que junto a los que afectan a la génesis de la obra, desatenderé en estas páginas porque se aparta de los objetivos trazados y porque ya ha sido tratado en numerosos estudios de múltiples investigadores anteriores<sup>137</sup>. Tan sólo aludiré a las diferencias entre ambas ediciones cuando resulte imprescindible para mi análisis. Aunque, vaya por delante, que, a tenor de lo visto, el relato debió de ser redactado en España y en fechas en las que Sender aún no había tomado contacto con aquella realidad, pues su conocimiento de la guerra y sobre todo de lo que acontecía al ejército español en Marruecos resulta bastante más cabal y exacto en la Hoguera de 1980 que en la de 1923.



Relata la peripecia acaecida al teniente Ojeda, un joven oficial recién llegado a Marruecos, a quien se le encomienda el mando de una sección de Policía Indígena cuya misión consiste en la defensa de un blocao situado en N'Taixa, la extrema vanguardia del territorio dominado por el ejército español. Tras realizar el oportuno relevo de las fuerzas salientes, el teniente y los soldados nativos a sus órdenes se instalan en la posición que deben custodiar. El aburrimiento cotidiano, la soledad e incluso el miedo de quien se sabe extranjero entre aquellos que le rodean se mitiga cuando en uno de sus rutinarios controles del territorio Ojeda descubre a Dayedda, una jovencita marroquí que vive entre unos campesinos y hacia quien el oficial se siente atraído inmediatamente. Dayedda, hija de un importante jefe marroquí, ha sido secuestrada por rivales de su padre para forzar a éste a pagar un rescate. Motivo que el teniente esgrime ante sus superiores con la intención de obtener permiso para liberarla de sus captores y llevarla al acuartelamiento español. Una vez logrado su objetivo, el libertador establece a la joven junto a una esclava en un anexo de la posición: una tienda, según la edición de 1923, o un morabito en la de 1980. A partir de aquí las dos versiones se bifurcan: mientras en la primera la relación entre ambos queda en un cruce de palabras amorosas y tiernas miradas durante una noche, en la posterior, Ojeda consuma la unión carnal con Dayedda a lo largo de tres días, en los que alterna el amor con el abundante consumo de kif o hachís y las consiguientes alucinaciones provocadas por la ingestión de esta droga. Entretanto, los cabileños atacan el blocao para intentar recuperar el rehén que el español les ha arrebatado. Las tropas nativas rechazan el ataque, pero cuando éste concluye el cabo - sargento en la edición de 1980- Alf dispara sobre Dayedda y la mata. El asesino huye, escapando a la furia del enamorado teniente. Poco después llega la columna de refuerzo y Ojeda cae en un estado de profunda depresión anímica que lo lleva hasta una cama hospitalaria. Una vez dado de alta, horrorizado ante la perspectiva de tener que volver al blocao donde se consumó la tragedia, el joven oficial solicita su ingreso en la Legión, hacia donde se dirige sin ninguna ilusión, con "todos sus desengaños de vencido, todas sus tristezas de desengañado torturadoras, sin la consecuencia cínica, o por lo menos fría, indiferente que

suele suceder con el despecho a los grandes fracasos del espíritu."<sup>138</sup> Un final orientativo sobre la imposibilidad de que el relato hubiera quedado redactado en 1917, al menos sin haberlo variado con posterioridad, ya que la Legión no se creó hasta 1920. Un aspecto que, junto a la mencionada ocupación de Xauen, ocurrida también en 1920, ya han sido esgrimidos por Marshall J. Schneider en el mismo sentido<sup>139</sup>.

Concluye así esta fábula, atípica dentro del universo senderiano en su acercamiento a la guerra marroquí. Estamos ante una novelita de corte amoroso ambientada en una campaña bélica que en esa época llenaba todos los días las páginas de los periódicos, en consecuencia, un suceso del momento, y escrita por un joven sin conocimiento directo -sólo libresco- sobre los asuntos relatados. Unas circunstancias en nada semejantes a las que más tarde darían origen a otras obras del mismo autor, pero de signo bien distinto, ambientadas en aquel conflicto, sobre todo Imán, texto en el que la cruda realidad de la guerra y del ejército colonial, la experiencia vivida y asumida por el escritor, se impone sobre la imaginación del neófito. Y, añadido a estos condicionantes biográficos, tampoco cabe echar en olvido, según apunta Moga Romero<sup>140</sup>, la influencia que en la evolución del pensamiento de Sender acerca del problema de Marruecos pudo ejercer la muy distinta situación socio política de la España de comienzos de los años veinte con respecto a la de finales de esa misma década, cuando los militares con el amparo del rey habían recurrido al golpe de estado para silenciar el asunto de las responsabilidades. Aseveración acaso en parte cierta, pero que, a mi juicio, no puede entenderse como única, dado que posteriores relatos del narrador aragonés muestran cambios anteriores en su percepción sobre el asunto. De momento, quede esto en una cierta cuarentena hasta que en epígrafe venidero comente esos otros títulos y retome la cuestión con nuevos y más sólidos argumentos. En cualquier caso, Una Hoguera en la noche ha de entenderse en el contexto literario e histórico en que apareció; y, en este sentido, el relato presenta múltiples analogías con otros muchos de los que se publicaron por aquellos días. Con reiteración se ha especulado, por ejemplo, sobre la personalidad de Ojeda como arquetipo del héroe modernista. Pero esto, aun reflejando una indiscutible realidad, no es un rasgo peculiar del

protagonista senderiano, sino un mero reflejo del modelo de personaje más frecuente dentro de esta narrativa de carácter amoroso ambientada en la campaña. Al igual que a otros varios oficiales y hasta soldados que en breve irán desfilando por las sucesivas páginas de este trabajo, el aburrimiento, la melancolía y la fascinación por un presunto exotismo empujan al militar español hacia la mujer marroquí, hacia lo desconocido. Lo mismo que le sucede a Ojeda, con pequeñas diferencias, se repite en los tenientes de Aixa o de Luna de Tettauén, y hasta, salvando las diferencias de intención, también en el soldado de cuota que Díaz Fernández presentará más tarde en "Cita en la huerta", uno de los capítulos que integran El blocao. Todos ellos resultan al cabo cazadores y víctimas de su particular ensoñación orientalista, de la mujer marroquí que encarna estos aprioris del soñador español. Acaso el paralelismo más cercano con Ojeda nos lo ofrezca el capitán Santiago en ¡Mektub!, otra novela de amor a la que me referiré en seguida. Este oficial, de igual manera que el teniente de Sender, expresa su fascinación por Marruecos, a la vez que palia sus frustraciones personales, en la atracción por una mora, también monta una operación militar para atraerla a su lado y la muerte aparece en el desenlace. Porque todas estas relaciones acabarán en una desgracia que se va barruntando a lo largo del relato, como si el sino trágico resultase obligado colofón en estos relatos de amores mestizos. En consecuencia, hay que considerar Una hoguera en la noche un ejemplo más de ese tipo de novela amorosa ambientada en el Protectorado y en la guerra. Dentro del esquema habitual de esas narraciones, la de Sender resulta del todo coherente con buena parte de los restantes títulos. Incluso, aun tratándose de una obra de iniciación, aventaja a muchos de ellos en su capacidad para mantener el pulso del relato.

En años sucesivos van apareciendo otras novelas que siguen una fórmula muy semejante a las anteriores, ampliando las dimensiones con respecto a la de Sender y dándole menos peso al aspecto bélico que la de Ruiz Albéniz. En 1925 lo hacen Aixa y Neima, la sultana de Alcazarquivir. La primera, obra del desconocido, desde el punto de vista literario, L. PÉREZ LOZANO<sup>41</sup>, refiere como Jorge Enríquez, un solitario y necesitado de afecto teniente de

Regulares de la zona de Yebala, se enamora de Aixa, una joven y bella musulmana de ojos verdes, casada con Alf Ben Táhar. Tras algunos episodios descriptivos del ambiente de Beinatz, lugar donde residen los personajes, y del alejamiento del protagonista de su amada debido a sus deberes profesionales, ambos vuelven a reanudar lo que Enríquez considera una apasionada relación amorosa y que para la mora no es sino imposición marital. Alf Ben Táhar ha empujado a su mujer en brazos del oficial español para que realice labores de espionaje sobre los planes y movimientos de tropas del ejército. El teniente, durante una reunión en su casa, les comenta a otros oficiales la orden que ha recibido de su coronel para que prepare una emboscada a unos contrabandistas de armas. Aixa, fingiéndose dormida, se entera y pone a su marido al corriente de los proyectos del militar. Cuando se realiza la operación prevista, los sorprendidos son Enríquez y sus hombres que caen en la trampa que les ha preparado Ben Táhar. Sobre el yaciente cadáver del oficial, Aixa abraza a su marido con la satisfacción del deber cumplido. Relato bastante desvaído en el que lo bélico aún aparece de vez en cuando, donde se quiere ilustrar la malsana astucia de los marroquíes con claro afán didáctico, como ya apreció Lawrence Miller al señalar la moraleja: "Nunca debe confiarse en una mora porque los sentimientos raciales superan a los del amor."<sup>142</sup>

Neima, la sultana de Alcazarquivir, del también por completo desconocido José María LÓPEZ, es una novela de argumento aún más desustanciado que la anterior. Con modos del todo anticuados narra los amores entre el capitán Germán Olivares y Neima, una joven marroquí hija de una notable familia de Alcazarquivir. La ambientación refleja los primeros años del Protectorado español, entre 1913 y 1915 aproximadamente, por lo que más que de guerra hay que hablar de algunas refriegas aisladas sin trascendencia ninguna en la fábula. El relato se centra en las dificultades de tipo social que deben vencer los dos enamorados hasta culminar su relación en un matrimonio santificado por ambas familias, eso sí, una vez que los marroquíes van a España y mudan sus creencias religiosas para abrazar el cristianismo. Además de la absurda inverosimilitud que supone que los musulmanes consideren su credo y costumbres inferiores a los de los españoles, por lo que su mayor anhelo consiste en llegar

a ser como éstos, la principal flaqueza de Neima viene dada por su escaso argumento. Apenas tiene nada que contar, y lo poco que cuenta es pura banalidad. Más de trescientas cincuenta páginas de trivialidades y repeticiones, que no se antojan más que pretexto para injertar una prédica sobre la superioridad de la religión cristiana y su fuerza de convicción. Tal moraleja, unida a los sellos que al final del texto indican que el libro pasó la censura eclesiástica, induce a sospechar que su autor pudiera tener algún tipo de relación directa con el clero.

Por estas mismas fechas poco más o menos, debió de publicarse Luna de Tettauén, pues, aunque el texto carece de fecha, presenta algunos puntos de contacto con Aixa. Su olvidado autor, Alfredo CARMONA<sup>143</sup>, la consideró -según reza en la portada- una "novela de amor al margen del Protectorado", lo que sintetiza con exactitud su argumento. Relata los sucesos amorosos en los que se ve envuelto Rafael Alcántara, un teniente de la Legión a quien por su valentía apodan el *Jabato*. Alcantara vive en una "república"<sup>144</sup> con otros oficiales de Tetuán, donde ha llegado para disfrutar de un permiso. Llevado por su carácter galanteador y enamorado y por "los fantasmas de cuentos orientales que poblaban su imaginación" considera que su estancia en la capital del Protectorado resulta momento adecuado para convertir sus ensoñaciones amorosas en realidad, hallando una pasión exótica en la persona de alguna bella nativa. Primero mantiene relaciones secretas con una hebrea, vecina de la casa en la que vive. Más tarde, amplía su campo de acción erótico y entra en contacto con Aixá, una mora también casada a la que ya había visto con anterioridad y de la que se hace asiduo amante en alternancia con la judía. Tan donjuanescos logros sólo allegan, sin embargo, pasajera felicidad al ánimo del teniente legionario, que verá como ambos se malogran. La relación con Esther se quiebra al enterarse por sus compañeros de que él es sólo uno más de los otros varios oficiales a los que la hebrea ha inducido a cortejarla, ya que ha hecho de la traición a su marido, un rico babuchero árabe, usual pauta de comportamiento, debido al menosprecio que siente hacia esa raza. En el caso de Aixá, la separación se impondrá en contra de la voluntad de ambos amantes. Elena Müller, una amiga europea de la joven marroquí, desechada porque toda la atención de ésta se ha desplazado hacia Alcántara, pone

en conocimiento de Hassan las ilícitas relaciones que su mujer mantiene con el español. Poco antes de que ambos amantes lleven a cabo la huida que habían planeado, Aixa desaparece. El oficial queda en un estado de total postración ánimica y emprende una desesperada búsqueda de su amada. Tan sólo consigue convertirse en víctima del ofendido marido, que ordena apuñalar al teniente. Cuando Alcántara se recupera de sus heridas abandona Marruecos llorando por la pérdida de su amada Aixa. Se pone así fin a esta narración, mucho más cercana a las convenciones del denominado género sentimental que a los relatos bélicos, aunque éstas también contengan episodios amorosos, pues su único contacto con la guerra se limita a la condición de militares de los personajes y a una breve alusión al pasado del protagonista. Mientras que su emparentamiento con la novela galante, en este caso en escenario exótico, es obvio, incluso se hace mención explícita dentro del texto de uno de sus posibles referentes literarios al expresar el protagonista su deseo de vivir alguna aventura semejante a las de los personajes de Pierre Loti<sup>145</sup>. Sus analogías con Aixa, el relato de Pérez Lozano -o a la inversa, dado que Luna de Tettauén carece de fecha de publicación- no sólo se refieren al idéntico nombre de los dos personajes femeninos, sino que se extienden al muy similar comportamiento de sus protagonistas masculinos: ambos son jóvenes tenientes, enamoradizos y bastante ingenuos, que corren en busca de un idilio en Marruecos; ambos viven su amor con arrobamiento y también ambos ven frustrarse sus ilusiones, aunque debido a distintos motivos.

Otro par de novelas de semejante corte aparecen en 1926. Una de ellas es ¡Mektub!, del periodista Gregorio CORROCHANO<sup>146</sup>. Con un tono donde lo lírico se entrecruza con un descriptivismo de modos, costumbre y tradiciones marroquíes se cuenta una historia de amor fatal entre un capitán de Regulares y una mora de noble linaje. El capitán Sandoval, lleno de ideas elevadas y altruistas, llega a la zona de Tetuán para hacerse cargo de una posición custodiada por tropas indígenas. Lo recibe el teniente Alarcón, que le refiere lo sucedido a su malogrado antecesor en el mando del puesto, el capitán Santiago. Este oficial, fascinado por Marruecos, estudioso de su lengua y cultura, y proclive a la penetración pacífica y

amistosa, un día se enamora de Zohra. En ella no sólo encuentra la pasión amorosa, sino que en su persona cifra toda su idealización intelectual sobre el país norteafricano: ella representa "la incompleta posesión", el sentimiento misterioso en el que siempre quedan recónditos rincones donde nunca se consigue penetrar del todo. Por defenderla entablan Santiago y sus tropas más un duelo que un combate. Sin embargo, la imposibilidad de llegar al fondo de los sentimientos de esta hermética mujer aleja al capitán de su lado. Zohra, repudiada por los suyos y sintiéndose engañada por el militar, en quien había depositado toda su pasión amorosa, acude a la posición y hunde su gubia en el pecho de Santiago hasta matarlo. Cuando Alarcón termina el relato sobre su anterior superior, el asistente anuncia a Sandoval la presencia de una mora que, con el rostro cubierto y portando una gorra verde de Regulares, desea verlo en privado. El nuevo capitán acude presuroso a la cita, dispuesto a revivir el pasado de su antecesor, mientras su criado indígena lanza la exclamación ¡Mektub!, es decir, "estaba escrito" . Una clara dimensión simbólica se impone al final de la fábula. La relación amorosa se hace imposible y, como en la tragedia clásica, desde el inicio un sino adverso anuncia el fatal desenlace. Conclusión que puede trasponerse al plano de las relaciones entre el español y el marroquí. El europeo va a Marruecos y allí cree descubrir los designios de una íntima necesidad que lo liga a este nuevo escenario, más aún, una pasión vital parece empujarlo hacia el fondo de algo misterioso y, tal vez por ello, fascinante:

"A Marruecos el que va se queda a conquistar, no sabe qué; algo que no logra, algo que le es necesario y no puede definir, porque acaso todo sea colores de haiti [?, *sic*], ruido de agua, unos ojos no se sabe de qué mujer." (Pág. 39).

Todos sus intentos de acercamiento chocarán, sin embargo, con la idiosincrasia del marroquí, a pesar de que para éste la relación también sea una pasión necesaria. La insalvable barrera cultural y comunicativa que los separa, los condena a esta mutua incomprensión y hace de ellos seres que corren tras un sueño imposible. Algo que Santiago, fundiendo el plano real con el imaginario, expresa con estas palabras: "- (...) Nos faltó un hijo. Yo la amaba, la amaba. Y ella también me amaba. Pero no nos comprendimos. Nos faltó un hijo. El día que

España tenga un hijo con África, se unirán para siempre."<sup>147</sup> Esta proyección simbólica, aunque centrada sólo en la figura del español y con una interpretación un tanto deudora del momento, ya fue advertida por Juan Ortega Costa en una temprana reseña de la novela. Allí sostenía el comentarista que "los españoles que pasan por esta novela siguen quizá sin saberlo la ruta que les trazó su sino desde antes; van por el camino que no se puede evitar. Marruecos, para decirlo al modo clásico, les robó entero el albedrío."<sup>148</sup>

En 1926 se publica también Amores africanos, de Jesús R[UBIO] COLOMA<sup>149</sup>. Es este un relato bastante disparatado en el que un teniente médico, César, se hace pasar, gracias a su dominio de la lengua árabe, por una especie de santón musulmán con conocimientos de medicina, lo que le permite infiltrarse en la zona dominada por los marroquíes para intentar liberar a su hermano Federico, un capitán de ingenieros cautivo. Bajo el nombre de Hassan-el-Hachs realiza curas que le granjean el respeto y la admiración de los yebalfes. Mediante una operación de cataratas devuelve la vista a Reddyya, la mujer del caíd Abdala, un moro rívido y feroz que lo recompensa con su amistad. Poco después, César se enamora de Fedla, la bella hija de Abdala, y ella también de él. Desde ese momento el oficial español encaminará sus pasos en dos direcciones: liberar a Federico y llevarse a Fedla con él. Al final consigue su doble objetivo. Primero se casa con Fedla por el rito musulmán. Luego, pide al caíd que le ceda a su prisionero cristiano, Federico, con el pretexto de llevárselo a Siria para que aprenda los modos arquitectónicos árabes y a su regreso pueda reproducirlos en Yebala. Finalmente, los tres, acompañados por Reddyya -que también ha sido cómplice en el engaño al caíd- inician un presunto viaje hacia oriente, que, sin embargo, ha de conducirlos a la zona española del Protectorado y después a Córdoba. Allí, acompañados por la familia de César, los dos enamorados vuelven a contraer matrimonio, esta vez según la tradición católica. Mientras tanto, de Marruecos llegan noticias sobre la sublevación de Abdala y el consiguiente estallido bélico en la zona. Expresión del odio africano que contrasta con la felicidad que Fedla disfruta al lado de su amado César. En esta dualidad reside la moraleja del relato, según explicita el narrador en las últimas líneas:



"Sólo una pasión puede ser comparada al odio africano: el amor africano; tienen la misma intensidad, iguales fulguraciones...; pero el odio morirá; la muerte lo aniquilará en la línea de fuego, y el amor vivirá y hará vivir nuevas vidas."

Rubio Coloma volvió a incidir sobre el mismo asunto poco tiempo después en Así aman las africanas, fábula de breves dimensiones publicada en 1928<sup>150</sup>. En este caso, el teniente de Regulares Carlos Mendoza una noche salva de la muerte a Ahmet, moro confidente de los españoles, y a su hija Leila. Entre la joven marroquí y el oficial español nace un sentimiento amoroso que se verá interrumpido cuando, recuperado Ahmet de sus heridas, padre e hija abandonen los acuartelamientos españoles. Dos años después, Leila vive en Xauen casada con Abuberk, un moro viejo y rico que la quiere con pasión, mientras que Mendoza ha sido hecho prisionero y se encuentra bastante enfermo. Leila, cuyo amor por el oficial no ha menguado, trama junto con su criada Ragma la forma de liberarlo. Cuando el ejército español está a punto de tomar Xauen y los cautivos van a ser desplazados a otro lugar o ejecutados, la mora decide salvar a su amado pagando un rescate por su vida. Como el valor de sus joyas no alcanza la cantidad necesaria, opta por venderse ella misma como esclava. Y hasta se hace necesario que Ragma, por ver feliz a su señora, también renuncie a su libertad para poder reunir los cuatro mil duros estipulados. La libertad de Carlos Mendoza cuesta así un doble sacrificio, el de Leila y el de Ragma, y evidencia la capacidad de amor de las mujeres marroquíes. Ésta es la moraleja, ya anunciada desde el título, que se extrae de este relato.

Yamina, la última de las novelas cuyo asunto se centra en la narración de las relaciones amorosas entre militares españoles y mujeres marroquíes, fue publicada en 1932 y poco puede decirse de su autor, Celedonio NEGRILLO CORON<sup>151</sup>. Se ocupa de los mozos de un pequeño pueblo leonés llamados a filas tras el desastre de Annual. Cede el protagonismo a dos de estos soldados: Paco y, sobre todo, Juan, amigos entre sí. Se inicia el relato con una perspectiva de costumbrismo rural y algunas notas de denuncia sobre el caciquismo. Paco marcha a la guerra dejando a su novia, Rosario, acechada por Casianón, un mozo fanfarrón al que el dinero familiar ha permitido librarse del servicio militar. Esta prebenda ha acarreado

además la obligada incorporación al ejército de Juan, que deja en el abandono a su madre, viuda, anciana y sin recursos. Continúa la historia por la senda de las narraciones bélicas. Los nuevos soldados llegan a Melilla y comienzan a tomar parte en las operaciones encaminadas a recuperar el territorio perdido tras la derrota española. La aparición de dos nuevos personajes, las moras Aixa y Yamina, imprime un cambio radical en la fábula. A partir de aquí, el asunto de la guerra queda relegado a un simple marco en el que se inscribe la aventura amorosa. Yamina y Aixa, su aya o protectora, viven solas y, tras entrar en contacto con los soldados, se enamoran de Juan y de su capitán, Carlos, respectivamente. Acostumbran a frecuentar la posición para visitar a sus amados, que además las van instruyendo en la religión cristiana. Un día, el bandido Burrajai intenta inducir las a traicionar a los españoles. Aixa se niega, lo que le supone la tortura y la muerte, mientras Yamina consigue escapar. Entretanto, Juan ha sido herido en una operación militar y ha quedado abandonado en el campo. Yamina consigue llegar hasta las líneas españolas y refiere a Carlos lo sucedido. Luego, como escuchando la llamada de socorro de Juan, parte en su busca. Lo encuentra y ambos se ven envueltos en todo tipo de peripecias, que comienzan por un episodio de soledad y amor platónico mientras tratan de alcanzar las posiciones españolas. Más tarde son capturados por los bandidos rifeños, Yamina consigue huir y se encuentra con el *Rumí*, un cristiano que vive como un moro, el cual le desvela su verdadero origen: no es marroquí, sino que fue recogida por un caíd cuando sus padres, miembros de una acaudalada familia española, habían sido asesinados. Con la ayuda de Miguel, el *Rumí*, logra liberar a Juan, además de dar muerte al malvado Maimón, el sicario de Burrajai que había asesinado a Aixa. Al término de todas estas aventuras, la joven vuelve a España. Es acogida por su abuela, mujer apegada a rígidas convenciones sociales, que impide a Yamina seguir relacionándose con Juan. Éste, desconsolado, vuelve acompañado de su amigo Paco -que durante la campaña había luchado como un héroe en las filas legionarias- a Fuenteclara, su pueblo natal. Llegan en el momento oportuno para que Paco interrumpa la ceremonia nupcial que está celebrándose para unir en matrimonio a Casianón y Rosario, recupere a su antigua novia y poco después

se case con ella. Mientras que Juan recibe la noticia de que su madre murió tiempo atrás y queda sumido en una profunda tristeza, que, sin embargo, no dura mucho. Yamina, abandona a su abuela y, tras pasar por Melilla para saber que ha sido de Carlos -ahora capitán en la Legión-, se dirige a Fuenteclara para encontrar a su amado Juan, con quien se casa. Y para completar tal estado de felicidad, hasta la abuela de Yamina se arrepiente de su mal proceder y le entrega a su nieta los bienes familiares que le correspondían.

Yamina, aunque mantiene el habitual esquema de personajes, se aparta del molde genérico de las novelas de amor ambientadas en esta guerra de Marruecos. Tanto por lo disperso de su trama como por los anticuados modos narrativos que muestra, entronca con los folletones por entregas del siglo pasado. En ella se dan cita buena parte de los tópicos que conformaban aquéllas. Por no adelantar lo que en páginas venideras comentaré con más detalle, me voy a referir sólo a un par de aspectos ilustrativos. Por ejemplo, en lo que a la configuración de los personajes se refiere, no sólo es que respondan a la maniquea división de buenos y malos sin matices, que esto también es frecuente en relatos sin ninguna semejanza con las antiguas novelas por entregas, sino que se ajustan a una prefiguración ya establecida con la que se pretende buscar el reconocimiento o la familiaridad de un lector poco exigente con las criaturas y situaciones planteadas por la ficción. De tal forma, el campesino humilde se muestra bondadoso y sincero, además está dotado de cierta inteligencia o agudeza natural, cual sucede con Juan y Paco; el gañán adinerado es prepotente, zafio y estúpido, como Casianón; las damas de buena familia y elevada posición se conducen con arrogancia y parecen carecer de sentimientos, aunque en su fondo guardan una conciencia ecuánime, tal como doña María del Carmen Mondragón, la abuela de Yamina; los militares se presentan tan valerosos en el combate como sentimentales en el amor, según puede apreciarse en Carlos; en fin, los habituales estereotipos acuñados por las añosas novelas populares. A lo que habría que añadir la propia multiplicidad de personajes secundarios que en función de ayudantes u opositores de los principales, entran y salen del relato: Miguel, el *Rumí*, cuya misión ya ha quedado señalada; pero, también, pululan por estas páginas gentes como el *Argelino* -

conductor del coche en que viajaban los padres de Yamina cuando fueron asesinados y que en su día fue considerado cómplice de tal acción, hoy ocasional ayuda para la protagonista- o Hach Abdal-lah, un moro ermitaño, en el pasado buen amigo del caíd que recogió a Yamina y ahora, en el presente de la historia, también apoyo de esos personajes principales. Por otro lado, la ideación de un buen número de situaciones, sin cuestionar su poca o mucha verosimilitud -que, por lo común, suele ser más bien escasa- dentro del mundo creado, denota una inequívoca procedencia de aquellos modos de novelar. Baste citar, por aludir a asuntos ya conocidos, el borrascoso pasado de la protagonista femenina o la interrupción de Paco en la ceremonia nupcial de su novia con Casianón<sup>152</sup>.

Hay otros cuantos títulos que, aun dentro del mismo género de peripecias amorosas, difieren un tanto del modelo estandarizado -aunque sin alcanzar las divergencias de Alla en el Rif... o Por encima del odio- debido a que el protagonismo de los idilios narrados no recae en un militar español y una mora. Cárcel de seda, de Francisco CAMBA<sup>153</sup>, publicada en 1925<sup>154</sup>, es la que, debido a la presencia -aunque escuálida- de la guerra y al ambiente militar que refleja, mantiene una conexión más estrecha con las anteriores. Cuenta lo que le acontece a una joven, bella y adinerada andaluza, María del Carmen, durante su estancia en Marruecos en tiempos de la guerra. Ya en el arranque del relato, el lector no puede por menos que cuestionarse sobre cuál es el motivo que ha dirigido los pasos de este personaje hacia semejante lugar, porque razón de peso no hay ninguna. Lo cierto es que la aparición de esta elegante mujer en el escenario de la guerra no pasa desapercibida para los oficiales, en especial para el teniente Fortea, narrador de la historia, cuyo ánimo queda prendido en María del Carmen. La bella andaluza es raptada por un caíd moro, Selam el Mehdy, que desde años atrás, cuando la conoció en Granada, estaba enamorado de ella. El caíd la retiene en su casa contra la voluntad de la española. Sin embargo, el trato familiar y el paso del tiempo van cambiando su actitud, hasta llegar a sentir amor por su captor. Los demás caudillos marroquíes instan a el Mehdy para que devuelva a la cautiva a cambio de un sustancioso rescate. Su negativa le granjea la enemistad de sus coterráneos, en especial la de

Mohamed el Hossein, con cuya hija tenía concertada la boda el Mehdy. Aquél se alía con el ejército español para tomar Ayna, la ciudad de Selam el Mehdy. Éste, dispuesto a renunciar a todo por conservar el amor de María del Carmen, abandona su ciudad y todo su poder, y, acompañado sólo por su hijo Milud, se marcha con su amada hacia una nueva vida dedicada al mutuo amor.

Alguna semejanza con la anterior presenta Mohammed, un relato breve de Fermín REQUENA<sup>155</sup> publicado en 1924<sup>156</sup>, donde los tonos relativamente amables de la fábula de Camba se tornan bastante más broncos. Narra la trayectoria de Mohammed, en realidad, un niño español llamado Manuel Grau a quien un naufragio lleva a convivir con los marroquíes. Embarcado como grumete en un pesquero español al que una tempestad rompe contra las costas rifeñas, se salva de la muerte porque Fátima, la hija del jefe Abd.el-Selam, se apiada de él, librándolo así del trágico final que los nativos dispensan a sus compañeros. Manuel va a vivir a casa del cabecilla y se convierte a la religión musulmana. A partir de ese momento crece como un niño rifeño, cambia su nombre por el de Mohammed y con el paso del tiempo va dando muestras de sus dotes naturales para el aprendizaje de lo que en aquella tierra es necesario saber. Adoptado por Abd-el-Selam, combate junto a su nuevo padre en las guerras internas contra el Rogui y cuando el jefe rifeño muere en la batalla él asume la jefatura de la cabila y se casa con Fátima. Entretanto, su familia ha ido saliendo adelante en España y uno de sus hermanos, Pepe, se traslada como colono a Melilla tras la campaña de 1909. Trabaja en la Compañía de Minas del Rif y al calor de su incipiente prosperidad, toda la familia acude a la plaza española para vivir con él. En 1921, cuando el desastre de Annual, Mohammed toma parte en los combates junto a los levantados en armas, por lo que Abd el Krim lo distingue con su confianza. La caída de la comandancia de Melilla allega la desgracia a sus parientes españoles: sus dos hermanos resultan muertos, mientras su madre y hermana son capturadas por los rifeños. Belén, la hermana, termina comprada en un zoco por el propio Mohammed, deslumbrado por la belleza de la española, en tanto que la madre muere asesinada al tratar de impedirlo. La lleva a su casa y, ignorando la relación biológica que los

une, la convierte en su amante, provocando los celos de Fátima. Un día, Mohammed confiesa a su nueva amante su origen español y ella descubre que se trata de su hermano Manuel, al que en 1900 dieron por muerto. Él no puede soportar la situación y cae llorando a los pies de Belén. Entretanto Fátima se desliza en la habitación y con el revólver de Mohammed da muerte a ambos hermanos, vengándose así de la ofensa recibida y de los insoportables celos que la consumían. Los propios mimbres argumentales con que Requena traza la fábula ya dejan ver su declarada deuda con los novelones por entregas del siglo anterior: la escasa presencia de la guerra, poco más que un pretexto para enmarcar el asunto central de la narración, que no es otro que esa relación incestuosa que los protagonistas desconocen pero no el lector, y cuya anagnórisis final marca la escena culminante de sus exiguas páginas. Deuda que, según veremos más adelante, confirman los anticuados modos narrativos con que se pergeña el relato. Una ficción que, en suma y al margen de la cuestión del incesto, viene a plantear la tesis de la ferocidad y envilecimiento de la cultura y civilización rifeña. Una idea que por aquellos días resultaba moneda corriente en el sentir español y que el narrador traslada al texto no sólo a través del desarrollo argumental, sino mediante un breve pero escogido repertorio de epítetos caracterizadores de aquel pueblo, entre los más reiterados, por ejemplo: "cruels", "salvajes" o "fieras".

Dentro de esta misma línea de amores entre un rifeño y una española, en 1925 se publica otro breve y lacrimógeno relato, Pasión de moro<sup>157</sup>, de Margarita ASTRAY REGUERA<sup>158</sup>. En su ideación argumental mantiene algunos puntos de contacto con los dos anteriores, sobre todo con Cárcel de seda. También aquí un destacado marroquí se enamora de una española y la rapta, y, al igual que en el último de aquéllos, las alusiones al conflicto bélico son mínimas, meros indicios para la denotación temporal, en este caso. Con modos anticuados y tono lastimero narra la poco estimulante peripecia de Claudia, una joven que se traslada a Madrid con su madre, viuda con escasos recursos, para vivir de los modestos ahorros de su progenitora y de un trabajo fabril. La precariedad económica impide que la anciana sea atendida en un hospital cuando enferma y tenga que ingresar en un asilo, donde muere poco

después. La ensimismada soledad de Claudia termina el día en que auxilia a un operario herido en la fábrica donde ambos trabajan. En ese momento la protagonista descubre su vocación de enfermera, y cabe suponer que también de religiosa porque a partir de aquí se convierte en sor Claudia. Como tal acude a Marruecos para curar a los heridos de guerra. El día en que comienza el desastre de Annual, cuando regresa a Melilla tras hacer una cura a un nativo, es secuestrada por Mahomed Abd-el-Mulek Ben Hikem, un jefe de cabila o aduar. El rifeño se enamora de la española, la cual rechaza sus múltiples requerimientos amorosos y pasa en cautiverio todo el resto de la campaña militar. Al final, Mohamed pone en manos de la protagonista la libertad de un cautivo español que se encuentra en pésimo estado de salud. Le permitirá marcharse a cambio de que la enfermera acceda a sus pretensiones amorosas. Claudia promete al moro someterse a su voluntad, sin embargo, no pudiendo soportar el sacrificio venidero, prefiere envenenarse antes que cumplir lo que ha prometido al rifeño. Concluye así un relato ilustrativo de la misma tesis que el de Fermín Requena, a lo que se añade un tono bastante más gimoteador y absurdo, emparentado con la menos exigente literatura de quiosco, en el que todo sentimiento ha sido sustituido por una burda sensiblería que para conmover al lector apela a los más obvios y manidos recursos de la literatura popular<sup>159</sup>. Tal vez sea en esto en lo que Lawrence Miller<sup>160</sup> descubre una temática con ciertos contenidos sociales. Creo que más que asunto o enfoque social, que yo no acierto a encontrar en ninguna línea, lo que sí hay en todo el texto es un predominio de la función conativa frente a la poética o a la referencial<sup>161</sup>.

Una nueva fórmula dentro de esta corriente sentimental o rosa, pero más alejada de los habituales parámetros de esta novelística por cuanto ambos protagonistas de la historia de amor que refiere son marroquíes, se presenta en La pared de tela de araña, relato debido a Tomás BORRÁS<sup>162</sup>. Apareció publicado primero por entregas en la revista Nuevo Mundo y más tarde como libro en 1924. La acción se sitúa en la zona occidental del Protectorado durante las campañas del ejército español contra el Raisuni, aunque la guerra, no obstante el abultado número de páginas que ocupa en el conjunto del texto, sólo constituye un telón de

fondo sobre el que se plasma una fábula de amor y nostalgia. El anciano Abdala-ba-El-Medí, un tetuaní culto, elegante y adinerado, se enamora de una jovencita, Axuxa. Su mujer, al enterarse, lo abandona y Abdala se casa con Axuxa. Sin embargo, la impotencia amorosa del viejo, su incapacidad para satisfacer a su nueva esposa, va creando un sentimiento de abandono y desafecto en la joven. A ello también cooperan los requiebros amorosos de Shalum, un poco escrupuloso comerciante del zoco que se sirve de su amistad con el viejo para con viles estratagemas poseer de forma ilícita y brutal a Axuxa. Incapaz de soportar la falta de pasión de Abdala, el cual a su vez se desespera ante las limitaciones que le impone la edad y por la sospecha de la infidelidad, Axuxa se marcha de su lado y solicita el divorcio. Movida por los celos, la primera mujer de Abdala, con la ayuda de unos montañeses, rapta a la joven. Durante el cautiverio, va siendo instruida por sus secuestradores en el arte de la danza y de ofrecer placer al hombre. Un español, vecino y amigo de Abdala, contrata al hispanojudío Abraham Yahuda para que encuentre a Axuxa. Es liberada antes de que la vendan, pero su personalidad ha cambiado, ya poco tiene que ver con la jovencita inocente que se casó con Abdala. Rehusa los ofrecimientos de su anciano y bondadoso marido para volver juntos a casa, pues a él responsabiliza de todas las desgracias que ha pasado, y emprende camino en solitario hacia una vida incierta en antros y burdeles. Abdala regresa a su palacio sumido en una profunda y melancólica tristeza.

La pared de tela de araña suscitó desde su aparición una recepción crítica de tono elogioso. Valentín de Pedro, por ejemplo, en una reseña casi inmediata a su publicación, dijo de ella: "Es la primera obra literaria de consideración que se ha escrito en estos tiempos, desarrollada en Marruecos."<sup>163</sup> También laudatoria es la valoración de Eugenio G. de Nora, cuyo criterio puede sintetizarse con estas palabras: "Es mucho más que una serie de estampas exóticas o un reportaje novelado; es, en su conjunto, una admirable novela."<sup>164</sup> A ellos podrían añadirse los juicios de Federico Carlos Sainz de Robles -que destaca como positivo los detalles sobre costumbres, ambientes y psicología de Marruecos y sus habitantes<sup>165</sup>- y de Quais Bakir Kamal Al-Deen, que, además de resaltar lo ya señalado por Sainz de Robles,



añade: "Borrás nos relata el argumento con absoluta belleza literaria y magistral dominio del arte novelesco, lleno de incidencias y es de una gran sencillez y naturalidad."<sup>166</sup> Estando de acuerdo en que la de de Borrás posiblemente sea una de las más logradas novelas de amor entre las ambientadas en el Protectorado y en esta guerra de Marruecos -lo cual, teniendo en cuenta el conjunto, tampoco supone hablar de cotas artísticas muy elevadas-, considero un tanto desproporcionadas las anteriores apreciaciones. En efecto, la historia de amor no carece de cierta hondura de sentimientos y está transitada por una melancolía que denota buen tino literario. Además, sobre todo en los capítulos de la primera parte que relatan la intimidad de ambos personajes, el acierto en el planteamiento de situaciones y en su transmisión permite al lector conocer desde el interior el sufrimiento individual de los protagonistas, a la vez que contempla su recíproca incapacidad comunicativa como pareja<sup>167</sup>. Sin embargo, junto a estas muestras de buen pulso, el relato que se ocupa del discurrir de la campaña militar<sup>168</sup> guarda escasa o nula relación con el resto de la fábula. Aparte de ofrecer una visión del todo tópica, y ya bastante manida entre las narraciones que recrearon esta guerra, refiriendo los acontecimientos como una heroica epopeya, lo más desacertado radica en su escaso ensamblaje con las penalidades que afectan a Abdala y a Axuxa. No se hacía necesaria tal minuciosidad en el seguimiento de la guerra, que al final resulta mostrenca hinchazón narrativa. Cuatro pinceladas hubieran bastado para justificar la existencia del vecino español que ayuda al protagonista, para relatar la toma de Xauen por el ejército español y para mostrar la benéfica labor de civilización llevada a cabo por la potencia colonial entre los montaraces marroquíes, todavía apegados a perversas formas de vida y cultura, pues no hay otros motivos que liguen el conflicto con la trama novelesca. La razón, de lo que casi puede considerarse un largo excurso narrativo, creo que más bien hay que buscarla en la propia trayectoria del autor. Borrás cubrió la información de la toma de Xauen como corresponsal de *El Sol*, según señala Quais Bakir Kamal Al-Deen<sup>169</sup>, y seguramente quiso incluir en la ficción el episodio histórico que había conocido.

Por otro lado, tampoco le hace ningún favor al relato la radical dicotomía que se establece entre el marroquí de origen árabe y de extracción urbana, del que son ejemplo el propio Abdala o el caíd el Hain, frente al cabileño marroquí de origen bereber<sup>170</sup>, que vive en el campo o en la montaña y carece del poder económico y del refinamiento de aquél, como Abd-el-Jálak. Esto, que en alguna medida ya fue señalado por Nora<sup>171</sup>, refleja una de las más ortodoxas concepciones colonialistas justificadoras del régimen de Protectorado que se impuso al país norteafricano, y creo que así ha de entenderse en la novela. Los árabes cultos y civilizados -los mantenedores del pasado esplendor de la raza y del Islam- están capacitados para hablar de tú a tú con los también civilizados y cultos españoles, de hecho todos los personajes de este tipo conviven en armonía con los miembros del ejército de ocupación sin el menor atisbo de incomodidad; se intuye una relación entre caballeros, como la que mantiene el español narrador con su vecino Abdala o, aunque más espóradica, con El Hain<sup>172</sup>. Los cabileños montaraces, por el contrario, se muestran belicosos, ellos sostienen la guerra, y se caracterizan por su resistencia a admitir cualquier grado de civilización y cultura que se oponga a su natural ferocidad y bárbaras costumbres<sup>173</sup>, incluso concitan el desprecio de sus compatriotas del tipo anterior: "El caíd Hain me recibió con esa cortesía que ha depurado, entre los árabes, el curso de siglos de cultura. En el fondo de su alma el caíd El Hain quizá despreciase, como todos los refinados, a los bárbaros o semibárbaros bereberes de Marruecos."<sup>174</sup> Parece difícil sostener, como aventuraba Nora, que Borrás se mueva por ningún dolorido afán regeneracionista, sino que se hace eco de las habituales ideas justificadoras de la tutela que necesitaban los habitantes del país norteafricano -la segunda hipótesis que también apuntaba el historiador y crítico-, bárbaros irredentos, cuyas costumbres, tras ponerse en solfa, sólo pueden cambiarse mediante el peso de las armas. Por otro lado, estos postulados no resultan privativos de este relato, aparecen latentes en varios otros y con una explicitación directa en uno de los de Jesús R. Coloma:

"En Marruecos hay tres razas, mezcladas más que fundidas: la raza bereber, los rifeños, indomables, luchadores, ignorantes y pobres, lo peor, lo más bajo y

embrutecido del pueblo musulmán; la raza árabe, que conserva los rasgos físicos y morales de los islamitas, su condición errante, su afán guerrero, su proverbial valentía; y la raza mora, los descendientes de Abderramán III (...)/ (...) en su porte y en su cerebro quedan gérmenes hereditarios de aquella grandeza, de aquella exquisitez. Los moros de Marruecos son la aristocracia musulmana."<sup>175</sup>

Aclarado esto, la única objeción que puede hacerse a lo sostenido por Nora es que la distinción que Borrás establece entre ambas categorías de marroquíes no se presenta "muy discretamente", sino con una crudeza palmaria, que denota con harta elocuencia los presupuestos ideológicos del novelista.

Aunque todas estas novelas desarrollan historias de amor en el marco de la guerra, el peso del conflicto dentro de la narración suele ser escaso, pues ambos asuntos rara vez se imbrican para formar una estructura narrativa unitaria. En ocasiones ni siquiera la relación afectiva entre los personajes destacados nace o deviene consecuencia de los acontecimientos bélicos. Algunas no mantienen más nexo de unión que hacer recaer el protagonismo en militares españoles destacados en Marruecos, como sucede en Neima, la sultana de Alcazarquivir o en Luna de Tettauén, relatos en los que ha desaparecido cualquier referencia a la campaña. En aquélla por relatar acontecimientos anteriores a su inicio y en ésta porque lo relega a meras alusiones indirectas. Otras veces, son dos vías narrativas que discurren por diferentes caminos dentro del texto, cuyo ejemplo más extremo se encuentra en La pared de tela de araña, donde, ya lo he señalado antes, poco importa que Yebala se encuentre inmersa en una guerra a la hora de narrar la desgraciada peripecia de Abdala y Axuxa. Escaso resulta también el nivel de conjunción de ambos acontecimientos en ¡Kelb rumi! y en Pasión de moro. Es verdad que en ambas narraciones la relación surge como consecuencia del cautiverio, que no hubiese existido sin el desastre de Annual, y que en la segunda las referencias a la campaña no distraen de la acción principal. En la primera, Ruiz Albéniz escribió casi dos relatos diferentes. Por un lado refiere por lo menudo<sup>176</sup> el hundimiento militar de la Comandancia de Melilla, analizando sus causas desde su particular óptica, en lo que constituye el más

amplio exponente del discurrir bélico dentro de este tipo de novelas, muy superior, por ejemplo, al que presenta la novela de Royo Barandiarán. Por otro, narra los amores entre Alberto y Nura. Sin embargo, los lazos de unión entre ambas líneas argumentales quedan debilitados, bien como consecuencia de la excesiva amplitud y prolijidad de la parte bélica o bien por la desmesurada importancia que para el devenir del protagonista reviste su relación con la rifeña. Lo cierto es que de ello se deriva un desequilibrio estructural en el que o sobra guerra -lo más acertado a mi juicio- o sobra pasión amorosa. En las restantes narraciones, con mayor o menor fortuna, ambos elementos guardan una relativa implicación, en la que el elemento primordial suele atender a la trayectoria de los personajes y a él se subordina lo relativo a la campaña, por lo general detalles circunstanciales coadyuvantes para la creación de una mimesis referencial, con escasa o nula voluntad de testimonio.

Ya que la guerra constituye un asunto secundario, convendrá tratar del principal, del amor. En estas novelas, al igual que señalaba al hablar de las de la Legión, uno de los aspectos más destacados viene dado por la reiteración de una serie de motivos que constituyen la columna vertebral de casi todas ellas. No sólo buena parte de sus planteamientos y desarrollos argumentales son semejantes, como ha podido verse en las páginas anteriores, sino que estas similitudes alcanzan también a los personajes centrales e incluso a los detalles menudos. En cuanto a los primeros, por lo general comparten una caracterización que los hace casi indiferenciables, de hecho algunos podrían mudar de un texto a otro sin que se apreciara distorsión alguna, lo que resta originalidad y confiere a la mayoría de estos relatos un innegable aire de familia, que aún resulta más fraterno entre algunos de ellos.

A pesar de que una de las peculiaridades de la relación amorosa suele ser su fuerte carga pasional, estas novelas excluyen cualquier alusión a la carnalidad del sentimiento. Por hábito se soslayan las escenas de carácter erótico e incluso queda eliminada toda referencia explícita a la intimidad de los amantes que pueda ir más allá del mero contacto verbal. Baste recordar, al efecto, que Sender, autor poco dado a la mogigatería o a la restricción de este tipo de

asuntos, tampoco supero esa fase en su primera redacción de Una hoguera en la noche; y sólo en la segunda, rescrita muchos años más tarde, agregó la consumación carnal de la relación. Evocan un tipo de amor que encuentra sus cauces habituales en el diálogo o en la confesión a terceros, y cuando, en exiguos casos, la narración da pie o se hace más proclive al tratamiento de estos asuntos, tras unos indicios orientativos, la elipsis narrativa impone un vacío entre la escena sugerida y el lector. Tal sucede, por ejemplo, en Luna de Tettauén, donde entre las páginas 58 y 64 se narra el primer encuentro amoroso entre el teniente Alcántara y Esther. El español alcanza la terraza de la judía y ella lo invita a pasar a su casa. Una vez allí, comienza la incitación erótica por parte de la mujer, a la que Alcántara sucumbe rápidamente. Sin embargo, el relato sólo recoge los preliminares y la posterior marcha del amante una vez satisfechos los deseos de ambos:

"Un bulto blanco se acercaba a él desde la escalerilla de acceso (...) La desconocida retiró lentamente el cendal que velaba su semblante, como dominada por el pudor, y luego dejó caer al suelo el manto que la cubría (...) Aquella complicada mujer había preparado sabiamente todos los detalles de la entrevista. De la sala pasó Alcántara a un gabinete contiguo, decorado como alcoba (...) El exorno de la habitación satisfacía todas las visiones de países exóticos soñados. Y como sultana de un misterioso gineceo, abierto para su amor se le ofrecía aquella mujer, cada vez más fogosa y sensual, que parecía hecha de llamas."

Aquí se interrumpe la narración para, en la siguiente página dar paso a un diálogo entre ambos personajes sobre la capacidad amorosa de las musulmanas, con él concluye la escena y da paso a la siguiente, que se inicia así:

"Trasponía la luna el sombrío pico de Gorgues, cuando abandonaba Alcántara el gabinete de la hebrea perversa (...)"

Esta es una de las secuencias más cercanas a la concreción de un contacto carnal en estas novelas. Y desde semejantes planteamientos, aunque en general con menor grado de explicitación, se acometen en algunos otros relatos, en los que al menos se insinúa la

existencia de estas situaciones, como en Aixa<sup>177</sup> o en La pared de tela de araña<sup>178</sup>. Puede concluirse pues, que en estas historias de amor la pasión nunca se escenifica ante los ojos del lector, apartándose así de cualquier connotación propia de la narrativa erótica.

Otra cuestión de cierta relevancia se refiere a las causas que dan origen a la relación amorosa y a la configuración de los amantes, extremos que suelen quedar conectados entre sí. En general no puede hablarse de una sola razón, sino más bien de una serie de ellas que operan entrelazadas y se convierten en motivos redundantes en la mayoría de los argumentos, lo que no constituye obstáculo para que en cada novela suela haber un móvil predominante al que de ordinario se acomoda la tipología de los personajes centrales. A menudo, un carácter romántico y galanteador, unido a una cierta soledad anímica, busca lenitivo en una pasión amorosa que el oficial español se esfuerza en encontrar. A esta bastante frecuente formulación responden Una hoguera en la noche, Aixa, Luna de Tettauen y Neima, la sultana de Alcazarquivir. Sendos protagonistas son jóvenes militares cuya valerosa actuación en la guerra -salvo el menos baqueteado Ojeda del relato senderiano- les ha reportado un merecido prestigio profesional entre sus compañeros y superiores, no obstante todos ellos necesitan llenar su vacío de ternura y, con ligeras diferencias, se afanan en buscar una mora que los ame y a la que poder amar. No en vano tres de estas fábulas -exceptuada la Hoguera- inciden en señalar como lugar del encuentro inicial, o del primero significativo, las terrazas, espacio reservado para la mujer marroquí, al que el hombre no acude, salvo que albergue intenciones de cazador furtivo, lo que no resulta infrecuente en algunos de estos personajes. Tanto Jorge Enríquez, el teniente de Regulares de Aixa, como Rafael Alcántara, el también teniente -en este caso legionario- de Luna de Tettauen, se revelan buenos ejemplos de la afición a este tipo de montería, más aún, muestran una donjuanesca y casi enfermiza necesidad por apresar el amor de una marroquí, que en el primero se justifica en parte por la soledad y precariedad afectiva derivada de su condición de huérfano y en parte por un temperamento ensoñador y sentimental que llama la atención entre sus compañeros: "Unos le llamaban romántico, soñador; otros más compasivos le preguntaron si estaba enfermo. Pero en lo que todos estaban

de acuerdo era en que no había derecho a dejarse llevar del romanticismo y darse en pasear por el barrio moro bajo el pretexto del contrabando de municiones."<sup>179</sup> Las mismas tendencias se manifiestan en Alcántara, a las que éste agrega una novelera idealización de Marruecos, que identifica con escenarios más propios de Las Mil y una noches que de la realidad norteafricana y donde ensueña desvelar el misterio del erotismo y la sensualidad oriental:

"Rafael Alcántara había ido a Marruecos, impulsado por su genio, nostálgico de aventuras. No era sólo la sugestión del ruido guerrero, sino también el prestigio romántico del pueblo árabe, con sus ritos extraños y sus amores de fuego, leídos en historias y romances, lo que le había llevado (...) Así es que ahora, al conseguir un permiso (...) Tetuán se aparecía a la imaginación exaltada del oficial como ánfora de esencias orientales, soñado paraíso de hurfes que él creía recinto de todos los misterios y sensualidades como la Damasco que leyó de niño." (Páginas 18-19).

Las concomitancias entre ambos personajes, y entre ambas novelas también, se hacen obvias. Enríquez y Alcántara son productos de un mismo trazo, tanto en su caracterización inicial como en el cauce que siguen y el desenlacen al que llegan. Los dos militares en apariencia alcanzan pronto sus objetivos y gozan del amor de Aixa y Aixa, que ni en el nombre se diferencian las heroínas. Sin embargo, no será sino desnortada pasión para los jóvenes e ingenuos oficiales, a través de la cual se ejemplifican las funestas consecuencias que acarrea la insensatez del amor loco, bien por la condición de casadas de ambas mujeres o por la de moras, es decir, relaciones poco recomendables para los españoles, que en esto de la moraleja sí parecen optar por distintas soluciones cada una de las narraciones. Mientras que en Aixa Enríquez se convierte en víctima de la traición de una enemiga, Alcántara, en Luna de Tettauén, sólo concita la furibunda ira de un marido engañado, incluso la reflexión del protagonista tras la pérdida de su amada deja traslucir la ignominia de su propia conducta: "Él no tenía derecho alguno sobre la vida y el corazón de la hurf. Lo que pudo obtener de ella había sido robado, cogido entre las sombras a espaldas del dueño verdadero." (Pág. 241).

El teniente Ojeda trazado por Sender no es, a diferencia de los dos anteriores, cazador urbano, sino montaraz. Pero ello no le resta arrojo ni perseverancia a la hora de conquistar su objetivo: logrado en este caso merced a una operación militar *ad hoc*.

Bastante más comedido en sus formas, aunque no menos apasionado, resulta Germán Olivares, el valiente, bondadoso y llorón<sup>180</sup> capitán de Neima, la sultana de Alcazarquivir. Aunque comparte con los oficiales anteriores una semejante actitud de romanticismo anímico, Olivares dista mucho de ser un donjuán, bien al contrario, podría pasar por un casi acabado modelo de novio según el canon católico tradicional: tan casto y respetuoso que su única felicidad consiste en la contemplación de la amada y en irle instruyendo en los dogmas de su propia religión. Claro que su configuración literaria se resiente de esta pía conducta y lo convierte en un protagonista tan desvaído como los demás elementos del relato.

La misma idealización orientalista que sobre Marruecos habían urdido las mentes de Ojeda y de Alcántara se convierte en causa principal de la relación amorosa en otras dos novelas: ¡Mektub! y Cárcel de seda. En la primera, el capitán Santiago anhela el amor de una mora, pero no para satisfacer un carácter romántico, ni una soledad anímica, ni siquiera un apremiante deseo carnal. Lo que el militar busca es rematar el proceso de marroquización en que, fascinado por todo lo propio de este país, se ha embarcado: "- (...) Me falta una mujer. Necesito una xerifa para poner en ella todo el amor que tengo por Marruecos"<sup>181</sup>, confiesa a su ayudante. Santiago no vive en la quimera literaria, como les sucedía a Ojeda y Alcántara, sino que su pasión por todas las manifestaciones de la cultura árabe y marroquí tiene una raíz intelectual. Sus habituales estudios le han proporcionado un poco común conocimiento de la lengua, la literatura y las costumbres de los nativos, lo que, unido a una notable sensibilidad, le ha llevado a una confraternización con los que hubieran podido ser sus enemigos, al repudio de la guerra y a una admiración hacia el distinto. En suma, el conocimiento ha hecho de él un idealista que desea vivir hasta el límite lo que los libros le han transmitido. Su amor con Zohra le proporciona la definitiva asunción de la parte marroquí de su escindida personalidad. Primero limitado a lo externo y circunstancial:



"El puesto, que ya tenía ambiente moruno por su traza arquitectónica y por sus soldados indígenas, fue desde aquel día la casa de un Chorfa. Todo se lo sacrificamos a esta mujer.

'Se suprimieron los aperitivos alcohólicos, que al capitán se le antojaron innecesarios desde aquel día. En vez de vino bebíamos en las comidas agua de naranjas y de rosas (...) Desayunábamos con té y harira. Pollos aceitosos y carnero asado al mediodía y carnero y pollos en aceite por la noche, sin olvidar el plato nacional de sémola y manteca (...) Hasta comíamos con los tres dedos de la mano derecha que marca la etiqueta y decíamos al comenzar: Bisimil-lah." (Páginas 143-144).

Para, según va avanzando la relación, ir ahondando en su particular transformación:

"- (...) Quiero gozar de Fez, Zohra. Quiero vivir en la Medina, y conversar con el señor que cabalga su mula enjaezada de rojo, y con los esclavos que corren a su lado (...) Quiero recorrer contigo las calles de la Medina y vivir algo más que sus calles. Las calles son del europeo tanto como del musulmán, pero ¿y lo demás? Y lo que hay detrás de esas tapias blancas, ¿quién lo vio? Cada casa es un mundo que se cierra tras su dueño (...) Yo quiero, Zohra, vivir contigo una de esas casas." (Páginas 177-178).

Finalmente, cada una de las dos mitades de su desdoblada identidad pugnarán por imponerse sobre la otra: desandar los pasos que le han conducido a esta situación o renunciar a sus raíces y conseguir el total ensamblaje amoroso con Zohra y el mundo al que ella pertenece:

"Zohra amaba cada día más al capitán, pero de extraña manera. Amaba lo que había en él de musulmán evolucionado. El capitán Santiago, absorbido por el ambiente, por los años de África, tenía en efecto muchos matices y muchas modalidades mahometanas (...) El capitán español pensaba y sentía en moro, y si se salvó del peligroso cisma a que le empujaba la simpatía, fue por una disciplina muy arraigada en el deber (...) Pero no hubiese podido decir el capitán, y acaso nunca lo supo, si en

sus choques con Zohra, quería ahogar al moro que llevaba dentro por celos de rival o era el capitán español lo que le estorbaba." (Páginas 173-174).

Ambas opciones se descubrirán al cabo igual de insatisfactorias e inútiles, pues Santiago no podrá llegar a decantarse por ninguna de ellas. Este oficial ejemplifica en extremo una actitud ligada a la idea de un africanismo pacifista y redentor, contrario al africanismo de sangre y fuego que por lo común sostuvieron la mayor parte de los militares. Mediante la imponderada conducta de Santiago, la novela pone en solfa el idealismo de quienes creyeron que era posible la colaboración y el desarrollo con los nativos marroquíes, lo que se vino denominando penetración pacífica. Para comprobar el pensamiento subyacente a esta aparente historia de amor basta retomar un elocuente fragmento de la cita anterior: "El capitán español pensaba y sentía en moro, y si se salvó del peligroso *cisma* [el subrayado es mío] fue por una disciplina muy arraigada en el deber."

La fascinación por lo marroquí, aunque desde una óptica del todo distinta y desprovista de connotaciones simbólicas con trasfondo ideológico, empuja también a María del Carmen, la protagonista de Cárcel de seda, hasta aquellas tierras en guerra. Su presencia allí, además de por cierto sesgo de frivolidad aventurera, se debe a la búsqueda "del Marruecos de la leyenda", según deduce Fortea, personaje secundario y narrador. De tal manera que lo que en un principio es franco rechazo hacia la persona y cuanto rodea a Selam el Mehdy, su captor<sup>182</sup>, poco a poco va tornándose no sólo amor por el moro, sino admiración por unas formas de vida que le eran desconocidas:

"La belleza del moro, la independencia de su vida y la vehemencia de sus pasiones, habían ido poco a poco deslumbrándola, penetrándola, adueñándose de ella ¡Y qué sabía! Acaso no todo obedeciese a la seducción extraña de aquel hombre. Acaso el ambiente contribuyera, en igual medida, a la obra de encantamiento. Estaba en contacto con uno de los pueblos más atrayentes del mundo (...) Puro cual acaso no hubiese otro, sus trajes y su religión, su lengua y sus costumbres, eran los mismos que

en tiempo de los califas (...) Y una voz, callada hasta entonces, parecía hablar dentro de ella." (Páginas 201-202).

Para acabar renunciando a lo que había sido su mundo y asumir del todo los modos y costumbres de la nueva comunidad en la que se ha integrado de la mano del Mehdy, lo que se evidencia con un gesto final lleno de significado: la protagonista se cubre el rostro con un velo para evitar la incomodidad que el marido pueda sentir ante las miradas ajenas.

Y no es María del Carmen la única que asume esta fascinación por lo marroquí en la novela de Camba, también está presente, aunque como mero apunte de caracterización sin posterior desarrollo, en el teniente Fortea, personaje secundario y narrador. Oficial que por su voluntad de conocimiento de la lengua y espíritu de los nativos guarda alguna semejanza con el protagonista de ¡Mektub!

Las consecuencias derivadas de la propia guerra también favorecen el amor. Cuestión que desde una perspectiva diferente, ya quedaba planteada en Allá en el Rif.... Dentro del esquema argumental más común, el del cruce de razas y culturas diferentes, dos novelas lo ejemplifican con notables similitudes entre sí: ¡Kelb rumi! y Así aman las africanas. Ambos protagonistas han ayudado a dos jóvenes nativas en los tiempos previos al desencadenamiento de las hostilidades, ambos son hechos prisioneros durante la contienda y ambos durante su cautiverio se ven inmersos en una relación amorosa con las marroquíes que habían conocido en el pasado. Y aún existen otro buen número de analogías que hermanan a los dos personajes. Tanto Alberto como Carlos Mendoza comienzan siendo meros receptores de la pasión que hacia ellos han desarrollado Nura y Leila respectivamente. Representan un modelo de amante pasivo, en cuanto que ninguno de ellos busca esta relación, sino que las circunstancias los arroja en brazos de una mujer atraída por su benefactor de antaño, aunque en el caso del protagonista de la novela breve de Coloma ya hubiera habido algunos escauceos amorosos durante la etapa de su primer conocimiento. Alejados de toda volición donjuanesca, la necesidad -incluso la minusvalía, física en Mendoza y psíquica o sentimental en Alberto- más que el deseo arrastra a los dos oficiales a este acercamiento afectivo, que, sobre todo para

el personaje del relato de Ruiz Albéniz, con el tiempo devendrá en ardoroso y recíproco sentimiento. Alberto, desesperanzado e incapaz de soportar su vida de cautivo, encuentra en Nura bálsamo para su desespero:

"(...) ¿Podría mi espíritu de hombre civilizado amoldarse a aquella vida ruda, sin norte, en un mundo de otra idealidad, sin que nada atractivo, interesante siquiera, pudiera hallar en mi alma? (...) Las notas sabiamente melódicas de un *guembri* [subrayado del autor, con nota descriptiva de este instrumento musical] se columpiaron en el aire y esclavizaron suavemente mi atención, apartándola de la idea obsesa de mi soledad y desesperanza, de mi aversión a aquel mundo tan hostil, tan odioso (...) ¡Oh, Nura..., Nura!... Sin duda era ella la de la dulce canción. (...) ¿Acaso no eras tú la luz blanca que había de iluminar los sombríos días del triste cautiverio?" (Páginas 198-200).

En Mendoza se enfatiza aún más la pasividad, tanto por su condición de herido y enfermo de fiebres palúdicas, como por la confesión de imposibilidad de amor que un ya lejano día hizo a la ardorosa marroquí: "Allá en mi país, Leila, me espera una mujer joven y hermosa a quien desde niño ofrecí mi cariño y juré felicidad."<sup>183</sup> Sin embargo, para él, la inagotable pasión de Leila será garantía de su libertad y de su vida.

A los protagonistas de otras dos novelas con algunos paralelismos entre sí, Amores africanos y Yamina, también la guerra, aunque en esta ocasión combinada con abundantes dosis de aventuras folletinescas, les brindará la oportunidad de encontrar su gran amor. A diferencia de los personajes de los dos anteriores relatos, tanto César, el teniente médico de la primera, como Juan, el soldado de origen campesino de la segunda, mantienen una relación de reciprocidad amorosa que además concluirá con boda y felicidad para casi todos, pues sus amadas pertenecen al grupo de moras que, convencidas de la superioridad de lo español, en seguida se muestran deseosas de abrazar la religión y adaptarse a las costumbres de sus galanes, aunque en el caso de Yamina se trate de una española que desde muy niña ha vivido entre marroquíes. Dado el carácter cercano al de las novelas por entregas de estas narraciones,

casi no parece necesario decir que los dos militares, cada uno con las particularidades que le imprime su origen y condición social, son un modelo de virtudes. Ambos se muestran afables y bondadosos, y no sólo con sus amadas, sino que van destilando esta generosidad en todo lugar y situación. El teniente médico hace uso de sus conocimientos profesionales, bastante más allá de lo que los imperativos de su misión le habrían exigido, para remediar los problemas sanitarios del enemigo: "ha ido recorriendo los poblados que se hallan en las cercanías de Imerharchen. Ha logrado extirpar la epidemia diftérica, ha salvado la vida de muchos chiquillos moros" (pág. 121). Y qué decir de Juan, "que hasta para los animales era compasivo" (pág. 73). Y como lo cortés no quita lo valiente, es también la valentía, incluso la temeridad en el combate y cuanta situación peligrosa se presenta, otro de sus rasgos caracterológicos, que en el caso de César se plasma en la arriesgada empresa que acomete para liberar a su hermano y en Juan esto queda más que demostrado con su empeñada labor durante la campaña:

"Siempre que se necesitan voluntarios para prestar algún servicio extraordinario, se presentaba él llevando a remolque a su inseparable amigo./ Los oficiales en atención a su situación [de hijo de viuda] y conducta, habían tratado varias veces de colocarle en un destino que le alejara hasta cierto punto de los peligros de la guerra; no aceptando él, porque como decía muy bien, donde está el peligro está la gloria." (Página 44).

Además, tampoco andan escasos de ingenio y de cultura. Merced al primero, César no sólo logra arrancar a su cautivo hermano de las manos a un feroz caíd de Yebala, sino que se enamora de su hija y también se la lleva, y, lo que resulta aún más elogiable, todo ello lo consigue con el beneplácito del marroquí, cuya amistad y admiración ha sabido ganarse con un inteligente ardid. Y por medio ha sido capaz, gracias a su cultivado espíritu, de impresionar al poeta moro Abdelaziz, recitando con profundo sentimiento unos conmovedores versos de Rubén Darío, aquellos que comienzan diciendo "La princesa está triste..." Por lo que se refiere a Juan, su humilde origen no deviene obstáculo para que exhiba una delicadeza

de trato hacia su amada Yamina que más parece propia de un poeta -eso sí, un tanto relamido- que de un labrador: "-(...) Te quiero muchísimo más que antes; te quiero con un cariño que es primicia de mis mayores afectos; ansia de esclavizar mi voluntad a tus deseos; culto y adoración a la grandeza de tu alma", (pág. 204). A ello agrega una poco común perspicacia, que le lleva a indignarse ante el comercio que los rifeños realizan con el tabaco que han obtenido de las víctimas españolas del desastre de Annual, mientras que sus compañeros, e incluso los oficiales, se muestran indiferentes o no son capaces de valorar la situación. Y de su formación cultural hablan por sí mismos sus profundos conocimientos de teología, que le permiten analizar la religión cristiana y además establecer las oportunas comparaciones con otros credos, como puede comprobarse en una larga y sesuda disertación -entre las páginas 237 y 241- con la que no sólo alecciona a Yamina, sino que da muestras de ser probablemente el campesino novelesco más versado en la materia:

"-(...) Millones de cristianos, coincidiendo con los musulmanes, se prosternan ante la incomparable obra del Supremo artífice. El almuédano llama a los moros; la campana a los cristianos. Dios es Dios y Mahoma su profeta, dicen los primeros; Dios es uno y trino y Cristo su hijo y enviado, dicen los segundos; pero moros y cristianos, budistas y judíos, brahmanes y fetichistas y todas las religiones, en suma, coinciden en la existencia de un ser supremo, que esencialmente les es común."<sup>184</sup>

Esta breve cala será suficiente para dar idea de que no ha de extrañar que personajes tan bien pergeñados sean capaces de imponerse con holgura ante cuanto obstáculo hubiera podido impedirles alcanzar los objetivos que la ficción les tenía reservados.

Pasión de moro, a través de su protagonista, Claudia Sanchidrián, da cabida a una forma de amor del todo distinta a las vistas hasta el momento: el amor no deseado. Partiendo de una situación semejante a la planteada en Cárcel de seda, el secuestro de una española por un cabileño admirador de su belleza, la novela breve de Margarita Astray no explora sin embargo los caminos de la fascinación por el moro y lo musulmán como hacía aquélla, sino que, bien al contrario, aquí estos elementos esquematizan los atributos del primitivismo y la maldad.

Claudia viene a ser uno de esos lacrimógenos personajes de folletín, al que la brevedad del relato ha dejado reducido al esqueleto. Su presencia en Marruecos como monja enfermera obedece a un comportamiento místico y filantrópico nacido de la desgracia y de la orfandad de cariño, y todo el entramado narrativo no es más que un *tout de force* entre la española y Mahomed Abd-el Malek, en el que aquella se revuelve con dignidad para conservar su virtud y éste pugna por satisfacer sus bajos instintos, aunque la novela quiera elevar este enfrentamiento a una magnitud simbólica exorbitando la dimensión de su protagonista:

"Desde el Cardenal Cisneros tal vez no había pisado tierra africana nadie tan representativo de su raza como la desventurada sor Claudia... En ella hermanaban esas cualidades que hacen de la mujer hispana la primera entre todas las del planeta: preclara inteligencia, comprensibilidad rápida, energía tamizada por un fondo compasivo, abnegación, fuente de inspiración por su belleza sin par, por su gracilidad, por la armonía de su línea, de los artistas, y sobre todo, esa honra sin tacha de la que está salpicada la historia peninsular..., ese patriotismo de la mujer española que tiene su piedra angular en Isabel la Católica."

No obstante, la arquitectura de la historia contada y del personaje se muestra tan endeble que poco falta para que se trabuquen los presupuestos iniciales, pues la monja mantiene en todo momento de sus varios años de relación con el rifeño una actitud de desprecio y de odio hacia su captor, que en nada se asemeja a lo que había sido hasta entonces, cuando su piadosa caridad la hacían conmovirse y trataba de remediar las desgracias tanto de cristianos como de moros<sup>185</sup>. Esta conducta la aparta en buena medida de la simpatía del lector, mientras que Mahomed, a pesar de los intentos por mostrarlo cruel y zafio<sup>186</sup>, se mueve hacia ella por sentimientos de amor verdadero, incluso de cierta delicadeza teniendo en cuenta su madurez montañesa y poco o nada cultivada<sup>187</sup>, lo que acerca su estampa a la de una especie de buen salvaje.

La degradación del sentimiento aún alcanza una cota superior en Mohammed, donde a la semejante violencia amorosa del título anterior ha de añadirse la relación incestuosa entre

esos dos hermanos reencontrados en momentos y situación tan crítica. Algo que roza la inverosimilitud y que, según ya he señalado antes, se antoja más propio de los folletines decimonónicos que de la narrativa de esta época.

A otra esfera pertenecen las pasiones desarrolladas en Allá en el Rif... Del amor y de la guerra y Por encima del odio, por cuanto el elemento indígena queda excluido del planteamiento novelesco. Ambas, con sus múltiples semejanzas, devienen una traslación directa del más convencional relato sentimental al escenario marroquí, pero sin aprovechar las nuevas circunstancias que éste brindaba para reelaborar y dar nuevos aires, siquiera superficiales, a la tradicional fábula de carácter amoroso.

Si entre los protagonistas masculinos, atendiendo a los impulsos que les movían hacia el amor, se podían establecer unas ciertas variedades tipológicas, esta labor resulta más ardua al hablar de la otra mitad necesaria para crear la relación. Las heroínas marroquíes de estas novelas, salvo algunas excepciones, responden todas a un patrón físico muy semejante. Dos de los rasgos más resaltados son la extrema juventud, que incluso llega a presentarlas como adolescentes o casi niñas<sup>188</sup>, y una indiscutible belleza que las dota de poderoso atractivo. Así, por citar sólo algunos ejemplos, Nura es "bella, hermosa como la más hermosa noche de luna"<sup>189</sup>, mientras que, continuando con los símiles de los momentos del día, Aixa -la protagonista de Luna de Tettauen, porque, como ya ha podido verse, este nombre se repite en varios personajes- es "guapa como amanecer", y llevando ya a su extremo esto de la comparación con las noches y los días, otra de las Aixas -la de la novela que toma tal nombre por título- posee "unos ojos tan bellos como las veintisiete noches del Ramadán", piropo del que se sirve su enamorado para justipreciar de forma sintética unas cualidades que poco antes ha descrito el narrador: "tenía unos espléndidos ojos verdes, como dos raras gemas, como dos soberbias esmeraldas, luminosos y fosforescentes". En otras ocasiones, la ponderación de sus encantos se vuelve más concreta, tal sucede en los dos relatos de Coloma. Fedla, en Amores africanos, "era alta y fragil como palmera de la India. Sus cabellos parecían hebras de ébano brillante; sus ojos eran rasgados (...) La boca era pequeña, roja, jugosa (...) El rostro casi



redondo (...) y era su carne del color y la tersura de la almendra tostada", mientras que en Leila, la heroína de Así aman las africanas, se acentúan los rasgos de voluptuosidad: "la cara deliciosa (...) y sus brazos de bronce torneado y las opulencias de su busto a un tiempo poderoso y gentil." Ponderaciones semejantes a la que ya había elaborado Sender para describir a Dayedda en Una hoguera en la noche: "En su continente, la línea dejaba adivinar la pureza escultural, esbelta y mórbida a un tiempo, de una pubertad sana, aromada por el aliento tropical de las palmeras y las brisas yodadas del Mediterráneo." E incluso no falta quien para valorar la belleza del personaje recurra a una lacónica contextualización de castizismo geográfico, cual es el caso de Germán Olivares al referirse a Neima: "-(...) Ésa sí puedo asegurar que es sencillamente hermosa; en la Castellana llamaría la atención." Tan sólo dos personajes rompen un tanto este esquema: Esther, en Luna de Tettauén, y Zohra, en ¡Mektub!. La diferencia con sus compañeras se establece por la edad, no por la belleza, que sigue siendo extremada. Ambas representan la mujer aún joven para ser atractiva pero suficientemente curtida para recubrir su relación amorosa de otras connotaciones. No podía ser de otra manera en ninguno de los dos casos. En el de la judía para justificar su maestría y *savoir faire* en el terreno de la seducción, en el cual, para decepción de su ingenuo amante, resulta consumada veterana: "Las voluptuosidades de Esther le habían sorbido el seso (...)/ La sabia judía no se contentaba con esgrimir hechizos de mujer oriental en sus entrevistas, sino que los alternaba con matices europeos, con detalles de la civilización de Occidente, para hacer más fuertes los lazos que sujetaban al imaginativo oficial."<sup>190</sup> En tanto que Zohra, dada su dimensión simbólica, guarda gran parte del alma de Marruecos en su interior, en cierta medida casi responde a una encarnación de su ser nacional. Tan intrincado carácter no se hubiera avenido bien con la forma de una candorosa jovencita: "No sabes qué extraña mujer es [confiesa Santiago a su ayudante]: Bella, misteriosa, fatalista, supersticiosa, risueña, triste y, sobre todo, desconocida, siempre desconocida aunque vivas con ella una eternidad. Tiene el encanto del disfraz y cuanto más la miras, más diversa la hallas. Varía con el sol, con la luna, con la luz, como el río, como el mar, como el paisaje, como la naturaleza toda,

que no tiene dos horas iguales. Es astuta, ingenua, pasional, desdeñosa. Tiene los siete pecados y las siete virtudes."<sup>191</sup>

Tales atributos se complementan en algunas ocasiones con la distinción de origen o con una situación económica y social elevada, aunque ello no se haga cuestión determinante y se encuentre en función de la trama argumental. Lo que sí se convierte en rasgo generalizado es la absoluta pasión con la que viven el amor. Por el hombre a quien quieren se muestran capaces de morir, como Nura en ¡Kelb rumi!; a afrontar un incierto futuro, como la Aixa de Luna de Tettauén; a prestarse a mantener amores indeseados, cual la protagonista de Aixa; a sufrir escarnio y ostracismo, como Zohra en ¡Mektub!; o a desarraigarse de su entorno, como sucede con la mayoría de los personajes femeninos de estas novelas. Según dicen algunas de ellas, tan fuerte propensión hacia el fuego amoroso es consustancial a la mujer de aquellas latitudes:

"-(...) Nosotras amamos con todo el ardor de que tienen fama las mujeres africanas"  
(Neima, la sultana de Alcazarquivir, pág 253)<sup>192</sup>

Tal vez, el más acabado ejemplo de esta proclividad al sacrificio lo encontremos en Leila, resuelta a perder su libertad y aceptar la condición de esclava, en un relato ya sintomático de estas actitudes desde su mismo título: Así aman las africanas.

Otra forma bastante frecuente de devoción al amado viene dada por la renuncia a sus propias creencias y la asunción de las de éste. Una suerte de iluminación mental va esclareciendo el entendimiento de la heroína según el proceso de enamoramiento va tomando consistencia entre sus sentimientos. El personaje de Neima, en Neima, la sultana de Alcazarquivir, resulta paradigmático en lo que se refiere a estas transformaciones. La protagonista va experimentando una progresiva evolución de sus concepciones, que habrá de llevarla desde su originario ser de mora musulmana hasta la completa pérdida de sus señas de identidad y un abrazar los credos ideológicos definidores de su pareja. En un principio sólo es una atracción por lo más externo: "¡Oh, si yo pudiera vestir como las cristianas! Esas mujeres deben ser [el error léxico es del autor] felices: van por todas partes con la cara

descubierta, del brazo de sus maridos, sin tener que repartir su cariño con ninguna otra mujer; nosotras, en cambio, estamos condenadas a ir siempre solas, a ver cómo otra u otras con el mismo derecho nos lo disputan."<sup>193</sup> Más tarde, comienza a manifestar la censura de sus compatriotas por su belicosa conducta entre sí mismos y contra los españoles, que ella va considerando consecuencia del atraso de su pueblo: "-(...) Ahora es cuando me doy verdadera cuenta de la superioridad de los unos e inferioridad de los otros."<sup>194</sup> Al final no sólo renegará de su religión y abrazará el cristianismo, sino que hará ruegos para que sus más allegados familiares sigan sus pasos: "Neima no cesaba de orar y pedir a la Santísima Virgen la conversión de su madre."<sup>195</sup> Su acceso a esta nueva vida de felicidad no hubiera existido sin el feliz conocimiento del capitán Germán Olivares, que le ha abierto todo este panorama de felicidad:

"-Sin tí -le decía- mi vida se hubiera deslizado como la de mis amigas, como la de otras muchas moras, cuya felicidad consiste en la ignorancia, siendo incapaces de comprender la satisfacción que lo grande, lo hermoso y lo bello producen en el alma."  
(Pág. 278).

Idéntica mudanza, aunque expuesta con menos detalle, conformará a otras dos protagonistas posteriores: Fedla, en Amores africanos, y Yamina, en la novela que toma su nombre como título, pues esta última, aunque española y cristiana por su origen, hay que considerarla marroquí y musulmana por su evolución y cultura. Tales personajes no sólo permiten concluir el relato amoroso con un final feliz, sino que también, y esto tal vez sea lo más importante desde una perspectiva global, dan pie para que el lector pueda extraer una moraleja ya sabida, aunque ahora enfocada desde un ángulo distinto: el imponderado beneficio que para Marruecos -y las marroquíes, en este caso- supuso la presencia del ejército español en aquellas tierras.

La heroína de estas novelas, a tenor de lo visto, se elabora casi con un único molde caracterológico, al que, sólo en contadas ocasiones, algún requiebro de la trama agrega una nota de originalidad. Un ligero retoque, por ejemplo, confiere a la protagonista de Aixa la

función de traidora; sin embargo, en sustancia, esto no la transforma en un personaje muy distinto de los demás. Como tampoco modifica a Zohra, en ¡Mektub!, aunque su figura aparezca envuelta en una atmósfera onírica y simbólica. Menos similitudes con la fórmula habitual guarda Axuxa, la joven esposa de Abdala, en La pared de tela de araña, pues su proceso viene a ser inverso al general: Axuxa pasa del enamoramiento inicial, a la posterior desilusión y al odio final hacia su marido: "Maldecía a su vez al viejo, causante de todas sus desgracias. A nadie guardaba rencor, contra nadie se rebelaba. ¡Sólo le odiaba a él! (...) Él, sólo Abdala era responsable de las desgracias que la ocurrieran. Le aborrecía, despreciaba su impotencia, renegaba de su amor estúpido que la sacó de la alegría y de la tranquilidad", (pág. 297). Aunque, como ya ha quedado señalado, las peculiaridades de este relato lo alejan un tanto de los restantes.

Por otro lado, desde un criterio historiográfico de esta materia novelesca, este modelo femenino no dista mucho del que ya habían dado a conocer los escritores de relatos por entregas más de medio siglo antes: la misma juventud, la misma belleza, la misma ardorosa pasión, la misma predisposición al sacrificio por el amado, en esencia, todo igual. La única novedad la proporciona un mayor cuidado por lo circunstancial. Por ejemplo, las narraciones de esta época han resuelto una de las cuestiones argumentales que atentaba contra la verosimilitud de las historias contadas en aquellos viejos novelones, cual era la perfecta comunicación entre los enamorados, aun perteneciendo cada uno a diferente comunidad lingüística y sin mencionar en ningún momento que alguno de ellos pudiera conocer el idioma del otro. Este problema que, según vimos en capítulo precedente, ya había sido sorteado con habilidad por Galdós en sus Episodios marroquíes haciendo recaer el protagonismo femenino en una judía sefardita, encuentra solución en estos relatos dotando a uno de los dos personajes de una más o menos aceptable competencia en la lengua del otro. A veces resulta lógico y se adecúa con justeza a las características de la criatura de ficción. Se antoja del todo creíble y consecuente que el capitán Santiago, el protagonista de ¡Mektub!, hombre apasionado y embebido en las costumbres y cultura de Marruecos, hable árabe o chelha, el dialecto de la

zona norte del país. Tampoco puede parecer extraño que lo domine Alberto, el oficial médico de ¡Kelm rumi!, teniendo en cuenta los años que ha pasado en estas tierras al frente de un hospitalillo indígena. Incluso puede considerarse obvio que Yamina, de origen español, pueda comprender y expresarse en la lengua de su amado, como también entra dentro de lo verosímil que le sea familiar a Esther, una judía tetuaní cuyo origen puede ser sefardita y haberlo conservado por tradición familiar. Sin embargo, este conocimiento del español ya comienza a hacerse algo más inadecuado para el personaje de Aixa, la de Luna de Tettauén, aunque aún se mantenga dentro de lo posible, dado que es un conocimiento rudimentario: "le contestaba en español también, en un español desarticulado e incompleto, donde los verbos estaban siempre en infinitivo", (pág. 101). Y mucho más discutible cuando con absoluta fluidez lo emplea otra de las Aixas, la de Aixa, Dayedda o Neima, pues para las tres parece ser éste su primer contacto con españoles y su ambiente social y familiar no se describe como muy propicio para que hayan podido adquirir suficientes nociones de la lengua de los militares con quienes se relacionan. Claro que tales deslices parecen insignificantes al lado del que se produce en Amores africanos, donde Coloma hace recaer el mayor peso de la fábula apoyándose en la falsa personalidad que adopta su protagonista, el teniente médico César, que, merced a su dominio del árabe, es capaz de hacerse pasar por un santón musulmán sin que ninguno de sus interlocutores nativos de esta lengua aprecie la menor impureza en el habla del español. ¡Ya debían de ser sólidos y profundos sus conocimientos!

A pesar de la importancia que para el entramado argumental tiene la presencia de estas protagonistas, su personalidad no agota el retrato novelesco de Marruecos, en cuya configuración cooperan también otros variados elementos. Con frecuencia, en casi todos los relatos, se destaca la figura de algún moro sobre el que se hacen descansar las virtudes y defectos de este pueblo, lo que tampoco excluye que a veces estas funciones se repartan entre más de un personaje. Tal sucede, por ejemplo, en La pared de tela de araña, una de las fabulaciones donde la interiorización en el carácter del nativo resulta más acusada, como ya quedó señalado en alguna crítica de primera hora:

"Pasa el moro por las páginas de la novela como hombre y no como guerrero: el autor penetra en la intimidad de su vida y sus sentimientos; trabaja con lo que hay en él de materia humana, procurando crearlo en toda su integridad de carne y hueso."<sup>196</sup>

La radical dicotomía, a la que ya hice alusión antes, en el ser del marroquí se evidencia en el distinto tratamiento de algunos de los personajes. Mientras que Abdala-ba-El-Medí, el anciano tetuaní que desposa a la joven Axuxa, encarna cuanto de noble y virtuoso puede hallarse en el alma de la raza árabe y en la religión musulmana, Abd-el-Jálak, el montañés que se hace cargo de mantener cautiva a Axuxa, encarna la viva estampa del beréber grosero e inculto. Bifurcación de caracteres que Borrás, por los motivos ya señalados, se esfuerza en subrayar y que alcanza a todos los ámbitos de cada uno de los personajes, desde los opuestos modos de comportamiento hasta la vivienda e incluso la propia constitución física:

"La casa del arsa era rica. Pertenece a un hadari (moro de ciudad). Era un hombre viejo, de presencia solemne, de barba blanca, espesa y de la calidad de la lana (...) El hadari era alegre, risueño, generoso (...) Era poeta, como todos los tolb (moros instruidos). Por la tarde y muchas noches, las de luna blanca, sonaban en su casa músicas y risas. Los vecinos le envidiaban (...) Aquel viejo jubiloso, tan joven de espíritu", (pp. 4-5).

"La dar (casa) de Abd-el-Jálak no se veía desde ninguna parte (...) Su casa era un agujero en el corazón de una cantera (...)/ Jálak era berebere. Corpulento, forzado, tenía la resistencia de la zorra y la agilidad de la ardilla de su montaña. Su carne parecía acecinada. Estaba seco (...) No había salido jamás de su dxora. Toda su vida se encerraba en aquel pedazo de tierra hostil, que no producía apenas para la vida. La aldea era el mundo. Ello había desarrollado un sentimiento de independencia feroz en El Jálak (...) Más que la aldea, amaba su cubil (...) El pelo lo tenía en cabellera de mujer recogido en guettaya, trenzas y melena. Un aro de plata bajaba de su oreja. La cabellera peinada así, y el pendiente, lejos de afeminarle, le daban un aspecto feroz.

Amo de su dar, cuidándole todo el día, dispuesto a matar al que se acercase, al anochecer se acostaba satisfecho apuntando la puerta (...)", (pp. 217-218).

Esta absoluta escisión de caracteres que plantea el relato de Borrás resulta más bien insólita en esta novelística, pues cualquier moro que con algún protagonismo asoma por sus páginas es fruto de una mezcla de los dos anteriores. Al igual que veíamos en el caso de las heroínas, unos perfiles concretos fijan el estereotipo, que *mutatis mutandis* se adapta a la circunstancia de cada fábula con una serie de rasgos secundarios. Por ejemplo, Selam el Mehdy, el enamorado captor de la española María del Carmen en Cárcel de seda, es presentado en los siguientes términos:

"Bandido, el más temeroso [error léxico atribuible al autor o a errata, pues debiera decir "temible"] del país (...) Fuerte como un señor feudal en sus montañas, varias veces bajó al llano para realizar, casi ante los propios ojos de los oficiales y soldados españoles, hazañas aún más atrevidas que la del secuestro de María del Carmen, y las cuales siempre, siempre, quedaban sin castigo./ Un ejército entero se había movilizadado en varias ocasiones para darle caza. Imposible. *Taleb* por su saber, sherif por su nacimiento, respetado en todo el contorno, en todo el contorno obedecido con una adhesión inquebrantable y supersticiosa, luchar contra él era luchar contra un sultán verdadero. El propio sultán, convencido de su impotencia para reducirlo, le había abandonado aquellos parajes, en los cuales era dueño único." (Pág. 67).

Esta imagen de orgullo y altivez, gallardía y fuerza, poder e independencia personal, ferocidad y dulzura a la vez, que recubre a El Mehdy viene a coincidir sin apenas diferencias con la que caracteriza a Abdala, no la criatura de Tomás Borrás, sino una de las que Jesús R. Coloma crea en Amores africanos, que en esto de los antropónimos, según se va viendo, no se antojan muy originales estos novelistas. La escasa distancia que entre ambos se establece no va más allá de lo que impone la edad. En tanto que la juventud convierte a aquél en un donjuán moruno, la madurez de éste lo relega a la función de padre de la enamorada, pues en todo lo demás sus retratos se antojan casi parejos:

"Entre dos de estas columnas se enmarca armoniosamente una majestuosa figura: un moro elegante, ricamente vestido con chilaba de seda (...), y con un turbante inmaculado, debajo del cual aparece un rostro que cautiva e impone. La piel morena y tersa, los labios gruesos, la nariz perfecta. Hasta mitad del pecho descende una barba de hilos de plata, cuidada con femenina coquetería. A los ojos (...) se asoma el alma berberisca e indómita de los descendientes de Almanzor (...) Abdala es de raza mora; de ahí su arrogancia y noble majestad." (Páginas 132-133).

Imagen que se completa con la descripción moral e intelectual aportada por Myriam:

"-Él es noble, severo, de energías viriles. Es hondamente religioso, pero a lo musulmán; pocos hay en Marruecos tan practicantes como él (...) Odia a los enemigos de su religión y de su raza con todo el rencor que el alcorán [con minúscula en el original] infunde (...)/ No es cruel, pero sí inflexible; cuando se trata de su ley, de su religión o de lo que él estima justo, no le detienen sentimientos de humanidad ni de ternura." (Pág. 155).

Dentro de este molde, tras el que no se hace difícil imaginar la semblanza -al menos con los rasgos que fueron conocidos en España- de caudillos marroquíes auténticos como el denominado Roghi o el Raisuni, caben los restantes jefes marroquíes de factura literaria: el menos perfilado y en apariencia más burdo Mohamed Abd-el-Mulek de Pasión de moro, el inteligente y cauteloso sherif Kadur Amar Mohatar en ¡Kelb rumi! o Abd-el Selam en Mohammed, personajes todos ellos que, en cierta medida, aúnan la grandeza y la miseria de su raza y su cultura. No falta tampoco la imagen degradada de éstos, aquéllos en los que sólo se enfoca su semblante más grosero, lo que no son más que crueles bandoleros o facinerosos desprovistos de cualquier rasgo de honorabilidad: Bujarrai y Maimón, en Neima, la sultana de Alcazarquivir, o ese cabecilla degenerado en vulgar matón que aparenta ser El Kandi, en Luna de Tettauen. Incluso el caudillo marroquí por excelencia, el propio Abd el Krim, hace una fugaz aparición en el relato de Ruiz Albéniz<sup>197</sup>, y a través de sus lúcidas y premonitorias



palabras -no exentas de cierta doblez- se atisba una actitud y un carácter en algún sentido semejante al de aquellos personajes sin referente real.

Si en las novelas del capítulo precedente veíamos que la presencia del nativo quedaba reducida a la mera figura de feroz guerrero, en éstas -con las únicas excepciones de Allá en el Rif..., que sigue las mismas pautas de aquéllas, y de Por encima del odio, en la que ni existe tal figura- se amplía el panorama, aportando también un retrato, en ocasiones minucioso, de los marroquíes como colectividad, de su entidad cultural y religiosa, de su vivir y sentir cotidianos, de sus costumbres y ritos. Al tratarse de relatos donde lo bélico no ocupa un primer plano, tampoco el perfil del moro en su faceta de combatiente alcanza lugar predominante, lo que no impide que cuando se le encuadra desde este ángulo siga manteniendo las mismas características ya conocidas, tanto de empeño en la lucha, como de ensañamiento con las víctimas españolas. Esto se hace evidente en varias de estas narraciones, pero sobre todo en los despiadados y salvajes rifeños que trazan Mohammed o ¡Kelb rumi!, donde la guerra está más presente y abundan las escenas de brutalidad, semejantes a las que poblaban la novela de la Legión:

"Allí estaba el cadáver, desnudo, de la pobre cantinera. ¡La habían cercenado los pechos! ¡Tenía entre los dientes un despojo masculino!" (¡Kelb rumi!, pág. 215).

Sin embargo, incluso este aspecto de la ferocidad rifeña, y marroquí en general, cobra una dimensión más global, se encuadra en su ser cultural y antropológico. Por ejemplo, en la misma fábula de Ruiz Albéniz, se explica el porqué de algunas conductas en apariencia sólo achacables a primitivo salvajismo, cual la mutilación de los enemigos caídos, a la que ya aludí en las páginas dedicadas a la campaña del siglo anterior:

"-No juzgues mal por lo que ves [advierte el sherif Kadur Amar Mohatar al protagonista]. Crees que es saña, cueldad, eso que te repugna, y no es sino fanatismo, ignorancia. En estas tierras aún se cree que al enemigo no lo libera de nuestra persecución ni la muerte. Aunque estos cadáveres no fuesen de cristianos, aunque fueran de creyentes, se les habría mutilado lo mismo. Dice nuestra ley que el día de

la resurrección todas las almas de los fieles habrán de venir a la Tierra a buscar sus cuerpos, y con ellos se presentarán ante el juicio del que todo lo puede; pero no será admitido a la presencia de Dios quien llegue con un cuerpo incompleto, siquiera no le falte sino un diente. Para condenarle a esta extrema pena, al odiado enemigo se le mutila y se esparcen sus restos, con el fin de que nunca acierte a reunirlos." (Pág. 218).

También encuentran su justa explicación otros comportamientos de semejante índole, cual el de rematar a los heridos españoles: "-(...) El rifeño no perdona, es obligación y honor entre nosotros rematar al enemigo herido", (pág. 196). O el de hacer lo propio con los suyos en vez de acarrearlos con el resto de sus columnas. Primero, por la casi imposibilidad física de hacerlo, por el retraso que ocasionan a quienes deben moverse con rapidez<sup>198</sup>; después, por lo rudimentario de sus medios sanitarios, que no aseguran la curación<sup>199</sup>; y, finalmente, porque sus creencias religiosas propician una abulia ante el destino, ante lo que "está escrito"<sup>200</sup>. Por no mencionar que estas mismas creencias aseguran el paraíso a los caídos en combate. Lo mismo podría decirse de su aireada proclividad para hacer la guerra, que si vista desde fuera parecer innato instinto belicoso, según se refleja, por ejemplo, en Yamina<sup>201</sup>, cuando se profundiza un poco más se comprende esta necesidad de estar preparado para la defensa o el ataque, cuyas raíces se hunden en la consuetudinaria tradición prescrita en la ley coránica de saldar las deudas de sangre, de considerar la venganza como habitual pauta de justicia y honor. Así lo señala uno de los oficiales españoles en Luna de Tettauen:

"-(...) Estamos en el país de las *deudas de sangre* que duran siglos... y que aquí, 'el que la hace, la paga', (pág. 69).

Tradición tan arraigada que causa serios problemas al capitán Olivares, en Neima la sultana de Alcazarquivir, cuando intenta reconciliar a dos cabecillas rivales:

"No era tan fácil el arreglo como había creído al principio; cobrando y pagando esta deuda de sangre perdieron la vida cuarenta hombres de ambas familias, y los que sucumbirían si no se llegaba a un arreglo", (pág. 18).

Teniendo en cuenta la elevada ponderación que los personajes femeninos alcanzan en estas novelas, casi todas las aquí mencionadas ofrecen un menudeo de datos e informaciones sobre la situación y el papel social de la mujer en Marruecos, que, a juzgar por su reflejo literario, parece poco envidiable. Ya desde su nacimiento son consideradas hijos de segunda categoría: "Entre la familia reinaba sincera alegría. Si el nacido hubiera sido mujer, no fuera tan grande el regocijo; antes hubieran tenido el suceso por desgracia."<sup>202</sup> Consideración que continúa durante su etapa de aprendizaje: "-(...) Aquí no se educa, ni se instruye a la mujer, y cuanto hay de amable en ella es instintivo, nativo."<sup>203</sup> Una vez que llegan a la edad en que pueden ser desposadas aportan, mediante la dote que entrega el marido, la única satisfacción al seno familiar. A partir de ahí su suerte se bifurca según procedan de un medio urbano o rural. A las primeras el destino les reserva la pasividad y el encierro hogareño, balsamizado en parte por su desahogo en las azoteas: "Las azoteas son el mundo de las mujeres, una ciudad superpuesta a la otra, el recinto donde únicamente ellas son dueñas de sí, su casino, el campo de sus juegos."<sup>204</sup> Y sólo parcialmente roto en ocasiones por esporádicas salidas de casa, velado su rostro -tradición que deriva de la superstición, según se dice en ¡Mektub!<sup>205</sup>-, para visitarse entre ellas: "Eran dos moras muy tapadas que tal vez regresasen de las visitas que suelen hacerse unas a otras, único entretenimiento de estas pobres reclusas."<sup>206</sup> La existencia depara mayores grados de dureza para las que viven en el campo, pues al aislamiento de las de ciudad unen los rigores de un animalizado trabajo, penurias que sintetiza una de las mujeres marroquíes en Yamina:

"-(...) A nosotras, aquí, ya sabes lo que nos espera. Somos flores de un día, a las que el marido sustituye apenas deshojadas por otras más lozanas, quedando relegadas a ejecutar las más rudas faenas del campo. Llega en este país a tal extremo el desprecio

a nuestro sexo, que no es raro, sino muy frecuente, ver a una mora arrastrando un arado, ayuntada con una vaca o un borrico." (Pág. 87)<sup>207</sup>.

A cambio, la mujer muestra sumisión y fidelidad absoluta al marido e incluso a las férreas tradiciones religiosas que impiden su relación con infieles<sup>208</sup>. En este sentido, el asesinato de Mohammed por la celosa Fátima en Mohammed constituye una de las escasas manifestaciones de rebeldía, atenuada, no obstante, por el origen español del marido. Asunto, este de la mezcla de razas y credos que en ese relato ni siquiera se apunta, pero que en otros constituye el insalvable obstáculo que frustra la relación. De ahí que, desde una lectura atenta al estricto trato personal entre los amantes, la mayor parte de estas fábulas narren una transgresión de los inflexibles preceptos musulmanes, y de ahí también que los relatos más consecuentes, y con una mayor voluntad por enraizarse en la atmósfera marroquí, terminen en tragedia para los que se han atrevido a contravenir la ley. Así lo atestiguan Una hoguera en la noche, Luna de Tettauén, ¡Kelb rumi! o ¡Mektub!, opuestos a aquellos otros que optan por un final feliz, tal vez más asequible al gusto del lector pero de menor coherencia con las coordenadas raciales, religiosas y culturales en las que se enmarca la historia de amor.

La presencia del judío, la otra raza que cohabita con el moro en el norte de Marruecos es, al igual que sucedía en las novelas sobre la campaña del siglo anterior, más bien escasa y su caracterización no ha experimentado apenas variación. Siguen siendo ciudadanos de segunda, cuya vecindad, aunque tolerada, no parece despertar ni siquiera mediano entusiasmo entre la mayoritaria población musulmana. Sin duda el desmedido apego del judío por el dinero y su exiguo escrúpulo en la actividad comercial<sup>209</sup> no resulta ajeno a esta peyorativa consideración, que también comparten los narradores y personajes cristianos de estas narraciones. Al efecto, Sender nos ofrece uno de los ejemplos más ilustrativos al comienzo de Una hoguera en la noche, cuando un capitán español humilla a un comerciante judío arrojándole una moneda al suelo como pago de la mercancía que ha comprado<sup>210</sup>. Un sentimiento recíproco, si reparamos en la hebrea Esther de Luna de Tettauén, cuyo adúltero comportamiento deviene paradigma del soterrado enfrentamiento entre ambas culturas:

"-(...) Esther es una hebrea orgullosa de los grandes destinos de su pueblo, y Amín es moro. Amín no puede olvidar que es *el señor*. Y ella le odia con toda su alma, como reacción natural de pueblo despreciado... Yo creo que esto tiene más poder en ella que su mismo temperamento, y que es la verdadera causa de todos sus devaneos. ¡Son devaneos de odio y de destrucción!" (Pág. 160).

Otro buen número de elementos ambientales ayudan a completar la imagería sobre el mundo marroquí. Uno de los más destacados lo constituye el del culto islámico, enfocado desde los ritos externos más llamativos para la mentalidad occidental, como la celebración del Ramadán, costumbre que se explica con detalle en ¡Mektub!<sup>211</sup> y más someramente en Aixa y Cárcel de seda<sup>212</sup>; la forma en que se llevan a cabo las ceremonias nupciales, de las que da detallada cuenta Luna de Tettauen<sup>213</sup>; o los ritos de diferentes cofradías, entre los que sobresale -por la reiteración en varios relatos-, la de los *hamachas* -también denominados *hadmachas* o *jamachas*, según el texto- consistente en una procesión en la que los penitentes portan pequeñas hachas con las que se hacen cortes en sus rasurados cráneos, descrita en Aixa<sup>214</sup> y en Luna de Tettauen<sup>215</sup>, y citada de pasada en Neima, la sultana de Alcazarquivir<sup>216</sup>.

Junto a estos acontecimientos mayores aparecen otra serie de detalles menores orientados casi siempre a vituperar la religión musulmana, oponiéndola al virtuosismo cristiano y mostrando cuanto de primitivo y fanático hay en aquella. Un síntoma más de lo degradado de esta civilización, como bien sintetiza Amores africanos:

"Y es que aquella civilización que brilló un momento llevaba los gérmenes de la putrefacción en su misma constitución interna, en su religión absurda, en su organización social y política." (Páginas 129-130).

No menos censurable resulta la idea y materialización de la justicia coránica, que más se asemeja a una cruel venganza, habida cuenta de la extrema brutalidad que la caracteriza, y es que, así lo asegura un oficial español en Luna de Tettauen: "-(...) Aquí se aplica todavía la ley del Talión en toda su pureza: 'Ojo por ojo, diente por diente.'" <sup>217</sup> Claro que su reflejo

aún resulta pálido al lado del mantenimiento de prácticas tan abominables como la esclavitud, presente sobre todo en los dos relatos de Jesús R. Coloma y en el de Fermín Requena.

No quedaría completa la imagen de este Marruecos literaturizado sin las múltiples pinceladas de pintoresquismo costumbrista que asoman por estas novelas. Desde las fiestas en honor del amigo, como el correr de la pólvora, el "*bab el barud* de los árabes"<sup>218</sup>, hasta el protocolo de las comidas, la forma de hacer el té o la de preservarse contra el mal de ojo mediante la mano de Fatma. Sin olvidar la animación de los zocos, no solo lugar de transacciones e intercambios de mercaderías, sino centro aglutinador de la vida social y política:

"El zoco, con su apariencia comercial, con su aspecto de mercado español al aire libre, es el lugar donde se forjan todas las rebeldías, ya contra el sultán, ya contra las naciones protectoras o bien para combatir unas cabilas contra otras." (*Yamina*, pág. 288).

Y en el zoco, o en sus inmediaciones, surgen los contadores de cuentos o los encantadores de serpientes, que configuran la imagen de animación y folklore de lo más externo y llamativo que los españoles ven en estas tierras, como dice Francisco Camba: "Una estampa de tiempos remotos, cobrando vida por milagro (...) resucitar la dulce antigüedad a tan corta distancia de nuestro mundo ligero."<sup>219</sup> Estampa que se completa con algunos otros detalles reveladores de cierta idealización, como el hermanamiento del pueblo árabe con la poesía que sugiere Jesús R. Coloma en sus novelas<sup>220</sup>, reflejos que contrastan con el sesgo de fanatismo religioso y actitudes primitivas y salvajes que, en especial el propio Coloma, han imprimido al moro en esta novelística.

Esta misma percepción de lo obvio marca la pauta en cuanto al tratamiento del espacio. A pesar de la importancia de lo marroquí en estas novelas, este parámetro apenas juega baza de importancia en el entramado de ficción, quedando limitado casi en exclusiva a la recreación más o menos detallista de los lugares referenciales. Aparte de las repetidas alusiones, ya antes mencionadas, a las terrazas como demarcación propia o espacio de libertad

-de relación amorosa ilícita en este caso- de la mujer autóctona y de la radical bifurcación que algunos relatos -sobre todo La pared de tela de araña- establecen entre el medio urbano, caracterizado como civilizado y culto, y el rural, descrito como bárbaro y salvaje, lo demás es ausencia total de cualquier dimensión simbólica o connotativa. El espacio sirve de escenario para el conflicto pero, a diferencia de los aspectos raciales, religiosos o culturales, toma escasa parte en su desarrollo o desenlace.

Más que de espacio, como coordenada de la construcción narrativa, en estos relatos habría que hablar de lugar, como datación topográfica de las ciudades y pueblos marroquíes, como descripción de una estructura urbanística y social. Desde este punto de vista, se hace habitual el menudeo de datos sobre historia, ambientes, usos y costumbres de la población, que configura el marco referencial en que se mueven los personajes y que, a modo de sucinta guía de viajes, permite al lector hacerse idea de un contexto por entonces remoto. Son notables, por ejemplo, las elaboradas recreaciones de Beinat y Tafilal en Aixa, que permiten ver las diferencias de toda índole entre un núcleo urbano amplio como el primero y un pequeño pueblo montañoso como el segundo, los contrastes entre las zonas musulmana, hebrea y europea o los escasos recursos que se ofrecen a los españoles para combatir el tedio en Beinat. Igual puede decirse de la por aquellos días poco conocida población de Xauen, que llama la atención de los narradores por el primitivismo de sus construcciones y la actitud silenciosa y recóndita de sus ciudadanos, apreciable en La pared de tela de araña y más someramente en Amores Africanos. Por no hablar de Tetuán, que, en su superior rango de capital del Protectorado, da muestras de una diversidad ambiental mucho mayor. Lo común es que todos estos lugares, al igual que sucede con el conjunto del universo marroquí, estén enfocados con una mezcla de fascinación y desprecio o basculen hacia uno u otro polo. Fascinación por lo que tienen de panorama insólito, de hallazgo exótico para los ojos del extranjero imbuído de orientalismo libresco; algo de lo que no escapa ni el Sender juvenil, que en Una hoguera en la noche hace deambular a Ojeda por un Tetuán más en consonancia,

según él mismo indica, con la imagería de cualquier relato de Las mil y una noches que tomado de un natural que por aquellos días aún era ajeno a la experiencia del escritor:

"Llegó a un paraje donde la soledad y la tristeza se habían dado perenne cita. La calle se abría un poco para dejar ver un trozo de cielo azul (...) Poco después distinguía la dulzura monótona de una música de *guembrí* (...) Unos pasos más allá observó, por el pequeño espacio de una puerta entreabierta, una fantástica perspectiva de narración oriental que él había adivinado quizá entre las páginas de Las mil y una noches." (Pág. 88)<sup>221</sup>.

Y desprecio por cuanto los tradicionales prejuicios religiosos, raciales y culturales hacia lo árabe y musulmán no permiten al español apreciar lo que ve en su justa dimensión, sino siempre estableciendo la comparación con lo que le es propio y considera superior. Del todo ilustrativa resulta, al respecto, la descripción de Xauen que Jesús R. Coloma lleva a cabo en Amores africanos, donde estos aporismos enturbian un justiprecio de la belleza del lugar, que, sin embargo, también se puede entrever:

"(...) Mientras Europa ha caminado, los árabes no sólo se han estancado, sino que han retrocedido; su civilización se halla como aletargada en sueño multisecular./ En pleno sueño medieval dormita aún, como ninguna otra, la capital de Ajmas, Xauen, la ciudad encantada toda quietud e inacción, envuelta en el manto aristocrático de su silencio de templo milenario (...) Perdida la grandeza de sus antecesores en España - Córdoba, Granada, Sevilla, Toledo-, hállase hundida entre la maraña del alcorán, cuyas suras son más impenetrables que la gaba de los montes yebalís./ Parecen iguales todas las ciudades moras; una mirada superficial sólo ve calles angostas y retorcidas, sucias y despobladas; casuchas bajas, recubiertas de polvo y roña (...) Y, sin embargo, cada una de las ciudades del Imperio del Mogreb -si eso es un Imperio y aquéllas tienen categoría de ciudad- es diversa de las demás (...)/ Xauen también posee carácter propio, inconfundible: es, para los moros, 'la ciudad santa', y todo en ella parece respirar quietud de rezo, silencio de plegaria."<sup>222</sup>



Y si el tratamiento del espacio se caracteriza por su simplicidad, tampoco la organización temporal de la historia narrada responde a planteamiento demasiado elaborados. Por costumbre se imponen los más tradicionales patrones, esto es, la anécdota se cuenta como un hecho pasado y va avanzando mediante una linealidad cronológica hasta llegar a su desenlace. O bien se comienza a narrar desde un punto que sirve de referencia presente y luego el relato va encaminándose hacia el futuro, lo que merced al modo epistolar sucede en Allá en el Rif..., donde, atendiendo a la temprana fecha de publicación, esta técnica debió de ajustarse a la propia realidad del acto de escritura, es decir, el autor fue encauzando su obra según el discurrir real de los acontecimientos, de ahí las incoherencias internas que señalaba antes. Este proceso lineal sólo se rompe ocasionalmente con la introducción de alguna analepsis de los protagonistas, vueltas atrás aclaratorias del carácter o la conducta de los personajes en momentos anteriores a los sucesos referidos, y cuya frecuencia e intensidad suele ser la única diferencia entre las diferentes narraciones. Por ejemplo, en Aixa y Luna de Tettauén, dos relatos que según ya he dicho antes mantienen notables similitudes entre sí, sólo hay una anacronía en cada una de ellas. Unas pocas páginas sirven en la primera para orientar sobre la soledad y ausencia de calor familiar que ha padecido el teniente Enríquez durante su infancia y adolescencia, que justifica su comportamiento presente, su un tanto alocada búsqueda de amor. Mientras que en la segunda, un sólo párrafo resulta suficiente para que Rafael Alcántara evoque su suerte pasada y, amparándose en ella, actúe con imprudencia y desdeñe los consejos de Salud, *la Gitana*, que le anticipa los peligros venideros. Esta misma fórmula se emplea también cuando el relato ha comenzado *in media res* en cuanto a la trayectoria del personaje, que no de la historia central que se está narrando; así sucede, por ejemplo, en Pasión de moro y en Cárcel de seda. En ambos casos estos retrocesos temporales dan razón de la presencia de sendas protagonistas en el escenario marroquí. Además, en la novela de Camba explica el motivo por el cual Mohamed el Hossein secuestra a María del Carmen, que no es otro que el conocimiento previo que el moro había tenido de la cristiana durante un viaje pretérito a tierras españolas. Tan escaso artificio en la organización temporal

aún se simplifica más en Neima, la sultana de Alcazarquivir y en Amores africanos, donde la linealidad de la fábula no se quiebra en ningún momento. Sencillez que en el segundo título llega a la franca torpeza, merced al arbitrario y abusivo empleo del presente histórico como anacrónico recurso enfatizador de determinadas escenas, que no sólo revela una obvia y burda manipulación del narrador omnipresente, sino que produce una sensación de fragmentación narrativa que, si en las novelas por entregas podía cumplir la función de crear expectativas al lector, carece de sentido cuando éste dispone de la totalidad del texto. Sirva el siguiente como mero ejemplo de lo que Jesús R. Coloma repite hasta el hartazgo. La escena narra el intento de fuga de Federico, el hermano del protagonista, mientras los personajes que han de ayudarle esperan el resultado de su andanza:

"La noche es oscura como en las temporadas lluviosas (...) El capitán trabaja, concluyendo de cortar los últimos ligamentos de hierro que unen los barrotes (...) Saca el cuerpo y se arroja al vacío (...) Los centinelas han llamado a la guardia; ésta corre detrás del prisionero (...) De pronto una mano, una garra de cóndor, le sujeta el hombro (...) Abdelaziz, Fedla y Myriam [que esperan para ayudarlo] oyen la greguería bullanguera y burlona de los mehasnis, que llegan diciendo al preso.

'-(...) Anda, anda al calabozo que mañana verás lo que te pasa.

'Y con la congoja en el alma y amargores de tuerca en el paladar se retiraron los tres espectadores de este drama." (Páginas 287-289).

Dentro de esta generalizada simplicidad, hay, no obstante, algún ejemplo de estructuración temporal certera y ajustada a la fábula referida. Tal sucede con Una hoguera en la noche, donde el aún incipiente narrador Ramón J. Sender deja ver ya un acertado pulso para dosificar el ritmo narrativo mediante la presencia de sucesos y la elipsis de otros. Algo que, a mi entender y en igual sentido se pronunció tiempo atrás Ignacio Martínez de Pisón<sup>223</sup> y con posterioridad otros críticos, se rompe en la posterior edición de 1980 merced al desafortunado insertó de La fotografía de aniversario en el texto original de la Hoguera.

Mayor complejidad en su esquema temporal presentan aquellos relatos en los que la función narradora se desdobra en una multiplicidad de personajes o en los que la historia llega al lector a través de una instancia mediata. Un primer avance con respecto al esquema antes señalado lo ofrece ¡Kelb rumi!, novela que, aun manteniendo una cronología lineal en lo que se refiere a la peripecia de su protagonista, puede considerarse como una larga recuperación del inmediato pasado de Alberto. El comienzo de la narración coincide con la agonía final del personaje y todo lo que el lector va conociendo es la transcripción que de su confesional testimonio en forma de diario va haciendo el médico del asilo para dementes que lo ha atendido en sus últimos momentos. Aunque Ruiz Albéniz no saca excesivo provecho en la explotación de la técnica del relato fenoménico, dado que la única finalidad de lo que Alberto va escribiendo durante su cautiverio es: "Ser como un sedante para el ansia incesante de mi espíritu de hacer algo por España (...) [y] que quizá algún día llegue a ver la luz pública para enseñanza de estultos y corrección de extraviados."<sup>224</sup> Con esta forma de contar tal vez quiera justificar una visión reflexiva y distanciada de las causas que originaron el desastre de Annual. Intento en el que a mi juicio naufraga del todo, en primer lugar porque la mayor parte de las informaciones referentes a la penuria de medios y a la desorganización general en que se encontraba la Comandancia de Melilla en los días previos a la *débâcle* las transmite mediante el estilo directo, los oficiales se lo van comunicando unos a otros<sup>225</sup>. En puridad parece imposible que si estas ideas circulaban entre miembros del ejército sin demasiada responsabilidad en las decisiones militares, el general jefe de la Comandancia las ignorase o no hiciese caso de ellas, claro que, como ya he mencionado antes, una de las intenciones prioritarias de Ruiz Albéniz consiste en hacer recaer la responsabilidad de esta derrota sobre Fernández Silvestre y, desde este punto de vista, los comentarios de los oficiales son coherentes con la voluntad del autor. Por otro lado, resulta bien sabido que la recreación literaria no tiene por que ser fiel deudora de la realidad histórica. Ya no cabe entender, sin embargo, tan coherente, desde la perspectiva de la construcción narrativa, que los personajes inmersos en la tragedia tengan noticia previa de cuál va a ser el lugar de retirada o puedan

hacerse cabal idea de en qué estado se encuentran las tropas y cuál es la disponibilidad para enviar refuerzos, como con absoluta convicción responde un oficial ante la pregunta del protagonista:

"-Pero ¿tú no crees que acudan refuerzos?

'-¿De dónde? Los de vanguardia huyen desesperados hacia Melilla. Primero que se rehagan pasará tiempo, y no lo harán sino muy lejos de aquí. Y luego..., ¿quién ordenará todo esto? (...) ¿Quién se hace cargo de la situación, y, sobre todo, quién nos asegura que lo que ha ocurrido en el este no está ocurriendo en el oeste, que la rebelión de los Beni-Said y M'Talza no ha servido de estímulo a los Beni-Sicar, a los Beni-Bugafar, a los Beni-bu-Ifrur?" (Páginas 132-133).

Y si tales reflexiones, en exceso clarividentes, agrietan la verosimilitud de la fábula, lo que ya termina de resquebrajarla es que el propio Alberto durante su cautiverio, limitado su conocimiento de la situación al reducido campo visual que pueden abarcar sus ojos, tenga criterios para valorar la labor que el ejército español está realizando o, más exactamente, no realizando:

"(...) ¡Cuántas veces, en cuántas noches de insomnio había tratado de buscar justificación a la ausencia de aviones en el cielo rifeño! ¿Cómo -me decía- si España no puede sacar sus soldados de Melilla [¿cómo lo sabe él?], no se decide al menos a castigar al indígena, bombardeando sus zocos, arrasando sus aduares, quemando sus silos, cazando a sus hombres de guerra?" (Pág. 280).

Desde otro ángulo, el que se ocupa de la historia de amor entre Alberto y Nura, narrar los acontecimientos en forma de suceso ya concluido permite la presencia de algunas indicios que, sin resultar impertinentes -por cuanto el lector desde el comienzo tiene alguna noción de cuál será el desenlace-, van tiñendo la relación entre ambos de un sino trágico, como si Nura supiese de antemano el precio que habrá de pagar por un amor ilícito, contrario a la raza, a la religión y a la cultura; un amor que en su origen ya anticipa su final y en el que de alguna manera se encierra una de las máximas del pensamiento musulmán, el *estaba escrito*:

"- Mira. Esa espuma que forma la clara del huevo, y que se extiende y cubre casi toda el agua, es mi destino; es la pasión que me quema. La yema del huevo, ¿no la ves hundirse lenta, caminar hacia el fondo, pero sin desprenderse del todo de la espuma que flota en la superficie...? Es la muerte. Mi amor me llevará a la muerte."<sup>226</sup>

Tanto La pared de tela de araña como ¡Mektub! alcanzan grados de elaboración superiores a los de la novela de Ruiz Albéniz en cuanto a la coordenada temporal y a la estructura se refiere. El primero de estos relatos comienza *in media res* y la acción presente va alternando con vueltas al pasado explicativas de lo sucedido a los dos personajes centrales Abdala y Axuxa durante su breve vida en común, cuya azarosa relación conoce el lector por boca de un narrador testigo, un español vecino y amigo de Abdala, a quien a su vez se la va contando el palafranco del protagonista durante el viaje que ambos emprenden para intentar recabar noticia sobre el paradero de Axuxa. Esta estructura alternante de momentos pretéritos y presentes, que se mantiene casi a lo largo de todo el texto, aún se complica con la presencia de algunas otras analepsis que refieren brevemente episodios ocurridos a los personajes en tiempo anterior al de la historia narrada, que puede considerarse desde el enamoramiento de Abdala hasta su separación final, episodios como la participación del protagonista en la campaña contra los españoles en el siglo anterior o los que dan cuenta de los primeros años de matrimonio de Yamna y Abd-el Jalak, dos personajes secundarios. Contribuye también a crear la sensación de fábula fragmentada la presencia de un segundo narrador, Abraham Yahuda, otro personaje secundario a quien se encomienda la localización de Axuxa durante su estancia entre los montañeses, y que conduce la narración durante más de cuarenta páginas, aquellas en las que no está presente el español amigo de Abdala.

Camino distinto sigue ¡Mektub!. Aquí la organización temporal va asociada a la presencia de dos voces narradoras distintas. Un primer narrador, impersonal, cuenta la llegada del capitán Sandoval a la posición en la que debe sustituir al malogrado Santiago, su predecesor en el mando. Luego, el teniente Alarcón refiere a su nuevo superior la peripecia acaecida al capitán Santiago en una larga analepsis de más de doscientas páginas, el asunto central del

entramado novelesco. Al final, el relato vuelve al presente y la voz impersonal retoma la narración para dar cuenta de cómo Sandoval se dispone a seguir pasos semejantes a los que anduvo Santiago, cerrando así una estructura circular que refuerza la dimensión simbólica de esta historia. Además, tanto la parte narrada en tercera persona como la de Alarcón, queda frecuentemente interrumpida para dar paso a relatos parentéticos, breves fábulas o anécdotas de muy variada índole -la mayoría también con un componente simbólico- que detienen el fluir temporal y con las que se quiere dar una imagen más amplia del carácter marroquí<sup>227</sup>.

En ambas novelas se plantea una seria objeción en cuanto a la forma elegida para transmitir la historia. Confiar el discurso a un narrador testigo conlleva una visión restringida a lo que este personaje pueda conocer o a lo que terceros le puedan contar y esta opción no parece la más adecuada para dar cuenta de la intimidad de los amantes o de sus recónditos sentimientos, como, por ejemplo, sucede en La pared de tela de araña, donde habría que suponer que el palafranero de Abdala -que, no debe olvidarse, es quien informa al español que lo relata- conoce hasta el más hondo sentir de su señor:

"Sentía por Axuxa ternura y deseo de someterla a su poder. Cuando estaba allí ella, su terror a disgustarla y apartarla de sí con una violencia habían hecho que contuviese en silencio sus instintos." (Pág. 112).

Pero también conoce el pensamiento de Axuxa, lo que aún resulta más improbable dada la inexistente relación con ella:

"Había pensado aprovechar el incidente de Shalum para excitar los celos de su esposo y mortificarle. Ofendida cada vez más por su desdén; en el acrecentamiento de su hambre sexual y de su curiosidad no saciada (...) no sabía qué hacer para que Abdala fuese con ella menos afectuoso y más apasionado (...) Empezaba a nacer en ella, por Abdala, odio y desprecio." (Páginas 91-92).

Y lo que desde luego ya resulta de todo punto inverosímil es que este criado haya podido acceder a las intimidades de dormitorio entre ambos:

"La noche tercera puso regalos a los pies de la criatura (...) Axuxa no hizo aprecio (...) Abdala la acarició más (...) Axuxa ni se resistió ni acompañó las caricias, pasiva como un ser sin resortes. Únicamente en la oscuridad silenciosa de luego, sigilosa y reptante, alcanzó desde su colchoneta el alto sitio de su marido y le despertó con sobresalto al encontrar entre sus brazos la forma tibia, blanda, gatuna, que dejaba sobre su boca el hálito perfumado de su respiración y refregaba sus manos breves entre las barbas espesas. Axuxa le besó pegada a él (...) y con un pie nervioso, desnudo, de suavidad sutil, insinuó el movimiento al pie apergaminado."<sup>228</sup>

En ¡Mektub! la omnisciencia del narrador testigo, en cuanto a la relación entre la pareja protagonista, se hace bastante menos ostensible, manteniéndose dentro de unos límites de aceptable verosimilitud y sólo en algún momento se desliza algún indicio de exceso, en especial cuando se trata de los sentimientos de Zohra, a los que Alarcón no tiene acceso de primera mano:

"Zohra amaba cada día más al capitán, pero de extraña manera. Amaba lo que había en él de musulmán evolucionado (...)/ Este injerto de musulmán y cristiano, era lo que amaba Zohra, con apetencia de fruto agri dulce." (Páginas 173-174).

Sin embargo, también resulta impropio que pueda referir minuciosa y pormenorizadamente una escena en la que no está presente, cual puede apreciarse en la entrevista entre el protagonista y el xerif Ameh Ben Mohamed el Harraz el Alamy. Incluso teniendo en cuenta que el capitán Santiago informa a su subordinado casi de todo cuanto le acontece, procedimiento por el que Alarcón puede relatar otros sucesos en los que no se encuentra *in situ*, este momento, tanto por su extensión -unas quince páginas- como por la prolijidad en el detalle, resulta impertinente. Aceptable hubiera sido que se diera a conocer un sintético resumen de lo allí tratado, pero Corrochano opta por un inadecuado estilo directo que devuelve en su integridad la escena tanto a Sandoval como a un lector atónito ante el exacto conocimiento de argumentaciones, réplicas y contrarréplicas habidas entre ambos personajes, que exhibe quien sólo lo cuenta por referencias.

Los modos del discurso en los relatos que optan por una única voz narradora se mantienen dentro de fórmulas del todo tradicionales, con escasas diferencias con respecto a las ya vistas en la novela sobre la Legión y, como en aquéllas, deudoras en buena medida de las formas de contar de la narrativa decimonónica. La historia se transmite a través de un narrador impersonal -salvo en Allá en el Rif... que opta por la primera persona y la epístola- cuya ilimitada omnisciencia le permite inmiscuirse en la fábula, no sólo mediante el habitual recurso de dar cuenta de los juicios y sentimientos de los personajes, sino valorando su proceder e incluso el discurrir de los acontecimientos. En cuanto a los primeros, son frecuentes los epítetos que, al lado del nombre, ponderan la conducta del personaje a gusto del narrador: "La hebrea perversa" (Luna de Tettauen), "El puñal del infame Maimón" (Yamina) o "Las lágrimas de la mártir" (Pasión de moro). Otras veces, los comentarios exceden la mera adjetivación pero conservan toda su carga de tendenciosidad:

"(...) Abd-el-Krim -siempre dispuesto a la maldad y al crimen (...)" (Mohammed, pág. 22).

"Aquellos bárbaros que, habiendo perdido las cualidades que adornaron y enaltecieron a sus antepasados gloriosos, apenas conservaban de ellos otra cosa que su espíritu sanguinario." (Amores africanos, pág. 327)

Aún de menor recato narrativo dan muestras cuando lo enjuiciado afecta a los hechos referidos en la propia fábula. Recurso que se convierte en común proceder en todos estos textos:

"No aplaudimos esta severidad de costumbres ni tampoco estamos conformes con otras muchas que hoy están de moda (...)" (Neima, la sultana de Alcazarquivir, pág. 316).

"(...) Bien hicieron en darse prisa los jóvenes." (Amores africanos, pág. 278).



"En las guerrillas, a cada instante, se vuelven los rostros a ver cómo marchan las obras.

'-¡Cochinos *muhendis* -ingenieros! ¡Cuánto tardan! ¡Ya los pondría yo aquí! -suelen decir los "paisas".

'No tienen razón." (*Aixa*, pp. 209-210).

De igual forma, suele ser del todo frecuente que no limite su función a la de mero relator de acontecimientos, sino que, tal vez por añadir pasión a lo contado, se incluya el mismo, y de paso también al lector, en uno de los bandos contendientes, claro está que siempre en el español, mediante expresiones como: "nuestro héroe"; "nuestros soldados"; "nuestros expedicionarios"; "nuestro Protectorado"; "nuestra querida España"; o, la ya francamente chusca, "nuestro sol de Andalucía."<sup>229</sup>

Junto a éstos, otra larga serie de usos -a los que sólo me referiré de pasada por no repetir lo ya tratado en capítulos precedentes- dan cuenta de la permanente presencia del narrador, no como rastro furtivo, sino como absoluto rector del discurso y de la historia contada. Abundan, por ejemplo, las impertinentes intromisiones de todo tipo y grado. Por sólo notar algunas, véase la forma ingenua y sorprendente, de que se sirve Celedonio Negrillo para la creación del espacio al comienzo de *Yamina*:

"En un delicioso valle cerrado por los ingentes picachos de la serranía de Riaño (...) situó la fantasía del novelista un pueblecito de ensueño, al que llamaremos Fuenteclara."

Y raro es el texto en el que no se hace explícito el diálogo con el lector, mediante las ya conocidas fórmulas de falso desconocimiento, familiaridad, complicidad o innecesarias llamadas de atención y recuerdos:

"¿Para qué seguir la descripción si con ello solamente hemos de amargar, con el recuerdo de los hechos, la vida dichosa de alguna gentil ex prisionera que nos lea?" (*Mohammed*, pág. 21). \_\_\_\_\_

"Sale la columna (...) ¿Qué será de ella? O sorprenderá o será sorprendida." (Aixa, pág. 264)

"Dejémosles llorar; era la dicha en forma de lágrimas." (Neima, la sultana de Alcazarquivir, pág. 234)

"Pinoverde nos exige mención especial porque es su actuación la que nos ha llevado a describir la fiesta." (Luna de Tettauen, pág. 189)

"La casa de nuestros amigos, a la cual ya me has acompañado en otras ocasiones, amado lector." (Aixa, pág. 83)

"Poniendo en su andar y en su rostro aquel misterioso empaque, tan señorial y tan grave que ya conocemos." (Amores africanos, pág. 92)

"Recibido por los negros que ya conocen nuestros lectores." (Yamina, pág. 319)

De esta inmoderada omnisciencia del narrador se derivan cuestiones que afectan a la visión. Menos habitual que la intromisiones anteriores, pero no infrecuente, resulta la nula restricción de su punto de vista, que le permite desplazarse de un lugar a otro de la fábula, tomando y dejando personajes y situaciones sin mesura ni pudor. Aunque en esto también hay grados. Algunos relatos ya dan muestra de alguna selección, aunque tímida, en cuanto al enfoque, adaptándolo en ocasiones o por completo al de los protagonistas, cual, por ejemplo, deja ver Una hoguera en la noche, donde el enfoque se acomoda a la óptica y pensamientos del teniente Ojeda. Otros, por el contrario, continúan rigiéndose por semejantes pautas a las seguidas en los folletones decimonónicos. De mero ejemplo puede servir la forma en que se refieren los últimos momentos del desastre de Annual en Yamina. El narrador abandona a los personajes centrales en Melilla, tras haberlos ido siguiendo desde el comienzo de la novela,

y de repente aparecer en Monte Arruit con el fin de dar pormenorizada cuenta de la caída de esta posición y del destino del general Navarro y sus hombres, para, una vez concluido el luctuoso episodio, retornar al lugar donde se encontraba:

"Los expedicionarios leoneses habían establecido su campamento en la calle Siete de Julio del Barrio Real (...) Las noticias que llegaban del campo eran alarmantes en sumo grado. La columna del general Navarro, refugiada en Monte Arruit, había perdido la artillería y se hallaba en situación desesperada (...) Reunió el general Navarro a los jefes y oficiales en consejo de guerra para acordar las bases de la rendición (...) El primero en salir (...) fue el general, seguido de un grupo de oficiales, a los que rodearon los jefes de cábilas, conduciéndolos a la estación (...) comenzando una cacería horripilante por aquella fieras sedientas de venganza (...)" (Páginas 40-43).

Bastante más artificiosa, y cercana a los viejos usos, resulta la pluriubicación del narrador en Neima, la sultana de Alcazarquivir, cuyo tratamiento del punto de vista resulta ya del todo anacrónico para la fecha de su publicación, pues en nada se aparta de los modelos a los que se ajustaba la novela por entregas.<sup>230</sup>

Una variante de este esquema general la adopta Francisco Camba en Cárcel de seda, donde la conducción del relato se encomienda a un personaje secundario, un testigo de los acontecimientos. Sin embargo, las obligadas restricciones de visión y conocimiento que impone la narración desde la primera persona en modo alguno se avienen con el planteamiento desde el que el escritor gallego encara su historia. Las objeciones que sobre este mismo asunto ya comenté antes, al hablar de La pared de tela de araña o de ¡Mektub!, alcanzan en este caso dimensiones de total despropósito. Las vivencias de María del Carmen, la protagonista, durante su secuestro y la posterior relación amorosa que establece con Selam el Mehdy, su captor, con cierta dificultad podrían ser contadas por un testigo presencial, dado que en buena parte se desarrollan en la intimidad de los personajes, pero, desde luego, lo que ya parece de todo punto imposible es que sean referidas por alguien que ni siquiera se

encuentra en el lugar ni nadie le ha dado noticia de lo sucedido, cual le sucede al teniente Fortea. Tras la desaparición de María del Carmen de la zona española toda su peripecia queda en un ángulo muerto para el militar, a pesar de lo cual, desde una aparente impersonalidad, sigue dando cuenta de lo que acontece merced al tan forzado como inverosímil recurso de un sueño -no queda claro si presunto o real- que le permite conocer la trayectoria de la protagonista. Este cambio de visión produce ya una cierta perplejidad en el lector, pero toda la falsedad del artificio queda al descubierto tras el despertar de Fortea y la posterior confirmación de que lo que en principio parecía soñado ha devenido realidad.<sup>231</sup>

A todo lo anterior cabría añadir que la mayoría de estas novelas denotan un más que notable afán didáctico. El narrador, por lo general, no se limita a dar cuenta de lo que acontece a los personajes, sino que también hincha el relato con excursos narrativos de toda índole. En ocasiones no son más que meros apuntes sobre costumbres y modos de vida de los marroquíes, pero no pocas veces estas consideraciones al margen de la fábula sirven de vehículo para ilustrar al lector sobre la superioridad racial, cultural, histórica y sobre todo religiosa de lo español y cristiano sobre lo rifeño y musulmán. Esta infraponderación hay que atribuirle al intrínseco fanatismo que encierran sus creencias, cuyas consecuencias han sido una degradación en las costumbres personales y sociales, y un estancamiento, cuando no un retroceso en su civilización. Por mencionar sólo un par de ejemplos significativos de tales apreciaciones, que, bien de forma latente o explícita, aparecen diseminadas por todo este grupo de narraciones, véase la escasa sutileza con que lo presentan en sus textos José María López, desde un enfoque más ceñido a lo religioso, y Jesús Rubio Coloma con una perspectiva más amplia:

"Doña Amparo en sus explicaciones les había dicho que Jesucristo vino a combatir las pasiones de los hombres y Mahoma a lisonjearlas; el uno funda su religión con la predicación del Evangelio, mientras el otro se vale de la fuerza de las armas como medio para propagarla; Mahoma prohíbe los estudios como perniciosos, con lo que fomenta la ignorancia cubriéndola con el nombre de sumisión y ciega obediencia,

mientras que Jesucristo quiere y busca la luz (...)/ La influencia dentro de la sociedad no puede ser más distinta; el influjo de una es bienhechor, mientras que el de la otra es nulo, como lo comprueba el grado de civilización en que se encuentran los pueblos según que practican una u otra." (Neima, pp. 338-339)

"La vieja raza agarena, tan poderosa antaño, tan dominadora, ha decaído hasta los límites de la extinción (...)/ Y es que aquella civilización que brilló un momento llevaba los gérmenes de la putrefacción en su misma constitución interna, en su religión absurda, en su organización social y política. Por eso un pueblo que tan alto había subido ha venido a caer en el actual abatimiento. Mientras Europa ha caminado, los árabes no sólo se han estancado, sino que han retrocedido." (Amores africanos, pp. 129-130)

Este didactismo se amplía y toma nuevos rumbos en la novela de Ruiz Albéniz, donde, además de no faltar los habituales planteamientos denigradores de las costumbres y religión de los rifeños<sup>232</sup>, se quiere ofrecer al lector una visión razonada del desastre de Annual y las causas que lo provocaron. La novedad que, desde la construcción novelesca, presenta ¡Kelb rumi! con respecto a los restantes relatos es que la transmisión de estas ideas no se confía en exclusiva o de manera principal a la voz del narrador, sino que se ponen en boca de los propios personajes. Esto confiere al texto, en su primera parte, un carácter más discursivo que narrativo, ya que en las cotidianas conversaciones entre oficiales se ofrecen dos puntos de vista contrapuestos sobre la moral de las tropas, las carencias organizativas y las insuficiencias de toda índole que aquejan a la Comandancia de Melilla. Uno de los interlocutores suele sostener la postura que bien podría considerarse la oficial del jefe de la Comandancia en aquellos días, mientras que el otro -no se sabe por qué clarividencia- defiende la que, según se pudo constatar con posterioridad, se ajustaba a la realidad de la situación:

"-(...) Contra lo que tú digas, aquí no habrá paz ni orden mientras no se vaya a Alhucemas y hagamos polvo a esos fenómenos de valor que se llaman bocoyas y beniuurriagueles.

'-(...) ¿Te has hecho cargo de cuál es nuestra situación en el día de hoy? ¿Acaso ignoras que de los veinticuatro mil hombres de la zona, están en España, con licencia, más de la tercera parte? (...) Además, ¿no sabes que tenemos muy cerca de cien puestos guarnecidos?... Pues si es así, ¿de dónde quieres que Silvestre saque esa columna famosa de que hablas, para avanzar nada menos que hasta el corazón del campo de Alhucemas?" (Pág. 84)<sup>233</sup>.

Bien hay que decir, como señalaba unas páginas atrás, que lo que subyace como tesis principal es la inculpación del general Fernández Silvestre como máximo responsable de la derrota, merced a su imprudencia y a un ilimitado afán de gloria que, tal y como se nos presenta en la narración, ni siquiera es capaz de darse cuenta de las especulaciones que se airean entre algunos de sus oficiales. Incluso la explicitación de esta actitud irresponsable y de sus causas se la cede Ruiz Albéniz a un personaje de muy escasa importancia en la fábula pero de decisiva entidad en los acontecimientos reales, al propio Abd el Krim, quien, aunque con voluntad exculpatoria hacia sí mismo, revela al protagonista:

"-(...) No sabes cuánto he luchado por contener a estas gentes y por convencer a tu general. Pero éste estaba loco; creía que yo le engañaba, que era empresa fácil venir al corazón del Rif en contra de las cabilas, y ya ves lo que ha ocurrido (...) yo le pedía sólo que se estuviese quieto mientras que recibía dinero, que si él no me lo daba ya tenía yo de quien recibirlo, para con eso ir ganando adeptos a nuestras empresas. Pero él, con provocaciones constantes, con verdadera fiebre de venir a Beni Urriaguel, por celos de Berenguer, por no ser menos que él, ya que triunfaba más con la política que con las armas en Yebala, un día y otro empeoraba la situación" (pp. 229-230).

Si los procedimientos técnicos y constructivos vistos hasta ahora dan cabal idea de cuales fueron los presupuestos literarios y estéticos desde los que se escribieron la mayoría de estos

relatos, el aspecto de uso de la lengua y estilo no hace sino abundar en la muy generalizada escasez de exigencia artística. Tal vez por referir peripecias de carácter amoroso, resulta rasgo común a casi todos ellos el apartarse del registro funcional para infundir un marcado vuelo lírico a la prosa, sin embargo, éste suele resultar corto y malhadado, no sólo por hallarse amalgamado con insuficiencias léxicas y precariedades sintácticas, sino porque las más de las veces se sustenta en un retoricismo convencional carente de aportaciones personales o en una irrefrenable y afectada cursilería que se desparrama en una multiplicidad de imágenes, metáforas y comparaciones. Como mero ejemplo de este almibaramiento expresivo:

"(...) tras el tupido velo del egoísmo, tendióse, cual rosada aurora, el amor de Ricardo." (Allá en el Rif..., pág. 88)

"Fue en mayo florido y galán, cuando la tierra entera se rejuvenece y adorna con sus galas mejores." (Por encima del odio, pág. 5)

"Llegó él a Marruecos, pletórico de fogosidades, para gozar de una vida independiente y libre, mariposa que quería gozar de todas las flores, sin detenerse en ninguna." (Luna de Tettauén, pág. 151)

"El alma de aquellos muchachos, todo corazón, se abrió en manojos de flores sentimentales." (Amores africanos, pág. 33)

"Una sonrisa de piadosa compasión posóse como una mariposa en los labios de María del Carmen." (Cárcel de seda, pág. 149)

"El firmamento, próximo a arrojarse en tinieblas con pedrería rutilante de estrellas." (Pasión de moro, pág. 17)

"El termómetro del amor marcaba un grado más." (Neima, pág. 199)

Esta falta de frescura se manifiesta también en todo tipo de fórmulas estereotipadas, recargamientos y ampulósidades declamatorias que, además de dar al relato un aire de vejez prematura, apartan las historias contadas del sentimiento verdadero para sumirlas en el sentimentalismo fácil y ramplón de novela rosa para lectores poco exigentes. Siendo estos usos moneda corriente en todas estas obras, en algunas de ellas su incidencia supera la media. Así, en Yamina, un extremado y añoso retoricismo -de construcciones como: "El sol que calienta las laderas de la sierra como en pleno estío, se refleja en las cristalinas aguas de los arroyos, que semejan corrientes argentíferas", (pág. 2); o "la noche oscura, serena, tachonada de rutilantes estrellas (...), trenzando con su hélice una guirnalda de esmeraldinos joyeles", (pag. 33)- se da la mano con redundancias léxicas dentro de una misma oración -"conocen perfectamente el arte de la guerra, y saben asimilarse perfectamente sus doctrinas", (pág. 55); o "aquella valerosa mujer, que valerosa le hizo sacrificio de su vida", (pág. 192)- y con la incorrección ortográfica -en la página 74 se lee "valadí", aunque tal vez pueda achacarse a errata de imprenta-; incluso, y esto sí que, además de una perfecta síntesis de su estilo, es del todo achacable a descuido del autor, en una misma construcción cohabitan la ampulosidad y el desconocimiento léxico, cual puede verse en: "Al aparecer el sol por el oriente, elevándose majestuoso sobre el horizonte cual divina custodia de refulgentes destellos sobre el ara del altar [los subrayados son míos]<sup>234</sup>", (pág. 236). Aixa y Neima, la sultana de Alcazarquivir tampoco dan muestras de mayor elaboración en su prosa. En la primera el engolamiento y una presunta voluptuosidad expresiva -"las estrellas lucían limpidas en el cielo, algunas parecían parpadear; la Luna en su plenilunio hacía una mueca, como si presintiese a un nuevo Pierrot, dispuesto a endosarla [el laísmo es suyo] sus lamentaciones de amante burlado por una veleidosa Colombina", (pág. 87)- no mitiga el empleo de expresiones del todo vulgares: "en llegando<sup>235</sup> a este punto, Armando se desbordaba", (pág. 162). Y no menos llamativo resulta su tratamiento del léxico, que le lleva a utilizar cultismos -"a *prima* [el subrayado es mío] noche se destacaban en los picachos", (pág. 201)- o preposiciones en desuso -"se marchó cabe



las cañas", (pp. 198-199)-, pero desconoce vocablos de uso frecuente -"le atiforró [vulgarismo por 'atiborró'] de dulces y caramelos", (pág. 105)- o emplea incorrectamente adjetivos del todo coloquiales: "instrumento músico [?]", (pág. 41). Mientras que la segunda novela presenta un estilo menos proclive a la hinchazón retórica -lo que no quiere decir que no puedan hallarse algunas cursilerías, como, por ejemplo, la señalada un poco más arriba-, sin embargo, sus descuidos e insuficiencias tampoco son menudos. Desde construcciones gramaticales incorrectas -"pudo contemplar (...) una hermosa musulmana", (pág. 7)- hasta errores léxicos de variado tipo: "en la primer fuente que encontró", (pág. 38); "tomaron un taxis", (pág. 251). A lo que habría que añadir otro buen número de faltas de atención, en especial afeantes redundancias fónicas: "es sumamente amante del recato", (pág. 316).

En el extremo contrario, cabría hablar de algunas obras que hacen patente un poco más de esmero en el aspecto lingüístico. En primer lugar hay que referirse a La pared de tela de araña, donde, a pesar de un repetido laísmo<sup>236</sup>, la prosa alcanza un más alto grado de elaboración que en el resto de estas novelas, como ya en fecha temprana ponderó, a mi juicio con notable exceso, Valentín de Pedro, al considerarla "la primera obra literaria de consideración que se ha escrito en estos tiempos, desarrollada en Marruecos", a lo que el citado crítico, ya refiriéndose en concreto al estilo, añade: "lleva a la prosa algo de la inquietud que transforma el verso moderno. Gusta de la belleza de la palabra sin trabas y de la imagen (...) Su prosa tiene novedad y belleza. Nada de incongruencias, nada de laberíntico."<sup>237</sup> Imprime Borrás a su relato un estilo en el que predomina lo lírico, con abundantes descripciones personales y paisajísticas en las que a menudo da cabida a elementos con cierto carácter tópico -amaneceres, atardeceres, etc.-, sin embargo, su expresión sabe apartarse un tanto de los cauces establecidos para darle un toque de originalidad y de voluntad artística. Además, se muestra más comedido y alejado de la afectación en sus expansiones llamémoslas de carácter poético: comparaciones, metáforas o imágenes. Y, por otro lado, cuando utiliza recursos de este tipo, su selección del léxico y las asociaciones resultan más

precisas y adecuadas que las exhibidas por los otros narradores. Véase, por ejemplo, como describe el crepúsculo en Tetuán:

"En Tetuán no hay alba. El día quita la noche de repente. El sol ya está allí cuando todavía no se ha ido la noche, apareciendo entre sus cortinas negras. Todo es día casi, porque el sol prolonga su vida, envejece haciendo despacio su ruta en el cielo. El día es así, sin la dulzura del alba, una sorpresa. Luego el globo de luz caliente va retostando la ciudad, la vega, el mar, la montaña, haciendo esmeraldas los verdes, cristalino el mar, azules las sombras, que se acurrucan en los ángulos de las callejas, últimos pedazos de la noche. Parece que todo el cielo es un enorme sol que deslumbra. El aire mueve la luz en la atmósfera. La luz bruñe el agua como oro. Sin saberse el misterio, todo lo cerrado, una habitación recóndita, una arqueta, tienen dentro resplandor. Por fin el sol se agota por completo, quedándose vacío como una esfera de vidrio que ha vertido su líquido ardiente. Es la noche, no porque el sol se vaya, sino porque se acaba. Y no hay alba en Tetuán, mas por ello hay interminables crepúsculos." (Pág. 51)

Con todo, tal vez donde resida el mayor acierto expresivo de esta novela no sea en sus aspectos más aparentemente líricos, sino en un estilo conciso, de sintaxis rápida y sincopada, unida a un léxico sin ninguna concesión ornamental, que utiliza en ocasiones esporádicas, en descripciones de paisajes y sobre todo de la vida en los campamentos, en las que esta sequedad formal da rigurosa cuenta del agostado campo marroquí o de la cotidiana existencia cuartelera en las posiciones destacadas:

"Cada campamento me asombra. Habían llegado unos cuantos miles de hombres. Se pararon allí y de pronto surgió inesperadamente la ciudad. Alzadas de trecho en trecho esas setas disformes de las tiendas, albergan un hormiguero tan incesante como ruidoso. Ruedas de caballerías pacíficas con la boca metida en un saco; cocinas sobre fogones hechos con pedruscos; un almacén verde, cuadrado, con banderita blanca y una cruz encarnada en la banderita; una fila de cañones grises; galopadas; gritos; una

corneta; muchas toses; alambres que vienen de lejos sostenidos por simétricos palitroques; cavar; llevar bultos, limpiar, cantar, encender el fuego. '¿Dónde hay agua?' 'Allí.' Buscar agua. A todas horas voces de mando seguidas de movimientos rígidos. Un centinela en el extremo de allá, con un fusil terminado por una espina de acero. Un tiro. Risas. 'Debe ser un paco.' Los soldados unos a otros: 'Anda, que te van a atizar menudo pacazo, paisa.' Se cuenta lo que ocurrió ayer. Un oficial a todo escape, a caballo, y un soldado detrás. Una nube que avanza dando rápida sombra: se ensombrece el campamento como se puede ensombrecer un semblante. Sol risueño otra vez. Tiros lejanos. Un clarín y enorme agitación. Darse unos contra otros, corriendo. Barullo. Ir veloces hacia todos lados; atarse correajes; arreglar caballos; cargar acémilas; enganchar cañones. Desorden nervioso (...)" (pág. 122).

¡Mektub! también presenta una voluntad de estilo superior a la media. Al igual que Borrás, Gregorio Corrochano se decanta por un predominio del registro lírico como eje vertebrador de su discurso, en el que abundan comparaciones, metáforas, imágenes y personificaciones<sup>238</sup>, que nunca resultan manidas, chabacanas o redichas, y a las que incluso en los casos más extremos -y en verdad poco frecuentes en el texto- siempre les falta un último paso para rozar la cursilería<sup>239</sup>. Este talante creativo se percibe sobre todo en una metaforización extrema que de cuando en cuando distorsiona el lenguaje y le da una orientación próxima al humorismo y a ciertas formas ramonianas, de las cuales -atendiendo al notable predicamento de que gozaba Gómez de la Serna por aquellas fechas- es muy probable que sea deudor. A mi juicio, estos usos pueden dar -como en efecto ocurre- brillo a la expresión, pero en puridad no son sino excesos que restan sobriedad a una historia en sí misma trágica y a cuyo tono general no se adecúan las más de las veces. Por su significación, transcribiré algunos ejemplos de entre los muchos de semejante corte que aparecen en sus páginas:

"El capitán Sandoval comenzó a pasear apresuradamente por la terraza, que recorrió varias veces, porque era más corta que sus reflexiones." (Pág. 63).

"Gordos, lustrosos, hartos de festín [los cuervos], pero sin saciar su ansia devoradora, más que aves, aquel rosario negro y agorero parecía el pecado de la gula en acecho." (Páginas 91-92).

"Un puente romano, uno de esos arcos tan característicos, que han quebrado el espinazo del puente por temor a mojarse." (Pág. 57).

"Eché a andar, inseguro y vacilante, como el hombre que tiene agujetas en el alma." (Pág. 232).

No obstante, tales desmesuras encierran un ánimo artístico que, presente en todo el relato, encuentra cauce más atinado en aquellos momentos en que el discurso se inclina hacia la ironía -al referir cómo se ve la guerra desde Madrid<sup>240</sup>- o hacia la concentración expresiva como síntesis de una situación. Tal sucede, por ejemplo, al acercar su mirada a las víctimas de la guerra que caen desprovistas de todo honor, los soldados que han contraído enfermedades: "uno tras otro van desapareciendo, devorados por la fiebre, calladamente, sin ruido de tiros ni glorias de combate, sin que nadie celebre su valor, como si no hubieran luchado, como si no hubieran existido, como si no hubieran muerto", (pág. 226). O al sentimiento de tristeza que la remembranza de la amada genera en el protagonista:

"Comenzó el paisaje a velarse a sus ojos, como si la bruma le enturbiara o como si el humo del aduar perdiera su rigidez, y se extendiera por todo el horizonte. Sin embargo, ni había bruma, ni el humo dejó de ser un limpio trazo vertical. Lo comprobó en cuanto pasó el pañuelo por los ojos." (Pág. 215).

Mención destacada merece también Una hoguera en la noche, y por varios motivos. En primer lugar, porque pese a la juventud e inexperiencia narrativa de Sender ya se vislumbra un confiar en lo visual como medio para transmitir sensaciones al lector:

"Por una juntura de las lonas penetraba un filo de luna que le atravesaba la cara como una cicatriz monstruosa." (Pág. 107)<sup>241</sup>.

"De nuevo le rendía el sueño, no el sueño tranquilo de un principio, sino un sopor morboso, lleno de tristes visiones presagiadoras./ En medio de un inmenso osario, muy parecido al que su fantasía adivinara en la llanura inmediata al fortín, se erguía un mokandi colosal que tenía por manos dos hojas de chumbera, erizadas de pinchos venenosos, y gritaba incansable un estribillo con voz de falsete (...)" (Pág. 107)<sup>242</sup>.

Una característica de su prosa que aquí todavía se manifiesta en ciernes, pero que más tarde, sobre todo en Imán, adquirirá plenitud y gran fuerza expresiva. No obstante, este relato primerizo ya aventura uno de los grandes aciertos del estilo senderiano, sin mencionar que todo lo visual cobra mucha mayor importancia en la edición de 1980, en especial en ese capítulo XI donde se narran los efectos alucinógenos provocados en Ojeda por el hachís, pero claro ésa ya es otra historia y ni el añadido pertenece al Sender juvenil ni a la original redacción de la novela. En cualquier caso, baste reparar en que la imagen onírica recogida en la segunda de las citas no dista mucho de aquellas otras que asaltan a Viance en su solitaria huida del escenario del desastre militar, según veremos en capítulo venidero.

Por otro lado, con harta frecuencia -y absoluta razón- se ha subrayado el carácter modernista del relato, y acaso donde mejor se plasme tal influencia sea en los usos lingüísticos. El joven narrador refleja en su estilo un buen puñado de resabios característicos de ese modo de entender la lengua literaria y cuyo más obvio exponente se encuentra en las personificaciones y en esas metáforas y comparaciones enojadas a las que tanta devoción mostraron los escritores tardomodernistas:

"Comenzaba a declinar la tarde. Por poniente el cielo se vestía de escarlata y oro. Una campana sonaba lejos, sueños de bronce y cristal." (Pág. 90)

"Bajo la magia del cielo -plata repujada- y la maravilla desoladora del momento bañado de luna (...)" (Pág. 105)

Fórmulas expresivas que en la edición de 1980 han quedado aligeradas de retórica o suprimidas del todo<sup>243</sup>. Pero el Sender anciano llega incluso más lejos, al corregir y parodiar algunos aspectos de su estilo juvenil, desvelando sus discrepancias de escritor maduro en una suerte de autotranstextualidad. Así, por ejemplo, en la versión primera puede leerse:

"Siempre que buscó su motivo esencial sintetizando en un símbolo el alma de la estación de los poetas, lo encontró en el *leit-motif* de un estudio musical de Czerni, vacilante, tras de los cristales cerrados del balcón que daba a la plazuela romántica." (Páginas 108-109).

Mientras que en la reelaborada con posterioridad, se ha convertido en:

"De aquellos balcones llegaba el sabido *leit-motif* de una sonata de Czerni y esas palabras (*leit-motif*, Czerni) le parecían especialmente reveladoras de una sensibilidad inmadura." (Pág. 54).

Y, por mencionar otro pasaje aún más explícito, donde en la edición de 1923 escribía:

"-(...) Dayedda está profundamente interesada por mí." (Pág. 124).

En la de 1980 reescribe:

"(...) Ella está también interesada por mí.'/ La palabra 'interesada' le pareció ridícula." (Pág. 78).

Al margen de la mayor o menor habilidad en el uso de recursos y modos propios de la lengua literaria, otro de los rasgos muy extendidos entre todas estas novelas es la sustitución de las formas verbales de pasado en indicativo por las de pretérito imperfecto de subjuntivo. El empleo de esta fórmula puede dejar ver un apego en buena parte de estos autores a un estilo arcaizante o revelar su deuda con los hábitos periodísticos<sup>244</sup>, lo que tal vez haya que considerar más probable si tenemos en cuenta que la mayoría de los que recurren a esta práctica alternaron ambas actividades. En algunos textos este uso queda restringido a la forma de imperfecto de subjuntivo que por lo general se menciona en primer lugar -cantara-, lo cual

las mantiene dentro de uno de sus primitivos valores, tales son, entre otros, los casos de Ruiz Albéniz<sup>245</sup>, Corrochano<sup>246</sup>, Borrás<sup>247</sup> o Negrillo Coron<sup>248</sup>. Sin embargo, otros autores emplean ambas formas del imperfecto de subjuntivo con carácter indistinto, incluso con preferencia por la segunda *-cantase-*, que nunca respondió a este uso, así puede verse en José María López<sup>249</sup> y en Francisco Camba<sup>250</sup>.

Un último aspecto común en todos estos relatos es la multiplicidad de voces pertenecientes bien a la jerga soldadesca del ejército de Marruecos o bien al dialecto árabe hablado por los nativos -de manera directa o sujetas a las distorsiones fonéticas que le impusieron los españoles- que aparecen diseminadas por sus páginas. A diferencia de lo ya visto en las novelas de la legión, cuyo vocabulario apenas recogía ningún término de los que podrían considerarse propios de esta guerra, aquí no hay un solo texto que no de cabida a este tipo de léxico. En la mayoría de los autores estos vocablos se circunscriben a los más extendidos, sin embargo, no falta quien atestigüe una notable familiaridad -incluso erudición- con el habla propia de los marroquíes de esta parte del país. Tal es el caso de Víctor Ruiz Albéniz, cuyo *¡Kelm rumi!* carece de casi toda virtud literaria, pero acumula una cantidad tal de voces en dialecto rifeño como para elaborar un glosario<sup>251</sup>. Sin llegar a tal profusión, en el resto de los relatos tampoco escasean las palabras pertenecientes al idioma árabe hablado en esta zona. Son por lo general expresiones que se hicieron habituales entre los españoles que tuvieron alguna relación con esta guerra, bien soldados o periodistas, muchas de las cuales se repiten con frecuencia en toda la novelística sobre las campañas españolas en Marruecos, unas veces en boca de los personajes y otras hasta en la del narrador. Por ejemplo, suelen aparecer con asiduidad: *baraka* (bendición de Allah), *baro* o *baraud* (gresca con tiros o refriega), *chau-chau* (peculiar algarabía del disputar de los marroquíes), *dar* (casa mora) o *alijudi* (judío) entre otras muchas. El otro tipo de léxico particular, el que da cuenta de la jerga soldadesca en español, se manifiesta con términos como *paco* (francotirador<sup>252</sup>); *república* (asociación de oficiales para compartir los trabajos y gastos derivados de la vida en común); *ramona* (el que se encarga de la organización de la cocina en una república de oficiales); *paisa* (soldado

nativo de Regulares) o expresiones como *saber manera*, con la que se designa el comportamiento de los militares que merced a su experiencia son capaces de resolver los conflictos de orden bélico o estratégico de manera satisfactoria.

### 1.3. El hombre en la guerra.

Bajo este título que, según quedó dicho en lugar anterior, puede parecer un tanto arbitrario como pauta organizativa desde un punto de vista argumental o temático, ya que no de otra cosa sino de hombres y de guerra se trata en todas estas páginas, se da cabida a aquellos relatos cuyo asunto se centra en las repercusiones físicas, morales, económicas y de cualquier otra índole que la guerra tiene sobre los individuos que se ven obligados a hacerla. No es el hombre en su faceta de militar o combatiente el que aquí interesa, sino el hombre en su dimensión integral de ser humano en la que sólo una parte responde a su puntual y transitoria condición de soldado. Queda, por consiguiente, al margen o en un plano secundario el aspecto estrictamente militar o bélico de la campaña, entendido al menos como recreación literaria de una sucesión de combates y de actos de mayor o menor heroicidad -lo que, por ejemplo, se retrataba en las novelas sobre la Legión- o como reflejo costumbrista de la vida militar en campaña, asunto del cual se ocupan otra serie de novelas que serán comentadas en capítulo venidero. Aquí la guerra y toda su imaginería de aniquilamiento, destrucción y muerte, que en ocasiones se nos muestra con notable relieve, no es sino motor desencadenante de una tragedia humana que se convertirá en eje rector de la narración. El protagonismo de las historias aquí contadas no recae en militares profesionales laureados y recompensados con generosidad por sus grandes hazañas, aquellos que encontraron en la contienda ocasión propicia para el medro personal; ni tampoco esos literaturizados héroes anónimos que se redimen de pasados devaneos en acciones viriles y gallardas o encaran la muerte con rictus despectivo y chulesco. Bien al contrario, los personajes retratados en la casi totalidad de estos relatos son los soldados rasos o sus inmediatos en el escalafón de tropa, los que fueron arrancados de su realidad cotidiana y empujados a Marruecos por imperativo legal,



por decisiones políticas que ni conocían ni en general podían alcanzar a comprender; las víctimas del conflicto, que lejos de hallar en él ocasión para dar rienda suelta a su bravura, pagaron un elevado tributo en miseria personal y degradación humana. La guerra de Marruecos que recrean las más críticas de estas novelas carece de cualquier grandeza, no es sino un fraude, una estafa, cuando no un deliberado acto criminal cometido tanto contra el joven que deja una sustanciosa parte de su vida o de su integridad física y moral en aquellos remotos parajes, como contra el pueblo español en su conjunto. Nos encontramos pues, aunque no en todos los casos, ante las primeras manifestaciones de narrativa antibelicista sin rebozo que se escribieron sobre esta contienda. A lo que en ocasiones se añade un decidido contenido antimilitarista, ya que, en algunos títulos, la censura no se circunscribe sólo a la guerra, alcanza también a sus rectores, a los profesionales de la milicia, a los detentadores del poder en cualquiera de sus grados, tanto da que éste fuera escaso o casi omnímodo. En ellos con frecuencia se pinta la estulticia profesional, la crueldad, y otros viciados comportamientos individuales o colectivos dentro del gremio.

Claro que esa cierta unicidad que estos textos presentan en cuanto a que todos, de una u otra forma, se ocupan de las repercusiones que la guerra y de la influencia que el paso por el ejército en tales circunstancias ejercen sobre el individuo, no significa una identidad de tratamiento. Bien al contrario, a menudo tras este primer aspecto común se plantean unas notables divergencias que afectan a los elementos argumentales y temáticos pero, sobre todo, a los planteamientos ideológicos y de ideación novelesca desde los que fueron escritos, cuestiones en las que a veces resultan incluso antagónicos. Con ello quiero adelantar que no se busque un aire de familia entre todas estas narraciones, al menos con la evidencia que podía verse en los relatos de los capítulos precedentes. Se trata simplemente de una organización personal, y como tal subjetiva y discutible, establecida en torno a unos cuantos elementos comunes y a un gran número de divergencias.

Este tratamiento del asunto, poco o nada contemporizador con las posturas oficiales sobre la contienda, relacionado con la fecha de publicación de estos relatos arroja cierta luz en lo

tocante a la escasa o nula permisividad de la censura durante el régimen primorriverista, en cuya etapa hay una ausencia total de publicaciones que se decanten por presentar puntos de vista adversos o simplemente críticos con cualquier aspecto de la guerra. Todos los textos cuyos planteamientos resultan acusatorios, bien por sus contenidos antibelicistas o antimilitaristas, o bien por su discrepancia con el modo en que se condujeron las operaciones en el frente, aparecieron antes del pronunciamiento -como sucede con La tragedia del cueta, de 1922- o cuando esta situación ya había terminado. Tal es el caso de Imán, Uno de tantos o ¡Los muertos de Annual ya son vengados!. Las excepciones a esta regla en este caso sí que puede decirse que no hacen sino confirmarla. Por ejemplo, El blocao, donde no hay una censura directa ni frontal contra lo sucedido en Marruecos, fue publicado en forma de libro en 1928, en la última fase de la dictadura de Primo de Rivera y cuando el levantamiento rifeño ya había sido aplastado por completo, a pesar de lo cual, la narración inicial, la que da título a todo el volumen, no pudo ver la luz de forma aislada sólo un año antes debido a problemas administrativos, aun teniendo en cuenta que había ganado el premio extraordinario de un concurso literario organizado por el diario El Imparcial. Su aparición se hizo posible al quedar este relato incluido en un texto que superaba las doscientas páginas, dimensión a partir de la cual la censura del régimen transigía.<sup>253</sup> Aún más ilustrativo sobre estos vaivenes censorios, aunque de signo distinto, resulta la peripecia que hubieron de padecer Ernesto Giménez Caballero y sus Notas marruecas de un soldado, libro cuya actitud crítica sobre la guerra y las penurias del soldado resulta más tibia que la de Díaz Fernández. Ante la imposibilidad de encontrar editor, el joven Giménez Caballero lo compuso él mismo en la imprenta de su padre, y al poco de publicarse, en febrero de 1923, el libro fue retirado de la circulación por orden gubernativa, mientras su autor quedaba sujeto a un proceso militar en el que se llegó a solicitar una larga condena para él. Todo esto sucedía cuando todavía España disfrutaba de un gobierno que, al menos en apariencia, respetaba las formas democráticas. Tras el golpe de estado de Primo de Rivera, el escritor pensó, según manifiesta en testimonio propio, "que si los liberales me pedían una veintena de años, un dictador me

cortaría la cabeza"<sup>254</sup>. No obstante, tal tribulación encontró un final satisfactorio bajo el régimen militar, que, tras someterlo a un consejo de guerra, lo consideró inocente de cualquier cargo y su libro pudo volver a circular, lo que ocurrió en forma de sueltos o folletines en El Liberal de Bilbao<sup>255</sup>.

Desde el punto de vista de las formas y modos narrativos las obras encuadradas en este apartado responden a una absoluta heterogeneidad, que comienza por la propia extensión de los relatos. Cuentos de dimensiones mínimas, como Herida de Guerra o Los últimos días de Ben-Kaddor conviven con novelas breves y novelas. Diversidad que continúa en el mayor o menor grado de ficción sobre el que se asienta la fábula, desde textos en los que la diégesis parece ser mínima -el más difundido es La ruta, de Arturo Barea, que un sector de la crítica ni siquiera incluye entre las obras de ficción- hasta productos cercanos a lo alegórico. Esta disparidad se acrecienta cuando reparamos en la fisonomía y en el estilo de los textos. Algunos responden a moldes del todo seguidistas con las maneras tradicionales de contar, incluso ya muy anticuados en las fechas de su publicación, baste mencionar a Ricardo León, una de cuyas novelas, Jauja, algo tiene que ver con el asunto aquí tratado. También los hay innovadores, bien sea en cuanto a los planteamientos o bien en sus aspectos formales. Ejemplos de estas actitudes rupturistas se encuentran en El blocao, de José Díaz Fernández, máxima representación de la denominada *literatura de avanzada* o corriente del *nuevo romanticismo* -según la denominó el propio autor y teórico de este movimiento- e Imán, de Ramón J. Sender, una de las primeras y más logradas manifestaciones de la habitualmente etiquetada narrativa social de preguerra<sup>256</sup>. Y las desigualdades se mantienen en el terreno de los logros artísticos, donde títulos que, aun con criterios generosos, encontrarían serias dificultades para ser calificados de literarios se mezclan con algunas de las mayores aportaciones a la narrativa en torno a esta guerra de Marruecos, observado todo ello ya con la no menguada perspectiva que proporciona el tiempo transcurrido desde su aparición.

En una primera etapa, la que corresponde al periodo en que se están desarrollando las operaciones bélicas en Marruecos, de 1922 a 1926, alterna la publicación de relatos breves

con algunas novelas. En años posteriores, cuando la guerra ya ha concluido, desaparecen casi del todo las narraciones cortas dejando paso a las amplias. Esta tendencia sólo queda rota por un pequeño y poco significativo relato, Recordando, que aparece en 1934, y ni siquiera como texto aislado, sino dentro del volumen Chumberas y babuchas, cuya parte fundamental está dedicada a la historia de ficción que da título al libro.

Un poco antes del desastre de Annual y de la consiguiente eclosión bibliográfica sobre el asunto marroquí, en 1919, ya había aparecido un cuento que en cierta medida reflejaba las penurias de la vida soldadesca: el titulado "En la noche africana", obra del poco conocido y hoy del todo olvidado escritor modernista, Andrés CEGARRA SALCEDO<sup>257</sup>, e incluido en Sombras, un volumen de relatos breves en esa algo difusa línea de lo que ha venido denominándose prosa lírica. Cegarra capta en un reducido número de páginas y con tono de contenida emotividad una pequeña escena de aquella guerra, un retazo mínimo pero de alto valor significativo, por cuanto en él se contiene parte de la tragedia humana que acarreó la contienda para los miles de soldados que pasaron por allí. Martín hace guardia en un puesto del campamento. Combate la soledad de la noche africana y las penurias de su nueva vida militar evocando su pueblo, su reciente pasado, a sus seres queridos y sobre todo a María, una joven a la que quiere con pasión pero a quien no llegó a declarar su amor antes de la partida hacia Marruecos. Todos sus deseos presentes y sus inmediatos planes de futuro le conducen a su lugar de origen y a lograr casarse con ella. Su evocación se interrumpe al oír un ruido, pero tras él aparece Adolfo, otro joven de su mismo pueblo que acaba de incorporarse al ejército de África. Tras el efusivo saludo, Martín va preguntando a su amigo sobre las gentes de su común lugar de origen, hasta que al llegarle el turno a su amada, Adolfo le dice que María es ahora su novia. Martín siente que todo el mundo de ilusiones que había ido creado se le desmorona en ese instante. Cuando Adolfo se va a retirar surge una sombra amenazante: un moro armado que ataca a los dos soldados. Martín interpone su pecho entre el cuerpo de Adolfo y la guma del marroquí, recibiendo la puñalada que iba destinada a su camarada. El atacante huye y el herido queda tendido en el suelo mientras el

campamento despierta alertado por los infructuosos disparos de Adolfo. Martín, ya moribundo, pide a su amigo que transmita a María todo el soterrado amor que por ella sentía y que ha muerto por la felicidad futura de su amada.

Un relato donde a los motivos de la guerra, el amor y la amistad, destacados en su argumento, se antepone otro de los habituales en la novelística recogida en este epígrafe: el desarraigo del joven soldado, la abrupta separación del hombre de lo que hasta entonces había constituido su entorno cotidiano y las nefastas consecuencias que ello conlleva. Algo que con tonos parecidos o aún más descarnados podremos ver en títulos posteriores. "En la noche africana" anticipa también, en forma de mero apunte teniendo en cuenta sus reducidas dimensiones, algunas de las constantes temáticas y ambientales que configuran la imaginería bélica en estas fábulas: el adusto paisaje marroquí en oposición a la añorada tierra de origen, en este caso levantina y, en consecuencia, oportuno contraste con aquél; el enemigo como una invisible sombra acechante que golpea y huye antes de que el más lento y pesado ejército colonial pueda reaccionar; y, por encima de cualesquiera otros detalles circunstanciales, la poco grata estampa de una guerra llena de penalidades para el joven español obligado a combatir en ella por cuestiones de edad y sin más aliciente que regresar a casa.

Poco tiempo después, cuando la catástrofe militar ocurrida en la Comandancia de Melilla había imprimido una nueva dimensión a la contienda de Marruecos, los relatos literarios comienzan a proliferar, comenzando, según señalé antes, por los de breve dimensión. El primero de éstos lleva por título El sacrificio, de Emilio CARRERE<sup>258</sup>, y apareció en la colección La novela semanal en 1922<sup>259</sup>. Podría decirse que a semejanza del anterior perfila otra breve instantánea de la guerra, pero en esta ocasión narrada con tono epopeyico. Un relato de combate que se extiende a lo largo de poco más de cinco días, los mismos que dura el establecimiento de una pequeña posición española y el posterior ataque y asedio que sufre por parte de los rifeños durante los tiempos posteriores al desastre de Annual. En realidad, atendiendo a la imaginería bélica de que se recubre, esta breve novela se antoja casi una recreación a pequeña escala de aquella derrota, o al menos de la forma en que pudo vivirse

en algunas de las posiciones que configuraban la Comandancia de Melilla, pero con desarrollo heroico y final feliz. Aquí los soldados se defienden hasta agotar sus municiones, sus energías y casi la totalidad de sus vidas, aunque en el último momento una columna salvadora evite el holocausto completo.

Por el modo en que se plantea la trama, mantiene cierta semejanza con algunos de los textos ya vistos en la novela de la Legión. El protagonismo se deja en manos de una serie de personajes de muy dispar condición, que, eso sí, de consuno darán muestras de un heroísmo sin fisuras. Además, al igual que en buena parte de aquellos relatos, y en general de la narrativa de carácter popular, hay una sobreponderación del sentimentalismo fácil que se hace recaer en el pasado de algunos de estos personajes, en una nostalgia fronteriza con lo lacrimógeno. Descontadas estas conotaciones de sensiblería poco exigente, así como algunas concesiones al retoricismo y a la cursilería en su estilo, y algunas reflexiones mostrencas que pone en boca de los personajes, no es obra despreciable en su conjunto, sobre todo porque, es uno de los primeros textos sobre esta campaña que, aun dentro del tono heroico generalizado, deja entrever algunas de las penalidades del hombre en la guerra, tanto las de orden físico como aquellas que torturan su mente mediante la remembranza de una vida anterior o de agobiantes y fantasmagóricas ensoñaciones sobre el presente. Por así decirlo, presenta en estado embrionario un enfoque de lo bélico que más tarde, y ya con una intención reprobatoria, se desarrollará en novelas posteriores. Tampoco puede sostenerse con rotundidad que carezca de cierta voluntad literaria, a pesar de que sus logros estéticos resulten más bien modestos.

Una mayor tensión artística se deja ver en Los últimos días de Ben-Kaddor, cuento de Gabriel ALOMAR<sup>260</sup>, incluido junto a otros en la breve colección titulada El sorbo del heroísmo, editado en 1923 por La novela semanal<sup>261</sup>. Este brevísimo relato narra la conversación que mantienen un día a la hora del crepúsculo un español innominado e Ibrahim Ben-Kaddor, un marroquí humilde pero ilustrado, inteligente y partidario de la cultura europea y de la modernización de su país. El diálogo entre los dos personajes gira en torno

a la actuación española y a la intervención armada que están llevando a cabo. Ambos se manifiestan contrarios a esta guerra. El español porque ve en ella un atentado contra la fraternidad y el árabe porque, sin compartir el fanatismo de sus coterráneos, se siente obligado a abrazar esta causa ante las tropelías y desmanes perpetrados por la barbarie belicista española. El desenlace se produce seis días después de este encuentro, cuando Ben-Kaddor muere defendiendo su aduar y unas ideas con las que no está de acuerdo, ante el ataque a sangre y fuego que lleva a cabo el ejército invasor.

Es éste un muy apreciable cuento de marcado carácter antibelicista que hunde sus raíces en las tesis de una penetración pacífica y una colaboración fructífera para ambos países, bajo los auspicios de la convivencia, la fraternidad y el respeto cultural de España hacia Marruecos. Presupuestos que, atendiendo a la fecha de publicación, ni estaban próximos ni podían gozar de mucha popularidad, al menos a nivel oficial. Nos muestra una perspectiva de la guerra en franca oposición al sentimiento de los individuos, a la razón y a la cultura, donde el mayor peso de la intolerancia recae del lado español, cuyo violento y bárbaro comportamiento ha empujado a los marroquíes a la lucha. En síntesis, Alomar plantea una suerte de humanitaria alegoría sobre los perjuicios derivados de una desdichada y miope actitud neocolonialista, narrada con un acertado tono crepuscular y algunas gotas de lirismo.

La campaña se convierte en motivo un tanto traído por los cabellos en Bajo el sol africano, otro relato breve, pero en esta ocasión de un habitual de este tipo de literatura, Rafael LÓPEZ RIENDA<sup>262</sup>, cuyo nombre resulta ya familiar en estas páginas por sus títulos ambientados en la Legión y de quien aún volveremos a tener noticia en epígrafes venideros. Publicada en 1925 en la colección La Novela Regional<sup>263</sup>, su argumento guarda cierta similitud con el ya conocido de su anterior Mi legionario<sup>264</sup> y también alguna más remota concomitancia con "En la noche africana" de Andrés Cegarra, aunque el aliento poético que sustenta a esta última haga diverger ambos textos. Al igual que en Mi legionario, toma la guerra como referente lejano para hilvanar una tradicional fábula sobre amores desdichados y marcado corte popular, si bien aquí las consecuencias recaen sobre el soldado y derivan de

la obligatoriedad de ir a Marruecos. La anécdota comienza el día en que sortean los mozos de quintas en un pueblo andaluz. A Juanillo, campesino pobre y único sostén de unos padres medio inútiles, el destino le ha deparado África. En realidad, su suerte se la debe más a la ignorancia que le ha impedido gestionar su exención a tiempo que al propio destino. Ahora, durante estas últimas horas de paisano que le quedan ansía declarar su amor a Nieves; no obstante, su timidez le vence, y al final parte hacia Marruecos sin llegar a hacerlo. Nieves, conocedora del amor que le guarda Juanillo, y enamorada a su vez del mozo, se dispone a esperar su regreso. Pero un obstáculo se va a interponer en el camino de ambos jóvenes: don Francisco Morales, el cacique del pueblo, que, admirador de la belleza de Nieves, desea conseguirla para sí. Tras un intento de acercamiento frustrado a través de Micaela, una suerte de celestina, organiza una fiesta con la intención de lograr sus fines mediante sucias atimañas. Primero emborracha al hermano de Nieves para procurarse un apoyo; después le proporciona a ella un bebedizo que le impide ser dueña de sus actos. Con tan malas artes, el cacique consigue lo que se proponía. Juanillo, entretanto, sufre las penalidades de la campaña aliviado tan sólo por el recuerdo de su amada, las cartas que le envía y los planes de un feliz porvenir juntos. Pero la situación bélica va empeorando, hasta que la suerte vuelve definitivamente la espalda al mozo andaluz: la posición donde se encuentra queda sitiada por los marroquíes y sus defensores han de sufrir un largo y cruel asedio. En los ya varios meses que dura esta situación de inamovible cerco, la lenta burocracia ha funcionado y Juanillo ha obtenido un dictamen favorable a su exención del servicio militar, pero nada puede hacerse hasta que no se libere la posición. Un día, una bella "cocot" -así en el texto, que no ha optado por el original *cocote* ni por la castellanización 'cocota'- acude al ministerio de la Guerra en Madrid para interesarse por la suerte de cierto soldado destinado en una posición asediada en Marruecos. Allí le informan de que tal soldado ha sido dado oficialmente por desaparecido, un eufemismo para referirse a los caídos no localizados. La guerra se ha llevado la vida de Juanillo y la honradez de Nieves, arruinando la presumible felicidad de dos seres humanos víctimas de la barahúnda bélica que asoló la España de aquellos tiempos. Una moraleja que



inscribe el relato entre los muchos que glosaron las múltiples y variadas desgracias acarreadas por la contienda marroquí. El asunto, no obstante, queda enfocado por López Rienda desde la más ramplona y obvia óptica de la narrativa popular. En sus páginas se dan cita buena parte de los motivos tópicos que no solían faltar en este tipo de obras: la nefasta influencia del dinero, que todo lo corrompe y atropella; los despóticos comportamientos de los poderosos frente a la ingenuidad y bondad natural de los desfavorecidos; el amor no declarado, cuyo silencio sólo allega sufrimiento; el esforzado hijo que saca adelante a sus desvalidos padres; la honradez mancillada; los peligros que acechan a las chicas bellas pero pobres; y otra serie de lugares comunes en este tipo de fábulas. En realidad, la guerra que por aquellos días se estaba desarrollando se presenta como un añadido idóneo, y novedoso, para escenificar este esquema habitual de la novela popular; un modo de insuflar algo de aire nuevo a esquemas ya repetidos hasta la saciedad. En este sentido la novela de López Rienda resulta paradigmática y del todo ilustrativa, al igual que un año antes lo había sido Mi legionario, de lo que ya ha quedado señalado en algún otro lugar pero que por su importancia no está de más recordar: el abundante juego que la campaña de Marruecos dio entre estos escritores de tercera fila, verdaderos jornaleros de la pluma no muy sobrados de ideas ni originalidad pero ansiosos por suscitar en sus -es de suponer que- poco exigentes lectores una emotividad fácil y pueril.

La penúltima de estas manifestaciones literarias breves la constituye el cuento Herida de guerra, publicado por la madrileña revista La Esfera en 1926<sup>265</sup>, cuyo autor, José DÍAZ FERNÁNDEZ<sup>266</sup>, lo es también de El blocao, uno de los libros más reputados sobre esta campaña, al cual se le dedicará atención dentro de este mismo apartado. Se puede decir que este cuento, atendiendo a las similitudes de contenido que mantiene, anticipa lo que luego será "Cita en la huerta", uno de los relatos que conforma El blocao. Un innominado soldado de "cuota", culto y sensible, que a su vez transmite la historia narrada, malgasta su tiempo víctima del aburrimiento en la Alta Comisaría de Tetuán, donde ha sido destinado. Su única obsesión, tal vez por huir del tedio cotidiano, reside en poder mantener una relación amorosa

con una mora. La ocasión se la brinda un amigo marroquí, Mohamed Haddu, que lo conduce a su casa para que pueda conocer a su hermana Aixa. Tras este primer encuentro en el que sólo hay ocasión para mirarse, el soldado intenta volver a verla pero resulta inútil. Reincorporado a su unidad, destacada en el campo, un día son invitados a la boda de un café y, para sorpresa del soldado, la novia es Aixa. Este descubrimiento le produce una pasajera perturbación que hace pensar a sus oficiales en la necesidad de enviarlo al hospital. Termina el relato recordando que aquel acontecimiento resulta lo único relevante de cuanto le había sucedido en Marruecos, "una herida ya en cicatriz". La temática, aunque aquí se presente bastante más aligerada y casi en embrión, se aproxima en buena medida a la de su obra mayor: la vida del soldado en Marruecos está presidida por la vacuidad y el tedio, por la carencia de expectativas. Esta falta de verdadera actividad potencia sentimientos primarios. De ahí que, a pesar de que su relación con la mujer marroquí quede en algo fugacísimo, este mínimo y trivial contacto se sobredimensiona y se idealiza la figura femenina. Díaz Fernández cuenta la anécdota con prosa cuidada e incluso, no obstante la brevedad, con cierto mimo estilístico, lo que no impide que el conjunto resulte un tanto frío, sin la hondura que caracterizará más tarde a El bloqueo, tal vez porque esta breve narración tan sólo prefigure un mero boceto de aquella otra.

Cristobal de CASTRO<sup>267</sup> publicó en 1927 Los hombres de hierro, relato que, hasta donde alcanzo a conocer, cierra el ciclo de la novela breve sobre este asunto. Aparecida en la colección La novela mundial<sup>268</sup>, presenta una relación más bien indirecta con la guerra, y no porque ésta no constituya el eje en torno al cual se organiza la trama, sino debido a su visión periférica y alejada de la contienda. Sus escasas páginas muestran una de las habituales consecuencias: la muerte de un joven soldado, pero lo hace desde el seno familiar, no desde el frente de batalla. Felipe, hijo único y presumible heredero de don Miguel, un hosco y rico labrador andaluz, entra en quintas y le toca ir a Melilla para realizar su servicio militar. Huérfano de madre y cuidado por Antofica, que siempre lo ha mimado en exceso, ha vivido hasta entonces entre algodones. Cuando el muchacho parte hacia su destino militar, su padre

oculta su preocupación fingiendo no darle importancia porque según su personal lema "los hombres son de hierro". Sin embargo, en la soledad devora con fruición las noticias de prensa sobre la guerra, ansiando no encontrar el nombre de su hijo entre las listas de bajas. Un día recibe un telegrama oficial en el que se le informa de que Felipe se encuentra desaparecido. El preocupado padre acude a Melilla, donde se le dice que el joven se encuentra cautivo de los rifeños, en una cabila proclive a liberarlo a cambio de una cantidad de dinero como rescate. Gracias a la mediación del comandante Leyva, la gestión se lleva a cabo y los cabileños ponen en libertad a un soldado. Cuando éste llega, puede comprobar estufectato que no se trata de su hijo sino de otro cautivo que al darse cuenta de que el reclamado no aparecía, aprovechó la ocasión para salir de allí. Don Miguel pierde la razón y debe ser internado en una casa de salud, donde es visitado por Antoñica, que lo encuentra en un estado de alucinación, leyendo en voz alta lo que cree una carta de su hijo, en realidad, una hoja de papel en blanco que le dan las enfermeras, para después golpearse a sí mismo con un hacha de cartón que para esas ocasiones han dejado al alcance de su mano, mientras repite su lema de que "los hombres son de hierro".

Relato que habla de las repercusiones de la guerra desde un punto de vista poco frecuentado, pues aunque guarda alguna lejana similitud con otro par de novelas que veremos en este mismo capítulo -La tragedia del cuota y La Colorina- y una mayor proximidad con un cuento ambientado en la campaña de 1893, el ya comentado El sustituto, de Clarín, lo cierto es que el enfoque de la tragedia particular desde el ambiente familiar del soldado puede considerarse casi insólito. No obstante, su muy escasa consistencia novelesca malbarata cuanto de hallazgo había en la idea original. Los pocos personajes carecen de toda entidad, ni siquiera el padre, don Miguel, eje en torno al cual se articula la fábula, desarrolla su tragedia ante los ojos del lector, todo lo más se indician algunos esquemáticos apuntes. Además, la narración, aunque breve, se demora en exceso en la pintura de un cierto costumbrismo rural que poco aporta al asunto central y le resta la intensidad que con otra orientación hubiera podido tener. A todo ello habría que añadir una exagerada reproducción fonética de las

particularidades dialectales andaluzas -no siempre ajustada a la realidad ni bien resuelta- en el habla de los personajes, que más que un aporte de gracejo o chispa deviene pesado lastre que ahoga la narración en las aguas de la vulgaridad.

Por lo que atañe a las novelas, la primera de ella es La tragedia del cuota, obra del entonces famoso periodista Francisco HERNÁNDEZ MIR<sup>269</sup>, publicada en el año 1922. Se trata de un relato de muy escasa entidad desde el punto de vista literario donde se nos narra la peripecia acaecida a Pepín Gómez de la Riva, un joven procedente de una adinerada familia; un niño mimado, egósta y manirroto, todo ello con el beneplácito paterno. Tras el desastre de Annual, el ejército lo envía a Marruecos, tal y como sucedió con otros muchos cuotas que por aquellas fechas se encontraban realizando su servicio militar en la Península. Las circunstancias ambientales a las que se ve sometido allí le obligan a cambiar su forma de vida y conducta. Se transforma en una persona solidaria, preocupada por los demás y por cuanto le rodea. En Marruecos consigue desarrollarse como hombre y como ciudadano, pues hasta entonces la educación recibida y el ambiente que lo rodeaba se lo habían impedido, de tal forma que lo que en un principio parece una tragedia personal se convierte en beneficio para él y para la sociedad.

Toda la narración está presidida por un fuerte carácter moralizante, lo que ya puede verse desde el subtítulo, Una escuela de ciudadanos. El hilo central se articula en torno al cambio personal que la guerra y las nuevas vivencias provocan en el protagonista, sin embargo, carece de hondura y hasta de verosimilitud. Como, por otro lado, el poco desarrollo argumental aparece deshilvanado y sin apenas vertebración -el capítulo "Aquí se discute todo", por ejemplo, poco tiene que ver con la trama general, es un añadido innecesario que da pie para hablar sobre la Legión- y su prosa se caracteriza por una elaboración más bien parca y un predominio de los registros coloquiales, cabe sospechar que lo que guió a Hernández Mir no fue tanto la creación de una fábula novelesca con neto propósito artístico en la que se recreara un asunto por él bien conocido, como el aleccionar a la sociedad -al menos a sus posibles lectores- de que la cuestión de Marruecos debía de concitar el interés

de todos y no dejarse en manos de unos cuantos políticos y militares. Esto se apunta en la novela, aunque no de forma directa, sobre todo en lo que atañe a cierta crítica del estamento militar, claro que circunscrita a lo más superficial y externo, preservando la idea de la importante labor que allí están realizando y que aún sería de más alto valor si se condujese con mayor eficacia. Todo el texto viene a constituir un intento por ficcionalizar algunos de los presupuestos ideológicos sobre estrategia política y militar que el autor sostiene en Del desastre al fracaso, su libro de análisis periodístico sobre las causas y posibles consecuencias de la derrota española en Annual.

Al año siguiente, en 1923, aparecieron las Notas marruecas de un soldado, de Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO<sup>270</sup>, obra primeriza del autor y de cuyos problemas administrativos a la hora de su publicación ya me he ocupado antes. Libro que admite con dificultad su adscripción al género novelesco, pero que tampoco podría encuadrarse dentro de la literatura de carácter ensayístico porque aquí no se especula, sino que se recrea la realidad vivida. Y aún menos parecido guarda con los testimonios o diarios al uso, tal vez porque como señala el propio autor no estuvo "en zona de combates cruentos", y además porque, frente al mero propósito informativo que suele ser habitual en ese tipo de libros, todas las impresiones que Giménez Caballero nos ofrece han pasado por un riguroso filtro de ejercitación literaria, empezando por el propio título. En cualquier caso, considero esta cuestión de escasa importancia para el objetivo perseguido en estas páginas por cuanto esta obra no carece de cierta carga de reelaboración personal de la realidad, pues, aunque en sentido estricto no sea un libro de índole imaginativa, sí "es narración en propósito, extensión y estilo", como afirma Miguel Ángel Hernando<sup>271</sup>. Por otro lado, ya lo señalé en lugar anterior, interpreto la etiqueta definidora del género de forma amplia, tal que dentro de ella quepan estas Notas marruecas<sup>272</sup>.

El escritor madrileño, como haría más tarde José Díaz Fernández, vertió en este volumen parte de su experiencia en Marruecos, adonde tuvo que ir también como soldado de cuota tras el desastre de Annual, y, al igual que el autor de El blocao, desvela unas vivencias poco

satisfactorias. En el texto predomina el carácter descriptivo y está organizado en breves artículos, las denominadas "notas", especie de imágenes instantáneas que por una u otra razón han atraído la atención de un narrador personal que lo transmite. Estos breves artículos se agrupan tomando diferentes emplazamientos como criterio rector, de tal forma que hay "Notas del campamento", "Notas de hospital", "Un viaje en el 'Giralda'", "Notas de Tetuán", "La judería" y "Notas de otros lugares". Los motivos son variados, pero hay un claro predominio de las impresiones sobre lo geográfico y lo humano; los paisajes y las gentes que va encontrando en Marruecos, tanto autóctonos como españoles. Entre estos mayoritarios asuntos se intercalan apreciaciones sobre la vida del soldado, sobre la guerra y los militares, e incluso sobre las decisiones políticas que se han ido siguiendo en el Protectorado. Todo este *collage* ofrece una panorámica amplia y poetizada de aquella zona del país norteafricano y de lo que supuso la presencia española. El nexo de unión más sólido, lo que da unicidad a un libro que en sí mismo no la tiene, es el tono emotivo y lírico con que va describiendo la realidad circundante.

En los asuntos que atañen sobre todo en la manera de conducir la guerra por políticos y militares profesionales centra Giménez Caballero su censura, no por sostener ideas antibelicistas -como en algún caso se ha querido ver<sup>273</sup>- ni tampoco, a mi juicio, antimilitaristas, aunque las múltiples reprobaciones que lanza al estamento militar puedan inducir a pensarlo. Más exacto parece sostener que lo que mueve el ánimo del escritor no es el deliberado ataque frontal a tal institución, sino un afán regeneracionista, el mismo que deja ver en sus reproches a las decisiones políticas, que le conduce a denunciar la negligencia, los vicios y la ineficacia estratégica, cuando no la inoperancia organizativa de unos jefes y oficiales que ni parecen capaces de recabar la confianza de la tropa para sí mismos ni de provocar en el soldado la que éste necesita para sentirse seguro. Cuestiones todas ellas que en absoluto implican una toma de posición contra el gremio castrense o los pilares sobre los que se sustenta. No son más que la denuncia de la palmaria desorganización que se vivía en

el Protectorado español, que con parecido o superior denuedo realizaron otros testigos y cronistas que por allí anduvieron durante aquellos días.

También en este mismo año debió de publicarse la absurda novela Los amores de Alfonso Reina, del con toda justicia desconocido Antonio CASES<sup>274</sup>, a pesar de que al menos otra vez dedicó su esfuerzo imaginativo al asunto de Marruecos, según veremos en epígrafe venidero<sup>275</sup>. En primer lugar, sospecho que debió de aparecer en el año 1923 porque tal fecha figura impresa al final del texto, ya que el volumen, compuesto en la Imprenta de Armas y Letras, carece de cualquier indicación temporal. Además, hay otra cuestión que induce a sospechar que esto fue así. En 1924 el autor volvió a publicar la misma obra con algunos ligeros retoques encaminados a suprimir o pulir los escasos pasajes críticos sobre la guerra y la vida militar. Esta vez el texto se presenta bajo el título de No quiere morir y ya con fecha expresa. En esta segunda hace referencia a la primera versión, menciona el cambio de título y justifica esta reelaboración porque al parecer la anterior no había satisfecho del todo el gusto del general Primo de Rivera, que había escrito un mínimo prólogo para el libro. En realidad, salvo por el título, tanto da una como otra, ambas vienen a ser el mismo dislate narrativo. Narra la peripecia de Alfonso Reina -denominado Santiago en la reelaboración de 1924-, joven zamorano que, ante los quebrantos que sufre la patria y la forma en que la guerra está diezmando a la juventud de su tierra natal, no duda en abandonar a su novia, Elvira, y partir henchido de ánimo hacia Marruecos con la intención de vengar a los caídos. Al cabo de un tiempo, regresa moribundo a su tierra, tras haber sufrido la derrota y el cautiverio, y Elvira no se digna ni siquiera a verlo en esos últimos momentos para él. Lo rechaza no por haberla abandonado, pues ella ha seguido manteniendo la misma animosidad belicosa del principio, sino porque ha regresado sin honor, vencido y humillado como un cobarde. Claro que lo más disparatado de este relato no son las ideas de exaltación militarista o de justificación de la dictadura como único remedio para solucionar los males que aquejan a España, sino la inexistente armazón narrativa sobre la que pretende sustentarse y su penuria expresiva. Para empezar, el narrador no enmascara su total desconocimiento de lo que

presuntamente desea contar, dado que nada de lo que le sucede al personaje ocurre ante los ojos del lector, son sólo referencias indirectas que entre sí comentan Elvira o los otros personajes que han permanecido en Zamora. La primera consecuencia de esta desacertada elección de punto de vista radica en que el protagonismo se desplaza de Alfonso o Santiago - según la versión- a la propia Elvira. Luego, como el tratamiento de la guerra desde la lejanía no da para mucho, y la novela sobrepasa las doscientas páginas, el texto se carga con todo tipo de situaciones -o más bien desviaciones- costumbristas y diálogos mostrencos que disipan el asunto central hasta hacerlo desaparecer a lo largo de páginas y páginas. Por si todo ello no fuera ya suficiente, una prosa amazacotada, retoricista y añosa convierten este libro en poco más que un ridículo panegírico de la dictadura primorriverista.

En 1928 se publican tres títulos que dan cuenta de las vicisitudes del hombre en la guerra desde diferentes puntos de vista: Jauja, La Colorina y El blocao. El primero de ellos se debe a la pluma de un novelista que alcanzó gran renombre en su época pero que hoy ha sido relegado al olvido, Ricardo LEÓN<sup>276</sup>. En realidad, Jauja es un relato que sólo en parte y de manera tangencial se relaciona con la guerra de Marruecos, sin embargo, ejemplifica las consecuencias que el paso por el campo de batalla acarrearán a su protagonista, Juan García, un pobre chico de Jauja que realiza su servicio militar durante la etapa del conflicto. Allí pasa diez años en los que, por su poco apego a la miserable vida que hasta entonces había tenido y por azares de la fortuna, logra ascensos, se distingue en la defensa de la posición de Cudia Tahar, consigue salir ileso y además alcanza reconocimiento social como héroe de guerra. A su regreso al pueblo recibe trato de celebridad local. En su honor se organizan fiestas y homenajes, las mujeres se lo disputan y hasta le levantan una estatua. A pesar de ello no le dan un trabajo con que ganarse la vida, porque los disponibles no están a la altura de un héroe. Por fin, Tula, la hija de un general que está deslumbrada por Juan, le proporciona un piso y el cura le procura un trabajo como oficinista de medio pelo. Juan se plantea entonces su estabilidad afectiva, debatiéndose entre casarse con Tula, su benefactora y mujer de posibles aunque de aspecto físico poco agraciado, o establecer relaciones adúlteras con



Candelaria, bella joven de la que siempre estuvo enamorado sin que ella antes reparase en Juan y que ahora ya está casada con otro. Opta por casarse con Tula, sin embargo, el matrimonio deviene un fracaso y, para paliarlo, Juan se refugia en una vida un tanto desordenada y en Candelaria. Este comportamiento no resulta bien visto. Como consecuencia de su disipada conducta, es despedido del trabajo y pierde el favor de sus convecinos. Caído en la miseria, desfalca una fuerte cantidad de dinero y huye con Candelaria. Son atrapados y, tras ser devuelto a Jauja, Juan queda absuelto por un tribunal formado por los más conspicuos miembros de la comunidad, gracias a que el alcalde devuelve la cantidad sustraída. Le abren las puertas de la cárcel y el protagonista corre por el campo para disfrutar de su libertad hasta que una bala se cruza en su camino y lo deja allí muerto. Sólo Candelaria llora su muerte, pues para el resto del pueblo la cuestión queda zanjada al considerarla un accidente fortuito de caza.

La novela quiere aleccionar sobre las nefastas consecuencias que puede traer consigo la mala administración de la fama, tanto por parte del elogiado como, y sobre todo, por la que les corresponde a los que lo encumbran. En este caso el héroe de guerra acabó con el hombre de verdad que habitaba tras aquella fachada. A aquél se le presuponía un dechado de perfecciones, mientras que éste no era sino un ser limitado y vulnerable. Tan moralizante asunto se recubre de unas anticuadas formas narrativas y de una prosa donde se amalgaman los registros populares y los arcaizantes.

Parecido asunto, aunque con distinto propósito y desenlace, plantea Antonio REYES HUERTAS<sup>277</sup> en su relato La Colorina, que por su dimensión se sitúa a medio camino entre la novela y la novela breve. También en este caso se trata del heroísmo en la guerra y de sus consecuencias, y como en aquélla el conflicto bélico se convierte en motivo desencadenante de la historia narrada, aunque tenga poco peso específico en el desarrollo de la trama. Armando vive con su madre, viuda con pocos recursos económicos, y sus hermanos en una finca extremeña que lleva por nombre La Colorina. Esta propiedad perteneció a su padre hasta que tuvo que vendérsela a su cuñado para afrontar los gastos económicos derivados de un

pleito familiar. Armando y su familia se ven obligados a dejarla cuando su tía Julia decide venderla. Poco después, el joven debe incorporarse al ejército de Marruecos para realizar sus deberes militares. Presta servicio en el arma de aviación y su vida discurre con normalidad hasta que un día, mientras realiza una operación de reconocimiento, su aparato se avería y cae prisionero de los marroquíes. Pasado un periodo de cautiverio, sus captores pretenden que les facilite el acceso a una posición española mediante engaños a los centinelas que la custodian. Llegado el momento, Armando opta por no traicionar a sus compatriotas y les grita que abran fuego porque viene acompañado por el enemigo. Acción que Reyes Huertas ha extraído y reproducido con total fidelidad de la que en verdad le sucedió al cabo Noval durante la campaña de 1909. El protagonista resulta herido de gravedad por los disparos de sus propios compañeros pero la posición se salva. Recibe honores militares como héroe de guerra, fama y dinero, aspecto este último tan inverosímil que sólo puede aceptarse como convención propia de la fábula. Con este bagaje de heroísmo a sus espaldas regresa al pueblo, se casa con su prima Ana María y, con el dinero que ha obtenido por su valerosa conducta en campaña, recupera La Colorina, en la que había cifrado todas sus ilusiones. La coda del relato rezuma optimismo por todos sus poros, pues aunque su madre haya muerto, la pareja vive una relación de total felicidad en tan idílico paraje y los hermanos de Armando se han trasladado a Madrid donde también parece aguardarles un futuro de lo más prometedor.

En esta novela, a diferencia de lo que sucede en la de Ricardo León, la fama proporcionada por el comportamiento heroico en la guerra ha sido bien administrada y ha allegado insospechados beneficios al protagonismo. Ambas, atendiendo a su contenido, resultan ser el haz y el envés de un mismo planteamiento argumental, aunque la técnica narrativa que deja ver el relato de Reyes Huertas, en lo que a la persona narrativa se refiere, sea más original e incluso denote cierta excentricidad, como comentaré en páginas sucesivas.

Muy distinta a las dos anteriores es El blocao, de José DIAZ FERNANDEZ<sup>278</sup>. Obra que, según ya indiqué antes, tuvo su origen en un cuento, correspondiente al capítulo inicial del libro en la forma definitiva en que ha quedado, con el cual ganó un concurso literario

convocado por el diario El Imparcial en el año 1927, pero que no se pudo publicar por problemas de censura. Según cuenta el editor José Venegas, él fue quien instó a Díaz Fernández para que a partir de ese cuento escribiese una novela donde relatase su experiencia en Marruecos, y de esta forma pudiese sortear los problemas administrativos que impedían la difusión de su obra<sup>279</sup>. Viene esto a colación no sólo como mera anécdota, sino porque, a mi juicio, arroja cierta luz sobre una de las cuestiones que ha sido objeto de debate y opiniones encontradas desde la aparición del libro, su problemática adscripción al género novelístico.

La crítica literaria, tanto la que se se ocupó de esta obra en los primeros momentos como la que ha venido haciéndolo con posterioridad, objetó serios reparos para considerar El blocao una novela, a pesar de que el autor en la portada la denominó Novela de la guerra marroquí. Algunos de los comentaristas, historiadores y estudiosos que se han acercado a esta obra han evitado pronunciarse sobre tal cuestión, esquivándola con expresiones como los "relatos", "cuentos" o "narraciones cortas" que componen el volumen. Incluso ha habido quien, es de suponer que atendiendo más al estilo y al tono expositivo que a la propia fragmentación de su contenido, le ha encontrado cierto parentesco con la poesía. Así lo afirma Víctor Fuentes -apoyándose tal vez en una idea lanzada años atrás por Guillermo de Torre sobre la novela de vanguardia<sup>280</sup>- al colocar El blocao "en esa zona intermedia entre la narrativa y la poesía en que se sitúa la novelística de vanguardia"<sup>281</sup>. Otros, sin embargo, han optado por excluirlo del género, tal parece ser la opinión de Gómez de Baquero, uno de sus críticos de primera hora, que en una reseña periodística se refiere a él como "colección de siete novelitas"<sup>282</sup>. Más explícito en su opinión resulta Eugenio G. de Nora, quien atribuye esta particular distribución del contenido a "naturalidad expresiva", o por decirlo con otras palabras, a una carencia de estructuración narrativa, a un testimonialismo en exceso directo y poco elaborado, en lo que el crítico encuentra: "el principal aspecto negativo de El blocao: su fragmentarismo, su aspecto de simple yuxtaposición de anécdotas de la vida del soldado en Marruecos, que hace discutible el subtítulo de 'novela'"<sup>283</sup>. En parecidos términos se expresa José Domingo,

aunque en su caso no considere esta ausencia de estructura rígida como sinónimo de minusvalía en su calidad literaria: "El blocao carece, pues, de unidad argumental, quedando más bien como excelente libro de narraciones"<sup>284</sup>. Mucho más virulento se muestra Juan Ortega Costa, quien lo reseñó en fecha próxima a su aparición en la Revista de Tropas Coloniales, publicación en la que este libro ni tuvo que gustar ni debió de ser bien recibido por razones obvias. Este crítico no sólo considera que la obra de Díaz Fernández no es una novela, sino que, aludiendo a motivos cuando menos poco elegantes, encuentra en ello un demérito:

"Hoy es lícito llamar novela a una colección de cuentos (...) El autor, al decir de su libro que es una novela de Marruecos, no ensancha los ya amplísimos horizontes del género; más bien parece descubrir un íntimo fracaso. Quizá sea demasiada suspicacia suponerlo; pero se diría que, al empezar el trabajo, en los momentos calientes y optimistas de la concepción, imaginó una novela grande, una gran novela de Marruecos (...) y que, sin darle cima, con una prisa juvenil y explicable, pero injustificada, por entrar en contacto editorial con el público, cuando no tenía más que unos cuantos felices bocetos, les puso el punto final de los asuntos concluidos, renunciando a la obra entrevista, pero no a la tentadora etiqueta de Novela de Marruecos, que había sido el estímulo original."<sup>285</sup>

En extremo contrario se sitúan los que consideran que El blocao sin ningún tipo de reservas y por méritos propios debe inscribirse dentro del género novelístico. Entre quienes así opinan se encuentra Benito Artigas Arpón, que en otra reseña también de primera hora sostiene: "Considerada a través de la lente tradicional con que se hacen las clasificaciones literarias, quizá no le cuadre a este libro el nombre de novela (...) por la forma en que ha sido concebido y ejecutado (...) Pero El blocao es una novela, innegablemente, que persigue un mayor acomodo a la realidad que las novelas al uso."<sup>286</sup> Los argumentos esgrimidos por este comentarista sirven como pauta de referencia para casi todos los que con posterioridad han venido sosteniendo la misma o parecida tesis. Estos argumentos se fundamentan en la

innovación, esto es, en la capacidad del género novelesco para evolucionar e ir ampliando sus horizontes en cuanto a la forma de organizar el contenido narrado. Y si esto es una constante de la actividad artística, mucho más evidente tenía que serlo en los años veinte, una época caracterizada por la renovación<sup>287</sup>. Bastante tiempo después, Lawrence Miller y el ya mencionado Víctor Fuentes, al acercarse de nuevo a esta obra, vienen a coincidir con el planteamiento de Artigas Arpón, y aún lo explicitan con mayor rotundidad. El primero considera que Díaz Fernández se adelantó a su generación literaria y emparenta su manera de organizar lo narrado con la novela de los años cincuenta y sesenta "donde se revela el protagonista a través de un proceso anecdótico que no sigue necesariamente un proceso lineal."<sup>288</sup> Mientras que el segundo, apoyándose en lo que ya dejó dicho el propio autor de El blocao en el prólogo a la segunda edición de su libro<sup>289</sup>, sostiene que esta disposición del contenido se debe a un rechazo hacia las fórmulas de la novela tradicional y a una búsqueda de nuevos modos de contar que estuviesen más "en consonancia con la vida 'sintética y veloz, maquinista y demócrata' moderna."<sup>290</sup> Un poco más allá va Laurent Boetsch, quien argumenta que "algunos de los siete capítulos de El blocao podrían considerarse como unidades completas, pero es evidente que así, fuera de su contexto en la novela, perderían mucho de la fuerza y del sentimiento que ofrece la unidad del libro."<sup>291</sup> Acompaña Boetsch esta afirmación con una propuesta de estructura que, si bien puede considerarse discutible y en algún aspecto resultar algo forzada, no carece de fundamento. Según este crítico los tres primeros relatos o capítulos de la novela, como él prefiere llamarlos, guardan una simetría con los tres últimos, mientras que el cuarto, el denominado "Magdalena roja", se convierte en el eje alrededor de cual giran los restantes. Esta simetría vendría avalada por unas coincidencias temáticas, intensificadas en la triada última con respecto a sus correlativos capítulos en la primera parte. De tal forma que el asunto tratado en el primero de los relatos vuelve a reproducirse o está íntimamente relacionado con el del séptimo, en el cual el tema es presentado con una mayor agudeza, e idéntico vínculo se establecería entre segundo y sexto por un lado, y entre tercero y quinto por otro.

Los argumentos hasta aquí expuestos, y otros cuantos más a los que no me he referido por no alargar demasiado la cuestión, sin duda están bien cimentados y no carecen de razón, pero creo que hay algunos otros puntos en los que la crítica no ha reparado y que en cierta manera condicionaron que esta novela tenga esta forma y no otra distinta. En primer lugar, el tiempo de que dispuso para componer el libro fue más bien escaso. Hay que tener en cuenta que, como apunté antes, lo realizó a instancias del editor José Venegas, en buena medida para sortear las dificultades administrativas que había sufrido su relato primero, y esto ocurrió con posterioridad a haber ganado el concurso literario de El Imparcial. El premio por ese cuento le había sido concedido en abril de 1927 y la novela ya estaba en la calle en julio del año siguiente. Esta premura temporal está avalada además por el testimonio del propio editor: "lo terminó materialmente sobre la platina de la imprenta"<sup>292</sup>. Por otro lado, el relato El blocao, con el que había obtenido el premio en el concurso, era lo único que tenía escrito y sus dimensiones no superaban las veinticinco páginas con tipos amplios y generosos espacios, a lo que cabría añadir que constituía una estructura narrativa cerrada de difícil ampliación sin desbaratarla, y mucho menos hasta las doscientas páginas preceptivas para que el texto no se viese sujeto de nuevo a los rigores de la censura. Ante esto, a Díaz Fernández no le quedaba otra opción que la de elaborar un nuevo relato que por su necesaria extensión le habría obligado a partir de cero, o varios cortos que pudiera añadir al inicial, tal y como hizo, en algún caso recurriendo a ideas o bocetos anteriores. Así debió de ocurrir con el breve cuento Herida de guerra, ya publicado, pero que ahora había de servir como motivo para "Cita en la huerta", una de las partes de El blocao.

Otra cuestión que no conviene pasar por alto es la limitada experiencia que Díaz Fernández tuvo sobre la guerra de Marruecos. Circunscrita a aquellos detalles que él pudo observar por sí mismo o le pudieron contar, los que, por ejemplo, recogió en las crónicas que envió a El Noroeste. Nunca estuvo en zonas de primera línea de combate ni participó en ofensivas o repliegues de gran calado, por lo que no pudo escribir esa gran novela de Marruecos sobre la que hablaba Ortega Costa, teniendo en cuenta, claro está, que su voluntad

-según parece desprenderse del prólogo por él mismo redactado para la primera edición del libro- era elaborar una obra de carácter testimonial y rigurosa, que diera cabal cuenta al lector de lo que había supuesto el paso por allí para muchos miles de jóvenes españoles, y no una retahíla de falsedades, fantasiosas aventuras o vulgares repertorios de patrioterías hazañas bélicas, lo que ya habían hecho buena parte de las novelas que a lo largo de estas páginas estoy comentando. Y a esta misma voluntad de exactitud, de contar a partir de lo vivido y no de lo fantaseado, entiendo que se debe la ausencia de esa imaginaria de brutalidad y muerte que otro de los comentaristas de la obra, Hossain Bouzineb en este caso, atribuye a una decidida intención pacifista: "J. Díaz Fernández evita mostrarnos esos paisajes kálfianos, ese fuerte hedor de los cadáveres, esas heridas ensangrentadas, esos piojos, esas enfermedades, esa muerte en sus más variadas manifestaciones... quizá por la negación misma de la guerra."<sup>293</sup> Un punto de vista semejante al que revelan las Notas marrocas de Giménez Caballero, aún más ilustrativas sobre el propósito de testimoniar lo vivido. Tal vez, ante esto se pueda objetar que Ramón J. Sender, también tuvo una experiencia limitada como soldado en Marruecos y ni siquiera estuvo allí durante los aciagos días del desastre de Annual, sin embargo, supo verter la tragedia de esta guerra en una fábula de alcance total y de férrea estructura. Esto sin duda es así, pero la capacidad fabuladora del novelista aragonés admite pocos parangones entre los narradores españoles de este siglo. Desde luego, en ningún caso cabe compararla con la de Díaz Fernández. Además, puede darse por casi seguro que Sender escribió Imán con total libertad, esto es, sin pensar que tenía que renovar la técnica ni el arte novelesco; algo que sin duda ya planeaba en la mente de Díaz Fernández. La renovación, en el caso del narrador aragonés, vendría después, cuando los demás leyeran y opinasen sobre su obra, como suele ocurrir con aquellos que han sido favorecidos por el genio, y pocas objeciones podrán hacerse a que Sender, al componer Imán, gozó de él.

Tampoco considero sostenible la presunción de que esta infrecuente forma novelesca se deba a la incapacidad del autor para elaborar una estructura de corte más tradicional, pues, aun con las salvedades que quiera ponerse, esto es lo que hizo en su siguiente obra, La

venus mecánica, con resultados literarios, por cierto, bastante inferiores a los de El blocao, opinión que está casi del todo generalizada entre los que han dedicado alguna atención a la obra de Díaz Fernández.

Por último, para zanjar esta cuestión, y sin que ello signifique desestimar las opiniones de la crítica señaladas en lugar precedente, considero que si El blocao presenta la forma novelesca que presenta y no otra distinta, ello responde en buena medida a que el autor escribió a partir de su limitada experiencia, es decir, lo que ésta le permitía contar dentro de un talante testimonialista, y, sobre todo, a que escribió lo que el escaso tiempo de que dispuso para completar el texto le permitió.

Una vez publicado, el libro recibió una gran acogida tanto por parte del público como de la crítica. Varios hechos avalan esta afirmación. Uno de ellos, que aun tratándose de un autor novel, en quince días ya se había vendido la primera edición y se imprimió una segunda a los tres meses. En 1930 conocería una tercera y por medio había sido traducido al inglés, al francés y al alemán. Fue objeto de atención en las páginas literarias de múltiples diarios y revistas; no sólo en las cabeceras de mayor tirada, sino también en modestos periódicos de provincias. Los comentaristas lo elogiaron con unanimidad y sin reservas, como declaró el propio Díaz Fernández en el prólogo a la segunda edición. Incluso aquellos que, bien por posicionamientos ideológicos o bien por concepciones estéticas diferentes, más alejados podían hallarse de lo planteado en esta obra, no encontraron motivos para descalificarla de forma global, tal fue el caso de Juan Ortega Costa, quien, a pesar de negarle la condición de novela y señalar otra serie de aspectos como defectuosos, admitió, en su ya citada reseña para la Revista de Tropas Coloniales, que se trataba de un libro con interés y digno de ocupar lugar principal entre los dedicados a asuntos coloniales. Igual sucede con Benjamín Jarnés, que, a juicio de Anthony Leo Geist, la recibió "con respeto, pero también con un ligero desdén mal disimulado."<sup>294</sup> La opinión de Jarnés -vertida en dos reseñas, una primera en La Gaceta Literaria, firmada sólo con J.<sup>295</sup>, y la segunda en Revista de Occidente, con el cuando menos ambiguo título de "Una falsa falsilla"<sup>296</sup>- es de suponer que transmitía el sentimiento que la



narración había suscitado en el entorno de los escritores próximos a esta publicación y a la corriente deshumanizada, y que, consecuentemente con sus diferentes puntos de vista en cuanto a los aspectos temáticos y argumentales, no debió de concitar su total agrado. De ahí el título de su comentario que, incluyendo una palabra de las que el propio Díaz Fernández utiliza en el prólogo de su libro -cuando apunta que "está escrito sobre una falsilla de recuerdos"- parece desvelar una cierta ironía zumbona para mostrar este rechazo, aunque tal vez sólo fue un hallazgo expresivo que le pudo parecer feliz y no exento de causticidad más aparente que calculada, pues lo cierto es que su crítica más que el "ligero desdén mal disimulado" de que habla Geist, en mi opinión, lo que deja ver es una notable desorientación recubierta de oscuridad expositiva, un no saber con certeza por dónde hincarle el diente al texto, pues, aparte de que le gusta la parte titulada "El reloj", poco más se saca en claro de esta reseña. Fueron éstas, sin embargo, contadas excepciones frente a las generalizadas alabanzas de que ha venido siendo objeto, desde su publicación hasta nuestros días, esta novela que, por ejemplo, el historiador Tuñón de Lara no dudó en considerar "la más lograda sobre el tema de la guerra en el Rif."<sup>297</sup> El paso del tiempo la ha situado, además, como uno de los primeros exponentes del cambio de rumbo que se produjo en la novelística española a finales de los años veinte. El blocao rompe con lo que había venido siendo la tendencia del relato vanguardista y adelanta algunos de los planteamientos argumentales y temáticos que poco después desarrollará la novela social de preguerra, convirtiéndose así en puente entre ambas corrientes narrativas.

El elemento decisivo que confiere unidad a las partes o relatos que conforman El blocao es que esté narrado desde la primera persona y por un mismo personaje, aunque en ocasiones también se hayan esgrimido argumentos mucho más étéreos e inasibles desde el punto de vista narrativo: una atmósfera -mencionada por el propio autor en el prólogo a la segunda edición- o ambiente común, un mismo espacio e incluso las particularidades de su prosa. Además, esta perspectiva personal refuerza el carácter testimonial de la obra. Carlos Arnedo, el narrador, se presenta como un soldado de cuota ascendido a sargento, cuya presencia en Marruecos -al

igual que en realidad le sucedió a Díaz Fernández- se debe a la derrota de Anual. Va refiriendo algunas de las anécdotas allí ocurridas a lo largo de las siete partes, capítulos o relatos del libro, que llevan por título: "El blocao", "El reloj", "Cita en la huerta", "Magdalena roja", "África a sus pies", "Reo de muerte" y "Convoy de amor". En algunos de estos episodios se ve implicado como protagonista, en otros es sólo testigo, e incluso en uno de ellos su labor se limita a la de mero compilador de lo que le han contado. Todas estas anécdotas carecen entre sí de orden cronológico -con la excepción que supone la vuelta al pasado de Arnedo en "Magdalena roja"- o de cualquier otro indicio organizativo que no sea la simetría propuesta por Boetsch, y responden a planteamientos argumentales dispares, llegando en el caso del ya mencionado "Magdalena roja" a situar buena parte de la acción en un espacio diferente, en España, y en un tiempo anterior a la llegada del protagonista a Marruecos. No obstante, mantienen en su conjunto una cierta uniformidad temática en torno a un reducido número de asuntos que centran el enfoque de cómo Arnedo vivió esta contienda.

Estos asuntos dan cuenta de la existencia del soldado en la guerra, al menos en esta guerra, pero no de las penalidades que en su faceta de combatiente debe arrostrar, sino de las carencias y miserias que como ser humano se ve obligado a sufrir. La primera y más destacada, a juzgar por el realce que alcanza en varios de los episodios, es la ausencia de cauce donde canalizar sus necesidades sentimentales y amorosas, tanto en su aspecto de ternura como de carnalidad, y la consiguiente represión sexual que los condicionantes bélicos imponen a hombres jóvenes y llenos de vigor. Esta cuestión, que está presente en casi toda la novela, se explicita en toda su contundencia y con diversas formas en varios de los relatos. En "Cita en la huerta", retomando lo ya visto en Herida de guerra, presenta el tanteo con la mujer marroquí como lenitivo para una insatisfecha necesidad, el frustrado intento de acercarse al otro sexo, aunque éste se materialice en la fugaz visión de una joven. Idéntico sentimiento, aunque con final más oscuro, preside la relación que mantiene el teniente Riaño con la mora África en "África a sus pies", narración que guarda bastante similitud en cuanto

a su argumento con algunas de las novelas de amor comentadas en el capítulo precedente, en especial con Aixa, donde, como sucede aquí, esta relación tendrá consecuencias nefastas para el oficial español, que en el desenlace propuesto por Díaz Fernández será la muerte del galanteador envenenado por su amante africana antes de que parta al mando de su columna. Estos dos episodios han sido puestos en correlación en el análisis de Boetsch, como parte de un mismo asunto: la relación entre el español y la mujer marroquí. Según la tesis que él sostiene para toda la novela, y en lo que se refiere a estas dos partes el paralelismo resulta bastante acertado, en este segundo relato se produce una intensificación con respecto a "Cita en la huerta". En aquél el personaje femenino era el misterio pero desde una óptica amable e incluso ingenua, en éste es también el misterio pero recubriendo un peligro cierto. El asunto no queda en privativo de estos dos capítulos o relatos, sino que está presente en la casi totalidad del libro. Ya en "El blocao" está obligada inhibición sexual, en este caso del propio Arnedo, comienza a tener repercusiones colectivas más graves, pues es causa desencadenante de la muerte de varios soldados, al permitir el protagonista que su pasión le distraiga de sus deberes en el mando de una pequeña posición cuando es atacada y su guarnición sorprendida, mientras él intenta intimar con una joven mora. Y la desgracia acarreada por este mismo motivo adquiere ya tintes de absoluta tragedia en "Convoy de amor", donde la esposa de un teniente, mujer coqueta y de conducta provocativa, despierta un fiero y animalizado instinto sexual en el a la fuerza reprimido ánimo de la columna de soldados que le van dando escolta para conducirla a la posición donde se encuentra su marido, hasta el punto de impelerlos a satisfacer sus deseos mediante una agresión que sólo puede ser sofocada cuando el jefe de la columna dispara su arma y la mujer queda muerta en medio de sus asaltantes.

En otros dos de los relatos los que se realza son las consecuencias del vacío y soledad que caracteriza la vida del soldado, bien por haber sido arrancado de su habitual contexto o bien por verse inmerso en uno nuevo, el de la vida militar en campaña, que le resulta hostil. "El reloj" ejemplifica la primera de las situaciones. Refiere lo sucedido a Villabona, un soldado de extracción campesina que recién casado ha tenido que ir al frente. Apartado de los suyos,

lo único que le liga con su pasado es un reloj de grandes proporciones que ha llegado a convertirse en una celebridad entre todos los hombres de la posición. Un día, al salir para hacer la aguada, el enemigo los ataca y una bala destroza el reloj de Villabona. El soldado, ante la incomprensión de los demás, llora con profunda amargura por la pérdida de aquel artefacto, que le ha salvado la vida pero cuya pérdida le ha dejado huérfano de cariño, le ha cortado el único vínculo afectivo que le mantenía unido con su vida anterior. Toda la narración está transitada por una sentida ternura hacia este hombre a quien la guerra le ha desposeído de todo. "Reo de muerte" mantiene puntos de contacto o cierta simetría -siguiendo la terminología utilizada por Boetsch, y que en la correlación de estos dos episodios resulta también acertada- con el anterior. Como "El reloj", da cuenta del afecto a las pequeñas cosas y de lo que puede llegar a sentirse su desaparición. La diferencia es que aquí el asunto se intensifica y adquiere unos tintes mucho más dramáticos. Narra la inquina que un teniente siente hacia un perro que vive en la posición. El animal se muestra voluntarioso con los soldados, siendo el primero a la hora de compartir con ellos los peligros cotidianos, por lo que éstos le recompensan con su cariño y admiración, en especial Ojeda, quien, al igual que sucedía con Villabona y su reloj, ha depositado en este perro todo su afecto. Sin embargo, el teniente Compañón, oficial al que todos desprecian por su brutalidad y cuya única forma de combatir el aburrimiento es destruyendo cuanto le rodea, ha centrado todos sus odios en el animal, al que termina matando con vileza ante la horrorizada conmoción y la silenciosa rabia de los soldados bajo su despótico mando, lo cual deja a Ojeda sumido en una infinita soledad. El ánimo que subyace en este episodio es mostrar con absoluta crudeza la estulticia y el poder brutal con que se conduce este oficial, que en buena medida puede ser reflejo de otros muchos de los que dirigieron las operaciones en Marruecos. En estos dos relatos se acentúan las dosis de antimilitarismo presentes en El blocao. En "El reloj" se incidí más en el aspecto de absurda idiotez que preside la toma de decisiones en los mandos del ejército, que, con tono humorístico cercano a la parodia, se manifiesta, por ejemplo, en la determinación de un coronel que ordena arrestar a un soldado por contravenir las ordenanzas

al no llevar bigote, sin haber reparado en que carece de pelo para poderlo lucir. Mientras que en este segundo se destaca en primer plano la arbitrariedad y la crueldad de ciertos sectores de la oficialidad, y el consecuente desvalimiento de quienes están a sus órdenes.

"Magdalena roja" es un episodio que sin abandonar asuntos ya tratados, como, por ejemplo, el amor carnal, abre nuevas perspectivas dentro de la novela. Gran parte de lo que en él se cuenta sucede fuera del escenario marroquí, en la Península, y además es el único que puede ubicarse cronológicamente con respecto a los demás. Siguiendo un orden temporal habría que situarlo el primero, donde da comienzo la narración, dado que refiere acontecimientos previos a la incorporación de Arnedo al ejército de África. También resulta esclarecedor para conocer con mayor profundidad al narrador-protagonista, al presentarlo en su vida de paisano e inmerso en los ambientes que frecuentaba con anterioridad. Por otro lado, da cabida a elementos argumentales nuevos dentro del desarrollo novelesco, nos sumerge en la lucha de las clases proletarias y las actuaciones del sindicalismo radical en la España de aquellos años, cuestiones que, a pesar de su aparente disparidad con la vida militar y la guerra, quedan integradas en la trama general.

El relato narra la relación entre Carlos Arnedo, un joven de clase media y con estudios, y Angustias, una mujer de clase obrera y actitudes políticas radicales. Ambos son miembros de un sindicato, pero mientras él refleja un pequeño burgués que intenta encontrar cauce para sus incorformistas ideas juveniles mediante su apoyo intelectual al proletariado, un "*dilettante* del obrerismo", como se llama a sí mismo; el perfil de ella muestra a una mujer con un pasado que no quiere recordar y fanatizada por sus ideas extremistas y violentas. Arnedo siente una mezcla de admiración y atracción física por esta "Magdalena roja", que aprovechándose de la influencia que sobre él ejerce intenta implicarlo en sus acciones revolucionarias. Primero, cuando todavía Arnedo es un paisano, consigue que el joven la ayude en la colocación de una bomba en una fábrica durante una huelga, y, más tarde, cuando el protagonista ya ejerce de sargento en Marruecos, pretende que realice labores de espionaje para el bando rifeño, a lo cual Arnedo se niega. Angustias, un tiempo después resulta

detenida como responsable de contrabando de armas para los rifeños en la zona española del Protectorado. El sargento Arnedo es el encargado de custodiarla y ponerla a disposición de las autoridades militares, lo que, tras vencer las presiones de ella, ejecuta con la mala conciencia de pensar que ha traicionado sus ideas anteriores.

En apariencia cabría pensar que "Magdalena roja", por lo menos en la parte que se desarrolla en España, se encuentra más cerca de planteamientos argumentales y temáticos propios de la novela social de años venideros que de los otros episodios de El bloqueo, sin embargo, hay una serie de puntos que la unen estrechamente al resto de la novela. Uno de ellos es el instinto carnal, evidenciado en la atracción que Arnedo aún como paisano siente por cuanta mujer se cruza en su camino, "iba por las calles enredándome en todas las miradas de mujer, y tenía que ir quitándolas de mis pasos como si fueran zarzas o espinos."<sup>298</sup> Esto se materializa con más intensidad en su acercamiento a Angustias, de quien llega a hacerse cómplice más por entablar una relación erótica que por comunidad ideológica o de estrategia sindical. Otro de estos nexos con los otros episodios de la narración lo constituye, como apuntan López de Abiada y Boetsch, la metamorfosis que la experiencia de la guerra, de la vida soldadesca y de cuanto estas situaciones llevan aparejado produce en quien se ve obligado a vivirla. Este cambio empujaba a personajes secundarios como Villabona u Ojeda hacia una concentración de su afectividad en un reloj o en un perro. Aquí cobra otra dimensión, supone una mudanza en sus planteamientos ideológicos y de reivindicación social. Así lo confiesa el propio protagonista: "Mi espíritu era ya un espíritu adaptado y cotidiano, incapaz de apresar el mundo con un ademán de rebeldía (...), mi voluntad civil había quedado desgarrada y rota entre los alicates de la disciplina."<sup>299</sup> Esta nueva actitud, ya sea atribuible a cobardía, según sostiene López de Abiada<sup>300</sup>, o a maduración personal, como señala Boetsch<sup>301</sup>, guía el comportamiento de Arnedo al final del relato, cuando, a sabiendas de que en buena medida está traicionando una parte de sí mismo, opta por entregar a Angustias y confesar más tarde que no tuvo valor para pegarse un tiro.

La pasión carnal junto a la transformación que la guerra y sobre todo la disciplina militar operan en el hombre, son aspectos más que suficientes para que "Magdalena roja", a pesar de su aparente disparidad argumental, quede engarzada con las otras partes de la novela, entre otras razones porque, aun con distintos envoltorios, devienen dos de los asuntos centrales de la obra. No obstante, algún crítico ha encontrado en este episodio motivaciones muy distintas, cual sucede con Boetsch, quien considera que con "Magdalena roja" Díaz Fernández pretendió dar otra dimensión a los soldados y a la propia guerra, presentando a aquéllos como dobles víctimas, por un lado del conflicto militar y por otro de una injusta sociedad civil que oprime a las clases menesterosas, mientras que la guerra, atendiendo a la impopularidad de que gozó entre el proletariado, no sería sino un síntoma más de una sociedad inicua y corrupta<sup>302</sup>. Todo este planteamiento nos lleva, a mi manera de ver, mucho más allá de lo que el texto propone, sobre todo si reparamos en que el único soldado con algún protagonismo en todo el episodio es Carlos Arnedo, personaje que, por su condición de cuota y de pequeño burgués con estudios, parece poco representativo del modelo de joven campesino u obrero industrial que por carencias económicas tuvo que cumplir como soldado en Marruecos.

Cuestión diferente, pero que tal vez también cabría considerar, es si en este episodio de El blocao no estaba el escritor dejando entrever una idea narrativa distinta que por estas fechas ya bullía en su cabeza. Aquella que plantea la concienciación social de una mujer de vida alegre y su relación afectiva con un intelectual izquierdista procedente de la pequeña burguesía, más o menos lo que luego habría de ser La venus mecánica. Lo planteo sólo a manera de hipótesis, pero algunos paralelismos, no sólo en el argumento, sino, y sobre todo, en la configuración de los personajes, parecen sugerirlo. Resulta evidente, por ejemplo, que hay una cierta similitud, ya advertida por López de Abiada y por Boetsch, entre Angustias y Obdulia, como protagonistas femeninas, y también, aunque esta sea menor y pueda estar motivado por la propia proyección personal del escritor en su obra, entre Carlos Arnedo y Víctor Murias. Tal vez Díaz Fernández intregó este asunto dentro de la novela sobre la guerra de Marruecos no por su mayor o menor pertinencia u oportunidad, sino porque era materia

que sin duda le interesaba y que ya formaba parte de su particular universo novelesco. Eso explicaría la extensión y muy superior peso narrativo que dentro de "Magdalena roja" tiene la parte que se desarrolla en la península frente a la escenificada en escenario marroquí. El engarce entre ambos hilos narrativos vendría dado por la cuestión del espionaje y del tráfico de armas, procedimiento del que se sirve para recuperar a la verdadera protagonista del episodio, a Angustias, y, junto con ella, volver a traer a primer plano del relato el pasado de Carlos Arnedo para así poder enfrentarlo a su presente. Esta hipótesis entra en contradicción con lo sostenido por Víctor Fuentes, y reafirmado más tarde por López de Abiada, acerca de la presencia de Angustias en Marruecos. Atribuye el primer crítico esta presencia a "la ayuda de las masas populares de la metrópoli a la lucha de descolonización"<sup>303</sup>, y, claro está, Angustias encarna a esas masas populares. Esta interpretación plantea, a mi juicio, algunas objeciones. Apunta Fuentes que, desde un punto de vista histórico, hubo conatos de esta ayuda. No pongo en duda que entre algunos grupúsculos muy minoritarios y en extremo radicalizados se aventurase esta posibilidad e incluso se hubiera podido llevar a cabo o al menos hubiera habido intentos, sin embargo, no fue ése el criterio seguido por las asociaciones políticas o sindicales mayoritarias en la izquierda española, que, es de fácil suponer, representarían el sentir de las masas populares a las que alude Fuentes, y de cuyos presupuestos debía de hallarse cercano el escritor por aquellos días, a tenor de su adscripción poco más tarde a la conjunción radical-socialista, de la que luego fue diputado. Estas agrupaciones abogaron desde un primer momento por el abandono de Marruecos y la paralización de la guerra, pero no por la ayuda militar a los rifeños<sup>304</sup>, que de una u otra forma hubiera supuesto la muerte de muchos más soldados españoles, pertenecientes la mayoría de ellos a las clases obreras defendidas por estos grupos. Además, evitar esta inútil e impopular sangría humana había sido uno de los argumentos con más fuerza esgrimidos a la hora de avalar la retirada. Desde la perspectiva de la lógica arquitectónica de la protagonista del relato tampoco parece tener una base por completo sólida, dado que en toda la parte de narración anterior a la aparición de Angustias en Marruecos, sobre todo desde que



conoce que Arnedo debe ir allí, no hay ni un solo indicio de que este personaje ande fraguando nada semejante, y apelar a su carácter fanático y exaltado o a la particular campaña de violencia que ha emprendido para acabar con la opresión social no parecen motivos convincentes, o al menos que justifiquen del todo ese lanzarse a colaborar con los rifeños, con los que podrá compartir su odio contra la potencia colonial, pero que también, en su particular guerra de liberación, están matando a soldados pertenecientes a las masas proletarias. Se vuelve de esta forma al argumento que debió de disuadir a la izquierda radical española de tal empresa y que en consecuencia tendrfa que haber disuadido también a Angustias. Finalmente, examinando la trama del relato, se aprecia una técnica narrativa, en cuanto a la hilazón de los acontecimientos que va narrando, bastante más cercana a los planteamientos tradicionales que en el resto de la novela, sobre todo en la decisión de volver a unir a los dos protagonistas en la situación final, después de haber sido separados por el tiempo y el espacio. Esta técnica como procedimiento para crear intensidad dramática en los momentos cercanos al desenlace es del todo habitual en la disposición del argumento en la narrativa más tradicional, su rastro puede encontrarse incluso en las novelas por entregas del siglo anterior, lo cual choca tanto con el resto de los episodios del libro, donde no existe presencia alguna de este tipo de procedimientos, como con los presupuestos literarios que Díaz Fernández dice rechazar en el ya mencionado prólogo a la segunda edición.

Para concluir, conviene subrayar que desde una perspectiva argumental El blocao, aunque esté ambientada en la guerra de Marruecos, no puede considerarse una novela de guerra que quepa dentro de los asiduos parámetros de este tipo de narraciones. De hecho, sólo el primero de sus episodios, "El blocao", refiere, y de forma parcial, acontecimientos en puridad bélicos. De ahí que, a mi juicio, resulte inadecuado emparentarla con las novelas de corte antibelicista y pacifista que se escribieron a raíz de la primera guerra mundial, como en ocasiones se ha sugerido<sup>305</sup> y en contra de lo cual ya advirtió Eugenio G. de Nora, al señalar que: "La adscripción de El blocao al grupo de obras imbuidas del pacifismo antimilitarista de la postguerra europea (Barbusse, Remarque, etc.), no puede hacerse sin grandes

restricciones"<sup>306</sup>. Esto no quiere decir que en ella no haya un reflejo de la guerra de Marruecos, que sin duda lo hay, y de los más esclarecedores, ni tampoco que de su lectura no se extraiga una impresión contraria a aquel conflicto, lo que sucede es que Díaz Fernández se aparta de las fórmulas al uso. En su novela el antibelicismo no se desprende de los rigores y desgracias inherentes a la propia lucha. Aquí no hay batallas, ni mutilados, ni atroces muertes en combate, ni se da cuenta del miedo o la brutalidad del soldado, ni en general se recoge nada de la imaginaria con que suelen presentarse las consecuencias más aparatosas y obvias de la guerra. Entre otras razones, no hay nada de esto porque, como ya señalé antes, tampoco el autor lo conoció y éste es un libro con voluntad testimonial. Aquí se cuenta aquello que en la mayoría de los relatos bélicos suele quedar relegado a un segundo plano, lo que en apariencia carece de importancia o tiende a ser considerado como suceso menor. Sin embargo, todo ese cúmulo de pequeñas anécdotas deja ver con absoluta contundencia y crudeza que, por decirlo con las atinadas palabras de Laurent Boetsch, "el soldado desconocido que anda en alpargatas es la verdadera víctima del conflicto"<sup>307</sup>. Aún más evidente que este contenido antibelicista es el antimilitarismo que El blocao rezuma por todos sus poros. Primero, reduciendo a astillas la reputación de los tenidos por heroicos profesionales de la milicia, mudados en las páginas de la novela en inconscientes y eufóricos juerguistas como el teniente Riaño, en necios ordenancistas como el coronel que envía al calabozo a un soldado al que no le sale bigote o en tarados mentales como el furibundo Compañón. Luego, dejando constancia de que, mucho más que la propia guerra, es la inhumanidad de la disciplina castrense la que modifica al hombre, reprimiendo sus ideas e impulsos naturales, succionando su espíritu civil hasta despersonalizarlo y trocarlo en un ser animalizado o en un cobarde.

En el año 1930 se publican dos relatos que inciden de manera muy directa en esta problemática del hombre en la guerra. Uno de ellos es una especie de crónica novelada sobre la experiencia de un soldado que lleva por título Uno de tantos, del desconocido Salvador FERRER. En realidad, según reza en una nota al final del propio volumen, éste fue su primer

libro y con gran probabilidad debió de ser el único, por lo menos dentro del ámbito de la creación literaria, dada la total ausencia de noticias sobre su persona y sobre posibles obras posteriores. Su inclusión entre las novelas se debe más al deseo expresado por el autor en la dedicatoria del libro, donde de tal forma lo denomina, que a la dosis de fabulación que presenta su contenido. Atendiendo a este último aspecto y a la escasa elaboración de la materia narrada más se asemeja a una suerte de crónica o diario sobre el acontecer personal de un soldado de cuota que prestó servicio en la zona de Tetuán. Ricardo González, joven estudiante enviado desde España a la zona del frente para cubrir bajas, refiere desde una doble condición de narrador y protagonista su experiencia marroquí, centrada en los días en los se llevó a cabo la retirada de Xauen. Este sangriento capítulo está enfocado desde los escenarios de la retaguardia, lo que no impide que el conflicto bélico se presente en toda su crudeza o que a lo largo del texto aparezcan diseminadas en múltiples ocasiones las más funestas y brutales consecuencias de los combates: la destrucción, los heridos, los mutilados, los muertos y todo aquello que viene siendo habitual imaginería de la guerra despojada de cualquier halo heroico. En este sentido, la narración de Ferrer constituye una implacable denuncia contra esta campaña colonial, no sólo por esas desgracias inherentes a cualquier enfrentamiento bélico, sino por la inútil sangría y el quebranto tanto físico como moral que supuso para los jóvenes de una generación, sin olvidar la propia esterilidad que representó la presencia española en aquel territorio. En definitiva, la guerra no constituye sino una conjunción de mentiras. Así lo manifiesta el protagonista:

"Todo era mentira; mentira el entusiasmo, mentira la belleza de las heroicidades. Hasta nuestra vida era una mentira./ ¡Y aquellos periódicos de la tierra, que nos pintaban valientes, decididos, cantando himnos a la patria mientras íbamos a buscar la muerte, con la sonrisa en los labios!/ Todo era una desconsoladora mentira (...) ¿Y todo para qué? (...) ¿Quién nos había ofendido?/ ¿De quién debíamos defendernos? (...) nuestra acción allí, en aquel transcurrir estúpido de los días, más parecía acción de bandoleros organizados que de patriotas ofendidos." (Pág. 346).

A su obvio antibelicismo hay que añadir sus no menos evidentes acometidas contra el sistema y estamento militar, al cual se censura no tanto -aunque también- por su modo de conducir la guerra, por sus deficiencias organizativas o por la penuria en que se obliga a vivir al soldado, como por la eficaz labor que la disciplina castrense y los encargados de ejecutarla realizan en pro del embrutecimiento y la animalización del hombre, cuya condición humana queda reducida a la de un "guarismo" y su albedrío no supera el que disfruta un "presidiario". Esta inquina que el narrador protagonista va destilando en contra de la institución militar rezuma un cierto vaho o coincidencia con algunos presupuestos anarquizantes que se trasluce en algunos momentos de la novela -por aceptar la denominación establecida por el autor- en los que el personaje teoriza o moraliza sobre la cuestión:

"Respetaremos al ejército mientras tenga una existencia legal en el estado./ Pero le pediremos que nos ayude él mismo a suprimirlo; porque en sí mismo, en su misma esencia, tiene un virus de atávica imperfección."<sup>308</sup>

El relato tiene una decidida vocación de testimonio universal, de que sea reflejo de una vivencia colectiva acerca de todos aquellos que hubieron de padecer tan absurda guerra, lo que ya se hace patente desde el título. Para ello, dentro de la narración personal se da cabida a otra serie de anécdotas que diferentes personajes cuentan al protagonista, a través de las cuales se pretende ofrecer una más amplia perspectiva de lo allí sucedido o trascender la mera peripecia particular. Sin embargo, tan loables propósitos quedan truncados en buena medida merced a una raquítica elaboración artística del texto. La disposición del contenido, pues casi resulta fuera de lugar hablar de estructura, carece no ya de cualquier artificio narrativo, sino incluso de la más básica trabazón propia de la arquitectura novelesca, de tal modo que sobre todo en su segunda parte -desde el capítulo "Oasis" hasta el final- no es más que una mera yuxtaposición de cuadros deshilvanados. Tampoco la prosa de Ferrer contribuye a ensanchar el horizonte artístico de esta obra. En general se atiene a registros funcionales y cuando se aparta de ellos cae en relamidos amaneramientos -"mariposa de curiosidad la que hace acercanos hasta el borde de estas vidas intensas", (pág. 159)- o en fórmulas ya muy

manoseadas; incluso deja deslizar algún error léxico extendido en el habla coloquial pero denotativo de falta de cuidado en la escritura<sup>309</sup>. En conclusión, Uno de tantos pasa por ser uno más de esos libros de carácter testimonial escritos sobre esta campaña, cuyo activo más importante radica en su deliberada oposición a lo bélico y a lo militar, y al que le sobra el etiquetado de novela, pues si en su faceta de alegato didáctico contra la guerra de Marruecos resulta eficaz, en su aspecto artístico reporta más bien poca cosa.

El segundo de los títulos que conformaron la cosecha novelística de 1930 es Imán<sup>310</sup>, bien distinto del anterior por cuanto se trata de un impresionante relato desde cualquier punto de vista y muy probablemente el más logrado de cuantos hasta el momento se han escrito en lengua española sobre esta guerra. Este título supuso la presentación literaria de Ramón J. SENDER<sup>311</sup> dentro de la novela de dimensiones amplias, dado que sus anteriores tanteos, aun no careciendo de cierto mérito, se habían circunscrito al ámbito de la narrativa breve, de la que en estas mismas páginas ha podido verse una muestra con Una hoguera en la noche y más adelante se hablará de otro par de cuentos de ambiente marroquí publicados al igual que el anterior título en Lecturas. Primer ensayo por consiguiente, pero acierto pleno, pues según señala Francisco Carrasquer, a pesar de ser su *opera prima* es ya una *opera magna*<sup>312</sup>. A pesar de la relevancia que Imán tiene, y no sólo por sus valores intrínsecos sino por otros aspectos colaterales a los que más tarde aludiré, en repetidas ocasiones se ha puesto de relieve la escasa atención que tanto la crítica como los lectores le depararon en el momento de su aparición y en los inmediatos años posteriores. El propio Carrasquer, destacado estudioso de la obra del narrador aragonés, lamenta que los críticos del momento, con la excepción de Rafael Cansinos-Assens, no le prestaran casi ninguna atención<sup>313</sup> y en parecidos términos se pronuncia Gonzalo Santonja<sup>314</sup>. Ambos historiadores de la literatura vuelven a coincidir al considerar que tampoco gozó de muy efusivo recibimiento entre los lectores a tenor del número de ediciones y las cifras de venta que tuvo. En cuanto a las primeras fueron dos, una de cinco mil ejemplares y otra popular de treinta mil, y aún en julio de mil novecientos treinta y cinco desde el diario La Libertad<sup>315</sup> se aventuraba la posibilidad de que quedasen

ejemplares de la primera de ellas. Claro que esta desatención la cifran todos los comentaristas al ponerla en paralelo con la recepción popular que le depararon en aquellos otros países a cuyas lenguas fue traducida, sobre todo en Alemania, donde, siguiendo el estudio de Carrasquer, "había sido poco menos que un *bestseller*"<sup>316</sup>. Pero no sólo alcanzó un gran éxito en esta nación, sino que también logró una más que notable difusión en otros muchos lugares -sobre cuyas ediciones aporta minuciosos datos Gonzalo Santonja<sup>317</sup>- y halló traducción en muy variadas lenguas<sup>318</sup>. Esta popularidad de la novela en el extranjero tal vez haya generado la idea de que en España pasó semidesapercibida entre el público. Cuestión que merece ser revisada, al menos parcialmente. Una cosa es que la crítica española del momento no supiese ver en ella los valores narrativos que sin duda posee -lo cual tampoco es del todo exacto, para comprobarlo basta revisar las reseñas que en aquellos días aparecieron en algunos diarios<sup>319</sup>- o que por estos mismos valores hubiese merecido un mayor predicamento cuestión en la que pudieron influir razones ajenas al propio relato, como sugiere Arturo Barea<sup>320</sup>, y otra muy distinta que los lectores hiciesen caso omiso de ella, pues esto último no responde por completo a la realidad, al menos si atendemos a las palabras del propio Sender, que muchos años después declaraba: "Antes de la guerra [civil] yo vendía, pues, cinco mil ejemplares, o seis mil. Aunque de Imán se vendieron dos ediciones, una de cinco mil y otra popular de treinta mil."<sup>321</sup> Lo cual convierte este libro, publicado cuando todavía el autor era un completo desconocido en el panorama literario, en el más difundido de toda su obra de anteguerra, cuando su nombre ya gozaba de cierta resonancia. Tal vez la única duda que quepa sea saber si el autor no incluía en su comentario Míster Witt en el Cantón, por el que recibió el Premio Nacional de Literatura de 1936, o es que a pesar de tan importante distinción su cifra de ventas tampoco alcanzó la de Imán.

El relato de Sender poco tiene que ver con sus anteriores escarceos en la materia, pues presenta una recreación descarnada y brutal de la guerra marroquí a través del proceso de degradación física y espiritual que va padeciendo una de sus víctimas, el soldado español denominado Viance, un campesino cualquiera sobre cuyas espaldas cae toda la ferocidad

irracional de aquel conflicto unida a la crueldad de la institución militar y sus oficiales. Viance, joven plétórico de energías y proyectos, es separado de su ambiente natural cuando la vida empezaba a ofrecerle un porvenir para ser enviado a Marruecos a cumplir su servicio militar. Allí comienza su proceso de degradación, primero al tener que sufrir las humillaciones y ofensas de la oficialidad, representada en especial por el teniente Díaz Ureña, un individuo desalmado que utiliza las estrellas de su bocamanga para ejercer una inmotivada venganza personal contra el protagonista. Más tarde Viance sufre en carne propia los más extremos rigores de aquella guerra, al verse involuntariamente implicado en el aciago episodio del desastre de Annual y el derrumbamiento de toda la Comandancia de Melilla. Tras una angustiosa huida en solitario, más propia del mundo de las pesadillas que de la realidad, consigue ser uno de los pocos supervivientes de aquella carnicería. Sin embargo, su llegada a Melilla, extenuado física y mentalmente, lejos de suponer su liberación no es más que el inicio de otro calvario aún peor, el choque con una irracional burocracia militar y de nuevo con la inclemente rigidez de sus oficiales, que le lleva al enfrentamiento con uno de ellos y a padecer un injusto recargo en el tiempo de su servicio militar. A partir de aquí, Viance, muy mermado en su energía física y en su voluntad anímica -pues incluso ni el deseo de venganza contra Díaz Ureña puede ya empujarlo a seguir adelante, ya que el teniente morirá en combate después- queda convertido en poco más que un autómatas al que sólo mueve la rutinaria inercia. Algún tiempo más tarde, otro enfrentamiento con la rígida burocracia militar supondrá un nuevo recargo para Viance. Al final, convertido en algo muy parecido a un despojo humano, es licenciado y regresa a su lugar de origen, que ya no existe porque una presa ha cubierto de agua todo lo que fue su pueblo y sus raíces. Una devaluada y pisoteada condecoración que el protagonista recogió en un vertedero del cuartel africano, única muestra de su paso por Marruecos y de los sufrimientos soportados, le es arrebatada y acaba prendida en el pecho de una cupletista de ínfimo local, que canta una cancioncilla alusiva al patriotismo militar, mientras Viance va dándose cuenta de que esos años en Marruecos no sólo le han robado su juventud y sus energías, sino que también le han desposeído hasta de su pueblo y

de todo aquello que había sido su vida anterior, borrado ahora de la faz de la tierra en aras de un presunto progreso. Su sino fatalista parece ofrecerle sólo una posibilidad para elevarse sobre tanta desgracia, la que le sugiere una cuerda que pende del techo en la que puede ahorcarse.

Este esqueleto argumental se recubre con toda una serie de episodios cuyo eje fundamental gira en torno a la injusta opresión que los poderosos ejercen sobre los débiles, tanto en las relaciones dentro del ejército como en la sociedad en general. Viance no es sino una víctima más de un engranaje que cercena la vida de los más desfavorecidos, como lo son a su vez -aunque no parezcan tener conciencia de ello- esas cuadrillas de obreros que han sepultado el pasado de Viance bajo las aguas de una presa<sup>322</sup> y como también lo ha sido de otra forma su madre que -en uno de los episodios más conmovedores de la novela- se deja morir para que la familia no se vea obligada a consumir sus escasísimos recursos económicos en el pago de medicinas para su enfermedad. Si bien la novela presenta una denuncia sin contemplaciones contra el colonialismo, contra la guerra, contra el estamento militar y contra el falso patriotismo -patrioterismo más bien- de banderitas, himnos marciales, condecoraciones y discursos altisonantes, bajo todo esto late un desgarrado grito contra "el cansancio (...) de dos mil años de injusticia", (pág. 75), que para asegurar la supremacía de unos pocos ha condenado a muchos, ya sean estos soldados o paisanos:

"Viance advierte luego: aunque nosotros, como los mulos, sólo tenemos deberes cívicos, no derechos: el deber cívico de morir. El Estado nos autoriza a morir para sostener el derecho cívico de unas docenas de seres que son la historia, la cultura, la prosperidad del país, porque el país comienza y termina en ellos." (Pág. 154)

Esta requisitoria contra la manera en que se ha institucionalizado el poder, junto a una postura de neta confrontación ante toda forma de crueldad, las acusaciones contra el gregarismo, los ataques a la religiosidad excluyente, el amor como máxima representación de la categoría humana, un cierto sentido de la trascendencia que con formas alegóricas plantea una suerte de hermanamiento entre el hombre y la naturaleza o el cosmos, y otra serie de



ideas diseminadas por toda la novela, anticipa ya en esta obra la mayor parte de lo que en otras posteriores configurará el universo narrativo de Sender. De ahí que con total razón se haya dicho en repetidas ocasiones -aunque a veces por distintos motivos- que aun siendo Imán su primera novela no parece una obra primeriza. Y es que, a mi entender, por dispares que puedan mostrarse los planteamientos argumentales de sus relatos, siempre mantuvo el escritor aragonés una unicidad en la temática de fondo, un *corpus* de carácter ético ideológico que con total justeza podría denominarse, utilizando un término muy querido por el autor, como hombría, y sin duda, hombría del mejor cuño.

Casi desde su aparición se han querido establecer paralelismos, e incluso ver posibles influencias<sup>323</sup>, entre Imán y las novelas de carácter antibelicista o pacifista escritas tras la Primera Guerra Mundial por excombatientes que utilizaron el soporte narrativo para denunciar la crueldad de aquel conflicto, aludiendo sobre todo a El fuego y a Sin novedad en el frente, tal vez por ser éstas las que alcanzaron una mayor difusión y habían sido traducidas y publicadas en español<sup>324</sup> poco antes de la aparición del relato de Sender. Este sonsonete se ha venido repitiendo hasta fechas bien recientes, aún a raíz de la reedición que la editorial Destino hizo en el año 1976 su título volvía a aparecer junto al de la novela de Remarque<sup>325</sup>. Los que así argumentan tal vez se estén dejando llevar por cuestiones extratextuales porque lo cierto es que atendiendo exclusivamente a lo que las narraciones dejan ver -tanto en los que se refiere a su contenido como a la técnica y modos de contar- tales emparentamientos carecen de sentido, pero no ya sólo entre las obras de Remarque y Barbusse con respecto a la de Sender, sino tampoco entre ésta y otros títulos menos conocidos como los de Ludwig Renn, Guerra y Postguerra; Cuatro de infantería, de Ernst Johannsen; Los que teníamos doce años, de Ernest Glaeser; o La disputa por el sargento Grischa, de Arnold Zweig; por citar algunos autores europeos, porque si se hace referencia a los norteamericanos que escribieron sobre asuntos bélicos referidos a la Gran Guerra, cual es el caso de los Tres soldados, de Dos Pasos, o de Adiós a las armas, de Hemingway, tampoco hay nada que justifique una cercanía con ellos. El único punto de contacto que en puridad puede establecerse entre todos estos

títulos e Imán viene dado por la común recreación de una guerra, que en el caso de Sender, por cierto, ni era la misma ni tenía mucho que ver con la de aquéllos. Esta disimilitud ya fue apreciada por Charles Olstad, crítico poco sospechoso de mantener a capa y espada la originalidad del escritor español, pues emparenta su novela con las escritas sobre la guerra del 14: "Imán stands as Spain's contribution (...) to the European pacifist novel of the 20's and 30's, typified by Henri Barbusse Le feu and Erich Maria Remarque's Im Westen nichts Neues."<sup>326</sup> Sin embargo, cuando analiza en paralelo las novelas de Remarque y de Sender, rebate las infundadas apreciaciones de semejanza al darse cuenta de las sustanciales diferencias que hay entre ambas:

"Although there are similarities, both general and specific, differences are more important (...) The class, background, and narrative function of the central characters are quite different. Remarque's Paul Bäumer is of the urban lower middle class in a small city (...) Sender's Vianca (...) is of a rural lower class (...) Bäumer is a likeable fellow (...) Vianca, on the other hand, is a solitary figure (...) Remarque's Bäumer is the narrator (...) Sender's Vianca (...) narrates nothing (...) except during Vianca's long and solitary wanderings (...) Remarque's novel is a human protest against war -war as distinct from peace- (...) simple pacifism (...) Simple justice is its central theme, not simple pacifism [esto se refiere a Imán] (...) Imán is not a protest against war as an evil, for war is not distinct from peace (...) The contest between Remarque's pacifism and Sender's stance, which can be called radical humanism, is clearly seen (...) in the ending of the two novels."<sup>327</sup>

Claro que, sin hacer una análisis tan detallado como el de Olstad, esto ya había sido advertido por Luis Bello en una temprana reseña que de la novela hizo para el diario El Sol, donde, tras juzgar de interés crítico secundario el intentar rastrear si Sender tuvo presente una posible prosecución del espíritu de esos libros, concluye con una aseveración que en mi opinión coloca las cosas en su justo sitio:

"Creo que sin los libros de la Gran Guerra y aun sin la Gran Guerra, Sender hubiera escrito lo mismo la página que le tocó vivir."<sup>328</sup>

Además, esta narración, como ya he apuntado antes, trasciende la estricta anécdota bélica, y no para moralizar o al menos dejar constancia de los perjuicios de toda índole que la guerra acarrea sobre los individuos y los pueblos -no se adscribe pues a esa corriente pacifista que suele ser el fondo temático de los relatos europeos sobre la Gran Guerra-, sino que lanza un grito furibundo contra una palmaria injusticia social, convirtiéndose así en "algo más que una 'novela de guerra", según apunta Vicente Moga Romero<sup>329</sup>. Aquí el mal no reside sólo en las perversidades inherentes al propio conflicto armado, incluso las muertes y desgracias que éste acarrea -en concreto, la tragedia de Annual- no es sino una mera, y casi esperable, consecuencia de una situación de degradación moral de los detentadores del poder, ya sean éstos políticos, oficiales y mandos militares o simples especuladores económicos. Todos ellos utilizan el Protectorado marroquí para su medro personal so pretexto de patriotismo. Así lo atestigua la reflexión de un soldado: "La Patria no es más que las acciones del accionista", (pág. 99). Cuestión esta sobre la que Sender vuelve una y otra vez, planteándola de forma directa o bien mediante el más descarnado sarcasmo:

"Voy hacia la avenida principal, que divide el campamento en dos partes iguales. Allí están el cuartel general y la barraca de Currito, los dos poderes máximos del campamento: el militar y el civil. Esta cantina es una sucursal de los grandes almacenes de víveres que Currito tiene en la plaza. Aún no hace cuatro años iba con un borriquillo y dos garrafas de agua detrás de las columnas. El desastre de Annual lo habrá sido para otros; pero no para Currito, que hoy tiene diez camiones propios, abastece de víveres a varios regimientos y ha instalado en cada campamento una barraca donde hay todo lo que los señores jefes y oficiales puedan apetecer." (Pág. 233)

En la novela hay en efecto un conflicto bélico pero por encima de éste hay otro de más calado, el conflicto social y moral -del que el bélico constituye sólo una parte- de un poder

oprobioso, detentado por unos pocos a costa de la permanente ofensa y humillación de las clases más desfavorecidas, ya sean campesinos civiles o campesinos convertidos en soldados. El enemigo de éstos últimos nada tiene que ver con el rifeño levantado en armas, que se rebela para defender su tierra y sus derechos, para no ser oprimido y convertirse en otra víctima más de aquellos que son enemigos de todos y de todo lo que no convenga a sus propios intereses. Vianca llega a intuirlo vagamente al final de su experiencia:

"El caso de España es el mismo que el de Marruecos. La aristocracia goda 'corre los moros' y busca títulos de grandeza y en España corre a los españoles y busca títulos de la Deuda de acuerdo con los auténticos bárbaros del Norte." (pág. 275)

Mucho se ha especulado también acerca del carácter de Imán. Algunos de los que se han acercado al libro lo han incluido dentro de la denominada novela histórica, adjetivación que le aplica hasta un historiador tan prestigioso como Tuñón de Lara, apoyándose en parte de lo dicho por Lukács a la hora de definir este género y en lo mucho que -según otros- hay de reportaje en esta obra<sup>330</sup>. Otros, abundando más en esta misma postura, han querido hallar esta presunta historicidad en la ausencia deliberada de nombres de lugares y posiciones<sup>331</sup>. Francisco Carrasquer, saliendo al paso de tales opiniones, considera absurda tal adjetivación, y creo que su criterio resulta del todo justificado. Parece obvio que, incluso apelando a la más simple convención del género, la de referir hechos o acontecimientos del pasado, esto no se sostiene a la hora de tratar sobre esta novela de Sender, escrita en un tiempo casi inmediato a los sucesos referidos y cuando las únicas reflexiones disponibles provenían de apresurados análisis o crónicas de tipo periodístico, por lo que si se echa mano de caracterizaciones algo más técnicas de este género novelístico, como por ejemplo, la de Leda Shiuvo, que lo define como "un discurso referido a otro"<sup>332</sup>, tal adscripción resulta todavía más inadecuada, pues aunque la intención del narrador aragonés hubiera sido -posibilidad ni siquiera imaginable a la vista del texto- la de elaborar una recreación histórica, pocas fuentes solventes hubiera podido consultar en mil novecientos veintinueve, año en el que al parecer acometió la redacción de Imán. Asunto diferente, tal vez a ello haya que atribuir el origen de semejantes

afirmaciones, es que la novela aparte de sus cualidades como obra de ficción, al elaborar su fábula sobre sucesos ocurridos en la realidad, ofrezca un punto de vista -y téngase presente que sólo uno y particular, ya que se escribieron otras sobre la misma materia pero desde otra perspectiva y extrayendo consecuencias diferentes- sobre esos hechos que pueda resultar de cierta utilidad para su estudio desde campos ajenos al de la literatura, el de la historia entre otros, lo cual hay que considerar común a muchas novelas y no por ello se las etiqueta de históricas. En esta dirección parecen apuntar unas palabras de Juan Luis Alborg que sitúan la cuestión en lugar más cercano al que le corresponde:

"El libro es un documento de primordial importancia para conocer aquel capítulo de nuestra historia [habría que añadir que según la óptica de Sender], no por la información detallada sobre personas o hechos concretos -que no la da-, sino como reconstrucción de una realidad determinada que el novelista capta y traslada al libro con fuerza impresionante."<sup>333</sup>

Tan escaso fundamento como atribuirle un carácter histórico tiene sobreponderar un denominado valor como reportaje o documental por encima de sus cualidades como texto de ficción narrativa. Tal vez algunos de los comentaristas que apoyan esa tesis hayan prestado más atención a las palabras del propio Sender en la nota que abre la primera edición -donde manifiesta que el libro son poco más que unas anotaciones guardadas desde tiempo atrás y "apenas ordenadas", de las que excluye la componente imaginativa y aparenta rehuir las "intenciones estéticas" o los "prejuicios literarios"- que al propio contenido y a su disposición en la novela. Sólo habiendo tomado tales afirmaciones al pie de la letra pueden entenderse opiniones como la del anónimo analista que reseñó el libro en el suplemento literario de Times en 1934:

"Sr. Sender's book is to be regarded less an a work of fiction than as an impressive piece of journalism contributing an unpublished page to the detailed history of the present."<sup>334</sup>

O que, por ejemplo, Javier Alfaya, a las alturas de mil novecientos setenta y seis -cuando se hizo la reedición en España- con todo lo que ya había llovido sobre las innovaciones en el campo de la creación narrativa, no la considerase "una novela ortodoxa, sino un fascinante reportaje" y añada:

---

"Imán apenas tiene una trama novelesca que envuelva sus descripciones (...) es una crónica donde la manipulación artística se detiene en el borde mismo de la ficción para no alterar la historicidad de unos hechos todavía vivos en algunos sectores de nuestra conciencia colectiva."<sup>335</sup>

Tal aseveración ha venido repitiéndose con harta frecuencia, hasta el extremo de que incluso, un historiador y crítico tan avisado y riguroso como Eugenio G. de Nora, en este caso apoyándose en el escaso carácter novelesco de los libros senderianos anteriores a Míster Witt en el cantón, sostenga que "Imán tiene mucho de documental novelado"<sup>336</sup>. También en esta cuestión tuerca Francisco Carrasquer, a mi entender con total razón, para desde la absoluta discrepancia desmontar tales afirmaciones argumentando que no cabe considerarla "una novela-reportaje, puesto que no nos 'reporta' nada, no nos aporta información precisa y nominada conforme a las crónicas, noticieros y partes de guerra registrados oficialmente."<sup>337</sup>

Además de lo dicho por Carrasquer, y volviendo a retomar el inicio de la cuestión: las palabras de Sender donde pudieron tener su origen estas interpretaciones, es dable pensar que éstas no constituyeran sino un mero artificio literario, mezclado tal vez con unas ciertas dosis de modestia en la autopresentación de un novelista neófito, porque resulta cierto que el autor no vivió el desastre de Annual en Marruecos, y mal reportaje o documental con voluntad realista, y mucho menos histórica, podría haber hecho de lo que sólo conocía de oídas. Por otro lado, el texto de Imán muestra una construcción bastante artificiosa tanto en el contenido como en la disposición con que lo presenta. En cuanto al primero, son suficientemente elocuentes todos los pasajes alusivos a ese escapismo trascendente que se producen en el protagonista durante su huida tras el desastre militar, los cuales revelan que tal proceso no

responde a una visión objetivista y externa, sino a una interiorización personal que mal se aviene con un estilo de reportaje o documental y ni siquiera encontrarían cabida en un realismo estricto y purista. Su carácter novelesco se hace aún más obvio si atendemos a la organización y manera de transmitir este contenido, basta para ello reparar en la propia estructura narrativa; en la disposición fragmentada del tiempo, en ese comienzo *in media res* del relato para después volver hacia atrás en una larga analepsis y posteriormente avanzar hacia su final; o en las varias voces narrativas mediante las que se transmite la fábula. Ante esto se podrá argumentar que todo ello se hace necesario para producir el efecto de verosimilitud, por ejemplo, para que el lector pueda tener noticia de la magnitud del descalabro de la Comandancia de Melilla en julio de mil novecientos veintiuno, dado que el sargento Antonio no lo pudo conocer, personaje en el que, por cierto, algunos han querido ver un trasunto del propio Sender, y que de ser así, lo cual se antoja bastante probable, en nada afectaría al producto artístico. O que su figura resulta necesaria para intermediar entre las reflexiones y sensaciones experimentadas por Vianca y el lector, ya que la tosquedad de pensamiento y la escasa capacidad expositiva del protagonista harían poco viable por inverosímil el relato directo desde la primera persona. Y quienes sostuviesen esta tesis estarían sin duda en lo cierto, pero hay que tener en cuenta que todo ello no son sino las convenciones de la narrativa de ficción, que mediante estos y otros artificios elabora un discurso distanciado del referente real y con una base artística. Ahí radica la divergencia entre el reportaje o documental y la novela, ambos pueden servirse de un referente común, sin embargo el tratamiento, el tema -en sentido estricto del término- o la manipulación de tal asunto, como queramos llamarlo, será diferente. En definitiva, esta diferencia no estriba en el objeto del discurso, sino, siguiendo la terminología de Jakobson, en la mayor o menor ponderación que se le de a las funciones refencial o poética del lenguaje. Lo contrario supondría negarle a la novela la posibilidad de elaborar sus mundos de ficción sobre referentes denotados por el mundo real. Sin salirnos de estas páginas, en capítulo venidero se tratará sobre una obra donde ese presunto carácter documental o de reportaje pudiera estar mucho más marcado que

en el relato de Sender, estoy refiriéndome a la Autobiografía del general Franco, donde Vázquez Montalbán elabora su discurso en un paralelismo absoluto con la historia, sin embargo, se sirve de estrategias y técnicas expositivas ajenas a la historiografía o al reportaje y particulares de la ficción narrativa para construir un libro cuya condición novelística resultaría dificultoso, además de estéril, rebatir.

A pesar de que la recepción crítica en el momento de la aparición de Imán sólo puede considerarse mediana, observada con la perspectiva que da el tiempo el peso de esta novela dentro del panorama narrativo de la época no puede considerarse escaso. Si El blocao ya había supuesto una ruptura parcial -significativa, pero sólo parcial- con los moldes novelísticos más frecuentados por aquellos días, el relato de Sender significó la ruptura completa. Ello no es consecuencia de que se decantase por un desaliño formal contra el que se había rebelado la anterior generación de narradores, pues bien al contrario su estilo se manifiesta lleno de expresividad, sino porque en esta novela sí que se lleva a cabo la rehumanización de la materia literaria que proponía Díaz Fernández, y además sin los titubeos y cortapisas que todavía se apreciaban en la obra de su ideólogo. Este avance que ya fue explicitado por Víctor Fuentes -"los recursos artísticos de la literatura vanguardista usados por Díaz Fernández dan paso a un realismo crudo y descarnado; el punto de vista de la narración, el de un intelectual pequeño-burgués en El blocao, es en esta novela el de un 'soldado cualquiera"<sup>338</sup>- creo que va más allá aún de lo que señala este crítico, pues ese "realismo crudo y descarnado" que sirve de soporte a la fábula se articula con ciertas dosis de raíz imaginativa que agregan vigor a la tragedia de este soldado y estimulan una emoción cuyas vibraciones superan las del simple realismo. "Clarinetazo anunciador del cambio de rumbo", llamó Marra-López<sup>339</sup> a Imán, y para Josefa Rivas su publicación "representa un momento crucial en las letras españolas"<sup>340</sup>. No sé si tales apreciaciones resultan un tanto excesivas -no hoy, que se revelan llenas de justeza, sino en su momento-, pero lo que resulta innegable, y en ello están de acuerdo muy amplios sectores de la crítica y de la historia de la literatura,



es que tanto la obra como su autor se convirtieron en uno de los más sólidos puntos de referencia de la denominada novela social de los años treinta.

Los tres próximos títulos a los que a continuación me voy a referir quedan incluidos en este capítulo no sin serias reservas, dado que ninguno de ellos puede catalogarse en puridad como novela. Sin embargo, considero que cualquiera de ellos, atendiendo al talante desde el que fueron escritos, tal vez encuentren aquí ubicación más adecuada que entre los volúmenes del todo ajenos a lo imaginativo. El primero de ellos se publicó en el año 1932 y lleva por título ¡¡¡Los muertos de Annual ya son vengados!!!. Obra firmada por *El joven del Rif*, seudónimo bajo el que se oculta Eliseo VIDAL GALLEGO, nombre real pero tan carente de proyección dentro del panorama literario como el postizo que utiliza. Su presencia entre la narrativa de ficción se debe más al expreso deseo del autor, que en la portada del libro lo denomina "novela histórica", que a reunir las condiciones mínimas exigibles para merecer su inclusión dentro del género novelesco, por laxo que sea el criterio de adscripción. Más bien habría que considerarlo una especie de diario -término que se utiliza por cierto dentro del texto para denominarlo, en alternancia con los de libro a secas, novela y reportaje- o narración autobiográfica de un soldado e incluirlo por consiguiente dentro del epígrafe dedicado al testimonialismo directo. Respetemos la voluntad del autor en su acto de escritura, aunque procurando no traicionar las convenciones del género. Por tanto poco cabe hablar aquí, y me abstendré de hacerlo, de elaboración de personajes, de soportes de la fábula y de todo aquello que es peculiar en la prosa de ficción.

Un innominado soldado -en la última parte ya ascendido a sargento- va relatando su trayectoria personal desde el momento de su ingreso en el ejército, en 1926, hasta su licenciamiento unos años después. Su enrolamiento y presencia en Marruecos responden según propia confesión a una ambición personal por desenmascarar a los auténticos responsables del desastre de Annual -suceso que al parecer dejó honda huella en su memoria- para de esta forma hacer justicia a las víctimas inocentes de aquella catástrofe. Y, desde luego, no puede decirse que no mantenga una notable coherencia entre sus propósitos iniciales y el producto

final, ya que buena parte de sus páginas están orientadas hacia esta labor vindicativa, que va llevando a cabo mediante la recogida de impresiones, bien personales o bien refrendadas por testigos, en aquellos mismos lugares donde se vivió el descalabro militar. De las conclusiones que va desgranando se desprende que la actitud tomada por los rifeños no fue sino un acto consecuente y hasta plausible: "Los moros defendían su país, sus familias, lo más sagrado para los hombres. Si no lo hubieran defendido, habría motivos para despreciarlos", (pág. 41). Incluso se aventura la posibilidad de que tras su levantamiento se ocultasen motivos turbios y poco conocidos, posibilidad que, en lo que alcanzo a conocer no ha sido refrendada hasta el día de hoy por ningún historiador o estudioso del asunto:

"Si este cabecilla [Abd-el-Krim] hizo lo que hizo, se dice que no fue salido de su libre albedrío, fue bajo un secreto contrato (!), entregado y firmado por el perjuro [el rey] y demás camarilla de Madrid. No deben las madres españolas resentirse solamente contra el cabecilla moro; repito que él es el menos culpable." (Páginas 69-70)

Quienes, por el contrario, sí resultan inculpados son los generales Berenguer y Silvestre porque "de igual a igual se manda con mucha contemplación [en alusión al primero de ellos] y se obedece con mucha repugnancia [por Silvestre]", (pág. 288). Tampoco el poder civil de la época sale mejor parado: "Aquel gobierno de ineptos, en que los ministros no representaban más que meros lacayos de aquel rey", (pág. 44). Sin embargo, con ser todos ellos culpables, su responsabilidad queda limitada pues, a juicio del autor, ésta hay que imputársela en primer y destacado lugar a Alfonso XIII: "el monarca, sobre el cual, según todos mis datos, recae toda la responsabilidad de la mortandad de Annual", (pág. 188). La figura del rey se convierte en blanco de las más feroces inyectivas de Eliseo Vidal, tanto por sus vínculos en el desastre como por haber traicionado su juramento a la legalidad vigente al permitir la instauración de la dictadura primorriverista:

"La Constitución, rasgada, y aquel que juró observarla siempre, desistió del juramento, convirtiéndose de primer ciudadano español en un perjuro abominable." (Pág. 51)

La denuncia del régimen de Primo de Rivera deviene otro de los caballos de batalla a lo largo de las páginas de este libro. En ella encuentra el autor la exacerbación de todos los males patrios:

"Corrían las décadas [*sic*] sangrientas del 26 en el Marruecos español, y en España las muy crueles que originara el caos que la Dictadura trajo consigo. Era la hora de las alcaldadas, los manejos caciquiles, censo amañado, gobernadores dispuestos a todo, fuerza pública con jefes no menos dispuestos que los gobernadores. Corrían las oligarquías, los pretorianismos, las contiendas civiles, las consecuencias todas de las pretéritas pérdidas de los territorios de ultramar: toda una gama de desaciertos de gobiernos anteriores que la abominable dictadura se encargó de aumentar." (pág. 21)

La otra cara de la moneda viene dada por el sistema democrático que la por aquellos días recién nacida II República española ha reinstaurado en el país, en el que deposita Eliseo Vidal -republicano declarado: "el régimen por el cual siempre lucharé", (pág.25)- todas las esperanzas de regeneración colectiva:

"El Gobierno de H o B es transitorio. El de la democracia es permanente y duradero. Un Gobierno sin elecciones acabará un día u otro, sin la certeza de la continuidad de su obra; una democracia será un régimen siempre de colaboración, de discusión, de responsabilidades, sujeto a leyes preestablecidas, en el que los hombres se subordinan a los ideales, no los ideales a los hombres; en el que cambian y se sustituyen, pero continúan la obra de generación en generación, sin que el cambio o la sustitución altere esencialmente la evolución progresiva." (Pág. 180)

La figura de Fermín Galán, el denominado protomártir republicano, y la sublevación de Jaca, motivos muy en consonancia con los presupuestos ideológicos del autor, hacen su aparición también por las páginas de este libro. El narrador toma parte en este acontecimiento como subordinado del famoso capitán -caracterizado por Eliseo Vidal como modelo de gallardía militar y alto espíritu cívico- y como copartícipe de las ideas que alentaron a Galán,

aunque en su caso las consecuencias no pasan de un encarcelamiento que concluye con el cambio de sistema.

Todo este entramado de índole política, denostativo del uso y abuso del poder en los inmediatos tiempos pasados y laudatorio del presente y por venir, discurre al unísono con la peripecia personal del narrador como soldado. No toma parte en grandes acciones bélicas, lo más en ligeros escarceos residuales, porque su llegada a Marruecos viene casi a coincidir con el final de la contienda, pero sí queda lugar para recoger el ambiente y vivencias de las tropas allí destacadas. Pone de relieve la dureza -sobre todo para el soldado- de la vida cuartelera. Elogia la abnegación de aquel ejército de África, aunque se revuelva contra algunos aspectos del sistema disciplinario y burocrático imperante en esta institución. Discrepa en cuanto a la torpeza de métodos seguida en la forma con que España ha venido desarrollando su labor en el Protectorado, pero no se declara contrario a tal situación. Y en cuanto a la guerra mantiene una actitud ambigua. Por un lado, dentro del generalizado tono humanitarista que parece presidir sus reflexiones, la califica de "epidemia" y declama como un apóstol del más acrisolado pacifismo: "¡Oh Humanidad inclemente e infiel! ¿Cuándo velarás por los tuyos e impedirás que tus hijos se diezmen inútilmente? No acusemos a las máquinas de guerra; no odiamos a ciertos gobiernos que se declaran la guerra. ¡No! Es la Humanidad la culpable, la autora de que se cometan estos crímenes que la ley los califica, en ciertos casos, de heroísmo."<sup>341</sup> Mientras que en otras ocasiones este antibelicismo se atempera y se circunscribe sólo a una oposición respecto a los móviles que desencadenaron este conflicto bélico:

"No es que la guerra me atemorice, puesto que la creo necesaria, siempre que los intereses de la nación la reclamen [sic]; pero no es esta ocasión la llamada propicia para ser partidario de que haya guerra, toda vez que la Patria no lo reclama, aunque sí los intereses y caprichos de un Gobierno." (Pág. 121)

Esta mezcla de tan dispares elementos confiere a ¡¡¡Los muertos de Annual ya son vengados!!! un carácter de texto lleno de buenas intenciones pero un tanto desnortado. Por

su voluntad discursiva, más parece obra valedora del nuevo régimen y ajuste de cuentas con el inmediato pasado que reportaje o especie de memorias personales de un soldado, en cuyo caso tendría que haberse ceñido más a la propia experiencia, como modo de historiar o al menos de dar testimonio de una situación vivida, e incidir menos en aquellos asuntos que, cual la política palaciega o los comentarios de terceros, quedan fuera de su campo de observación. Aún más disparatado resulta que con estos mimbres pretendiera Eliseo Vidal componer una novela, pues de tal género no ha tomado prestados sino algunos de sus más añejos y poco acertados recursos. Entre ellos, por ejemplo, el dirigirse con familiaridad al lector buscando su complicidad, a la manera en que lo hacía la novela decimonónica anterior al Realismo y que ya fue comentado al tratar de los relatos por entregas. O dar cabida en medio de su discurso a otros procedentes de emisores distintos para corroborar sus afirmaciones, algo que también solía ocurrir en aquellas vetustas narraciones -aunque fuera con distinta finalidad-, mediante expresiones como: "Escuchemos a Ortega y Gasset (...)", (pág. 269); "Oigamos al Sr. Joly (...)", (pág. 282); o "Sigamos a un escritor (...)", (pág. 89). Nada hay aquí, sin embargo, que de muestras de que nos encontramos ni siquiera ante el esbozo de una novela. La acción ha quedado reducida al mínimo, por no decir que resulta inexistente, se limita a un recorrido por lugares que sólo son un pretexto para hilvanar su proceso dialéctico. No hay personajes imaginarios que participen en la trama, aunque lo cierto es que tampoco hay trama alguna, todo lo más, alguna voz para que le refiera al narrador algún asunto que, por otro lado, ya él mismo parece conocer de antemano o que en esencia no difiere apenas nada de lo que va exponiendo como perteneciente a su propio pensamiento, es decir, que tampoco puede sostenerse que se produzca ninguna evolución o cambio en este narrador. La mayoría de los personajes reales a los que se alude tampoco hallan corporalidad en la narración, con la excepción de alguna fugacísima aparición de Fermín Galán. En resumen, lo novelesco aquí, ya lo señalaba al comienzo, hay que considerarlo más deseo del autor que realidad en el texto.

En 1932 apareció también Pacazos, libro que guarda notables similitudes con el anterior. Su autor, Miguel TUBAU, resulta tan desconocido dentro del mundo literario como Eliseo Vidal, lo que induce a pensar que en ambos casos la labor de escritor quedó circunscrita al relato de sus respectivas peripecias en Marruecos. Tampoco este título puede encuadrarse con propiedad dentro del género novelesco, aunque en la portada sea calificado de novela. Al igual que en el caso precedente, la casi única justificación para etiquetarlo como tal reside en el deseo de quien lo escribió, pues por su contenido se aproxima bastante más a una suerte de memorias sobre lo acontecido a un soldado durante su servicio militar. No sólo porque los materiales que conforman el relato adolezcan de la necesaria vertebración propia de la ficción narrativa, sino porque incluso el texto respira el aroma de la inmediatez, de lo que no ha sido sometido a artificio alguno. Ni siquiera en el uso del lenguaje se aprecia un cierto aliento artístico, a tenor del generalizado descuido que caracteriza su prosa. Por tanto, de nuevo habrá que echar mano al respeto a la voluntad del autor para incluirlo en estas páginas. Las concomitancias con el título anterior no se agotan, empero, en la fecha de publicación, en la carencia de cualquier proyección literaria de su creador o en la débil arquitectura de su trama, alcanza también al poso ideológico que subyace en el texto y en quien lo compuso: en ambos hay una declaración de principios sobre su fe republicana y la denostación del antiguo sistema y de sus máximos representantes, muy en consonancia con el momento de su aparición. Si en aquél tales ideas se hacían hueco destacado en las páginas del relato, en éste el compromiso político resulta más parco, queda limitado a algunas apreciaciones en el prólogo y a unas reveladoras palabras que incluye en la dedicatoria: "(...) Y a vosotras, madres, va dedicado este modesto libro, para que al leerlo os deis perfecta cuenta del bien que la República puede hacer al crear el ejército voluntario en África, evitándose, así, que vuestros hijos mueran calcinados en los campos inhospitalarios del Rif."

La narración refiere las vicisitudes a que se ve expuesto el innominado protagonista que mediante su propia voz va dando cuenta de lo que supuso su paso como soldado por aquellas tierras durante la última etapa del conflicto bélico. El relato sigue de un modo lineal la

trayectoria del personaje: llegada, inadaptación a una situación que choca con lo que había sido su vida hasta entonces, amistades con otros reclutas, vida de campamento, traslado a otra unidad, participación en desembarco de Alhucemas y regreso a España. Sobre esta sencilla línea argumental se superponen una serie de cuadros, pues ni siquiera episodios pueden considerarse debido a su más bien escasa integración en el acontecer del protagonista, ilustrativos de la penuria soldadesca y de aquello que a grandes rasgos configuraba el mundo militar en Marruecos. Asuntos como las pésimas condiciones higiénicas que reinaban en los acuartelamientos alejados de los núcleos urbanos, la atmósfera melillense, el ambiente de los prostíbulos, los oficiales y jefes valerosos y honrados frente a aquellos otros que no eran ni lo uno ni lo otro, algunas costumbres rifeñas y otra serie de apuntes que recogen las impresiones de este soldado. En todo el relato late una reprobación a la guerra por constituir acto contrario a la condición humana, y una decidida censura de determinados aspectos de la organización militar: el ordenancismo y la rigidez disciplinaria o el grado de corrupción y crueldad a que han llegado algunos de sus oficiales. En suma, una crítica bastante parecida a la ya vista en otras narraciones, que en ésta, sin embargo, resulta menos incisiva, no tanto porque enfoque los acontecimientos desde una óptica menos cruda -que, a veces, también- sino, sobre todo, porque la impericia narrativa del autor deja bastante aguada esta censura. En primer lugar, aquí, a diferencia de lo que ocurre en las fábulas bien tramadas, casi todo queda en un cúmulo de anécdotas inarticuladas que ni nacen ni van desarrollándose a partir de un eje del relato. incluso algunas, dada su escasa o nula ligazón con el contexto general, llegan a semejar situaciones incrustadas *ad hoc* para ejemplificar conductas reprobables o cualquier otra idea que se desea transmitir. Un problema que se acentúa a partir de la segunda mitad del texto, y uno de cuyos más acabados ejemplos puede verse en el capítulo XI, el titulado "Don Antonio López de la Sierra el valeroso", donde se da cuenta de la cobardía de un teniente veterinario que gallardea de arrojo y valentía. No obstante, merced a su carácter de simple cuadro no integrado en una trama de conjunto, tal ejemplo no cobra dimensión universal, se queda en mera anécdota individual. Con ser esto ya grave, aún resulta mucho

más atentatorio contra esa voluntad crítica -hacia la guerra y la institución militar- que parecen latir en el libro, las varias contradicciones internas que aparecen en el seno de la propia historia narrada. Tras haber clamado contra la guerra y contra el ejército durante ciento y un pico largo de páginas, cuando llegan los momentos finales, en la hora del regreso a España, no se le ocurre decir al protagonista y narrador otra cosa que: "Había sonado la hora de la licencia (...); había sonado la hora de la felicidad, la hora de la satisfacción ante *el deber cumplido* [el subrayado es mío]: el momento indescriptible en que la alegría se sobrepone a las calamidades pasadas", (pág. 173). Palabras que, desposeídas de cualquier acento irónico como están dichas, echan por tierra todo el aliento antimilitarista y antibelicista que había infundido a toda la parte anterior del relato. Por si esto no hubiera resultado ya bastante, tal aseveración se completa tres páginas más tarde, en el definitivo cierre de la novela, con una incoherencia aún más rotunda: "Y unos brazos todo amor, me apretujaron contra un pecho que latía emocionado y unas lágrimas de felicidad uniéronse a *las cruces que de mi pecho pendían* [el subrayado también es mío]." Este es un final propio de soldado feliz, que regresa casi como héroe laureado, no de quien ha padecido las desgracias de la guerra y las humillaciones de la milicia. Errores que sólo pueden atribuirse a impericia y desconocimiento de las más obvias reglas en la técnica de narrar, pues una mínima experiencia habría suprimido tales comentarios, y desde luego nunca los habría situado en una situación de privilegio, cual es la conclusión de la historia contada, ni más ni menos que la última impresión que queda registrada en la mente del lector.

El tercer y último título entre los que aludía antes es La ruta, segundo de los volúmenes que forman la trilogía La forja de un rebelde, de Arturo BAREA<sup>342</sup>. A pesar de que está considerado como uno de los textos capitales sobre esta campaña de Marruecos, la crítica y la historia de la literatura no lo han admitido con unanimidad como plena obra de ficción. Su clasificación ha dividido a los muchos comentaristas de la obra. Para unos, se trata de un relato autobiográfico. Así lo cataloga, por ejemplo, Eugenio G. de Nora: "No es, explícitamente, otra cosa que una autobiografía escrita en primera persona, bajo el nombre



y apellidos del propio autor, y sin pretensión alguna de ficción novelesca (sí, al contrario de documento verídico e incluso históricamente representativo).<sup>343</sup> Con semejante argumento se alinean, entre otros, Tuñón de Lara<sup>344</sup>, Gonzalo Sobejano<sup>345</sup> y García Viñó, aunque este último ya introduce el matiz de que "da a su narración aspecto novelesco"<sup>346</sup>. Para otros, sin embargo, no existe obstáculo alguno que impida considerarla una novela, entre los que sostienen tal postura puede mencionarse a Francisco Yndurain, que incluso cuestiona su valor autobiográfico y lo atribuye más a razones circunstanciales que a su esencia narrativa: "No sé hasta que punto ha de tomarse como autobiografía este ciclo novelesco (...) El entenderlo como tal viene abonado no sólo por el título general, La forja de un rebelde, sino por la narración en primera persona como recuerdos de Arturo Barea Ogazón"<sup>347</sup>. Santos Sanz Villanueva, por su parte, no sólo juzga la trilogía como novela, sino que al referirse a La ruta la emparenta con relatos cuyo talante de ficción nadie ha puesto en duda: "La ruta es una novela fundamentalmente crítica sobre la guerra de Marruecos -próxima en este sentido, a los libros de Sender [Imán], Díaz Fernández [El blocao] o Gaya Nuño [Historia del cautivo]-"<sup>348</sup>. Segundo Serrano Poncela, sin poner en duda su carácter novelesco, considera que su texto está formado con materiales de diferente factura -"la materia imaginaria, la narración periodística y lo autobiográfico se dan cita en el copioso conjunto de páginas"<sup>349</sup>- y esgrime argumentos que a su juicio pueden dificultar su consideración como tal: "El hecho de que el autor se zambulla en primera persona a lo largo de los tres volúmenes impide muchas veces ver dónde se encuentra la narración factual y dónde la creación de orbe novelesco"<sup>350</sup>. Un tercer grupo de críticos e historiadores de la literatura se decantan por posturas intermedias o explicitan más sus razones. Entre los primeros, resulta llamativo el comentario de Luis Ponce de León que, opinando en realidad sobre asunto distinto, clasifica la trilogía de este modo: "Una novela: el primer tomo de La forja de un rebelde de Arturo Barea. El segundo tomo es un buen reportaje sobre la guerra de África. El tercero es un panfletario alegato que, alegando ser una visión de la guerra española, no pasa de ser un intento de justificación de un asunto coyuntural del autor, que, a través de su propio relato, más parece una cobardía

o una infamia que un conflicto verdadero."<sup>351</sup> Un tanto desenfocada parece la opinión de Luis Suñén, quien quiere ver a Barea como una síntesis de innovador del género y un clásico de la literatura, para lo cual atribuye a esta obra unas connotaciones que a mi entender hubieran sumido en una profunda perplejidad al propio autor, cuya sencillez expositiva y lo directo de la narración figuran entre las cualidades más sobresalientes de este libro. A pesar de ello, sostiene Suñén: "Novela como autobiografía, como testimonio, como crítica de la vida y crítica de la historia. Y novela con ese carácter multívoco -multiplicidad de lecturas a lo largo de una multiplicidad de tiempos- que hace de la más valiosa literatura no ser de tiempo alguno y serlo de todos"<sup>352</sup>. La argumentación más detallada y contundente en favor de la consideración de La ruta -y, por extensión, de la trilogía completa- como una novela la encontramos en Lawrence Miller, quien sostiene: "Los elementos y las anécdotas no son novelescas en sí, pero la forma exterior, la disposición externa, la narración animada y viva, el empleo constante del diálogo y del monólogo interior incorporan los instrumentos y las figuras tradicionales de una obra novelesca."<sup>353</sup>

Creo que el comentario de Lawrence Miller sitúa la cuestión en el lugar que le corresponde y además lo hace con total acierto. El referente o asunto sobre el que versa la fábula en modo alguno puede convertirse en elemento definidor del género. Poco importa que éste se haya extraído de la realidad o responda a una mera especulación intelectual del autor desconectada por completo del mundo real, si es que cabe tal posibilidad. Buena prueba de ello es que si se hiciera un censo de argumentos novelescos veríamos que la mayor parte de ellos reproducen situaciones de la vida cotidiana. Cuando ese referente pertenece a la realidad, tampoco su mayor o menor grado de manipulación o distorsión -lo cual, por otro lado, resulta bastante difícil de precisar para cualquiera que no sea el autor- resulta representativo de una más clara adscripción del producto final al género novelesco. Basta para darse cuenta de ello recordar que libros tan universalmente conocidos como In cold Blood (A sangre fría), de Truman Capote, o The executioner's song (La canción del verdugo), de Norman Mailer, han sido reconocidos por todo el mundo como novelas -además de una calidad más que notable-

y nadie ha parado mientes en que fueran reportajes elaborados a partir de múltiples entrevistas y consultas a archivos oficiales. En el caso concreto de la obra de Barea, sin duda su referente es, por denominarlo de alguna manera, extraliterario, lo constituyen sus propias vivencias, aunque desconocemos el nivel de artificio a que han sido sometidas. Hay un hecho probado: que estuvo en Marruecos durante el tiempo que refleja su libro, pero, ¿vivió todo lo que cuenta y de la misma forma en que lo hace? También resulta incuestionable que el protagonista se presenta con el nombre de Arturo, el verdadero del autor, pero esto sólo significa que no ha utilizado disfraces tras los que ocultar su auténtica personalidad. Del mismo modo, el personaje novelesco de Mailer se llama Gary Gilmore, y nada hace sospechar que su forma de ser difiriese mucho de la que le dota el escritor norteamericano, y en ello no se ha encontrado razón para sostener que el personaje maileriano no constituya un ente de ficción, aunque tuviese de hecho su correlato humano. Además, en última instancia, viene a dar lo mismo que la criatura novelesca aparezca designada con un nombre u otro, pues, desde que Flaubert pronunció aquellas reveladoras palabras de "Madame Bovary soy yo", cualquier lector avisado sabe que los apelativos e incluso el sexo no son sino máscara tras la cual puede ocultarse el autor si quiere que su criatura devenga un mero trasunto de sus inquietudes. En resumen, el mayor o menor nivel de diégesis o de mímesis contenido en la fábula no parece criterio decisivo para expulsar o incluir un libro en el género novelesco. Todo ello no deviene sino argumentación secundaria y poco más que discusión bizantina, pues lo que a mi manera de ver resulta definitorio para poder decidir sobre tal adscripción ha de fundamentarse en la disposición o aspectos formales del discurso, es decir, si la comunicación está más atenta a la codificación del propio mensaje que al referente, ya que tal distinción marca la diferencia entre el predominio de la función poética -siguiendo la terminología de Roman Jakobson- frente a la referencial o cualquier otra que pudiera convertirse en eje de un discurso sin finalidad literaria alguna. Si este criterio se aplica al texto de Barea, como, aun sin explicitarlo, ha hecho Lawrence Miller, la conclusión no deja lugar a dudas: en La ruta están presentes aquellos elementos formales del discurso -los apuntados por Miller- que definen la

forma literaria conocida como novela. Habrá que concluir, por consiguiente, que la función poética se antepone a cualesquiera otras.

Si bien La forja de un rebelde ha de ser considerada una obra unitaria, nada impide que el volumen que aquí interesa, La ruta, pueda leerse como obra autónoma y llena de sentido en sí misma, a pesar de que contenga frecuentes alusiones al pasado y al futuro que remiten a experiencias reflejadas en las otras partes de la trilogía. Transcurrida la infancia y adolescencia del personaje, de la que ya había dado cuenta en La forja, este segundo libro relata su experiencia durante el período en que realiza el servicio militar en Marruecos y los tiempos inmediatamente posteriores a su licenciamiento. La narración, conducida de forma personal por el propio protagonista, comienza presentando a un Barea ya veterano, recién ascendido a sargento e incorporado a una unidad de la zona occidental del Protectorado donde debe realizar las funciones de topógrafo encargado de las obras para construir una carretera y de su contabilidad. A partir de aquí en una progresión cronológica lineal, que en ocasiones rompe para referir acontecimientos significativos de su cercano pasado, el personaje irá desvelando sus vivencias en el ejército y en la guerra. El trabajo al frente de las obras le pone en contacto con los cabileños, conoce sus costumbres y llega a gozar de cierta estima entre ellos. También se irá familiarizando con los entresijos de la institución militar, tanto los que se refieren a la generalizada desorganización e incapacidad de sus altos jefes -"los generales, muchos de los cuales eran incapaces de leer un mapa militar, y, siendo por tanto dependientes del Estado Mayor, odiaban o despreciaban a sus miembros (...) Las ideas de los generales eran, casi sin excepción, basadas en lo que ellos se complacían en llamar 'por cojones', (pág. 78)- como, y sobre todo, los que aluden a sus vicios y costumbres más censurables. Comenzando por aquellos que apuntan al ambiente de degradación moral en que se desenvolvía la vida de buena parte de los mandos del denominado ejército de África, visto a través de las tabernas, casinos y burdeles de Tetuán, que hará exclamar al protagonista:

"Durante los primeros veinticinco años de este siglo Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos", (pág. 37)<sup>354</sup>

Y acabando en comportamientos mucho más graves, los que, por ejemplo, dejan ver cómo el fraude y el robo se habían convertido en prácticas habituales y variadas dependiendo del escalafón y el destino en que se encontrase el perceptor de estos sobresueldos. Actitudes cuyas consecuencias redundan por lo general en una rebaja de las ya precarias condiciones de vida del soldado y que van desde el sargento que lamenta la poca rentabilidad que obtiene de su "negocio" en la cocina -dando raciones escasas (pág. 71) o comprando animales en malas condiciones para el rancho de la tropa (pág. 65)- en contraste con el mucho más próspero del suboficial encargado del vestuario (pp. 83-84), hasta las artimañas de algunos jefes para vender materiales propiedad del ejército y guardarse ellos el dinero (pp. 156-157). Conductas de las que Barea nunca se hará cómplice, aunque sólo le quepa adoptar una callada rebeldía.

Durante este tiempo, la guerra también comienza a manifestarse mediante las pequeñas escaramuzas que se llevan a cabo contra el Raisuni. Sin embargo, la verdadera cara del enfrentamiento bélico no aparece hasta el momento en que debe incorporarse a la columna formada en la zona occidental para acudir en ayuda de las posiciones pertenecientes a la Comandancia de Melilla durante los días del desastre de Annual. Esta experiencia le reporta un conocimiento parcial pero aterrador de aquella catástrofe. Más tarde, tras su regreso a Tetuán, contrae unas fiebres tifoideas que le permiten familiarizarse con las deficiencias de la sanidad militar, aunque también le proporcionan un largo permiso en la Península. Durante este tiempo contrasta su experiencia real con la falseada imagen que a través de los periódicos se ha transmitido del conflicto y la desorientación social que se ha generado. Su regreso a Marruecos le supone un cambio de destino, ahora se ocupará de labores burocráticas. Esta nueva situación le lleva a conocer otras formas de fraude, dejación y negligencia en la oficialidad y en los jefes de aquel ejército. Por esta época, Barea tiene también su experiencia amorosa en Marruecos, lo que le permite comprobar la doble moral militar. Conoce a Chuchín, una camarera de hotel con la que intima y en cuya compañía comienza a vivir. Conducta que resulta escandalosa a los ojos de sus superiores. El ejército ha de velar por su buena imagen pública, es decir, se entiende que los hombres sean habituales clientes de

burdeles o lleven una disipada vida nocturna, pero no se puede aceptar que uno de sus miembros cohabite en anárquico amancebamiento con una mujer ni que pasee de su brazo a la luz del día, como le recrimina su comandante:

"-(...) Los papás y las niñas saben de memoria que Ceuta está infectado de putas y que un hombre tiene derecho a divertirse un poco, emborracharse y a veces hasta irse a la cama con una, si le gusta; incluso saben que la mayoría tiene una amiguita en una de las casas. Pero todo eso no importa. Pero lo que a nadie se le ocurre ni nadie tolera es coger a la querida del brazo y pasearse con ella a la luz del día o irse a bañar a la playa por la tarde mezclándose con las personas decentes (...) Y tú vienes tan fresco y te presentas con una muchacha que ha estado de camarera en un hotel, y le restriegas a todo el mundo por las narices que estás viviendo con ella como si fuera tu mujer; y ni te da vergüenza. Esto es anarquismo puro", (pp. 177-178)

La hora del licenciamiento no sólo dará fin a su experiencia militar, sino también a su relación con Chuchín. Su regreso a Madrid se produce poco antes del pronunciamiento de Primo de Rivera. A partir de aquí, iremos conociendo la reincorporación de Barea a la vida civil: su reinserción en el mundo del trabajo, su boda y los primeros problemas matrimoniales, y, en general, todo lo que desde este momento conformará la peripecia de su existencia. Sin embargo, la cuestión de Marruecos no queda olvidada. En esta última parte, de manera indirecta, se refiere la conclusión y la posterior suerte del denominado expediente Picasso; la sangrienta retirada de Xauen; la nueva estrategia impulsada por Primo; el ataque de Abd-el-Krim a las líneas francesas; los primeros pasos para la colaboración entre ambos ejércitos europeos; y el desembarco en Alhucemas, principio del fin del levantamiento rifeño. En conclusión, La ruta recoge la práctica totalidad de aquella larga campaña y su relato no queda limitado a la exclusiva vivencia del personaje, aunque esto sea lo más sustancial, sino que se enriquece con las opiniones y experiencias que le aportan otros personajes, dando de esta forma entrada a asuntos que el narrador no ha podido conocer de forma directa. Por sus páginas desfilan o se menciona a un buen número de personajes reales, a veces contemplados

desde la óptica del propio Barea y a veces enjuiciados desde la perspectiva de terceros. Figuras militares que gozaron de un notable protagonismo en el Protectorado marroquí durante aquellos años: los generales Berenguer, Burguete, Marzo, Castro Girona o Picasso; el sanguíneo Millán Astray; el aristocrático teniente coronel González Tablas, jefe de los Regulares; el millonario Horacio Echevarrieta, que negoció con Abd-el-Krim el canje de los prisioneros españoles; el conde de Romanones; e incluso el rey Alfonso XIII. Capítulo aparte merecen Franco y la Legión, pues ambos, a través de la información que Sanchiz -un legionario amigo del protagonista- va revelando a Barea, resultan destacados sobre el resto. El juicio sobre este militar se adecúa bastante a los testimonios que sobre su personalidad y conducta durante su etapa marroquí han vertido múltiples historiadores y tratadistas, a pesar de que el escritor redactó esta obra cuando la figura de Franco ya había discurrido por otros caminos y su trayectoria posterior no pudo ser contemplada con ningún agrado por Barea, como lo prueba que el capítulo en el que se trata de él lleve un título del todo esclarecedor, "El embrión de dictador":

"-(...) Todo el mundo le odia (...) y todos le obedecen y le respetan, porque se impone a todos los demás, exactamente como el matón del presidio se impone al presidio entero. Yo sé cuántos oficiales del Tercio se han ganado un tiro en la nuca en un ataque. Hay muchos que quisieran pegarle un tiro por la espalda a Franco, pero ninguno de ellos tiene el coraje de hacerlo. Les da miedo de que pueda volver la cabeza, precisamente cuando están tomando puntería (...) Se pone a la cabeza y... bueno, es alguien que tiene riñones, hay que admitirlo. Yo lo he visto marchar a la cabeza de todos, completamente derecho, cuando ninguno de nosotros nos atrevíamos a despegar los morros del suelo, de espesas que pasaban las balas (...) Hay además otra cosa, es mucho más inteligente que Millán Astray (...) Créeme, es un poco duro ir con Franco. Puedes estar seguro de tener todo a lo que tienes derecho, puedes tener confianza de que sabe dónde te mete, pero en cuanto a la manera de tratar... Se le queda mirando a un fulano con unos ojos muy grandes y muy serios y dice: 'Que le

peguen cuatro tiros.'/ Y da media vuelta y se va tan tranquilo. Yo he visto a asesinos ponerse lívidos sólo porque Franco los ha mirado una vez de reojo. Además, ¡es un chinche! Dios te libre si falta algo de tu equipo. o si el fusil está sucio o si te haces el remolón. ¿Sabes?, yo creo que este tío no es humano, no tiene nervios. Además es un solitario. Yo creo que todos los oficiales le odian, porque los trata igual que a nosotros y no hace amistad con ninguno de ellos. Ellos se van de juerga y se emborrachan (...), y éste se queda solo en la tienda o en el cuartel, como uno de esos escribientes viejos que tienen que ir a la oficina hasta los domingos. Nadie le entiende, y menos aún siendo tan joven." (Páginas 207-208)

La Legión aparece despojada de cualquier connotación romántica, su imagen nada tiene que ver con los falseados estereotipos que presentan las novelas comentadas en capítulo precedente sobre esta unidad del ejército. Sus oficiales son o individuos poco ejemplares o trepas: "Nuestros oficiales eran como los demás, con la única diferencia que la mayoría de ellos se habían jugado el dinero de su compañía y no tenían más salida que venirse al Tercio, y algunos que eran lo que se llama valientes y querían ascender aunque fuera arriesgando el pellejo", (pág. 206). Los legionarios distan mucho de cualquier caballería: "- (...) El Tercio es algo así como estar en un presidio. Los más chulos son los amos de la cárcel", (pág. 207). Y su noviazgo con la muerte va más allá de la simple retórica canora: "-¿Tú sabes que de todos aquellos que formaron la primera bandera del Tercio no queda casi nadie ya? Los novios de la muerte -¿te acuerdas?- se han casado", (pág. 203). En resumen, para Barea, este Cuerpo tenía poco de edificante y en él anidaba el germen de males posteriores:

"El Tercio crecía rápidamente como un Estado dentro del Estado, como un cáncer dentro del ejército (...) Hasta el último de los soldados del Tercio (...) se sentía absolutamente independiente del ejército español, como si fuera de una raza aparte. Formaban una sociedad aparte, voceaban sus hazañas y mostraban su desprecio hacia los demás./ (...) Pero de ser un héroe de esta clase a ser un rebelde -y un fascista-, no hay más que un paso." (Pág. 214)



Estas apreciaciones, junto a otras muchas más, permiten que La ruta trascienda el mero testimonialismo particular de un soldado, convirtiéndose en una fusión de la vivencia personal y el reflejo colectivo -social, si se quiere- de cuanto llevó aparejado y de las consecuencias que se derivaron del Protectorado español en Marruecos y de aquella guerra. Creo que en esta cuestión no aciertan del todo aquellos críticos que circunscriben la problemática planteada en esta narración al exclusivo ámbito de la experiencia personal. Dentro de estas posturas, un buen ejemplo nos lo ofrece Juan Ignacio Ferreras, quien sostiene que "no hay ningún alegato político, hay simplemente la individualización del problema y su reducción a los límites personales de un soldado cualquiera."<sup>355</sup> Es cierto que en el texto no abundan las disertaciones directas contra la guerra o contra los aspectos de injusticia que conlleva, ni tampoco largos discursos expositivos de carácter didáctico o moralizante sobre estos asuntos, entre otras razones porque entonces no estaríamos ante una novela -o autobiografía novelada, que para este caso da lo mismo- sino ante un panfleto o ante un texto de crítica antibelicista directa desposeído de cualquier nivel de artificio, y no parece que fuese éste el propósito perseguido por Barea. Sin embargo, no ya en contados momentos, sino a lo largo de todo el relato subyace una palmaria censura tanto de la campaña militar, por la inoperancia con que se lleva a cabo y, lo que es mucho más importante, por su misma motivación: "- ... abandonar Marruecos y no mandar un simple soldado allí. Marruecos es la mayor desgracia de España, un negocio desvergonzado y una estupidez inconmensurable al mismo tiempo", (pág. 121); de las condiciones de vida del soldado, tanto en lo que se refiere a la miseria de las condiciones materiales en que han de subsistir como en la discriminatoria e injusta forma de recluta: "Los soldados, mejor dicho, la clase de soldados que se manda a Marruecos son la gente más miserable e inculta de España, tan incivilizados como los moros", (pág. 121); y del colonialismo, por lo que tiene de subyugación *manu militari* de otro pueblo -como apuntan José María Fernández y María Herrera Rodrigo en un estudio de conjunto sobre la obra de Arturo Barea<sup>356</sup>- y porque si lo que se pretende es mejorar las condiciones de vida de aquellas gentes, mejor habría sido comenzar por amplios sectores de la propia población

española, no sólo entre las tradicionalmente olvidadas capas rurales, sino incluso entre los pequeños oficinistas madrileños:

"Veinticuatro horas después de comenzar a trabajar Pepito Laguna, le habíamos bautizado con el apodo de Charlot/ (...) Laguna me invito a comer un domingo. Vivía en la calle de Embajadores en una inmensa casa de piedra tres siglos vieja. Desde el portal enlosado descendimos por una escalera oscura, también de piedra, a lo que parecía un calabozo medieval (...) El cuarto olía a leche agria.

'-Afortunadamente podemos guisar en el patio -explicó Laguna-. Allí tenemos un cuartito con una hornilla, pero lo malo es que no tiene puerta y la mujer se hiela cuando guisa en invierno.

'(...) Estar en aquel cuarto era un tormento físico./ (...) Charlot no duró más que un par de meses (...) Charlot se había muerto simplemente de hambre." (Páginas 248-249)

Y por lo que respecta al atraso y la incultura de los que se quería sacar al pueblo marroquí, tampoco España estaba ayuna de ocasiones para haber realizado tal labor:

"Una de las cosas que me impresionaban profundamente era el hambre de tantos reclutas; la otra su analfabetismo. Entre los hombres de algunas regiones, el analfabetismo llegaba al ochenta por ciento. Del veinte restante, algunos eran capaces de leer y escribir malamente, pero la mayoría no sabía más que deletrear trabajosamente la letra impresa y garrapatear su nombre." (Pág. 192).

En resumen, la lectura de La ruta no puede conducirnos sino a la conclusión de que todo aquel entramado se montó de espaldas y en contra del pueblo español, supuso un perjuicio para la inmensa mayoría y sólo benefició a unos pocos. Así lo sintetiza el autor con cabal juicio y sinceras palabras desde su condición de testigo directo:

"-(...) Yo he estado allí dos años, y que me digan a mí qué es lo que civilizamos nosotros (...) Marruecos es bueno sólo para los oficiales y para los contratistas." (Pág. 121).

Tampoco puede considerarse por completo homogéneo con respecto a los anteriores títulos el relato corto Recordando, que como ya apunté páginas atrás aparece inmerso en un volumen al que me referiré en capítulo venidero: Chumberas y babuchas, de Francisco FUSIMAÑA, autor del todo desconocido en el ámbito literario, el cual tal vez fue antiguo soldado en Marruecos durante el periodo de 1925 a 1927 si atendemos a lo que él mismo manifiesta en la dedicatoria con que abre su libro -circunstancia sobre la que más tarde vuelve a incidir en una especie de coda final al margen de la ficción, titulada "Marruecos problema nacional"- y cuyas líneas parecen estar dirigidas por una absoluta sinceridad. La parcial divergencia de esta pequeña narración no radica, a diferencia de las anteriores, en su escaso grado de ficción, sino en que, aunque da cuenta de los sinsabores que conlleva el servicio militar en tierras marroquíes para los jóvenes españoles, no refiere acontecimientos bélicos de ningún tipo, lo que la asemeja a la obra de Giménez Caballero. Su intención más obvia, y posiblemente única, reside en la voluntad didáctica o mostrativa de una poco edificante forma de ser soldado en unos momentos históricos ya pasados. Motivo que, aunque con más modestas pretensiones, la hermana con buena parte de las novelas publicadas a partir de El bloqueo y durante estos primeros años treinta. Como ya indica su título se trata del vistazo que un recién licenciado soldado, Juan del Pueblo -nombre del todo orientativo del ánimo que impulsa la fábula-, echa a su inmediato pasado tras el regreso a su pueblo. Esta remembranza de un tiempo casi inmediato, que mediante una larga analepsis cubre la casi totalidad del texto, se centra en la deshumanización imperante en el ejército y en cuanto de nefasto tiene esta experiencia en la vida de un joven campesino. El repertorio de denuncias viene a coincidir con el ya reflejado en las obras mayores, si bien queda atemperado por las más reducidas dimensiones del texto y por la ausencia de referencias bélicas. En el fondo del relato se pone de relieve la diferencia entre la vida libre del paisano y la humillada condición del soldado de leva forzosa. Título que por consiguiente ha de inscribirse también en la nómina de obras antimilitaristas.

Tres son los pilares que sirven de base a estas novelas. El primero de ellos: la guerra, que aquí adquiere protagonismo fundamental, pero no la guerra como mero repertorio de combates -aunque en algún relato también sea elemento importante- sino la guerra en una dimensión amplia y globalizadora, es decir, como situación cuyo influjo modifica las conductas humanas, más aún, con capacidad para transformar la vida de los individuos e incluso de quienes los rodean. Y en íntima unión con ésta, sus directos actores: el ejército, pero atendiendo mucho más a sus peculiaridades de institución o grupo reglamentado y jerarquizado que a la particularidad de sus miembros. Ambas piezas, a veces con mayor peso una que otra pero, en todos los casos, actuando de consuno, conforman la maquinaria en cuyo engranaje se ve atrapado el individuo, el ser humano desvalido y convertido en víctima. Este tercer elemento se materializa de manera casi general -aunque no exclusiva- en la figura del soldado que, inocente de cualquier culpa que no sea la de encontrarse en edad propia para realizar el denominado servicio militar y sin saber cómo ni porqué, ve como su existencia comienza a discurrir por caminos del todo distintos a los que venían siendo habituales, y ajenos por completo a su voluntad. Su vida entra, por así decirlo, en otra dimensión, y aquí es donde estos relatos se bifurcan. Para unos, los menos y con un escaso grado de compromiso con la situación recreada, tal experiencia allega beneficios y mejora las expectativas futuras de aquel que fue soldado. Mientras que, la mayoría de las narraciones, por el contrario, inciden en los aspectos negativos, mostrando cuanto de nefasto e incluso trágico tuvo aquel conflicto para el soldado de leva, que, si bien no llegó a dejar la vida en aquellos secarales marroquíes, perdió tiempo y energías, en el mejor de los casos, y partes irrecuperables de su ser las más de las veces. En consecuencia con estos presupuestos argumentales resulta esperable, como así sucede, que estas fábulas adopten posiciones poco o nada contemporizadoras con la presencia española en el país norteafricano y que la censura en cuanto a los métodos de penetración seguidos se haga constante. Más aún, de buena parte de ellas se desprende una notable carga de antibelicismo y antimilitarismo, pues guerra y ejército devienen directos responsables de la desdicha personal.

Antes de partir para Marruecos, o nada más llegar e incorporarse a su destino, se presenta ya la primera cuita del soldado, que separado de su medio y costumbres habituales comienza a padecer un fuerte sentimiento de desarraigo. Esa sensación que relatos de corte sentimental como "En la noche africana", Los amores de Alfonso Reina o Bajo el sol africano ejemplificar en la separación de la amada, una novia de hecho o en ciernes perdida ya para siempre. Sin olvidar tampoco, aunque resulte asunto mucho más secundario, el vacío o preocupación en que quedan sumidos sus seres queridos, cual refleja, por ejemplo, la novela breve Los hombres de hierro. Sentimiento que sin ningún tipo de sutilezas se deja ver incluso en el innominado soldado de cuota, además de narrador, de un libro liviano en su crítica, las Notas marruecas de Giménez Caballero: "Allá queda España, la familia, los amigos, todo lo que nos enraíza a aquel suelo, cortado bruscamente por ese trozo azul de agua."<sup>357</sup> Mucho más emotivo se presenta este episodio para otro cuota, Ricardo, el protagonista de Uno de tantos, que al igual que el personaje del título anterior ha visto como su cómodo destino peninsular queda transformado por azar en una inmediata incorporación a una unidad de Marruecos<sup>358</sup>. Ricardo, tras rechazar la posibilidad de fingir una enfermedad que otro compañero tan asustado como él le sugiere poco antes del embarque, abandona España conmovido y sollozante:

"Entonces sí; entonces sí estaba teniendo la sensación de iniciar un destierro; cada vez que la superficie del agua entre el barco y el muelle iba ensanchándose, mis brazos se alargaban para tocar la tierra; por fin, sollozando como lo que era, como un chiquillo sin experiencia, caí de bruces, rompiendo las palabras:

'-¡Madre, madre...!' (Pág. 22)

El blocao recoge una situación muy similar a ésta, y en parecidos términos, aunque filtrados a través de una expresión más elaborada y con un lirismo más depurado. Así se expresa Carlos Arnedo, el tercer cuota en este grupo de novelas:

"Yo miraba las casas mudas, las casas sin dolor, que cobijaban el tranquilo sueño de sus inquilinos. Y veía las otras casas, de ventanas abiertas, de ventanas que eran como

ojos atónitos por donde manaba el llanto de la ciudad (...)/ Cuando el tren arrancaba ya, mientras mis amigos me apretaban las manos, yo buscaba entre la multitud el rostro de Angustias. Pero no estaba. El convoy echó a correr entre vivas y sollozos, y yo seguí bastante tiempo en la ventanilla recluso en el camarote de mis gafas." ("Magdalena roja", pp. 114-116)

En La ruta se desplaza este punto de vista. En lugar de vivir la despedida con el propio soldado, lo encontramos a su llegada al cuartel ya en tierras africanas. Allí conocemos su humilde extracción social -"la mayoría de ellos, campesinos y jornaleros", (pág. 187)- y la penuria cultural que sólo permite a la mayor parte de ellos "garrapatear su nombre", mientras que otros ni siquiera pueden hacer eso, son analfabetos por completo. No muy distinto debió de ser el comienzo de Viance, el protagonista de Imán, pues, aunque este episodio queda en elipsis narrativa, en repetidas ocasiones se manifiesta, y con la mayor crudeza, este sentimiento de desarraigo que, entremezclado con otros generados por distintos motivos, asalta al personaje y asola su vida tanto en el aislamiento de los parapetos como en medio del general bullicio de la cantina o en su desesperada huida tras la derrota militar:

" En el reposo, Viance coordina recuerdos, sugerencias viejas (...) ¿Qué más da morir? Quedar tumbado en el camino es lo de menos. En realidad, ha muerto dos veces ya. Cuando entró en filas murió el joven animoso, confiado, de las vastas intuiciones universales, y a éstas sucedieron las pequeñas minucias, las preocupaciones mezquinas y una sensación de acoso y animadversión en lo demás. Tampoco era ya el mismo." (Pág. 138)

Ni siquiera los espíritus más animosos y predispuestos pueden hurtarse a esta acongojante sensación, que antes o después hace mella en el soldado. Tal le sucede al personaje de Los muertos de Annual ya son vengados!!!, cuyo inicial ardor bélico por incorporarse a filas y poder así escribir un libro sincero sobre las verdaderas causas de aquella derrota no son estímulo suficiente para evitar la añoranza de la vida anterior: "Entrar en el cuartel y caerme el mundo encima fue todo una sola y misma cosa (...) Finalizada la licencia, el

regreso desde la Península a África es lo más triste que se puede suponer.<sup>359</sup> Otro tanto le ocurre a Alfonso Reina en la tan patriótica como belicosa novela Los amores de Alfonso Reina, personaje que pasa a denominarse Santiago Mularo en la reedición de este relato de Antonio Cases, publicado en esta segunda ocasión bajo el título de No quiere morir y que, en realidad, supone la única modificación. Alfonso -o Santiago, como se prefiera- muda pronto la inmoderada exaltación guerrera que manifiesta mientras se despide de su no menos belicosa novia:

"-Yo creo que hoy, como hace siglos, cada soldado español lleva a África el orgullo de un rey.

(...)

'-Descuida, Elvira, que aquellas tierras que los cadáveres de nuestros hermanos hicieron ricas en mantillo natural, nos darán vigor y fortaleza." (Pág. 84)<sup>360</sup>

Estas tan altisonantes como henchidas de valor expresiones se convierten, tras un breve tiempo de toma de contacto con la realidad del frente marroquí en:

"Sólo por ti [alude a Elvira, su novia] permanezco en estas tierras de muerte', escribía Alfonso", (pág. 96)<sup>361</sup>

Éste sólo es el primer impacto, ya que una vez encuadrado en la unidad que le ha correspondido es cuando comienzan las verdaderas penalidades del soldado, tanto las que se derivan de la vida militar como las que impone la situación de guerra. Las primeras aparecen pronto y forman parte de la cotidianeidad de la sufrida tropa, como advierte el narrador de las Notas marruecas:

"Ya en África te hemos visto aquí, en la vida de campamento, soportando los trabajos excesivos bajo un sol frenético. Horas de parapeto, lleno de frío, de sueño y de fatiga. Horas de lluvia transido por el viento, destrozado, terroso, buscando con ansia el rato de la cantina para liberarte momentáneamente ante el vaso de vino."<sup>362</sup>

Incomodidades y padecimientos físicos que suscribiría cualquiera de los personajes de estas novelas como habitual y que incluso, a tenor de lo señalado en otros relatos, aún

resultan escasos. El entrenamiento militar más que necesario adiestramiento para alcanzar un cierto grado de eficacia bélica se convierte en justo lo contrario, en una tortura que termina en algo parecido al deshaucio corporal. Reproche generalizado, unas veces criticado desde una perspectiva didáctica, con un tono de marcado regeneracionismo. Tal lo presenta ¡¡¡Los muertos de Annual ya son vengados!!!: "Marchas ... y más marchas. Al ejército moderno se le pinta así. Las marchas agotan las energías de sus hombres. Si se ejecutan como entrene..., ¡bien! Pero... hay que almacenar fuerzas para arrojarlas en las guerrillas; si se agotan en el camino..., llegado el caso, vendrá la derrota impulsada por el cansancio."<sup>363</sup> Otras, sin más afán que constatar la desnuda realidad: "En los días de lluvia, los avances se hacían andando sobre lodo, hundiéndose en el barro las alpargatas de munición y quedando descalzos finalmente los pies de los combatientes. En verano, las marchas se hacían bajo un sol de fuego, extenuador, terrible."<sup>364</sup> Y, por último, en alguna otra contextualizando esta situación en la crueldad, absurdo y sin sentido de la dura vida cuartelera, al menos la que hubo de padecer Viance:

"Poco antes llegaron dos batallones (...) Noventa kilómetros de marcha. Esa marcha también la hicimos nosotros para venir aquí. El sol de agosto en la cara por la mañana, desde el amanecer, y después en la cabeza y en la espalda a medida que transcurre el día. Treinta kilos de equipo, los hombros desollados por el correa y el sudor, las plantas de los pies abiertas y la cal del camino en las grietas. Hacia mediodía se escupe ya un barro grisáceo. El agua, caliente y todo, sería una gran cosa si no se hubiera acabado en los diez primeros kilómetros (...) Puede que la misión de uno cuando nació fuera andar eternamente (...) Los cincuenta cartuchos de la espalda se clavan en el espinazo (...)/ El cansancio llega a anestesiar. No se sienten los pies, ni las hendeduras de las correas que nos cruzan el pecho, ni el calor (...) No se piensa en nada ni se ve nada (...)/ Noventa kilómetros. Cansancio embrutecido en los rostros, el cansancio de los reos de trabajos forzados. Trabajos inútiles: acarrear hoy aquí la piedra que mañana habrá que volver a llevar allí." (Imán, pp. 8-9)



Sufrimientos que acrecientan una alimentación no sólo escasa y de pésima calidad - "El famélico soldado del campo que, tras marchas penosas, trabajos esforzados o forzados, fríos, calores, vientos y lluvia, sólo consigue un poco de arroz cocido y dos galletas"<sup>365</sup>-, sino incluso, podrida: "Nos dejaron descansar un poco para que comiéramos un 'rancho en frío', que nos habían dado al salir. En la lata mía decía fuera: 'Ternera con guisantes', pero salió pocha. Vaya una novedad. Lo extraño es que después de las componendas que en los ministerios se traen con los abastecedores salgan llenas."<sup>366</sup> Componendas que a gran escala tal vez se fraguaron en los ministerios, así lo aventura el personaje senderiano, pero que también forman parte de la cotidianeidad cuartelera, merced a la cual unos pocos mandos militares llenan su bolsillo de un ilícito dinero, producto de otras componendas a menor escala cuando no del robo directo en las raciones de tropa. De este modo lo deja ver, entre otros, el relato de Arturo Barea:

"-Ya hay que hacer números para alimentar a diecisiete y sacar diez pesetas diarias.

'-No tanto como parece. Judías, patatas, arroz y bacalao; sal, aceite y vinagre y mucho pimentón. Todo de Intendencia y todo barato. No me gasto más que tres reales por cabeza y a veces hasta les compro un barrilito de vino. No me gusta explotar a los pobres diablos. Saben que les robo, pero otros son peores que yo y también lo saben. En Miscrela hubo un sargento que los alimentó dos meses con sólo judías con pimentón, cocidas en agua (...) Pero uno gana mucho más dinero cuando hay una operación o cuando se va de convoy. Entonces se le da a cada hombre una lata de sardinas y un par de galletas, y ya está aviado para todo el día.

'-No me choca que revienten y acaben en el hospital." (Pág. 71).

Lo que en efecto ocurre. La enfermedad del soldado se convierte en elemento omnipresente en estas novelas, casi siempre en forma de fiebres tifoideas, palúdicas o disentería. Claro que no todos los afectados tienen la suerte de recalar en un hospital, aunque este sea tan inmundito como el que acoge a Barea o al innominado personaje de ~~Los muertos de Annual...~~!!! Los menos afortunados no llegan ni a ser rebajados. En ello incide Imán: "Se

encuentra a la vuelta de la tienda con un soldado macilento (...) podría muy bien tener setenta años. Un palúdico a quien no dan de baja. Le tiemblan las manos, debe de tener fiebre alta, apenas oye."<sup>367</sup> Situación que se repite en Pacazos: "Arnall fue a reconocimiento como el día antes indicara el sargento./ El médico, un capitán incompasivo y renegado, opinó, después de verle entrar, que el 'quinto' no padecía otro mal que una ingenua patraña", (pp. 48-49). Cruel decisión, cuya trágica consecuencia explicita la novela unas páginas más tarde: " (...) A los dos días fue llevado a un hospital de Melilla. Y una semana después dejaba de existir."<sup>368</sup> No mucha mejor suerte corren los que guarnecen la pequeña y aislada posición en El blocao, que ni siquiera pueden recibir atención médica:

"Un domingo se me puso enfermo un soldado (...) El cabo y yo vimos cómo el termómetro señalaba horas después los 40°. En la bolsa de curación no había más que quinina, y le dimos quinina./ Al día siguiente la fiebre alta continuaba. Era en febrero y llovía mucho. No podíamos, pues, utilizar el heliógrafo para avisar al campamento general. En vano hice funcionar el telégrafo de banderas. Faltaban cinco días para la llegada del convoy (...)/ Pedíamos al cielo un resplandor, un guiño de luz para salvar una vida (...)/ Por fin, el jueves, la víspera del convoy hizo sol (...)/ Por la tarde se presentó un convoy con el médico. El enfermo marchó en una artola, sonriendo hacia el hospital. Creo que salió de allí para el cementerio."<sup>369</sup>

No obstante, la atención hospitalaria dista mucho de asegurar la vida, pues más que sinónimo de curación constituye otro modelo de desidia y negligencia:

"Sabe [el médico militar] que a todos los pacientes de su sala, todos palúdicos, con la quinina y la buena comida se curarían, si se las dieran. Sabe que un poco de limpieza, de cuidado y de higiene son utilísimos, cuando se aplican. Sabe, por último, superior sabiduría, que el mejor bien que se le puede hacer a uno de estos pobrecitos, a uno de estos soldados infrahumanos, deleznable, que no les queda más que sufrimiento, enfermedad y miseria toda su vida, es dejarlos, piadosamente, que se

mueran de un modo dulce, bajo el rezo de la hermana de la Caridad, que les incita a pensar en la madre y a besar un crucifijo.<sup>"370</sup>

A la mala alimentación y a la enfermedad se unen otra serie de suplicios. La sed habitual de unas tierras donde el agua escasea y ha de ser racionada. La deficiencia de las instalaciones, que con frecuencia obliga al soldado a dormir en tiendas de campaña e incluso al raso, soportando el frío y el agua, y abatiendo a espíritus tan animosos como el de Alfonso Reina: "¡No puedo más! En estas tierras montañosas y ásperas dejaré la vida, y la dejaré con pena, porque es sin pelear. Cuando no la privación, el tiempo inclemente nos diezma. Sin tiendas donde recogernos, dormimos en el suelo, llueva como haga sol."<sup>371</sup> Los uniformes rotos por el excesivo uso; las alpargatas deshechas que no hallan reposición aunque haga tres meses que han cumplido, como las de Viance<sup>372</sup>; la suciedad impuesta por una obligatoria falta de higiene, "ese olor de soldado sudoroso con piojos en cada pliegue de su uniforme"<sup>373</sup>; en suma, unas condiciones de vida que configuran una imagen del soldado capaz de enorgullecer a cualquier ejército: "Asoman los codos por los desgarrones, se alinean los piojos en las costuras; barbas de agonizante bajo los sombreros pringosos. Abruma la suciedad. Yo me lavo por las mañanas con el café del desayuno. Los jefes nos dicen que todo esto no tiene importancia. Sobrellevarlo alegremente es demostrar espíritu militar."<sup>374</sup> Con semejantes ejemplos y recomendaciones por parte de la superioridad, no ha de resultar extraño que cuando Viance reflexiona por su cuenta llegue a conclusiones tan definitivas y cargadas de feroz sarcasmo como la que sigue:

"¡Claro! -piensa Viance-. Nosotros somos lo que en la prensa y en las escuelas llaman héroes. Llevar sesos de un compañero en la alpargata, criar piojos y beber orines, eso es ser héroes. Yo soy un héroe. ¡Un héroe! ¡Un hé-ro-e!"<sup>375</sup>

La dureza de todo este sinnúmero de penalidades de orden físico palidece al compararlas con los sometimientos de carácter intelectual, sentimental, moral o anímico. A medio camino entre ambos, como punto donde se unen la necesidad física y la sentimental, se encuentra la obligada inhibición sexual del soldado. Asunto que si bien no es cuestión generalizada ni

prioritaria dentro de este grupo de novelas, sí se convierte en temática dominante en los dos relatos de Díaz Fernández. El problema ya había sido anunciado con anterioridad por Giménez Caballero en sus Notas marruecas. En concreto en la nota titulada "Una ramera", donde entre otras disquisiciones el narrador se plantea las carencias observadas en lo que a la cobertura de las necesidades sexuales de la tropa se refiere, cuya única atención actual queda en manos de sucios burdeles y jóvenes espontáneas como la que presenta en este cuadro. Tal extremo carece por completo de relevancia dentro de esta obra, en realidad, no se antoja más que un mero apunte, algo tratado sin intensidad alguna, de pasada. Lo único reseñable, y a título de mera anécdota, es que la solución que se le ocurre a Giménez Caballero guarda notable similitud con la que muchos años después desarrollaría Mario Vargas Llosa en su novela Pantaleón y las visitadoras:

"Por el camino fui pensando en si será tan absurdo, que un Estado se preocupe seriamente de este arduo problema de Marte y Venus. Que estas plazas de guerra se transformen en edenes paradisiacos sería nocivo (...) Pero que continúe en la situación actual es vergonzoso. ¡Esa Alcazaba es un estercolero! (...)/ No han sido las balas lo que han causado nuestras mayores bajas. Nuestra incuria, en todos los órdenes, sí, muchas./ Pero ya que el Estado no se preocupa de esto, como es natural en él, se podía esperar de las iniciativas individuales, privadas, de empresas particulares. Una organización amplia, higiénica, numerosa, sería un gran negocio." (Páginas 138-139)

Además de esta breve alusión, y la relación entre el sargento Barea y Chuchín en La ruta o la de Rosa y el innominado protagonista de Pacazos -que tampoco resultan del todo homogéneas con el asunto aquí tratado-, esta carencia del soldado sólo adquiere carta de naturaleza en Herida de guerra y en El blocao. En aquélla, debido a sus escasas dimensiones, no se desarrolla en toda su amplitud y, aunque se convierte en elemento organizador del relato y en el único motivo argumental, queda en un simple boceto sin profundidad alguna. Será en la segunda narración, en la novela, donde el problema se plantee en toda su complejidad. Semejante cuita soldadesca hay que inscribirla dentro del conjunto de sufrimientos y

sinsabores que la experiencia militar en Marruecos imponía a la tropa, sin embargo, en El blocao ésta se sobredimensiona sobre otros aspectos habituales de la vida cuartelera: el tedio cotidiano, la despersonalización del hombre o las incomodidades y deficiencias de toda índole. Su importancia alcanza tal grado, que en cuatro de los siete capítulos se convierte en eje de la fábula. Atendiendo a una disposición cronológica de los acontecimientos narrados y no a la que presenta el libro, la cuestión tiene un comienzo anterior a la vida militar, cuando, todavía paisano, Carlos Arnedo encuentra dificultades para centrar su atención en las actividades sindicales y revolucionarias en las que anda mezclado por causa de un irrefrenable deseo por las mujeres: "El rival más terrible de mi obra era el deseo erótico. Yo iba por las calles enredándome en todas las miradas de mujer, y tenía que ir quitándolas de mis pasos como si fueran zarzas o espinas. Aquello me perdía para la 'causa'."<sup>376</sup> Una vez dentro del ejército, ese "deseo erótico" permanecerá intacto, o aún se agudizará, y se podrá comprobar que no constituye pasión individual de Arnedo, sino necesidad perentoria -repárese en las conversaciones obscenas que mantienen los soldados de "El blocao", (pág. 20), y sobre todo en "Convoy de amor" en su totalidad- del hombre joven, del soldado. El aislamiento que impone la vida de campaña, o al menos la cuartelera, acentúa este deseo humano que no halla cauce por donde discurrir de forma natural, reflexión que transmite el propio Arnedo:

"Una mujer. Mis veintidós años vociferaban en coro la preciosa ausencia. En mi vida había una breve biografía erótica. Pero aquella soledad del destacamento señalaba mis amores pasados como un campo sus árboles (...) Buscaba la mujer. A veces, una silueta blanca, que se evaporaba con frecuencia entre las higueras, hacía fluir en mí una rara congoja, la tierna congoja del sexo." ("El blocao", pp. 21-22).

De ahí que, antes que elemento simbólico, como a veces se ha querido ver este asunto, la pasión erótica no resuelta refleje un planteamiento de raíz completamente realista: muestra un padecimiento auténtico del joven soldado, cuyo raciocinio puede resultar afectado cuando se alcanzan tales extremos de absoluta indigencia sexual. Desde esta premisa puede entenderse que el narrador y protagonista ponga en peligro la posición bajo su mando -en "El blocao"-

por intentar satisfacer su "urgente deseo de mujer", o que, en una amplificación del problema -siguiendo la simetría intensificadora de Boetsch, a la que ya aludí en páginas anteriores- la escolta de "Convoy de amor", arrebatada por el instinto, se llegue a comportar como una jauría de perros hambrientos capaces de disputarse a la mujer "a mordiscos y puñetazos". Este desequilibrio queda puesto de manifiesto por el protagonista, que en "Cita en la huerta", otro de los capítulos vertebrados por lo erótico, retomando la silueta apenas intuida con anterioridad, confiesa:

"En vano perdí días enteros siguiendo finas siluetas blancas, que se evaporaban en los portales como si fuesen más que sutil tela de atmósfera./ El obstinado misterio de aquellas mujeres llegó a desvelarme a lo largo de los meses. Me volví malhumorado y colérico." (Páginas 52-53)

Esto no significa que este elemento no adquiriera también una dimensión simbólica, evidente en "África a sus pies" no sólo en su desarrollo y desenlace, sino incluso en el propio nombre de la amante marroquí -África- del enamoradizo y galanteador teniente. Esta componente alegórica está también presente, aunque más difuminada y con un sentido algo diferente, en "Cita en la huerta". En ambos capítulos, la conquista o toma real de posesión de la zona marroquí asignada a España encuentra su referente o plano real en la figura de la mujer, cuya imposible aprehensión simboliza la consecuencia final de todos los esfuerzos humanos, políticos y militares llevados a cabo por la nación protectora para lograr la dominación de la nación protegida. Sin embargo, esta interpretación no puede anteponerse al substrato de realismo que late por debajo: el sargento Carlos Arnedo y el teniente Riaño -aunque en este caso su personaje se recubra de una caracterización que lo acerca más a los personajes de la novela amorosa en escenario marroquí que a Arnedo- se han convertido en víctimas de la feroz represión sexual que padece el denominado ejército de África. Además, estos dos episodios no suponen la introducción en la novela de un elemento temático de fondo distinto al ya visto en "El blocao" y "Convoy de amor", son parte del mismo, pero con un encuadre distinto.

Más énfasis que la represión de los deseos carnales tienen los sentimientos de aburrimiento, soledad, desesperanza y vacío emocional, asuntos mucho más frecuentados en esta novelística. El joven soldado ha perdido sus lazos de unión con el mundo que le era familiar y ahora se encuentra desplazado y perdido, envuelto en un tedio cotidiano que lo acompaña a todas horas y en todos sus quehaceres. Un tedio embrutecedor, según revela Barea, a pesar de que su situación, en este sentido, puede considerarse privilegiada, ya que se encuentra en una población habitada y no en un destacamento aislado en el campo. Además es hombre de cierta preparación cultural y su destino no está en zona de tiros:

"Es terroríficamente fácil para un hombre caer en estado de bestialidad./ En la monotonía de los días invariables, reducido al pequeño círculo de la población que era mi ciudad, y al aún mucho más pequeño círculo de la tienda cónica que era mi hogar, lentamente fui cayendo en la rutina diaria embrutecedora (...)/ Los soldados, la mayoría de ellos simples obreros o campesinos en la vida civil, se estupidizaban rápidamente (...) Todos olvidábamos en qué día de la semana o del mes vivíamos. Dormíamos, comíamos y digeríamos."<sup>377</sup>

Esta monotonía se agudiza en los soldados que guarnecen los blocaos. Aislados y olvidados en alguna pequeña posición, sin más norte que el anhelo por recuperar algún contacto con su pasado y sin más presente que los naipes, ese embrutecimiento va configurándose en su única pauta de conducta:

"El juego no bastaba, sin embargo. Cada día éramos más un rebaño de bestezuelas resignadas en el refugio de una colina. Poco a poco, los soldados se iban olvidando de retozar entre sí, y ya era raro oír allí dentro el cohete de una risa (...) aquellas almas jóvenes recluidas durante meses enteros en unos metros cuadrados de barraca. Cuando llegaban los convoyes, yo tenía que vigilar más los paquetes de correo que los envoltorios de víveres. Los soldados se abalanzaban, hambrientos, sobre mi mano, que empuñaba cartas y periódicos."<sup>378</sup>

Poca distancia separa esa sensación de vacío, de la soledad infinita que recrea esa figura desamparada, de apariencia cómica pero con un fondo de patetismo, que se perfila en el soldado Villabona -protagonista de uno de los capítulos de El blocao- aferrado a su reloj como único enlace entre el hombre que fue y la nada. Sus lágrimas ante la rotura del artefacto desvelan la amargura de quien no aprecia el haber salvado la vida porque desde ese momento ha comenzado otra forma de muerte para él. Planteamiento que con escasas diferencias circunstanciales resulta familiar en estas novelas. Por ejemplo, Eliseo Vidal en Los muertos de Annual...!!! lo relata en estos términos: "Cojo lápiz y papel. Se aviva en mi alma la necesidad de comunicar con alguien mi tristeza. Y, ¿con quién mejor? El papel es sufrido, no tiene alma, y mis penas no despiertan en él sufrimiento alguno", (pág. 17). El sentimiento de abandono va unido a estos personajes en cualquier situación, bien entre la muchedumbre de una ciudad que se hace extraña, como le sucede al protagonista de Uno de tantos: "Iba sintiendo la fuerza de aquella soledad (...)/ Un amigo para charlar; un rincón donde dormir; una mujer a quien amar...", (pág. 169). O bien en los puestos de guardia, donde este sentimiento se extrema hasta sus límites y una vacuidad cósmica envuelve el aislamiento total del hombre. Situación que sumerge al protagonista de "En la noche africana" en la nostalgia: "Martín, inmóvil, se puso a recordar el pueblecillo levantino donde le aguardaban los suyos (...)" (pág. 32), y que también acompaña a los soldados de Imán, a Viance, cuya desdicha, aunque la reflexión en este caso no sea suya, supera con mucho la de cualquier otro personaje que habita en estos relatos, pues en ella no es posible entrever ni el más ligero atisbo de esperanza:

"La soledad del centinela es desabrida, áspera. La reflexión agrava esa soledad. Llanuras pardas, grises. A la de uno se suma la total soledad del campo y del cielo, más ancho y frío en estos desiertos (...) El cráneo, caldeado, no encauza la desolación de las lejanías hacia la añoranza, sino que la encierra en un terrible laberinto de imposibles. No se puede huir de sí mismo por la reflexión, porque se va a dar en ese



laberinto y es incomparable el suplicio de buscarle la salida (...), siente uno delante, detrás, encima, debajo, un vacío asfixiante." (Páginas 13-14)

Estos sentimientos de íntima derrota personal no tienen un origen *in vitro* sin más, o por decirlo con otras palabras, no son producto de planteamientos caracteriológicos de corte existencial, de una metafísica rebelión contra el absurdo del ser humano como tal, sino que hunden sus raíces en la inmisericorde realidad que los rodea. Esta realidad no se agota en el desarraigo o en las penurias materiales y sentimentales, también está conformada por la aspereza de la vida militar, en este caso no como sinónimo de vida fatigosa o incómoda sino como conjunto de normas organizativas de toda actividad en el ejército y de sus estrictos valores jerárquicos. El rasgo más caracterizado de esta convivencia castrense, al menos en lo que al soldado se refiere, lo pone la disciplina cuartelera, una forma cruel de sojuzgar cualquier atisbo de libertad en el individuo. Aún no siendo asunto novedoso, pues ya estaba presente en novelas de capítulos anteriores, en éstas adquiere una nueva dimensión. Así, por ejemplo, en los relatos que se ocupaban del mundo legionario, este aspecto quedaba soslayado o se presentaba como parte de un comportamiento viril y regido casi siempre por un ecuánime sentido de la justicia. Por el contrario, en la mayoría de las narraciones de este capítulo se muestra su cara más deleznable, aquella que podría sintetizarse con una expresiva imagen utilizada por Díaz Fernández: "Mi voluntad civil había quedado desgarrada y rota entre los alicates de la disciplina."<sup>379</sup>

Este ordenamiento militar se concretiza en el absurdo y en la crueldad. Absurdo que en sus formas menos graves implica, como le sucede a Barea, el desaprovechamiento del soldado -"mis conocimientos técnicos [como topógrafo y dibujante] sólo me habían servido para convertirme en un escribiente"<sup>380</sup>- o el ciego seguidismo de las ordenanzas, cual ridiculiza Díaz Fernández con humorístico sarcasmo:

"El coronel es un anciano corpulento y malhumorado. Empezó por arrestar al segundo de la fila.

'-Éste no tiene bigote -dijo señalando a Pérez, un muchacho lampiño que estudiaba matemáticas.

'-Es que ... verá usía, mi coronel... -respondió el capitán.

'-Nada, nada. He dicho que todos vayan pelados al rape y con bigote. No quiero señoras en mi regimiento. ¡Bigote! ¡Bigote!

(...)

'-Es que -se atrevió a decir el capitán- a este soldado no le sale el bigote.

'-Pues al calabozo hasta que le salga."<sup>381</sup>

Sin embargo, las más de las veces el absurdo traspasa lo anecdótico, convirtiéndose en un muro de inflexibilidad contra el que se estrella el apesadumbrado soldado, cuya existencia llega a ser pesadilla ante exigentes revistas de policía personal en lugares donde el agua no llega ni para beber y se amontonan los "piojos en cada pliegue de su uniforme"<sup>382</sup>; ante la constante opresión impuesta por "los procedimientos militares, donde la primera medida coercitiva es el arresto"<sup>383</sup>; ante la absoluta devaluación de la vida humana: "-Mira, aquí se justifica antes la muerte de un hombre que la de un mulo"<sup>384</sup>; en suma, ante la indefensión más completa:

"¿Tiene usted algo que alegar? Eso es en lo civil. En lo militar antes de alegar nada hay que obedecer. Muérase usted primero y luego da un parte 'por escrito' protestando"<sup>385</sup>

El complemento a esta manera de aplicar las ordenanzas lo pone la cotidiana brutalidad en el trato al soldado, víctima no sólo de las humillaciones escritas, sino también de aquellas otras que aleatoriamente le aplican sus mandos, acostumbrados a que los malos modos, el improperio y los palos sirvan de acicate en el subordinado o subrayado para sus órdenes. De todo lo cual hay un generoso muestrario en estas novelas. Esta degradada y degradante aplicación del poder no se traduce, sin embargo, en eficacia bélica o militar como hubiera parecido esperable. Muy al contrario, sólo engendra una generalizada atrofia en su operatividad guerrera, y así lo percibe el soldado, al que el comportamiento de sus mandos

ha insuflado desconfianza en vez de seguridad y preparación para afrontar las situaciones que se planteaban en aquel territorio en guerra, es decir, el efecto ha sido justo el opuesto al objetivo fijado. Así lo intuye Giménez Caballero: "¿No se siente uno, que es soldado, como un tornillo herrumbroso, de una vieja máquina, que no funciona? El día que tengamos que dar rendimiento de veras, en ataques o avances, no sé qué pasará. Ni en el mando ni en nosotros tenemos confianza."<sup>386</sup> Intuición que se ve refrendada por los hechos en cuanto la máquina de guerra tiene que empezar a dar rendimiento, entonces su inoperancia se muestra desnuda y se producen catástrofes como el desastre de Annual y el consecuente derrumbamiento de la entera Comandancia de Melilla. En esos trágicos momentos, ante más de diez mil cadáveres, víctimas de la deshumanizada, y a la vez baldía, disciplina imperante en aquel ejército, Viance -en un pasaje lleno de connotaciones, donde la escalofriante tragedia adquiere tintes de puro esperpento- rememora a través del sueño las humillaciones que ha tenido que sufrir para llegar a estar rodeado de soledad y muerte. Tanta inflexibilidad reglamentista, los chulescos comportamientos de sus jefes, toda aquella altanería cuartelera se ha diluido como humo ante el primer revés bélico:

"Viance va a levantarse, pero pesa demasiado y queda dormido con la mejilla en el suelo fresco. La obsesión del reglamento llena su sueño de pasos a compás, de voces de mando. Cincuenta voces de oficiales y jefes mandándole al mismo tiempo. Y dos o tres cornetines que imitan el canto del gallo.

'Viance dice:

'-¿Y qué? ¿Qué es lo que hay que hacer?

'-¿No ves que has dejado atrás más de diez mil muertos?

'-Sí, señor. ¿Qué hay que hacer?

'-¿Aún preguntas qué hay que hacer? ¡Marcar el paso, rediós! Si tú hubieras marcado el paso a su tiempo, otro gallo nos cantaría a todos.

'De nuevo vuelve el cornetín a imitar el canto de un gallo.

'-¡Firmes! ¡Marcar el paso!... ¡Mar!

'Los cincuenta jefes y oficiales gritan al unísono, marcando a su vez el paso como el coro en las operetas:

'-¡Viva España!

'Viance ve la llanura poblada de muertos. Diez mil y dos mil más en Monte Arruit. Los ojos de los cincuenta jefes y oficiales pesan sobre él, esperando que conteste al vítor. Viance, se apresura, al darse cuenta:

'-¡Viva!" (Imán, pp. 196-197)

---

La opresión ordenancista y disciplinaria ha dejado palmaria constancia de su inutilidad para alcanzar los objetivos que se le suponen propios, sólo se ha revelado fructífera para sojuzgar la libertad del individuo mediante un despótico poder que, a lo visto, no es medio del que se sirve para alcanzar una meta, sino fin en sí mismo. Por ello, se antoja del todo consecuente que el soldado se despoje de cuantos atributos militares lo ligan a una realidad que nada tiene que ver con su conciencia, para así poder recuperar de nuevo su albedrío de hombre:

"Sin armas, sin correaes, Viance se siente más libre de responsabilidades, con una extraña y nueva seguridad. Porque esas responsabilidades anteriores no llevaban consigo la conciencia de un deber, sino de una disciplina colectiva forzosa." (Imán, pág. 201)

---

Ahondando un poco más allá de su estricta materialización, el régimen disciplinario, al menos el que presentan estas novelas sobre el ejército de Marruecos, constituye, en su misma esencia algo contrario al hombre, es la negación de su individualidad como ser humano; "la anulación de la personalidad", como apunta Salvador Ferrer en Uno de tantos, donde abundando sobre la cuestión sostiene: "La hombría de espíritu, difícilmente puede someterse a la voz autoritaria, a la voz que obliga a los movimientos de autómatas", (pág. 159). Y, en efecto, el principal enemigo de quien debe defenderse el soldado español en buena parte de estos relatos no hay que buscarlo en el rifeño levantado en armas, sino en el bronco ordenancismo de la institución militar que presiona para convertirlo en "una cosa sin otro

sentido que el de un guarismo."<sup>387</sup> Desigual combate en el que el individuo siempre llevará la peor parte, consumirá sus energías en vanos intentos de oponerse a una despersonalización que al final acabará arrumbando parte o la totalidad de su ser, eso sí no termina con su vida, como le sucede a Arnall, uno de los compañeros del protagonista en Pacazos: "La incompreensión y la disciplina lo habían matado."<sup>388</sup> Sin alcanzar tales extremos, en mayor o menor medida, aunque desde perspectivas no siempre iguales, gran parte de estos soldados tendrán que batirse en esa arena. Siendo múltiples los ejemplos, desde el regeneracionista narrador de ¡¡Los muertos de Annual...!!! hasta el reflexivo y didáctico de Uno de tantos, pasando por el sensible y sutil Carlos Arnedo de El blocao o el más directo Arturo Barea, sin olvidar el culto y poco estridente lamento de Giménez Caballero. Y sobre todos ellos Viance, el más acabado modelo de esta pugna. Su rebelión contra el absurdo imperante en el ejército, la cueldad y estulticia de sus mandos no puede atribuirse a prejuicios o arrogancia intelectual, sino que nace de ese sentido natural de la justicia propio del hombre sencillo, que choca contra la peculiar forma de interpretarla en el ambiente militar: "la justicia es locura en estos barrios."<sup>389</sup> Su particular humildad reflexiva, que hace necesaria incluso la intervención de una voz interpuesta capaz de transmitir sus sensaciones y sentimientos, se convierte en uno de los grandes hallazgos de Imán porque la ventaja moral del hombre extraño del pueblo llano frente a los dirigentes de grupos sociales -en este caso, la oficialidad- evidencia con mayor fuerza que las razonadas disquisiciones de otros relatos la perversidad inherente a una institución regida por normas deshumanizadas y brutales, cuya aplicación queda las más de las veces en manos de sujetos vengativos, desalmados y biliosos como el teniente Díaz Ureña o el comandante Ansuago, hermanados por la brutalidad con aquel teniente Compañón de El blocao, que disfrutaba torturando y matando animales; de crueles oficiales y sargentos que acompañan sus órdenes distribuyendo indiscriminadas raciones de palos y castigos de toda índole entre sus subordinados; de necios burócratas que tras un desastre militar como el de Annual expedientan a un soldado y le recargan su tiempo de servicio porque reivindica su más que justo derecho a recibir adecuada atención médica; de fríos ordenancistas, capaces de

volver a aplicar la misma receta, el expediente disciplinario, a quien tras un duro y sangriento combate, cuando la batalla ya ha terminado entrega dos fusiles en vez de uno, pero, para su desgracia, ninguno de ellos corresponde con la numeración del que le habían entregado: "si ha traído dos o doscientos, es igual; eso no tiene nada que ver con el hecho delictivo de haber perdido el fusil propio", (pág. 267); de estúpidos capaces de prohibir el ajedrez porque "en ese juego se dicen expresiones contra el rey y la reina", (pág. 67); de ineptos que en la hora del combate pierden los nervios y disparan al tuntún, (pág. 97); y de cobardes que cuando llega el momento de la retirada -de la huida, en realidad- se desprenden de la guerrera para que sus distintivos de oficial o jefe no los delanten ante los rifeños, (pág. 134). Este es el paradigma de la oficialidad militar y cualquier comportamiento distinto no hay que notarlo sino dentro del raro casuismo, excepción a la regla general que actúa de contrapunto para ver la actitud del soldado ante un jefe humanitario, cuyo modelo tampoco se hace infrecuente, pero siempre individualizado y único, en casi todos los relatos. Por no alejarse de lo visto hasta ahora e insertarlo en el mismo contexto, veamos el que aparece en Imán:

"Viance recuerda aquel día que, en una retirada a paso ligero, cayó sin respiración. El comandante fue al teniente coronel:

'-Con su permiso, ¿puedo pegarle un tiro a un soldado de la segunda que no puede seguirnos? Si lo dejamos ahí, lo martirizarán los moros.

'El teniente coronel le interrumpió, colérico:

'-Cuando no haya otro recurso, está aún mi caballo. Que lo traigan aquí.

'Bien es verdad que ese teniente coronel tenía entre los jefes fama de sentimental, de poco militar." (Páginas 77-78).

Este es el sistema y estos son los cualificados autores de la transformación de Viance. Cuando finaliza su servicio militar y los recargos que le han impuesto, del joven más fuerte del pueblo, del animoso oficial herrero, de quien fue capaz de reivindicar para sí mismo y para sus compañeros unos derechos laborales que el jefe les negaba con empecinamiento, ya no queda nada; ha devenido una "impersonalidad fría y endeble que le hace parecer tan lejano

de sí mismo"<sup>390</sup>, porque "han ido aniquilándolo moralmente, negándole siempre la facultad de pensar, de opinar, reduciéndolo a una cosa que hay que inventariar en cada revista y tener siempre al alcance del pie", (pág. 97). Conclusión sobre las consecuencias de aquel régimen disciplinario no muy divergentes de las que, por distintos caminos narrativos, muestra el soldado protagonista de Uno de tantos: "La anulación de la personalidad: he aquí el trazo final de aquella tragicomedia bañada en agua y barro." (Pág. 87).

El antimilitarismo que en mayores o menores dosis rezuman buena parte de estos relatos no ha de entenderse pues producto de concepciones ideológicas apriorísticas, sino consecuencia de todo lo anterior, engendrado por tanto en las entrañas de la propia fábula o testimonio. La perversidad del ejército no reside tanto en su misma esencia como en el modo en que se organiza y administra. Se trata, en consecuencia, de un antimilitarismo de raíz más pragmática que conceptual o filosófica. Salvo en contadas excepciones -tal vez la más obvia provenga de Uno de tantos, donde el discurso del narrador en ocasiones prejuzga a la institución militar, extrayendo conclusiones que no siempre se desprenden de los acontecimientos referidos<sup>391</sup>- lo que se cuestiona y censura poco tiene que ver con la existencia del ejército, y sí mucho con las degradadas formas que ha llegado a adoptar. La inflexibilidad deshumanizada de sus ordenanzas. La aún más nefasta arbitrariedad en su aplicación cotidiana, pues, como declara Vianca, "es una cuestión de suerte el tener buena fama. Que no te calen porque también te encontrarán en el fondo la sana resistencia contra el absurdo"<sup>392</sup>. La imperante corrupción que ha anegado todas sus estructuras, y que evidencian las muy variadas formas de robo de que, por ejemplo, da cuenta Arturo Barea. El cerrilismo y la despótica crueldad que, junto a la esterilidad de su labor, constituyen las notas más característica de buena parte de sus oficiales y jefes. Aspecto que retratan hasta autores tan poco sospechosos de antimilitarismo visceral como Giménez Caballero: "De pronto en el silencio del campamento se ha escuchado una canción potente. La reconozco. Están aún de juerga los oficiales en una tienda. Me olvidaba que se pasan jugando las noches el plus de campaña (...) Ya que no hay otro heroísmo en puertas se dedican al del juego (...) Esta

inactividad, esta infecundidad de los jefes –quizá consecuencia de otras más profundas– repercute en nosotros.”<sup>393</sup>

En contraposición, se justiprecia con tono positivo e incluso laudatorio en ocasiones lo que se aparta de estas perversidades. Ciertamente se muestra escaso, pero no inexistente, baste, por ejemplo, recordar algo que ya señalé antes, el elogio que suscita la conducta de aquellos jefes y oficiales que, por su consideración hacia el soldado, se apartan de la generalidad. En suma, el antimilitarismo procede sobre todo de un rechazo a cuanto de absurdo e irracional hay en la institución militar, de todo aquello que la convierten en algo atentatorio contra las pautas de comportamiento y reflexión naturales y propias del hombre.

La guerra se presenta como el *alma mater* de todos estos sufrimientos, pues en ella se contextualizan los anteriores y además da origen a otros diferentes, todos aquellos que derivan de la propia dinámica bélica. Al contrario de lo que se veía en la serie de relatos sobre la Legión, el otro ciclo novelesco donde el acontecer guerrero cobraba notable importancia, en la casi totalidad de los títulos aquí tratados el reflejo de la campaña en su estricta dimensión de enfrentamientos y luchas aparece despojado de cualquier indicio de heroísmo o de hazaña valerosa, pues según sostienen los personajes senderianos: “Aquí no hay valientes”, añade el soldado. Efectivamente; los verdaderos valientes hubieran debido comenzar por no venir.”<sup>394</sup>

El enfoque se aparta de la gesta militar para adoptar un tono trágico y luctuoso donde los acontecimientos bélicos desvelan la expresión del absurdo de aquella gran desgracia colectiva e individual. Esta guerra no es sino un cúmulo de adversidades, de aflicciones morales y físicas. Degrada a los contendientes y empuja a los hombres a actuar contra sus principios y convicciones, como, por ejemplo, en clave alegórica plantea el breve relato Los últimos días de Ben-Kaddor, en el que las penalidades del soldado están ausentes, pero, sin embargo, da cuenta de la zozobra que el conflicto lleva a la vida de un español y un marroquí. Ambos, hombres instruidos y cultos, que desde los sentimientos de tolerancia y fraternidad abominan de esta guerra. Aquél, partidario de la ayuda al pueblo menos desarrollado preservando el respeto al distinto y a su particular cultura, en definitiva, de lo que en la época vino



denominándose penetración pacífica, repudia la acción que están llevando a cabo algunos de sus compatriotas. Éste, sosegado, alejado de todo fanatismo religioso o nacionalista, e incluso partidario de admitir en su tierra la presencia y cooperación de los españoles. No obstante, se verá obligado a empuñar las armas y morir defendiendo unos principios en los que no cree, con el corazón escindido entre sus ideas europeizantes y la brutalidad de una actuación española imposible de justificar y cuya única utilidad parece corroborar los planteamientos ideológicos de la rebelión rifeña:

"-(...) Ahora me encuentro con que vosotros justificáis la opinión de nuestros santones, de nuestros patriotas, de nuestros irreductibles. Cómo queréis que reconozca la libertad entre las hogueras de las *razzias*? ¿Cómo podría dejar de señalar la diferencia entre mi 'europeísmo' (que diríais vosotros) y el de los musulmanes traidores que nos hacen la guerra según los procedimientos mismos que vuestra intervención habría de desterrar para siempre? (...) Yo me he visto forzado, en conciencia, a aprobar y enaltecer el heroísmo en que ya no creía; el heroísmo defensor de una fe que ya no es la mía, de una tradición que abomino, de un pueblo que me miraba recelosamente, como un traidor, como un espía, como un bandido... Los tuyos me han convertido a la causa de los otros, y ya no queda en mí otra cosa que la amargura del ideal desaparecido..." (Pág. 57)

Esta fábula deviene alegórico reflejo de la destrucción moral que la guerra acarrea al ser humano. Los sentimientos que transmite son casi idénticos a los que, desde un plano más real y referidos al soldado español, se retratan en otros múltiples relatos:

"Aquellos dos muertos verdes, cegados de miseria y de sangre eran la concreción de las brillantes guerras coloniales./ Portadores de una civilización que no sienten, enarbolando la bandera de un patriotismo que no lo es (...) "<sup>395</sup>

Atendiendo a su aspecto de fisicidad, el conflicto bélico se dibuja con relieves estremecedores. La imaginería en que se sustenta está poblada de escenas aterradoras sobre los efectos del combate: "Las balas abren agujeros de bordes cortantes en el metal, a veces

en la carne y en los huesos. El orificio por donde una bala entra en el cuerpo es pequeño, por donde sale es un boquete de bordes sanguinolentos, fibrosos de piltrafas de carne y pingajos de tela desgarrados por el metal."<sup>396</sup> Esta crudeza a menudo adquiere tientes expresionistas, mostrando las consecuencias de la guerra en, por así decirlo, impactante primer plano, e incluso en plano detalle:

"Lleva los pantalones enrojecidos, como si orinara sangre. Se aparta un poco. Se suelta el cinturón y se pone en cuclillas. Sangre intestinal, roja y espesa. Luego se alza mucho más amarillo y con los pantalones caídos muestra el vientre desnudo, reconoce él mismo la herida. Viance ve en él una imagen grotesca de la tragedia, con los órganos sexuales descubiertos bajo el vientre destrozado."<sup>397</sup>

"El pobre don Ay mi Mare tenía la cara completamente desfigurada. Una bala le atravesó las mejillas y todas sus facciones parecían una máscara de risas./ Destrozados los pómulos, aparecieron los dientes negros, sucios, intentando vanamente soltar una risa que no acababa nunca de cuajar."<sup>398</sup>

Aunque este tipo de escenas proliferan con notable abundancia, la guerra no se agota en la crudeza de los muertos, heridos y lisiados que el combate toma como tributo, sino que también hacer valer su maestría para extraer del ser humano cuanto de perverso y brutal hay en su interior, sin distinción de razas ni credos: "Estaban mutilando [los marroquíes] a los nuestros, pero ya estaban muertos. Esto son venganzas de imbéciles. Nosotros hacíamos lo mismo, aunque estuviera prohibido, pero cuando respiraban aún."<sup>399</sup> Y es que una vez metido en esta vorágine de salvajismo el hombre pierde el raciocinio, exagera su fiereza instintiva y da pleno sentido a la hobbeana idea del *homo homini lupus*, porque, según dice en un momento el narrador de *Imán*, "la falta de sentido de todo esto hace a los soldados escépticos y crueles", (pág. 265). Para darse cuenta de ello basta escuchar las palabras de un legionario en *Uno de tantos*, cuyo brutal testimonio recuerda, y en nada desmerece, aquéllos otros del tremendo relato de Lluís Santa Marina:

"-(...) Da gusto de repente cogerlo desprevenido y cortarle la lengua y quitarle los ojos y ver cómo se escapa su vida por las crispaciones de sus dedos (...)/ Se te embotan los sentidos y sin querer, apretando furisamente los dientes, si no te ve el superior, coges el cuchillo montaraz que tienes escondido en la faja y cercenas la cabeza." (Páginas 161-162).

Brutalidad en dosis extremas que no crece sólo en el interior del individuo, también fructifica en el grupo, en el ejército español en este caso, cuyas muestras de inmisericordia alcanzan similar grado, y no contra combatientes enemigos, sino contra población inerme. Buen ejemplo de ello, de su destructiva labor de poblados rifeños, lo encontramos en la narración de Arturo Barea, cuyo testimonio, sin apenas variación, resulta coincidente con el que presentan otros relatos:

"Hace meses, la cabila fue arrasada de la raíz de la tierra. A tan corta distancia que los telémetros no eran necesarios. El capitán de la batería había dicho:

'-¿Para qué? Se tira a ojo, como se le tira una piedra a un perro.

'Al primer cañonazo se derrumbó todo: la paja de las chozas saltó en briznas encendidas (...) La operación había sido una cosa perfecta. A la caída de la tarde sólo quedaban unos montoncitos de paja humeantes y dos o tres chicos despanzurrados por el primer cañonazo."<sup>400</sup>

Diríase que de todo este paroxismo de violencia no escapan ni siquiera los animales, a quienes también alcanza de lleno la espeluznante sombra de la guerra. Unas veces en forma de víctimas: "Un pájaro, asustado, iba siguiendo nuestra marcha./ Lo recogimos. No debía encontrar el nido. Fue el primer pájaro y el último que vi en la campaña./ Martín lo guardó en una cartuchera (...)/ contempló al pájaro, cobijándole en la palma de la mano./ Y al ver que no quería volar (...) le retorció el pescuezo"<sup>401</sup>. Otras, como inmeditados verdugos:

"Cuando se incorporó el oficial, un mulo ciego de dolor, levantó las patas y le dio una coz en pleno rostro (...) Tenía un ojo desprendido; lo arrancó con fuerza, porque le molestaba el colgajo."<sup>402</sup>

Al igual que sucedía en algunas de las novelas sobre la Legión, en buena parte de éstas también se intenta transmitir las sensaciones que el soldado experimenta en la guerra: ante el combate, frente a la derrota, ante la destrucción y muerte que le rodea y que se cierne sobre su persona. Claro está que aquí esas sensaciones son del todo diferentes a las que desvelaban aquellos textos y ninguno de éstos se muestra tan explícito a la hora de recoger estas percepciones como Imán, donde no sólo la lucha en sí, sino la larga huida del protagonista tras la caída de Annual y las posiciones adyacentes, da pie a Sender para levantar todo un mundo de pesadilla. La más inmediata de estas sensaciones procede de las carencias materiales necesarias para seguir viviendo: la comida, la bebida, la fatiga o el sueño. Las insuficiencias y precariedades alimentarias derivadas de la propia contienda no suele ser asunto con especial subrayado, por lo general no se apartan demasiado de lo ya señalado antes al hablar de las penurias del soldado. Sin embargo, durante la travesía del territorio adscrito a la Comandancia de Melilla el hambre llega a convertirse en parte importante de la pesadilla que vive Viance. A esta realidad le añade Sender algunas gotas de ese horror alucinado que preside toda esta parte de la novela y, con tintes de absoluto tenebrismo, hace revolotear la antropofagia en esa especie de duermevela que sume a su personaje:

"Los ojos, entreabiertos, acostumbrados a la oscuridad, miran obstinados a la puerta, que nadie puede entornar ni abrir, por la pantorrilla del guardia civil muerto. Pierna mórbida, carnosa, blanca./ Una idea pasa como un relámpago, y aunque Viance la desecha, ha dejado su estela, su simiente. Al poco rato resurge y Viance, antes de rechazarla, piensa: 'Llegaría uno a ser peor que las fieras, porque ellas no comen la carne de sus semejantes'. Después reflexiona: 'Aunque en el fondo, bien pensado, lo primero es salvarse'. Procura alejar definitivamente esa obsesión; pero cuando cae de nuevo en ella es ya para pensar: '¿Se enterarán? Puedo volver el muerto cabeza arriba y nadie irá a ver si tiene las pantorrillas intactas'. Y por fin, a cuatro manos, avanza sigilosamente, con el machete en la diestra. A medida que se acerca, la voluptuosidad de comer le anima (...)", (pág. 196)

Viance no llega a consumir la acción que le ha asaltado en ese sueño donde lo real y lo ficticio se amontonan en informe masa, pero si padece la sed: "Dos días y dos noches andando, sin otro alimento que el trago de cerveza que le dio el oficial", (pág. 153). Ésta se convierte en una de las grandes torturas para el soldado en esta guerra. Por un poco de agua se mata y se muere en una tierra donde este líquido escasea. Las posiciones sin puntos cercanos y seguros para realizar la aguada se convierten en ratoneras y los lugares donde aprovisionarse de tanpreciado líquido en el primer objetivo estratégico de los rifeños para la caza del español, que ha de optar entre beber o vivir, como les sucede a los sitiados en el relato de Emilio Carrere: "Algunos hacían hoyos en la tierra, donde hundían, de bruces el rostro calenturiento, en busca de una ilusión de frescura. Se aplicaban sobre los labios los matojos calcinados y las anchas hojas silvestres, heladas por la noche./ Otros, enloquecidos, absorbían la tinta de los frasquitos que guardaban en su mochila (...)/ Era el delirio de la sed"<sup>403</sup>. Sed tan implacable que obliga a beber no sólo tinta, sino cualquier otro líquido por repugnante que sea: "Desde hoy se bebe orina."<sup>404</sup> Situación que reproduce con fidelidad la realmente vivida en algunas posiciones durante el desastre de Annual, y de la que, entre otras, da cuenta una novela tan poco proclive al antibelicismo como Los amores de Alfonso Reina:

"-¿Son ciertos esos telegramas de los sitiados de Igueriben? 'Se ha bebido tinta, agua de colonia, petróleo, orines con azúcar, se echaban en la boca arenilla para excitar la salivación." (Pág. 56)

A estas penurias físicas, y otras varias más, han de añadirse los padecimientos anímicos. Por ejemplo, la soledad: "La soledad del barranco es más profunda que toda soledad; huele, densifica el aire, le va ligando el corazón con bramantes, como una pelota."<sup>405</sup> O el miedo, un temor que se impone sobre cualquier otra opresión: "En la guerra no hay disciplina; si alguien dice lo contrario sufre una equivocación palmaria./ En la guerra solamente existe miedo insuperable a la muerte o miedo, en tono menor, a la superioridad."<sup>406</sup> Un temor que a veces, así lo experimenta Viance, proviene más de lo intuitivo que de lo evidente:

"Si la luna saliera una hora antes se hubieran podido salvar quizá la mitad; pero así los cazarán como ratas. Nadie sabe de dónde sale tanto moro. Las baterías callan ya definitivamente./ Viance se siente atemorizado por vagas consideraciones. El campo sería un espectáculo terrible, si se pudiera ver. La caballería mora persigue sin duda a los fugitivos y los caza a golpes de alfanje y gumfa. Los que se salven llegarán por milagro a las alambradas de Annual. Y todo bajo la indiferencia del cielo estrellado, tan lejos, ausentes hasta del recuerdo de las personas queridas", (pág. 83)

En medio del desolado escenario que ha impuesto la derrota, Viance, arrumbado por cuanto va encontrando a su paso durante la huida, sólo encuentra lenitivo para su radical soledad en la naturaleza, con quien llega a una cierta forma de hermanamiento, pues el hombre no es sino materia integrante de ese cosmos total. Pérdido todo lazo de unión con sus semejantes, el soldado busca cobijo en lo único que aún le queda, y no sólo lo halla sino que, bajo este prisma, alcanza a comprender la finitud de todo lo humano y, en cierta manera, encuentra ese punto de virtud que hay en lo anacóretico:

"Vivimos -piensa Viance oscuramente- sobre la paz de los muertos. La tierra es el polvo de los que murieron (...)/ Viance, en la vaguedad de esas intuiciones, siente el amor a la tierra como antes la gratitud al caballo muerto [en cuyas entrañas se refugió para dormir]; pero un amor que es la afinidad natural, cósmica, de la tierra por la tierra. No odia a nadie: a los moros ni a los españoles causantes de esta catástrofe (...)/ El amor a la tierra le ha dado nuevas intuiciones, entre ellas la del sueño. El sueño o la muerte. Cualquiera de estas dos cosas es lo mismo, en definitiva: rehabilitación humana de la materia en la química activísima de las cosas inertes. Sueño. Muerte. Huida hacia un infinito diáfano, lejos de los hombres." (Páginas 177-178)

La libertad constituye otro de los precios que el derrotado ha de pagar, si es que tal idea tiene cabida en estas situaciones. El cautiverio en manos del enemigo ofrece la casi única alternativa a la muerte en combate. Asunto que Viance no vive en toda su intensidad, tan sólo

un episodio de escasa magnitud entre los muchos que pueblan su larga huida, incluso se establece en Imán un paralelismo entre el cautiverio y el habitual régimen militar español que, según testimonia un soldado prisionero, se resuelve a favor de aquél:

"-Loco será el que vuelva a comenzar otra vez por gusto. Allá -señala Melilla- paso hambre, frío, aguanto palos, no tengo un céntimo y estoy como en una cárcel. ¿Todo pa qué? Pa que ocurra lo que acabamos de ver. La única herida que llevo me la ha hecho un oficial, y yo veo que entre los moros se ayudan y que no hay tanta estrella y tanta casta. Todos son hombres y yo otro hombre más." (Pág. 208)

En otros relatos, por el contrario, la culminación del fracaso militar y de los padecimientos del soldado se alcanza con la caída en manos del enemigo. Para Alfonso Reina, el protagonista de la poco verosímil narración de Antonio Cases, se convertirá en sinónimo de vergüenza. Su liberación constata tanto la irreversible decrepitud física que habrá de conducirlo poco después al cementerio como una irreparable deshonra que lo apartará definitivamente de su antigua novia y del respeto de sus conciudadanos. Sin llegar a tales extremos de dislate fabulador, lo cierto es que esta decadencia humana aún en plena juventud perfila el rasgo caracterológico más acusado en el cautivo: "Bajan con precaución los prisioneros (...) Aparentan tener cuarenta años; están envejecidos, flacos, cetrinos, de faz lúgubre."<sup>407</sup> Para otros, el cautiverio no sólo supondrá su propia muerte, sino la continuación de la tragedia en el seno familiar. De tal forma se muestra esta consecuencia en don Miguel, el padre del soldado en Los hombres de hierro, cuya locura hay que atribuir a la pérdida del hijo prisionero.

Y planeando por encima de todo este bagaje de desgracias que la guerra trae consigo, la más irreparable de todas ellas, la muerte. Elemento omnipresente en todos estos relatos. Muerte estéril siempre, pero que, en algunas ocasiones, se racionaliza y se inscribe en el sinsentido general de esta campaña, aunque ello se diga veladamente, solapándolo con alusiones culturalistas, cual sucede en las Notas marruecas: "Has venido a pelear a África desde las tierras del Quijote por un *casus belli* marroquí, que te ha enlazado así con la más

vieja y profunda tradición del guerrero hispano: la lucha con el moro. Venerable tradición que apenas repercutía ya en ti / (...) Nada había tampoco que ganar. ¿Qué te traía a esta guerra? ¿Un estímulo de Quijote, o una fatalidad?"<sup>408</sup> Vacuidad de la muerte que Sender refleja sin estos pudorosos velos de Giménez Caballero:

"Van a morir esos fugitivos; pero la última visión de Monte Arruit, todavía guarnecido y defendido, les confortará. Quieren morir cara al campamento español para engañarse creyendo que ofrecen su juventud inútil por algo y por alguien." (Imán, pág. 176).

Otras veces, la muerte se hace algo más próximo, se incorpora al vivir cotidiano del soldado, convirtiéndose en algo rutinario que de cuando en cuando se lleva a algún compañero, pero contra la que el espíritu joven se revela cuando la siente próxima, cual le sucede al agonizante jinete de los escuadrones de caballería de Alcántara que Viance encuentra en su camino: "-(...) Tengo veintitrés años. ¿Está bien morir como un perro a los veintitrés años, abandonado de toda esa gentuza?"<sup>409</sup> Por último, cuando la vida ha alcanzado unos extremos tan miserables como los que, por ejemplo, soporta el propio Viance, la muerte no se contempla con terror sino con indiferencia: "-¿Sabes lo que te digo? Que morirse no es tanto como parece. ¡Te mueres y ya estás!", (pág. 112). Aún peor que la muerte es llegar al convencimiento de que tras lo que ya se ha padecido, todavía haya que repetirlo para morirse, porque en esos casos la vida ya ha sido más indeseable que una muerte reconfortante: "Esta idea de la muerte no le abandona. Pero es duro que la muerte no sea como el sueño, sino que prolongue la zozobra, el dolor./ (...) Tiene miedo de no haber muerto, de que todo esto sea cierto y quede aún la necesidad horrenda de morirse", (pág. 126). Claro que Viance, aún sin conocer los padecimientos que su fatal destino le reservaba para después, ya se considera más muerto en vida que superviviente de la catástrofe militar, pues de su ser anterior ya nada queda:

"Si me salvo, no me salvo yo, sino un pobre animal cansado, sucio, con el alma apagada. Lo más auténtico de uno se queda por ahí, cara al cielo, muerto y podrido



también (...) Quizá prendido en la mirada sin expresión -o terriblemente expresiva- de esos cadáveres." (Pág. 170)

De todo este panorama se desprende una visión que va mucho más allá de la crítica a la guerra, aunque ésta se haga desde niveles extremos. Aquí, por lo general, lo de menos es la manera de conducir la campaña, que las tácticas y estrategias militares adolezcan de buen juicio, que su dirección resulte una inacabable retahíla de errores, o que las consecuencias de tan funestas decisiones las pague el soldado. Todas estas cuestiones se dan ya por sobreentendidas y, aunque de cuando en cuando aparezcan diseminadas por aquí o por allá su importancia en poco excede el mero apunte contextualizador. Tan sólo en aquellas narraciones sin ánimo antibelicista alguno se repara en tales minucias, algo de esto puede verse, por ejemplo, en Notas marruecas de un soldado, donde el énfasis no se pone en la perversidad intrínseca de la guerra, sino en cuanto de erróneo hay en la forma de llevarla, tanto por ineptitud de los militares como de los políticos, y entre cuyas consecuencias hay que incluir las desgracias que arrostra el soldado: "Ese anónimo soldado, que lleva sobre sus débiles hombros la desgraciada carga de nuestra política internacional."<sup>410</sup> Además, Giménez Caballero arremete contra el conflicto, incluso contra la presencia española en el norte de África, no por concepciones de raíz humanitarista o pacifista, sino por criterios de obvia rentabilidad: "Aquí -que, hoy por hoy, no hay nada que ganar, dígame lo que se quiera-"<sup>411</sup>. Algo semejante puede decirse de Los amores de Alfonso Reina, donde las escasísimas críticas a la guerra derivan también de la manera en que se conduce, aunque Antonio Cases exonere a los militares de cualquier responsabilidad y la haga recaer por completo en los políticos y en la ausencia de un jefe rector de los destinos de la nación, pues, ya lo señalé antes, esta novela viene a ser una justificación y un aplauso para el régimen de Primo de Rivera y para la figura del dictador. Tampoco ese sentimiento de radical antibelicismo que alienta en gran parte de estos relatos puede hacerse extensivo a El sacrificio. Esta novelita -uso el diminutivo sólo por su breve extensión, aunque también podría aplicarse a sus valores literarios- comparte con las demás el reflejo de los padecimientos del soldado y retrata algunos de los perjuicios

que la guerra ocasiona al hombre, sin embargo, la ideación y desarrollo de su fábula responde a planteamientos del todo distintos, antagónicos más bien, a los que sustentan los otros títulos hasta aquí comentados. El relato de Carrere presenta en realidad una ficción alineada con un belicismo de corte heroico, próximo al que presentaban algunas de las novelas sobre la Legión, lo único que los novios de la muerte han sido sustituidos por soldados de reemplazo que hallan en el combate cauce adecuado para medir su valentía: "los soldados no temían el ataque. Acaso lo deseaban en sus ímpetus de bravura", (pág. 39). De nuevo, la guerra se convierte en una fiesta que ni la muerte parece capaz de aguar. Y hasta quien se mostraba remiso a acudir a su escenario, cual aparentaba Alejo García, uno de los soldados protagonistas, en cuanto oye los primeros tiros de cerca se transforma en un júbilo pletórico de ardor belicoso. Así de fácil se explica que donde antes de incorporarse a filas decía: "-Para que yo vaya al cuartel me tienen que dar cloroformo", (pág. 17). Más tarde ya no diga nada, pero los hechos sean más expresivos que las palabras:

"Alejo García fue siempre ejemplo de valor. El magnetismo de las multitudes acaso contagió su espíritu, refractario a las proezas militares. El ardor, el entusiasmo de sus hermanos de armas le encendió en una exaltación perpetua. Inconscientemente se adelantaba de las filas, iba al encuentro de los cabileños, él sólo, como a un duelo personal." (Pág. 18).

La pauta general viene marcada, sin embargo, por la serie de relatos opuestos a la guerra. Desde aquellos donde la idea se muestra con tibieza o envuelta en un aura de sentimentalismo popular, "En la noche africana" o Bajo el sol africano, hasta aquellos otros que destilan un radical antibelicismo por cada uno de sus poros. Al belicismo oponen un punto de vista humanitarista que exculpa tanto al soldado español como al presunto enemigo, motivo por el cual no hay ningún ensañamiento en la caracterización del rifeño, todo lo más la notación de las crueldades que comete en su calidad de combatiente, y en éstas no sobrepasa las cometidas por el adversario: "Al fin y al cabo la guerra es una furia ciega en la cual no nos cabe la mayor responsabilidad./ Un fusil encuentra siempre su razón en el fusil enemigo."<sup>412</sup> Este

humanitarismo impregna la práctica totalidad de los textos. Su atención se centra en el hombre, en el hombre víctima de injusticias y crueldades contra las que apenas puede rebelarse. La única sublevación posible queda limitada al testimonio y a la denuncia de los modos de convivencia social que permiten tales atrocidades, como se hace patente en aquellos relatos más proclives a la desnuda moralización:

"(...) Es la humanidad la culpable, la autora de que se cometan estos crímenes que la ley los califica, en ciertos casos, de heroísmo."<sup>413</sup>

Son, en suma, narraciones que, ya se anticipaba antes, consideran la guerra un mal en sí misma, pero que, sobre todo, orientan su requisitoria hacia la denuncia de una indignidad nacional, de un atropello homicida y absurdo cometido contra un puñado de campesinos marroquíes levantados en armas y, sobre todo, contra toda una generación de jóvenes españoles obligados a luchar y a morir por unos oscuros intereses que nada tenían que ver con ellos. Así lo advierte ese arquetipo de la fatalidad colectiva que es Viance:

"Nosotros, como los mulos, sólo tenemos deberes cívicos, no derechos: el deber cívico de morir. El Estado nos autoriza a morir para sostener el derecho cívico de unas docenas de seres que son la historia, la cultura, la prosperidad del país, porque el país comienza y termina en ellos."<sup>414</sup>

Experiencia traumática que no deja indiferente a ningún soldado de los que han pasado por Marruecos durante la campaña. Así lo evidencian, por una parte, la hora del regreso y, por otra, las múltiples determinaciones de dejar testimonio escrito de lo allí vivido. Determinaciones que en repetidas ocasiones forman parte del discurso del propio narrador, tal es el caso de Giménez Caballero ("nos han quedado dos tareas comunes en la nueva vida civil./ Una, la de contribuir a la claridad de la opinión nacional sobre Marruecos, con nuestros relatos y juicios"<sup>415</sup>), de Eliseo Vidal ("Voy a África con un programa a seguir (...)/ escribir sobre unas cuartillas mis impresiones para darlas a la publicidad"<sup>416</sup>) o de Salvador Ferrer: "-(...) publicaré un libro donde se plasme la tristeza de nuestros servicios de retaguardia."<sup>417</sup> Propósito que también explicita Miguel Tubau en el prólogo de su libro,

y que, ya fuera de la ficción, habría que hacer extensivo a otros cuantos soldados testigos: Díaz Fernández, Sender y Barea.

En cuanto a lo que las fábulas revelan cuando llega el momento del regreso, exceptuando las ya antes comentadas incongruencias de Pacazos, tan sólo los personajes más esquemáticos parecen haber salido indemnes. Tal le sucede a los protagonistas de Herida de guerra y de Recordando. El primero porque, según asegura, lo único que se trajo fue el recuerdo de la joven Aixa: "Nada de esto tiene, sin duda, importancia; pero es lo único saliente que me ha sucedido en Marruecos. Lo cuento porque dejó en mí un desasosiego especial, algo como la sensación ínfima, penosa y lejana de una herida ya en cicatriz." Mientras Juan del Pueblo acarrea consigo los malos recuerdos pero también goza la sensación de quien siendo esclavo ha devenido en liberto:

"El cielo y la mar eran lo más hermoso que se haya visto; el vapor lo más moderno que se conoció hasta entonces; la costa marroquí no parecía fea; los que iban a bordo, simpáticos; el aire que se respiraba, el más saludable que haya pasado por pulmones humanos; (...) la noche, la más hermosa de todas las noches (...)/ Y todo ello porque Juan del Pueblo llevaba su ser saturado del mágico influjo de la libertad adquirida, que cuando no se ha nacido con el alma de esclavo es el don más preciado y el más bello ideal./ No obstante, hay que haber vivido días, meses o años de servidumbre o esclavitud para sentirlo, y en su caso el tiempo que estuvo sujeto a las ordenanzas militares (...) hacían que aquella noche y cuanto la rodeaba, aunque fuera feo le pareciera digno de ser contado por su hermosura." (Páginas 20-21).

La mayoría, sin embargo, vuelven con heridas aún abiertas o cuando menos con cicatrices mucho más marcadas. Los más afortunados sienten ahora el desarraigo o la extrañeza al reincorporarse a lo que había sido su vida anterior. Tales pasos sigue el lamento del sargento Arturo Barea: "Todos los eslabones que me unían al mundo en el que había vivido durante los últimos cuatro años estaban rotos; y ahora, al volver al mundo que había conocido antes, me iba a encontrar extraño en él y tendría que forjar nuevos eslabones."<sup>418</sup> Y en parecidos

términos se expresa Ricardo, el protagonista de Uno de tantos, al que le espera el reencuentro con su mundo familiar: "Mis padres, mis hermanos, mis amigos; todos son los mismos, pero a todos encuentro distintos de antes./ He cambiado mi modo de ver las cosas", (pág. 230).

Frente a éstos, por así decir, privilegiados, regresan aquellos otros para quienes los años de sufrimiento en Marruecos han dejado una huella imposible de borrar; aquellos que lo han perdido todo o casi todo. Alfonso Reina, por ejemplo, al que, enfermo y deshonorado, sólo le espera el desdén de su novia y una prematura muerte, como tiempo atrás ya había intuido uno de sus conciudadanos: "-Y si vuelve, es como si se hubiese quedado allí. De la guerra no regresan más que los muertos, cadáveres que andan y que parece que piensan y que sienten."<sup>419</sup> Todos estos retornos perfilan al cabo dramas menores, pálidos reflejos de una tragedia que en Viance se evoca con total crudeza. El ejército y la guerra le han exprimido todas sus energías juveniles: "Viance quiere protestar; pero su voz apenas sale de la garganta, y es lo primero que denuncia su mezquindad física, su inferioridad. Al lado de estos mozalbetes, es un viejo enfermo, inútil."<sup>420</sup> No sólo le han arrebatado el futuro ("-Fuerzas no me quedan para manejar en mi oficio", pág. 229), sino que también le han robado su pasado. El desarraigo ha alcanzado sus máximas cotas: nadie lo espera porque los miembros de su familia ya han muerto todos y hasta las raíces que lo unían a la tierra han sido arrancadas. Su pueblo y sus recuerdos se han borrado de la faz de la tierra, sepultados bajo toneladas métricas de agua: "Han expropiado el pueblo para hacerlo desaparecer en uno de los embalses del plan de riego. Urbiés está debajo./ Su casa, el suelo que pisaron sus padres, todo es ahora limo, barro, algas. Le han robado su pueblo. Aquellos recuerdos vivos que flotaban en las esquinas, en el pozo de la plaza, en la abadía, y que eran punto de partida de toda su vida han desaparecido para siempre", (pág. 280). Ni siquiera le han permitido conservar sus más humildes pertenencias: "Su único equipaje, dos cajetillas de tabaco, se lo quitaron en la aduana", (pág. 274). Viance no ha dejado en Marruecos algunos jirones de su ser, ni ha perdido la juventud; le han arrancado de cuajo la vida entera. Poco importa que

termine colgado por el cuello de la cuerda suspendida en el aire, único porvenir que parece entrever, o que al final no lo haga, porque en cualquier caso la tragedia ya se ha consumado.

Y haciendo bueno el dicho de que cualquier situación adversa es siempre susceptible de empeorar, aún quedan los más desafortunados: quienes reposan para siempre en aquellas tierras. En esta nómina de extrema desdicha figuran Martín y Juanillo, los respectivos protagonistas de "En la noche africana" y Bajo el sol africano.

En extremo contrario se sitúan aquellos relatos que ficcionalizan el beneficio o provecho que la guerra aporta a sus protagonistas. Lo primero, conviene advertir que de los tres que forman este pequeño grupo, sólo uno puede considerarse en estricta pureza una novela sobre aquella guerra, me refiero a La tragedia del cuota, de Francisco Hernández Mir. En los otros dos este asunto no constituye la línea narrativa fundamental del texto, aunque sea motivo desencadenante del resto de la trama -como ocurre en Jauja, de Ricardo León- o parte sustancial de ella, lo que puede verse en La Colorina, de Antonio Reyes Huertas. En realidad estos dos últimos títulos sólo mantienen una relación parcial con el resto de la novelística sobre esta guerra, pues por su contenido y, sobre todo, por su intencionalidad, se apartan de la mayoría. El de Reyes Huertas se encuentra más próximo a los dramas rurales con final feliz, mientras que la novela de Ricardo León presenta una superficial fábula moralizante, en la que el acontecer bélico sirve de germen inicial -asunto que, por cierto, podría cambiarse por cualquier otro sin menoscabo argumental o temático alguno- sobre el que se sustenta una tesis del todo convencional y de factura bastante añeja. En cualquier caso, están aquí porque algún parentesco, aunque lejano, guardan con la novela sobre la guerra de Marruecos y convendrá dar noticia de ellos.

La contextualización del hombre, del soldado, en el ejército y en el conflicto bélico hay que darla, salvo en La tragedia del cuota, por casi inexistente; cuatro pinceladas rudimentarias que ni siquiera elaboran una mínima recreación ambiental. Cuestión diferente es la que plantea el relato de Hernández Mir, donde el soldado aparece sometido a sufrimientos y penalidades no muy distintos de los que aquejaban a los protagonistas de las novelas críticas,

la diferencia estriba en el tono con que se da cuenta de estas desventuras, que se caracteriza por la visión amable en lo que constituye acción novelesca, es decir, en la relación entre personajes y en el retrato de sus vivencias, y por un marcado didactismo aleccionador cuando el narrador interrumpe el discurrir narrativo, la peripecia de sus criaturas, para dirigirse -él mismo o por personaje interpuesto- al lector en los muy abundantes excursos narrativos que amplifican la narración. Véase, por ejemplo, esta doble tonalidad en el enfoque con que se trata la enfermedad infecciosa que ha contraído Pepín, el protagonista:

"Por la mañana sentíase abrumado, febril como si le punzasen alfileres.

'Un sanitario, al que se acercó para inquirir nuevas del estado de sus amigos heridos, le sacó de dudas.

'-¡Bueno, lo has cogido, chico! Pero eso no es nada; te presentas a reconocimiento, te darán de baja y al hospital para que en dos o tres unciones te pongas como una seda y no tengas que rascarte.

'-Pero, ¿qué es lo que tengo?

'-Nada; no te alarmes; nada de importancia, pero sí lo suficiente para que te estés rascando unos días.

'-¿...?

'-¡Eso mismo!

'-¡Qué asco! ¡Yo con esa enfermedad tan repugnante!

'-Tú, casi todos los soldados y muchos de más altura. En estos sitios, ya se sabe (...) No se lava nadie; duerme la gente revuelta, no hay precauciones, y lo mismo que se multiplican ciertos animalitos, se contagia eso y todo lo que sea contagioso." (Páginas 137-138).

Una cuestión seria, y causante de penalidades para el soldado, ha recibido hasta aquí un tratamiento ligero y hasta con cierto sesgo humorístico. Sin embargo, a partir de este momento, ya en el final de la alocución del sanitario y mucho más en la de Pepín, el diálogo deriva hacia la prédica moralizante y adopta ciertas diferencias tonales:

"-[Sigue de lo anterior] Es una vergüenza, pero no hay quien lo evite.

'-Lo que no habrá es quien quiera evitarlo. ¡No faltaba más! En cuanto se derrochase menos en otras cosas y se atendiese algo a la higiene, no habría nada de eso. Lo hay por abandono, por rutina, porque nadie se cuida de imponer hábitos de limpieza, cuando el servicio militar debía servir para acostumbrar a los que ignoran que el agua sirve para lavarse. Aquí viene uno que sea limpio y se hace sucio, se contagia de la porquería ambiente." (Páginas 138-139).

Este tono de reproche y censura se hace más severo cuando es el narrador quien toma la palabra. El siguiente fragmento, por seguir al personaje en su peripecia hospitalaria, resulta bastante ilustrativo:

"No pudo dormir; pasó la noche más amarga de su vida, y sintió en el interior de su pecho el surgir de una protesta contra quienes así despilfarraban el caudal de vida de la juventud española, contra los que sacaban de sus hogares a mozos pletóricos de resistencia física, para aniquilarlos poco a poco, primero en los campamentos insalubres, en los cuarteles inadecuados, después descuidando la alimentación y la higiene, y por último, hacinándolos inhumanamente en los hospitales para que se contagiaran en dolencias horribles." (Páginas 143-144).

Aunque su denuncia se centra sobre todo en las pésimas condiciones de vida del soldado, alcanza también a la incompetente táctica militar que aprecia en aquel ejército, así como a la rigidez burocrática e inhumanidad de unas ordenanzas que desposeen de todo valor a la vida humana:

"Parece lógico que lo primero a que se atienda para situar fuerzas en cualquier sitio sea a la facilidad para proveerlas de agua, en cantidad suficiente y con el menor o con ningún riesgo en su recogida (...) En ese campamento, donde al cabo de varios años de ocupación aún no se habían instalado pabellones, ni abierto aguadas abundantes, ni explanado terrenos para levantar tiendas, el agua se medía con cuentagotas y la llegada de nuevas fuerzas agravó la situación considerablemente (...) Se llenaban unas



cuantas cubas, y con ellas atendíase en primer término a los ranchos y a las caballerías, que esas sí que no podían dejar de beber todo cuanto necesitaban. El soldado no cuesta dinero, y si no bebe, él se arreglará como le parezca o enfermará e irá al hospital a que lo curen; pero el mulo que se muere cuesta muchas pesetas y da lugar a la formación de expediente para que se ponga en claro si se perdió por falta de cuidado." (Páginas 71-72).

Problemas éstos que también aparecían en los relatos de carácter crítico o antimilitarista. Nada de ello aproxima, sin embargo, La tragedia del cuota a aquéllos, pues toda la carga de censura que contiene esta novela se detiene ahí, no va más allá de las incomodidades físicas y sinsabores materiales de la vida cuartelera. Se circunscribe a la palmaria desorganización militar, y siempre desde un punto de vista regeneracionista, esto es, con la intención de poner de relieve las imperfecciones para que se repare en ellas y puedan mejorarse. Nunca hay una profundización en los sentimientos del soldado, ni siquiera en qué sensaciones o pesadumbres le producen estas inconveniencias que señala, y mucho menos en nada que pueda interpretarse como asomo de antimilitarismo.

Bien al contrario, tanto para Pepín Gómez de la Riva, el cuota protagonista en la narración de Hernández Mir, como para Juan García -en la fábula de Ricardo León- o Armando, en La Colorina, el paso por la milicia y su participación en la guerra no puede resultar más provechosos. El primero de estos personajes obtiene su parte de beneficio en forma de palpable transformación moral. El paso por Marruecos forja un ciudadano de pro y un espíritu solidario donde antes sólo había un pobre muchacho rico, orgulloso y mimado:

"Despidióse Pepín de sus compañeros en la semana memorable, y con lo puesto, que era todo su ajuar, salió de la casa del dolor, donde él acababa de hacerse un hombre de veras, donde fortaleció su espíritu para combatir la injusticia humana y donde forjó el propósito de ser útil a sus semejantes, desechando para siempre los impulsos del egoísmo que en su infancia le inculcaron./ (...) se trazaba un plan de vida totalmente

distinto del que se creyó en el deber de seguir antes de que el tirón de la guerra le sacara de su casa y de sus casillas. ¡Era otro hombre!" (Páginas 153-155).

Juan García y Armando perfilan un reflejo de otro presunto beneficio bélico. Ambos alcanzan la gloria de lo que comúnmente se conoce como héroe de guerra. El primero pasa de anónimo -ya desde el nombre- individuo "sin oficio ni beneficio", rechazado entre sus conciudadanos por su humilde condición a gloria nacional y orgullo de su pueblo. Tal transformación se la debe Juan a los laureles militares que, merced a la esclarecedora lectura de los relatos sobre los conquistadores de América, ha ido ganado con sumo arrojo, hasta llegar a convertirse en arquetipo de una bravura guerrera semejante a la de aquellos legionarios que veíamos en capítulo precedente, junto a los que por cierto ha combatido:

"En África, donde estuvo diez años, y en lo más recio de la guerra, huyendo de su pasado y de sí mismo, buscando, con desprecio absoluto de su vida, olvidar o morir, la imagen de la mujer engañadora le acompañó en el tren y le siguió por el mar, y se le puso delante de los ojos en las noches del campamento y en los días de la batalla (...)/ Un día cayó en sus manos, en el ocio del vivac, un libro: la Historia de las Indias (...)/ Fue para Juan García esta lectura (...) la revelación de una vida nueva, de un horizonte, desconocido para él, poblado de gigantes figuras y de grandezas heroicas (...)/ Sintió dentro de sí, él que había tomado las armas sin voluntad ni vocación, él tan cobarde en otros días, irresoluto y a la merced de todas las cosas exteriores, una fuerza moral, un ímpetu de fe, un heroico deseo de vivir y morir como vivían y morían aquellos hombres de la España grande (...) Bajo su pardo capote de campaña se estremecía Juan, erguido y transfigurado, despierto el héroe que había en el fondo de su corazón.../ Y roto el fuego, se lanzó al combate con tantos bríos que parecía otro hombre. Soldado raso, ganó a pulso en acciones de guerra los galones de cabo y de sargento. Y peleó, en lo más duro de la campaña del Rif, al lado del Tercio y de los Regulares marroquíes. Y fue, por último, el más bravo de los leones de Cudia Tahar..."<sup>421</sup>

Sin la guerra Juan no habría llegado a convertirse en una celebridad, ni habría podido siquiera soñar que sus conciudadanos hasta le erigiesen una estatua. Otra cosa es que tal esfuerzo y denuedo bélico no se traduzca después en una acomodada vida de paisano a tono con su gloria pasada, o que su mala cabeza -y, sobre todo, el olvido y desdén de aquellos que más aplaudieron su gesta- lo empujen al delito y hagan dar con sus huesos en la cárcel. Pero resulta indudable que Juan ganó la guerra, aunque luego perdiese la paz, pero eso ya es otra historia que excede a su hazaña y a lo que interesa en estas páginas.

Problema que no se ve obligado a afrontar Armando Venegas, el otro héroe de guerra, en este caso en La Colorina, el relato de Reyes Huertas. Personaje en el que, a diferencia del anterior, ya hay una cierta predisposición al comportamiento abnegado: "Yo podía haber aplazado esta obligación [su incorporación a filas], como hijo de viuda, pero a costa de Alfredo que me empujaba. Y estaba éste en lo más crítico de sus estudios", (pág. 39). Abnegación que, una vez metido en el fragor de la campaña y del posterior cautiverio, se acrecienta hasta el decidido sacrificio. En esto de su hazaña guarda un cierto paralelismo con Juan García, pues aunque la inspiración de su heroísmo no provenga de la lectura de ilustres gestas de pasados conquistadores, también halla referencia en una historia anterior, que a estas alturas era ya de raíz libresca. Se trata, como ya mencionaba antes, de los mismos acontecimientos que cubrieron de fama en la campaña de 1909 al cabo Noval, personaje que, cual providencial Santiago, se aparece a Armando en el momento crítico para mostrarle el recto camino a seguir:

"Pasó cerca de mí la sombra del heroico y glorioso cabo Noval, agujereada de balas, pero luminosa (...)/ Rápidamente, erguí mi cabeza levantándome de la tierra:

'-¡Compañeros! -grité-. Disparad y defendeos! ¡Vienen conmigo los enemigos! ¡Viva España!" (Páginas 94-95)

Claro que la recompensa a tan valeroso comportamiento y a sus múltiples heridas no puede decirse que sea grano de anís. No sólo se le conceden laureles y rinden homenajes, sino que, y en esto aventaja a Juan García y de paso solventa las cuitas que dieron al trato con la

fama de aquél, se ve cubierto de riquezas. Eso sí, resulta difícil aclarar si tal fortuna económica procede de una suscripción nacional que "almas buenas y generosas habían iniciado"<sup>422</sup> o es que a tanto ascendía el monto del premio al heroísmo en campaña que le concedieron, porque esa cantidad alcanzó con holgura para recomprar la finca que pasadas desventuras habían hecho perder a su familia. No podrá negarse que la guerra de Marruecos reportó pingües beneficios hasta para los humildes soldados, basta reparar en Armando Venegas, que en ella labró su porvenir:

"Sálí de mi casa pobre e iba a volver cargado de riquezas materiales; me ausente humilde e ignorado y ya mi nombre había recorrido todos los rincones de España en alas de la celebridad." (Página 103)

Tan magras recompensas se conjugan con una inverosímil visión de aquel conflicto, que, al igual que en pasadas ocasiones, deriva de nuevo hacia un enfoque de la guerra ligado a la actividad lúdica o poco menos. Por las páginas de estos relatos vemos desfilar otra vez soldados que ni siquiera precisan de la arenga para acudir al combate henchidos de vehemencia guerrera, pletóricos de un entusiasmo que ni repara en el peligro ni se detiene ante lo empeñado de la refriega:

"Avanzaron los muchachos sin vacilar un instante, y muy pronto oyeron el silbido de unos proyectiles y el zumbido de abejorro de otros (...)/ ¡Tenían ya el valor acreditado!/ Así se lo hubo de decir el jefe, que estaba satisfechísimo de la decisión de aquellos bisoños. Tal vez temiera que, impresionados por la crueldad horrenda de la lucha, vacilasen al oír los primeros tiros, esos que a los más avezados al combatir causan siempre impresión, sólo desaparecida por el enardecimiento que pronto se apodera de los valientes y los domina hasta el extremo de que no les permite darse cuenta del riesgo (...)/ Y eso fue lo que ocurrió a aquellos soldaditos que por vez primera se veían envueltos en el peligro de una acción."<sup>423</sup>

No cabe duda de que para estos héroes de nuevo cuño, la lucha no sólo se antoja sinónimo de patriotismo altruista -"el chico estaba orgulloso de verse en vísperas de ofrecer

a la patria el sacrificio de sangre, lo mismo que sus compañeros de alojamiento y que la generalidad de los soldados que con ellos se hallaban"<sup>424</sup>-, sino que además en sí misma ofrece un espectáculo que arrebola hasta el ánimo más pacífico, cual le sucede a Armando, hasta entonces pacífico labriego: "Pronto experimenté la emoción de las grandezas trágicas de la guerra. Y de la lucha de cerca, la embriaguez del vino salvaje de la sangre y del fuego."<sup>425</sup> En fin que, merced al papel impreso, aquello fue una fiesta que nadie quería perderse. Así lo explicita el otrora hiperprotegido y emboscado Pepín de La tragedia del cuota:

"- (...) lo digo sin jactancia: ya que hemos venido, sería bueno que tuviésemos parte en la fiesta." (Pág. 126).

Habría que concluir sosteniendo que desde el plano narrativo hubo más de una guerra de Marruecos por las mismas fechas, pues, a lo que se puede ver, las penalidades y sacrificios sin cuento que hubieron de vivir todos aquellos soldados que aparecían en los primeros relatos tratados en este apartado, llamémosles críticos desde un criterio clasificador, guardan poca o nula relación con la experiencia heroica y jocunda de estos últimos. Claro que entre ambos media una diferencia que no conviene olvidar, y es que, como ya quedó dicho, buena parte de aquellos autores habían sido combatientes en Marruecos, mientras que éstos sólo tuvieron noticia del conflicto desde el sillón donde leían la prensa. Tan sólo Francisco Hernández Mir conoció de cerca el escenario de los acontecimientos, y en su condición de corresponsal de guerra, situación que impone un punto de vista notablemente diferente al que puede tener un soldado. Desde otro enfoque, las novelas de Reyes Huertas y de Ricardo León bien hubieran podido ocupar plaza entre las que configurarían un próximo capítulo dedicado al enfoque humorístico de la contienda, si ambos autores hubieran querido -o sabido- acentuar un poco más este rasgo en sus narraciones, dado que tanto por la ideación novelesca como por el tratamiento de la materia están más próximo a éstas que a las del presente capítulo, incluso en el caso de Jauja podría haber derivado hacia un original encuadre de humor negro. Distinto planteamiento movió la pluma de Hernández Mir, aunque de su relato tampoco pueda

sustraerse un cierto sesgo de amabilidad o jovialidad en el tono con que relata la peripecia de su personaje. Sin embargo, el mayor énfasis reside en su denuncia de la ineficacia estratégica, en un regeneracionismo de marcado corte probelicista y de absoluto apoyo a la presencia de España en el norte de Marruecos. Ideas de las que inbuye a su personaje y que éste expone sin resquicio alguno para la duda:

"Entonces se convertía en demoledor; cerraba contra gobernantes y directores, acusándoles de abandonos y de ineptitudes que se traducían en la perduración de una guerra que debió emprenderse y concluirse en plazo de días y que se hizo endémica para beneficio de los menos y para agotamiento de la raza."<sup>426</sup>

En cuanto a los modos del discurso, hay en estos títulos un acusado predominio de la narración desde la primera persona, lo que con acierto se adecúa al tono confesional o de memoria que suele regir gran parte de estos relatos. Esta presencia directa del narrador en lo contado se hace unánime en los libros donde el nivel de ficción es escaso, en aquellos donde lo novelesco hay que buscarlo más en las formas expositivas o en el mero deseo del autor que en la elaboración de la diégesis. Tal grupo estaría encabezado por las Notas marruecas de un soldado, donde la notación de la realidad alcanza un grado máximo y la fabulación, excluido el subjetivismo que pueda haber en todo punto de vista a la hora de elegir qué se cuenta y qué se silencia, roza lo nulo. Ni siquiera puede hablarse de unas pautas organizativas que se asemejen a una arquitectura novelesca, ya que se rige por el mero criterio geográfico, lo que no significa que cada una de las notas no contenga una estructura interna, a menudo, meditada y elaborada, como ya ha señalado Miguel Angel Hernando:

"Es normal que comience los capítulos comentando su posición en el campamento para después centrarse en la descripción de algo ajeno. Ejemplos tenemos en 'Diana', 'Cogiendo higos',... Otras veces el sistema es inverso, evolucionando desde una idea general acerca de un aspecto externo, para venir a terminar con la referencia concreta de la vida militar, así en 'La cantina' (...)"<sup>427</sup>

Abundando en la apreciación de Hernando, puede añadirse que incluso algunas de las notas dejan ver un elevado nivel de artificiosidad en la estructuración de su contenido. Por ejemplo, mediante la circularidad, es decir, reproduciendo en el final la misma apreciación o pensamiento de la apertura, tal puede verse en "Tormenta", y con mucha más claridad en "Una oficina" y en "Los gatos". Elementos que resultan, sin embargo, insuficientes para filiar este libro junto con los de carácter novelesco, pues lo narrativo resulta muy débil y la notación descriptiva el rasgo más sobresaliente. En esta última cuestión, el libro de Giménez Caballero sigue caminos del todo apuestos a lo que viene siendo tónica general en los demás. Mientras que el espacio suele carecer de importancia, quedar relegado a un plano secundario o, como máximo, cargarse de connotaciones simbólicas para crear un determinado ambiente, en las Notas marruecas hay todo un despliegue de denotación localista. Melilla, Ceuta, Tetuán, Xauen, Tánger, toda la toponimia relevante del Protectorado español y alrededores, junto a un buen número de pequeños lugares, encuentra esmerada descripción en las páginas del libro, tanto en lo que puede considerarse su impronta general como en los rasgos menudos, aquellos que caracterizan la esencia marroquí y a sus habitantes, siempre, claro está, desde la perspectiva del español, unas veces sorprendido ante lo diferente y otras ante lo semejante. Descripción en la que Giménez Caballero se recrea, intentando transmitir no sólo la imagen física sino toda la atmósfera local y el sentimiento que desprende, mediante la captación de la luz, del color, del sonido y hasta del poso cultural que pueda guardar o sugerir, todo ello con una plasticidad que, como apunta Lawrence Miller<sup>428</sup>, se asemeja en algunos momentos al Diario de Alarcón. Sirva de mero ejemplo el retrato de Tetuán durante el día de la onomástica real:

"La plaza de España estaba pintoresca al anochecer (...) Sobre el cielo tibio de mayo había luminarias numerosas (...) El Círculo Israelita había levantado unas arcadas de madera, iluminadas profusamente, y con un letrero muy patriótico, de esos que ponen los judíos a todos los reyes bajo cuya dominación están, expresando su devoción, amor, etc./ Los cafetines moros y españoles bullían alrededor de gente. Moros,

cristianos, judíos. Todos revueltos y mezclados en este ombligo de la ciudad, que es la plaza de España, adonde se asoman los tres barrios típicos: la morería, el mellah y el ensanche./ En el centro de la plaza tocaba la música militar sus pasodobles y habaneras que hacían a la niñera zarandear al chico en un baile caprichoso. En torno al estanque, los moros y los soldados se agrupaban a ver los pececillos ir y venir, iluminados por la luz lechosa de una farola./ Allá en el fondo y a la izquierda, teniendo por fondo señorial el palacio del Jalifa, una hilera blanca de moras, genuflexas e inmóviles sobre el pretil de la Aduana, contemplaban la fiesta. Parecía esta nítida hilera de mujeres un friso antiguo, extraño, pero lleno de armonía y de color. La música sonaba su chin-chin, que en este ambiente popular y algo exótico, lleno de un vaho de muchedumbre, resultaba melancólico, atrayente." ("El santo del rey", pp. 114-115)

Más próximos a las formas de la narrativa de ficción, aunque en puridad no puedan considerarse como tales, hay que mencionar las obras de Barea, Salvador Ferrer, Miguel Tubau y Eliseo Vidal, relatos no novelescos a pesar de que los tres últimos aparezcan rotulados como novelas. Lo común a los cuatro no es sólo que la narración se realice desde la primera persona y que la misión de transmitirla recaiga en el personaje principal, que en el caso de La ruta se identifica además con el mismo nombre del autor, sino que todos ellos tengan un aire más cercano a los libros de memorias que a los de carácter imaginativo. Esto estaría plenamente justificado en lo que se refiere al título de Barea, que puede pasar por una biografía novelada, sin embargo, se hace también extensible a Uno de tantos, a Pacazos y a ¡¡¡Los muertos de Annual ya son vengados!!!. En las cuatro obras predomina el tono de autoconfesión, que se hace explícito en el texto de Eliseo Vidal -"ante esta triste realidad, me veo precisado a hacer confesión"<sup>429</sup>- y se deja entrever en el de Salvador Ferrer y en el de Miguel Tubau. Claro que esto también es propio de la ficción, baste recordar la peripecia de Lázaro de Tormes. Algo más esclarecedor de su poco novelesco carácter resulta la escasa manipulación a que han sido sometidos los materiales que conforman lo narrado: el relato se



ajusta a unas pautas organizativas regidas por la estricta cronología lineal con respecto a lo que acontece al narrador y personaje principal en exclusiva. Por otro lado, hay una casi total ausencia de personajes secundarios. Hay otros seres que deambulan por allí pero sin entidad alguna, meras figuras que el narrador utiliza para que le den réplica, o elementos que él caracteriza y hace pivotar alrededor de sí mismo para dar forma a su universo memorístico, más que imaginativo. En la narración de Eliseo Vidal estos rasgos generales se completan con otros que más que servir para acercar el libro al género novelesco, lo alejan. Sobre todo los ya comentado antes sobre la repetición de trasnochadas técnicas de las que se servía la novela por entregas: el dirigirse con familiaridad al lector y el todavía menos adecuado -porque aquí no es preciso rellenar más papel e hinchar las dimensiones del relato- de introducir discursos secundarios, procedentes de otros emisores, entre las palabras del narrador. A todo esto habría que añadir la notable dosis de ingenuidad que supone denominar novela a un libro que va dejando abundantes rastros de cuál ha sido la génesis y motivo que han movido a su autor en el acto de escritura, y que, por supuesto, constata la poca relación que lo liga con lo propio de la ficción, por ejemplo:

"Es mi primer libro; mi primera novela si se quiere. Toda ella es la recopilación de los apuntes que en mi campaña de África y en la cárcel de la 'ciudadela' de Jaca tuve la paciencia, el gesto heroico de sufrir recordando, y la constancia de anotar en mi libreta de bolsillo. El final de mis anotaciones no era otro que vengar a los de Annual, recordándolos, haciéndolos cosa de actualidad y poniendo al descubierto a los culpables de esta catástrofe por medio de artículos publicados en la prensa. Mas, después pensé sería más conveniente reunir todos estos datos en un solo libro, donde el público pudiera leerlo desde el principio hasta el fin sin las interrupciones obligadas al ser difundidas aisladamente por la prensa." (Pág. 21)

Tales afirmaciones pudieran dar pie a intentar buscar alguna analogía con la "falsa falsilla de recuerdos" y con las "observaciones desordenadas (...) recogidas durante mi servicio militar en Marruecos" que Díaz Fernández y Sender, respectivamente, anteponen a sus

relatos. Nada más alejado de la realidad, como la simple lectura de los textos se encarga de constatar. Lo que en Eliseo Vidal hay que considerar pura mimesis del natural, en los otros dos autores se convierte en germen inicial de lo que más tarde, una vez filtrado por la imaginación, manipulado y desdibujado hasta convertirlo en materia diferenciada de lo real, devuelven como producto de ficción artística. No obstante, parte de lo que en cuanto a modos narrativos dejan ver estos libros también puede hacerse extensivo a los que se etiquetan dentro del género imaginativo sin ninguna restricción. El más evidente viene dado por la narración personal, que cumple la misma función que en aquellos, es decir, acerca lo relatado al relator, vinculando de forma más estrecha la fábula a la vivencia, cual sucede en los textos de Díaz Fernández, Gabriel Alomar o Reyes Huertas. Tanto el cuentecillo Herida de guerra como El blocao adoptan en momentos concretos -pero no escasos- el tono de autoconfesión, muy palpable, por ejemplo, en la conclusión de Herida de guerra -"lo cuento porque dejó en mí un desasosiego especial, algo como la sensación ínfima, penosa y lejana de una herida ya en cicatriz"- y más evidente aún en el cierre de algunos capítulos o partes de la novela, en "El blocao" y, sobre todo, en "Magdalena roja": "Volví al cuerpo de guardia y me desabroché la guerrera porque me ardía el pecho. ¡Tampoco entonces tuve valor para pegarme un tiro!". Y todavía resulta mucho más marcado su carácter de literatura del recuerdo, presente de principio a fin en ambos textos, aunque en El blocao no se circunscriba sólo a la memoria de acontecimientos particulares, sino que abarque un amplio espectro de sucesos para dar una visión más general de las penurias del soldado en aquella guerra.

La revelación de sentimientos íntimos también justifica la narración personal en La Colorina, aunque aquí, a diferencia de otros textos, el tono confesional se refiere a acontecimientos que nada tienen que ver con la peripecia del personaje en Marruecos. Armando transmite su universo particular por procedimientos que habrían resultado vedados o con riesgo de aguda inverosimilitud para un narrador impersonal. Evoca su tierra y su amada mediante un recurso que, salvando las distancias, resulta muy semejante al de la tan traída y llevada magdalena proustiana, convertida en este caso en correlativa taza de café, la

cual trae el personaje de vez en cuando a colación, convirtiéndola en recurrencia que no sólo sirve de remembranza del pasado -"era la misma cara que podía haber visto sonreír tomando conmigo una taza de café en la casa de *La Colorina*", pág. 63-, sino también como adelanto de lo venidero -"yo me figuraba que, allá en el porvenir, había de ver estas encinas y esta vega, haciendo en una tarde de mayo, en unión de *ella*, una taza de café", pág. 19- o refrendo en el presente de lo que no había sido más que ensoñación en el pasado: "la propia Ana María fue la que, cogiendo las tenacillas de plata, dejó caer en mi taza tres terrones de azúcar", (pág. 114, y vuelve a repetirlo con sentido aún más concluyente en la página 119). Tampoco hubiera resultado sencillo para un narrador impersonal dar cuenta de los reproches que se impone Armando cuando su discurso deriva hacia la narración desde la segunda persona, recurso al que echa mano en repetidas ocasiones. Sirva el siguiente de mero ejemplo: "¡Tú no lo dijiste, Armando, no te quieras ahora hacer el valiente! ¿Que lo dijiste? Sí, pero nadie te oyó. En cambio te quedaste como un bobalicón. Te pusiste *majareta*, como decía tu hermano Alfredo. Te daban ganas de llorar... ¡Cursi, enteramente cursi, Armando!" (Pág. 63). Técnica que como puede apreciarse resuelve con formas un tanto pedestres, a pesar de lo cual resulta llamativa para la época, y una extravagancia al reparar en el alicorto vuelo literario de una novela donde estos procedimientos cohabitan con la abrumadora reiteración de fórmulas tan añosas y creadoras de inverosimilitud en el modo de contar cual la de dirigirse al lector o incluirlo como receptor del mensaje narrativo.

Del todo justificada resulta también la narración desde la primera persona en Los últimos días de Ben-Kaddor, donde el tono confidencial se incrementa debido al absoluto intimismo que refleja la emotiva conversación entre esos dos amigos que mutuamente desnudan sus conciencias para dejar ver toda la contradicción sentimental e intelectual a la que han sido abocados por la intolerancia y locura de otros. Sus muy reducidas dimensiones no constituyen obstáculo para que, merced a la habilidad compositiva de Alomar, todos los elementos narrativos cooperen al unísono en una acertada conjunción que realza el intimismo y los sentimientos de ambos personajes. El espacio de la acción, una casucha lindante con un

cementerio en un aduar sombrío y recoleto, donde "no se sentía otro rumor (...) que el trote juguetón de las bestias que regresaban de la faena". El fondo, Tetuán, lugar donde se fragua la guerra y cuya imagen en lontananza "como un gran lienzo tendido" alcanza esta pobre aldea. El tiempo, los momentos que anteceden a la noche, un crepúsculo cronológico que envuelve un lugar y a unos personajes a quienes la realidad también ha convertido en crepusculares, mientras el lector aún conserva en su retina la lejana y blanqueada figura de Tetuán "bajo el cielo implacable de verano".

En los relatos que optan por la narración desde la tercera persona, con la única excepción de Recordando -que se aparta de lo común en su decidido antibelicismo-, vienen a coincidir varios rasgos que los diferencian de las anteriores: son más tradicionales en su forma y no mantienen ideas o puntos de vista abierta o radicalmente contrarios a la guerra o al ejército, si bien algunos títulos se hacen eco de las desgracias que acarrea, habría que mencionar "En la noche africana" y Bajo el sol africano, mientras algún otro contiene livianas críticas a la forma de conducir la campaña, presentes sólo -y en los términos que ya he comentado- en La tragedia del cuota. Además, su valor literario hay que considerarlo, en general, inferior con respecto a los que se decantan por la narración personal. Esta opción de contar desde la impersonalidad se adecúa a unos planteamientos novelescos que en nada se parecen a los vistos en los títulos anteriores. Ahora, salvo "En la noche africana", lo que interesa no es cómo el soldado interioriza la experiencia bélica, sino, por ejemplo, dar una visión externa de un suceso bélico, como ocurre en El sacrificio. O hacerse eco de sus consecuencias en la retaguardia, en el seno familiar del soldado, de la forma en que lo hace Cristobal de Castro en su breve relato Los hombres son de hierro o López Rienda en Bajo el sol africano. Cuando no lanzar una prédica con características de opinión universal sobre aspectos militares o políticos que al autor le parecen enmendables, para lo cual conviene una forma narrativa que permita a quien lo cuenta introducir amplias valoraciones sobre lo que sucede, es decir, dar campo libre para los excursos y apostillas al margen del argumento sin que lo dicho pueda atribuirse a la exclusiva conciencia subjetiva de un personaje. Técnica que sigue al pie de la

letra Francisco Hernández Mir en La tragedia del cuota, y que también se hace evidente en Jauja, aunque aquí se utilice para enjuiciar asunto distinto de la campaña militar. Además, no puede sostenerse en rigor que esta fábula esté contada en tercera persona, motivo por el que apartaré esta novela de momento y en breve me ocuparé de ella con más detalle. Incluso, a veces esta fórmula narrativa no responde a ninguna razón especial, es tan sólo una manera de referir los acontecimientos desde fuera, permitiendo saltar de un lugar a otro y cambiando el enfoque según el personaje que interese atender en cada momento, así al menos parece desprenderse del relato que Antonio Cases presenta bajo doble título. También hay que notar en todas estas obras un común y fuerte apego a formas de contar del todo tradicionales, que con frecuencia llegan a lo añoso. Unánime resulta la absoluta omnisciencia del narrador, cuyo ilimitado conocimiento no se para en dar cuenta de los pensamientos de cada personaje, sino que suele acompañarse de todo tipo de valoraciones subjetivas y observaciones al margen de los hechos que refiere. Véase, a manera de mero ejemplo, como el narrador de Emilio Carrere, embadurna el sentimiento de uno de sus personajes con sus propias glosas:

"Acaso es cierto que hay una voz misteriosa que advierte de la evidencia del fin; es el acento del *huésped desconocido* [el subrayado es suyo] que vive en nosotros, en el extraño limbo que nos circunda, y que sabe lo que va a ocurrir inevitablemente./ Víctor Salazar escuchaba esas insinuaciones premonitorias de un modo confuso (...)/ Cerca de la muerte, cruza toda nuestra vida pasada ante los ojos como una rápida película, sin omitir el detalle más nimio, el recurso más fútil. Víctor se vio niño, con su traje humilde, en el pupitre de la escuela (...)" (El sacrificio, pág. 66).

O la sutileza de López Rienda a la hora de caracterizar a los personajes, procurando no dejar resquicio de duda al albedrío del lector. De tal forma que por un lado tenemos al "pobre Juanillo" y por otro bien distinto al "fauno" (don Francisco, el cacique) y a los "amigotes de don Francisco", "paletos' con billetes" y "quita-motes' del cacique".

Intromisiones de quien narra en lo narrado que adquieren un relieve especial y se convierten en verdaderos excursos mostrencos con respecto al mundo imaginativo creado en

La tragedia del cuota, donde la voz narradora interrumpe cada dos por tres el fluir del relato con largos paréntesis en los que va introduciendo su propio discurso hasta llegar a anegar toda la fábula con opiniones poco pertinentes dentro del género novelesco. Claro que, ya lo apunté antes, más parece que Hernández Mir se hubiera servido de la ficción para dar cabida a sus sugerencias personales sobre el modo en que ha de conducirse la guerra, que para elaborar una recreación artística, subsidiaria de aquélla en todo momento. A menudo, la peripecia de sus personajes no se antoja sino simple pretexto para la prédica:

"Se hacía el rancho con los elementos que era posible adquirir allí mismo: generalmente carnes de ínfima calidad, que el moro suministrador cobraba a precio de ternera, y mercancías almacenadas de cualquier modo, que por la acción del sol solían estar en deplorables condiciones de consumo./ El problema de la alimentación del soldado es el más difícil que en los campamentos se presenta, porque se dispone de escasa consignación para costear ranchos abundantes y nutritivos [y así dos páginas más] (...)" (Páginas 85-86)

Esta injerencia del narrador aún se manifiesta con más rotundidad, y ya no de forma exclusiva en el relato de Hernández Mir, cuando la voz que cuenta se incluye en lo narrado como si de un personaje más se tratase, bien por medio de la pluralización de las personas gramaticales: "apareció en el patio nuestra Antoñica"<sup>430</sup>, "la desnutricción propia de nuestras clases medias"<sup>431</sup>; o bien mediante la reproducción de las palabras de algún personaje en su parcela de discurso:

"- (...) y, al amanecer del siguiente día, nos ponemos en camino de Melalien, y de allí a la ciudad de un salto.

'¡No fue chico el que dieron algunos cuando se les comunicó la buena nueva!'"<sup>432</sup>

Incluso, en algunos títulos asoman técnicas novelescas que a esas alturas ya no podían considerarse sino caducas formas de contar, frecuentes en los relatos por entregas del siglo anterior. Por ejemplo, la creación de expectativas en el lector sobre lo venidero, recurso carente de sentido cuando se tiene en la mano la totalidad del texto: "¿Qué nueva

insospechada le traerá la carta? ¿Será realmente de Alfonso, o de algún compañero que le anuncie una trágica noticia? ¿Le hablará de heroísmos o de muerte, o de ambas cosas juntas?"<sup>433</sup> O el anuncio de lo que vendrá, aunque no exista finalidad alguna por asegurarse el interés de quien lo está leyendo: "se le ha subido el humo de la gloria a la cabeza y le hace perder el buen sentido y hasta la propia estimación, según más tarde se verá."<sup>434</sup> No se hace tampoco inusual que el texto se sobrecargue con episodios o partes innecesarias, y no me estoy refiriendo a aquellos pasajes cuya funcionalidad pueda resultar discutible sino a deliberados aumentos de papel. Tal ocurre en el título de Ricardo León, cuyo capítulo tercero -entre las páginas 125 y 136- hay que considerar pura ganga, y lo mismo puede decirse de algunos fragmentos de Los amores de Alfonso Reina, en la que, si bien cabe argumentar que lo prescindible es la totalidad de sus páginas, algunos fragmentos hay que estimarlos aún más innecesarios, y entre ellos llama la atención el largo romance que recita Doroteo, cuya única finalidad es rellenar tres páginas, de la 66 a la 69, dado que carece de cualquier otra funcionalidad. Todo ello evidencia la escasa o nula voluntad de innovación artística desde la que se escribieron estas novelas, que al margen de su mínimo interés argumental se muestran aquejadas de un más que notable envejecimiento, no en la actualidad sino ya desde el momento de su aparición.

El relato de Ricardo León, Jauja, comparte buena parte de lo que se ha mencionado como común en los títulos anteriores, sin embargo, la narración en términos formales se realiza desde la primera persona, a través de un testigo que en todo momento queda fuera de la fábula y que se presenta disfrazado de cronista de la villa de donde procede el héroe: "Nosotros, cronistas un poco irónicos de Jauja", (pág. 34). Esta ingenua artificiosidad no constituye sino un recurso del que se sirve León para ofrecer una perspectiva externa y distanciada, pero a la vez colectiva, de lo que cuenta, ya que en lo que a su conocimiento se refiere disfruta de un omnímodo poder. Su punto de vista carece de restricción alguna, hasta tal extremo que no sólo parece que hubiese levantado los tejados de cuanta casa hay en el pueblo para observar y oír lo que cada uno de sus habitantes hace y dice, sino que diríase que

se ha instalado también en la conciencia interior de cada uno de ellos y traduce el sentir de la entera comunidad. Se trata por tanto de una narración que participa de todo lo propio de las efectuadas desde la tercera persona, aunque adopte la apariencia de relato en primera.

Mención especial merece Imán, por cuanto sus técnicas narrativas, sobre todo en lo que afecta a la cuestión organizativa del texto, a quién conduce la narración y a cuál es el punto de vista adoptado, se vuelven más complejas. Este aspecto deja ver con absoluta claridad que las palabras de Sender al comienzo de su libro, cuando comenta que sólo se trata de unas observaciones que ofrece apenas ordenadas, no son sino expresión de modestia o parte del artificio literario, ya que cuanto concierne a la estructura novelística responde a una meditada planificación. Y la mejor prueba de que tan sencillez no existe nos la brindan las divergencias con que la crítica se ha pronunciado sobre el asunto, no ya en su interpretación -que esto resultaría habitual y hasta lógico- sino en la misma descripción de los mecanismos narrativos. Algunos se plantean que la ideación del narrador responde a tercera persona, aunque adopte la forma de primera, como, por ejemplo, quiere Francisco Carrasquer, quien por otro lado, da muestras de acierto en el resto de su comentario sobre el asunto: "de hecho es una novela en tercera persona, pero formalmente en primera. Tal vez sea esta ambigüedad -premeditada o no- un buen artificio para hacer pasar la reflexión de Viance, de lo sentido o intuitivo muy vaga y balbucientemente, a lo plenamente expresado."<sup>435</sup> En parecidos términos se expresa Marcelino C. Peñuelas, quien también resalta la ambigüedad: "Se trata de una narración en tercera persona, en la que intervienen ocasionalmente el protagonista y el narrador hablando en primera. Y que en contados momentos se esfuman las distintas personas narrativas creándose la ambigüedad mencionada."<sup>436</sup> En extremo contrario se sitúan los que atribuyen la narración a la primera persona, aunque sea con reparos. A tal postura se adhiere primero un temprano reseñador del libro para el suplemento literario de un prestigioso diario británico: "Sr. Sender has adopted a somewhat unusual method. While his book is written in the first person, the personality of the narrator is almost completely suppressed, and the principal protagonist is Viance, (...) through whose eyes Sr. Sender shows us events as they appeared



to 'any one of the soldiers who shared the campaign with me.'<sup>"437</sup> Y, más tarde, Lawrence Miller parece sugerir que se trata de una novela en primera persona a través de un confidente: "La novela está escrita en la primera persona pero el protagonista no se revela, salvo a través del narrador. Es una novela de Viance donde formalmente el acercamiento es la primera persona a través de su confidente."<sup>"438</sup>

Otros historiadores y críticos han expresado opiniones menos definidas o, a mi manera de ver, poco claras, que aún han enmarañado más el problema. Entre ellos hay que situar a los que ven tres narradores diferentes, tal es la tesis que sostienen, por ejemplo, Laurent Boetsch, Mohammad Abuelata Abdelraúf y Mary Vásquez. El primero, dice: "Una parte de la novela es narrada por Viance, otra por un autor omnisciente, y otra por un sargento que se identifica con el novelista."<sup>"439</sup> En tanto que el segundo, mantiene el mismo número de narradores pero les confiere una personalidad distinta: "Hay tres tipos de narradores en *Imán*, el primero es un personaje de la novela que está informado. El segundo es un narrador omnisciente que no interfiere directamente en el desarrollo de la acción, y sabe lo mismo que saben sus personajes. El tercero y último es un narrador omnisciente habitual."<sup>"440</sup> Si bien este analista, Abuelata, en distinto lugar, especifica algo más la función de uno de los narradores por él propuestos, cabe suponer que se refiere al segundo mencionado en la cita anterior, al decir: "Es importante resaltar que el narrador está en estrecha complicidad con su héroe. Las opiniones de ambos se unen; su terror, su soledad, su angustia, sus supersticiones son compartidas de manera que cristaliza en el narrador la conciencia del personaje y podríamos hacernos esta pregunta: ¿es quizá Viance quien está narrando?"<sup>"441</sup> Pregunta que, a mi juicio, resulta fundamental para entender la función narrativa en la novela y que de haber seguido indagando a partir de ella en lugar de dejarla como mera hipótesis, habría desvelado la clave del problema, según podrá verse unas líneas más adelante. Por último, Mary Vásquez, parece reincidir en lo ya señalado por Boetsch: "His story [de Viance] is told from three perspectives: that of Viance himself, the stance of an almost non-participating fellow character, and, finally, an omniscient view."<sup>"442</sup> Sin embargo, Vásquez,

al igual que Abuelata, también parece darse cuenta que ese narrador omnisciente del que habla no cuenta desde la absoluta impersonalidad: "Nadie sabe de dónde sale tanto moro' in one assault on R., as the narrator conveys Viances's view"<sup>443</sup> y que sus percepciones no son del todo libres o particulares: "They [las fuerzas de la naturaleza] are evocative of the 'great devastating force' sensed by Viance."<sup>444</sup>

No faltan, tampoco, quienes no encuentran narrador o no aciertan a situarlo, cual manifiestan los autores de una divulgada historia social de la literatura: "la historia de Viance (inclusive sus relaciones con el narrador en potencia) aparece como no narrada por nadie, vista y oída con una objetividad asombrosa por un observador impersonal."<sup>445</sup> Frente a esta opinión, también existe la contraria, la de quien ve narradores distintos por todas partes, mezclando, en mi opinión, esta delimitada figura con la del autor, los informantes o los personajes que dicen algo, cual parece ocurrirle a Fernando Samaniego: "he venido utilizando el término narrador aplicándolo con exclusividad a Antonio, pero no conviene olvidar a los diferentes narradores de Imán:/ -R.J.S., narrador del prólogo y del capítulo dieciséis (...)/ - Viance, que cuenta su pasado y episodios de su vida cuartelaria [*sic*, en el original]./ -El mismo padre de Viance, Otazu, Benito, el viejo renegado y un largo etcétera compuesto por la gran caterva de personajes que son narradores en la medida en que refieren sus sensaciones, ideas y anécdotas."<sup>446</sup> E incluso quien llega a paradójicas interpretaciones pero sin aclarar quién narra, como hace Rosario Losada Jávega: "En Imán, su primera novela, es a la vez narrador disfrazado y actor, escamoteando en esta doble versión su propia personalidad y volcándose al mismo tiempo en ella, lo que da lugar a ese doble juego de realidad-fantasia que confiere originalidad a la novela."<sup>447</sup>

Sin embargo, a pesar de todas estas discrepancias, los mecanismos de técnica narrativa forman en este relato un engranaje de calculada precisión que por un lado extrae todo su jugo a la idea argumental y por otro desvela con bastante nitidez, sin necesidad de recurrir a informaciones extratextuales, los presupuestos intelectuales y emocionales que latían en el Sender de aquella época.

Lo primero que llama la atención es que siendo Imán una novela con un solo hilo narrativo, el que refiere la peripecia de Viance, haya, sin embargo, dos narradores encargados de transmitirla. Además, cada uno de ellos lo hace desde una persona gramatical distinta y una perspectiva o punto de vista diferente. Antonio, un sargento coterráneo y confidente del protagonista -como lo han denominado Francisco Carrasquer<sup>448</sup> y Lawrence Miller<sup>449</sup> con acierto, ya que el mismo término lo utiliza el propio Sender en el texto<sup>450</sup>-, va contando desde la primera persona lo que acontece a Viance cuando éste es ya un soldado más que veterano y ha alcanzado un notable nivel de degradación física y moral. Antonio no puede considerarse un narrador omnisciente, sino un mero testigo que observa al personaje desde fuera, pero que, a través de las confidencias que le va revelando Viance sobre su pasado, llega a conocerlo con una cierta profundidad, dado que se muestra capaz de extraer conclusiones y atar cabos de lo escuchado. No puede decirse que su punto de vista sea el mismo que hubiera podido adoptar el protagonista de haber partido el discurso de su boca, porque, aunque Antonio muestre respeto e interés hacia Viance<sup>451</sup>, también impone un cierto distanciamiento -"lo que siento por Viance es un gran respeto; pero un respeto unido al desprecio que su falta de carácter, su aspecto físico, aniquilado por cinco años de atonía de espíritu, suscitan"<sup>452</sup>- y sobre todo posee información sobre el protagonista que a éste le está vedada, es decir, conoce la opinión que de este soldado tienen los demás, lo que, por ejemplo, le permite saber que "lo han calao", (pág. 49). Su parcela de narración comienza en el primer capítulo y termina en el cuarto. Más tarde, en la tercera y última parte de la novela, retoma el relato en el capítulo trece y lo continúa hasta el quince inclusive. El casi único objeto de todo lo que va contando es Viance, y digo casi porque, además de algunas notas de carácter ambiental -entre las que destaca el asesinato de un marroquí por una escuadra de soldados, pp. 61-62-, las únicas veces que refiere acontecimientos apartados de la particular vivencia del protagonista son la fingida disputa por Rosita con el sargento Delgrás y la anécdota de cómo él mismo fue llamado "don" Antonio, episodios mínimos y sin apenas proyección en el conjunto de la obra, pues el primero excede en poco la nota de

ambiente cuartelero, mientras que la única funcionalidad del segundo reside en corroborar el clasismo y estulticia imperante entre los oficiales militares, cuestión que la historia de Viance deja ya más que sentada.

El segundo narrador queda fuera del relato. Su única función es la de contar, y formalmente lo hace desde la impersonalidad que impone la tercera persona gramatical. Sin embargo, su perspectiva se adecúa del todo a la de Viance o, por decirlo de otra manera, el punto de vista lo marca el personaje pero la voz pertenece a este segundo narrador. Razón que explica la pregunta que se hacía Abuelata y las aseveraciones de Vásquez sobre que en algún fragmento transmitía la visión o el sentimiento del protagonista. Viance no narra, pero cede a quien lo hace su mirada y sus sensaciones, y esto no ocurre sólo en momentos aislados - como señala Vásquez- sino a lo largo de la casi totalidad de su escapada. Esta voz prestada no llega en realidad a convertirse en amo exclusivo del discurso, tan sólo toma el relevo que el protagonista le cede al poco de haber comenzado a referir lo sucedido durante el desastre de Annual y su posterior huida hacia Melilla. De ahí que no quepa hablar de una omnisciencia tradicional, según se ha venido haciendo, y acaso ni siquiera de un narrador equisciente, denominación que utiliza Abuelata en su citado artículo, porque la cuestión no radica en que su conocimiento se iguale al del personaje, sino que es un desdoblamiento oral -una mejora de la competencia lingüística- del propio personaje.

Esta situación se produce dos veces en la novela. La primera entre los capítulos cinco y doce, donde se refiere el episodio que Viance vivió en un tiempo pretérito y que ahora evoca y refiere, mediante esta voz interpuesta, al sargento Antonio. Que Antonio es el receptor de Viance durante el relato sobre el pasado de éste, resulta extremo sobre el cual el texto no deja ninguna duda. En primer lugar porque no se lo cuenta como desahogo personal, sino a instancia del sargento, que poco antes ya ha manifestado su deseo: "Lo que yo quiero (...) es que me hable de sus peripecias militares, y él se obstina en recordar sus tiempos de operario herrero", (pp. 40-41). Además, tanto en el principio como al final del relato de este episodio hay datos que dejan constancia de ello. La primera constatación se encuentra en el

quinto capítulo, en la apertura de su pasada historia, que comienza con la voz de Antonio e inmediatamente el protagonista toma la palabra:

"Hacia Annual el campo es más verde, el paisaje es casi un paisaje civilizado. Nosotros [este "nosotros" se refiere a los soldados de esa unidad e incluye a Viance y a Antonio, que es quien está narrando] no hemos llegado aún allí, estamos detenidos por el macizo montañoso de Tizzi Asa, donde se encuentra ahora la primera línea.

'Viance explica:

'-Esas crestas se dejan a un lao, y pasando a la izquierda de Benítez todo seguido, (...) se ven ya blanquear los almacenes de intendencia. Bueno, se veían entonces [aquí comienza el relato de su pasado], porque ahora serán ruinas. La posición nuestra estaba dos leguas delante de Annual (...)" (Pág. 64).

Por si el lector no se hubiera percatado de a quién se le cuenta la pasada historia del protagonista, hay una segunda constatación. El capítulo doce cierra el relato de Viance pero no se sabe cuál fue la conclusión. Inmediatamente, en el mismo comienzo del trece, Antonio recupera el discurso y, tras una mínima introducción, se interesa por saber cómo acabó la peripecia de su interlocutor:

"Otra vez el campamento [primer indicio de la narración ha vuelto al lugar donde se abandono en el capítulo quinto]. Un salto atrás [explicitación de que la historia de Viance pertenece a otro tiempo]. Viance y yo, sentados ante un cajón de embalaje, apuramos la tercera botella [esto es lo que mide el tiempo que ha durado el relato sobre el pasado del protagonista] (...)

'-¿Qué resultó del expediente?

'-Me recargaron dos años. Debía licenciarme aquel invierno, seis meses después de la retirada de Annual." (Pág. 229).

La pregunta que surge inmediatamente es por qué Sender no confió la narración de este episodio fundamental al propio protagonista de los acontecimientos referidos, como parecería lógico, en vez de cedérsela a una voz impersonal que, además, carece de punto de vista

porque debe adoptar el del personaje, es decir, más que un narrador autónomo cumple una función de simple transcriptor -de reflector, en terminología de Henry James- de las sensaciones y sentimientos de Viance. La respuesta, a mi juicio, nada tiene que ver con objetivar el relato ni con ampliar su dimensión, como sugiere Salustiano Martín<sup>453</sup>. La razón hay que buscarla en la escasa competencia comunicativa del personaje que, si nunca debió de ser muy amplia a tenor de su caracterización cultural y social, ahora, tras su larga degradación humana impuesta por la guerra y la disciplina cuartelera, ha quedado reducida a unas limitadas frases con las que resultaría imposible hilvanar un discurso coherente, y mucho menos dar cabal cuenta de lo sucedido durante aquellos días. Algo que, por otro lado, no responde a una mera interpretación personal, sino que se indica en el texto novelesco; Antonio lo ha manifestado poco antes:

"Quiero averiguar el secreto de su actual impersonalidad fría y endeble que le hace parecer tan lejano de sí mismo. Pero comienza a hablar atropelladamente, con *incongruencias* [el subrayado es mío], queriéndoselas dar de hombre enérgico sin venir a cuento." (Pág. 40).

La misma situación de desdoblamiento vuelve a producirse en el último capítulo, numerado como dieciséis. Antonio ha quedado en Marruecos y Viance regresa a España ya licenciado. Este distanciamiento físico impide que aquél siga dando cuenta de lo que le sucede a éste. De nuevo se recupera la voz impersonal, el reflector que, otra vez desde la perspectiva del personaje, va narrando lo que éste ve y siente pero es incapaz de comunicar. Su función, al igual que antes, consiste en dar forma a las intuiciones de Viance, aunque ahora ha cambiado el receptor: ya no se dirige a Antonio, sino el propio lector. En esta ocasión también el texto deja claro porque se recurre a esta voz interpuesta, es más, permite deslindar lo que corresponde a los confusos pensamientos del personajes -lo que he marcado en cursiva- y aquello atribuible a la nítida exposición de esta voz prestada:

"Ha visto llanuras, montañas, como en África, y labradores altivos y taciturnos, como los moros. *Igual, igual que allá. Pero, ¿por qué los de aquí son tan sumisos? ¿Basta*

el estrecho de Gibraltar, una 'manga de agua', para hacerlos cambiar de esa manera? [esta segunda pregunta puede atribuirse tanto a Vianca como al narrador] Sus intuiciones son muy vagas [explicitación de que Vianca no es capaz de contar lo que ve y siente]. Lucha histórica del godo contra el africano (...) El caso de España es el mismo que el de Marruecos. La aristocracia goda 'corre a los moros' y busca títulos de grandeza y en España corre a los españoles y busca títulos de la deuda [en estas últimas oraciones la voz prestada ha dado forma intelectual a las vagas intuiciones del protagonista] (...)" (pág. 275).

Una vez aclarada la cuestión del narrador y punto de vista, conviene echar un vistazo a la organización del contenido. Sobre este asunto hay dos tipos de propuestas diferenciadas. Algunos estudiosos de la obra se lo plantean en clave de interpretaciones simbólicas más o menos discutibles. En esta dirección, Víctor Fuentes sostiene: "La narración se estructura sobre dos planos superpuestos y en tensión contradictoria, el histórico-social y el ontológico-idealista (una especie de exaltación mística del ser y de la materia)."<sup>454</sup> En este mismo terreno de la simbología, en este caso manifestada en el enfrentamiento Vianca-Antonio, se mueve Fernando Samaniego, en cuyo estudio, sin embargo, no hay una clara delimitación de cuál es la estructura de la novela<sup>455</sup>. Postura diferente sostienen quienes se limitan a reseñar los acontecimientos en su correlativo orden de aparición, tal y como hace Francisco Carrasquer: "Vista la narración panorámicamente, hasta podemos descubrir una simetría de composición: Entrada en situación de guerra (arribo de los refuerzos a la posición R.); preparativos de defensa, con evocaciones autobiográficas del protagonista que amplifican y ahondan el personaje, que lo justifican para sus ulteriores reacciones; exasperación de la situación bélica (asalto y toma de la posición); nudo de la obra (huida de Vianca hasta que llega a Melilla, escapando a mil y un peligros); contraofensiva (...); licenciamiento y vuelta al pueblo natal, que ya no existe, sepultado que ha sido bajo las aguas de un pantano."<sup>456</sup> Con más minuciosidad que Carrasquer, pero en su misma línea, se presenta la propuesta de Marcelino C. Peñuelas, que atiende tanto a las pequeñas unidades como a los bloques

mayores: "Toda la novela está dividida en breves cuadros o estampas, de una o dos páginas generalmente, aunque algunos se extiendan a tres y, excepcionalmente, a cuatro páginas (...) La estructura externa está perfectamente adecuada a la unidad y al desarrollo de la narración. La primera parte -de ambientación- es de intensidad progresiva, escalonada en estampas que nos dan una impresión viva de personas y cosas. Es un necesario preámbulo al núcleo del relato. La última parte es el consecuente e implícito colofón que resume el sentido total, en sus distintas dimensiones."<sup>457</sup>

En todas las propuestas anteriores puede haber afirmaciones certeras, sin embargo, en ninguna de ellas se ofrece una organización del contenido que conecte entre sí los diversos elementos formales del relato, aquellos que constituyen el armazón sobre el que se van montando los diversos episodios argumentales. En primer lugar, a mi manera de ver, el esquema de funcionamiento del narrador y el punto de vista que indicaba más arriba impone una determinada estructura novelística. En este caso esa estructura es dual, una parte corresponde al narrador en primera persona, a Antonio, con su propio punto de vista, y otra a la que he denominado voz impersonal, cuyo punto de vista es el propio del protagonista. Ambas parte confluyen en tener un mismo objeto de su narración: lo que sucede al personaje conocido como Viance. Sin embargo, cada una de ellas ofrece una parcela distinta de él. La que narra Antonio muestra a Viance en un enfoque externo: cómo se percibe su conducta desde fuera, cómo lo ven los demás. De hecho, en estos capítulos que narra el sargento, a Viance sólo se le puede caracterizar por lo que hace o por lo que dice, y, por otro lado, no existen en ningún momento ambigüedades sobre quién habla, ni sobre si los pensamientos vertidos pertenecen al protagonista o a Antonio; en realidad, siempre son de este último salvo cuando el guión indicativo de diálogo impone otro hablante. Por el contrario, cuando toma la palabra el narrador impersonal, esa voz que ha sido prestada al personaje, aparece la visión interna de Viance, o por decirlo de otra manera, afloran sus personales percepciones y sentimientos para llegar al lector, tanto da que éste sea un receptor secundario, como sucede entre los capítulos cinco y doce -en los que el receptor primero es el sargento Antonio-, como



que se convierta en receptor único, cual sucede en el último capítulo. He aquí la razón de que en esta parte aparezcan esas ambigüedades en el discurso, señaladas por buena parte de los críticos anteriores, sobre el no saber con exactitud a quién atribuir lo que se dice. Justamente éste parece el efecto buscado, crear una indefinición sobre quién es el sujeto de la enunciación para desdibujar las dos personalidades que se están repartiendo la transmisión del mensaje, una aportando la voz y otra, la visión. De ahí que, por concretarlo en términos más formalizados, esta sea la parte donde aparece en repetidas ocasiones el estilo indirecto libre - "Viance piensa que si no hubiera entrado en la fábrica de harinas estaría ya en la plaza. *Buena cama en el hospital, buena agua fresca y comer hasta tocarlo con los dedos. Pero cuando no salen en nuestro auxilio es que también Melilla está en poder de los moros y entonces lo mismo da haber entrado aquí que en Monte Arruit que llegar a Melilla* [el subrayado corresponde a esta forma de discurso]. Del cuarto de al lado llega el guardia (...)", pág. 192- y las también abundantes expresiones denotativas de primera persona en mitad de un discurso en tercera: "Viance, al sentirse respaldado por *nuestros* cañones, recobra el odio contra los moros."<sup>458</sup>

Esta estructuración dual no tiene como únicos fundamentos, aunque sean los más sólidos, la duplicidad de narradores y de perspectivas, y los modos que adopta el discurso, sino que también viene avalada por la coordenada temporal. Descartado el último capítulo, el dieciséis, que por su condición de desenlace del relato presenta un uso del tiempo autónomo y diferenciado de los otros capítulos, en el resto de la novela también hay una dualidad temporal. Lo primero, y más evidente, es que se narran dos instantes históricos y cronológicos bien diferenciados. La parte correspondiente a la voz impersonal, los capítulos cinco a doce, refiere desde los momentos anteriores a la caída de la Comandancia de Melilla hasta la huida y posterior llegada a la ciudad de Melilla de los supervivientes, en este caso el protagonista, sucesos ocurridos en el verano de mil novecientos veintiuno. Este es el tiempo más remoto en el relato, el pasado de Viance, excluyendo, claro está, las alusiones anteriores a la incorporación a filas del personaje porque esas quedan fuera del marco temporal de la

novela. En consecuencia, esta parte que narra la voz impersonal con el punto de vista del protagonista evoca un tiempo alejado del presente, una anacronía con respecto a los momentos que refiere el narrador en primera persona, que pueden considerarse el presente narrativo, ya que entre aquellas fechas y éstas median dos años, como indica el protagonista: "-(...) hace dos años pa esta época", (pág. 64). La parcela de relato que conduce Antonio de forma personal se centra en el avance posterior para ir reconquistando el terreno que se perdió durante el desastre, y de ello da buena prueba el comienzo del capítulo quinto, cuando va a comenzar la pasada historia de Viance, Antonio dice: "Hacia Annual el campo es más verde, el paisaje es casi un paisaje civilizado. *Nosotros no hemos llegado aún allí, estamos detenidos por el macizo montañoso de Tizi Asa, donde se encuentra ahora la primera línea* [él subrayado es mío]." En esos momentos las tropas españolas todavía no han alcanzado Annual, donde Viance ya estuvo en el pasado.

Pero no sólo es que haya un desdoblamiento en el tiempo de la historia, sino que esta dualidad halla también su correlato en el tiempo del discurso. Mientras que la parte del narrador impersonal, es decir, el pasado, se cuenta mediante un relato sumario, pues, aunque se le dediquen algo más de la mitad de las páginas totales, refiere acontecimientos sucedidos durante un buen número de intensos días. Su cómputo se hace imposible, pero alcanzan desde los momentos anteriores a los combates con que se inicio el acoso y asedio de las posiciones españolas hasta más allá del encerramiento de los restos de aquel ejército en Monte Arruit. Además, lo más importante no es que sean diez, doce o quince días, sino la densidad de sucesos que en ellos se producen. Por el contrario en la parte que narra Antonio, el presente, la temporalización del discurso se ajusta mucho más a la cronología interna de los hechos que van sucediendo, no puede hablarse por tanto de relato sumario. Los cuatro primeros capítulos cubren aproximadamente un día o algo menos, la guardia de Viance. Desde el comienzo del trece al final del catorce, transcurren sólo dos días o poco más, el de la llegada del convoy de refuerzos al campamento y el de la batalla. El capítulo quince no alcanza ni siquiera un día, es sólo un rato, ya que por la tarde el protagonista abandona el cuartel licenciado, aunque

nos enteremos de que entre este capítulo y el precedente se ha producido una elipsis narrativa de más o menos un año, tiempo del que nada se dice en el relato, salvo que en él se sume el nuevo recargo que le impusieron a Viance por el asunto de los fusiles y por no recoger el cadáver de un comandante: "Luego cuenta que lo recargaron por lo de los fusiles y por haberse sacudido el fiambre de la espalda (...)/ Desde aquellas confidencias ha pasado un año."<sup>459</sup>

En resumen, la coordenada temporal, tanto en su aspecto de tiempo de la historia como de tiempo del discurso, presenta una dualidad similar a la que se ve en la figura del narrador, en el punto de vista y en los modos del discurso, y aún cabría añadir algún otro elemento narrativos que, aunque de manera menos obvia, también tiene un doble tratamiento. De pasada, por no alargar más la cuestión, habría que señalar la relación de Viance con el entorno, que en la parte del narrador en primera persona es una relación con otros individuos y su rasgo más sobresaliente es la incomunicación del personaje, mutismo del que sólo es sacado ocasionalmente por Antonio, y aún en estos casos más parece que Viance evoca su pasado para sí mismo que para hacérselo saber a su receptor, como lo demuestra el que hable de lo que le apetece y no sobre lo que le interroga su contertulio: "Lo que yo quiero es que me hable de sus peripecias militares, y él se obstina en recordar sus tiempos de operario herrero", (pp. 40-41). Aislamiento que va haciéndose progresivo a lo largo del relato, va creciendo en paralelo a su degradación física. Mientras que en la parte del narrador impersonal, donde las posibilidades comunicativas del personajes son en principio mucho menores, Viance desvela, sin embargo, una capacidad para relacionarse con lo que le rodea muy superior. Unión que alcanza su punto álgido cuando se acurruca a dormir en las entrañas de un caballo muerto, episodio de un muy acertado efectismo y que, aunque ello no suponga merma en el logro, José María Salguero Rodríguez sospecha que Sender tomó prestado de La vida y hechos de Estebanillo González<sup>460</sup>, reelaborándolo para la ocasión. A través de esta fusión íntima con los elementos de la naturaleza el personaje cobra una dimensión superior, se enraíza, por así decirlo, con el universo y se establece una verdadera comunicación entre

el ser profundo del hombre y las fuerzas que componen el cosmos del que aquél, aunque parezca haberlo olvidado, forma parte. Un fructífero retorno a los orígenes que contrasta con el aislamiento que imponen las relaciones humanas cuando el absurdo y no la razón natural es quien establece las pautas de comportamiento, cual sucede en su relación con el mundo militar. Proceso que, en su conjunto, va desligando a Vianca del mundo de los hombres en una parte y lo va uniendo al de la naturaleza como globalidad, como cosmos absoluto, en la otra parte, es decir, mientras allí se despersonaliza, aquí se rehumaniza. Todas estas dualidades muestran, a mi juicio, el criterio que organiza los contenidos argumentales de la novela, y cuyo objeto, como ya apunté antes, consiste en ofrecer una doble visión del personaje: lo que acontece al soldado enfocado desde un punto exterior y cómo el soldado padece en su interior la experiencia militar y bélica a que ha sido arrastrado.

Además de estos elementos mayores, hay en la novela una serie de recurrencias que siguen poniendo de relieve que la intención de Sender, contrariamente a lo que dice en la nota introductoria, no era elaborar un texto sencillo ni poco ordenado, sino dotarlo de una férrea organización y coherencia interna. Por ejemplo, a lo largo del relato hay dos momentos que narran combates o batallas, situados cada uno de ellos en dos tiempos cronológicos distintos. El primero de estos combates corresponde al desastre de Annual -en los capítulos cinco al siete- y el segundo a las operaciones de reconquista que se llevan a cabo dos años más tarde, en el capítulo catorce. Nada añade este segundo en cuanto a la crudeza de las acciones bélicas y sus consecuencias de heridos, muertos y demás horrores de la guerra en primer plano. Ante esto, cabría preguntarse qué razón justifica su presencia en el relato, teniendo en cuenta que el episodio bélico anterior ya había dejado ver toda la brutalidad que encierran los enfrentamientos y combates. A mi manera de entender, el escritor aragonés no pretendió llenar las páginas de su libro con innecesarias escenas de batallas, lo que en realidad quería era dejar inapelable testimonio de que el desastre de Annual, con todo lo que de humillación militar y conmoción nacional supuso, no había cambiado ni un ápice los absurdos modos internos de actuación del ejército ni la despótica e inepta actitud de sus oficiales y jefes.

Ambos, la organización militar y la actitud de sus jefes, habían sido los responsables directos de la catástrofe militar precedente, es decir, habían dado palmarias muestras de que aquel sistema resultaba de una absoluta ineficacia para la guerra -baste para ello recordar el sueño de Viance, ya antes mencionado, donde ante los cadáveres de los caídos los oficiales le culpan a él por no haber sabido marcar el paso<sup>461</sup>- y su única utilidad, en esto sí quedaba probada su total eficiencia, consistía en sojuzgar las vidas de los soldados. El reflejo novelesco de este injusto y perverso sistema es, además de constatar la derrota, que Viance, uno de los combatientes que ha logrado sobrevivir a aquella tragedia y llegar hasta Melilla, recibe como recompensa por los sufrimientos pasados un recargo en su tiempo de servicio. La razón de que en la novela aparezca un segundo episodio de combate hay que atribuirlo a este deseo por destacar los nulos cambios que desde la anterior ocasión se han producido en el estamento militar, de tal modo que cuando este segundo enfrentamiento concluye, otra vez Viance vuelve a ser recompensado de la misma manera que la vez anterior, con otro recargo. Para reforzar este paralelismo, Sender se sirve de un apunte cronológico de poco valor argumental pero de capital importancia para lo que él desea constatar. Cuando le aplican el primer recargo, a Viance le faltaban seis meses para licenciarse: "-Me recargaron dos años. Debía licenciarme aquel invierno, seis meses después de la retirada de Annual."<sup>462</sup> El día anterior a volver a entrar en combate y cuya consecuencia será que le apliquen el segundo recargo -en el comienzo del capítulo trece y a reglón seguido de la cita anterior-, Viance confiesa a Antonio: "Cumpló ahora, para febrero próximo", (pág. 229). Considerando que el desastre aconteció a finales de julio, que de ello hace más o menos dos años -esto lo ha dicho Viance, "hace dos años pa esta época", (pág. 64)- y que ese es el tiempo que le recargaron la primera vez, cuando le aplican el segundo recargo le quedaban unos seis meses de servicio, igual que la vez anterior.

La única diferencia es que tras este segundo combate debieron de ampliarle su permanencia en filas sólo por un periodo de seis meses, ya que al año de estos sucesos consigue por fin la licencia. Entregar dos fusiles y cargar durante un rato con el cadáver de

un oficial debieron sin duda de estimarse méritos menores comparados con salir vivo de la derrota de Annual, de ahí que la recompensa también resultara aminorada. Esta cuestión de los recargos, junto a que el protagonista se prenda en su pecho una medalla encontrada en un estercolero, se convierte en el gran sarcasmo de Imán. Da cumplida cuenta de que tras el desastre de Annual nada cambió, todo siguió en el mismo lugar donde había estado hasta entonces, por lo que el descarnado antimilitarismo de la novela no está patente sólo en puntuales episodios, y acaso en ello resida su más significativa diferencia con otros relatos sobre esta guerra, sino que se revela como el primer latido que subyace en la propia ideación de la novela.

Un último asunto, en el que reparo sólo como mera anécdota, es el del título de la novela, que, aunque del todo justificado en el argumento y la trama, no deja de sorprender. Algunos estudiosos de la obra también han reparado en él, llegando en algunos casos incluso a darle una interpretación simbólica. Lawrence Miller, por ejemplo, hace el siguiente comentario al respecto:

"No se puede contemplar la guerra entre los españoles y los marroquíes sin pensar en que la palabra 'imán' es una palabra árabe que significa el encargado de predicar la oración entre los mahometanos. Le parece posible al escritor de esta tesis que la víctima de la injusticia española sea el mejor capacitado para ministrar la oración entre los españoles. Sender debe de haber contemplado este juego de palabras implícito en el título."<sup>463</sup>

Ocurrente asociación semántica, sin embargo, las connotaciones que Lawrence Miller le atribuye a la palabra parecen bastante traídas por los cabellos, sobre todo porque lo musulmán, más que lo árabe dado que se refiere al campo de la religión, queda por completo fuera de la novela, resulta asunto al que no se alude ni de pasada.

Víctor Fuentes, por su parte, lo interpreta en forma bien diferente: "El plano ontológico está ya presente en la connotación del título Imán, que alude a la atracción amorosa, a la identificación cósmico-mística de lo orgánico con lo inorgánico."<sup>464</sup> Esta idea ya había sido

enunciada en términos parecidos por el propio Sender, y Marcelino C. Peñuelas, en la introducción que preparó para la edición de la novela que publicó la editorial Destino, la recoge del siguiente modo: "(...) no hay que olvidar que es amor también. Porque antiguamente las ideas de *imán* y *amor* iban juntas. Es decir, imán es el amor, por decirlo así, inorgánico, el amor de los minerales; el amor por el cual la aguja magnética apunta al norte. Esa voluntad de lo inorgánico a que se refiere Schopenhauer. En el pueblo español es lo mismo."<sup>465</sup> Seguramente esto es así, y carezco de razones para poner en duda que éste no constituya su auténtico sentido, pues tiene cierta cabida dentro del relato, y la mejor prueba de ello radica en que Fuentes lo ha incluido con total coherencia dentro de su análisis interpretativo. No obstante, me queda cierta incertidumbre sobre si Sender, a la hora de poner título a su novela, tuvo presente ese dato culturalista y si había llegado a él a través del pensador alemán, como comenta a Peñuelas. Me planteo esta dubitativa objeción porque en Memorias de un legionario, uno de los relatos sobre la Legión al que ya aludí en el capítulo correspondiente, se dice algo relacionado con este asunto, algo que, con ciertos retoques, encaja como anillo al dedo en la narración de Sender:

"Hay hombres que son como imanes, dotados de la facultad de acercar hacia sí todo lo que rima con su naturaleza, y éstos son los hombres felices, porque, como los imanes, al no poder atraer sino cierta clase de metales, no conocen la atracción de lo extraño y no desean las conquistas imposibles... Son esos hombres que están siempre contentos con lo que tienen, porque no saben que haya más."<sup>466</sup>

Cierto que ésta no pasa de ser una novelucha de un casi desconocido jornalero de la pluma, que, además, nada tiene que ver con el relato de Sender e incluso cualquier intento de comparación quedaría fuera de lugar. Pero apareció por vez primera en forma de entregas en el diario Nuevo Mundo entre 1921 y 1922, y más tarde, en 1923 ó 1925, fue publicada un par de veces más en forma de libro, por lo que bien pudo llegar a conocerla el narrador aragonés -que, a tenor de la temática de su primera obra de ficción, Una hoguera en la noche, debía de tener algún interés por las narraciones sobre aquella guerra- y halló inspiración en

la cita antes señalada para extraer el título de su novela, cuestión que dejo apuntada como mera hipótesis.

En lo que no cabe ninguna duda es que los procedimientos de técnica narrativa utilizados por Sender en Imán confieren a este relato un decidido aire de novedad en el panorama narrativo español de la época, según ya apuntó Marcelino C. Peñuelas<sup>467</sup>, lo que permite sostener que esta novela no sólo fue una de las que comenzaron a abrir nuevos caminos en cuanto a la renovación temática en la novelística de los treinta, extremo ya repetido en múltiples ocasiones, sino que además, por el original empleo de los recursos formales y por algunos usos de lenguaje a los que más tarde me referiré, resulta innovadora en su conjunto dentro del panorama de las letras españolas del momento. Puede que a ello se deba su notable resistencia al paso del tiempo, facultad que le permite ser leída hoy con el mismo interés -si no más- que en el momento de su aparición. Tal vez porque Imán constituya una de las grandes novelas contemporáneas en lengua española y con el discurrir de los años su valor se va acrecentando.

Acercarse al tratamiento del lenguaje en estos relatos supone hablar de la más pura diversidad, lo cual resulta lógico y esperable si se tiene en cuenta la muy diferente filiación literaria de estos autores, entre los que hay incluso quienes carecen de ella. ¿Qué similitudes estilísticas pueden existir entre un modernista menor cargado de retoricismo como Emilio Carrere y un narrador tan directo y poco preocupado por su habla literaria como Arturo Barea? ¿O entre un Ricardo León, propenso con deliberación a los usos arcaizantes, y Ramón J. Sender, novelista que se decanta por dar cabida en su texto a expresiones poco oídas hasta entonces en el lenguaje literario, llegando, según sostienen algunos sectores de la crítica, a convertirse en antecedente de lo que una docena de años después comenzaría a denominarse *tremendismo*? Siendo ambos polos extremos, quedan por medio otro buen número de autores que nada tienen que ver con los anteriores ni tampoco se asemejan entre sí. Las máximas afinidades, dentro de esta general divergencia, hay que buscarlas más entre corrientes o formas de entender el lenguaje literario que entre estilos homogéneos, esto es, se puede hablar



de escritores apegados a concepciones más tradicionales o envejecidas y de otros más proclives a la innovación o al rupturismo en las fórmulas expresivas. Se puede hablar de aquellos en los que late una voluntad de estilo, sea éste cual sea, y de otros que, atentos sobre todo a lo que quieren decir, reparan poco en cómo lo dicen. De lo que en modo alguno se puede hablar es de un factor común en cuanto al empleo de la lengua literaria en este conjunto de relatos.

En primer lugar habría que mencionar aquellas narraciones cuya prosa denota unos modos más anticuados en el decir. Son textos que parecen delimitar el territorio de lo artístico entre la altisonancia y la expresión deudora del más gastado retoricismo modernista. Los más caracterizados dentro de este grupo son El sacrificio, de Emilio Carrere, y Los amores de Alfonso Reina, de Antonio Cases, en los que se aprecia un notable tono grandilocuente y declamatorio:

"¡El sol inmortal que había iluminado la epopeya de Numancia, doraba las testas desgñadas, los rostros enengrecidos, los pechos cubiertos de heridas, entre los jirones de uniforme de aquellos soldados de la España actual!" (El sacrificio, pág. 72)

También, aunque en dosis menores, pueden rastrearse algunos usos propios de esta estética en el título de Eliseo Vidal, ¡¡¡Los muertos de Annual ya son vengados!!! y en Bajo el sol africano de López Rienda, quien incluso evidencia sin recato la influencia del más conocido Darío: "una promesa de cariño, que se llevaría como un divino tesoro en su corazón"<sup>468</sup>.

En todos ellos proliferan con abundancia las imágenes, metáforas y comparaciones enjoradas por múltiples alusiones a materiales nobles. Por ejemplo, Carrere, en cuyo breve relato el rojo es color predominante, se decanta por los rubíes: "En el campo se habían encendido hogueras. Parecían sargas de rubíes sobre un inmenso terciopelo negro", (pág. 21); "la sangre salpicaba, como un rojo surtidor en el que el sol encendía fugaces rubíes", (pp. 52-53). Antonio Cases, que tampoco desdeña las piedras preciosas, parece, sin embargo, más proclive al oro: "El firmamento tiene puesta ya su armadura de oro", (pág. 194); aunque en

ocasiones lo adorna con aquéllas: "Su alma fulgurante y creadora se encaja en aquella población pequeña y tranquila, al igual que se engasta un brillante en el oro de un anillo", (pág. 31). Eliseo Vidal, también gusta de cierto oropel, no obstante, se muestra algo más comedido y humilde en sus preferencias: "El sol lucía arrogante cual lámpara colgada de un regio techo 'Luis XVI", (pág. 26).

Cuando no echan mano del joyero, suelen decantarse por un habla sentimentaloides o almibarada, a veces con ciertas connotaciones religiosas, pero, en cualquier caso, de una franca cursilería:

"Aquella mano bella a pesar de las huellas de la aguja y de la inclemencia de la edad; resplandecientes de blancura, ungidas de la santidad del sacrificio, manos sobrenaturales y místicas, puras como el trigo de la Comunión." (El sacrificio, pp. 22-24).

"Tenerlo delante de ella, es ponerse en comunión con la inmensidad, es dejarse envolver como una diosa sin velos, por el aliento múltiple de una fiesta de la naturaleza." (Los amores de Alfonso Reina, pág. 78).

"La novia que asoma su cabeza para recoger toda la poesía de la noche y del canto, mientras la luna juega en la peineta dorada." (Los muertos de Annual, pág. 146).

"Nieves era para él su único sueño; un sueño creado por él y coronado por las más bellas rosas de su ilusión." (Bajo el sol africano, pág. 11).

Este ampuloso estilo suele acompañarse de abundantes personificaciones y de una amplia adjetivación, que, sin embargo, revelan una mirada de escasa originalidad, de la que dan buena prueba los mismos adjetivos empleados, entre los que abundan los epítetos vacíos o tópicos: "El mar remoto era una cinta azul en el horizonte", (El sacrificio, pág. 20); "los jazmines de albas hojuelas", (Los amores de Alfonso Reina, pág. 39); "el despliegue de sus

níveas alas [se refiere a las gaviotas]", (Los muertos de Annual, pág. 26); "una lejana estrella palpitante", (Bajo el sol africano, pág. 3).

Tanto Antonio Cases como Eliseo Vidal muestran preferencia por la sintaxis de periodo largo, que el segundo autor, por desorden o por un deficiente uso de los signos de puntuación, no siempre resuelve con fortuna, dando lugar a construcciones de sentido poco claro:

"Yo mismo me pregunto: ¿por qué estoy aquí? No podría casi explicármelo, locuras de juventud que nos inducen a las investigaciones pudiera decir [?], puesto que las conversaciones habidas con un veterano de los pocos que sobrevivieron a la catástrofe de Annual, son el móvil que me indujo a renunciar a la 'cuota' para ver si iba de este modo a África, y podía enterarme de lo que en realidad sucedió." (Pág. 17).

No deja de resultar curioso, sin embargo, que Eliseo Vidal obtenga sus mejores resultados y transmita las más certeras sensaciones cuando opta por todo lo contrario, es decir, por la frase corta y el ritmo ágil y algo sincopado: "Ha caído la tarde. Noche negra y enlutada. Velo oscuro y aterciopelado cubre la silueta rústica de este casco marmóreo. Niebla húmeda. Susurran las aguas del Mediterráneo, que con sus olas tan pronto lamen como embisten las bajas mejillas de este Peñón." (Pág. 184).

La impresión final que deja la prosa de estos escritores queda marcada por un halo de retoricismo tópico y vacuidad expresiva, que, además, en las páginas de Cases y de Vidal, viene a situarse en polo opuesto al que presumiblemente ellos buscaban, dado que tanto adorno no puede ocultar un buen número de palmarias insuficiencias gramaticales y léxicas. En cuanto a las primeras, no escasean los ejemplos en Los muertos de Annual, donde son frecuente el laísmo -"antes de decirla a lo que vengo", (pág. 142)- y las discordancias verbales: "Me contestó que había recibido carta de su pueblo, en la que se le notificaba que su madre era [en vez de había sido] enterrada hacía tres días", (pp. 32-33). Y por lo que respecta a las segundas, en ambos textos tampoco pueden considerarse raros los errores de significado -"corrían las décadas sangrientas del 26", (Los muertos de Annual, pág. 20)- ni

los barbarismos, de los que hay frecuentes ejemplos: "la *alternación* [este subrayado, al igual que los siguientes en estas citas, son míos] misteriosa de la naturaleza", "un *trenillo*, un tren minúsculo" (Los amores de Alfonso Reina, pp. 187 y 108, respectivamente); "se ejecutan como *entrene*", (Los muertos de Annual, pág. 62).

Dentro de esta misma línea, pero con modos más cuidados y de mayor acierto, hay que situar también la prosa de Andrés Cegarra Salcedo en "Sombras". Su lirismo resulta por lo general menos manoseado y declamatorio que el de los narradores anteriores, e incluso, en algunos momentos, alcanza incuestionables aciertos expresivos: "Sintió Martín morirle el alma [al saber que la mujer que ama se ha hecho novia de Adolfo]", (pág. 39). Y tampoco en su texto se aprecian errores léxicos flagrantes, lo más alguna imprecisión, acaso por querer echar mano de vocablos inusuales: "Embriagábase con estos imaginativos deliquios" (pág. 36), sustantivo a todas luces inadecuado para referirse a las anteriores evocaciones de la amada. No obstante, a pesar de esta superior depuración, su estilo también participa de ese generalizado almbaramiento modernista.

Diferente es la situación de Jauja, que, si bien no participa de lo que caracteriza a los anteriores relatos, comparte con ellos lo anticuado de su prosa, aunque en este caso tal vez con más propiedad que de anticuado quepa calificar el estilo de Ricardo León como arcaizante. Los siguientes ejemplos creo que hablan por sí mismos y no necesitan más comentario: "Muertos sus padres ha mucho (...)", (pág. 108); "el cual, en tomando la palabra(...)", (pág. 210); "en acabando los postres (...)", (pág. 273).

Un segundo grupo de títulos se decantan por un habla narrativa de registro más próximo a lo funcional, lo que no significa que estos textos estén redactados con una prosa plana y exenta de cualquier ánimo artístico, pero se aprecia un cierto cambio en la tendencia predominante. De hecho, parte de los devaneos líricos e incluso del retoricismo ornamental que podía apreciarse en el estilo de los anteriores relatos continúa presente en éstos, cierto que en unos más que en otros. La diferencia reside en la menor intensidad, en que aquí su empleo resulta esporádico y no hay una deliberada tendencia hacia la grandilocuencia. La narración

de Reyes Huertas, La Colorina, aunque algo más ponderada, se encuentra todavía muy próxima a aquéllas. En ella aún puede rastrearse la presencia de esa tendencia modernista por lo grandioso, por la nobleza de los materiales con que elaboran imágenes, metáforas y demás tropos: "Había desarrollado la fruta de oro de su juventud", (pág. 29); "cafa la tarde en una amplia curva, en un punto en que el sol hacia blancas, de plata, las oscuras vestimentas del mar", (pág. 70). Tampoco se libra de ese innecesario recargamiento retoricista lleno de resonancias cursis y expresiones tan altisonantes como poco precisas: "el pensamiento de Ana María flotaba en aquella rútila diafanidad, diluída como licor de ópalo, que venía al encuentro del aparato", (pág. 68). Usos lingüísticos que, por otro lado, se adecúan bastante poco al argumento y a los personajes que recrea, dado que el agro extremeño y los campesinos locales en la España de los años veinte poco tenían que ver con esa idealización virgiliana en que Reyes Huertas los quiere envolver.

Más dentro de lo funcional hay que considerar Uno de tantos y, sobre todo, Recordando y La ruta. Tanto Salvador Ferrer como Francisco Fusimaña o Arturo Barea se apartan de ese engolamiento en el decir y conducen la prosa de sus respectivos relatos por caminos de mayor sencillez, aunque en el primero aún subsista algún rasgo de amaneramiento -"mariposa de la curiosidad, la que hace acercarnos hasta el borde de estas vidas intensas", (pág. 159)- que no puede considerarse sino como residual y con poco relieve dentro del conjunto. En los tres casos la elaboración del lenguaje, cierto que más bien escasa, se busca por otros procedimientos. El más extendido suele orientarse hacia un ocasional lirismo descriptivista - presente en Uno de tantos y en La ruta, pero no en Recordando- que por medio del cromatismo y algunos esbozos personificadores intenta captar las sensaciones del personaje y elevar el habla narrativa por encima de lo coloquial. Más florido en Ferrer y sobrio en Barea:

"Noches de parapeto asomados al mirador de la oscuridad; noches silenciosas, en que las estrellas juegan a esconderse y a atravesar el horizonte; estrellas lejanas, altas,

maliciosas; estrellas extrañas que no saben de juegos de amor y de coloquios con el agua mansa (...) "Uno de tantos, pág. 70).

"Rompía el amanecer. En el fondo del valle, donde corría el río, la luz empujaba contra el azul-negro profundo del cielo. De súbito se incendió una llama de sol y su disco rojo sembró de reflejos sangrientos el agua mansa. Desde la altura en que estábamos, la luz parecía trepar por las vertientes de las montañas y las sombras se alargaban a través del valle, inmensas y deformes. Las crestas se iluminaban por la luz viniendo de abajo y las copas de los árboles se encendían como si sus troncos se hubieran incendiado. Las columnas de humo de la cabila bombardeada se teñían de rojo, como si las llamas hubieran revivido." (La ruta, pág. 91).

Además de este rasgo común, hay algunos otros particulares. En Ferrer, a quien se le aprecia una mayor voluntad por darle a su texto una cierta dimensión artística, no son infrecuentes las metáforas y las metonimias, recursos en los que a veces logra aciertos expresivos, por ejemplo, al sintetizar sus sentimientos en la hora de la marcha hacia Marruecos: "Miré por última vez y mis pobres gafas, húmedas de pena, dieron un definitivo adiós a la tierra que apenas se divisaba ya", (pp. 22-23). Sin embargo, al lado de estos logros, se aprecian carencias de poco oficio, como sus ocasionales ironías casi escolares a través de elementales paradojas: " (...) Realmente, para primer día de paz no pude encontrar más guerra", (pág. 146).

Más llana se hace aún la prosa de Fusimaña, carente no sólo de cualquier artificio artístico, sino representativa de unos modos sintácticos bien sencillos, que en determinados momentos alcanzan la categoría de telegráficos:

"Sorteo otra vez: África, Península(...)/ Plato y manta./ -¡Alinearse!/ Los compañeros de unos días se separan./ Surgen otros como por encanto./ Un rebaño metido en un tren... Barcelona. Estación marítima (...)/ Roncos silbidos de la sirena. Pitos de

mando. Desamarre. La hélice en funciones, convirtiendo en espumosa el agua quieta de unos momentos antes. El muelle se aleja..." (Páginas 12-13)

Claro que esta simplicidad no ha de interpretarse como un demérito, más bien todo lo contrario, pues con su velocidad refleja la rapidez con que suceden los acontecimientos, sobre todo ahora que están pasando por la mente del personaje -aunque quien lo cuente sea un narrador impersonal- en fugaz retrospectiva, como él mismo ha indicado poco antes: " (...) los recordaba con claridad y precisión como si ante sus ojos desfilaran en cinta cinematográfica", (pág. 11). Por otro lado, este estilo conciso se aviene a la perfección con el planteamiento del relato, que no es otro que narrar muchos acontecimientos mediante su acumulación sintética, lo que en efecto consigue, y en muy pocas páginas.

Poco cabe también destacar en Barea, cuyo estilo resulta más bien anodino. Cuestión que, a mi entender, algunos sectores de la crítica han llegado a desorbitar. Así, por ejemplo, Marra-López lo califica de infame e incluso pone en duda que el original fuese escrito en español<sup>469</sup>. En efecto, no hay mucha depuración en su prosa, pero no todo es descuido y desidia, pues espigando en el texto se puede hallar también algún rasgo positivo. No creo que pueda atribuirse a mera casualidad la intensificación de aquellos aspectos negativos que le sirven para acentuar la ironía o el sarcasmo con el que enfoca a ciertos personajes o situaciones. Subrayado que resulta bastante expresivo y con el que suele cerrar el comentario del narrador. Por ejemplo, en el párrafo que reproduzco a continuación, lo utiliza un par de veces, la primera para dar cuenta de la inhumanidad que caracteriza a los oficiales y la segunda -aún más rotunda- para ridiculizar al general, en ambos casos subrayo el recurso de lenguaje a que me estoy refiriendo:

"El general que conquistó la cabila estaba en su tienda delante de una mesa: un cabo de vela encendido, una bandeja y dos botellas de vino, rodeadas de varios vasos. Iban entrando los oficiales de cada una de las armas que realizaron la conquista, con su lista de muertos y heridos. Cada oficial traía dos o tres muertos, diez o doce heridos. El ayudante del general apuntaba. El general invitaba a un vasito de vino. Los

oficiales se iban soñando con las cruces que aquellos muertos les hincarían sobre la guerrera *al lado del corazón*. En la noche, luego, se oían los ronquidos del general, ronquidos de viejo borracho que duerme con la boca abierta, *los dientes en el fondo de un vaso*." (Pág. 10)

Pero, para proceder con ecuanimidad, hay que dejar constancia de que tan menguada virtud no puede ocultar una larga serie de incorrecciones tanto sintácticas como léxicas. Unas veces, atribuibles sin paliativo a falta de cuidado: "Esto me proporcionó una independencia financiera, así como en mi trabajo, y el respeto de los empleados más antiguos", (pág. 247); "me dijeron que me avistara con el comandante", (pág. 149). Otras, debidas a la injerencia del inglés -idioma que por aquellos días debía de servir de habitual vehículo de comunicación al autor- en su español materno, que, en repetidas ocasiones, adopta formas que son calco de las propias de aquella lengua: "Podría ser *un* [este determinante sobra es español porque se refiere a él mismo] escritor", (pág. 164); "Hablaban tres idiomas *fluentemente* [en vez de fluidamente]", (pág. 265). Tampoco Ferrer escapa a los errores léxicos, aunque en su texto quede limitado a uno que repite en varios lugares, bastante frecuente además entre todo tipo de hablantes: "El capitán Madera debía ser, efectivamente, valentísimo", (pág. 28); "debe ser espantosa para estas poblaciones la perspectiva que les ofrece la guerra", (pág. 147).

Referirse a incorrecciones idiomáticas impone una obligada mención a Pacazos, otro relato cuya prosa bien podría incluirse dentro de los registros funcionales si no fuera por los múltiples y variados errores que la acercan a una poco cuidada redacción escolar. Da muestras Tubau de tener un más que serio problema con el uso de las preposiciones, trabucando el uso de unas con el de otras: "Este aposentamiento definitivo a un lugar determinado", (pág. 65); "colocarse frente [falta "a"] la gumiá que irremisiblemente partiría su cuello de un tajo", (pp. 91-92); "sobre de una mesa", (pág. 97). Estas deficiencias se acompañan de otras varias que afectan a la construcción oracional: "El enemigo que pretendió haber visto el que disparar primero", (pág. 57); "clareaba débilmente la luz de las velas que en su interior ardían inseguras, consumiendo paulatinamente y formando al derretirse, de [supongo que debería ser



"en"] las inútiles bombas de mano que hacían de palmatoria, una masa compacta de cera", (pág. 83). A ello hay que añadir un más que discutible empleo de la coma, que dificulta la comprensión de su sintaxis -"Rosa, me escribió algunas cartas, que yo dejaba firme en mi decisión, sin contestar", (pág. 108)- o desvela un uso imposible de este signo de puntuación, como sucede las muchas veces que lo utiliza para separar lo inseparable: "Estrella, sabía con su mirar perspicaz, apreciar quienes podían proporcionarle mayores ingresos", (pág. 30); "Sara, había desaparecido cual si se la hubiera tragado la tierra, y con ella desaparecieron las sabrosas tortas", (pág. 34); "Ortiz, estaba entusiasmado con los regulares." (Pág. 55). Errores que también se apreciaban en un léxico poco adecuado -"me tranquilice, *allí* [con el subrayado indico el mal uso de este adverbio] no era un campamento como Tafersit", (pág. 76)- o repetitivo, como el que le lleva a aplicar las variantes del adjetivo "lindo" por tres veces consecutivas a diferentes sustantivos en menos de una página: "Una linda muchacha (...), agitaba nerviosilla el pañuelito de colores que de vez en cuando llevaba a sus lindos ojos (...)/ Fue un gesto espontáneo que escapó de sus lindas manos", (pp. 95-96). En unidades mayores sigue notándose esta escasa destreza de Tubau en la expresión escrita, lo que le lleva a malbaratar el irónico humor que destila una anécdota ocurrida al personaje don Antonio López de la Sierra, entre las páginas 128 y 131, donde el narrador deja ver la mayor parte de su sarcástico comentario antes que la conducta del personaje, orden que si se hubiese invertido habría acentuado el buscado carácter escarnecedor del fragmento. Y tampoco puede decirse que está muy dotado para los registros más tendentes a lo poético, pues, cuando dirige su expresión por estos caminos, es frecuente que acabe en la franca cursilería: "La carta no era de ellos; era de ella. Procedía de Barcelona. Era el amor que iba a visitarme a través de la distancia", (pág. 95); "le enviaba con fino ademán una rosa perfumada con el aliento de su boca, cuyos labios posáronse anhelantes sobre el terciopelo de sus finas hojas", (pág. 56). En resumen, lo que de verdad llama la atención y caracteriza de modo particular el poco depurado estilo de Tubau se halla en la ramplonería lírica y en una abusiva proclividad al error.

Bastante más allá de los límites de lo funcional se sitúa el habla narrativa que Francisco Hernández Mir proporciona a su narrador, cuyo discurso no sólo denota una indudable procendencia periodística, patente en el muy extendido uso de las formas de subjuntivo en vez de las de pluscuamperfecto de subjuntivo para indicar el pasado remoto, sino que además hay que encuadrarlo dentro del más estricto coloquialismo. Sus páginas aparecen repletas de frases hechas, de todo tipo de términos y locuciones propias del discurso repetido que reducen la expresividad a mínimos y, lo que es más grave desde un enfoque comunicativo, restan credibilidad al regeneracionista mensaje que se intenta transmitir, pues encauzan el relato hacia un tono de chusquedad que lo aparta de cualquier interpretación seria. Sirvan los siguientes como mero ejemplo de su estilo más representativo: "Salir arreando para la cabeza del partido", (pág. 13); "fue la clásica pedrada en ojo de boticario", (pág. 13); "los muchachos habían decidido poner buena cara al mal tiempo", (pág. 30); "poner el batallón, en un santiamén, en condiciones de afrontar la guerra", (pág. 52); "¡si ése era el comienzo, habría que echarse en remojo para el final!", (pág. 53); "despedirse de él por siempre jamás amén", (pág. 68); "fue cosa vista y no vista", (pág. 118); "¡mano de santo fue!", (pág. 169). No faltan tampoco algunos errores sintácticos en su relato, debidos las más de las veces a un descuidado uso de las preposiciones: "en la fecha siguiente a la en que se hubiera realizado", (pág. 58); "para que se contagiaron en dolencias terribles", (pág. 144). Deficiencias que en algún momento caen en el más deplorable vulgarismo: "el soldado, al que se acumuló en grupos de a seis en tiendas de las llamadas individuales", (pág. 70). Y se hace difícil encontrar nada que sirva de contrapeso a tan lastimoso empleo del lenguaje, dado que en las muy contadas ocasiones en que pretende esbozar alguna fórmula algo más expresiva, sus metáforas resultan del todo manoseadas, además de reiteradas dentro del texto (cual sucede, por ejemplo, con sus varias alusiones a los "naúfragos", "naufragios" y otros vocablos relacionados con el mar y la navegación), cuando no denotativas de un irreparable mal gusto: "Han pasado una esponja por el encerado de sus historiales", (pág. 167). En consecuencia,

bien puede decirse que el hundimiento -término que resultaría muy de su gusto- de Hernández Mir a la hora de elaborar una prosa artística para La tragedia de un cuota fue completo.

También un tanto inclasificable resulta la prosa de Cristobal de Castro en los hombres de hierro, cuyo rasgo más destacado viene dado por la ya mencionada reproducción fonética abusiva que caracteriza el habla de sus personajes. Habla que no sólo se circunscribe a usos dialectales andaluces, lugar donde se desarrolla la historia contada, sino que se entremezcla con todo tipo de vulgarismos sin localización definida e incluso con rasgos sin filiación dialectal alguna dentro de la lengua española:

"-(...) ¿Quedrás jaseme creer que tan espedío?

'-Espedío, no. Pero cuasi, cuasi. La custión es que ende mañana, se encargará de tó este laberinto... el niño Jelipe.

'-¿Qué dises? ¿Que mi Niño [la mayúscula es del original] se encarga de tó?

'-Su Niño dos té, si jeñora

(...)

'-Creatura o no creatura, se encarga. Ende mañana mesmo; eso es. ¿Le parece as té esta salfa de bolero? Ocho años y sinco meses, día por día yevo de aperaor de la casa (...)" (Páginas 6-7).

Vulgarismos de los que, ya sin justificación alguna, llega a contagiarse el discurso del narrador: "(...) en diciendo que por allí, por allí tenía que ser", (pág. 8). Tales formas de dicción, próximas a un chusco coloquialismo sainetesco, impregnan toda la narración y se elevan a categoría de registro casi único.

Por último, hay que referirse a aquellos relatos que se apartan de casi todo lo visto hasta ahora porque, en líneas generales, ni participan de los artificiosos y envejecidos ornamentos de los primeros ni caen en el desvaimiento o la carencia de exigencia de los segundos. Son textos preocupados con el uso del idioma, donde el habla narrativa adquiere una impronta personal, sea ésta la que sea, a menudo en íntima fusión con el contenido. Textos, en definitiva, en los que con toda justeza se puede decir que late una indiscutible voluntad de

creación poética. Tales características pueden apreciarse en el breve cuento de Gabriel Alomar, Los últimos días de Ben-Kaddor, cuyas muy reducidas dimensiones -escasas cinco páginas con letra de amplio formato- resultan suficientes para revelar buenas maneras en una prosa dotada de un notable aliento poético, que nace de la total sencillez y del contenido lirismo que se desprende del habla de los dos personajes. Rasgos que, en acertada consonancia con los sentimientos de ambos seres, transmiten con expresividad y justeza el dolor íntimo del hombre culto y sensible ante la guerra, por una parte, y por otra, toda la atmósfera de beatífica paz que se respira en una aldea marroquí víctima de la brutalidad ajena.

También la sencillez léxica y el lirismo constituyen las características más sobresalientes en el estilo de Díaz Fernández, tanto en su cuento Herida de guerra como en El blocao. Sus virtudes como escritor y las elevadas cotas de expresividad que alcanza ya han sido ponderadas con absoluta unanimidad por la crítica. Así, por ejemplo, Eugenio de Nora, refiriéndose a este libro, dice: "Es de justicia afirmar (...) que se trata de un gran prosista, dueño de un idioma vivo, concentrado, de fina y honda raíz popular, natural y depurado (...), asombrosamente expresivo, garboso, sugerente y enérgico al mismo tiempo."<sup>470</sup> López de Abiada, apunta algunos de los rasgos que, a mi manera de ver, resultan fundamentales a la hora de entender la concepción que de la lengua literaria tenía el narrador salmantino: "(...) una lengua clara y sencilla -y precisa al mismo tiempo-, exenta de todo ringorrango u ornamento estilístico superfluo que impida o dificulte la captación del mensaje."<sup>471</sup> En El blocao no escasean las imágenes, abundan las metáforas totales y está plagado de comparaciones metafóricas, en un número mucho mayor del que, por ejemplo, puede verse en cualquier libro de algunos amanerados narradores a los que antes me he referido, sin embargo, es raro que alguno de estos recursos atraiga demasiado la atención del lector y mucho menos que retarde o enturbie su lectura. De hecho, si no reparamos demasiado en las características de su prosa, podemos terminar el libro sin haber advertido la mayor parte de estos artificios de la escritura. Eso sí, en todo momento habremos tenido la sensación de estar ante un texto dotado de una gran belleza. La clave hay que buscarla en que los recursos

literarios no cumplen una misión ornamental, como señala López de Abiada, ni se antojan mero virtuosismo o grandilocuencia en el decir. Bien al contrario, su empleo se ha depurado hasta conseguir una fluidez natural a partir de una cuidadosa selección y gradación del artificio. Aquí apenas puede hablarse de si la expresión se adecúa o no al contenido porque no es dable imaginar éste sin aquélla, ya que ambos se presentan indisolublemente unidos. No es que el lenguaje constituya un mero vehículo para codificar o dar una forma -una determinada, pero suceptible de cambiarse por otras sin alteraciones sustanciales- a un contenido mental o idea, sino que tal contenido carecería de existencia si se alterase ese uso lingüístico concreto; no habría mensaje alguno. Y no han de interpretarse estas palabras como una perogrullada dentro del terreno literario, esto es, como simple transcripción literal de la extendida teoría sobre la presunta inmutabilidad del texto artístico, aquella que postula que empleo de la lengua y mensaje forman una misma e indisoluble materia en esta particular forma comunicativa. Lo que sucede es que en múltiples ocasiones las imágenes, las metáforas y las comparaciones están tan enlazadas a las ideas que cualquier modificación desbarata el entramado comunicativo. Apreciación que, por otro lado, ya fue advertida por Rafael Marquina, un crítico de primera hora, momento en el cual estas particularidades de estilo tal vez pudieran valorarse con más justeza por las divergencias existentes con la narrativa contemporánea en la época:

"La imagen no es aquí cáscara envolvente. No, ¡cuidado!, es la propia almendra, blanca, sabrosa, a la que a veces hay que llegar mordiendo."<sup>472</sup>

Esto permite diferenciar con claridad lo que, a mi juicio, son logros mayores de Dfaz Fernández y lo que no pasa de mero juego léxico o expresión ocurrente pero prescindible, que también de éstas hay. Por ejemplo, en el capítulo "El blocao" dice:

" (...) ya era raro oír allí dentro el cohete de una risa", (pág. 13)

Expresión que no va más allá de la simple ocurrencia, del vocablo oportuno, si se quiere, pero adorno al fin, y como tal prescindible o modificable sin provocar con ello grave alteración del contenido. Sin embargo, en ese mismo capítulo, la joven marroquí que ha

perturbado el ánimo del narrador, es presentada de la siguiente manera en el episodio que da pie al intento de asalto al blocao español por parte de los enemigos:

"Salí al recinto. Aixa estaba allí, tras los alambres, sonriente, con su canasta en la mano (...)/ Le vi un gesto, entre desolado y humilde, que me enterneció. Y sentí como nunca un urgente deseo de mujer, una oscura y voluptuosa desazón. *La figura blanca de Aixa estaba como suspendida entre las últimas luces de la tarde y las primeras sombras de la noche* [el subrayado es mío]. Abrí la alambrada." (Pág. 26)

En este fragmento, el estilo discurre dentro de un registro del todo funcional hasta llegar a la imagen, la zona que he subrayado, pero el empleo de ese recurso no responde a feliz ocurrencia ni a ornamento supérfluo, sino que transmite la sensación que experimenta el narrador y que le empuja a franquear el paso a los enemigos sin reparar en lo que hace. Esa especie de embriaguez erótica de Carlos Arnedo se transmite mediante la imagen subrayada, que si se suprimiese o se reemplazase por otro procedimiento lingüístico no podría dar cuenta o se perdería la mayor parte de lo inmeditado que hay en ese sentimiento, de lo inconcreto que sugiere el recurso expresivo que le da forma.

De ahí que el mismo López de Abiada proclame la claridad y sencillez pero reconociendo que ello se logra "sin que su prosa narrativa sea excesivamente sobria"<sup>473</sup>. Desde luego que la sobriedad, al menos entendida como ausencia de fórmulas propias de la lengua literaria, no entra entre los presupuestos estilísticos de Díaz Fernández, lo que, por otro lado, habrían ido en contra de sus propios postulados teóricos sobre lo que había de ser la literatura:

"La auténtica vanguardia será aquella que dé una obra construida con todos los elementos modernos -síntesis, metáfora, antirretoricismo- y organice en producción artística el drama contemporáneo de la conciencia universal. No es la forma lo de menos: en eso estamos conformes con los neoclasicistas de la hora. El estilo literario debe ir de acuerdo con las formas vitales que constituyen la órbita social donde nos movemos. El progreso de la expresión artística constituye un valor positivo de nuestro tiempo (...) Pero, por debajo de todo eso, pasión, sinceridad, rebeldía y esfuerzo."<sup>474</sup>

También hay que estimar Notas marruecas de un soldado como obra escrita con una prosa cuidada, en cuyo perfil destacan la sencillez sintáctica y el lirismo que emana. Hay una preferencia por el periodo breve, por la simplicidad oracional, por el punto frente a la coma como más frecuente pauta organizadora del discurso, mediante el cual se van yuxtaponiendo elementos, se van acumulando impresiones para conformar un todo. Como si la realidad fuera captándose poco a poco, a ráfagas, precediendo el análisis a la síntesis. Véase, por ejemplo, cómo traza la semblanza de una pequeña población, de Río Martín:

"(...) Casas blancas, limpias, bien hechas, de estilo indígena, con azoteas, donde unas moras ven atardecer inmóviles y divinamente decorativas. Calles rectas, tiradas a cordel. Cantinas con soldados que beben y juegan. La iglesia, pequeñita, con su jardincillo. La escuela -rodeada también de árboles- encalada y elegante. Un puerto o aduana, con vagones sueltos, quietos en los raíles. El pitido de una maquinilla de vapor. Docks con cajas de azúcar, sacos de paja y patatas. Y una playa solitaria (...) De vez en cuando, de alguna casa, sale un canto andaluz. Y alguna muchacha morena, bonita, con un geranio en el pelo." ("Río Martín", pág. 63).

Técnica de perfecto acomodo para un libro como éste, de eminente carácter descriptivo, y que, además, permite ir dando cabida a todo tipo de estímulos sensoriales, pues el mundo al que da forma Giménez Caballero no es sólo producto de la visión, sino que en él participan la casi totalidad de los sentidos, razón por la cual alguna que otra vez desliza sonidos onomatopéyicos que acercan el ruido ambiente al lector. El siguiente fragmento, por ejemplo, ilustra este gusto por la representación polisensorial:

"¡Campanas del alba, misas de primeras luces! Por las calles en silencio, el cielo azul tenue, el aire frío y agudamente oloroso, marchará una beata enlutada, lentamente." ("Diana", pág. 14).

No se trata, por tanto, de un descriptivismo funcional o aséptico, sino permeable a las emociones y sentimientos del narrador, que, nacidos a instancia de los estímulos externos, terminan aportando una visión personal -que no desvirtuada- de paisajes, tipos y ambientes

marroqufes. Buena prueba de este subjetivismo nos la aporta un abundante empleo de las formas de diminutivo, que, las más de las veces, denotan ternura, y ya con menos frecuencia se utilizan como elemento de escarnio o ironía. Enfoque éste muy destacado en el texto y que también refuerza la propia conciencia del narrador en lo contado y, por supuesto, en lo descrito. De ahí que buena parte del texto rezume añoranza y melancolía, que no proviene tanto del mundo contemplado como del ánimo del contemplador:

"Noche polvorienta de verano, lleno el cielo negro, inmenso y transparente, de estrellas. Noche de verano aquí en la Plaza de España (...)/ Está sonando el organillo que en esta noche estival, fuerte, me atrae más que de costumbre. ¡Qué bien suena, qué admirable organillo el de esta noche! Sí, admirable organillo, cantor de esta tristeza polvorienta, con tus sonos turbios y ardientes (...) Con tus piezas se me abre un murmullo de evocaciones de allá de España. Pasodobles que huelen a toros (...) Chotis de merendero (...) Jotas bárbaras y ágiles (...)/ Tú, organillo, eres la melancolía de los crepúsculos madrileños paseando por las afueras, cuando van apareciendo las primeras estrellas (...)" ("Noche de organillo", pp. 123-124).

En este sentido sí que se perciben las resonancias modernistas de las que habla Miguel Angel Hernando<sup>475</sup>, pero de un modernismo espiritual, atento a recoger el sentimiento -cercano al de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez- y no preocupado por la apariencia lujosa y la altisonancia verborrérica que le dieron de los más superficiales epígonos de Rubén Darío. Esto no sólo se hace presente en lo sensorial, sino en ese cierto gusto por lo triste, por los espacios solitarios, por las sensaciones proclives a la melancolía, como las que proporcionan los cielos violáceos en esas horas del atardecer que, a juzgar por el elevado número de veces que las menciona<sup>476</sup>, tan queridas parecen ser para el autor. Aunque todo lo anterior constituya el perfil estilístico más destacado de las Notas marruecas, no se agotan ahí los rasgos que caracterizan su prosa, donde también se perciben ecos y formas de la tradición clásica, que en el plano sintáctico se dejan ver en un esporádico empleo de anástrofes y de los aún más abundantes paralelismos esparcidos por el texto. Incluso hay ocasión en que Giménez



Caballero remeda algunas pretéritas fórmulas de dicción usadas por poetas clásicos para establecer un paralelismo irónico entre las pasadas glorias guerreras españolas y las penurias presentes. Veáse, por ejemplo, el comienzo de los siguientes párrafos, coincidente en tiempo y modo verbal con el inicio de algunos versos quevedescos y gongorinos:

"Quédense para viejos tiempos y famosas luchas los grandes y embriagadores botines, la soldadesca irrumpiendo en las ciudades poseídas a sangre y fuego, violando vírgenes degollando inocentes y arrebatando tesoros en los palacios destruidos por las llamaradas.

'Quédese también para esos guerreros el talar las fértiles campiñas, donde el enemigo esperaba el pan y el fruto, arrasando cosechas y arrancando arboledas seculares.

'Los soldaditos españoles en Marruecos se conforman con unos cuantos higos que birlan al Mohamed durante la siesta (...)", ("Cogiendo higos", pág. 16).

Por último, hay que señalar que Notas marruecas de un soldado paga también su tributo a la modernidad propia de su época, y lo hace dando cabida en su léxico a un mediano número de extranjerismos, voces procedentes con preferencia del francés y del inglés, no siempre imprescindibles ni justificables, pero que, en cualquier caso, no malbaratan los restantes aciertos de una prosa que deja constancia de su notable elaboración y de una amplia expresividad.

Si cabe hablar de una voz personal y diferenciada de todas las demás dentro de estos relatos de nuevo hay que referirse a Ramón J. Sender en Imán, cuyas particularidades expresivas ni se habían visto antes ni hallan pareja continuidad posterior en texto alguno sobre la contienda. Queda fuera del interés de estas páginas realizar un minucioso estudio de las particularidades estilísticas de esta novela. En primer lugar por no detenerme mucho en una cuestión -aunque importante- puntual dentro de lo que pretende ser un panorama de conjunto acerca de toda una novelística. En segundo lugar por una razón de mucho más peso, y es que tanto la figura literaria de Sender en general como la obra Imán en particular han recibido una amplia atención por parte de la crítica, que en el caso del libro ha llegado a diseccionarlo en

todas sus facetas, incluyendo el uso de la lengua narrativa, aspecto sobre el que ya existen magníficos y muy detallados estudios a los que remitiré en mi somera descripción sobre este asunto.

Uno de los rasgos que, a mi entender, resultan más definidores de su estilo son los efectos visuales. El poder de la representación física, en este caso elaborada con palabras pero con toda su carga de sugerencia, a la cual Sender confía la transmisión de buena parte de su mensaje. Recurso del que ya dejó constancia Rafael Bosch:

"Finalmente, el elemento decisivo del carácter poético de la novela es el valor prevaleciente de la imagen sobre toda explicación. La imagen artística es el elemento básico expresivo y hasta las reflexiones sociales y metafísicas se nos presentan en forma de imágenes. Se trata más especialmente de imágenes cuya urdimbre esencial se nos presenta como un entretejimiento de las fuentes más diversas. Aquí figura ante todo la característica polivalencia de los sentidos de la poesía contemporánea, que crea impresiones de una fuerza arrebatadora en esta novela: 'La luz grita y empuja'. O por ejemplo: 'Truenos largos, opacos, llegan desde la lejanía indefinible'. 'Ladran perros en el corazón de la noche, sobre la llanura desolada'. Pero quizá lo más característico de la polivalencia en imágenes es el empleo de nociones materiales para hacernos ver las situaciones espirituales: 'La fiebre golpea en sus sienes y va volviendo a sentir dentro del cráneo un zumbido de hilos de telégrafo...'. 'Se oscurece el pensamiento y el ánimo; se ahoga uno en esa hendedura y el cerco de imposibles de allá fuera se ha solidificado en las vertientes grises escarpadas y duele ya como un vendaje de acero sobre el corazón".<sup>477</sup>

Utiliza Bosch el término "imagen", rígido en exceso por el ya establecido sentido que de manera habitual y tradicional se le ha venido dando dentro de la lengua poética, y luego matiza diferentes empleos para el recurso, lo cual puede dar origen a una controversia de la que me ocuparé en breve. Para notar esos modos de expresión estimo más adecuado hablar de efectos visuales, primero porque tal denominación queda a salvo de cualquier prejuicio o

malentendido que pudiera derivarse de su identificación con un recurso de lenguaje ya codificado, y en segundo lugar porque su mayor extensión semántica se adecúa con más precisión para describir los fenómenos de esta índole que presenta Imán, los cuales desbordan el concepto retórico de imagen.

A lo que se ve, esto ya fue detectado con certera intuición por Bosch en el mencionado artículo, pues en abundantes ocasiones se refiere a la importancia de la imagen, de las visiones y hasta de lo visual, además son múltiples los ejemplos de los que se va sirviendo para ilustrar esta cuestión, sin embargo, cuando llega al párrafo donde expone sus conclusiones, el reproducido más arriba, surge el problema, dado que sus apreciaciones quedan constreñidas, ya que apunta sólo dos usos diferenciados para este recurso, lo que parece insuficiente para explicarlo en toda su amplitud. Francisco Carrasquer, por su parte, aún declarando estar de acuerdo con la importancia que cobra la imagen dentro del estilo de la novela, sale al paso de las opiniones del anterior comentarista y refuta, por carente de sentido, el segundo empleo que aquél le atribuye al recurso, es decir, para este analista el tratamiento de la imagen en el texto responde a un único planteamiento poético<sup>478</sup>. Desde mi punto de vista, y sin ánimo de entrar en polémica alguna con tan admirados y reputados críticos, estimo que esta discrepancia está motivada por un malentendido. O bien Carrasquer no ha llegado a captar en su justo sentido las apreciaciones de Bosch, o bien éste no ha conseguido explicarse en la forma más oportuna o no ha utilizado los ejemplos más adecuados, que tal vez sea lo más probable, teniendo en cuenta que de entre sus atinadas intuiciones sobre los varios valores atribuibles a lo visual en la novela, según parece desprende de su artículo, sólo llega a formalizar dos en su síntesis final. En cualquier caso, sea cual sea el motivo que ha dado pie a esta controversia, creo que si Bosch peca más se debe a quedarse corto -al apuntar sólo dos usos- que a excederse y encontrar matices donde no los hay.

Sender trasciende el tradicional concepto de imagen en el empleo que da a los recursos visuales. Les confiere más amplios y variados valores hasta convertirlos en elementos

vertebradores de su prosa en el relato. Motivo por el que estos efectos visuales adquieren una multifuncionalidad en el texto, denominación que no ha de interpretarse como equivalente a la polivalencia mencionada por el citado comentarista, ya que él parece referirse a la transmisión de impresiones perceptibles por distintos sentidos corporales y no a los diferentes empleos de lo transmitido por la visión.

Dentro de estas diferentes aplicaciones de lo visual, puede distinguirse un primer uso, no establecido por criterios jerárquicos sino como mero orden expositivo, que sirve para ofrecer una representación icónica de los acontecimientos que el narrador está refiriendo. Tal puede verse en casos como: "Viance no pudo olvidar en mucho tiempo la silueta del cadáver, proyectada contra el muro de adobes por la llama incierta del candil", (pág. 45); "los postes telefónicos encaperuzados con el charol de los cuervos", (pág. 136); "Al cabo que se acerca le han florecido de pronto en el pecho cuatro condecoraciones rojas (...) Son cuatro tiros de ametralladora simétricamente colocados", (pág. 258). Se podrá argumentar que este empleo es algo común a todo relato, es decir, característica inherente al propio género narrativo. En efecto, así hay que entenderlo, pues todo relato pretende crear su particular universo material o físico. La diferencia radica en el procedimiento seguido para conferirle corporeidad a ese mundo imaginario. En múltiples ocasiones, algunas de las cuales ilustran los anteriores ejemplos, la transmisión del mensaje en Imán no se confía a explicaciones verbales que puedan sugerir representaciones más o menos precisas, pero casi siempre aleatorias dependiendo de cada lector, de los sucesos que está contando, como suele ser habitual en otros relatos, sino que se ofrece una visualización bien concreta, una representación física del todo acabada para que la imaginación del receptor no tenga que añadir nada a la ficticia recreación, tan sólo captarla tal y como ya se la ofrece el texto. Buena prueba de ello es que los hechos relatados en las tres citas textuales anteriores podrían parafrasearse suprimiendo el efecto visual mediante explicaciones verbales -en la primera, por ejemplo, podría decirse que Viance no pudo olvidar en mucho tiempo la impresión causada por la muerte, o por el cadáver de su madre; mientras que en la tercera, la paráfrasis resultaría aún más sencilla,

bastaría con decir que el cabo sangraba por el pecho debido a las heridas que le habían producido los impactos de las balas- y el contenido no resultaría afectado, vendría a transmitir poco más o menos el mismo, tan sólo cambiaría la expresión y, he aquí lo fundamental, la recepción por parte del lector. Dar fisicidad o representación plástica a lo referido resulta habitual en las descripciones, suele ser ya menos frecuente en la estricta narración de sucesos, pero aún resulta más insólito hacerlo con la intensidad y repetición con que se presenta en *Imán*, donde en abundantísimas ocasiones lo visual toma preferencia sobre la exposición verbal para transmitir los hechos. Tal uso, aunque responda a un mismo planteamiento de fondo, poco o apenas nada tiene que ver con el tradicional empleo de la imagen ni con el valor que dentro de la lengua literaria se viene atribuyendo al término, asociado por lo común a un dotar de representación a aquello que no suele tenerla<sup>479</sup>, por lo que tal modo expresivo no considero que en puridad pueda etiquetarse como imagen. Más bien se trata de una técnica narrativa, de un modo propio de contar, el cual al enfocarlo desde la perspectiva del lenguaje aparenta guardar cierta similitud con el conocido recurso poético, a pesar de sus diferencias genéticas. Mediante este procedimiento no sólo consigue fijar determinados aspectos de la fábula de forma muy concreta en la mente del lector, sino que también aproxima la percepción de éste a las impresiones y sensaciones que tal o cual experiencia deja en los personajes y narradores. De tal modo, en la primera cita, "la silueta del cadáver, proyectada contra el muro de adobes por la llama incierta del candil" reproduce el exacto recuerdo que Viance guarda del fallecimiento de su madre. En la tercera, por seguir desarrollando los dos mismos ejemplos de la vez anterior, "las cuatro condecoraciones rojas" que al cabo le han aparecido en el pecho transmiten la inmediata asociación mental que Antonio -el narrador en ese momento- realiza ante la impresión que deja en su retina el herido. Recurso de filiación realista, diríase incluso hiperrealista, bajo el que subyace una voluntad por transmitir lo contado con la máxima fidelidad posible. Fidelidad cuyo referente no se encuentra en la realidad extranovelesca -no se trata del desvirtuado concepto de realismo que habla de captar los hechos como si fueran recogidos por un espejo o por una cámara fotográfica situados al

borde del camino- sino en la propia ficción, en una adecuación lo más exacta posible entre las impresiones captadas por el personaje y la manera de transmitir las, la forma en que han de quedar grabadas en el lector. Algo que parece quedar cerca de lo comentado por Mary Vázquez:

"Images evoke phenomena only partially apprehended, set within chaos and unlinked to any sense-conferring scheme (...) Such images of subjectively-judged unreally abound. As Viance fleeing, walks towards Dar Dríus, a 'fast, unsteady, ghostlike' car approaches. Clouds lend a 'lunar lividness' to the light. Landscapes, too, are frequently described as having a lunar quality, and the lightning during the brief storm is 'spectral light'"<sup>480</sup>.

Las extremadas visiones que señala la comentarista no reflejan sino las percepciones de Viance: su modo de captar, interpretar y sentir el universo circundante.

Un segundo empleo de estos efectos visuales, emparentado con el anterior por su valor de representación material de sucesos narrados pero con ligeras diferencias en cuanto a la organización del discurso, es aquel que se utiliza para sintetizar mediante una imagen acontecimientos que ha ido contando con inmediata anterioridad. Sobre la capacidad de síntesis que el escritor aragonés muestra en la prosa de este relato no hace falta decir gran cosa, pues los ejemplos abundan en el texto y además ya ha sido señalada por amplios sectores de la crítica. Carrasquer lo considera, junto con la imagen, el otro elemento más representativo del estilo de *Imán*: "La primera frase de este comentario nos la hacemos completamente nuestra [se refiere a la antes reproducida opinión de Bosch sobre la importancia de la imagen], coincidiendo con el poder sintético del estilo descriptivo de Sender."<sup>481</sup> Este poder sintético, a mi entender, no se circunscribe sólo a los breves pasajes descriptivos, sino que de él participa la totalidad del habla narrativa, y uno de los modos en que se formaliza -aunque no el único- es la imagen, tal y como puede verse en el siguiente fragmento:

"Luego llegan los primeros camiones de un convoy de bajas. Como la tarde va de vencida y no les dará tiempo para llegar a la plaza, los autobuses harán noche aquí (...)/ Huele a gasa fenicada. Guerreras desgarradas y sangre en la nieve de los vendajes. Aquél blasfema al ladear la camilla, y éste, que lleva un 'tiro de suerte', ríe al pasar y guiña un ojo desde la camilla: 'A la plaza y dos meses de permiso en España'. En la baca del autobús se apilan los cadáveres, mal cubiertos con una lona impermeable. Oficiales, casi niños, y soldados. *Sangre roja en menudos arroyuelos, ventanillas abajo* [con el subrayado indico donde se aprecia el recurso al que me estoy refiriendo]." (Pág. 11)

Tras haber ido refiriendo el episodio de la llegada de los heridos y muertos en combate, lo concluye en la última oración con una materialización visual que en sí misma encierra toda la tragedia de lo sucedido. Además, como en el uso anterior, con ella reproduce la percepción del personaje narrador, y a la vez se convierte en la impresión que del hecho debe retener el lector. Para darse cuenta del efecto buscado basta fijarse en que para conseguirlo no duda en utilizar un epíteto redundante con su sustantivo, "roja", en una narración poco proclive a la adjetivación de ningún tipo.

Otras veces esta síntesis de un episodio se produce por un procedimiento similar, pero dando prioridad a lo perceptible por un sentido corporal distinto a la vista, puede ser, por ejemplo, el oído, como en: "Lejos suena un cornetín de epopeya con dejo triste, con cierta melancolía de granadinas", (pág. 128). Palabras con las que concluye la acción bélica en torno a la defensa española de Annual y las posiciones colindantes, una vez que el propio asentamiento de Annual, el que servía de referencia a los demás, ya ha caído en poder de los rifeños y comienza la generalizada desbandada de las tropas. Como en el caso en que la síntesis se producía por un recurso visual, también aquí se apreciaba un refuerzo léxico, procedente de la antítesis entre "epopeya", por un lado, y "dejo triste" y "melancolía", por el contrario.

El tercer uso de los recursos visuales resulta ya mucho más próximo al tradicional concepto de imagen tal y como se entiende en la lengua poética. Se utiliza para dotar de representación física a sensaciones que carecen de ella. Dentro de este empleo pueden distinguirse a su vez dos modalidades diferentes. Una primera, más común en la prosa narrativa en general y por tanto con menos peso dentro del particular estilo de *Imán*, en la que da materialización visual a una impresión percibida por el personaje narrador pero externa a él, es decir, que queda en el entorno ambiental: "El aire se desgarrar en violentos jirones", (pág. 118); "el aire se quiebra en descargas como si fuera de vidrio", (pág. 260). Ambos ejemplos guardan una absoluta similitud dado que los dos reproducen el efecto de los disparos durante el fragor del combate. Si he reproducido ambas citas, ello no se debe a que el efecto visual sea distinto en uno que en otro caso, sino a que en rigor retórico la imagen sólo se produce en el primer fragmento, ya que el segundo no pasaría de comparación. Tal distinción, en cualquier caso, resulta de escasa entidad, pues lo de verdad importante consiste en notar como Sender echa mano de nuevo a sus muy queridos recursos visuales para un uso diferente a los vistos antes, aunque comparta con aquéllos una misma voluntad de fidedigna transmisión de impresiones y sensaciones.

De mayor peso parece la segunda variante de este mismo empleo, tanto porque es una de las constantes definidoras del particular estilo de la novela como porque en su expresión utiliza fórmulas verbales muy originales, del todo apartadas de las bastante convencionales que han podido verse en los inmediatos ejemplos anteriores. En esencia difiere poco del otro empleo, ya que también trata de dar plasticidad a algo que carece de entidad física, sin embargo, en este caso alude a sensaciones internas del personaje narrador, esto es, transcribe sus propias emociones. Un uso que se aproxima con casi total exactitud a lo que Bosch denomina en su cita "el empleo de nociones materiales para hacernos ver las situaciones espirituales"<sup>482</sup>, aquello que en parte le rectificaba Carrasquer<sup>483</sup>.

Ya comentaba antes que a mi manera de ver el problema radicaba en los términos explicativos o en los poco adecuados ejemplos que para ilustrarlo utilizaba el primer crítico.



En efecto, hablar de "situaciones espirituales" resulta un tanto vago, como le refuta Carrasquer, y, además, inexacto, dado que lo habitual es que se refiera a sensaciones físicas o como mucho psicosomáticas. Por otro lado, la primera cita de la que se sirve es del todo inadecuada - la fiebre o sus efectos no tiene relación alguna con el espíritu- y la segunda da cuenta de la opresión que experimenta ante un paisaje de sofocante estrechez que lo rodea, sensación que con rigor tampoco puede atribuirse a lo espiritual. Claro que tan inadecuado es relacionarlo con el espíritu como llegar a colegir de ahí que experimenta dolor en el corazón, cual si estuviera padeciendo algún tipo de transitoria afección cardíaca, como -acaso influenciado por lo que el personaje ha declarado sentir dos líneas antes: "se ahoga"- parece que quiere Carrasquer, cuando asevera: "Ese 'cerco de *imposibles* [este y el siguiente subrayado son de este crítico] de allá fuera' le oprime el ánimo y lo natural de la opresión es el dolor; luego le duele el corazón como si ese cerco 'solidificado en las vertientes grises escarpadas' se lo apretara igual que 'un *vendaje de acero*'"<sup>484</sup>. Expresión que no creo posible interpretar como falta de aire en los pulmones sino como dificultad para ordenar el pensamiento, que además son las palabras inmediatas en el texto, y que por tanto tan sólo traduce a una imagen de fuerte impacto la sensación anímica del personaje, como *mutatis mutandis* reconoce el propio Carrasquer, pero insisto en que de ella no se desprende ningún dolor de corazón ni de cualquier otro órgano corporal. Recurso idéntico al que utiliza en otras varias ocasiones: "La soledad del barranco es más profunda que toda soledad; huele; densifica el aire, le va ligando el corazón con bramantes, como una pelota", (pág. 126); "de vez en cuando parten del occipucio dos ráfagas luminosas y, cada una por un lado, dan la vuelta a los sesos, bajo el cráneo, para ir a reunirse en la frente sobre el arranque de la nariz", (pág. 125); "sobre el cuello le pesa un pie descarnado y una voz resuena contra la bóveda del cráneo: morir, morir, pasar a esa fría inercia de los muertos", (pág. 145). En todos estos casos tan vivas imágenes son recurso para trasladar al lector los sentimientos de Vianca: la soledad, en el primero, ilustrada mediante una serie de impresiones sensoriales, entre las cuales la visual adopta una fórmula casi idéntica a la utilizada para la opresión; la

desorientación, el no saber qué hacer, en el segundo; y el miedo del entorno que, unido a la lluvia que acaba de comenzar, lo aplasta contra la tierra donde se encuentra tumbado, en el tercer y último caso.

Bien puede decirse que lo sensorial en general y lo visual en particular, a tenor de su presencia en el texto, no es sólo importante recurso poético en Imán, sino que constituye la auténtica cimentación expresiva del relato.

Antes de concluir conviene reparar, aunque sea de pasada, en uno de los que pueden considerarse aspectos más llamativos del léxico: el desgarró de la locución, ese "realismo de lo horripilante", como lo ha denominado Marcelino Peñuelas<sup>485</sup>. Particularidad del habla narrativa que se orienta hacia la notación de acontecimientos en términos muy crudos y brutales, ligados, por cierto, múltiples veces a lo visual, bien a través de una imagen en sentido canónico o bien de un efecto no codificado de los que antes he señalado. No pocos comentaristas han querido ver, y estimo que sin faltarles razón, en tales usos lingüísticos un antecedente del denominado tremendismo, vocablo que comenzó a difundirse bastante años después, a raíz de la publicación de La familia de Pascual Duarte en 1942. Este término, de tan feliz trayectoria en el panorama novelístico español de posguerra, fue al parecer ocurrencia del crítico Rafael Vázquez Zamora y, aunque aplicado en origen a la novela de Cela, devino casi en etiqueta caracterizadora de cierto tipo de novelas que referían aspectos sórdidos de la conducta humana mediante fórmulas expresivas destempladas, broncas y contrarias a lo que de forma convencional se entiende por buen gusto. Palabra cuyo sentido exacto no ha llegado a quedar fijado, pues donde unos quisieron ver innovación del narrador gallego, otros sólo encontraron un habitual recurso de la ya trasnochada corriente naturalista, e incluso unos terceros retrasaron su origen hasta la picaresca. Y lo que a unos pareció notación realista, para otros era existencialista y hasta surrealista. En cualquier caso, tales divergencias quedan fuera de los intereses perseguidos en estas páginas, por lo que, una vez señalada la cuestión, convendrá dejar a un lado tan trágico vocablo y retornar al estilo de Sender.

Si en su totalidad Imán refiere un mundo terrible y cruel, en la parte que dedica a la larga huida en solitario de Vianca por el territorio que ha quedado en manos de los rifeños tras la derrota militar española alcanza dimensión de espantosa pesadilla, y es aquí sobre todo donde el relato da cabida a un buen número de truculencias expresivas en las que intenta hallar cauce adecuado para trasladar al lector todo el horror que circunda y atenaza al personaje. De hecho, este lenguaje denotativo de lo que son casi alucinaciones aparece entremezclado con la notación más realista. Otras veces ni siquiera cabe hablar de alucinación, sino de los perfiles que conforman la propia realidad ambiental, que así de terrorífica se muestra. Algunos ejemplos lo expresan con elocuencia:

"Los caballos están rabiosos, muerden y cocean, pero las sombras también muerden y te cogen bocaos en el cuello, en la tripa." (Pág. 144).

"(...) las siluetas rígidas de los jinetes, agrupados en un galope uniforme./ Mas descargas. Caen algunos; sus huecos se vuelven a ocupar y el galope arrastra a los heridos y los remata bajo la polvareda [se refiere en todo este fragmento a los escuadrones de Alcantara, que durante gran parte de la retirada española estuvieron dando cargas contra los rifeños]. Rostros secos, macilentos, con sombras duras de calavera bajo la greña (...) Las leyes biológicas fracasan contra estos iluminados, que al dormir el sueño mortal prolongan su vida en terrible pesadilla. Las sombras aúllan, gritan. Un estrépito infernal, sin apenas sonar un tiro, tiende sobre la noche su red de ruidos agudos, afilados. Las sombras trituran entre sus colmillos esqueletos vestidos de caqui, del azul de las chilabas y, de vez en cuando, al morder las cartucheras, estalla, con ruido soterrado, algún cartucho." (Pág. 146).

"Por primera vez siente la repugnancia de la muerte en el ovillo de intestinos que asoma entre las patas traseras, en los ojos del animal vaciados por los cuervos, y en los hocicos comidos por los chacales." (Pág. 155).

"De la avanzadilla surge un cohete. Esta falsa luna, casi cegadora, hace callar a los chacales, cubre con un sudario el paisaje muerto." (Pág. 35).

"Padre se echó a gritar: '¿Dios? ¿Pero esto lo hace Dios? ¡Dónde está, señor cura, dónde está Dios, que le voy a morder los sesos!'" (Pág. 45)

En las dos primeras citas la expresión truculenta da cuenta del estado de casi alucinación que provoca en Vianca la realidad que le rodea, la excitación de los aterrorizados caballos y la extenuación que ha provocado en los soldados de caballería la obligación de dar una carga tras otra. No es otra cosa que la crueldad de aquel desastre filtrada a través de la conciencia del personaje o, por decirlo con palabras de Francisco Carrasquer, "una realidad subjetiva nutriéndose de la realidad objetiva."<sup>486</sup> Mientras que en los dos casos siguientes, la crudeza del léxico se hace mera notación de una pareja crudeza en las situaciones narradas, el estado en que ha quedado un caballo y la idea de muerte que se halla implícita en los artefactos bélicos, cuya utilización ahuyenta hasta a los animales. El último fragmento, tal vez el más cercano por la expresión y por el sentimiento que alberga al posterior tremendismo, es manifestación de la rabia e impotencia de un personaje que responde con un exabrupto a lo incontestable. Sin duda, podrían ponerse otros cuantos ejemplos pero poco más añadirían, pues bajo todas esas fórmulas locutivas no late sino una voluntad por reflejar con la máxima fidelidad posible la crudeza de las situaciones narradas. No cabe, por tanto, hablar de deliberada estética del feísmo ni de nada que se le parezca, sino de un efecto que nada tiene de gratuito y que ha de inscribirse en la misma línea de notación realista que los recursos visuales antes comentados.

Sí cabe añadir que todos estos procedimientos expresivos que se han ido repasando, y algunos otros en los que no me he detenido por muy sabidos o por haber sido ya reseñados con generosa amplitud por anteriores comentaristas, confieren a Imán un sentido poético nuevo y distinto a lo que viene siendo habitual, tanto dentro de la narrativa sobre la guerra de Marruecos como en el marco de la narrativa en general. Cuestión que ya fue apreciada por Rafael Bosch, en el artículo del que me he hecho eco en estas últimas páginas, y que puede

considerarse el lirismo de lo patético y de lo trágico, un hallar la poesía en lo que no suele tener nada de poético.

**JUAN JOSÉ LÓPEZ BARRANCO**

**LA GUERRA DE MARRUECOS  
EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA (1859 - 1927)**

Tesis doctoral dirigida por el  
**Dr. Santos Sanz Villanueva**

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**Facultad de Filología**  
Departamento de Filología Hispánica II  
Curso 1998 - 1999

**LA GUERRA DE MARRUECOS EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA**  
**(1859-1927)**

**II**

**III. DEL PROTECTORADO A LA PACIFICACIÓN**  
**(continuación)**

#### **1.4. Descripciones de ambiente militar.**

Si las narraciones del capítulo anterior centraban su atención en la figura del soldado raso, o del individuo de tropa en general, es decir, de aquel que toma parte en la guerra por estricta obligación y no como elección personal, las encuadradas bajo el presente epígrafe se ocupan del militar profesional, del oficial o jefe del ejército español. Unas veces, su figura se enfocará de manera individual, pero no para reflejar las peculiaridades de un carácter aislado e inconexo del grupo sino como paradigma de una forma de ser miembro de la institución. Otras veces la atención se centra en el colectivo, en lo que podrían denominarse las relaciones sociales y profesionales dentro del gremio, en su comportamiento, en su manera de pensar y de vivir. En alguna ocasión la guerra constituirá el eje de esta conducta, sin embargo, las más de las veces el conflicto bélico sólo es el detonante de la peripecia o el fondo sobre el que se mueven los personajes. Por ello, salvo excepción poco frecuente, no se trata de relatos de combate ni de enaltecimiento épico, bien al contrario, la mayoría están mucho más próximos a un, por así decir, costumbrismo castrense en escenario marroquí o a un retrato moral de los personajes, sin que tampoco falte la novela que permite observar el descanso del guerrero, los periodos de permiso en la Península.

Estos relatos, a diferencia de todo lo visto hasta ahora, fueron apareciendo a lo largo de un dilatado lapso de tiempo. Con la única salvedad de un par de novelas breves, los restantes textos no hay que considerarlos fruto directo de la coyuntura bélica, ni siquiera se escribieron en los años inmediatamente posteriores a la finalización de la guerra, cuando los acontecimientos referidos aún estaban frescos en la memoria colectiva. Las obras de más peso, tanto por extensión como por pretensiones literarias, fueron publicadas varias décadas después de la rendición de Abd-el-Krim, cuando todo aquel berenjenal de Marruecos ya no era sino patrimonio de la historia, por lo que, por vez primera en las páginas dedicadas a esta campaña, cabe hablar de un tipo de novela escrita con cierta voluntad reconstructiva del pasado.



En la etapa contemporánea al conflicto aparecieron dos novelas breves ilustrativas de esos comportamientos que, aunque ceñidos en la narración a un personaje individual, quieren ser representativos de un amplio sector del colectivo militar. Ambas llegaron a los lectores en el mismo año y además en una misma colección de las por aquellos días dedicadas a este tipo de relatos de reducidas dimensiones. Tampoco de ninguno de los dos autores queda hoy ni el más mínimo recuerdo. Tanto Rodolfo VIÑAS como Rafael LÓPEZ RIENDA, al que ya aludí en capítulos precedentes por ser autor de otras obras de ficción de igual género, carecen de toda mención en los libros que historian la literatura de aquel periodo, ni siquiera aparecen citados en La promoción de "El cuento semanal", donde Federico Carlos Sainz de Robles recoge los nombres de la mayoría de quienes escribieron no sólo para esa colección sino también para otras de semejante corte, cual fue el caso de Los Contemporáneos, donde aparecieron las dos novelas breves objeto de atención en estas páginas.

Viñas es el autor de La mujer del héroe<sup>487</sup>, relato que por su directo reflejo de la guerra puede considerarse una narración de combate, apartándose así un tanto de lo que deviene común en los demás. El planteamiento novelesco no deja duda de su decidida vocación de literatura popular, entendiendo esta calificación en su sentido más denostado, esto es, como sinónimo de escasa exigencia artística y seguidismo de unos patrones argumentales orientados hacia el efectismo y lo folletinesco. En definitiva, claro modelo de lo que luego se vendría denominando literatura de quiosco. Su asunto no difiere gran cosa de algunos de los ya vistos en las menos acertadas novelas sobre la Legión. El teniente Pepe Ruiz advierte al poco de casarse que Eva, su mujer, lo rechaza. Acude a su padre y éste le desvela el secreto de cómo su matrimonio fue fruto de un pacto entre él mismo y don Ramón, el padre de Eva. Tiempo atrás, ella había caído en las garras de un aventurero de más que dudosa moralidad, al que don Ramón, hombre de privilegiada situación económica, aparta del lado de su hija entregándole una cantidad de dinero. Sin embargo, ante la renovada insistencia de aquél en continuar manteniendo relaciones con Eva, no encuentra otra salida que casar a su hija. Para ello se dirige a su secretario y amigo, el padre de Pepe, que, tras una inicial renuencia,

movido por la misericordia y pensando en la convivencia que ambos jóvenes habían compartido durante la infancia, acepta. Tras un tiempo de matrimonio, Pepe, convencido de que Eva no siente amor por él, decide respetar las apariencias pero a la vez apartarse de su lado. En esos momentos, oportunamente, la situación militar ha empeorado en Marruecos, aún sin explicitarlo se deja entrever que se ha producido la derrota de Annual, y hacia allá parte el teniente, decidido a jugarse la vida con gallardía e incluso a morir para así olvidar su tragedia personal. A partir de aquí comienza la peripecia bélica del personaje para lo cual el relato se aparta de cualquier similitud con la realidad de lo sucedido y encamina sus pasos hacia una reelaboración fabulada de los acontecimientos. En lugar de abandonar a su suerte a las tropas que han quedado en el territorio ocupado por los rifeños levantados en armas, se organiza un convoy de ayuda porque, como expresa un compañero del protagonista, "se ha acordado la revancha" y además se desea "libertar a nuestros hermanos sitiados y hambrientos"<sup>488</sup>. Una vez organizada, la columna de socorro parte de la ciudad y peleando comienza a adentrarse en la zona ocupada por los marroquíes, donde va recogiendo a los supervivientes de las posiciones cercadas. Se decide conservar una línea defensiva, por una tan hábil -como verosímil- decisión estratégica: defender el "honor de España" (pág. 17), mientras el resto de los soldados rescatados vuelven a la ciudad. La posición que guarda esta línea defensiva pronto ve comprometida su situación y, ante la imposibilidad de seguir defendiéndose, reciben la orden de capitular. Cuando las vencidas tropas van saliendo de la guarnición, los rifeños abren fuego sobre la columna que la abandona y comienza lo que podría haber terminado en una carnicería si no lo hubiese impedido el arrojo del teniente Ruíz, que con un puñado de valientes se enfrenta al enemigo hasta que la muerte de todos impide seguir defendiendo el campamento español, momento en el que los que habían emprendido la retirada ya se encuentran a salvo. El cierre de la fábula lo pone la presencia de una arrepentida Eva, que acompañada por un general acude, una vez pacificado el territorio, a visitar la tumba levantada en el lugar donde cayó su despechado marido, el héroe de la gesta.

Las ideas que subyacen en tan ejemplar relato no precisan mucho comentario, su argumento resulta suficientemente explícito a la hora de poner de relieve el heroísmo sacrificado y generoso del oficial militar. Esto, que en buena medida no pasa de ser casi un tópico dentro de las tradicionales historias propias de la literatura con minúscula de cualquier época, y que entre las narraciones tratadas en estas páginas resulta reiterativo, pues, con ligeras modificaciones, ya ha podido verse en algunos textos sobre la Legión o en El sacrificio de Emilio Carrere, sugiere, no obstante, una pequeña reflexión, y es ver cómo este tipo de relatos encontraron oportuna fuente de inspiración en la manipulación tergiversadora de acontecimientos reales, es decir, cómo una guerra absurda y desastrosa para España mudaba gracias al papel impreso en gran hazaña militar, en ocasión propicia para reverdecir los laureles patrios y para restituir el heroísmo a sus habituales depositarios, que por aquellos días tal vez no estuviesen pasando por momentos de máxima estima y aprecio. Por consiguiente, no ha de extrañar que este tipo de novelas pudiesen publicarse durante la dictadura primorriverista y aun en pleno periodo de actividad bélica sin ningún tipo de obstáculo administrativo, a pesar de que sus textos no alcanzasen las doscientas páginas preceptivas para quedar excluidos del rigor censorio, mientras que para aquellos otros relatos menos contemporizadores con la guerra y la institución militar todo fueran impedimentos, cual sucedió con El blocao -me refiero al galardonado cuento y no a la ulterior novela- de Díaz Fernández en la muy posterior fecha de 1928.

No muy distinta, en cuanto a su pretendido valor general y paradigmático a través de una conducta individual, hay que considerar Tánger, pequeño Montecarlo<sup>489</sup>, de López Rienda. Sin embargo, en esta ocasión tal conducta no resulta tan edificante ni plausible para los miembros de la institución militar como la anterior. Refiere el desdichado acontecer de Pepe Reyes, un alférez de dieciocho años que recién salido de la academia solicita Marruecos como primer destino. Al poco de incorporarse, sus superiores le encargan una misión rutinaria, realizada cada mes por un oficial distinto, y que consiste en desplazarse hasta Tánger para cambiar veinticinco mil pesetas en moneda pequeña con el fin de pagar las soldadas. El

ambiente cosmopolita de la ciudad internacional deslumbra al joven alférez, que pronto se ve envuelto en las arteras maniobras de una cazadora profesional de ingenuos militares conocida como *La Peque*. Pepe, embelesado por esta mujer, accede a costearle todos sus caprichos y sucumbe a sus incitaciones para que pruebe suerte en los casinos. En poco tiempo pierde no sólo su propio dinero sino también la cantidad que le habían consignado en su unidad. Tan pronto como ha dilapidado todo, *La Peque* se aleja de su lado y el alférez, dándose cuenta del lío en que se ha metido, cae en el más profundo desaliento. Como único medio de salvar tan comprometida situación, envía un telegrama a su madre solicitándole las veinticinco mil pesetas. Pepe se queda en la ciudad esperando el dinero, pero sus superiores ante la excesiva tardanza se ponen en contacto con el Consulado, desde donde se traslada al oficial la orden de inmediato regreso. Tras esperar el giro hasta el último momento, cuando ve que se ha agotado el plazo y no lo ha recibido, acaba con su vida pegándose un tiro. Media hora después llega la cantidad que necesitaba enviada por su madre, que se había visto obligada a pedírsela prestada a unos amigos.

Al comentar este relato, dice Lawrence Miller que es "quizas la única novela corta que posee algo de verosimilitud"<sup>490</sup>. No le falta razón al crítico, si tan sólo se refiere al motivo que López Rienda toma como primera célula argumental, dado que en esta narración se ficcionaliza algo que llegó a ser conducta más que esporádica entre algunos miembros desaprensivos o descarriados de la institución militar que, tras jugarse o dilapidar por otros medios el dinero de la caja de su unidad, a veces lavaban luego su honor disparándose un tiro. Cuestión que ha de inscribirse por un lado en el ambiente de disipación con que se vivía en algunos lugares del Protectorado -aunque en la novela se ejemplifique con Tánger, que quedaba fuera de la jurisdicción española, para dar credibilidad a la presencia de casinos formalmente establecidos- y por otro, en la frecuente corrupción económica que existía en no pocos sectores de aquel ejército, de la que en diferentes modalidades ya han dado amplia cuenta otros relatos del capítulo anterior. Irregularidades que, a pesar de que en la novela aparezcan disfrazadas y de que su responsable sea más víctima de bisonñez que avisado

golfante, López Rienda debía de conocer bien, por cuanto ya se había ocupado de ellas, en concreto de la que llegó a alcanzar más fama, en El escándalo del millón de Larache, libro de análisis periodístico anterior a éste, en el que se da cuenta del continuado desfalco a las arcas públicas que durante largo tiempo llevaron a cabo un grupo de oficiales y jefes en el Parque de Intendencia de aquella Comandancia.

Muchos años después de terminada la campaña de Marruecos aparecen otras cuantas novelas, en este caso de dimensión estándar, que por distintos procedimientos recuperan acontecimientos de aquella guerra y de aquella época, pero sobre todo recrean el ambiente cotidiano de los militares que en ella tomaron parte. Entre la publicación de cada una de ellas media un más que mediano paréntesis temporal. La primera, Once oficiales en torno a una mesa, obra de Vicente MARTORELL<sup>491</sup>, es de 1965. Relato que se sustenta en una ideación primera de cierta originalidad, pues su argumento se articula en torno a la mesa de comer, en la que una república<sup>492</sup> de oficiales presididos por su coronel celebran los habituales almuerzos y cenas. Son miembros del cuartel general de una posición situada en la zona occidental del Protectorado, Ifarán, durante los años 1923 y 1924. Cada capítulo, excepto el último, reproduce uno de estos momentos en que los militares no sólo comparten plato y mantel sino que a la vez estrechan la convivencia y confraternizan entre sí. Es la hora de las confidencias, de los recuerdos, de las opiniones y de las bromas; pero también desde esta mesa se sigue el día a día de la guerra en la posición o en sus alrededores, ya sea a través de las conversaciones, mediante la presencia o ausencia de algunos de ellos, o por incidencias que perturban las reuniones. En pocas ocasiones la narración abandona este lugar, y en él van surgiendo los más variados asuntos, desde los más próximos al profesionalismo castrense o a su manera de enjuiciar las peculiaridades del mundo marroquí en el que están envueltos, hasta la concepción de la familia o el amor, incluso algunas elucubraciones sobre la vida futura encuentran hueco en unas charlas presididas por un tono de relajación y buen humor. Tono que sólo se rompe en la parte final, cuando el conflicto bélico parece haberse recrudecido y el joven teniente Conangell, el más caracterizado de los comensales, resulta

mortalmente herido en combate y espera el desenlace fatal en una cama de hospital, lugar desde el que se cierra el relato con una tonalidad ya del todo diferente, encauzada ahora hacia un sentimentalismo dramático.

No obstante la originalidad del planteamiento argumental, a mi juicio, no se aprovechan sus posibilidades, resultando el producto final desvaído y bastante malogrado. Sus principales carencias residen en una escasa profundización en los personajes, que apenas evolucionan ante el lector, casi quedan configurados de forma definitiva en su primera aparición. De igual forma, tampoco se extrae el jugo que hubiera podido dar su pertenencia a distintas generaciones cronológicas o su variada graduación y cometido para establecer entre ellos una neta diferenciación capaz de introducir tensión dramática en sus relaciones. Bien al contrario, todos se muestran muy semejantes entre sí, tanto en lo que puede considerarse en sentido amplio su ideología -cuestión que puede ser atribuible al autor, bien por desmaña narrativa o por reflejo de su propio credo, pero que también podría deberse a las obvias restricciones socio políticas de la España de mil novecientos sesenta y cinco- como en sus pautas de conducta e incluso en su habla, quedando relegadas las divergencias a meras minucias y bagatelas. Por otro lado, su arquitectura novelesca tampoco contribuye a crear intensidad. Resulta en su conjunto poco sólida, se echa en falta algún elemento que sirva de eje o asunto rector de la fábula, que tal y como se presenta roza el anecdotario de breves historias inconexas.

A comienzos de la década siguiente, en 1972, aparece Todo por la patria del desconocido, por lo menos en el panorama de las letras españolas, Fernando COBO<sup>493</sup>. La novela, publicada en Méjico, toma un pretexto de ficción, el devenir de una saga familiar ligada desde siempre al mundo militar, para llevar a cabo un ajuste de cuentas moral con la reciente historia de España y quienes la han escrito o, por expresarlo en mayor sintonía con el pensamiento de Cobo, la han emborronado y echado a perder: la alta burguesía en estrecha alianza y de consuno con la milicia. A través de la figura de Víctor, un oficial del ejército y eje de la fábula, junto a las de sus inmediatos ancestros, padre y abuelo, también militares,

va repasando el tiempo que media entre el desastre colonial del 98 y los finales de la década de los sesenta. Un período marcado por la ignominia para una mayoría de los españoles, víctimas de la codicia y amoralidad de quienes han detentado el poder y de quienes les han servido de apoyo para mantener estos privilegios. Ninguna de las etapas políticas que cubren ese periodo, con la sola excepción de los años liberales de la II República, queda a salvo de las inyectivas del autor. El inicio cronológico del relato nos muestra los orígenes modernos de esta antigua estirpe, encarnados en la persona del abuelo de Víctor, un coronel de aristocrático linaje venido a menos, quien tras combatir en Cuba ha entrado en negocios con don Marcos, un industrial de nuevo cuño, salido de la nada y carente de escrúpulos, cuyo dinero es producto de la explotación de quienes trabajan en sus fábricas y de las trapisondas y negocios que arrimándose a los poderosos ha ido emprendiendo. Si a éste lo ha envilecido moralmente la codicia, la degradación del militar, no sólo moral sino también económica, le ha venido por el camino de sus múltiples vicios. Ambos se complementan, a la vez que perfilan lo que de ahí en adelante constituirá estampa a escala reducida del poder en la España reciente. Pacto que queda sellado con la boda de la hija de don Marcos con el hijo del coronel. Santiago, el padre de Víctor, continúa la tradición familiar en todos los sentidos: militar ligado a la burguesía, al servicio de los nada plausibles intereses de su suegro; juerguista, chulesco y más amante de los placeres de prostíbulo que de la vida hogareña. Tras combatir en el Protectorado durante la campaña del Kert y servir de soporte logístico en la creación y desarrollo del denominado sindicalismo libre catalán, el descarado pistolero patronal, decide volver a Marruecos para reencontrarse con su verdadera profesión y escapar a una presión familiar que lo agobia. Allí le sorprende el desastre de Annual y muere en Monte Arruit sin haber logrado ascender más allá de comandante. Poco después de la catástrofe de Melilla, su hijo Víctor, joven teniente, es destinado también a Marruecos, donde, con mejor fortuna que su padre, combate primero en infantería y luego en aviación hasta el fin de las hostilidades. Casado con una mujer a la que no quiere, se convierte en digno continuador de las costumbres familiares en lo que a juergas, amantes y despegos

hogareño se refiere. Falangista de primera hora, participa junto a los sublevados en la guerra civil. Terminada la contienda, un afán de promoción profesional unido a su natural despegue familiar, le impulsa a enrolarse en la División Azul. El regreso de las heladas estepas rusas pone fin a su actividad bélica; ya ha defendido los privilegios de los poderosos en cuantas ocasiones se le han brindado. A partir de entonces se incorpora a tareas burocráticas dentro del ejército, asciende hasta alcanzar el ansiado generalato y comienza a dar los primeros pasos en pos del medro económico. El fajín rojo le abre las puertas a nuevas amistades y a negocios inmobiliarios que allegan dinero rápido a su título nobiliario y a su reputada carrera profesional. Tan flamante trayectoria culmina cuando Francisco Franco lo nombra ministro del Aire. Víctor ve así cumplidos sus ansiados anhelos de ascenso social, aquello que no llegaron a alcanzar sus antecesores y por lo que ha luchado cada uno de sus días. Su aparente triunfo esconde, sin embargo, el más radical de los fracasos humanos: una familia deshecha; una envilecida existencia sustentada en la renuncia, la traición y la mentira; y un desmoronamiento de las ideas que para procurarse medro personal ha defendido durante buena parte de su vida. Ni siquiera ha conseguido que esa semilla germine en su descendencia. Su primogénito, militar de carrera y el único en quien podían perpetuarse tales valores, fallece en un accidente de aviación. Su hija, tras unos años de alocada bohemia, termina recluida en un sanatorio psiquiátrico. Mientras que en Antonio, el menor de sus retoños, la rebeldía contra las ideas y la figura paterna ha derivado en actividades políticas de oposición contra la dictadura franquista, lo que, además de la deshonor familiar, le supone un procesamiento y la consiguiente condena a largos años de reclusión. La presencia de este personaje ilustra toda la quiebra e inconsistencia de aquello que Víctor y sus ancestros han ido levantado; en él antes que las ideas de su progenitor han fructificado las del único amigo que su padre ha creído tener, Pierre, un corresponsal de prensa francés a quien Víctor conoció durante la guerra civil y que desde entonces ha mantenido secretos vínculos de cooperación con el partido comunista. Pero Antonio sirve también a Fernando Cobo para, de acuerdo con sus propios presupuestos ideológicos, concluir el relato con un final esperanzador: el mundo



representado por el protagonista se cierra con él, ahí termina la poco edificante tradición de su estirpe porque a la generación siguiente le repugna el legado de sus mayores.

Una fábula, en suma, con elevado contenido moral, casi de tesis, en la que el proceso de degradación humana y personal de Víctor y sus predecesores refleja, en una proyección más amplia pero paralela, otro proceso de degradación, pero en este caso social. Un devenir colectivo sustentado en el atrincheramiento y defensa a ultranza de los privilegios de los poderosos, apoyados para tales fines en un ejército instrumentalizado a su favor merced al afán de medro de su oficialidad. La farsa neocolonial de Marruecos no fue sino pretexto para que unos cuantos desalmados perpetraran pingües negocios, enriqueciéndose lo mismo con la extracción de minerales que con el tráfico de armas hacia los rifeños. Extremo, este último, sin fehaciente refrendo histórico, al menos no he encontrado ninguna información que así lo atestigüe, pero que constituye una de las más duras acusaciones contenidas en la novela. Una burguesía montaraz que tampoco descuidó sus intereses en el solar patrio, creando y subvencionando mafias pistoleriles dedicadas al asesinato de políticos reacios a contemporizar con sus desmanes y a cercenar cualquier intento de organización obrera. A esta corrupta etapa de la monarquía alfonsina se le cayó su máscara seudodemocrática, reemplazándola por un espadón, cuando las responsabilidades derivadas del desastre de Annual comenzaron a amenazar a la figura del rey y a la cohorte de negociantes que durante años se habían enriquecido en Marruecos sin el menor reparo ante la sangre vertida por los soldados que garantizaban sus beneficios. Más tarde, cuando los incipientes cambios sociales auspiciados por los gobiernos liberales de la República volvieron a amenazar esos mismos privilegios, de nuevo la alianza entre el mundo del dinero y el ejército cortó de raíz tal subversión para restaurar el estado de cosas anterior. En pago de estos favores, los representantes de esta milicia dócil fueron recompensados con ascensos, honores y propiedad. Una interpretación histórica algo sesgada por una visión quizá un tanto simplista si se contempla desde el presente, pero no falta de razón en sus líneas generales y representativa de una corriente de pensamiento -la izquierda vencida en la guerra y silenciada por la posterior historia oficial-

que sólo pudo expresarse en la narrativa española del exilio o en aquella que se publicó fuera de las fronteras nacionales. Asunto que en este momento me resulta imposible precisar, porque, como ya apunté antes, carezco de información sobre si Fernando Cobo pertenece por edad a la generación que sufrió esos acontecimientos en sus carnes o los conoce nada más que por referencias.

Todo por la patria no puede considerarse en sentido estricto una novela sobre la guerra de Marruecos, ya que ésta constituye uno más de los varios capítulos que conforman este amplio cuadro de época. No obstante, además de contener unos cuantos episodios concretos y una interpretación global de aquel conflicto, resulta ilustrativa del carácter militar que se forjó en el Protectorado, y esto sí constituye el asunto central de este epígrafe. En este sentido resulta homogénea con los restantes títulos que la acompañan, que desde diferentes ópticas vienen a fabular en torno lo mismo. Además, guarda una semejanza argumental con otro relato que, debido a su explícito carácter biográfico, comentaré en capítulo venidero: Etxezarra, una obra de una narradora reciente, María Charles, publicada en 1993. Ambas refieren trayectorias análogas en sus protagonistas: primero, jóvenes oficiales en Marruecos; luego, combatientes en el bando sublevado durante la guerra civil; y, por último, presuntos paladines del anticomunismo en la División Azul. No obstante, tras esta parcial comunidad de asuntos narrados, cada uno de los relatos responde a planteamientos ideológicos y de concepción novelesca del todo diferentes y en cierta medida antagónicos. Además, a su manera, devienen paradigma de la evolución experimentada en el panorama narrativo español de los últimos treinta años.

Todo por la patria responde a un modelo de fábula comprometida con su realidad presente, los finales del franquismo, y con la historia. Al margen de sus mayores o menores virtudes artísticas, encierra una finalidad didáctica y hasta casi utilitarista: la literatura tiene capacidad para transformar el mundo. Principio que, en este caso, se concreta en mostrar la cara oculta de la historia y en exortar a la subversión contra un sistema político añoso y perverso. En este sentido se encuentra próxima a la denominada novela social, aunque por

fecha de publicación haya que situarla entre sus manifestaciones de última hora, y por la más moderna técnica narrativa que emplea o los complejos modos de organizar el discurso poco tenga que ver con las precariedades de la mayoría de aquéllas. Por el contrario, Etxezarra toma parte del mismo asunto para crear un presunto relato de aventuras, desvinculado de cualquier connotación política o extraliteraria y carente de cualquier compromiso que no sea el que liga a la autora con su obra. Divergencia de planteamientos que no sólo habla de las distintas ópticas con que se pueden enfocar los mismos acontecimientos o similares personajes, sino que, sobre todo, ilustra con absoluta claridad acerca de los profundos cambios acaecidos en la sociedad española, y de su correlativo reflejo en el panorama de la creación literaria, en los poco más de veinte años que median entre ambos títulos: lo que ayer constituía objeto de severa reprobación hoy ha devenido situación y escenario adecuados - aunque esto aún resulte un tanto discutible- para ambientar la moderna aventura.

En 1977 se publica Centa en el umbral, de Salvador GARCÍA DE PRUNEDA<sup>494</sup>, narración en la que a través de los ojos de Enrique Benamira, un niño que empieza a descubrir el mundo circundante, se da cuenta tanto de su particular peripecia iniciática -su despertar al amor primerizo y su inmersión en el universo adulto- como del ambiente social en que se desenvuelve la vida de los oficiales y jefes militares residentes en la ciudad norteafricana, entre los que se encuentra el padre del protagonista. Acontecimientos que suceden durante el año mil novecientos dieciocho, cuando en la zona limítrofe del Protectorado español eran frecuentes los escarceos bélicos con los nativos, pero todavía no había una situación de guerra declarada como sucedió poco tiempo después, por lo que los lances de armas se reducen a meras referencias de segundo plano. Lo importante en el discurrir del relato es el costumbrismo militar de la plaza, las cotidianas relaciones entre los miembros de una comunidad cerrada sobre sí misma, el enfoque que el ejército de África tiene de la forma en que se gestionan los asuntos marroquíes desde Madrid, y el desacuerdo y malestar que entre ellos suscitan los planteamientos gremialistas mantenidos por sus colegas peninsulares en el asunto que ha venido denominándose como Juntas de Defensa. Pero, por

encima de todo lo que puede resultar actualidad del momento, sobresale el fuerte apego a un conservadurismo ideológico -manifestado en sus formas y costumbres- que existe dentro de la institución, una rigidez que en los miembros más radicales deviene fanática intolerancia ante cualquier manifestación que se aparte del molde establecido. Actitud que engendra el conflicto en torno al cual se articula la trama narrativa, y cuyo motivo desencadenante lo proporciona el personaje de Juan Villamarta, capitán de Regulares tan valeroso en el campo de batalla como extravagante en sus costumbres. La conducta de este oficial, unida a sus refinados modos de vestir y comportarse lo convierten en centro de todas las miradas y comentarios ceutíes, suscitando el recelo y la animadversión en la mayoría de sus compañeros de armas, que juzgan su apartamiento del grupo, su excentricidad y su amaneramiento incompatibles con la vida castrense. Comienzan a airearse rumores que tildan su suerte en el combate de gafe para los demás y su comportamiento reflejo de una latente homosexualidad. El teniente coronel Salgado, el más intransigente y virulento detractor de Villamarta, propone durante una reunión en el casino formar un tribunal de honor para expulsarlo del ejército, mientras que el comandante Luis Benamira, padre del joven protagonista, cuya mujer es una de las pocas defensoras del extravagante capitán, considera exagerada tal medida. Ambos jefes se enzarzan en una fuerte riña que termina en un desafío personal y en el consiguiente duelo, cuya consecuencia es la pérdida de un brazo para Salgado y el obligatorio abandono de Ceuta para Benamira y su familia ordenado por el comandante general de la plaza como medio para echar tierra encima de aquel desgraciado incidente. Entretanto, Villamarta resulta muerto en extrañas circunstancias durante unas operaciones contra el enemigo. Desenlace que no llega a ser conocido por Enrique niño, sino que veinte años después -cuando él mismo participa como oficial en la guerra civil- se los refiere un veterano militar que en aquellos días había sido compañero de su padre en Ceuta.

Relato que no carece de méritos por cuanto ofrece un reflejo social y moral del colectivo militar desde un punto de vista poco frecuentado, pero cuyo desarrollo tal vez resulte un tanto lastrado por el excesivo peso de un sobreponderado y en ocasiones minucioso detallismo que

no sólo se hace demasiado prolijo e incluso algo tedioso por lo que de retardatorio de la acción tiene, sino que incluso llega a parecer inconveniente para una narración que se supone elaborada sobre el recuerdo, pues quien vivió lo acontecido fue Enrique niño pero quien lo rememora es Enrique adulto bastantes años más tarde, según se deja ver en múltiples ocasiones<sup>495</sup>.

Una idea de fondo parecida, en cuanto que busca también una reconstrucción social y moral de una época histórica, aunque luego difiera en otros muchos aspectos, presenta El fulgor de Africa, novela de Francisco UMBRAL<sup>496</sup>, publicada en 1989. Aquí la guerra de Marruecos constituye asunto en lontananza del que sólo se preciben tangenciales -pero no insignificantes- reflejos, por cuanto se aborda desde el escenario peninsular y nunca *in situ*. Reelabora los años de la dictadura primorriverista mediante la presencia en España, en una conservadora y aburrida ciudad de provincias, de un grupo de oficiales del ejército de África que se encuentran de permiso, y cuya presunta aureola de héroes altera y conmociona la atmósfera de tedio cotidiano en que se desenvuelve la vida de sus habitantes, sobre todo de las jóvenes casaderas. Todo este ambiente se ofrece filtrado a través de los ojos de Jonás, personaje destacado en el relato más por su función de testigo - pues, aunque la narración se realice formalmente desde la tercera persona, el punto de vista puede considerarse que corresponde casi del todo al personaje- que en calidad de partícipe en la acción. Jonás es un muchacho inserto en una familia de antiguo importante devenida hoy en clase media apegada a un ya inexistente pasado. Su condición de bastardo, y por consiguiente de marginal y marginado dentro del grupo, le permite observar con distanciamiento crítico y dar cuenta sin contemporización alguna de cuanto sucede en su entorno, que no es otra cosa sino los confesos o callados anhelos de una colectiva existencia vulgar y con escaso horizonte. Las mujeres jóvenes, y no tan jóvenes, pero en cualquier caso solteras, coquetean con los recién llegados militares para intentar cambiar de estado civil. Los oficiales pavonean de su aureola de guerreros y héroes como medio para encandilar a un auditorio, sobre todo a su sector femenino, que sólo conoce la guerra por tarjetas postales, por "fotos de tenientes con vendajes

y estampas de tribus marroquíes". Individuos, cuyo rasgo de conducta más acentuado es lo que de chulesco y pendenciero hay en su carácter. Algo que bien deja ver el capitán Gonzalo Gonzalo, hiperbólico arquetipo destacado en el conjunto, cuya más gallarda acción se cifra en el asesinato de un inexperto cadete bajo la cobertura moral de un duelo, subterfugio para, con escaso riesgo dada la palmaria inferioridad del adversario, realzar su altanería personal y la del gremio. Acontecimiento que al cabo no deviene sino degradada manifestación del añejo sentido del honor y la caballería. El advenimiento de la segunda República sirve de cierre para este retrato social y moral de una época marcada por aquel fulgor de África, reflejo de añosas costumbres y de estériles empresas bien representativas del general atraso en que se desenvolvía la vida española del momento.

En cualquier caso, aun pareciendo apreciable por su fábula, la baza más lograda de la novela de Umbral, y lo que establece una radical diferencia con los anteriores relatos, viene dada por la calidad de su estilo, en el que me detendré con más detalle en próximas páginas, pero que desde este momento puede adelantarse que se elabora con una prosa brillante y de extraordinaria fuerza expresiva, como ya ponderó Santos Sanz Villanueva en una reseña periodística<sup>497</sup>.

El perfil humano y profesional que del militar de carrera presentan estas novelas dista mucho de constituir una imagen monolítica, ni siquiera resulta representativo de una problemática semejante, como sucedía en la ya vista figura del soldado. Se impone una nutrida variedad de tipos y comportamientos, adecuado reflejo de los desiguales planteamientos ideológicos y narrativos que los engendraron. El relato corto de primera hora, ya lo señalaba al comienzo, prefiere el personaje individual, mientras que los más tardíos se decantan por el retrato colectivo, con la sola excepción de Todo por la patria, y aun así hay mucho de representante de clase en Víctor, su protagonista. Esto ya impone una notable diferencia, pues mientras en aquéllos la fábula tiende a resaltar los rasgos heroicos o antiheroicos de su protagonista, en éstos encauza su atención hacia la caracterización gremial, unas veces ofreciendo la estampa de un grupo homogéneo y otras mostrando el enfrentamiento

de antitéticas conductas. Si bien esta dicotomía evidencia dos ideaciones novelescas dispares, tampoco supone una identidad absoluta entre los títulos que integran cada tendencia, ni en el enfoque ni en el tratamiento de los personajes. Por lo que, aun a riesgo de que todo pueda quedar en desvertebrada taxonomía, las siguientes páginas se ocuparán de los diversos modos de ser militar en Marruecos.

Tanto el teniente Pepe Ruiz en La mujer del héroe como el alférez Pepe Reyes en Tánger, pequeño Montecarlo, guardan, a pesar de sus diferentes peripecias, cierta semejanza. Ambos dejan ver que son un producto propio de una época primitiva -en lo que se refiere a los relatos sobre esta guerra- y de un tipo de novela popular, que con mayor o menor extensión en su texto, resultaba la más frecuente, en realidad, casi la única que por aquellos días daba forma de ficción a los contemporáneos acontecimientos de Marruecos. Algo que ya resulta conocido, pues sin apenas variación ha podido verse en las obras que integran los capítulos anteriores. Como suele ser habitual en este tipo de narraciones, los dos oficiales se yerguen en únicos protagonistas, pero no para ir ahondando en su carácter o en su problemática según avanza la historia contada, al igual que, por ejemplo, sucedía en Imán o en algún otro título comentado en páginas previas, sino con la exclusiva finalidad de ilustrar una idea o tesis de la que ellos devienen mero vehículo, la cual se convierte en primera y última funcionalidad de este seguir sus pasos a lo largo de la fábula. Con tales propósitos, hay que dar por casi sabido, que estos protagonistas se muestren planos y desvaídos. Esta simplicidad de trazo se hace más obvia en el primero de ellos, caracterizado de forma indeleble desde el título. Pepe Ruiz encarna lo que para cualquier sencillo entender se considera heroísmo militar. Su figura está formada con el mismo barro y en idéntico molde que la mayoría de los ya conocidos personajes de la novela sobre la Legión, de los que tan sólo se diferencia por las estrellas cosidas en la bocamanga de su guerrera. Al igual que a los novios de la muerte, un desdichado acontecimiento pretérito -a medio camino entre lo folletinesco y un vago romanticismo de concepción popular, que en este caso está más cercano a lo primero- ha quebrado la totalidad de su existencia, arrojándolo en brazos de la desesperanza, y ahora su

único norte consiste en encontrar el camino hacia un final más reconfortante que la vida, para lo cual el acontecer bélico le servirá de eficaz atajo:

"De vez en vez piensa en Madrid. En su enorme tragedia sin solución. Y en el fondo de su alma, se alegra de que haya guerra. Gracias a ella, los hombres que han perdido la fe en la vida, se la pueden jugar un poco gallardamente. Porque está decidido a morir, le interesa que la lucha tenga enormes proporciones. Enamorado de la belleza del gesto, aspira a cerrar los ojos en medio de un espectáculo grandioso, para llevarse al misterio del más allá una visión que merezca la pena de haber vivido..." (Pág. 9).

No obstante lo personal de la situación, un heroísmo presto a brotar en cuanto el momento se antoje propicio es la marca definitoria del militar en el relato de Viñas, pues, aun sin la carga de desespero que arrastra el protagonista, los otros oficiales, personajes secundarios que acompañan al teniente hacia su encuentro con la muerte, identifican también ese patriotismo necrófilo con el más alto valor en su profesión. Tal puede verse en el capitán Federico Leiva, que aún antes que Pepe habrá de pagar el arrojo y la bravura con su vida, o en el comandante Lizárraga, al que tampoco parece inmutar el encontrarse en su camino con alguna bala perdida. Con tales premisas no ha de extrañar que el discurrir de la propia guerra resulte marco insuficiente para dar cabida a tan desprendido y gallardo proceder, por lo que el novelista, al igual que ya antes había hecho Carrere en El sacrificio, se vea obligado a reelaborar la derrota de Annual en clave de epopeya personal y nacional como medio para hallar cauce adecuado a tan ardorosas conductas.

También un romanticismo belicista, esta vez en conjunción con un cierto sentimiento vindicativo y de emulación de la figura paterna, teniente coronel caído en la pasada campaña del año nueve, conduce al animoso Pepe Reyes a Marruecos. Tales expectativas se verán, no obstante, truncadas por uno de los peligros -así ha de entenderse en el relato- que por aquellos días acechaban a los oficiales españoles: el juego y la prostitución, ambos íntimamente enlazados en la narración de López Rienda, en cuyos brazos cae el alférez a la primera de cambio merced a la inexperiencia y el ardor propio de la extrema juventud. Este enfoque en



principio poco tiene que ver con los folletinescos y poco verosímiles sucesos que apesadumbraban al anterior teniente, de hecho, su referente, como ya señalé antes, parece extraído de la más cotidiana realidad. No cabe duda de que en su más primitiva instancia Tánger, pequeño Montecarlo quiere recrear la figura del oficial que sucumbiendo a un ambiente de consentida degradación arruina su carrera. Perspectiva interesante por cuanto describe otra forma de ser militar durante aquella campaña a partir de una no infrecuente conducta, novedosa, además, como materia de ficción. Sin embargo, tras someter el asunto a la necesaria manipulación narrativa, bien poco queda de aquel inicial propósito. Obligado resulta decir que, bien por problemas de censura -cortapisa que tal vez impidió presentar la cuestión en términos más adecuados- o bien por la limitada capacidad fabuladora del autor, todo queda diluído en una banal peripecia con extravagante inicio -que un oficial del ejército español sea enviado a Tánger, zona internacional, para conseguir cambio en moneda más pequeña, como si tan sencilla gestión no hubiera podido realizarse en otro lugar, siquiera dentro del territorio bajo jurisdicción española- y un lacrimógeno final, en el que el préstamo que ha podido conseguir la "pobre madre" no llega a tiempo para salvar la vida del descarriado hijo. En suma, la cuando menos muy discutible sino del todo inadecuada selección de los elementos novelescos -en especial, el protagonista, un alférez casi recién llegado, y un espacio externo al Protectorado, cual era Tánger- desvirtúa lo que en origen parecía ser temática central. Al cabo resulta difícil discernir si el objetivo consiste en poner de relieve el ambiente de vicio que rodeaba a la milicia española destacada en Marruecos y las insanas consecuencias que llevaba consigo; si quiere ilustrar la alocada torpeza de la juventud, en la que no conviene depositar excesivas responsabilidades; o si por el contrario se trata de una descripción local con trasfondo político, a través de la cual se deja ver la nefasta seducción que el cosmopolita ambiente de Tánger, representado aquí en sus embaucadoras prostitutas y en el corrosivo juego, ejercía sobre la zona española. Todo ello acaso sitúe el relato en un plano metafórico, no descartable como reflejo de la realidad teniendo en cuenta las múltiples quejas y litigios que España presentó ante la comunidad internacional por los perjuicios que

el especial estatuto de internacionalidad de esta ciudad acarreaba a su zona de Protectorado, lo cual alcanzaría parcial reflejo narrativo un par de años después en una de las novelas ya tratadas en el capítulo sobre la Legión: Los del Tercio en Tánger. No obstante, se antoja poco probable que esta última hipótesis estuviera presente en el ánimo de López Rienda, cuya nota más destacada en su trayectoria de narrador no se orienta hacia la sutileza, por lo menos en los varios textos objeto de atención a lo largo de estas páginas.

Poco aportan al reflejo literario del militar profesional en aquella campaña estos dos retratos personales e individualizados, no ya porque carezcan de la necesaria hondura sino porque incluso se presentan despojados de cualquier cobertura de verosimilitud. En el primer modelo, el teniente Pepe Ruiz, resulta intrascendente que pelease en esta guerra, igual podría haberlo hecho en cualquier otra sin importar época ni circunstancia, por cuanto su berroqueña configuración no es otra cosa que una simple traslación del sencillo y consuetudinario héroe de la más adocenada novela popular. Y en el segundo porque su problemática, aunque se encuentre inscrita en las propias de la contienda marroquí de esos años, aparece conducida de tal forma que en lugar de paradigmática resulta casuística y poco extrapolable. De su común insignificancia da buena prueba el que esta forma de ser militar no encuentre eco en ninguno de los cuatro relatos que veremos a continuación, mientras que, al menos en lo que incumbe al primero, su perfil ya había quedado delimitado en la novela por entregas y ha venido reproduciéndose con mínimas variaciones -unas veces como soldado, otras como oficial; en unas ocasiones enamorado, en otras, desengañado- en una amplia porción de esa larga retahíla de relatos con escasa exigencia artística y próximos a lo infraliterario presentados a lo largo de estas páginas. En resumen, dos productos de lo que hoy consideraríamos con absoluta propiedad literatura de quiosco, la que por aquellos días encontraba cobijo en las colecciones de novela breve.

Las tres obras cuya atención se centra con preferencia en lo grupal presentan, unas con respecto a otras o dentro de la misma, varios modelos diferentes de militar profesional. Dentro de algunos de estos perfiles cabría también una parte sustancial de Víctor, el

protagonista de Todo por la patria, pero o bien el más amplio y profundo retrato que de él se traza quedaría desdibujado entre sus otros colegas literarios o, por el contrario, su superior dimensión diluiría a los anteriores. Por ello, he considerado más oportuno darle un tratamiento individualizado, dejándolo para el final, casi como una síntesis total del oficial africanista, dado que su figura condensa buena parte de los atributos caracterizadores de todos los demás y algunos otros particulares.

Estas novelas, excluía la de Fernando Cobo, comparten un planteamiento colectivo, pero sus enfoques ni se complementan ni se superponen por cuanto cada una de ellas se ocupa de una parcela diferente. Once oficiales en torno a una mesa muestra un tipo de pequeña sociedad endogámica sin ningún tipo de conflicto interno. Los oficiales y jefes, con independencia de su graduación o empleo, conviven en idílica camaradería, compartiendo no sólo mesa y mantel, sino también un común modo de interpretar el mundo, que, en realidad constituye la casi única línea narrativa de alguna trascendencia en el texto, ya que lo demás no son más que mínimas anécdotas sin conexión entre sí. Es un relato que hasta casi sus últimas páginas -en que el teniente Conagell resulta herido y espera su final- discurre sin apenas peripecia alguna: un mosaico de pequeñas banalidades inherentes a la vida castrense. No obstante sus insuficiencias en cuanto al desarrollo de la trama, la anécdota, para lo que en estas páginas interesa, resulta ilustrativa sobre la actitud y los juicios que suscita en el militar -singular que ha de entenderse en su sentido literal, teniendo en cuenta la antes mencionada indiferenciación ideológica entre los diversos personajes- el ambiente en que se halla inmerso. En Ceuta en el umbral por el contrario el conflicto nace dentro de la relación gremial, ofreciendo una muestra de comportamientos bien distintos entre unos y otros oficiales y jefes, cada uno de los cuales es portador de un substrato ideológico e ilustra una forma diferente de entender la milicia y la vida en general. Por último, El fulgor de África recupera el grupo de oficiales indiferenciados entre sí de la primera novela, pero en este caso para orientar el asunto narrativo hacia el trato de este colectivo con el mundo civil peninsular, en

una relación definidora del proceder "invasivo y violento, caliente y macho" (pp. 76-77) de estos militares.

La guerra no constituye el motivo más destacado, sin embargo, ninguno de estos relatos escamotea la forma en que la viven sus más directos actores. Vivencia que lejos de suscitar unanimidad, sirve para separar un tipo de militar de otro, pues ambos elementos quedan en íntima ligazón. Los once oficiales de Martorell la encaran con el mismo comedimiento que afrontan cualquier otro asunto remoto. Por su imperturbabilidad, que ni siquiera se altera en demasía cuando las balas del enemigo golpean contra las paredes de su comedor, diríase que se encuentran realizando unas burocráticas maniobras o que se tratase de un grupo de contertulios de café comentando las noticias bélicas recogidas por la prensa. Tal imagen de distanciada y aséptica frialdad, que podría entenderse como actitud individual pero que resulta ya más inverosímil cuando se convierte en pauta de conducta de un grupo, hay que enmarcarla en un tipo de idealización de la figura del militar que se aparta de la que viene siendo habitual en la novela sobre esta contienda. Frente al héroe singular y de trayectoria desmesurada a la hora del combate, modelo desgastado por el tiempo y cuya sola presencia previene sobre su irrealidad, aquí se busca un referente próximo al profesional medio en la envoltura externa, para luego ir maquillando su personalidad hasta obtener un perfil de gran calidad humana. Claro que en ocasiones tan depurada delicadeza de carácter no puede por menos que provocar la perplejidad o la sonrisa en el lector, no sólo reconstruyendo la realidad de un ejército cuya oficialidad llevaba años combatiendo en condiciones de extrema dureza, sino reparando siquiera en las pautas de conducta por las que se rige cualquier institución castrense, pues el comportamiento de alguno de estos oficiales resulta en extremo hipersensible y en absoluto cuadra con el que por hábito imprime la vida militar, tanto por la finura de sus sentimientos como por lo pulido y exquisito de su expresión:

*"-Por cierto -dijo el teniente Arnés-, que no pueden imaginar el mal efecto que me ha producido ver cómo el sargento de semana repartía la correspondencia de los soldados, leyendo en voz alta el nombre que figuraba en los sobres y lanzándoles las cartas por*

el aire. Un procedimiento para ir más deprisa y lograr que cuanto antes llegaran a manos de los destinatarios, desde luego; pero la mayoría, por no decir la totalidad, caían al suelo. Eran las cartas de las madres y de las novias de nuestros soldados, cartas que se esperan con vehementes deseos y que se guardan después como un tesoro; ¿cómo pueden arrojarse por el aire?... Vi como los soldados las recogían amorosamente del suelo y no pude menos de reprender al sargento. (Pág. 143).

Idealización que no se limita a jefes y oficiales, sino que abarca también el propio acontecer bélico e incluso al soldado, contagiado sin duda por el ejemplo que con su delicado trato le ofrecen los mandos:

"Sin embargo -objetó el capitán Lafuente-, con toda su miseria, con todo su barro, sus piojos, sus fatigas y sus lágrimas, hay en la guerra factores atrayentes. Son los mismos que experimenta el deportista: el sabor de la victoria, del riesgo; el del deber cumplido, aunque seamos derrotados; la forma como se agudizan ciertas virtudes: así el compañerismo, el espíritu de sacrificio; el estímulo de algunos sentidos, como la vista y el oído, y de otras cualidades, entre ellas, la agilidad mental, la astucia, el valor, muy principalmente esa clase de valor que se necesita para afrontar los infortunios que, en la guerra, van siempre acompañados de abundante sangre y sufrimientos.

'La verdad es que nuestros soldados son admirables -manifestó el teniente Artés-. Ayer mismo, a última hora de la tarde, nos hallábamos trabajando en los caminos cubiertos de la batería, cuando solicité cuatro voluntarios para que, por la noche, tratásemos de restablecer la línea telefónica con el blocao de la mehala (...) Todos se ofrecieron. Escogí a los más altos (...) Cuando llegué al campamento, se presentó un soldado y me dijo: 'Mi teniente: me he enterado de que esta noche van ustedes a intentar tender una línea telefónica con la mehala; supongo que habrá usted contado conmigo'. Hube de asentir, aun cuando con el cabo de Transmisiones y los cuatro zapadores ya éramos bastantes. Pero no terminó ahí la cosa: mi asistente también se

empeñó en asistir al festival y lo llevé, sin atreverme a decir a dos de los primeramente escogidos que no fueran, porque comprendí que se hubieran ofendido." (Pág. 108).

Esta bondadosa imagen se torna bien distinta en Ceuta en el umbral, cuyos personajes, aunque diferentes entre sí, tienen en común un africanismo profesional que les llega hasta la médula, pues todos han hecho su carrera en aquellas tierras. En ellos se refleja la insatisfacción de los mandos coloniales en unos tiempos aún algo anteriores al desastre de Annual, cuando el ejército de Marruecos todavía no había cosechado ninguna derrota estrepitosa ni tampoco había adquirido el peso y el protagonismo de que gozaría más tarde dentro de la política nacional. Sin embargo, a través de sus desencantadas opiniones se traslucen en parte algunos sucesos posteriores. Para empezar, la guerra ya no semeja esa suerte de acontecimiento aséptico que se vive con distanciada frialdad, sino motivo de frustración por la, a su juicio, pacata y errónea forma en que los políticos gobernantes la conducen. Así lo manifiesta, desde la postura más radical pero en esencia compartida por los restantes jefes y oficiales, el colérico teniente coronel Salgado, para quien todos los males radican en:

"-El gobierno es el único responsable (...) No quiere operaciones en gran escala para que no haya bajas, sino escaramuzas chiquitas, sin medios. Luego, cuando necesita, para impresionar a la opinión, un éxito, nos embarca en aventuras como ésta, amañando con los moros avances espectaculares, dando unos miles de duros a un caíd de cabila para que se deje conquistar. Los cabileños cobran el dinero y después no respetan el pacto y nos asan a tiros." (Pág. 27).

Y, abundando en este y en otros asuntos que a su entender perturban la eficacia militar, agrega después:

"-¿Y las juntas de defensa? ¿Las nombra el Rey? ¿Y los ascensos hechos en las logias? ¿Los hace el Rey?<sup>498</sup> Mientras tanto, somos nosotros los que pagamos los platos rotos, aguantando los insultos de la prensa, las maldiciones de las madres a cuyos

hijos les toca para África, para Melilla, como ellas dicen, y las penalidades de la campaña, sin medios para llevarla a cabo y sin plan de operaciones, por falta de una política clara en el problema de Marruecos." (Pág. 106).

Tampoco el perfil del militar profesional responde a la imagen de afabilidad que ofrecía Martorell, con la sola excepción, y no sin reservas, del comandante Benamira, cuya figura si carece de rasgos estridentes se debe en buena medida a su escaso protagonismo y a la notable influencia que su mujer -personaje con semejante presencia a la suya pero con mayor peso en la trama novelesca- ejerce sobre su conducta. Los otros dos modelos de jefe y oficial presentes en el relato son individuos en cierta forma perturbados, víctimas de sendos conflictos. Villamarta, el joven capitán de Regulares -de quien en realidad nada llegamos a conocer por él mismo pues, como todo aspirante a convertirse en leyenda, es caracterizado por los que lo rodean- semeja un espíritu siempre entre brumas, sobre el que apenas nada puede sostenerse con certeza, salvo quizá su decidido egocéntrico y una aparente rebeldía que más parece atribuible a mero exhibicionismo externo, fruto de un deseo de sobresalir entre la común mediocridad ambiental, que a independencia de criterio en algún sentido, pues tampoco hay ningún indicio claro de esa en varias ocasiones sugerida homosexualidad. Todo queda en una sucesión de extravagancias cuyas líneas ni siquiera delimitan su muerte o la distancia temporal, como se desprende de la revelación del coronel Contreras a un ya adulto protagonista:

"(...) Era un hombre muy raro el tal capitán. Hijo único, huérfano de padre, rico y mimado, tenía, por lo menos, la cabeza llena de fantasías, de caprichos, muchos de ellos satisfechos. Vestía con refinamiento, de manera amanerada, y se movía con ademanes femeninos (...)/ Como le gustaba la fantasía, se fue voluntario a África y pasó a Regulares. En el tabor fue la caraba. Levaba un sulham de un hilo finísimo, que compraba en Gibraltar. Las botas las traía de Londres y hasta dicen que mandaba las camisas a planchar a Madrid. Pero no era eso todo (...) lo peor es que no tenía amigos y, sobre todo, amigas. Nunca se le veía con una mujer, aunque entonces había

en Ceuta unas chicas monísimas ... Solitario y despreciativo, tenía amistades raras, muy raras. Llevaba una vida extraña y nadie sabía a ciencia cierta lo que hacía. No iba al casino ni a ninguna peña, no vivía, en suma, la vida del resto de los oficiales de su edad y empleo./ Sus excentricidades fueron en aumento a medida que iba asentando su prestigio de buen oficial de tropas indígenas, porque le encantaba estar en el campo y siempre salía voluntario para toda clase de misiones, cuanto más peligrosas mejor (...)" (Páginas 199-200).

En cualquier caso, la figura de este extraño capitán, convertida más en objeto que en sujeto dentro de la fábula, ha de entenderse casuística y nada representativa del oficial colonial. Situación que no se repite en el "fiero y rígido" Salgado, bien perfilado retrato de un modelo de africanista ya conocido y común al de otros relatos vistos en el capítulo anterior, tanto en su rasgos externos -"El teniente coronel Salgado estaba bronceado. Andaba con aplomo, hablaba fuerte y siempre quería imponer su criterio aún en las cosas más nimias", (pág. 25)- como en su entera caracterización:

"- (...) No vivía más que para su oficio y sus soldados. Era recto, valiente y abnegado. Pero exageraba sus virtudes militares y llegó a ser la caricatura del soldado. Hablaba en todo momento en voz tronante, se movía con gestos enérgicos, como si estuviera siempre en instrucción o en combate y fanfarroneaba un poco. Su principal fallo era su falta de inteligencia, de la que llegaba a hacer gala, que suplía con su rectitud y con una rigidez moral. No matizaba; los hombres eran buenos o malos, sin escalones intermedios. Y, sobre todo, no admitía la discusión. Conceder a su interlocutor un mínimo de razón lo consideraba inconcebible y si éste era un subordinado, juzgaba la cosa como falta de carácter y de dotes de mando por su parte y de insubordinación por la del inferior. Su imagen del mundo era la de una sociedad jerarquizada y estereotipada, en la que la noción del deber debía regir, con exclusividad, todas las acciones." (Pág. 203).



De semejante corte, aunque despojado de lo poco saludable que aún le queda a Salgado y con una hiperbólica acentuación de sus más nefastas aristas, es el diseño del capitán don Gonzalo Gonzalo, representante canónico, en realidad única cabeza visible de todo el grupo de oficiales en El fulgor de Africa, cuya imagen física viene a resultar un paralelismo amplificado de la de aquél:

"Don Gonzalo Gonzalo iba y venía por la casa, exhibía su estatura, su uniforme, sus heridas como medallas y sus medallas como heridas. Casi siempre llevaba el gorro puesto bajo techo, como con cierta insolencia, y le realzaba el humo de su puro, así como le explicaba un poco (habiéndose vuelto tan lacónico) el ritmo lento de sus tacones o el sonido delicado y militar de sus espuelas./ Porque don Gonzalo Gonzalo gastaba espuelas." (Pág. 65).

Personaje, según puede verse, delimitado mediante trazo caricaturesco, no ya en parte - como sugería un compañero de armas al referirse a Salgado- sino en su totalidad, heredero en notable medida de las esperpénticas criaturas que pueblan el valleinclanesco Ruedo ibérico, asociación por cierto ya establecida por Santos Sanz Villanueva en cuanto a la técnica novelesca en ambos textos<sup>499</sup>, pero que también alcanza a los individuos creados, por lo menos a algunos. Original tratamiento del militar dentro de esta novelística, pues a través de este enfoque bufo Umbral lleva a cabo una demolición del presunto héroe africanista para - con semejante intención a la que había alentado Valle en su retrato de la España pretérita- situar los sucesos, la guerra de Marruecos en este caso, y a los protagonistas del momento, los laureados oficiales, en un encuadre adecuado a su propia concepción de los hechos, lo que no es al cabo simple humorada, como tal vez a primera vista podría parecer, sino una forma de recreación histórica filtrada mediante su propia conciencia. De ahí que las referencias al acontecer bélico, aunque sólo aparezca mentado desde la lejanía, y a los miembros del ejército basculen entre lo insignificante para aquélla - "Jonás dedujo, y así lo anotó en su memorial, que la guerra se hace para darle tema a las tejedoras de tapices. Que seguramente todas las

guerras y todos los tapices se han hecho así", (pág. 76)- y lo grotesco para éstos, bien patente, por ejemplo, en el degradado final del propio don Gonzalo:

"Algadefina dormía sola, y, una noche, don Gonzalo Gonzalo, borracho y homicida (...), al terminar la partida en la sala de abajo, en lugar de irse a dormir al hospital de sangre donde dormían todos los guerreros de África, buscó la alcoba italiana de tía Algadefina y cayó sobre ella como un fardo con más lujuria que capacidad de consumarla. Algadefina dio gritos, pero el peso del capitán la sometía y las manos tahures de don Gonzalo la desnudaban (...), hasta que alguien acudió a los gritos y un escopetón de perdigones se disparó contra la espalda militar y enorme de don Gonzalo." (Páginas 112-113).

Esperpéntica muerte que, lejos de ilustrar un incidente aislado, simboliza el apagamiento de aquel momentáneo fulgor africanista -que el relato califica de transitoria locura- y el triunfo de la por así llamarla moral civil, como bien deja ver el personaje femenino en su conducta inmediata al incidente: "En esto acaban los capitancitos de África, en esto acaba el fulgor de África, el fulgor del Imperio, pensó hasta que tuvo la decisión de empujar el cadáver al suelo, levantarse desnuda e irse a dormir a la cama ancha y sola de Jonás el bastardo (...) Quedaba claro que el capitancito don Gonzalo Gonzalo había muerto en un intento de violación, 'víctima de enajenación pasajera", (pág. 113). Diagnóstico que no sólo describe la perturbación del oficial, sino que viene a convertirse en una completa interpretación de la guerra, al menos tal y como el narrador entiende que fue vivida desde el estamento militar. De ahí que la apreciación de que "un aire antimilitarista recorre el libro", sostenida por Sanz Villanueva<sup>500</sup>, resulte atinada, pero a mi manera de ver aún insuficiente para dar cuenta de la dimensión que este sentimiento adquiere en la fábula. Es la pulsión más fuerte que late a lo largo de todas sus páginas. El antimilitarismo refrenda incluso la propia arquitectura novelesca, pues a partir de él se articula y justifica la doble figura narradora, esto es, una voz impersonal y ajena a la historia, cuyo punto de vista sin embargo resulta "casi ceñido al de un personaje, Jonás", según apunta el mencionado crítico. La funcionalidad de

Jonás como perspectiva enfocadora, y por consiguiente también conciencia desde la que se enjuicia la mayor parte de cuanto sucede, hay que buscarla, además de en un recurso constructivo que permite el libre deambular por la casa sabiendo lo que sucede en cada uno de sus rincones sin caer en una artificiosa e inverosímil pluriubicuidad del narrador, en que se trata del único personaje no contaminado en ningún momento por los destellos de ese fulgor africano. Lo que otros miembros del círculo familiar tardarán en constatar, y que no es otra cosa que el encanallamiento chulesco de estos oficiales, para él se desvela percepción inmediata que se traslada al lector a través de este filtro sin que aparente arbitrario capricho o natural inquina de la voz impersonal que se dirige al lector. Así, la escasa contemporización de Jonás con los intrusos no sólo se hace patente en sus intervenciones en calidad de personaje, cuando se impone el estilo directo -que también<sup>501</sup>-, sino, y sobre todo, en su dimensión de lente para el narrador. De tal forma que, por ejemplo, al poco de irrumpir los militares en la amodorrada vida de aquella casa, cuando buena parte de sus moradoras "se habían dejado envolver en el tornado alegre y rudo de los guerreros" (pág. 77), Jonás ya los ha encuadrado en un bien diferente marco: "asistió a la transmutación de los mancebos blancos y flechados (...), los mancebos de los tapices y las alfombras [única imagen familiar hasta entonces de la guerra y sus actores], en soldados levantiscos e insolentes, como don Gonzalo Gonzalo, en forajidos condecorados, en cobardes sostenidos sólo por sus medallas, en desflecadas humanidades como el novio de Delmirina, cómico, torcido y mendicante", (pág. 76).

Todo esto no es sino procedimiento del que Umbral se sirve para llevar el agua hacia su molino de antibelicismo contra la aventura colonial africana y de todavía más enconado antimilitarismo contra los oficiales que la llevaron a cabo. No sólo se retrata y cuestiona el poco presentable proceder de un individuo, el capitán Gonzalo Gonzalo en este caso, sino cómo los avatares guerreros en Marruecos han imprimido un determinado carácter en los profesionales del ejército español. La gesticulación aprendida durante los largos años de conflicto se prolonga en su trato con el estamento civil, en cuya vida irrumpen tras su regreso

con la misma arrogancia y violencia de comportamiento a que se han habituado durante la campaña. La recreación literaria se convierte así en una desmitificación de lo que fue uno de los acontecimientos capitales en la política y la sociedad de aquella época, pero además, sin necesidad de echar mano de los desastres ocurridos en el frente, muestra lo que al cabo resulta más esclarecedor para el desarrollo futuro de la historia: el ambiente de degradación moral y de permanente actitud colonizadora que engendró aquella guerra en sus protagonistas. Sentido que, por transmitirse en tono bufo, no merma la demoledora censura que en sí mismo encierra, basta para ello reparar en que el fulgor de África sólo deja víctimas a su paso, porque más que un fulgor de heroísmo o caballería "era un fulgor de sangre y semen", (pág. 89).

A diferencia de los anteriores títulos, en Todo por la patria no sólo se traza un parcial retrato -denostativo en este caso- del oficial africanista, sino que a través de las tres generaciones que presenta se ahonda en la esencia del militar español durante casi una centuria, desde antes del desastre del 98 hasta los últimos tiempos del franquismo. Evidentemente sus personajes están condicionados por su propia individualidad y resultaría un simplismo extrapolar o generalizar su caracterización a todo el colectivo, de hecho, la propia fábula deja ver excepciones a esta regla: Vicente, el cuñado de Víctor, sin ir más lejos. Pero, en efecto, se trata de una excepción, y aunque algunos rasgos particulares no quepa hacerlos extensivos a un grupo tan numeroso, sí que la novela va dejando abundantes indicios de que en los comportamientos de sus protagonistas hay mucho de canon gremial, de qué significó ser profesional de la milicia en unos tiempos aún cercanos al presente.

Fernando Cobo comienza por negar la independencia del ejército y de sus miembros. La institución armada tan sólo es un instrumento del cual se sirve el poder económico para incrementar sus beneficios, bien con el propio gasto que genera su mantenimiento, sobre todo en tiempos de guerra, o bien con el lucro logrado mediante el expolio en aquellos lugares allende las fronteras donde se envía a las tropas. Esto ya había sido así en los residuos coloniales del antiguo imperio español:

"-Cree que con esto de Cuba nos iría mejor. Usted sí ganó.

'-Poco, vendí algo de tela para uniformes. Lo triste es que la guerra ha terminado. Y al fin y al cabo con cada soldado muerto se iban tres metros de tela (...)" (Pág. 9).

Pero aquéllo se acabó, y hubo que buscar un nuevo escenario para continuar el negocio: Marruecos, sin sentir reparo a la hora de provocar conflictos cuando éstos se resisten:

"(...) Se enfadarán los moros, esa carretera les puede molestar en sus planes de guerra.' 'De eso se trata, de molestar. Para entonces habremos comprado acciones de casi todas las industrias de guerra y usted es ministro de la Guerra. Mis fábricas pondrán a las órdenes del ejército su experiencia de campañas pasadas y escotaremos lo que se gane (...)" (Pág. 22).

O de eliminar aquellas voces públicas discrepantes o renuentes a dar cobertura política y sanción legal a los atropellos de una camarilla:

"(...) Sin él, podremos lograr grandes ventajas, ya nadie hablará de paz ni quebranto económico de la nación por la guerra de Marruecos; aquéllo es nuestro y debemos conservarlo.' '¿Quién le habrá pagado a ese Pardiñas?' 'Mejor es no averiguarlo, yo sospecho de ti.' 'Motivos había. ¿Pero, qué les sorprende? Canalejas estaba sentenciado.' 'Ahora dirán que han sido los anarquistas. Es cómodo tener esa fauna, así se puede hacer mucho sin que nadie sospeche." (Pág. 56).

He aquí a los tradicionales amos de España y auténticos señores de la guerra, cuyo enriquecimiento disfrazaron de obligaciones internacionales y de cantos patrióticos:

"¡Lo del Barranco del Lobo es una catástrofe! Jefes, oficiales y miles de soldados, ¡muertos!' 'No hay que asustarse, su majestad salvará nuestra inversión aunque cueste miles de vidas más (...), 'hay que hacer algo que conmueva al pueblo. Les diremos que luchamos por Dios contra el hereje, el enemigo de siempre, los antiguos invasores de España, los de Almanzor y Muza, los de Abderramán y Boabdil. Haremos de esto una guerra santa contra los enemigos de Dios.' 'Eso me gusta más, así tendremos

menos reproches. Repartiremos dinero entre la prensa. Que se muevan los agentes en las embajadas." (Pág. 43).

La milicia se convierte así en brazo ejecutor no de una política -acertada o errónea- de Estado, sino de los particulares intereses de esa burguesía encanallada. Los jefes y oficiales necesitan a su vez la guerra para procurarse una carrera, dado que sin conflictos los ascensos tardan años y años en llegar debido al exceso de mandos en el ejército español de la época:

"-¿Ramón, tú quieres que yo muera de capitán? Sin guerra en África, ¿cómo se pueden conseguir ascensos?" (Páginas 185-186).

Además, sus no muy holgados emolumentos pueden también verse incrementados de manera irregular merced a una corrupción conocida y tolerada: el robo y el tráfico fraudulento con suministros cuarteleros, cuyas habituales víctimas eran la tropa y el herario público. Y la vida en aquellos lugares alejados de la metrópoli brindaba oportunidades para una existencia licenciosa y despegada de esos lazos y cargas familiares que, en el relato, ahogan a los protagonistas masculinos. Una envilecida estampa que se contiene casi entera en el reproche que la esposa de Víctor lanza al laureado militar al inicio de la novela:

"-¿Y tú qué eres? ¿Qué has sido toda la vida? Un putero ladrón. Has robado al ejército todos los millones que tienes." (Pág. 8).

A cuyo través, la fábula de Cobo, lejos de mostrar una descarriada imagen personal, ejemplifica el ser de un ejército al que ni siquiera el valor se le supone, al menos cuando debió demostrarlo:

"Cañones y ametralladoras, soldados y bestias, todos querían salir a la vez y los tiradores rifeños disparaban sobre aquella masa desesperada. Nadie obedecía órdenes, no había oficiales ni jefes, no había guerra ni ejército. Ante el menor amago de peligro temblaron de miedo y corrieron. Aquella fue la leche castrense que amamantó a tu padre, Antonio; aquel era el feto de lo que hoy conocemos como glorioso ejército español: un ejército engendrado en tabernas y prostíbulos, compuesto por señoritos fanfarrones incapaces de pensar en la muerte. Y allí, en Annual, estaban todos: los

que robaban gasolina para vendérsela a los judíos y comprársela después en forma oficial a éstos mismos, los que robaban dinero para gastárselo en juergas interminables en Tetuán, Melilla y Ceuta." (Pág. 103).

Tal es la esencia de aquellos mandos y de aquella guerra, cuyos espúrios intereses hubo de pagar el pueblo español, el soldado, en primer lugar; bueno, el pobre que no pudo pagarse la exención, quien sin obtener beneficio alguno se vio obligado a poner la carne y al que sólo le quedó, cuando pudo, la protesta, pero "a éstos nadie les escucha" (pág. 42).

En un terreno más concreto, Marruecos generó un tipo de militar que en el trazo delineado por Todo por la patria se asemeja en sus aspectos fundamentales a modelos ya comentados. En especial, al teniente coronel Salguero de Ceuta en el umbral y al capitán don Gonzalo Gonzalo -desposeído de su carga paródica- de El fulgor de Africa. Con ellos comparte Víctor arrogancia y degradación moral, pero, además, la novela, por su más amplia proyección temporal, muestra el posterior devenir de aquella oficialidad: la crueldad de la guerra africana arrancó definitivamente cualquier sentimiento de humanitarismo o de piedad, y los residuos de moral que aún pudieran albergar quedaron enterrados por una desmedida ambición. Víctor ahoga en recompensas y ascensos su mala conciencia por la brutalidad de la represión minera en Asturias, por la traición a sus ideales falangistas de primera hora y por los crímenes que las bombas arrojadas desde su avión perpetrar entre los niños del Madrid republicano durante la guerra civil:

"-Hay que matar media España, Pierre; lo han dicho los generales (...) ¡Seré general!

No, qué general, ¡seré ministro, Pierre! ¡Seré ministro!

'-Tú siempre hablas de cosas ajenas a la guerra. Compra un periódico en Francia y luego mira a tus hijos.

'-¿De qué me hablas, gabacho? Un periódico francés. ¿Para qué lo quiero?

'-Para que veas la cara de los niños muertos en Madrid.

'-¡Déjame en paz! Desde mañana verás aquí una estrella más. ¡Teniente coronel a los treinta y tres años!" (Páginas 131-132).

Una ambición bastarda, hija y consecuencia de la misma infamia de aquellos que se enriquecieron con la campaña marroquí; alimentada con aquello que la había hecho crecer: con sangre, primero de moro y luego de cristiano:

"(...) El Víctor que he visto hace dos semanas en Madrid es otro. Si tuviera que hacerte una imagen, te diría que yo conocí a tu padre cuando era una niña pura y ahora es sólo una adulta puta." (Páginas 262-263).

Tal descripción rebasa el habitual retrato personal del oficial africanista para convertirse en un paisaje de degeneración y ausencia de escrúpulo que caracteriza una más amplia época de la reciente historia de España y que, dentro de esta novelística, volveremos a encontrar más adelante en un par de relatos que fabulan sobre la figura de Francisco Franco, acaso el más destacado de los africanistas y con quien, salvando las pertinentes diferencias, Fernando Cobo hace converger con deliberación algunos aspectos de su protagonista. Crónica, en suma, de un ascenso social en unos tiempos negros y corrompidos que discurre en paralelo a un proceso de profunda degradación moral y absoluto encanallamiento. No obstante, el personaje, merced al voluntarismo o fe del autor en sus propios presupuestos ideológicos, si no llega a redimirse, sí consigue al menos liberarse *in extremis* de sus múltiples culpas merced al amargo llanto final en que queda abandonado y a algunos momentos previos de lucidez y esclarecedora reflexión:

"-(...) Causa tristeza pensar que todo aquello fue real. Ellos y nosotros pensábamos que moríamos por defender un partido, una patria, una bandera, ¡qué sé yo!, un ideal sin realizar, y todo acabó en esto: una hueca y estúpida carrera por ver quién hace más dinero." (Pág. 231).

Si bien lo visto hasta el momento configura de manera general el retrato novelístico del militar de carrera en Marruecos, en Once oficiales en torno a una mesa su imagen se completa con las apreciaciones que el mundo marroquí suscita en estos personajes. Impresión muy limitada por cuanto, en lo que atañe al presente epígrafe, queda restringida a este solo texto, pero que, sin embargo, abunda en una idea que va resultando recurrente en la mayor parte



de los relatos que desde cualquier perspectiva argumental y temática se ocuparon de esta guerra: la absoluta incomprensión, cuando no franco desprecio hacia el universo cultural y social del protegido, o más bien del enemigo. Los ecuanímes y hasta bondadosos oficiales de Martorell comienzan a parecer algo menos moderados en sus juicios cuando el referente de sus conversaciones se aleja de sus recuerdos o de su atmósfera castrense. Lo mismo cuestionan, no sin cierta mofa, la ley coránica y preceptos musulmanes como el ramadán, que se sirven de casuísticos ejemplos para insistir en consabidos lugares comunes: la indolencia del marroquí, su escaso afecto a la higiene personal, la patriarcal y discriminatoria organización familiar o la consuetudinaria mala gestión del país; motivos que hablan por sí mismos de la decadencia de la cultura islámica. Incluso el tradicional pudor de las nativas ante la presencia del extranjero queda en entredicho a partir de la anécdota personal que uno de estos oficiales, el capitán Lafuente, refiere en el segundo capítulo de la novela. En suma, el colonizador ni simpatiza ni guarda respeto alguno al orbe del colonizado, que para algo es el ser inferior. Nada nuevo pues, ya que según se va viendo, con muy escasas excepciones, esta idea perfila la tradicional línea seguida en esta literatura.

Además de lo ya señalado en Todo por la patria, algunas de estas novelas amplían su perspectiva algo más allá de los exclusivos círculos militares para ofrecer una panorámica de otros ambientes también ligados a la vida castrense. Tal sucede en Tánger, pequeño Montecarlo, donde la ciudad con estatuto de internacionalidad adquiere un realce próximo al protagonismo. En cierta forma el relato es un *tour de force* entre la integridad del joven alférez y la capacidad de fascinación de Tánger, lugar tras cuya seductora fachada de cosmopolitismo y algarabía se ocultan mil y un peligros, trampas para incautos y cortapisas para el desarrollo de una adecuada labor española en su zona de Protectorado. Cuestión que queda planteada desde el comienzo de la fábula:

"Todo es ruido y bullicio en la discutida ciudad del Estrecho (...) el cosmopolitismo de esta ciudad encantadora, pequeño Montecarlo del norte de África y semillero de discordias para el desarrollo de la acción de España en Murruecos." (Páginas 1-2).

Su viva fisonomía urbana, formada por gentes procedentes de todo lugar y de muy distinta condición, queda caracterizada por un abundante y fluido correr del dinero en cafés, casinos o *cabarets*, y entre prostitutas y toda una fauna de los más variados tipos que por allá pululan. Tánger es a la vez el espacio por antonomasia para el descanso del guerrero - "(...) los que vienen de las posiciones de nuestra zona o de Larache, Arzila, Alcázar o Tetuán en busca de emociones y placeres", (pág. 2)- y un hervidero de intrigas, tejidas en zocos y locales de ocio, para socavar la actuación española mediante el espionaje y el tráfico de armas hacia los rifeños sublevados. Vorágine que, como quedó dicho antes, volverá a mostrar Los del Tercio en Tánger, relato posterior en cronología -pero ya comentado en estas páginas- que, a pesar de orientar su planteamiento argumental en diferente dirección, viene a presentar una muy similar imagen de la ciudad.

También Ceuta adquiere algún relieve literario, aunque bastante menor que en el caso anterior pues su presencia rebasa en poco el mero espacio referencial, en Ceuta en el umbral. A diferencia de Tánger, el rasgo definidor de la plaza española reside en su cerrado y casi exclusivo ambiente militar: "- (...) En Ceuta no se ve más que eso. Soldados, escaramuzas, tiroteos y mar por todas partes." (Pág. 23). La ciudad semeja un gran cuartel donde el ordenancismo castrense rige hasta los actos más cotidianos e intrascendentes:

"Si la vida en la Plaza estaba fuertemente jerarquizada a causa de su exclusivo carácter militar, esta jerarquización adquiría su máxima expresión en la plaza. La comandancia de Ingenieros armaba las casetas de madera. En el centro, la del comandante general, y a un lado y a otro, en estricto orden de antigüedad, por cuerpos, servicios y dependencias, las de los regimientos, batallones de Cazadores, grupos de Regulares, Artillería, Ingenieros, Intendencia... hasta una, muy pequeña, de la Comandancia del Mar. Parecía como los puestos de una mesa en una comida protocolaria: derecha del comandante general; izquierda del comandante general." (Pag. 39).

Por último, en El fulgor de Africa, Umbral ofrece una sintética estampa del ambiente español de provincias en la década de los veinte, vertebrado esta vez por pautas ajenas a lo

militar pero denotativas de un añoso clasismo casi tan cerrado como aquél, a juzgar por el rígido esquema de relaciones sociales: "Quizá, a Afrodita Anadiomenes [criada de la casa] le gustasen también los tenientes, pero le estaba vedado hacer comentarios. Ella sólo podía opinar sobre soldados. Los tenientes se suponía que tenían que enamorarse de las señoritas", (pág. 16). Situación que, aunque vista desde otro ángulo y con otra funcionalidad dentro del texto, también preside las relaciones y establece diferencias sociales en La mujer del héroe entre Pepe Ruiz y su padre por un lado, frente a Eva y el suyo por otro.

En lo que respecta al aspecto técnico y a las formas del discurso, son relatos que, con la únicas y nítidas excepciones de Todo por la patria y El fulgor de Africa, y ya más difusa - aunque tampoco sea homogéneo con los restantes- de Ceuta en el umbral, se enmarcan dentro de los moldes más tradicionales del contar. Repiten las mismas fórmulas que, heredadas de la novelística decimonónica menos exigente, se convirtieron en habitual forma de narrar para la novela popular del primer tercio de este siglo, tal y como se va viendo a lo largo de estas páginas. En poco o nada se diferencian, por ejemplo, de lo ya señalado al hablar de la mayoría de los relatos sobre la Legión, de buena parte de los que se ocupaban de temas amorosos y de algunos otros diseminados por otros capítulos. Esto resulta del todo entendible en La mujer del héroe y en Tánger, pequeño Montecarlo, dado que ambos títulos responden a una coyuntura de época y entran de lleno en esa infraliteratura carente de casi cualquier voluntad artística. Por contra se antoja ya menos adecuado en el caso de Once oficiales en torno a una mesa, teniendo en cuenta que este texto hay que considerarlo producto de un momento literario bien distinto. Es cierto que el planteamiento de la fábula no guarda ningún parecido con aquéllos, pero continuar a la altura de 1965 reproduciendo unos caducos modos expositivos idénticos a los de los modelos precedentes, como si nada hubiese cambiado en el ámbito narrativo durante todos esos años, sólo puede considerarse pereza o esclerosis mal avenida con cualquier ánimo artístico.

Todos estos títulos se decantan por la narración desde la tercera persona, lo que no hay que entender como una voluntad de distanciamiento, es decir, de hacer del narrador mero

transmisor imparcial al margen de la fábula. Bien al contrario, la impersonalidad pronto queda claro que sólo se aparenta. A la habitual omnisciencia inmoderada del emisor hay que añadir las impertinentes intromisiones mediante los ya conocidos procedimientos del empleo de posesivos que lo incluyen también a él -"nuestros infantes"<sup>502</sup>, "nuestros enemigos"<sup>503</sup>, "nuestras aguas"<sup>504</sup>- o los excursos narrativos al margen de la historia contada y retardatarios de la acción, recurso que todavía se hace más improcedente en novelas de breve extensión como la de López Rienda, por ejemplo, donde llama la atención el abuso de estas fórmulas en tan escasas páginas:

"La pobre madre era viuda de un teniente coronel muerto en la guerra de Melilla, en uno de aquellos desastres aislados del 9, donde, mezclados con los errores que fueron motivo de no pocos fracasos, hubo derroche también de valor y heroísmo." (Tánger pequeño Montecarlo, pág. 4).

"¡Cuántas lágrimas derramó la pobre señora!// Marruecos tiene en la mujer española su mayor enemigo. Marruecos es para la mujer española lágrimas y dolores. Por eso la madre de Pepe Reyes vio partir al fruto de sus entrañas con el alma embargada por la pena." (*Ibidem*, pág. 5).

Estos, por así decir, apartes argumentales no sólo denotan envejecidos modos de contar, sino que, además, las más de las veces desvelan un irreprimible afán por dejar constancia de la obiedad, en lo que Vicente Martorell resulta un maestro. Véase, a manera de simple ejemplo, la forma en que inicia el capítulo veintisiete:

"Nada une tanto a los hombres como el afrontar juntos peligros y fatigas. Y así ocurrió que (...)" (Once oficiales..., pág. 141)

Tales muestras no agotan empero ni la desmedida presencia de quien cuenta en el interior de la fábula ni los trasnochados recursos técnicos propios de la primitiva novela decimonónica. Los narradores de López Rienda y de Martorell no parecen resignarse a su función de meros transmisores del relato, quieren también ser partícipes de los avatares

referidos, para lo cual simulan tomar parte en los acontecimientos a través del uso de plural como voz contadora y aparecen por cualquier esquina del texto para dirigirse sin recato al lector, bien para suministrarle alguna innecesaria información -"Allí es donde se comía en verano y allí iban acudiendo, en el punto en que nos hallamos de la narración [?], los oficiales de nuestra pequeña historia", (Once oficiales..., pág. 15)- o bien para fingir una complicidad con el receptor en cuanto al grado de conocimiento del protagonista, cuya falsedad se encargará de constatar el discurso posterior dando todo tipo de detalles menudos sobre su vida pasada, cual puede verse en la aparición del alferez Pepe Reyes:

"Unos minutos después, una amiguita oficiosa y espontánea (...) nos lo presenta:

'-Pepe Reyes, alferez de Infantería." (Tánger, pequeño Montecarlo, pág. 4)

No falta tampoco ocasión en que dejarse llevar por este apego a tan vetustas fórmulas tiene como resultado el absurdo narrativo. Tal le sucede de nuevo a López Rienda, que preocupado por mantener la atención del lector, consciente tal vez de la fátiga que su relato - a pesar de la reducida dimensión- va produciendo en éste, no duda en echar mano de las preguntas que dejan en suspensión los acontecimientos referidos, con idéntica finalidad que lo hacían los inacabables folletones del pasado: "Sonaron pasos en el corredor, y la madre de Pepe Reyes se enjugó las lágrimas. El corazón le latió fuertemente./ ¿Conseguiría de Aurora y del intendente lo que ella creía, en efecto, la salvación de su hijo?", (Tánger, pequeño Montecarlo, pág. 20). Claro que en aquellos novelones el desenlace podía quedar a muchas entregas de distancia y había que asegurarse los compradores para la semana siguiente, mientras que aquí desde esa pregunta al final sólo resta poco más de una página, y quien ya ha soportado veinte no será difícil que pueda llegar a la veintiuna.

Semejante precariedad alcanza también a otros parámetros de la construcción novelesca, por ejemplo, a la coordenada temporal, que en las dos novelas breves sigue una progresión líneal carente de cualquier artificio distinto de las consabidas vueltas ocasionales al pasado o analepsis para referir algún acontecimiento anterior justificativo del estado o situación actual de sus respectivos protagonistas. En Once oficiales en torno a una mesa este esquema adopta

formas algo menos tradicionales, al articularse el relato en torno a la oposición de hechos presenciales y de elipsis. Aquéllos referidos mediante cada una de las comidas que convocan a los militares, y éstas a través de los silenciados periodos que quedan por medio. Sin embargo, esta en principio original organización no da mucho juego en el conjunto de la narración porque se echa en falta un elemento que hilvane los episodios que ocurren ante los ojos del lector y los que quedan en zona de silencio. En definitiva, adolece de una verdadera trama novelesca o al menos de algo que se le parezca, pues los únicos momentos en que el relato se encauza por esta vía comienzan a partir de resultar herido el teniente Conagell, y esto no sucede hasta el antepenúltimo capítulo. Al igual que en el ya comentado planteamiento de personajes una acertada idea se malbarata en su materialización.

Todo lo contrario hay que decir de Todo por la patria y El fulgor de Africa. Ambas destacan por una más que notable elaboración técnica. En el primero de estos títulos, Fernando Cobo adopta una plurifocalidad que fracciona la estructura del relato en varias líneas narrativas encomendadas a otras tantas voces diferentes: un narrador impersonal que refiere los antecedentes familiares de Víctor, la parte correspondiente a su abuelo y padre; el propio Víctor, que en una segunda persona autorreflexiva, evoca desde su particular óptica su vida pasada al hilo de sucesos presentes; una parte epistolar en la que Pierre, el amigo de Víctor, informa a Antonio, el hijo del militar, sobre lo acaecido a éste, objetivando y censurando la existencia del protagonista a la vez que el devenir histórico de España durante esos años; y, finalmente, una serie de informaciones extraídas de la prensa de la época o de discursos del propio Franco, y cuya falsedad evidencia el relato de los otros narradores. Cada una de estas voces va ofreciendo en alternancia con las restantes distintos encuadres de lo acaecido, hasta completar un panorama de contradictoria apariencia y enriquecido por la propia disparidad ideológica de quien cuenta. Y sobre este ya complejo esquema aún se añaden otras fórmulas caracterizadoras de la novela contemporánea. Acaso la más representativa la ofrezcan los reiterados monólogos interiorizados del protagonista y algún otro personaje, pues otras formas orientadas a trasladar la conciencia íntima de éstos al lector resultan menos afortunadas por

un tanto artificiosas y forzadas (la unión de palabras en la carta de Lourdes a Víctor, pág. 99). Incluso la novela declara su admiración por Historia del cautivo de Juan Antonio Gaya Nuño, otra importante fábula sobre la campaña marroquí publicada también en México y de la que se hablará en un epigrafe posterior. De ella traslada a su texto una versión sobre la muerte del general Fernández Silvestre que, en cuanto alcanzo a conocer, nadie había dado forma literaria antes: fusilado por su propia escolta cuando en su enloquecimiento empezó a disparar contra los hombres encargados de protegerlo (pág. 103).

Por lo que respecta a El fulgor de Africa, un primer acierto radica en el planteamiento de la propia figura narradora, que también queda lejos de los parámetros convencionales. En realidad casi se sitúa a medio camino entre la impersonalidad que impone la tercera persona, aunque está sea la forma en que se presente, y una original manera de entender el denominado relato fenoménico, dado que el narrador que se dirige al lector se convierte en buena medida en un transcriptor de las impresiones que Jonás, el bastardo, va recogiendo en el memorial familiar que está redactando. De tal forma que en múltiples ocasiones la voz de aquél se solapa con la de éste, convirtiéndose el narrador impersonal en algo así como un *alter ego* - en lo que a relatar se refiere- de Jonás. Extremo que se advierte con expresiones que dejan constancia de que tal o cual acontecimiento fue notado por el personaje aunque nos lo haya transmitido el narrador. Así, por ejemplo, entre otras muchas con semejante intención: "(...) escribía Jonás en su memorial"; "(...) anotó un día el bastardo Jonás en su cronicón"; "(...) Jonás el bastardo no dejó de anotar esto en su memorial"; "así la veía, así la vivía, la recordaba Jonás el bastardo, así la escribía en su memorial familiar, así era su otra madre"; etc.. No obstante, la función del narrador en tercera no se agota con esta labor de dar cauce a lo pensado, sentido o escrito por el personaje sobre los otros seres que pueblan la novela, sino que, a la vez, apostilla estas percepciones con comentarios irónicos o humorísticos de su propia cosecha -"Al niño le puso Manuel, en memoria de Falla, y quizá con los años acabó monja, aunque esto no consta en el memorial de Jonás el bastardo", (pág. 89)- y va dando

cuenta de los actos o de los contenidos de conciencia del propio Jonás, que sin esta presencia impersonal habrían de quedar en elipsis:

"Jonás fue un niño, e incluso un adolescente a la busca de una madre. Ya tenía el modelo de padre, en el tatarabuelo muerto, y ahora necesitaba el modelo de madre. Jonás se estaba haciendo unos progenitores a sí mismo, al revés que todos los niños (...)" (Pág. 23).

Este particular planteamiento en cuanto a la función narradora encuentra, a mi modo de ver, su razón en conseguir esperpentizar lo que acontece en la fábula pero sin que a la vez pierda un cierto anclaje con un referente reconocible como asunto serio. Esto último se lo aportan las impresiones que Jonás va trasladando a su memorial de la familia, mientras que con el distanciamiento que imponen las casi siempre bufas percepciones del narrador formal cuando se aparta de los contenidos de conciencia de Jonás, es decir, cuando lo que vierte son exclusiva aportaciones suyas, se va dando cabida al irónico y feroz sarcasmo desmitificador de unos personajes y de una época en general. Esta finalidad viene avalada además por la presencia en el texto de otros elementos cooperantes en idéntica dirección. Tal puede verse en la no infrecuente utilización de recursos que suelen ser habituales en la configuración de mundos literarios a medio camino entre lo real y lo mitológico o legendario:

"Del mismo modo que hubo el año sin tiempo, hubo el año de la inundación, que fue cuando se desbordó la Esgueva y la gente iba en barca por entre el plateresco y el barroco de la ciudad." (Pág. 123).

Párrafo en el que se adivinan ciertos resonancias de las míticas creaciones espaciales y temporales de García Márquez, que, por cierto, no es la única vez que parece convocarse su literatura en la novela<sup>505</sup>, pero la finalidad de *Umbral* resulta bien distinta de la del novelista hispanoamericano. Aquí se persigue dotar al referente de algunos rasgos de imagería legendaria para acentuar la ironía al mostrarlo después en toda su mediocridad, lo que puede verse unas líneas más abajo del fragmento anterior, donde continúa el mismo asunto pero derivándolo hacia la intencionalidad desmitificadora y esperpéntica:



"[Sigue justo de la cita precedente] La ciudad, pues, fue una Venecia semanal y adusta que trajo algunas gentes nuevas a casa de los Hernández, nuevas o menos habituales, pues los ríos siempre arrastran vidas, que ya lo dijo el clásico./ Las Caravaggio, de las Caravaggio de toda la vida, que vivían en un digno entresuelo, se vieron con el agua por el culo de la abuela, los muslos de la niña (Teté Caravaggio) y el cuello de los jarrones."

Por idéntica razón la antroponimia novelesca responde a patrones mitológicos, bien de la antigua tradición clásica -como Afrodita, Jonás o Titán, por ejemplo- o bien de recio abolengo castellano, cual Gonzalo Gonzalo o Hernán Hernández. Y también la componente temporal apoya en parte esta función desmitificadora, en cuanto que no pueden establecerse límites precisos entre unos acontecimientos y otros, sino que éstos quedan difuminados, sin seguir una convencional progresión ordenada, en realidad lo que llega al lector son retazos de la totalidad de los sucesos en alternancia con elipsis. Tal planteamiento lejos de responder a un caos sin orden ni consecuencia refleja una adecuación al punto de vista del personaje, de Jonás, ya que la mayor parte de lo que se cuenta son aquellos momentos que llamaron su atención y merecieron, por tanto, figurar en su memorial, que no es sino obra de demolición tanto del pasado orgullo familiar como de los avatares actuales.

En suma, el entramado arquitectónico del relato se desvela como eficaz modo para trasladar al lector la idea de fondo que subyace: la desmitificación de una pequeña parcela del pasado nacional, tanto en lo que atañe a la denominada historia con mayúsculas, la guerra de Marruecos y sus inmediatos gestores, como -y sobre todo- a la que suele escribirse con minúscula, el retrato social de aquel tiempo. Pero habría que añadir que, sin resultar contradictorio con lo anterior, esta especie de apartes -siguiendo la terminología escénica- o toma de distancia del narrador impersonal ante lo contado sirve al autor -en un uso que es habitual en sus creaciones literarias- como cuace para ampliar su libertad de creador y dar cabida a un culturalismo personal que unas veces se traduce en la expresión de sus propias opiniones y en una acentuación de sus dotes de estilista, mientras que otras se desvela indicio

de una forma de testimonialismo del presente mediante la contextualización de la novela en el momento de la redacción con elementos culturales propios de hoy y no del ayer referido, pues no de otro modo pueden entenderse apreciaciones como: "El médico, don Félix, era viejo, delgado y con gran bigote. Tenía algo del Gato Félix", (pág. 119).

Ceuta en el umbral representa un caso bien distinto de los anteriores. Aquí la narración desde la primera persona impone unas normas en nada homogéneas con lo visto hasta el momento, pero, además, bien puede decirse que se aparta tanto de las insuficiencias técnicas de los primeros títulos como de los aciertos de los últimos. Es una novela de construcción ajustada a los tradicionales patrones del relato personal, sin precariedades pero también sin alardes, a la que tal vez sólo se le puede objetar la inclusión de algunas esporádicas aclaraciones que resultan superfluas para el correcto seguimiento del texto y denotativas de una presencia demasiado obvia del narrador en la historia, poco conveniente aun tratándose de una narración personal. Expresiones del tipo: "La plenitud sin confines que más arriba he descrito", (pág. 63), o "Intercalo aquí el relato del coronel (...) porque aclara los sucesos que acabo de narrar desde mi personal punto de vista", (pág. 198). No obstante, el demérito que tales usos imprimen al conjunto hay que considerarlo escaso por las muy contadas veces que los utiliza. El resto queda dentro de los límites de lo correcto, pues si bien puede achacarse que la forma de contar no resulta propia de un niño, la fábula pronto aclara que no nos encontramos ante una historia vista desde la infancia sino una rememoración de unos tiempos pasados que se realiza desde la madurez.

El estilo de estas novelas viene a abundar en lo ya comentado hasta el momento respecto a otros parámetros constructivos. En un extremo hay que situar las narraciones breves de los años veinte y en el contrario el relato de Umbral, por medio los otros tres títulos que ni se asemejan a aquéllas ni a éste. Tanto La mujer del héroe como Tánger, pequeño Montecarlo siguen modelos de habla literaria muy semejantes a los ya comentados en capítulos anteriores al tratar de los títulos de baja intensidad artística que se publicaron por esos mismos años. Por ejemplo, en lo que se refiere a López Rienda, deja ver aquí las mismas maneras que poco

después volverá a reproducir en relatos cronológicamente posteriores pero ya comentados en epígrafes previos. Ambos autores se decantan por un estilo más que mamoseado, mitad tomado de los más viciados y superficiales usos modernistas y mitad de ciertos dejes propios de la novela popular. De los primeros, mucho más presentes en Tánger, pequeño Montecarlo, deja constancia ese gusto por la imagería grandilocuente y enjoyada en imágenes, metáforas y comparaciones:

"(...) la maravilla de sus dientes blancos -collar de marfil en estuche de un rojo violento." (Pág. 1).

"El sol acababa de salir, triunfante, poniendo platas y nácares en el mar." (Pág. 15).

La segunda influencia toma vertientes distintas en cada uno de los textos. En el de Rodolfo Viñas se manifiesta sobre todo en unos repetitivos impulsos hacia lo lacrimógeno y la expresión sensiblera -"Mejor era así. Una barrera eterna. A sufrir... Él se curaría al cabo de su dolor. Tropezaría con una mujer; hay tantas. Le haría feliz...", (pág. 6)-, mientras que en el de López Rienda toma cuerpo en forma de bromas chuscas: "Lo hemos visto alguna vez, en los camerinos de las artistas de varietés, llevándolas [el laísmo también es suyo] regalos de los bazares indios, haciendo el ídem con bastante frecuencia", (pp. 3-4), o "un pianista más feo que Unamuno", (pág. 13). Y, como también suele ser frecuente en este tipo de narraciones, todo esto se va produciendo en alternancia con usos más propios del habla coloquial que de la prosa escrita, cual hay que entender el abundante empleo de diminutivos de valoración, y con una generalizada falta de cuidado, unas veces en el aspecto morfosintáctico -como el laísmo señalado unas líneas atrás- y otras en el léxico semántico con abundantes repeticiones de vocablos, errores e imprecisiones.

Poco hay que destacar en cuanto a los usos lingüísticos en Once oficiales en torno a una mesa y en Ceuta en el umbral, pues tanto una como la otra se decantan por un registro funcional, un tanto mate, sin ánimo alguno de brillantez pero donde tampoco se detectan las insuficiencias de sus predecesores. En la novela de García de Pruneda casi lo único reseñable reside en una omnipresente fotofilia, que no es gratuita sino reflejo de uno de los intereses

del narrador: "La luz y el aire, por inaprehensibles, han sido desde niño (...) mi preocupación máxima", (pág. 124). Lo cual se traduce en el texto en un uso de la luz como creadora de sensaciones visuales y de ambientes, como filtro para percibir o distorsionar los objetos y hasta como indicio o elemento modulador del ánimo del personaje, en definitiva, como medio de descubrir o interpretar el mundo. Todo ello, que aparecerá reiterado en múltiples ocasiones a lo largo del texto, se manifiesta ya, y tal vez de forma más evidente que en ningún otro lugar, en el comienzo del relato:

"A través de las lágrimas, las luces cercanas de la calle, las más lejanas del Hacho, se me aparecen como trazos luminosos cortos y verticales, irisados de varios colores. El haz luminoso del faro que pasea el mar, se descompone y su figura de cono alargado es rota por las lágrimas, que lo convierten en una cascada de luces, como en un fuego de artificio./ El espectáculo es fantasmagórico. Las palidas luces de las bombillas amarillentas, redondas y tristes, se han convertido por ensalmo del lloro en una como sinfonía de colores, de rayos cambiantes. Mis lágrimas obran el milagro. El cielo casi negro del atardecer es ahora vario, rico de matices, de formas insospechadas, de líneas verticales y ondulantes, que nacen rotundas y que a través de mis lágrimas se resuelven en un perfil tenebroso (...) De repente, he descubierto la belleza (...)" (Páginas 7-8).

Lo demás, más bien poca cosa, salvo la querencia que el autor parece tenerle al vocablo "abismar", a juzgar por las repetidas veces en que lo pone en boca del protagonista para que éste indique estados de reflexión<sup>506</sup>. Y aún más desdibujado resulta el estilo de Vicente Martorell, en el que lo único mencionable radica en el empleo de algunos términos léxicos procedentes de la jerga militar, de ahí que quepa la sospecha, ya antes apuntada, de que ésta fuera la profesión del autor. En alguna infrecuente ocasión la descontextualización de esta jerga consigue incluso cierta creatividad expresiva: "Se veía que había sido gorda y, habiendo perdido su volumen, las carnes colgaban *por sectores* [el subrayado es mío] a su antojo." (Pág. 134).

Algo más de brillantez hay que destacar en la lengua literaria de Todo por la patria, cuyo rasgo más acertado se encuentra en lo exacto de sus fórmulas reproductoras de la oralidad, en diálogos y monólogos, junto a un estilo sintético y un tanto impresionista que con notable economía verbal logra de cuando en cuando unas muy eficaces descripciones ambientales o anímicas, y a veces asociando las primeras a las segundas. Véase, por ejemplo, con que ahorro de medios y eficacia transmite la sensación de amenaza y peligro cierto:

"Y allí estaban. Guardias Civiles de negro y verde, bigotes fieros, caballos veloces, pistola y fusil." (Pág. 39).

O la expresiva estampa de los primeros momentos de la derrota republicana y la victoria de los sublevados tras el final de la guerra civil:

"Horas, palabras, llanuras, montañas, olivos, vides, encinas, alcornoques, chopos y pinos. Hombres de pana y mujeres de luto. Soldados en filas que cantan hacia Madrid. Procesión de silenciosos milicianos buscando alguien a quien entregar el fusil callado." (Pág. 224).

Si hay algo que distingue El fulgor de Africa de los restantes relatos es la cuidada elaboración de su prosa, producto artístico por cualquier resquicio que se mire. Uno de los rasgos fundamentales, destacado por Santos Sanz Villanueva en la ya citada reseña, consiste en su inclinación al lirismo, que lejos de ser mero adorno se funde con lo narrativo e imprime una gran belleza al habla literaria. Véase, por ejemplo, como mientras el personaje camina por la ciudad para llevar a casa un encargo, el paisaje nocturno va ciñéndose a él en una suerte de marco poético donde se encuadran su acción y sus reflexiones:

"Jonás el bastardo caminaba solitario por las calles, desde la farmacia de don Martín Bellogín hasta su casa, en la noche de invierno/verano, con un vaso en las manos (...) Jonás pisaba calles que se volvían irreales en la noche, calles conocidas y desconocidas al mismo tiempo, una ciudad muy sabida y una ciudad nueva, como en los sueños (...) De modo que llego a cogerle gusto a aquellos lentos y largos paseos nocturnos, repetidos cada cuatro o cinco años, cuando la ciudad imaginaba nieblas y el río

presentido, cercano y hondo, se inventaba una ciudad a partir de unas luces (...) Jonás iba por las calles conocidas/desconocidas, todas de piedra y silencio, con el vaso por delante como un cuchillo erguido y sujeto con las dos manos (...) La niebla descendía como un cielo espurio y el río soñaba ciudades cruzando al costado frío de la ciudad." (Páginas 28-30).

En este lirismo cooperan además todo tipo de recursos expresivos propios de la lengua poética. Desde imágenes poderosas: "Las torres de la ciudad eran lanzas de fuego cansado en un sol último y feroz", (pág. 56), o "Jonás se miro la solapa y tenía en ella una mancha de sangre./ Clavel dramático que la madre/tía/amiga le había dejado en el ojal", (pp.117-118). Hasta un no menguado número de metáforas nada consabidas: "el aire azul de la memoria", (pág. 15); "Jonás, tatuado aún por los besos que le habían dejado al irse", (pág. 41); "La tos de la tía Algadefina, respunte tenue de su vida, puntos suspensivos de su raudo vivir", (pág. 84). Junto a estos, el texto se enriquece con otros modos menos habituales en el discurso narrativo, tales como los paralelismos y repeticiones anafóricas o los variados efectos fónicos, a veces meras aliteraciones, pero otras veces juegos conceptistas donde la semejanza o identidad fónica se combina con una polifuncionalidad semántica: "A Delmirina le tocó aquel tocón humano [lo que incluso explica por si hay algún lector no avisado] (recordemos que tocón es lo que queda de un árbol cortado de raíz)." (Pág. 61); "era más amojamada que ajamonada, llevaba una permanente permanente", (pág. 99). Las figuras codificadas en la tradición literaria no agotan la riqueza expresiva del texto, que se nutre también con una creativa adjetivación, no sólo original sino muy bien avenida con el contenido denotado: "La verdad macho [én referencia a los oficiales africanistas] de la vida", (pág. 65); "Max Linder, Mack Sennett, el gordo y el flaco, Buster Keaton, Harold Lloyd, Chaplin y toda la gracia muda de la época", (pág. 66)-. Y con buen número de voces gestadas por el propio autor, cuyo uso no siempre resulta justificado pero que de vez en cuando resultan acertados neologismos *ad hoc* para las situaciones narradas, tales como los subrayados en los siguientes fragmentos: "vivía la *ajenidad* que era su vida", (pág. 35); "*encantatriz*, eso es lo que era",

(pág. 84); o "solteras y *malmaridadas*", (pág. 123). E incluso con coloquialismos que en principio parecen poco adecuados para el discurso literario pero que denotan una fuerte libertad creadora, y que ya vienen siendo marca denotativa del personal estilo de Umbral: "El general Primo de Rivera le había metido una como cierta sobriedad a la vida española", (pág. 166). Tal vez lo que a mi entender resulta ya algo más discutible es una deliberada tendencia hacia la frase redonda o conclusiva que con impenitente reiteración va intercalando en el texto. Uso que se manifiesta en dos vertientes. La primera, como expresión cercana a la greguería ramoniana resulta más pertinente, pues al cabo no cabe interpretarla sino una originalidad de filiación artística y a la que nada hay que objetar salvo la posible torpeza en la comparación, que no es el caso, como puede verse en: "El tiempo es un ácido que disuelve caballos y biografías", (pág. 15); "La pintura es la pizarra de la literatura", (pág. 40); "la mujer (...) es un sexo narrativo", (pág. 42). Sin embargo, en ocasiones, ocupando la misma distribución o espacio de discurso que las anteriores fórmulas aparecen otras semejantes en su valor sintetizador, pero cuyo peso artístico no excede el de las meras frases lapidarias, expresiones que por su inclinación a la trivialidad desentonan en un conjunto de cuidada elaboración: "sólo las madres saben hacer hombres", (pág. 34); "un amor desgraciado siempre ennoblece a una mujer, por muy puta que haya sido", (pág. 50); "el tiempo es un misterio", (pág. 53); "una amistad profunda entre hombres está hecha siempre de pequeñas coincidencias, aunque disientan en las grandes cosas", (pp. 131-132). No obstante estas frases quedan en *peccata minuta*, sin llegar a enturbiar una prosa brillante y llena de aciertos, la cual sitúa El fulgor de Africa a enorme distancia artística del resto de los títulos que se acercan a la figura del militar profesional.

### 1.5. El rifeño.

Si hasta el momento la guerra y todos sus acontecimientos satélites enmarcados en la zona de Protectorado que hemos ido conociendo han sido enfocados desde la perspectiva española, y lo mismo puede decirse *grosso modo* en cuanto a los personajes y a los muy diversos

avatares por los que han pasado, el capítulo que ahora se inicia supone un cambio radical en este sentido. En estos relatos el marroquí asumirá el protagonismo de los acontecimientos referidos, sean éstos bélicos o no, y con notable frecuencia el encuadre del conflicto se realizará desde su propio punto de vista. El español pasará a ser personaje secundario, en realidad, el enemigo, el colonialista y sojuzgador de la libertad de aquél.

Era esperable que entre la larga nómina de títulos que tomaron estos sucesos como motivo para una recreación literaria, alguno de ellos imprimiese un brusco golpe de timón a los habituales planteamientos novelescos y cediera el protagonismo a los que de común habían sido objeto de escasa atención o habían permanecido en un oscuro segundo plano. Ciertamente que en algunas de las narraciones hasta aquí comentadas ya han podido verse ligeras incursiones en esta dirección, por ejemplo, en Los últimos días de Ben-Kaddor, el cuento antibelicista de Gabriel Alomar, o en La pared de tela de araña, la novela de Borrás que muestra un amor desgarrado e imposible entre nativos. Sin embargo, ninguna de ellas llegaba al punto de las que ahora van a ser objeto de atención, algunas de las cuales por así decirlo se pasan al otro lado en su más absoluta integridad.

En número son relatos más bien escasos e infrecuentes dentro del cómputo general, no obstante, esta tendencia no puede considerarse en puridad como una tardomanifestación de última hora cuando ya la narrativa está de vuelta en lo que a esta materia se refiere, dado que el primer título en el que se observa este cambio de orientación aparece en una casi estricta contemporaneidad a los acontecimientos reflejados. Si bien hay que decir que los productos más ambiciosos y en algún caso conseguidos hay que darlos por obras crepusculares compuestas a gran distancia del conflicto y de sus directas repercusiones, lo que se deja ver en una ideación de las fábulas que encierran todo el sustrato histórico de aquel enfrentamiento.

Aunque no todas puedan considerarse novelas de guerra en el sentido de notación de refriegas y combates, el conflicto armado y sobre todo la indeseada figura del colonizador, pues protector no parece término que se avenga con lo reflejado en el contenido, se sitúa en



el centro de cada una de ellas, hasta el punto de que si cabe hablar de un motivo común, éste, salvo alguna excepción, reside en la impotencia y el profundo resentimiento que la arrogante presencia española genera en el nativo.

La primera manifestación la proporciona La sed, relato breve publicado en el año 1923 dentro de La Novela Gráfica<sup>507</sup>, una de aquellas colecciones que se dedicaban a este tipo de narraciones cortas. Obra de Carlos MICÓ ESPAÑA, ocasional periodista y miembro del Tercio, cuyo nombre resulta ya familiar en estas páginas por ser también responsable de otras dos obras de ficción del mismo tipo y dimensiones, ya comentadas en el capítulo dedicado a la Legión<sup>508</sup>. Éste constituye el tercer y último título de carácter imaginativo que Micó dedicó a la contienda y en él se aparta un tanto de lo que había sido su trayectoria en los dos anteriores. La fábula no se enmarca en su habitual universo legionario y además abandona las extravagantes teorías teosóficas que daban un aire no ya de inverosimilitud sino de imposibilidad y absurdo a lo contado. Claro que tampoco se aparta por completo del terreno de lo poco creíble, tan sólo lo atempera, pues el golpe de efecto que cierra el relato, como podrá verse en breve, se adecúa más bien poco con la verosimilitud interna de la historia narrada. Aquí la anécdota se inscribe en la penitencia que para los nativos supone la presencia del ejército español y, sobre todo, en una disputa interna entre los habitantes de un aduar o aldea marroquí. La falta de agua causa desesperación y estragos entre los habitantes de un poblado, que han visto a las tropas colonizadoras apoderarse de ella y, ante la escasez de tan preciado líquido, ya no están dispuestas a repartirla con los naturales del país como lo habían venido haciendo en épocas de mayor abundancia, a pesar de la amistosa relación que liga a ambos grupos. Ante tal situación el caíd Sidi-Hamido insta a su hijo, Ben-Hamido, para que la consiga del pozo en posesión de los españoles. Éste se niega a matar al soldado de guardia para lograr lo que su padre le propone. Ambos regañan y el anciano caíd reniega de su hijo. A la mañana siguiente el centinela que custodiaba el pozo ha desaparecido. Poco después, Bel-Agar, rival de Ben-Hamido porque desea a Zoraida -una de las dos mujeres de éste-, acude al campamento del ejército y, tras indicarles que el cadáver del soldado desaparecido

se encuentra en el fondo del pozo, acusa a Ben-Hamido de haber perpetrado el crimen. Cuando los españoles van a buscar al presunto criminal y lo interrogan, el acusado, pensando que el verdadero responsable es su padre, se autoinculpa. En esto aparece el anciano caído responsabilizándose del asesinato y solicitando la libertad para su hijo. Ambos quedan detenidos hasta su inminente fusilamiento. Entre tanto Bel-Agar, que había dado dinero y un caballo al centinela para que desertase, intenta forzar los favores amorosos de Zoraida, pero Fátima, la otra mujer de Ben-Hamido, acude en su ayuda. Encierra al malvado en la choza y la prende fuego. Cuando los demás vecinos acuden para intentar sofocar el incendio ya nada pueden hacer por la vida de Bel-Agar. Sidi-Hamido y su hijo regresan al aduar porque los españoles -merced a una extraña iluminación- se han dado cuenta de que eran inocentes. Final poco creíble, pero que sirve a Micó para introducir una pequeña burla sobre el credo musulmán, a tenor de las palabras con que se cierra el relato, y que traducen la reflexión del anciano caído sobre lo sucedido: "-¡No estaba escrito!"

Habrán de pasar varios años hasta que se publique otro relato que centre su atención en el rifeño. Lo que sucede en 1934, cuando aparece Chumberas y Babuchas, novela que por su extensión está más próxima a las breves que a las de dimensión estándar. Su autor, Francisco FUSIMAÑA, resulta un desconocido en el panorama literario aunque ya ha sido mencionado en estas páginas debido al cuento o brevísima novela Recordando, texto con el que se inicia el libro y que ya fue objeto de atención en el capítulo dedicado al hombre en la guerra. Ambos se complementan, pues si aquél daba sintética cuenta de la penosa existencia del soldado, éste ahonda en sus consecuencias y además refiere el enfrentamiento bélico desde una original óptica, de tal forma que de consuno forman una suerte de díptico antimilitarista y antibelicista sobre las nefastas consecuencias de la guerra. La fábula objeto de atención en estos momentos, y lo mismo podría decirse de la otra, se inscribe en la corriente narrativa que, iniciada con El bloque a fines de los veinte y continuada con otros cuantos títulos durante los primeros años de la década de los treinta, se orienta hacia un tipo de ficción de raíz humanitarista, marcada por la clara censura de la campaña militar y una aún más decidida

crítica hacia la organización y mandos del ejército español en África. Se aparta un tanto de la generalidad en cuanto que, a pesar de que su argumento da cuenta de cómo se vivió la contienda bélica desde la perspectiva y el campo rifeño, el protagonismo no recae en un nativo sino en un soldado español que ha desertado de las tropas coloniales. Julián Ambrosio Pascual, a tal nombre responde este soldado, campesino tan bondadoso como poco instruido, que se ve obligado a huir ante el temor a la posible represalia de un superior cuando llegara a enterarse de que le había desaparecido el botón de su portafusil. Sin embargo, esto sólo es la gota que colma el vaso de la zozobra en que vive desde que se incorporó a filas y comenzó a convertirse en víctima del inhumano sistema disciplinario, de las desconsideradas burlas de sus compañeros veteranos y de la inquina de ese superior. Durante su desorientada fuga Julián se encuentra por azar con el caíd Mohand Ben Abd-al-lah, quien lo conduce a la cabila cuya jefatura ostenta y lo convierte en una suerte de criado o esclavo sujeto a una férrea vigilancia y dedicado a ínfimas y rutinarias tareas. Situación que mejora a partir del día en que, durante el transcurso de una cacería, Julián ayuda al caíd a salir de una comprometida situación que ha puesto en peligro su vida. Ante las atenciones que el marroquí le depara Julián decide corresponderle, además de intentar ganar una mayor estima, mediante su conversión a la fe musulmana. Desde ese momento muda su personalidad y hasta su nombre, transformado ahora en Mohammed El Islami. El levantamiento de Abd el Krim lleva la guerra también a la cábila donde vive Julián, que de este modo queda expuesto a la pesadumbre de tener que cooperar con la harka rifeña en contra de sus antiguos compatriotas. Además, comprueba, horrorizado, que los feroces métodos utilizados por los rifeños para disuadir a los remisos ante el combate en poco o nada se diferencian de aquellos por los que escapó del ejército. Otra vez el ánimo civil, pacifista y humanitario de Julián se ve abocado a una distinta pero al cabo disciplina militar. Y de nuevo cruza por su mente la idea de huir o de quitarse la vida, lo que intenta sin resultado exponiéndose al bombardeo de la aviación española. La guerra continúa con su lógica de destrucción y muerte en un curso paralelo a la decrepitud moral y física del protagonista, hasta que, tras el desembarco de Alhucemas y la previsible

derrota de los rifeños, las tropas españolas ocupan el poblado de Julián. Entre los cadáveres que pocos días después están recibiendo sepultura se encuentra uno perteneciente a un tal El Islami, que murió empuñando como único armamento el palo que servía de sostén a su débil anatomía en vez del habitual fusil.

Con este moralizante y bienintencionado relato se cierra el ciclo de los dedicados a recrear la guerra desde el lado rifeño durante el periodo contemporáneo o inmediatamente posterior a los acontecimientos.

En un momento que podría considerarse de transición entre la etapa anterior y la que vendrá después, con publicaciones ya muy cercanas a los tiempos actuales, hay que situar la novela Ramadán de paz, obra de Tomás GARCÍA FIGUERAS<sup>509</sup>, publicada en 1946, aunque terminada de componer cuatro años antes, si hacemos caso a la fecha que el autor sitúa al final del texto. Narra la profunda amistad que llega a establecerse entre un militar español y un marroquí en una suerte de simbolismo que, a través del hermanamiento entre estos dos dispares personajes, quiere dibujar la mutua amistad que debe unir a ambos pueblos. La acción comienza en el año 1923, cuando el capitán Urrutia, antiguo oficial de la Policía Indígena, destinado en la actualidad en Intervenciones Militares -el servicio de información del ejército en Marruecos- recoge en las calles de Tetuán a un moro herido tras un atentado terrorista. El herido resulta ser Feddul Ben Abdselam el Arosi, lugarteniente del muy buscado Jeriro, uno de los líderes que han expandido la revuelta de Abd el Krim en la zona occidental del Protectorado. Feddul, que ha recibido un disparo de gravedad mientras participaba en el atentado, es conducido por Urrutia a su propia casa, donde, movido por su arraigado sentido humanitario y por su amor a los nativos, le procura los cuidados médicos necesarios para su recuperación y lo oculta de las autoridades militares españolas, contraviniendo lo que constituye su trabajo. Allí vive el musulmán haciéndose pasar por pariente del asistente del oficial hasta el fin de la guerra. Durante este tiempo ha ido naciendo una íntima amistad entre estos dos hombres a los que las circunstancias habían enfrentado. El capitán, imbuido de ideas humanitaristas en pro de la beneficiosa compenetración entre ambas naciones, profesa un

sincero amor por Marruecos y sus habitantes, en quienes ve hermanos equivocados que pronto comprenderán las elevadas miras de España y las altruistas intenciones que han llevado a esta nación hasta el norte de África. Feddul, poco receptivo en principio a la más que cordial hospitalidad que le depara Urrutia, va comprendiendo poco a poco que les une mucho más de lo que les separa. Los dos son hombres de principios, sentidos patriotas y guardan arraigadas convicciones religiosas hacia dos credos no muy diferentes entre sí, además, ambos se encuentran solos con una hija de corta edad, Ana María y Erhimo, quien trasladada también a la casa donde se oculta su padre, llega a trabar una relación fraternal con la hija del oficial español. Una vez concluidas las hostilidades y pacificado el territorio, el militar pone en conocimiento del Alto Comisario el ocultamiento de esos años. El superior no sólo no lo reprende, sino que lo felicita por su amplitud de corazón. Feddul, vuelve a su tierra del todo mudadas sus convicciones. Ahora reconoce el error de su lucha pasada y alaba la misión civilizadora que los españoles están desarrollando en su país. Entretanto el capitán entabla una nueva amistad con Ivonne, una atractiva extranjera en la que cree encontrar el amor que le falta. Sin embargo, resulta ser una espía internacional que lo ha atraído a su red para obtener información sobre los movimientos del ejército. Descubierto el engaño, Urrutia decide abandonar Marruecos y solicita traslado a Córdoba, ciudad desde la que continúa su relación, ahora epistolar, con su amigo Feddul. El tiempo corre y llegan los tiempos de la República, momento que el relato aprovecha para comenzar su labor de propagandismo en contra del nuevo Estado y a favor del posterior levantamiento militar que daría origen a la guerra civil. Durante la etapa republicana, la negligencia y el desgobierno van arrumbando los logros que la Administración militar había llevado al Protectorado. Feddul, entristecido por la nueva situación y sin alcanzar a entender la razón de estos cambios, escribe a su amigo español, y éste le comunica que la situación en la Península tampoco es muy diferente. Por fin estalla el alzamiento militar del 18 de julio y los sublevados cuentan con la ayuda de no pocos marroquíes. Urrutia ha tomado partido por el llamado bando nacional y Feddul no tarda en darse cuenta de que su lugar se encuentra en España, donde podrá luchar en favor de la causa

que defiende su antiguo benefactor y procurar por un más justo y próspero futuro para su propia tierra. Tras un heroico comportamiento en múltiples combates contra las fuerzas republicanas, el marroquí muere en una acción bélica encaminada a liberar a la unidad de Urrutia de la tenaza enemiga que los ha cercado, aunque antes de expirar aún consigue abrazar al amigo español. Poco después, el antaño capitán, hoy coronel del ejército de Franco, también fallece en la cama de un hospital víctima de lo sufrido durante el cerco. Terminada la contienda nacional, Ana María se traslada a Tetuán para vivir con Erhimo, dando así continuidad a la fraternal relación que unió a sus padres. Merced a esta íntima convivencia, Marruecos y España quedan ligados por estrechos lazos de perdurable amistad.

A través del contacto entre estos dos hombres, la novela crea un mundo de quimérica ficción sin apenas apego alguno a la realidad, como puede verse al establecer un correlato con una de las narraciones a las que me referiré en seguida, Kábila, donde también se trata el asunto del marroquí que combate en la guerra civil española, aunque desde una perspectiva bien distinta. Ni Urrutia con sus humanitarias ideas puede estar más lejos del común de la oficialidad colonialista, lo que no quiere decir que a manera de excepción no hubiese algún militar de similar perfil ideológico, ni Feddul responde al modelo de independentista convencido de su lucha que se nos quiere presentar al comienzo. Todo se antoja una falaz idealización que habría que considerar un sencillo y bienintencionado cuento -marroquí, pero con connotaciones de chino- sobre la fuerza de la amistad y la comprensión, si no fuese por el encendido elogio que en su segunda mitad se hace de la sublevación militar conocida como alzamiento nacional y de su máximo dirigente, el general Franco, a cuyas cualidades militares y personales se rinde servil pleitesía en no pocas páginas. En contraposición, el periodo republicano, su manifiesto desgobierno y torpeza, junto a su posterior defensa de la legalidad institucional contra los levantados, concita la más cerrada reprobación. Lo que, al margen de deliberados maniqueísmos y voluntariosas tergiversaciones históricas al gusto y servicio de los rectores de la España de la época, merma el valor de la fábula, pues como ya señalé

Lawrence Miller, "la calidad de la novela va bajando a medida que va ganando terreno la orientación propagandística"<sup>510</sup>.

Largo tiempo después el asunto vuelve a ser retomado en dos novelas distintas entre sí y muy diferentes a las anteriores. Ninguna de las dos es una obra redonda, pero ambas resultan apreciables y ficcionalizan el motivo con la perspectiva y la profundidad de campo que les permiten los muchos años transcurridos, y, a pesar de sus obvias divergencias argumentales y de casi toda índole, las dos vienen a coincidir en el planteamiento ideológico de fondo: el sentido resentimiento y la incapacidad para el olvido que la actuación española en Marruecos, la guerra y su desenlace dejaron en el rifeño. Ambas narraciones indagan por medio de una fuerte presencia de lo individual, representada en los respectivos protagonistas y a la vez narradores, en lo que podría denominarse el personaje y su circunstancia, en el orteguiano sentido del término, más decantado hacia la estricta notación historicista en Kábila y hacia la interiorización personal en Quebdani. No obstante, tanto una como otra, alientan la idea de radiografiar el espíritu de un pueblo a través del retrato particular de uno de sus miembros.

El más antiguo, dentro de su cercanía al presente, de estos relatos es Kábila, obra de Fernando GONZÁLEZ<sup>511</sup> publicada en 1980. Bajo la forma de unas memorias redactadas por el rifeño tuzani Ahmed Ben Hakí en diferentes momentos de su vida el lector va conociendo los avatares personales del protagonista desde los inmediatos años anteriores a la revuelta de Abd-el-Krim, cuando Ahmed era sólo un muchacho que trabajaba como pastor, hasta unos momentos históricos muy posteriores, los últimos sesenta, cuando el hombre ya ha puesto el pie en la Luna. Por medio queda toda una vida de humillaciones y derrotas, una existencia marcada por aquel conflicto, en el que primero toma parte como guerrillero combatiendo junto a las huestes del caudillo rifeño, más tarde enrolándose junto a los que habían vencido a su pueblo. Ya perteneciendo a los Regulares, en cuyas filas alcanza el empleo de sargento, viene a España con las unidades del ejército de Marruecos que pelearon en el bando de los alzados en armas durante la guerra civil, y finalmente alcanza el retiro y

se instala en la Medina de Tetuán. En definitiva la pequeña historia de un derrotado por la gran historia, cuya trayectoria es una consciente y obligada renuncia, una claudicación continuada en todos los órdenes, hasta en el íntimo terreno afectivo, pues ni siquiera ha podido conseguir a la mujer deseada, Chumitsa, una marroquí tan víctima del colonialismo como él, a la que ha querido siempre y de la que sólo pudo obtener unos breves días de amor mercenario. En primera instancia es éste, por tanto, el sufrido testimonio de un perdedor, pero como fondo se trasluce el devenir de toda la colectividad rifeña, tan derrotada y humillada por la bota colonial europea como el propio protagonista.

Quebdani, titulada El cerco de la estirpe, es una recentísima novela cuya primera edición data de junio de 1997. Primera obra de su autor, Antonio ABAD<sup>512</sup>, dentro de este género narrativo. Aunque la guerra del Rif deviene asunto latente y hasta indisoluble de cuanto sucede en el relato, la acción comienza justo donde la concluyen otros, esto es, cuando el levantamiento de Abd-el-Krim ya ha sido aplastado y ha desaparecido todo indicio de enfrentamiento armado. Y se prolonga durante un largo número de años, hasta el momento de la independencia y la marcha de la potencia colonial. El Protectorado parece encontrarse en calma, sin embargo, los resentimientos y las heridas abiertas durante el largo periodo de conflicto bélico permanecen bien presentes en la conciencia de nativos y colonizadores. Aquéllos padecen ahora no sólo el cercenamiento de sus aspiraciones de independencia, ya que viven algo parecido a la libertad vigilada, sino también la humillación de la derrota y el insolente y despótico yugo de los vencedores, militares y paisanos españoles que se han establecido y enseñoreado de su tierra. En medio de este ambiente, Abd-el-Aziz, un jovencísimo rifeño de la cabila de Beni Urriaguel, de la que procedía el mismo Abd el Krim, es llevado por su madre a trabajar en un molino propiedad de colonos españoles en Quebdani. El molino pertenece a Tomás Dávila, antiguo militar que se ha asentado allí con su familia y explota comercialmente lo que el lugar le ofrece. Utiliza mano de obra nativa, barata y -merced a la represión y necesidad económica- poco conflictiva, lo que le permite rentabilizar al máximo su negocio y obtener jugosos beneficios. El patrón Dávila y su familia utilizan a



los a la fuerza míseros rifeños en su propio beneficio y devuelven el servicio en forma de relación brutal y tiránica en la cual se aúnan el tradicional enfrentamiento de clases y el más despectivo racismo. El joven Abd-el-Aziz va creciendo y madurando sometido al duro trabajo y al trato vejatorio. Su natural despabilamiento le permite no sólo aprender a leer y escribir la lengua de los nuevos amos de su tierra y de su persona, sino ir conociendo sus costumbres y hasta sus más ocultas debilidades. A partir de este momento, el rifeño ya se encuentra en condiciones para comenzar a ejecutar la misión que le llevó al molino, aquella en la que había sido imbuido por su madre desde la más tierna infancia: la venganza contra los que, además de adueñarse de su país y explotar a sus habitantes, habían asesinado a su padre, un guerrillero que tras la derrota de Abd el Krim no depuso las armas y continuó luchando contra los españoles hasta resultar abatido por el ejército en una escaramuza. Usando de una consumada astucia y de las flaquezas de sus enemigos, provoca la muerte de varios miembros de la familia y el infortunio de otros, sin que en principio nadie llegué a sospechar que su mano es quien está llevado la desgracia a aquella casa. Un elemento viene, sin embargo, a perturbar su cometido: se ha enamorado de Adriana, una de las hijas del patrón español, la cual lo rechaza y desprecia. Esto desencadena un ocasional e imprevisto desvío de su fría y calculada venganza, que se materializa en el asesinato de Ignacio Villarte, el novio de Adriana. Este oficial del ejército español, cuya muerte no entraba en los planes iniciales, es ejecutado *motu proprio* por Abd-el-Aziz, y poco falta para que esta acción de al traste con sus planes primeros porque, arrastrado por el odio personal, su planificación no resulta tan meticulosa y cuidada como en los casos anteriores, cuando actuaba movido por un odio de raza, antiguo y genético en vez de momentáneo y personal como en este caso. Tal desliz levanta las sospechas de Tomás Dávila, al que el rifeño se ve obligado a dar muerte en defensa propia y antes de lo previsto. Tras lo cual, perseguido por el ejército, abandona el molino y se refugia con los guerrilleros que luchan para conseguir la independencia del colonialismo español, la cual no tarda en llegar. Abd-el-Aziz regresa al molino para ver a su

imposible amada casi en el momento en que ésta y su madre lo abandonan, pues la nueva situación política impone la marcha de los otrora usurpadores de aquella tierra.

El relato sigue ofreciendo el punto de vista del rifeño -quien además, al igual que en Kábila, también cumple la función de transmisor de la historia- sobre el conflicto del Protectorado, pero el tiempo no ha pasado en balde y ahora este asunto se escamina por nuevos derroteros narrativos. No obstante, aunque la fábula haya variado su argumento, la idea que en su fondo late sigue siendo la requisitoria sin paliativos contra la presencia española en el norte de Marruecos, de cuyas nefastas consecuencias éste no semeja sino otro ejemplo más.

Las cinco narraciones guardan un punto en común entre sí, en cuanto que todas ellas recogen el discurrir bélico o sus inmediatas consecuencias desde la experiencia marroquí; sin embargo, a partir de aquí lo demás son diferencias. Los tres primeros títulos carecen por completo de cualquier voluntad reivindicativa de la figura del rifeño y de las injusticias que para él acarrea la incursión española en el norte de Marruecos, la guerra o sus consecuencias. Asunto que, por el contrario, se convierte en soporte argumental y temático de primera magnitud en Kábila y Quebdani, novelas que no sólo atienden a la peripecia del nativo sino que incluso le ceden la voz para que sea él mismo quien pueda expresar su lamento de perdedor. Por consiguiente ahondar en la individualidad marroquí supone centrar la atención en estos dos textos, mientras que los otros tres responden a planteamientos diferentes, aunque tampoco ajenos al mundo del colonizado. El caso de La sed ni siquiera puede considerarse un intento serio de argumentar desde la parte por hábito silenciada en esta novelística. A pesar de que el protagonismo recae en los rifeños y que el origen del conflicto parezca proceder del abusivo y despótico comportamiento del ejército español, el relato en realidad encierra un cerrado aplauso a la labor llevada a cabo por estas tropas de ocupación, que lejos de sojuzgar al pueblo protegido ejercen de árbitros en sus rencillas personales, y además lo hacen con ecuanimidad y buen tino, tal y como puede verse en la liberación final de padre e hijo, cuya inocencia -merced, eso sí, a misterios de lo novelesco, ya que no a consecuencias lógicas de

la trama- queda reconocida por la milicia extranjera a pesar de las intrigas de su coterráneo y de que, aún no siendo culpables de asesinato, sus actitudes, en especial la del padre, resultan poco contemporizadoras con el colonizador. Por si cabía albergar alguna duda sobre las intenciones de Carlos Micó, basta reparar en cuanto de escarnio y burla religiosa -para los musulmanes, claro está- hay en el ya señalado desenlace de su fábula, donde se mofa de uno de los sagrados preceptos del islam. Y poco o nada puede decirse en cuanto al personaje marroquí, a tenor del tan simple como manido esquema actancial a que responde, reducido casi en exclusiva al enfrentamiento entre el moro bueno, encarnado por Ben-Hamido, y el moro malo y envidioso, Bel-Agar. El segundo plano narrativo no sirve sino para confirmar esta ausencia de profundidad, pues en él encontramos poco más que un anciano fanático, Sidi-Hamido, cuya larga experiencia parece sólo sustentarse en pensamientos tan sutiles y elaborados como: "-La muerte de un cristiano es agradable a Alá"<sup>513</sup>; y un par de mujeres sedientas y sumisas. Incluso Ben-Hamido, a pesar de su estatuto de protagonista, carece de cualquier fuerza dramática, sólo es un fante cuya bondad de carácter manipula el narrador, bien que con notables dosis de inverosimilitud, pues si sus templados argumentos sirven de contrapunto a la vehemencia paterna no parecen avenirse bien con la desesperada situación de extremo delirio que por la falta de agua está padeciendo una de sus esposas:

"Luego, explicó a su progenitor (...) el hecho brutal: Los soldados habían tenido, por necesidad, que negar el agua a los naturales del país en vista de la escasez; habían sido generosos mientras pudieron, cuando no escaseaba el precioso líquido; no se les podía censurar (...)

'-(...) Demasiado sé yo que no está bien lo que hacen con nosotros las tropas del continente: dicen que vienen a protegernos y nos niegan el agua que es nuestra y que nos han robado. Eso a nosotros que somos sus amigos", (pp. 3-4).

En síntesis, ninguna de estas criaturas aporta nada que pueda identificarse con un sentimiento rifeño dotado de mínima autenticidad; reflejan meros tópicos cuando no chatas y falsas idealizaciones como Ben-Hamido, que, merced a su docilidad, más parece mera

traslación con turbante de los argumentos esgrimidos por los colonizadores que representante de su raza y cultura.

Idéntico punto al que llega Feddul el Arosi, el protagonista de Ramadán de paz, cuyo entusiasmo por la labor colonialista rebasa el de los propios españoles, aunque en su caso no proceda de la mera aceptación de lo inamovible sino de una radical muda de convicciones, producto del conocimiento y la confraternización con el adversario, cuya intrínseca bondad y altura de miras reconducen su desnortado camino de antaño:

"Feddul meditaba mucho en las palabras del capitán. Era verdad, Marruecos estaba sumido en el desgobierno, había quedado retrasado en civilización, era débil por su falta de medios y por su propia anarquía, ¿cómo podía, en esas condiciones, alcanzar por sí su grandeza? (...) Vea a hombres y mujeres en la más confiada camaradería y ello, inconscientemente, iba ganando en su corazón la idea fija de que si Marruecos necesitaba un pueblo que le sacase de su atraso, ese pueblo no podía ser más que España, tan igual a Marruecos en tantos y tantos aspectos. Lo veía con toda claridad y aunque refunfuñaba todavía, se sentía cada vez más ligado a la obra de España." (Páginas 143-145).

Perfil idílico -en el fondo, falaz e inverosímil- del nativo que no sólo abdica de sus ideas, sino que con el tiempo servirá de trampolín en el relato para ensalzar otras que ya nada tienen que ver con la ocupación de aquellas tierras, con el Protectorado, ni con esa guerra. Feddul se antoja el modelo de marroquí que les hubiese gustado encontrar a los militares africanistas durante su aventura en aquellas tierras: orgullosos y bravo guerrero, pero encuadrado en sus filas y luchando con entusiasmo por la misma causa que ellos. Incluso, atendiendo a la imagen del cabileño que se ofrece en la última parte de la novela, casi podría aventurarse que la fábula deviene en homenaje al tributo en vidas con que los norteafricanos contribuyeron a ganar la contienda civil española. Sin duda los primeros años cuarenta eran momento más propicio para agradecer las decisivas colaboraciones que para desenterrar viejas rencillas y agravios del pasado:

"¡Qué alegría en aquellos rostros! ¡Hasta los que venían heridos y mutilados parecían mostrarse orgullosos de haber sufrido aquello por la causa de Franco!" (Pág. 299).

Tampoco la voluntad latente en Chumberas y babuchas se orienta hacia una profundización en la individualidad o en el sentimiento marroquí. Su interés se centra en retratar los múltiples perjuicios que acarrea la férrea disciplina militar y las aún más desastrosas consecuencias de la guerra, aunque, eso sí, contempladas desde el lado de los perdedores. Más que la figura aislada del rifeño, que dependiendo de su particular situación social resulta tan víctima o verdugo como el español, lo que aquí interesa por encima de cualquier otro asunto son las repercusiones físicas y morales que un conflicto de esta índole deja en los inmolados. Un sacrificio que comienza por aquellos espíritus pacíficos cuya libertad resulta cercenada al quedar encuadrados en las filas de algún ejército, de cualquiera, que esto viene a dar igual, ya que las mismas vilezas y la misma brutalidad caen alternativamente de uno y otro lado:

"Algunos había, como no, que remisos se mostraban, mas una multa precedida por una tanda de palos los hacía entrar en razón, por cuyo motivo nadie chistaba como no fuera para sumarse al coro de las alabanzas a Alá que con la guerra santa los favorecía, o bien callando (...)/ A El Islami, que al zoco fue por mandato de su jefe, poco le faltó para que le abandonaran las fuerzas al ver tan bárbaro castigo, con el que ni comparación tenían las bofetadas que sobre sus inocentes mejillas habían caído en otros tiempos para él tan funestos [cuando aún era soldado entre las tropas españolas]." (Páginas 72-73).

Pero cuyas más nefastas consecuencias se manifiestan en la ola de destrucción y muerte que asola tierras y gentes. Asunto que, si otros relatos enfocaban desde la perspectiva española, aquí se muestra desde la rifeña, con un descarnamiento idéntico o si cabe aún mayor dadas las muy precarias condiciones sanitarias de la harca combatiente:

"(...) los montones de muertos que se enterraban todos los días (...) Los heridos no cabían en los rincones de las míseras casas del país, pidiendo algunos a gritos que los

acabaran de matar, mientras a otros se les hacían curas más apropiadas para caballerías que para hombres (...)" (Pág. 84).

Un desgarrado grito de carácter humanitario y universal clamando contra los ejércitos y contra la guerra transita toda la novela y se impone sobre cualquier otra consideración argumental o temática. La imagen del marroquí resulta pues algo subordinado a este interés primero y en buena medida entendible sólo dentro de este marco bélico. No obstante, la narración se abstiene de cualquier idealización del perdedor. De hecho, hay muy escasa diferencia entre el nativo y el colonizador, lo que a mi juicio sitúa, en este sentido, el relato en un acertado punto de verosimilitud, de realismo o proximidad al referente extraliterario. En la inmensa mayoría de los textos anteriores -y aun en algunos de fecha más tardía- el rifeño las más de las veces no era sino una sombra sanguinaria y embrutecida por el primitivismo, un ser demonizado por su carácter de enemigo. En tanto que en los dos que voy a comentar a continuación sucede casi justo lo contrario, es decir, tienden a presentar su figura un tanto adornada por comparación con la de los españoles, que ahora resultan menos favorecidos. Fusimaña, sin embargo, escapa de ambos extremos maniqueos y nos hace ver que las luces y las sombras -sobre todo sombras- se reparten por igual entre ambos contendientes. De tal modo, el perfil de Abd el Krim como personaje literario responde al de un cruel dictador, "el nuevo tirano"<sup>514</sup>, que por mor de sus particulares anhelos independentistas impone la desgracia a su pueblo. Una suerte de iluminado al que sólo vemos enternecerse ante la inminente derrota que habrá de poner fin a su megalómano sueño. Y los guías espirituales y políticos del Rif semejan meros peones del caudillo que lanzan su prédica, sobre todo los primeros, por los zocos "ensalzando la guerra como un bien caído del cielo" (pág. 71) o se lanzan presurosos a las armas, mitad por sumisión ante quien no repara en utilizar los más brutales medios para conseguir sus fines y mitad por avaricia ante los augurios de lucro económico y fáciles victorias:

"(...) la harca que la cabila mandó por vez primera y de la que los que volvieron, cargados con el producto de las razias [así en el original] y envalentonados por las

victorias, eran poco menos que considerados como héroes, dando por resultado que la segunda vez no fueran pocos los que de buen grado se unieron, deseosos de botín y atraídos por las promesas de recompensa para cuando la victoria un hecho fuese." (Pág. 69).

Dentro de estos límites se acomoda el caíd Mohand Ben Abd-al-lah, único marroquí junto al cabecilla de la revuelta destacado en el conjunto. Arquetipo de un personaje ya conocido por su habitual presencia en otras múltiples obras. No muy distinto, por ejemplo, salvo por su edad, del anciano Sidi-Hamido del relato anterior. Primero se presenta como despótico reyezuelo en su ambiente natural y luego como servil apéndice de Abd el Krim.

Y si de lo individual se pasa a lo colectivo, el retrato tampoco mejora. Aquella tierra es "un país de gentes sedentarias, supersticiosas, incultas, fanáticas" (pág. 34); un pueblo indolente y perezoso para el trabajo pero ávido de una belicosidad que parece consuetudinaria, pues si en estos momentos se vierte hacia el extranjero, por hábito se manifiesta en sus interminables rencores y venganzas internas: "Ojo por ojo, diente por diente". Una víctima requiere otra víctima, el robo otro robo. La ley de la fuerza y la astucia entrarían como plan para el desquite, quizás muertos los padres seguirían con igual odio los hijos la enemistad si la autoridad de algún santón, más poderoso que ambas familias, no ponía las paces son su influencia", (pág. 42). Tan sólo la mujer queda a salvo en este degradado cuadro de costumbres marroquíes, y más por su condición de humilde sierva, de víctima del poder masculino, que por sus virtudes:

"(...) un país donde la mujer, verdadera esclava, marcada con el tatuaje, pertenece por completo a su amo, padre o marido, que la convierte en un objeto de placer, lucro o trabajo, según las circunstancias, buscándole competidora y rival si sus recursos económicos se lo permiten", (pág. 37).

Un acercamiento al universo del rifeño alejado tanto de la falsa idealización de García Figueras como de la irrespetuosa y petulante burla de Carlos Micó, pero a la vez poco contemporizador con unas formas de vida primitivas y crueles que chocan con la concepción

pacifista y humanitaria de un protagonista que huyendo de un mal conocido se acerca a unas gentes y en una cultura ignoradas, las cuales al cabo sólo resultan distintas pero no menos malas que las precedentes.

Bien diferente resulta el caso de los dos títulos siguientes, que en su carácter de obras crepusculares dentro de esta temática imprimen un radical cambio de orientación a la materia y se decantan por la comprensión del rifeño, haciendo de su situación personal e histórica objeto de reivindicación. En este sentido son relatos que en cierta medida se asemejan a los episodios galdosianos dedicados a la campaña de O'Donnell, también obra tardía con respecto a las que se ocuparon del asunto. Al igual que el autor de Aita Tettauen desmontó la imagen literaria que hasta entonces había tenido aquella confrontación en cuanto al reparto de glorias y a la satanizada imagen del moro, tanto Kábila como Quebdani, salvando todas las distancias, vienen a hacer lo propio con el marroquí de estos tiempos, y de paso con la guerra y los subsiguientes largos años de Protectorado español. No obstante, mientras Galdós supo mantener un punto de equilibrio para no caer en el sectarismo, Fernando González y sobre todo Antonio Abad cargan un tanto las tintas en la negativa caracterización del español y en el victimismo del nativo, lo que no ha de entenderse demérito narrativo o artístico sino mera constatación del respetable enfoque escogido por cada uno de ellos, que, por otro lado, resulta del todo entendible por cuanto tiene de subversión de modelos literarios anteriores. No obstante, también hay quien entiende tal planteamiento, referido al caso de Kábila, como simple oportunismo coyuntural. Tal sucede con Hossain Bounizeb, quien de entrada descalifica el relato de Fernando González por aprovecharse de una circunstancia extraliteraria:

"El tercer tipo de escritos sobre Marruecos, y que habíamos calificado de oportunista, lo integran algunas novelas que se aprovechan de la ola de reaparición de toda la literatura prohibida durante el franquismo para salir a la escena luciendo esa etiqueta de ex-prohibidos. El ejemplo más ilustrativo de este género de mercancía de imitación es Kábila de Fernando González (...)"<sup>515</sup>



Y, tras llevar a cabo una muy dura censura de algunos de sus aspectos, concluye: "En fin, una novela de ésas que vacían la historia de su contenido y tergiversan los hechos."<sup>516</sup> Apreciación a la que acaso haya que juzgar del todo acertada en lo que atañe a ciertos usos lingüísticos inexactos o poco adecuados, pues, siguiendo al mencionado crítico, Fernando González mezcla y confunde hasta la "aberración" la lengua árabe con el dialecto rifeño. Pero que estimo desproporcionada en cuanto al presunto oportunismo del novelista, a la tópica imaginería marroquí y al tratamiento histórico de los acontecimientos referidos, los otros aspectos invocados por Bounizeb para descalificar la narración. Casi hay que incluir entre las verdades de perogrullo que el momento de redacción y publicación de una obra, responda a acicates coyunturales o no, nada tiene que ver con sus logros o deméritos literarios. Baste recordar, como mero ejemplo al respecto, que *Imán* -novela que tan sólo unas cuantas páginas antes suscita al mismo crítico un incuestionable elogio- apareció en 1930, cuando la censura de la época había aflojado el dogal sobre los escritores y sobre determinados asuntos, entre los que se encontraba el enfoque adverso a la pasada actuación española en Marruecos. ¿Acaso no aprovechó también Sender ese paréntesis de libertad para publicar lo que en momentos anteriores le habría sido prohibido? o ¿acaso su requisitoria contra los artífices y ejecutores de la guerra no cabe interpretarse también de oportunista -oportuna diría yo- en cuanto que llegó a los lectores en unos tiempos en que el régimen militar gobernante ya se tambaleaba?, pero, sobre todo, ¿acaso su fecha de aparición rebaja en algo la categoría del relato?

En lo que afecta a la imagen del mundo marroquí, pocas dudas cabe albergar sobre la reiterada presencia de algunos tópicos en el conjunto de esta narrativa, de hecho, en estas mismas páginas ya se han señalando unos cuantos y otros lo serán en breve; pero los "clisés" -según la terminología del crítico- de Fernando González ni superan ni desentonan dentro de los habituales en esta novelística. Y en cuanto a la calificación de "trasnochados", han vuelto a repetirse en una buena porción de títulos que con posterioridad a 1980 han rememorado de

nuevo aquellos años y sucesos, lo que, al menos en el panorama narrativo español, les otorga todavía vigencia.

Lo de las desviaciones o alteraciones históricas choca frontalmente no sólo con los criterios más extendidos y razonables sobre la relación entre sucesos reales y su recreación en la literatura imaginativa, sino incluso con el propio juicio de Bounizeb, quien unas líneas después de considerar que Kábila "vacía la historia de su contenido y tergiversa los hechos", al comentar un título diferente, sostiene: "¿No incluye acaso el hecho mismo de novelar un acontecimiento cierta dosis de imaginación que puede ir del uno al cien por cien?"<sup>517</sup>

Sin duda la novela de Fernando González no es una obra de incuestionable lustre artístico, incluso sus cualidades literarias podrá ponerse sin demasiado denuedo en tela de juicio, motivos seguro que no faltan, pero, a mi entender, algunos de los esgrimidos por Hossain Bounizeb -con la excepción de los desbarres lingüísticos, donde mi desconocimiento del árabe y del chelja me impide ejercer valoraciones- ni se antojan los más adecuados ni remiten a los rasgos definidores de calidad dentro del género narrativo.

Retomando el universo de ficción de estos dos relatos, hay que señalar que ambos personajes, no obstante sus múltiples diferencias circunstanciales, vienen a responder a una misma idea de fondo. Los dos proceden de una estirpe guerrera, de la renombrada cabila de Beni Urriaguel en el caso de Abd-el-Aziz y de Beni-Tuzin en el de Ahmed Ben Hakí, la cual "siempre ha sido de reconocidos luchadores, aunque sin la nombradía de los beniuurriagueles"<sup>518</sup>. Pero ahora los avatares de la historia los han convertido directa o indirectamente en perdedores de una cruel guerra y habrán de sufrir sus duras consecuencias. La humillante derrota y la no menos ultrajante colonización posbélica han anidado en su interior un fuerte deseo de venganza, cuya ejecución guiará sus pasos a partir de ese momento:

"(...) yo, Ahmed Ben Hakí, el rifeño, el luchador, el indómito, decidí iniciar una nueva vida al amparo de los españoles, reptar para encuadrarme en su ejército. Lo conseguí más adelante, y allí, agazapado y oculto en el uniforme de los vencedores,

esperaba el día en que, al amanecer, el almuédano tiñese de odio sus plegarias, clamando por una definitiva venganza, por la *rebka*." (*Kábila*, pp. 147-148).

"En el Rif, se decía, se estaba constuyendo la paz, pero bien que sabíamos que se trataba de una paz que olía a muerto. Fue entonces cuando mi madre, para que yo vengara la muerte de mi padre, decidió traerme al molino." (*Quebdani*, pág. 19).

A partir de aquí se bifurcará la trayectoria de cada uno de los personajes. Mientras Ben Hakí habrá de rumiar ese anhelo durante toda su existencia sin poder satisfacerlo nunca, Abdel-Aziz lo convertirá en el único norte de todos y cada uno de sus días, y merced a tal perseverancia logrará sus propósitos. Sus vidas, desde este momento, se transforman en una continuada renuncia, que comienza con el aprendizaje para sobrevivir en el mundo hostil de sus nuevos amos, sometidos más que a humillante vasallaje a una no declarada esclavitud:

"Cultivábamos naranjos, frutales, pastoreábamos o excavábamos pozos. Dependíamos, en realidad, del *Majzen* jalifiano, pero éramos esclavos encubiertos de los españoles. Nadie protestaba por nuestro cautiverio, que de patriotas nos convertimos en simples rebeldes." (*Kábila*, pp. 144-145).

"Cuántos palos he soportado injustamente. Me arreaban como a los animales, sobre todo al principio, cuando para meterme el miedo en el cuerpo me trataban como a una mula, una mula tozuda, cabezona. Eran los dueños." (*Quebdani*, pp. 41-42).

Renuncia que no se detiene en la penuria física, sino que les obliga a abdicar de su cultura y, en el caso de Ben Hakí, hasta de su lengua: "(...) lo reconozco, que el idioma ajeno, hermano, al que necesariamente ha de servirse de él, incapacitado para utilizar la graffa del propio. Transcribo mi cansado pensamiento al castellano, es evidente que es el único puente escrito que he podido tender entre la historia y mi pueblo", (pág. 9). Personaje cuya cesión aún se prolonga con el sentimiento de traición a sí mismo y a su pueblo: "Claro que se puede ser un traidor, yo era un buen ejemplo", (pp. 210-211). Ingrata existencia, endurecida todavía

más con la insalvable penitencia que supone ser consciente en todo momento de ese obligado quebrantamiento de lealtades en todos los puntos cardinales de su persona, cuyo único y precario consuelo se halla en el recuerdo de un ya irrecuperable pasado: "(...) vuelvo a los recuerdos, a mi infancia, que es lo único que parece consolar esta angustia que me corroe", (pág. 19). Sacrificios que al cabo, además, resultarán estériles, pues nunca podrá alcanzar la recompensa. La tan ansiada venganza no llegará y sólo le quedará doblar la cerviz una y otra vez, primero como esclavo y luego como sumiso soldado mercenario al uso de los vencedores: "Ya olvidada mi actitud rebelde, había sabido captarme nuevamente las simpatías de mis superiores, que me habían ascendido a cabo", (pág. 184).

Abd-el-Aziz también debe someterse a los dictados y arbitrariedades del vencedor, pero en su caso nunca habrá pasiva resignación. Imbuído del orgullo antiguo de su pueblo, en el que siempre ha alentado la máxima de ojo por ojo y diente por diente, sobrelleva las renunciaciones y humillaciones como necesaria punición para alcanzar sus prefijados objetivos, que a la postre satisfará por completo, aunque en el camino haya ido dejando los mejores jirones de sí mismo. En esto, el protagonista de Quebdani representa una superación de las frustraciones de Ben Haki: él sí se venga, tanto de la derrota bélica que sufrió su padre como del yugo que después se impuso sobre el cuello de los vencidos, sobre él mismo, por ejemplo. Representa, de alguna manera, el futuro que ya va surgiendo durante los largos años de postguerra y colonialismo, y cuya plenitud se alcanzará con la marcha de los españoles. Mientras que Ben Haki encarna el pasado, el Rif vencido que nunca llegará a saborear victoria alguna. En Quebdani habla la generación que sufrió la guerra como niños, para la cual hay un porvenir y al fin el mancillado orgullo rifeño se habrá resarcido del sometimiento colonial. Kabila, por el contrario, constituye el testimonio de la generación anterior, la que se vio obligada a hacer la guerra y a padecer con plena conciencia de vencidos lo más duro de la derrota. Para ellos la libertad ya llegará tarde, sólo les han quedado los recuerdos. Son las otras víctimas -ya vimos que también lo era el soldado español- de una avasalladora y absurda política colonial que se ha llevado lo que tenían y lo que podían haber tenido, como deja ver

Ben Hakí en el momento final de su confesión, al lamentar la pérdida de aquel colectivo sueño de libertad que alentó la rebelión rifeña -al que se alude a través de los iconos que lucía el pendón que enarboló Abd-el-Krim- y de su siempre deseada y nunca conseguida amada Chumitsa, evocada mediante los dientes de plata que la caracterizaron: "Media luna y dos estrellas, como dos dientes de plata arrebatados por el colonialismo, la intransigencia y la miseria moral que nos tritura."<sup>519</sup>

Ahmed Ben Hakí y Abd-el-Aziz, más que un mismo personaje tomado desde dos encuadres diferentes o dos caras de una misma moneda, vienen a ser prolongación uno de otro, aquél simboliza el Rif pretérito y éste, el venidero.

El muestrario de calamidades que ilustra la peripecia vital de ambos personajes no agota empero el repertorio de desgracias que para los marroquíes acarrea la guerra y sus inmediatas consecuencias. Al menos no quedaría completo sin hacer mención a Chumitsa, un personaje de Kábila cuyas penurias vienen a ser el correlato femenino de las que acontecen al antiguo combatiente rifeño, y cuya vida también queda indeleblemente marcada por los acontecimientos de aquella época. Si como ya hemos ido observando la vida de la mujer marroquí por lo general no puede considerarse paradigma de fortuna, la de Chumitsa resulta sobremanera desdichada y al igual que la de Ben Hakí se liga a la guerra y a la presencia del ejército español. Vendida en su adolescencia a trueque de una noria con que regar la mísera huerta familiar, su destino desde entonces y para siempre será el ejercicio de la prostitución para las tropas invasoras. Primero, cuando joven y bella, como requerido descanso del guerrero; más tarde, según va envejeciendo, como "carne marchita del Tercio", (pág. 213); y al final, olvidada ya por los hombres, como criada para fregar suelos en la residencia de su antiguo proxeneta, un renegado alemán que con el tiempo ha sabido sacar provecho de cualquier situación. Trayectoria de sumisión al extranjero, de derrota profunda y total, idéntica a la de Ben Hakí, según él mismo apunta: "éramos dos despojos educados en los más antiguos y bárbaros oficios: la prostitución y la guerra", (pág. 289). Pero cuyas vidas a pesar de estas afinidades y de ir discurriendo en paralelo, entrecruzándose en repetidas ocasiones

e incluso después de compartir un efímero matrimonio, nunca llegan a encontrarse del todo, ni siquiera en ese viaje que ambos emprenden en 1936, especie de retorno a los orígenes, malogrado porque o bien éstos no existen o ya no les pertenecen. Buen ejemplo de como un colonialismo devastador y traumático no sólo cambia la faz de los pueblos sino también la sentimentalidad de las personas, y aleja a los afines haciendo, en este caso, que Chumitsa no quiera convivir reconociendo cada día el rostro de la derrota reflejado en la cotidiana presencia de Ben Hakí, lo que a la vez frustra en éste cualquier intento por recuperar y volver a enraizarse en un pasado feliz, el tiempo anterior a la guerra, ya por completo extinto.

Una imagen del rifeño que en síntesis poco o nada tiene que ver con la que esta novelística acostumbra a ofrecer. Ambos relatos vienen a plantear una rehumanización literaria de una poco atendida víctima de la guerra, además de hacerse sintético eco de la épica tragedia de un pueblo y unas gentes por hábito conocidos hasta esos momentos tan sólo como el enemigo.

El adoptar la perspectiva del marroquí como protagonista y conductor de la historia narrada permite además introducir asuntos nuevos o tratamientos distintos para otros que ya se habían hecho cotidianos en muchas novelas anteriores. La idea que subyace es la frontal oposición a un colonialismo disfrazado bajo la falaz fórmula jurídica del Protectorado. Idea que se articulan en torno a la indeseada presencia del español y en una diferente consideración de la guerra, que lejos de constituir un acto de rebeldía resulta consecuencia de una justa y plausible resistencia ante la avasalladora invasión y el abusivo expolio llevado a cabo contra un pueblo que siempre había sido libre y nunca antes se había visto sometido a semejante humillación. Así lo argumenta Abd-el-Aziz en Quebdani:

"Los españoles nos habían cortado la libertad, que ni siquiera el gran Majzen en varios siglos de historia había conseguido arrebatarlos, como se corta de un tajo una cabeza, y el terror se había extendido hasta los rincones más insondables de cualquier cabila (...) Es difícil entender cómo la libertad de un pueblo puede ser arrasada por otro pueblo en nombre de la libertad, ¿hubieras comprendido que nosotros hubiéramos

llegado a vuestras costas para entrar en vuestras casas, torturar a vuestros hombres, vejar a las mujeres y a los niños, quitaros vuestras huertas, robaros vuestras minas en pleno siglo XX? (...) Nosotros respondimos con lo único que teníamos, con la razón de la justicia y nuestra sed de independencia. No queríamos ser colonizados. No pretendíamos la inmersión en una cultura que no nos interesaba." (Pág. 18).

Ambas novelas ni dejan lugar para ningún tipo de ambigüedad sobre las causas del conflicto ni se mantienen en ese ten con ten sobre las mutuas intolerancias y la general maldad inherente a cualquier acción armada que dejaban ver otras. Aquí toda la responsabilidad sobre la guerra y cuantas desgracias llevó aparejadas sólo cabe imputársela al enemigo, es decir, al español, ya que ahora se han invertido los papeles. Por contra, el levantamiento de Abd el Krim fue simple respuesta a lo que ya no se podía seguir soportando, y en torno a esta premisa ha de interpretarse todo lo que vino después. En consecuencia con estas líneas directrices, en el relato del acontecer bélico se acentúa la brutalidad española, al lado de la cual la presunta ferocidad rifeña -tampoco silenciada- resulta minúsculo reflejo, como en repetidas ocasiones deja ver la narración de Fernando González, pues aquella no sólo se produce en altercados personales -que también, ya que no falta alguna imagen notativa del salvajismo legionario-, sino que se generaliza y encanalla aún más mediante los ametrallamientos de poblados enteros e indiscriminados bombardeos sobre población civil: "(...) La aviación española bombardeaba las *kábilas*. En Anyera se soltaron gases contra poblaciones civiles, fue el primer experimento mundial", (pág. 140). Este enfoque de conjunto se extiende también a los acontecimientos concretos. Así, por ejemplo, el desastre de Annual, aunque referido a grandes rasgos en términos semejantes a los ya habituales, presenta alguna modificación en significativos detalles con respecto al tratamiento novelesco que hasta el momento había recibido. De tal manera, según refiere *Kábila*, la matanza final de Monte Arruit no es atribuible a una quiebra de lo pactado sino a la intransigencia de algunos oficiales: "Según me contaron, esa tarde, tras ser redactada la rendición, un grupo de tres oficiales españoles se negaron a rendirse, levantándose una escabechina, una matanza,

que lavó en sangre el polvo seco de agosto", (pág. 79). Sin embargo, lo más importante y novedoso reside en que este episodio recibe una reinterpretación nueva. A los ojos de los rifeños, sólo queda la cobardía de quienes tan altaneros se habían mostrado hasta ese momento, y en su sentir el descalabro deja de considerarse luctuoso suceso para convertirse en renombrada gesta victoriosa digna de perdurar en el recuerdo:

"-¡Bendito sea el nombre de Al-lah! Los *rumíes* perdieron Igueriben donde dejaron tantos muertos que no se podía entrar porque taponaban la puerta. Algunos, muy pocos, corrieron hasta Annual donde estaba el jefe Silvestre y otros generales, y allí mezclados todos, hombres, bestias, cañones, jefes y soldados, viendo el poder de los valientes de las *kábilas*, de Abdelkrim, ¡quiera El Protector concederle larga vida para consuelo de nuestros pobres ojos!, intentaron escapar en la noche, como los chacales de las fogatas (...)" (*Kábila*, pág. 68).

Y aún más contundente resulta la apreciación de Abd-el-Aziz en *Quebdani*, donde junto a esta derrota se enjuicia toda la guerra desde su particular óptica y en oposición a la tergiversación interesada de un africanista contumaz como Tomás Dávila:

"Si Annual fue para nosotros una gran victoria, para vosotros fue algo peor que lo de Cuba. Pero tu padre siempre sostuvo que allí se escribió una de las páginas más heroicas del ejército español. ¿Te das cuenta hasta que punto llegaba su osadía? (...) Un puñado de rifeños a las órdenes de nuestro admirado Si Mohand Abd-el-Krim fue capaz de darle una buena lección a un ejército de malandrines que se figuraba que lo de los indígenas era cosa de coser y cantar (...) Mi padre me contaba que nunca se vio a un soldado más aterrorizado ni más lleno de miedo que en aquella ocasión (...) Tomás Dávila, en cambio, consideraba aquel episodio -en el que él mismo había participado- como muestra del honor y del sacrificio de los héroes de la patria (...) el se vanagloriaba de lo que en definitiva había sido una vergonzante derrota en la que murieron miles de soldados, no sólo por el miedo y por la cobardía, sino también por la escasa formación de sus mandos militares que llevaron a los suyos a una verdadera



matanza. Se imaginaban que el Rif era una especie de zoco en el que se podían conseguir fácilmente medallas y ascensos a nuestra costa, un paseo militar para llenarse de cruces sus pecheras (...) Lo que ocurrió después es lo que más me llenó de tristeza. Esos puercos de los franceses os ayudaron. Qué podía hacer un pueblo pequeño y pobre como el nuestro contra dos naciones poderosas. (Páginas 24-25).

Testimonios que, salvo en el tono de vanagloria rifeña, vienen a coincidir con los vertidos en aquellas novelas que desde una perspectiva española se decantan por la censura de la actuación bélica y de sus responsables. Y es que entre ambas posturas hay un nexo en común: un profundo antimilitarismo, que con absoluta claridad dejan ver parte de las palabras del protagonista de Quebdani recogidas en la cita anterior. Rechazo al ejército que en estos relatos responde a planteamientos diferentes a los ya vistos en aquellos otros. Aquí la repulsa tiene su origen en un mal mayor: el colonialismo, del cual la institución militar constituye brazo armado y protector de aquéllos cuya misión consiste en la expoliación del nativo para su enriquecimiento personal:

"Y con el ejército llegaron los colonos, la línea del ferrocarril, las carreteras: muchos hombres rifeños tuvieron que ponerse a trabajar, no en sus tierras, sino en la tierra de los españoles, que era su propia tierra, (...) todo lo que su mano, con la ayuda de Alá producía algún fruto, no era para él, sino que ellos a cambio de un sueldo miserable se lo llevaban." (Quebdani, pág. 27).

Además de agregar ésta y otras particulares razones, entre las que cabría destacar la férrea labor represiva que tras la finalización de la guerra llevó a cabo el ejército sobre la población autóctona ante cualquier conato de altercado o sospecha de insubordinación a los dictados del vencedor, de la que da amplia cuenta Quebdani, estas críticas, en buena medida, también viene a coincidir en lo más sustancial con las ya señaladas en las novelas de orientación antimilitarista. La misma absurda mecánica cuartelera, semejantes insinuaciones sobre desfalcos o robos en la intendencia y, sobre todo, idénticos vicios y comportamientos en una oficialidad militar no sólo aficionada al alcohol, al hachis -"la mayoría de los generales y

coroneles africanistas tenían ya el hábito del *hachis*<sup>520</sup> y a los lupanares u otras vías de amor ilícito -"el capitán (...) Don Baltasar, Balta, Tasarín, pienso yo que le cantaría su mujer o la amante tetuaní de turno"<sup>521</sup>- o mercenario, sino exhibidora de unas actitudes despóticas y chulescas, que se dirigen ahora hacia el marroquí en vez de hacia la propia tropa española. Comportamiento del cual resulta buen ejemplo el teniente Ignacio Villarte en *Quebdani* o los ociosos que aparecen retratados en *Kabila*:

"Aquellos oficiales (...) charlaban adoptando arrogantes posturas que dejaban entrever el abismal vacío interno. Pendiendo de los labios burlones el frágil cigarrillo perfumado o las últimas gotas de la ginebra contrabandeada en Gibraltar. En la bocamanga el oro bordado del mando.

'-¡Eh!, chico, *kahua-el halib* -me decían, orgullosos de saber, a duras penas, balbucear en árabe un café con leche para aliviar el tedio de la mañana.

'Palabrería convencional, bromas de Sala de Banderas que ya no encuentran estímulo en las mesas del subastado o el *baccara*." (Pág. 23).

Detestable imagen de los miembros de la milicia que tampoco mejora cuando los aludidos tienen la condición de paisanos, cual sucede, por ejemplo, con los necios y petulantes hijos de Tomás Dávila en la novela de Antonio Abad. Correlativamente a lo ya visto en otras fábulas, pero a la inversa, el español que aparece en estas narraciones, por lo general desdeñoso de la cultura marroquí y reacio a admitir todo lo que se aparte de sus consabidos presupuestos, no se hace acreedor a gran estima ante el rifeño, que bien lo mira con ojos despectivos, como Abd-el-Aziz:

"(...) A veces me preguntaba cómo una gente como ésta había conseguido hacerse con el Protectorado. En realidad, muchos de los que vinieron para colonizar el Rif no eran más que una caterva de ignorantes con uniformes, o colonos que no tenían donde caerse muertos (...) Qué se podía esperar de una gente así." (*Quebdani*, pág. 36).

O bien extiende un manto de conmiseración ante lo incomprensible de una conducta veteada de absurdos y defectos, que ya mucho antes había llamado la atención de el Nasiry, aquel

renegado español adaptado a las costumbres y vida musulmana en los episodios galdosianos, y a la cual de nuevo se refiere Ahmed Ben Hakí en parecidos términos:

"Mentiría si dijese que ahora, después de tanta sangre, de tanta guerra, entiendo a los españoles (...) Para mí son seres incomprensibles y declaro la imposibilidad de clasificarlos. Altivos hasta el ridículo (...), crueles, a veces cariñosos, siempre intolerantes, intentando demostrar una superioridad que ellos mismos encuentran dudosa. Anclados entre la historia europea y la africana, no han participado definitivamente en ninguna de las dos, basamentando una supuesta superioridad sobre los africanos en el tópico de que representan el extremo de la cultura europea y cristiana. Por el contrario, se acomplejan ante los europeos porque creen significar el extremo más avanzado de las culturas africanas, que pretenden ignorar (...) Son orgullosos y vacíos, vanos e imprácticos pero, al fin, hermanos irredentos." (Kábila, pp. 21-22).

Retrato descarnado del espíritu colonialista hispano, sin asomo de parecido con ese otro que García Figueras traza con perfiles de altruismo apostólico en la figura de su capitán Urrutia:

"(...) su profundo amor a Marruecos, al país y sus habitantes, que era prolongación de su mismo amor a España, sus sentimientos humanitarios, sus principios religiosos, le hacían ver en aquel herido que acogió moribundo, no al combatiente, sino al hombre en desgracia que luchaba por un ideal, equivocado sin duda, pero tal vez sentido con profunda y sincera fe." (Ramadán de paz, pág. 65).

Unos sentimientos aún comprensibles si hubieran tenido su origen en el deslumbre orientalista que trastornó al capitán Sandoval en ¡Mektub! -novela que, por cierto, se menciona en la de García Figueras, lo que no haría imposible que su protagonista hubiese servido como remota inspiración para el de ésta otra-, pero que sustentados en filantrópicas concepciones sobre la hermandad y cooperación entre ambos pueblos, se antojan falseamiento sin paliativo, que también encuentra su correlato en la percepción que el marroquí tiene de la figura del español, en nada parecida a las anteriores:

"(...) la figura de Urrutia, agigantada, era para él [para Feddul] el símbolo más noble y más perfecto de España." (Pág. 148).

Una radical línea divisoria separa de un lado a los dos relatos publicados en los entornos cronológicos de la guerra y el algo más tardío de García Figueras, y de otro, a los dos muy posteriores, en lo que afecta a las formas de contar y a las técnicas narrativas. Diferencia comprensible por el amplio lapso de tiempo que media entre la redacción de unos y de otros, y que resulta además agravada porque aquéllos carecen de cualquier voluntad innovadora, están lastrados por un apego a fórmulas ya algo caducas para su propia época, mientras que los contemporáneos, sin llegar a mostrarse tampoco en exceso rupturistas con la tradición, responden ya a planteamientos narrativos muy distintos.

La primera y más significativa de estas diferencias viene dada por la elección del narrador y el punto de vista adoptado, consecuentes en cada caso con la ideación novelesca a que responden. Los de la primera etapa, que ofrecen una visión externa y general de los acontecimientos, sin ánimo de introspección alguna, aunque esto último resulte algo discutible en Chumberas y babuchas y todavía más en Ramadán de paz, se decantan por la narración desde la impersonalidad que impone la tercera persona. Por el contrario, la voluntad que orienta a los de aparición más tardía es ahondar en el personal sentir del rifeño, trasladar su sensibilidad ante el fluir histórico, por lo cual el protagonista refiere su propia peripecia, mediante una forma semejante en ambos casos y que se antoja bastante idónea.

Claro está que hablar de impersonalidad narrativa en La sed y en Chumberas y babuchas, como suele ser habitual -atendiendo a la experiencia de títulos anteriores- en las novelas breves o de carácter popular de aquellos años, viene a significar tan sólo que están contadas desde la tercera persona, no que haya un deseo por mantener la figura del narrador al margen de los acontecimientos referidos. A la ya esperable omnisciencia de este narrador en apariencia impersonal hay que añadir otra buena sarta de intromisiones indicativas de su constante presencia en el texto. Abusiva injerencia a veces, que se traduce en un deseo de orientar al lector para que no se pierda en la fábula -por costumbre, sencilla y diáfana- ni

pueda llegar a interpretarla de manera distinta a lo previsto. La consecuencia es la reproducción de ciertas fórmulas herederas de la narrativa del pasado, entre las que cabe mencionar el empleo de epítetos caracterizadores, innecesarios por cuanto, a diferencia de lo que ocurría en las novelas por entregas, la escasa dimensión del relato impide que ni autor ni lector se olviden de quién es cada personaje, con lo que estas calificaciones resultan redundantes con el conocimiento que ya tiene el lector: "¡Adiós a los quiméricos proyectos del miserable [en alusión al malvado Bel-Agar]!", (*La sed*, pág. 21). Semejante propósito parece guiar los juicios sobre lo narrado -"los que asistían a esta escena digna del Romancero", (*La sed*, pág. 19)- o algunas aclaraciones impertinentes y rompedoras del universo de ficción: "(...) los campos y poblados donde se desarrollan los sucesos de esta novela", (*Chumberas y babuchas*, pág. 43); "Expuesto lo que acaba, volvamos a la novela", (*Chumberas y babuchas*, pág. 78). Por no aludir a la autoinclusión del narrador entre un grupo de personajes o su toma de partido por ellos, mediante el uso de posesivos en plural, que Fusimaña reitera con frecuencia, terminando así con cualquier atisbo de impersonalidad: "Nuestro rendido fugitivo", pág. 28; "Nuestro desgraciado soldado", pág. 30; "Empieza nuestro hombre", pág. 34. Con resultar ya grave el empleo de estos recursos, por lo que denotan sobre el envejecimiento del texto desde su origen, todavía lo acentúa más algún otro que carece de cualquier fundamento narrativo distinto del mero seguidismo de añejas y periclitadas formas. Entre ellos, la fórmula, ya varias veces mencionada en estas páginas, de establecer un diálogo con el lector en medio de la ficción, bien mediante recordatorios innecesarios o bien fingiendo una inverosímil complicidad para crear expectativas de sorpresa, que se diluyen ni siquiera a reglón seguido sino en el mismo. Para ambos fines lo utiliza Fusimaña, y con más que notable prodigalidad: "al hijo del café que ya conocemos", (pág. 56); "el bombardeo aéreo que ya conocemos", (pág. 90); "figúrese el lector dos pipas de caña casi gemelas", (pág. 58); "Iba a sentarse con ellos. ¿Qué había pasado? Pues que agradecido el jefe por haberle salvado (...)", (pp. 49-50). Casi ni que decir tiene que los parámetros de tiempo y espacio carecen de cualquier manipulación como creadores de la ficción narrativa,

limitándose en ambos textos a meros elementos referenciales de muy sencilla construcción. El fluir temporal, por ejemplo, se produce en rigurosa cronología lineal, que en el caso de Chumberas y babuchas sólo queda rota por alguna vuelta atrás, a momentos anteriores de la vida del protagonista que evocan tiempos previos al comienzo de la historia contada, y aún esto se lleva a cabo con indicaciones bien pedestres, encerrándola en una suerte de paréntesis que comienza con un significativo "dio rienda suelta a sus recuerdos", (pag. 24).

Modos algo más pulidos se observan en Ramadán de paz, donde ya ha desaparecido todo indicio de esas envejecidas fórmulas. Su método constructivo responde a muy sencillos procedimientos en los que el diálogo y la reflexión de los personajes se antepone al relato de sucesos, los cuales quedan en un segundo plano narrativo, poco más que enunciados a pesar del dilatado lapso de tiempo que cubre el relato y de los muy numerosos acontecimientos que tienen lugar. La presencia de estos hechos significativos alterna con más o menos dilatadas elipsis, siempre en una sucesión cronológica. Pero lo importante deriva de la repercusión que ese acontecer histórico va teniendo en el personaje de Feddul y en su paulatino acercamiento a Urrutia. De tal forma que la conclusión de la guerra marroquí, en la primera parte, alcanza su punto álgido en la completa aceptación de los postulados españoles por parte del cabileño, mientras que los desmanes republicanos y el consiguiente enfrentamiento civil en España culminará con el reencuentro de ambos amigos y su sacrificio por una causa común, cuyo fruto crecerá al final en ese posterior hermanamiento de sus respectivas hijas. En consonancia con la escasez de peripecia, el narrador ajusta su punto de vista en todo momento al seguimiento, ya sea externo o interno, de uno u otro personaje. En este sencillo esquema constructivo destaca por encima de cualquier otro rasgo la omnipresencia de juicios y valoraciones, no ya vertidos por los personajes -a lo que nada habría que objetar-, sino procedentes de la voz narradora, cuya subjetividad anega la totalidad del relato. Unas veces por medio de una abusiva adjetivación que califica o descalifica según sus intereses: "Su propia modestia, tan grande y tan auténtica, como sus méritos", (pp. 14-15); "el menguado cabecilla de Beni Urriaguel", (pág. 96); "un gran español, el general Primo de Rivera", (pág.

97); "el minúsculo cabecilla de Axdir", (pág. 197). En otras ocasiones mediante la tendenciosa connotación del léxico empleado -"cuando se alzó [Primo de Rivera] en Barcelona contra el desgobierno de España", (pág. 101)- o a través de apostillas circunstanciales a lo narrado en las cuales se envuelven los sentimientos que desea transmitir y la mediatización al lector:

"Así, cuando la vega del Martín y las huertas de Tetuán estaban exuberantes de lujuriosa vegetación, cuando las noches eran perfumadas y tibias, cuando las aguas saltarinas de los patios de Tetuán parecían repiquetear con sonido apagado y melodioso de palillos sevillanos, cuando las luces son plata y las sombras azules, cuando Tetuán alcanza el máximo de su encanto y de su belleza [ya está creado el ambiente idílico], Feddul se fue con Franco..." (Pág. 309).

Las novelas de Fernando González y Antonio Abad mantienen ciertas similitudes entre sí, las cuales van más allá de la simple opción por narrar desde la primera persona, que, por otro lado, no se antoja una elección gratuita o caprichosa sino justificada de pleno ya que ambas pretenden llegar a la intimidad del personaje. Y para lograrlo, nada mejor que recurrir al relato fenoménico, que permite hablar a unos protagonistas a los que el ambiente en que se desenvuelven suele imponer el mutismo. El testimonio de Ahmed Ben Hakí en Kábila constituye las casi totales memorias de una vida, que este rifeño dirige a una instancia intermedia a la que denomina "hermano", y que no hay indicios de que deba identificarse con nadie en concreto, bien puede tratarse de un ente no definido, cualquier individuo de su misma colectividad racial y cultural. Su objeto es dejar constancia, mediante este tono confesional, de cuanto de traición a sí mismo y de derrota personal ha significado su existencia. Sin embargo, aunque se trate de avatares personales, tiene una vocación de universalidad, como muestra de un camino que hubieron de seguir otros muchos marroquíes vencidos primero en la guerra y luego en la vida. Representa, en realidad, la derrota de todo un pueblo, basta para ello reparar en la ya comentada figura de Chumitsa. Casi idéntica voluntad, aunque en este caso con distinto tono, conduce la todavía más íntima y confidencial

confesión de Abd-el-Aziz en Quebdani, que también viene a ser una suerte de memorias, más parciales y aquilatadas que las de Ben Hakí por cuanto casi en exclusiva quieren resultar explicativas o justificativas de su venganza. Sucesos que el protagonista va relatando a otra instancia intermedia, a Manol, un hijo rebelde de Tomás Dávila, su amo español en el molino, para que este otro español, renegado de su familia y de su cultura, y por quien Abd-el-Aziz siente estima y aprecio no pueda llegar nunca a pensar que el rifeño actuó en ningún momento movido por despecho o celos ante el rechazo de Adriana, la hermana de aquél, sino cumpliendo un vindicativo ritual de antemano prefijado.

La adopción de esta forma literaria memorística como trama permite además que el relato no se convierta en un mero repertorio de acontecimientos ya sucedidos, sino que a la vez se transforma en una indagación reflexiva que cada uno de los protagonistas lleva a cabo sobre su pasado. De modo que la remembranza presente ofrece una nueva capacidad explicativa, de enjuiciamiento sereno y lúcido, sobre todo aquello que en su momento ninguno de los dos personajes estaba en condiciones de entender. Algo que para Abd-el-Aziz no suelen ser más que una reinterpretación de su periodo de formación desde su sabiduría posterior:

" (...) Pero esto no fue lo que te dije en realidad en aquel momento. En aquel momento te diría otras cosas porque mi edad y mis palabras todavía no tenían la madurez suficiente para hablarte de aquella manera." (Quebdani, pág. 45).

Mientras que en Kábila, donde la redacción de esas memorias se va realizando en distintos instantes cronológicos y a lo largo de un tiempo dilatado, se convierte en pilar sustentador de la narración, de tal forma que el presente para Ahmed Ben Hakí no es sólo vivencia actual sino oportunidad para rememorar y comprender el pasado, el suyo personal y el colectivo. Así, en 1936, cuando toma parte junto al autodenominado bando nacional en la guerra civil española, echa la vista atrás y se da cuenta de algunas de las causas que propiciaron la derrota rifeña en aquella otra guerra anterior: "Ahora, que tengo una inevitable formación militar, comprendo que aquellos años eran bélicamente anecdóticos. No se estabilizaba un ejército regular, sino que la mayoría de los hombres actuaban en guerrillas o partidas y, de cuando



en cuando, regresaban a cultivar los campos o a cubrir a sus mujeres. Esa fue nuestra debilidad", (pág. 65). Por igual procedimiento años después entenderá lo que para los marroquíes vino a significar su participación en este conflicto interno entre españoles y dará su justo valor a las palabras de uno de sus compañeros: "Es una locura, me confesaba, luchar a favor de los cristianos, en contra de los únicos que podrían haber defendido nuestra causa", (pág. 267). Y lo mismo puede decirse de otros sucesos y personajes históricos o de aquellos que tan sólo afectan a su pequeña historia particular. Incluso la novela establece una suerte de deslinde entre la narración de acontecimientos presentes y la personal reflexión ulterior sobre esos mismos acontecimientos, lo que se lleva a cabo mediante el inserto de ocasionales fragmentos en letra cursiva dentro del mayoritario texto en versalitas, los cuales trasladan al lector los contenidos mentales del narrador en sus manifestaciones íntimas y confidenciales.

Estas similitudes entre ambos títulos desaparecen cuando hay que sortear uno de los escollos inherentes a cualquier narración desde la primera persona, las limitaciones que a la hora de contar impone este restringido punto de vista. Obstáculo que Fernando González salva con habilidad, pues cuanto en *Kábila* se dice pertenece a la experiencia directa del protagonista, excepto el sintético relato del desastre de Annual, episodio en el que Ahmed Ben Hakí no participa y cuyo relato conocen tanto el lector como el propio protagonista por boca de otro rifeño que lo presencié: "Escuchamos de labios de Ben-Saddah (...) la excitada relación de la gran victoria sobre los españoles, victoria de los creyentes, en Annual (...)", (pág. 67). Menos atinado, en este sentido, se manifiesta Antonio Abad, cuyo protagonista por lo general también se atiene a referir lo que pertenece a su particular campo de conocimiento, sin embargo, en más de una ocasión se extralimita y va más allá de lo que su experiencia le permitiría contar, dándolo además como testimonio directo y no como pormenores facilitados por un tercero que él se limitase a recoger. Resulta difícil creer que Abd-el-Aziz, cuyo alejamiento del molino es poco frecuente y cuando se produce no ocurre a cualquier hora del día, posea información de cómo se inició en Melilla la relación amorosa entre Gonzalo, uno de los hijos de Tomás Dávila, y Luisa, su futura esposa. Y mucho menos que su

conocimiento, aun alejado del lugar, llegue al detalle de poder dar cuenta de las reacciones que este encuentro provoca en ambos:

"Él venía solo y al cruzarse con ella enfilaron los mismos pasos, sin querer, sin proponérselo ni él ni ella, hasta que se dieron cuenta y él pidió perdón, y la miró, y a ella ese comportamiento tan cortés, tan educado, la sobrecogió de tal manera que también llegó a mirarlo, y se produjo un instante de desconcierto, como si ya no supiera adónde tenía que ir, como si se hubiera perdido por un camino que se sabía de memoria porque lo recorría a diario y hubiera olvidado de pronto por dónde iba, quién era, cómo se llamaba, cuál era aquella ciudad y ese hermoso parque de altísimas araucarias. Él le confesaría meses más tarde que le había sucedido lo mismo (...)" (Páginas 148-149).

Y si el episodio anterior refleja una omnisciencia que mal se aviene con lo que tendría que haber sido restringida óptica del personaje narrador, mucho más inverosímil resulta que cuando esta pareja ya está casada y se ha instalado en una casa propia, alejada del molino, Abd-el-Aziz sea capaz de reproducir los sentimientos y hasta los diálogos que se producen en la intimidad de ambos. Por no hablar de su capacidad para interpretar el pensamiento de Luisa:

"-Lo que menos me gusta de la casa -dijo Gonzalo- es que me preocupa que te quedés sola.

'Luisa estiraba la mantequilla sobre una rebanada de pan. Notó en la delgadez de sus labios un temor que no se justificaba, que parecía un cumplido, esa suerte de frase experimentada por la admiración o por el cariño que hacia ella sentía. A veces se cruzaban palabras más que amables o silencios que tenían la habilidad de romperse después en frágiles ternuras, en besos correspondidos que, sobre todo, a ella le gustaba prodigarse cuando él venía o se iba, como al comienzo de su matrimonio." (Pág. 168).

Desliz que vuelve a repetir, y todavía más acentuado, al referir, de nuevo por lo menudo, la primera visita que Tomás Dávila realiza al prostibulo de Quebdani, en la cual no se tiene noticia de que fuera seguido por el protagonista. Este tener puesta la vista más en el lector, en la información que quiere proporcionarle, que en la coherencia interna del relato le ocasiona también algún otro tropiezo menor. Así, por ejemplo, que le cuente a Manol, la instancia intermedia a quien dirige su relato, pormenores que a éste le son de sobra conocidos. Acto que, por consiguiente, no cabe interpretar sino como una poco acertada manera de suministrar esos detalles al lector, que nada de ellos sabe, olvidándose de que en realidad no se dirige directamente a él: "(...) te pasaste algunos años huyendo como una mala bestia hasta que la independencia del Protectorado te entregó la libertad que no tenías", (pág. 50). Todo esto resulta obvio para Manol. Nuevo, sin embargo, para el lector.

La configuración del tiempo también se asemeja en los dos relatos. Sendos protagonistas narradores van contando aquellos episodios más significativos para cada uno de ellos, en alternancia con elipsis o silencios más o menos largos. Ambos textos, acorde con su condición de memorias, están escritos como remembranza del pasado, con la única diferencia de que en Quebdani esta analepsis se hace continuada, mientras que en Kábila se presenta fragmentada en los distintos momentos en que acomete su redacción, aunque siempre repasando capítulos anteriores de su vida. No obstante, ambos guardan un cierto orden cronológico en el discurrir de los sucesos, que, si bien no llega a ser estricto del todo, permite una sensación de avance progresivo en el lector, ya que estas alteraciones se deben a que de vez en cuando -y sobre todo en Kábila- se retoman hechos narrados con anterioridad para completarlos a la luz de la mayor experiencia y conocimiento que el tiempo transcurrido ha generado en el narrador protagonista. Y si esta novela de manera formal comienza *in media res*, esto sólo cabe entenderlo ligando las etapas de composición de las memorias con la trayectoria del personaje, ya que deslindando los dos elementos la disposición de ambos en el texto se produce siempre desde el inicio. La fecha que figura en el arranque de la narración es 1936, año en que comienza a poner por escrito sus recuerdos, los cuales, no obstante, se

retrotraen en ese momento hasta un tiempo algo anterior al inicio de las hostilidades en el Rif. Y a partir de aquí van progresando tanto la redacción de las memorias como el relato de su vida pretérita. Por lo que bien puede decirse que se trata de un fluir temporal de disposición lineal, donde desde distintos y progresivos momentos del presente se rememoran otros tantos ya pretéritos.

Si algo caracteriza el espacio del rifeño en estas dos novelas es su inexistencia. No hay un lugar propio del marroquí porque el colonialismo se lo ha usurpado. El medio en el que ahora se desenvuelven los protagonistas -otrora su habitat natural- se les ha vuelto ajeno, pues ni siquiera el hueco que ocupa su figura física les pertenece. Tal puede apreciarse en Quebdani, en cuyo molino malvive Abd-al-Aziz de prestado, ya que aquellas tierras han sido ocupadas por el español. Y un poco de lo mismo sucede en Kábila, donde, tras la derrota, Ahmed Ben Hakí se ve abocado a compartir las sobras del vencedor a través de una existencia cuartelera muy alejada de unas raíces personales que ya no existen. Hasta el paisaje le han mudado y ahora no se muestra capaz de reconocerlo como propio. Sentimiento que se le desvela durante su viaje de frustrado retorno al pasado:

"A la mañana siguiente me perdí entre el bosque de casetas y barracas buscando mi recuerdo./ No quedaba ni rastro del chozo, de los cobertizos y tenduchos que formaban, junto con los burdeles baratos, las Cabrerizas Altas de la época de Milud, cuando llegué a ser 'echador' en el casino militar. Nada." (Páginas 225-226).

Ahondando en la dimensión semántica del espacio, el relato de Fernando González no hace sino confirmar esta inexistencia, pues aunque el título -Kábila- remite a un lugar, tal localidad sólo constituye algo tangible y presente en la primera parte de la narración. Después ha desaparecido y toda referencia espacial, salvo las atribuibles a mera funcionalidad circunstancial, corresponden a evocaciones que únicamente se materializan en la mente del protagonista. Refleja, por tanto, la remembranza de algo perdido. Distinto significado tiene en la novela de Antonio Abad, cuyo título, por cierto, también alude a la toponimia rifeña. Sin embargo, aquí el espacio fundamental se localiza en el molino de Tomás Dávila, dado que

la pequeña población de Quebdani viene a representar una especie de expansión complementaria y más difuminada de aquél. Y este lugar, el molino, adquiere una dimensión simbólica, a la vez que se convierte en uno de los más certeros hallazgos del libro. Tras sus muros y en sus aledaños late gran parte de la vida de aquellos años, allí cobra corporalidad y se disecciona el odio visceral, el enfrentamiento radical entre colonizados y colonizadores. Bien puede decirse que en él se reproduce a escala reducida toda la tensión que se respira en el Protectorado español desde el final de la guerra hasta la independencia.

La un tanto escasa preocupación por el lenguaje con que se elaboran estos mundos novelescos constituye nota casi común a todos ellos, a pesar de la distancia temporal que separa a unos de otros y la muy distinta concepción del estilo literario que parece orientar a cada autor. A este respecto conviene recordar que se trata de obras compuestas en muy distintas épocas y bajo muy diferentes influencias. Desde los resabios del más ampuloso modernismo, presentes aún en La sed, hasta los usos lingüísticos de absoluta actualidad que deja ver la narración de Antonio Abad, pasando por la redacción artesanal -o más bien escolar- del neófito y no profesional de la escritura Francisco Fusimaña. Con las únicas excepciones de Kábila y Ramadán de paz, y esto no sin alguna reserva, sobre todo por los excesos retóricos de García Figueras y los desbarres de Fernando González apuntados por Hossain Bounizeb en cuanto al uso de la lengua nativa, todos vienen a darse la mano en la creación de una prosa de baja expresividad, por lo general no sólo desmayada y carente de brillantez, sino incluso con tendencia al descuido y con manifiestos errores.

No suele ser infrecuente, salvo en el desmañado Fusimaña, la deriva hacia la denotación lírica. En el relato de Carlos Micó, siguiendo pautas del todo tradicionales, sirve de colorístico adorno para los fragmentos de carácter descriptivo. Sus modos expresivos remiten a la altisonante y enjoyada retórica de un modernismo ya en retirada:

"Atardecía. Era la hora roja del crepúsculo. Escondiéndose tras los montes del Atlas, el sol parecía rodar con pereza por las cumbres, encendiéndose una magnífica y colosal hoguera en la cresta más alta, de púrpura y de oro. El oasis estaba ya sumido

en las sombras y el misterio; pero el cielo resplandecía aún y los picachos más altos de la cordillera estaban nimbados de llamas como el Vesubio en el ocaso." (*La sed*, pág. 1).

Exhuberancia bajo cuya aparente brillantez se enmascara, como ya ha podido verse en otros no muy dotados seguidores de este estilo, la imprecisión, cuando no la más palmaria insuficiencia léxica:

" (...) la noche se elevaba hacia un cielo maravillosamente colorido [es de suponer que, para que tenga sentido, querrá decir coloreado] de cendales de turquesa y rubí." (Pág. 13).

Lirismo que, traducido en metáforas e imágenes y ampliados sus horizontes más allá de la estricta descripción, también está muy presente en *Kábila*. En la que alternan algunos hallazgos expresivos -"Se apagaron, cansadas, las luces del establo y nos quedamos la noche y yo para llorar nuestra pérdida", (pág. 137); "la ciudad es un punto blanco entre los muslos verdes del paisaje", (pág. 189)- con lo forzado y redicho -"El sol se aploma sobre el gigantesco llano silueteando como único contraste la amplia sombrilla que amamanta en su cerco la mesa y la hamaca del capitán", (pág. 149)- e incluso con fórmulas que por trilladas carecen de viveza: "los últimos ruidos del cuartel se dilufan con la noche", (pág. 17). Con todo, donde a mi entender la novela de Fernando González alcanza sus más logrados aciertos no es en estas expansiones poéticas de corte convencional, sino en la técnica impresionista que de vez en cuando utiliza en pasajes descriptivos. Fórmula más personal con la que atrapa de forma sintética las sensaciones que le sugieren tanto los objetos -"Xauen, dados azules y tejas carnosas", (pág. 82); "sus labios, cueros ennegrecidos luchando con las moscas", (pág. 124)- como los personajes y situaciones. Momentos estos últimos en los que obtiene el mayor provecho artístico de tal recurso. Algo de ello puede verse, por ejemplo, en la muy atinada caracterización de los oficiales españoles:

"Palabrería convencional, bromas de Sala de Banderas que ya no encuentran estímulo en las mesas del subastado o el *baccara*. Desfile de color y uniformes variados, de

entorchados, capas, chilabas falsas, fustas, *salafoks* coloniales, dril y brillantina." (Pág. 23).

O en la de un mísero perro rifeño: " (...) su perro, flacos descarnados, orejas bastardas, cola flácida y sumisa", (pág. 15). En ocasiones lo emplea hasta en fragmentos narrativos, y con plausible resultado, según puede apreciarse en: "Al anochecer, pedazos de queso de cabra y un té ardiendo, recalentado entre piedras", (pág. 33).

Imágenes y metáforas que también con empeño descriptivista acuden a las páginas de Ramadán de paz: "Claridades de ocaso, desdibujando figuras que comenzaban a hacerse imprecisas entre el día y la noche", (pág. 7); "el hilo de plata de la luna nueva había puesto fin a los sacrificios del mes del ayuno", (pág. 358). No obstante, la prosa de García Figueras se mantiene dentro de un tono contenido y con un predominio de los registros funcionales, sólo rotos por cierta tendencia al retoricismo, que llega a manifestarse incluso en la esporádica presencia de interrogaciones en medio del discurso del narrador: "¿Cómo se borraría de la mente de Urrutia aquella escena inolvidable llena de enorme valor humano y de profundo simbolismo?", (Pág. 168); y por una afectación, también ocasional, que se traduce en ciertas cursilerías expresivas: "Aquellas niñas, Ana María y Erhimo, crecían juntas como capullos de un mismo rosal", (pp. 145-146); "aquella cintura de bellas residencias que aprisionaban, mejor fuera decir, acariciaban y embellecían, como un lindo collar, a la ciudad blanca", (pág. 212); "los luceros que hacían su corte a una luna que anunciaba gozosa el término del sacrificio y el comienzo de la Pascua", (pág. 369).

El registro lírico está casi ausente en el relato de Antonio Abad, cuya prosa se encauza más bien hacia lo funcional, dejando estos chispazos poéticos para muy contadas ocasiones. Y cuando muy de tarde en tarde surge alguno, suele ser con valor de simple apostilla o adorno, nunca sirviendo de soporte al discurso: "(...) cuando se marchó lo había hecho para siempre, como se va o se pierde la lluvia en un campo sediento, o el humo o el vuelo de los pájaros en el aire", (pág. 200). Esto no significa que Quebdani sea un texto ayuno por completo de creatividad expresiva. Aunque ni de lejos pueda considerarse la obra de un

estilista, tampoco falta algún esporádico destello de viveza que, eso sí, suele ser fragmentario y limitado, según refleja, por ejemplo, en la notación del afecto al vino que parece tener un miembro del clero, cuyo brillante comienzo se malogra en la última parte de la oración:

"Tenía fama de borrachín y a esa hora, las once de la mañana y con un par de misas en el cuerpo, era ya más que suficiente para que aquel momento le pareciera inescrutable." (Pág. 120).

Los descuidos caen unas veces del lado sintáctico y otras del léxico. Los primeros se deben sobre todo a un equivocado empleo de las preposiciones, como le sucede en alguna ocasión a Antonio Abad, bien por repetición -"meterle en el cajón del armario de la cocina de tu madre", (pág. 38)- o bien por falta de atención en la concordancia: "la mejor manera que teníamos los cabileños de castigar a un perro era colgarlo de un árbol, de [en lugar de la correcta 'a'] un perro criminal y asesino como era el perro de Tomás Dávila" (pág. 60). Errores en los que con mucha más frecuencia incurre Francisco Fusimaña en Chumberas y babuchas, donde añade preposiciones innecesarias o traba sus habituales empleos: "Buscaba ahora con la vista a que el jefe le dirigiera la mirada", (pág. 30); "unos indígenas acompañados de uno que por sus trazas de [en vez de 'en' o 'a'] la cuadrilla recién llegado era", (pág. 59); "su influencia hacía sentir en las más apartadas, no solamente de la zona cuya ocupación tenía España a su cargo, sino a [donde debería usar 'de'] la zona francesa", (pág. 68). Este desaliño afecta también, aunque de manera más esporádica a otros elementos relacionantes: "tarde avanzada era que [por el correcto 'cuando'] todavía llegaban individuos", (pp. 65-66). Y resulta llamativo y hasta paradójico que se muestre tan desacertado en lo que son usos comunes y coloquiales cuando, a la vez, da muestras de un casi inmoderado gusto por la alteración del orden sintáctico habitual, mediante la reiterada utilización de anástrofes, que hay que considerar recurso mucho menos frecuente e indicativo de una complejidad y dominio constructivo que parecen no avenirse bien con los anteriores errores: "aprovechar la ocasión debían", (pág. 53); "vigilado no era como un prisionero", (pág. 54); "un buen día,



pues de descanso y recreo era", (pág. 63); "retirándose habían los no familiares", (pág. 66); "los espíritus dañinos que ocasionarle ser repudiada por su esposo podían", (pág. 75).

Más reiteradas aún se presentan las negligencias de orden léxico, de las que sólo parece quedar a salvo Ramadán de paz, donde también se detecta un aislado "preveer", pero por su carácter único tal vez haya que darlo como errata. Los restantes títulos no escapan ninguno a estos descuidos. Ya sea por repeticiones: "(...) con esa habilidad y *manera* [el subrayado es del autor<sup>522</sup>] que es la habilidad característica (...)", (La sed, pág. 7); "tenía un aspecto de una muñeca china", (Quebdani, pág. 28). O por confusiones, aunque en algunos de estos casos cupiese tal vez la posibilidad de atribuirlo a error de impresión, cual sucede en Kábila, donde se incurre un par de veces en la confusión -por cierto, bastante extendida en el habla poco cuidada, lo que hace sospechar que pueda ser imputado al autor- entre dos términos de semejante fonética pero muy distinto significado: "las treinta y seis especies [donde quiere decir 'especies'] rituales para la *harera* o el *kus-kus* rifeño", (pág. 166); y en Quebdani, donde la obviedad del error inclina a pensar que más pueda deberse a la imprenta que a quien en origen lo escribió: "no por la desesperación que la embargaba o por la duda de que a él le hubiera pasado algo, si no [en vez de 'sino'] porque ya no podía someterse a la soledad", (pág. 114). Lo que, dentro de este último texto, ya no cabe atribuir nada más que al autor es el uso de una expresión que, aunque ha alcanzado una extraordinaria difusión e incluso no presenta ningún reparo en cuanto a su aceptación -por cuanto la RAE la ha admitido no hace mucho- como correcta, resulta un tanto inadecuada dentro de la lengua literaria. Me refiero a la hoy tan trágica muletilla "para nada", que, con un sentido semejante a la tradicional locución "en absoluto", Antonio Abad repite hasta seis veces a lo largo de su novela: "Yamina para nada extrañaba tu presencia", (pág. 44); "para nada imaginé su dolor cuando le vinieron con la noticia (...)", (pág. 227); "no querían perder para nada sus privilegios", (pág. 243); "me avergüenza decirlo porque para nada me gusta esa palabra", (pág. 242);... Nada habría que objetar si el relato retratase la contemporaneidad presente y estuviese incluida entre los rasgos definidores del habla en unos personajes de hoy. Pero esto no sucede.

Quebdani reconstruye unos tiempos históricos, no remotos pero sí pasados, en cualquier caso anteriores a la descolonización de Marruecos, y además quien la utiliza es el narrador, aunque en este caso sea también personaje, en una manifestación escrita, que por hábito se entiende más cuidada. Todo lo cual suscita que la inclusión de este tópico del día no pueda ser considerada sino como severo dislate léxico.

En extremo contrario, como juicio positivo en cuanto a la creatividad en voces y giros idiomáticos, casi sólo puede reseñarse la labor de Fernando González, que en Kábila, a pesar del error antes mencionado y de los reiterados deslices entre el árabe y el dialecto rifeño apuntados por Bounizeb, deja constancia de una cierta preocupación estilística. Al igual que sucede con su ya comentado registro lírico, no todo son aciertos, pues también abundan los usos manoseados y, en extremo contrario, algunos neologismos a mi juicio innecesarios: "el brazo apenas *tactando* [el subrayado es mío] el hombro del anterior en la fila". Pero sobreponiéndose a ellos transita el texto un aliento renovador que en ocasiones obtiene certeros resultados y propicia que la palabra transmita con eficacia y brillantez el contenido. Tal puede verse en la notación del tedio cuartelero que envuelve la vida de los soldados, resuelto en la sintética y atinada expresión "veteranos destilando [verbo que habla por sí mismo de la pausada lentitud y del aburrimiento con que transcurre el tiempo] aguante e indiferencia", (pág. 20); o en la esquiva observación que Ben Hakí suscita en sus vecinos: "En Axdir comenzaron a mirarme con distante respeto, pero no podía evitar, en el quicio [vocablo que aprehende la situación en su conjunto] de los ojos de alguna mujer (...) sorprender la compasión", (pág. 53). En suma, y sin ánimo de silenciar los posibles despropósitos lingüísticos perpetrados por Fernando González en el terreno de la lengua nativa, puede decirse que la elaboración de la prosa en esta novela se antoja, con sus hallazgos y sus deficiencias, muy superior a la de los restantes títulos que la acompañan en el presente capítulo.

Por último, otra característica bastante generalizada en estos textos es la inclusión de voces en árabe o chelja (en ocasiones transcrito xelja), el dialecto rifeño, cuya presencia

resulta más abundante en Kábila y Quebdani, aunque tampoco escasean en Ramadán de paz. En todos ellos superan con creces la proporción que suele ser habitual en los relatos sobre esta guerra. Tales registros aportan la nota colorista o exótica sobre el universo marroquí, aunque buena parte de ellos, ya lo ha manifestado Hossain Bounizeb al hablar de Kábila, acaso haya que incluirlos en el terreno de los dislates lingüísticos. Ninguna claridad puedo aportar al respecto dada mi ignorancia de tal lengua, tan sólo notar su abundante profusión y su apartamiento de los vocablos repetidos hasta la saciedad en esta novelística. Por mencionar sólo algunos ejemplos: "Milud Ben-Bel-Aiz pertenecía al *Miad* [consejo de la cabila] por anciano, que no por notable", (Kábila, pág. 15); "las mujeres de los valles velando cuidadosamente la faz con el *kcham*", (Kábila, pág. 82); "la interpretación del *Azref* o Ley de costumbres no escritas", (Kábila, pág. 84); "el contrato matrimonial tuvo lugar en la *zautá* de Tamasint ante el *taleb* Sidi Choaif Ben el Iusefif", (Quebdani, pág. 14); "un rebaño de cabras envuelto en una fétida polvareda y su *chaúta* vociferando, para abrirle paso a los animales", (Quebdani, pp. 25-26). Juzgue su exactitud u oportunidad quien entienda de la materia. Por mi parte me limito a señalar otro rasgo definidor de estos relatos.

#### 1.6. Los Episodios Nacionales.

La ingente obra de reconstrucción histórica que bajo forma novelesca llevó a cabo Benito Pérez Galdos en sus Episodios nacionales dejó al parecer un rescoldo en las letras españolas que algunos narradores posteriores pretendieron reavivar. Estos, por así decir, autoproclamados herederos de la fórmula literaria ensayada con tan feliz resultado por el gran novelista canario decidieron en diferentes momentos dar continuidad a aquella empresa, acometiendo la labor de divulgar, también mediante un envoltorio de ficción, nuevos capítulos del acontecer patrio. No obstante, hay que advertir que si bien estos epígonos lograron captar, con mejor o peor fortuna, el esquema externo de este modo narrativo, en todo lo demás sus creaciones guardan escaso parecido con el modelo galdosiano, pues, por lo general, responden a unos planteamientos ideológicos distintos -opuestos en alguna ocasión- y tampoco los

procedimientos novelescos para ensamblar en un todo lo real y lo imaginativo son parejos. Por no hacer mención a lo que a logros artísticos se refiere, donde cualquier paralelismo, sobre todo en los más prolíficos seguidores, carece de fundamento.

La primera recuperación de este género literario vino de la pluma de Francisco CAMBA<sup>523</sup>, nombre ya familiar en estas páginas por cuanto, como se recordará, es también autor de una novela de ambiente marroquí, Cárcel de seda, comentada en el capítulo dedicado al amor en la guerra. En los primeros años cuarenta comenzó a publicar una serie de volúmenes bajo la común denominación de Episodios contemporáneos, en los que señalaba de forma explícita su voluntad de continuar la tarea emprendida por Galdós. Su proyecto original, al menos tal y como figura en el plan de la obra que acompaña a algunos de estos libros, era novelar los acontecimientos históricos españoles desde el casi inmediato comienzo del siglo XX hasta poco más allá de la guerra civil. Proyecto que habría de constar de tres series de diez episodios cada una de ellas y cuyos títulos respectivos serían: La monarquía, La república y La nueva España. Este diseño no llegó a materializarse en su totalidad. La muerte del escritor lo dejó parcialmente frustrado ya que, aunque el historiador Federico Carlos Sáinz de Robles menciona la publicación de más de veinte volúmenes<sup>524</sup>, sólo llegaron a imprimirse la primera serie completa y los dos o tres primeros tomos de la segunda. Y aún así, el propio Sáinz de Robles se inclina a pensar que Camba redactó esta obra con colaboradores o que incluso su labor se limitó a corregir lo que otros habían escrito, a tenor de las diferencias de estilo que el crítico advierte.

Años después, se produce otro intento por revitalizar esta forma narrativa y reanudar la obra de don Benito. Empresa que de consuno llevan a cabo el matrimonio formado por los escritores Ricardo Fernández de la REGUERA<sup>525</sup> y Susana MARCH<sup>526</sup> en los denominados Episodios nacionales contemporáneos, que comienzan a publicar a partir de 1963. Su plan inicial, al menos según figura en la solapa de los volúmenes, no distaba mucho del enunciado por Camba, consistía en novelar la historia de España desde poco antes de los albores del siglo XX hasta más allá de la guerra civil. Se inicia esta serie con dos tomos que narran los

desastres del noventa y ocho, cuyos títulos son Héroes de Cuba y Héroes de Filipinas, sin embargo se concluye, en lo que alcanzo a conocer, con el que lleva por título La República. A pesar de que el periodo que abarcan es casi el mismo que en los episodios de Camba, la obra en su conjunto, tanto por la manera de conducir los acontecimientos como por su factura literaria, poco tiene que ver con la del escritor gallego.

Por último, en 1966, apareció en Méjico un libro de género novelesco, Historia del cautivo, cuyo autor, el soriano Juan Antonio GAYA NUÑO<sup>527</sup>, había concluido en 1962<sup>528</sup>, pero que debido a problemas con la censura de la época no había podido editarse en España. También lo subtítulo Episodios nacionales, aunque se trata de una obra única, que no pretende quedar incluida en ninguna serie o plan más amplio, y en este caso la voluntad que guía a Gaya, tal y como él mismo declara en el prólogo, no es continuar la tarea galdosiana sino resucitar un género que a su juicio había desaparecido y que además le parece el más adecuado para dar cuenta de lo que va a narrar.

En este marco se inscriben los títulos que conforman este capítulo. Los tres relatos se presentan bajo la forma del episodio nacional y, como no será difícil suponer, narran el suceso no sé si más importante desde un punto de vista histórico o militar pero sí más sonado y de más honda repercusión social de esta guerra: el desastre de Annual.

Si pocas líneas antes he mencionado las diferencias existentes entre los episodios de Camba y de Fernández de la Reguera<sup>529</sup>, bien palpables en sus respectivos Annual y El desastre de Annual, ahora conviene señalar que el de Gaya Nuño, Historia del cautivo, tampoco tiene mucho que ver con ninguno de los dos anteriores, a pesar de que los tres se sirvan de un mismo referente histórico, que viene a resultar el único vínculo entre las narraciones. Estas diferencias no sólo afectan a cuestiones de raíz estilística o literaria, sino que atañen a todos los órdenes del relato. Una primera orientación, periférica si se quiere pero no carente de significado por cuanto estos sucesos podían levantar ampollas en la comunidad castrense, nos la proporciona la fecha y las condiciones de publicación de cada uno de estos títulos. El de Camba apareció en 1946, cuando lo relatado ya era historia pero

la realidad política presente en la España de ese momento no hubiera tolerado una reconstrucción de aquel desastre y de la actuación militar en Marruecos muy diferente a la que él plantea, entiéndase de desmesurado tono laudatorio y absoluta falta de rigor y crítica hacia los directos responsables, uniformados o no uniformados, de aquella catástrofe. Supuesto, por otro lado, poco probable, teniendo en cuenta la absoluta alineación ideológica del escritor con los vencedores de la guerra civil y con su particular interpretación del pasado. Cuando aparece el relato de Fernández de la Reguera, 1968, los tiempos ya eran otros, una época algo más permisiva para encarar cuestiones como ésta, sobre todo si algunos de los asuntos más conflictivos -la, por decirlo en términos suaves, poco valerosa actuación de ciertos oficiales del ejército y la probada negligencia de éstos y de otro buen número de jefes militares- se tratan con tibieza, de pasada y sobreponderando a la vez comportamientos más edificantes e incluso heroicos. Todo lo cual, junto con deliberadas tergiversaciones puntuales, induce a pensar que la versión de aquellos sucesos históricos presentada en El desastre de Annual responde en su totalidad a la exclusiva voluntad de la pareja de autores, sin que presiones administrativas condicionasen su labor. Y por lo que respecta al episodio de Gaya Nuño, sus forcejeos con la administración y su final publicación fuera de España -en Méjico- hablan por sí mismos. En este caso, la abierta reprobación de los jefes, oficiales y demás responsables de aquel descalabro, así como su personal y no muy elogiosa visión de la milicia, le impidieron sortear los rigores censosios de los primeros años sesenta.

Al margen de estos condicionantes extraliterarios, la disparidad entre las tres narraciones se muestra bastante más amplia de lo que la distancia cronológica que los separa haría suponer. Heterogeneidad ya apreciable desde el planteamiento inicial a la hora de afrontar la dimensión del relato y el qué se va a contar. Camba y Gaya Nuño se decantan por una reconstrucción más sintética del desastre de Annual, dando cabida en sus respectivos volúmenes a una visión global del suceso, esto es, desde su preludio hasta año y medio después de la caída de las posiciones militares, cuando se produjo la liberación de los cautivos españoles, penúltima consecuencia de aquella derrota. Mientras que Fernández de la Reguera

opta por un detallismo mucho más exhaustivo, que le lleva a dedicar sólo a la tragedia militar todo un tomo de casi doble extensión a los de sus colegas, el que toma por título El desastre de Annual, ocupándose de sus consecuencias en el siguiente volumen de la serie, en La Dictadura I. El Directorio militar (1923-1925) .

Divergencias que más allá de esta mayor o menor prolijidad revelan una muy distinta concepción del género y de la ideación novelesca, lo que se hace evidente desde el propio desarrollo argumental. Annual, el episodio de Camba, liga su trama a un personaje, un tal Juan de Lalín, abogado, parlamentario y hombre de espíritu galanteador, que sin participar de forma directa en el desastre militar se convierte en protagonista y conductor de la mayor parte del relato, merced a su deambular de una parte a otra haciéndose eco de los sucesos. En un principio se traslada a Melilla acompañando a Antoñita Robles, una actriz de teatro en gira por esta ciudad. Allí le sorprenden los primeros compases de la catástrofe y decide quedarse en el lugar, movido por una doble razón. De un lado esgrime el patriótico pretexto - dada su condición de diputado- de conseguir noticias de primera mano sobre tan graves acontecimientos para el devenir de la patria y de otro, su particular interés por conocer la suerte que habrá podido correr una de sus antiguas amigas, en realidad, la mujer que considera su amor verdadero, María Clara, esposa de un ingeniero de minas militar. Como Lalín no tiene acceso a los hechos bélicos que están sucediendo en las posiciones militares, esta parte de la narración se confía a un tal Guillén Benzoato, soldado que vive *in situ* la tragedia de aquellos días, y que con posterioridad remite una carta o especie de memorias contando lo sucedido a su mujer, la cual por casualidad no es otra sino Antoñita, quien a su vez se las traslada a su amigo Lalín. Así éste conoce los pormenores de la derrota. A partir de aquí el episodio dirige sus pasos hacia los avatares que hubieron de vivirse para lograr el regreso de los cautivos españoles en manos de los rifeños. El protagonista vuelve a España e inicia unas gestiones tendentes a facilitar la libertad de los prisioneros, entre los cuales estima que debe de encontrarse María Clara. Peripecia que lo llevará de nuevo al Rif para, haciéndose pasar por ciudadano francés, entrevistarse con el mismísimo Abd-el-Krim y

descubrir que en su casa, bajo ropajes de mora, vive su amada. En su última parte el relato abandona la senda de la pura fabulación y éste vuelve a orientarse hacia lo histórico, de tal forma que vemos como Lalín acompaña y diligencia junto a Horacio Echevarrieta, el industrial bilbaíno que pagó el rescate exigido por el cabecilla rifeño, la liberación de los cautivos españoles, entre los cuales no se encuentra María Clara, cuyo destino parece haberla emparejado con otro cautivo, el teniente Ordax, que tampoco aparece entre los rescatados. Concluye así este particular enfoque del desastre de Annual y un episodio donde la insustancialidad de lo novelesco rara vez llega a trabarse con el acontecer histórico, y cuyo referente literario más próximo, atendiendo a la trama y al diseño de los personajes imaginarios, parece encontrarse en los añosos folletones decimonónicos. Tan envejecidos ingredientes, junto a la ausencia de casi cualquier virtud artística, han privado a este volumen y a los restantes que conforman esta serie novelesca del éxito que disfrutó, y aún disfruta, el modelo que con tan escasa fortuna decidió continuar. Los episodios de Camba, bien al contrario que los galdosianos, nunca llegaron a gozar ni del favor del público ni de la crítica, lo cual sólo parece lamentar, y no sin matices, Iglesias Laguna: "Los Episodios Contemporáneos de Camba (...) pasaron sin pena ni gloria, cosa que no me parece totalmente justa."<sup>530</sup> Lo demás son meras constataciones de sus insuficiencias, cual manifiesta Federico Carlos Sáinz de Robles: " (...) hay verdad, amenidad, garbo narrativo; pero naturalmente, quedan muy por bajo de sus modelos, y aun de sus novelas gallegas."<sup>531</sup>; o conmisericordias miradas, como la que le dedica Gaya Nuño en el prólogo de su Historia del cautivo: "otro novelista gallego, cuyo nombre será caritativo omitir, publicó algunos Episodios Contemporáneos que deseaban seguir la suerte de los de Galdós". Lo demás, el más absoluto olvido.

Un aire bien distinto recorre el episodio de Gaya Nuño, Historia del cautivo, donde, a pesar de que el autor declara en el prólogo que ha "constreñido y limitado en buena proporción lo que debería haber de fantasía" por entender que su exceso estorba en este género narrativo, lo real y lo imaginario -que, a pesar de estar subordinado a lo histórico, no



es de tan poca importancia como quiere hacernos ver Gaya Nuño- se amalgaman con acierto para ofrecer un resultado final cercano a la novela de aventuras, por cuanto de amenidad y peripecia personal tiene, pero sin que esto suponga menoscabo para a la vez dejar cruda y fideligna constancia de todo el horror que acompañó a aquel capítulo de la historia de España. El relato comienza remontándose al nacimiento y origen de Clemente Garrido Mallén, su personaje central -y no digo protagonista, no porque en buena medida no lo sea, sino porque el propio autor estima que la primera denominación se aviene mejor con sus propósitos-. Esta criatura, procedente del más ínfimo escalón social, merced a su buena estrella y a unas escasas dosis de escrúpulo moral sorteará peligros sin cuento hasta terminar alcanzando honores y un más que notable medro personal. La vida de Clemente comienza con el siglo XX. Hijo de padre desconocido y de una moza pueblerina, aunque más tarde será reconocido como legítimo por el pastor que estaba casado con su madre, nace en un pajar con la sola ayuda de don Hermógenes, el cura del pueblo, y de un labriego, los cuales pasaban por allí en ese momento. Desde entonces, estos dos personajes se convertirán en protectores del muchacho, que de esta forma disfrutará de una vida de superior categoría a la que el destino en principio le reservaba, llegando incluso a cursar estudios de magisterio. Cuando le llega la hora del servicio militar, Clemente es enviado a Marruecos, donde, gracias a la influencia de don Hermógenes, consigue un destino privilegiado, pasando a formar parte de la escolta personal del comandante general de la plaza, el general Fernández Silvestre. Esta cómoda situación se ve truncada, sin embargo, cuando el estado del frente militar empieza a tornarse crítico y el joven soldado debe acompañar a su superior a primera línea en los días previos al comienzo de la derrota española. Al ordenar la evacuación de Annual, tomará parte en un episodio que habrá de marcar sus restantes días en el ejército. Tras contemplar que la prevista retirada se ha convertido en desordenada huida de las tropas, el general Silvestre sufre una enajenación mental y pistola en mano comienza a hacer disparos sin control a diestro y siniestro, lo que obliga a los miembros de su escolta a defender sus vidas disparando a su vez contra el comandante general, que de esta manera resulta fusilado y muerto por aquellos cuya

obligación era protegerlo. Un final del polémico militar que ya no resultará sorprendente para el lector de este estudio por haberlo visto antes en Todo por la patria; no obstante, el hallazgo argumental pertenece a Gaya Nuño, de quien lo tomó prestado Fernando Cobo para su posterior novela. Tan sólo a la disposición de ambas obras en las páginas de este trabajo cabe atribuir que el original siga a la copia. Una vez perpetrada la acción, Clemente y sus compañeros se suman a la avalancha de escapados que en frenética y alocada carrera irán atravesando el Rif hasta recalar por último en Monte Arruit. Allí, la astucia que el protagonista ha ido adquiriendo, con el concurso de su innata buena estrella, le salvarán de nuevo de la muerte que el destino tenía reservada a todos los demás soldados. En el momento de la capitulación se pega al general Navarro como miembro de una supuesta escolta personal de este jefe militar, lo que le permite ser incluido en el restringido grupo de privilegiados que preservan la vida tras la catástrofe. Casi desde los primeros momentos de cautiverio su condición de prisionero con algunas letras le granjea un trato de favor por parte de los rifeños, a quienes ayuda en tareas burocráticas y de escribiente, llegando a convertirse en un cautivo distinguido que goza de un grado de libertad superior a todos los demás y en el cual sus captores creen ver incluso un virtual renegado. Además, durante este tiempo, el destino le depara otra buena noticia, la muerte de Santos y Contreras, los dos partícipes o espectadores del fusilamiento del general Silvestre que aún quedaban con vida, convirtiéndose así en el único depositario del secreto. Bien hay que decir que en ambos casos Clemente aporta también su pequeño granito de arena para ayudar a que esa suerte que parece acompañarlo como su sombra actúe y le libre de estas incómodas y desasosegantes presencias. A partir de aquí su único objetivo consiste en aprovechar sus prebendas para escapar, lo que no tarda en intentar, pero sin que esta vez le acompañe la fortuna. Es atrapado y, tras recibir una brutal paliza, pierde las prerrogativas de que gozaba. No obstante, el final del cautiverio está próximo y esta acción ha servido para despejar cualquier duda que pudiera haber existido entre sus compañeros sobre la aparente connivencia de Clemente con el enemigo. Con la liberación viene su reconocimiento como héroe, debido al humanitario comportamiento que

ha mantenido durante el tiempo de cautiverio y, tras su regreso a España, se le abren las puertas de una vida futura mejor que la que había dejado. La Caja de Ahorros le ofrece un trabajo adecuado a su actual dimensión de héroe de guerra y su medro se completa mediante el matrimonio con la adinerada viuda de un teniente muerto en Marruecos. "Así, concluyendo en boda, como en las inocentes novelitas rosas, termina la historia del cautivo", irónica apostilla del narrador que sirve de cierre a un relato que con unanimidad ha suscitado elogiosos comentarios por parte de la escasa crítica que, debido a su mínima difusión, se ha ocupado de él. Comentarios que han subrayado sus cualidades narrativas y literarias. Lawrence Miller, por ejemplo, entre otras laudatorias argumentaciones, dice de él que "sobresale (...) por su calidad literaria, su verosimilitud y su facultad creadora"<sup>532</sup>, y Santos Sanz Villanueva lo tiene por "uno de los argumentos más duros, desencantados y corrosivos de toda la postguerra."<sup>533</sup> Además, en ocasiones, se ha señalado su enraizamiento en una de las temáticas más personales de la tradición literaria española, la novela picaresca, con la que en efecto mantiene ciertas similitudes, como plantean Martínez Laseca y del Río Chicote en su monografía sobre el autor: "un héroe nada ejemplar, condicionado de partida por una paternidad dudosa, lo que junto al desenlace rosa de la obra nos traerá resonancias de El Lazarillo de Tormes."<sup>534</sup> Cuestión en la que me detendré un poco más en páginas siguientes, pero que desde este momento se puede decir que resulta un acierto narrativo y que además, salvando las distancias, emparenta el espíritu de este episodio con aquel que latía en los galdosianos, en concreto, y por no salir del contexto, con el ya visto en Aita Tettauén y en la primera parte de Carlos VI en la Rápita.

Fernández de la Reguera y Susana March en El desastre de Annual, episodio publicado en 1968, con posterioridad por tanto al de Gaya Nuño, se decantan por una reconstrucción de aquella derrota militar volcada mucho más hacia lo histórico que hacia lo novelesco, lo cual resulta ya perceptible desde el inicio del libro, cuyo primer capítulo carece de cualquier artificio imaginativo y viene a ser un situar al lector en los antecedentes reales de la tragedia. Pero tampoco los restantes elevan mucho más el peso de la ficción, que de tan adelgazada

como queda parece por momentos inexistente, pues no sólo carece de cualquier otra trama narrativa distinta del propio discurrir histórico del desastre, sino que incluso los personajes imaginarios, como los soldados *Chamberí* y *Enterizo* o el sargento Pedrell, más semejan individuos extraídos de aquella masa anónima de víctimas, a los que se ha dado nombre y de vez en cuando voz para crear una débil sensación de relato novelesco, que auténticas criaturas de ficción, teniendo en cuenta que su entidad está próxima a lo nulo. El argumento, una vez superado el inicial prólogo, se va cifiendo por completo al desarrollo de los acontecimientos bélicos, desde el preludio de la catástrofe con la caída de la posición de Abarrán hasta el desenlace final en Monte Arruit. La única licencia ficticia viene dada por la llegada del superviviente *Chamberí* a Melilla para, una vez que la tragedia colectiva se ha consumado, morir en una cama hospitalaria. Sumiso seguidismo de la historia que también refrenda el *tempo* interno del relato, dedicando un mayor detallismo narrativo a aquellos sucesos que resultaron cruciales en el devenir auténtico del desastre, cual puede verse, por ejemplo, en la pormenorizada atención con que se ocupa de la caída de la posición denominada Igueriben, cuya pérdida y el consecuente efecto desmoralizador que en la tropa y los mandos produjo gestó buena parte de lo que vino después. Tan sólo se apartan de esta forma de contar cuando desean resaltar algún acontecimiento que se aviene con los postulados ideológicos que subyacen en el episodio, como refleja el pormenorizado relato sobre la numantina defensa de un minúsculo enclave, un pozo de agua amurallado en el que se hacen fuertes un cabo y unos cuantos soldados, cuyo celo en el cumplimiento de la misión encomendada y su heroico comportamiento contrasta con la casi generalizada incuria que por aquellos días mostraron buen número de miembros del ejército español. Suceso que, por cierto, pertenece a las supercherías sobre las conductas honorables durante la derrota, porque en realidad ni constituyó hazaña alguna ni siquiera se desarrolló como aquí se cuenta, según ha revelado recientemente Juan Pando en *Historia secreta de Annual*<sup>535</sup>. En suma, este episodio, donde se compendia la visión de los autores sobre la moderna aventura colonial africana de España - todo el resto de la larga campaña se ofrece mediante sintéticas anotaciones en el siguiente

tomo de la serie, La Dictadura I-, admite casi más una lectura como crónica histórica que como novela dotada de una voluntad evocativa o reconstructora de un tiempo pasado, lo que ha sido advertido hasta por aquellos críticos o historiadores de la literatura que han deparado un mejor trato a esta obra en su conjunto. En tal dirección se expresa Iglesias Laguna: "A estas alturas [cuando ya habían sido publicados buena parte de los volúmenes], sería deseable que el tándem Reguera-March se supere y abandone el objetivismo arqueológico que a veces convierte en reportaje erudito la evocación histórica"<sup>336</sup>. Objetivismo que se ha enarbolado en repetidas ocasiones como rasgo definidor de los Episodios nacionales contemporáneos, lo que, a mi entender, constituye una estimación que merece ser matizada y en modo alguno ha de entenderse como sinónimo de fidelidad absoluta a los sucesos o asepsia en su traslación. Bien al contrario, la narración, sin decir que se trate de un relato del todo falseado, deja ver un más que notable partidismo y una beligerancia de juicio sobre algunos aspectos de aquella derrota que distan mucho de la objetividad, y con ello no pretendo poner cortapisas al libre albedrío interpretativo de la historia, fundamento de cualquier obra con independencia de su género, sino a la mera notación de datos e informaciones contrastables, en cuyo grado de veracidad ha de sustentarse la calificación de objetivo, como opuesto a la falacia o manipulación deliberada. Premisa que no siempre se cumple en El desastre de Annual, y en breve habrá ocasión de comprobarlo.

Cualquier lector que se acerque a estos libros, y en este sentido poco importa por cuál de ellos haya optado, además de disfrutar o padecer -según los casos y personales gustos- del relato literario, podrá forjarse una idea sobre aquellos sucesos históricos. Imagen mental que en sus aspectos externos o más superficiales, al margen de un mayor o menor detallismo en función del texto escogido, no diferirá demasiado de uno a otro, por cuanto los tres dan común cuenta de idénticos sucesos. Sin embargo, cuando trascienda esa primera impresión, cuando la reflexión lo lleve más allá de lo aparente y se cuestione el contenido de su lectura, no ya en su dimensión artística sino en lo que se refiere al repertorio de acontecimientos que han ido desfilando ante su vista, el asunto habrá cambiado por completo. Su estimación de

aquel capítulo de la historia española basculará entre una consideración próxima a la epopeya u otra cercana a la sátira, dependiendo de la elección que haya tomado. La razón para tan dispares percepciones hay que buscarla en que estas tres narraciones resultan adecuado paradigma para comprobar como un mismo referente puede dar origen a los más heterogéneos enfoques o interpretaciones. Y es que tras los variados ropajes de ficción que envuelven el argumento novelesco surgen las verdaderas intenciones del autor, aquellas que hablan de su visión de la historia, de su ideología e incluso de su honestidad; en suma, de una bien distinta concepción de este episodio nacional.

Desde los primeros compases del desastre, incluso antes, desde su preámbulo, se aprecia un muy distinto tono en cada uno de los relatos. Camba en su Annual se dedica a enaltecer las grandes cualidades personales y militares del general Fernández Silvestre, jefe máximo de las tropas destacadas en la Comandancia de Melilla, mientras apenas nada dice de las precarias condiciones materiales ni de la improvisación e imprudencia con que el arrogante jefe había iniciado su penetración en el territorio rifeño. Con lo que cuando la tragedia ya se comienza a anunciar como irremisible, ésta parece fruto de la casualidad o la mala fortuna y no de los múltiples errores anteriores:

"Desde mi visita a las avanzadas de Annual, la harca según informes y confidencias, se había concentrado de tal modo en las inmediaciones, con tal audacia y tales propósitos de perturbar la tranquilidad del sector, que cada convoy a Igueriben o a Buimeyan daba motivo a una batalla (...) Aún así, las municiones iban llegando. El agua, aunque escasa y a tal precio, la recibían (...) Pero de pronto, el 16 de julio, una noticia aterradora. El convoy de Igueriben había tenido que volverse ante la granizada de balas. De Annual anunciaban que una operación, con sólo los medios del campamento, sería estéril, porque el fuego de sus cañones no ahuyentaba a los moros." (Páginas 92-93).

Fernández de la Reguera en El desastre de Annual refiere estos acontecimientos previos con una notación más minuciosa, próxima al relato historiográfico, en la que no se silencian

las deficiencias organizativas de toda índole en que se hallaba sumida la Comandancia de Melilla, poco propicias, desde luego, para aventurarse en empresas tan expuestas:

"Las posiciones, aparte de las deficiencias ya dichas sobre su elección, no reunían condiciones, en general, ni para resistir un asedio, ni siquiera para rechazar con algunas probabilidades de éxito el asalto de un enemigo decidido (...) Las comunicaciones eran pésimas (...)/ No existían tampoco -salvo excepciones- depósitos de víveres y munición en cantidad suficiente (...)/ La colaboración a la defensa por parte de las columnas móviles no pasaba de ilusoria (...)/ Las vías de comunicación eran muy escasas y deficientes (...)/ Tampoco se contaba con elementos de reserva en la retaguardia para acudir a los lugares amenazados, ni existían segundas o terceras líneas eficaces donde afirmar un posible repliegue. Se había profundizado ciento treinta y cinco kilómetros y sólo existía la barrera exterior: el frente de fuego y contacto con el enemigo (...)/ Las deficiencias de la Sanidad resultaban pavorosas (...)/ Problema todavía más acuciante y gravísimo era el del agua. No había pozos en ninguna posición. No había tampoco aljibes. Era preciso hacer la aguada diariamente a lomos de mulos y, a veces, desde lugares muy alejados (...) Por otra parte, el general Fernández Silvestre ejercía un mando excesivamente personal, absorbente. No solía tolerar intromisiones ni iniciativas del general Navarro, segundo jefe de la Comandancia, ni de los coroneles de los regimientos. En las posiciones, destacamentos o columnas se carecía de instrucciones sobre lo que debían hacer en caso de ataque o de repliegue (...)/ A pesar de tantos defectos e inconvenientes, la tranquilidad en la zona sometida era absoluta, y nada hacía presumir la tragedia." (Páginas 30-34).

Incluso, tampoco se muestra remiso a la hora de abundar en la impulsiva y descordinada conducta del comandante general: "Anhelaba ganar laureles y gloria para su patria, para el rey y para sí mismo. Se llegaba, incluso, a asegurar que Silvestre había emprendido gran parte de sus arriesgadas operaciones, si no todas, prescindiendo de la oportuna autorización del Alto Comisario", (pág. 10). Sin embargo, una vez diagnosticados todos los achaques,

tampoco se los imputa a la irresponsabilidad del mando. Los muestra como un estado habitual de la situación en Marruecos, algo que sin duda influyó pero no resultó decisivo en el luctuoso desenlace.

Gaya Nuño en su Historia del cautivo no precisa de tanto alarde documental ni de ningún detallismo minucioso para dejar constancia de tan lamentables defectos, imprimiendo a la vez en su relato una contundencia en la notación de los sucesos y un sarcasmo en la interpretación que no admite parangón con los anteriores:

"Los beni urriagueles están preparando una ofensiva en gran escala. Lo saben todas las prostitutas de Ceuta y Melilla, lo saben los cantineros, lo saben los tenderos de Nador y Zeluán, lo saben todos los que no tienen alguna responsabilidad de mando. Los moros esperan a que los españoles lleven al colmo su insensato y loco sistema de establecer posiciones separadas entre sí, con un perímetro enorme de defensas, y siempre en alturas peladas y secas, que es necesario abastecer mediante convoyes fácilmente vulnerables." (Pág. 30).

Tono de burla satírica del que también se sirve para caracterizar al general jefe de la Comandancia:

"Es la primera vez que Clemente se encuentra ante un Marte ceñido con fajín rojo (...)

'- (...) ¿Sabes leer y escribir?

'-Sí, mi general. Soy maestro.

'-Maestro. ¡Uff! -Silvestre no disimuló su asco- Aquí no hay magisterio que valga." (Páginas 43-44).

Esta mera cala, en lo que aún no puede considerarse el corazón del relato, resulta ya del todo ilustrativa sobre la senda interpretativa que va a seguir cada uno de los episodios. El de Camba orientado hacia la falaz exaltación de un inexistente heroísmo militar y denostando la petición de responsabilidades como manifestación de auténtico patriotismo, que en realidad no es sino síntoma de un caduco patrioterismo, y además, en este caso, impertinente, porque



la situación daba más bien poco de sí para los cantos de gestas guerreras, salvo que éstos hubieran sido entonados por los rifeños. El de Fernández de la Reguera, despojado de los falsos triunfalismos del anterior, pero reflejando también algunos asomos de lo mismo, sirviéndose, eso sí, de procedimientos que simulan menor tosquedad, envolviendo su discurso en un supuesto objetivismo reconstructivista del acontecer histórico, basado más en la abrumadora cantidad de información que en el rigor y recto uso de la misma. El de Gaya Nuño, sin fantasear glorias ni quiméricas hazañas, lanzando una conmisericordiosa mirada sobre aquellos miles de jóvenes españoles "que sólo son militares en razón de su edad"<sup>537</sup> y sus más acerados dardos sobre los que, si bien escaparon a cualquier responsabilidad política o judicial, no consiguen hurtar su culpabilidad al juicio del narrador, que con incisivo dedo los va señalando.

Una vez rebasados los considerandos previos e instalados ya en lo que constituyó el desastre bélico en sí mismo, las divergencias iniciales no sólo se van confirmando, sino que se acentúan. La caída de Igueriben, posición casi limítrofe con Annual, constituyó la obertura de la tragedia, y por el dramatismo que encerró su defensa, junto con la repercusión que su pérdida tuvo, goza de destacada atención en los tres relatos. Todos ellos refieren -más por lo menudo Fernández de la Reguera, lo que ya venía siendo habitual y va a continuar siéndolo a partir de ahora en casi todos los capítulos de aquel suceso- los pormenores de su desesperada resistencia, los inútiles esfuerzos por auxiliarla y las penalidades de todo tipo que hubieron de padecer sus defensores hasta sucumbir. No obstante lo desdichado del lance, Francisco Camba sabe encontrar en él las raíces de la epopeya:

"(...) los héroes de Igueriben renunciaban, sin duda, a la ilusión del socorro. No llegó a ellos la orden, pero debieron presentirla, ya que, ante la imposibilidad de seguir resistiendo, un montón de infelices (...) se lanzó al poco tiempo fuera del recinto. Corren en bandadas los moros como buitres que han sentido la carnaza, pero los cadáveres se incorporan, se defienden. Entre ellos está Benítez (...) que ahora quiere morir haciéndose pagar cara la vida (...) y Bulnes, que, como un combatiente de los

siglos a la vez del heroísmo y la elegancia, al dejar el parapeto vistió su mejor uniforme para morir dignamente./ (...) Los supervivientes, entretanto, lanzábanse loma abajo (...) De los trescientos que pudieron salir de Igueriben sólo llegaron a Annual quince (...) Cuatro fallecieron al probar el agua. Otros, como el legendario soldado de Marathón, con el último paso de la carrera, expiraron (...) Allí arriba, la posición maldita ya no era más que un poco de humo que el aire hacía ondear. Pero, perdida de aquella manera, era aún España." (Páginas 110-111).

Bajo esta exaltada defensa del pundonor militar que, relatada con la grandilocuencia expositiva que exhibe el escritor gallego bien pudiera parecer gesta pareja a la de don Pelayo, lo que se oculta es un cúmulo de despropósitos estratégicos, comenzando por el de su inadecuada ubicación, advertido por su propio comandante en jefe, en El desastre de Annual: "El comandante Benítez consideraba que Igueriben se hallaba mucho más indefensa que Abarrán [posición que había sido tomada por los rifeños en pocas horas durante el mes anterior]. Predecía un tremendo desastre si los moros atacaban", (pág. 108). Error que la versión de Gaya Nuño, a pesar de su mayor concisión narrativa, redondea de forma más explícita:

"Para obtener agua, hay que hacer cada día una incursión de más de cuatro kilómetros de ida y otros tantos de vuelta. Víveres y municiones, los que puedan llegar de Annual. Es decir, que Igueriben, más o menos como Abarrán, puede caer el día que deseen los rifeños, aliados a la sed y al sol, que desecan a los combatientes."<sup>538</sup>

Estos dos episodios optan por un relato bastante más ecuánime, y ajustado a la realidad, sobre el capítulo de Igueriben. Fernández de la Reguera reconstruye con detallismo no sólo lo que sucede en el lugar de los hechos bélicos, sino también cómo se estaba viviendo la situación en las líneas de retaguardia, y esto es lo más significativo para hacerse cabal idea del grado de desorientación y la ineficacia que presidían la toma de decisiones entre las cabezas pensantes de Melilla:

"Durante todo el día 17 de julio, el general Silvestre había permanecido en contacto con Annual para seguir el curso del ataque enemigo contra la posición de Igueriben. El general continuaba mostrándose eufórico y confiado. Habló con Berenguer y le aseguró que podría castigar a la harca. El Alto Comisario participaba también del optimismo -o la ceguera- de su subordinado (...)/ En los despachos y entre el personal de la Comandancia, en la ciudad de Melilla, en las posiciones a retaguardia del frente dominaba también la misma despreocupada tranquilidad de los jefes./ Algo muy distinto ocurría en la línea de fricción con el enemigo. Aparte de Igueriben, que estaba sufriendo el encarnizado ataque de la harca, en Annual cundía paulatinamente el desaliento y cedía la moral combativa de las tropas." (Pág. 181).

La versión ofrecida en el libro sobre este primer capítulo del desastre resulta en apreciación general bastante ecuaníme y ajustada a lo que suelen describir los tratados historiográficos, sin duda en ello influye el que éste fuera uno de los pocos momentos en que, desde un punto de vista militar, se mantuvo la dignidad profesional. A pesar de lo cual, los autores ya dejan entrever uno de los argumentos esgrimidos en repetidas ocasiones a lo largo de su relato para si no exonerar de responsabilidad a los mandos del ejército español, al menos mitigar en parte su nada plausible comportamiento. Tiene que ver con la sobreponderación del enemigo, en cuyo fantaseado número y capacidad guerrera radica buena parte de la desgracia, y que en esta ocasión se traduce en una tan desorbitada cifra de atacantes que induce a considerar que difícilmente hubiera podido modificarse el rumbo de lo sucedido:

"Calculaban [los jefes militares] en ocho o diez mil los rifeños que sitiaban a Igueriben [donde había poco más de trescientos defensores, y no más de cuatro o cinco mil en la vecina Annual]. Estaban perfectamente armados y su moral era muy alta." (Pág. 225).

No es que este dato, tomado de forma aislada, modifique en sustancia el conjunto de la narración y mucho menos cuando se trata de una obra de ficción, donde la autenticidad

informativa no resulta pieza fundamental, pero, por la posible interpretación que lleva aparejada, se convierte en elemento distorsionador -o, si se prefiere, en el particular tratamiento- del asunto referido. Más llamativo si cabe por cuanto la voluntad que aparenta dirigir los pasos del episodio se orienta hacia un detallismo minucioso del que habrían tenido que quedar excluidos los errores de bulto. Tan hiperbólica cantidad de atacantes choca con todas las informaciones que vienen barajando los tratadistas. Como simple contrapunto, baste recordar que Luis Marichalar Monreal, vizconde de Eza y titular del gabinete de Guerra durante aquellos días, sostiene: "Todos los informes concuerdan en que no podían pasar de 1.500 los moros que hubiera frente a Annual."<sup>539</sup> Cifra que Stanley G. Payne, apoyándose en datos de Augusto Vivero y Víctor Ruiz Albéniz, para aquel momento eleva hasta un máximo de 3.000<sup>540</sup>. Vivero, por su parte, estima el contingente en 3.500 hombres<sup>541</sup>, mientras Ruiz Albéniz, autor bien poco sospechoso de no barrer para casa, argumenta que "*jamás se reunió en el Rif una harca de más de tres mil combatientes* [el subrayado es suyo, y justo para enfatizar el dato]. Supervivientes de Annual, calculan que serían unos dos mil los que asediaban a nuestras posiciones en la línea Annual-Igueriben-Sidi-Dris."<sup>542</sup> David S. Woolman, refiriéndose no ya al concreto número de efectivos que tomaron parte en los primeros combates contra la vanguardia española sino a la cantidad total, dice: "En el verano de 1921, los rifeños podían contar, aproximadamente, con una cifra de hombres para el combate oscilante entre tres mil y seis mil"<sup>543</sup>. Y Manuel Leguineche, hasta el momento uno de los últimos tratadistas de la cuestión, mantiene una cantidad similar a la anterior, entre cuatro y seis mil<sup>544</sup>. Quienes ofrecen datos más generales, de toda la campaña o de otros momentos, no vienen sino a avalar lo comentado por los anteriores. Así, Carlos de Baraibar argumenta: "Abd el Krim nunca pudo tener en línea más de seis mil hombres armados, ni sumaban más de 20.000 los que podían movilizar simultáneamente las tribus que lo seguían [y alude a tiempos posteriores a los aquí mencionados]."<sup>545</sup> Y Carlos A. Caranci, también en referencia a momentos que vendrían después del desastre: "En la cúspide de su poderio militar sólo podía armar a unos 20.000 hombres"<sup>546</sup>. Es cierto que otros historiadores -como

el genral Goded, Juan Pando o el propio Servicio Histórico Militar, por sólo citar a algunos- hablan de cantidades mucho más abultadas, pero nunca para esta primera época del levantamiento, sino para años más tarde, cuando la guerra se había generalizado en todo el Protectorado español e incluso ya se había propagado a la zona francesa.

Además, al margen de las cifras, existen otras consideraciones a tener en cuenta para enjuiciar la cuestión. Una de ellas está relacionada con el carácter aleatorio del ejército rifeño. Salvo un reducido grupo, no era tropa regular, sino que su dedicación a la guerra se alternaba con las faenas agrícolas u otros quehaceres, lo cual imposibilitaba tener un número constante de efectivos, y esto no pudo modificarlo por completo ni el mismo Abd el-Krim, que sólo lo consiguió de manera parcial y cuando sus victorias militares estaban ya más que consolidadas. Información que se recoge en no poca bibliografía. Sirva para el caso lo que comenta Ruiz Albéniz:

"La harca, en el Rif, es algo tan adventicio, tan poco sujeto a normas y leyes fijas, que en realidad no permite descripciones exactas y trazos categóricos (...) El rifeño es un soldado accidental (...) En todo tiempo, las harcas viven renovándose. Los hombres se alternan. Llegan elementos del interior, con repuestos personales de víveres, y combaten en la harca hasta que éstos se acaban, y luego regresan a sus aduarez a descansar y repostarse de nuevo."<sup>547</sup>

Y aún confirma este carácter aleatorio, la consideración de que el rifeño tenía una dedicación agrícola, de ahí que en épocas de recogida de cosechas disminuyese el número de combatientes y la actividad bélica.

Un segundo aspecto, si cabe todavía más importante que el anterior para el momento en que se produjo la caída de la Comandancia de Melilla, es que el prestigio militar del caudillo rifeño no estaba consolidado, ni gozaba del poder -de convocatoria y amenaza- que llegó a tener después. Los enfrentamientos anteriores no habían pasado de meros rifirrafes que apenas nada habían demostrado. Este fue el primer peldaño para cimentar su capacidad estratégica. Todo lo cual supone que la mayor parte de las cabilas se encontraban a la expectativa, sin

decantarse ni a su favor ni en su contra, con lo que el contingente de los alzados en armas, me refiero a la puntual hora de atacar la vanguardia española, no se había incrementado con todos aquellos cabileños que entre Annual y las inmediaciones de Melilla se sumaron a su movimiento una vez que vieron como el ejército colonial hufa en desbandada sin capacidad de resistencia alguna.

En cualquier caso, todos estos datos no han sido invocados de manera gratuita en estas páginas, sino como mero refrendo de la muy parcial visión que sobre esta derrota militar ofrecen Fernández de la Reguera y Susana March en su episodio. Parcial visión porque, a tenor de la múltiple y muy variada documentación que manejaron, no puede considerarse desliz ocasional, ya que en dos ocasiones más recurren a hinchar la cantidad de enemigos. En ambos casos con idéntico fin al aquí visto y mediante un procedimiento idéntico: atenuar las responsabilidades de los mandos militares en aquella derrota y colocando el dato en boca de personajes, nunca en el discurso del narrador. La primera vez se produce tras la caída de Abarrán, mes y medio antes del ataque generalizado a la primera línea española: "Las noticias de los confidentes (...) aseguraron que toda la harca enemiga, que reunía ya un contingente de 11.000 hombres (...)", (pág. 100). La segunda, cuando el descalabro ya casi ha concluido y las pocas tropas que han conseguido escapar se encuentran refugiadas en Monte Arruit, aún con la esperanza de que se envíen refuerzos desde Melilla para socorrerlos:

"El Alto Comisario procuraba mantener la serenidad dentro de aquella batahola (...) A él también le dolía, como a los demás, el sacrificio de tantos hombres, pero no podía hacer nada en absoluto para evitarlo (...) Según sus noticias, Abd-el-Krim había puesto en pie de guerra a 50.000 hombres. Sería una locura imperdonable, un suicidio, salir a su encuentro." (pág. 444).

También Gaya Nuño desde el comienzo de la catástrofe deja ver lo que será tónica general en su versión, dedicando mayor atención al sentimiento y sufrimiento humano que al lance bélico en sí, el cual despacha sin entrar en pormenores y con un punto de vista alejado del sarcasmo que vendrá después, sin intención de hacer sangre, tal vez porque la defensa y

caída de Igueriben fue uno de los pocos momentos en que, desde un punto de vista militar, se mantuvo la dignidad profesional:

"Van muriendo los defensores, sin esperanzas de tener auxilio de Annual, pero es mejor morir que aguantar la horrenda pestilencia de los mulos y caballos muertos ante la posición (...) Y ello, al mismo tiempo que el gran tormento de la sed. No hay nada que beber. El último agua es recuerdo de hace días. Ahora se beben las orinas (...) Se ha chupado la sangre de caballos recién muertos, se ha bebido petróleo, se ha provocado la saliva teniendo arena en la boca (...) no quedan más que doce disparos de la batería (...) Al ser hecho el disparo de cañón número doce, Igueriben es asaltado y cesa la resistencia. De sus defensores no llegan a Annual sino veinticinco hombres, la mitad de ellos locos de pánico, de sangre y de sed. De los sedientos, cuatro mueren al lanzarse sobre un barreño de agua y beber con ansia. Pero han muerto satisfechos, porque llevaban horas creyendo que el agua era un líquido imposible, soñado. Ese día ya están envenenando el aire del Rif los cadáveres insepultos de centenares de españoles." (Páginas 55-56).

A partir de ahora ha comenzado la tragedia, la *débâcle* del ejército español se precipita y cada una de las tres narraciones va abundando en su ya anunciada línea interpretativa y configurando la esencia de lo que va a constituir el episodio nacional para sendos autores. Ninguno silencia, porque habría supuesto situarse en las antípodas de cualquier verosimilitud, los acontecimientos de bulto. Comenzando por lo más evidente, ninguno calla que lo en principio planificado -aunque con propiedad habría que decir improvisado- como ordenada retirada deviniese pronto en general desbandada, en alocada huida en la que, aún antes de haber sonado el sálvese quién pueda, bestias y hombres, sin distinción de rangos ni jerarquías militares, emprendieron veloz carrera hacia una inexistente retaguardia donde parecía hallarse la salvación, mientras las tropas indígenas, las únicas fogueadas en el combate, se pasaban al enemigo. No hay relato que no se haga eco de esta falta de gallardía militar, incluso hasta el epopéyico Camba, en su nada crítico Annual, lo registra como tal: "Miedo, me es muy

doloroso reconocerlo, pero miedo (...) Abandonados los heridos, espolcadas las tropas de vanguardia, por las que les iban en pos, todo contribuía a que las bisoñas columnas se rindiesen al ciego impulso del instinto de conservación"<sup>548</sup>. La aterrorizada escapada, que ya no habría de parar hasta Monte Arruit, se acompaña, de forma común también, por la poco edificante conducta de aquella columna, sobre todo de aquellos que en razón de su empleo y de su condición de militares profesionales chaquetearon con negligencia y cobardía, faltando a su deber de dirigir a las tropas. En este punto ya comienza la bifurcación de estos episodios. Francisco Camba lo menciona de pasada: "La llegada de algunos grupos de soldados y oficiales, a los que, sin emblemas, apenas se los distinguía"<sup>549</sup>. Mientras que Fernández de la Reguera y Susana March lo trata en repetidas ocasiones, y no sin crudeza en alguna de ellas, pero al lado de estas vergüenzas surge siempre un atenuante, bien sembrando la duda sobre el juicio que tales acciones merecen o bien a través del matiz esculpatorio, cuando no ofreciendo a renglón seguido el ejemplo pundonoroso y valiente de otros jefes y oficiales que restablecen el honor castrense. Las siguientes citas dan palpable cuenta de esa voluntad de los autores por aparentar fidelidad en el seguimiento de los sucesos reales a la vez que los maquillan para atenuar la gravedad de aquello que no se aviene ni con el patriotismo de corte tradicional ni con la virtud militar, de manera semejante a lo visto antes con respecto a la cifra de atacantes:

"El capitán no se había arrancado las estrellas. Era, sin duda, uno de los muchos oficiales valientes que hacían honor al uniforme. Castellano Oliva, sin embargo, lo pensó con indiferencia. Los moros respetarían, harían prisionero, tal vez, a un soldado, pero asesinaban infaliblemente a todos los oficiales. Quitarse las estrellas, como habían hecho algunos ¿qué era?: ¿una medida de precaución o una cobardía? Amadeo Castellano se encogió de hombros." (Pág. 289).

"El capitán Sainz, de Estado Mayor, azuzaba a los hombres con gritos descompuestos: 'La tropa protestaba. Se negaba a la obediencia.



'-¿Por qué nos manda él? ¡Que nos manden nuestros oficiales! ¡Que salgan de entre los mulos y se pongan al frente!

'El capitán Blanco, de Artillería, se acercó a unos oficiales que continuaban amparándose detrás de las acémilas.

'-¿Es que no oyen lo que dicen sus soldados? ¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

'Los oficiales obedecieron. Se pusieron al mando de las guerrillas. Pedían excusas con humildad, aunque algunos estaban heridos y otros completamente agotados." (Pág. 368).

"Clavo la vista en un oficial de la columna, que se había arrancado las estrellas y emblemas. La indignación del general [Navarro] creció hasta el paroxismo.

'-¿Qué graduación tiene usted? -preguntó zarandeando rudamente al oficial.

'-Soy teniente.

'-¿Es usted teniente? ¿A qué cuerpo y arma pertenece usted?.

(...)

'-No lo sé -dijo.

'-No lo sabe.

'Navarro le golpeó con su bastón.

'-¡Largo de aquí, cobarde! ¡Quítese de mi vista! (...)" (Páginas 371-372).

Sin embargo, tan sólo la Historia del cautivo recoge estas conductas en toda su crudeza, diferenciando además el grado de culpabilidad de los simples soldados del de sus mandos:

"Se ve a muchos oficiales tirar las gorras y las guerreras, lo último de que tienen que deshacerse, porque sus maletas ya hace tiempo han sido abandonadas por ellos o por sus ordenanzas (...)/ Aparte de los muertos, centenares de fusiles van quedando por el camino./ Pero el soldado que tira el fusil para correr con más desembarazo, no es sólo un cobarde y un mal soldado, sino, muy sobre todo un insensato (...) Sí, ya sabemos que no es el soldado el principal actor de esta afrentosa desbandada, sino el

oficial. Durante muchos días, los pocos supervivientes recordarán a los alféreces y tenientes jovencitos -y algunos no tan jóvenes- que corren a todo correr, que han perdido contacto con sus hombres, que han dejado de ser oficiales para no quedar sino en unos pobres muchachetes llorosos, bien olvidados de los severos artículos del Código de Justicia Militar." (Páginas 63-64).

Comportamiento que lejos de la puntual anécdota, se convierte en recurrente en este episodio, que, abundando en la cuestión, lo retoma con matices aún más escalofrantes en el testimonio de este soldado exhausto: "(...) Bebe algo más, se recobra, y, de pronto, rompe en un diluvio de injurias contra sus oficiales, que le quitaron la guerrera y le embutieron alguna de las suyas (...), y que se sacaron los leguis, y que tiraron sus carteras llenas de dinero. Son el capitán Tal, y los tenientes Fulano y Mengano, y el alférez Perengano... El desdichado quisiera un sumarísimo contra esos cobardes."<sup>550</sup> Y es que Gaya Nuño carece del afán contemporizador de sus colegas con la institución militar, en la cual encuentra una parte de la responsabilidad - bien que no la única, ni la más destacada- de aquella catástrofe nacional, o con sus miembros, representantes en su mayoría del más rancio clasismo y de un señoritismo de brabuconada y fanfarronería que sólo parece superado por su ineptitud:

"Había una jerarquía militar en Melilla que regía hasta en los burdeles. Los había, como el dicho, reservados para oficiales, no se sabe en virtud de que misterioso artículo de la Ley de Jurisdicciones (...) Melilla, como Ceuta, las pomposamente llamadas plazas de soberanía, eran centros de vicio mantenidos, creados, mimados por los hijos de Marte. Estos bienaventurados héroes no veían en tales ciudades sino oasis de juerga donde descansar de las fatigas de un servicio de convoy, de aguada o de protección. Su conocimiento del Rif y de Yebala se limita al vocabulario más grosero de los indígenas. En cambio, ni un etnógrafo, ni un especialista en dialectos (...), ni nada que huela a estudio (...) Y parece como si estos héroes odiasen al material de sus hazañas gloriosísimas, esto es, al soldado." (Páginas 29-30).

De este odio, o más bien distanciamiento y repugnancia, hay múltiples pruebas en el relato, tanto hacia el soldado español -"el resto de los jefes y oficiales mira con desconfianza, hostilidad y disgusto a tres soldados cuyas caras recuerdan vagamente desde Monte Arruit"<sup>551</sup>- como hacia el rifeño -"los gobiernos siempre inventaban guerras ingloriosas, contra gentezuelas sucias y desharrapadas, contra indígenas, palabra que se pronunciaba con asco, cogida con pinzas, porque muchos creían que un indígena es un indio"<sup>552</sup>-, pues a su lado tan inferior resulta uno como el otro. En suma, el inmisericorde y sarcástico punto de vista con que enfoca la cuestión militar difiere en este sentido poco del establecido por los narradores más críticos o directamente antimilitaristas de los años treinta, cuyos planteamientos ya quedaron comentados sobre todo en el capítulo dedicado al hombre en la guerra. Los anteriores ejemplos, entre otros muchos que se podrían extraer a lo largo de toda la novela, dan cabal idea de la posición del autor al respecto. Aunque esto no significa que la Historia del cautivo se convierta, siquiera de forma tangencial, en un gratuito alegato antimilitarista o contrario a la jerarquía del ejército sin más. Bien al contrario, el relato mantiene una actitud respetuosa y hasta de elogio, aunque sin los hiperbólicos ditirambos que les dedican Camba o Fernández de la Reguera, con aquellos mandos destacados por su capacidad profesional o por su pundonor, cual puede verse, por mencionar el ejemplo más destacado, en el tratamiento que reciben el teniente coronel Primo de Rivera y los oficiales del Regimiento de Cazadores Alcántara nº 4, ya en otros relatos mencionados por su loable labor como casi único sostén de la retirada: "la desbandada es protegida por las cargas de los escuadrones de caballería de Alcántara, las únicas unidades que conservaron conciencia de su deber y contaron con jefes conscientes de su responsabilidad."<sup>553</sup> Lo que no hace Gaya Nuño es ver heroismos donde no los hubo, y aún menos fabularlos. Al igual que tampoco silencia las condiciones de precariedad y miseria que se veía obligado a soportar el soldado raso, denunciándolas como síntoma de la ineficacia real de aquel ejército, en una línea también semejante a la de los narradores pioneros en este tipo de requisitorias:

"Hacían andar a los pobres quintos muchos quilómetros en vano, y se jugaba con ellos a los soldados como si se les preparase para una gran parada. 'Un dos, hei, haro: un, dos, hei, haro; media vuelta, har'. Un día y otro día, hasta que se les dejaba aspeados y se derrumbaban por la noche en los camastros. El rancho, malo, con abundancia de pimentón para suplir los inexistentes sabores de los inexistentes manjares. El tiempo libre, de guardias, de imaginarias, de cuartel, de revista de armamento o de indumentaria, los quintos merodeaban por las calles de vida alegre, hasta que comprendieron que también esto les estaba prohibido (...)"<sup>554</sup>

Frente a esta visión poco proclive a resaltar gestas bélicas -de hecho es que, salvo sintéticos apuntes, apenas hay escenas de combate- y nada halagüeña para la milicia, pero respetuosa y justa con la realidad de los sucesos, las otras dos novelas se inclinan hacia una inmoderada exaltación del militarismo y del belicismo. Espíritu que sin recato alguno anega todo el episodio de Camba, donde nada se dice de las penalidades del soldado, pero a cambio no sólo se magnifica a aquellos oficiales y jefes que, como excepción, mantuvieron la dignidad, sino que en su euforia épica hasta las derrotas se pintan cual si de victorias se tratase:

"Todas las demás [posiciones] iban cayendo, como presas de las llamas, al acercarse la barbarie mora. No se salvaban siquiera las de la costa, a pesar de auxiliadas por marinos heroicos, como los del cañonero *Laya*. En Afrau y Sidi Dris, los barcos de la escuadra tenían que recoger los restos de las guarniciones. Más al interior, la de Dar Quebdani, cuya defensa mandaba el coronel Araujo, se rendía, dejándose llevar prisionera. Convencidos acaso de sólo poder salvarse los que huyesen, algunos llegaban en su despavorido correr, a la zona francesa, defendiendo el nombre de España, héroes desperdigados: Primo de Rivera, Fortea, Lacy, Lazaga, Vara de Rey... Y pudiendo ya darse por perdidos Nador y Zeluán, en medio de tal desolación sólo Monte Arruit, adonde el general Navarro lograba llegar con su columna el día 28, se ofrecía como el baluarte quizá único de la resistencia."<sup>555</sup>

Annual más que la recreación de un lamentable y bochornoso desastre militar, propio de un colonialismo de tercera categoría, no de otro modo había que considerar la presencia española en Marruecos por aquellos días, se convierte en ocasión para desempolvar un pasado de presunta gloria patria ya inexistente. A ella remite el texto tanto en aquellos momentos que pudieran estimarse propicios como en aquellos otros donde tal mención resulta extemporánea e incluso, si no se reparase en la ideología que mueve a Camba, habría que tildarla de franco sarcasmo. Pues no de otro modo puede entenderse que presente la llegada de la Legión a Melilla, para reforzar la indefensa ciudad tras la caída de Annual, como un resurgir de la España imperial:

"(...) al desfilar a los sones de la *Madelon*, con las ametralladoras al hombro, aquellas tropas tan rígidas, tan marciales y obedientes a la disciplina (...), la gente aplaudía y gritaba, poniendo en los vivas y los aplausos su primer aliento de esperanza y una emoción como salida del fondo eterno de la estirpe. Aquellas tropas de hierro (...) resucitaban las tradiciones de la vieja infantería española. Por algo la intuición popular volvía a darles el nombre de tercio (...), era como si volviesen a desfilar a lo largo de las calles los tercios de Flandes o de Italia." (Páginas 139-140).

Y si esto aún tiene algún sentido dentro de la lógica española de la época -me refiero a la de los años cuarenta, cuando se publicó el libro, no a la de los años veinte, cuando los sucesos tenían lugar-, lo que ya no puede entenderse, ni aún dentro de este fervor patrioter, sino como palmario despropósito limítrofe con el ridículo es la invocación histórica que le sugiere el cerco de Monte Arruit, obligada reclusión de unas tropas que, abandonadas a su suerte, ya no podían defenderse:

"(...) era como si mostrase los puños irguiéndose hacia Melilla o hacia Madrid: 'Llevamos tres días sin agua. Quedan escasamente municiones para cinco o seis'./ Pero tenía que surgir algo de España entre todo aquello, y surgió Zaragoza. Como el grito de 'La retirada, al cementerio', la nota espartana dada en la orden del parapeto: 'Queda prohibido quejarse", (pág. 149).

Sin un belicismo tan encendido y con un criterio en apariencia más ponderado, esto es, despojando el texto de esas invocaciones al pasado tan traídas por los cabellos, El desastre de Annual también deja ver su proclividad hacia la épica guerrera, en cuyo canto se demora y deleita tan pronto como la ocasión se muestra propicia. De nuevo, apareciendo y desapareciendo con puntual dosificación, casi cada vez que se entabla un combate, la caballería de Alcántara y su jefe, el teniente coronel Primo de Rivera, encarnan la supuesta grandeza plástica de la guerra y la ética del soldado:

"(...) arrojan sobre ambos flancos de la retirada a la famosa caballería mora de Metalza. Los jinetes indígenas cargan a galope tendido, arrollan y acuchillan a los soldados españoles. El teniente coronel Primo de Rivera carga también al frente de sus escuadrones de Alcántara. Se baten con sublime arrojo. El enemigo los frena, los destroza, pero vuelven a cargar una y otra vez. Ni hombres ni caballos pueden ya sostenerse. Los animales, cubiertos de espuma, teñidos de sangre, caminan al paso y los jinetes se tambalean sobre las sillas, pero cargan con heroica decisión." (Pág. 370).

Estas tropas son presentadas no sólo como quintaesencia del valor, sino como muestra del pundonoroso comportamiento de jefes y oficiales que supieron honrar el uniforme que vestían y transmitírselo a sus subordinados. Su impenitente bravura devino inútil sacrificio, pero adquiere una funcionalidad dentro de la arquitectura del relato: ilustrar la gesta bélica en medio de un cuadro ayuno de motivos para resaltar hazañas heroicas. Sin embargo, la narración de Fernández de la Reguera y Susana March espiga entre la desolación para encontrar ese cierto sentido épico en tan lamentable episodio, de tal forma que el anterior no queda en ejemplo aislado. En medio de aquel general desbarajuste, otros también mantuvieron la dignidad profesional, más allá incluso de lo que su responsabilidad les hubiese exigido. Tal es el caso de la ya antes mencionada peripecia vivida por el cabo Jesús Arenzana y un reducido número de soldados, que, habiendo recibido la orden de custodiar un pozo de agua, defendieron su mínima posición con absoluto denuedo y hasta con éxito, pues consiguieron

salvar la vida y alcanzar la zona francesa una vez que, agotados todos sus recursos, inutilizaron el mecanismo de extracción de agua para que los rifeños no pudieran servirse de él. Anécdota mínima y además falsa, según revela Juan Pando en la obra y páginas que ya he señalado antes<sup>556</sup>. Aunque acaso quepa entender que en lo que a este suceso se refiere no hubiese voluntad de engaño en los autores de este episodio: recogieron tan sólo los ecos no contrastados de algo difundido en la época. En cualquier caso, el libro los agiganta para crear ese tono epopéyico, merced a la minuciosa atención que le dedica, cuya esporádica presencia se dilata a lo largo de buen número de páginas, en alternancia con otros sucesos. Técnica de notable utilidad para crear no sólo expectativas en el lector, sino ese efecto de sobredimensión del acontecimiento y del personaje valeroso y digno de mención.

Estos capítulos de enaltecimiento militar, junto a otros de menor relieve que se van diseminando por la narración, dejan ver la atmósfera en buena medida heroica que envuelve El desastre de Annual. El retrato de lo bélico, con su menudeo de referencias a todo tipo de luchas y enfrentamientos, adquiere un abultado reflejo, hasta el punto de convertir el libro en algo muy cercano a lo que dentro de la novela de guerra se conoce como relato de combate. Y es que la pulsión belicista que recorre la obra no puede ocultarse. De nuevo, al igual que venía sucediendo en otros muchos relatos desde el Diario de Alarcón, la batalla vuelve a ser una suerte de espectáculo festivo, recogido con gran despliegue de realces plásticos y sin el más mínimo rebozo, aunque en este caso ni siquiera la fortuna o la victoria acompañen esta euforia narrativa:

"(...) Silvestre arroja al combate a los escuadrones de Alcántara. Los hombres del convoy lo ven. Están detenidos a dos kilómetros de Igueriben, mientras las tropas de choque luchan y lo ven. Es un hermoso espectáculo. La caballería avanza. Brillan los sables de los oficiales, trotan gallardamente los caballos, parten al galope. La vistosa marcha se convierte de pronto, en una horrible y sangrienta confusión bajo las descargas de los rifeños. Los caballos se encabritan, chocan, caen en racimos,

despiden a sus jinetes y huyen locos de terror./ La caballería se ve obligada a replegarse (...) El convoy a Igueriben ha vuelto a fracasar." (Páginas 236-237).

No obstante, a mi entender, esos segmentos de relato -los de los escuadrones de Alcántara o el del cabo Arenzana- son los que, sin pretenderlo, traicionan los intereses perseguidos por los autores y a la vez desvelan la realidad del desastre. No parece que la voluntad alentada en el libro sea la de hacer cargar las responsabilidades materiales de la derrota sobre los hombros de los mandos militares, debido a su negligencia o cobardía, al menos en ningún momento esto se presenta de forma explícita en tales términos. Incluso esas actitudes, como ya se ha señalado, se contraponen casi siempre a comportamientos heroicos. Sin embargo, en todos los ejemplos de valor que presenta siempre hay una rectitud en el mando como factor común, la cual sirve de acicate para sostener la moral de la tropa. El teniente coronel Primo de Rivera, en lo que a la caballería de Alcántara se refiere, y el cabo Arenzana, humilde jefe pero superior de los soldados al fin, en la defensa del pozo. De donde no es difícil inducir que si el mando se mantiene en su lugar, el soldado responde y no se llega a la catástrofe, incluso se puede obtener éxito. A la luz de este planteamiento, cabe formularse la cuestión de si la clave del descalabro, o al menos de las dimensiones que llegó a alcanzar, no habría que buscarla es esa abdicación de sus obligaciones por parte de los jefes y oficiales -porque, como apunta la narración, allí donde éstos mantuvieron el comportamiento debido nunca se produjo la hecatombe- y no en las razones hacia donde con modo explícito y reiterado parece conducir el relato, esto es, atribuyéndosela al crecido número de atacantes o a un cúmulo de errores de más bien etérea responsabilidad, que comienzan con fiarlo todo a la improvisación y concluyen en la general desorganización producto del nerviosismo ante tan comprometido trance. Reflexión que en sus trazos mayores viene a coincidir, al menos en parte, con la de las obras de carácter crítico, baste recordar la cercana Historia del cautivo o la más contundente Imán. Ciertamente que, a tenor del tono general y del elogioso tratamiento que los mandos del ejército reciben en El desastre de Annual, tal intención no podía figurar ni por



asomo entre las de los autores, que sin duda no repararon en las conclusiones que de su texto podían extraerse.

Tal presunción de intenciones exculpatorias lejos de lo gratuito viene avalada por algo que no escasea en las páginas de este libro, cual es el laudatorio tono que se depara al ejército, tanto en lo que se refiere a las bondades que este tipo de vida lleva implícitas como en el retrato de sus jefes y oficiales, depositarios del valor y de las esencias del patriotismo, aunque en ocasiones puedan errar o no estar a la altura de las circunstancias. Sirva de ejemplo el propio general Silvestre o esos pocos oficialillos jóvenes que a manera de excepción entre sus colegas se arrancaron los distintivos de su empleo. Y en cuanto a la agradable vida militar, por mucho que antes se haya dicho que a Marruecos sólo iban "los infelices que carecían de recursos económicos y de padrinos influyentes"<sup>557</sup>, las muestras se hacen innumerables. Comenzando por la delicadeza de trato que la milicia imprime hasta en sus más humildes miembros:

"Les despertaron al anochecer. El cabo de la escuadra les dio un trozo de pan, una lata de sardinas y un bote mediano de alubias.

'-Ésta es vuestra ración. No he querido llamaros, porque necesitabais descansar."  
(Pág. 194).

Y terminando por los testimonios de los propios soldados. Personajes que, olvidando cualquier padecimiento, no dudan en ponderar las virtudes y ventajas que tal situación les reporta:

"-El cura de mi pueblo lo decía. Decía que los mozos que sirven al rey y las mozas que van de criadas es un bien. Dice que se ve mundo y se aprende. Y sí, digo yo. De modo que aquí hablamos de *ótica* y *helógrafos* como de cosa sabida. De eso no tenía yo ni idea, ni ninguno de los que aquí estamos, mejorando lo presente. Y lo mismo digo del ánimo, el punzón percutor, el *tallí* y otras maneras de palabras." (Pág. 159).

Comentario que bien podría interpretarse como inclemente sarcasmo, si no fuera porque otros muchos de semejante tenor garantizan la rectitud de su sentido, cual sucede, por sólo

mentonar algún otro, con la abnegada actitud y la consiguiente reflexión acerca de la hombría de un tal Amadeo Castellano, soldado que aparenta un mayor despabilamiento que el anterior:

"En la batería de Amadeo Castellano Oliva, el capitán formó a la tropa. Pidió cuatro voluntarios para incorporarse a las fuerzas de protección del convoy (...) El capitán ordenó que los tres restantes fueran designados por sorteo (...)

'Casi no sé disparar el fusil -dijo Manuel Arce con voz trémula.

'-¡Un quinto! -exclamo Castellano Oliva sulfurándose repentinamente-. ¿Adónde va un quinto como tú? ¡Espera! Me presentaré al capitán ahora mismo. No te preocupes Arce. Le diré que me envíe en tu lugar.

'A Manuel Arce Lago se le coloreó instantáneamente la palidez. Ansiaba con todas sus fuerzas responder afirmativamente.

'No -dijo-. No.

'(...)

'Yo no soy ningún cobarde.

'(...)

'-Sí -sonrió también Castellano- (...) La guerra, por lo que veo, transforma a un quinto en un veterano y en un hombre en unos minutos." (Páginas 231-233).

Todos estos parabienes militaristas entran en cierta contradicción con el discurrir argumental del relato, donde lo que en verdad se narra es una derrota debida a múltiples factores, pero entre los cuales también jugó baza de importancia la incapacidad del mando para resistir y mantenerse en su lugar, por mucho que se quiera maquillar con alguna distorsión de los elementos circunstanciales. Esta antonimia de planteamientos que late en todo el episodio no puede considerarse sino fruto del choque entre la vocación de enaltecimiento del heroísmo bélico y militar que muestran los autores y su voluntad por a la vez convertirse en cronistas aparentemente ajustados a la realidad de unos sucesos. Aspectos que no resultan fáciles de armonizar, pues la tozuda lógica de éstos mal se aviene con el idealizado retrato

que de aquéllos se presenta. De ahí su intento por dar noticia de lo sucedido, pero preservando en todo momento el prestigio y la honorabilidad de los personajes históricos.

Al margen de esta distorsión de fondo, Fernández de la Reguera y Susana March pagan también un deliberado tributo de época, no a la lejana de los hechos referidos sino a la contemporánea con el momento de la redacción, y aquí sí que lo hacen con claro ánimo tergiversador de la realidad, sin paliativos de ninguna índole e incluso mancillando su reputación de documentados intérpretes de la historia. Frente a retoques o maquillajes anteriores -por ejemplo, la ya comentada ampliación del número de rifeños atacantes- que poseen una funcionalidad en el relato, aunque ésta pueda considerarse discutible, éste otro carece de cualquier importancia en el discurrir de la narración, se trata de una mera anécdota puntual que nada resta ni suma a los hechos referidos, pero que, sin embargo, habla con elocuencia de una actitud de vasallaje en los autores.

Tan gratuita reescritura de la historia se produce tras el derrumbe de las posiciones destacadas, cuando Melilla ha quedado indefensa y el Alto Comisario, que ya había llegado a la ciudad, ordena el urgente envío de tropas de refuerzo, que se materializa en la denominada columna Sanjurjo:

"Al día siguiente llegó el general Sanjurjo. Desembarcaron también una bandera del Tercio al mando del comandante Francisco Franco y un tabor de Regulares de Tetuán. El desfile de las tropas legionarias por la ciudad, presa del pánico, produjo una emoción indescriptible. Los vítores, los aplausos, los gritos de júbilo brotaban de unos labios contraídos y convulsos, a la vez, por el llanto." (Pág. 442).

Nada habría que objetar a lo dicho en este párrafo, porque en esencia ocurrió así, si no fuera porque el personaje destacado del conjunto, el comandante Francisco Franco, no aportó el relieve a la ocasión, como quiere dejar ver la narración. Por el contrario, nada se dice en ella de quien tomó el protagonismo en aquellos momentos, el teniente coronel Millán Astray, que no sólo detentaba la jefatura del Tercio y se encontraba al mando de los legionarios que acudieron a la defensa de la plaza, sino que incluso nada más llegar, aún antes de pisar tierra,

improvisó una de sus acostumbradas y encendidas arengas para infundir valor a los melillenses, que en masa habían acudido al muelle<sup>558</sup>. No cabe duda de que por allí también andaba el comandante Franco, pero en un discreto segundo plano, como lugarteniente de Millán Astray, que absorbió el brillo de la ocasión. Asunto distinto es que en la segunda mitad de los años sesenta, cuando se redactó El desastre de Annual, los avatares de la historia hubiesen reubicado a ambos personajes, convirtiendo al primer jefe de la Legión en un semiolvidado difunto que ya llevaba bastante tiempo enterrado, mientras el otrora comandante había alcanzado la jefatura del Estado español y aún permanecía en ella, razón por la cual de la Reguera y March tal vez desearan rendirle esta forma de pleitesía a costa de sus particulares reputaciones como evocadores del pasado.

En contraste con las discrepancias que los tres relatos muestran al enjuiciar la peripecia bélica, todos se dan la mano a la hora de notar la brutalidad de la catástrofe. En ninguno de ellos escasean, aunque en el episodio de Camba aparezcan en número más menguado y con tratamiento menos enfático debido a su menor detenimiento narrativo en lo que al repliegue o huida de las tropas españolas se refiere, las escenas escalofrantes y tremendistas, de una crudeza tan aterradora que recuerdan, e incluso en no pocas ocasiones sobrepasan las ya vistas en aquel museo de los horrores que se abrió en el capítulo del hombre en la guerra, sobre todo en Imán. De nuevo una extrema crueldad y violencia se adueña de la narración para con acentuado expresionismo sobrecoger al lector y revolver su interior hasta provocar la náusea o el terror. Unas veces no son sino las habituales consecuencias de toda guerra:

"Se da el caso de que, en uno de estos desparramarse de cuerpos sangrientos y vendados, la cabeza de un herido es machacada por otro soldado que corría y no ha tenido tiempo de detener sus piernas. La muerte más extraña. Pisado el cráneo por un compañero, cuando no por las herraduras de un mulo." (Historia del cautivo, pág. 67).

"Los proyectiles revientan con salvaje estrépito; hieren los tímpanos de los soldados y los aturden; arrojan piltrafas de seres humanos y de animales, salpicando los parapetos y los rostros de sus defensores con sangre, vísceras y repulsivos despojos." (El desastre, pág. 180).

En otras ocasiones se convierten en reflejo del instinto salvaje que anida en el rifeño, cuya primitiva brutalidad pareció desbordarse durante aquellos días:

"La barbarie rifeña se había cebado con inconcebible ensañamiento en aquellos hombres. No sólo mató. Antes tuvo que martirizar para luego hacerlos carbones o destrozar los cadáveres. Las más monstruosas mutilaciones, expresión de los sarcasmos más horribles. Algunos lleno el vientre de piedras, otros sin cabeza, éstos secos, momificados por el sol, aquéllos con los huesos al descubierto después de haber sido pasto de los buitres (...)" (Annual, pp. 163-164).

"Otro de su mismo regimiento dice que vio cerca de una posición incendiada y abandonada, cadáveres desventrados cuyos intestinos habían sido sustituidos por piedras.

'-Y en las afueras de Karra Midar, a un muerto le habían cortado las partes y se las habían metido en la boca...

'-Y junto al Morabo, había otros muertos que tenían las manos atadas con sus propias tripas (...)" (Historia del cautivo, pág. 93).

"A un soldado herido, que se fingía muerto, le pincharon con una guma hasta hacerle gritar. Después le cortaron el sexo y le taponaron la boca con las sangrientas piltrafas." (El desastre, pág. 327).

Esta violencia en plano corto no sólo se presenta en forma estática, sino que llegado el caso incluso se convierte al lector en testigo de su pormenorizado discurrir, mediante una impactante técnica expresionista que, ya empleada en Imán para este mismo tipo de escenas,

Fernández de la Reguera y Susana March utilizan con profusión en su relato, y de la que ya ha dado somero indicio la última de las citas anteriores, pero que con mayor plenitud puede comprobarse en otros varios pasajes de la novela:

"Eran seis rifeños. Derribaron a los dos heridos que marchaban en cabeza, golpeándolos con las culatas de los fusiles. Después les abrieron las braguetas. Les cortaron sus partes. Los heridos lanzaban aullidos espantosos. Y en seguida enmudecieron. Los moros les habían taponado las bocas introduciendo en ellas los despojos sanguinolentos. Al hombre de la pierna rota se le acercó un morito muy joven. Tendría dieciséis o diecisiete años.

'El herido suplicaba aterrado.

'-¡No me matéis!, ¡estar amigos!, ¡no me matéis!

'El morito le puso boca arriba. Le abrió la guerrera y la camisa, dejando el pecho al descubierto. Cabalgó sobre él y le sujetó los brazos con las rodillas, le quitó el machete del tahalí.

'El herido murmuraba sollozante:

'-¡Compasión!, ¡compasión!...

'El morito empuñó el machete con las dos manos. Lo apoyó sobre el pecho del herido. Y empezó a apretar hundiéndolo lentamente, lentamente...

'El herido se debatía lanzando estremecedores gritos." (Páginas 281-282).

Crueldad que con casi absoluta unanimidad en los tres textos sirve como uno de los más acentuado rasgo caracterizadores del nativo. Los otros se acomodan a lo ya consabido: la innata capacidad guerrera -mejorada a la sazón con técnicas de guerra europeas, según se apunta en los relatos de Camba y Fernández de la Reguera- y el inmoderado afán de codicia y rapiña, consecuencias de su habitual forma de vida:

"Los rifeños eran gente salvaje, sin civilizar. Necesitaban el fusil para defender su hacienda, su vida y las de sus familiares, no sólo contra las incursiones de rapiña de otras cabilas, sino contra algún enemigo del propio poblado o aduar./ Los moros

codiciaban mucho el dinero. Codiciaban más aún las armas. Es decir, si codiciaban el dinero era, fundamentalmente, para poder comprarse un fusil." (El desastre, pág. 18).

Imagen que tampoco mejora demasiado en la narración de Gaya Nuño, donde, sin embargo, el precario nivel de civilización en que se encuentran y sus miserables condiciones de vida resultan atenuantes de esta congénita brutalidad. No han tenido capacidad para digerir un éxito que les ha venido grande y antes de tiempo:

"Se les ha convertido sin transición de labriegos en soldados, y de soldados en vencedores. No tienen ellos la culpa, sino esa horrenda ignorancia, esa pobreza y ese atraso en que viven. Es natural que cuando vencen a sus opresores (...) actúen bárbaramente." (Historia del cautivo, pp. 99-100).

De este modo, la novela quiere situarse en el fiel de la balanza, dejando ver tanto las luces como las sombras de un pueblo en parco estado evolutivo. Lo que se confirma pocas páginas después, donde abundando en esta idea, sostiene:

"Pero aquí, en el Rif, la pobreza de los moros es angustiosa y se hace mucho más patente por su tremenda suciedad. La sarna parece endémica, los piojos, las pulgas y las chinches están en todo el cuerpo. Hay moros de buen pasar que comen poquísimo, mientras se gastan todo su dinero en un reloj de los muchísimos quitados a los cadáveres de los oficiales, total, para luego no saber darle cuerda, para estropearlo. Hay otros insensatos que darían todas sus áridas tierras de cultivo con tal de poder comprar un gran espejo. Rasgos de niños, que cuadran bien con la sencillez y hasta mansedumbre de sus buenos momentos y con la espantosa ferocidad de que pueden hacer gala un minuto después (...)/ Son unos bárbaros. Unos niños bárbaros e inconscientes." (Páginas 111-112).

Incluso, al entender de algunos personajes, el moro y el español guardan una cierta semejanza:

"Otro soldado, de cara fina y lista, dice que esa tierra es igual que la suya, la de Almería (...) Y los moros tienen la misma traza que los hombres de nuestros pueblos, con distintos ropajes y diferentes creencias.

'-Sí, es verdad, porque hay moros en el campo de Melilla que me recuerdan gente de mi pueblo, en la provincia de Soria -corroborra Clemente-. Yo no he tirado todavía sobre ninguno, pero preferiría no hacerlo, porque parece como si fueran hermanos nuestros. Es, ¿cómo diría yo?, como si hubiera una guerra entre los hombres de Soria y los de Guadalajara, o de Madrid." (Pág. 31).

A pesar de la aparente claridad de este comentario, no podría decidir si su estricto sentido tal vez no haya que buscarlo más allá de las páginas del libro. Puede que su recta lectura deba ser la mera constatación de un parecido físico, tanto de la tierra como de los hombres, pero, por el contrario, también podría contextualizarse como un velado homenaje o guiño a Galdós, cuyo episodio Aita Tettauén sin duda era bien conocido por el autor de la Historia del cautivo, y donde el viejo Ansúrez viene a sostener algo parecido:

"-(...) Otra cosa les digo, para que se pongan en lo cierto al entender de guerras africanas, y es que el moro y el español son más hermanos de lo que parece. Quiten un poco de religión, quiten otro poco de lengua, y el parentesco y el aire de familia saltan a los ojos."<sup>559</sup>

La obvia similitud se dirige además en una misma dirección, incidir en el carácter fratricida de la guerra. Tal vez a ello se deba la interpretación que le da Consuelo Baranda, al recoger la cita anteponiéndole el siguiente comentario: "El enfrentamiento se presenta como una guerra de colonización injusta, en la que se confrontan la falta de profesionalidad y la corrupción de los militares profesionales españoles con la nobleza de los ideales independentistas de los rifeños y con su mayor eficacia. Las opiniones de los soldados de reemplazo vienen a reforzar esta tesis del narrador [a partir de aquí añade la anterior cita textual]."<sup>560</sup> No parece que haya muchas evidencias de que con esos comentarios de la tropa se pretenda denunciar lo injusto de aquella guerra, sobre todo reparando en el final de la



conversación que mantienen los soldados, donde, además, se abre la posibilidad de su posible irónico recuerdo del episodio galdosiano, pues un veterano tercia en las apreciaciones de los novatos del modo que sigue:

"(...) Y concluye, con toda su ciencia de fogueado:

'-Muy pipiolos en la mili, eso es lo que sois. Ya me lo contaréis a la vuelta de dos años."

Lo que interpretado en el posible sentido irónico que pudiera tener, predominante por otro lado en la obra, supondría un completo apartamiento de los humanitaristas planteamientos con que el novelista canario quiso retratar aquella otra guerra de Marruecos. Tal vez porque en la propia crueldad de ésta ya no cabían tan filantrópicas ideas. En cualquier caso, la única certeza reside en la duda que plantea.

Bastante más diáfano queda el bien distinto perfil que presentan los cabecillas del levantamiento, cual Abd el-Krim o su hermano Mehamed, a quienes Gaya presenta con trazo respetuoso y ecuaníme, sin demonizarlos, apartándose del deslucido o ambiguo retrato colectivo. Ellos ya han alcanzado el grado de desarrollo de que adolecen sus coterráneos, son producto de una más avanzada cultura:

"Abd el Krim ha estudiado en Melilla y en Fez. Habla esmeradamente, además de su lengua, el castellano y el francés, y hasta parece que entiende algo de alemán y de inglés. Ha deseado siempre con toda su alma que el Rif sea un pueblo conocedor de toda ventaja de la civilización, pero sin que ésta llegue a cambiarle su fisonomía. Marroquíes, sí, pero no dependiendo de los títeres occidentales, los de Tetuán y Rabat, impuestos por los europeos (...) Musulmanes, ciertamente, pero viendo con aprensión la multitud de iglesias y conventos con que los españoles van sembrando su zona. Partidarios de una colaboración económica y cultural con España (...) pero siempre que las minas de hierro dejen de ser un despojo inicuo. Abd el Krim comprende mejor que nadie el trabajo, la pobreza, la pésima explotación de las posibles fuentes de riqueza de su terruño (...)" (*Historia del cautivo*, pág. 99).

Camba aporta una descripción bien distinta, optando por anatemizar al enemigo, tanto a los que carecen de cualquier distinción como al propio caudillo rifeño, en quien sólo ve un individuo rudo, vengativo y hasta de escasa inteligencia:

"Mucho se venía hablando de la sagacidad ladina de aquel hombre, pero a mí me daba por veces la impresión de estar delante de un muro. Heredero del sueño tumultuoso de su padre, un golpe increíble de fortuna le había llevado a aquella situación privilegiada del Rif (...) Disuelto el barniz de su occidentalismo, era apenas el continuador de aquellos nómadas aplastados por el Islam." (*Annual*, pág. 225)

Y en apreciación descendente le siguen todos los demás, en quienes ve gentes desagradables, malvadas y fanatizadas por una religión anclada en el pasado. Para completar el retrato y que no pueda quedar resquicio para la duda, no repara en ridiculizar a alguno de sus personajes destacados con alguna nota de humor zafio:

"Azerkán, el ministro de Relaciones Exteriores, creyéndose obligado a alguna muestra de la cortesía árabe con el extranjero, eructaba dulcemente sobre mi té, hablándome de Francia, de París, donde, con Si Mohamed Abd el Krim, había estado recientemente (...)

'-¡Grandes amigas allí! -se deliciaba el ministro hurgándose la nariz a la evocación del recuerdo (...)" (Pág. 204).

Concluye así el capítulo bélico del desastre de Annual, cuyas causas sólo parecen quedar delimitadas con nitidez en la Historia del cautivo, que las enrafza en la descomposición del viejo pasado de la gloria patria que España viene padeciendo desde la época finisecular. Desde cierta perspectiva no le falta razón al autor, pues no son escasas las interpretaciones historiográficas que sostienen que la aventura marroquí, no ésta última sino desde los tiempos de la Conferencia de Algeciras y aún antes, respondía a un deseo de reafirmación española en el mundo tras la pérdida de los últimos restos de las viejas colonias, algo que en parte ya quedó mencionado en el primer capítulo de este trabajo. De ahí que el contexto adecuado para inscribir esta guerra no debe ser el de mera revuelta o levantamiento de un iluminado o

vengativo, según las opiniones, líder rifeño, sino el de una resistencia, que Abd el Krim supo canalizar, ante un colonialismo cada vez más prepotente. Para darse cuenta de la justeza de tales calificaciones basta tan sólo reparar en el motivo que hizo saltar la primera chispa del desastre de Annual: el inmaduro -razón de que deviniese en frustrado- proyecto del general Silvestre en cuanto a alcanzar la bahía de Alhucemas el 25 de julio de 1921, como al parecer en un arrebato de jactancia había prometido al rey. Sin embargo, al entender de Gaya Nuño, poco o nada había aprendido la nación, y sobre todo sus rectores, de los pasados errores:

"He aquí un personaje al que la historia está tardando en prestar la debida atención. Los periódicos españoles lo presentan como un salvaje rifeño, como un analfabeto rencoroso al que ayuda la suerte de un modo absolutamente injusto. Pero las cosas no son tan sencillas, ni mucho menos tan exactas. Aún no ha transcurrido un cuarto de siglo desde que los mismos periódicos -u otros anteriores, es igual- procuraban presentar a los yanquis como un pueblo de tocineros que huiría pronto ante el empuje de nuestra escuadra. Ahora, el desastre ha sido mucho mayor, incomparablemente más sangriento, y se sigue proclamando la suma de virtudes del glorioso ejército español y la ferocidad de las hordas rifeñas. Pues bien, feroz en mayor o menor grado ha de ser todo combatiente. Y, desde luego, Abd el Krim es superior a sus tropas (...)/ El rifeño pobre no puede ver ninguna ventaja en la dominación de esos hombres [los españoles]./ Por eso ha sido tan fácil la insurrección. Por eso ha resultado posible congregarse a unos seis mil combatientes que han deshecho un ejército cuatro veces superior. Por eso, también, ha sido un éxito la atracción de la Policía Indígena y de los Regulares." (Páginas 98-99).

Tan certero diagnóstico en cuanto a las claves de aquella derrota no encuentra parangón en ninguno de los otros dos episodios. En lo que al de Camba se refiere, porque ni siquiera ofrece argumento alguno, lo más unas cuantas deshilachadas alusiones a la adversa fortuna. Sobre la narración de Fernández de la Reguera y Susana March ya ha quedado visto el imposible equilibrio que desean mantener entre el peso de la realidad, que aun sin querer ellos

aflora por las costuras de su relato, y su particular voluntad interpretativa, haciendo recaer el grueso del descalabro en razones accesorias o de muy segundo orden, cuando no torcidas con deliberación. Los contundentes razonamientos expuestos por Gaya Nuño aportan más que suficiente material para refutar las poco consistentes causas que ellos se empeñan en sostener. Y aún cabría agregar que el desbarajuste que imperaba en casi todos los ámbitos de la Comandancia de Melilla o el secretismo y nula previsión con que actuaba su máximo jefe, el general Fernández Silvestre, fiándolo todo a su arrojo y buena estrella, con dificultad podrían ser esgrimidos como motivos de fondo, por cuanto por encima de este militar existían otros responsables que tendrían que haber conocido al detalle y prestado puntual atención a tan delicado asunto.

Planteamiento que anuncia la segunda parte o consecuencia directa del desastre, el cual lejos de concluir con el hundimiento militar, aún anduvo punzando la conciencia nacional durante bastante tiempo. Tuvo su continuación en la problemática de los cautivos españoles que habían quedado en manos de los rifeños y en el clamor político y social para que se depurasen las responsabilidades derivadas de la catástrofe. Cuestiones que sólo forman parte argumental en Annual y la Historia del cautivo, pues El desastre de Annual, como ya ha quedado dicho, se cierra con la caída de Monte Arruit, antes de que nada de esto tomase carta de naturaleza, y en el siguiente título de los Episodios Nacionales Contemporáneos, aunque se sigue aludiendo a Marruecos, estos capítulos han dejado de ser sustantivos, tratándose de pasada y sin ahondar en ellos.

Pertenece este asunto de los cautivos a una zona mucho más oscura de la historia, en cuanto que no ha alcanzado la divulgación ni ha gozado de la apabullante documentación desplegada en torno a la catástrofe militar. En realidad la casi única fuente fidedigna se reduce a las pocas memorias que dejaron algunos de aquellos que hubieron de padecerlo, entre las cuales le cabe papel de excepción a las ya mencionadas del sargento Basallo, quien, merced a su humanitaria labor desplegada entre sus compañeros durante esta etapa, se convirtió en testigo más que destacado de cuanto allí sucedió. Esta preponderancia de lo intuido sobre lo

conocido se transforma en una virtud desde el punto de vista novelístico, sobre todo para quien, como Gaya Nuño, sabe extraerle su jugo. En esta parte la Historia del cautivo acentúa su capacidad de fabulación y el relato comienza a discurrir de forma más libre, sin el lastre que supone estar obligado a seguir una mimesis de la que poco puede apartarse. La trama de la narración entra en una vía bastante más personal y jugosa en lo creativo. Ahora es cuando el personaje Clemente Garrido vive su particular aventura, destapándose y adquiriendo el total protagonismo de la fábula. A partir de este momento sus ya anunciados rasgos se perfilan, acentuándose su doblez, sus escasos escrúpulos para librarse de los incómodos testigos de su poco plausible acción pasada, a la vez se acrecienta su capacidad para el engaño y la mentira. En este hilo narrativo primario se van insertando los acontecimientos que a la par tienen lugar en la Península, de modo fundamental la polémica sobre las responsabilidades, que con un tratamiento cuasi documental sirve de contrapunto al tono imaginativo que envuelve la peripecia del protagonista durante su cautiverio.

Algo de lo mismo le sucede a Francisco Camba, cuyo Annual ya no requerirá de segundas voces ni de otros falsos artificios para dar cuenta de todo aquello que no ve el personaje y narrador principal. Sin embargo, saca poco provecho de esta situación, pues, a diferencia de Gaya, su relato se aleja de los cautivos, verdaderos protagonistas del momento, para centrar su atención en las idas y venidas de Juan de Lalín, personaje del que ya había quedado dicho casi todo y que, a pesar de su labor mediadora, disfruta de una más bien poco atrayente trayectoria. Además, abunda en esos resabios folletinescos que afligen aún más una ya de por sí bastante desvaída novela y, lo que se convierte en su mayor déficit, el relato se adentra por la senda del diálogo -mostrenco en muchos casos- en detrimento de la acción, al revés de lo que sucede en la Historia del cautivo.

Ambos dan cuenta de las pésimas condiciones en que se desarrolla la vida de los prisioneros españoles y del trajín de los múltiples mediadores que para la ocasión se ofrecieron. También se hace eco del clamor popular que la situación suscita, del espinoso asunto de las responsabilidades y de la incoacción del denominado Expediente Picasso, pero,

claro está, perseverando en las opuestas líneas interpretativas que venían siendo habituales en cada una de las versiones. De tal forma que donde Camba reivindica un imposible heroísmo y retoma sus intempestivas invocaciones al glorioso pasado nacional:

"En España, aquel viento de indignación y ansia de desquite de que pude darme cuenta al través de los periódicos seguía corriendo por todos los ámbitos del país. La catástrofe, inesperada e increíble, le había llegado al alma (...) Los autores materiales de las bárbaras hazañas tampoco podían quedar sin castigo (...) España entera se encargaba de aventar las cenizas fecundas [del Cid], a fin de que bajo ellas pudiesen reverdecer cuanto antes los laureles bárbaramente pisoteados de sus glorias. Ya no le era grata la voz de los agitadores pidiendo el abandono de Marruecos (...) Por el contrario, España aplaudía a los regimientos que el gobierno (...) mandaba a la reconquista (...), y si bien con el dolor de los prisioneros llegándole al alma, aceptó al principio las gestiones de un rescate por dinero, tuvo un consuelo ante la arrogancia de Lerroux, tan poco sospechoso de rendirse al cinchín de las charangas militares: 'Nada de comprarlos cual si se tratase de una vil mercancía. Nada de tratos con los traidores, dándoles tres millones para que puedan mejor combatirnos. Hay que llegar como una tromba adonde esos españoles están y arrancárselos a los cabileños a viva fuerza." (*Annual*, pp. 159-161).

Gaya Nuño se circunscribe a un marco más realista, contextualizándolo en el ya por entonces tradicional enfrentamiento de clases que vivía España:

"A los españoles no les interesan tanto los avances heroicos como el esclarecimiento de todo lo que marchó equivocado hasta hace poco (...)/ Cuatro millones de pesetas. Fue cifra, analizada, discutida, comentada durante muchos meses en todo lugar de España donde se juntaban más de dos personas. Pobres gentes que ganaban dos mil pesetas al año con otros tantos trabajos la juzgaban ínfima. Terratenientes, industriales y millonarios la creían elevadísima. La gran familia militar entendía sonrojante dar ni

un solo céntimo al bárbaro Abd el Krim, porque los prisioneros tenían que ser liberados a punta de bayoneta (...)", (*Historia del cautivo*, pp. 136-137).

Sin que en su recorrido por la escala social se detenga hasta llegar al propio monarca, a quien también hace terciar en la cuestión y no precisamente para reflejar sus aciertos, si es que los tuvo. Le atribuye una desdichada frase que con seguridad no se sabe si llegó a pronunciar, pero que por aquellos días un generalizado rumor daba como salida de los reales labios:

"-(...) ¿Qué hay por los Madriles? ¿El cuento de las responsabilidades? ¡No me digas! ¿Y es verdad eso de que el moro Muza pide cuatro millones de pesetas por los prisioneros? Me lo dijo La Cierva. ¡Caray, cuatro millones, con lo que cuesta sudarlos! ¡Pues no vale poco cara la carne de gallina!" (Pág. 138).

Y es que Alfonso XIII no resulta personaje muy favorecido en esta novela, pues por encima de sus inyectivas contra los altos mandos militares o contra los políticos de los tradicionales partidos dinásticos, sobresalen las que dedica a la figura del rey. Esta descarnada censura con tintes de feroz sátira, en la que algún comentarista de la obra ha querido ver el sesgo republicano del autor -tal es el caso de Consuelo Baranda, quien sostiene: "Su mensaje político, abiertamente republicano (...) <sup>561</sup>-, no hay que atribuirle de forma necesaria o única -aunque tampoco haya que descartarla por completo- al credo político de Gaya o a una particular animadversión contra una forma de Estado, teniendo en cuenta los no pocos méritos personales que el monarca había acumulado a lo largo de años en lo que a la cuestión marroquí se refiere, donde no puede decirse que sus determinaciones hubiesen andado vinculadas a la fortuna. Se habían caracterizado sobre todo por la injerencia en las decisiones de los políticos, a menudo saltándose los cauces establecidos; por la tendencia a decantarse, cuando no a tomar empecinado partido por las actuaciones menos adecuadas, la acción armada casi siempre; y por el inmeditado y extemporáneo aliento a jefes del ejército próximos a sus tesis y miembros de su círculo de amistades íntimas, cual sucedió con el general Fernández Silvestre. De ahí que la voz popular le aplicase el sobrenombre de *el Africano*, y de ahí también que su destino y el trono de España quedasen unidos a la suerte de los militares

golpistas, tras su apoyo, o cuando menos anuencia ante el levantamiento de Primo de Rivera, cuya causa última fue, conviene no olvidarlo, paralizar el juicio y más bien aciago futuro que se cernía sobre los que ya habían sido señalados como culpables de la catástrofe y de aquellos otros que con posterioridad pudieran haber sido involucrados también. Esta reflexión, sostenida por múltiples historiadores, Gaya la traslada a su relato haciendo recaer sobre los hombros reales la máxima responsabilidad del desastre:

"(...) en fin de cuentas, este gobierno [él liberal que se instauró tras la caída del conservador que lo ocupaba en el momento del desastre] no es sino el heredero de las torpezas de todos los gobiernos anteriores, todos mediatizados por una persona que, al decir de la Constitución, es 'sagrada e inviolable'. Luego, el gran culpable es este individuo sagrado, sin ser precisamente Dios ni ningún santo." (Pág. 239).

Tan rotunda afirmación no se convierte, sin embargo, en apriorismo concluyente, pues, a la vez, el autor intenta reflejar la realidad social de los acontecimientos sin traicionar los hechos, dejando las cosas en su justo sitio. Elogia la labor de esclarecimiento llevada a cabo por el general Picasso -"por primera vez un hombre honrado va a buscar la verdad en terrenos de siempre acotados, y una vez hallada esa verdad la expondrá con toda su crudeza"<sup>562</sup>- y en ella halla la causa del levantamiento militar que poco después, ya fuera del tiempo referido en su relato, se produciría:

"Y en este ambiente de honor lesionado y de santos propósitos de salvar a España por enésima vez de los hombres civiles, los cuartos de banderas, siempre presididos por la imagen augusta de Su Majestad en uniforme, empiezan a barajar nombres de sucesores de Narváez y O'Donnell (...)/ La gran familia militar andaba lo que se dice salida de madre. Pero, como alguno de los conspiradores acaba de apuntar, acaso fuera todavía demasiado pronto." (Páginas 155-156).

En suma, nada más que la realidad de lo sucedido. Y buena prueba de que lo que le alienta no es un afán revanchista o tergiversador ligado a sus particulares convicciones políticas, es que este asunto también lo recogen Fernández de la Reguera y Susana March -



autores poco sospechosos, por lo menos el primero, de sostener posturas republicanas, izquierdistas o antimilitaristas- en el primer volumen de *La Dictadura*, y lo hacen en muy parecidos términos, aunque filtrado a través de las opiniones de un personaje de ficción:

"Manuel Oliva volvió a sacar el tema de la dictadura, confesando que le tenía muy preocupado. Dijo que la cuestión de las responsabilidades por lo de Annual se estaba jaleando excesivamente y que contribuiría a fomentar un golpe de Estado.

'-Ni al rey ni a los militares les conviene que se ahonde en eso.

'Manuel Oliva estaba convencido de la participación del rey en la desastrosa campaña de Marruecos. Le recordó las frases que, según se decía, le dirigió al general Silvestre: 'Tira hacia delante y no hagas caso del ministro de la Guerra, que es un imbécil." (Pág. 74).

El contrapunto a esta ajustada y esclarecedora interpretación sobre la cuestión de las responsabilidades y sus derivaciones lo pone como de costumbre Francisco Camba, quien despacha en su novela todo aquello como algarabía de alborotadores o de "los revolucionarios del Congreso" que "apretaban, queriendo juzgar a los encartados"<sup>563</sup>. Y para que no puedan abrigarse dudas sobre lo muy equivocados que estaban, aporta sus habituales argumentos de peso:

"(...) al venir a Madrid por aquellos días el general Berenguer para ponerse de acuerdo con el gobierno sobre la continuación de la campaña, no sólo los altos jefes militares y todos los ministros en la estación del Mediodía para gala del recibimiento, sino, con el asombro más aturdido del país, el rey a la cabeza./ Habíanse abierto las Cortes un mes antes, y en ellas se pedía a voz en grito que, desamparado el alto comisario de la protección decidida del ministro de la Guerra, figurase como el primero en las responsabilidades del expediente Picasso. ¡Y a un hombre así se le recibía de aquella manera!" (Pág. 164).

Tras lo anterior, casi ni que decir tiene que no sólo se preserva la figura del monarca de cualquier salpicadura, sino que da y quita el prestigio desde el libérrimo albedrío de

personajes cuyas opiniones al respecto no pueden ser tomadas nada más que como sinónimo de desatino:

"-Es que se trata de echarle encima al rey el sambenito de todo lo de África. Al pedir el castigo por las responsabilidades, esa gente no piensa en Eza, no piensa en Berenguer, no piensa en Silvestre siquiera. Las sesiones del Congreso de anteayer y el día anterior han sido verdaderos mítines. ¿Pero qué le ha hecho el rey, principalmente a Prieto, para enfilar hacia él todas sus acusaciones? No sé qué ha visto en ese hombre Horacio Echevarrieta cuando lo saca con su dinero tantas veces diputado. ¡Y puede que el otro se crea allí gracias a los votos de los socialistas bilbaínos!" (Pág. 275).

Claro que a cuento de qué se habla siquiera de responsabilidades si, como ya se ha visto antes, al entender del novelista gallego, el desastre de Annual hay que atribuírselo a un revés de la fortuna, que para la ocasión pudo verse auxiliada no por la ineptitud española sino por una protoconjura urdida por el comunismo internacional. Dislate que con benevolencia convendrá entender como mero tributo que Camba paga a los aires imperantes en la España en que se compuso el libro, de los que él mismo se había convertido en fervoroso alentador, y no a una palmaria falta de juicio en el autor:

"(...) Pero descartadas Inglaterra y Francia, ¿a qué otro país pudiera convenirle perturbar nuestra vida entre los moros? ¿Cuál con intereses allí para llamarse a la parte? (...)

'-(...) Con intereses para llamarse a la parte como dices, no. Pero con el propósito de no desaprovechar ningún disturbio que favorezca sus aspiraciones revolucionarias, hay uno de cuya fuerza, por lo visto, ni te das cuenta.

'-¿Rusia? (...)" (Pág. 184).

Desde el plano de la arquitectura narrativa, de su configuración como novela, los tres textos responden a bien distintas facturas. En el diseño de personajes, por ejemplo, todos optan por seguir los más tradicionales cánones del género histórico, dando preeminencia a

las criaturas sin referente real frente a aquellas otras que lo tienen. Sin embargo, pueden apreciarse ciertas diferencias ilustrativas de la manera de entender el episodio por cada uno de los autores. Así, mientras en Annual de forma casi absoluta -la única nota de excepción la pone Abd el Krim- y también en buena medida en El desastre de Annual los personajes reales -me refiero a los que representan a seres humanos existentes, y utilizo los términos "reales" y "ficticios" como mera clasificación convencional, dando por sobreentendido que cuando aparecen sobre el papel impreso tan producto de la fabulación son unos como otros- adquieren muy poca relevancia en la trama, quedando como meras figuras estáticas a quienes se observa desde fuera sin que intervengan directamente en la acción, o haciéndolo al margen de los protagonistas. La Historia del cautivo, por el contrario, tiende hacia un más sólido ensamblaje entre ambos tipos de personajes, permitiendo que unos y otros compartan lo que va ocurriendo e incluso se imbriquen en un mismo suceso. Tal puede verse, por referir algo ya mencionado, en el diálogo que mantienen el general Fernández Silvestre y Clemente Garrido cuando éste es incorporado a la plana mayor de aquél. De igual forma, aunque con una mayor repercusión en la trama, en el fusilamiento del propio general por parte de su escolta, motivo que con notable peso condiciona la actuación y devenir posterior del protagonista.

En altura superior a las anteriores diferencias, al cabo casi simples matices, hay que situar el tipo de personajes, ya todos de ficción, en quienes se hace recaer la parte fundamental del relato. Camba en su Annual busca alguien periférico al eje central de los acontecimientos, alguien con una débil relación -por más que se quiera recubrir de falsa importancia- con lo que está sucediendo pero que a la vez, en su calidad de testigo, le permita entrar o salir de ellos sin demasiadas complicaciones y desplazarse con absoluta libertad de un escenario a otro. Modelo que hubiera resultado adecuado para ofrecer una visión parcial y distanciada del desastre militar, pero que desvela sus limitaciones cuando también se quiere penetrar en sus interioridades, viéndose obligado para ello a buscar vínculos más sólidos, y poco verosímiles, entre este testigo y el contexto general. Echa mano, por ejemplo, de personajes de los que

nada se sabía hasta el momento y que semejan inverosímiles pretextos, creaciones *ad hoc* para la ocasión, cual la aparición de esa fugaz sombra de mujer llamada Nichia, antiguo amor del protagonista, que de repente surge entre los rifeños como conejo recién salido de la chistera. O recurre a la necesaria presencia de un segundo testigo, narrador parcial que refiere aquello que el primero no alcanza a ver y en torno al cual se orchestra una poco trabada, y de nuevo inverosímil, conexión con los restantes elementos del relato. Modelo que, merced a estos y otros recursos ya en otras ocasiones mencionados, recoge más la herencia del folletón por entregas que la de los episodios galdosianos, de quien el autor se proclama continuador.

Los otros dos títulos devuelven el protagonismo a quienes en verdad lo tuvieron, a los soldados, aunque con apreciables divergencias entre sí. El impersonal narrador de El desastre de Annual centra su atención en el común de los soldados, sin apenas aderezo alguno -salvo el fervor militarista ya comentado- que distinga a sus protagonistas de los jóvenes que por aquellos días hubieron de vivir la tragedia. Opción que junto a la alternante pluriubicación del punto de vista en diferentes escenarios de la catástrofe, habla por si misma de la pretendida voluntad documentalista que los autores han querido imprimir a su fábula, donde en puridad lo novelesco ha sufrido un considerable adelgazamiento. Si algo caracteriza a este relato es la casi inexistente selección de materiales que mediante síntesis de cuenta del conjunto, lo cual aparta un tanto la narración de aquellos rasgos que por lo común definen este género y casi cualquier otro ligado a la ficción.

Gaya Nuño también deposita el protagonismo en un individuo de tropa, pero en este caso, poco o nada convencional. No hay duda de que buscó dar a su libro más vuelo literario que el de simple crónica. La peripecia de este soldado, Clemente Garrido, sirve para ir hilvanando, a través de la voz de un narrador de impersonal apariencia en la forma pero en extremo subjetivo y partidista, el acontecer general en toda su crudeza y a la vez conseguir un simbolismo paródico sobre lo contado, fenómeno que ya ha sido señalado por Consuelo Baranda:

"Su trayectoria personal es representativa de la de los responsables del desastre, tampoco tiene interés en que se sepa la verdad que investiga el general Picasso; en este sentido su peripecia vital africana es un reflejo de la realidad histórica narrada, en la que los responsables de tanto drama humano conseguirían salvarse también 'felizmente' gracias al golpe de estado de Primo de Rivera."<sup>564</sup>

No en vano, como han puesto de relieve algunos de los comentaristas de la obra, la trayectoria de este Clemente Garrido guarda un obvio aire de familia con la de Lázaro de Tormes, el protomodelo de la picaresca española, aunque en rigor no pueda llegar a ser considerado un pícaro deliberado. Tal vez lo mismo, sin forzar mucho el paralelismo, se quiera mostrar con el protagonista de la Historia del cautivo. Las bellaquerías que ambos cometen hay que considerarlas más meros ardidés para salir lo mejor parados posible en el contexto hostil al que la desgracia los ha arrastado que fruto de una maldad consciente, hasta tal punto que el poco edificante comportamiento de Clemente, al igual que el de Lázaro, desde un enfoque pragmático puede llegar a entenderse como sagacidad para transformar la necesidad en virtud. En este sentido, se antoja un tanto exagerado el juicio que el personaje suscita en Consuelo Baranda: "(...) carente del mínimo sentimiento de afecto, que destaca por su doblez e insolidaridad, por un egoísmo tan profundo como su insensibilidad ante el dolor ajeno. (...) un cúmulo de defectos que (...) como Lázaro de Tormes, llegará a la cumbre por medio del engaño, del deshonor."<sup>565</sup> Hay que admitir que no les falta razón a Martínez Laseca y a Ignacio del Río cuando aseguran que se trata de "un héroe nada ejemplar"<sup>566</sup>, pero tampoco se nos presenta como ese dechado de defectos y maldades que apunta Baranda. Primero porque Clemente tan sólo es la minúscula pieza de un perverso engranaje en cuya creación nada ha tenido que ver. Todas sus trapacerías responden a la sola voluntad de no resultar engullido por tan letal máquina y su grado de inmoralidad resulta insignificante en comparación con el de los directos responsables, que ni siquiera se vieron en el brete al que él resultó arrojado. En segundo lugar, pocas dudas cabría albergar de que en distinto contexto su conducta resultaría consumado modelo de insolidaridad y egoísmo, pero inmersa en una

realidad donde la muerte se ha convertido en compañera habitual y casi en único horizonte, poner cuantos medios se hallen al alcance de la mano para alejarla o esquivarla parece mero sentido común. En tales ocasiones el afecto y la solidaridad comienzan por uno mismo, no queda lugar para andar al quite salvo para los falsos héroes positivos, exclusiva carne literaria de escasa resistencia a la verosimilitud, o para quienes entienden el martirologio como plausible pauta de conducta. No parece pues que deban interpretarse las palabras que el autor y padre de la criatura dedica al personaje en el prólogo del libro como indicio de ironía o de algo muy alejado de sus verdaderas intenciones: "Nuestro Clemente, nuestro personaje central, no es del todo un malvado, ni resulta ser exactamente un héroe, ni es por entero portador del bien o del mal."<sup>567</sup>

Por esta forma de rememorar el pasado, dándole una personal vuelta de tuerca interpretativa a un acontecimiento ya otras veces visitado por la literatura pero sin tergiversar la realidad de los hechos, apoyándose en la búsqueda de nuevos y originales encuadres como arma creativa, Gaya se acerca mucho más que sus colegas al espíritu galdosiano. En el maestro canario la peripecia o pequeña historia personal de sus personajes se convierte en vía de indagación para desentrañar las claves de la historia con mayúsculas, baste recordar al respecto la trayectoria de Santiuste en su episodio marroquí. Un poco de lo mismo sucede en la Historia del cautivo, donde al hilo de la aventura o desventura de Clemente Garrido van aflorando, fundidos en una misma trama, las miserias españolas de un tiempo pretérito. De ahí que el propio autor advierta en el prólogo sobre la función, en alguna forma, vicaria de su personaje:

"En realidad, la casi continua presencia de ese individuo en nuestro escenario es una concesión a las tradiciones galdosianas, pero dudo mucho de que en todo el libro deje de verse con toda claridad que si hay un protagonista o un personaje central, ese no es Clemente Garrido, sino el pueblo español de los años 1921 a 1923 con todas sus sobras y todas sus faltas." (Pág. 11).

En este punto los simbolismos antes aludidos alcanzan toda su plenitud significativa y la novela se eleva por encima de los otros dos episodios para ofrecer no sólo una reconstrucción del desastre, de la que también aquéllos son portadores, sino una lúcida interpretación del pasado. Podrá resultar menos objetiva si se quiere -por el tono de sátira paródica que la envuelve- que esa fórmula de presunto detallismo reconstructivo que ensayan Fernández de la Reguera y Susana March en El desastre de Annual, pero al cabo deviene mucho más veraz y de más elevada composición novelística, a pesar de que no falte, casi como excepción dentro de la crítica, quien haya encontrado en la forma narrativa seguida por el matrimonio de escritores un acabado modelo de relato dentro del género histórico: "Los autores dan a sus Episodios un carácter de cosa vivida, con variadas anécdotas pero sin resabios folletinescos, procurando escapar del didactismo moralizador. Escritos en un estilo llano y con declarado propósito de objetividad, poseen la calidad que debe tener una auténtica novela histórica."<sup>568</sup>

Estos tres títulos representan otros tantos modos bien distintos de entender la prosa literaria. Francisco Camba, al igual que ya había podido verse en su anterior novela de ambiente marroquí, en Cárcel de seda, adopta unas formas expresivas que en puridad hay que considerar más deudoras del pasado que de su propia contemporaneidad. No obstante, a la vez resulta ilustrativo de ese estilo afectado y altisonante que caracterizó una parte de la narrativa en la más inmediata postguerra civil española; aquella manera de escribir que, ya añosa y caduca, mantuvieron presente aún durante algunos años escritores pertenecientes a generaciones mayores y, a menudo, de segunda fila. El rasgo más destacado lo pone una generalizada falta de frescura, que en primer lugar se materializa en una tan espesa como amazotada sintaxis de periodos amplios y farragosos donde más que virtuosismo lo que se detecta es una bastante frecuente pérdida de sentido, diluido entre aclaraciones excesivas o innecesarias y no siempre bien conectadas entre sí:

"Para mí en el mundo no había más que una mujer: la única, la inolvidable, la eterna, vuelta inesperadamente a mi vida después de esfumárseme también la que pudo ser el bálsamo sobre la herida siempre sangrante, de aquel modo novelesco y resucitando,

aunque no quisiera decírmelo a mí mismo, el sueño constante al ver al marido abandonarla." (Pág. 7).

"¿Cómo probar que yo meditaba una traición, aun cuando se me fuese a sorprender dentro de la cerca de los prisioneros, si habiendo fracasado en mis gestiones, nada tan natural como que quisiese decírselo al amigo por quien tanto me interesaba, cometiendo tal vez una extralimitación, pero no una deslealtad, un delito de esos que allí se castigan con la muerte?" (Pág. 241).

En tan ampuloso marco se van engastando las ya habituales piedras y metales preciosos con que estos estilos suelen adornarse: "¡Con que oscurecerse, hasta el profundo azul del zafiro, las turquesas de sus ojos!" (pág. 28). Mínima muestra de la empalagosa cursilería que se desparrama sin control por todo el texto:

"Mar[r]ullaba el río allá fuera, alto de nivel por la lluvia ultimamente caída, y como el corazón pareciese írseme hacia la ventana, la central, sin la menor duda, del balcón saledizo, a la que María Clara se asomaba para jurarme sobre mi barca, el cisne de su Lohengrin, un amor eterno e invencible", (pp. 273-274).

"-¡Ay, qué suerte!- exclamó, rozándome en el encontrón con sus sedas fragantes, como si el pétalo al volar ni el perfume hubiese perdido." (Pág. 293).

Cursilería que con democrático y ecuaníme sentido no sólo se reserva el narrador, sino que de ella hace también partícipes a los personajes, insuflando en alguno de los femeninos hasta aires becquerianos: "-Entonces yo, qué sé cuánto darían algunos por una mirada de estos ojos", (pág. 91). Tales lindezas hallan, no obstante, su desdoro en ciertos indicios de vulgaridad expresiva -"me le sente al lado", (pág. 90)- que, junto a un no menguado número de descuidos -"el convoy que en absoluto no puede pasar [el sentido pretende ser negativo]", (pág. 96); "limpiándose aún las manos al delantal", (pág. 282)- y errores de variada índole, dan al traste con su pretendido esteticismo.



El desastre de Annual resulta mucho más comedido y moderno en este sentido, decantándose por un predominio del registro funcional, sin demasiados alardes estilísticos y buscando en múltiples ocasiones un acercamiento de la prosa del narrador a la oralidad. Se adecúa al habla informal e incluso a la jerga soldadesca para intentar transmitir, con verosimilitud y con la menor distorsión posible, las sensaciones y pensamientos de los personajes:

"Montejo gesticuló entre resignado y furioso. Pensó que los quintos eran, efectivamente, unos atontados, unos borregos. ¿Qué sabía un recluta de la mili? ¡Nada! Él se rió como un imbécil, pensó que era una gracia. 'Yo soy el sargento Cabezón'. Se rió. Se la cargó para siempre. Sin embargo, ¿qué culpa tenía él? ¿Tenía el la culpa de que el fulano se llamara así y tuviera una cabeza gorda? (...) / Hacía unos meses, cuando el regimiento de Ceriñola fue destinado al territorio de Annual, hubo un reajuste de las fuerzas y Montejo pasó a otra compañía. Creyó que se había librado para siempre del sargento, pero ¡quia! Continuaba persiguiéndole con su ojeriza." (Pág. 56).

"Primitivo Ruiz Madriguera pensó en el queso que Lucas Aceituno Díaz, un quinto de la 3ª compañía, había recibido de su casa cuatro o cinco días antes. El muchacho, desde luego, era muy *desconfiable* y muy bruto. Llevaba el queso en la mochila y dormía sobre ella, usándola como cabezal. Y dormía, al parecer, con un ojo abierto, y con un garrote al alcance de la mano. El *julay* no distinguía en eso: rata o soldado que se acercase al olor del manchego, lo santiguaba de un garrotazo." (Pág. 88).

Este estilo se rompe de vez en cuando para dar paso a una prosa de mayor elaboración lírica. En algunos momentos llega incluso a translucir un efectismo algo altisonante: "Regresó hacia las tiendas vacías, testimonio el más irrevocable del hundimiento de toda su labor. Allí le acompañaban únicamente los muertos./ Aquel hombre alto, arrogante. Aquel hombre solo."<sup>569</sup> Sin embargo, en muchos otros alcanza notables logros expresivos mediante

impresiones sinestésicas, metáforas, comparaciones e imágenes, denotativas las más de las veces de crudeza, soledad o muerte, en suma, del sombrío ambiente que la catástrofe va imponiendo:

"Los plomos rayan la pizarra de luz con una dentera áspera", (pág. 190).

"Los colmillos del plomo y el irresistible peso de la fatiga los iban tumbando sobre la pista", (pág. 298).

"Y la noche entró como un vómito negro, empastada de podredumbre y desolación, (pág. 379).

"Las tinieblas se espesaron. Avivaron el brillo de las estrellas, encendiendo las sombrías luces del funeral por los miles de víctimas inmoladas en aquella trágica jornada del 22 de julio de 1921." (Pág. 350).

Cuanto hasta el momento han ponderado el estilo de Historia del cautivo han resaltado sus virtudes. De "excelente" lo juzga Santos Sanz Villanueva, para añadir a continuación que Gaya Nuño "es uno de los autores actuales de prosa más rigurosa"<sup>570</sup>. Y comparándolo con el de los otros dos episodios aquí comentados, Lawrence Miller estima que "el lenguaje se acerca más al ambiente presentado"<sup>571</sup>. No les falta, desde luego, razón a estos críticos, pues el narrador soriano también en este aspecto aventaja con holgura a sus colegas, merced a un vigoroso empleo de la lengua literaria y sobre todo a una multiplicidad de registros que va adecuando a la voluntad creadora de cada momento. Predomina sobre todos un timbre irónico, ajustado al sarcasmo con que por costumbre enfoca a personajes y hechos, y del que apenas escapa individuo o colectivo, comenzando por el propio protagonista:

"Así, en año y medio, el tal Clemente Garrido Mallén, bastardo de un pastor, maestro nacional que no está seguro de si el icosaedro es un animal o un cuerpo geométrico, (...) lleva ocasionadas buen número de muertes, más o menos directas o indirectas. El censo es el siguiente (...)/ Balance, siete moros y cinco españoles. Por muy poco no es exacta la ecuación de muertes causadas por Clemente. Y si llega a matar al inglés, la estadística hubiera sido de una soberbia variedad." (Páginas 233-234).

Liviana burla de la que también se hace objeto a los cabecillas del levantamiento rifeño, Abd el Krim y *Pajarito*:

"[Abd el Krim] -(...) Y todos nuestros buenos combatientes irán uniformados y llevarán insignias con sus respectivos grados.

'-¿Estrellas como nuestros enemigos?

'-¡Ah, tío mío, qué tonto eres, pero qué tonto! ¿Es que has bebido vino? ¡Cómo van a ser estrellas! Serán rectángulos de tela verde [color que adoptaron los rifeños para su bandera independentista], en el turbante o en el fez, uno o varios, según el grado." (Pág. 260).

Y por supuesto a los mandos del ejército, cuya tolerancia se plasma en la laxitud disciplinaria con que obsequian al soldado que espera el embarque en Málaga antes de sumergirse en la dura cotidianidad marroquí:

"Se hacía la vista gorda en el cuartel ante los que llegaban achispadillos, y se podía llevar el cuello de la cazadora sin abrochar, porque hacía calor. Los más pardillos y más de tierra adentro descubrieron paraísos de prostitución barata y comprendieron que habían entrado definitivamente en los secretos de la vida. En cambio, el rancho se hizo peor. La intendencia confiaba en el poderío alimenticio de los vinos andaluces." (Pág. 28).

La anterior suavidad se va haciendo más incisiva cuando las decisiones militares se tornan más graves:

"Como los prisioneros de tropa jamás habían soñado en ser liberados a golpe de bayoneta -si hubieran creído tal cosa estarían justificadísimo muertos de miedo- respiraron al advertir que su liberación mediante procedimientos pacíficos y civiles sería cuestión de tiempo." (Pág. 149).

Llegando a alcanzar a veces un grado de franca causticidad, de la que no escapan ni las más respetadas tradiciones del glorioso pasado nacional ni políticos de tan seria y respetable apariencia como Cambó:

"Así se ha pasado el día de San Lorenzo. Por la intercesión de este santo se ganó la batalla de San Quintín, hace ya no sé cuantos años. Pero en 1921, San Lorenzo glorioso y bendito se ha dormido o se ha pasado a la harca, como la Policía Indígena." (Pág. 88).

"(...) Al oír hablar de dinero, el Señor Ministro de Hacienda se sintió aludido. Don Francisco Cambó no podía quedar impasible ante una tan mágica palabra (...)

'-Sé quién es el griego (...) Pero se trata de un hombre de presa, guiado por el negocio (aquí, Cambó pronunció *negosi*, como si estuviera en su tierra natal) (...)

'Admirable, la solución del señor Cambó. El tráfico internacional de armamentos a través de su dialéctica, se convertía en algo así como una pequeña operación comercial de tejidos de Tarrasa y Sabadell." (Páginas 109-110).

Para, al fin, desembocar en el más inmisericorde y feroz sarcasmo cuando la narración se detiene en Alfonso XIII, incluso filtrando su imagen a través de un paniaguado funcionario del régimen:

"Julito, el secretario del Vizconde de Eza, tenía muy mandado que todas las cartas procedentes de Soria o de su provincia gozaran de prioridad en su apertura, incluso ahora que don Luis era ministro. Julito leyó la carta de don Hermógenes con fastidio, (...) la agregó a otros papeles relativamente importantes y se dedicó a fumar, mirando, de codos al balcón, la Cibeles y el nuevo edificio de Correos. ¡Qué maravilla! ¡Cómo progresaba España! Todo esto se debía a la gloriosa persona de Don Alfonso XIII, el Rey más insigne con que podía haber soñado la Patria. Tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar de emoción al volver la vista hacia el retrato de la Augusta Persona, vestida de Capitán General del Ejército." (Páginas 35-36).

Esta proclividad hacia la sátira no agota empero la riqueza y variedad de una prosa que se muestra tan eficaz para recoger con espontaneidad y gracia los diálogos de los personajes en

las más diversas situaciones, como para abrir camino a un acendrado lirismo cuando la ocasión lo requiere:

"La noche de Monte Arruit, durante agosto de 1921, es de una limpieza impresionante. Se dejan ver todas las estrellas posibles y hasta alguna más. Alumbra cada estrella, y los soldados campesinos piensan en la siega, allá en su pueblo (...) Los sorches desean estar en vela, el fusil pronto y la dotación completa, en esas horas de dos a cuatro de la noche, cuando el exterior hostil accede al común silencio. Se puede mirar entonces a las estrellas, ir dibujando mentalmente las constelaciones y llamarlas por sus nombres, los que enseñaba en la escuela el Señor Maestro." (Pág. 74).

Un estilo que por momentos adquiere resonancias un tanto arcaizantes: "Con lo que se acordó que el muchacho fuera maestro, carrera prestigiosa en la tierra, de poco ingreso, pero suficiente si se le añadían la protección del Quemao, a la sazón ya casado con la Balbina, y la previsible herencia del cura", (pág. 21). Pero conjugándolas a la vez con una creatividad expresiva de nuevo cuño y notable acierto: "los generales que atirantaron tanto la goma del frente, la de las posiciones aisladas y sedientas, como para que la goma se rompiese con un seco estallido", (pág. 150). Y un léxico abundante y preciso, donde igual encuentran cabida la voz propia de la jerga cuartelera: "El chopo", (pág. 26); "Si mientras tanto venía la Fea, conformarse", (pág. 241). Como la certera adjetivación: "aquella gigante menbruda y voraz", (pág. 16). O el coloquialismo transmutado en ironía: "(...) con lo cual no habrá más remedio que padecer el bochorno de tratar con Abd el Krim de potencia a potencia o, en otro caso, armar una ofensiva de mil demonios que irrumpa en Alhucemas y Axdir y los liberte a punta de bayoneta. ¡Seños Dios, qué complicación!", (pág. 109). E incluso el tópico, eso sí, renovado por el añadido personal: "se podían adquirir mil datos de buena tinta y mejor morisma", (pág. 109). Un estilo que, en síntesis, constituye otro de los aciertos de la novela y concilia las amplias dotes de fabulador de Gaya Nuño con sus también muy apreciables cualidades como prosista.

### 1.7. Humor, parodia y sátira de la guerra.

La novelística sobre esta guerra de Marruecos no se agota en la aventura, en el retrato de sus varios protagonistas o en la misma gravedad trágica del acontecimiento, de sus consecuencias o de cuanto lo rodeó. La narrativa de ficción dio una vuelta de tuerca más, haciendo que todo lo anterior no se convirtiese en obstáculo para extraer de aquella luctuosa peripecia no pocos encuadres cómicos o grotescos. Los asuntos en esencia no variaron, continuó habiendo militares, rifeños, combates, incluso mutilados y muertos; sin embargo, el tratamiento sufrió un cambio radical. Lo que hasta entonces había sido observado con mirada circunspecta y sombría, ahora derivó hacia tonos de humor y farsa, no sólo con la intención -sana y respetable, en cualquier caso- de buscarle las cosquillas al lector, sino con el ánimo de inducirlo, las más de las veces, a una reflexión seria, pero sin perder la sonrisa.

Los títulos que conforman este capítulo se enlazan entre sí, y se diferencian de todos los demás, por ese predominio del registro narrativo cómico. No obstante, esto habrá de entenderse como motivo subyacente sobre el cual poder hilvanar un discurso referido a asuntos heterogéneos, pues lo común, al igual que se ha venido repitiendo en anteriores ocasiones, constituye débil argumento frente a las sólidas divergencias que los separan.

Para empezar, conviene aclarar que aunque contempladas desde hoy, y en el contexto de esta materia novelesca, las fechas de publicación de estos relatos no parezcan muy distantes entre sí, ya que el primero de ellos presumiblemente -porque carece de fecha explícita- haya que datarlo hacia 1922 y el último apareció en 1935, la diferencia que va de la década de los veinte a la de los treinta, según ya ha quedado señalado en otros momentos, resulta abismal. Y no de manera exclusiva por la libertad de los autores para fabular sin las obligadas cortapisas de la censura primorriverista, que con casi absoluta seguridad hubiera imposibilitado la edición de obras burlescas como Aventuras del caballero Rogelio de Amaral o de marcado sesgo regeneracionista como Un buen oficial, a pesar de la voluntad patriótica y el declarado promilitarismo de esta última; sino, y sobre todo, por la distinta perspectiva personal y social que el transcurso del tiempo impone a la hora de encarar el suceso. En un

caso, ya concluido y con sus consecuencias cerradas para el conjunto de la ciudadanía, mientras en el otro, como un proceso en tránsito hacia no se sabe qué final y en medio de un enfrentamiento entre distintos sectores de la nación. Ello explica desde las distintas ideaciones novelescas hasta cuestiones puntuales, cual la de poder belfarse del otrora sacrosanto heroísmo militar o la virulencia con que algún otro texto arremete contra los rifeños o contra las tesis abandonistas postuladas por ciertos grupos políticos.

Centrándose en el contenido, hay que decir que ninguna de las cuatro novelas de las que a continuación se va a tratar puede considerarse en rigor una parodia desmitificadora de la guerra, aunque una de ellas, Aventuras del caballero Rogelio de Amaral, se aproxime en parte del texto a esa intención. Son relatos que, con ligeras variantes y tal vez una sola excepción, pretenden poner en solfa algún aspecto o a algún personaje público de la vida nacional, y toman como pretexto el problema de Marruecos, una cuestión tan de primera línea en la década de los veinte. A partir de aquí, sus caminos se bifurcan por completo. Poco o nada tienen que ver entre sí el objeto de sus chanzas, bien diferente en cada caso, ni mucho menos los medios de que sus autores se sirven para llevarlas a cabo, que van desde el chiste fácil y chapucero hasta la afilada mordacidad de una inclemente sátira.

Cualquier intento por establecer una cronología exacta en lo que a la publicación de estos cuatro títulos se refiere habrá de ser sólo aproximativa, por cuanto dos de ellos carecen de datación. Lo que no impide augurar con grandes probabilidades de acierto que el primero en llegar al lector debió de ser El señor Feliciano en la República del Rif, editado muy posiblemente a finales de 1922 -tal es el año en que lo incluye Lawrence Miller<sup>572</sup>- o, a más tardar, a comienzos de 1923. El criterio para aventurar tales fechas como casi seguras reside en el propio contenido de la obra. Se trata de una novela anónima de no muy amplias dimensiones compuesta al calor de otro libro un poco anterior, al que en forma de descarada parodia intenta remedar, ridiculizando de paso a su autor. El texto que sirve de base para la burla es una suerte de reportaje o documento periodístico que en su día causó cierto revuelo, Abd el Krim y los prisioneros, del periodista Luis de Oteyza, por aquel entonces director del

madrileño diario La Libertad. En capítulo venidero volveré a detenerme en este reportaje o "información periodística", según se denomina en el subtítulo del libro. Pero creo que en este momento se hacen necesarias unas breves palabras para establecer un contexto que ayude a entender la obra aquí comentada. Oteyza, en compañía de otro redactor del periódico y de un jovencísimo Alfonso, fotógrafo que con el tiempo llegaría a gozar de gran renombre, emprendió a comienzos de julio de 1922 un secreto y rocambolesco viaje al corazón del Rif con la intención de "poder informar a sus lectores de lo que ocurría en el campo enemigo, arrancando declaraciones al afortunado caudillo de la morisma y oyendo las quejas de los cautivos que en su poder cayeron, para conseguir así, con datos exactos sobre lo pasado, examinar el presente y estudiar el porvenir de nuestra gestión en Marruecos"<sup>573</sup>. El audaz periodista cubrió con largueza todos los objetivos previstos y a su regreso a España trasladó a la opinión pública las impresiones recogidas *in situ* y las conclusiones que había extraído de sus conversaciones con los mandatarios rifeños. Primero lo hizo en diarias entregas en la publicación que dirigía y poco más tarde compilándolas, añadiendo otros pormenores del viaje y redondeando sus apreciaciones en el mencionado volumen, que publicado por Mundo Latino, aunque sin fecha expresa, apareció aquel mismo año. La tesis de Oteyza, después de lo visto y oído, propugnaba que ante la doble imposibilidad de lograr un acuerdo de paz con los independentistas o doblegarlos por las armas, debido tanto a lo costoso e incierto de estas operaciones como, y sobre todo, a la incapacidad para cortar el contrabando de armamento y la soterrada ayuda que Francia les prestaba, la única solución viable pasaba por un completo y rápido abandono del Protectorado. En caso contrario, descalabros como el de Annual podrían volver a repetirse en cualquier momento: "Hay que abandonar Marruecos. Y lo antes posible. Hoy mejor que mañana."<sup>574</sup> Tan demoledora conclusión, alineada con las posturas que venían defendiendo los partidos y sectores sociales de la izquierda española, no debió de suscitar ningún agrado en cuantos clamaban por la liberación de los cautivos a punta de bayoneta y por la venganza contra los bárbaros y primitivos rifeños, quienes desde una aparente modestia militar habían humillado a una nación europea, poderosa y civilizada.



En el anterior marco hay que situar El señor Feliciano en la República del Rif, una novela en la periferia de las ficciones sobre esta guerra, que intenta rebatir la tesis del director de La Libertad, y de todos aquellos que mantenían posiciones abandonistas. Primero y de manera fundamental mediante la ridiculización de su viaje y de su persona, y después a través del escarnio hacia los rifeños en general, hacia sus cabecillas en particular y hacia sus intentos por dar los primeros pasos en el proyecto independentista. Voluntad paródica de la que se hace gala desde la misma portada del libro, donde, además del título, puede leerse:

"Descripción del espeluznante viaje realizado por el intrépido periodista./ Ilustraciones de Nikito, que acompañó al Sr. Feliciano en su excursión y que también se jugó la vida como un hombre."

Planteamiento discutible si se quiere pero al que nada habría que objetar, pues de una fábula al fin se trata, si se hubiese materializado en un relato garboso y chispeante. Sin embargo, el anónimo escritor deja claro que una cosa son las intenciones y otra bien distinta los logros. Y en lo que a estos últimos se refiere, la narración se muestra menos que escasa. Cuenta como Feliciano, periodista del diario El Infundio, alentado por la proeza que acaba de realizar Oteyza, se dispone no sólo a emularla, sino a superarla, entrevistándose con Abd el Krim, a la sazón presidente de la República rifeña. Tras un atribulado viaje en aeroplano, alcanza aquellas tierras y se convierte en destacado huésped del caudillo independentista, quien no sólo responde a todas sus preguntas y le dispensa trato de sumo favor, sino que le informa de sus disparatados proyectos. Le glosa los magníficos resultados de su inconmensurable gestión política e incluso lo invita a asistir a un consejo de ministros de su muy cualificado gobierno. Feliciano, henchido de gratitud ante la hospitalidad del jefe rifeño y rendido ante la evidencia de los sólidos y humanitarios cimientos sobre los que se asienta su política, regresa a la Península con el convencimiento de que no sólo el futuro de España se encuentra en manos de Abd el Krim, sino que el devenir del mundo pasa por su persona y por su naciente República.

Resulta obvio que por sus cualidades artísticas El señor Feliciano en la República del Rif no tiene vocación alguna por sentar plaza en la historia de la literatura, pero tampoco cabe duda de que quiere ser gracioso desde la primera a la última línea. Nada más lejos de tales expectativas que el producto obtenido: un insustancial relato sin ápice de divertimento, mera acumulación de vulgaridades donde la pretendida comicidad se fía por entero a una más que chusca puerilidad salpimentada con sal gorda y muy dudoso gusto. Su presunto sentido del humor se convierte así en una reiteración de insustanciales zafiedades que ni provocan la risa ni siquiera estimulan una sonrisa. Casi por hábito ofende la inteligencia del lector. Buen ejemplo, al cabo, de frustrada parodia que ni está a la altura del personaje ni de los acontecimientos parodiados.

Más ligados a la propia campaña militar o a asuntos cercanos a ella se muestran los sucesivos títulos encuadrados en este capítulo. Dos de ellos presentan ciertas semejanzas argumentales entre sí, ambos refieren la peripecia de un atípico oficial en conflicto con su universo circundante. Motivo que habría permitido encuadrarlos entre las novelas descriptivas de ambiente militar, si no hubiese sido por el tono humorístico que los separa de aquéllas. Esta cercanía en el planteamiento no oculta que, una vez rebasada esa primera zona común, cada una de las fábulas emprende un camino propio y diferenciado del que sigue la otra. La primera de ellas, El alférez Membrillete, debió de publicarse en los tiempos contemporáneos a la propia guerra, aunque el volumen carece de cualquier dato indicativo sobre el año de edición. Algunos rastros en el texto inducen incluso a conjeturar que su autor, el del todo desconocido en el panorama literario de la época Sinesio DARNELL e ITURMENDI, bien pudo ser un militar. Y no sólo por el conocimiento de las interioridades del oficio que con frecuencia se dejan ver, por las abundantes ideas promilitaristas y continuas loas a los miembros de este colectivo que se van vertiendo o por la no menos abundante terminología castrense que en adecuado contexto o fuera de él se utiliza; sino, sobre todo, porque el narrador desliza algunos comentarios al margen del relato que tal vez haya que identificar con contenidos mentales del propio creador: "Los que hemos pasado por trances análogos en

Toledo [alude a la sede de la academia militar de Infantería], sabemos que no cabe otro remedio que el de obedecer."<sup>575</sup>

La novela narra con jocosidad las peripecias que van aconteciendo al primero cadete y más tarde alférez Cirilo Pardillo y Ombliguete, más conocido por *Membrillete*, apodo que debe a su impenitente afición a la carne de membrillo. Hijo de unos modestos comerciantes, el joven se siente llamado por la carrera de las armas. Ingresar en la academia de Toledo, donde su escasa estatura, sus aún más menguadas carnes y su innata torpeza lo convierten en blanco de todo tipo de chanzas por parte de sus compañeros. Intentando sobreponerse a lo que la naturaleza le ha negado y sin perder un ápice de su animosidad militar, se gradúa y solicita destino en el Protectorado, donde estima que podrá alcanzar sus aspiraciones de honor y gloria para sí y para su patria. Tan pronto como le es posible, y tras sufrir algunos leves contratiempos en las despedidas, emprende viaje hacia Ceuta, durante el cual habrá de padecer algunas otras desventuras menores, ocasionadas casi siempre por su desmesurado sentido del honor y por un desmedido exceso de celo en el cumplimiento de sus obligaciones. Una vez en Marruecos, e integrado en su correspondiente unidad, su habitual torpeza y don de la inoportunidad lo seguirán acompañando, dando lugar a situaciones embarazosas para el personaje e hilarantes para el lector. Su petición de ingreso en Regulares le brindará nuevas experiencias, todas ellas de tan infeliz y esperpéntico final como las anteriores, incluyendo una brevísima relación amorosa con la hermana de un oficial marroquí de ese mismo Cuerpo. En la última parte, donde se produce un radical cambio de tono en el relato, *Membrillete* tomará parte en su primer combate. Su comportamiento, alentando a la tropa en primera línea de fuego, resulta irreprochable, pero su habitual mala fortuna le juega otra mala pasada, trágica e irreversible esta vez. En el fragor de la lucha cae herido y han de amputarle una pierna. Al final vemos al otrora animoso alférez con todas sus ilusiones truncadas, inválido, descorazonado y lloroso presenciando un desfile militar junto a su padre.

Triste cierre que choca con lo que hasta entonces había sido espíritu festivo. Sin embargo, este cambio sólo opera sobre el lector, no sobre el protagonista, que ya antes había ido

viviendo buena parte de sus peripecias como tragedias menores. Pocas dudas caben de que la obra puede leerse como simple parodia del militar inexperto y bastante desatinado, de ello dan fehaciente cuenta el propio perfil del personaje y los no pocos lances en que se ve envuelto, los cuales empujan el relato en esa dirección. Pero tal interpretación, a mi entender, orillaría lo que en verdad late bajo esa primera capa humorística: que la trayectoria y vicisitudes en que se ve envuelto el protagonista vienen marcadas más que por su innata torpeza por una incapacidad para desenvolverse con la mínima soltura en un mundo regido por pautas de comportamiento más laxas que las suyas. Aunque a primera vista pueda parecer que en este joven oficial concurren todas las cualidades del inepto, nada más lejos de la verdad. *Membrillete* es la viva estampa del afán de superación, eso sí, sin que por costumbre la fortuna lo acompañe:

"-Seré soldado ejemplar -decíase-. Levantaré cada día más alto en mi corazón el altar a las virtudes militares... Y por los escalones del honor, de la valentía y del sacrificio, alcanzaré para mi nombre el hermoso título de 'buen soldado', (pp. 100-101).

Una relación aún más conflictiva con su entorno se le presenta al protagonista de Un buen oficial, novela del también desconocido Eduardo de VALDIVIA publicada en 1935. En este caso el militar es Lucio Bujeda, un joven teniente de zapadores, tímido y de apariencia física no muy distinta a la del anterior alférez, pero entusiasta defensor de su trabajo, sensible y con ciertas veleidades líricas y culturales. Harto de ver como su tiempo y su trabajo languidecen entre la improductiva rutina del ejército peninsular, solicita un cambio de destino para ir al Protectorado marroquí, en estos momentos ya pacificado, donde prevé que podrá desarrollar una labor más fructífera y gratificante. Sus ilusiones y expectativas quedarán pronto cercenadas. No necesita mucho tiempo para darse cuenta que la vida castrense en el Marruecos español apenas en nada se diferencia de la que ha dejado atrás. Su dedicación profesional en el nuevo destino se centra en intentar cumplir la orden que se le ha dado de construir una pista. Su seriedad y ardoroso empeño por llevar a cabo la obra en las mejores condiciones posibles choca con la ineficacia y la generalizada desidia de una organización

militar abúlica y chapucera, preocupada tan sólo por cubrir el expediente y aparentar una inexistente eficiencia. Tras sortear impedimentos burocráticos sin cuento y reveses de toda índole, consigue terminar una suerte de camino en nada parecido a lo que en principio había planificado, pero eso sí, a tiempo para que la superioridad pueda mostrar al alto comisario los útiles trabajos que se han venido realizando en aquella zona. Esa misma noche, cuando la visita y los desfiles apenas han terminado, comienza a llover y "la pacotilla de la pista empezó a desmoronarse (...) Pero ya no importaba."<sup>576</sup> Por medio, otros incidentes han ido desvelado a Bujeda una realidad aún más absurda que la ya conocida. Se ha familiarizado con la tan cómica como deprimente interioridad de la estructura militar. Ha trabado contacto con un buen número de oficiales y jefes cuya ineptitud y despreocupación le han llegado a desesperar. Y también con algunos otros, pocos en verdad, a los que una visión semejante a la suya ha relegado al apartamiento voluntario o a la marginación entre sus compañeros. Se ha enamorado de Yamina, una joven cabileña a la que también desea el comandante Gustanco, y por cuyo motivo se ve envuelto en un paródico duelo con su superior. Y, sobre todo, ha ido sintiendo como su ánimo se deprimía y se hundían todas sus ilusiones. Finalmente, harto de este ambiente, solicita un destino en Melilla. Allí, buscando evadirse de su realidad e intentando adecuarse al ambiente, se refugia en la bebida y en el juego hasta desfigurarse por completo. Una noche su antigua personalidad retorna y Bujeda, incapaz de soportar tan esquizofrénica situación, pone fin a su vida disparándose un tiro.

Tras el humorístico envoltorio de Un buen oficial se alberga una tragedia de raíz regeneracionista, emparentada, salvando las distancias, con El árbol de la ciencia. En ambos casos la hipersensibilidad de un personaje a trasmano de los generalizados usos y costumbres se da de bruces con una organización social estúpida y conformista, cuyas aguas sólo parecen aptas para el desenvolvimiento de sus más ineptos miembros. Aunque la novela de Baroja tenga una proyección mucho más amplia que la de Valdivia, no cabe duda de que aquélla debió de convertirse en referente para ésta, y que se antoja difícil imaginarla sin aquel precedente. A una casi absoluta identidad temática hay que añadir un muy semejante trazo en

la pintura del ambiente, de los grupos humanos y del protagonista. Aquél, caracterizado por la desidia, la impostura y la crueldad, rasgos representativos de la chapuza nacional. Los segundos: oficiales, jefes, esposas de unos y otros y demás cohorte militar, mentecatos incapaces desde el punto de vista profesional que alardean con petulancia de su propia necesidad, cuando no canallas que lamentan el fin de la guerra por lo que de merma en su negocio les ha supuesto:

"-Ahora se gana poco -decía uno de ellos [el dueño de una cantina en el campamento]-, y verdaderamente es para preocuparse. Antes, en épocas de operaciones, casi todos los días eran como hoy. Además, se vendía a real cada galleta, mientras que damos ahora dos por cinco céntimos, y aun así se nos pudren en los cajones. ¡Quiera Dios que aquello vuelva pronto!" (Pág. 85).

Individuos de notable parecido con aquellos irrespetuosos estudiantes, incompetentes y ridículos profesores, negligentes médicos, avaros campesinos y demás fauna que Baroja presentaba en su novela. Incluso, también aquí aparece, aunque más desdibujado, esa especie de frontón que recoge y devuelve las ideas del protagonista, a la manera en que Iturriz lo hacía con Hurtado, en la persona del capitán Cobaltos, un escrupuloso oficial a quien las impertinencias de sus colegas, que lo tildan de gafe, han obligado a vivir separado. Mientras que Bujeda, al igual que ocurría con el personaje barojiano, queda bien diferenciado de los anteriores: idealista, serio, concienzudo y al cabo, como no podía ocurrir de otra manera, inadaptable. Si Andrés Hurtado ha quedado en el subconsciente literario como la viva materialización del alma noventayochista, casi otro tanto podría decirse de Lucio Bujeda, hijo espiritual de aquél. Ambos sufren su entorno sin poder hacer nada para cambiarlo y, en expresión unamuniana, que el oficial adapta a su particular coyuntura, se duelen de España:

"- (...) Me duele esto (...)"<sup>577</sup>

Tales similitudes no agotan empero el paralelismo entre ambas novelas, que todavía va más allá. De tal forma que, en lo que a la trama afecta, entre las sucesivas anécdotas narrativas, también en Un buen oficial se abre camino el capítulo de las reflexiones:

"Consideraciones pesimistas", que se completa con otro de parecida intención, "En el refugio del capitán Cobaltos", dedicado al pensamiento de este segundo personaje de concepción también regeneracionista. Ambos segmentos, al igual que "Inquisiciones" en el relato barojiano, suponen un parentés para la meditación en medio del inútil deambular del protagonista. Y alcanza su más íntimo parentesco en el final de la historia, que, idéntico en cuanto al suicidio del personaje, aun se reviste en el texto de Valdivia de un más acentuado tono pesimista que su predecesor, merced a los comentarios que la acción del protagonista suscita. Véanse ambos finales para advertir el contraste:

"-Ha muerto sin dolor -murmuró Iturrioz-. Este muchacho no tenía fuerza para vivir. Era un epicúreo, un aristócrata, aunque él no lo creía.

'-Pero había en él algo de precursor -murmuró el otro médico." (El árbol de la ciencia).

"Sólo sus íntimos sospecharon porqué se había suicidado el pobre Lucio, y con la compasión sintieron como una vergüenza secreta./ Los demás...

'-No tenía motivos para hacerlo -dijeron-. Indudablemente, estaba neurasténico." (Un buen oficial).

Queda por último interrogarse sobre la razón de tan palmario parecido, sobre qué motivo impulsó a este desconocido Eduardo de Valdivia -si es que siquiera éste era su auténtico nombre- a remedar sin voluntad burlesca alguna en su intención de fondo lo ya dicho por Pío Baroja casi un cuarto de siglo antes. Entresacando algunas ideas del prólogo que el propio autor escribió para su novela, podría olfatearse que bajo tanta denuncia de los males de España late un aliento al incipiente fascismo, una excusa justificativa de nuevas y futuras sanjurjadas:

"Frente a la realidad española hay una rebeldía que clama en nosotros: '¡No se puede continuar así!' Pero nadie hace nada, y seguimos lo mismo siempre, porque no podemos seguir peor (...)/ Tiene España el deber de hacerse una nación poderosa,

porque posee con qué conseguirlo. Si no lo intenta y continúa como hasta ahora - abúllica, retrógrada, perezosa e indiferente-, tanto será culpa de los que la hunden como de los patriotas que la dejan hundir (...) Aún diré que si con los primeros van como van las cosas, todo ha de esperarse del amanecer de estos últimos. Es preciso, pues, aguijar ese sagrado espíritu que la rutina ambiente mantiene en letargo, haciendo cada uno cuanto esté en su mano, que eso es lo que le toca y ésta es su obligación. Por mi parte, he compuesto este libro./ (...) no es ésta una novela antimilitarista, sino precisamente todo lo contrario (...) el ejército es lo mejor que tenemos, lo más sano (...)/ Y es ya hora de reaccionar, de mostrar las faltas que encontremos, de corregirlas y de pedir a los pusilánimes que se busquen por el pecho el entusiasmo que mantienen arrinconado. Hora de exigir. Porque el militar tiene derecho a un ejército [¿alusión a las reformas militares llevadas a cabo por Manuel Azaña, titular de la cartera de Guerra durante el primer bienio republicano? Otra justificación parece difícil de entender], y el español, en general, a una patria fuerte." (Páginas 5-7).

Sin embargo, el contenido de la novela no ahonda lo suficiente en esa línea como para poder asegurar con certeza que sus intenciones se orientaban en la señalada dirección. Por otro lado, resulta bastante paradójico que se desee fiar el remedio de los males a un colectivo que, atendiendo al desarrollo argumental del relato, precisa de tantas modificaciones, y donde han encontrado cobijo tantos ineptos. Aún más peregrina y rebuscada se antoja la idea de que por la cabeza del autor pudiese pasar la ocurrencia de que su fábula iba a servir de diana despertadora de conciencias en la joven oficialidad, en quienes, por oposición a los más maduros representantes del estamento militar, deposita el autor el revulsivo reformista, para que ellos impulsasen los cambios necesarios en el ejército. Transformaciones que, lideradas por este colectivo, alcanzarían a todo el cuerpo social. Sin descartar, por falta de certidumbres, nada de lo anterior, tal vez haya que inclinarse a buscar la solución por senderos más simples. A Valdivia, al igual que a Baroja y a sus respectivos personajes, no les satisfacía la realidad de España que les había tocado vivir, y como cada generación ha de



tener su voz disconforme, su Andrés Hurtado, por seguir con el paralelismo novelesco, esta obra refleja la expresión de esa discordancia individual, que el autor formula en términos tan semejantes a los empleados por el narrador vasco porque la obra de éste le resulta adecuado paradigma, porque le parece que la realidad del país no ha cambiado nada desde los días referidos en El árbol de la ciencia hasta su contemporaneidad presente o incluso porque desconoce otros modelos a seguir. Sin rechazar tampoco que entre los motivos hubiese un poco de todo, de esto último y de lo anterior.

En 1933 Wenceslao FERNÁNDEZ FLÓREZ<sup>578</sup> publica Aventuras del caballero Rogelio de Amaral, inclemente sátira de los tiempos inmediatamente pasados en la que también aparece un capítulo dedicado a la guerra de Marruecos. La novela cuenta de forma fragmentada algunos aspectos de la trayectoria vital de este personaje, una parodia de lo que podría denominarse el tradicional caballero español. Sin exhaustiva voluntad biográfica alguna, sólo se va deteniendo en algunos significativos momentos de su existencia: la etapa de estudiante, sus primeros pasos en el ejercicio de la Medicina, su peripecia como soldado en Marruecos, diversos lances amorosos del personaje, su afición al juego y consiguiente ruina, para desembocar al final en su oportunismo como ocasional político durante los primeros años de la II República. Todo ello completa una suerte de burlesca estampa hagiográfica del protagonista, a la vez que un caústico retrato de la moral social y sobre todo de los usos políticos que, a juicio del escritor, impuso el nuevo régimen implantado en España desde el 14 de abril de 1931. Esta fragmentación en segmentos de la vida de Rogelio, resta unicidad a la narración y le confiere una forma un tanto deshilvanada, apuntada ya por Albert Philip Mature: "(...) está dividida en cuatro capítulos, (...) cada cual con sus propios temas, su propio argumento y, en el caso del primero y último capítulos, su propio estilo (...) Los cuatro capítulos, en efecto, muy fácilmente podrían ser novelitas separadas (...) "<sup>579</sup>. Esto que el crítico señala como demérito, y que observado el relato en su conjunto sin duda lo es, se transforma en virtud para el objetivo perseguido en estas páginas. La escasa ligazón que traba el segundo capítulo -el dedicado a la contienda marroquí- con el resto de la fábula

permite analizarlo casi con total autonomía, sin obligadas y lastrantes invocaciones a fragmentos ajenos a este episodio, el cual, merced a tan elevado grado de independencia, no requiere apenas más contexto que su propia individualidad para extraerle su cabal sentido.

Las poco más de cincuenta páginas de esta porción de novela, que, a mi manera de ver, han de contarse entre las más logradas del conjunto, comienzan aludiendo a la inveterada tradición guerrera de los Amaral, de la que sirve de próximo ejemplo el gallardo y audaz comportamiento de don Juan de Amaral, progenitor de Rogelio, en la campaña del Maestrazgo, donde sin motivo ni meditación alguna cargó sable en ristre sobre siete carlistas, dando cuenta de seis de ellos con el humilde coste de una leve herida en un brazo. Hazaña durante largo tiempo celebrada entre lo más selecto de la sociedad de su época y por la que no sólo alcanzó la consideración de héroe y recibió la personal felicitación de la reina, sino que atrajo sobre él la atención de la bella Elisa Quirós, que rendida ante tan sin par bravura, no tardó en contraer matrimonio con el héroe. Tras esta puesta en antecedentes familiares, el relato vuelve sus pasos hacia el protagonista presente. Rogelio sienta plaza de soldado en África, donde pronto alcanza los galones de sargento. Un día es enviado a proteger una pequeña posición de vanguardia. Allí le sorprende una ofensiva de los cabileños, trasunto -con el mínimo maquillaje para aparentar un ligero disfraz- del desastre de Annual. El ataque arrolla todas las posiciones de avanzada, excepto la que custodia Amaral, en la que, tras la aterrorizada huida de los soldados, sólo quedan el sargento y dos cabos. Olvidados por todos, su único lazo de unión con el resto del ejército lo constituye un heliógrafo, a través del cual transmiten a la superioridad sus penurias de cercados y los empeñadísimos combates que están librando con la numerosa morisma. El mando, después de sopesar el alto coste que hubiera supuesto enviar una columna para socorrerlos, autoriza la rendición, pero ellos responden que seguirán resistiendo mientras puedan. Su situación va adquiriendo popularidad y toda la nación increpa a gobernantes y militares por su innacción, a la vez que hace ruegos por la suerte que puedan correr aquellos valientes, que lejos de estar sufriendo penalidad alguna, matan su aburrimiento jugando a las cartas mientras van dando cuenta de un par de barriles

de vino. Cuando el agradable líquido se acaba, emprenden camino de regreso hacia las líneas españolas, donde son recibidos con gran alborozo y reciben honores de héroes. No obstante, los mandos, algo amoscados, emprenden una investigación y descubren la superchería. Cuando el general informa a Rogelio de Amaral de que van a ser llevados ante un consejo de guerra, éste le convence de que tal acción sólo podría allegar frustración y deshonor para el ejército y para la patria entera. Ambos terminan conviniendo que, en efecto, lo mejor es dejar las cosas como están. La nueva gloria de los Amaral se ve, sin embargo, enturbiada por el destino de Luis, hermano mayor de Rogelio, alférez que sirve también en Marruecos, el cual ha resultado muerto en una acción idéntica a la que elevó a su padre a la categoría de héroe. El desgarrado grito de "asesinos" entonado por la madre cierra con tonos trágicos este capítulo que había estado salpimentado de mordaz humor, mostrando así que el heroísmo es un sentimiento aleatorio dependiendo del punto de vista con que se observe.

Tan patético final, al igual que en las dos novelas anteriores, desvela algo ya apuntado a comienzos de este epígrafe: no hay intención bufa sin más, sino que bajo esa cáscara de comicidad, justo bajo esos elementos que con más reiteración provocan la hilaridad o al menos la sonrisa, laten serias preocupaciones sobre las cuales se desea inducir a la reflexión. Al cabo, amarga medicina edulcorada para facilitar su ingestión. Fórmula de la que tan sólo El señor Feliciano en la República del Rif se aparta, para ensayar otra que, como ya se ha visto, resulta bastante más primaria y hasta zafia. Establecida esta suerte de previa declaración de intenciones narrativas que abre un infranqueable abismo entre el primer título y estos tres últimos, conviene reparar en qué dirección toma en cada caso el humorismo, en cuál es su objeto.

El común camino de la jocosidad se bifurca en tres grandes direcciones bien diferenciadas entre sí, aunque luego cada uno de los relatos se aventure, de manera esporádica u ocasional, por otras sendas menores. La primera viene dada por la parodia de un suceso puntual y concreto, tan tangencial a la cuestión de fondo -la guerra- como el viaje de Luis de Oteyza a la zona rifeña. Sin embargo, lo que en principio pudiera parecer remoto se aproxima y

enraíza en el conflicto bélico, pues de lo que El señor Feliciano en la República del Rif quiere burlarse no es en esencia de la persona del afamado periodista, aunque también de paso lo haga, sino por encima de todo de uno de los aspectos relevantes en el libro del director de La Libertad: de la posibilidad de establecer un diálogo con Abd el Krim y los rifeños, de la búsqueda de un punto de aproximación con el enemigo. Postura que, como ya he apuntado, suscitaba todo tipo de recelos y animadversiones. Nada mejor para socavar esa vía que acometer una imponderada ridiculización de tales ideas por un lado y por otro, del dirigente rifeño y de sus seguidores. Y a ello dedica todo su brío cómico el anónimo escritor, que comienza parodiando las pacíficas y contemporizadoras intenciones de Luis de Oteyza, mediante la grotesca exageración de su remedo Feliciano:

"(...) es la costa del Rif. ¡Salve, hijos de Alá; a la proverbial hospitalidad vuestra y a la hidalguía de vuestro presidente nos entregamos! ¡Viva la media luna...la otra media y la estrella de ocho puntas; glorioso emblema de vuestra joven República!" (Pág. 25).

Ligera burla en comparación con la chusca caricatura que traza del caudillo beniuurriaguel, despota alucinado por sus delirios de grandeza:

"- (...) Quiero que la humanidad recuerde mi nombre, quiero transformar la sociedad actual; en una palabra: quiero modificar la vida de los hombres. Calígula, Nerón, Genserico, Odoacro, Atila; todos los hombres, en fin, que consagraron su vida al bien de la humanidad, quedarán eclipsados por mí. Abd el Krim primero y único dominará en el planeta; a su muerte exclamará la humanidad entera: ¡Que gran rifeño pierde el mundo!" (Pág. 58).

Y otro tanto hay de sus renovadores proyectos independentistas, vulgar cuchufleta infantil de la que da suficiente cuenta su consejo de ministros:

"Presidencia: Sidi Mohamed el Kan Halla (...)/ Ministro de Estado, Sidi Mohamed El Marr-Hano (...)/ Ministro de la Gobernación, Abd-El Chac-Hal (...)/ Ministro de Hacienda, Sidi Mohamed El Guarr-Ho (...)/ Ministro de Fomento, Sidi Mohamed Kaz

Hurro(...)/ Ministro de Marina, Sidi Mohamed El Char-Kitos (...)/ Ministro de Comunicaciones, Abd El Kal Hab-Haza (...)/ Ministro de Trabajo, Ebd El Bag Hancia (...)/ Ministro de Gracia y Justicia, Sidi Mohamed El Karr Hoña (...)" (Páginas 69-70).

A la vez, va escarneciendo el universo bereber y musulmán con tan irrespetuosos como torpes modos. Ya sea sobre sus preceptos religiosos:

"- (...) has bebido y el Korán os lo prohíbe...

'- No es cierto; es una falsa interpretación. El Korán permite el uso de la vid, el zumo de la vid fermenta y produce el vino, de la destilación del vino sale el aguardiente, luego el aguardiente no es más que el zumo de la vid." (Pág. 55).

Sobre ciertas costumbres sociales que la maledicencia les viene atribuyendo:

"- (...) Oye: ¿nos habéis narcotizado?

'-¿Qué tontería! ¿Por qué me lo preguntas?

'-Porque desde que entré en el bote no he dejado de percibir un olor sui géneris que me embota los sentidos; aún sigo percibiéndolo.

(...)

'-Sí, hombre, sí: es de los pies; ¡con estos calores!...

'-¿Por qué no usáis calcetines?

'-Lo prohíbe el Korán.

'-Pues... francamente... ¡es un tufo!..." (Pág. 34).

O sobre cualquier otro de los consuetudinarios y más manidos tópicos que sobre el moro se han ido gestando desde el desconocimiento, el desprecio y la antipatía española. Todo ello para provocar el rechazo hacia cualquier voluntad negociadora, algo que ya había dejado dicho en las primeras páginas, y que no es sino otra descarriada interpretación de parte de las apreciaciones vertidas por el director de La Libertad en su libro:

"-¿Oye, y qué te propones?

'-Celebrar una conferencia con el presidente y sus ministros y convencer a España de que nos conviene ser amigos del Jatabi. Ya sabes lo que su hermano le ha dicho a Oteyza: hay que olvidar el pasado; lo de Zeluán, Nador y Monte Arruit no tiene la importancia que le damos nosotros y sobre todo que el ministro de la Guerra del Rif ha demostrado que somos los culpables. Si España no nos hace caso (A Oteyza y a mí), la segunda catástrofe es inminente; el aguerrido ejército rifeño irrumpirá como una tromba sobre la Península, seremos derrotados y nuestras esposas e hijas pasarán a ocupar sus respectivas habitaciones en el harem del vencedor." (Pág. 20).

Poco provecho se puede extraer de una novelita tan diáfana en sus intenciones como desmañada en sus logros literarios, si es que siquiera cabe atribuirle alguno.

Algo más de interés desde el punto de vista narrativo tienen los dos relatos en los que la farsa se orienta hacia una suerte de denuncia en clave paródica del estado a que ha llegado la institución militar o parte de sus miembros. Asunto que se presenta como reflejo de males patrios de más calado y con una marcada vocación regeneracionista. Tras las obvias diferencias de concepción y materialización novelesca que separan El alférez Membrillete de Un buen oficial se averiguan, sin embargo, ciertas ideas de fondo comunes. En ambos textos se parte de un motivo idéntico: narrar la peripecia de un oficial a trasmano de la habitual estampa del militar, y en conflicto con su entorno. Como primer rasgo para establecer la disparidad con el conjunto, se les dota de una semblanza física poco o nada acorde con el molde que la tradición literaria ha venido forjando para estos personajes: "El teniente Bujeda era un muchacho físicamente insignificante; de escasa estatura, delgado y rubio, parecía que su blanca piel parecía empequeñecerlo a plena luz, para que continuase pasando inadvertido como en la noche."<sup>580</sup> Aspecto que aún se acentúa más en el alférez, sobre cuya insignificancia física se articula una de las vías humorísticas de la novela. Retratos que se completan con otras actitudes cuando menos poco frecuentes dentro del gremio: en el caso de Membrillete su desmañada capacidad para sortear con éxito las situaciones más cotidianas y en el del teniente Bujeda, una especial sensibilidad, que, por ejemplo, se traduce en su

inveterada afición por la lírica, que, para mayor desdicha suya, no sólo desarrolla como lector, sino incluso como creador, en un ejército donde, a lo que se ve, ya no goza de prestigio alguno aquella vieja tradición que conciliaba la dedicación a las armas con la de las letras:

"Esta palabra -versos- martirizaba muchas veces al pobre oficial (...) '¡Hace versos!' Eso decían de él los compañeros cuando más compasivos que envidiosos le ponían en el banquillo de sus críticas (...) Y a él mismo le preguntaban neciamente: '¿Qué tal van esos versos, tú?' (Pág. 116).

Quedan así fijados sus perfiles de antihéroes, patoso uno y excéntrico el otro, *ad hoc* para la parodia del militar extemporáneo. Sin embargo, ambos rebasan, aunque en muy distinta proporción, la mera imagen del hazmerreir. Los dos están dotados de unas cualidades morales y espirituales superiores a las habituales en el gremio. Su animosidad en pro de su profesión, su dedicación al trabajo y su elevado sentido de la responsabilidad y del deber contrasta con los más relajados, laxos y hasta negligentes comportamientos de sus compañeros. Y en ello radica la mayor parte de sus respectivas desgracias y su continuo conflicto con el mundo circundante. A partir de aquí, ambas narraciones bifurcan sus pasos, aunque esta separación no sea radical y sigan manteniendo algún punto de contacto. El alférez Membrillete incide en extremar la caricatura del protagonista y en cuanto de grotesco tienen las situaciones que se le van planteando. Las bienintencionadas iniciativas que el neófito oficial acomete suelen terminar en fracaso, cuando no en escarnio para el personaje. Tanto da que se trate de ir a despedirse del Capitán General, como estipulan las ordenanzas, pero nadie cumple:

"(...) Veamos si se me ha olvidado la fórmula de despedida a las autoridades que me *embotellé* anoche (...)

'Tan embebido iba en estas reflexiones que, sin darse cuenta, rebasó Capitanía General./ Al volver a la realidad, vio ante él un centinela que paseaba frente a una garita.

'-¿Sabes si a estas horas recibe su excelencia? -preguntó al soldado.

'-Su Alteza está en palacio -contestó el centinela, deteniéndose y saludando.

'Al escuchar esta rectificación hecha por un inferior, Cirilo se sintió mortificado.

'-¡No me vengas con correcciones imprudentes e irrespetuosas! -dijo- ¿Ignoras, acaso, que el Capitán General de la Región tiene el tratamiento de excelencia?

'-Perdone, usted, mi alférez... Capitanía es aquel edificio. Aquí vive Su Alteza Real el Infante don Fernando." (Pág. 62).

Como de diferenciar en la calle a un bombero de un soldado, para no exigir a aquél el saludo que sólo es preceptivo para éste; de hacer una ultraortodoxa interpretación de las ordenanzas y llegar a Marruecos tan ligero de equipaje que luego ha de volver a comprar allí lo que sus padres ya le habían proporcionado antes de partir; o de la inoportunidad que en según las ocasiones puede revestir el protocolo castrense:

"Cirilo, una vez que terminó de desayunarse, se aproximó a Zabalza.

'-¡Oye! -le dijo en voz baja-. ¿Dónde están aquí las habitaciones que... están deseando que llegue el invierno [se refiere a los váteres o letrinas]?

'-¡Hombre! -exclamó Zabalza-. ¡Tú eres un sibarita!... ¡Pues no pides pocos lujos!... Aquí no tienen derecho a esos cuartos más que los generales y Jefes de Cuerpo... Los demás jefes y oficiales tenemos que elegir como campo de operaciones cualquier rincón al aire libre.

'(...) nuestro buen Membrillete encontróse en el recinto exterior del campamento(...)/ Unas altas y frondosas matas de adelfas imagináronsele de perilla para su objeto, y se precipitó hacia ellas (...)/ Al hacerlo quedó estupefacto, pues se halló ante un comandante que estaba en postura desairadísima./ La primera intención de Cirilo fue dar un prudente saltó atrás, pero fiel observador en todo momento de las reglas de educación militar, cuadróse y saludó:

'-¡A la orden de usted, mi comandante! -dijo.

'-¡Hombre! -gritó aquél, colérico y mirando a Cirilo con furibundos ojos-. ¿Quiere usted largarse con viento fresco? (...)" (Páginas 148-151).



Los continuos revolcones que va sufriendo, y que él atribuye a mala suerte, derivan de ese deseo de proceder sin tacha, de un rígido sistema de valores que él mismo se ha marcado y al que en todo momento, hasta en los que no debiera, pretende mantenerse fiel. En suma, de un tan estricto como extemporáneo sentido del deber, no sólo del militar, sino también del personal o social.

Sobre lo que en principio podría haber respondido a un esquema similar, Un buen oficial introduce un cambio de enfoque para ofrecer una bien distinta perspectiva. Mediante una inversión del punto de vista, el objeto de la comicidad se desplaza del personaje al contexto, de tal forma que, aunque el protagonista sigue estando tan fuera de lugar como el anterior, la parodia ya no recae sobre su persona sino sobre la de aquellos que lo acompañan en el relato y sobre el propio ambiente militar que éstos contribuyen a crear. Ese exceso de celo en el cumplimiento de sus funciones que en Membrillete devenía torpeza, en este otro oficial alcanza rango de virtud: "El corazón de Bujeda latía con violencia, porque no sabía aún ir por el mundo de este modo castizo y regocijado que hemos inventado los españoles."<sup>581</sup> Pero virtud aislada en medio de un mar de abulia, ineptitud y negligencia donde se mueven la casi totalidad de sus compañeros y superiores, sobre los que el narrador va dejando caer su mirada, graduando la intensidad de su sarcasmo en proporción ascendente, según el empleo o cargo que ostentan en la bocamanga. En un primer escalón sitúa a aquellos militares jóvenes, los más próximos colegas del protagonista, cual el teniente Isarzabal, pragmática cara opuesta del protagonista. Éstos aún perciben las deficiencias, pero por comodidad o incapacidad para cambiarlas, han adaptado con prontitud y diligencia sus comportamientos a las conductas generalizadas:

"(...) a Bujeda no le sería fácil hacer lo mismo, porque era esclavo de las ordenanzas; era ese único oficial que hace algo y que por ser el que interviene en todo y el que se toma en las cosas interés, carga con las pequeñas responsabilidades y hasta sufre broncas que le afectan muchísimo. En cambio Isarzabal si por excepción recibía

alguna reconvención seria, salía del despacho del jefe diciendo: 'Qué disgusto se ha llevado este pobre señor. ¡Cuánto lo siento!' (Pág. 116).

La mayor veteranía ha impuesto un nivel de degradación ya bastante más elevado en jefes tan indolentes como el coronel sobre quien recae el mando del regimiento: "Se encontraba el coronel Costanilla ante una mesa atiborrada de papelotes que un suboficial le iba descubriendo y en los que el gran hombre extendía su firma sin querer molestarse en leer lo que tan deliberadamente despachaba."<sup>582</sup> O como el comandante Gustanco, conspicuo jefe cuya petulante figura sirve de blanco para aún más acendrados dardos:

"Era hombre que apenas cabía en su uniforme; pero no por defecto de éste, sino porque el empaque y la jactancia de que se encontraba poseído aveníanse mal con las costuras. La juventud defendía en su carne los últimos baluartes, luchando desesperadamente en sus cabellos con artillería de tintes y manteniendo en su mustia piel un cuerpo a cuerpo de masajes y artificios. (...) y sus bigotes de prusiano parecían en su boca la garantía de tantas fanfarronadas como brotaban de ella, narraciones exageradas de hechos de guerra, que en aquellos pelos hallaban un digno decorado de astracán./ (...) se encastilló en su orgullo de hombre, cualidad que no concedía a quien no supiese contar un chiste verde, no soltase tres palabrotas cada minuto, no bebiese unas copas de coñac a cualquier hora, no desnudase con la mirada a cuantas mujeres pasaran cerca y no se jugase a lo que saliera seis o siete duros cada noche." (Páginas 96-99).

En la cima de la pirámide se halla el general García Balas, jefe de aquel sector, para quien el narrador ha reservado lo más acendrado de su caústica parodia militar:

"García Balas fue al teléfono para requerir los auxilios ya señalados: pero, como su vehemencia no le permitiera esperar con calma la respuesta, se puso a despotricar otra vez, mientras urgaba sin contemplaciones cuantos resortes le pudiera ofrecer el sencillo aparato.

'-¡Aquí nada funciona! ¡Estos teléfonos son una calamidad! ¡Habría que ahorcar a esos telegrafistas! ¡A ver, que venga el oficial de telégrafos!

(...)

'- Veamos, señor oficial: ¿qué le sucede a este aparato?

'El señor oficial, luego de examinar el aparato, entre la expectación de todos, contesto con admirable calma:

'-Pues, sencillamente que lo acaba usted de romper a golpes.

-¿Caramba! ¿Yo?

'-Sí, señor. Se le traerá otro, y le agradecería que lo tratase con mayor cuidado, pues es material reglamentario del que tengo que responder.

(...)

'-Bueno; está bien. ¡Ustedes, los facultativos, siempre han de tener la razón! Traígame, pues, el teléfono que me promete...

'Y es que el general García Balas estaba satisfecho, en el fondo. ¡Había roto un teléfono, llevado de su impulsivo temperamento! Era, pues, un hombre lleno de energía, de indiscutibles cualidades de mando. ¡En una palabra, un buen jefe!"

(Páginas 82-83).

Completan tan jocoso cuadro algunas de las mujeres que comparten acuartelamiento y vida con estos héroes, entre las que ocupa lugar destacado Merlita Gustanco, hija del ya conocido comandante, y doña Ruperta, cónyuge del capitán ayudante del coronel. La primera, viva estampa de que las enseñanzas de su padre no han caído en saco roto:

"-¡Noche encantadora! -murmuró él [Bujeda], dejándose llevar del sentimiento.

'Una sonora carcajada le contestó. Ella le miraba riendo (...)

'-¿Hace usted versos? -le preguntó Merlita, poniéndose súbitamente seria (...)

'-Sí (...) ¿Ama usted la música? Pues existen personas para quienes suenan los versos como los encantos de un... de un...

'-¿De un alegreto de Beethoven? ¡Menuda lata! He visto gentes que escuchan esas encerradas con verdadero recogimiento. ¡Claro, como era sordo, el buen señor no corría peligro de tener que oírse y podía engañar a los bobos impunemente!" (Páginas 33-34).

Mientras que la segunda, esperpéntica matrona que siendo sólo mujer de capitán detenta tanto o más mando que el propio jefe del regimiento:

"(...) dicha señora, al comprender que era su marido quien hablaba con el coronel, arrebató a éste el aparato sin contemplaciones.

'-Fermín, ¿qué ha sucedido? Cuéntamelo a mí, pues el coronel está un poco nervioso.

'(...) Transmitió el capitán, por tan gentil conducto, las órdenes de García Balas (...)

'Como doña Ruperta oyera que el alto comisario iba a emprender su viaje, palideció.

'-Y eso, ¿cuándo será?

'-Tal vez antes de una semana. Los trabajos van muy adelantados.

'-¡Fermín, imposible!

'-¿Y qué quieres que le haga yo?

'La ayudanta soltó el teléfono y se encaró con el coronel.

'-¿Ha oído usted lo que acaba de decir mi marido?

'-Adivino que estamos de monos...

'-Nada de eso; me dice que el alto comisario llegará a Melilla antes de una semana. (...)

'-¿Y qué, señora?

'-Pues que para ese día no estará terminado mi vestido. ¿Le parece a usted poco? -clamó doña Ruperta poniendo en el coronel unos ojos feroces, como si en realidad el pobre señor tuviera culpa de su desgracia." (Páginas 205-207).

Descansando el mando sobre tan despejadas y lúcidas cabezas, no ha de extrañar que la organización y gestión del ejército se mantenga dentro del mismo tono. Gran parte de las penurias y desbarajustes de la vida cuartelera que algunos de los relatos anteriores

denunciaban vuelven a aparecer en las páginas de éste, so capa de humorístico sarcasmo. Desde las carencias de casi todo lo necesario hasta una deficiente distribución de los recursos, pasando por el lamentable estado de la sanidad, el nepotismo y la corruptelas, o el permanente engaño -la "tramoya", en palabras de Bujeda- que envuelve todo quehacer. Sin olvidar esa asfixiante burocracia que paraliza o da al traste con casi cualquier actividad, de la cual, aunque sin tanta insistencia, también se hace eco El alférez Membrillete:

"El mando, mientras tanto, no dejaba de redactar telefonemas quilométricos que se cursaban por todos los conductos, de modo que cada cabecilla recibía las órdenes por triplicado y aun por centuplicado, pues el jefe de su regimiento, batallón o grupo, le mandaba una copia, otra el jefe de la columna, otra el jefe del campamento, y el celoso Estado Mayor, que llevaba en el desconcierto la voz cantante, se lo comunicaba también directamente; y como en tan largas tiradas de prosa había a veces diferencias debidas a errores materiales o a interpretaciones desgraciadas, caía en la mayor confusión el infeliz destinado a cumplimentarlas." (Un buen oficial, pág. 58).

"Cuando tuvo tal documento en su poder, quiso entregárselo al capitán cajero, creyendo lógicamente que ya no era preciso dar más pasos para lograr las pesetillas, pero el capitán le manifestó que era condición indispensable interesar del coronel del regimiento el oportuno *Dese.*/ Consecuente a tales manifestaciones, paso al despacho del jefe de referencia, y una vez con el *Dese* en el recibo, fue a presentarse al teniente coronel, pues le dijeron que era necesario el *Interviene* de este señor.

'-¿A que resulta que los comandantes del regimiento tienen que poner su *Parécenos* en el dichoso recibito, y no cojo el auto para Rincón? -pensaba el buen Cirilo, dirigiéndose a caja." (El alférez Membrillete, pág. 128).

A pesar de lo que por tales burlas pudiera parecer, ninguna de estas novelas alienta una voluntad disolvente, ni siquiera tibiamente opuesta al ejército. Bien al contrario, están construídas sobre el más acendrado militarismo, entendiendo este sentimiento como crisol de

casi todas las virtudes humanas y como quintaesencia del amor a la patria. Y, a la vez, se decantan por un recalcitrante colonialismo alineado con las más rancias y ultraconservadoras posturas, aquellas que consideraban la presencia española -del ejército, más bien- en los secarales marroquíes como vía imprescindible hacia un nuevo engrandecimiento de España, hacia el glorioso "porvenir" de la nación. Palabra que repetida con alguna frecuencia en ambos textos, traduce con bastante claridad los presupuestos ideológicos desde los que se escribieron estos relatos. No hay más que reparar en las opiniones que ambos protagonistas vierten cada dos por tres:

"-(...) ¡Menudo grano en el cogote nos ha salido con el dichoso África!

'-Permítame que no acepte lo del grano. Creo [juicio del protagonista], por el contrario, que nuestras posesiones [repárese en la expresión que utiliza para referirse al Protectorado] africanas son de suma importancia para el porvenir de nuestra patria." (El alférez Membrillete, pág. 87).

"-Naturalmente que me preocupa, porque a todo patriota le es desesperante el ver cómo desaprovecha España los momentos ante el magnífico porvenir que le prometen su excelente situación geográfica y tantas otras circunstancias más como podrían hacer de ella la primera potencia europea (...)" (Un buen oficial, pág. 18)

Ideas que en ambos casos, el narrador va refrendando con sus particulares comentarios. En algún momento incluso a partir de un mismo motivo, la música militar:

"Es un pasodoble guerrero, lleno de extraños compases de entusiasmo, de retos viriles, de valientes llamadas. Es la melodía fogosa y apasionada de los corceles de la guerra, que pone en el corazón del hombre nostalgia de pasadas epopeyas, añoranza infinita de bélicas empresas, ansia sublime de heroicidades, santo y legítimo orgullo de raza..." (El alférez Membrillete, pp. 191-192).

"A los vibrantes toques de las bandas, los pechos se enardecían súbitamente y se levantaba el entusiasmo. ¡Trompetas españolas! ¡Chirimías moriscas! Sí; desfilaba por allí, pese a todo el verdadero espíritu de los soldados, ese espíritu eterno del pueblo, que duerme y languidece en la paz y que se levanta magnífico cuando de un modo supremo lo necesita la bandera a que se ha prometido fidelidad con el corazón. ¿Qué grande podría ser España -que tiene tales hombres- si supiera mantener su espíritu a la altura a que lo elevan fugazmente las brillantes notas de sus charangas!" (Un buen oficial, pp. 231-232).

De tan encendido entusiasmo castrense proviene esa clara vocación regeneracionista, cuyo impulso ya no puede confiarse a los políticos, contra quienes se arremete sin clemencia y a quienes se hace responsables de las desgracias patrias, tanto contemplados desde los años veinte, lo que presumiblemente sucede en El alférez Membrillete: "Cómico, es oír a Alba hablar de honradez. Cómico, es blasonar de patriotismo los políticos del antiguo régimen", (pág. 37). Como vistos desde la década siguiente:

"-(...) ¿A qué obedece la decadencia de una nación tan fuerte que tantos siglos de calamidades no han logrado anular del todo? La explotación, la insaciable explotación de quienes, a los ojos del convencionalismo, la han servido (...) Los responsables de todo esto, esos forajidos del Estado, aún tuvieron el atrevimiento de manifestar: '¡He servido a mi patria!'

'-Y fueron conducidos a sus tumbas cubiertos de honores. ¡Van todavía!" (Un buen oficial, pp. 148-149).

Ahora hay que depositar la esperanza de futuro en aquellos que pueden garantizarlo, en los únicos depositarios de las esencias patrióticas, en suma, en aquellos militares que por su juventud -en esto insiste mucho la novela de Valdivia- no se encuentran contaminados por la abulia nacional y que, además, se muestran más capaces, más preparados y sobre todo más comprometidos con su responsabilidad: "-(...) Si se exprimiera a los españoles, sólo algunos militares destilaríamos patriotismo", (Un buen oficial, pág. 149). Planteamiento que más allá

de las personales ideas del teniente Lucio Bujeda bien podría sintetizar el sentir de un sector del ejército en la primera mitad de los años treinta. Novela que, en consecuencia, rebasa el mero humorismo desencantado o la parodia de ese estado de cosas que en primera instancia parece referir, para llegar a convertirse en un grito sin rebozo a favor de un golpe de timón en la milicia e incluso en todo el orbe nacional, aunque el exacto rumbo hacia el que apunta se haga difícil de precisar con absoluta certeza y sólo pueda intuirse. Mientras que, alcanzadas estas cotas, El alférez Membrillete se quedó muy retrasada en el camino y, más modesta en sus pretensiones, aligeró la moralina, optando por no profundizar en los aspectos criticables que de pasada ha ido dejando caer, para al final convertirse en un sencillito canto al patriotismo militarista y atribuir por entero -no sin cierta falta de justicia, por cierto- a su personaje las causas de su desgracia:

" (...) pensó dedicarse a la carrera de las armas, carrera casi incompatible con su carácter, según hemos visto y continuaremos viendo durante la exposición de esta carraspeante, ilusoria e insustancial novela", (pp. 131-132).

La tercera y última de las direcciones en las que se orienta la vena humorística, la que emprende Fernández Flórez en Aventuras del caballero Rogelio de Amaral, conduce sin rodeos al corazón de la guerra, a sus más aireadas grandezas y a sus más depuradas esencias, a costa de las cuales edifica una sátira antibelicista. A partir de la inexistente y falaz hazaña guerrera de Rogelio y sus dos compañeros, el narrador gallego acomete una lúcida desmitificación del conflicto de Marruecos. Para ello toma como referente el desastre de Annual, el acontecimiento más sonado de toda la campaña, transmutado por el artificio narrativo en simple engaño, el cual traduce la estafa que para el común de los españoles supuso la totalidad de la aventura marroquí, de la que sólo unos pocos obtuvieron beneficio. Justo los avispados y embaucadores que, como el protagonista, valiéndose de ardidess pretendieron hacer ver a los demás una gran gesta en lo que sólo era quimera montada para matar el tiempo y de la que, al cabo, obtuvieron lucro personal. Tal tinglado no hubiera alcanzado tan desproporcionadas dimensiones sin la necesaria cooperación de la prensa y la



legión de divulgadores de ocasión que le sirvieron de caja de resonancia. Calentaron el ambiente y desvirtuaron el acontecimiento mediante añagazas sensacionalistas para ofrecer a la opinión pública una falsificada imagen de la realidad. Vendieron la denominada insurrección rifeña -el ataque de "las hordas bereberes" en la novela- cual si se tratase de una traición a los intocables y sagrados pilares de la tradición española que a toda costa había que mantener intactos. Perfidia perpetrada, además, por unos irredentos salvajes incapaces siquiera de respetar las tácitas normas de la caballería bélica:

"(...) aquel 13 de julio en que las hordas bereberes avanzaron con ímpetu increíble, arrollando todo, sin respeto a la civilización que representaban nuestras banderas ni a la brillante historia que mancillaban al derrotarnos. Eran, al fin, pobres tribus semisalvajes que lo ignoraban todo (...) En aquella lucha faltaba esa caballería que se aconseja siempre al enemigo en las columnas de los periódicos (...), diría ahora que aquella retirada no fue una fuga, sino más bien un movimiento desdeñoso de nuestro ejército que cedió a esta justa preocupación:

'-No vale la pena de seguir luchando contra estos bárbaros.' (Pág. 90).

En suma, una falacia, una estupidez tan inútil como las fantasiosas estatuas que se levantaron en honor de los presuntos héroes de la campaña: "se constituyeron en todas las capitales comisiones encargadas de recaudar fondos para erigir un monumento a los defensores del Morabito. Los periódicos publicaban diariamente las listas de la suscripción, que iban alargándose y enriqueciéndose con donativos que alcanzaban desde los dos reales de 'Un obrero' a las mil pesetas del Excmo. Sr. Duque de X. Doscientos escultores comenzaron a proyectar estatuas, en las que el grupo de los tres héroes era concebido con arreglo a tres actitudes distintas (...) En cada una de las doscientas estatuas había una señora vestida de túnica, con un pecho al aire, que llevaba en la mano una corona de laurel." (Páginas 95-96).

A pesar de lo descarnado de la evocación, a fe que una de las más crudas sobre el conflicto marroquí, la sátira de Fernández Flórez adquiere más vuelo. Tal acontecimiento no resulta en puridad sino mera anécdota bajo la que late la esencia de este capítulo de la novela,

el cual se vertebra por entero en torno a la denuncia contra la guerra en general, ésta o cualquier otra. Desmonta con buen tino narrativo, enfocándolo desde distintos ángulos, cuanto de falsedad hay en todo aquello donde por costumbre se ha ido consignando la grandeza de estos sucesos: en la realidad que envuelve el enaltecimiento bélico y el heroísmo militar, y en aquello que se oculta tras la presunta atracción que los combates pueden ejercer en el alejado y pasivo espectador.

En primer lugar, disecciona con rigor de científico -desde la perspectiva del químico Sandoval- las consecuencias que estas hazañas heroicas revisten para las víctimas, que quedan así desposeídas de cualquier halo de grandeza y reducidas a un informe sobre graves lesiones en tejidos y órganos corporales de las que se derivan irreparables mutilaciones o la propia muerte. Nada gratificante ni espectacular:

"-(...) le ha referido a usted el suceso en una forma que lo desfigura completamente. Después de la relación que voy a permitirme hacerle, espero que lo considerará desde su único razonable punto de vista (...) Don Juan llevaba en su mano derecha un largo trozo de acero, afilado y terminado en punta, con el que comenzó a golpear a aquellos seres. A uno de ellos, llamado Cristobal Urquiza, consiguió introducirle su arma por el vientre. Le causó una herida de delante a atrás que atravesó la pared abdominal, el peritoneo, el estómago, el yeyuno y rozó el páncreas. El señor Urquiza sufrió una peritonitis aguda, su vientre se hinchó como si fuera a estallar y por la ancha herida salían restos de su desayuno (...) Otro de los sacrificados se llamaba Elgóibar. El señor Amaral impulsó con fuerza el pedazo de acero de que disponía contra este infeliz, y se lo clavó en el lado derecho del tronco, entre la sexta y la séptima costilla. Le perforó la pleura, el pulmón, otra vez la pleura, el diafragma y el hígado (...) Una fuerte disnea hacía de su respiración un suplicio, la sangre manchaba su boca en vómitos frecuentes y, al ser llevado ante los médicos, borboteaba en la herida por donde salía también su aliento formando pompas rojas impresionantes (...)" (Páginas 76-77).

Después, con aún superior desabrimiento, desvela las nefastas consecuencias que las proezas bélicas de los héroes provocan no ya en la víctima, sino en el entorno familiar y afectivo de los inmolados. El poso de dolor que la muerte del hijo -Luis de Amaral, en este caso- deja en esa inconsolable madre, y en otras muchas como ella que en vez de encontrar al héroe en quien ha perpetrado tan valerosa acción, sólo aciertan a ver un asesino que les ha arrebatado a su ser querido. Personaje femenino en quien se extrema la nota del patetismo, por cuanto la misma hazaña que antaño, perpetrada por su marido, la deslumbró, hoy, cuando su hijo es el que sufre sus efectos, la sume en la desesperación, experimentando en carne propia la cambiante perspectiva de un heroísmo siempre trágico.

Tampoco escamotea, aunque en capítulo anterior a éste, una decidida censura a la ponderación social del asunto, donde la hipocresía travestida de ley impide que se realice un aborto por juzgarlo inhumano proceder, sin embargo, no sólo tolera, sino que incluso disfraza de brava gesta las no menos inhumanas miles de muertes que provocan los enfrentamientos bélicos: "-(...) Las leyes condenan esa liberación. ¡El respeto a la vida! ¡La obra de Dios! En cambio, las mismas leyes consumen en el incendio de una guerra millares y millones de vidas en flor", (pág. 49).

Por último, no duda en señalar a los principales responsables de este bárbaro proceder, no los responsables materiales, sino los inductores, los que han pervertido la sensibilidad social. Aquellos que han tomado por misión transmitir o recrear los hechos, historiadores y literatos, que desde siempre han mostrado lo que no es sino crueldad bajo capa de elevados y patrióticos sentimientos, recubriéndolos con altisonancias literarias que han servido para enmascarar la realidad y confundir a las gentes, insuflándoles una falsa imagen del heroísmo que luego fructifica en tales atrocidades:

"-(...) a mí me parece que sólo se podrán apreciar con justicia y en toda su realidad los heroísmos belicosos cuando los narre un médico. Se trata de matar, de destruir tejidos, de perforar entrañas, de perturbar funciones vitales. Y un poeta no suele entender de eso, y a un historiador no le importa (...)

'- (...) Si fuese así, no habría héroes. Todos llegarían a parecernos criminales o, al menos, despertarían en nosotros la antiparfa y el desagrado. Su labor nos atormentaría. No, prefiero a los poetas, que no ven nunca las asas intestinales del vencido, sino la gallardía del vencedor, o a los historiadores, que no incluyen entre los efectos de la derrota esos cerebelos pinchados de que me hablaba usted." (Páginas 79-80).

Planteamiento, este último, que acerca a Fernández Flórez a un narrador tan opuesto a él en casi todo como Galdós, quien, según ya pudo verse en capítulo precedente, por otros caminos venía a sostener parecida tesis en sus episodios marroquíes referidos a la campaña de O'Donnell.

Fehaciente prueba de que este capítulo de Aventuras del caballero Rogelio de Amaral no busca reírse a costa de la guerra -el humorismo en este fragmento es mero envoltorio-, sino desmitificar la grandeza que se le ha venido atribuyendo, dejando ver toda la crueldad que como indeleble característica lleva aparejada. Además de reflejar lo que José Carlos Mainer, en su monografía sobre el novelista, recogió con certeras palabras: "detrás del heroísmo y de la propaganda bélica hay (...), sobre todo, una insensibilidad ante el dolor ajeno, propia, como recuerda el autor, de una sociedad primitiva y despreciable."<sup>583</sup> El relato se alinea así junto a las creaciones literarias de más fervoroso carácter antibelicista, aunque la vía escogida para hacerlo poco tenga en principio que ver con lo acostumbrado. Su censura de la guerra y del heroísmo guerrero ni se reviste del dolorido testimonialismo de defraudados ex combatientes ni es deudora de las tradicionales corrientes políticas o sociales de orientación pacifista, sin embargo, admite pocos paliativos y aventaja en eficacia -en revulsivo sobre el lector- a buena parte de aquéllas. La crítica trasciende incluso lo que constituye el propio conflicto armado y sus nefastas consecuencias, abarcando la totalidad de ese mundo bélico. De tal forma que, sin forzar la lectura, la narración está transitada de un ligero aire de rechazo hacia el colectivo militar, aunque no se aprecie con nitidez una declarada voluntad antimilitarista, ni tal vez la hubiera. No obstante, la imagen de este colectivo queda bastante desfavorecida en general y resulta más que aventurable que la intención de algunos pasajes

sea poner en solfa su actuación. Baste recordar el desairado encuadre que se ofrece del jefe que escapa ante el ataque de los rifeños:

"Los diarios de aquella época narraron el representativo caso del comandante Bulnes, que se decidió a gritar dignamente a los moros que le perseguían con mayor ligereza de la que él y los suyos ponían en huir:

'-¡Respetad a los nietos de los conquistadores de América!" (Pág. 90).

O el muy cuestionable comportamiento del general que se aviene a encubrir el engaño de Rogelio para preservar el decaído honor de las armas españolas. No ha de extrañar pues que el escritor no desease reeditar su novela en años posteriores. Al respecto, sugiere Mainer algunas probables causas: "por un lado, el evidente desafecto del novelista por esta pieza a la que siempre definió como una 'baja' en su producción (...); por otra parte, la poco lograda mezcla de un criterio ideológicamente muy avanzado (...) y de exabruptos cavernícolas a propósito de una alternativa política -la instauración de la segunda República en España-. ¿O cabría quizá hablar de una autocensura ante aquellos primeros aspectos que ya en su día denunciaba con acritud el crítico de libros de ABC y que muchos años más tarde escandalizarían aún al profesor Entrambasaguas?"<sup>584</sup> Pocas dudas cabe albergar, a mi manera de ver, de que en esta última sugerencia del historiador y crítico reside la razón de más peso para explicar la voluntad de oscurecimiento que movió a Fernández Flórez, al lado de la cual se antojan casi baladíes cualesquiera otros motivos. Y la clave de esta actitud hay que buscarla en acontecimientos externos a lo literario, relacionados con el devenir histórico y con la propia trayectoria personal del narrador gallego. De todos es sabido que el autor se refugió en una legación extranjera durante los primeros meses de la guerra civil española, para acogerse en cuanto le fue posible a la protección del bando levantado en armas, dirigido por militares y, por más señas, africanistas de pro no pocos de ellos. Ante tal escenario, no se antoja difícil suponer que lo escrito por Fernández Flórez no mucho tiempo antes sobre aquella otra guerra, su satírica visión del heroísmo militar, no habría sido contemplada con ojos muy favorables por los ya entonces, y a lo largo de toda la vida del escritor, dirigentes

del país. Se hace así comprensible que sus gestos se orientasen más a silenciar que a airear una novela que contenía alusiones que podían interpretarse -así lo entendieron, siguiendo el comentario de Mainer, el crítico de ABC o Entrambasaguas- ofensivas para las concepciones ideológicas de quienes tras la contienda civil se convirtieron en rectores de la nueva España.

El balance a la hora de enjuiciar los procedimientos técnicos con los que se ha elaborado el humor arroja un saldo del todo irregular, dependiendo no sólo de la ideación y estructura de cada uno de los textos, sino también de la capacidad cómica de cada autor. Así, mientras algún título fía toda su hilaridad en la ocurrencia puntual o en el chiste fácil, otros articulan y organizan el discurso en torno a una más estudiada jocosidad, creando un generalizado clima humorístico de variada y graduable temperatura. De igual forma, en algunos casos la gracia procede de una deliberada deformación de la realidad o de la imagen estereotipada que de ella guarda el común de los lectores, en tanto que en otros, se sustenta en triviales juegos de palabras o en más o menos ocurrentes réplicas y contrarréplicas en los diálogos. Cualquiera de estos relatos en su legítima búsqueda de la hilaridad echa por costumbre mano de todos estos recursos y aún de otros, sin embargo, no todos los aplican con la misma destreza ni con igual intensidad o fortuna. En sus más o menos conseguidos efectos y hallazgos cómicos radican las fundamentales diferencias y los logros artísticos de estas novelas.

En el escalón más bajo habría que situar el chiste puntual, la ocasional ocurrencia cuya gracia, si es que la tiene, se agota en su misma brevedad. Suele estar presente en todos estos relatos, pero en distinta medida y con desigual suerte. El señor Feliciano en la República del Rif, por ejemplo, lo convierte en el casi único sustento de su comicidad. Más que de creación de situaciones hilarantes hay que hablar de mera yuxtaposición de coyunturales gracias, que repetidas *ad nauseam*, sobre todo en lo que a los procedimientos para provocarlas se refiere, llegan a provocar hartazgo. Las más de las veces se sustentan en el lenguaje, en juegos de palabras no ya triviales, sino casi infantiles o escolares en su factura, que nada aportan al avance de la narración: "¡Mare Nostrum! Que no quiere decir madre nuestra", (pág. 22); "(...) Dado en el palacio de la presidencia a diez de julio de mil novecientos veintidós.

457220 de la Égira", (pág. 61). Apoyándose también con reiteración en burlescos antropónimos de dudosa eficacia cómica, como algunos de los ya señalados antes, al comentar sus chanzas sobre el gobierno rifeño, o como: "-¿De quién es este nocturno?(...)/ -De Mohamed El Met Hoben", (pág. 113). Con parecida escasa fortuna ensaya el humorismo en los diálogos, desvaídas replicas próximas a la simpleza: "-Bueno; pues no me lo digas, ¡a mi Krim!/ -¡Y a mí su hermano!", (pág. 100); "-¿Lo dices con segundas?/ -Te aseguro que ésta es la primera vez que sale de mis labios", (pág. 103). Hay escasos momentos en que se acerca a algo que, con benevolente y generoso criterio, podría considerarse cómico, siempre a costa del buen gusto y de recurrir a la sal gorda:

"- (...) Estamos celebrando Consejo [de ministros, en el gobierno del Rif] y no estoy dispuesto a consentir que nadie se extralimite. Guarde su señoría la compostura debida y deje ya de urgarse las narices." (Pág. 87).

Tan precario sustento humorístico confiere a esta fábula un aire de nula exigencia artística, además de hacerla repetitiva y fatigosa a pesar de su brevedad.

El alférez Membrillete todavía se mantiene en una órbita cómica no muy distante de la anterior novela. También denota una marcada proclividad a los inconsistentes juegos lingüísticos: "era absolutamente nulo a todas luces e incluso a oscuras", (pág. 15); a las consabidas réplicas de cierta ocurrencia: "-¿Cubierto o carta preguntó el camarero./ -Por ahora déme de comer y después escribiré", (pág. 85); y al abuso de la broma fácil y predecible, grosera o de poco gusto en más de una ocasión:

"Un amigo nuestro, Casiano de las Morenas, libróse por un pelo de ser para toda la vida lugar geométrico de chungas y chistes de mala pata, por un caprichito de su madrina./ Llamábase esta buena señora Ana, y empeñóse en que el rorro apadrinado debía llamarse como ella. La cosa era dura, tratándose de un niño, porque no está del todo mal que una mujer se llame Ana de las Morenas, pero llamarse el masculino de Ana, y por añadidura de las Morenas... ¡vamos!... ¡era como para comerse un quilo de trilita." (Páginas 13-14).

Sin embargo, en general, estas gracias resultan más garbosas que en el caso precedente y, además, quedan más trabadas en la trama, a lo que contribuye en notable medida algo que aquí se anticipa pero que adquirirá completa carta de naturaleza en los dos relatos posteriores: la previa creación de un ambiente humorístico, donde estas bromas ocasionales se van integrando como un elemento descriptivo más y en ocasiones hasta recurrente. Por ejemplo, nada más llegar el protagonista a su destino marroquí, sus colegas le deparan el acostumbrado recibimiento al neófito, que incluye una suerte de examen de ingenio:

"-(...) ¿Qué habitación de cualquier casa es la que desea más intensamente que llegue el invierno?

(...)

'-¿Qué? -dijo el capitán-. ¿Dio usted con la solución?

'-Sí, señores... *Excusado* es decirlo, porque está cansado de *v-e-r-a-n-o-s*." (Pág. 143).

Esta intranscendencia sirve para que Membrillete nombre la innombrada habitación pocas páginas después, en el fragmento ya antes reseñado. No reviste gran importancia pero indica un cuidado compositivo algo mayor que el del anterior título. Con todo, tal vez lo más significativo provenga de que en esta narración va apareciendo un más complejo mecanismo humorístico: el de tipo situacional, que abarca una secuencia entera o amplios segmentos de relato estructurados en torno a un motivo hilarante que va creciendo ante los ojos del lector y que organiza el discurso, bien con alternativas elevaciones y depresiones cómicas dentro de ese mismo asunto o bien siguiendo un ritmo *in crescendo* hasta provocar la carcajada o sonrisa final. Todo el viaje del protagonista en tren desde Madrid a Algeciras, y aun parte de su estancia en esa ciudad, fragmento que cubre desde casi el comienzo del capítulo VIII a la mitad del X, habla con rotundidad de esta técnica. En esta porción de novela el alférez se ve atado por un compromiso que él mismo se ha creado con respecto a otro viajero: tomar unos vasos de indeseada agua de Carabaña antes de las comidas. Esto condiciona del todo su albedrío, a la vez que va generando una graciosa situación recurrente sobre sí misma: cada



vez que coinciden en la mesa ha de repetir la purga para no tener que desdecirse. Además, esta misma secuencia va progresando mediante la yuxtaposición de bromas menores -en extensión y por su falta de continuidad- y puntuales, como las apuntadas antes, que de consuno dan cuenta del calvario que para el alférez supuso el desplazamiento.

En la otra parodia, Un buen oficial este último procedimiento adquiere completo desarrollo y un mayor nivel de complejidad, hasta el punto de que con leves excepciones organiza el discurso casi de principio a fin. La narración va progresando mediante el encadenamiento de secuencias hilarantes con ritmo propio y significativas en sí mismas, las cuales acumuladas una tras otra van creando un completo clima humorístico. Las recurrencias no se limitan tan sólo a repetir un mismo motivo, como se ha visto en El alférez Membrillete, sino que algo que ya se ha anunciado o ha quedado medio prefijado, se retoma páginas más tarde -en una o más ocasiones- para completarlo y seguir explotando su hilaridad, la de ese momento y la que se apoya en el conocimiento previo del lector. Uno de los más acabados ejemplos de esta técnica lo proporciona el personaje de doña Ruperta, la mujer del capitán ayudante, de cuyo carácter mandón, despótico y caciquil tenemos noticia en una jocosa secuencia casi a comienzos del relato, donde amonesta al protagonista por pedir a la camioneta militar que se detenga en lugar que ella no ha fijado como parada. Según va avanzando la novela, la "militara" vuelve a aparecer en repetidas ocasiones destilando nuevos y más acentuados rasgos de su peculiar forma de proceder: arrebatando el teléfono de las manos del coronel e imponiendo su autoridad por encima de la de éste, obligando a retrasar la inauguración de unas obras militares porque no le han terminado el vestido que para la ocasión iba a estrenar o forzando a unos soldados a continuar construyendo su casa disfrazados de moros para que tal faena no se vea interrumpida durante la visita del Alto Comisario a la posición. Va así perfilándose con más nitidez su bufonesca estampa y generando secuencias cuyo humorismo reside tanto en los acontecimientos presentes como en el substrato que han ido dejando las anteriores. Por otro lado, los chistes ocasionales no puede decirse que desaparezcan pero, además de dotados de una mayor comicidad que en títulos

precedentes, nunca se presentan deshilvanados, sino que por costumbre quedan integrados en la trama general, funcionando como elementos descriptivos o ilustrativos de pautas de comportamiento y posibilitando el avance de la narración. El fragmento citado con anterioridad, donde el general García Balas rompe un teléfono, lo ejemplifica con claridad. Lo que podría no haber pasado de broma puntual aparece fundido con el conjunto para mostrar la actitud de tan elevado militar. Idéntico procedimiento se emplea con profusión, pero casi nunca deviene gratuita humorada ocasional, sino estampa alumbradora de costumbres o rasgo descriptivo del paisaje humano. Abundando en la cuestión, véase el siguiente. El coronel comunica a Bujeda que debe ir a una posición en el campo, destacada del acuartelamiento principal. A manera de aviso, lo alecciona para que no sucumba a los perversos hábitos que por allí se han ido creado:

"-Y a ver cómo nos portamos, ¿eh? Porque me trae muy disgustado la gente de allá y deseo que no se le peguen a usted las costumbres (...) Son todos unos desaprensivos, unos niños que creen haberse emancipado de la Plaza (...)

'Hizo el oficial ademán de retirarse (...), pero el jefe seguía perorando y hubo de aguantar el nuevo chaparrón que le venía encima.

'-Son unos verdaderos frescos. El otro día llegué a Targuist a las once de la mañana para sorprenderlos y estaban todos acostados. ¡A las once de la mañana! ¿Se entera usted? Al entrar en el cuarto del teniente Isarzabal, oscuro como boca de lobo, dio un largo bostezo y gritó el holgazán. '¿Qué quieres?' 'Soy el coronel', salté con voz de trueno. Nadie lo creería. En vez de echarse de la cama, me dijo con la mayor naturalidad: '¿El coronel a estas horas? ¿Y para qué se molesta tan temprano? Ea, que me sirvan el desayuno.'" (Páginas 41-42).

La burla irónica tampoco está ausente en Un buen oficial, entre cuyas páginas va abriéndose hueco con profusión. A menudo al final de una secuencia que ha servido de preparación para que su efecto sea el deseado, lo más demoledor posible a la hora de retratar

las muy serias preocupaciones que embargaban a una mayoría de los jefes y oficiales de aquel ejército:

"-Muy bien, señores [dice el coronel]. A ver, aquel chico... No me gustan esos gorros tan caídos hacia la coronilla. Hay que preocuparse de los gorros.

(...)

'-¡Un gorro no es un solideo! Y esa borla, ¿por qué tan a los ojos? ¡Alguno se va a quedar bizco!

(...)

'Había comenzado a subir la ancha escalera que conducía a su despacho, pero aún se volvió al ayudante:

'-Estoy decidido a que los gorros...

'Era aquél un regimiento distinguido, un Cuerpo técnico. Los oficiales iban llegando para constituir sus partidas de dominó o para charlar un rato en banderas. Y caerían sobre ellos los toques de corneta que anuncian los distintos actos de las cuarteleras holganzas: agua al ganado, provisiones, rancho... Después, la desbandada hasta el día siguiente." (Páginas 13-14).

La comicidad se ha ido depurando. Han desaparecido los pueriles juegos de palabras y las réplicas en los diálogos, denotativas de ingenio ocasional pero intrascendentes. A cambio, ha crecido el humor situacional a partir de *gags* más elaborados, donde lo visual y lo verbal se complementan en afortunado mestizaje, abriéndose así las puertas a una estudiada y medida deformación de la realidad a partir de su enfoque desde los más grotescos ángulos. En suma, vamos entrando en la parodia de más elevadas miras.

Aventuras del caballero Rogelio de Amaral, y en concreto su segundo capítulo, el que por su temática aquí interesa, presenta una comicidad distinta de lo visto hasta el momento. Si por su intención, de "humorismo 'serio' orientado hacia la crítica social" lo ha calificado Eugenio de Nora<sup>585</sup>, podría mantener algunos puntos de contacto con la novela de Valdivia, por los engranajes que ponen en marcha su comicidad en absoluto se parece. Y aún más remota, por

no decir inexistente, resulta su semejanza con los anteriores títulos. En primer lugar porque el relato de Fernández Flórez se articula en torno a un motivo nada jocoso, la falsedad del heroísmo bélico y los perjuicios que allega, y tampoco procede por continuada yuxtaposición de situaciones cómicas, sino que mediante una deformación esperpéntica transforma en burlescas caricaturas ideas o realidades por hábito consideradas bien serias: la muerte; la guerra; el heroísmo bélico; la milicia; el honor; el patriotismo; o la función social de la prensa, de los historiadores y de los literatos. Su discurso carece pues de cualquier inocencia festiva e incluso de esa ligera acidez burlesca que encierra la paródica, se torna permanentemente agresividad a través de una causticidad irónica, casi el único procedimiento en que se apoya. Una suerte de humor negro cuya propia corrosividad reemplaza a lo que en otros textos tomaría forma de prédica moralista o de sermón, sin que estos últimos tampoco se excluyan. A veces se asoman al relato sin rebozo de ningún tipo entre el irónico sarcasmo:

"Los corresponsales de guerra, enterados de aquel episodio sublime, se apresuraron a comunicarlo a sus periódicos, y en esos periódicos los cronistas se apoderaron del tema para comentarlo con ese ardimiento belicoso y magnífico que acomete a todos los que escriben de asuntos belicosos ante una mesa de redacción, bebiendo el café que enardece y chupando el puro que humea y huele como un aduar incendiado. La atención del país fue requerida para fijarse en el ejemplo de aquellos héroes. Aún corría por las venas españolas la capacidad de sacrificio y el valor de los grandes guerreros de otrora. Allí, en el pico de un monte, estaban tres espécimenes de la raza, de la verdadera raza que se pasó los siglos guerreando, con inteligente descuido de cualquier otra ocupación menos varonil, como las ciencias o la industria, la navegación o el comercio." (Páginas 92-93).

Inútil resultaría abundar más sobre la cuestión porque casi cualesquiera de las citas vertidas en páginas anteriores habla con la misma transparencia que ésta del sentido satírico del texto, del método seguido para lograrlo y del predominio de la gravedad caricaturesca sobre la hilaridad o lo jocoso, reducido de esta forma a unas cuantas bromas salpicadas por el texto

y tampoco exentas de mordaz intención. Sirva de ejemplo el último parte que Rogelio y sus compañeros envían al mando antes de abandonar la posición: "-Nada que bebe... [porque se les ha terminado el vino] Situación difícil. ¡Viva España!", (pág. 97). Sin que falten otras, más planas o que desvían la intencionalidad hacia la crítica de costumbres sociales alejadas de la cuestión central, cual puede apreciarse en la actitud de algunos familiares de los héroes:

"La madre de Edigio lloró silenciosamente todo lo que duró el concierto, lo que no dejó de extrañar a muchos, porque las piezas elegidas eran bastante amenas. En cuanto a la novia de Tomás, contó a los reporteros la curiosa anécdota de que su familia había cometido el error de ofenderse desde que ella se dedicara a la reproducción libre y afanosamente con aquel buen patriota, al que debía tres vástagos (...)" (Pág. 95).

En cualquier caso, por si algún lector albergaba alguna duda sobre los presupuestos ideológicos o de construcción novelesca desde los que Fernández Flórez levantó esta fábula, él mismo los desvela en una breve anotación ambivalente -tanto sirve para el desarrollo argumental como de aclaración metanarrativa- dentro del propio texto:

"Aquel acento un poco burlón, alegre, que en ocasiones matizaba los partes, les dotaba paradójicamente de mayor gravedad. Siempre impone advertir en un ser la presencia de espíritu necesaria para bromear bajo la amenaza de la muerte [donde tampoco sería forzado leer: 'para bromear' ante cuestiones tan serias como las que él refiere]." (Pág. 93).

Al margen de la faceta humorística, la arquitectura de estos relatos revela más bien escasa exigencia y arraigado apego a anticuadas formas de novelas, con la sola excepción de Aventuras del caballero Rogelio de Amaral, que en este sentido merece comentario pormenorizado. La simplicidad del resto de los títulos se evidencia desde la propia disposición de la fábula, estructurada en todos los casos con el mínimo artificio posible; una mera sucesión de acontecimientos en lineal progresión cronológica, sin apenas otra manipulación que ocasionales historias parentéticas sobre asuntos marginales, más retardatarios que enriquecedores del hilo narrativo principal. Y casi tanto da que se cuenten desde la óptica del

protagonista, cual sucede en El señor Feliciano en la República del Rif, o que se opte por la impersonalidad, como los otros dos títulos -aunque en El alférez Membrillete la tercera persona de hecho aparezca con forma de primera plural-, porque estos narradores que habría que suponer ajenos a la historia que refieren entran y salen de ella con mil y un pretextos cuantas veces se les antoja, y no con sutileza, sino en igual modo y manera al que acostumbraba a seguir la novela de folletón decimonónica. Dirigiéndose al lector con familiaridad para enviarle innecesarios recados: "El lector, que ya ha tenido tiempo de conocer a fondo el carácter de Cirilo, comprenderá sin esfuerzo (...)", (El alférez Membrillete, pág. 98); recabar su complicidad: "Dicho entre nosotros, todo aquello había sido delegado de uno en otro inferior", (Un buen oficial, pág. 80); o cualesquiera otras impertinentes razones de las que ya se ha dado tantas veces noticia: "Lector: quisiera que en este momento vieras la transformación que se ha operado en este hombre", (El señor Feliciano..., pág. 54). Pero no sólo es que el relato se convierta en vehículo para fingidos e imposibles cambios de parecer, sino que, bien asimilada la lección en aquellos anticuados novelones, muestran idéntico desvelo para que nadie pueda quedarse sin conocer las entretelas de sus composiciones: "Correremos un velo sobre la escena, que amenaza ser empalagosa", (El alférez Membrillete, pág. 74); "Pero no nos detengamos a describirlo porque ya está en la arena el último toro", (Un buen oficial, pág. 137). A todo ello habría que añadir los múltiples juicios valorativos vertidos en el texto y el lastre de frecuentes excursos narrativos de edificante finalidad, que, sobre todo en el último título citado, se vuelven mucho más pesados y reiterativos de lo que cualquier contador de historias con un mediano pulso hubiera aconsejado. Y es que la fábula de Valdivia se ahoga por esa desmedida proclividad hacia el sermón directo, hasta el punto de que el narrador, incapaz de mantener una mínima distancia prudencial entre el emisor y lo emitido, aproxima tanto su punto de vista al del protagonista que con más que notable frecuencia sus percepciones y comentarios se mezclan y confunden en una sola mirada y una misma voz, en una suerte de iterativo estilo indirecto libre:

"Barrán, físicamente, estaba desconocido para Bujeda. ¡Un muchacho tan fuerte, un verdadero toro en la Academia! ¡Y no habían pasado más que tres años! ¿Estaría relacionado con aquello el deprimente clima de Melilla?" (Pág. 27).

"Estaba hundido moralmente. El mismo sistema de dejadez, de inutilidad, de estulticia en todo... Jefes botarates y resignados oficiales; organizaciones disparatas, servicios inútiles... Ayer, hoy y siempre, la rutina y nada más que la rutina. ¡Oh, España, desgraciada nación! ¿Por qué así, pobre y miserable, pese a la riqueza de tu suelo y a la valía de tus hombres." (Pág. 43).

Esta abusiva intromisión del narrador en terreno que debería estarle vedado, unida a una casi constante presencia del teniente Bujeda en casi cualquier episodio, secuencia o fragmento, obliga a cuestionarse en repetidas ocasiones sobre la necesidad de su presencia, pues el propio personaje bien podría haber contado su peripecia de manera directa, por sí mismo y sin mediación de nadie, con apenas inapreciable menoscabo para la fábula.

Síntomas que indician, tanto en esta última como en las anteriores novelas, envejecimiento desde el mismo momento de la composición, además de escaso oficio. Defectos en los que no incurre Fernández Flórez, a pesar de que a su texto se le han achacado por parte de la crítica -Nora<sup>586</sup>, Mature<sup>587</sup>, Mainer<sup>588</sup>- profundas fallas estructurales. Lo cual resulta indiscutible tomando la narración en su conjunto, pero no afecta al capítulo II, que, como ya quedó antes señalado, admite una del todo coherente lectura independizándolo del resto. Así considerado, presenta un muy sólido ensamblaje de todos sus elementos. La elaborada organización del relato mediante una estructura circular cerrada, con una temporalidad que se detiene en dos momentos cronológicos distintos, pasado y presente, pero en torno a un mismo asunto, se revela como hallazgo de elevada eficacia para los fines perseguidos. Idéntico gesto de bravura al que ayer allegó reputación y estima a Amaral padre, hoy proporciona la muerte a su hijo Luis. Y lo mismo que en el pretérito impresionó a la joven Elisa hasta el punto de desposarse con aquel "semidiós", en la actualidad la ha convertido en

desconsolada e iracunda madre, a la que tal hazaña ha arrebatado un insustituible trozo de su ser. El heroísmo bélico luce con destello falaz, pues bajo el aparente brillo del héroe siempre se ocultan el dolor y la muerte de la víctima. Perversos modos de deshumanizada conducta que observadores impúdicos y a cubierto de cualquier contingencia o riesgo fehaciente han travestido de gloriosas conductas; algo que sin paliativos hay que erradicar del subconsciente colectivo. Por medio queda la peripecia de Rogelio, otra vía para ilustrar la radical falsedad de la grandeza guerrera y de las fanfarrias belicistas. Poco o nada hay en el texto que distraiga, resulte ocioso o que no coopere en esa línea general, lo cual dice bastante de la acabada perfección compositiva de la fábula.

Tampoco la prosa alcanza grandes brillos en estos títulos. Salvo puntuales excepciones, el capítulo II de Aventuras del caballero Rogelio de Amaral casi en su totalidad hay que considerarlo como tal, predomina un uso de la lengua poco esmerado, donde a menudo los registros del habla coloquial acaban imponiéndose sobre cualesquiera otros, y aun no se hacen infrecuentes los descuidos e incorrecciones de variada índole. Desafortunado por encima de la media resulta El señor Feliciano en la República del Rif, cuyo texto se asienta sobre la absoluta precariedad lingüística. Además de los burdos y nada graciosos juegos de palabras ya antes reseñados, se agolpan todo tipo de errores ortográficos, atribuibles tal vez, por lo reiterado y obvio de las equivocaciones, a un exceso de premura en la redacción y composición de la obra, cuyo anónimo autor quizá deseaba hacer llegar a los lectores antes de que éstos hubieran podido olvidarse del libro de Oteyza, sin la presencia del cual, esta parodia pierde gran parte de su ya escaso sentido. Sea cual fuese la razón, el resultado muestra una irrefrenable tendencia a la dejadez o falta de atención. Las formas verbales de presente de subjuntivo aparecen las más de las veces sin sus preceptivos acentos gráficos: "lloreis", (pág. 18); "volveteis", (pág. 19); "hagais", (pág. 26); "quereis", (pág. 29); "temais", (pág. 30). Error que también afecta a vocablos no verbales: "quimicos", (pág. 47); "baul", (pág. 142). A los que se añaden equivocaciones, ya más esporádicas, en gráficas o



indiscutibles signos de puntuación: "magestuoso", (pág. 22); "-Anda con Dios [,] Feliciano", (pág. 21).

Equivocaciones que tampoco escasean en El alférez Membrillete, aunque sin tan contumaz alarde como en el título anterior. Junto a "la onceava flexión" (pág. 97) y otros afeantes - cuando no imprecisos o erróneos- usos léxicos, pueden encontrarse también errores ortográficos -extrafalarios, (pág. 13)- o discordancias gramaticales: "Los frecuentes y bravos atracones que se propinaba de este manjar, originó [sic] el que sus compañeros de Academia (...)", (pág. 24). Además de estos deslices, su estilo se decanta por un coloquialismo en el que resulta destacable el abusivo empleo del discurso repetido. La frase hecha de uso popular sustituye en repetidas ocasiones a la apreciación personal, denotando ese parco tono creativo de la narrativa carente de cualquier proyección artística: "le había salido el tiro por la culata", (pág. 24); "haciendo de tripas corazón", (pág. 26); "cortar el noviazgo por lo sano", (pág. 33); "aprovechando la oportunidad que le venía como anillo al dedo", (pág. 102); "recordando aquello de que al pan pan y al vino vino", (pág. 175). También dentro de ese registro próximo a la oralidad, hay que incluir la proliferación de diminutivos que, descontados los simples aminoradores de cualidad o tamaño, hablan con claridad de las precariedades de su prosa, pues o bien conotan cursilería -"Pilarcita, la novia de Cirilo", (pág. 33)- o desgastada ironía de baja intensidad: "un caprichito de su madrina", (pág. 13); "una bromita que hirió directamente su estómago", (pág. 26). Y las carencias se antojan incluso mayores cuando el autor, intentando extraer más partido de la lengua, ensaya fórmulas de presunta raigambre literaria, meros lugares comunes tan altisonantes como ya con profusión manoseados: "una emoción plácida que conducía a su pensamiento en alas de la ilusión al reino de las grandes gallardías", (pág. 144); o presumibles ocurrencias, en las que el pretendido virtuosismo léxico se ve aventajado por una trivial puerilidad: "En uno de sus paseos, para no tropezar con una bota de aceite que había debajo de un bote, tropezó con la bota del pie izquierdo en un bote vacío de pimientos y pegó un vote", (pág. 113).

Mejores modos prosísticos muestra Un buen oficial, cuyo único demérito significativo consiste en hacer algunas incursiones por terrenos del lirismo descriptivista o de lo metafórico, que ni se avienen con el tono paródico del relato ni el autor parece muy dotado para ellos. El resultado se resiente, por tópico y por poco o nada conmovedor:

"(...) era algo sensual y místico, a la vez, lo que le hacía temblar con una emoción nueva, en la que participaban todas las manifestaciones que contribuían a embrujar el ambiente, desde el aire recargado de aroma hasta la influencia zodiacal de un azul infinito, tachonado de estrellas, cuyos parpadeos trascendían entre el leve temblor de las hojas." (Pág. 33).

Sin embargo, superadas estas esporádicas expansiones poéticas, el resto del texto, sin que pueda considerarse obra de un ni siquiera mediano estilista, se mantiene dentro de la corrección cuando discurre por el cauce de la estricta funcionalidad y logra sus mayores aciertos cuando se decanta por el trazo grotesco o esperpéntico, dentro del cual hay que inscribir cierta creatividad en los usos léxicos -"marcaba un zodiaco a su vientre ampuloso el dilatado cinturón de su correa", (pág. 13)- y obtiene algunos no desdeñables hallazgos expresivos:

"(...) un viejo de ojos vivos, y aguileño perfil, pequeño, encorvado cual si olfateara por costumbre las faldas, y desgachado por el contraste de su joroba, que no quería ser, con la barriga, que luchaba por serlo, pues no la dejaban crecer los vicios", (pág. 47).

Innecesario se hace decir que el manejo del idioma por parte de Fernández Flórez, posiblemente el único profesional de la pluma entre estos autores, supera con mucho el de sus ocasionales colegas. Todo el capítulo segundo de Aventuras del caballero Rogelio de Amaral, como la mayor parte de la novela, está compuesto en un casi único registro satírico, de un sarcasmo de percepción fácil, si se quiere próximo a lo caricaturesco, pero en el que la prosa del escritor se mueve con soltura y eficacia para primero preparar y después mantener el ánimo del lector en un estado de continuada jocosidad:

"Amaral, acompañado de algunos de sus hombres, no desdeñaba descender hasta la taberna del judío (...), y beber algunos vasos, siempre a la salud del rey o como voto por el triunfo de sus armas, porque tan profundamente le había impregnado el espíritu militar, que ni aun podía desprender este sencillo acto de inundar de alcohol amfílico su estómago, de sus deberes de sargento." (Pág. 82).

Esta dominio de la causticidad se produce por lo general en un contexto sintáctico caracterizado por el periodo largo con abundante explicaciones circunstanciales, tal vez algo envejecido para ciertos gustos actuales, pero denotativo de oficio y dominio de la lengua escrita. Y otro tanto puede decirse del léxico, rico, riguroso, oportuno y hasta brillante en múltiples ocasiones, donde incluso la presencia de algún neologismo que hubiera podido interpretarse como poco acertado por innecesario, revela su atinada elección dentro del contexto en que aparece. Tal es el caso, dentro de este capítulo, de "interviuvada", palabra con la que el escritor, lejos de pagar un tributo a ciertas modas pasajeras como a primera vista hubiera podido parecer, está ironizando sobre lo coyuntural e inconsistente de algunos argumentos entre los que se mueve el mundo de la prensa: "La novia del cabo Tomás [uno de los compañeros de Rogelio de Amaral en la fingida peripecia] fue abundantemente interviuvada y fotografiada", (pág. 94). En suma, un estilo en nada parecido a las precariedades anteriores, jugoso en sí mismo y de probada eficacia para alcanzar los fines previstos.

### 1.8. Melilla.

No cabe duda de que la plaza de soberanía española en el norte de África ocupa capítulo destacado dentro de la historiografía sobre la guerra en Marruecos, tanto en la que refiere los acontecimientos de esta campaña de los años veinte como en la que rememora anteriores conflictos. Su situación fronteriza con respecto al reino de Marruecos y sus continuos deseos de expansión la colocaron en posición idónea para convertirse en causa de todo tipo de rifirrafes con las cabilas limítrofes, baste recordar el desencadenante de la denominada guerra

de Margallo, motivo que, al menos parcialmente, tampoco ha de descartarse en la posterior campaña de Melilla durante 1909. Más tarde, con el establecimiento del Protectorado, su valor estratégico se vio acrecentado, al adquirir estatuto de Comandancia General, por consiguiente, centro desde el que se planificaba y llevaba a cabo la penetración española en el territorio del Rif.

La narrativa que recrea estos sucesos ha recogido la importancia del enclave en múltiples textos y con muy diversas perspectivas. Melilla ha representado dentro de esta novelística la ansiada aunque lejana tabla de salvación para todos aquellos soldados que consiguieron huir durante los críticos días del desastre de Annual; ha sido lugar de encuentro y esparcimiento para aquellos otros que allí acudían tras largos periodos de tedio en las posiciones destacadas; ruina para los oficiales que no supieron preservar sus dineros, y hasta los que no les eran propios, manteniéndolos alejados de las mesas de juego; seno donde se han forjado toda clase de aventuras sentimentales, desde los simples escarceos del amor mercenario hasta nefastas o trágicas pasiones. En suma, el notable relieve de su presencia ha venido siendo casi lugar común en buena parte de estos relatos, en los que ha servido de telón de fondo a muy variadas peripecias literarias de las que en ellos se han ido vertiendo. Sin embargo, hasta el momento nunca había adquirido peso narrativo por sí misma, quedando limitada su función a la de elemento gregario con respecto a otros constituyentes de la ficción, simple comparsa o marco donde se desarrollaban las más variadas tribulaciones humanas. Las novelas que ocupan este capítulo mudan el enfoque: la ciudad con sus espacios, sus ambientes y los personajes que por ella deambulan pasa a ocupar el primer plano, el protagonismo casi absoluto, mientras que el particular acontecer de estos últimos, aunque en alguno de los relatos cobre más que sobrado relieve, coadyuba a la propia configuración urbana.

Tres títulos hacen de Melilla el eje en torno al cual se articula la narración. Dos de ellos aparecieron al poco de finalizar la contienda, en el año 1930, y también resulta rasgo común a ambos el que se deben a autores de escasa proyección novelística. Ninguno de estos dos relatos puede considerarse en puridad una novela de guerra, ni siquiera de fábula en la guerra,

pero este acontecimiento late en su fondo, sin él lo que cuentan no habría tenido lugar, al menos en la forma en que lo presentan. El tercero es de mucho más reciente publicación, de 1991, y de más ambiciosas perspectivas, por cuanto acompaña el retrato de la ciudad y de sus gentes con el desarrollo del conflicto durante los días del desastre de Annual y los meses que siguieron. La guerra constituye por tanto raíz primera y acompañamiento imprescindible para estas recreaciones de un núcleo urbano. Distintas en su amplitud de miras, con un común tono costumbrista en las novelas más antiguas y orientada hacia la aventura humana en la más moderna, pero todas ellas hablan de unos tiempos cambiantes, momentos de rápida expansión y desarrollo debidos a los sucesivos conflictos armados que marcaron aquella etapa.

El primero de estos títulos, La hija de Marte, es obra de un melillense de adopción, Francisco CARCAÑO<sup>589</sup>. Aunque su preferente ubicación en el orden temporal hay que ofrecerla con no pocas reservas, dado que al haber sido publicado otro título en el mismo año resulta difícil establecer una precisa cronología sobre cuál de los dos llegó antes a las librerías. Cuestión que, por otro lado, no parece revestir especial significado, por cuanto a simple vista se observa que responden a proyectos diferentes y sus posibles similitudes quedan limitadas a aspectos muy generales. Con todo, siguiendo las directrices que ofrece Francisco Saro Gandarillas, buen conocedor de ambos textos, habría que considerar que éste se anticipó y el siguiente acaso bebió de él: "se sitúa en la línea de autores como Juan Berenguer, cuya novela Melilla, la codiciada. Los buscadores de pan es cercano trasunto de la de Carcaño."<sup>590</sup> La propia configuración del relato parece avalar las palabras del comentarista en cuanto a la prioridad de este título sobre el otro, además de su bien temprana aparición dentro del año 1930, pues el 26 de marzo ya fue objeto de una reseña bibliográfica en El Telegrama del Rif<sup>591</sup>.

Comienza con el arribo de Fernando Mendívil a Rusadia -nombre procedente de 'Rusadir', denominación que los fenicios dieron al mismo lugar, o a otro próximo al que hoy ocupa Melilla- en los primeros años del siglo. El afán de fortuna, de labrarse un porvenir, ha llevado al joven hasta este pequeño enclave, mitad presidio y mitad cuartel más que

auténtico núcleo urbano por aquellos días. Tras ser recibido por un amigo que lo está esperando, se instala en la única casa de huéspedes existente en la pequeña población. A partir de aquí cabe suponer que el personaje da comienzo a algún tipo de actividad laboral, de la que el lector, obligado por el narrador a ir descubriendo junto a Mendívil los aspectos geográficos e históricos de la ciudad, nada sabe en estos momentos. De lo que sí da noticia es de sus relaciones sentimentales, basculantes entre el amor platónico que siente por la hebrea Ester y la pasión carnal que lo arrastra hacia María, una joven medio argelina que ayuda en la pensión. Ambos afectos irán permitiendo al recién llegado tomar contacto con los distintos ambientes humanos y sociales del lugar. Su posición se va asentando merced a negocios relacionados con la explotación minera en los que se ha introducido. Motivos profesionales lo obligan a adentrarse en territorio rifeño, donde termina secuestrado por los cabileños. Al no satisfacer el rescate que por él solicitan, su cautiverio se alarga y tiene que ir adaptando sus costumbres a la cotidiana vida de sus captores. La pérdida de voluntad le impulsa a aceptar un casamiento con Yamina, una joven y sumisa beréber que termina enamorándose del español. En compañía de otros rifeños emprende viaje hacia Argelia, donde los marroquíes acuden para ganar algún dinero durante la temporada de siega. A medio camino, en Fez, consigue escapar con la ayuda de unos judíos y tras buscar amparo en las autoridades francesas consigue regresar a Rusadia. Entretanto, Ester ha sido enviada por su familia a Francia con la doble intención de que se recupere de la grave enfermedad que le ha ocasionado la desaparición de Fernando y para que olvide ese amor en el que se interponen las barreras religiosas. Al estallar la guerra en 1909, la ciudad conoce una explosión demográfica inusitada hasta entonces. Gentes de todos los lugares de la Península llegan a la plaza con intención de hacer rápidos y sustanciosos negocios al calor de la campaña militar. Al finalizar el conflicto, los límites de la población se han ensanchado y se han creado nuevos barrios para albergar a cuantos allí se han instalado. La guerra ha proporcionado crecimiento y prosperidad a Rusadia y a sus habitantes. Tampoco Mendívil ha quedado al margen de este desarrollo, su progreso ha corrido en paralelo con el de la ciudad. Situación que vuelve a

repetirse una docena de años después, tras la derrota de Annual y la posterior escalada bélica que se alarga durante la primera parte de la década de los veinte. De nuevo otra marea humana inunda Rusadia, y ésta crece y se desarrolla como ya lo había hecho en el reciente pasado. También a Fernando le ha sonreído la fortuna económica durante este tiempo. Su prosperidad, alcanzada por medios siempre lícitos, se ha hecho evidente, llegando a convertirse en un hombre influyente y respetado por sus conciudadanos. Incluso goza de admiración y notable predicamento entre el sector femenino. Sin embargo, sus viejos amores han quedado en nada. Rechazó la desbordada pasión que le ofrecía María, en la actualidad respetable esposa de otro hombre y madre de un niño, mientras que nada sabe de la aún ausente Ester, quien, tras un fallido matrimonio, marchó a Palestina para defender la causa sionista. El contrapunto de su reputada situación lo pone una repentina tuberculosis, que lo obliga a regresar a su tierra natal para hallar el descanso que su enfermedad necesita. Allí, recupera la relación con Felisa, su novia de adolescencia, con la que contrae matrimonio. Juntos regresan a Rusalia para crear una familia y emprender nuevos afanes. Al final, tras un largo lapso de tiempo, Fernando se convierte en ocasional testigo del retorno al lugar de una envejecida y muy cambiada Ester, mientras contempla con admiración no exenta de cierta nostalgia los progresos que la civilización ha ido trayendo a una ciudad que ha ido creciendo y desarrollándose a la par que ha ido discurriendo su propia vida.

La segunda de estas novelas, Melilla, la codiciada. Los buscadores de pan, de Juan BERENGUER<sup>592</sup>, viene a ser una suerte de fragmento temporal desgajado de la anterior y ampliado por un más detallista enfoque. Centra su atención en la etapa de evolución melillense que siguió al descalabro bélico de Annual, en la llegada de aluviones de gente en pos del pronto medro económico, de la fácil ganancia que el incremento de las fuerzas militares podía reportar. Retrato pues de la segunda gran explosión demográfica que se produjo en la ciudad, la de los primeros años veinte, de la que Francisco Carcaño había dado somera cuenta en su relato y que en éste se refiere más por lo menudo. Allí acude, en compañía de su hija Pilar, Miguel Gracián, maduro campesino que ha liquidado sus pequeñas

propiedades en España para tratar de averiguar el paradero de uno de sus hijos, soldado desaparecido en la posición de Dar Quebadni durante la caída militar de la Comandancia de Melilla. En el mismo puerto traban amistad con José Contreras, joven dependiente de bodega, que ha arribado a la plaza en busca de un trabajo más rentable que el hasta entonces desempeñado, y al que Gracián presta el dinero requerido como depósito para entrar en la población. Poco tarda el mozo en orientar sus pasos hacia la actividad lucrativa, mediante la venta en Melilla de los vinos de su antiguo jefe. Negocio del que en seguida hace partícipes a sus benefactores. Así, mientras indagan sobre la suerte corrida por el soldado, no desaprovechan la oportunidad de allegar algún beneficio pecuniario, que no parece ser magro si se repara en los sucesivos traslados de vivienda de la familia, que comienza malviviendo en "una covachuela de la cantera del Carmen"<sup>593</sup> y terminan en "una casa de la calle del Gran Capitán"<sup>594</sup>. Al calor de la creciente prosperidad de la empresa, acude también otro hijo del antiguo labrador, Felipe, con su correspondiente mujer. Con rapidez todos van integrándose en la vida melillense, de la que vamos conociendo nuevos y variados personajes para completar la estampa social de la localidad. Sin embargo, nada se obtiene sin algún quebranto, y tanto Contreras como los Gracián han de pagar el precio de la prosperidad. Aquél, mediante el transitorio menoscabo de su éxito comercial y de su reputación, al convertirse en víctima de una conjura que contra él han urdido los Pinto, una familia de judíos con intereses comunes en el negocio de vinos. Acusado de contrabando hacia los rifeños pasa por un mal trance. Mientras que la joven hija de Gracián, Pilar, también resulta víctima de la perversa conducta de estos hebreos. En su caso ha de sufrir un amor embaucador por parte de Jacobo Pinto, que primero la enfrentará y poco después la alejará de su familia. Al final, éstas y otras intrigas menores quedan felizmente resueltas y todos estos personajes, más algún otro que se les ha agregado durante su peripecia melillense, deciden abandonar la plaza norteafricana con la intención de instalarse en Granada, una vez que Miguel Gracián ya se ha enterado de que su hijo murió durante el desastre de Annual y



fue enterrado por los legionarios que iniciaron la posterior reconquista del territorio perdido en aquellos aciagos días.

Por último, El cañón del Gurugú, del también melillense de adopción Severiano GIL RUIZ<sup>595</sup>, se presenta como obra mucho más tardía y ya desconectada en el tiempo de todo contacto con los sucesos que refiere, hasta el punto de que aquí sí cabe hablar de una reconstrucción histórica, pues fechada en 1991 rememora acontecimientos de 1921. Empeño, este de la evocación del pasado de la plaza española en el norte de África, al que el autor parece haber dedicado toda su energía creativa, dado que su primera incursión conocida en el terreno de la ficción narrativa, Prisioneros en el Rif, de la que se hablará en epígrafe venidero, ya fabulaba sobre el mismo asunto aunque desde diferente encuadre. El título que ahora nos ocupa constituye la primera parte de una trilogía novelesca en torno a la evolución de la ciudad de Melilla, que se completa con los títulos La tierra entregada y Jádir<sup>596</sup>. En la composición de esta primera entrega se deja ver el conocimiento de las ya mencionadas obras publicadas en el año treinta, lo que atestiguan algunos guiños dentro del propio texto, pero con unas más ambiciosas miras que sus predecesoras. Si la de Berenguer podía considerarse un inserto temporal dentro del largo periodo que cubre la de Carcaño, ésta aquilata aún más el momento referido, ciñéndolo a los días del desastre de Annual y a los meses inmediatos. A pesar de acotar el tiempo a un más breve periodo, aventaja con mucho a las anteriores en intensidad y en configuración novelesca, por cuanto el perfil de la ciudad se va abriendo paso entre un más elaborado conflicto de varios personajes. Su amplia proyección -lo que no sólo alude a unas generosas dimensiones, más de 600 páginas- recupera el concepto y las formas del relato tradicional, en especial en lo que a su gusto por ir hilvanando peripecias se refiere. Ambientada en Melilla y en la inmediata zona colonizada, comienza casi en el mismo instante en que se tienen lugar los primeros compases de la derrota española y va narrando la peripecia de unas criaturas en zozobra, entrecruzando sus destinos y fundiéndolos con el propio devenir de la ciudad y de aquella guerra. A través de Eulalia de Vega, *madame* del más reputado casino prostíbulo de la plaza y de todo el Rif oriental,

además de lazo de unión entre todos los seres novelescos -los cuales, más tarde o más temprano, entran en relación con ella-, vamos conociendo los destinos halagüeños o inciertos de un buen número de personajes cuya cotidiana existencia quedará desviada de su rumbo habitual por el acontecer bélico o sus consecuencias. Desde los jóvenes hermanos Boada, huérfanos de padre, de madre e incluso de padrastro y dueños de una hacienda colonial en las riberas del Muluia, *Las Adelfas*, sobre la que pesa un próximo embargo; hasta el próspero comerciante Félix Luengo, enriquecido al calor del crecimiento melillense de los años anteriores, tras cuya apariencia distante va surgiendo un hombre bondadoso y con deseos de redimir su soledad y aislamiento. Pasando por un joven y heroico aviador, Jorge, de aristocrática ascendencia por parte paterna pero hijo de Eulalia, cuyo vínculo le será desvelado en esos días tras haber sentido un irresistible enamoramiento de la *madame*, sobre la que desconoce la relación biológica que le liga a ella, para caer más tarde rendido a los pies de Elisa Boada, agnésica hasta el punto de no reconocer ni a su hermano por causa de la violación y cautiverio que los rifeños le han infringido. Los tres se ven acompañados por Guillermo Boada, joven emprendedor al que la necesidad de conseguir el dinero necesario para intentar salvar la hipotecada propiedad familiar ha llevado hasta el Marruecos francés, y ahora, en su viaje de regreso, habrá de atravesar el territorio en poder de los cabileños durante los momentos más álgidos del levantamiento de Abd el Krim, para después buscar sin éxito a su desaparecida hermana, Elvira, entre el aluvión de refugiados en la plaza. O el fatuo y ambicioso Casimiro Villalba, que, en su función de antagonista de los anteriores, no reparará en medios para conseguir sus ilícitos fines, que no son otros sino apoderarse de una elevada cantidad de dinero que otro desalmado, Miguel Novoa, agente de la compañía La Colonizadora, consiguió tiempo atrás mediante una fraudulenta venta de armas a los rifeños, las cuales pertenecían a la empresa para la que trabaja. Asunto que se convertirá en uno de los ejes argumentales de la historia, y alrededor del cual se originarán odios, muertes e intrigas suficientes para desasosegar a los personajes y mantener expectante al lector durante buen número de páginas. Al final, el destino repartirá desigual suerte entre todos estos seres.

Eulalia clausurará su local de actividades mal vistas para emprender el camino de su rehabilitación social de la mano de Guillermo, el cual a su vez ha recuperado el dinero ansiado por tantos, en la finca de *Las Adelfas*. Mientras el asexuado -por carecer de inclinaciones lividinosas de ningún tipo- Félix Luengo llenará su solitaria vida con un grupo de amigos que en algo se asemejan a la deseada familia que nunca tuvo. Los demás, no gozarán de tanta suerte. Elisa, recuperada la perdida memoria en el último momento, morirá junto al codicioso Casimiro, víctimas de uno de los postreros proyectiles que los rifeños, con uno de los cañones capturados al ejército español durante el desastre, disparan diaria y regularmente sobre Melilla. Jorge, recuperada una madre pero perdidos dos amores, su propia progenitora y Elisa, se estrellará con su avión pocos años más tarde, en 1925, durante el desembarco en Alhucemas. En tanto que el perverso Novoa, cobarde que huyó de la plaza cuando el asalto de los sublevados parecía inminente, tendrá un oscuro final en Sevilla a causa de un ataque cardíaco.

En paralelo a estas desasosegadas existencias, la guerra irá mudando su trayectoria, desde la inquietante derrota del principio al posterior avance y reconquista de las tropas españolas para recuperar el terreno perdido durante la derrota de julio. De tales operaciones, de las de la caída y de las de la recuperación, iremos teniendo puntual información. Y también sabremos de la cambiante atmósfera que se respira en la plaza. A la angustiosa desesperación inicial que impele a sus ciudadanos a abandonar el lugar, seguirá la posterior expansión melillense debida a los coyunturales negocios emprendidos al calor de la contienda y del incremento vecinal. Ciudad que, al igual que en las narraciones precedentes, bien puede considerarse otro personaje más, pues también ella experimenta el tránsito de su pasada fisonomía a otra nueva, configurada por la mezcolanza de los antiguos habitantes con el fragor que imponen los nuevos: colonos refugiados en su perímetro, militares con la misión de defenderla y paisanos llegados de otros lugares de España en busca de rápida prosperidad; gentes, en fin, que dibujan el fondo sobre el que sobresalen los protagonistas.

Los dos primeros textos poseen un innegable valor topográfico y social, en cuanto que en ellos pueden rastrearse no pocos datos sobre la evolución de la urbe melillense, con pormenorizadas informaciones sobre su paisaje y su paisanaje, esclarecedores documentos para seguir la trayectoria de la ciudad en el primer tercio de siglo. Pero, con independencia de estas aportaciones, su estimación desde la perspectiva de la creación novelesca en poco rebasa la pura insignificancia. Desacierto en el que no incurre El cañón del Gurugú, menos descriptivista del dato puntual, aunque también incluya algunos, pero pletórico de carne narrativa. Por el contrario, los primeros relatos, tanto uno como el otro, aunque no por idénticos motivos, adolecen de un sustento argumental sólido, que en el caso de La hija de Marte, de tan reducido como queda, por momentos -a veces durante capítulos enteros- cabe pensar que ni siquiera lo haya. Leído en la tradicional forma en que viene leyéndose un texto novelesco, como conflicto de unos personajes en un tiempo y en un espacio, resulta insustancial, pues las andanzas de Mendívil apenas nada interesan, incluso más que relato de peripecias personales se antoja mínimo e insuficiente soporte -de excusa lo tilda, con toda razón, Saro Gandarillas<sup>597</sup>- para hilvanar un discurso sobre la historia, las gentes y el devenir de Melilla. Tampoco cabe entender la obra de Carcaño como libro documental o cercano a la literatura de viajes, a pesar de que en repetidos momentos se aproxime a estos modelos, por cuanto no describe una situación estática sino un proceso dinámico y cambiante, con notables semejanzas al que podría haber experimentado un personaje, pero referido a una población, la cual a lo largo del relato muda de cerrada plaza militar a urbe abierta y cosmopolita. En rigor habría que considerarla por tanto la novela de una ciudad. No obstante, y en ello tal vez resida su precariedad, la imagen de una ciudad -al menos para que tenga atractivo en la ficción- no puede limitarse a la faz o a la historia de sus piedras, ni a los sucesivos ensanches de su área urbana adornados con ligeras pinceladas costumbristas, sino que, por encima de estos elementos al cabo accesorios, ha de sustentarse en el retrato de sus habitantes, en el ambiente humano que transita los lugares e infunde espíritu a esas piedras. A tal efecto, baste recordar las celebradas pinturas locales que sobre múltiples rincones de la

geografía nacional compusieron los narradores realistas de finales del XIX, pero siempre anteponiendo las pasiones de sus pobladores a la mera descripción local. Buen ejemplo de este proceder nos lo ofrece, por no salir del ámbito presente, el relato de Gil Ruiz, donde el menor detallismo retratista se suple con un consistente entramado humano, para obtener al final un perfil urbano tal vez no tan minucioso en su valor documental pero sí mucho más novelesco.

Melilla la codiciada aparenta en este sentido algo más de consistencia, pues, a diferencia del universo melillense de Carcaño, aquí los seres humanos se anteponen a las piedras. Sin embargo, este mayor grado de ficcionalización sólo se aprecia en la ideación novelesca, porque, cuando el proyecto ha de materializarse, la fábula se carga de páginas mostrencas sobre banales enredos amorosos de personajes secundarios y se malogra, con lo que el resultado no va más allá de una sucesión de hechos bastante desvertebrados entre sí, que se acompañan de una inveterada tendencia hacia la trivialidad y lo folletinesco. Los mismos materiales con otro tratamiento tal vez hubieran podido convertirse en un retrato de anhelos humanos logrados en paralelo al desarrollismo de la ciudad y, además, ilustrativos de éste mediante síntesis narrativa, mientras que así todo queda en una desvaída e intrascendente crónica de sociedad cercana a las que suelen presentar cierto tipo de revistas, trufada de banales intrigas poco motivadas y peor resueltas. En consecuencia, lo irrelevante se sobrepone a lo sustancial, gestando un relato bastante ramplón en lo que al mundo creado se refiere y del todo anticuado en su factura, que si en algún sentido presenta un cierto avance sobre el anterior, tampoco acrecienta en nada el decaído interés novelesco de aquél.

Fuera de estos parámetro, y por tanto de toda posible comparación, hay que situar la novela de Gil Ruiz, en la que la reconstrucción histórica de la ciudad se subordina en todo momento a la zozobra y pasiones de sus criaturas. Melilla existe, incluso la zona colonial que se ha creado en sus alrededores, de la cual nada apenas dicen los otros textos, y se presenta rebasando el tradicional concepto de mero marco donde acontecen unos hechos, pero nunca

como ente autónomo o mera suma de banalidades, sino como elemento bien trabado y fundido con los personajes humanos.

Atendiendo a sus planteamientos, habría pues que distinguir tres modos de acercamiento novelesco a Melilla: el descriptivismo localista, con mucho de crónica y sin apenas trasfondo humano, predominante en Carcaño; el costumbrismo humano con pequeñas dosis de pintura urbana, hacia el que se inclina Berenguer; y la reconstrucción de un momento histórico de capital importancia para el devenir de la ciudad, enfocada a través de la vivencia de un grupo de personajes, testigos involuntarios de la derrota y de su repercusión a través de los cuales se sintetiza el latir de la población, presentada por Gil Ruiz. Tres formas distintas de concebir el relato y que, aun partiendo de un referente común, resultan difíciles de armonizar. Algunas afinidades pueden hallarse entre los dos textos de 1930, incluso, como ya señalaba antes, Melilla la codiciada viene a resultar una suerte de inserto dentro de La hija de Marte, salvando las distancias, sobre todo de tono, que diferencian ambos títulos. El cañón del Gurugú se aparta por completo de estos modelos precedentes, con los que sólo mantiene una identidad de lugar y, en parte, de tiempo referido. Opta por seguir los pasos del realismo tradicional y, a diferencia de la propuesta de Carcaño, antepone la trayectoria de sus criaturas a la despersonalizada crónica local, e infunde a la primera suficiente entidad para que interese por sí misma y no la convierte en mero cuadro colectivo, cual sucede en el relato de Berenguer. Lo cual no ha de entenderse demérito o conservadurismo narrativo frente a más innovadoras fórmulas, sino todo lo contrario, pues aquéllas tampoco ensayan nada nuevo y a cambio su valor como ficción novelesca se resiente.

La reconstrucción del universo melillense en La hija de Marte denota una absoluta simplicidad expositiva. Tras un primer capítulo introductorio, somete Carcaño al lector a una minuciosa descripción de la primitiva ciudad, en la que va dando exhaustiva cuenta de su historia, de sus barrios, de sus edificios mayores y hasta de cualquier recoveco que le parece significativo. En paralelo va trazando el perfil de las varias tribus o ambientes en torno a los cuales se agrupa una población formada por gentes de razas, culturas, religiones y hasta

menesteres bien diferenciados, donde, contra lo que pudiera pensarse, apenas hay vestigios de mestizaje, más bien todo lo contrario, un ensimismamiento endogámico y una hostil cerrazón a todo contacto con el distinto. Baste reparar en que estos son los motivos que frustran la incipiente relación amorosa entre el cristiano Fernando Mendívil y la hebrea Ester. Por esos tiempos, Rusadia, a pesar de lo variopinto de sus moradores, distaba mucho de poseer ningún espíritu cosmopolita. Por encima de la natural diversidad, su sociedad ha regulado el ordenamiento social en rígidos e inviolables compartimientos estancos, reflejo de un omnipresente elemento rector: su carácter de plaza militar, el cual se sobrepone a todos los demás. El colectivo civil se haya subordinado al estamento castrense, no tanto porque éste ostente el poder de hecho y de derecho, aunque también, sino sobre todo porque las costumbres, modos y pautas de comportamiento de este abundante grupo se han impuesto sobre cualesquiera otras:

"-(...) se me hace un poco cuesta arriba tanta militarización, de que está contagiado el elemento civil. Frecuente es escuchar al vendedor, al camarero, a todos: mi teniente, mi comandante o mi coronel. Se ha abolido el respetuoso y cívico don Fulano o don Zutano, y se han sustituido las saluciones 'Buenos días', 'Vaya usted con Dios', 'Usted lo pase bien', por la consagrada frase, tan marcial, que prescriben las ordenanzas: 'A la orden de usted'<sup>598</sup>.

Tal situación ha dado origen a un conglomerado humano cerrado sobre sí mismo, tanto por el efecto físico de sus murallas: "-(...) Ahora encontraremos la puerta de hierro, que todas las noches se cierra para dejar aislada la plaza, y después verás los puentes levadizos. Aquí se vive como en la edad media", (pág. 27); como por el apartamiento, el quietismo y la inmutabilidad de siglos: "el devanar lento, monótono y tediosos de las horas y los días, que pasaban, todos iguales, sin más emociones que la llegada bisemanal del vapor correo, cordón umbilical que unía la aislada fortaleza con el mundo civilizado", (pág. 57).

Estabilidad que se verá alterada y quedará rota desde el momento en que comienza la guerra de Melilla partir de 1909. Aquel conflicto acarreó la más luctuosa desgracia para

muchos, para el conjunto del país en realidad: "Recorrió Fernando los patios del cementerio, que rápidamente se llenaban de tumbas (...) Ya el número de muertos superaba al de los habitantes de Rusadía que conoció poco tiempo antes", (pág. 202). Sin embargo, también marcó un punto de inflexión en la hasta entonces tranquila e inamovible vida de la ciudad. Dividió el tiempo en un ya irrecuperable antes y un insólito y novedoso después:

"(...) una época anterior, la cual tuvo término el día en que morían asesinados unos obreros y salían precipitadamente las tropas a castigar a los moros asesinos." (Pág. 194).

El progreso y la civilización llegan a Rusadía a expensas de la guerra. Primero en forma de simple medro económico, para los que ya estaban y en especial para aquellos otros que hasta ella llegaron alertados por el olor del lucro fácil, por la rápida prosperidad:

"De los antiguos comerciantes e industriales de Rusadía medraron algunos en relación al aumento de ventas y negocios, no en proporciones extraordinarias (...) En cambio varios llegados con la avalancha que llevó la guerra, sin otro bagaje que su pillería, se habían aprovechado, dejando a un lado la conciencia y los sentimientos humanitarios. Tales los que fabricaban bebidas que eran tóxicos venenosos", (pág. 198).

Y casi a la vez imponiendo una mudanza en las costumbres, pues los nuevos pobladores, militares y paisanos no sólo se dejan la vida en los enfrentamientos bélicos o se aprovechan del prójimo, sino que también inyectan savia renovadora en la esclerotizada localidad:

"Las calles tenían una animación extraordinaria a todas las horas del día y de la noche (...) Rusadía era un gran acuartelamiento. Los uniformes de campaña invadían cafés, teatros, restaurantes y hoteles, que brotaban fulminantemente obedeciendo al imperativo de la necesidad. El bullicio y la animación contrastaban con la monotonía y tranquilidad de la vida pocos meses antes." (Páginas 194-195).

La fisonomía urbana se transforma y adapta a las necesidades presentes: "Fue necesario edificar aprisa y surgieron barrios nuevos a la derecha del Aureo y crecieron los ya existentes



en su margen izquierda./ En corto espacio de tiempo se duplicó la superficie cubierta y la Rusadia de entre murallas quedó como algo histórico, casi al margen de la ciudad", (pág. 193). Por último, el entero espíritu de Rusadia se modifica. El lugar ha dejado de estar constreñido por las murallas, por las físicas, rebasadas por las nuevas edificaciones, y por las morales, incapaces de contener los nuevos comportamientos sociales y las renovadas ansias de goce:

"Resultado de tanta transformación, de tanto cambio, en el aspecto de las calles, en las costumbres, en las personas, que a Fernando le parecía estar en población distinta de Rusadia. Los elementos de la antigua se habían desleído en el torrente que afluyó, variando por completo la fisonomía. El aluvión había aportado elementos, aún no sedimentados, que dábanle un matiz de ciudad cosmopolita, activa, optimista, un poco aturrida, irreflexiva, alegre, dilapidadora." (Páginas 199-200).

El proceso evolutivo se ha consolidado, lo que antes era poco más que una fortaleza, ya ha dejado de serlo. Sin embargo, la población acusa los vaivanes inherentes a cualquier sociedad y, con el tiempo, cuando la euforia inicial ha desaparecido, la prosperidad se atempera y hasta se avizoran indicios de decadencia en cuanto el conflicto armado se acaba:

"La ciudad tomaba carácter de estar definitivamente constituida, normalizada en su desarrollo. Sus habitantes, oriundos de diversas regiones españolas, rivalizaban entre sí en la celebración de homenajes de devoción a sus respectivas patronas (...) No obstante esta alegría, notábase una crisis latente originada por la disminución de contingentes militares, base principal de la riqueza (...) Empezaba un sordo malestar, protesta de letras, quiebras, incendios que no parecían espontáneos. Por si esto fuera poco, el vicio del juego originaba otras ruinas. En todos los círculos había 'treinta y cuarenta' y 'bacarrat'. Llegó un momento en que hasta personas refractarias al juego, acudían ante el tapete verde (...)" (Pág. 244).

Pero el dios Marte no abandona a sus protegidos y, de nuevo, acude en su auxilio de Rusadia. El desastre de Annual y la posterior escala bélica acaecida a partir de julio de 1921 termina

de completar el proceso de entrada en la modernidad que había comenzado una docena de años antes. Por segunda vez vuelven a repetirse las mismas situaciones: nuevas tropas, más militares y soldados con necesidades que cubrir y dinero para gastar; otro aluvión de emigrantes peninsulares con idénticos afanes a los que trajeron los de la campaña anterior: enriquecerse lo antes posible; un obligado ensanche de la zona urbana para dar cobijo a estos inesperados moradores; y los consiguientes cambios en los hábitos sociales. Cuestiones en las que Carcaño no se detiene mucho por no repetir lo ya visto en tiempo pasado. Momento en el que, casi como una suerte de inserto dentro de la narración anterior, se incorporarán Melilla, la codiciada y El cañón del Gurugú, aunque con distintas perspectivas y amplitud temporal cada una de ellas. La primera, sin alejarse del todo del modelo anterior, va mostrando con más detalle el desarrollismo de esta época, en la que la antigua plaza militar se nos aparece ya con una configuración de ciudad moderna e incluso con ciertos aires de cosmopolitismo, del que habla por sí mismo el mestizaje de sus tertulias, ejemplificado en la Peña de los Murmuradores, donde ciudadanos de variadas razas y credos departen en amistoso clima. Berenguer, a diferencia de Carcaño, aunque también haga alguna alusión al tiempo pasado, no persigue elaborar una pormenorizada reconstrucción histórica de la localidad, sino más bien captar ese instante de rápida transformación, cual si se tratase de un ser humano en proceso de maduración, paralelismo que queda establecido desde el primer párrafo:

"Como el hombre, la ciudad tiene también su fisonomía, y lleva en su seno corazón repleto de vida; afanes le cuesta a la ciudad como al hombre acabar cada día y esperar el mañana, con su incógnita o con su cortejo de esperanzas y de temores. Cambia la fisonomía de las ciudades como cambia el rostro del hombre, los sucesos, buenos o dolorosos, hacen que el corazón se acompañe a ellos y su fisonomía se altere." (Pág. 7).

En contra de lo que pudiera pensarse, esta mutación no allegará ningún beneficio colectivo, ni acercará el progreso, sino que lejos de suponer mejoras para la ciudad rebajará su nivel moral, pues quienes se encargan de cambiar esa fisonomía son "gentes advenedizas que jamás

encajaron en su espiritualidad [la de Melilla], antes tratarían de ahogarla porque es más fácil camino para lograr sus designios"<sup>599</sup>. Y es que el relato además de dar cuenta de este estado evolutivo -o involutivo desde el punto de vista ideológico de la novela- anida en su interior una muy dura increpación contra los que aprovecharon la coyuntura para enriquecerse. En esto se aparta por completo de los planteamientos de La hija de Marte, que, aún disconforme con los excesos, cifraba en estas llegadas masivas de nuevos pobladores el germen del desarrollo urbano. Berenguer se muestra mucho más conservador en su enfoque. Esos recién llegados carecen por lo general de todo escrúpulo, se lucran sin decoro y sin conciencia a costa de la sangría nacional, son los cuervos de la guerra, como augura uno de los viejos vecinos aun antes de que los advenedizos sienten plaza en la localidad:

"-Esto se arregla pronto; vendrán batallones; España verterá aquí su sangre a raudales y veremos asaltar estas calles que nosotros hemos visto antes huertas magníficas y cañadas deliciosas, la legión de los traficantes que siguen como moscas a todos los ejércitos. Y Melilla volverá a cambiar de fisonomía hasta que nosotros ni podamos recordar por dónde se pudo entrar antaño al fortín de San Jorge. Veremos caras nuevas, procedimientos de intriga muy a la moda; se convertirán en grandes señores unos cuantos desocupados; escalarán las alturas en que se fabrican las influencias unos cientos de ganapanes que ya se irán dando trazas para alzarse con el santo y la limosna. Melilla ya no es nuestra; para Melilla empieza una era distinta; aquí va a iniciarse el reinado de los arribistas, de los logreros, de los hombres sin conciencia que van a traficar con la sangre del soldado, con el sudor de la gente pobre y hasta con la tranquilidad de España", (páginas 15-16).

Argumento que poco más tarde matizará, aunque dentro de unos muy parecidos términos, José Contreras, justo uno de esos ganapanes, pero caso muy especial dentro de la estirpe:

"-Déjate de filosofías, Pepe; el negocio no tiene entrañas.

'Y como si la punta sutilísima de un buido puñal se le hubiese clavado en las carnes, dio un salto sobre la silla el mocetón sensato, y (...), respondió:

'-Ese es el mal: creer que no las tiene y obrar en nombre del negocio, sin entrañas (...) si el hombre es bueno, el negocio es honrado; si el hombre es egoísta, el negocio se convierte en un crimen. Es horrible esa razón con que suelen enmascarar sus verdaderos pensamientos aquellos que sólo tienen como norma de conducta enriquecerse pronto. Para éstos no hay más impulso moral que la satisfacción de sus egoísmos; llegan a Melilla, buscan por los atajos lo que pueden encontrar por los caminos reales; pero es que el atajo es más corto y se ahorra mucho camino, y aunque está bordeado de zarzales, nada importa, nada arredra: se sigue adelante, aun dejando rastros de carne en la senda o jirones de honra en las zarzas." (Páginas 129-132).

Tal idea emerge cada dos por tres en el relato, no sólo reproduciendo el pensamiento de personajes con tan diferente bagaje y trayectoria como los que acabamos de ver, sino inserta en el propio discurso del narrador, que también se revela contra ese aluvión de carroñeros cuyo proceder emponzoña y envilece el tradicional espíritu de Melilla:

" (...) gentes de 'pan buscar', sin apego a las tradiciones ciudadanas, sin asiento a la lumbre hogareña, aves de paso o de rapiña que vuelan aligeras cuando han alcanzado la presa con sus garras. Estas gentes no son de la fisonomía moral de Melilla, sino sus terribles surcos, sus arrugas profundas, la mascarilla que ahoga." (Pág. 9).

La reprobación de estas conductas y del corrupto ambiente que han creado constituye el verdadero *leitmotiv* de la novela, desplazando a un segundo término el mero desarrollismo melillense, que conseguido por semejantes procedimientos no puede interpretarse sino como una desgracia. No hay que husmear con excesivo denuedo en el texto para encontrar la razón de tanta inquina hacia esos negociantes de coyuntura. Basta reparar en algunas de las palabras vertidas en las citas anteriores por el antiguo vecino o por Contreras para comprender que esos comerciantes representan el envés de la abnegación y el heroísmo que otros están derrochando en el campo de batalla. A la generosidad de éstos, aquéllos responden con un mercantilismo especulativo que obtiene su rentabilidad a costa de las horas de humillación que vive la patria y del sacrificio de los auténticos patriotas: los militares y soldados, primero

exprimidos por esos logrereros que les chupan la sangre y luego muertos o vejados por los rifeños, traidores que se ciscan en terminar de arrebatárles lo que aquéllos han dejado. Tras la cáscara del desarrollismo de la plaza norteafricana y abriéndose paso entre las no pocas páginas y episodios mostrencos del relato, va surgiendo su esencia: la decidida defensa de los valores militares, superiores en calidad a cualesquiera otros, y la reivindicación de una escalada bélica sin contemplaciones contra las pérfidas cabilas que han osado mancillar las armas españolas y el orgullo nacional. En suma, un *corpus* ideológico asentado sobre los resabios de un patriotismo de época, aunque ya añoso para el momento y, a lo que pudo verse después, bastante desnortado. Múltiples detalles diseminados por todo el texto dan fe de esta voluntad, pero el aval más rotundo para estos planteamientos de fondo se encuentra en la propia estructura novelesca, o más bien en el elemento que desvertebra esa estructura, que no es otro sino el aparentemente inmotivado fragmento donde la narración abandona Melilla y sus habitantes para adentrarse en el campo de batalla y dar cuenta de la caída de Dar Quebdani y de la posterior suerte corrida por sus defensores durante los días en que se fue consumando la derrota española. Segmento que cubre los capítulos III y IV, en los que de repente se rompe el hilo que el relato venía siguiendo hasta el momento, y el que retomará una vez pasado este puntual episodio, mediante una anacronía temporal y un cambio de escenario sorprendentes para el lector, porque en esas páginas ni siquiera se da razón del soldado desaparecido, el hijo de Gracián, cuya desventura había servido como célula de arranque a la fábula. Este extemporáneo paréntesis hace retroceder la historia hasta días anteriores a lo que venía sucediendo, pues la toma de esa posición se produjo hacia el 25 de julio, al poco de comenzar la derrota, mientras que en el capítulo anterior los Gracián ya se han asentado en Melilla, lo que hace suponer que algún tiempo habría pasado desde que les fue comunicada la noticia y se desplazaron desde España al norte de África. Con todo, lo más llamativo no es la discordancia temporal sino el consecuente desplazamiento espacial, que obliga al narrador a realizar un forzado escorzo en su campo de visión, pasando sin transición o razonamiento alguno -siguiendo pautas semejantes a las que mostraban los narradores en las

novelas por entregas- de la ciudad a un punto bien alejado, que en principio se supondría fuera de ese campo de visión -circunscrito a la urbe- que se ha fijado, para regresar por tan abruptos modos a Melilla en el capítulo siguiente. Nada de esto se antojaría extraño si el relato tuviese un discurrir alternante en tiempos y espacios, pero, bien al contrario, ambos parámetros se rigen por pautas tradicionales. El fluir temporal se acompasa a los sucesos con absoluta linealidad cronológica, sólo rota, desde el discurso del narrador, para recuperar el pasado de una pintoresca ciudadana melillense, Antoñita Fajardo, en una convencional y razonable analepsis conducida por el propio personaje durante los capítulos XII y XIII, y sin ningún parecido con la brusca anacronía anterior. Y en cuanto al espacio, en ningún otro momento la visión alcanza más allá de los límites urbanos. Cabe entonces preguntarse sobre dónde reside el motivo para tan extemporáneo paréntesis. Berenguer presenta a los logreros negociantes, pero su amoral infamia carecería de correlato si a la par al lector no se le brindase la oportunidad de conocer *in situ* la otra cara de la moneda: la abnegación y el valor militar. Asuntos que en ese par de capítulos se prodigan con generosidad:

"-Nuestro capitán era el hombre más barbián que he conocido; nadie podrá decir nada de él si no son alabanzas. ¡Mecachis, qué tío! No se le arrugaban las patillas por tiro más o por tiro menos; (...) así ha muerto él como mueren los hombres, y han muerto también nuestros compañeros, que Dios tenga sitio pa tanto martir en el cielo." (Páginas 43-44).

Dentro de ese mismo ánimo probelicista y promilitarista, la ocasión también se presenta propicia para ver de forma directa la felonía cainita de los rifeños, que al igual que más tarde sucedería en Monte Arruit, una vez depuestas las armas, masacraron a las rendidas tropas de Dar Quebdani:

"Pusiéronse en marcha las fuerzas; las compañías desarmadas eran conducidas al exterior del campamento; (...) por ese camino habían de marchar hasta la plaza, dicen que protegidos por la gente de Kabdur Amar (...)/ Hasta que surgió la traición (...) Sonó un disparo; luego otro, y otro, y otro (...) y, por fin, desde todas las alas del

campamento se abría un fuego violento contra nuestros soldados, que iban cayendo sin el recurso gallardo de una posible defensa." (Páginas 34-36).

En este contexto de exaltación heroica cobra todo su sentido el último episodio significativo de la novela, la noticia de que el hijo de Gracián cayó durante el desastre y fue enterrado con el siguiente epitafio: "*Aquí yace un pobre soldado español*". Palabras que, por sí su alcance no había quedado claro, se completan con una bien expresiva reflexión del propio narrador:

"el sacrificio de una raza que va predicando en el desierto de las conciencias musulmanas, muriendo a lanzazos de la brutalidad, prodigando su sangre y el tesoro de una juventud magnífica." (Pág. 291).

El motivo articula así una disposición circular del relato, que, a pesar de los avances que ha ido teniendo, se cierra sobre idénticos planteamientos a los enunciados al comienzo por el antiguo vecino melillense, en los cuales se contiene el alma de la fábula: la reivindicación del soldado y por extensión de toda la milicia, tan explotada como vilipendiada durante aquellos días.

Como apuntaba antes, en el texto se pueden rastrear otro buen número de detalles más menudos que con idéntica claridad hablan sobre la intencionalidad ideológica de Melilla, la codiciada. Entre ellos se significa, por reiterado y evidente, el tratamiento que recibe todo lo orientado a prolongar la guerra y vengar la ofensa infringida por el nativo, asunto que recibe el más cerrado aplauso por parte del narrador. Desde la comprensible euforia con que retrata la llegada de refuerzos a la ciudad, hasta el ya no tan comprensible, por cuanto de prolongación de la desdicha y la muerte conllevaba, apoyo a las acciones emprendidas en pro de la recuperación del territorio perdido, en el transcurso de las cuales habrían de cavarse otras muchas tumbas con epitafios semejantes al que recordaba a Miguel, el fallecido hijo de Gracián:

"Menudeaban las agresiones y no había convoy que no costara un río de sangre. Tanta, que se hacía indispensable, o continuar el avance o renunciar a todo, pactando

y sometién dose al criterio de Abd-el-krim, que en su soberbia triunfal pedía nada menos que la retirada hasta las puertas de Melilla." (Pág. 158).

No menos ilustrativo resulta el perfil del rifeño, del cual da cabal cuenta no sólo el repertorio de cobardes acciones en que va siendo presentado, sino el vituperante léxico con que se pergeña su caracterización: "las turbas rebeldes (...), presas del demonio de todas las crueldades", (pág. 22); "la maldad de los indígenas", (pág. 31); "el espíritu sanguinario de estos seres", (pág. 35); "los aullidos feroces de la chusma", (pág. 36); "cualquier forajido hacía el disparo fatal", (pág. 38). A pesar de este nada favorecedor retrato, entiendo que no le falta razón a Vicente Moga Romero cuando sostiene que judíos y mahometanos "tienen un tratamiento adecuado sin muestras de animadversión"<sup>600</sup>, pues tales rasgos no hay que contemplarlos como síntomas de prejuicios raciales o culturales, tan sólo como indicios del enconamiento y furor que provoca un enemigo que con tanta alevosía se ha conducido. En extremo contrario, se muestra a Busta el Malek, también musulmán, pero ajeno al grosero trazo con que se pinta a sus correligionarios. La diferencia estriba en que este personaje destacado en el conjunto de la fábula reside en Melilla, donde ejerce como próspero comerciante y goza de una más que desahogada posición económica. Nada pues, salvo la identidad de creencias religiosas, lo liga a los montaraces cabileños. Goza de arraigo entre sus convecinos de la plaza, con quienes convive, y además está enamorado de todo lo español -hasta de Antoñita Fajardo- por un espíritu de estirpe que lo llama hacia la tierra de sus antepasados, donde terminará al final con su amada cristiana. Busta se convierte en la viva estampa del moro bueno, españolizado -"afirmó: 'Cada día soy más español'"<sup>601</sup>- y culto, del todo opuesto a los belicosos y salvajes rifeños. No muy distinto en esencia de aquellas jóvenes marroquíes que en las narraciones de asunto amoroso lo dejaban todo por seguir a sus amados españoles. Por el contrario, los hebreos, al menos los que disfrutaban de rostro y nombre, no quedan muy bien parados, aunque tal vez convenga señalar que en este caso los arteros y desleales comportamientos de los Pinto más parecen atribuibles a la dinámica de la trama



novelesca que a apriorísticas animadversiones contra esta raza, que, eso sí, se dibuja con los más tópicos perfiles que la tradición les ha endosado.

En este cuadro de decidida defensa de lo militar, de la guerra, del honor patrio y de resuelta condena de coyunturales logreros e infames rifeños, sólo parecen desentonar ciertas reflexiones de Miguel Gracián que a primera lectura diríase que desmienten el espíritu general de la novela:

"Tenía también 'su opinión' de la guerra, como buen español. Odiaba a los moros porque habían estado antes en España, pero comprendía que ahora tenían razón 'porque somos nosotros sus invasores'; 'y eso no está bien, porque sobre que no tenemos razón está demasiado reciente el desastre de Cuba y las vergüenzas de Filipinas para que nos queden ganas de meternos a redimir moros'. Los españoles somos unos locos que para vivir necesitamos curarnos ese mal. Y aplicaba sus teorías fraternales: 'todos los hombres somos hermanos y la guerra es una matanza de hermanos'. (Páginas 61-62).

Nada más lejos del contrasentido, pues Berenguer persigue la desactivación de estas ideas abandonistas de raíz humanitaria o simplemente pragmática muy extendidas por la época entre la población española, y en radical oposición con esas otras tesis que él apoya. No intenta reprobirlas con virulencia, sino presentándolas como venial pecado de ignorancia en el que incurren gentes bienintencionadas pero ayunas de información. Para ello las coloca en el pensamiento de este sencillo campesino, este "buen español" que también se había forjado "su opinión" -repárese en la primera oración de la cita anterior-. Pero, claro está, lo había hecho cuando el problema aún no le había tocado de cerca, porque la perspectiva cambia cuando su hijo se ve envuelto en el conflicto. La reflexión se da entonces la vuelta por completo y la oración inicial desvela toda la ironía que encerraba. Véase como termina, continuando desde el mismo lugar donde quedó más arriba:

"Pero cuando se llevaron a Miguelico, su hijo [enfática redundancia, porque el lector conoce ya de sobra el parentesco], para Melilla dejó de opinar de la guerra, porque

la llevaba ya en su propio corazón, porque había pasado de espectador a parte activa..."

Pocas dudas cabe albergar pues sobre la autentica voluntad del autor en una novela que, según ha podido verse, rebasa con holgura el mero descriptivismo desarrollista de Melilla, que en principio se presenta como asunto principal. Tal motivo la aparta de las narraciones de Francisco Carcaño y de Gil Ruiz. En La hija de Marte, bastante más plana y con menos trastienda patrioter, la guerra se presenta menos ideologizada, como mero suceso que acaece, no como motivo que empeña el honor nacional, y aunque no haya ni asomos de oposición al conflicto, tampoco se silencian los infortunios que acarrea:

"El pobre soldadito de la herida en el cuello había expiado, retorciéndose de dolor en el suelo. ¿Tal era la gloria, vista de cerca!" (Pág. 276).

Se elogia la bravura de los militares, pero a la vez se muestra la desmesura y la arbitrariedad de las recompensas y ascensos recibidos por algunos. La estampa se atempera mostrando al unísono las luces y las sombras del estamento:

"Arribaban vapores con tropas y más tropas que de los muelles marchaban directamente al campo de batalla (...) Y mientras unos, de buena fe, de corazón, iban a jugarse la vida, pensando en el sacrosanto deber para con la patria, otros, se entregaban a todas las concupiscencias logrando medros inmerecidos./ En este ambiente de caos, de confusión, en que se mezclaban los heroísmos con la relajación y el delito", (páginas 191-192).

También se dibuja a los cabileños como "hombres ásperos, rudos y semisalvajes"<sup>602</sup>, pero atribuyéndolo en gran medida a su arraigado sentido de la independencia y a un innato instinto belicoso. Sus creencias, costumbres y modos de vida se juzgan desde la superioridad del español, pero la inquina queda dentro de los límites habituales a que nos tiene acostumbrado buena parte de esta novelística, es decir, planteamientos repetidos y derivados en gran medida del desconocimiento y de esa presunta preeminencia de la civilización occidental y cristiana

sobre cualesquiera otras. Razón por la que tampoco se contempla con espíritu abierto algunas conductas hebreas:

"Algunos jocundos israelitas se encontraban a disgusto dentro del pantalón y la americana o la levita, acostumbrados a vestir de ordinario la 'choca' o túnica oscura, y el gorro negro, como si no hubieran transcurrido cerca de veinte siglos desde la venida al mundo del Redentor." (Pág. 66)

En suma, un relato de más bajo perfil ideológico que el de Berenguer en lo que a la exaltación patriótica se refiere. Y aún más alejada de tales presupuestos se halla El cañón del Gurugú, donde cualquier planteamiento en favor de la guerra o en pro de ideas militaristas puede considerarse inexistente. Sin duda la distancia temporal que media entre los sucesos referidos y el momento de composición juega a favor de Gil Ruiz, cuya recreación novelesca se adecúa en este sentido a lo que la historiografía ha ido dejando sentado. El levantamiento rifeño fue la respuesta a la prepotencia española y al inmeditado avance que impuso el general Silvestre desde su toma de posesión como jefe de la Comandancia de Melilla:

"Desde que el general Silvestre había iniciado la campaña de operaciones en la zona Oriental del Protectorado, las tropas de la Comandancia General de Melilla había estado avanzando sin descanso, desde la línea alcanzada en 1912, para situar sus vanguardias en la cábila de Tensaman, a un paso del nido del líder rifeño Abd el Krim, alma y madre de la rebelión, aún en mantillas, que no era otra cosa que la lógica respuesta de las tribus rifeñas a la imposición por las armas del dominio español; dominio disfrazado de legitimidad al poner por delante al *Jalifa*, un títere de aquel otro títere de Francia que era el *Sultán* de Marruecos." (Pág. 36).

Las desmesuradas proporciones que alcanzó la derrota sólo pueden atribuirse al desconocimiento del mando militar y a la equivocada, o al menos errática política seguida por España en el Protectorado:

"Había una leyenda, y Silvestre tenía la obligación de conocerla, de que todo invasor que cruzase el Amekrán permanecería en territorio rifeño por espacio de treinta y tres

años; y eso, en la mente de gentes montaraces, primitivas y belicosas, era mucho más que un mero acicate para defender su territorio (...), lucharían hasta la muerte antes de que una bandera extraña, fuese del color que fuese, ondeara sobre sus cabezas./ O la política española cambiaba, o las cosas se iban a poner muy feas en el Norte de Marruecos." (Páginas 36-37).

Con todo, lo sustancial de la novela poco tiene que ver con las razones que dieron origen al conflicto, ni siquiera con el acontecer bélico en sí mismo. Su centro de atención se articula en cómo ese suceso modificó la vida melillense, y, con más concreción, la de los personajes que forman el entramado de la ficción. En este sentido, sus aportaciones no difieren en gran medida de las ya vistas en los textos de Carcaño y, sobre todo, por la mayor proximidad del tiempo referido, de Berenguer. También aquí se hacen presente los negocios rápidos, el comercio que generó la masiva llegada de tropas, el arribo de gentes de diversos puntos de España, la falta de alojamiento y las múltiples pinceladas de costumbrismo local. No obstante, su innovación con respecto a los títulos precedentes viene dada por la captación del justo momento del desastre y de la atmósfera que se adueñó de la ciudad en esos días y en las sucesivas semanas que mediaron hasta que la situación fue enderezándose: en la alocada zozobra que se apoderó de los colonos que se vieron obligados a abandonar sus posesiones, ahora situadas en territorio bajo dominio rifeño; en los cambios que se impusieron en la población de Melilla, sujeta a esporádicos bombardeos y a la constante incertidumbre sobre su futuro. A todo ello habría que añadir, como diferencia de más calado, que la propia concepción novelesca dota a la fábula de un doble plano, casi inexistente o de muy escasa entidad en los otros dos relatos, mediante el cual los sucesos de fondo van envolviendo y dando profundidad a la acción que afecta a los protagonistas. El trance bélico empuja el tránsito de estos personajes desde su estable situación inicial hacia otras bien diferentes, mostrando así una realidad dinámica en la que la guerra se ha convertido en causa modificadora de conductas, de afectos y hasta de modos de vida. Algo que, en definitiva, se aproxima bastante al tradicional concepto de novela histórica y que sitúa El cañón del Gurugú

en un orden de relatos diferentes a los dos anteriores, más cercanos éstos a la crónica o al documento de época. Tal vez lo único achacable como excesivo sea esa cierta tendencia a echar mano con alguna frecuencia de recursos propios de los folletones, lo que no entorpece el desarrollo argumental pero confiere un ligero aire de envejecimiento al relato, a la vez que acerca el tratamiento de algunos asuntos hacía vías propias de la novela popular. Manifestaciones que puede verse, por ejemplo, en una esporádica tendencia a dejar el pensamiento de los personajes o el desenlace de alguna acción en suspenso durante un largo número de páginas. Así ocurre con el repentino cambio de orientación que Eulalia desea imprimir a su vida, anunciado un par de veces antes de que tanto cualquier otra criatura de ficción como el lector tengan noticia de las verdaderas razones que oculta tras esta súbita mudanza. En la página 52, el narrador anticipa: "Era rica (...), pero para el proyecto que tenía en mente necesitaba más de lo que, hasta entonces, había logrado atesorar"; y, de nuevo, en la página 96, vuelve a especularse con el misterio de su decisión, esta vez en palabras de la propia protagonista:

"Eulalia (...) tomó de nuevo la palabra.

'-Todo el mundo tiene un gran secreto, ¿no crees?

'-Sí -afirmó distraído-, por supuesto.

'-Un día de estos te contaré el mío. Tiene mucho que ver con esta decisión loca de volverme decente (...)"

Secreto que se nos desvela más adelante, al conocer el parentesco que liga a la dueña del cabaret con Jorge, el joven oficial de aviación en el que ha reconocido al hijo fruto de una turbia relación pasada y al que no había vuelto a ver desde poco después de su nacimiento. Asunto que ya por sí mismo, sin necesidad de estos suspensos narrativos, orienta sobre esa cierta proclividad al recurso folletinesco. Y otro tanto puede decirse de la manera en que conduce durante largo número de páginas la amnesia que sufre Elisa tras conseguir escapar de su cautiverio. En todo este fragmento, Gil Ruiz exhibe artes casi de prestidigitador narrativo para ir impidiendo que la joven que ha perdido la memoria encuentre indicios que

puedan ayudar a recuperarla, a la vez que, con no demasiado sólidos pretextos, hurta a su hermano la posibilidad de encontrarse con ella o de reconocerla siquiera en la foto que guarda Jorge en el bolsillo de su guerrera. Sin embargo, en el momento anterior al accidental desenlace fatal de Elisa, los recuerdos vuelven de súbito a su mente y en un instante reconoce y comprende todo lo que hasta ese instante le había quedado velado, cuando ya, claro está, nada tiene solución. Dentro de esta misma tendencia habría que anotar la unión de los destinos de una serie de personajes que ya están ligados por ocultas relaciones previas de parentesco: Eulalia y Jorge son madre e hijo, pero este último no lo sabe; Elisa y Carlos Boada son hermanos pero los azares de aquellos días imposibilitan que se encuentren; el rifeño conocido como *el cojo*, el salvador de Elisa, había sido antaño un ladrón al que un disparo del padre de los Boada devolvió al recto camino, y ahora muestra el agradecimiento en la persona de la hija de aquél; por no hablar de otra serie de vínculos pasados menos estrechos que los anteriores que van aflorando a lo largo del relato. Y sobre estos lazos ya existentes, van surgiendo otros nuevos, mediante la puesta en contacto por razones afectivas, amistosas, económicas o de enemistad, que relacionan a estos personajes con otros hasta formar una especie de gran familia en la que cada uno se halla unido a los demás por algún motivo, lo cual llega incluso a explicitarse en el texto:

"Eran (...) una especie de familia bien avenida en la que cada cual tenía algo que aportar sin invadir el terreno de nadie; la conjunción ideal para todos aquellos que emprenden una vida en común. Aquellos seres que, sólo un año antes, apenas si se conocían, formaban como un grupo de náufragos a la deriva en el tiempo", (pág. 609).

Fórmula que enraíza la trama novelesca en moldes del todo tradicionales. Junto a estas grandes líneas generales, cabe señalar la presencia de notas o elementos más puntuales que abundan en lo mismo. Por ejemplo, dentro de la tendencia a dejar asuntos en suspenso para retomarlos más tarde, el ya comentado se justifica como una forma arquitectónica de la fábula, pero resulta de más difícil admisión dentro de un presumible rigor narrativo que se

cierre un capítulo dejando al lector en la expectativa de cómo resolverá un personaje la complicada situación que para sus intereses se presenta:

"Todos aquellos pazguatos, que se conformaban con una vida llana y sin apetencias, se harían eco de los reproches de la niña de *Las Adelfas*; su hermano Guillermo sería capaz de todo con tal de limpiar el nombre de su hermana y hacerle daño a él; incluso el supuesto hijo de Eulalia, el teniente aviador que estaba totalmente chiflado por ella .../ Y Casimiro tenía que impedir todo eso a cualquier precio." (Pág. 551)

Una aclaración innecesaria, a la vez que un tanto ingenua y afeante, por cuanto el lector ya conoce sobradamente las pautas de conducta por las que se rige el egoísta y malvado Casimiro, y además pocas páginas más adelante puede verse lo urdido para preservar sus ilegítimos intereses. Aún más frecuentes son las situaciones equívocas, algunos inconsistentes malentendidos que se resuelven poco después -como que Jorge piense que su amada Elisa va a ser explotada como pupila del prostíbulo en vez de cuidada maternalmente por Eulalia, (pp. 498-499)- o los más abundantes golpes de efecto que se prodigan en momentos que quieren ser culminantes en la novela.

Planteamientos que cabe enmarcar en el decidido apego del autor por las formas tradicionales de novelar. Conservadurismo excesivo que, si no afecta al plano ideológico como en los dos textos precedentes, sí atañe al envoltorio que resulta un tanto anticuado para su reciente fecha de publicación.

Por cierto que al hablar de ese conservadurismo de ideas, hay que hacer mención de nuevo a la novela de Carcaño para comentar un asunto no sustancial pero ilustrativo de sus concepciones morales. Si en lo relativo a la exaltación bélica y militar -a pesar de que ésta era su profesión- se mantenía dentro de los límites de la moderación, no puede decirse lo mismo en lo tocante a costumbres y hábitos eróticos o sexuales de carácter licencioso, pues en estos asuntos sí que se muestra combativo y conservador. Resulta hecho cierto su absoluta inhabilidad para construir escenas amorosas, de lo que sirve de ejemplo el final del capítulo XIII, donde la declaración de Fernando a Ester más provoca hilaridad que conmoción en el

lector, pues se inicia con una cursi disertación seudoastronómica y concluye con un efectismo propio de novelita rosa de tercera categoría:

"(...)

'-Mira lo que haces de mí, Fernando, mi dueño. Nada puedo negarte.

'-Pues obedece. El primer día de correo para Gibraltar, que como siempre pasarás por el muelle, iremos juntos en busca de la dorada felicidad que nos aguarda con los brazos abiertos.

'-¡Fernando, Fernando!...

'-Ni una palabra a nadie.

'-¡Fernando! ¿No nos engañaremos?

'-¡Vi el rayo verde, me trazó el camino! ¡Adiós Ester de mi alma, hasta el día de nuestra felicidad!

'-Adiós, Fernando idolatrado. ¡Sea lo que tú quieras! (Páginas 209-210).

Pero, al margen de esta torpeza, esquivo con pudor cualquier indicio de carnalidad. Con reiteración, y no sin ocurrencia a veces, impide que Fernando Mendívil consume la libidinosa pasión que lo arrastra hacia María. Ya sea porque en el momento crítico se ve asaltado por un "fuerte retortijón" e "intenso dolor de vientre"<sup>603</sup> que reclaman su inmediata presencia en distinto lugar o porque "la pícara muela del juicio agujoneaba de tal forma al galán, que apenas podía contener los gritos de dolor"<sup>604</sup>, lo cierto es que las escapadas nocturnas del personaje siempre terminan en fracaso. Tal vez por querer contravenir inútilmente los rígidos preceptos morales de su creador, cuya desaprobación se antoja obvia reparando en el tan elocuente como conotativo léxico que utiliza para referir estos episodios:

"Cada noche, desde aquella que, acuciado por los reptilesos impulsos de la lujuria, fue, como un salteador, a buscar a la encantadora argelina María en su lecho de reposo, que encontró vacío, sostenía Fernando terrible lucha consigo mismo. Los ilícitos deseos, como demonios tentadores, le empujaban a probar mejor fortuna. Su sentido común, su natural sensato de persona honrada, ordenábale no llevar a cabo



acción tan villana, de la que se avergonzaba al día siguiente. En las sombras de la noche ganaba siempre la batalla el microbio de la lujuria", (pág. 142).

Fenómeno que con ligero cambio de ropaje vuelve a repetirse cuando años más tarde es María la que, incluso después de casada, se siente arrastrada por la pasión hacia Mendívil. De nuevo interviene la mano del autor para poner orden e impedir desmanes morales de incalculable predicción que hubiesen arrojado a la argelina en brazos del flagrante adulterio. Pero toda renuncia a los deseos pasajeros ha de obtener al fin su resarcimiento, la recompensa en forma de bien duradero:

"-En este día, para mí tan memorable, en que hace su primera comunión la hijita de mi alma, he de mostrarle, Fernando, mi profundo agradecimiento, por su caballerosidad. Ha sido usted un hombre de conciencia (...), si usted, obrando de otra manera, se hubiera aprovechado de mi debilidad de mujer algo casquivana e irreflexiva. ¡Qué horror, qué horror, Fernando! (...)/ Estoy curada de malos deseos. El demonio se enrosca a veces, pero está vencido, mejor dicho, le hemos vencido, o quizá aún mejor dicho, ha sido vencido por su hombría de bien." (Pág. 283).

Nadie podrá al cabo acusar a Carcaño de falta de celo o de no velar lo suficiente por mantener intacta y siempre erguida la reputación moral de sus criaturas, que de no haber sido así hubiesen, además, hurtado al lector la posibilidad de escuchar confesiones tan hondas y sentidas como esta última.

Retornando a los procedimientos constructivos, y a Melilla, la codiciada, provoca cierta perplejidad que habiendo tomado la censura de los arrivistas como uno de los ejes de su argumento, los personajes humanos positivos en torno a los que va tejiendo la historia respondan precisamente al perfil de los reprobados. José Contreras, sin paliativo alguno, y los Gracián, por obra del destino, se censan entre esos advenedizos enriquecidos por los negocios. Además, al final abandonan la plaza cuando ya han llenado bien la bolsa, aunque para ello haya que crear pretextos tan poco verosímiles como esa recomendación gubernativa que aconseja a Contreras el extrañamiento de la ciudad por algún tiempo, confirmando así la

profecía anunciada al comienzo de la novela: "aves de paso o de rapiña que vuelan aligeras cuando han alcanzado la presa con sus garras", (pág. 9). Sin embargo, y he aquí lo en verdad llamativo, estos personajes quedan excluidos de la negativa caracterización que la fábula traza para los de su catadura. Bien al contrario, aparecen transmutados en seres honestos y respetables, ajenos a cualquier lucro a costa del sacrificio de otros, y hasta, según se desprende de las ya recogidas palabras de Contreras, con una escrupulosidad superior a la de los melillenses con pedigrí. Claro que en realidad, salvo el ramo en el que operan, nada se dice de sus actividades mercantiles. Cabe suponer que no distribuirían el vino entre los rifeños -extremo que desde luego obligaría a desestimar cualquier sospecha de que su beneficio procediese de las tropas allí desplazadas-, sino que se lo suministrarían a los taberneros de Melilla, quienes a su vez lo despacharían a soldados y militares. O tal vez el motivo de su honradez derive de la excelencia de los caldos con los que negocian, de su renuencia a bautizarlos o adulterarlos para así incrementar sus ganancias o incluso de lo ajustado de sus precios, en cuyo caso, a juzgar por la rapidez de su medro, ¡ya debía de consumirse vino en la ciudad! No se antoja disparatado atribuir este antagonismo entre ideas vertidas en la fábula y criaturas de ficción, auténtico escorzo compositivo, al algo desnortado criterio del autor, más preocupado por no apartarse de los convencionales patrones de la novela popular, haciendo recaer el protagonismo humano en personajes positivos con los que el común de los lectores pueda identificarse con facilidad, que por dotar de solidez a su relato, que hubiese resultado bastante más consecuente, y puede que hasta más jugoso, si hubiese cedido ese protagonismo a desaprensivos, a logreros comunes sin el lastre de tener que semejar virtuosas criaturas.

Las tres novelas vuelven a aproximarse entre sí en el apego que mantienen a los más tradicionales y envejecidos modos de contar. La impersonalidad de la voz narradora se limita a la apariencia formal. Pronto se advierte que sus intromisiones rebasan con creces la común omnisciencia sobre los personajes e incluso va más allá del enjuiciamiento de las acciones y

sucesos, llegando en algún caso a contradecir la realidad de lo contado, cuando no se aviene a lo que sus propios criterios estiman como adecuado:

"¡Pobre Marcelo Contreras! (...) Fue procesado, tachado de cobarde, ¡él tan valiente!"  
(La hija de Marte, pág. 247).

En Melilla, la codiciada tales comentarios y opiniones personales se revisten de una aún mayor tosquedad, adoptando técnicas propias de los folletones para caracterizar a los personajes. Fórmulas que, como ya se vio en capítulo pasado, en aquellos novelones respondían más a una necesidad hilativa del propio autor -recuérdese que no solía escribir sino que dictaba su obra y para no perderse o desorientarse echaban mano un rasgo predominante que definiese a sus criaturas- que al expreso deseo de mediatizar al lector. Pero en una novela que se da completa, y de breves dimensiones como es ésta, esos procedimientos carecen de todo sentido, distinto, claro está, del de servir de obligado lazarillo al receptor. Así, nos vamos encontrando con "el noble mocetón", "el buen musulmán" o "el egoísta sefardí", rasgos que enunciados de entrada no sólo anulan el albedrío del lector, sino que restan credibilidad al posible desarrollo de los personajes, encasillándolos en ramplones e inamovibles compartimentos. Cuestión que debía de preocupar bastante poco a Juan Berenguer, a tenor de su proclividad a remedar los procedimientos expositivos de aquella anticuada narrativa. Con tales presupuestos, no ha de extrañar tampoco la habitual pluriubicación del narrador, que entra y sale de la ficción abriendo y cerrando puertas a su antojo, sin restricción alguna de su punto de vista y haciendo cómplice de sus correrías a quien esta leyendo:

"Dejemos ahora a Antoñita camino del puerto y regresemos nosotros a la Peña de los Murmuradores, que es fuerza dar descanso al peregrino, y bien lo somos nosotros en este empeño de seguir a Antoñita a la velocidad de sus piernas juveniles y ardorosas."  
(Pág. 80).

Y con el mismo desparpajo que entre o sale de la ficción, también la interrumpe con breves pero extemporáneos recordatorios: "hemos dicho que nuestras tropas (...), (pág. 169); con

inmotivadas anticipaciones: "(...) como veremos en el transcurso de estas páginas", (pág. 155); o con impertinentes citas y excursos narrativos: "A ellos se refiere Ortega y Gasset cuando asegura que los hebreos son maestros de la melancolía, porque llevan espejada en el alma la visión de la patria perdida (...)", (pp. 84-85).

Carcaño, aunque bastante más comedido, tampoco se libra de los viejos modos, sobre todo en lo que afecta a estas rupturas de la ficción que perpetra el narrador para dar paso a sus inoportunas opiniones:

"(...) Pero entrar en profundidades en este singular aspecto, daría cierto tufillo de novela pornográfica, de literatura erótica, a la narración." (Pág. 232).

Y hasta Gil Ruiz, a pesar de lo reciente de su publicación, se alinea con sus predecesores en el empleo de técnicas añosas. No sólo por los ya comentados resabios del folletón, sino porque su narrador -impersonal sólo en la forma al igual que en los otros títulos- también se hace presente de vez en cuando en medio de la ficción, ya sea de forma venial, con comentarios impertinentes: "ocupando todo un tabique, una copiosa biblioteca que hacía verdaderamente imposible el aburrirse allí dentro", (pág. 200); o con más gravedad, expresando opiniones sobre lo narrado que han de quedar reservadas al lector, y a través de las cuales parece desprenderse una absurda complicidad:

"Entonces, Galabert le tocó en el hombro y alzó el brazo para señalarle otros dos objetivos [al piloto que maneja la ametralladora del avión]. Eran un hombre y una mujer, corrían junto al camino, y el pañuelo blanco de ella destacaba del ocre del terreno (...)/ Si no se hubiesen movido [falsedad que parece transmitir el desacuerdo del narrador con lo que está contando].../ De pasada Jorge apretó el disparador brevemente", (pág. 467).

Tampoco se muestra muy innovador en los procedimientos para integrar los distintos planos temporales en el relato. Las anacronías que circulan por la mente de sus personajes se intercalan sin excepción mediante obvios avisos de inicio y final que se antojan bastante desfasados para una novela de 1991, cuando el lector ya está de sobra acostumbrado a

fórmulas menos marcadas e incluso a la total ausencia de indicadores de cambio de plano temporal:

" (...) Era agradable recordar aquellos tiempos de vida feliz en *Las Adelfas*, pero el mayor de los Boada retornó al presente en cuanto adivinó la cercanía de la gran ciudad", (pp. 30-31).

"Con el torrente de ideas, llegaron los recuerdos, y Guillermo regresó con placer (...) a lo acaecido tiempo atrás (...)" (Pág. 114).

"Félix Luengo dejó ir su mente (...) hasta aquel tiempo dorado en que conoció a la que ahora cuidaba de su casa, a Martina./ Hacía veinte años; y él, entonces (...)" (Pág. 195).

Con todo, acaso uno de los rasgos más definidores en la manera de contar de Gil Ruiz sea su lentitud para entrar en materia, el largo número de páginas que dedica a los prolegómenos de la acción o peripecia que después desarrollará. Algo ya apreciable en esta novela, pero que se hace mucho más evidente en *La tierra entregada*, el segundo volumen de la trilogía melillense<sup>605</sup>, y en *Prisioneros en el Rif*, otro relato ambientado en los tiempos de la campaña del que se hablará en un próximo epígrafe. Dada la idoneidad de este último título para ejemplificar este aspecto, pospondré el comentario hasta ese momento.

A tenor del repertorio de fórmulas vistas, casi se hace innecesario cualquier otro abundamiento sobre la inexistente voluntad de introducir novedades en las formas de contar en ninguno de estos títulos, tanto en los más antiguos como en el reciente, aunque en éste último quepa también hablar de algunos notables aciertos en determinados segmentos del relato. Apoyándose en recursos habituales de la narración cinematográfica -aunque desde hace mucho ya utilizados con frecuencia en la literaria- logra que la acción que está presentando gane en interés, agilidad y fluidez mediante la captación de un suceso desde varios enfoques y lugares diferentes, fragmentándolo de acuerdo con un intercalado de perspectivas de cada

uno de los personajes que en él intervienen. Por ejemplo, entre los capítulos 60 al 67 -pp. 451-457- se narra la peripecia de Guillermo y otros dos soldados españoles que han quedado atrapados bajo el fuego de los fusiles enemigos que los rodean. A la vez en unas lomas próximas *el Cojo* acompaña a Elisa para ayudarla a escapar y depositarla entre los soldados. Por último, Jorge está sobrevolando la zona y desde su avión intenta proteger a los soldados disparando la ametralladora de su aparato sobre los rifeños que los acosan. El narrador va descomponiendo esta acción en una suerte de plurifocalidad, alternando el distinto punto de vista con que cada grupo de personajes está viviéndola desde el lugar y situación en que se encuentran. Técnica que reducida a dos enfoques vuelve a utilizar entre los capítulos 86 y 89 -pp. 573-584- para contar cómo Casimiro se introduce por medio de engaños en casa de Eulalia con la intención de matar a Elisa, y el modo en que ambos resultan al final muertos por el proyectil rifeño que cae sobre la vivienda. También entre los procedimientos de raíz cinematográfica puede filiarse la disociación de sonido y visión en una misma acción, haciendo que el fuera campo se haga presente en la escena que se está desarrollando mediante la significativa audición o silencio de lo que está ocurriendo a la vez en otro lugar:

"(...) el brutal retroceso la catapultó hacia atrás [a Elisa], abriendo la puerta entornada con sus espaldas y cayendo, aturdida, sobre el suelo de la pieza principal./ Había polvo fuera (...); la escopeta de Fidel [que se encuentra fuera de la casa] volvió a disparar y Elisa, en su aturdimiento, recordó que había dejado su carabina arriba./ (...) Acuciada por el terror, aceleró su carrera hacia los escalones que ascendían en dirección a los dormitorios, pero una mano briosa se aferró dolorosamente a sus largos cabellos rubios./ Allí, en la escalera, comenzó el suplicio cuando el rifeño gritó su euforia al haberla capturado (...)/ No había posibilidad de escape. La escopeta de Fidel ya no se oía y las voces que ladraban en el interior de la casa escupían gritos de júbilo en *shelja*, el dialecto del Rif." (Páginas 207-208).

Tampoco puede hablarse de una identidad absoluta entre las dos primeras novelas, pues en lo que a modos constructivos del discurso se refiere hay que considerar La hija de Marte

como un avance, aunque su redacción fuese anterior, con respecto al relato de Berenguer. En ella al menos se aprecia una menguada voluntad por adaptarse a formas menos envejecidas. Tal vez su falla más evidente radique en no haber adecuado el punto de vista del narrador al de Fernando Mendívil, lo que hubiera recortado el peso de la erudición sobre Melilla, pero también habría evitado esas afeantes intromisiones del narrador en la historia. Buena prueba de ello es que cuando los comentarios proceden del personaje en vez de la voz narradora, el discurso gana en fluidez y la novela pierde algo de ese aire anticuado. Para comprobarlo basta comparar la cita anterior -referida a la pág. 247- sobre el desafortunado Marcelo Contreras, donde la apreciación del suceso procede del narrador, con las siguientes, en las que la estimación de lo acaecido o de lo visto hay que atribuírsela al personaje, aunque aparezca inmersa entre las palabras de quien cuenta:

"Había muerto, en combate, otro querido amigo, y Fernando cumplió con el deber de acompañarle a la última morada. ¡Cuántas vidas jóvenes truncadas! ¡Cuánto héroe inmolado!" (Pág. 202).

"Aquella palabra que un día, al deletrearla muchas veces, le parecía huera, sin sentido: 'ci-vi-li-za-ción...', recobraba todo su valor cuando se detenía a considerar la inmensa labor, la transformación llevada a cabo en breve espacio de tiempo ¡Cuántos beneficios trajo la civilización que poco a poco se infiltraba en los montaraces y semibárbaros habitantes de la región berberisca!" (Pág. 297).

Ninguno de estos textos destaca tampoco por lo depurado de su prosa. La nota más característica viene dada por la irregularidad, de tal forma que, aunque hay un predominio, común a los tres, de los registros funcionales, no todo resulta sencillez expresiva y simplicidad de estilo. Así, por ejemplo, Gil Ruiz se aparta con frecuencia de esa funcionalidad para mostrar sus preferencias por una sintaxis de periodo largo y cierta complicación, debida tanto a los múltiples incisos como a un uso no demasiado claro de la puntuación:

"La joroba del astro rey parecía un extraño monte curvo y ardiente que dominaba el horizonte en dirección a los montes de Beni Snasen, que se alzaba en la lejanía, ya muy al interior del territorio francés, cuya frontera estaba constituida por el Muluia, el río que les daba a todos vida en forma de corriente acuosa descendiendo a lo largo de los ochocientos kilómetros que separaban su desembocadura en el Mediterráneo de sus fuentes en las sierras del Alto Atlas." (El cañón del Gurugú, pág. 11).

"Los franceses estaban creando una nueva Fez -*Fas Yidid* para los de habla árabe-, al Suroeste de la primera: calles amplias y bonitas villas; abundancia y grandes recursos para embellecer la colonia, pero dejando de lado a los autóctonos y afines; gente que, para los poderosos galos, significaban poco más que mano de obra barata y necesitada de empleo, como había sido él mismo durante aquellos meses pasados en Meknés." (*Ibidem*, pág. 31).

Lo que tal vez haya de atribuirse a un gusto por la dicción anticuada y de cierta afectación, a tenor de las resonancias que en ocasiones se desprenden de su prosa:

"Y como si, al contemplar la posible veracidad de lo que Eulalia afirmaba, Jorge hubiera abierto un grifo a las justificaciones, todo lo que podía acercar la certeza a sus verdaderos orígenes ocupó el lugar de los argumentos en contra, y se derramó con la fuerza de un torrente en su espíritu cansado y agrio." (Pág. 511).

Con Carcaño comparte la proclividad a realizar incursiones en el terreno de lo metafórico y de la personificación, en un probable intento por dotar a sus novelas de algunos toques de lirismo, para los cuales ninguno de los dos muestra grandes dotes. En Gil Ruiz esas fórmulas comparativas, a veces ni siquiera afortunadas, no conducen la expresividad de la narración, sino que más bien se antojan adornos innecesarios, añadidos del todo superfluos y prescindibles:

"Sólo las balas siguieron acompañando al biplano como el arroz en torno a una pareja de recién casados." (El cañón del Gurugú, pág. 307).



"Sobre el mar, vistiéndolo de oro, el sol se elevó paciente y seguro (...)" (Pág. 438).

"Alcanzada por un gran trozo de metralla que atravesó el sillón y el cuerpo de ella, como si ambos hubieran estado fabricados de un sueño." (Pág. 584).

Mientras que en La hija de Marte este presunto lirismo resulta a menudo raquítico, por breve y por su corto vuelo, y casi siempre tópico: "cada tarde contemplaba con emoción, el viejo renegado de canosa barba y albo cabello, la silueta de las montañas andaluzas que usan turbante blanco, de nieve, como él", (pp. 153-154); "llegaron a Rusadia, cuando ya el manto de la noche la encubría", (pág. 278).

También común resulta la tendecia hacia cierta expresividad cursi, que a veces se presenta sola - "su caballo entraba en el agua y se adornaba con reflejos de luna plateada", "la dejó caer poco a poco en el columpio del sueño", El cañón del Gurugú, pp. 231 y 238 respectivamente- y otras veces unida a registros altisonantes, denotativa en cualquier caso de ese sentimentalismo o ternurismo superficial que viene siendo habitual en la menos exigente narrativa popular. Tales rasgos se incrustan con excesiva frecuencia en el discurso del narrador, y en La hija de Marte, la más proclive a estos modos, también en algunos diálogos de personajes, de los que ya han ido quedado huellas en alguna cita anterior y puede verse en otras múltiples ocasiones:

"¡Con que ternura abrazaba Fernando a Ester, sin que la más ligera idea de lujuria cruzase por su mente! Como un hermano mayor daba cobijo a aquella medrosa criatura." (La hija de Marte, pág. 135).

"(...) se olvidó del 'espejismo', de todos sus temores, para dejarse arrastrar por lo que todo lo puede, lo más grande, la más poderosa palanca humana, el Amor [así, con mayúscula], que brotó, esplendoroso, en medio de las densas tinieblas que dominaban en las catacumbas." (La hija de Marte, pág. 136).

"Eulalia podía llamar hijo a aquél que, desde siempre, la había amado como mujer."  
(El cañón del Gurugú, pág. 535).

"Félicz llegó a la conclusión de que lo que se llevan los años, la vida, no reaparece jamás; y la hermosa posibilidad de que Eulalia y Jorge fueran madre e hijo había sido robada, veinticuatro años antes, por la decisión de aquellos que creían proteger al chico o, en realidad y a sabiendas, protegían sus vidas sacrificando para siempre la hermosa relación de los otros dos." (El cañón del Gurugú, pp. 564-565).

También Melilla, la codiciada gusta de recubrir algunos diálogos con altisonancias tonales, sin reparar además en la condición del personaje emisor, lo que las conduce al terreno de la inverosimilitud. Véase, por ejemplo, como se expresa el señor Miguel, hoy próspero comerciante, pero hasta ayer humilde labrador:

"-(...) Vine a Melilla guiado por ese anhelo, subordiné a él todos mis actos, vi cómo a mi lado se destacaban todas las intrigas de esta gente felona, y que la amistad más firme era una posición estudiada de los caballeros de industria para mejorar de vida a costa de todos... Y después de punzarme en el alma todos los dolores y soportar todas las inclemencias del ambiente, pugnando por aislarme y vivir encerrado en la tristeza de mi corazón, con el sentimiento puesto en la suerte de mi hijo adorado, no es bien que sienta desfallecer la entereza. Puede caer la fortuna hecha trizas, y por mí tan santamente, que no ha sido oro lo que he demandado a estas tierras, pero irme de aquí sin saber qué fue de mi hijo, o sin tener el consuelo de besar la tierra en que descansan sus restos, eso no he de hacerlo yo", (pág. 283).

Esta tendencia hacia la sensiblería pegadiza amalgamada con cierta solemnidad, las más de las veces situada en zonas finales de capítulo, revela de nuevo las afinidades del texto con la denominada novela popular, al intentar conmover al lector por un golpe de efecto último más que por el sostenido desarrollo de lo precedente. De entre las múltiples muestras que hay por todo el texto, una de las más explícitas y concluyentes pone cierre al relato:

"-España es la madre que nos espera con los brazos abiertos. Granada nos ofrece el consuelo y el alivio de los dolores. Perdonemos y olvidemos..."

'-Es verdad, Antoñita: perdonemos y olvidemos."

En el capítulo del léxico, aparte de esporádicas reiteraciones e imprecisiones; de ocasionales y ya bien conocidas voces en dialecto rifeño; y de alguna aislada locución de raíz vulgar -"en llegando las cosas a estas alturas", (Melilla, la codiciada, pág. 72)-, de escasa fortuna -"los invitados del sexo feo", (La hija de Marte, pág. 66)- o poco adecuada para la lengua literaria por mucho que se use en la coloquial -"en base a descripciones de sus sirvientes", (El cañón del Gurugú, pág. 510)-, lo más destacable es el empleo tanto en La hija de Marte como en Melilla, la codiciada de una voz de acuñación melillense, no en su forma pero sí en su significado: "capona" y algunos derivados como "caponada" o "caponífero". Palabras procedentes de 'capona' -"divisa militar como la charretera, pero sin canelones", según la definición del DRAE-, que en la época adquiere un nuevo sentido y cuya historia explica Francisco Carcaño en su narración:

"Caponífero. Es palabra que enriquecerá el léxico, que tendrá la dicha de ser admitida por la Real Academia de la Lengua. De origen local, se deriva de 'capona' (...) No es la prenda o efecto militar que recibió tantos honores, sino algo nutritivo, un excelente repuesto para la despensa, que de los almacenes de la Administración Militar se extraía a coste reducido, sí, pero capando el peso, de donde nació el calificativo. En la vieja Rusadía, hasta los Santos disfrutaban de las raciones de capona./ Los militares que en legión arribaron a la ciudad en ocasión de la guerra tuvieron a bien bautizar, con el pintoresco calificativo de 'caponíferos', a los que en Rusadía moraban de tiempo atrás, por creer que vivían al calor de la capona (...)/ Si las 'caponas' primitivas, aquellas raciones baratas, prestaron su raíz para dar nacimiento a la palabra caponífero, la generalización de ésta, su extraordinaria popularidad, extendió el significado de la palabra original. En Rusadía se dice que una cosa es de 'caponada',

cuando los que la disfrutan, no la pagan o la obtienen económicamente (...)" (Páginas 211-213).

Vocablo cuyo empleo aun sin resultar novedoso dentro de esta novelística, pues, en lo que alcanzo a conocer, ya había sido empleado con anterioridad en el examinado cuento de Carmen de Burgos, En la guerra, desde entonces no había vuelto a quedar recogido en ningún otro texto imaginativo. Más tarde su presencia volverá a surgir en algún otro relato, por ejemplo, en el muy posterior Ceuta en el umbral, de García de Pruneda. Su utilización, además de desvelarnos una curiosidad léxica, habla por sí misma de la vocación de descriptivismo melillense que encierran ambas fábulas.

### 1.9. Biografías noveladas.

Un título antiguo y tres de reciente aparición han enfocado la campaña militar desde la figura de alguno de sus personajes destacados, en cuya peripecia vital ha quedado inmerso el acontecimiento histórico. El primero de ellos lo hace a través del Raisuni, uno de los nombres fundamentales en el Marruecos español de las primeras décadas de este siglo. Sin duda, tras Abd el Krim, el caudillo local más importante y de más honda repercusión en el devenir de los sucesos de aquella época. Su estampa nos llega en una suerte de fragmentaria biografía en Del Marruecos feudal, una obra publicada en 1930 e incluida bajo este epígrafe no sin ciertos reparos dada su precaria condición novelesca. Pero, bueno, su autor la etiquetó como novela debido a la necesidad de suplir con su propia imaginación las lagunas dejadas por la ausencia de información historiográfica. No queda, pues, más que respetar su voluntad. Y, además, sobre esta cuestión ya he manifestado en lugar precedente mi opinión y el criterio seguido en este trabajo.

Los tres títulos próximos al presente han revisitado la guerra y la etapa del Protectorado español a través de las figuras de dos militares destacados. Uno de ellos se ocupa de un personaje apócrifo, Alonso de Etchezarra, cuya carrera profesional comenzó cuando el conflicto norteafricano daba ya sus últimos coletazos, y a quien el relato va siguiendo durante

una larga serie de años posteriores. Los otros dos biograffan a un mismo personaje, real y a estas alturas ya histórico, Francisco Franco, cuyo nombre, al margen de las casi obligadas connotaciones políticas que su sola mención aún suscita, representa a uno de los más reputados miembros del denominado africanismo en el ejército español de las primeras décadas del siglo. Para darse cuenta de ello basta reparar en la meteórica carrera profesional que realizó en las campañas marroquíes, que le llevó del empleo de alférez a general de brigada en el breve lapso de tiempo de escasos catorce años. Pero su presencia en el Protectorado no sólo le reportó ascensos y condecoraciones, sino que, más alla de la brillante trayectoria militar reflejada en la hoja de servicios, imprimió un determinado carácter y configuró un pensamiento y una actitud ante la vida, generalizada entre buena parte de los oficiales y jefes que tomaron parte en aquel conflicto, los llamados africanistas, cuya posterior incidencia en la penúltima historia de España habría de resultar capital. Un asunto sobre el que ya algo se ha tratado al analizar Todo por la patria, la novela de Fernando Cobo encuadrada en uno de los apartados anteriores.

Las cuatro novelas, aunque adoptando diferentes formas constructivas, mantienen una común condición biográfica, por lo que sólo muestran un retrato parcial de aquella guerra, limitado a los episodios que afectan o en los que se vieron envueltos sus respectivos protagonistas. Además, en las tres dedicadas a militares la campaña marroquí sólo cubre una etapa de sus vidas y, consecuentemente, un reducido número de páginas del texto. No se trata, por tanto, de relatos, como la mayoría de los comentados hasta el momento, cuyo eje argumental gire en torno a la contienda o a asuntos con ella relacionados, sino que ésta queda circunscrita a un fragmento de la totalidad, si bien, sobre todo en el caso de Franco, hay que considerar que responde a una porción de vida de elevada significación.

El militar y estudioso de asuntos marroquíes Tomás GARCÍA FIGUERAS<sup>606</sup>, a quien ya se ha aludido en varias ocasiones anteriores a lo largo de estas páginas, bien por alguno de sus títulos de carácter divulgativo o bien por su posterior -aunque ya analizada- novela Ramadán de paz, publicó en 1930 Del Marruecos feudal, cuyo subtítulo, Episodios de la vida

del cherif Raisuni, encierra la síntesis de su contenido. Un volumen, según he señalado antes, de difícil inclusión en el género novelesco, y no tanto por el asunto objeto de la ficción sino, sobre todo, por su tratamiento, por los modos expositivos, que con harta frecuencia se asemejan y remiten a lo ensayístico, desvelando lo que acaso fue ideación original, como el propio García Figueras ya advierte en el prólogo:

"(...) encontré también grandes lagunas, errores de fechas que, al no poder ser salvadas con rigurosidad, hacían perder al relato todo el carácter de positivo documento histórico./ Al salvarlos la fantasía, surgió la novela (...), que por las causas dichas podrá ser considerada, aparte de otros muchos defectos, de poco imaginativa, y en la que sus personajes no adquieren por ello toda su personalidad novelesca, formada por episodios sin más nexo que la persistencia de las características éticas del Raisuni (...)", (pág. 9).

Poco más que añadir a las aseveraciones del escritor y, en este caso, certero crítico de su obra, pues en sus palabras se encierran las más obvias fallas del texto en lo que a su pretendida condición de fábula se refiere.

El relato carece del necesario encadenamiento consecutivo de acontecimientos narrados, limitándose a seguir la trayectoria de su protagonista en los últimos años de su vida. Nada se narra, por ejemplo, del pasado del personaje: de su formación; de sus anteriores acciones de guerrillero; de sus años de encarcelamiento; de los secuestros de ciudadanos extranjeros para obtener rescates, que en determinada ocasión llevaron incluso a los *marines* estadounidenses hasta las costas de Marruecos; o de cómo había alcanzado el poder que ya en estos momentos detentaba en la zona de Yebala<sup>607</sup>. Tal vez nada se dice de todo esto porque a García Figueras sólo le interesaba la relación del Raisuni con España, o porque en tales episodios realidad y leyenda se mezclan de manera aún más indeslindable que en la etapa narrada. Lo cierto es que comienza presentando al *cherif*-descendiente del Profeta- Muley Ahmed Raisuni huyendo de su feudo de Arcila, donde por mandato del sultán de Marruecos ejercía de bajá, tras su enfrentamiento con el por entonces coronel Fernández Silvestre, a quien el autor, sin

duda por distracción, hace ya formar parte del generalato, elevando su rango hasta el que alcanzaría con posterioridad. Pero esta marcha no supone el fin de su despótico poder sino un mero repliegue táctico, pues poco después los políticos españoles renegocian con el Raisuni y, tras apartar a Fernández Silvestre del escenario, permiten que regrese a Yebala y siga ejerciendo el mando a su manera sobre las gentes de aquellas tierras. Algo que según se va viendo después va a constituir una de las líneas maestras de su política con respecto a España. Una vez consolidado su poder, el relato nos muestra la despótica forma de ejercerlo: apresando, dando muerte y apropiándose de los bienes de aquellos que se le oponen, cual el caíd Liasid o el Hax Laalami el Uadrasi, por mencionar a los más destacados. Una administración feudal, en la que no se admite la disidencia y sustentada en su sola voluntad, pero ventajosa para quienes ejercían el protectorado en los primeros tiempos, cuando aún no se había decidido la política de doblegar a los nativos insumisos por las armas. De esta forma los negociadores españoles habían de tratar con un único interlocutor y no vérselas con una multiplicidad de pequeños jefecillos de tribu. No obstante, esta línea de actuación no garantizó la paz y lo habitual fue mantener un ten con ten en el que alternaron los periodos de abierto enfrentamiento bélico con rifirrafes menores e incluso con épocas de relativa -pero casi siempre tensa- calma. La narración deja en elipsis la llegada de Dámaso Berenguer a la Alta Comisaria, momento en que se decidió terminar con el feudalismo del caudillo de Yebala mediante la fuerza de las armas, para dar paso a la etapa final de su vida. El levantamiento de Abd el Krim en la zona oriental del Protectorado se ha ido consolidando como algo más que un triunfo momentáneo: ha infringido severas derrotas al ejército español y éste se ve incapaz para frenar al caudillo del Rif. En Yebala la rebelión también ha prendido y muchos de los antiguos seguidores del señor de aquellas tierras combaten ahora junto a los rifeños. El Raisuni ni se ha unido ni simpatiza con este movimiento, al contrario, menosprecia a Abd el Krim por su bajo linaje e intenta a duras penas mantener su soberbia y su poder. Pero el durante tantos años hábil negociador, quien merced a su astucia ha sabido salir airoso y beneficiado de incontables situaciones adversas y quien gracias a sus consumados dotes de

estratega ha logrado mantener un constante tira y afloja con los españoles, ha equivocado la senda en esta ocasión. A las alturas de 1924 se encuentra atrincherado y enfermo en su fortaleza de Tazarut; presenciamos los últimos zarpazos de un "león agonizante". Sus reiterados rechazos a unirse a la rebelión rifeña desencadenan el ataque de los seguidores de Abd el Krim contra su refugio el 25 de enero del año siguiente. Un episodio que, por cierto, ha vuelto a convertirse en objeto de atención novelesca en un título reciente, Raisuni, del que se hablará en el próximo epígrafe. Vencido, despojado de sus pertenencias y recluso en Tamazint, la muerte le llegó antes de que los nuevos dueños de la situación hubieran podido decidir que hacer con él.

Se cierra así una semblanza del caudillo marroquí que no destaca por su trazo hagiográfico. Si desde un plano se nos muestra su noble linaje, lo majestuoso de su porte y modales o el refinamiento de sus gustos, tras esta apariencia se perfila un déspota cruel y sanguinario que, engañando y trapicheando con unos y con otros, supo sacar partido de todas las situaciones para imponer su voluntad durante años en las tierras de Yebala, donde la desmesura de su poder lo convirtió en "el último gran señor feudal de nuestra zona en Marruecos"<sup>608</sup>. Si bien la fábula de García Figueras no va mucho más allá del retrato del Raisuni, por algunos de sus resquicios asoma el pensamiento del militarismo africanista de la época, revistiendo algunas de sus ideas esenciales con un manto de humanitarismo poco acorde con la realidad. Entre ellas, la superioridad del español sobre el nativo; el escarnio de éste, ejemplificado en múltiples apreciaciones denostativas pero, sobre todo, en el tono burlesco con que se habla de Abd el Krim, de su República y del levantamiento rifeño en general; o, destacada entre todas, lo equivocado de seguir una política de contemporización y paños calientes para imponer el Protectorado. Algo que comienza a verse en el inicial enfrentamiento entre Fernández Silvestre y el Raisuni:

"Dos caracteres, Silvestre y Raisuni, estaban en presencia. El uno, impulsado por los más nobles sentimientos de una raza pródiga en generosas aportaciones de justicia y de humanidad, quería ser, en nombre de España el manto protector que cubriese al



indígena, permitiéndole satisfacer sus ansias aparentes de justicia, el pacífico desarrollo de sus actividades, su evolución moral y material. El otro, conociendo los vicios ancestrales de su pueblo, sabiendo que el anhelo del indígena era solamente pasar de oprimido a opresor (...), ponía poco interés en mejorar las condiciones de su vida." (Pág. 13).

Pero que luego se manifiesta con mucha más rotundidad:

"En el campamento del Raisuni se respira desprecio profundo hacia el cristiano, que, vencedor por las armas, fue, al fin, vencido por la política." (Pág. 95).

Con todo, lo menos acertado no deriva de este sesgo patriotero, ya conodido en el autor merced a su posterior -pero ya comentada- Ramadán de paz, sino de la escasa consistencia novelesca con que lo recubre. Sobre lo señalado anteriormente por el propio García Figueras acerca de la casi inexistente trama y el flojo componente imaginativo, hay que añadir unas formas narrativas y de discurso que aún lo alejan más del género. Por mencionar sólo algunas, deja ver rupturas en el modo de contar con aseveraciones del todo personales en medio de una narración impersonal: "No afirmaré yo que si hubiese estado en el poder de Muley Ahmed Raisuni detener la marcha del tiempo (...)", (pág. 87). Inclusión en el relato de materiales auténticos o procedentes de otros lugares sin reelaboración fabulada alguna: cartas del Raisuni incitando a la guerra (pp. 22-25) o el cuentecillo de Yehá (pp. 77-80) que se antoja mero relleno pues su presencia no se justifica ni como historia parentética. O, sobre todo, la presencia de notas aclaratorias a pie de página, en las que se añaden informaciones eruditas a la narrado, pertinentes en una obra de carácter ensayístico o divulgativo pero por completo improcedentes en un texto de ficción. Y en aquello que tiene de novelesco, remite a envejecidos modelos propios de folletón que por su obviedad ni requieren comentario:

"(...) sea de ello lo que fuere, sigamos a nuestra partida, que ha llegado al atardecer a Tazarut (...)" (Pág. 83).

"Para que el lector pueda compartir nuestro juicio le referiremos la prisión y muerte del Hax Laarbi el Uadrasi", (pág. 111).

Un largo salto temporal nos conduce a 1993, fecha por la que comienzan a aparecer las biografías novelescas -aunque una de las alusivas a Franco es del año antes- de militares españoles y en la que se publica Etxezarra, de María CHARLES<sup>609</sup>, si bien algo de esto ya había podido verse en Todo por la patria, aparecida en 1972, la cual, según señalé antes, presenta algunas concomitancias con éste y los dos títulos sucesivos.

El relato de María Charles va siguiendo las peripecias de Alonso de Etxezarra, miembro de una antiquísima familia de nobles vascos, cuyo rancio linaje se remonta ni más ni menos que a la época de don Pelayo, en los comienzos de la Reconquista. Establecidos primero en las Vascongadas y más tarde diseminados por otros lugares de la geografía nacional, la ilustre estirpe ha ido viniendo a menos hasta el presente de la novela, cuando la muerte del progenitor de los actuales Etxezarra ha agravado la decadencia, al dejar a una viuda con no demasiados haberes y un buen puñado de hijos con dificultades para ganarse la vida por sí mismos. En tales circunstancias, encontramos al joven Alonso cadete en la Academia de Infantería de Toledo durante los primeros años veinte. Desde allí, a través de las noticias que su hermano Juan, oficial de caballería en el Marruecos español, le transmite, va tomando contacto y entusiasmándose con las hazañas que el ejército está viviendo durante esos días en su lucha contra los rifeños de Abd el Krim. Al poco de recibir su primer despacho como alférez, solicita destino en el Protectorado, donde aún alcanza a participar en las últimas operaciones contra los independentistas, aunque sin llegar a tomar parte en destacados combates. Deseoso de una vida profesional más activa, ingresa en la Legión, interviniendo en las acciones finales, ya más de limpieza que de guerra abierta contra los cabileños que tras la rendición del caudillo todavía no han depuesto las armas. Cuando la pacificación alcanza todo el territorio, opta por permanecer en las unidades del Tercio en Marruecos. Desde allí va conociendo, por vía epistolar y en sus cortos permisos, las tribulaciones -casi siempre de orden económico- por que pasan su madre y hermanos. Cuitas de las que no se libra ni él

mismo, pues aquejado de uno de los vicios en que con alguna frecuencia incurría la oficialidad para distraer el tedio cotidiano, se inicia en los juegos de cartas, lo que le reporta más de una situación apurada cuando se ve apremiado para satisfacer deudas sin contar con el dinero suficiente. Tras unos años de inactividad bélica, el comienzo de la guerra civil española le devuelve a los frentes de batalla, combatiendo al mando de una unidad legionaria en el lado de los vencedores. Ya concluida ésta, su espíritu inquieto le empujará hasta las gélidas estepas rusas para continuar la lucha, esta vez junto a las fuerzas alemanas y en oposición al comunismo, integrado en la columna de voluntarios españoles que se denominó División 250 ó División Azul. Su regreso señalará casi el final del relato, que aún se cierra con unos añadidos de mínima repercusión sobre lo ya contado, salvo para conocer que Alonso goza de la amistad de una innominada mujer, la cual concluye ahora, a comienzos de la década de los cincuenta, el diario que Alonso ha ido escribiendo a lo largo de su vida, a la vez se completan las últimas noticias sobre el devenir de sus hermanos, de cuya no demasiado brillante trayectoria personal también hemos ido recibiendo informaciones durante este sobrado cuarto de siglo.

Una fábula emparentada por su línea argumental con Todo por la patria de Fernando Cobo. Pero aquí termina toda su semejanza porque su tono e intencionalidad responden a bien distintos enfoques. Prestando atención por un lado a las palabras vertidas por la autora en el prólogo, donde emparenta a sus personajes con las criaturas de Kipling, y por otro a parte de los asuntos referidos, la narración presenta cierta voluntad por trazar el perfil de un aventurero moderno. Sin embargo, tal planteamiento, que bien pudo constituir la ideación novelesca primera, escasamente se transmite al texto; en realidad, se diluye por entre sus páginas hasta casi desaparecer. No cabe duda de que en su argumento quedan reflejados los principales conflictos armados en que se han visto envueltos los españoles durante el presente siglo y que en Alonso de Etxezarra se concitan algunos rasgos morales y de gusto por el riesgo que prefiguran el carácter del hombre de acción, pero eso por si solo no resulta suficiente bagaje para insuflarle espíritu de aventura ni al relato ni al protagonista. Por lo que

respecta a este último, media gran distancia entre los anhelos y preocupaciones que va vertiendo en su diario, acordes con un ser algo alejado de los parámetros estándar y proclive a las tribulaciones, y los avatares de su vivir cotidiano, su trayectoria personal y profesional, que en pocas ocasiones confirma lo que aquéllos auguraban. Cuanto le sucede al personaje más se antoja consecuencia de los acontecimientos históricos que de un particular designio o acto de volición fuera de lo común. Tampoco los sucesos que enmarcan su vida se recubren, al menos en la ficción, de ningún aura de grandiosidad o de fenómeno extraordinario, incluso diríase que las más de las veces ni siquiera se encuentran a la altura de las expectativas del protagonista. Decide ir a combatir a Marruecos, pero llega al idealizado escenario en unos momentos en que la campaña queda ya circunscrita -salvo el desembarco en Alhucemas, que sólo se menciona como remota alusión porque en él no toma parte Alonso- a los episodios finales y de menor resonancia. Además, tampoco ni durante esos años ni en los siguientes se siente imbuido por fascinación orientalista alguna o por lances de tipo amoroso que hubieran justificado su permanencia en aquellos lugares, a la vez que hubieran ensanchado el horizonte de su existencia:

"Por temperamento, yo soy conservador, me gusta la permanencia de cuanto me rodea; me duele todo cambio forzado en el escenario que constituye mi vida. Ésta es la causa de que esté en África y de que ni aun ahora, con todas las ingratas circunstancias en las que vivo, piense en abandonar estas tierras." (Pág. 156).

De hecho, la única preocupación apremiante en esos días se reduce a algo tan prosaico como buscar el dinero necesario para satisfacer las deudas de juego que a consecuencia del aburrimiento ha contraído. Más tarde, se desazona por encontrarse alejado de Asturias durante la revuelta minera, donde cifra nuevas oportunidades para la aventura, pero cuando llega al lugar ya es tarde, los tiros se han terminado y sólo se hace perceptible el alcance de la represión militar y policial. Eso sin reparar en el nulo romanticismo o aventura que pudo haber en sojuzgar y masacrar a trabajadores y población civil levantada contra una situación social insostenible por su palmaria injusticia. Su posterior participación junto a los vencedores

durante la guerra civil no puede entenderse sino como hecho lógico en un oficial del ejército de África y, a más de esto, encuadrado en la Legión. Lo contrario habría supuesto la pronta conclusión de su diario y del sustento de la narración. Y, por último, la decisión de incorporarse a la División Azul, tal y como se traduce en la novela, deja un poso de duda sobre si en verdad responde al manifestado deseo de "ver combatir al ejército alemán; (...) que nadie pueda contarme cosas que yo he podido ver; (...) satisfacer ciertas ansias de aventuras, viajar, conocer nuevos países, aprender; (...) embriagarme de nuevo con las duras emociones de la guerra, poner otra vez a prueba la resistencia de mi organismo, sentir el peligro a mi alrededor y comprobar que mi pulso sigue firme y mi cabeza lúcida"<sup>610</sup> o al también confesado resquemor que le produce volver a su antiguo empleo de capitán después de haber desempeñado de forma interina el de comandante durante la contienda española. En cualquier caso, lo fundamental no se cifra en si Alonso se mueve por voluntad propia o a remolque de los acontecimientos, ni siquiera en si esos sucesos históricos merecen figurar en el capítulo de las aventuras modernas, sino en que su configuración como fábula. La ficción novelesca no consigue transmitir ese espíritu fuera de lo cotidiano y anodino que requieren el género invocado y sus personajes. Y si tal puede decirse del protagonista, la rebaja de tono se hace mucho más evidente en las figuras de segundo orden, en los hermanos y la madre, criaturas propias de cualquier vulgar crónica de decadencia familiar, desposeídas de toda grandeza y estatura épica, cuyo casi único impulso vital consiste en sortear las dificultades económicas a que la abulia, las erróneas iniciativas o los casi obligados compromisos filiales y maternos los han arrastrado.

Con todo, lo que a mi entender nubla o borra de manera decisiva el pretendido carácter aventurero deriva de los procedimientos narrativos utilizados. La multiplicidad de emisores - el propio protagonista por partida doble, como escritor del diario y como posterior anotador de lo ya escrito; la mano femenina que añade otras notas posteriores; la voz impersonal que presenta los cuadernos y pone en antecedentes familiares al lector; además de los hermanos y la madre que por vía epistolar dan a conocer de forma directa sus impresiones y

pensamientos- y la diversidad de situaciones comunicativas -narración impersonal, diario particular, apostillas y notas al mismo, cartas, informes o documentos oficiales,...- lejos de ensanchar la perspectiva y dar profundidad al relato, lo dispersan, a veces por sendas y vericuetos de escasa importancia, restando intensidad y concentración a lo que, a tenor de los presupuestos enunciados en el prólogo, debiera haber sido sustantivo. Poco importa, por ejemplo, que un hermano pierda su empleo o encuentre más tarde otro mejor, o que un segundo abandone los estudios que se le están proporcionando con grandes sacrificios pecuniarios para enrolarse en las escuadras falangistas. Estos y otros varios asuntos marginales nada añaden o restan -salvo páginas prescindibles e intensidad- a la peripecia de Alonso. En contraposición, resulta llamativa la total ausencia de relaciones amorosas, o de información sobre ellas, en la vida del protagonista, con la única excepción de alguna esporádica alusión al sexo mercenario en la etapa marroquí y los no precisados lazos que le unen a la innominada y desconocida mujer que apostilla su diario, como si un ascetismo de la libido hubiera trazado la línea de su existencia. Y otro tanto cabría señalar de asuntos despachados con premura o por encima; entre los más sobresalientes la esperable reflexión sobre la guerra civil, en torno a la cual, bajo el subterfugio de "no tenía tiempo para eso" o "no había lugar para la literatura"<sup>611</sup>, nada se dice ni en el presente del suceso ni en ulteriores añadidos. Todo ello incita a pensar que dos elementos diferentes de conciliable apariencia en la idea original pero de fallido ensamblaje en su materialización: la crónica familiar de los Etxezarra y la particular peripecia de Alonso, se han superpuesto, y queriendo atender a ambos a la vez, los dos han quedado descuidados e incompletos, sin acertar en el inserto de uno en otro, más bien de aquél en éste, y sin decantarse tampoco por la renuncia a cualquiera de ellos en favor de una condensación de la narración en el otro. No resulta por tanto desproporcionado ni fuera de lugar que Ignacio Echevarrieta, en una reseña periodística, juzgue el libro de "fallido" e "inerte"<sup>612</sup>.

Un año antes que el anterior título, en 1992, había aparecido Autobiografía del general Franco, de Manuel VÁZQUEZ MONTALBÁN<sup>613</sup>, y en octubre de 1997 lo haría la segunda

novela que se ocupa del mismo personaje, El sable del Caudillo, de José Luis de VILALLONGA<sup>614</sup>. Ambos acercamientos difieren en no pocos aspectos, sin embargo, los dos dedican una porción de sus páginas a la etapa marroquí del militar. También es nota común el haber encarado el relato desde formas de contar que imponen un distanciamiento ante la figura del biografiado, lo que permite una notable libertad de juicio a cada uno de los autores, dando cabida a la crítica, a la ironía e incluso a la sarcástica ridiculización, y eludiendo -o aparentando que se elude, mediante una convención novelesca- la obvia subjetividad de quien escribe o la directa censura del personaje tratado, habida cuenta de que éste no figuraba entre las devociones de ninguno de los dos escritores.

Por lo que se refiere a Vázquez Montalbán, este distanciamiento se logra a través de un desdoblamiento del emisor en dos voces diferenciadas, las cuales dan origen a otros tantos discursos complementarios y antagónicos. Por un lado, se presenta al personaje de Francisco Franco narrando de forma personal -aunque con voz prestada- su propia biografía con la intención de dejar testimonio de su verdad a las nuevas generaciones. Mientras que por otro, surge la figura de Marcial Pombo, un escritor de escaso éxito y nada afín con los planteamientos ideológicos del general, a quien un editor ha encargado que escriba un libro sobre la persona del anterior jefe del Estado. Pombo acepta el reto y se somete a una suerte de esquizofrenia histórica y literaria, de tal forma que, además de prestar voz al biografiado para que éste diga lo que quiera, emprende una recuperación de la memoria personal y colectiva para dar replica a la verdad del militar y dictador con otra verdad, la suya particular y la que le va aportando el concurso de un buen puñado de testificaciones bibliográficas y documentales de las que echa mano. Tal fórmula no cabe duda de que, aparte de inteligencia e ingenio, denota honradez y ecuanimidad de ánimo en el autor, en el de verdad no en el imaginario. No obstante, desde un punto de vista literario, la fábula queda algo lastrada por esas continuas referencias a fuentes externas, a los soportes bibliográficos que ratifican lo sostenido por Pombo. Se harían imprescindibles en una obra con voluntad historiográfica, pero se antojan excesivas, aunque la idea de fondo -según veremos poco después- las

justifique, en un texto novelesco, cuyo simple etiquetado ya sitúa al lector ante un referente ficticio y por tal motivo distinto de su correlato real, que no requiere la medida precisión ni la justeza documental de la crónica histórica. Aunque tampoco resulta descartable que esto responda al deliberado propósito de Vázquez Montalbán por conseguir la irrefutabilidad de la verdad que él presenta. Planteamiento que, a tenor de la voluntad testimonial que desprende toda su obra literaria y de la intencionalidad última de ésta en concreto, tal vez convenga anotar como más probable. En cualquier caso, estas invocaciones a criterios ajenos para refrendar los propios en modo alguno invalidan el bien trazado relato, pero, a mi entender, apelmazan un tanto lo novelesco.

Vilallonga, por su parte, recurre a otro artificio de distanciamiento no menos ocurrente. Consiste en ceder la conducción del relato al sable del general. Este trozo de acero que Franco adquirió en Toledo a la finalización de sus estudios en la Academia de Infantería, recién nombrado alférez -o segundo teniente en la terminología de la época-, y hacia el que el militar siente un especial apego, le acompañará durante el resto de su vida. Posee la peculiar cualidad de poder ver y oír cuanto sucede a su alrededor, y como su propietario durante muchos años siempre querrá tenerlo al alcance de la mano, el arma se convierte en testigo privilegiado de cuanto acontece al futuro Caudillo, tanto en el ámbito de lo público como en el de lo privado y hasta íntimo. El autor va dejando múltiples rastros de que no ha realizado esfuerzo alguno para ocultar la ficticia raíz de esta convención novelesca, aparte de algún olvido, ocasional o deliberado. Por ejemplo, ubicar el sable en lugar distinto del que ha señalado con anterioridad, cual puede apreciarse al referir una conversación ocurrida en 1948, nada más llegar el entonces príncipe Juan Carlos a España: "El Generalísimo estuvo a solas en su despacho con el príncipe durante casi media hora. De lo que hablaron sólo me enteré por la noche, en la intimidad del dormitorio de los Franco", (pág. 333); presencia que se antoja imposible por cuanto el sable testigo había sido encerrado en un baúl y llevado a una buhardilla de El Pardo cuando años atrás el nuevo jefe del Estado fijó su residencia familiar en aquel palacio, y no es sacado de ese confinamiento hasta los últimos tiempos de la



dictadura. En otras múltiples ocasiones se hace evidente una expresa voluntad por desvelar el fingimiento, bien mediante ingeniosas reflexiones impropias de un pedazo de metal: "le han entregado al comandante Franco una llave de oro (...) que simboliza su calidad de gentilhombre de cámara de Su Majestad el rey. Se supone que con esa llave un gentilhombre puede abrir en cualquier momento la puerta de los aposentos reales y penetrar en ellos. Pero, que sepamos, ninguno se ha atrevido a utilizarla a tales efectos. Ya se sabe que los símbolos sólo sirven para crear situaciones falsas", (pág. 81); o bien ironizando y bromeando sobre su propia condición de narrador, tanto por sí mismo -"No sé qué le comentaría Monasterio a su ayudante una vez cerrada la portezuela de su coche oficial. Mi radio de acción auditivo sólo capta palabras pronunciadas a menos de cien metros del lugar donde me han colocado", (pág. 291)- como implicando incluso a su dueño en la chanza: "-A Carmen le gustaría tirarlo, pero para mí este sable tiene una importancia sentimental muy grande. ¡Ah! ¡Si este sable hablara! Ha sido el testigo de momentos muy importantes de mi vida", (pág. 295). Tal recurso no sólo resulta feliz ocurrencia, sino que se revela de notable utilidad para los fines perseguidos. Primero porque permite alternar con casi absoluta libertad los sucesos presentados con aquellos otros que quedan en elipsis, sin que el lector pueda echar de menos nada ya que lo contado está en función de la presencia o ausencia del testigo, lo cual viene a significar entrar y salir de la vida del personaje a su antojo, dando cuenta más o menos pormenorizada de lo que le interesa resaltar -por lo general todo aquello que acentúa los perfiles más negativos o caricaturizables- y obviando el resto. La más tangible prueba de esta selección de materiales se manifiesta en las muy breves páginas que dedica a la dilatada etapa de Franco como dictador, reducida a los tiempos finales y a algún apunte satírico anterior, que traduce el declarado desinterés de Vilallonga por ese periodo:

"Me interesaron el Africano, el que pasteó desvergonzadamente con la República, el que tardó mucho tiempo en contribuir a derrocarla y el despiadado e implacable caudillo de la guerra civil. Pero el dictador -y para muchos el tirano- no me interesó en absoluto (...) Por ello he ignorado a sabiendas los casi cuarenta años en los que

España, convertida en una finca particular, se cerró al mundo por el temor que éste inspiraba al hombre que soñaba imperios (...) "<sup>615</sup>

En segundo lugar, el sable recoge no sólo la voz o el proceder de su propietario sino también la de todos aquellos con quienes se relaciona o lo acompañan en cada momento, lo que le permite ir desgranando la reciente historia de España a través de los comentarios y actitudes de cualificadas figuras de la vida pública, pero sin que el peso de lo histórico aplaste lo fundamental, la figura del protagonista. Y por último, pero aún más importante si cabe, por cuanto desvela sin paliativos la intencionalidad última de la novela: la ridiculización. Para ello, imprime desde el inicio un tono bufo a la narración, que no ha de interpretarse como falta de seriedad hacia los asuntos tratados sino procedimiento para trazar la semblanza de Francisco Franco desde enfoques burlescos y desmitificadores, cercanos en repetidas ocasiones a lo caricaturesco, sin que, a pesar de ello, toda esa feroz sátira que va destilando quepa atribuirle -dentro, claro está, del artificio de la fábula- a maledicencia o inquina personal, dado que quien refiere los sucesos, merced a su condición de simple objeto, no puede encontrarse implicado de manera directa en ellos. Por otro lado, esta opción narrativa, salvando todas las distancias, entronca El sable del Caudillo con una tradición de fuerte arraigo en la literatura hispana, acercarse a la figura del dictador desde la óptica de la befa. Baste recordar al respecto, por traer a colación ejemplos bien conocidos y del todo paradigmáticos, el Tirano Banderas de Valle Inclán o El otoño del patriarca de García Márquez.

Estos últimos aspectos señalados en el texto de Vilallonga marcan las diferencias fundamentales con respecto al de Vázquez Montalbán. Si aquél, como ya antes apunté, circunscribe su relato al periodo que va desde la etapa de cadete en la Academia hasta el final de la guerra civil, y todo lo que antecede o se pospone a ese segmento de vida queda reducido por expresa voluntad del autor a breves notas casi esquemáticas; éste elabora una dosificada biografía de la cuna a la tumba, en la que una mitad de la narración cubre sus muchos años en la Jefatura del Estado. Dato que por sí mismo apenas nada dice, pero que, relacionado con

las disparidades tonales que separan ambas novelas, explicita con elocuencia los distintos planteamientos e intenciones en que cada uno de los escritores fundamentó su particular retrato de Franco.

Vilallonga se orienta hacia lo burlesco, intentando extraer aquellos perfiles que en cada situación acentúan los aspectos más proclives a la ridiculización y a la sátira de su personaje. Algunas veces a costa de sus rasgos físicos: "aquel hombrecillo tripón que se alzaba sobre la punta de los pies y levantaba sus bracitos dando las gracias a los sinvergüenzas que le vitoreaban", (pág. 303). Con más reiteración a costa de sus rasgos morales o de carácter. Por ejemplo, en su decisión de unirse al levantamiento militar de 1936, fruto más de una riña familiar que de una sosegada deliberación:

"(...)

'-Es vox populi que estás exasperando a todo el mundo con tus eternas vacilaciones.

'-¡Yo no vacilo, Carmen, no vacilo! -exclamó furioso el general-. ¡Sencillamente estoy estudiando las posibilidades de éxito que tiene un levantamiento encabezado por Sanjurjo!

'-¡Sanjurjo está donde está -gritó doña Carmen- porque donde está él no has querido estar tú!

'Desde que les conozco, doña Carmen nunca le había gritado así a su marido.

'-¡Yo sólo quiero estar allí donde el éxito sea cosa segura! ¿Me entiendes? ¡Atolondrada, que eres una atolondrada!

'Doña Carmen se puso a llorar compulsivamente. También era la primera vez que Franco y yo la oíamos llorar de manera tan desesperada. Uno de los bigudíes de doña Carmen rodó al suelo, y Franco saltó de la cama para recogerlo. Al entregarle el bigudí a su mujer, Franco estaba casi de rodillas junto a la cama. Quizá fuese esa postura la que le hizo cambiar de tono, porque dijo, casi suplicante:

'-Carmencita... escúchame, Carmencita... ¡Si quieres que me la juegue, me la juego!

'(...)

'-¡Te lo juro, Carmencita! Mañana mismo le ordenaré a Pacón que viaje a la península y tome contacto con Mola." (Páginas 193-194).

Mientras que Vázquez Montalbán, sin desdeñar tampoco la sátira y ridiculización del militar, somete a su protagonista a un enfrentamiento dialéctico con uno de sus adversarios políticos o, según se mire, una de sus víctimas: Marcial Pombo, escritor represaliado por su actual antagonista e hijo de otro represaliado anterior, en cuya figura es más que probable que alguien haya querido descubrir un trasunto del propio autor, y no le faltará razón porque una significativa porción de detalles biográficos resultan coincidentes, pero conviene no olvidar que si éstos pudieran contrastarse también resultarían coincidentes con otro buen número de ciudadanos o, expresado con más propiedad, súbditos díscolos con el dictador. Nos encontramos, por consiguiente, ante un texto que tiene visos de una suerte de juicio histórico, en cuya vista pública el general se defiende a sí mismo, esgrimiendo su palabra como única arma argumental, mientras que Pombo, en su labor fiscalizadora, apoya las pruebas en su propio testimonio y en todo el peso documental que la historia le aporta, no sólo de aquellos que con anterioridad han escrito desde la discrepancia con el encausado y en afinidad con el acusador, sino, y sobre todo, de aquellos otros que a lo largo de toda su vida o en algún momento de ella se inclinaron y defendieron la misma causa del hoy sentado en el banquillo. Tal vez en esa selección de pruebas documentales, muchas de las cuales cabe suponer que, al menos *a priori*, no hubieran sido rechazadas por el acusado, resida el más genuino rasgo de honradez de Vázquez Montalbán, que apela con más frecuencia al testimonio de los ideológicamente opuestos que al de los próximos. Cabría pensar que tal juicio tiene vicios de forma, o incluso que se trata de una farsa grotesca dado que el encausado carece de letrado que abogue en su defensa. Nada más lejos de la realidad, pues no conviene olvidar que el general sólo se hacía responsable de sus actos ante Dios y ante la Historia. El veredicto de Aquél pertenece a lo inexcrutable, el de Ésta nos lo porporciona la novela.

Llegado el momento de las conclusiones, ambos autores vienen a coincidir en sus apreciaciones generales, a lo largo del camino han ido mostrando una serie de perfiles que

configuran un nada favorable retrato del personaje. El Francisco Franco que nos revelan es un hombre dotado de una extremada y fría crueldad. Un producto de su brutal aprendizaje en Marruecos, en la visión de Vilallonga, y una cualidad casi innata para Vázquez Montalbán:

"No cabe duda de que Franco aprendió en África que el terror es un arma mucho más eficaz que las simples bayonetas, y nunca dudo en poner en práctica sus amenazas más crueles." (El sable, pág. 53).

"Mi madre siempre me decía que miraba fijamente las personas y las cosas. Paquito tienes unos ojos que intimidan." (Autobiografía, pág. 23).

Crueldad de la que fue dejando holgado testimonio a lo largo de toda su vida, desde sus tempranas acciones en la guerra colonial hasta sus últimos días:

"Franco se ha forjado en pocos días fama de hombre implacable y poco dado a la compasión. Personalmente -si a un sable se le permite usar esta expresión- he sido testigo de una serie de violencias inauditas, con su cohorte de torturas, pillajes y violaciones (...) Despachase a gusto con los moros puede considerarse un deber patriótico, pero acribillar a balazos a unos mineros que luchan por sobrevivir, sólo puede hacerlo un hombre con una brecha importante en su moral." (El sable, pág. 47).

"Cada vez aparecen más anécdotas sobre la frialdad con que usted enviaba a la muerte a los que se habían declarado sus enemigos aunque usted según parece nunca los tuvo como tales. ¿Recuerda general aquella tarde en que unos compañeros de armas le instaron a que indultara a un militar condenado a muerte y usted preguntó a qué hora le ejecutaban, no para indultarle, sino para adelantar la ejecución?" (Autobiografía, pág. 262).

Personaje solitario, antipático, vengativo, egoísta, sin otro afecto declarado que el que profesaba por su madre y sin más lealtad que a sí mismo y a su medro personal:

"Creo que todos nos dimos cuenta de que las convicciones monárquicas y la lealtad de Franco hacia el rey no eran tan firmes como creíamos./ La verdad es que a Franco sólo le interesaba su carrera, con monarquía o sin ella." (El sable, pág. 129).

Imbuido de cierta megalomanía, en la que, según la versión de Vilallonga, no resultó escasa la influencia de Carmen Polo, y poco escrupuloso en cuantos medios hubiera de utilizar para alcanzar sus fines, lícitos o ilícitos. Reunido todo ello en un ser de físico más bien insignificante: "El joven oficial recién nombrado (...) era más bajito que la mayoría de sus compañeros. Le fallaban las piernas, cortas y quebradizas. La verdad es que todo en él parecía a punto de romperse. Más que enjuto (...) era menudo, delicado, casi frágil. Tenía el rostro devorado por unos ojos demasiado grandes bajo una frente prematuramente despoblada. Un bigotillo ralo le cubría apenas unos labios prietos en un gesto de teatral dureza (...) y con una voz curiosamente atiplada", (El sable, pág. 13); y con una precaria formación cultural, sobre la que ambos autores ironizan con reiteración:

"Pero insisto: ¿Qué libros llevaba usted en esas maletas? Meses después de su muerte visité con un permiso especial sus dependencias privadas de El Pardo y allí, en una mezquina mesa de trabajo, ni siquiera en una estantería, aparecían memorias de diputaciones provinciales, balances de actividades de gobiernos civiles, folletos turísticos. En alguna parte debe estar la biblioteca, insistí al bedel y casi con malos modos me señaló la literatura descrita y sentenció: Pues eso ¿no lo ve usted? Aparte de libros de derecho y economía inspirados por la doctrina social de la Iglesia, que en efecto, le vieron leer a usted en sus años de preparación para saber más economía que los economistas, sólo hay constancia escrita de un par de libros evidentemente leídos: No fue posible la paz, del invicto Emilio Romero, La crítica de la democracia, de Benoist (...) y las declaraciones de doña Carmen a Crónica sobre su improbable entusiasmo por don Ramón del Valle Inclán." (Autobiografía, pp. 121-122).

"-Saber esperar, Moscardó, es uno de los secretos del heroísmo.

'A Franco le gustan las frases como ésa. Yo creo que casi todas las encontraba en los calendarios que doña Carmen colgaba en la cocina." (El sable, pág. 160).

Destacado sólo por su arriesgada conducta como soldado en la guerra de Marruecos. Bravura que, aunque más movida por el interés que por el altruismo, a juicio de Vilallonga, no merece tampoco silenciarse: "para muchos el comandante Franco es un arribista de tomo y lomo, lo que me parece injusto, pues nadie puede negar que ha conseguido los ascensos jugándose el tipo a pecho descubierto frente al moro", (pág. 41). Lo que ha de entenderse coraje y frialdad de ánimo o desprecio ante el peligro, pero en absoluto grandes dotes de estrategia militar, pues sobre esta cualidad, que en ningún momento se le atribuye, siempre se impuso el deliberado afán por la aniquilación inclemente del enemigo, cualquiera que éste fuese: "Von Faupel, el omnipotente embajador de Hitler, comentaría a lo largo de la guerra las torpezas estratégicas que usted cometía, sin entender quizá el objetivo político liquidacionista con que usted oriento la guerra. De los informes de Faupel y de los oficiales de la Legión Cóndor, Hitler sacó la conclusión de que usted no habría llegado a sargento en el ejército prusiano", (Autobiografía, pág. 269).

En suma, un ser mediocre, sin más lustre que el que de forma servil, gratuita e inmerecida le brindaron sus múltiples aduladores: "en cuanto está solo con doña Carmen vuelve a ser el hombre que siempre fue, un hombre poco seguro de sí mismo, mezquino en su trato con los que sólo pueden obedecerle, y muy necesitado de alabanzas y encomios, aunque éstos vengan de su mujer", (El sable, pp. 270-271); y al que sus añagazas personales, de consuno con una variada serie de casualidades históricas, situaron en lugar adecuado para imponer su particular mediocridad a todo un pueblo:

"Biografía que, dados mis conocimientos, yo resumiría en pocas palabras: ha sido un reinado largo, triste y gris, durante el cual un hombre mediocre, con ambiciones mezquinas, ha mantenido durante muchos años a su país alejado de lo que los periodistas en mal de semántica llaman 'el concierto internacional', (El sable, pág. 325).

El reflejo que de la guerra de Marruecos ofrecen estas novelas, a pesar de las limitaciones ya antes comentadas, guarda cierta homogeneidad en los contenidos de fondo que todas ellas presentan. Además, dado el dilatado periodo temporal que cubren, su perspectiva se eleva sobre casi todo lo visto hasta el momento. Fuera de este esquema queda Del Marruecos feudal, donde las alusiones a la contienda se reducen a mínimos retazos para ir contextualizando los aspectos biografiados del Raisuni. En los restantes títulos la idea última que subyace se sitúa por encima de la variada trayectoria bélica recogida por cada uno de ellos, desde la sintética visión de conjunto de la campaña que retratan la Autobiografía del general Franco o El sable del Caudillo, en donde, a través de las vivencias del personaje, también se incluye una retrospectiva de sucesos acaecidos en los años anteriores al desastre de Annual, hasta el no menos sintético seguimiento de los acontecimientos correspondientes a la última etapa de las hostilidades que rememora Etxezarra. Y en todos quedan reflejados con mayor o menor detalle algunos de los ya conocidos capítulos mayores de aquel conflicto: el desastre de la Comandancia de Melilla en julio de 1921, la retirada de Xauen o el desembarco en Alhucemas. En este sentido cabría resaltar la desmesurada fabulación - a sabiendas ficticia, e irónica en extremo- que de la derrota del ejército español en Annual lleva a cabo Vilallonga a través del fantasioso relato de heroísmo y abnegación que el comandante Bravo Padilla transmite a unos cuantos colegas suyos que no han podido conocerlo *in situ*. También se hacen eco de enfrentamientos con escasa repercusión en el devenir histórico de la guerra pero importantes en el argumento novelesco, como el combate de El Biutz, en julio de 1916, durante el cual el entonces capitán de Regulares Francisco Franco resultó gravemente herido y salvó la vida en circunstancias que no parecían aventurar tan feliz desenlace. Lance que, en voz del propio protagonista, adquiere en la Autobiografía (pp. 113-115) tintes grotescos por la impasibilidad y presencia de ánimo que Franco se arroga en tan difícil situación, y al que acude Vázquez Montalbán para testimoniar cómo la figura del militar se agigantó por encima de lo real con posterioridad, pero que despojado de todo ornamento, constituyó el más serio tropiezo del futuro general en su etapa africana:



"(...) muy al final de la operación, Franco cayó herido a su vez de un balazo en el bajo vientre. Sus compañeros le dieron por muerto. En aquella época, muy pocos eran los que conseguían salir con vida de una herida como aquélla./ En el primer puesto de auxilio al que le llevaron, creyendo que llegaría muerto, el coronel-médico que le atendió levantó la manta que cubría el cuerpo tendido en la camilla y al contemplar el destrozo causado por la bala rifeña en el vientre de Franco, le comentó a su ayudante:

'-Éste ya sólo deseará en vano a la mujer de su prójimo.

'-Y a la suya, si la tiene.

'Inmediatamente corrió entre los soldados y oficiales la voz de que a Franquito le habían pegado un tiro en los huevos./ El escéptico coronel consiguió, sin embargo, cortar de cuajo la hemorragia, pero prohibió que movieran al herido de la camilla -'si lo movemos, le matamos'-, lo que probablemente le salvó la vida a Franco." (El sable, pp. 37-38).

Sin embargo, más allá de todos estos asuntos circunstanciales y de menguada relevancia novelesca, va abriéndose camino lo sustantivo: la imagen perdurable de aquella guerra y sus consecuencias últimas, que en lo esencial viene a coincidir con una de las interpretaciones que con más consistencia ha venido fijando la ulterior historiografía. En principio, un conflicto de extrema crueldad, donde la barbarie y el salvajismo humano se repartieron con ecuanimidad entre unos y otros contendientes:

" Los beréberes (...) han ido aniquilando todas las guarniciones que encontraban en su camino. Las mujeres de las cábilas han sido de una crueldad sobrecogedora, castrando a los heridos y arrancándoles los ojos antes de rematarlos a cuchilladas." (El sable, pág. 57).

"Entre varios soldados llevan a un prisionero. Tienen orden de fusilarlo. Es un moro jovencito, inherbe aún, de rostro simpático; va tranquilo a la muerte y tan sólo ruega:

'-Por Mahoma, no matar con cuchillo, matar con fusila.

'Su fe les dicta que no entrarán en el Paraíso si la muerte les llega por arma blanca. Han llegado al lugar de la ejecución, el moro sigue la súplica. Uno de los soldados avanza hacia él y le dice:

'-¡Sí, eh, pues toma fusila!

'Y con ferocidad le hunde en el pecho la bayoneta. Palidez mortal ha cubierto su rostro; en los estertores de la agonía se agarra con las dos manos al fusil y hunde aún más la bayoneta en su pecho, el soldado forcejea por arrancársela; como no puede, termina de hundirla en tierra, donde el muchacho expira." (*Etxezarra*, pág. 65).

"Una de las innovaciones bélicas que ustedes no habían podido experimentar durante la primera guerra mundial, la aplicaron durante su segunda campaña de Marruecos, *la guerra química*, dirigida por un ingeniero militar, Planell, futuro ministro de Industria después de la guerra civil. Cien bombas, cien, de cien kilos cada una, sobrantes de la guerra mundial, arrojadas por los cristianos sobre los moros" (*Autobiografía*, pág. 138).

En suma, un matadero donde muchos jóvenes, españoles y rifeños, soldados a la fuerza o enfervorizados defensores del independentismo, junto a otro buen puñado de indefensos paisanos marroquíes y de militares profesionales dejaron su vida. Incluso García Figueras, aunque en su relato la explicitación de lo bélico quede en un muy segundo plano, coincide en esta misma imagen de bestialidad, que, acaso sin intención expresa, cae del lado español:

"(...) los habitantes del poblado pidiendo al Cherif que se los llevase de allí antes de que llegasen nuestras tropas, que los alejase de aquella tortura de los aeroplanos, que cada día destruían hogares o segaban la vida de ganados y personas..." (Pág. 91).

Ahondando un poco más, la guerra también devino trampolín para aquellos otros oficiales y jefes que, merced al valor, a la suerte, a politiqueos y componendas castrenses, o a un poco de todo ello, allegaron ascensos y medro personal combatiendo al moro. Notorio ejemplo se

encuentra en el propio Franco, cuya vertiginosa carrera militar se labró por entero en Marruecos, pero no fue la única:

"Aquellas gestas africanas habían puesto estrellas de comandante en la gorra de Mola y permitido a Sanjurjo subir de capitán a teniente general por mérito de guerra en uno de los ascensos más fulminantes de la Historia del Ejército." (Autobiografía, pág. 115).

Ya en el corazón de estos relatos surge lo que al cabo deviene asunto fundamental en todos ellos y que había quedado vedado en la mayoría de los anteriores debido a su menor profundidad de campo temporal: los frutos tardíos de aquel conflicto, consecuencia *a posteriori* que habría de resultar capital para el futuro de la nación. Los largos años de guerra en Marruecos forjaron una nueva oficialidad dentro del ejército, bien distinta de la que mandaba en los acuartelamientos peninsulares, gentes no sólo habituadas a combatir, sino endurecidas e insensibilizadas por la crueldad de aquella lucha, familiarizadas con el extremo riesgo y con la muerte:

"Ahora existe en Marruecos un ejército de 'africanos'. Oficiales modernos, agresivos, eficaces. Por primera vez desde hace mucho tiempo, el ejército sabe que en lo sucesivo habrá que contar con él." (El sable, pág. 74).

Una oficialidad acostumbrada en muchos casos a ejercer su mando sobre tropas de choque, en realidad, mercenarios de escasa soldada: regulares y legionarios, fuerzas creadas *ad hoc* para aquella contienda. Hombres brutalizados por su vida anterior, en algunos casos, y por la disciplina de hierro impuesta a estas unidades en todos los demás. Combatientes en nada semejantes a los poco eficaces reclutas españoles, soldados de reemplazo, ocasionales y a la fuerza. Estas tropas y aquellos mandos no tenían por misión elaborar la estrategia militar de la guerra, por lo que en general a ellos no pueden atribuírseles los no pocos descabros que siguieron al sonado de Annual. Su función consistía en ejecutar las operaciones, afrontar la lucha en primera línea, ocupar la vanguardia en los avances y la zaga en las retiradas, lo que

pronto los convirtió en la columna vertebral operativa del ejército africano y en la élite del español:

"(...) el respeto y el pánico con que los rifeños nos veían aparecer y a veces nos daban la espalda al grito de: '¡Llegan los del Tercio!' (Autobiografía, pág. 142).

Con la victoria sobre los cabileños independentistas y la pacificación del Protectorado esta aguerrida maquinaria militar permaneció intacta al otro lado del Estrecho, en estado de semiletargo pero sin perder ni descuidar su capacidad táctica. Cuando la situación política interna comenzó a radicalizarse en España, en los primera parte de la década de los treinta, buena parte de aquella oficialidad que había desarrollado su carrera profesional en Marruecos y cuya aptitud bélica había quedado más que probada, ya ocupaba cargos de elevada responsabilidad dentro de la institución armada, lo que les otorgaba cierta capacidad de decisión o al menos de influencia para pilotar la resolución de los acontecimientos a su manera, en la forma que habían aprendido durante la guerra colonial, sin contemplaciones y sin escrúpulo o reparo en los medios utilizados para alcanzar los fines establecidos: laminar cualquier conato de levantamiento o rebeldía entre sus compatriotas. Primero, en 1932, fue la sanjurjada, frustrado levantamiento en el que Sanjurjo, uno de los pacificadores del Protectorado, careció de los apoyos necesarios para subvertir el orden establecido. Más tarde, la represión de la revuelta minera asturiana en octubre de 1934, que Franco diseñó y dirigió con la brutalidad adquirida en los campos africanos:

"La represión de Franco en tierras asturianas será feroz. 'A esta gente -les dice a sus oficiales-, hay que tratarla como si fueran moros. ¡Que no quede ni uno para contarlo!'  
'(...)

'-No quiero ninguna clase de componendas con esas gentes. Sólo quiero mineros muertos (...) Quiero dureza, dureza y más dureza." (El sable, pág. 149).

Mientras su colega Yagüe, al frente de regulares y legionarios, la materializaba sobre el terreno sin apartarse lo más mínimo del espíritu que encerraban las órdenes recibidas:

"(...) la memoria de las masas recordaba que la brillante operación contrarrevolucionaria que usted dirigía desde Madrid y que contaba con Yagüe y López Ochoa como arietes, había dejado un duro saldo de muertos, heridos, torturas y encarcelamientos (...) 26.000 efectivos, incluidas tres banderas del Tercio, dos tabores de regulares y 3.000 guardia civiles fueron necesarios para doblegar la rebelión minera y un saldo de 1.100 paisanos muertos frente a los 300 contados entre militares y guardias da idea del desigual reparto de la muerte." (Autobiografía, pág. 210).

Al final, vuelta a los pasos insurgentes que había iniciado Sanjurjo y a la ampliación del modelo que a pequeña escala ya había conocido Asturias, al sublevarse una parte de los mandos militares, con los generales y jefes que habían hecho carrera en Marruecos -Sanjurjo, Mola, Goded, Franco, Yagüe, Millán Astray,...- en cabeza de la rebelión de julio de 1936, e iniciar la confrontación civil española, en la que el ejército de África, con sus tropas bregadas en el combate, constituyó el soporte del levantamiento, desplegando de nuevo los métodos allí adquiridos:

"Según un periodista francés que asistió a la toma y ocupación de Badajoz, la acción militar llevada a cabo por Yagüe superó en horror todo lo imaginable (...)/ Cuando Yagüe llegó al centro de la ciudad se subió a la plataforma de un camión y desde allí les gritó a sus hombres: '¡Los que están muertos son los nuestros! ¡Los que todavía quedan vivos en esta ciudad son los asesinos! ¡Así, que id a por ellos!' Durante varias horas moros y legionarios enloquecidos violaron, degollaron y mataron a tiros a cuanto ser viviente encontraron a su paso. Al caer la noche, Badajoz se había convertido en un vasto cementerio." (El sable, pp. 234-235).

Imagen intercambiable con otras muchas que ilustraron la guerra en Marruecos. Véase la corta distancia que la separa de:

"Hasta ahora, tanto Millán como Franco tenían prohibido que se disparase contra las mujeres. Pero hoy, Franco ha ordenado: '¡Matadlas a todas! ¡A ver si así dejan de

parir moros! Para vengar a sus muertos, los legionarios pasan a cuchillo a todos los moros que se encuentran en Nador, ancianos, mujeres y niños." (El sable, pág. 73).

Pocas dudas cabe albergar de que tal aprendizaje había imbuido a los llamados militares africanos de una filosofía sanguinaria y letal que desde entonces marcaría sus pautas de conducta posteriores:

"A los alemanes, que le reprochaban de continuo una guerra de desgaste en lugar de una guerra rápida (...), Franco les replicaba: 'Quizá ya haga las cosas lentamente. Pero he conseguido mi objetivo principal: aniquilar físicamente al enemigo.'" (El sable, pp. 312-313).

El denominado "avispero marroquí" no sólo había supuesto una sangría humana y económica para la nación durante largo tiempo, sino que años después aún pasaría una última factura dejando aflorar su tal vez más perverso fruto: también había servido de eficaz escuela y óptimo campo de entrenamiento para incubar una oficialidad belicosa, cuyo agresivo e inclemente carácter se había moldeado en las montañas y los pedregales de Yebala y el Rif. Francisco Franco fue en buena medida un producto de aquel contexto. La guerra en el Protectorado, además de elevar su rango de alférez con escaso lustre -"de los trescientos doce segundos tenientes yo ocupé el lugar doscientos cincuenta y uno [en su graduación en la Academia]"<sup>616</sup>- a laureado jefe -"hasta llegar al generalato siempre fui el oficial más joven de mi escalafón"<sup>617</sup>- y temido guerrero; modificó su personalidad: "Es curiosa la rapidez con que está cambiando Franquito desde que estamos en el frente. Le noto cada día más seguro de sí mismo. Se está convirtiendo poco a poco en el prototipo del oficial colonial", (El sable, pp. 33-34); y le dejó una huella indeleble para el resto de sus días. Allí, en realidad, adquirió casi todos sus saberes, al menos los peores de ellos:

"-(...) El terror es un arma que hay que saber aprovechar. Esta guerra que vamos a librar (porque, no os hagáis ilusiones, se tratará de una guerra) será parecida a la de África: una guerra colonial. Porque voy a pacificar a las sabandijas del Frente Popular

como pacifique a los kabileños entre 1912 y 1925. ¡A sangre y fuego!" (*El sable*, pág. 206).

Pero el futuro jefe del Estado español fue sólo un ejemplo, sin duda el de mayor relieve por la proyección histórica -y novelística, en lo que ahora nos ocupa- que más tarde alcanzó, pero sólo uno más entre los muchos que dejó la escuela africana. Con un cambio de ropajes, sobre todo de los morales, Alonso de Etchezarra cabe en el mismo o en parecido modelo. Él también es un oficial africano, un producto, aunque algo rezagado y con bastantes dosis de edulcorante, de aquella guerra colonial. El espíritu belicoso que late en su interior, travestido en el relato de vocación aventurera, pugna por hallar ocasión propicia para manifestarse y se frustra cuando éstas no se le brindan o se demoran. He aquí la causa de su alistamiento en la Legión:

"Yo estaba más que harto y sólo deseaba pasarme a la Legión en busca de algo más de acción", (pág. 74)

Por idéntico motivo se desazona cuando le impiden ir a Asturias durante la revuelta minera:

"Era lo desconocido, la aventura. Recuerdo que luché lo indecible por marchar con las banderas. Estaba ya embarcado en una de las camionetas que iban al muelle de Ceuta, pero me hicieron descender y tuve que ver cómo mi asistente bajaba mi escaso equipaje. El comandante mayor me echó un corto discurso con el que quería demostrarme que mi puesto estaba en Riffien, en mi despacho (...)/ En diciembre destinaron a Escámez a Asturias en comisión, y conseguí que me llevara con él. Pero, como de costumbre, nada había ya que hacer en Asturias." (Páginas 160-161).

Y en buena medida ese mismo afán lo lleva hasta las tierras rusas:

"¿Qué busco yo yendo a combatir en Rusia? Muchas cosas entre las que me sería difícil señalar una prioridad. La idea comunista me parece odiosa y muy dañina para la humanidad (...) Deseo ver combatir al ejército alemán; deseo que nadie pueda contarme cosas que yo he podido ver; deseo satisfacer ciertas ansias de aventuras, viajar, conocer nuevos países, aprender; deseo embriagarme de nuevo con las duras

emociones de la guerra (...); deseo participar en la batalla más grande que han conocido los siglos y que el nombre de mi patria se pronuncie al historiar esta lucha titánica con respeto y honor. Y yo ahora y siempre soy y seré un capitán legionario, creo que ya nada podrá cambiar eso." (Pág. 193).

Resultaría inconsecuente negar que Alonso de Etxezarra es hombre proclive a la acción, y que ya desde su etapa en la Academia ardía en deseos de ir a Marruecos para emular las hazañas que su hermano mayor le relataba, pero ¿se le puede considerar un aventurero *per se* o más bien un militar imbuido del espíritu africano que aprendió en aquella guerra colonial lo que desde entonces se ha convertido en su credo vital? Tal vez un poco de ambas cosas guíe sus decisiones, sin embargo, no puede hurtarse que el peso del aprendizaje marroquí supera cualesquiera otras razones, al menos así parece desprenderse del comentario que cierra la última cita mencionada. Dilema que devuelve la situación a los mismos planteamientos enunciados páginas atrás y que obliga a poner cuando menos en cuarentena el presunto espíritu aventurero que la autora quiere atribuir al protagonista.

En lo que al empleo del lenguaje se refiere, bien puede sostenerse que nos encontramos ante cuatro textos del todo dispares entre sí. A partir de un general cuidado de la prosa, único rasgo común, cada uno de ellos responde a una muy particular concepción del habla novelística, aunque, eso sí, con muy diferentes resultados y logros. En Del Marruecos feudal la notación funcional se ve salpicada de vez en cuando por ornamentos retóricos que remiten a una prosa modernista ya bastante manoseada. No se hacen infrecuentes las comparaciones y metáforas enjovadas. Unas veces con buen tino: "(...) preparaba una era de luchas cuyo bronche de rubíes [acertado por remitir a la idea de sangre] había de costar tan caro a España", (pág. 30). Otras, supérfluo y tópico: "Sus lágrimas no caían sobre su rostro, sino que iban directamente al suelo, como si se hubiesen desengarzado las perlas de un bello collar", (pág. 118). Y en ocasiones, tan gastadas que resultan inexpresivas y afeantes: "Un cielo puro tachonado de estrellas", (pág. 17). Mejores resultados obtiene cuando se aparta de



estas fórmulas estereotipadas y opta por una expresividad más personal. Pocas variaciones, en suma, sobre lo ya señalado al comentar, en epígrafe precedente, su Ramadán de paz.

Etxezarra, a pesar de que se mantiene dentro de una aceptable corrección formal y no se le puede imputar desaliño en la redacción, descuidos gramaticales o impropiedad léxica, deja ver una cierta inadecuación entre los registros en los que se mueve y los emisores del discurso, lo que se hace más evidente en el protagonista, quien a través de su diario soporta la mayor parte de la narración. Aun tratándose éste de un documento escrito, por tanto más cuidado y menos espontáneo que la directa oralidad, resulta demasiado elaborado, falto de esa casi obligada frescura que daría vida y emoción a un texto donde se recogen impresiones tan personales y, sobre todo, insólito o cuando menos extraño atendiendo a la condición de su autor, un vigoroso oficial de la Legión -"sus legionarios le adoraban pero temblaban en su presencia"<sup>618</sup>- curtido por múltiples avatares bélicos y castrenses. En un personaje con este perfil, aunque su ennoblecido y rancio linaje casi se pierda en lo más remoto de la historia española, se antoja un tanto anómala la excesiva pulcritud, diríase que hasta un tanto empalagosa o redicha, de que da muestras cuando echa mano a la pluma. Podría justificarse, si acaso, una cierta proclividad hacia el lirismo -que también la hay- cuando se ensimisma en descripciones paisajísticas o de la naturaleza, pero adolece de falta de naturalidad cuando lo referido son simples acontecimientos de la cotidiana existencia cuartelera:

"Un procedimiento muy socorrido contra este aburrimiento mortal es el canto, pero qué mal lo hacemos. No puede concebirse cosa más horrfona, y eso que ponemos el máximo interés y nos entregamos al noble arte con gran inspiración. Sólo conseguimos destrozar los pobres tangos de nuestro exiguo repertorio y en toda la posición no hay quien tenga la más ligera idea de música o el más leve rastro de buen oído. Esta incapacidad general para la armonía les hace a todos prorrumpir en berridos que deben llegar [la confusión en la perifrasis verbal tal vez convega atribuirle más a descuido de la autora que a desconocimiento del personaje, en cualquier caso, su extendido uso

en nada modifica lo que aquí se trata de ejemplificar] hasta los cielos por su volumen pero no conmueven a ningún Orfeo." (Pág. 70).

Y todavía menos adecuado resulta el gusto por un tipo de adjetivación -de la que ya ha quedado algún rastro en la cita anterior- que parece situarse en las antípodas de los habituales usos militares, no porque el uniforme imponga necesariamente broncos modos de calificar, sino porque algunos de los que aquí pueden leerse denotan en no pocas ocasiones una relamida percepción de la realidad, incluso para quien no frecuenta el trato de la milicia: "Eran unas muchachas deliciosas, bien vestidas, educadas y agradablemente simpáticas", (pág. 197). Algunos de estos deslices, a mi entender, se deben en parte a una tendencia a apuntalar en exceso la construcción, a redondearla en demasía con algún vocablo poco oportuno o prescindible, que resta esa llaneza expresiva que emisor y mensaje requerirían para no semejar afectación. Retomando, por ejemplo, el mismo párrafo donde figuran las ya señaladas calificaciones, la primera alusión del personaje a las muchachas se mantiene dentro de lo esperable: "estando en el salón del hotel, vi dos guayabas muy potables", pero esta espontaneidad queda algo malograda con el poco coloquial determinativo que añade a continuación: "tomando *sendos* helados en una mesa próxima". Más evidente se hace la disonancia cuando el afán por el remate se inserta en un párrafo dominado por lo coloquial de principio a fin:

"Estamos en pleno agosto y hace un frío que pela. Algunos alemanes han encendido las estufas. Aquí no hay una sola habitación sin *su correspondiente* [del todo prescindible] estufa de carbón. En invierno el frío dicen que es espantoso." (Pág. 195).

Frente a tan repulida forma de expresión nada hay en el diario, ni tampoco en las anotaciones posteriores o en las cartas, que denote algo de esa jerga cuartelera o siquiera de un habla que transmita con garbo y viveza el particular estilo militar, salvo las consabidas voces -aquí escasas y esporádicas, reducidas a "paco" y alguno de sus derivados o al más genérico término "república"- alusivas a la guerra de Marruecos y ya casi consabidas dentro de esta

novelística. Si cabe anotar un afeante empleo de "para nada" en su más reciente sentido: "Yo no intervine para nada en la gestación de ese golpe", (pág. 176). Locución ya señalada también en algún otro texto, y que, al igual que en aquél, en este caso no puede atribuirse sino a franco desbarre por cuanto, aun figurando en las notas añadidas al diario con posterioridad, la época referida no parece alcanzar los tiempos en que este uso se ha generalizado y, aunque así fuera, suena poco probable este modismo de última acuñación en el habla del ya anciano Alonso de Etxezarra.

Autobiografía del general Franco, aparte de otros valores, responde a un maduro y esclarecido ejercicio de lenguaje, incluso, a mi entender, habría que notar este aspecto como uno de los mayores, si no el máximo logro de la novela. En una muy temprana reseña periodística apuntaba Haro Teglén a propósito de esto: "Parte de lo que hace la unidad y el orden de esa esquizofrenia brillante está en el lenguaje (...) La escritura, digo, unifica en cierta forma a Franco -por cómo dice las cosas, no por lo que dice-, a su biógrafo impostado de autobiógrafo y al pensamiento de Vázquez Montalbán."<sup>619</sup> No le falta razón al crítico, en cuanto que todos esos elementos forman el magma del relato, sin embargo, hay algo que conviene matizar. Las palabras, en efecto, unifican el discurso ya que todas ellas proceden de un único emisor, el escritor Marcial Pombo, pero esas mismas palabras establecen a su vez las diferencias entre ambos mensajes, y no sólo por lo que dicen sino también por cómo lo dicen: a la duplicidad de personalidades y narradores corresponde idéntica dualidad de modos expresivos y, sobre todo, de situaciones comunicativas. En ello radica el hallazgo formal del relato y lo que en gran medida confiere categoría de ficción a un texto que sin este envoltorio habría quedado más cerca del análisis histórico que de la fábula literaria. La enunciación de Franco, superando la convención de la voz prestada, tiene una finalidad aleccionadora -se dirige a las generaciones venideras para que puedan valorar su obra- y justificativa, aunque sólo sea ante la historia, de su proceder. Su discurso, salvo estos condicionantes, es autónomo, habla de lo que quiere y no se encuentra sujeto a interferencias o directrices de interlocutor alguno. Por el contrario, la enunciación de Pombo, superada también la

convención por la que él mismo ha optado, se convierte en un discurso condicionado y referido en todo momento, excepto en aquellos contenidos -escasos, por cierto- que vierte sobre sí mismo y nada tienen que ver con el militar, a las palabras y pautas marcadas por su biografiado. Carece, por decirlo de otra manera, de la libertad de elección que ha concedido a ese *alter ego* antagónico al que replica y contradice. Se trata, por tanto, de dos situaciones que desde un enfoque pragmático -en el sentido que se ha atribuido a este término dentro de la teoría del lenguaje y de la comunicación- habría que catalogar como bien diferenciadas. Lo que desde una perspectiva ajena al ámbito lingüístico denota grandeza moral, al conceder ventaja al adversario, pero también la convicción de contar con superioridad en los argumentos para la refutación. La disparidad no termina ahí, sino que de igual modo alcanza a la propia codificación del discurso, a lo que solemos denominar estilo. Convocando de nuevo a Haro Tegen, hay que convenir con él en que "es evidente que Franco no hubiera podido nunca pensar y escribir así por conceptos de cultura de la que carecía"<sup>620</sup>. Pombo, en efecto, presta al militar un aparato retórico del que posiblemente éste carecía, pero aun así, ambos discursos presentan unas particularidades tonales y expresivas que aleja uno de otro y permite una fácil distinción entre ambos. El del general está casi todo él transitado por una notable altisonancia y engolamiento en la dicción, a la vez que entreverado por todo tipo de tópicos y gastados convencionalismos de muy reducida significación, reflejo, dentro de las concepciones de Vázquez Montalbán, de la soberbia que confiere el poder, en lo que a los primeros rasgos se refiere, y de la indigencia cultural e imaginativa del personaje, en lo que atañe al último. Una prosa ajena, además, a los conocidos registros del autor y apegada a fórmulas de una grandilocuencia vacía y añosa. En suma, una prosa esclerotizada por el tiempo y de tan dudosa estética como el Régimen al que servía:

"(...) sobre las mujeres, jamás he pertenecido al ejército de los pavos presumidores de conquistas, a veces exponentes fieles de aquel decir castellano: Dime de qué alardeas y te diré de lo que careces, pero siempre fui un hombre viril que hizo de su virilidad una ética basada en el respeto a la mujer y a las normas de la Iglesia, porque

la debilidad de la mujer la convierte en víctima propicia de desaprensivos que una vez cumplidos sus apetitos las abandonan, sin importarles la humillación, el agravio, a veces irreparable, que han causado. Y desde esa virilidad bien entendida, en la adolescencia me sentí atraído por el bello sexo, primero en El Ferrol, luego en todos los lugares que fueron jalonando mi fulgurante carrera militar, hasta que encontré a Carmen en Oviedo y supe que sería la mujer de mi vida, la destinada a perpetuar mi especie, fin providencial, sentido mismo de la relación matrimonial, programada por Dios como una delegación de su capacidad absoluta de crear." (Pág. 105).

Por el contrario, la réplicas de Marcial Pombo por hábito presentan una apariencia bastante más modesta y cercana a lo coloquial:

"Malas lenguas militares que le sobrevivieron, ratificaron que usted nunca fue de putas, general, y perdone la franqueza del lenguaje cuartelero, pero recordaban que le gustaba muchísimo que los demás le contasen las experiencias vividas en los burdeles reservados a la tropa, y usted, años después, recordaría con una cierta justicia a aquellas cantineras que cuando conseguían pescar a un legionario como marido, le eran tan fieles como los perros perdidos sin collar que encuentran un nuevo dueño." (Pág. 105)

En este estilo de aspecto menos rimbombante se reconocen al momento las peculiaridades expresivas que durante años y libros han ido perfilando la ya consolidada y muy personal prosa de Vázquez Montalbán, que en este caso transfiere a su ficticio escritor para que la use como propia. Un habla literaria en nada semejante a la amortajada oratoria que cede a Franco; llena de elocuencia y de vigor creativo; que se ha forjado absorbiendo de las más diversas fuentes, de las ortodoxas y de aquellas otras que por costumbre no se han tenido por tales. Un habla literaria donde una imagen poderosa es capaz de sintetizar todo el dolor y la miseria de unos tiempos terribles: "los vencidos en la guerra civil recuperaban su memoria a oscuras y entre visillos", (pág. 7); donde el lirismo y las metáforas no crecen como adornos superfluos sino que devienen depurada esencia del contenido: "Más de una noche estuvieron

a punto de darle el paseo y por eso luego nunca más salió de casa de noche (...), le daba miedo la noche porque tal vez nunca más saldría de su tripa llena de sangre seca", (pág. 20); y donde los más profundos sentimientos quedan atrapados en la aparente simplicidad de ademanes cotidianos:

"(...) un día llegó a casa una carta desde Cuelgamuros, era de mi padre y le contaba a mi madre que había recibido la propuesta de quedarse allí como trabajador libre, con seguro de enfermedad, derechos sindicales, etc. Yo tenía dieciséis años, escasa rebeldía política, pero sentí todo el asco posible ante la simple idea de irnos a vivir cerca de aquella obra y contemplar cada atardecer el regreso de un capataz de presidiarios (...) Y un día la silueta de mi padre se recortó en el oscuro portal de la calle Lombía, los rayos de sol estaban especialmente cargados de polvo (...) Me limité a cogerle la maleta de madera, a desencontrarle el beso, a decirle hola y a abrirle marcha, escalera arriba." (Páginas 406-407)

La vena poética de su estilo no nace sólo de fórmulas de reconocida filiación artística como las anteriores, sino que conviviendo en perfecta armonía con ellas va dando cabida a otro tipo de registros expresivos de factura muy personal y ajenos, o cuando menos marginales, dentro de la tradición del habla literaria. Usos lingüísticos que remiten a la estricta contemporaneidad, donde el distanciamiento irónico alcanza desde los nuevos saberes que han entrado a formar parte de la cultura con mayúscula -"El franquismo fue un ruido, eso sí fue un ruido que interrumpió el mensaje de la democracia... de la libertad", pág. 651- hasta aquellos otros que la vulgarización ha situado en sus arrabales: "Esperaba algo más sintético.' ¿Qué derecho tenía él a esperar algo más sintético o algo más analítico o algo más vitamínico o algo más proteínico?", (pág. 648). En la elaboración de su lengua literaria se amalgaman ingredientes de las más variadas procedencias, materiales de derribo, en muchos casos, que el autor ha incorporado a su voz, dándoles nuevo lustre y levantando con su ayuda una obra de lenguaje original y novedosa. Mixtura en la que cohabitan locuciones acuñadas en los medios de difusión o en sus aledaños: "colaboraba con el gobierno en el plan de

desertización laboral de Asturias", (pág. 17). Lugares comunes reelaborados para la ocasión: "Aranda le sobrevivió, general (...) se murió en 1979 supongo que con el gozo africano de haber visto pasar el cadáver de su enemigo por delante de su jaima", (pág. 416); "sus policías se tomaron la Historia por su mano", (pág. 443). Afortunadas frases ajenas que toma prestadas para dotarlas de nuevos sentidos: "una decidida tendencia ahorradora gallega que le permitió tener unos ahorrillos cuando estalló la guerra y casi conservarlos a su final, para enterarse, ya en la cárcel, de que el dinero republicano carecía de valor y que había conseguido llegar desde la nada a la más absoluta pobreza", (pág. 203). Voces y locuciones hoy generalizadas pero que ayer fueron patrimonio de ambientes *underground*: "los del Movimiento", que por entonces más parecían un grupo de viejos rockeros con varices que una alternativa de sentido histórico", (pp. 589-590). Tan innovador como los usos anteriores resulta un especial empleo del léxico, bien a través de la traslación de vocablos desde sus habituales campos semánticos a otros que le son ajenos, provocando asociaciones insólitas y extravagantes pero de acertada elocuencia: "aquella esquina famélica del mundo [España]", (pág. 383); "Aparecía obesa y completamente desnudo", (pág. 425); o bien mediante el más radical procedimiento de crear neologismos *ad hoc* para la ocasión: "mi respiración nicotinada y nerviosa", (pág. 650). Y salpimentando todo lo anterior, abundantes dosis de un humor sarcástico, verdaderas huidas hacia los territorios cómicos o paródicos para encarar los aspectos más desgarrados y sórdidos de la realidad: "tuvieron que (...) hacer saltar por las ventanas de sus checas azules a los que habían cometido la tontería biológica de no resistir los golpes", (pág. 352).

En suma, un estilo que nos sumerge en una recontextualización de la lengua y de la cultura, donde los modos populares y los culteranos se unifican, donde tradición y modernidad se entrelazan en un mestizaje de elevada capacidad expresiva, y cuyo origen se remonta al experimentalismo literario donde dio sus primeros pasos artísticos Vázquez Montalbán. Corriente que, cuando su obra ya se ha apartado un tanto de aquellos caminos iniciales, ha seguido manteniendo y cultivando en el plano lingüístico, y que a estas alturas

puede reconocerse como inconfundible marca de la casa, tanto da que el asunto tratado gire en torno a las andanzas de un escéptico detective, a la reconstrucción de un momento histórico o al mismísimo Franco.

Habilidad y buen hacer lingüístico muestra también José Luis de Vilallonga en El sable del Caudillo, cuya prosa se orienta hacia un tono de desenfado y de registros coloquiales. Elección que se revela del todo idónea para la imagen del personaje que nos presenta, en la que la mezquina cotidianeidad de su vida doméstica se antepone en rango narrativo a los momentos públicos o solemnes, y se aviene a la perfección con ese estilo fluido y premeditadamente de diario, casi de andar por casa, que le sirve de vehículo. Y nunca más a propósito la frase final, pues es allí en su morada, en su despacho de puerta cerrada, entre sus mesas y sillones, o en la confidencialidad del tálamo y a la sombra de los bigudíes de doña Carmen donde en verdad se toman la mayoría de las decisiones trascendentales, allí es donde se cuecen las intrigas y la historia. Toda la novela está entreverada de frases hechas y locuciones del habla común que reproducen con acierto y viveza una expresividad situada en las inmediaciones de la oralidad: "fue un buen amigo de don Antonio Puigvert, el urólogo que de vez en cuando le cantaba las cuarenta por un quítame allá esas pajas" (Pág. 19); "para muchos el comandante Franco es un arribista de tomo y lomo", (pág. 41); "Mola volvió a meter la pata hasta el corvejón", (pág. 283); "La Señora, que las pescaba al vuelo, se inquietó", (pág. 347); "diminutivo que le jodía vivo pero con el que tuvo que apencar una gran parte de su existencia", (pág. 27); "los desplantes del cabronazo de su padre", (pág. 86); "inútil decir el cabreo de doña Carmen", (247).

Muchos otros ejemplos podrian entresacarse en el texto que atestiguan esta voluntad de espontaneidad. Sin embargo, bajo tales modos de decir no late el desaliño ni la incapacidad o dejadez para abordar un lenguaje más elevado o de superior elaboración, sino la deliberada intención del autor por acentuar los perfiles del personaje indicados líneas más arriba y, relacionada también con la anterior, enmendar los errores del pasado a su manera, esto es, despojando al personaje de esa aureola de mitificación y grandeza que bien desde el aplauso



de sus seguidores y paniaguados o desde la reprobación de sus opositores, con frecuencia le ha rodeado. Si Franco, a juicio del narrador, no fue más que un individuo mediocre y de exigua estatura moral e histórica, retratarlo con palabras más sobrias o depuradas, aunque hubieran sido dirigidas hacia la censura o la condena sin paliativos, sólo habrían conseguido incrementar su relieve. Propósito del todo contrario al que persigue Vilallonga en su relato.

Compartiendo esa misma finalidad desmitificadora de los registro coloquiales, hay que señalar la abundante presencia de un humor sarcástico, paródica befa del protagonista y de sus familiares más allegados que deviene otra de las constantes del discurso. Humor que llega por dos vertientes. Una, en voz del propio narrador, a través de ocasionales ocurrencias:

"Doña Carmen viajaba todavía con documentación falsa a nombre de Mrs. Judith Buchanan, y cuando mencionó que era la esposa del general Franco, no quisieron creerla. Uno de los guardias civiles presente tampoco quiso creer que Nenuca fuese una niña. A la vista de la pelambre que le cubría las pantorrillas, pensó que se trataba de un chico disfrazado de niña." (Pág 247).

Y otra, por medio del diálogo entre los propios personajes, creando *gags* situacionales llenos de mordacidad:

"-Alteza, creedme, lo estáis haciendo muy bien, y yo no me siento todavía con fuerzas suficientes para retomar las riendas del carro.

'Señaló con el dedo el libro de Agatha Christie que reposaba sobre sus rodillas, y añadió con un tono quejumbroso que no solía ser el suyo:

'-Todavía al cabo de un rato de leer estas tonterías, me quedo dormido.

'-Eso es algo natural, mi General." (Pág. 373).

En algunas ocasiones, el énfasis en la parodia confiere a los personajes caracteres caricaturescos, inmersos en coloquios infantiloides, diálogos *naïf* con resonancias de viñeta de Forges:

"-El conde de Teba me ha dicho que tiro muy bien.

'-Es que tiras muy bien, Paco.

'-Sí, ya lo sé. En África, en las montañas de Yebala...

'-Ya me lo has contado, Paco.

'-Perdona.

'-Es que te estás poniendo muy pesado con eso de África.

'-No volverá a ocurrir." (Pág. 23).

"- (...) ¿Sabes cómo propone Benjumea que se me llame? ¡El Caudillo!

'Doña Carmen volvió a encender la luz.

'-¡El Caudillo! -exclamó entusiasmada.

'-Carmen, por favor, baja la voz, que en esta casa las paredes tienen oídos.

'-¡El Caudillo...! -repitió varias veces doña Carmen como en un sueño.

'-Sí, ya sabes, el equivalente de Duce en italiano, o de Führer en alemán.

'-¡El Caudillo! Es un título precioso.

'-Yo hubiese preferido el Cid.

'-¡No, Paco, no! Serías el segundo Cid. Pero, el Caudillo... ¡Serás el primero! ¡Ay, Paco mío, cómo te quiero!" (Pág. 251).

Al margen de esta predominante tendencia hacia lo burlesco, Vilallonga deja también constancia de su buen pulso para hilvanar todo tipo de diálogos, a los que sabe dotar de interés y tensión. Un muy acabado ejemplo lo ofrecen las tensas entrevistas entre Franco y Manuel Azaña (pp. 134-135 y 174-175). No menos apreciable resulta su capacidad para atrapar ambientes o acontecimientos con sintético trazo, a cuyo través se filtran los indicios necesarios para sugerir al lector toda la complejidad de ese mundo apenas entrevisto por la brevedad de unas palabras o frases, ya sea la idiosincrasia de los Polo:

"Don Felipe convocó a la niña en su despacho. Cortinones de terciopelo oscuro, grandes sillones de cuero, un Polo del siglo XIX colgado de la pared, retratos de familia en marcos de plata y una araña veneciana suspendida sobre la mesa de trabajo.

De pie, detrás de su hermano, estaba la tía Isabel poniendo cara de Dama de Elche." (Pág. 42).

O los trágicos sucesos acaecidos durante el desastre de Annual:

"Las tropas españolas desandan a paso de carga el largo camino de su calvario bajo la mirada alerta de los buitres, que recuerdan con nostalgia pasadas carnicerías." (Pág. 73).

Usos verbales que denotan el acertado tratamiento del lenguaje con que Vilallonga elabora su fábula.

#### 1.10. **Miscelánea temática.**

Bajo este rótulo, según anticipé en las primeras páginas del presente capítulo, han quedado recogidas todas aquellas narraciones de temática heterogénea con cualquiera de las divisiones previas. A lo que cabe añadir la absoluta disparidad entre unas y otras de las aquí traídas. Por lo cual, si las divergencias ya resultaban apreciables en no pocos aspectos entre los títulos encuadrados en las anteriores agrupaciones, que cuando menos compartían una unidad de asunto, en los relatos que han quedado relegados a este epígrafe se acentúan, pues a las diferencias derivadas de sus alejadas fechas de publicación, de autoría, forma novelesca, estilo e incluso concepción literaria, ahora hay que añadir también las de orden temático y argumental. Al final, el único nexo de unión que mantienen viene dado por la ambientación marroquí y sus alusiones a la cuestión bélica, sin que factor común de ninguna otra índole las relacione entre sí. Y tampoco se trata, *stricto sensu*, de novelas de guerra o de muy directa relación con ella, sino más bien de textos con indirectas referencias a la contienda, que en algunos casos hay que considerar tan sólo vagas o remotas.

En época todavía contemporánea al conflicto, Ramón J. SENDER<sup>621</sup> vuelve a retomar la cuestión de Marruecos, que ya le había inspirado la anterior Una hoguera en la noche, en un par de cuentos que por su común subtítulo, "Recuerdos e impresiones", y por ciertas analogías en su forma y contenido, diríase que componen un díptico narrativo. Publicados,

acaso también compuestos, tras su regreso a España, tienden un hilo de continuidad entre su primera narración y la posterior Imán. En realidad, bien puede decirse que desde aquel ensayo inicial no había dejado de escribir sobre el asunto, pues durante un periodo de su servicio militar en aquellas tierras había colaborado en El Telegrama del Rif con una serie de artículos recogidos "bajo los títulos de 'Arabescos' e 'Impresiones del carnet de un soldado'"<sup>622</sup>, aparecidos entre abril de 1923 y enero de 1924. Estos dos breves relatos, "Ben-Yeb el cobarde" y "El negro Tcho-Wak", fueron publicados en la barcelonesa revista Lecturas, la misma que le había concedido el premio por Una hoguera, en 1925 y 1926 respectivamente<sup>623</sup>.

En "Ben-Yeb el cobarde", el oficial de Policía Indígena Álvarez de Alcalá y Burriel observa un bello cuchillo marroquí clavado sobre las tablas de su mesa y cuenta cómo el arma llegó hasta él. Encargado de montar un servicio de protección en una carretera, estableció el puesto tras sostener un combate con los nativos. Luego salió a pasear por los alrededores y descubrió una cueva, en cuyo interior se hallaba el cadáver de un moro viejo. Llamó a un áscari y acudió Ben-Yeb, un soldado caracterizado por su cobardía y hacia quien Álvarez de Alcalá no tenía ninguna simpatía. Ben-Yeb, entre atemorizado y sorprendido, registró el cadáver y encontró en su cuerpo un hermoso puñal. Quiso quedárselo, pero el oficial se lo reclamó para sí. Muy a su pesar el áscari hubo de entregárselo. Al atardecer, nada más iniciar la retirada, la unidad de Policía se vio de nuevo paqueada por los indígenas. En lo más duro del combate, cuando nadie se atrevía a despegar el cuerpo de la tierra, Ben-Yeb se levantó y comenzó a avanzar disparando hacia los atacantes, hasta que una bala detuvo su osadía. El auxilio de otras tropas les permitió llegar al campamento, donde un sargento informó al oficial de que el caído procedía de aquella zona, por lo que nunca había querido combatir por allí ante el temor de llegar a encontrarse con su padre, quien peleaba junto a los rebeldes. En ese momento se desvela al lector la clave de lo sucedido: el cadáver era el progenitor de Ben-Yeb y aquella daga acaso su única herencia. Álvarez de Alcalá manda a su ordenanza que la guarde.

"El negro Tcho-Wak" recoge otra anécdota de la que fue testigo el oficial de Policía Indígena, se supone que el mismo Álvarez de Alcalá, pues, aunque aquí no se explicita el nombre, el personaje muestra idénticos comportamientos. Al igual que en la ocasión anterior, el relato rememora los sucesos que han dado origen a la situación actual: se ha visto obligado a arrestar al soldado Tcho-Wak. Pero todo había comenzado cuando este áscari negro hubo de acompañar al oficial para revisar un morabo situado enfrente del acuartelamiento militar. Allí vivían un marroquí y su bella hija Aixa. Tcho-Wak quedó deslumbrado por la hermosura de la joven y todos los días salía de la posición para intentar verla. Aunque ausentarse sin permiso le costó un arresto, nunca logró sus propósitos. Un día el oficial se enteró de que el marroquí había enviado a su hija a Axdir, lo que provocó la zozobra del enamorado y las bromas de los otros soldados a su costa. Al amanecer, mientras el oficial contempla desde el parapeto al vecino asomado a la ventana del morabo, suena un disparo y el marroquí cae abatido. Tcho-Wak, con el fusil aún humeante, ríe de felicidad. Pero una conducta así no puede quedar impune, por lo que el superior debe imponer un castigo, el ya anunciado al comienzo de la narración, al negro: esa noche tendrá que hacer el tercer cuarto en el parapeto. El resto de los áscaris, que han dejado de cantar al oír el disparo, en seguida reanudan sus canciones.

Ambos cuentos difieren en su contenido argumental pero sostienen casi una misma idea final, que, a mi entender, no es exactamente "el enfrentamiento del oficial español con un indígena marcado negativamente", como apunta José María Salguero Rodríguez<sup>624</sup>. Este enfrentamiento resulta obvio en "Ben-Yeb", pero motivado por la habitual cobardía del soldado. En "Tcho-Wak", por el contrario, el oficial no muestra ninguna animadversión personal hacia el áscari negro, al menos nada que vaya más allá de su chulesco y despectivo proceder cotidiano. Incluso de sus palabras parece desprenderse que impone la sanción al protagonista más por mantener la necesaria disciplina que por encono o por convicción sobre el mal obrar de su subordinado:

"Lleva aún el fusil humeante y salta cantando y riendo en el paroxismo de la felicidad. Pero yo intervengo y le impongo un nuevo arresto. Aunque no me gusta tener fama de riguroso y de 'hueso', esta noche hará el tercer cuarto en el parapeto." (Pág. 190)<sup>625</sup>.

Sin embargo, en esta respuesta del militar, castigando con tan leve pena un crimen injustificable, aparece la idea latente en ambos títulos: el sentimiento de superioridad con que el español, cuando menos el oficial del ejército, contempla el universo marroquí. De ahí el escaso o nulo valor que otorga a la vida y a la sensibilidad del indígena. Álvarez de Alcalá, en "Ben-Yeb", no se interesa en absoluto por las razones que el áscari pueda tener para quedarse con el cuchillo. Diríase que lo atribuye a la tradicional costumbre de rapiña:

"-Por Dios grande, tú no poder tocarlo -suplicó levantando apenas la cabeza.

'-Dame eso o te parto el alma." (Pág. 177).

Una réplica que aún cabe achacar a desconocimiento. Pero cuando el sargento nativo le desvela los motivos de aquella actitud y de la posterior muerte del soldado, tampoco la noticia provoca mayor preocupación en el militar:

"-(...) Ha venido a morir a su tierra. Su padre estar rifeño (rebelde) y vivir en cabila serca [todas las desviaciones gramaticales y fónicas pertenecen al original] de Sidi-Abbas, porque su padre estar siempre por campo de aquí serca con rebelde.

'-Ya, ya -afirmo mientras voy anotando. -Yo no sé por qué, siempre tuve a este hombre por un bicho peligroso." (Pág. 179).

Al cabo tan sólo se trata de la vida de un marroquí. Situación que vuelve a repetirse en "Tcho-Wak", donde la vida de otro indígena, y en este caso ni combatiente ni armado, no merece mayor punición que restar unas horas de descanso nocturno al culpable. Unas anécdotas bien ilustrativas de la insensibilidad del colonialista hacia el colonizado, a la vez que reflejo del pensamiento caracterizador de los denominados militares africanistas, en el que se asentó buena parte de la actuación española en Marruecos.

Esta pareja de breves relatos permite ver una evolución ideológica del narrador aragonés desde su anterior Una hoguera en la noche. Algo que ya ha advertido José María Salguero Rodríguez: "Ha desaparecido la visión romántica, los personajes responden a móviles más primarios e incluso las descripciones ya no están idealizadas."<sup>626</sup> A lo que cabría añadir que los personajes responden a tipos embrutecidos e insensibilizados por la guerra, en especial Álvarez de Alcalá, un oficial que en nada se asemeja al melancólico y sentimental Ojeda. Pero son, sobre todo, las variaciones tonales las que marcan la mayor diferencia. A aquel aire de blando ternurismo que desprendía su primera narración se opone ahora un tono bronco y de descarnada ironía: la muerte ha perdido su condición de tragedia para convertirse en algo cotidiano y de escasa relevancia, ya sea la de Ben-Yeb o la del vecino en "Tcho-Wak"; y los sentimientos humanos han dejado de importar, ahora sólo suscitan mofa ("los áscaris arman zambra a costa de Tcho-Wak" y el oficial considera al soldado un "imbécil" por haberse enamorado). Pruebas todas ellas de que la vivencia directa del conflicto marroquí modificó en buena medida la visión de Sender sobre la cuestión. Una muda de convicciones a la que ya me referí en el apartado dedicado a la novela de amor. Si en aquella ocasión manifesté la necesidad de poner en cuarentena la aseveración de Vicente Moga Romero, en cuanto que ese cambio se debió a la diferente situación política de la España de finales de los veinte y a la contribución del escritor para acabar con la dictadura primorriverista<sup>627</sup>, ahora las diferencias entre esos dos relatos y la Hoguera viene a confirmar que esa evolución ya había comenzado antes de lo que el historiador y crítico melillense sostiene. Agrega Salguero Rodríguez que incluso "van evidenciando el futuro estilo de Imán"<sup>628</sup>. Y, en efecto, es así. Sin llegar a ese nivel de desgarró y brutalidad, ambos cuentos empiezan a prefigurar en esbozo parte de la crueldad y del absurdo que refleja la gran novela senderiana. Sobre el ya aludido desabrimiento tonal de ambos cuentos, y por mencionar sólo algunos rasgos de clara evidencia, este anticipo puede verse, por ejemplo, en el oficial español, en quien ya van perfilándose los negativos rasgos definidores de militares posteriores, y, por ende, claros

indicios de un sentimiento antimilitarista. Igual puede decirse del paisaje, donde comienza a atisbarse algo de esa hostilidad que luego veremos en Imán:

"La tierra, reseca, enviaba su aliento al rostro en tufaradas caliginosas y ásperas. No había medio de aguantar tanto sol./ El paisaje era una gran hoguera blanca, en la que yo me consumía lentamente. El poco oxígeno que quedaba en el aire estaba como inflamado, y al respirarlo en combustión ponía la sangre caldeada e hirviente." ("Ben-Yeb", pág. 176).

En el aspecto técnico, ambos relatos responden a un mismo esquema narrativo. La fábula es contada en primera persona, por el oficial Álvarez de Alcalá, y se estructura de modo circular siguiendo patrones bastante tradicionales. Al comienzo conocemos la situación final, para ir después desvelando en absoluta linealidad cronológica cómo se ha llegado a ese punto. A pesar de sus innegables similitudes, "Ben-Yeb" aventaja a "Tcho-Wak" en todos los parámetros constructivos. Su acertada condensación temporal en un solo día, los sucesos se inician al amanecer y concluyen pasada la media tarde, se vuelve dispersión e indefinida cronología en "Tcho-Wak", lo que resta a éste esa capacidad de síntesis, de atrapar un momento concreto, que tiene aquél. Por el contrario, "Tcho-Wak" se muestra pródigo en el uso de envejecidas intromisiones del narrador en el texto, dirigiéndose varias veces -abusivas para sus escasas páginas- al lector con fórmulas impertinentes y parecidas a las empleadas por el folletón: "¿Ustedes no saben quién es Tcho-Wak?", "Ustedes extrañarán (...)", "Si ustedes quieren seguir escuchándome (...)", "¿Ustedes no comprenderán (...)? Sin embargo, crean ustedes (...)"<sup>629</sup> Nada de esto, aun siendo anterior, puede encontrarse en "Ben-Yeb", donde la narración se alinea, además, con unos certeros toques de ironía y humor inexistentes en el otro título:

"Desde fuera no podía apreciarse si estaba ocupada, porque no tienen los moros la excelente costumbre de poner un cartelito a la entrada advirtiéndolo, y la cueva se abría a un costado, a la izquierda./ De estar habitada por rebeldes, éstos se



reservarían, naturalmente, el derecho de admisión./ Con la linterna eléctrica en una mano y la pistola en la otra, como los héroes de cine, entré." (Pág. 176).

Hasta en la elaboración de la prosa refleja mayor destreza este relato que el posterior. Mientras en "Tcho-Wak" vuelven a aparecer esporádicos resabios modernistas semejantes a los que conformaban el estilo de Una hoguera. Por ejemplo: "Ahora lo baña el sol [al morabo] y brilla, encalado, como una joya de marfil", (pág. 189); o "la palmera endeble, que se despeina con la brisa", (pág. 189). En "Ben-Yeb" estos ornamentos retoricistas han desaparecido, reemplazados por un estilo más directo, tenso y contenido. Además, introduce algunos vocablos de inequívoco sabor cuartelero o bélico, cercanos e incluso, en algún caso, idénticos a los que más tarde utilizará en Imán: "Las balas 'picaban' cerca", (pág. 175); "mi compañero, que también lo tiene 'calado'<sup>630</sup> (...)", (pág. 175).

Aún volvería Ramón J. Sender a recordar aquellos acontecimientos de Marruecos muchos años más tarde, cuando el tiempo ya casi había borrado cualquier eco de la guerra y de cuanto allí sucedió. Primero lo hizo en una novela de dimensiones breves pero de amplio valor artístico, Cabrerizas Altas, publicada en México en 1965 como relato independiente, aunque después, a partir del año 1971, quedó incluida en Crónica del alba, formando parte del séptimo cuaderno de memorias de José Garcés, el que lleva por título "Los términos del presagio". Ambas versiones pueden considerarse idénticas, si bien en la que forma parte del volumen mayor, el relato se ve interferido de vez en cuando por interrupciones o incisos en los que José Garcés -el protagonista de Crónica del alba- cambia impresiones o apostilla con observaciones de su propia experiencia algún asunto de los narrados por Alfonso Madrigal, el protagonista de Cabrerizas Altas. Incluso, en alguna ocasión, aquel conduce la narración y traslada al lector pequeños segmentos de la fábula que en la versión autónoma figuran con palabras del propio Madrigal ya que no hay ningún otro narrador. Salvo estas mínimas variaciones, que en nada alteran la esencia de la historia contada, el texto es el mismo, pues todas las demás divergencias se reducen a alguna nota, poco frecuente y también insignificante, sobre la personalidad del protagonista, por ejemplo, que en un caso haya

nacido en Madrid y en el otro en Aragón o que llegase a Marruecos con diecinueve o con veintidós años.

Este nuevo acercamiento de Sender a Marruecos durante los días del Protectorado español resulta bastante diferente a los que había llevado a cabo con anterioridad, a pesar de que algunas de las ideas allí vertidas, sobre todo en Imán, vuelvan a surgir en este más reciente título. Si en su primera incursión en la materia se había decantado por un relato amoroso; luego había seguido con dos anécdotas de corte individual; y, finalmente, había desembocado en una narración bélica, que a estas alturas, y después de todo lo visto, casi habría que considerar la novela de aquella guerra, al menos la más acabada y redonda de cuantas hasta el momento se han publicado. En esta ocasión el escritor aragonés cambia de registro, y la contienda desaparece del plano preferente para ceder el protagonismo a una fábula de carácter amoroso, si bien del todo distinta a Una hoguera en la noche. Ahora no estamos ante una convencional narración de género similar a aquélla o a cualquier otra de las ya comentadas en el capítulo dedicado a ese asunto; razón por la cual no ha quedado integrada bajo el mismo epígrafe. Cabrerizas Altas refiere una original historia donde amor y vida soldadesca se entrelazan a través de la figura de Alfonso Madrigal, un tipo de esos a los que, como le sucedía a Viance, la suerte nunca les ha sonreído y la desgracia sigue cebándose con ellos allá donde vayan. Encontramos al personaje, en el presente de la novela, como cabo veterano y reenganchado del regimiento de infantería número 42, el conocido como de Ceriñola, con acuartelamiento en Melilla, unidad ya familiar por cuanto a ella pertenecía también el protagonista de Imán y que, al decir de Madrigal, ha sufrido los embites de la contienda con especial crudeza, pues ha sido reconstruída un par de veces tras perder en otras tantas ocasiones la casi totalidad de sus efectivos. No sabemos cómo el personaje ha sobrevivido tras cuatro años en Marruecos; no obstante, más que sinónimo de fortuna esto hay que entenderlo casi una prolongación de sus penurias. Por lo que conocemos, tampoco el pasado anterior le había sido muy propicio. Huérfano de padres, convivía con unos tíos que lo exprimían, quedándose con todo el jugo de su trabajo, hasta que un día un incidente familiar provocado

por su tío lo condujo hasta los tribunales, donde fue procesado por "violencia 'con efusión de sangre"<sup>631</sup> y condenado a realizar el servicio militar en una compañía disciplinaria del citado regimiento. Al término del cual decidió permanecer en el ejército "porque no sabía a dónde ir estando como estaba solo en el mundo"<sup>632</sup>. Madrigal, consciente de los abusos militares -de los oficiales y jefes- y con un poso de rebeldía interior que no puede manifestar, se ha convertido en un "rutina" que trata de ir sobreviviendo como puede, con el menor luto posible en el medio hostil y degradado que lo rodea. Sus únicas expansiones consisten en tomar una cerveza cuando el dinero le alcanza y en deambular entre las míseras casuchas y los marginados habitantes del melillense barrio de Cabrerizas. La presencia de Antonia, una bella joven que ayuda en una humilde cantina del barrio y convive con los dueños del negocio como si fuera su hija, mantiene vivo el espíritu del cabo, cuya sola ilusión se cifra en atraer hacia sí el afecto de esta muchacha por la que siente un profundo amor. Al establecimiento también acude el suboficial Valero, un cincuentón reenganchado que al igual que Madrigal se siente atraído por Antonia, pero a diferencia del cabo, que confía en alcanzar su objetivo a través de la sinceridad, éste, individuo bilioso y de artero proceder, nunca manifiesta abiertamente sus deseos, envolviéndolos en subterfugios tras los que late la lejana ilusión de avanzar en el escalafón para conseguir una estrella de oficial con la que deslumbrar, por lo que de estabilidad y garantía económica supone, a la joven. Madrigal le gana la partida al conseguir que Antonia acepte salir con él, sin embargo, para poder ofrecerle algo diferente de su penuria habitual vende unos peines de munición al enemigo. El trapicheo llega a conocimiento de los mandos del ejército al ser descubiertas las cajas numeradas en un pozo de tirador rifeño. Asunto tras el que parece intuirse -el relato no lo aclara- una delación previa de Valero, celoso y amoscado por las cantidades de dinero que su rival está gastando en invitar a la cantinera. Madrigal resulta arrestado y va a someterse a un juicio militar por traición con elevadas posibilidades de que se le aplique la pena capital. Antonia pide ayuda a Valero y éste, en parte por miedo al padre de la joven, el renegado Lucas Viñuales -antiguo soldado que años atrás dio muerte a un capitán que lo había golpeado-, y en parte por

conseguir los favores sexuales que aquélla le ha prometido, realiza gestiones para que un suministrador de mercancías interceda ante el coronel y se atenúen los cargos contra el encausado. El cabo queda acusado sólo de negligencia y condenado a quince años de reclusión. Transcurridos ocho, recibe un indulto y sale del presidio. Le llegan noticias de que el suboficial Valero consiguió el ascenso a alférez, aunque poco después resultó muerto en combate. Tantea el regreso a España, pero ante la falta de perspectivas, vuelve a Cabrerizas en busca de Antonia, alentando el deseo de que aún permanezca soltera y así poder casarse con ella. No la encuentra porque se ha marchado a zonas del interior en compañía de Lucas Viñuales, quien durante este tiempo se ha enterado de que ningún lazo de sangre le une a la que hasta entonces había considerado su hija. Ahora ambos conviven en relación marital. El ex presidiario sigue su rastro hasta que da con ellos. Lucas lo desafía y ambos hombres pelean por Antonia. Madrigal lleva la peor parte y, tras ser recogido en un camino, reposa en la cama de un hospital donde se recupera de la cuchillada que le asestó su oponente. No obstante, pensando que ella ha impedido que su rival lo rematara y queriendo hallar en este proceder residuos latentes del pasado amor hacia él, sólo espera la pronta recuperación de su herida para abandonar el hospital y encontrarse de nuevo con la mujer que se ha convertido en único objeto de su existencia.

Cabrerizas Altas por encima de cualquier otro asunto habla de la redención de un paria social a través del amor. En este sentido aporta una visión más optimista que la ofrecida por Imán, y a la vez denota una remota semejanza con Una hoguera en la noche, en cuanto que el melancólico Ojeda también encontraba alivio temporal para sus cuitas en el cariño de Dayedda. Pero en lo esencial el protagonista viene a ser un correlato de Viance, ambos pertenecen a ese grupo de seres desgraciados a quienes se ha despojado de todo, con la diferencia de que mientras a aquél ni siquiera le habían dejado sus raíces, tan sólo un cable donde ahorcarse, a éste la vida le ha brindado un resquicio para la esperanza en la persona de Antonia, boya a la que debe asirse con todas sus fuerzas porque si la deja escapar nada frenará su irremisible hundimiento. Se advierte que el paso de los años ha limado radicalismo

en la concepción humana y en el pensamiento senderiano. Antes, la crueldad y la injusticia cercenaban la totalidad del individuo: Viance representa el paradigma de la derrota absoluta, del hombre aplastado por el medio. En tanto que ahora, al individuo le queda una posibilidad, aunque remota, de elevación. Madrigal aún alberga un ideal: la búsqueda de la mujer, de un amor imposible que se ha convertido en su motor para seguir adelante, afán que se antoja inútil, pero no hay otro. En este sentido, no le falta razón a Charles L. King cuando sostiene que "Alfonso's unsuccessful attempts to fulfill his passionate devotion to a waitress of unknown origin is an allegory of man's pursuit of the ideal or beauty"<sup>633</sup>.

Aunque éste sea el eje de la ficción, otra serie de motivos ensanchan la perspectiva del relato, aproximándolo al mundo del colonialismo militar en Marruecos que ya habíamos conocido en sus anteriores narraciones y al personal universo narrativo del escritor. La requisitoria contra el ejército mostrada en *Imán* no ha variado ni un ápice. Ha pasado un año desde la derrota de Annual y los cadáveres de Monte Arruit ya han sido sepultados, pero, como se anticipaba en aquella terrible fábula, el descalabro y los miles de muertos no ha servido para rectificar nada en esa institución. El soldado sigue soportando las mismas humillaciones: "Si no fuera por el uniforme no habría yo aguantado la segunda palabra, pero en la mili uno se acochina delante de los galones", (pág. 21); y continúa sumido en idéntica penuria:

"En el cuartel la comida no la querían ni los perros, porque cuando los soldados vaciaban contra el muro sus platos llenos de una pasta violácea de sardinas y agua con manojos de espinas flotantes los perros se acercaban a oler indecisos y no se arriesgaban a probar aquel condumio. Otras veces nos daban garbanzos agusanados flotando en agua sucia. Entonces comíamos el pan, que al fin era harina de trigo y con eso podíamos seguir en pie." (Pág. 13).

Mientras el mando continuaba con sus pingües negocios a costa del débil. Nadie ha puesto freno a las trapacerías de tales individuos:

"En Cabrerizas no había agua (...) En cuanto al coronel de Ceriñola no tenía interés en que llegara el agua cobrando como cobraba una comisión por cada botella de cerveza vendida dentro del cuartel. Rutina./ Para obligarnos a hacer consumo en la cantina del cuartel el coronel prohibía a menudo salir a la tropa." (Pág. 9).

Y los robos, conocidos y consentidos, siguen formando parte del cotidiano paisaje castrense:

"De tenientes para arriba se suponía que todos robaban en Marruecos y de vez en cuando el escándalo era tan gordo que no había más remedio que hacer justicia sobre alguna cabeza visible (...)/ Bien mirado los pobres ladrones frustrados o criminales licenciados de presidio de Cabrerizas Altas eran más honestos." (Páginas 12-13).

Acierta de pleno Vicente Moga Romero cuando estima que aquél era un tiempo "liderado por 'chacales', vistos éstos como metáfora de un estamento -el militar- que se alimenta carroñeramente y medra, de las muertes ajenas, de soldados embrutecidos y rifeños indómitos y sarcásticos."<sup>634</sup> Imagen que Sender reitera en su relato, no sólo para denotar los animales que durante la noche se arriman a los vertederos de Cabrerizas, sino como síntesis de aquella corrupta oficialidad. En la caza o el exterminio de 'chacales' gasta el moro los cartuchos que a tan elevado precio paga (pp. 37 y 55), y el aullido de los chacales, en una amalgama de plano real y simbólico dentro de la novela, imita Valero, que bien los conoce -a los de cuatro patas y a los que portan estrellas en la bocamanga- y suspira por llegar a formar parte de estos últimos. Pero la feroz crítica no se detiene aquí, pues los ladrones se travisten de probos patriotas, defensores de decorosos hábitos, que Sender ilustra con feliz anécdota transtextualizada de Imán, aunque donde entonces se connotaba mera imbecilidad de un comandante ahora el sarcasmo se ha agudizado, tal vez porque ha ascendido de grado a la par que este nuevo celoso guardian de las buenas costumbres: "El coronel robaba, pero era escrupuloso en política y prohibía jugar al ajedrez porque en ese juego se decían a veces expresiones contra el rey y la reina", (pág. 11).

En suma, la narración viene a desembocar en ese descarnado antimilitarismo ya conocido, aunque de nuevo se deja sentir el paso del tiempo en el enfoque del escritor, pues las

furibundas y directas arremetidas de entonces han perdido en esta ocasión algo de aquella virulenta impronta de antaño. No poco de cuanto en Imán había de impactante pirotecnia, de estridente ruido contramilitar se ha tornado en los más comedidos -que no menos contundentes- gestos de Cabrerizas, donde la justa indignación se destila en serenos razonamientos:

"Comprendía yo que en la vida militar sucedía todo lo contrario de lo que solían decir los periódicos y los libros. Ser soldado no me parecía honroso sino vil, al menos en Ceriñola y en Melilla. En fin, el ejército que yo había conocido era lo contrario de lo que la gente solía decir y resultaba una vergüenza ser soldado./ Una miseria desde todos los puntos de vista./ Me sentía más satisfecho de mí estando en la cárcel." (Pág. 67).

La guerra, en efecto, no forma parte del encuadre novelesco, pero se intuye en un muy presente fuera campo. Su esencia queda atrapada en esporádicas alusiones al todavía cercano desastre de Annual y en la remembranza de alguna escena cuya crueldad en nada desmerece la que habíamos conocido en Imán:

"En las operaciones en el campo si caía un moro herido a nuestro alcance hacíamos con él lo mismo que ellos hacían con nosotros: les cortábamos los testículos, se los poníamos en la boca y les cosíamos los labios con una aguja saquera (...) Generalmente hacíamos esto después de matarlos, pero algunos estaban vivos todavía." (Pág. 7).

Pero la atmósfera de aquella guerra se capta sobre todo a través del retrato de sus protagonistas: en la disipada conducta de la oficialidad que se está lucrando de la campaña, en las penurias del soldado español y en los afanes del rifeño. Apartándose de lo habitual dentro de esta novelística, este último carece de las connotaciones de enemigo, a pesar de esos ocasionales indicios de enconada brutalidad señalados más arriba, que hay que enmarcarlos en lo que podría denominarse gajes del oficio o circunstancias de la situación. El verdadero enfrentamiento, al igual que ya pudo verse en Imán y en otros cuantos relatos de tendencia

antimilitarista, se produce entre profesionales de la milicia y soldados a la fuerza. Unos y otros, verdugos y víctimas constituyen los dos polos de un conflicto que en su esencia poco tiene que ver con lo bélico. En realidad, ése es el mero escenario para una confrontación social entre los poderosos y los débiles o humillados; entre los que hacen las guerras para obtener lucro de ellas y aquellos que las sufren; entre los que sancionan leyes que no respetan pero fingen defender y aquellos a quienes se les aplican sin clemencia:

"¿Qué había hecho yo sino querer a Antonia? ¿Es tan malo querer a una mujer? Vendí cartuchos, es verdad, pero más soldados españoles mataba el hambre y la enfermedad por desidia y por incompetencia de los jefes en las operaciones que mis cinco paquetes de cartuchos./ Y al coronel y a otros jefes les llenaban las arcas de oro, los ascendían y los condecoraban. Podían ofrecer esos tíos muchas cosas a su hembra y yo sólo pude ofrecerle a Antonia mi muerte" (Páginas 64-65).

He aquí el auténtico enfrentamiento. Se entiende que dentro de este esquema la figura del rifeño apenas ocupe lugar, su función queda relegada a un discreto segundo plano. Y cuando se le dedica alguna atención no hay simpatías explícitas por su persona ni por su causa pero tampoco encono de ningún tipo, tan sólo se muestra con notación realista un mundo ajeno, tanto en su brutalidad primitiva como en su justa defensa de lo propio. En puridad no cabe decir que exista ni proclividad ni animadversión hacia el marroquí o hacia su causa, simple asepsia, al cabo se trata de hombres iguales a los que han invadido su tierra:

"Los españoles se consideraban superiores a los árabes. Yo nunca me creí mejor que ellos ni tampoco el suboficial Valero [los dos personajes destacados en la fábula]. no nos creíamos superiores aunque tampoco inferiores." (Pág. 11).

La razón de esta neutral mirada reside en que a Sender no le interesa gran cosa, ni aquí ni en Imán, la campaña colonial por lo que tiene de lucha entre un ejército de ocupación y unos cabileños independentistas, sino porque a través de esta guerra se refleja esa otra contienda permanente entre españoles de distinta clase social. Asunto que entronca Cabrerizas Altas con algunas de las preocupaciones que vertebran la totalidad de su obra. Su reivindicación del ser



humano como tal, con independencia de su rango o condición. Madrigal, ejemplo de desposeído, se sabe insignificante en su escalón dentro de la colectividad pero no inferior a cualquier otro hombre: "no valgo gran cosa, digo, en la escala social. (Fuera de ella valgo lo que otro y si me apuran más que otro y lo he demostrado)", (pág. 22). Declaración de su *hombría* que habrá de chocar contra la *personalidad*<sup>635</sup> de los poderosos -encarnada de manera más marcada en esos oficiales que lo juzgan- cuya misión consiste en arrebatarse el ideal de vida que ha encontrado entre la extrema pobreza de las tabernas, casuchas y vertederos de Cabrerizas. Otro de los motivos recurrentes en el escritor lo constituye la delación y la culpa, que se hace presente en la novela en el suboficial Valero. Delación no confirmada, sólo intuída, y sentimiento de culpabilidad donde el temor -a la posible reacción violenta de Lucas Viñuales- unido a los barruntos de medro o satisfacción carnal han reemplazado la mala conciencia que con frecuencia acompaña a algunos personajes senderianos comprometidos en tales lances. Baste recordar a Míster Witt o a Mosén Millán, por mencionar un par de bien conocidos ejemplos, emparentados en cierta medida con Valero por su común conducta delatora.

Menciona Moga Romero el barrio de Cabrerizas como "otro de los personajes centrales"<sup>636</sup>. Su presencia, en efecto, supera el mero marco ambiental. Por un lado, hay en el relato una notación realista del enclave, de sus míseras edificaciones y de la variopinta fauna que lo habita. Un retrato, en suma, de la marginación y del poco deseado rebose melillense:

"Cabrerizas Altas, un pequeño barrio de casas de un solo piso, con el techo plano, donde vivían esa clase de gente pobre, resentida y agria, de origen turbio que no despierta compasión por grande que sea su desgracia." (Pág. 5).

Sin embargo, su valor dentro de la ficción no deriva tanto de la estricta denotación descriptiva, por fiel o fundamental que resulte para conocer la esencia de la ciudad en aquellos días, como del carácter simbólico que adquiere en la fábula. Cabrerizas, el barrio

civil, se configura en antítesis del mundo militar; dos lugares inmediatos sin comunicación entre sí:

"Los oficiales ni siquiera se dignaban asomarse al barrio de Cabrerizas que estaba a la espalda del cuartel./ Los tenientes de la escala de reserva tampoco iban allí aunque no había más distancia entre el cuartel y Cabrerizas que el ancho de la carretera (...) sólo acudían soldados y clases de tropa./ Algunos sargentos consideraban también el nivel social del barrio demasiado vil y no iban (...)" (Páginas 9-10).

La guerra, al igual que el ejército, tampoco ha traspasado el umbral de Cabrerizas: "De las operaciones militares no se hablaba nunca a no ser que hubiera muerto en ella algún cliente", (pág. 10). Y la habitual presencia de Valero, y de algunos otros suboficiales aludidos, hay que considerarla excepcional y motivada por cuestiones que nada tienen que ver con lo castrense. Este es un islote de paisanos, entre los que hay que contar al propio Madrigal dado que su vínculo con el ejército no sobrepasa lo ocasional, y de acuerdo con ese carácter civil el barrio se presenta regido por pautas de comportamiento del todo diferentes a las que regulan la institución armada. A pesar de encontrarse sumido en la degradación y de la poco honorable condición de sus moradores, su semblante aventaja al de aquellos otros lugares e individuos que gozan de reputación y estima social. A tal efecto, basta reparar en que tras la satírica censura con que se perfilan los retratos de Alfonso XIII y el coronel del regimiento, el relato opone, en párrafos seguidos, una imagen de las gentes de Cabrerizas, cuyo trazo, aunque no exento de socarronería, no cabe entender sino elogioso al compararlo con el de aquéllos:

"Era el rey de España demasiado flaco y largo. Era mala sombra (...) Y ya se sabe que cuando puso Alfonso la mano en la política militar de 1921 vino la catástrofe de Annual. Daba mala suerte el rey gafe y el que sufría esa mala suerte era todo el país./ El coronel robaba, pero era escrupuloso en política y prohibía jugar al ajedrez (...) Lo ladrón no quitaba a lo leal (...)/ Entre el acorazado perdido y los molinos que no subían agua a Cabrerizas Altas había una población semicivil de antiguos criminales

redimidos a medias. No eran mala gente. Grandes bebedores de no importa qué si había quien pagara./ De un modo u otro todos recurrían al alcohol porque el agua que subían de Melilla en barriles era salobre y daba cólico." (Pág. 11).

En este espacio sin convenciones cada cual vale por lo que es, no por el escalón social al que ha conseguido encaramarse o en el que lo han situado. Madrigal gana a Valero la partida que ambos han entablado por Antonia debido a que los galones del suboficial allí nada cuentan, aunque éste juegue más por impedir el éxito del subordinado que por la victoria propia. Y la razón por la cual el protagonista no llega a consumir ese éxito hay que atribuírsela a la interferencia de ese otro mundo institucionalizado contra el que el cabo se da de bruces, ese entramado de fórmulas legales dispuestas para castrar y cercenar los anhelos inherentes al hombre. En síntesis, un antagonismo espacial donde a las connotaciones de Cabrerizas, lugar humano, primario y con un fluir natural de la vida, se opone el recinto militar, espacio artificial, deshumanizado y opresor. Reflejo, al cabo, de una de esas ideas vertidas por el protagonista, ya antes mencionada, dentro de la cual se encierra uno de los motivos centrales de la novela:

"Bien mirado los pobres ladrones frustrados o criminales licenciados de presidio de Cabrerizas Altas eran más honestos [que la oficialidad del ejército]." (Pág. 13).

La forma expresiva constituye otro de los aciertos del relato. La principal virtud estilística del texto ya fue ponderada por José Carlos Mainer en una temprana reseña, en la que resaltaba "la extraordinaria contención expresiva" como "lo más atrayente"<sup>637</sup>. El discurso se mantiene dentro de la aparente sencillez de los registros coloquiales, adecuándose así al habla propia de los emisores: Alfonso Madrigal, que cuenta la historia desde la primera persona, y el resto de los personajes. Este modo coloquial se enriquece con un elevado número de términos de argot cuartelero y voces de germanía que no sólo se acomodan a la esperable dicción del narrador, sino que reproducen con justeza el ambiente y los tipos referidos: "maulas saltatumbas", (pág. 14); "-(...) yo soy demasiado *chivani* para ella", (pág. 19); "-(...) debías hacerte un nudo en la *muy*", (pág. 23); "me había llamado trompitero, es

decir amigo de los trompitos -los garbanzos- del rancho", (pág. 36), "diez laureanos [duros, en su acepción de moneda con valor de cinco pesetas]", (pág. 41); "- (...) salir de *naja*", (pág. 49); "iban preparando mi *matarilerón*", (pág. 55). Incluso las frecuentes palabras malsonantes se antojan del todo pertinentes y necesarias, aunque haya comentaristas a quienes no guste este tipo de vocablos. Entre ellos Lawrence Miller, que, al efecto, señala: "El lenguaje es crudo y soez y, a veces, la acumulación de 'palabrotas' produce sólo la fatiga del lector"<sup>638</sup>. Conviene reparar en que los usuarios de semejante léxico acostumbran sin duda a este tipo de expresividad y limar o pulir cuanto de soez hay en su dicción sólo hubiera supuesto una falsificación edulcorada del mundo recreado. Tampoco esta tendencia al impropio verbal ha de interpretarse como síntoma de un tono bronco en la narración, que, por el contrario, aunque al asunto de la fábula no le falte desgarró, suele inclinarse hacia la ironía y el humor sarcástico, huyendo, además, de todo lo que huela a grave y solemne:

"Servir en las compañías disciplinarias era una pena de muerte medio disfrazada. Lo malo era que mientras la muerte llegaba o no nos daban muy mal de comer." (Pág. 8).

"Se hablaba de que Valero venía de una familia distinguida y querían decir con eso de una familia sin antecedentes penales." (Pág. 19).

Tono que se mantiene aun cuando lo evocado se sitúe en las antípodas del humorismo. Por ejemplo, en la muerte en combate del suboficial Valero o en la causa y posterior sentencia condenatoria del propio Madrigal:

"Trajeron el cuerpo en el techo de un autobús de viajeros, tapado con una lona impermeable -la misma que se suele emplear para cubrir los equipajes- pero le dieron su buen ataúd con manillares blancos de metal, a cargo todo de la paga del mes, porque cuando lo mataron era día veinte y las pagas estaban devengadas desde la revista de comisario del día uno." (Páginas 78-79).

"El galleguito era serio y el coronel también. Hay formas de latrocinio que sólo prosperan bajo la máscara de la seriedad. Los jefes todos de Ceriñola, menos el que presidía mi tribunal eran gente seria, claro." (Pág. 61).

Este mismo acierto alcanza a la elaboración de los diálogos, ágiles y muy bien trabados siempre, dando muestras de gran ocurrencia, de una muy notable capacidad auditiva para captar con absoluta verosimilitud el habla de los personajes retratados y de buen tino para añadir aquellas acotaciones que redondean las situaciones reflejadas. Ya pertenezcan éstas al tono bufo:

"(...) vi a la señora Tadea barriendo y peleando con su vecina. Siempre peleaba con alguien la Tadea:

'-A mí no me echa usted la basura, tía puta -decía con una voz delicada de niña pequeña.

'-La calle es de todos, hermana.

'-O prima si le parece mejor -respondió la vecina con guasa.

'-El primo será su marido que la aguanta.

'-Mi marido es mi marido y no todas las mujeres pueden decir lo mismo del hombre con quien viven, si es que viven con un verdadero hombre, porque el suyo tiene sólo hechuras como los muñecos del pim-pam-pum.

'-Cállese, vieja cerda.

'Nací respondona y para cerda su señora madre." (Pág. 6).

O a tonos más serios y circunspectos:

"-Todo lo que dice usted me parece bien, pero no sé por qué nunca acabo de creer en la iglesia. Aunque quiera, no puedo.

'-¿Qué es lo que te molesta, la autoridad?

'Olía el aliento del cura a buen tabaco. Mucho mejor que el mío y ya eso me ponía la mosca en la oreja. Cuando yo le decía que me molestaba la autoridad el levantaba

la cabeza y explicaba con una desgana de persona que está perdiendo el tiempo -su precioso tiempo:

'-Eso es satánico orgullo.

'Yo le respondí un día: 'Será orgullo, pero hay otros orgullos peores porque todavía no me he atrevido a pensar y mucho menos a decir que hablo en el nombre de Dios como usted." (Pág. 72).

Si Una hoguera en la noche mostraba ya unos prometedores inicios en el todavía balbuceante escritor e Imán suponía la plena confirmación de un narrador de primera línea, Cabrerizas Altas revela la espléndida madurez y el mucho oficio adquirido por un novelista ya del todo consagrado. Y este título hubiera servido de magnífico cierre a la evocación de la guerra marroquí si a última hora Sender no hubiera retomado el motivo en un texto sólo en parte alusivo a aquellos acontecimientos y, a mi entender, poco afortunado: El jinete y la yegua nocturna. Se trata de una de sus novelas zodiacales, titulada Bajo el signo de Capricornio y publicada en 1982. El relato aparece fechado en 1980 y, aun desconociendo si su ideación procede de tiempos anteriores, la presencia de elementos de la vida moderna indica que su redacción debió de coincidir o estar próxima a esa fecha. De cualquier modo, nos encontramos ante uno de esos textos finales del escritor que poco o nada aportan a su obra anterior.

En esta ocasión el conflicto de Marruecos entra a formar parte de la fábula a través de una anécdota y sólo como una remota sombra en el pasado de su protagonista, un tal Clemente Azlor, soldado de caballería en el regimiento de Alcantará durante aquellos días. Una noche al llegar al campamento se tumbó a dormir junto a una larga fila de compañeros que descansaban en el suelo. Al rato lo despertaron los latines del capellán que le estaba administrando la extremaunción. Sin darse cuenta se había acostado al lado de los cadáveres. Este incidente le sirve de hilo conductor para ir rememorando algunos otros episodios de su vida anterior en mezcolanza con un sinfín de elucubraciones de carácter culturalista y opiniones particulares. Con tales mimbres teje un relato desvaído e insustancial, cuyo único

asunto queda reducido a ver cómo este Clemente Azlor se contempla el ombligo. Y a falta de nada mejor con que ocupar las páginas, el texto se llena de devaneos surrealistas y más o menos ocurrentes juguetes lingüísticos, de los que el propio título deja constancia:

"En el idioma inglés una pesadilla o un duermevela agitado se llama una *nightmare* que quiere decir exactamente una *yegua nocturna*." (Pág. 15)

Una novela, en suma, que ni siquiera se justifica como desahogo personal de un casi octogenario Sender, en la que repasa la experiencia de una vida a través de algunos episodios significativos, de reiteradas preocupaciones intelectuales y también de un quehacer literario, en cuanto que en sus páginas se autocita mediante la reiterada inclusión de pasajes o alusiones a varias de sus obras anteriores. Entre ellas, por no salir de lo que nos ocupa en este momento, a Imán:

"(...) Tardé más que los otros, pero llegué sin perder la vida ni la carabina, que es lo importante, porque si la pierde uno lo empapelan. Aunque lleve dos carabinas cogidas entre los muertos si pierde uno la suya (cada una tiene un número grabado en el acero del cerrojo y ese número está registrado en el expediente) se busca la ruina." (Pág. 20)<sup>639</sup>.

Reanudando el hilo cronológico interrumpido por este largo paréntesis senderiano, en tiempos también contemporáneos o inmediatamente posteriores al conflicto bélico, aparecen dos novelas casi coincidentes en el título y con algunas semejanzas en sus planteamientos argumentales e ideológicos. Esto no ha de entenderse como plagio, tan sólo que ambas encaran el conflicto, por así decirlo, desde el aire: sus protagonistas son aviadores civiles a los que diferentes avatares han conducido hasta las tierras del Protectorado. Original enfoque, en lo que a la presencia de la aún incipiente aviación se refiere, por cuanto hasta esos momentos apenas había sido frecuentado por esta narrativa. Luego, mucho más tarde, volveremos a encontrar el arma aérea en El cañón del Gurugú, el ya examinado relato de Severiano Gil Ruiz publicado en 1992, quien con anterioridad se había ocupado de él aún con más nitidez en Prisioneros en el Rif, un título que veremos en breve. En todas estas obras,

con la excepción de El cañón del Gurugú, late una idea común: los denueados de los rifeños sublevados, y en particular de Abd el Krim, por procurarse una fuerza aérea. No obstante, la similitud entre las dos narraciones antiguas y esta última resulta, más allá de este rasgo anecdótico, inexistente, lo que imposibilita abrir un epígrafe dedicado a la aviación en Marruecos.

Las dos que ahora nos ocupan coinciden además en su común adecuación a los tradicionales parámetros de la literatura popular, a tenor de su escasa -en realidad, nula- exigencia artística. La primera de ellas aparece en 1926 y lleva por título Aguilas de acero. Se trata de un relato breve publicado en la colección La Novela de Hoy<sup>640</sup> por Rafael LÓPEZ RIENDA<sup>641</sup>, nombre ya familiar dentro de este trabajo por cuanto a él se deben otros tres títulos comentados en apartados precedentes: Mi legionario, Juan León, legionario y Tánger, pequeño Montecarlo. Si estas dos últimas eran fábulas de marcado carácter heroico y aventurero, a la vez que de exaltado tono patriótico, la presente se mantiene dentro de esa misma línea. Vuelve a retomarse el mismo escenario del tercero de los títulos precedentes, Tánger, que al igual que en la pretérita narración se nos presenta otra vez como lugar poco recomendable. Por allí deambulan gentes, sobre todo hermosas mujeres, cuyo trato conviene evitar. Si en aquel caso, el disipado ambiente local y las arteras maniobras de una prostituta se convertían en ratonera para la ingenuidad del joven alférez Pepe Reyes. En éste, la peripecia surge de las intrigas urdidas por espías de terceros países que se muestran empeñados en favorecer el levantamiento rifeño de Abd el Krim contra el ejército español, amparados por la impunidad que les proporciona el estatuto de internacionalidad de que por aquellos días gozaba la ciudad. Asunto que también la emparenta de manera muy directa con Los del Tercio en Tánger, donde, como se recordará, Francisco Triviño Valdivia mostraba a un grupo de legionarios que desbarataban una red de tráfico de armas hacia los sublevados organizada y financiada por agentes extranjeros.

En Aguilas de acero el protagonismo recae en Jorge Ibarrondo, una suerte de aventurero bohemio, mitad aviador y mitad periodista. Este hombre hecho a sí mismo, "a quien la guerra



de Marruecos había atraído sin saber por qué ni para qué<sup>642</sup>, queda fascinado ante la aparición de una bella extranjera a la que ha visto en un café. Acostumbrado a dejarse llevar por los impulsos que su corazón le dicta, toma una habitación en el mismo hotel donde se aloja la solitaria mujer, con intención de iniciar una aproximación a la que considera su próxima conquista amorosa. A la vez, comienza a indagar sobre la misteriosa identidad de la dama, hasta acabar descubriendo que se trata de Sofía Pankiewiczna, una polaca que realiza labores de espionaje en favor de los soviéticos y sirve de enlace entre estas organizaciones y los rifeños levantados en armas contra España, en cuya lucha cuentan con el apoyo del comunismo internacional, que pretende extender la rebelión a todo Marruecos como medio para ir socavando la denominada civilización occidental. La espía desaparece e Ibarrondo, en parte arrastrado por la belleza de Sofía y en parte movido por la posibilidad de sacar a la luz e intentar deshacer aquellas intrigas, se interna en la zona francesa siguiendo las huellas de la polaca. Búsqueda infructuosa que acabará con su regreso a Tánger, donde unos agentes de Abd el Krim se ponen en contacto con él para ofrecerle una sustanciosa cantidad de dinero a cambio de que pilote un avión con el que ha de bombardear Tetuán y Rabat, las respectivas capitales de los Protectorados español y francés. Tras los oferentes se encuentra Sofía, que a modo de recompensa añadida le insinúa la posibilidad de una relación amorosa cuando termine su misión. Ibarrondo accede, aunque su verdadera intención dista mucho de cumplir lo pactado; en realidad, pretende entregar el aparato a las autoridades españolas. Sin embargo, un imprevisto dará al traste con sus planes. Durante el vuelo es avistado por un avión militar, el cual, advertido, como lo está toda la fuerza aérea del Protectorado, de que el cabecilla de la rebelión rifeña se ha hecho con algunos aparatos en Argelia, inicia su persecución. En las maniobras que uno emprende para zafarse del acoso y el otro para no perder a su presa, ambos chocan y se destruyen en el aire.

La segunda de estas narraciones se titula Las águilas de acero y viene firmada por otro nombre también ya conocido en estas páginas, Antonio CASES, autor de las anteriores Los amores de Alfonso Reina<sup>643</sup> y su casi exacto duplicado No quiere morir. El volumen carece

de indicación en cuanto a su año de publicación, pero el relato está fechado en 1927, lo que, atendiendo a concretos aspectos de su contenido, puede resultar orientativo de que debió de aparecer por esos días. Sigue la trayectoria de otro aventurero trotamundos, en este caso, Alberto Rubber, un aviador chileno. Hijo de una adinerada familia de ganaderos, ingresó en la escuela militar de aviación en su tierra natal, donde pronto se hizo conocido por su afición a las mujeres y a las diversiones. Se enamora de María, una recatada actriz de teatro, la secuestra y durante un tiempo ambos viven un idilio apartados de la sociedad. Ella decide reintegrarse en su ambiente y él, temeroso de las consecuencias de su pasada acción, toma su avión y pone rumbo a cualquier sitio. Su periplo lo lleva primero a Bolivia y más tarde a Argentina, donde, aun añorando a su amada, continúa su licenciosa vida de amoríos y aventuras. Tras un desdichado accidente y cuando las tierras americanas ya nada le dicen, pone rumbo a Europa. Después de una breve escala en Francia, recala en España. Admitido en los escalones elevados de la sociedad, su existencia discurre por los mismos caminos que lo había venido haciendo en otros lugares, hasta que se interesa por lo que durante aquellos días acontece en Marruecos. Deseoso de ayudar al país que tan grata acogida le ha dispensado, se traslada a Melilla. Allí toma contacto directo con las desdichas que afligen al ejército español en su enfrentamiento con Abd el Krim. Por su cabeza se cruza la solución para tantos males: fingirá que ofrece su apoyo al líder rifeño para después secuestrarlo y entregarlo a las autoridades del Protectorado. Tal acción cercenará la cabeza de los sublevados y pondrá fin al conflicto. Entretanto, María ha acudido también a Melilla para reencontrarse con su amado. Alberto, sin contar con colaboración alguna por parte del alto comisario, inicia su empresa. Una vez entre los rifeños les expone su propuesta y éstos la aceptan, pero para llevarla a cabo deberá dejarles a María como aval. El aviador se marcha de la zona rebelde sabiendo que ha fracasado en su intento de poner fin a las hostilidades, pues de ningún modo está dispuesto a pagar el alto precio exigido. A su regreso a Melilla se entera de que María ha abandonado la ciudad en compañía de un próspero comerciante. Alberto queda sumido en

el desconsuelo y una vez más se dispone a huir de aquel escenario, siguiendo lo que parece ser su sino de hombre errabundo.

En esta segunda incursión en la guerra marroquí, vuelve Antonio Cases a planteamientos de fondo similares a los ya expuestos en Los amores de Alfonso Reina. A pesar de las notables diferencias de trazo en ambos protagonistas, el heroísmo pugna de nuevo por resolver el conflicto en solitario. No obstante, el texto ahora comentado reviste una aún mayor falta de acierto, pues si entonces un animoso provinciano se convertía en soldado para vengar las ofensas infringidas por los rifeños al ejército español, lo que todavía mantiene algún viso de verosimilitud; en la fábula presente, un aventurero mujeriego, juergista y escéptico se transforma de repente en idealista megalómano, por querer solucionar el sólo lo que una nación no ha conseguido durante años, a la vez que en ambicioso de notable ingenuidad, por confiar en que ello le reportará una sustanciosa recompensa de gloria y dinero. Al final, tan enjundiosas empresas devendrán en absolutos fracasos, con lo que cabe pensar que en estos personajes de desmedidas expectativas y madera de perdedores encuentra el escritor la imagen idónea para sus desventurados protagonistas.

Apenas ni se hace necesario insistir en que los dos relatos ahora examinados, al igual que los ya conocidos de ambos autores, se mueven en los terrenos de la menos exigente narrativa popular. En ninguno de ellos faltan buena parte de los ingredientes que suelen caracterizar ese subgénero: protagonista heroico, aventura, acción, intriga, dinero, amores desdichados, pequeñas dosis de sexo y hasta algunas pinceladas de exotismo, que en el caso de López Rienda se decantan hacia el orientalismo sugerido por Marruecos, mientras que en Cases provienen del ambiente americano. En lo que a la temática afecta, su inclusión dentro de la novelística referenciada en la guerra de Marruecos ha de hacerse con algunas prevenciones, por cuanto tan descabellados argumentos se sitúan en la extrema periferia del conflicto. En realidad, la presencia de la campaña bélica se antoja casi mero pretexto, un coyuntural inserto de la época para aderezar unas fábulas de asunto aventurero y amoroso, los tradicionales motivos en este tipo de novela. Y tan forzada inclusión ha de pagar un elevado precio de

inverosimilitud, pues ni resultan digeribles esas oscuras tramas de espionaje internacional ni menos aún la ingenuidad de que alguien pretenda solventar por su cuenta el complicado problema de Marruecos secuestrando a Abd el Krim. En el relato de López Rienda este alejamiento del asunto aún llega más lejos, ya que ni siquiera puede extraerse imagen alguna de la guerra en la totalidad del texto. Algo que soluciona Cases mediante una acumulación de tópicos sin ningún atisbo de originalidad. Otra vez, como ya había manifestado en su anterior novela, las responsabilidades de tantos errores y desgracias han de imputarse a los políticos, cuya ineptas directrices y errática política choca con el valeroso y abnegado comportamiento de oficiales y soldados. Si bien en esta ocasión el abanico de los culpables se amplía también a los altos mandos militares -ejemplificado en ese timorato alto comisario que parece no querer verse comprometido en nada- y a los negociantes de pequeña o gran escala. Los primeros, porque sin escrúpulo esquilman al pobre soldado con sus diarias trapacerías:

"(...) la retaguardia del ejército, una caravana inmensa de cantineros, buhoneros, baratilleros y aves de rapiña, gentes casi todas ellas que van al Rif porque estorban en Andalucía y en Alicante, y llegan indigentes y haraposos y al cabo de cinco o seis años compran fincas y presumen de automóviles. Son éstos los que hacen más imposible aún la vida del soldado", (pág. 86).

Los segundos, todavía peores, porque en su afán de lucro no reparan en orquestar éste y cuantos conflictos armados resulten necesarios para incrementar sus beneficios:

"Y subiendo la escala, están los grandes negociantes, que no sólo viven allí y aquí en España, sino también en el extranjero, y para quienes se comenzó y se sostiene la guerra de Marruecos (...)", (pág. 86).

No es que todo esto se apartase de la verdad, pero resulta sesgado e incluso frívolo cuando se vierte entre esas otras falaces manifestaciones de fervoroso patriotismo al uso que acompañan el relato. Aspecto en el que da la mano con el de López Rienda. Ambos

arremeten con tanta vehemencia como inconsistencia contra el rifeño mediante burdos argumentos:

"Sacó la impresión el aviador de que aquellos guerrilleros eran ni más ni menos que unos contrabandistas armados. Se hacía allí la guerra con un fin meramente económico, aunque unos y otros adornasen su bandolerismo con las rimbombantes frases de religión y de independencia." (Las águilas de acero, pág. 120)

Los cuales aún se vuelven más burdos y ofensivos cuando se refieren al líder del movimiento rebelde:

"Toda la historia del cabecilla no era sino una serie de golpes audaces. Carente de toda personalidad religiosa, que es la base más firme de todo prestigio musulmán, sólo con golpes de audacia había de mantener su ascendiente", (Aguilas de acero, pág. 50)

"(...) no habló con el jefecillo ruin y ambicioso (...) El cabecilla que alardeaba de valor ante los gobiernos de Francia, de Inglaterra y de España se ocultaba medroso, temiendo a cada instante la traición de los suyos (...) Era un hombre bajo, más bien grueso, de brazos cortos y de un continente ramplón y oficinesco (...)" (Las águilas de acero, pp. 118-119).

Y, en extremo contrario, también ambos ensalzan la generosidad, el valor y la abnegación del español:

"Volaría, sí, como había ofrecido al cabecilla y a sus secuaces. Volaría, pero no por el dinero, sino por algo más grande y hermoso donde se jugaba la vida: por su patria./ Se le henchía el pecho, orgulloso ahora de pensar en esta heroica aventura, acaso la última... ¿Pero qué importaba?" (Aguilas de acero, pág. 52)

"¿De qué hablaba? [Un oficial del ejército]. De lo de siempre: una protesta sorda y ruda contra el proceder de los dirigentes y un santo anhelo de ofrecer la propia sangre por el bien de la patria." (Las águilas de acero, pág. 95).

En tan inconsistentes fundamentos se sustenta la imagen de la guerra marroquí en estas desnortadas narraciones. Añadir tan sólo que Cases no desaprovecha la ocasión para, en modo semejante a lo ya realizado en Los amores de Alfonso Reina, lanzar su moraleja o prédica final sobre la desdicha que acompaña al amor verdadero y el rentable oportunismo de quienes sin arriesgar nada obtienen beneficio de la desgracia ajena. Y en cuanto a López Rienda, destacar que ni siquiera resulta bien justificada esa dedicatoria a la aviación española con que abre la novela, pues el presumible homenaje que parece anticipar se disipa en el desarrollo de la trama para quedar reducido a una insignificante alusión final. Pero si los aviadores españoles no hallaron panegirista adecuado en el escritor, de lo éste volvió a dar abundantes pruebas de interés y preocupación fue de la situación política de Tánger, donde a su entender se gestaban gran parte de las desgracias que España arrastraba en su Protectorado. Si en Tánger, pequeño Montecarlo le había tocado el turno al juego, a la prostitución y a otros vicios allí tolerados que minaban la moral del ejército colonial. Ahora, en Aguilas de acero, le llega la hora al contrabando y a esas oscuras tramas políticas urdidas desde aquel lugar por espías al servicio de potencias extranjeras que deseaban menoscabar el prestigio español. Motivos en sí mismos marginales a la contienda, ofrecidos además con una imagería novelesca nada proclive a la seriedad o al rigor y de muy escaso atractivo.

Los procedimientos narrativos y los registros lingüísticos utilizados no hacen sino acentuar las insuficiencias argumentales. En ninguno de los dos títulos se rentabilizan las posibilidades que brinda la literatura de temática aventurera. Carentes de toda agilidad, los relatos se apelmazan merced a la omnipresencia de un narrador incapaz de mantenerse al margen de lo contado o de refrenar esa subjetividad que se va filtrando en su discurso. Unas veces a través de pueriles valoraciones de personajes:

" (...) el jefecillo de la rebelión", (Aguilas de acero, pág. 42) \_\_\_\_\_

"Él [Alberto] no era más que un aventurero y un héroe", (Las águilas de acero, pág. 45).

O de situaciones: "dar a Tánger un absurdo gobierno internacional", (Aguilas de acero, pág. 17) Y otras, mediante unos todavía menos procedentes excursos ideológicos, que con reiteración proliferan en uno y otro texto:

"(...) sintió una profunda piedad por aquellas pobres mujeres que aún habían de vivir en pleno siglo XX en aquella inexplicable esclavitud. Tan cerca de Europa, asomada al Mediterráneo aquella tierra hosca y dura, parecía que el tiempo se hubiese detenido en ella", (Aguilas de acero, pág. 45)

"El imperialismo naciente que devora a grandes dentelladas aquella democracia en la que han aprendido otras Repúblicas de origen español, no reconoce más que dos elementos, los primordiales de todo pueblo fuerte: el obrero y el capitalista." (Las águilas de acero, pág. 48).

A esa falta de ligereza cooperan también otros envejecidos recursos narrativos ya en otras ocasiones comentados al hablar de este tipo de literatura popular. Uno de los más reiterados en estos dos títulos procede de intercalar interrogaciones retóricas para hacer avanzar el relato o para crear un falso suspense y acrecentar la intriga sobre lo venidero. Resabios que, según se ha señalado en otros momentos, encontraban su justificación en los largos novelones por entregas, pero que se revelan del todo improcedentes en textos que se ofrecen completos al lector, y más si tienen tan reducidas dimensiones como éstos. Véase al respecto un par de ejemplos ilustrativos:

"¿Qué le tendría aún reservado el destino? ¿Qué papel desempeñaría en su vida aquella mujer que volvía a ponerse en su camino, cuando la creyó perdida?" (Aguilas de acero, pág. 49)

"(...) ¿Qué ocurrió de pronto? Alberto Rubber no se lo pudo explicar nunca. Fue descuido, fue torpeza, fue fatalidad. ¿Quién lo sabe? El hecho es que el aeroplano se encontró de pronto en plena tormenta (...)", (Las águilas de acero, pág. 72).

El empleo del lenguaje en nada desmerece dentro de ese general tono de mediocridad. Si algo caracteriza el estilo de estos autores es la absoluta falta de frescura. Por ejemplo, algunos de los diálogos de López Rienda, aun sin reparar en desbarres tan palmarios como que los personajes se traten de vos en la tercera década del siglo XX, diríase que más parecen extraídos de alguna infame novelita rosa que de un relato de aventuras, por cuanto de cursis y relamidos tienen:

"-¡Oh, mi amigo; no, no!... No es ése el camino de ganar mi voluntad. Un beso en otro sitio, en otros instantes, podría sellar un amor. Aquí...

'-¿Y por qué no aquí? (...)

'-Porque no. Nos traen aquí misiones delicadísimas, y si nos sorprendiesen de tan tierna manera, no sé qué sucedería. Es una imprudencia entre gentes de tan complicada psicología.

(...)

'-¿Entonces... cuándo, Sofía? ¿Cuándo podremos hacer más intenso este cariño?

'-Hay que esperar. Ahora, a lo que nos ha traído aquí. Luego, en Tánger, cumplidos nuestros compromisos, hablaremos... ¡Habéis hecho bien en aceptar y venir! ¡Os necesitábamos para desarrollar mejor nuestros planes!...

'-Sea lo que queráis. Pero... ¡dadme un beso, Sofía!" (*Aguilas de acero*, pág. 55).

Avejentados rasgos que también contaminan el discurso del narrador, elaborado en ambos casos con una prosa de escasa fluidez y a menudo cuajada de ese vacuo retoricismo del modernismo de última hora. En sus páginas se concitan imágenes y metófas manoseadas, que junto a la desmesura y altisonancia, parecen fiar todos sus logros expresivos en una dicción recargada y empalagosa. Algo en lo que acaso resulte más abundante López Rienda, pero que tampoco escasea en Cases:

"(...) las aguas del Estrecho, de un azul transparente, donde bordan sus galones de plata las corrientes de los dos mares que se besan en la angostura de las costas hermanas." (*Aguilas de acero*, pág. 15).



"Los últimos relumbres bermejos del crepúsculo habían besado momentos antes las hiedras que crecían al hilo del alto murallón de la Kasba y que caían, cubriéndole, con una dulzura de elegía." (Aguilas de acero, pág. 39).

"Cedía ya la noche su trono a la mañana", (Las águilas de acero, pág. 15).

"(...) Este heroísmo del español contra el rifeño no era heroísmo, sino dolor, el dolor estoico de Marco Aurelio, el dolor que fecundiza en San Francisco de Asís, el dolor que es la renunciación en Kempis, el dolor que enciende a Byron (...)" (Las águilas de acero, pág. 106).

Este gusto por el recargamiento y la epatante sonoridad suele avenirse mal con la precisión léxica, que, sobre errores habituales (por ejemplo confundir las perífrasis "deber + infinitivo" con "deber de + infinitivo"), crea expresiones en verdad sorprendentes. Tal le sucede a Antonio Cases cuando queriendo ponderar las virtudes de unos prismáticos dice:

"Se asomó Alberto atraído por una curiosidad que le llevó a usar de las lentes de alcance *monstruoso* [adjetivo sin proporción con lo que quiere transmitir], y vio (...)", (Las águilas de acero, pág. 115).

Descuido menor, en cualquier caso, al lado del que acontece en el texto de López Rienda, quien queriendo resaltar la perfección física de su personaje femenino olvida el bien distinto sentido que cobran algunos adjetivos según se antepongan o pospongan al sustantivo que califican. Descuido que malbarata por completo y da al traste con las iniciales intenciones del escritor, pues no sólo merma la hasta ese momento muy valorada belleza de la dama, sino que introduce un sesgo de inesperada comicidad en el fragmento:

"Ibarrondo, al fin, miró a la polaca; y al cruzarse sus miradas, ella sonrió, dejando al descubierto dos hileras de *menudos* [el subrayado es mío] dientes. La sonrisa rompió el hielo [se comprende que, ante tan sorprendente visión, así fuera]." (Aguilas de acero, pág. 53).

**ABRIR TOMO II.- 2ª PARTE - III.**



**(CONTINUACIÓN)**



**ABRIR TOMO I.- 2ª PARTE - III. (INICIO)**

En suma, un par de relatos no sólo hermanados por sus muy similares títulos o por sus alusiones a la aviación, sino por lo disparatado de sus argumentos y por sus muy abundantes insuficiencias narrativas.

Por esta misma época, a comienzos de 1927, se publica un volumen narrativo de género un tanto indefinible, cuestión que dejaré para más adelante, situado en las antípodas literarias del anterior título. Se trata de Pájaro Pinto, de Antonio ESPINA<sup>644</sup>, en cuyas páginas se toca también, aunque de manera tangencial y en una reducida parte de la fábula, la problemática de la guerra en Marruecos. El texto apareció en la editorial de la Revista de Occidente, en su colección "Nova novorum", lo que ya resulta orientativo de cuáles son las coordenadas artísticas en que se mueve. Su contenido, en efecto, confirma que ha de inscribirse dentro de esa corriente que ha pasado a la historia con el término de "arte deshumanizado". Designación que por aquellas fechas utilizó, no sé si incluso acuñó, Ortega y Gasset para referirse a ciertas formas de creación rupturistas con los moldes tradicionales. Movimiento que, en el terreno de la narrativa nacional, quedó formado por un puñado de nombres, escritores jóvenes entre los que se cuentan Benjamín Jarnés, Pedro Salinas -en su faceta de narrador-, Juan Chabás, Rosa Chacel, el primer Francisco Ayala o el ahora comentado Antonio Espina, agrupados todos ellos en torno a la figura del mencionado pensador y a los presupuestos teóricos por él enunciados en lugares como La deshumanización del arte o Ideas sobre la novela, en cuyas páginas algunos han querido ver el reflejo de las propias ideas artísticas orteguianas<sup>645</sup>, mientras también hay quien ha considerado que lo vertido no constituía sino un mero diagnóstico de la situación que se atravesaba en el momento<sup>646</sup>. A mi entender, tanto unos como otros tienen parte de razón y tal vez lo más prudente sea optar por una postura ecléctica: algo debió de haber de diagnóstico, a tenor de lo apuntado por Ortega en sus estudios, pero también no poco de deseo personal hacia una orientación elitista del arte, atendiendo a lo que parece inmoderada vehemencia expresiva para emitir un juicio de mera neutralidad descriptiva:

" lo característico del arte nuevo, 'desde el punto de vista sociológico', es que divide al público en estas dos clases de hombres: los que lo entienden y los que no lo entienden (...) El arte nuevo, por lo visto, no es para todo el mundo, como el romántico, sino que va desde luego dirigido a una minoría especialmente dotada (...) Dondequiera que las jóvenes musas se presentan la masa las cocea." (La deshumanización del arte).

Polémicas aparte, lo cierto es que todos estos narradores se adhirieron a postulados estéticos que en buena medida daban la espalda a lo que hasta entonces había constituido la tradición novelesca. Ensayaron un tipo de relato desvinculado en asuntos y argumentos de todo aquello que pudiera identificarse con la realidad más evidente o palpable y cifraron su máxima preocupación en hallar nuevas fórmulas expresivas para la prosa, extrayendo o adaptando mucho de lo que con anterioridad había sido patrimonio casi exclusivo de la lírica. Una narrativa, en suma, alimentada de metáforas y juegos de lenguaje, a la vez que escasamente figurativa en su representación de mundos imaginarios.

Pájaro Pinto a primera vista sólo resulta entendible en este marco cultural y literario, apartándose así de cualesquiera otros contextos de los hasta el momento vistos que empujaron a los autores a escribir sobre la guerra de Marruecos. Su filiación dentro de esta materia novelesca ha de considerarse por tanto casuística, dado que un asunto tan candente y enraizado en la vida española no podía figurar como elemento programático en ese tipo de narrativa, aunque sus referencias al conflicto no pasen de mínimas alusiones fragmentarias. La obra se aleja de la habitual forma novelesca no ya sólo en sus contenidos, sino en la misma disposición de éstos, que se presentan desvertebrados, en una suerte de *collage* donde cabe distinguir una narración corta dividida en capítulos, "Xelfa, carne de cera", relato que por su forma se sitúa dentro de unos parámetros más convencionales, y a su lado, anteponiéndose o posponiéndose a éste pero desvinculadas de su argumento, otra serie de prosas más breves, independientes entre sí y de difícil clasificación, pues en puridad más que cuentos, como los denomina Eugenio G. de Nora<sup>647</sup>, habría que considerarlos estampas o

meros apuntes de impresiones literaturizados mediante el lenguaje y elaborados con una técnica que quiere asemejarse a la cinematográfica. Este parentesco, que Espina ya anuncia en el prólogo -rotulado "Antelación"- de su libro y del que hay indicios a lo largo de todo el texto, se hace en especial perceptible en los fragmentos titulados "Bi o el edificio en humo", "Un naufragio" e incluso en el más reducido "Manola". En todos ellos el avance narrativo o la alternancia de situaciones, por llamar a los cambios de alguna manera, se produce mediante segmentos de visión que semejan la sucesión de planos con que habitualmente se hace progresar la fábula en una película, técnica compositiva cuyo origen ya fue señalado por John Crispin<sup>648</sup>. En "Bi o el edificio en humo", por ejemplo, se describe un edificio y los habitantes que lo pueblan en dos momentos temporales distintos, la pluma va ascendiendo o descendiendo por su fachada y recogiendo lo que sucede en cada una de las viviendas o locales cual si se tratase de una cámara que fuera captando la actividad de esos personajes en un instante concreto. No ha de extrañar pues que esta especial disposición de los materiales narrativos y su falta de trabazón haya inducido a algunos sectores de la crítica a poner en entredicho el carácter novelesco del libro. Cuestión en la que no abundaré en este momento por cuanto el fragmento de obra que para estas páginas interesa se circunscribe al relato principal, a "Xelfa, carne de cera", que a mi parecer, y aún más con los amplios criterios de adscripción que he venido adoptando en este trabajo, cabe del todo en el género de la narrativa de ficción.

La mínima anécdota de "Xelfa, carne de cera" refiere el regreso a España, después de haber combatido durante dos años en la guerra de Marruecos, del soldado Juan Martín Bofarull, llamado por sí mismo Xelfa, nombre que encierra un *alter ego* del personaje, una especie de conciencia elitista y analítica en la que se concitan las claves de la considerada modernidad de la época. Una vez en Madrid, visita a su prima Andrea, una bella señorita adornada con las preceptivas dosis de superficialidad y cursilería que impone el modelo femenino del momento, y tras un breve periodo de relaciones se casan. Trascurridos dos años de matrimonio, la pareja ha tenido un hijo que falleció y Andrea ha caído en el adulterio.

Xelfa, enterado de la infidelidad de su mujer por un anónimo que ella misma le envía, abandona el hogar y marcha a Buenos Aires, inhibiéndose de la sensación de dolor o fracaso que el desengaño hubiese podido provocarle.

Insustancial argumento propio de novela sin grandes pretensiones, al menos ése parece su aspecto. Sin embargo, tras esta apariencia de banalidad el relato encierra algo más de lo que a primera lectura semeja. Por comenzar con el asunto que lo ha traído hasta estas páginas, y aunque su peso haya de considerarse muy pequeño dentro de la globalidad de la narración, la visión que Espina ofrece de la guerra de Marruecos poco tiene de frívola o de escapista y carente de compromiso. Bien es cierto que aquí no encontramos feroces combates ni sus escalofriantes consecuencias narradas con truculentas imágenes o expresiones, tampoco hay primeros planos de la dura disciplina cuartelera o del embrutecimiento impuesto por aquellas condiciones de vida, ni nada de esa imaginería a la que por costumbre suele echar mano la narrativa antibelicista o antimilitarista para provocar el rechazo del lector ante lo mostrado. No obstante, todo eso se hace presente en "Xelfa, carne de cera", pero se hace presente no a través de la obviedad o el subrayado, sino mediante la sutileza y la síntesis, capaces de atrapar no toda la magnitud de la tragedia pero sí sus rasgos generales, aquellos que pudo percibir un testigo lúcido aunque de limitado conocimiento: un soldado, sin ir más lejos. Tal vez convenga recordar en este momento que la contienda colonial no le era ajena al autor, ya que -como comenta Juan Chabás en Literatura española contemporánea<sup>649</sup>- prestó su servicio militar en Marruecos entre 1915 y 1917, años en los que la virulencia del conflicto aún no había prendido como lo haría más tarde, pero experiencia suficiente al fin para hacerse cabal idea de lo que allí se estaba cociendo. Evocación que, salvando todas las distancias, en especial por la brevedad con que Espina lo trata, mantiene algunos puntos de contacto con el ofrecido por Díaz Fernández en El blocao, donde las desgracias acarreadas por aquellos sucesos en los jóvenes españoles que por razón de su edad hubieron de padecerlos tampoco se plasman de manera directa sino a través del detalle cotidiano y de contenida estridencia.

Las pocas páginas de relato en las que Xelfa evoca su vida en campaña durante los dos años anteriores dan cumplida cuenta de las penurias del soldado en Marruecos, de la crueldad de la guerra y no dejan resquicio para la duda sobre la actitud del escritor ante el acontecimiento. La propia inclemencia climática de aquella tierra sirve de pórtico a lo que vendrá después:

"(...) la cazuela inmensa del sol africano. La auténtica cazuela de fuego, que no está sobre la lumbre, sino que la tiene dentro. Como han observado todos los africanistas, el sol de Marruecos da la sensación de que no se pone nunca. Realmente, no se trata de un sol de pintor, con alegrías y policromías a la europea, sino de un sol moro, celoso y frutal, con un brillo sostenido de alfange." (Páginas 29-30)<sup>650</sup>.

Lo que continúa no es sino la alienante despersonalización del joven allí enviado, el cual, perdido todo albedrío, se ve zarandeado de un lado a otro sin poder ejercer dominio alguno sobre lo que le acontece:

"Llegó de noche. Había guerra. Lo metieron en un cuartel, lo sacaron, lo volvieron a meter en otro cuartel, durmió, y a la mañana siguiente marchó destacado con su compañía a la posición de Tifaruin." (Pág. 35).

A la que sigue la rutina de una existencia mecánica, sin otro sentido que la repetición de lo mismo una vez tras otra, y no exenta de peligros:

"Operaciones. Las marchas. Las acciones de guerra. Los reposos breves. Las marchas. Los combates grandes. Los heridos. Los muertos. Las marchas. Los enfermos. Un permiso -ocho días-. El descanso. Las marchas, y ¡muerto! (baja definitiva). ¡No! Una falsa alarma: un chinazo en la rodilla. Evacuado a Tetuán. Dinero. Algo de cabaret. Las marchas. 'En columna volante'. Las marchas. Las marchas por los prolongados itinerarios de la estrategia (...)" (Páginas 38-39).

Y por encima de las penurias del soldado, lo que todavía se hace más grave e irremediable, la cara más despiadada de la guerra: la muerte, acechando a menudo desde el invisible punto de mira de un fusil francotirador: "¡El enemigo!" Otro imaginismo caprichoso. Los enemigos



miran con un solo ojo, detrás de la esquina", (pág. 38). El sacrificio de jóvenes vidas que, si no con total acierto sí al menos con aguda intuición, Espina asocia a esos otros sacrificios que pueden contemplarse en las jornadas de toros:

"Veía la plaza de toros. Una plaza de toros especial, militar, donde en rara mezcla confundían elementos militares y taurinos. Alrededor del redondel veía adustos pabellones cuartelarios. Por el toril, en vez de toro, salía la boca de un cañón largo, gordo, negro como un miura (...) Cuando más tarde contempló el triste espectáculo de las evacuaciones de muertos y heridos, en larga hilera hacia los hospitales de Tetuán, escuchaba en subconsciente e irrespetuosa mezcolanza los gritos de: '¡Eh, a la plaza!' de Madrid, en la calle de Alcalá, los días de toros." (Páginas 35-36).

Enfoque orientado hacia el más diáfano antibelicismo, en el que no hay ni asomo de esa frivolidad que a primera vista pudieran sugerir los jugueteos verbales y la festiva expresividad con que se transmite. Acompañado a su vez de un no más complaciente retrato del mundo militar, donde la censura se viste unas veces de ironía: "El sargento no ignoraba quién fue Prim. Ningún sargento de hoy lo ignora. Tienen obligación de saber Historia de España para ascender a sargentos, e Historia Universal para ascender a oficiales", (pág. 49). Otras, se enmascara entre réplicas o guiños literarios, como la alusión a los imponderados elogios al toque de diana que aparecen en el Diario del militarista Pedro Antonio de Alarcón<sup>61</sup>, a quien primero menciona y más tarde remeda con sarcasmo: "Lo alegre eran los toques de corneta. Es decir, según. El de diana parecía el gallo pimpante del corral. El de retreta, peor, un gallo negro que picoteaba con tiros", (pág. 38). Y hasta hay ocasiones en que se ofrece sin rebozo alguno, mostrándolo en toda su absurda crudeza:

"Todo el batallón de cazadores de Viriato, número 97, esperaba el embarque en la estación del ferrocarril. Volvían a la península después de dos años de guerra, después de combatir constantemente en prolongados itinerarios estratégicos. Morían de vez en cuando. Pero como las 'unidades' no mueren nunca, aunque perezcan sus individuos -

se renuevan-, el batallón de Viriato aparecía siempre resurrecto, a toque de corneta, en cualquier campamento." (Páginas 30-31).

Tampoco escapa a la reprobatoria mirada de Espina ese patriotismo de viejo cuño, ridículo extravío de la sensibilidad que alimenta la existencia de las guerras y de las restantes crueldades antes relatadas. Algo incapaz de provocar en el protagonista nada distinto del sopor:

"Entre los compañeros de Xelfa, y en el mismo departamento, iba un soldadito rubio que era maestro y que, excitado por Juan Martín Bofarull, se puso a explicar discursivo las efemérides históricas.

'-Desde aquí, muchachos, se divisa la vega de Tetuán. He aquí, muchachos, el panorama que hace sesenta y tres años se presentó a los ojos del ejército de la guerra de África (...) Por aquí se extendieron las tropas españolas ansiosas de tomar por asalto Aita Tettauen (...)

'La cabeza de Xelfa empezó a sumergirse en una especie de acuario hervoroso y feliz. En un duermevela francamente desconsiderado para el orador (...)" (Páginas 40-41).

Sin embargo, verdadero opio entontecedor de mentes sencillas o poco formadas:

"El soldadito rubio, el maestro, con su aire de feto en alcohol y la voz pedante que suelen fijar para siempre en la laringe pedagógica las Escuelas Normales, prosiguió:

'-Muchachos. ¡He aquí Los Castillejos! Aquella es la famosa loma de las mochilas. Otra efeméride gloriosa en la historia de España.

"Todos los ojos ingenuos, ojos de niños contrariados, que tienen los soldados, se hincaron en aquellos pequeños montes negroverdes, ardorosos, en cuyos vértices se veían Los Castillejos: unas especies de garitas ruinosas. Casi ninguno de aquellos soldados sabía lo que allí había ocurrido ni tenía la menor referencia histórica de Prim. Pero la sugestión de nombres que habían sonado en su oído muchas veces, con vibración fabulosa, les movió de repente la atención." (Páginas 48-49).

Estampa, por tanto, bien descarnada y nada complaciente de la guerra de Marruecos, ligada por una común intención antibelicista a la no menos horripilante que en el primer corte o relato del libro, en "Pájaro Pinto", se ofrece de la contienda europea. Múltiples errores podrán atribuírsele al volumen pero, a mi entender, la frivolidad en los asuntos tratados o la ligereza temática no se cuentan entre ellos. Más bien todo lo contrario, nos encontramos ante una obra de fuerte preocupación moral, cuya censura se hace extensible en idéntica medida a los otros aspectos retratados en "Xelfa, carne de cera", en los que no me detendré por quedar fuera de lo que en este trabajo interesa, pero que aluden a extravagantes y descafeinados modos de entender la vida, producto de elitistas conductas desnortadas bajo las que en realidad no late sino la vacía conciencia -la "ingravedez moral" mencionada por el poeta de cabaret- de quienes desde la altura de su torre de márfil pretendieron desposeer de sentimiento a la existencia humana, reduciendo su complejidad a imposibles parámetros deshumanizados. En suma, una literatura que lleva la sátira en su propio seno y cuya doble faz ha inducido en ocasiones a considerarla mero jugueteo intrascendente, sin reparar en la profunda crítica que encierra, elaborada, he aquí su gracia, con las armas propias de lo criticado, como con absoluto acierto ha señalado Francisco Javier Blasco: "Salazar Chapela (...) sitúa a Espina en la línea que une a Quevedo, Larra y Unamuno. Como ellos Espina reacciona con indignación ante el medio que le rodea; pero cada uno viste su exasperación con el traje de su tiempo, y a Espina le correspondió una indumentaria cosmopolita y grotesca. La obra de Espina es una amarga crítica, desde un 'deportismo doloroso', del mundo absurdo, frívolo y sin valores de la sociedad europea tras la primera gran guerra."<sup>652</sup>

Bajo este prisma interpretativo no se hace difícil entender la pronta incorporación del escritor al proyecto de colaboración con José Díaz Fernández en Nueva España, que supuso una orientación hacia distintos planteamientos literarios. No creo que ello haya de entenderse un giro radical o una drástica evolución de las concepciones artísticoideológicas de Antonio Espina, sino como un acercamiento hacia posturas rehumanizadoras del contenido novelesco pero manteniendo los hallazgos formales y expresivos de la corriente deshumanizada, que en

esto se fundamentaba el *nuevo romanticismo*. Algo que, como ha podido verse, de alguna manera ya se apuntaba en Pájaro Pinto, donde si todavía no se plasma una nitida renovación argumental y temática, sí hay una discrepancia crítica con la idea de depositar el máximo valor referencial de la prosa artística en asuntos apartados con deliberación del sentir humano.

Por supuesto, el tratamiento del lenguaje denota otra de las preocupaciones de la obra. No cabía esperar menos en quien, aun desde la ironía y el sarcasmo hacia la esencia de lo representado, ató su voz a las resonancias expresivas de la denominada escuela deshumanizada. Espina sigue con fidelidad la sentencia o el diagnóstico orteguiano -elíjase el término que se prefiera- de que "la poesía es el álgebra superior de las metáforas"<sup>63</sup>, al hacer de este recurso uno de los ejes fundamentales de su discurso. Metáforas de muy diversa factura y consistencia, desde los meros juguetes lingüísticos que no van mucho más allá de su propio efecto lúdico:

"Se trataba de un tren ganso, azul oscuro, que venía *andando* a lo ganso, con el bamboleo característico de los gansos e iniciando el ¡cuá, cuá! Para echar humo abría el pico y estiraba el cuello. Parecía que marchaba siempre perseguido por el delantal de la granjera, el azul celeste, o que tenía prisa en meter el pico en la cazuela inmensa del sol africano." (Pág. 29).

Hasta aquellas otras bien traídas, donde la evocación simbólica que sugieren se funde oportunamente con la realidad denotada:

"Hizo el amor, lo consabido melifluo y tampoco le convenció. Ni la acción ni el arte (...) Hubo -no ha de negarlo- los nubarrones, las luces tempestuosas sobre la mar brava de su piel. Sobre los nervios de fuera, total. Pero el cordaje interior, nada. Son cordaje de tripa de perro." (Páginas 24-25).

Y también con muy diversa fortuna. Unas veces, justo es reconocerlo, la expresividad alcanzada se antoja de muy baja intensidad: "Moderno y lúgubre, lleno de sonrisas amarillas", (pág. 26); "Encendiéndose el huevo eléctrico del centro del gabinete", (pág. 71). Mientras que

en otras ocasiones, los logros resultan evidentes. Véase, por ejemplo, la atinada cursilería con que se traslada la sensación de enamoramiento del muy cursi Xelfa:

"Fina lluvia de agua sobre la sensibilidad. Empape de fragancia húmeda. Esos 'graves' de la escala profunda del olfato que desprenden los jardines regados al anochecer" (Pág. 76).

Una irregularidad de resultados fruto, al cabo, de la propia exuberancia con que se prodiga su uso.

El otro eje motor de su prosa viene dado por todo tipo de ingeniosidades verbales de raíz conceptista, que basculan entre los juegos de palabras más o menos convencionales: "Él, Xelfa, era el marido comerciante o empleado que empleaba Maupassant", (pág. 114). El gusto por la complementariedad de apariencia antitética: "una atmósfera temblante, sombría y luminosa", (pág. 45); "la psicología sencilla pero oscura de la mujer", (pág. 115). Y los intentos por forzar el sentido de los vocablos más allá de lo consabido:

"Aquella fue una fecha que acababa (...) de tener lo peor que puede tener una fecha: contrafecha./ Hubo un hijo que falleció. Ahora también recibía ese contrahijo que los poetas vienen llamando 'desengaño' desde tiempo inmemorial." (Páginas 113-114).

Con todo, tal vez las más afinadas tonalidades de este tipo de recursos se extraen en los contados momentos en que una sola expresión verbal liga dos acciones o dos planos ideológicos en acertada síntesis:

"Se estaba haciendo el nudo de la corbata cuando le asaltó la idea: '¿Y si tenemos un hijo?'. Suspendió la operación, dejando balanceándose al aire un cabo de la corbata. Parecía ya el nene este cabo inocente de la corbata. Se miró una vez más al espejo, observando otra vez más su carne cética, violácea, fotogénica (...) y mascaral. 'Si tengo un hijo, se lo regalaré a mi mujer, entero, donándola mi parte en él, absolutamente, generosísimamente, para que lo preserve de mis certidumbres y también para que me preserve a mí de ese gran fuego amoroso que podría derretir mi delicada constitución cerúlea...'./ Continuó haciéndose el nudo de la corbata, metiendo

el cabo suelto y balanceante de ella, por la angostura del lazo. Y quedó bien sujeto [el cabo de la corbata y su preocupación ante la posible paternidad]." (Páginas 92-93).

Esta voluntad por traspasar los límites de lo habitual se transmite también al léxico, donde no sólo son frecuentes los usos metafóricos o descontextualizados de múltiples vocablos, sino que manifiesta a su vez una decidida proclividad hacia lo insólito, ya sea ensayando nuevos sentidos para voces existentes: "Hacía una tarde también francesa, gris, lluviosa y maupassantiana (...) ¡Qué *destiempo* [el subrayado es mío]!", (pág. 114); o mediante la directa creación de neologismos: "El motor (...) contratépico" (pág. 40), "¿Qué fue, en rigor, el joven Werther, sino un lupinista [del inglés 'looping'] que no acertó a dar la vuelta completa?" (pág. 81), "Había de huírsele todo, vagorizándose, inconsistiéndose, eterizándose alrededor suyo" (pág. 108). Y junto a todos estos, en su léxico menudean algunos tecnicismos -"glicerofosfatos"- y términos extranjeros, indiciadores tal vez del presunto y pedantesco cosmopolitismo cultural de su personaje: "looping", "boudoir", "ecuyère", "demodée". En síntesis, un empleo del léxico en completa sintonía con el ya visto en los otros planos del lenguaje, marcado todo él por una voluntad de artificiosidad creativa, por apartarse lo más posible de todo lo que pueda tener resonancias familiares o consabidas, pero cuya intención última no es sino esperpentizar ese pedante y vacío universo retratado con las armas y bagajes que le son propios.

La narrativa popular en su formato breve aún continuó extrayendo jugo de aquella guerra durante algunos años. Una buena prueba de ello nos la ofrece El milagro<sup>654</sup>, un relato de 1930 debido a Fermín REQUENA<sup>655</sup>, nombre ya mencionado en estas páginas por su anterior Mohammed. Si en aquella ocasión reflejaba el mundo del nativo, en ésta aborda el del soldado español. Narra los avatares de Pepe Juan, un joven andaluz que el día de la romería comarcal a la Virgen del Prado consigue el amor de Rosalinda, una bella joven de la localidad. Ambos inician un breve noviazgo, el cual se ve interrumpido por la obligatoria incorporación del protagonista al ejército para realizar su servicio militar. La conflictiva situación de Marruecos lleva a su batallón hasta aquellas tierras. Durante la retirada de Xauen

Pepe Juan es capturado por los indígenas. Encerrado y sujeto al cautiverio junto a otros españoles, sólo anhela evadirse y poder regresar junto a su amada. Un día pierde la medalla de la Virgen del Prado que aquélla había colgado de su cuello en el momento de la despedida. Decidido a recuperarla abandona la casa donde lo tienen confinado y la busca en las arenas de la playa. No sólo encuentra la medalla sino que allí mismo descubre una barca abandonada que le brinda la oportunidad de escapar. Navega hasta que un cañonero lo recoge en el mar y lo devuelve a Ceuta. Desde esta plaza envía un telegrama al pueblo anunciando su salvación. Ese día, al igual que aquel otro en que inició su noviazgo, se celebra la romería a la Patrona de su pueblo. Los rezos de Rosalinda y la fe de ambos enamorados en la Virgen del Prado han obrado el milagro de conducirlo hasta la libertad.

En 1930 la situación de Protectorado español había experimentado un cambio radical con respecto a la de 1924: ya hacía tiempo que habían concluido las hostilidades y se había impuesto la paz. Lo que, sin embargo, no había sufrido modificación alguna era la perspectiva con que Requena enfocó el asunto ni su mal hacer literario. Con distinto envoltorio argumental vuelve a reincidir en unas ideas semejantes a las de su anterior título. Si en Mohammed la fábula se orientaba hacia la burda denigración del rifeño, mostrando su perversidad y salvaje perfil, ahora le llega el turno a los cantos de alabanza patrioter, aunque haya que traerlos por los cabellos:

"(...) los haces luminosos de los ingleses reflectores, indagando recelosos entre las aguas del Estrecho, demostraban la natural desconfianza tenida siempre por quien no se encuentra en sus propios dominios, y si en dominios arrancados violentamente al más débil o al más bueno.../ Estas reflexiones se hacía Pepe Juan mientras contemplaba el hermoso paisaje, y al tender su vista hacia el sur, más allá del Estrecho, hacia las luces diminutas de la ciudad ceutí, vio cómo señalaban al alma española el comienzo de un nuevo camino, regado generosamente con sangre brava; sembrado de valor, de nobleza, de hidalguía.../ Pepe Juan cerró la ventana y se tendió en el lecho. Aquella noche se sintió más español, más valiente..." (Páginas 17-18).

Los cuales constituyen, junto a una ramplona devotería mariana, el escuálido sustento del relato. De esta última también abundan las manifestaciones esparcidas a lo largo de todo el texto:

"Pepe Juan penetra en la bonita capilla y fervorosamente reza una salve a la virgencita de los serranos./ Después se levanta airoso, sacude su traje típico de fina pana y se dirige a las afueras buscando algo que palpita muy fuerte en su pecho de fuego./ Lo primero su Virgencita [ahora con mayúscula en el original]... lo segundo, su hembra." (Páginas 9-10).

De la campaña bélica, por el contrario, poco cabe decir, dado que de nuevo queda relegada a un mero telón de fondo despachado en menos de una página: simple y ya muy manida excusa para la separación de los enamorados. De ella, en realidad, sólo se apunta el heroico comportamiento de las tropas españolas, su penuria durante el cautiverio y, de nuevo, la maldad innata de los indígenas:

"Pepe Juan contemplaba angustiadísimo cómo la muerte iba diezmando la lista de los cautivos, que más que hombres parecían esqueletos, debido a la mala alimentación y al trato criminal de [que] eran objeto." (Pág. 20).

En síntesis, la misma retahíla de tópicos ya reiterados durante varios años en otras múltiples obritas de semejante corte. Y un poco de lo mismo sucede con sus modos novelescos y la calidad de la prosa. En cuanto a los primeros, vuelve a las gastadas fórmulas ya exhibidas en su anterior relato, empeorándolas, si cabe, en esta ocasión. De ello dan razón unos personajes planos, vulgares arquetipos de la narrativa popular: "Pepe Juan -serrano entre los serranos", (pág. 6). Abundantes intromisiones del narrador en lo contado, acaso para que el lector no se desoriente en tan intrincada fábula. O un menudeo de excursos narrativos en los que va destilando las esencias de su depurada filosofía:

"(...) pero al fin y al cabo, la dicha que llega nunca es tarde -como afirma nuestro refranero- y lo que mucho vale hay que conquistarlo a fuerza de paciencia y de tiempo." (Pág. 3).



Tan poco estimulante panorama lo resulta aún menos cuando reparamos en la irresistible cursilería de su lenguaje:

"(...) residía Rosalinda en una bella casita coquetona, cuyos ventanales cubiertos de las más lindas flores convidaban a las delicias del amor." (Pág. 6).

"(...) aquella noche, bajo el beso de plata de la luna primaveral, en la ventana florida y alegre de Rosalinda, se tejía un poema de dulzura exquisita." (Pág. 12).

"(...) en el corazón de la joven pareja había arraigado frondosamente la inmarcitable flor del cariño." (Pág. 14).

No se hace necesario espigar en las poco más de veinte páginas del texto para encontrar otras varias docenas de ejemplos como los anteriores, que por sí mismos, sin necesidad de mayor comentario, hablan con suficiente elocuencia de las características de la prosa de Requena, cuyo primor se manifiesta además en no pocas imprecisiones léxicas, repeticiones y acumulación de adverbios modales acabados en mente, de los que en los tres últimos cuartos de la página trece pueden contarse hasta cinco.

El periodista y narrador César GONZÁLEZ RUANO<sup>656</sup> también se acercó al mundo marroquí en *Circe*, novela publicada en 1935, y de la que me ocuparé muy sucintamente por cuanto el asunto que refiere, aunque ambientado en tierras norteafricanas, no mantiene conexión alguna con la guerra, salvo una breve historia parentética, carente de cualquier proyección dentro de la fábula y donde se menciona de pasada la peripecia de una guerrillera abatida por tropas legionarias. Se trata de un relato cercano a la literatura viajera en lo mucho que tiene de descripción de paisajes, gentes y costumbres de aquel país. Mientras que en lo que atañe a los asuntos de estricta filiación novelesca, ha de encuadrarse por derecho propio en esa corriente orientalista de la que habla David López García<sup>657</sup>, complementaria de aquella otra de temática colonialista, las dos vertientes diferenciadas que el crítico establece - con acertado criterio- al clasificar la materia marroquí en la novelística española de este siglo.

Cuenta las andanzas de Mario, un alemán que llega a Marruecos para llevar a cabo una misión encargada por el servicio secreto de su país. Misión que, por cierto, nunca llegamos a saber en qué consiste. Bajo la apariencia de su dedicación a la pintura, deambula por varios lugares de la zona hasta recalar en Tafilalet. Allí conoce a Machín Fayette, un inefable arqueólogo y viajero vasco francés que tiempo atrás quedó atrapado por la fascinación de aquella tierra y se instaló en ella. Entre ambos se entabla una cordial y sincera amistad. Pero, por encima de este conocimiento, traba contacto con Ifrikyá, una jovencísima marroquí a la que los avatares de su corta vida pasada han convertido en prostituta, y por la que Mario siente desde el primer momento una fuerte atracción. Olvidado el motivo que lo condujo a Marruecos, sólo se dedica a sumergirse en la cultura norteafricana y, de manera especial, a cultivar su relación con la joven, que pronto deviene en un mutuo amor compulsivo, pues Ifrikyá ya no desea tampoco contacto con otro hombre que no sea su amado europeo. Conminado por su gobierno a regresar a Alemania, ya que su labor se estima fracasada, Mario debe abandonar todo aquello que durante los últimos tiempos se había adueñado de la totalidad de su ánimo. Instalado en Berlín, recupera de nuevo la vida social que había dejado atrás. Sin embargo, preso de la nostalgia y el aburrimiento, en nada haya satisfacción, ni siquiera en los escarceos amorosos que mantiene primero con Anna, la joven mujer de su anciano tío, y más tarde con Lilith, en cuya relación se auguran hasta planes de futuro matrimonio. Al fin, rechazando todo ese mundo que siente como ajeno, huye de Europa y embargado por la emoción regresa a Marruecos y a Ifrikyá. Mario, como antes le había ocurrido a Martín Fayette, también ha sucumbido a la fascinación europea por lo africano, encarnada en el poder de atracción de Ifrikyá y en el hechizo primitivo de aquella tierra. El mito de Circe se ha cumplido una vez más, confirmando las palabras enunciadas por Martín Fayette al comienzo: "-aquí el navegante [en este caso el viajero] olvida su patria y su hogar", (pág. 57).

El relato sin alcanzar elevadas cotas artísticas, tampoco resulta desdeñable. Está narrado con una prosa cuidada -al menos dentro del bajo tono que vamos viendo en el conjunto de

esta novelística- y con cierto regusto barroco, donde lo metafórico y los juegos de palabras alternan como rasgos más definidores de su estilo. Tal vez su falla más profunda radique en esa poco realista estampa que del país magrebí nos ofrece. Más bien nos sumerge en una idealización cultural de carácter exótico, con bastante de "visión turística de Marruecos", en palabras de Eugenio de Nora<sup>658</sup>, que reproduce con notable similitud el mismo entusiasmo embriagador y la misma añoranza de ese adanismo orientalista que embarga el ánimo del protagonista europeo y lo arrastra hacia presuntos paraísos perdidos. Algo que fundido con la guerra y los asuntos militares ya estaba presente en algunos de los títulos incluidos en el capítulo dedicado al amor en este mismo trabajo. No obstante, el propio González Ruano, años más tarde, parecía sentirse aún satisfecho de su novela y recordaba la favorable acogida que le había dispensado la crítica del momento y la tampoco mala recepción de los lectores<sup>659</sup>.

En los últimos tiempos otros cuantos títulos de imposible encuadre en ninguno de los anteriores epígrafes han vuelto a asomarse a la campaña de Marruecos. Pocos de ellos pueden, sin embargo, considerarse en puridad relatos sobre la guerra. En la mayoría, la presencia de tales acontecimientos constituye sólo motivo parcial de la ficción, e incluso en alguno no sobrepasa la mera referencia tangencial. Paradigmática aportación en cuanto a lo que son simples alusiones al conflicto nos lo proporciona la más antigua de estas obras: Las guerras de nuestros antepasados, de Miguel DELIBES<sup>660</sup>. Novela publicada en 1975 y cuyo contenido nada tiene que ver ni con la contienda ni con cuestiones de ámbito marroquí. No obstante, en un momento de la larga charla que mantienen el doctor Burgueño López y Pacífico Pérez, éste le transmite la sintética visión de la caída de Igueriben y de los primeros compases del desastre de Annual según lo contaba su abuelo, soldado que consiguió escapar de aquella carnicería. Un simple recuerdo algo fantaseado que se alarga una decena de páginas.

La presencia de la campaña militar norteafricana rebasa ya la esporádica anécdota en "Marruecos", un relato corto de Eduardo CALVO<sup>661</sup>, perteneciente a su libro El dueño de

la luna y publicado en 1982. La guerra deviene asunto secundario para hablar, desde un algo artificioso multiperspectivismo, de la fascinación ejercida por las tierras marroquíes en una serie de enigmáticos personajes. La fábula se inicia cuando el sobrino de Jorge Ruiz Elvira encuentra, tras la muerte de éste unos escritos que su tío ha ido pergeñando durante años de retiro y aislamiento. Entre estos manuscritos aparece un esbozo de novela "bajo el título de 'Marruecos' y el subtítulo de 'Una historia de Domingo Salas', personaje que ejerció de médico militar y mantuvo una cierta amistad con el fallecido. El texto de Ruiz Elvira indaga en la personalidad de Salas a la vez que recoge algunos testimonios manuscritos por el propio militar sobre gentes y episodios que llamaron su atención. Así, da cuenta de la extraña peripecia acaecida a dos jóvenes oficiales, Jesús Astarbe y Marcelino Durán, durante la última campaña de Marruecos. Ambos habían llegado hasta aquellas tierras por caminos bien diferentes. Astarbe, buscando lenitivo para la amargura que le había dejado un amor frustrado; mientras que Durán, empujado por su deseo de alcanzar del modo más rápido ascensos y condecoraciones. Dos caracteres del todo opuestos. Astarbe, reconcentrado, huraño y proclive a la soledad, pero de una pasmosa sangre fría en el campo de batalla. Durán, lo contrario, amigo del vino, de las mujeres y de la juerga, y dotado de un valor temerario a la hora del combate. Entre tan antagónicas personalidades llegó a fraguarse, no obstante, una sólida compenetración en lo profesional y algo más que una profunda amistad en lo personal. Juntos tomaron parte en todos los capítulos fundamentales de aquella guerra, desde el desastre de Annual al desembarco de Alhucemas. Juntos ascendieron de teniente a capitán. Y el misterio también rodea la muerte de ambos: Astarbe, víctima de un fallo cardíaco tras haber perdido, por causas desconocidas, cualquier ilusión por la vida; Durán, sin motivaciones tampoco muy claras, disparándose una bala en la cabeza. Domingo Salas intentó esclarecer lo sucedido, pero nada consiguió. Murió a su vez en México, donde se había exiliado tras la guerra civil, en la que su sentido del honor le impidió transgredir el juramento de fidelidad a la República y sumarse al levantamiento militar. A su vez, Jorge Ruiz Elvira, que durante muchos años había sido un bala perdida, sufrió poco después de finalizada la contienda civil

española un cambio radical, encerrándose en su casa por motivos poco claros. De allí sólo salió para acudir al funeral de su amigo en México y para, algo más tarde, desplazarse a Marruecos, donde, tras vivir unos misteriosos sucesos, terminó con su vida disparándose también un tiro en la habitación de un hotel de Casablanca. En suma, cuatro personajes enigmáticos en cuyas trayectorias se cruzó Marruecos y que, según deja intuir la fábula, acaso fueron víctimas de su embrujo.

Dado que el relato no tiene por objeto describir la campaña militar, sino que la presencia de ésta sólo se justifica por la necesaria contextualización del testimonio de Salas sobre los dos jóvenes oficiales, las habituales escenas bélicas han quedado suplidas por un sintético repaso de los episodios más destacados del conflicto. Pero esto no resulta obstáculo para que a través de tan sucintas referencias se filtre una idea de la guerra, caracterizada por la barbarie desplegada por sus contendientes, militares y rifeños, y por la incapacidad rectora del mando español:

"(...) la conocida ineptitud de nuestros mandos superiores, causa principal de infinidad de reveses que habrían podido evitarse sólo con que aquellas cabezas huecas hubiesen conservado un ápice de sentido común", (pág. 154).

Imagen inobjetable por cuanto en términos generales se corresponde con la que ha venido acuñando la historiografía o la propia literatura imaginativa posterior al conflicto. Ya resulta menos entendible que el texto presente puntuales e inmotivados errores de documentación, al situar la retirada de Xauen y el desembarco de Alhucemas en 1923 en lugar de en sus correspondientes fechas de 1924 y 1925 respectivamente. Entiendo que esto no entorpece el desarrollo de la ficción, pero tampoco añade nada en positivo, a la vez que habla, sobre todo en unos sucesos todavía recientes y de fácil acceso, de cierta indolencia documental.

"Marruecos" remite, desde su proximidad en el tiempo y desde su apariencia de modernidad formal, a uno de los planteamientos tradicionales dentro de esta narrativa: el poder de atracción que el país norteafricano ejerce sobre el español. Algo que, por poner un ejemplo remoto, ya dejó ver Pedro Antonio de Alarcón en su Diario y que continuó en

momentos y narradores posteriores, alcanzando en el *¡Mektub!* de Corrochano acaso una de sus más explícitas expresiones. No cabe duda de que Eduardo Calvo ha querido darle nuevos aires al motivo, mostrándolo el *fatum* adverso de esa fascinación en distintos y variados personajes. Sin embargo, tal vez en su intento por aprehender el sentimiento sin desvelar ni un ápice del misterio que lo envuelve resida la falla principal del relato. Al final todo se vuelve enigma, nada justifica las conductas y las muertes de protagonistas o testigos, lo cual sume en una desconcertante perplejidad a quien lo presencia, pues las muchas expectativas creadas al principio se van disolviendo hasta quedar al final en algo cercano a la incongruencia:

"También él vino a Marruecos a encontrarse con la muerte. ¿Por qué o por quién? Me temo que por nada o por nadie. Como Durán y Astarbe o como el mismo Domingo Salas (...)", (pág. 168).

Y en idéntico sentido coopera ese juego de cajas chinas en que se sustenta la trama, donde cada personaje, salvo Astarbe y Durán, cuenta una peripecia de otros, de la cual ha sido testigo o ha tenido algún conocimiento y ha influido en su particular devenir posterior. Así, Domingo Salas refiere en su manuscrito la anécdota de los dos oficiales; Ruiz Elvira, en su esbozo de novela, la de Salas; y el sobrino, en el relato que llega al lector, la del propio Ruiz Elvira. La última engloba la anterior y ésta a su vez la primera. Un complejo juego de narradores y puntos de vista, brillante en su concepción pero a cuyo través, al fin, no llega a esclarecerse gran cosa sobre lo sucedido, pues en ninguno de los encastrados relatos se arroja luz sobre los acontecimientos vertidos en los otros, quedando todo en la más absoluta indefinición. Diríase que la sutileza también tiene sus límites y cuando estos se traspasan se corre el riesgo de caer en lo ilusorio y vacío. Un poco de eso aqueja, a mi entender, a este "Marruecos".

Por otro lado, tampoco saca partido de una de las posibilidades que brindan y se hacen casi obligatorias en estos relatos diseminados en varias voces, dado que los discursos de los diferentes narradores resultan indiferenciados desde el plano lingüístico. Tanto el del sobrino

como el de Ruiz Elvira o el de Domingo Salas se caracterizan por una sintaxis prolija, de una extrema longitud en los periodos y salpicada de abundantes paréntesis. Véase, por ejemplo, el inicio del sobrino:

"No creo que fuera la afición a la literatura, o el ingenuo orgullo que uno siente al ver su nombre escrito en letras de molde en la portada de un libro -leía más bien poco y era cualquier cosa menos ingenuo- lo que empujó a Jorge Ruiz Elvira, hermano de Marta Ruiz Elvira y tío mío, a emprender, ya en el último tercio de su vida, una serie de investigaciones que dieron como resultado alrededor de ciento cincuenta folios, manuscritos con su peculiar caligrafía de trazo nervioso y letra menuda, como de médico, que, junto a un caserón en Arturo Soria -que vendí inmediatamente-, unas tierras en la Mancha -a estas alturas no sé qué habrá sido de ellas- y una curiosa colección de navajas de afeitar que todavía conservo, me fueron legados a su muerte, al no haber descendencia, en calidad de único pariente del difunto." (Pág. 143).

Un modo expresivo demasiado peculiar para que sin variación de ningún tipo se traslada a los respectivos escritos de Ruiz Elvira o de Salas<sup>62</sup>. En suma, una homogeneización de estilos que no se aviene con la diversidad de narradores. Además, junto a ese rasgo de brillantez algo amazacotada de su sintaxis, hay que notar también la presencia de un afeante "de que" (en la pág. 161: "empezaba a sospechar de que la causa del tormentoso estado de ánimo del capitán Astarbe"), desliz de escasa relevancia pero que hubiera sido fácil de subsanar.

Hermanos mayores, una novela de José Ignacio NÁJERA NIETO<sup>63</sup> publicada en 1987 y que alcanzó una mención especial en el premio Pío Baroja de Novela de 1986 convocado por el departamento de Cultura y Turismo del Gobierno Vasco, sí puede considerarse un relato más próximo a la guerra que los anteriores. Incluso, en sus páginas se contiene una sintética evocación histórica de la actuación española en Marruecos desde antes del establecimiento del Protectorado hasta más allá de la pacificación, cubriendo todo el periodo de hostilidades que va de 1909 a su finalización en 1927. Se convierte así en el primer texto que reconstruye desde la fabulación narrativa varias campañas militares ligadas entre sí por

la trayectoria de un mismo personaje: Tibor. Al comienzo, encontramos a este joven soldado en Melilla, desplazado desde Barcelona, donde cumplía su servicio militar, tras los primeros incidentes bélicos del año nueve. Su presencia en África lo pone en contacto no sólo con lo más crudo de la guerra sino también con Sócrates Campañá y dos amigos de éste, tres anarquistas militantes que inician al hasta entonces desideologizado Tibor en sus creencias. Al concluir su periodo en filas regresan a Barcelona, donde continúa la relación entre estos personajes, y el protagonista entra en los círculos libertarios habituales de los otros tres. Por mediación del padre de Campañá consigue un humilde trabajo en la ciudad, escapando de este modo a la odiosa idea de volver a su pueblo leonés. Comienza a intimar con una sirvienta de la casa de su amigo Sócrates, con la que llega a casarse tras haber quedado embarazada. Su vida parece haber adquirido una mediocre estabilidad hasta que un cierto recrudecimiento de las acciones anarquistas y la muerte accidental de Sócrates cuando colocaba un artefacto explosivo para un atentado lo empujan de nuevo a Marruecos. Esta vez llega en calidad de colono a las tierras del recién implantado Protectorado español, huyendo de las posibles investigaciones policiales que lo pudieran ligar con los sucesos barceloneses. Instalado con su familia en precarias condiciones, trabaja como peón de la construcción hasta que en una incursión de los seguidores del Raisuni resulta secuestrado. Tras seis meses de cautiverio alcanza la libertad y cierta aureola de heroísmo. Debido a este trance, le ofrecen un trabajo en el servicio de información del ejército, el cual Tibor acepta como medio para remediar la acuciante necesidad económica de una familia cada día más numerosa. Concluida esta labor, y con el dinero que sus quehaceres de espía le han reportado, monta una cantina en los alrededores de Tetuán, negocio que a partir de ese momento habrá de convertirse en medio para sacar adelante a su mujer y a los ocho hijos que llega a tener. Nada más sabemos de él hasta 1936, cuando poco después del levantamiento militar que ha originado la guerra civil, es fusilado por no haber saludado a la bandera mientras la arriaban. Acontecimiento un tanto insólito y desproporcionado que da pie a la investigación que mucho tiempo después emprende uno de sus nietos para esclarecer las razones de su ejecución y desvelar otros misterios en



torno a una vida caracterizada hasta ese momento por la más absoluta vulgaridad. A partir de las variadas y divergentes informaciones que le proporcionan sus tíos, los hijos e hijas de Tibor, el nieto llega a la conclusión de su abuelo no murió por causa de un malentendido, por su pasado anarquista o por sus convicciones de "rojo" reaccio a seguir las consignas impuestas por los militares sublevados el 18 de julio. Ideas que han asumido sus vástagos, dependiendo de sus creencias políticas. En realidad, el que Tibor, como al parecer sucedió, se quedase amodorrado en la puerta de su cantina y no dedicase el obligado saludo a la bandera tan sólo sirvió de excusa al coronel Bronce -oficial que años atrás, cuando ostentaba el empleo de capitán, quedó encargado de las labores de inteligencia en las que tomó parte el protagonista- para silenciar a un incómodo testigo de ciertos asuntos sucios ocurridos cuando él dirigía las operaciones de espionaje y encaminados a boicotear cualquier posible entendimiento pacífico con los nativos<sup>64</sup>. Asuntos que con claros visos de chantaje ya había utilizado Tibor en el pasado para conseguir la adjudicación de la cantina. Su final no fue pues sino consecuencia de lo que había venido siendo toda su vida: una constante lucha para alcanzar algún pequeño medro económico que le permitiera no ahogarse en la miseria que su humilde origen parecía tenerle reservado, una permanente huida hacia adelante -como en un pasaje del relato, pág. 79, le recuerda su mujer- adaptándose a la situación del momento: "y pensó si habría cambiado o no, se dijo que no, que siempre había pensado igual, que lo que no había hecho era actuar de la misma manera", (pág. 79). Por instalarse en Barcelona y no retornar a la pobreza del pueblo aceptó la tutoría ideológica de Sócrates Campañá y abrazó el credo anarquista sin fe ni convencimiento alguno en tales ideas, esperando sólo que las presumibles influencias del padre de su amigo le abriesen una puerta hacia el futuro. En busca de un más próspero porvenir, a la vez que temeroso de verse involucrado en lo que no había tomado parte, emprendió el camino hacia el Protectorado marroquí. Sin ningún sentimiento patriótico, intentando tan sólo allegar algún beneficio a su menguado patrimonio, colaboró con la más reaccionaria política africanista, zambulléndose en impredecibles operaciones de inteligencia militar y haciéndose cómplice de turbios intereses:

"Miró las paredes desconchadas y cubiertas de mugre y recordó las palabras del capitán: 'Usted no tiene por qué vivir y morir como un miserable obrero', y le dijo [a su mujer]: '¿Es que quieres seguir atada al pasado? ¿Quieres que nos coma la miseria y la mierda? Esto no va a durar para siempre, sólo es una temporada y no quiero renunciar a que progreseemos un poco'. ' (...) Tibor, por favor, contéstame a lo que te he preguntado, ¿qué te queda de entonces?'. 'Nada', le dijo, 'no queda nada y menos en este lugar, aquí no hay que hacer revoluciones, hay que defenderse y aprovechar cualquier oportunidad. Mañana mismo doy contestación al capitán". (Pág. 79).

Y, finalmente, por recurrir al chantaje para obtener un mínimo provecho terminó ante el pelotón de ejecución. Un personaje, en suma, anodino y sin proyección histórica alguna, que ha estado en los lugares donde ésta se fraguaba pero como mera comparsa de sus protagonistas, difuminado entre unos sucesos que sólo lo han alcanzado de refilón. A su mediocre estampa incluso le falta vigor, y el necesario medro económico, para perfilarse con los rasgos del trepa, más bien habría que darlo por un obstinado desertor de la miseria carente de todo brillo y con muy escuálida fortuna. Mezquindad que también se evidencia en un hilo narrativo secundario, a través del cual se desvela un aspecto más íntimo de su personalidad: la relación incestuosa que durante años mantuvo con Camino, su hija primogénita. Asunto tangencial al eje central del relato y que de alguna manera completa el ambiguo retrato del personaje, pero cuya funcionalidad, a mi entender, resulta un tanto dudosa debido a su escasa aportación al entramado fundamental de la fábula. Este episodio, que el lector conoce mucho tiempo después de la muerte de Tibor, en la segunda parte y merced a la investigación emprendida por su nieto, habría que inscribirlo en una serie de soterradas relaciones entre los personajes que el texto enuncia pero no se esfuerza en aclarar, acaso porque, según señalaba antes, su engarce con el resto no resulte muy bien trabado. Tal sucede con los presuntos lazos de unión afectiva existentes entre la mujer de Tibor y Jacomim Meseguer, un amigo de la familia, enamorado de aquélla y al que, dependiendo del hijo informante, ésta atendió o

rechazó sus deseos. Y aún pueden barruntarse, aunque sólo a título de hipótesis porque nada al respecto se explicita con rotundidad en el relato, una presumible relación anterior entre ella y Sócrates Campañá, el señorito de la casa donde servía, y que incluso Camino fuese fruto de esta intimidad mantenida en paralelo a su departir amoroso con Tibor. Algunas veladas alusiones parecen corroborar esta conjetura, siempre dentro de la ambigüedad y tal vez sólo debida a sospechas infundadas por parte de quien esto escribe o fruto de una renuencia a la hora de cortar ramas mostrencas en la fábula por parte del autor. Pero, en cualquier caso, queda lugar para la razonable duda si atendemos a ciertos comportamientos de Sócrates: el denodado empeño que pone en que la criada vuelva a la casa de donde ha sido arrojada al conocerse su estado o su propia muerte en circunstancias un tanto anómalas; a un puntual equívoco en la mujer de Tibor, quien en la única ocasión en que tiene un verdadero diálogo con su marido lo llama por el nombre del antiguo señorito: "Sócrates -se equivocó [?]-, Tibor, por favor, contéstame a lo que te he preguntado", (pág. 79); y hasta a que Camino sea el único retoño en el que parecen haberse conservado las antiguas ideas anarquistas. Situación que daría un nuevo sentido a la enunciada cuestión del incesto. Incluso a última hora, y ya en otro plano temporal, el relato vuelve a incidir en esas ocultas relaciones entre personajes, al mencionar de pasada y sin mayor transcendencia, las que el nieto investigador del pasado de su abuelo ha mantenido con una de sus tías. Asuntos, todos ellos, en última instancia secundarios y que para haber adquirido consistencia tal vez hubieran requerido un más evidente refrendo en la trama narrativa.

El acontecer en Marruecos se convierte en hilo conductor de buena parte de la fábula, por cuanto la vida del protagonista queda del todo ligada a lo allí sucedido, desde el incidente que dio origen a la guerra en 1909 hasta el levantamiento militar de 1936. Sin embargo, en lo que al reflejo de la guerra se refiere, aunque la novela en un momento u otro va dando cuenta de este acaecer, habría que deslindar la campaña del año nueve del resto. La primera recibe un tratamiento privilegiado, pues no sólo enmarca sino que constituye la acción propiamente dicha de una sustancial parte del relato. En su desarrollo bélico y consecuencias, de los que

ofrece cumplida noticia, va tomando cuerpo la peripecia de los personajes: en ella combaten Tibor y Sócrates como soldados destacados del conjunto, de sus comunes heridas nace la amistad y en el rechazo social del conflicto se justifica la presencia del movimiento y las ideas libertarias de la época. Una guerra cuya evocación novelesca viene a mostrar un repertorio de penurias semejantes a las ya vistas en otras obras sobre posteriores campañas, y que, añadiéndole las también reflejadas presencia de la muerte e imprevisión del mando militar, bien puede sintetizarse en:

"Más que disparar y derribar enemigos era patear tierra seca y ardiente, pisar culebras y alacranes, escocerse la entrepierna, machacarse los pies, magullar las axilas con la camisa acartonada por el sudor reseco, no lavarse, comer mierda y, además, no satisfacer el sexo como Dios manda." (Pág. 23).

Concluido este episodio, en las páginas del relato también van encontrando acomodo los sucesivos capítulos de la errática política seguida por los gobiernos españoles en el Protectorado marroquí, en especial en lo que atañe a las difíciles relaciones con el Raisuni, el escollo más importante -salvando la denominada campaña del Kert, de la que nada se dice- durante estos años intermedios hasta el levantamiento de Abd el Krim. En tales sucesos se ve envuelto el protagonista y al final deviene víctima de aquellas tensiones y zancadilleos entre quienes abogaban por la denominada penetración pacífica y quienes lo hacían por los métodos expeditivos de sangre y fuego para quebrar la resistencia nativa.

La larga guerra mantenida desde 1921 contra los rifeños se evoca desde un planteamiento ya bien diferente, y apenas inscrito en el universo de ficción. Tales sucesos quedan en un fuera campo narrativo hasta las páginas finales, cuando a través de un cuaderno de memorias que está redactando uno de los hijos de Tibor, antiguo legionario retirado, conocemos en una suerte de relato sumario a la par que el nieto investigador, todo lo ocurrido entre los preámbulos del desastre de Annual y el aplastamiento final de la rebelión encabezada por Abd el Krim. Acontecimientos que por temporalidad pertenecen a la época referida pero cuya funcionalidad en la trama novelesca hay que dar por inexistente, más se antoja un añadido -no

gratuito, por cuanto a su través se da noticia de lo que en la contemporaneidad cronológica quedó silenciado- pero sí poco enlazado, y nada diluido, en el argumento de ficción. Diríase que el deseo por abrir hueco a lo histórico se hubiese antepuesto a la elaboración de lo imaginativo. Aporte, en suma, más documental que fabulado.

Desde el punto de vista arquitectónico la novela presenta modos de notable complejidad técnica, en especial en lo que a la figura del narrador se refiere. La primera parte reproduce la vida de Tibor en su contemporaneidad desde un enfoque externo pero próximo al del personaje. La segunda nos sitúa en un tiempo cercano al de la escritura y la focalización se traslada al nieto para ir dando cuenta de los pasos seguidos por éste a la hora de recabar noticias sobre lo sucedido a su abuelo. Ambos segmentos aparecen formalmente narrados en tercera persona, no obstante, al final se desvela que la emisión procede del nieto, quien al cabo de sus averiguaciones comienza a ponerlas por escrito dando así corporeidad al relato que llega al lector, cuya primera parte ahora sabemos que ha reconstruido de manera imaginaria a partir de los informes obtenidos y de sus propias conjeturas. Narración pues en la que una ficción -la reconstrucción sobre la vida de su antepasado- se incrusta en otra ficción -las averiguaciones emprendidas por el nieto- y donde los tiempos se invierten: primero acontece lo que se ofrece como cercano a la contemporaneidad y más tarde la evocación de la época pasada, que viene a ser el producto o conclusión de lo anterior. Relato pues de estructura circular que de vez en cuando vuelve sobre sí mismo para aclarar o completar aspectos ya enunciados o tratados con anterioridad. Tal sucede, por ejemplo, con las presiones que Tibor hubo de ejercer sobre el capitán Bronce para obtener la concesión de la cantina o con el injustificado -en la primera parte- final de las labores secretas que el protagonista realiza para la inteligencia militar, cuyo verdadero motivo, y por ende la razón del fusilamiento de éste en 1936, conocemos muchas páginas después, en las confidencias que Bernardo, uno de los hijos de Tibor, revela a su sobrino:

"- (...) como te decía, el abuelo empezó algo prometedor, pero pronto se torció aquel asunto porque el papel del capitán Bronce cambió de signo. Allí había dos políticas;

una, partidaria de la negociación, y, otra, la contraria, (...) que lo que quería era acción directa, mano dura y sometimiento a ultranza de Raysuli (...) Mi padre fue llamado para hacer algo, en la medida de sus posibilidades, en aquella política nueva que se iba a ensayar (...) Un buen día encontraron en el río de las Tembladeras los cadáveres de Alf Akalay y su sirviente. Alf Akalay llevaba a cabo labores de contacto con Raysuli, y mira por donde se lo cargaron en la primavera del 15 (...) Aquello fue un duro golpe para todos los buenos propósitos de llegar a un acuerdo (...) A Marina [el alto comisario] le costó el mando, dimitió o se lo exigieron, vete tú a saber (...) Y se paró el trabajo de aquellos grupos que pretendían establecer negociaciones. Mi padre volvió al sitio de donde salió, a trabajar en la construcción (...)” (Páginas 96-97).

Y aún sobre este cañamazo se van tejiendo otros hilos para dar verosimilitud a este relato en apariencia impersonal. De tal manera, por ejemplo, cuando en la primera parte refiere los sucesos del secuestro, quien se los comunica al capitán Bronce -y de paso al lector- no es Tibor sino el ingeniero de la obra, en su calidad de cautivo más cualificado. Voz que, como a todos los demás personajes del pasado, les ha prestado al cabo el nieto de Tibor. Muestras en su conjunto de una bastante elaborada organización de los contenidos y de una moderna factura narrativa.

Este gusto por la complejidad se manifiesta también en el empleo del lenguaje. La prosa de Hermanos mayores adopta unos perfiles marcados por un absoluto barroquismo, tanto sintáctico como léxico, que si bien dejan ver un cierto virtuosismo estilístico para enhebrar con coherencia largas tiradas de discurso, también distrae, enturbia y dificulta en no pocos momentos el discurrir de los acontecimientos:

“El paso del tiempo enfangado por aquel rancio olor fue -como es usual en semejantes trances- lento y balizado ora por un acceso de tos, ora por un escupitajo restallante, ora el runrún de un ronquido, o el rechinar de las cantimploras atropelladas por algún insomne vertical, o, bien, alguna ventosidad huérfana y solitaria, expresión de una

biología que sabiéndose abandonada por la fereula del pudor porfía gratuitamente con el silencio y la indistinción que la negrura ofrece, o aquella otra que da paso a una sucesión de homónimas que contagiadas de la impunidad de la primera propone un determinado ritmo con que acompañar al descaro." (Páginas 13-14).

"Pero..., pero -aquí conviene señalar que la preparación de toda empresa, no por pretenderla excluyente de otras, no sólo de su contraria, sino incluso de aquellas con las que guarda una secreta adyacencia, logra siempre su propósito, pues en ocasiones el curso de los hechos no coincide con el de sus originarias matrices -las ideas-, desembocando en algún imprevisto para el que a modo de demiurgo todo lo dispuso, pero que ignoró u olvidó -dada su seguridad- los ropajes de cinismo con que suele vestirse el destino, pues cualquier forma de aplomo siempre es a costa de una precipitada e injusta minusvaloración, por un lado, del alma destinataria de semejante manifestación -en la cual, por ejemplo, se suele olvidar que la arrogancia también es un argumento alojado en la recámara de la conciencia de la víctima, el contrincante, o ... el discípulo-, y, por otro, de la propia complejidad de aquello que se pretende arramblar con una sumaria simplificación de los pros y los contras. Y por eso luego se dirá ese 'todo parecía indicarlo' que a modo de lamento exculpatorio traslade toda la responsabilidad a un sino adverso con el ánimo de amortiguar las consecuencias de la decepción-, entonces sobrevino aquel funesto (para el padre) desmandamiento de la criatura." (Pág. 19).

Otros muchos ejemplos de semejante jaez podrían traerse a colación sin necesitar siquiera de espigar en el texto, tan sólo entresacándolos de cualquiera de sus páginas. Sirvan pues los anteriores como suficiente muestra de los exhuberantes y complejos modos expositivos del autor. Otro tanto cabe decir del léxico, dentro del cual abundan las voces raras e infrecuentes, junto a tecnicismos e incluso algún barbarismo - "innecesariedad", (pág. 17); "copiosidad", (pág. 104)- deslizado entre tan insólitos vocablos. De nuevo los ejemplos hablan por sí

mismos, sin precisar más comentarios: "su carácter holístico", (pág. 19); "la estuosidad del tono", (pág. 46); "su agnática jefatura", (pág. 52); "una constante regurgitación de su glorioso (...) pasado", (pág. 95); "(...) para, poquito a poquito, como la gallina hace con sus polluelos, ingurgitarle en pequeñas dosis todo aquel sistema que predicaba la panarmoniosidad", (pág. 18).

La nómina de estos títulos de última hora continúa con Prisioneros en el Rif, obra de Severiano GIL RUIZ<sup>66</sup>, ya conocido por su antes comentada El cañón del Gurugú, aunque la novela que ahora nos ocupa, publicada en 1990, es anterior a la primera entrega de la trilogía melillense. Aunque ambientada en semejantes escenarios a los ya vistos en aquella, en esta ocasión Melilla y sus inmediaciones sólo configuran el telón de fondo para una fábula que en esta ocasión camina por diferentes derroteros. El relato se inicia con dos hilos narrativos que en su desarrollo irán fundiéndose. Uno atiende a la pareja formada por Diego Valenzuela, dueño de un velero con el que comercia en la zona, el *Xarahel*, y por Carmen, su amante y compañera en las faenas náuticas. El otro, al teniente Francisco Solano y al sargento Pedro Cañavate, dos aviadores que a diario combaten desde el aire a los sublevados rifeños de Abd el Krim. Ambos militares caen en territorio enemigo durante una operación de reconocimiento y, tras ser apresados, se convierten en cautivos de los insurrectos. Diego y Carmen se ven envueltos en este asunto al solicitarles un cliente habitual, el judío melillense Salomón Benoliel y su esposa - Mercedes- que ayuden a Julio Orell, un primo de Solano que ha llegado de España para realizar gestiones encaminadas a conseguir la liberación del piloto a cambio de una cantidad de dinero. El en principio renuente Valenzuela accede al fin a proporcionar su colaboración en la empresa, inducido por la seducción y posterior chantaje a que lo somete Mercedes mediante una esporádica relación sexual desconocida por Carmen. El velero llega hasta las aguas de Alhucemas, donde Julio desembarca para iniciar los contactos tendentes a obtener el rescate. Entretanto, durante sus días de cautiverio, los dos pilotos se han visto obligados a cooperar en la reparación de un hidroavión en poder de los indígenas. Supervisando la tarea de ambos se encuentra Víctor, un mercenario danés en cuyas



manos ha dejado Abd el Krim la articulación de una incipiente aviación rifeña. El danés congenia en seguida con los españoles, que, merced a su necesaria colaboración para volver a poner en funcionamiento el aparato, gozan de un trato distinguido. Orell inicia sus tratos, pero al desconocer la presencia de un segundo prisionero, al que Solano no está dispuesto a abandonar, no ha previsto el dinero suficiente para comprar la libertad de ambos. Para resolver la difícil situación y no volver con las manos vacías, el negociador urde un pacto con Milud, representante del caudillo rifeño en la cabila y cancerbero de los cautivos. Éste dejará marchar a los militares a cambio de que Orell regrese al *Xarahel* y traicione a Valenzuela y al resto de la tripulación facilitando al rifeño el apresamiento del barco y de Carmen. Sus planes se ven frustrados por la oportuna intervención de Al-lal, jefe de la cábila y rival de Milud, quien tras apresar a éste lo manda degollar y deja libres a los dos militares. El mercenario danés, aterrorizado ante la perspectiva de tener que enfrentarse a la aviación española con el ya reparado hidroavión, ofrece a los españoles la oportunidad de irse con él. El aparato despegue, vuela hasta el velero para dejar a Solano y Cañavate, y luego prosigue viaje hasta Gibraltar, donde Víctor quedará fuera del alcance de Abd el Krim. Ya a bordo y salvados, sabremos que los patrones del *Xarahel* descubrieron la planeada traición de Julio Orell, tras lo cual, Carmen lo envió al fondo del mar con los pies atados al ancla de la embarcación. Al final todos los personajes se reúnen para cenar y celebrar el éxito en casa de Benoliel.

Esta vez Gil Ruiz orienta su relato, a diferencia del posterior El cañón del Gurugú, hacia la notación de simples aventuras más que hacia la reconstrucción de tiempos pasados. De ello da fe un tono narrativo donde el ensartar sucesos se antepone a cualquier reflexión y, en especial, la configuración de unos personajes de trazo simple y arquetípico, cuya función queda definida casi desde el inicio. Así, Diego Valenzuela, en quien se hace recaer el protagonismo, reúne todas las características del héroe positivo. A su atractivo aspecto físico ("hombre fornido pero de semblante culto y duro a la vez", pág. 157) se suma un contrastado valor y gallardía para afrontar las situaciones peligrosas; una integridad moral sin tacha, de

la cual deja constancia su negativa a traficar con armas para los rifeños, a pesar de los beneficios económicos que ello hubiera podido reportarle; e incluso un origen noble y un turbulento pasado. Por contra, en su directo antagonista, en Julio Orell, se concitan los rasgos externos del más acabado petimetre:

" (...) sombrero y bastón en mano, traje de corte distinguido y bigote engominado que hacia juego con el charol de sus zapatos. Las murallas almenadas de la alcazaba le servían de fondo, y sólo hubiera necesitado a su lado una dama con sombrilla para parecer el protagonista de una opereta de moda." (Pág. 145)

Y bajo su atildada imagen y afectados modales se oculta una completa ausencia de escrúpulos. En cuanto al resto, en poco se apartan de los más tópicos moldes. Carmen, la mujer hecha a sí misma, en cuyo retrato se aúnan el desparpajo y la inteligencia con una belleza turbadora. Los militares, valerosos y de nobles sentimientos: Francisco Solano en una vertiente de mayor seriedad, acaso por su condición de oficial; más burlón y con resabios populares el sargento Cañavate. Milud, el moro malvado, movido por afanes de rapiña y concupiscencia hacia la hermosa Carmen. Y los hebreos Salomón Benoliel y esposa, en su lugar: burgueses de apacible apariencia, pero atentos al negocio y a la consecución de sus fines por cualquier medio.

Tan simplistas y consabidos trazos dan cabal idea de que Prisioneros en el Rif se inscribe en unas coordenadas próximas al mero escapismo literario, a esa narrativa que se sirve de acontecimientos reales para forjar mundos ilusorios y banales en lugar de indagar sobre los sucesos. En este marco queda diluida la contienda marroquí, cuya errática presencia se convierte en un simple telón de fondo para el devenir aventurero. Su imagen, desvinculada de un contorno serio, se reduce a las hazañas aeronáuticas de los pilotos españoles, bien en sus labores de aprovisionamiento a posiciones en dificultades, de bombardeo o de recogida de información sobre los movimientos del enemigo. Y aun en estos casos el enfoque dista mucho del que ofrecerá en su posterior novela. Aquí todo desprende un vaho de superficialidad:

"Sonaban las bombas, las primeras, y el polvo y el humo se alzaban sobre el campo y las chozas. Había que bajar lo suficiente como para poder acertar y, lógicamente, aquellos armatostes volantes eran un buen blanco contra el que dejar desfogarse la furia rifeña, que les disparaba con todo lo que tenía a mano." (Pág. 11).

Tan precario reflejo de la guerra se ve, además, entorpecido por ciertas apreciaciones que restan verosimilitud a la narrado porque denotan que los acontecimientos se están contemplando desde momentos posteriores a los referidos. Ya algo de eso puede apreciarse en la anterior cita, donde la calificación de "armatostes volantes" parece algo difícil de integrar en el contexto de la época. Sin duda la incipiente fuerza aérea española empleada en Marruecos no constituía la tecnología punta -por expresarlo en términos actuales- de aquellos días, sobre ello nos pone al tanto con todo detalle el propio Gil Ruiz en su siguiente novela, pero resultaba uno de los elementos más avanzados en aquel ejército. En cualquier caso, este tipo de desbarres se repiten. Por ejemplo, cómo el gobierno de Madrid iba siquiera a intuir muy posteriores movimientos tácticos de Abd el Krim, y menos aún que tal información la manejase un capitán de aviación:

"-(...) Yo creo que, lo que esperan en Madrid es que, si se queda sin comida, Abdel-Krim acuda a las reservas del sur, al trigo de la cábila de Beni Serual y ataque a los franceses. Esa creo que es la estrategia." (Pág. 23).

Con tan exactos conocimientos se hace difícil entender cómo el conflicto llegó a prolongarse tanto. Y si pasamos de lo particular a lo general, también resultan impertinentes determinadas apreciaciones sobre la esencia y desarrollo de la guerra. En primer lugar porque esas aseveraciones tendrían que desprenderse de la evolución argumental, en el caso de que ésta fuese una novela sobre la guerra, lo cual tampoco responde a la realidad. Y en segundo lugar porque envuelve conotaciones que, aunque archisabidas hoy, rebasan la perspectiva de la época:

"Era una guerra de desgaste que amenazaba con acabar destrozando los nervios de los combatientes, devorar los recursos de toda una nación y sumir el Rif en el colapso

económico más terrible de su historia al hacer frente a un país cien veces más potente (...)/ Y aquello podía durar años..." (Pág. 90).

Deslices incompatibles, al cabo, con una siquiera mediana seriedad en la recreación histórica. Claro que todo es susceptible de empeorar, y de ello deja amplias muestras al encarar el retrato del enemigo. Al margen de Milud, destacado sobre el fondo, el retrato de los rifeños discurre entre los más manidos tópicos sobre su primitivismo o su brutalidad y un tono bufo que por momentos remite casi a la parodia:

" (...) -La madre que lo parió... -masculló el sargento-. Todo el santo día sin comer y, ahora, se contenta con un puñado de almendras..., si no lo veo, no lo creo.

'-Ya te he dicho, Perico: son rifeños y punto." (Páginas 110-111).

Alcanzando grados de franca chocarrería cuando se refiere al cabecilla de la rebelión o a su incipiente organización política y administrativa. Ésta recibe los calificativos de "utópica" (pág. 116) y "carnavalesca República del Rif" (pág. 132). Mientras que el líder del movimiento suscita un frívolo comentario en los dos militares cautivos:

"-Abd-el-Krim... -musitó Solano-, ¿qué te parece?

'-Un mico enano, feo y negro -se pronunció el sargento-. No levanta dos palmos del suelo... ¡Parece mentira que un retaco así nos tenga en jaque desde hace tres años!" (Pág. 119).

Dentro del universo bélico, tan sólo denota acierto en el retrato de la Melilla posterior al desastre de Annual, mostrándonos en pinceladas sueltas el crecimiento de la urbe a expensas de la afluencia de tropas y los pingües negocios que se estaban llevando a cabo. Lo mismo que luego recreará, con notación más pausada y exhaustiva, en la ya examinada El cañón del Gurugú.

Desde una perspectiva técnica, Prisioneros en el Rif aqueja semejantes fallos constructivos a los antes señalados en el posterior título de Gil Ruiz, si bien en esta ocasión las insuficiencias se acentúan. Todo el relato desprende un generalizado aire de envejecimiento. A ello cooperan una inmoderada omnisciencia del narrador, en especial, en lo que al

tratamiento de personajes se refiere, y un echar mano a recursos propios de folletón para crear intriga: saltando de una situación a otra y abandonando o retomando personajes según sus intereses; incluso la innecesaria -porque nada sustancial aporta- narración del pasado de Diego Valenzuela, de su aristocrático linaje (pág. 154), también denota este origen. Pero de esto ya quedó constancia al hablar de El cañón del Gurugú y no merece la pena insistir más sobre ello. En aquel momento quedó pendiente, sin embargo, examinar algo relacionado con el ritmo narrativo, en concreto, la demora o lentitud para entrar en materia que aqueja a los relatos de Gil Ruiz. Este parece momento oportuno para retomar la cuestión.

Si en aquella novela, merced a lo dilatado de su texto y a la fragmentación inicial de su trama en múltiples hilos argumentales, esta morosidad queda dentro de lo aceptable, en la presente, más breve y menos fragmentada, rebasa con mucho esos límites. La razón hay que buscarla en una poco eficaz dosificación de los tradicionales conceptos de planteamiento, nudo y desenlace, a los que se ajustan tanto éste como el posterior relato. Véase que el ahora examinado refiere en esencia el percance de unos aviadores, las peripecias encaminadas a lograr su liberación y el rescate final. Bien, pues hasta que el aparato cae en territorio rifeño han transcurrido más de noventa páginas de texto -sobre un total de 220- en las que casi se ha limitado a ir describiendo a los diversos personajes y los ambientes en que se desarrolla su existencia. Pero tampoco a partir de aquí se intensifica el ritmo, ya que se dedica otro largo trecho a describir las tribulaciones por las que pasan los aviadores durante sus primeros tiempos de cautiverio. Y hay que esperar hasta la página 145, con la irrupción de Julio Orell, para que ambos hilos narrativos comiencen a aproximarse y se inicie la segunda fase: el viaje hasta Alhucemas y los intentos de negociar con los nativos para obtener el rescate. Desde este momento, con la salvedad de unas pocas páginas (de la 185 a la 189) dedicadas a una historia parentética (una boda indígena) y un tanto inverosímil, la novela ya se ha encauzado e intensifica su velocidad. En conclusión, el arranque le ha costado más de un tercio del volumen total del texto y durante dos tercios las dos líneas narrativas -la de la tripulación del *Xarahel* y la de los dos aviadores- han discurrido cada una por su lado, cual si se tratase de

dos fábulas diferentes. Diríase que todo ello responde a una falla estructural: ha sobredimensionado el planteamiento, en una presentación que no hubiera requerido de tanto papel impreso, y le ha costado demasiado texto alcanzar el momento en que el relato comienza a avanzar por sí mismo. Defecto constructivo que con mayor o menor intensidad se deja sentir en toda la obra de Gil Ruiz, pero que en este título, acaso por su carácter iniciático, se hace más evidente y, además, se aviene mal con los convencionales requisitos del género de aventuras.

Su prosa también presenta significativas diferencias con respecto a lo señalado en El cañón del Gurugú. El barroquismo sintáctico no siempre bien resuelto debió de ir surgiendo más tarde, porque en este texto se inclina hacia registros más funcionales y cercanos a lo coloquial. Por el contrario, se mantiene inalterable, si no se incrementa, esa tendencia a rebuscar la expresión mediante fórmulas muy forzadas. Pero tal afectación, lejos de proporcionar altura artística al texto, deviene cursi metáfora en alguna ocasión:

"(...) se colgó del cuello del capitán, lo que destrozó el cristal sobre el que Orell había dibujado el mapa de sus futuras conquistas." (Pág. 158).

En muchas más, franca torpeza pretendidamente disfrazada de originalidad:

"(...) atiborrándose el estómago de vino peleón, anís de Cazaya o un coñac sin marca que abría de par en par las puertas de sus hígados [!] a la cirrosis." (Pág. 145).

"(...) se aproximó un tanto a ella para compensar la cantidad de voz que huía a lomos del viento." (Pág. 156).

"(...) saciados y a punto de aborrecer la función orgánica conocida como comida", (pág. 188).

Y aun en algunas otras bordea el absurdo locutivo:

"-Hola, Paquito... -dijo Julio Orell, con la beatífica expresión del que está a punto de regalar un cortijo al más pobre de la comarca-", (pág. 195).

Unas fórmulas que hablan de inmediatados deseos por huir de lo habitual antes que de una razonada voluntad de estilo.

Al año siguiente, en 1991, apareció Raisuni, de David LÓPEZ GARCÍA<sup>666</sup>, nombre ya familiar en estas páginas pero no en su faceta de creador, sino como autor de un estudio histórico sobre la novela española de asunto marroquí. El texto ahora convocado pertenece al género novelesco en su vertiente de relatos juveniles, así al menos parecen indicarlo la colección en la que fue publicado -Juvenil Alfaguara- y el propio contenido de la ficción, cuyo protagonismo recae en un niño. Personaje poco frecuente pero no del todo nuevo dentro de esta novelística, recordemos Ceuta en el umbral, donde la historia evocada se filtraba a través de los ojos de otro niño. Sin embargo, aquí terminan todas las similitudes entre ambas fábulas, pues la de López García tiene una clara vocación aventurera. Narra la peripecia de Pedro, un muchachito de edad escolar y huérfano de madre, que tras el fallecimiento de ésta ha llegado a Tetuán en compañía de su padre, capitán del ejército. Poco después de instalarse en la capital del Protectorado, el oficial es destinado a Ben Karrich, una posición alejada de la ciudad y próxima a la zona de conflicto armado. El militar desea que su hijo pueda seguir llevando su vida habitual sin sufrir los avatares de la guerra, por lo que lo deja en Tetuán al cuidado de Quiteria, la sirvienta que atiende la casa familiar y hasta el momento se ha ocupado de ambos. La separación sumerge a Pedro en una profunda soledad. Ha depositado todo su afecto en esa figura paterna ahora lejana, que añora y con la que ansía reencontrarse. Un día, decidido a poner término a la situación, huye de casa y parte hacia Ben Karrich con la intención de no separarse de su progenitor. En el camino es encontrado por Abdulah, un buhonero marroquí gordo y bondadoso. Conmovido por la corta edad del muchacho y ante la imposibilidad de acompañarlo hasta su destino final, lo deja al cuidado de Jamé, un español llamado Felipe que años atrás se evadió del presidio de Ceuta y desde entonces convive entre los musulmanes como uno más de ellos, practicando la religión islámica y compartiendo las mismas luchas y afanes de éstos con la sola compañía de Karim, un niño nativo de edad semejante a la de Pedro, a quien la guerra dejó huérfano. Los tres emprenden viaje hacia

Sinat con un objetivo que el muchacho español en principio desconoce. Durante la marcha son sorprendidos por Kamal, un antiguo colaborador del Raisuni enfrentado a Jamé por una vieja rencilla personal. En realidad, Kamal es un traidor que ahora coopera con los hombres de Abd el Krim para arrebatarse al Raisuni el poco poder que aún le queda y extender la rebelión antiespañola a la zona de Yebala. Además, se trata de un malvado sin escrúpulos que pretende secuestrar a Pedro para obtener un rescate. Retiene a Jamé, mientras Pedro y Karim logran escapar de las garras de estos bandidos. Los dos niños deben alcanzar Sinat y llevar a cabo la misión de aquel viaje: avisar al caudillo de Yebala de que su fortaleza va a ser atacada por fuerzas que actúan bajo las órdenes de Abd el Krim. Cuando por fin logran llegar ante la presencia del Raisuni, el antiguo señor feudal se encuentra en sus horas más bajas, enfermo, sin fuerzas ni voluntad para hacer frente a lo que se le viene encima y con escasos deseos de seguir viviendo. Entretanto, Jamé, que ha conseguido escapar de sus captores, aparece también en Sinat e insta al caudillo para que se defienda. Sin embargo, éste se limita a dejar correr los acontecimientos y, sabedor de su próximo final, regala a Pedro el reloj que a él le había regalado años atrás el entonces teniente coronel Fernández Silvestre. Los hombres del Heriro, en el pasado lugarteniente del señor de Yebala pero ahora mano derecha de Abd el Krim en esta zona del Protectorado, atacan la población y tras breve lucha los defensores resultan vencidos. El Raisuni es capturado y saqueados los tesoros que allí guardaba. Karim y Pedro entierran el cadáver de su amigo Jamé, caído en el combate, y emprenden camino de regreso hacia Tetuán.

Enmarcado dentro de la novelística que evoca la guerra de Marruecos el enfoque del relato resulta en cierta medida novedoso, pues aunque el enfrentamiento entre el viejo caudillo de Yebala y el nuevo cabecilla de la rebelión rifeña ya había sido parcialmente ficcionalizado por García Figueras en Del Marruecos feudal, nunca antes se había contemplado desde la óptica infantil. Una guerra menor dentro de la otra más amplia, pero un conflicto interno en el bando marroquí que puso de relieve los nuevos aires que el levantamiento de Abd el Krim aventó por todo el Protectorado de España. El Raisuni, suerte de señor feudal en la zona



occidental, cuyas acciones, unas veces de bandidaje y otras en defensa de su ancestral libertad de movimientos en aquella zona, tantos quebraderos de cabeza habían producido al colonialismo español, se negaba ahora a plegarse a los intereses independentistas del líder rifeño, que le pedía la unión de sus fuerzas para cooperar en la sublevación. Quien durante largos años había encabezado una situación de guerra abierta o latente contra el ejército extranjero, en alternancia con periodos de paz comprada por España pero siempre crispada y a punto de quebrarse, no estaba dispuesto a admitir que un advenedizo de humilde linaje lo desplazara del poder en sus dominios, a él que por nacimiento era directo descendiente del Profeta. Por otro lado, su idea de libertad poco tenía en común con los presupuestos independentistas de Abd el Krim. Mientras éste lideraba un movimiento de liberación encaminado a romper el yugo colonial y vertebrar algo parecido a una nación capaz de tratar de igual a igual con las potencias europeas, aquél entendía la independencia de modo más primario, como mera autonomía personal para obrar sin cortapisas y negociar a su albedrío con los extranjeros.

Estas cuestiones históricas importan, sin embargo, más bien poco porque, aunque latan en su fondo y de alguna manera se intuyan o dejen entrever, no constituyen el primer plano de la novela, conforman tan sólo su marco referencial. En ello radica una de las diferencias sustanciales entre esta narración y el ya mencionado volumen de García Figueras en torno al mismo personaje. Aquí el relato encauza sus pasos por la senda de la peripecia personal, del viaje, del riesgo, del encuentro de su joven protagonista con gentes y mundos que le irán desvelando una realidad para él desconocida hasta ese momento. Desenvocando al final en el valor de la amistad como lenitivo para combatir los sentimientos de abandono y soledad. Fábula pues de iniciación y de aventura, mantenida dentro de unos moldes de notación realista y contenida, sin desmesura o exageración en lo exótico, y donde la sucesión de acontecimientos se antepone a cualesquiera otros asuntos. Ningún reparo había que poner a esta opción si no fuera porque los continuos lances que jalonan el camino del personaje no parecen suficiente materia -al menos no se lo deben de parecer al autor- para completar las

escasas 150 páginas de la narración, que se rellena con un par de historias parentéticas sobre la suerte corrida por niños que escaparon de sus hogares. Ambas ejemplifican desde otros tantos puntos de vista situaciones paralelas a la del protagonista, pero su funcionalidad en el texto resulta cuando menos cuestionable, pues en realidad se trata de dos cuentecillos autónomos que retardan el avance del relato sin aportar nada a su desarrollo y quedan un tanto desgajados de la historia central, restándole a ésta cohesión y quebrando su ritmo. Asuntos que si nunca deben desdeñarse, mucho menos cuando el sector mayoritario de presuntos receptores a quienes se dirige la obra centra su atención con casi total exclusividad en la progresión argumental. Tal vez el estar orientada hacia ese grupo de presumibles lectores tenga que ver también con la reiterada y abusiva reincidencia en determinados aspectos de carácter moral o reflexivo. Por ejemplo, las bondades que reporta el tener comportamientos solidarios o, sobre todo, el sentimiento de soledad y necesidad paterna en Pedro, que en el primer capítulo se repite con franca machaconería:

"Se sentía solo y quien únicamente podía aliviar su soledad era su padre", (pág. 15).

"Pedro entraba corriendo y recorría las habitaciones: esperaba encontrar a su padre. Nunca lo hallaba." (Pág. 18).

"Se aburría, tenía la sensación de que nadie reparaba en él, de que lo habían olvidado", (pág. 19).

"Luego lo trasladaron a Ben Karrich y se quedó solo. Llegó el verano, con él las vacaciones, y se quedó más solo", (pág. 19).

"Sabía que estaba actuando de manera atolondrada, pero se sentía demasiado solo (...), necesitaba la seguridad de saberse protegido y amado." (Pág. 23).

De factura muy tradicional en lo que a los modos de contar se refiere, sus mejores hallazgos caen del lado de algunas descripciones, en especial de aquellas que muestran el aspecto presente de las posesiones del Raisuni, cuyo personal deterioro físico y moral se ve refrendado por la atmósfera de envejecimiento y decadencia que respira cuanto le rodea y de él depende:

"Por debajo de ellos se veían las tiendas grises; el viento las agitaba y hacía más evidentes sus remiendos, la triste vejez de las telas, dignas tan sólo de recubrir el cuerpo de un mendigo." (Pág. 106).

Su prosa se caracteriza por tender hacia un suave lirismo, registro muy adecuado para transmitir una fábula donde los sentimientos humanos se anteponen a los sucesos. Un lirismo que a menudo alcanza cotas de elevada sensibilidad a partir de una notable sencillez expresiva:

"Se durmió al amparo de unas grandes piedras, bajo el cielo estrellado, temblando mientras escuchaba los mil rumores de la noche viva." (Pág. 25).

Sentimiento del que no sólo participan los personajes, sino que se amplía a los objetos y elementos ambientales mediante todo tipo de personificaciones, recurso predominante en su habla poética:

"La noche se había cernido sobre el mundo y mostraba su ceño cargado de estrellas cuando llegaron a Sinat (...) Las hogueras intentaban iluminar un escaso círculo alrededor del cual se agrupaban los hombres. Había algunas casas de adobe a las que la noche ayudaba a esconder su vergüenza", (pág. 94).

Un estilo cuidado, aunque se desliza un error léxico -"debía tener" por debía de tener, pág. 27-, y adecuado para el tono que se quiere imprimir al relato, donde lo único que estorba es la presencia de unas cuantas comparaciones tópicas -"ampliándose con rapidez, igual que una mancha de aceite", pág. 28- o poco afortunadas: "ver que la ciudad blanca desaparecía como si ante ella hubieran colgado una manta en un alambre tenso para que se aireara", (pág. 26). Símbolos que en alguna ocasión arruinan aciertos expresivos previos:

"La guerra había entrado en la casa, se había llevado consigo sin detonaciones ni aspavientos a quien debía regirla, y se había quedado triste, como la viuda que cierra las ventanas para que la claridad no estorbe el dolor ni espante el recuerdo." (Pág. 16).

Aún de más reciente aparición es Días de luz, de Eduardo VALERO<sup>667</sup>. Novela publicada en 1994 y en nada parecida a las anteriores, pues de sus páginas ha desaparecido cualquier relación con el género de aventuras. El relato se abre con unas sintéticas estampas del desastre de Annual, asunto que ocupa el primer capítulo y del que se ofrece una múltiple perspectiva desde distintos escenarios y personajes. Primero presenciamos el asalto de los rifeños y la consiguiente aniquilación de un puesto militar. Luego, se refiere la desbandada del ejército español mediante un cambiante punto de vista que permite abarcar diversos planos de la tragedia. Comienza siguiendo los pasos de un soldado que intenta escapar a la generalizada carnicería hasta que cae abatido, ejemplo de otros muchos que corrieron su misma suerte. A continuación, aparecen algunos restos dispersos de lo que fueron unidades, que como fantasmas o autómatas errantes andan deambulando y combatiendo sin más objeto que su propia supervivencia. Inútil esfuerzo al que la superioridad del enemigo acabará poniendo término. Otros han logrado entrar en Melilla incrementando con su presencia el pánico de sus habitantes. Finalmente, los refuerzos van llegando y desde la ciudad, ahora inundada por las recién llegadas tropas, se inicia la reconquista del terreno perdido.

A partir de este momento, desde el capítulo segundo, la narración abandona la senda por la que hasta ese momento había venido discurriendo. Se imprime un brusco giro al relato y la guerra desaparece casi por completo o queda en un fuera campo de nula relevancia en lo novelado: "Al fondo, escondida, la guerra que tanto estaba marcando la vida en ese rincón africano."<sup>668</sup> No cabe duda de la verdad que alberga tal afirmación, pero no para los nuevos personajes y sucesos que, sin conexión alguna con los anteriores, han irrumpido en la novela. Desde el inicio de ese segundo capítulo y hasta su conclusión la fábula se centra en la trayectoria de una pareja de jóvenes melillenses cuyos destinos terminarán entrecruzándose:

Alfonso, emprendedor negociante al que la necesidad ha traído hasta la ciudad, y María, una apocada muchacha de una familia muy apegada a las tradiciones. Dos hilos narrativos diferentes van conduciendo el devenir de cada uno de ellos, los negocios y el medro personal de Alfonso y la escasa fortuna sentimental de María, quien primero, más por inercia y por abandonar el seno familiar que por verdadero amor, se casa con un joven teniente, que poco más tarde muere de forma accidental, y ella ha de volver de nuevo al hogar paterno. El encuentro entre ambos personajes, entre Alfonso y María, da origen a una relación amorosa y fusiona ambas líneas argumentales. Tras la boda, abandonan la plaza española y se dirigen hacia el interior de Marruecos, a la zona de Protectorado francés, donde Alfonso va a iniciar nuevos negocios. Una larga elipsis temporal nos devuelve a Melilla y a María, que muchos años después de su partida ha regresado para realizar una breve visita. En el largo intervalo de tiempo que ha transcurrido, sabemos que la protagonista y su marido se establecieron en Fez hasta el fallecimiento de éste. Acontecimiento que provocó una aguda crisis en María y dio un vuelco a su existencia. Marchó a París, haciendo realidad el sueño de su adolescencia. Allí tuvo que irse abriendo camino poco a poco. La vida ha ido curtiéndola y transformándola hasta borrar los rasgos de aquella joven tímida que un día fue. Ahora, a las puertas de la vejez, su retorno a la ciudad donde antaño vivió y el reencuentro con Eugenia, la amiga de infancia y juventud, le constatan que todos estos avatares por los que ha ido pasando sólo le han reportado una honda sensación de fracaso final. La vida, al cabo, no es sino una pasión inútil y los anhelos satisfechos a destiempo no garantizan la felicidad.

Novela ilustrativa de una trayectoria personal y de ese sentimiento de vacío o frustración que a menudo acompaña a la existencia humana. Atendiendo a su temática, encajarla entre los títulos que conforman este trabajo resulta cuando menos cuestionable y bastante problemático. Sin embargo, la presencia de la guerra impone el dedicarle alguna atención. En cualquier caso, conviene advertir que el asunto bélico queda desgajado del resto y su inclusión se antoja un tanto gratuita, dado que nada de lo que acontece en ese primer capítulo tiene repercusión o continuidad en los sucesivos. Bien podría decirse que constituye un relato

independiente, a lo sumo, cabría interpretarlo como un preámbulo o pórtico del general. Aislado del conjunto cabría por derecho propio entre las páginas del epígrafe dedicado al hombre en la guerra. El no haber tomado esta opción se debe al deseo de respetar la voluntad del autor, que si ha optado por esta unicidad alguna razón tendría para ofrecer la obra tal y como la encontramos. Ceñiré pues mis observaciones a lo que resulta pertinente en este trabajo y obviaré aquello que escapa a su atención.

Por su ambientación melillense se aproxima también a aquellos otros títulos que daban cuenta del devenir de la población y de sus habitantes. No obstante, Días de luz tampoco puede considerarse en sentido estricto un relato sobre Melilla, al menos se hace dificultoso o imposible establecer un paralelismo ecuánime entre su ponderación del lugar y la que le daban las novelas incluidas en el capítulo dedicado a la plaza. Su reflejo de la ciudad, aunque en determinados aspectos mantenga semejanzas con lo ya visto en La hija de Marte, Melilla, la codiciada o El cañón del Gurugú, carece de esa funcionalidad determinante dentro de la anécdota. Ni goza de protagonismo, ni tiene la relevancia de los personaje con aspecto humano, ni se atiende a su trayectoria urbana con gran detalle. Su papel en poco sobrepasa el de mero telón de fondo sobre el que se plasman los conflictos. El ánimo de lucro ha traído, en efecto, a Alfonso hasta el lugar y aquí se ha convertido en un hombre de negocios. Su caracterización, en este aspecto, no se diferencia de aquellos otros seres -los advenedizos o gentes de pan buscar- que conocimos en los relatos precedentes. De igual modo, las particulares señas de identidad de Melilla, su condición de espacio un tanto aislado y cerrado sobre sí mismo, imponen las costumbres y los hábitos que marcan la vida y los insatisfechos anhelos de María. Pero todo eso deviene mera circunstancia, ambientación, si se prefiere, para el eje fundamental del argumento, que lo constituyen las relaciones humanas. Además, donde la presencia de la ciudad se hace más notoria no es en la fábula principal, en la que refiere la relación entre los dos personajes citados, sino en otro plano narrativo, en un relato periférico que sirve de contrapunto y complemento a éste. Antepuesto de manera fragmentada

al comienzo de cada uno de los capítulos, en él va abriéndose camino una suerte de metáfora sobre Melilla a través de lo que acontece en una colonia de hormigas.

En síntesis, diríase que Valero malogra cuanto de apreciable hay en su novela, lastrándola con demasiados asuntos que ni llegan a armonizarse entre sí ni consiguen vertebrar un relato nítido. Por un lado, el primer capítulo no se engarza con los restantes, de él podría prescindirse sin menoscabo alguno. Por otro, la historia de los insectos ninguna luz arroja sobre la principal, en el supuesto caso -que no se da- de que ésta necesitase de apostillas. Al final, se antoja mero añadido innecesario y no exento de cierto rebufo pedantesco.

Otros comentarios podrían añadirse sobre múltiples aspectos de la obra, pero no estimo éste momento ni lugar idóneo para hacerlo, pues si ha sido convocada a estas páginas se debe a la atención que dedica a la campaña militar de Marruecos.

Su reflejo de la guerra se circunscribe al desastre de Annual, y en él se deja sentir el peso de Imán, no como una traslación mimética pero sí como reconocible substrato cuya influencia se manifiesta en una imaginería de evidente filiación senderiana, perceptible en las sensaciones que experimentan los soldados en los momentos previos al combate:

"Eran otros los que, instalados en sus cuerpos, habían tomado el mando de sus movimientos. Autómatas creados para representar una escena terminal. Autómatas sin recuerdos, sin ilusiones, sin esperanzas, sin temores (...) Autómatas condenados a ejercer la exclusiva función de una defensa imposible. Sin vida, máquinas sometidas a esa docilidad propia de quien ha renunciado a todo. En esa ratonera. Reses en fila por los pasillos que desembocan en el matarife. Sometidos en su miedo, en su resignación, en su coraje." (Pág. 15).

En el propio combate, en su confusión y algarabía, o en la llegada a Melilla de aquellos que han logrado sobrevivir, a quienes la desgracia les depara un recibimiento similar al que ya había deparado a Viance:

"Milagrosamente consiguieron llegar unos cuantos a Melilla. Allí los esperaba la insensibilidad de la rutina cuartelera. Inimaginable para otros, el horror por ellos

vivido quedaba ignorado en una acogida fría y distante, recelosa, como si con ellos hubiera llegado el anuncio palpable de la catástrofe que los aterraba. No había medallas para estas ocasiones." (Pág. 38).

Pero por encima de las similitudes en estos episodios, donde la semejanza se hace más incontestable es en la larga huída a través del territorio ahora en manos de los rifeños, en esos paisajes de terror, desolación y muerte por los que los escapados deambulan como sombras erráticas. En estos pasajes, Valero más que acometer la creación de un mundo propio parece que hubiera transcrito las impresiones que la novela de Sender ha dejado en su mente:

"Cuando todo estuvo perdido, unos pocos consiguieron emprender una huida improbable, arrastrando la carga de lo que hasta entonces habían soportado, arrastrando el cansancio, el hambre y la sed a través del desierto. Sólitos. Ninguno buscó compañía. La única opción era la huida a solas (...) Casi a ciegas, dejándose escurrir por esas pendientes pedregosas (...) No había direcciones. Al principio. Sólo la noche. No pensar, en esos momentos se trataba de no pensar (...) Sin sentir el dolor de las heridas, de los golpes (...) huida fantasmal que los arrastraba sin rumbo (...) En una pesadilla, flotando como si se tratara de una pesadilla, sombras de nubes nocturnas deslizándose a ras de tierra. Sensación de irrealidad, que posiblemente constituyó el único modo de atravesar la desesperada fuga (...)" (Páginas 16-17).

Para evidenciar el paralelismo, recordemos parte de lo que escribió Sender:

"Viance salta, retrocede. Huye (...) Corre sin armas, con la sensación de que deserta, de que los abandona a todos en la catástrofe final (...) Le impulsa una fuerza sobrenatural. No siente la sed, el dolor de la rodilla, de la mano (...) Procura no caer (...) Si cae no se levantará más. Una potencia intuitiva nueva le dice que el cansancio, el sueño de varias noches -¿ocho, diez, doce?-, la fiebre, la sed le caerían encima como losas de plomo y no le dejarían ya levantarse. Andar, andar." (Imán, pp. 118-119)<sup>669</sup>.



"La llanura pertenece a un planeta que no es el nuestro. Un planeta muerto, aniquilado por las furias de un apocalipsis. Silencio y muerte infinitos, sin horizontes, prolongados en el tiempo y en el espacio hasta el origen y el fin más remotos." (*Imán*, pág. 131).

Incluso podría aventurarse -aunque su certeza resulte difícil de contrastar, entiéndase, por tanto, sólo como una intuición- que en la última oración de la anterior cita de *Días de luz* se refleja esta influencia de modo subliminal, pues la combinación del adverbio y el perfecto simple -"posiblemente constituyó"- indician una síntesis conclusiva sobre información tomada de otro lugar que no llega a avenirse del todo con el entorno donde se incrusta. En primer lugar, el adverbio elegido denota una falta de certidumbre poco habitual cuando menos en un narrador impersonal. Y el verbo refrenda esta sensación de extrañeza, dado que todo el contexto que se antepone y pospone a la mencionada expresión está marcado por un aspecto verbal imperfectivo, gerundios y pretéritos imperfectos, ambos de carácter durativo, hasta que en ese momento se produce un cambio a esa forma verbal de aspecto perfectivo, empleada por costumbre para poner término a un asunto o para dar paso a otros nuevos o a variaciones de los anteriores. Sin embargo, aquí ni hay una ruptura de la situación ni se da paso a otra diferente, continúa la misma que se estaba evocando, y continúa otra vez con formas verbales imperfectivas, idénticas a las que había venido utilizando hasta la aparición del perfecto simple, cuyo habitual valor introductorio de nuevas acciones queda así anulado. Véase en detalle el contexto concreto:

"Huida fantasmal que los arrastraba sin rumbo. Huir, correr, no pararse a pensar. En una pesadilla, flotando como si se tratara de una pesadilla, sombras de nubes nocturnas deslizándose a ras de tierra. Sensación de irrealdad, *que posiblemente constituyó el único modo de atravesar la desesperada fuga*. Huir. Sin sentir los golpes, las heridas, las piedras con que tropezaban y sobre las que caían."

Lo más esperable hubiera sido que la construcción subrayada dijera algo así como: que constituía el único modo de atravesar la desesperada fuga. Tal vez la única explicación

justificable a la extraña presencia de ese adverbio y del perfecto simple haya que buscarla en el carácter de filtración de la idea previa que sobre la huida tenía Valero, el poso o imagen mental que le había quedado tras su previa lectura de *Imán*, porque, en efecto, uno de los rasgos que con más acierto sintetiza la escapada de Vianca es la "sensación de irrealidad" que lo rodea.

Toda la novela se apoya en una serie de frases reiteradas, recuerdos obsesivos de los personajes, especie de *leitmotifs* que apuntalan la esencia del contenido en la conciencia del lector. Si en la anécdota central, la que refiere la trayectoria de María, la frase "Hija mía, un teniente, ¿no sabes lo que es eso?" evoca toda una tradición de mediocridad y cortedad de miras, el reflejo del pensamiento dominante en una clase social, que la madre de la protagonista intenta imbuir en ésta, aquello que en buena medida coartará y cercenará la vida de María durante largos años. En el capítulo referido a la guerra las frases son dos. Una de ellas, "¿qué hacían allí?", repetida más de media docena de veces en breves páginas, intenta transmitir el sentimiento de desorientación que late en el soldado enviado a Marruecos para combatir por no se sabe qué causa y, a la vez, encierra la idea de fondo sobre la propia guerra en particular y sobre el colonialismo en general, lo cuestionable de la presencia española en un lugar donde no era deseada. Reflexión que se explicita en otro lugar del relato: "(...) el empeño occidental en extenderse por donde no le correspondía", (pág. 48). La segunda, "la estrella Polar siempre al norte", también reiterada con abundancia, tiene un alcance más limitado. A su través se evidencia la fragilidad y el desamparo en que se vieron los jóvenes españoles envueltos en aquella tragedia. El soldado que en su interior la repite obsesivamente "nunca había sabido el lugar de las estrellas ni sus nombres. Sólo el de la Polar", (pág. 29).

Las restantes pinceladas que completan el retrato de la guerra reproducen parecidos tonos de crueldad, violencia y salvajismo que obras anteriores ya habían difundido:

"Los vio abajo: niños haciendo corro en torno a algo (...) Parecía un animal muerto lo que los niños rodeaban. No muerto sino herido, porque se movía (...) Dos de ellos

se había alejado y parecían buscar algo. Volvieron en seguida al corro con dos grandes piedras ¡Dios mío si es uno de los nuestros! (...) Las piedras cayeron sobre la cabeza sin llegar a rematar al herido (...) Se acercaron más, cerrando el círculo, y golpeando indiscriminadamente con piedras al soldado (...) Los niños tardaron varios minutos en darse cuenta de que el soldado ya estaba muerto (...) Al fondo, abandonado, sólo había un amasijo de carne ensangrentada, irreconocible como forma humana." (Páginas 20-22).

La prosa de Valero denota cierta elaboración y voluntad de estilo, aunque sea un estilo sin definición concreta, formado por el mestizaje de muy variados registros expresivos. Desde modos impresionistas de los que echa mano para desdibujar los perfiles y transmitir la confusión del combate:

"Sombras que se sucedían, que se multiplicaban por segundos. Los chillidos, entremezclados con las detonaciones, ensordecían el momento. Ya demasiado cerca, deshecha la alambrada que había pretendido protegerlos. Encima, al lado, combatiendo dentro de la posición. Cuerpo a cuerpo. Confusa muerte. ¿Qué hacían allí? Los ojos abiertos, el cuello degollado. Agazapado tras un barril vacío A éste le revienta los huevos. Y disparó a bocajarro sin que el otro hubiera tenido tiempo de descubrirlo ¡Hijo de puta!" (Pág. 15).

Hasta un detallismo hiperrealista, impactante y con algunas resonancias del denominado tremendismo, con que, por ejemplo, describe unos insectos:

"Seres transformados en defensores terribles. Diminutos cuerpos de los que cuelgan enormes cráneos lisos, impenetrables escudos, armados de imponentes mandíbulas.

Cráneos capaces de bloquear las entradas como inmensos tapones." (Páginas 9-10).

Y desde poderosas y eficaces imágenes: "flotando como si se tratara de una pesadilla, sombras de nubes nocturnas deslizándose a ras de tierra", (pág. 17); hasta cursis y almibaradas expresiones: "Como todos los años volvería el amor a enredar corazones con osadas promesas" (pág. 119), "cuando la adolescencia empezó a asomarse en sus miradas" (pág.

170). Incluso el estilo rápido y sincopado que antes hemos podido apreciar en la huida del soldado cohabita con esporádicos subrayados y con algún rasgo de aliteración: "La miseria se había convertido en el combustible que alimentaba allí la vida", (pág. 40).

Entre toda esta variedad de formas y usos del lenguaje, destacan sobremanera los que emplea en el primer capítulo, en la recreación del desastre de Annual, donde, a mi juicio, el relato alcanza sus más elevadas cotas de expresividad y eficacia artística.

## NOTAS.

1. Postulada por su ideólogo, y casi único representante, José Díaz Fernández, en su ensayo El nuevo romanticismo, donde abogaba por una narrativa que mantuviera los logros estéticos alcanzados en la etapa vanguardista, pero unidos a una temática que respondiera a preocupaciones humanas y sociales en vez de a los asuntos banales y a los casi inexistentes argumentos que habían ocupado a la mayoría de los narradores vanguardistas de los años veinte.

2. Término extendido entre buena parte de los críticos -entre ellos, por ejemplo, Eugenio G. de Nora en La novela española contemporánea, vol. II, o Ignacio Soldevila Durante en La novela desde 1936- con el que aluden a aquel grupo de escritores que se hizo eco, o creyó interpretar, el diagnóstico sobre arte y literatura presentado por José Ortega y Gasset en La deshumanización del arte.

3. Tal vez la más famosa fue la trilogía que Percival Christopher Wren dedicó a este Cuerpo, en el que él mismo sirvió como comandante, cuyos títulos -Beau Geste, Beau Sabreur y Beau Ideal- fueron publicados en traducción al español por la editorial Juventud a finales de los años veinte. La popularidad de los legionarios franceses propició que se convirtieran en protagonistas de al menos, en lo que yo alcanzo a conocer, una novela escrita en español, cual es el caso de Escuadrón del desierto, de Francisco Ortiz Valenzuela. Se trata de un relato de escasa calidad sobre las aventuras bélicas y amorosas de un miembro de este Cuerpo. Fue publicado en Ávila, por Senén Martín S.A., sin fecha. También los legionarios españoles fueron foco de atención para algún novelista de otra lengua, tal sucedió con el francés Pierre Mac Orlan, autor de La Bandera (1931), posiblemente el más difundido relato sobre las tropas de Millán Astray, en cuya popularización debió de tener notable influencia su versión cinematográfica que con el mismo título dirigió Julien Duvivier y protagonizó Jean Gabin en 1936.

4. Ver Stanley G. Payne, Los militares y la política en la España contemporánea, pág. 136.

5.El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil, pág. 37.

6.Ateniéndose a lo que dice Francisco Galán, hermano del militar y escritor, en el prólogo de la novela.

7.La de Remarque en mayo de 1929, en la editorial España y posteriormente las de Johannessen y Barbusse en la colección "La novela de guerra" de la editorial Cénit, en 1929 y 1930 respectivamente, como señala Gonzalo Santonja en La República de los libros.

8.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

9.Posteriormente conocerá otras ediciones. Con el mismo título de Memorias de un legionario es publicada en Barcelona en 1923 ó 1925, y con el de Memorias del legionario Juan Ferragut en Madrid, editado por Mundo Latino sin fecha expresa.

10.Más tarde será reimpressa, junto con las Memorias, en las dos ediciones citadas en la nota precedente.

11.Páginas. 116-117. Todas las citas corresponden a la edición aparecida como número 41 de la colección La novela de noche, de Madrid.

12."A mi se me acercan todos los días compañeros de armas para contarme sucesos de sus vidas", Memorias, pág. 101.

13.Aparecida en la colección La novela semanal como número extraordinario, pero sin fecha.

14.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

15.Ver nota 7.

16.Censura señalada por Gonzalo Santonja en La República de los libros. El nuevo libro popular de la II República, aunque es de suponer que el autor se refiere sólo a los libros de carácter antibelicista o, al menos, críticos con la actuación española en la guerra de Marruecos, ya que los que sostenían actitudes

proclives o laudatorias a las tesis militaristas y gubernamentales continuaron publicándose, como podrá verse a lo largo de estas páginas.

17.Publicada en la colección La novela semanal como número extraordinario, con fecha 8 de abril de 1922.

18.Editada en la colección La novela de hoy, con fecha 4 de agosto de 1922.

19.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

20.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

21.Publicada en Madrid, con fecha de 1927, en la imprenta de Zoila Ascasíbar y Cía.

22.En el número 818 y con fecha de 25 de septiembre de 1924.

23.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

24.Una mayor concreción sobre este aspecto en Santos Sanz Villanueva, Historia de la novela social española (1942-75), o en Pablo Gil Casado, La novela social española.

25.Luego volvió a ser reeditada en 1981.

26.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

27.Aparecida en la colección La novela semanal, con fecha de 4 de abril de 1922 y como número extra.

28.Ver apéndice de novelistas para información sobre el autor y su obra.

29.Obra que, aunque esto sea una cuestión secundaria, presenta una dudosa datación, ya que en el volumen no hay fecha expresa de edición. Lawrence Miller la considera de 1924, en La obra testimonial de la guerra de Marruecos con atención dirigida a las cuatro obras claves: "Notas marruecas de un soldado" de Ernesto Giménez Caballero, "El bloqueo" de José Díaz Fernández, "La ruta" de Arturo Barea e "Imán" de Ramón Sender (tesis no publicada,

leída en el Middlebury College en 1970). Por otro lado, el prólogo del libro, firmado por el propio autor, está fechado en noviembre de 1925, lo que al tratarse de una única edición, choca con la datación de Miller. Por último, el texto novelesco aparece fechado al final en septiembre de 1926, dato que no concuerda con ninguno de los dos anteriores.

30. Autor del que no he podido recabar ni una sola información.

31. Tan desconocido como el anterior.

32. No he encontrado otras noticias sobre este autor, aparte de que al publicarse la novela había ascendido al empleo de comandante, como comenta José Sanjurjo, prologuista del libro. Desconozco también si llegó a escribir alguna otra narración.

33. Ver apéndice de novelistas para información sobre el autor y su obra.

34. La trayectoria editorial de la obra resulta un tanto accidentada. No volvió a ser reeditado hasta 1939, en la editorial Yunque, de Barcelona. Sin embargo, la censura de la época lo retiró. A pesar de que la propia biografía del autor lo convertía casi en un modelo para los vencedores de la guerra civil, las autoridades consideraron -siguiendo las palabras de Dionisio Ridruejo en Casi unas memorias, recogidas por Rodríguez Puértolas en Literatura fascista española, vol. I, de donde las tomo- que "un retrato tan despiadado de la violencia de la Legión ofendiese a los moros, a la sazón amigos". Por medio, en la época de la guerra civil, el libro debió de ser considerado como un agravante en la conducta del escritor levantado en armas contra el gobierno republicano, y decisivo en su condena a muerte -más tarde conmutada por la de prisión-, si atendemos a lo que dice el propio Santa Marina en el prólogo a esta segunda edición. Finalmente, apareció una tercera en 1980 -en la editorial Planeta-, prologado por su antiguo correligionario Rafael García Serrano, pero con notables supresiones con respecto a la primera edición, claro que en la de 1939 ya había habido ciertos retoques, que, según comenta Rodríguez Puértolas, había introducido el propio autor.

35. En Falange y Literatura, pág. 75.

36. Prólogo a la edición de 1980.

37. En Literatura fascista española, vol. I, pág. 110.



38. En Las armas y las letras, pág. 294, donde ilustra su juicio con unos versos de una cancioncilla que canta un legionario:

"La navaja es una cosa  
que se mete y que se saca,  
¡una alhaja!  
La navaja es una cosa  
que se saca y que se mete  
¡un juguete!

Versos que dentro de su contexto -la estampa denominada "Los conocimientos nunca estorban"- pretenden sorprender y hasta seguramente hacer sonreír al lector mediante la subversión del código moral establecido. En suma, creo que un buen ejemplo del humor negro y la deliberada truculencia a que antes me refería, y una prueba notable de la sensatez literaria de quien lo escribía.

39. En este sentido se expresa Dionisio Ridruejo en Casi unas memorias: "El estilismo más apurado servía al tremendismo más crudo, lo que la sitúa como antecedente precioso de un ciclo que había de venir más tarde", tomado de Julio Rodríguez Puértolas, La literatura fascista española, vol. I, pág. 110. Y no muy distinto juicio le merece a Gonzalo Torrente Ballester, en Panorama de la literatura española contemporánea, "libro bronco, en la línea más cruda del realismo español", pág. 426, 3ª edición, 1965.

40. Pág. 8. Todas las citas de esta novela están tomadas de la edición aparecida en la colección La novela de noche, s.a.

41. Pág. 128. Todas las notas están tomadas de la 1ª edición de la novela.

42. Tras el águila del César, "La alcazaba".

43. Cuenta el novelista lo sucedido a estos soldados entre las páginas 176 y 179 de su relato. Este mismo acontecimiento, narrado con ligeras variaciones con respecto a la versión de Ros Andreu, dio origen a un libro de carácter histórico -más bien parahistórico-, El bindado número cinco, de un desconocido autor llamado Benigno Pereda del Río, publicado en Madrid en 1925.

44. Textualmente dice: "Mañana mismo pido el divorcio", pág. 251.

45. La barbarie organizada, pág. 107.

46. La barbarie organizada, pág. 127.

47.Los que fuimos al Tercio, pág. 261.

48.Tras el águila del César, pág. 56.

49.Los que fuimos al Tercio, pág. 134.

50.Juan León, legionario, pág. 47.

51.La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor, pág. 67.

52.La barbarie organizada, pp. 81-82.

53. Esta cita está tomada de la página 234 de la primera edición de esta obra, publicada en Madrid por la editorial Pueyo, sin fecha. En las sucesivas reediciones ha sido retocada, sufriendo varias modificaciones: el "duro castigo" ha pasado a considerarse "justo castigo" y toda la última parte -a partir del punto y coma- ha desaparecido.

54.Tras el águila del César, pág. 27.

55.¡Los que fuimos al Tercio!, pág. 125.

56.Tras el águila del César, pág. 50.

57. Entre los historiadores, Miguel Martín, en El colonialismo español en Marruecos, y Stanley G. Payne, en Ejército y sociedad en la España liberal 1808-1936, dan cuenta, por ejemplo, de lo horrorizado que quedó Miguel Primo de Rivera cuando, tras el desembarco en Alhucemas, pasó revista a las unidades legionarias y encontró algunas cabezas de moros ensartadas en las bayonetas de la tropa. También Juan Goytisolo, en "Cara y cruz del moro en nuestra literatura" -incluido en el volumen Crónicas sarracinas- comenta una foto de las Memorias de Abd el-Krim en la que posan unos legionarios junto a las cercenadas cabezas de varios rifeños. Desde el punto de vista del testimonialismo directo, Carlos Micó España, en Los caballeros de la Legión, su libro de memorias sobre su experiencia en este Cuerpo, refiere el asunto desde planteamientos didácticos:

"Sacando una navaja, empieza la macabra tarea de decapitar el cadáver del moro que tiene más cerca (...)/ Es más difícil de lo que parece cortar una cabeza: trabajo penoso al mismo tiempo que de habilidad. Hay que buscar los intersticios, como el que abre una ostra, de las vértebras;

meter por uno de ellos el filo del machete, y apalancar fuertemente..." (pp. 174-175).

58. Fragmento que aparece en la página 177 de la primera edición de esta obra, pero que ha sido suprimido en las sucesivas reediciones, y que textualmente dice:

"Pocos momentos después, llegan a la posición las otras unidades; el pequeño Charlot, cornetín de órdenes, trae una oreja de moro, 'lo he matado yo', dice enseñándosela a los compañeros. Al pasar el barranco vio un moro escondido entre las peñas y encarándole la carabina le subió al camino junto a las tropas; el moro le suplicaba: '¡Paísa no matar, paísa no matar!' 'No matar, ¿eh?, marchar a sentar en esta piedra', y apuntándole descarga sobre él su carabina y le corta la oreja que sube como trofeo. No es ésta la primera hazaña del joven legionario."

59. Obra cit., pp. 23-24.

60. "¡Sandías! ¡Sandías!", pág. 34. Es este un simple ejemplo de entre los varios que se encuentran en las breves escenas adyacentes a la señalada, y que responden a títulos como: "Lo que costó una cabeza de moro", "Apreciaciones", "Los dos moros del Kert" o "La última copa de un mojamed". Todos ellos denotan una buscada irreverencia ante la muerte y ante el enemigo, a la vez que resultan ilustrativos del tono con que encara Santa Marina su narración. Véase, como otro modelo, lo que refiere en el último de los mencionados:

"Estábamos en una cantina. Vino un legionario.

-Muchacha, dos copas para mí y el amigo...

-¿Dónde está tu amigo...?

-Tú, sírvelas, que ahora viene...

Apartó la chilaba, y, sacando la cabeza de un moro muy feo, la puso sobre el mostrador de zinc...

La chica se desmayó, y tuvimos que remojarle la cara. El otro reía:

-¡Caray, que eres sensible...! Bebe, bebe, mojamed, que es tu última copa, y la pagarás con tu cabeza...

Y le echaba aguardiente por entre aquellos labiazos."

61. La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor, pág. 68.

62. Por ejemplo, en mitad de un bombardeo el narrador protagonista refiere su experiencia en los siguientes términos: "(...) Nos inmovilizamos. Hay que retroceder... ¡Dios de Dios!... No; se

avanza otra vez./ De repente cae sobre nosotros una explosión formidable. Tiemblo de pies a cabeza; una resonancia metálica me llena la cabeza; un ardiente olor a azufre penetra por mis narices y me sofoca. La tierra se ha abierto ante mí. Me siento levantado y arrojado a un lado, doblado, ahogado y medio ciego, en este estallido y en este trueno... Sin embargo, me acuerdo bien: durante este segundo en que instintivamente buscaba yo, desorientado e indeciso, a mi hermano de armas (...)" (La cita corresponde a la página 153 de la traducción al español, publicada por la editorial Cénit de Madrid en 1930). Aunque la intención no sea la misma que en la novela de Fermín Galán, porque en este caso lo que Barbusse desea evidenciar es la desorientación del combatiente, la forma de enfoque -narrando desde las propias sensaciones un tanto inconexas que experimenta el combatiente- es semejante.

63."Su gesta se convirtió en glorias del dominio público", apunta Carlos de Arce en su Historia de la Legión española, pág 155.

64.Obra cit., pág. 13.

65.El héroe de la Legión, pag. 10.

66.Memorias de un legionario, pág. 88.

67.Del breviario de Juan Morena, pág. 55.

68.Obra cit., pág. 35.

69.La barbarie organizada, pág. 70.

70.Lupo, sargento, pág. 11.

71.Juan León, legionario, pág. 15.

72.¡Los que fuimos al Tercio!, pág. 354.

73.Juan León, legionario, pág. 8.

74.Juan León, legionario, pág. 17.

75.¡Los que fuimos al Tercio!, pp. 210-211.

76.Página 77.

77.La conquista de Alhucemas, pág. 287.

- 78.Bajo el sol enemigo, pp. 57-58.
- 79.Del breviario de Juan Morena, pág. 178.
- 80.¡Los que fuimos al Tercio!, pág. 55.
- 81.Lupo, sargento, pág. 6.
- 82.La barbarie organizada, pp. 24-26.
- 83.¡Los que fuimos al Tercio!, pág. 139.
- 84.Tras el águila del César, "Millán Astray en la primera revista después de Ámbar", pág. 103.
- 85.Del breviario de Juan Morena, pág. 98.
- 86.Memorias de un legionario, pp. 50-51.
- 87.Página 15.
- 88.Pág. 25.
- 89.La barbarie organizada, pág. 96.
- 90.El héroe de la Legión, pág. 56.
- 91.Lupo, sargento, pág. 26.
- 92.La conquista de Alhucemas, pág. 58.
- 93.El camillero de la Legión, pág. 33.
- 94.La conquista de Alhucemas, pág. 63.
- 95.Bajo el sol enemigo, pág. 62.
- 96.Tras el águila del César, pág. 93.
- 97.Obra cit., pág. 47.
- 98.Obra cit., pág. 159.
- 99.Obra cit., pág. 53.
- 100.Obra cit., pág. 107.

101.Obra cit., pág. 82.

102.Obra cit., pág. 90.

103.¡Los que fuimos al Tercio!, pág. 123.

104.El camillero de la Legión, pág. 42.

105.¡Los que fuimos al Tercio!, pp. 97-98.

106.La conquista de Alhucemas, pág. 21.

107.La corriente modernista, la deshumanizada, el nuevo romanticismo o la incipiente novela social de preguerra, por mencionar las más destacadas durante aquellos años.

108.La primera referencia en la página 32, la segunda en la 42.

109.Página 14.

110.Esto se produce en la octava crónica, cuyo autor es Otto, quien, al referir textualmente las convicciones expresadas por Mayer, dice: "El poco ingenio de una obra teatral, de una novela (véase, por ejemplo, ésta)", (pág. 310).

111.Ver nota 50 del primer capítulo.

112."En el argot del campamento 'soltarse el pelo' es pelear bien, ir dispuesto a todo", (pág. 8); "El Circo en la jerga del campamento es el hospital", (pág. 18); "Los *pipis* del regimiento del Rey, recién llegados", (pág. 14); "- (...) Al morito ese le doy yo *jalupo* (tocino)", (pág. 28). En este último ejemplo tengo serias dudas de que la voz se pronuncie tal y como la recoge Fernández Piñero, más bien parece que quiere decir *jalupo*, vocablo marginal que designa la carne de cerdo, como lo define Víctor León en su Diccionario de argot español.

113.Puede verse en las páginas 59-62, 73-77, 78-88, 89-96, 124-127 (en este caso referidas a la primera edición, ya que en las sucesivas ha desaparecido el fragmento), 136-143, 144-147, 151-165 y 177-202.

114.Son bastante frecuentes los encabalgamientos entre versos de diferentes estrofas: "Ahora un grupo, luego otro, al fin las dos/ Compañías (...)", (pág. 79); "y el pater les reparte bendiciones/ por igual (...)", (pág. 101); "púrpura de la gorra, asoleadas/

faces en cuadra (...)", (pág. 169); "todo lo hallaba bello, a la medida/ de mi deseo (...)", (pág. 177).

115. Sirvan los siguientes como meros ejemplos: "Del Tercio en las compañías", (pág. 59); "de un roble el tronco nudoso", (pág. 191); "expiación por todos su desgracia fue", (pág. 73); "limosna por las calles de Sevilla pedir querías", (pág. 185).

116. Junto a metáforas e imágenes de sólo mediana categoría, hay usos tan poco afortunados como el gastado epíteto "la azul tarde", (pág. 25), o la vulgar comparación "marchan los unos y los otros vienen/ cual mezquinas verduras de las eras", (pág. 101).

117. Página 49.

118. Por ejemplo, abundan los paralelismos sintácticos: "Noventa y seis eran los de Nueva York, y todos jóvenes. Noventa y seis, y menos tres o cuatro, todos de habla española./ Noventa y seis eran las vidas que se ofrecían sonriendo, noventa y seis los corazones que todo por ella lo olvidaban", (pág. 22); "Fueron días malos (...)/ Fueron días penosos (...)/ Fueron días horribles (...)/ Fueron días dantescos (...)", (pág. 157). También son bastante frecuentes las personificaciones: "¡Tantas veces la muerte se detuvo indecisa! Al fin, bésale", (pág. 184); "En la plazoleta silenciosa (...) las pobres casas, todas hidalgas, tomaban el sol", (pág. 181). Y ya más esporádicas son las apariciones de alguna metonimia, juegos de palabras o antítesis.

119. "Hacia la huesa fueron", (pág. 199); "las blanqueadas estancias alegraron/ do meditaban los antiguos muebles" (pág. 205, de la primera edición porque en las sucesivas ha sido suprimido el fragmento al que pertenece, "La novia").

120. "El *smoking-room*", (pág. 21); "Organizábamos *matches* de boxeo", (pág. 21); "campos de entrenamiento para *cross-countries*", (pág. 142).

121. "Beben champán *frappé*", (pág. 53); "¿Qué manopla, qué *casse-tête* (...)", (pág. 132).

122. Desde el Romancero, al que recurre con harta frecuencia, hasta Dante o la Biblia, pasando por San Juan de la Cruz, Jorge Manrique o Góngora, por mencionar sólo las más conocidas referencias.

123.Como ya señaló Eugenio G. de Nora al comentar La pared de tela de araña, de Tomás Borrás, en La novela española contemporánea, vol II.

124.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

125.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

126.Tesis cit., pág. 33.

127.Carezco de cualquier información sobre si escribió alguna otra obra. Tan sólo señalar, según se dice en la introducción al relato, que realizó su servicio militar en Marruecos con el empleo de cabo.

128.Apareció incluida en la colección La novela levantina (La Unión, Murcia), con el número 8 y publicada sin fecha.

129.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

130.En varias ocasiones se deja entrever la responsabilidad del mencionado general, sin embargo, ninguna tan clara como la reflexión que Abd el-Krim transmite al protagonista:

"(...) Él [Silvestre], con provocaciones constantes, con verdadera fiebre de venir a Beni-Urriaguel, por celos de Berenguer, por no ser menos que él, ya que triunfaba más con la política que con las armas en Yebala, un día y otro día empeoraba la situación, y las cabilas veían que, en efecto, sólo pensabais en conquistar por la fuerza nuestras tierras." (Pág. 230).

131.Otras veces "cherif" o "xerif", que de las tres formas suele transcribirse en español, aunque Ruiz Albéniz opta por la primera. Con esta palabra se designa a los musulmanes descendientes del profeta Mahoma.

132.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

133.En dos parte: en los números 26 (pp. 677-694) y 27 (pp. 785-805) correspondientes a los meses de julio y agosto de 1923.



134. Este relato insertado responde al título de "La fotografía de aniversario", incluido en el volumen La llave, aparecido por vez primera en Montevideo, Alfa, 1960; el cual, más tarde, sería objeto de otras reediciones. En cualquier caso, también sufrió una seria modificación para adaptarlo y hacerlo formar parte de las páginas de la Hoguera de 1980.

135. En "Corregir al corrector (A propósito de Una hoguera en la noche de Sender)", Rolde (Zaragoza), números 28-29, 1985, pp. 16-18.

136. Literatura y periodismo en los años 20. Antología. Ramón J. Sender. Zaragoza, L'Astral, 1992, pp. 83-143.

137. Por mencionar algunos, pueden verse, al respecto, además del mencionado artículo de Martínez de Pisón y de la "Introducción" al también citado volumen de Dueñas Lorente: "Lost and found: some "New" works of Ramón J. Sender" y "Dos Hogueras en la noche (1923 y 1980) de Ramón J Sender: de inclinaciones modernistas a estrategias posmodernistas", ambos de Marshall J. Schneider; o "El primer Sender", de José María Salguero Rodríguez. Todos ellos tratan por lo menudo de la posible gestación del relato y cotejan ambas ediciones.

138. Pág. 142. Para ésta y las sucesivas citas textuales correspondientes a la edición de 1923 sigo el texto publicado por Dueñas Lorente en Literatura y periodismo en los años 20, por resultar más accesible que el aparecido en Lecturas y no diferir de éste sino en mínimas cuestiones tipográficas. En la edición de 1980, Sender mantuvo el mismo sentido para este fragmento pero pulió algo el estilo, haciéndolo más directo y legible:

"(...) sus desengaños de vencido, sus tristezas de desengañado, torturadoras, sin la consecuencia cínica o por lo menos indiferente y estoica que suele suceder a los grandes fracasos." (Pág. 138).

139. "Dos Hogueras en la noche...", pág. 520.

140. "El imaginario literario de Sender en el norte de África", pág. 710.

141. De quien no he podido encontrar ni una sola noticia.

142. Tesis cit., pág. 35.

143. Del que no ha podido recabar más información que el título y género de algunas otras obras que escribió: Apolo sátiro (novela), Cupido, bolcheviki (sainete), La Liga (zarzuela), Don Jaime el Conquistador (juguete cómico) y Las Inmortales (novela).

144. Término con el que en el argot castrense se denominaba a la unión de un grupo de militares que conviven juntos y comparten los gastos habituales de manutención, servicio y similares.

145. En las páginas 19 y 20.

146. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

147. Páginas 236-237.

148. "iMektub! (reseña)", Revista de Tropas Coloniales, enero de 1927.

149. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

150. En la colección La novela mundial, editada en Madrid, número 119, con fecha 21 de junio de 1928. Rubió Coloma ya había escrito otra narración breve de asunto marroquí para esta misma publicación, que con el título de Los hijos de la carroña había aparecido el 15 de julio de 1925 (número 18). A pesar de que los sucesos que refiere tienen lugar en Marruecos, no presenta ni remota relación con la guerra -aunque Lawrence Miller, en su ya citada tesis, la incluya entre los relatos conectados con el conflicto bélico- por lo que la excluyo de cualquier comentario en estas páginas.

151. Puede que sólo fuera un novelista ocasional, sin más obra.

152. Se puede apreciar también en escenas más concretas, por ejemplo, la oportunísima aparición del malvado Maimón portando las llaves del calabozo donde está encerrado Juan, cuando Yamina las necesita para rescatar a su amado (pág. 298); o el ardid que urde la abuela de Yamina para que Juan crea que ésta lo rechaza, manteniendo oculta a la protagonista, de la que sólo se oye su voz rehusando mantener relaciones con el hombre que está fuera de la habitación en compañía de su abuela, y que ella cree un indeseado barón cuando en realidad es su amado Juan (pág. 322-324, y la aclaración del engaño en 337-338).

153.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

154.154.Dado que la novela aparece sin fecha expresa, tomo como válida la que ofrecen Federico Carlos Sainz de Robles -obra cit.- y Eugenio G. de Nora, obra cit., vol. I.

155.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

156.En la poco accesible colección La Novela africana (Melilla), núm. 20, septiembre de 1924.

157.Como número 879 de la colección Los contemporáneos, con fecha de 26 de noviembre de 1925.

158.Autora que, a tenor de la ausencia de informaciones sobre su obra y su persona, debió de carecer de cualquier reconocimiento literario. Tal vez esta novela breve fuese su única contribución a la narrativa, o si hubo otras fueron tan esporádicas que ni siquiera han merecido el reparo de Federico Carlos Sainz de Robles, que la ignora en su ya citado estudio sobre los autores que escribieron para este tipo de publicaciones.

159.El texto está plagado de escenas lacrimógenas con las que se intenta buscar la conmiseración del lector. Véase, por ejemplo, el tono del diálogo con que Claudia entrega el salario que obtiene en la fábrica a su madre:

"-Tome, usted, madre. Con qué gusto le traería a usted más, tan enferma como está; pero hay tantas que solicitan trabajo que aun debemos dar gracias a Dios..."

Aún más extremo resulta esta proclividad al indecoroso lamento en la escena que narra el rechazo del hospital y el posterior internamiento de la madre en el Asilo de la Santa Adoración, situado en la tercera página del relato, aunque en el texto no se indica numeración alguna. Y todavía se acentúa con más intensidad en el léxico y las expresiones tanto de los personajes como del narrador, a los que me referiré más adelante.

160.Tesis cit., pág. 57.

161.Siguiendo las pautas establecidas por Roman Jakobson.

162.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

163."Una bella novela marroquí: La pared de tela de araña, de Tomás Borrás", Nuevo Mundo. Madrid, núm. 1601, 26 de septiembre de 1924.

~~164.Obra cit.~~, vol. II, pág. 380. Cito por la segunda edición, de 1968.

165.Obra cit., pág. 232.

166.El tema marroquí en la novela española contemporánea. Tesis doctoral -supongo que debe de seguir sin publicarse- leída en la Universidad Complutense de Madrid con fecha de 25 de junio de 1971. Tesis que, por problemas administrativos, no he podido consultar en su totalidad, quedando limitado mi conocimiento al extracto de la misma editado en Madrid, en la imprenta Tutor, s.a. [1971].

167.Narración que corresponde a los capítulos VIII al XI, ambos inclusive, de la primera parte de la novela, denominada "Tetuán".

168.La casi totalidad de la segunda parte de la novela, la denominada "Xauen", y algunos fragmentos de la tercera.

169.Tesis cit.

170.O beréber, lo anoto como lo escribe Borrás.

171.Dice el historiador y crítico: "El contexto de la educación, las costumbres y los ejemplos en torno [a Axuxa] son asfixiantes, coactivos, y rezumantes de inconsciencia, superstición, avidez y lujuria, brutalidad e injusticia. (Ignoro si en este aspecto Borrás se sostiene en la notación imparcial y objetiva -que no excluye la comprensión y la piedad, sino que se movería, como en nuestros noventayochistas respecto a España, por una especie de dolorido amor a la tierra y al pueblo que Axuxa encarna-, o si había una finalidad extraestética, más o menos consciente, en su libro, de justificación implícita (...) del régimen de Protectorado; en todo caso, la presencia de las tropas españolas y de los jefes árabes amigos, como únicos representantes de cierto grado de civilización y sentido de la justicia se hace resaltar, aunque muy discretamente, en la obra.)" Obra cit., pág., 380.

172.Ambos cooperan para solucionar sus conflictos. Buena prueba de ello es la respuesta con que el español narrador responde a una petición que le hace El Hain: "-Soy amigo tuyo y te haré el

servicio" (pág. 262, todas las citas están tomadas de la primera edición impresa como libro). Y, a lo largo de toda la obra, abundan las alusiones que confirman lo beneficioso de la presencia del ejército español en Marruecos. Por ejemplo, dice de nuevo el narrador, cuando las tropas entran en Xauen: "No habrá entrado jamás en otra población un ejército compuesto de dos mil caballeros tan escrupulosos." (Pág. 146).

173. Ellos son los que desorientan los pasos de Axuxa y la preparan para ejercer de bailarina y ramera. Además, basta ver el muy diferente retrato que se ofrece de los árabes cultos en comparación con Abd-el-Jálak, paradigma de los incivilizados, que "mientras Yamna [su mujer] trabajaba, su marido estaba durmiendo, fumaba kif o dirimía a tiros con los vecinos interminables cuestiones de sangre. Abd-el-Jálak, como todos los montañeses, descargaba en la mujer las grandes y las pequeñas labores, los esfuerzos más violentos y más insignificantes. Al levantarse limpiaba su fusil con grasa, frotándole cuidadosamente con un paño (...) Yamna, en cualquier descuido o al caer abrumada por la fatiga en el lecho, recibía la visita del esposo, que no la hablaba casi nunca. Llamándola perezosa, la azotaba hasta ver arreglar la torpeza o, haciendo un sobreesfuerzo, reanudar la labor" (pp. 232-233).

174. Pág. 200. Constatación sin rebozo de los planteamientos del autor.

175. Amores africanos, pág. 133.

176. Más adelante trataré de esta cuestión, por lo atentatorio que para la verosimilitud narrativa resulta, sin embargo, por sólo mencionar algunos ejemplos orientativos de tal pormenorización. Cómo podía un simple oficial tener noción exacta del número de efectivos humanos que se encontraban con licencia en España (pág. 84) y cómo el protagonista, antes del desastre, podía enjuiciar la caída de Abarrán como indicio de algo más que un traspiés (pág. 60), cuando por aquellos días esa reflexión ni siquiera estaba en la mente del Alto Comisario. Parece claro que Ruiz Albéniz trasladó a su novela planteamientos que surgieron con posterioridad.

177. Lo sugerido en este caso se reduce sólo a leves indicios, en los que repite la misma fórmula expresiva:

"Enríquez y Ferrando fueron a Beinatz por dinero. Tres días estuvieron allí (...) Al terminar el plazo -que a Enríquez se le pasó como si fuesen minutos, en los brazos de la

pequeña Axuxa [personaje al que unas veces llama así y otras Aixa]", (pág. 300).

"Después llegaron los días tranquilos de Beinatz, con la embriaguez en los lindos brazos de Axuxa", (pág. 325).

178. Este relato alcanza el tono sensual más elevado, y son varias ocasiones en que se plantea la intimidad amorosa, aunque nunca de forma concreta. En el capítulo VII, "Abdala 'está frío'", por ejemplo, la incapacidad del protagonista frustra los declarados deseos e insinuaciones de su joven mujer. Y al final del capítulo IX, donde se narra la posesión de Axuxa por Shalum, el comerciante que traiciona la amistad de Abdala, el narrador inicia una escena erótica para en seguida recurrir a la técnica de la elipsis de modo parecido al ya visto en Luna de Tettauen:

"La rodearon los brazos del esposo [en realidad es Shalum, que con argucias se hace pasar por Abdala] (...) Buscó febrilmente la boca entre la espesura de las barbas y el bigote. Se pegó a él retorciéndose. Y cayó de espaldas, doblándose en arco por los riñones, sintiéndose hundir en un vacío suave, como si el sueño hubiese desaparecido y cayese en el aire a fondo.

Al aparecer el alba, el esposo la había dejado derribada, sin fuerzas, sobre un montón de cojines." (Pág. 72).

179. Página 21.

180. No pretendo con este adjetivo ironizar en modo alguno sobre el personaje, simplemente dejar constancia de su prodigiosa facilidad para el lagrimeo, que lo convierte en el militar más lloriqueante de toda la narrativa sobre las diversas guerras de España en Marruecos, y la apreciación sobre el protagonista puede hacerse extensiva a toda la novela si tenemos en cuenta las lágrimas vertidas por otros personajes. Múltiples son los motivos que conmueven el ánimo de tan sensible oficial: por simpatía ante las lágrimas de su amada y la madre de ésta -que también lloran al unísono-, en las páginas 90-91 y 109; porque su madre, entre sollozos, no acepta que se quiera casar con una mora, lo que le lleva a recluirse en su cuarto para rumiar su tristeza en soledad, y, claro está, entre lágrimas (pág. 176); vuelve su progenitora, esta vez por carta, a sugerirle que rectifique su decisión, por los lloros que a ella le va a provocar, y la lectura vuelve a empañar los ojos de Germán (pág. 193); incluso poco antes de celebrar su boda en Marruecos, al recibir en otra carta la bendición junto con la protesta materna, el llanto le fluye con abundancia (pág. 220). Lo que no deja de sorprender es que no se una a la generalizada llantina que se organiza entre

todos los asistentes a su segunda celebración nupcial, repetición en España de la que ya había tenido lugar en Marruecos (pp. 290-291).

181. Pág. 80.

182."- (...) Deseo ardientemente marcharme. Yo tengo mis amores y todo lo mío en otra tierra", (pág. 51); "- (...) Quiero irme. No puedo vivir aquí. Prefiero la muerte a esta vida", (pág. 159).

183. Páginas 25-26.

184. Página 237. Esto no es más que el comienzo de la alocución, un fragmento que apenas da cuenta de la erudición teológica que va dejando ver Juan en las páginas siguientes.

185. Lo que en un principio eran conductas como: "el fondo de sensibilidad que guió sus manos piadosas a atender primero al deseo del sediento antes que a su cura" o "sor Claudia se conmovió y suplicó al doctor fuese a la jaima [para socorrer a una cabileña]; hizo más..., se brindó a acompañarle en su obra de caridad por si necesitaba de algún auxiliar", en su relación con Mohamed son: "quince días de cautiverio no habían conseguido aplacar la mirada fiera de Claudia" o "fija la mirada de odio en él."

186. Esto último, dotándole de una expresión brusca y tosca, caracterizada por la parquedad léxica y por el uso de infinitivo como casi exclusiva forma verbal, que más aparenta transmitir insuficiente conocimiento de la lengua española -ya que no se dice que Claudia sea capaz de comunicarse en árabe- que grosería o brutalidad, a pesar de su natural primitivismo:

"-Bella es la cristiana... Ser mía."

"-Obedecer a cristiana... Vamos, mi bella."

"-¿Tú querer oro, cristiana? toma, toma."

187. Basta para ello atender a sus palabras y gestos ante la muerte de Claudia, por no detenerse en la ambigua actitud del narrador cuando a él se refiere:

"-(...) Estar muy enferma; Mahomed cuidarla."

"-¡Cristiana, cristiana, tú ser mía; háblame, mírame! ¡Yo te daré la libertad; pero mírame!

Y Mahomed, de rodillas, acariciaba con transportes de delirio aquellas manos frías, que ya no le hacían resistencia."

188. Sus edades oscilan entre los 13 ó 14 años de Yamina -en la novela del mismo título-, la más joven, y los aproximadamente 20 que el narrador atribuye a Neima, en Neima, la sultana de Alcazarquivir. Y entre estos dos polos se sitúan Nura (¡Kelb rumi!) y Leila (Así aman las africanas), ambas de 15 años; Aixa (Aixa) y Dayedda (Una hoguera en la noche), con 17, aunque en la segunda edición Sender rejuvenezca a su protagonista hasta los 15; y Fedla (Amores africanos), de 19. De otras no se explicita la edad, aunque sí su aspecto aniñado, como sucede con Axuxa, en La pared de tela de araña y Aixa en Luna de Tettauen.

189. ¡Kelb rumi!, pág. 26.

190. Luna de Tettauen, pp. 73-74.

191. ¡Mektub!, pág. 167.

192. Idea que late en la mayor parte de estas novelas y que con idéntica expresión repite la heroína de Así aman las africanas:  
 "-(...) No sabes tú, hijo de España, cómo amamos las africanas." (Pág. 31).

193. Páginas 43-44.

194. Páginas 273-274.

195. Página 348.

196. Pedro, Valentín de, "Una bella novela marroquí: La pared de tela de araña, de Tomás Borrás", Nuevo Mundo. Madrid, núm. 1601, 26 de septiembre de 1924.

197. Entre las páginas 226 y 232.

198. ¡Kelb rumi!, pp. 262-263.

199. Obra cit., pág. 252.

200. Obra cit., pág. 262.

201. "El rifeño (...) empieza a ser guerrillero cuando apenas puede sostener un arma entre las manos (...)/ El más valioso regalo que hace un moro a su hijo cuando apenas ha llegado a la pubertad, es un fusil con su correspondiente dotación de cartuchos (...)/ El rifeño se encuentra siempre dispuesto a hacer la guerra, ya contra el Sultán, con las cábilas vecinas, o bien



contra fracciones de la suya (...)/ Lo único capaz de unir a los rifeños en estrecho lazo, es la guerra." (Páginas 114-115).

202.Amores africanos, pág. 177. Incide este relato en otras varias ocasiones sobre la radical diferencia de trato que en el seno de la familia se establece entre niños y niñas.

203.Amores africanos, pág 154.

204.La pared de tela de araña, pág. 57.

205."El velo de la mujer es una precaución contra el mal de ojo, que se disimuló con el recato y los celos. Cuanto más bella es una cosa, más expuesta está al mal de ojo, y lo más bello y delicado es la mujer." (Pág. 201).

206.Aixa, pág. 15.

207.Imagen que en estos o parecidos términos resulta habitual en esta novelística para describir a las montañesas:

"Moros de lejos, muy erguidos en la parda chilaba montañesa, discurrían arreando sus asnos y sus mujeres." (Cárcel de seda, pág. 23).

"Pobres mujeres envueltas en sucios trapos, tan cargadas como las bestias pero más sometidas aún al destino." (Cárcel de seda, pág. 7).

"¿Tú sabes que mañana cargarán tus espaldas hasta que el peso te obligue a casi tocar el suelo con la frente?" (Aixa, pág. 60).

"(...) dignas de lástima son estas pobres mujeres." (Neima, la sultana de Alcazarquivir, pág. 7).

Es, sin embargo, en La pared de tela de araña donde la penosa vida de estas mujeres marroquíes se expone con mayor crudeza, a través del cotidiano quehacer de Yamna en contraposición a la holganzanería de su marido, Abd-el-Jálak, entre las páginas 230 y 237. Oposición que Borrás hace notar también en alguna otra referencia más de pasada, aunque irónica y llena de sentido:

"Algún cabileno sudoroso y brillante, como de caoba barnizada, que caminaba precediendo a su mujer, ligero y soñador. Su mujer iba, invariablemente, cargada con un haz de hierba tan enorme que la partía en ángulo." (Pág. 118).

208.Asunto sobre el que se incide con frecuencia. Por ejemplo:  
"-(...) Ante nuestro Dios no hay crimen más abominable que aquel que realiza la mujer nacida en la sagrada ley del

Islam al unirse a un cristiano o a un hebreo." (¡Kelb rumi!, pág. 195).

209. A pesar de quedar siempre en un segundo plano narrativo, cualquier alusión a la actividad económica de los judíos queda definida por el oportunismo cuando no por el engaño. Tal puede verse en Aixa, donde se comenta su aprovechamiento especulativo con la vivienda en Beinatz, (pág. 9), o su poco escrúpulo en las transacciones comerciales, (pág. 284). Mientras que en Neima, la sultana de Alcazarguivir, un criterio más ponderado, deja entrever sus debilidades aunque no se silencien tampoco sus virtudes, (pág. 166). En este mismo sentido es también significativa la advertencia que Muley Idris hace al personaje narrador sobre la dudosa ética profesional de Abraham Yahuda en La pared de tela de araña, (pp. 172-173).

210. Claro que esto también ha quedado suavizado en la edición de 1980. Así, mientras en la de 1923 dice:

"Abrió el cliente un portamonedas de metal, arrojó al suelo una moneda de plata y se llevó el objeto. El judío le vio marchar impasible./ Pensó Ojeda que el buen Arlino había hecho, sin duda, un buen negocio en aquella operación, o en otro caso se resarciría con creces vendiendo Kif a los moros." (Pág. 86).

En la de 1980 se ha transformado en:

"Abrió el cliente un portamonedas de esos que usan las abuelas, con cierre de metal, arrojó al suelo una moneda de plata y se llevó la mercancía. El judío le vio marchar, resignado. Ojeda se decía: '¿Por qué los españoles suelen tratar mal a los judíos?'/ No le gustaba a Ojeda la conducta de aquel capitán y pensó: 'Aquí los militares, aunque combaten contra los moros, comparten sus opiniones sobre los judíos'. (Pág. 10).

211. Páginas 52-55.

212. Páginas 64-66 y 113-114 respectivamente.

213. Páginas 82-89 y 129-133.

214. Páginas 164-165.

215. Páginas 35-40.

216. Pág. 266.

217. Pág. 70.

218. Cárcel de seda, pág. 88. También presente en Aíxa, pág. 51.

219. Cárcel de seda, pág. 30.

220. En Amores africanos puede leerse: "La poesía y el árabe han vivido juntos, amándose extremadamente; no se concibe una bella figura mora sin el ambiente luminoso de la poesía." (Pág. 209). Y muy semejante es su apreciación en Así aman las africanas: "Leila hablaba con la dulce poesía y la encendida exaltación del pueblo musulmán. Este pueblo poeta, este pueblo moro que cuando escribe llena de colores las páginas maravillosas, y cuando habla su voz canta con suaves armonías de arroyo en el prado o airecillo en el bosque", (pág. 14).

221. Alusión a la literatura orientalista que ha desaparecido en la edición de 1980. Véase el pasaje en pág. 13.

222. Páginas 130-131.

223. Artículo citado.

224. Pág. 234.

225. Abundan los ejemplos, sirvan como muestra lo que algunos compañeros dicen al protagonista días antes de la derrota:

"-(...) ¿Acaso ignoras que de los veinticuatro mil hombres de la zona, están en España, con licencia, más de la tercera parte? (...) ¿De dónde quieres que Silvestre saque esa columna famosa de que hablas, para avanzar nada menos que hasta el corazón del campo de Alhucemas?" (Pág. 84).

"-(...) Pon que el ataque se generalice y que cada posición tenga que hacer frente a sus enemigos: ¿sabes cuántos días podríamos resistir sin recibir socorros? ¿Sabes qué municiones tenemos, qué víveres? Pues yo te digo que no aguantaríamos una semana (...) Dime tú mismo si, en caso de apuro, sabrías recordar el camino corto que ahorra más de tres horas desde esta posición a Monte Arruit [¿cómo podía pensarse que esta fuera la posición hacia la que habría que replegarse si se improvisó durante la alocada retirada? Ni siquiera teniendo en cuenta que era el final de la línea ferrea que enlazaba con Melilla podría justificar un pensamiento semejante en días anteriores al desastre]." (Páginas 89-90).

226. Páginas 241-242. Este mismo planteamiento se repite en algún otro lugar, manteniendo su función de trágica premonición pero desprovisto de esta aureola de lirismo. Tal sucede en la página 244, donde *Perra Chica*, el hermano de Nura, anticipa al protagonista parte de lo que sucederá:

"-(...) Mujer mora no puede ser casada con cristiano. Toda la cabila, mi madre, yo mismo la repudiaríamos. Nura sería lapidada por faltar a la ley del Dios Único. Ella te ama, pero tú no eres creyente. Tú matarás a Nura y entonces *Perra Chica* ya no será tu amigo."

227. Hasta ocho de estas historias parentéticas -nueve si agregamos lo sucedido al padre de Zohra con sus esclavos- pueden contarse a lo largo de la novela. Historias en las que se refieren asuntos tan variados como: una fábula sobre una tortuga; otra sobre un lobo; lo que aconteció al santo Muley Abd-el-Kader, patrón de los pobres marroquíes; una leyenda de carácter milagrero o anécdotas sobre diferentes personajes.

228. Páginas 48-49. Otra escena de este tipo se narra entre las páginas 92-94.

229. Empleada por Jesús R. Coloma en Amores africanos, y que literalmente dice:

"El sol de África tan parecido a nuestro sol de Andalucía."  
(Pág. 55).

230. Dado que los ejemplos son múltiples y diseminados por todo el texto, me limitaré a señalar algunos para ilustrar los modos narrativos de José María López.

"Mientras en Madrid se trataba de ir preparando las cosas para que el matrimonio quedase concertado y pudiese efectuarse al regresar definitivamente a la Península, ocurrían en Alcazarquivir otras que no debemos pasar en silencio." (Pág. 124)

"En tanto ocurría esto en el campamento, Jiménez estaba desempeñando en casa de Neima su papel a satisfacción de todos [escena que se refiere a partir de este momento]." (Pág. 240)

"Mientras la madre de Germán sostenía con Neima la conversación que acabamos de ver, éste mantenía otra muy diferente con sus hermanas y cuñados [que se reproduce a continuación]." (Pág. 296)

231. Tras más de ciento ochenta páginas -de la 113 a la 294- de relato en apariencia atribuible a un narrador impersonal, la historia es retomada por Fortea:

"¡Y qué alivio! El sol, como una lanzada en mis ojos, no en los del galante Somar, y yo despertando bajo los ojos de un pabellón ruinoso (...) Todo afortunadamente había sido una pesadilla de mi corazón." (Pág. 295)

Y poco después se desvela el ardid que sume toda la novela en la más completa inverosimilitud:

"(...) Retrocedí temblando. ¿Entonces no era un sueño mi sueño? ¿Era la realidad pasando por milagro ante mis ojos? (...) " (Páginas 302-303).

232. Véanse al efecto las siguientes apreciaciones del narrador: "El odio inextinguible tantas veces llevado al libro sagrado por el Profeta", (pág. 185); "¡Ah, la brutal, la inconcebiblemente bárbara justicia del Islam! (...) la vida gira toda, el pensar de los cerebros, el sentir de los pechos, en torno sólo de esa ley única, inmutable, que dio a una raza vigorosa, para su mal, un pobre visionario." (Pág. 288).

233. Este no es más que un mero ejemplo de los muchos que a este respecto pueden encontrarse en la primera parte del relato, en la que refiere el tiempo anterior al desastre.

234. No sólo en esta ocasión emplea los vocablos "ara" y "altar" como si sus significados fuesen diferentes, también en la página 185 puede leerse: "Hacen ofrenda de su ser en aras del altar de sus amores."

235. Construcción por la que el autor debía de sentir sincero afecto, pues, con ligera variación, también la emplea en la página 139: "en remontando el día quince".

236. No son esporádicas desatenciones, sino uso habitual del autor, dado el número de veces que puede rastrearse a todo lo largo del texto. Por mencionar sólo algunos ejemplos: "¿Cómo iba a exigirla a su edad que mezclara con nieve su sangre (...)?" (Pág. 103); "una mano la agarró la mandíbula", (pág. 219); "golpeándola la cabeza con una piedra", (pág. 224); "la dijo", (pág. 229); "curándola también las heridas del viaje", (pág. 240); ...

237. "Una bella novela marroquí: La pared de tela de araña, de Tomás Borrás".

238.Sólo a manera de meros ejemplos: "Salieron dos tórtolas tambaleándose, en desconcertante vuelo. Sus dos sombras se bañaron en el río", (pág. 183); "El viajero pasa entre las bayonetas de los cañaverales una insospechada revista, en la que presentan sus armas las huertas", (pág. 9); "Se veía un pequeño segmento de luna -gumía de plata-", (pág. 55); "Los blancos haiques, recatadores y honestos, de los que el sol, por transparencia, se burlaba", (pág. 58).

239.Por ejemplo: "Las estrellas fueron desvaneciéndose y en las pocas que quedaron, se refugió la luz que había en las demás." (Pág. 222).

240.Y haciendo escarnio de la actitud de los políticos:

"El capitán advirtió que la palabra Marruecos sonaba como un pretexto político para que hablasen todos los sectores de la Cámara (...)/ Los diputados se removían inquietos, alejados espiritualmente del tema, sin encontrar la postura cómoda; por las muestras parecía que escuchaban con las posaderas, doloridos de los discursos. El capitán pudo también observar que todos usaban reloj." (Pág. 246).

"Los periódicos de la noche, publicaban la sesión parlamentaria y el combate de Marruecos, y los relatos tenían un gran parecido." (Pág. 251).

241.En la edición de 1980 todo queda igual, salvo el último adjetivo que ha sido reemplazado por "enorme" (pág. 51).

242.En lo que a la imagen se refiere la edición de 1980 mantiene sustancialmente lo mismo que ésta, tan sólo las "hojas de chumbera" han sido cambiadas por "palas de chumbera" y la puntuación se ha hecho más rápida (pág. 52).

243.A tal efecto, véase la nueva redacción en páginas 15 y 49 respectivamente del volumen publicado por Destino.

244.Ambas razones, junto con la de dialectalismo propio de la zona leonesa y galaica, son señaladas por Emilio Alarcos Llorach en su Gramática de la Lengua Española. Madrid, Espasa Calpe, 1994, pág. 159.

245."Una laxitud extrema sustituyó a la extrema tensión nerviosa por que antes pasara", (¡Kelb rumil, pág. 12).

246."Cuando entró por las calles de Tetuán, no cambiara don Alfonso su gorra verde por el casco de Vivar." (¡Mektub!, pág. 11).

247."Un arcón, cuya tapa produjo, al cerrarse, el golpazo que oyera." (La pared de tela de araña, pág. 90).

248."Los soldados, abandonando el saco de paja que les sirviera de lecho, sacudieron y arrollaron la manta" (Yamina, pág. 158).

249."Como Germán se quedase un momento dudando volvió a decirle (...)", (Neima, pág. 236).

250."Como la cabalgadura se detuviese (...) escuchó sorprendida (...)", (Cárcel de seda, pág. 114).

251.En atención al lector, todos estos vocablos se acompañan a pie de página de su correspondiente equivalencia en español. Introduce términos pertenecientes a muy diversos campos semánticos. Referidos, por ejemplo, a los saludos y vida social, a la vivienda y agrupamientos humanos, a cuestiones religiosas o de organización política, a tipos de vestidos y telas, incluso algunos insultos suaves.

252.Ver nota 50, cap. I.

253.Lawrence Miller, Tesis cit., pág. 138, y José Manuel López de Abiada, José Díaz Fernández: narrador, crítico, periodista y político, pág. 75.

254.Prólogo del autor a la edición de 1983 de Notas marruecas de un soldado. Barcelona, Planeta.

255.Una información más amplia sobre la cuestión puede encontrarse, además de en el ya mencionado prólogo, en el volumen de Miguel Angel Hernando, Prosa vanguardista en la generación del 27 (Gecé y la "Gaceta literaria").

256.Teniendo en cuenta que esta etiqueta ha suscitado no poca controversia entre los críticos y estudiosos de la historiografía literaria en general, la menciono como mera referencia orientativa, tal y como la suele denominar buena parte de la bibliografía que se ocupa de la narrativa que fue apareciendo desde finales de los años veinte hasta la segunda mitad de los treinta, orientada hacia una recreación realista en los contenidos y con postulados opuestos a los de la llamada

corriente *deshumanizada*. No cuestiono, por tanto, si en rigor es o no adecuado el término "social", simplemente es el que ha alcanzado una más amplia difusión para englobar la obra narrativa de esta promoción. En cualquier caso, pocas dudas pueden existir de que esta novela de Sender cabe del todo dentro de tal grupo si esta etiqueta se define con un criterio amplio, como, por ejemplo, lo sintetiza Vilches de Frutos: "aquellas obras que poseen una intención crítica con respecto a las estructuras sociales", La generación del nuevo romanticismo (1924-1939), pág. 59. Punto de vista del todo contrario es el que ofrece, por ejemplo, Joaquín Marco en "En torno a la novela social española" (Insula. Madrid, núm. 202, septiembre de 1963, pág. 13) o en Ejercicios literarios.

257.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

258.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

259.Ocupa el número 48 entre los títulos de esta publicación y tiene fecha de 10 de junio.

260.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

261.Como número 91 de esta publicación y con fecha de 7 de abril.

262.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

263.Num. 1, con fecha de 10 de febrero de 1925.

264.Relato fechado en 1924 y analizado en este trabajo, dentro del apartado correspondiente a la Legión.

265.En el número 657, con fecha de 7 de agosto, en las páginas 26 y 27.

266. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

267.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.



268.Como número 91 de la publicación y con fecha de 8 de diciembre de 1927.

269.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

270. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

271.Prosa vanguardista en la generación del 27 (Gecé y "La Gaceta Literaria", pág. 161.

272.Dado que de hacerlo de forma restrictiva habría otros cuantos títulos de los que tampoco podría ocuparme en este capítulo. Por otro lado, de no hacerse así, algunos de los autores y obras que en la historia de la literatura habitualmente vienen figurando en la nómina de novelistas y bajo la etiqueta de novelas, habría que excluirlos y arrojarlos al saco de lo indefinido o a otros géneros, tal ocurriría, por referir famosos ejemplos por todos conocidos, con buena parte de la obras de Azorín o de Unamuno que vienen siendo rotuladas como novelas.

273.Tal es la conclusión que puede extraerse del análisis que sobre esta obra realiza John Charles Lawrence Miller en su ya citada tesis.

274.Por mucho que he rastreado no he conseguido obtener ningún tipo de información sobre tal autor, a pesar de que en el propio volumen de la novela, en página previa, se da detallada cuenta de una larga retahíla de obras en casi todos los géneros y de toda índole atribuibles a él. En cualquier caso, atendiendo a la calidad de la novela aquí comentada, no parece que merezca la pena rememorar su nombre ni su producción.

275.En el relato titulado Las águilas de acero, que examinaremos en el apartado "Miscelánea". Además recopiló una serie de entrevistas efectuadas a algunas figuras de la vida pública española en otro volumen relacionado con la cuestión marroquí, Tánger: dignidad nacional: opiniones de Labra (et al.), y publicado en 1921.

276. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

277.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

278. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

279. Tomo esta información de José Manuel López de Abiada, obra cit. y de Gonzalo Santonja, Del lápiz rojo al lápiz libre. Barcelona, Anthropos, 1986.

280. Sostiene este crítico "que estos libros no pueden calificarse plenamente como 'novelas', ya que en su elaboración presidían otros propósitos -estilísticos, poemáticos, irónicos- distintos a la transcripción de la realidad", "Los puntos sobre las 'ies' novelísticas (réplica a Juan Goytisolo)", Insula, núm 105, 15 de mayo de 1959. (Tomo la cita de José Estaban y Gonzalo Santonja, en Los novelistas sociales españoles (1928-1936), pág. 8).

281. La marcha al pueblo en las letras españolas, 1927-1936. Madrid, Ediciones de la Torre, 1980, pág. 82.

282. "Las novelas cortas de Díaz Fernández", El Sol. Madrid, núm. 3411, 8 de julio de 1928.

283. La novela española contemporánea, vol. II, pág. 457.

284. La novela española del siglo XX. Madrid, Labor, 1973, vol. I, pág. 150.

285. Revista de Tropas Coloniales. Ceuta, agosto de 1928.

286. "El blocao". La Voz. Madrid, 3 de julio de 1928.

287. Baste para darse cuenta de ello, y tomando un ejemplo bien cercano al aquí tratado, tener en cuenta la experimentación que desde poco tiempo atrás venían realizando los narradores que seguían los postulados de la llamada corriente deshumanizada o, por enfocarlo desde una perspectiva más global, la renovación que en todos los órdenes de la creación estaba llevando a cabo el arte denominado, por decirlo en expresión de Guillermo de Torre, de "vanguardia".

288. Tesis cit., pág. 208.

289. "Rechazo (...) la novela tradicional, que transporta pesadamente descripciones e intrigas, e intento un cuerpo diferente para el contenido eterno." El blocao. Madrid, Historia Nueva, 1929.

290.Ibidem.

291.José Díaz Fernández y la otra generación del 27, pág. 60.

292.Cito por José Manuel López de Abiada, obra cit., pág. 75. La anécdota también aparece recogida en Gonzalo Santonja, Del lápiz rojo al lápiz libre.

293."Marruecos, tema tabú en la literatura española durante el franquismo", Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas (1987, Valencia), Actas, pp. 323-331.

294.Geist, Anthony Leo, La poética de la generación del 27 y las revistas literarias: de la vanguardia al compromiso. Barcelona, Labor, 1980.

295."El blocao", La Gaceta Literaria, núm. 37. Madrid, 1 de julio de 1928, pág. 3.

296.Revista de Occidente, vol. XXI, LXII, Madrid, agosto de 1928, pp. 243-245.

297.Medio siglo de cultura española, 1973, 3ª edición, pág. 256.

298.El blocao, pág. 73. Todas las citas están tomadas de la primera edición.

299.Pág. 132.

300.Obra cit., pp. 88-89.

301.Obra cit., pp. 82-83.

302.Boetsch, obra cit., pág. 79.

303.Sostiene tal afirmación en el prólogo a una edición de El blocao. Madrid, Turner, 1976. La recoge con posterioridad en La marcha al pueblo en las letras españolas, pág. 86.

304.Basta para darse cuenta de ello revisar las opiniones del PSOE, por entonces el grupo político mayoritario entre las denominadas masas populares y el que canalizaba la protesta más estructurada contra esta guerra y contra la presencia de España en territorio marroquí. En su órgano de difusión, en El Socialista, aparecieron publicadas las opiniones de sus más caracterizados dirigentes. En este diario, además, se puede

seguir su línea argumental y posicionamiento frente a lo que supuso el Protectorado, no sólo en los tiempos inmediatamente posteriores al desastre de Annual, que son los que refiere la novela de Díaz Fernández, sino desde mucho antes.

305. Establecen este paralelismo, entre otros, Juan Chabás o Ángel Valbuena Prat. El primero la compara con El Fuego, de Barbusse (en Literatura española contemporánea, pág. 576); mientras que el segundo la asemeja a Sin novedad en el frente, de Remarque (en Historia de la literatura española, vol. IV, 1974, 8ª ed., pág. 740). Estos dos títulos se encuentran entre los más difundidos y celebrados de la narrativa antibelicista de aquellos años, sin embargo, desde cualquier punto de vista que se observen poco o nada tienen que ver con la novela de Díaz Fernández.

306. La novela española contemporánea, vol. II, pág. 457.

307. Obra cit., pág. 74.

308. Pág. 188. Esta no es una cita rebuscada, sino que reflexiones de este tipo son frecuentes en el texto, por ejemplo:

"-Tengo odio a los superiores./ Ellos no tienen ninguna culpa de que yo les tenga odio; pero son los que mandan, son los que nos han hecho guerreros, los que nos han obligado a ser soldados." (Pág. 187)

"¿Dicen que los ejércitos son necesarios para defenderse de otras organizaciones similares?/ ¿Y si estos organismos demostraran que esto no es verdad?/ Si demostraran que haciendo desaparecer todos los ejércitos no deberíamos armarnos para defendernos de nadie, puesto que nadie estaría armado para ofendernos." (Pág. 197).

309. Confunde las perífrasis "deber de" y "deber" seguidas de infinitivo verbal. En alguna ocasión resulta más llamativo por encontrarse inmerso en una zona del discurso connotativa de una evidente ironía.

"El capitán Madera debía ser, efectivamente, valentísimo. Poco tiempo después fue un excelente delegado gubernativo." (Pág. 28).

310. Publicada en este año de 1930 por la editorial Cenit de Madrid, dentro de su colección "La novela de guerra", en la cual habían aparecido un buen número de destacadas novelas de marcado contenido antibelicista sobre la I Guerra Mundial.

311. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

312. Introducción de este historiador y crítico a Sender, Ramón J., Imán. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Larumbe, 1992.

313. Comparándola con las recepciones de que fueron objeto Sin novedad en el frente, de Remarque, y El fuego, de Barbusse, dentro de las literaturas en sus respectivas lenguas, dice que "paso poco menos que de largo, sin dejar la honda huella en la historia literaria española que las mentadas (...) han dejado en sus correspondientes historias de literaturas nacionales." (*Ibidem*, pág. XLV.)

314. En La República de los libros, pág. 58.

315. "Notas bibliográficas (Reseña de Imán)", La Libertad. Madrid, 7 de julio de 1935, núm. 4763, pág. 2.

316. La verdad de Ramón J. Sender. Leiden, Ediciones CINCA, 1982.

317. "De Imán, hasta 1934, se habían vendido treinta mil ejemplares de la primera edición alemana y veinte mil de la segunda, impresas por Der Buecherkren; quince mil de la inglesa, de Wishart et Cía, Londres; ocho mil de la holandesa, de Abeidespers, Amsterdam; y cincuenta y cinco mil en total de la rusa, hebrea y ucraniana." (*Ibidem*, pág. 58.)

318. Al respecto, comenta Rafael Bosch: "En 1946, según el prólogo de Florence Hall a Crónica del alba, Imán había sido traducido al alemán, holandés, portugués, polaco, ruso, hebreo, ucraniano, chino e inglés y parcialmente al francés. Mientras tanto se ha traducido al japonés y otros idiomas." (La novela española del siglo XX, II, pág. 104).

319. Además de los elogios vertidos por el ya citado Cansinos-Assens -cuyas opiniones pueden confrontarse en una serie de artículos publicados en el madrileño diario La Libertad (durante los días 4, 8, 19, 25 y 31 de enero y 9 de febrero de 1933), bajo el título común "Ramón J. Sender y la novela social" (recogidos con posterioridad en Mainer, José Carlos (ed.), Ramón J. Sender. In memoriam, pp. 37-56; y parcialmente en Esteban, José y Gonzalo Santonja, Los novelistas sociales españoles (1928-1936), pp. 79-88)- también otros varios críticos destacaron las virtudes de Imán en sus reseñas periodísticas. Luis Bello, en El Sol (con fecha de 24 de abril de 1930), lo considera "formidable libro"; Fernández-Cancela, en el mismo diario pero del día 6 de mayo de 1930, dice: "Teníamos motivos para esperar de Ramón J. Sender una

buena novela (...) Imán nos confirma en nuestra opinión"; Prats y Beltrán, en La Libertad del día 17 de julio de 1930, la califica de "magnífica novela"; mientras que G. Bel, en la revista Orto, de Valencia (en su número 1, de marzo de 1932), lo denomina "libro joven, fuerte, sano, destructor de la guerra".

320. Aduce Barea que fue publicado por una editorial pequeña de fuertes tendencias anarquistas, sin dinero y cuando dos de los tres socios se encontraban encarcelados por crímenes políticos. (Barea, Arturo, "Realism in the modern Spanish novel", Focus Two. London, 1946, pág. 71. Tomo la cita de Lawrence Miller, John Ch., Tesis cit., pág. 71.)

321. Peñuelas, Marcelino C., Conversaciones con Ramón J. Sender, pág. 177.

322. "Grandes barracas de madera, de ladrilla, donde se hacían los obreros igual que los soldados en los cuarteles", (pág. 281, todas las citas y sus correspondientes páginas están tomadas de la edición crítica de la novela preparada por Francisco Carrasquer para la editorial Larumbe, publicada en 1992).

323. Siendo varios los críticos e historiadores de la literatura que lo sugieren, tal vez la declaración más explícita sea la de Rafael Bosch, que comenta: "Barbusse, con sus ideas pacifistas y sociales, influyó mucho también en España (especialmente sobre el Imán, de Sender)", La novela española del siglo XX, II, pág. 206.

324. La de Remarque era casi contemporánea a Imán, ya que su primera edición en alemán había aparecido en 1929 y fue inmediatamente traducida al español, pero la de Barbusse databa de 1916, al menos esa es la fecha que da el propio autor en el prólogo que escribió para la primera edición española, que fue publicada por Cenit en 1930, abriendo la colección en la que poco más tarde se incluiría la narración de Sender.

325. Me refiero a la reseña que le hizo Antonio Valencia en Blanco y Negro, con fecha de 6 de noviembre de 1976.

326. Sender's "Imán" and Remarque's "All quiet on the Western front", pág. 133.

327. Ibidem, pp. 134-139.

328. "Imán", El Sol, 24 de abril de 1930.

329."Melilla en la visión de la novela histórica: 1921 (Aproximación en tres textos)", Aldaba, núm. 2, 1984.

330.Madro siglo de cultura española (1885-1936), pp. 251-252 de la tercera edición. La cita está tomada de una segunda reimpresión a esta edición.

331.Tal sugiere Lawrence Miller en su ya citada tesis, pág. 262.

332.En Historia y novela en Valle Inclán. Para leer "El ruedo ibérico", pág. 17.

333.Hora actual de la novela española, t. II, pág. 31.

334.Times Literary Supplement, 25 de octubre de 1934, pág. 734.

335."Una voz del pasado", Triunfo, 13 de noviembre de 1976, pág. 69.

336.La novela española contemporánea, t. II, pág. 468, cito por la segunda edición.

337."Introducción" a la edición crítica de Imán preparada por él, pág. XLVIII. Ya se había expresado casi en idénticos términos mucho antes, en su libro "Imán" y la novela histórica de Ramón J. Sender, pág. 17. Allí, agregaba algo más, que resulta esclarecedor al respecto: "Si nos llega tan hondo (Imán, todavía hoy y seguramente aún mañana) es por su 'mensaje poético', es decir, por su 'alto mensaje universal'. Si se hubiera quedado en realista, ahora no lo podríamos leer más que como documento, pero no como obra de arte que es como lo degustamos", Ibidem, pág. 48.

338."La novela social española en los años 1929-1931", Insula, núm. 278, 1970, pág. 12.

339.Narrativa española fuera de España (1939-1961), pág. 25.

340.El escritor y su senda. Estudio crítico-literario sobre Ramón J. Sender, pág. 297.

341.Pág. 91.

342.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

343.Obra cit., III, pág. 14.

344.Medio siglo de cultura española, pág. 252.

345.Novela española de nuestro tiempo, 2ª ed. ampl. y correg., pp. 62-63.

346.Novela española de posguerra, pág. 31.

347.Artículo cit.

348.Díez Borque, José María (coordinador), Historia de la literatura española. Madrid, Taurus, 1980, vol. IV, pág. 308.

349.Artículo cit.

350.Ibidem.

351."Veinte apuntaciones acerca de veinte años de literatura", Arriba, 18 de julio de 1956.

352."Arturo Barea y los fantasmas de la historia", Camp de l'arpa, marzo de 1978, pp. 60-64.

353.Tesis cit., pág. 318.

354.Todas las citas corresponden a la edición de Turner de 1977.

355.Tendencias de la novela española actual 1933-1969, pág. 102.

356.La narrativa de la guerra civil: Arturo Barea, pp. 127-128.

357."Desembarco", pág. 12.

358.Suerte que en realidad corrieron un buen número de estos soldados denominados de "cuota", los cuales fueron enviados a Marruecos tras el desastre de Annual, e integrados en unidades que operaban en aquel territorio hasta finalizar su servicio militar en muchos casos, incumpliendo la administración el contrato que con ellos había establecido. Situación que denuncia, por ejemplo, Giménez Caballero en el título aquí tratado.

359.Pág. 157.

360.La cita y la página corresponden al texto publicado bajo el título de Los amores de Alfonso Reina. A partir de aquí todas las citas están extraídas de este volumen, aunque en el editado con distinto título, aparte del número de página, no suele haber gran



diferencia. En cualquier caso, cuando la haya, daré en nota la modificación que aporte No quiere morir.

361. Aquí sí que la versión de Los amores de Alfonso reina sufre una modificación, atenuante de su sentido derrotista, en No quiere morir, donde dice:

"Por ti permanezco en estas tierras' -escribía Santiago."  
(Pág. 97).

362. "Nuestro soldado desconocido", pág. 30.

363. Pág. 62.

364. Bajo el sol enemigo. El texto carece de numeración en las páginas. La cita pertenece al capítulo IV.

365. "El convoy", Notas marruecas, pág. 43.

366. Imán, pág. 68.

367. Imán, pág. 27.

368. Pacazos, pág. 58.

369. "El blocao", El blocao, pp. 16-18.

370. "Un médico militar", Notas marruecas, pp. 44-45.

371. Los amores de Alfonso Reina, pág. 90. Este fragmento ha desaparecido en No quiere morir.

372. Imán, pp. 18-19.

373. La ruta, pág. 10.

374. Imán, pág. 13.

375. Imán, pp. 113-114.

376. "Magdalena roja", pág. 73.

377. La ruta, pág. 73.

378. "El blocao", El blocao, pp. 12-13.

379. "Magdalena roja", pág. 132.

380. ~~La ruta~~, pág. 164.

381. "El reloj", ~~El bloqueo~~, pp. 38-39.

382. ~~La ruta~~, pág. 10.

383. "Magdalena roja", ~~El bloqueo~~, pág. 118.

384. ~~Uno de tantos~~, pág. 62.

385. ~~Imán~~, pág. 89.

386. "Noche de luna", ~~Notas marruecas~~, pág. 28.

387. ~~Uno de tantos~~, pág. 80.

388. Pág. 59.

389. ~~Imán~~, pág. 54.

390. ~~Imán~~, pág. 40.

391. Aquí, la perversidad del ejército no reside tanto en su organización -que también- como en su función de maquinaria para la guerra. Su rechazo radica sobre todo en la esencia de esta institución:

"Respetaremos el ejército mientras tenga una existencia legal en el Estado.

'Pero le pediremos que nos ayude él mismo a suprimirlo; porque en sí mismo, en su misma esencia, tiene un virus de atávica imperfección.

'El mismo ejército querrá ser un organismo de paz, porque como organismo de paz será beneficioso para la patria."  
(Pág. 188).

392. ~~Imán~~, pág. 49.

393. "Noche de luna", ~~Notas marruecas~~, pp. 27-28.

394. ~~Imán~~, pág. 36.

395. ~~Uno de tantos~~, pág. 90.

396. ~~La ruta~~, pág. 96.

397. ~~Imán~~, pág. 181.

398.Uno de tantos, pp. 84-85.

399.Uno de tantos, pág. 164.

400.La ruta, pág. 10. Muy parecida es la escena que Salvador Ferrer narra en Uno de tantos:

"Casi al mismo tiempo de terminar nuestra conversación, volaban, como palomas asustadas, unas casitas blancas de la montaña de enfrente./ Nuestra artillería, después de unos intentos baldíos, había acertado la trayectoria. Los oficiales se felicitaban alegremente y en pocos momentos las casitas desaparecieron, quedando en su lugar un manchón blanco oscuro, como de nieve sucia, que la lluvia barrió inmediatamente." (Pág. 80).

401.Uno de tantos, pp. 127-128.

402.Uno de tantos, pp. 125-126.

403.El sacrificio, pág. 61.

404.Imán, pág. 90.

405.Imán, pág. 126.

406.Uno de tantos, pág. 49.

407.iiiLos muertos de Annual ya son vengados!!!, pág. 70.

408."Nuestro soldado desconocido", pág. 32.

409.Imán, pág. 144.

410."Nuestro soldado desconocido", pág. 29.

411."El santo del rey", pág. 116.

412."Convoy de amor", El blocao, pág. 175.

413.iiiLos muertos de Annual ya son vengados!!!, pág. 91.

414.Imán, pág. 154.

415."Nota final en Madrid", obra cit., pág. 186.

416.iiiLos muertos de Annual ya son vengados!!!, pp. 13-14.

417.Uno de tantos, pág. 219.

418.La ruta, pág. 240.

419.Los amores de Alfonso Reina, pág. 167. Este fragmento ha desaparecido en No quiere morir, posiblemente fue suprimido por la censura, dado que en su lugar, en la página 165, ha quedado un hueco marcado con puntos.

420.Imán, pág. 282.

421.Jauja, pp. 178-180.

422.Página 98.

423.La tragedia del cuota, pp. 123-125.

424.La tragedia del cuota, pág. 97.

425.La Colorina, pág. 74.

426.La tragedia del cuota, pág. 159.

427.Prosa vanguardista en la generación del 27. Gecé y la "Gaceta literaria", pp. 247-248.

428.Tesis cit, pág. 68.

429.!!!Los muertos de Annual ya son vengados!!!, pág. 13.

430.Los hombres de hierro, pág. 53.

431.La tragedia del cuota, pág. 54.

432.Ibidem, pág. 52.

433.Los amores de Alfonso Reina, pág. 128.

434.Jauja, pág. 223.

435. "Imán" y la novela histórica de Sender, pág. 22. Idea que ha reproducido en los mismos términos recientemente, en la introducción a su edición crítica de Imán, pp. LXV-LXVI.

436.Introducción a la edición de la novela publicada por la editorial Destino.

437.Times Literary Supplement. London, núm. 1708, 25 de octubre de 1934, pág. 734.

438.Tesis cit., pp. 264-265.

439.Obra cit., pág. 147.

440.Aspectos ideológicos y técnicos en la narrativa de Ramón J. Sender (1930-1936). Tesis doctoral inédita [en lo que alcanzo a conocer], Universidad Complutense, Madrid, 1988, pp. 251-252. Reproducido después en "Aspectos técnicos en la narrativa de Ramón J. Sender (1930-1936)", Alazet (Huesca), núm. 4, 1992, pp. 11-57.

441."Aspectos técnicos en la narrativa de Ramón J. Sender (1930-1936)", Alazet (Huesca), núm. 4, 1992, pp. 11-57.

442."Sender's Imán: Narrative Focus in a Portrayal of Horror!", La Chispa II: selected proceedings, 1981, pp. 353-359.

443.Ibidem.

444.Ibidem.

445.Blanco Aguinaga, Carlos, Julio Rodríguez Puértolas e Iris María Zavala, Historia social de la literatura española (en lengua castellana), vol. II, pág. 348.

446.Poética y textos en "Imán", de Sender. Tesis doctoral, publicada en Ann Arbor, Michigan, University Microfilms International, 1984, pág. 147.

447.Algunos aspectos de la novela española de la emigración. Ramón Sender. Barcelona, 1966 (Resumen de una tesis doctoral presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona).

448."Imán" y la novela histórica de Ramón J. Sender, pág. 21.

449.Tesis cit., pág. 265.

450."Sigo junto al parapeto, preocupado por las confidencias de Viance", pág. 52.

451. A pesar de que Fernando Samaniego interprete su relación en clave de un enfrentamiento moral y de clase, que no acierto a ver. Obra cit., pp. 139-146 y 148-149.

452. Pág. 247.

453. "Viance comienza con su cuento, en primera persona. Pronto, después de cuatro páginas, la narración vuelve a la tercera persona. Así se objetiva el relato, así se le da una dimensión más totalizadora", "Meditación política sobre el hombre y su destrucción por el hombre: Imán", Reseña de literatura, arte y espectáculos, núm. 104, abril de 1977, pp. 10-11.

454. La marcha al pueblo en las letras españolas 1917-1936, pág. 92.

455. Sus afirmaciones al respecto distan mucho de la neta concreción, bien al contrario, resultan bastante crípticas y lo más pueden entresacarse ideas como: "Numerosos son los elementos que repetidos en las partes I y III pueden llevarnos a observar una estructura cíclica de la novela que niegue toda evolución o aprendizaje del doble personaje", (Tesis cit., pág. 49). O como esta otra, donde parece recoger parte de lo dicho por Marcelino C. Peñuelas: "Imán se presenta como una serie de afirmaciones (cuadros) acompañadas de sus correspondientes omisiones (espacios en blanco). Lo explícito o descrito en las estampas funciona como referente de lo que se oculta, de las elipsis. Los intersticios entre cuadros sirven al lector como rellanos donde tomar aliento y contraponer el último fragmento a la totalidad -no tan sólo inmediata- del texto en general. Estos espacios proporcionan un remanso hermético a la parcialidad del narrador y contribuyen a la liberalización del punto de vista. En ellos se entreteje principalmente la red de interrelaciones que define a Imán mejor que ningún otro elemento." (*Ibidem*, pp. 166-167).

456. "Imán" y la novela histórica de Sender, pág. 23.

457. "Sobre el estilo de Sender en Imán", Insula. Madrid, núm. 269, abril de 1969, pp. 1 y 12.

458. Pág. 123.

459. Pág. 272.

460. "El primer Sender", Alazet (Huesca), núm. 7, 1995, pp. 105-134.

461.Imán, pp.196-197.

462.Pág. 229.

463.Tesis cit., pp. 266-267.

464.La marcha al pueblo en las letras españolas 1917-1936, pág. 92, nota.

465.Puede confrontarse en el mencionado lugar y en su libro Conversaciones con Ramón J. Sender, pp. 202-203 (tomo este último dato de la introducción a Imán en la edición de Destino).

466.Ferragut, Juan [seudónimo de Julián Fernández Piñero], Memorias de un legionario, pp. 25-26.

467.En la introducción a la edición de Destino.

468.El texto carece de paginación. La cita corresponde a la tercera página del relato. En lo sucesivo el número que indica sigue la misma pauta.

469."Infamemente escrita -o traducida- La ruta (...)", Narrativa española fuera de España (1939-1961), pág. 327.

470.La novela española contemporánea, vol. II, pág. 455.

471."José Díaz Fernández: la superación del vanguardismo", Cuadernos del Norte, núm. 13, mayo-junio de 1982, pág. 60.

472."El blocao" (reseña) en Heraldo de madrid, 24 de julio de 1928.

473.José Díaz Fernández: narrador, crítico, periodista y político. Universidad de Berna, (Tesis doctoral), 1980, pág. 235.

474.El nuevo romanticismo, pp. 73-74. Utilizo la edición de 1985, editada por José Esteban, a cargo de José Manuel López de Abiada.

475."(...) intenta construir un relato de tipo modernista", Prosa vanguardista en la generación del 27. Gecé y la "Gaceta literaria", pág. 279.

476.Sin ánimo de exhaustividad, como simple anotación:

"Atardece hermosamente (...)", (pág. 18)

"Por la tarde (...)", (pág. 39)

- "La tarde cae (...)", (pág. 61)  
 "(...) muere el sol dorado de la tarde (...)", (pág. 70)  
 "(...) el sol va alargando las sombras (...)", (pág. 74)  
 "(...) este sol de atardecer (...)", (pág. 81)  
 "(...) pasé escuchando trenes solitarios en los atardeceres (...)", (pág. 104)  
 "Al atardecer (...)", (pág. 153).

477. "La species poetica en Imán, de Sender, Hispanófila, núm 14, enero de 1962, pp. 33-39. Este artículo está también recogido en un libro posterior de carácter colectivo sobre el escritor aragonés, Ramón J. Sender. In memoriam. Antología crítica, edición al cuidado de José Carlos Mainer, 1983, pp. 291-297. Aún figura en otro volumen colectivo, que desconozco. Según apunta Francisco Carrasquer -en su ya mencionada introducción a la edición de Imán en la editorial Larumbe- se trata de una versión ampliada y con modificaciones, "El realismo social en la novela de Ramón J. Sender", Vázquez, Mary S. (ed.), Homenaje a Ramón J. Sender. Newark, Delaware, Juan de la Cuesta, Arizona State University (Hispanic Monographs), 1987.

478. En su ya varias veces mencionada introducción a la edición de Imán publicada por Larumbe, pp. CVII-CXVII.

479. En tal dirección lo define, por ejemplo, Rafael Lapesa: "Imagen poética es la expresión verbal dotada de poder representativo, esto es, la que presta forma sensible a ideas abstractas o relaciona, combinándolos, elementos formales de diversos seres, objetos o fenómenos perceptibles." Introducción a los estudios literarios. Madrid, Cátedra, 1981 (15ª ed.). Y en muy parecidos términos se expresan René Wellek y Austin Warren, en su manual, tan clásico como el de Lapesa, Teoría literaria. Madrid, Gredos, 1966 (4ª ed.)

480. "Sender's Imán: Narrative Focus in a Portrayal of Horror", pág. 356.

481. Loc. cit., pp. CIX-CX.

482. Ibidem.

483. Ibidem.

484. Loc. cit., pág. CXIV.



485. En varios lugares, entre otros en su libro Conversaciones con Ramón J. Sender, pág. 40; y más recientemente en el artículo "Estilo", recogido en el ya citado volumen colectivo Ramón J. Sender. In memoriam, pp. 263-287.

486. "Imán" y la novela histórica de Sender, pág. 50.

487. Los Contemporáneos, núm. 791, 20 de marzo de 1924.

488. El original carece de número de paginación, por lo que desde este momento todas las citas corresponden al número que yo les he asignado, contando como número uno la primera de texto. Estas dos se hallan en la primera columna de la doce.

489. Los Contemporáneos, núm. 800, 22 de mayo de 1924.

490. Tesis cit., pág. 59.

491. Carezco de cualquier información biográfica o bibliográfica sobre este autor, por lo que también desconozco si escribió otras obras de carácter literario o ésta fue la única. Lo que sí puede aventurarse, sólo como hipótesis, es que tal vez estuviera ligado al mundo militar por el conocimiento que demuestra de su jerga profesional.

492. Ver nota 144.

493. Nada puedo aportar sobre su persona y obra por la total ausencia de noticias. Ni siquiera la bibliografía sobre la novela española del exilio arroja luz sobre su figura, que tan sólo he encontrado mencionada en la Bibliografía de la novela de la guerra civil y el franquismo de Carlos Fernández Santander, donde su nombre aparece incluido en el repertorio de autores citados y se le atribuye otra novela, La tierra herida (1965), publicada también en Méjico.

494. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

495. Véase el siguiente ejemplo, por mencionar sólo una entre estas múltiples ocasiones: "sólo más tarde, al ir rememorando aquella vida singular, llegué a entender cómo junto a un orden oficial (...)", pp. 64-65.

496. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

497."Crónica de tiempos vulgares", "Libros", Diario 16, 27 de abril de 1989, pág. IV.

498.Con estas palabras Salgado deja ver la feroz oposición que suscitaban algunas de las exigencias de los denominados junteros -así se llamaba a los militares que apoyaron las Juntas de Defensa- en los militares que servían en Marruecos, sobre todo la referida al establecimiento de un sistema de escala cerrada en cuanto a los ascensos, es decir, que éstos se llevaran a cabo por estricta antigüedad, respetando el orden de escalafón, igual que venía sucediendo en el arma de artillería. Esto suponía la eliminación de los ascensos por méritos de guerra, de los que disfrutaban los africanistas pero no los junteros, cuyas carreras quedaban estancadas en sus destinos peninsulares sin posibilidad de ascenso.

499.En la citada reseña de Diario 16.

500.Reseña citada.

501.En repetidas ocasiones, manifiesta su disgusto hacia estos militares. A tal efecto, véase, por ejemplo, el muy explícito comentario que dirige a don Gonzalo:

"-Es usted un chulo africanista, mi capitán, como lo son todos ustedes, y están defendiendo una causa estúpida y pretenciosa. África es de los africanos. Eso está claro. El Imperialismo se acaba en el mundo, incluso el inglés, pero ustedes utilizan esta guerra para revestirse de héroes y hacer luego mejores bodas en España" (pág. 63).

502.La mujer del héroe, pág. 16.

503.Tánger, pequeño Montecarlo, pág. 2.

504.Once oficiales en torno a una mesa, pág. 115.

505.Véanse otro par de ejemplos donde no parece lejana la voz del narrador colombiano en sus creaciones sobre Macondo:

"Don Hernán Hernández murió a los cincuenta años, de un callo mal rebanado y de no lavarse los pies. A su mujer, una niña elegida en la calle a los catorce años, cuando jugaba a las tabas, le hizo veinte hijos. Todavía cuando murió, las bisnietas de don Hernán jugaban por los campos a la pata coja", (pág. 19).

"Afrodita Anadiomenes tenía, sí, las dimensiones desnudas y justas que impone el clasicismo (...) Se había mantenido siempre en la misma edad sin edad y había yacido con todos los hombres de la familia, desde don Hernán Hernández hasta Jonás el bastardo, pasando por los hermanos y primos, los novios, maridos, cuñados, tíos y yernos", (pág. 19).

506. Sin haber escrutado el texto con absoluto detalle, aparece hasta tres veces en páginas no demasiado alejadas, e incluso en dos casos tomando un mismo objeto, sin conotación alguna dentro del relato, como punto de atención:

"Me abismé en la contemplación del puño de plata." (Pág. 36)

"Abismé mi mirada en el puño de plata del bastón." (Pág. 52)

"Abismó la mirada en el suelo." (Pág. 70).

507. Donde apareció con el número 30 y fecha de 18 de marzo.

508. Sobre sus pocos datos biobibliográficos, ver apéndice de narradores.

509. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

510. Tesis cit., pág. 52.

511. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

512. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

513. Pág. 8. El texto carece de numeración en las páginas, por lo que éste y los que figuran en sucesivas citas son los que yo le he atribuido, dando el número uno al lugar donde se inicia el primer capítulo.

514. Así se le denomina en la página 73.

515. "Marruecos, tema tabú en la literatura española durante el franquismo", Actas del Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas (Valencia. 1987), 1989, pp. 323-331.

516. *Ibídem*, pág. 331.

517. *Ibídem*, pág. 331.

518.Kábila, pág. 10.

519.Kábila, pág. 299.

520.Kábila, pág. 283.

521.Kábila, pp. 148-149.

522.Nada tiene que ver con los errores aquí señalados, por cuanto se trata de un vocablo propio de la jerga militar del ejército destacado en Marruecos: "tener" o "saber manera", cuyo sentido viene a ser 'disponer de la necesaria experiencia o capacidad para desenvolverse en una situación que por lo general no es de fácil manejo'.

523.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

524.En La novela española del siglo XX, pág. 162.

525.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

526.Ver apéndice de narradores para información sobre la autora y su obra.

527.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

528.Información que tomo de Consuelo Baranda, en su hasta el momento inédito artículo "La historia del cautivo de J. A. Gaya Nuño. Entre la novela histórica y la novela social".

529.Aunque la obra es producto de la colaboración entre dos escritores, de aquí en adelante, por abreviar, aludiré algunas veces sólo a este autor, dado que es quien figura en primer lugar.

530.Treinta años de novela española I, pág. 94.

531.Obra cit., pág. 162.

532.Tesis cit., pág. 54.

533.Historia de la novela social española (1942-1975), I, pág. 169.

534. Goya Nuño y su tiempo, pág. 83.

535. Se refiere a la defensa de la posición denominada Pozo número 2 llevada a cabo por el cabo Jesús Arenzana y un pequeño grupo de soldados. Merced a la falsedad de lo testimoniado por todos sus protagonistas, aquello se consideró una gesta heroica. Más tarde, el propio Arenzana se desdeciría de sus primeras declaraciones y aclararía la bien distinta verdad de lo sucedido. Así lo recoge Juan Pando entre las páginas 213 y 215 de su citada obra, tras consultar el legajo A-2206 del Archivo General Militar de Segovia.

536. Treinta años de novela española: 1938-68, I, pp. 287-288.

537. Historia del cautivo, pág. 94.

538. Historia del cautivo, pág. 55.

539. Mi responsabilidad en el desastre de Melilla como ministro de la Guerra, pág. 437.

540. Ejército y sociedad en la España liberal 1808-1936, pág. 239.

541. El derrumbamiento, pág. 161.

542. Ecce Homo, pág. 356.

543. Abd el-Krim y la guerra del Rif, pág. 98.

544. Annual 1921. El desastre de España en el Rif, pág. 286.

545. El problema de Marruecos, pág. 20.

546. "La revolución rifeña de Ben Abd el-Krim", Historia 16, extra IX, pp. 27-34.

547. España en el Rif, pp. 84-86.

548. Annual, pág. 125.

549. Annual, pág. 133.

550. Obra cit., pág. 69.

551. Historia del cautivo, pág. 96.(P

552.Obra cit., pág. 101.

553.Pág. 66.

554.Pág. 29.

555.Annual, pp. 142-143.

556.Ver nota 535.

557.El desastre de Annual, pág. 27.

558.Suceso del que da cuenta buena parte de la prensa de la época. Véase, por ejemplo, lo que al efecto puede leerse en El Sol de Madrid, el martes 26 de julio de 1921: "Al mediodía llegaron a bordo del trasatlántico 'Ciudad de Cádiz', procedentes de Ceuta, don banderas del Tercio de Extranjeros, mandadas por el teniente coronel Sr. Millán Astray (...) El recibimiento fue indescriptible; el público ocupaba totalmente el muelle (...) / El Sr. Millán Astray, antes de desembarcar las banderas, arengó a las tropas, y luego, dirigiéndose al pueblo, saludó a Melilla, diciendo que los legionarios (...)" Esta anécdota ha sido además recogida en múltiple bibliografía. Por mencionar un par de libros donde se vierte tal y como la presentó la prensa, puede confrontarse en la biografía del propio Millán Astray que Carlos de Silva publicó en 1956 bajo el título General Millán Astray (El legionario), en las páginas 23-25; y en la reciente Historia secreta de Annual, de Juan Pando, pág. 237.

559.Aita Tettauen, pág. 556 de la edición antes mencionada.

560.Artículo citado.

561.Artículo citado.

562.Pág. 153.

563.Annual, pág. 277.

564.Artículo citado.

565.Artículo citado.

566.Obra cit., pág. 83.

567.Prólogo del autor, pág. 11.

568. Comalada Negre, Angel, "Episodios Nacionales Contemporáneos", Historia y Vida, extra núm. 50, 1988, pp. 162-165.

569. Página 297.

570. ~~Tendencias de la novela española actual (1950-1970)~~, pág. 186.

571. Tesis cit., pág. 54.

572. Tesis cit., pág. 45.

573. Abd el Krim y los prisioneros, pp. 21-22.

574. Abd el Krim y los prisioneros, pág. 194.

575. Obra cit., pp. 27-28.

576. Obra cit., pp. 234-235.

577. Un buen oficial, pág., 57.

578. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

579. Wenceslao Fernández Florez y sus novelas, pág. 99.

580. Un buen oficial, pág. 12.

581. Obra cit., pág. 109.

582. Pág. 40.

583. Análisis de una insatisfacción: las novelas de W. Fernández Flórez, pág. 331.

584. Obra cit., pp. 323-324.

585. La novela española contemporánea, II, pág. 33.

586. Obra cit., pág. 33-34.

587. Obra cit., pág. 99.

588. Análisis de una insatisfacción: las novelas de W. Fernández Flórez, pág. 327.

621. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

590. "Notas introductorias" a la reedición de la novela de Francisco Carcaño, publicada por la Biblioteca Pública Municipal de Melilla en 1988.

591. Recogida también como apéndice en el mismo volumen donde figura la citada reedición de la novela.

592. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

593. Pág. 29. Todas las citas corresponden a la primera edición.

594. Pág. 106.

595. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

596. Volúmenes publicados en 1994 y 1995, respectivamente, en los cuales da cuenta de tiempos posteriores a la campaña militar.

597. En las ya citadas "Notas introductorias", pp. XXIII-XXIV.

598. Pág. 83. Todas las citas de esta novela están tomadas de la reedición llevada a cabo por Vicente Moga Romero y publicada bajo el patrocinio del ayuntamiento de Melilla en 1988.

599. Pág. 8.

600. "Estudio preliminar: Estructura novelística y trasfondo histórico", Juan Berenguer, Melilla, la codiciada. Melilla, 1997, pág. 65.

601. Pág. 79.

602. Pág. 217.

603. Pág. 143.

604. Páginas 143-144.

605. Al que no aludiré en este trabajo porque su argumento rememora una época posterior y no mantiene ninguna relación con el asunto de la guerra.



606.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

607.De estos episodios y de otros varios se da razón en una abundante bibliografía, pero, por mencionar un título anterior al texto de García Figueras, merece ser señalado El Risuni, de Manuel L. Ortega, publicado en 1917.

608.Pág. 236.

609.Ver apéndice de narradores para información sobre la autora.

610.Pág. 193.

611.Pág. 175 para ambas citas.

612."Una historia inerte", "Babelia. Libros", El País, 26 de junio de 1993, pág. 13.

613.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

614.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

615.Prólogo del autor a su novela, "A modo de explicación", pp. 11-12.

616.Autobiografía del general Franco, pág. 87.

617.*Ibidem*, pág. 98.

618.Pág. 176.

619."Un monumento antifranquista", "Babelia. Libros", El País, 31 de octubre de 1992.

620.*Ibidem*.

621.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

622.Ver Moga Romero, Vicente, "El imaginario literario de Sender en el norte de África", Actas del Congreso sobre Ramón J. Sender (Huesca. 1995), 1997, pp. 705-716.

623."Ben-Yeb el cobarde" en el número 52, correspondiente a septiembre de 1925, entre las páginas 903 y 906. "El negro Tcho-Wak" en el número 64, de septiembre de 1926, en las páginas 937-939. Informaciones que tomo del estudio de José Domingo Dueñas Lorente Literatura y periodismo en los años 20. Antología. Ramón J. Sender, donde el crítico recoge ambos relatos.

624."El primer Sender", Alazet (Huesca), núm. 7, 1995, pp. 105-134.

625.Todas las citas de éste y del otro relato están extraídas del mencionado volumen de Dueñas Lorente, que no presenta diferencias con los textos aparecidos en Lecturas y resultan más accesibles.

626.Art. cit., pp. 119.

627.Ver el ya mencionado artículo de Moga Romero "El imaginario literario de Sender en el norte de África", pp. 709-710.

628.*Ibidem*.

629.Todas estas muestras se concentran en menos de una página. En la edición de Dueñas Lorente desde el inicio de la 187 hasta el principio de la siguiente.

630.Adjetivo que en este caso se aplica a Ben-Yeb, pero que, según pudo verse en Imán, constituye uno de los rasgos caracterizadores de Viance.

631.Pág. 8. Todas las citas corresponden a la edición publicada en México, por Editores Mexicanos Unidos, en 1965.

632.Pág. 5.

633.Ramón J. Sender, pág. 151.

634."Introducción: Cabrerizas Altas: Novela de Melilla", Ramón J. Sender, Cabrerizas Altas. Melilla, Ayuntamiento de Melilla, 1990, pp. 15-32.

635.Dualidad terminológica que define por oposición parte de las concepciones humanas y sociales de Sender. Una detallada información al respecto puede encontrarse en Manuel Béjar, "Estructura y temática de La noche de las cien cabezas" -en Mainer, José Carlos (compilador), Ramón J. Sender. In memoriam, pp. 299-322- y en la introducción de José María Jóver a la

edición de Míster Witt en el Cantón publicada por Castalia (1987), pp. 7-149.

636.Loc. cit., pág. 24.

637."Cabrerizas Altas", Insula, núm. 240, 8 de noviembre de 1966, pág. 8.

638.Tesis cit., pág. 222.

639.Percance por el que hubo de pasar Viance:

"(...) Viance va al sargento Lucas que está con el capitán. Entrega sus dos fusiles, satisfecho. El sargento apunta los números: 72.340 y 8.211. Después busca la lista de armamento, la ojea y pregunta:

'-¿Y el tuyo? ¿Dónde está tu fusil?

'Se quedó allí, con los cadáveres. Ha perdido su fusil, nada menos que su fusil. Si ha traído dos o doscientos, es igual; eso no tiene nada que ver con el hecho delictivo de haber perdido el fusil propio." (Imán, pág. 267, ed. de Francisco Carrasquer).

640.Con el número 226 dentro de la publicación y fecha de 10 de septiembre.

641.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

642.Aguilas de acero, pág. 12.

643.Ver epígrafe "El hombre en la guerra".

644.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

645.Así lo dan a entender, por ejemplo, Eugenio G. de Nora, en La novela española contemporánea, vol. II; José Ramón Marra-López, en Narrativa española fuera de España (1939-1961); o María Francisca Vilches de Frutos, en La generación del nuevo romanticismo (1924-1939), entre otros.

646.Por esta interpretación se decantan, entre otros muchos nombres que podrían citarse, Francisco Pina, en Escritores y pueblo; José Manuel López de Abiada, en José Díaz Fernández: narrador, crítico, periodista y poeta; o Franco Meregalli, en "Sender en la literatura de su tiempo".

647.La novela española contemporánea, vol. II, pág. 199.

648.En "La novela en la generación de 1925: Antonio Espina", Archivum, núm. XVI (1966), pp. 213-222. Una síntesis de este artículo puede verse en Historia y crítica de la literatura española, vol. VII, pp. 568-570.

649."Al cumplir los veinte años tuvo que prestar su servicio militar en la guerra colonial de Marruecos", pág. 567.

650.Todas las citas corresponden a la primera edición del texto. Existe una segunda, mucho más moderna, publicada por Libertarias/Prodhufi en 1992.

651."El toque de diana, pero de la diana de campaña, es lo más vivo animado y retozón que pueda imaginarse (...) Por lo demás, al toque de diana [todos los subrayados corresponden al autor] sigue siempre una grande explosión de cantos de gallos, admirablemente imitados por la tropa", (Diario de un testigo de la guerra de Africa, pp. 41-42).

652."Prosa y teatro de la generación del 27", Historia y crítica de la literatura española, vol VII, pp. 528-551.

653.La deshumanización del arte.

654.Publicado en La Novela Africana, colección dirigida por él mismo, con el número 29 y fecha de marzo de 1930.

655.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

656.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

657.El blocao y el oriente. Una introducción al estudio de la narrativa del siglo XX de tema marroquí. Murcia, Universidad de Murcia, 1994.

658.La novela española contemporánea, vol. II, pág. 424.

659.Mi medio siglo se confiesa a medias. Madrid, Tebas, 1979, pág. 349.

660.Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

661. Carezco de cualquier información sobre el autor.

662. Por no alargar más la cuestión repitiendo tan dilatadas construcciones, remito a las páginas 160 y 161, donde los discursos de ambos se suceden de manera consecutiva y dejan fehaciente constancia de la identidad de su prosa.

663. Carezco de información sobre cualquier dato biográfico acerca de su persona y desconozco si en su haber cuenta con otros títulos publicados.

664. El episodio refiere en concreto el asesinato de Alí Akalay y su criado en el arroyo Tembladeras. Personaje que por encargo del general Marina, alto comisario en la época, realizaba labores encaminadas al entendimiento pacífico con el Raisuni. Incidente de naturaleza histórica y real que la novela recoge en la pág. 97. Una visión auténtica de lo sucedido y de sus repercusiones políticas, de las que también se hace eco el relato con absoluta fidelidad, se ofrece, por ejemplo, en el reciente volumen de Juan Pando Historia secreta de Annual, pp. 66-68.

665. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

666. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

667. Ver apéndice de narradores para información sobre el autor y su obra.

668. Pág. 133.

669. De la ya mencionada edición de Larumbe-Instituto de estudios altoaragoneses, con introducción y notas de Francisco Carrasquer.

## **2. MEMORIA DE UNA GUERRA**

La guerra de Marruecos en las diferentes fases o campañas que tuvo a partir de la implantación del régimen de Protectorado no sólo se convirtió en fuente de inspiración para la ficción literaria en sus más variadas formas, sino que generó también un buen número de obras sin voluntad fabuladora alguna, ligadas al testimonialismo más directo; un tipo de narrativa de estricta denotación de la realidad, escrita en la mayoría de las ocasiones por los mismos que combatieron en aquellas tierras o por privilegiados testigos, corresponsales y reporteros de prensa las más de las veces, a quienes las circunstancias aproximaron a la inmediatez de la contienda. Fueron, por decirlo de alguna manera, aunque salvando todas las distancias, los Pedro Antonio de Alarcón de estos nuevos tiempos. No se trata en ningún caso de libros compuestos desde el rigor historiográfico o la reflexión ensayística, ni siquiera de esos análisis del acontecer puntual que a menudo suele redactar el mundo periodístico recogiendo documentación de aquí y de allá. Todas esas obras han quedado excluidas de estas páginas por razones obvias. Entre los títulos a los que voy a dedicar alguna atención sólo figuran textos en los que la historia se hace presente como vivencia personal o donde el carácter documental, la descripción de gentes, paisajes y costumbres, se antepone a cualesquiera otros motivos de escritura.

Me hago cargo de que la presencia de este tipo de obras en un trabajo como éste puede resultar cuando menos cuestionable. Ha de repararse, sin embargo, en que todos ellas transmiten impresiones personales sobre la guerra o sobre asuntos aledaños, voluntad no muy distante de la que alentaron varios de los títulos novelescos aludidos en las páginas precedentes, aunque en aquéllos primase la intencionalidad artística -por discutible que resulte en algunos de ellos- mientras que en éstos el énfasis recae en lo meramente testimonial. En cualquier caso, la huella de aquel conflicto armado en el panorama de las letras españolas quedaría, a mi entender, incompleta sin una mención a este otro enfoque. La funcionalidad de este capítulo ha de entenderse por tanto como de exclusiva complementariedad a los anteriores, sin que su finalidad sea censar con exhaustivo cómputo ni analizar al detalle la

totalidad de estos textos. Tan sólo dejar constancia de su existencia y realizar una somera cala entre sus variados contenidos. Razón por la cual no han de extrañar las ausencias que puedan advertirse.

Entre la heterogeneidad de asuntos tratados y de formas narrativas o géneros que les han servido de vehículo, predomina el relato que apela a la memoria sobre aspectos bélicos: diarios o vivencias personales y, en general, libros de recuerdos de variopinta factura y alcance. En cohabitación con los anteriores, otros quedan más próximos al tradicional concepto de literatura viajera, con un predominio de la notación descriptiva sobre la narración de acontecimientos. Por último, cabe mencionar aquéllos que, aun compartiendo algo de los dos grupos anteriores, tienden hacia el reportaje o la crónica de más amplia perspectiva y de elaboración más cercana a lo periodístico. He limitado la presencia de estos últimos a un muy reducido número, ya que sus propios presupuestos -donde lo reflexivo y ensayístico con frecuencia ocupa un plano destacado- los alejan de los objetivos enunciados en líneas previas. No obstante, los aquí convocados gozan de suficiente interés y no carecen de motivos para figurar junto a los anteriores.

Pocas dudas pueden albergarse de que el desastre de Annual marcó un antes y un después en la entera cuestión de Marruecos: en la trayectoria de la guerra, en la percepción de los españoles sobre aquel conflicto e incluso en la política presente en aquel momento y futura del país. A aquel descalabro hay que atribuir también la aparición de buen número de los libros que irán desfilando por las próximas páginas, los cuales muy probablemente no hubieran existido ni siquiera como idea sin la derrota militar, basta para darse cuenta de ello reparar en sus fechas de publicación, posteriores en la mayoría de los casos a julio de 1921. La opinión pública, primero alarmada y más tarde ávida de información, giró la mirada hacia el Protectorado y cuanto allí estaba ocurriendo. La contienda colonial se instaló en los primeros planos de la vida nacional y aún continuaría ocupando esa destacada posición durante una dilatada temporada, pues al desastre siguieron las controvertidas acciones de reconquista del territorio perdido, el largo y crispado proceso de la búsqueda de responsabilidades, el



lacerante problema de los cautivos y los sucesivos reveses que el ulterior discurrir bélico trajo aparejados. Al calor de este ambiente proliferaron todo tipo de publicaciones que desde uno u otro enfoque ofrecían análisis, testimonios o cualesquiera otras noticias sobre lo que en aquellos lugares estaba sucediendo. Si en los capítulos precedentes hemos visto como la novela popular aprovechó pronto la coyuntura, esto se hace aún más evidente en los libros sin componente de ficción. Entre el final del año 1921 y 1925, decreciendo según las fechas se van alejando de aquel momento álgido y con una notable elevación en 1922, este tipo de volúmenes proliferan y se multiplican a ritmo frenético, en tanto que a partir de 1926 pueden considerarse casi extinguidos. Algunos soldados y militares con vocación literaria o deseos de dar su versión de lo allí sucedido, unidos a habituales estudiosos de la cuestión marroquí, a periodistas a los que la profesión había acercado al asunto y hasta a plumíferos de tres al cuarto quisieron dejar constancia de su visión sobre el acontecer en Marruecos. En unos casos guiados por una voluntad esclarecedora, en otros arrimando el ascua a las muy diversas sardinas que por aquellos días interesaban. La motivación económica tampoco debió de quedar excluida pues, aunque carezco de información sobre las tiradas alcanzadas por estas obras, casi puede asegurarse que los lectores debieron de depararles una calurosa acogida. De que esta demanda de información sobre Marruecos debió de ser cierta y efectiva por parte del público nos da cabal idea, por ejemplo, el que uno de los motivos esgrimidos por el sargento Basallo, uno de los más conspicuos prisioneros españoles en manos de los rifeños, para redactar y dar a la luz pública sus Memorias del cautiverio fuera rebatir las imprecisiones e inexactitudes vertidas por Álvaro de la Merced en un libro firmado por ambos y compuesto sobre notas y comentarios del ex cautivo, que bajo el título de Memorias del sargento Basallo había aparecido con anterioridad. Más que prisa debió de darse el periodista para hacer llegar la obra a las librerías, tanta que ni siquiera contó con el beneplácito del militar protagonista, quien se vio casi obligado a salir al paso del apócrifo testimonio:

"(...) la publicación con mi nombre de otras Memorias, no escritas ni dictadas por mí, sino ligeramente hilvanadas con retazos sueltos e incongruentes de conversaciones más

y con informaciones, no todas exactas, de periódicos, sin la cohesión y la coherencia precisas para dar una noción total y fiel de los hechos que pretenden reflejar, y caprichosamente aderezadas con gratuitas referencias y arbitrarias apreciaciones, de algunas de las cuales se me ha pedido explicación y rectificación por dignos oficiales de nuestro Ejército de África."<sup>1</sup>

Por lo que respecta a sus autores, poco cabe decir, ya que la mayoría de ellos no figura en ninguna nómina de literatos. Se trata de nombres desconocidos, anónimos soldados o militares profesionales sin más proyección que estas obras, o periodistas con predicamento sólo dentro de su ámbito. Y aquellos otros que han alcanzado alguna popularidad se la deben en exclusiva a otras dedicaciones y no a su pluma.

Si el desastre de Annual fue el motor que puso en marcha la mayor parte de esta fiebre testimonial, justo resultará hacer mención en primer lugar de aquellos textos que se ocuparon de él con más exclusiva atención, aunque su sombra se deje entrever en no pocos otros.

Con este mismo título, Annual, apareció en 1922 un libro del periodista Eduardo ORTEGA Y GASSET, enviado especial del madrileño diario La Libertad para cubrir la información sobre el terreno durante los días que siguieron a la derrota. El volumen consta de dos partes. La segunda carece casi de todo interés para el objetivo perseguido en estas páginas, ya que en ella ofrece una selección de sus artículos de prensa, donde se limita a denotar el acontecer diario dando cuenta de las iniciativas políticas y militares que se fueron tomando con posterioridad al suceso, así como cierto menudeo de datos divulgativos sobre algunos personajes destacados del momento. Nada que tenga que ver con la vivencia y el recuerdo personal. En la primera parte, sin embargo, el corresponsal transcribe la experiencia que le ha contado Bernabé Nieto, uno de los escasos soldados sobrevivientes a la catástrofe. Antes de seguir adelante, conviene advertir que nada permite contrastar la verdadera existencia de este artillero como tal, aunque tampoco hay indicios suficientes que revoquen su autenticidad. En cualquier caso, poco importa que en efecto ése fuera su nombre o que siquiera tuviese entidad como individuo real, pues aunque nos encontrásemos ante un refrito

de testimonios variados y dispersos, recogidos de distintas fuentes -de diferentes soldados- para después aunarlos en una sola persona, tan sólo quedaría mermado en su valor de testimonio de primera mano, pero en nada cambiaría la forma de relato particularizado bajo la que se presenta.

La narración se aproxima en su manera de contar a lo novelesco, por cuanto se realiza desde la tercera persona e incluso da cabida a algunos diálogos entre los personajes que vivieron el suceso. El periodista nos traslada desde esta impersonalidad lo que el soldado le ha relatado a él. Arranca en la posición de Annual, donde Bernabé ya lleva algún tiempo prestando servicio en una batería de montaña, semanas antes de producirse el ataque rifeño contra la vanguardia española. Apenas sin preámbulo, nos vemos instalados en los primeros compases del desastre. Primero la acometida contra Igueriben y los vanos intentos por auxiliar esta posición con el fuego artillero y los convoyes que desde Annual se pretende hacer llegar, en el último de los cuales toma parte el protagonista. A continuación la retirada del acuartelamiento base, que Bernabé abandona en los momentos finales, lo que le permite apreciar que la situación ha quedado fuera de control, convirtiéndose en franca desbandada. A partir de aquí, la larga escapada a través de un territorio sembrado de despojos y poblado por un sinnúmero de rifeños levantados en armas y envalentonados ante el comportamiento de este ejército en huida. Durante la atribulada travesía Bernabé va alternando los momentos de compañía con los de soledad, según va perdiendo a sus ocasionales compañeros; presencia todo tipo de desdichas y atrocidades; sufre el peligro, la sed, el hambre y la añoranza de sus seres queridos, a quienes piensa que no volverá a ver; resulta herido en un brazo y hasta es capturado por el enemigo, aunque logra fugarse. Al fin, a lomos de un borrico, consigue alcanzar la posición de Dar-Drius, desde donde es evacuado a Melilla, en pésimo estado físico y moral pero al menos vivo, algo que la fortuna sólo reservó a los más privilegiados. Una vivencia de la tragedia que en síntesis viene a presentar lo mismo que luego recogerán aquellos textos que lo evocan desde la fábula novelesca. Pálido reflejo, no obstante, de la recreación que, por ejemplo, lleva a cabo Sender en Imán.

Aunque el artillero Bernabé Nieto constituye el hilo conductor de la narración, con dificultad puede admitirse que sea su punto de vista el que llega al lector. El libro ofrece en realidad la particular interpretación de aquel que lo narra, del propio Eduardo Ortega y Gasset, quien, bien al contrario de lo que anuncia en el prólogo, no se limita a transcribir la peripecia que presuntamente le han relatado, sino que la carga con todo tipo de apreciaciones personales y contenidos ideológicos que no se toma ninguna molestia en ocultar o disfrazar. En verdad, bien puede decirse que su voz inunda y se apodera de todo el discurso. Dentro del plano de la estricta anécdota se deja ver con alguna frecuencia que el transcriptor ha introducido añadidos en el supuesto relato original, o cuando menos ha maquillado las palabras del artillero, pues el conocimiento que se le atribuye parece excesivo para su condición de mero soldado. Cómo iba a saber Bernabé, por ejemplo, los pormenores con que se estaba viviendo el asedio en Igueriben si ni estaba allí ni siquiera aún se había aproximado a sus alambradas:

"Los moros han intentado durante la noche asaltar la posición. Los trescientos hombres, con las fauces pegadas al paladar por los cinco días que dura su tormento (...) han cogido sus fusiles, y sacando las cabezas fuera de los parapetos han mantenido un duro fuego, con el que han rechazado a los enemigos. Algunos oficiales mandaban puestos de pie sobre los sacos de arena (...) Otra cosa hace insoportable la permanencia en Igueriben. La parte del convoy que logró pasar el día 17, como la posición era muy pequeña y no cabían en ella los cincuenta mulos que conducían los pertrechos, se quedaron fuera de los parapetos. Los moros, durante la noche y la mañana siguiente, los habían matado a todos, y formaban, al descomponerse bajo la acción de la cálida temperatura, un círculo pestilente, que aumentaba el cuadro de horror que afligía a aquellos infelices soldados." (Pág. 36).

Pero estos indicios de manipulación se antojan muy menores en comparación con los excursos reflexivos o interpretativos que va intercalando a lo largo de toda la narración. Véase, como simple muestra, su comentario tras la caída de Igueriben:

"Así terminó el día 21 de julio (...) En este día trágico (...) caía sobre nuestra patria el dolor y la vergüenza. Los pecados de varios años de incuria, de inmoralidades, de abandonos punibles, de injusticias, iban a ser purgados acaso por los más inocentes, por los pobres muchachos que fueron sacados de la aldea y del hogar para servir a su patria, pero no para ser inmolados a las falacias de una organización militar en que todo era de percalina y de simulacro", (pág. 45).

Y aún más extemporáneo resulta incidir en la cuestión de las responsabilidades. Asunto por completo fuera de lugar durante los momentos de la derrota. Sus palabras proyectan la actualidad de 1922, cuando se publicó el libro, pero en modo alguno las de julio de 1921, cuando todavía no se tenía ni noticia clara de lo que había sucedido:

"Cada uno de esos cadáveres, en que una juventud ha sido violentamente cortada es una tragedia que acusa y que pide justicia. Nuestras desmedradas organizaciones oficiales, como tendrían que condenarse a sí mismas, no la han podido hacer, y una vez más en nuestra historia moderna se ha producido el fenómeno disolvente de la impunidad después de la catástrofe. Las madres se han quedado sin hijos; pero los culpables siguen ejerciendo autoridad y recibiendo honores y aun espadas, que otrora se regalaban sólo a los vencedores. La única sanción es que los españoles de buena fe (...) estampamos aquí, formulando ante la posteridad nuestra indignada sentencia condenatoria." (Páginas. 102-103).

Consideraciones, estas últimas, orientativas de la voluntad que guía el libro, noble sin duda, pero también bastante improcedente para un texto que se quiere hacer pasar por el fideligno testimonio de un simple soldado que sufrió en carne propia el desastre de Annual. Realizar una lectura como memoria de un testigo resultaría en consecuencia de una notable ingenuidad. De ahí que líneas atrás expresase mis más que infundadas sospechas acerca del posible fingimiento en torno a la figura de quien testifica y a la autenticidad de su testimonio.

En el aspecto lingüístico, sin que quepa juzgar su estilo de plano o anodino por completo, tampoco nos encontramos ante una obra que destaque por la calidad de su prosa. Bien es

cierto que no consigue transmitir con eficacia la angustia o el desasosiego de la huida, pero en sus páginas late un cierto talante creativo y hasta rastros de fórmulas expresivas de inconfundible filiación literaria, ensayadas, eso sí, con muy irregular fortuna. Sin embargo, por encima de todo eso sobresalen ciertas precariedades gramaticales en el uso de determinadas palabras: algún pronombre o preposición, y sobre todo en una nada bien resuelta concordancia temporal de las formas verbales:

"Con voz reposada y grave anuncia que necesitaba [iba a necesitar] cuatro hombres decididos", (pág. 33).

"(...) el ejército habría desde luego sufrido mucho menos en el aciago desastre, pero sus efectos nunca llegaron [hubieran llegado] a ser tan sangrientos." (Pág. 62).

"Hacía varias horas que le hirieron [habían herido]", (pág. 80).

Tal vez el más apreciable valor de esta obra resida en la síntesis divulgativa que lleva a cabo en época temprana sobre la catástrofe militar de la Comandancia de Melilla y en el punto de vista moral con que la enfoca, alejado tanto de palmarias falsedades como de falaces triunfalismos.

Dentro de las reconstrucciones memorísticas de este luctuoso episodio bélico, cabría mencionar Igueriben, publicado en 1923 y cuyo autor, Luis CASADO Y ESCUDERO, se convirtió en el único oficial -teniente de Infantería- de la guarnición que no murió durante el asedio. Al abandonar la posición en los momentos finales fue hecho prisionero por los rifeños. Su testimonio resulta bien distinto del anterior. Primero porque narra la por así decir historia de ese enclave, circunscribiéndose a relatar lo acontecido durante los días de la derrota tan sólo en ese lugar. Además adopta un enfoque mucho más proclive a la estricta descripción externa de sucesos, y, por último, exhibe un decidido tono probelicista.

Otro perfil del desastre aún de menor interés que el anterior, por cuanto hay que considerarlo un mero relato histórico desprovisto de cualquier valor testimonial directo, lo

ofrece Los hermanos La Paz, aparecido en 1922 y firmado por Juan ARZADÚN. Narra con tonos de exaltación belicista la peripecia de dos tenientes de artillería, unidos por la sangre y por la muerte en combate, uno dentro de la posición de Igueriben y el otro en uno de los convoyes enviados a socorrer el enclave.

El mismo asunto, aunque con muy distinta forma se trata en Frente a Abd-el-Krim. Título publicado en 1922 y firmado por "El soldado desconocido" y el periodista Antonio OSUNA SERVENT. Atendiendo a la presunta autoría y a su prólogo, diríase que se trata de un texto homogéneo con los anteriores, un testimonio en el que un soldado ha relatado su experiencia a un hombre acostumbrado al manejo de la pluma para que este último la traslade al lector. Nada más lejos de la realidad, pues no es sino una bastante pormenorizada descripción del desastre seguido día a día y atendiendo a cómo se desarrolló en todas las zonas del frente y en un buen número de posiciones. La apelación al combatiente resulta gratuita, mero procedimiento retórico sin ninguna conexión con el contenido. Al cabo, una crónica más de aquel suceso, de semejante corte a otras muchas que aparecieron por aquellos días, elaboradas con las informaciones que sus diversos autores habían ido recogiendo de múltiples fuentes. Entre ellas cabría mencionar otro par de títulos. El primero, El Rif en sombras, subtítulo Lo que yo he visto en Marruecos, que fue publicado en Madrid, sin fecha expresa por el también periodista Juan GUIXÉ, enviado del Heraldo de Madrid para cubrir la información sobre lo acontecido. Libro en el que la responsabilidad del desastre se atribuye en gran parte al comportamiento del general Fernández Silvestre, "militar fanfarrón, bravo, impulsivo e imprudente" (pág. 196), mientras se exculpa a Berenguer, quien a su entender obró con cautela. Las otras responsabilidades caen del lado del disipado ambiente militar que imperaba en la zona: "en el Rif era la vida fácil, la aventura, la molicie, una 'colonia' adonde se iba a vivir bien y a hacer fortuna", (pág. 156); y en los incivilizados rifeños, a quienes juzga como la gente más traidora del planeta. Estando todos los marroquíes degradados, los de esta zona superan a cualesquiera otros:

"El del Rif (...) está sin civilizar y el Corán no sirve sino para estimular en él su barbarie natural y hacerle fanático peligroso (...) En el rifeño todos los males y defectos de un pueblo deshauciado se agravan (...)" (Pág. 164).

El segundo, Moros y cristianos, aparecido en 1922 y obra de E. GARCÍA NIELFA, corresponsal del Diario de Córdoba, profundiza en los tonos patrioterios aireando fantasmas del pasado -el Cid o la Reconquista- hasta alcanzar cotas cercanas al delirio. Y suspira por un ultrabelicismo de sangre y fuego como única vía para desarrollar la política exterior española:

"España (...) expulsará de sí, como al mundo le ha ocurrido en la contienda de Europa, el veneno de una ideología que propugna la conversión de los fusiles en arados, la transformación de las armas de guerra en instrumentos de paz./ ¡Equivocado empeño! Los países han de vivir, como las personas, preparadas para la defensa y la agresión." (Páginas 37-38).

Obras, en suma, que en modo alguno responden a la memoria o vivencia particular y directa de aquella derrota. Razón por la cual se apartan del objetivo que en estas páginas interesa y no se hacen acreedoras a más pormenorizado comentario.

El testimonio personal vuelve a hacerse presente en De Annual a Monte Arruit y dieciocho meses de cautiverio, cuyo subtítulo, Crónica de un testigo, resulta en este caso del todo ilustrativo sobre su contenido. El libro apareció en 1923, firmado por PÉREZ ORTIZ, así sin nombre de pila, y recoge la vivencia de un teniente coronel que combatió durante la *débâcle* de la Comandancia de Melilla y cayó prisionero de los rifeños. Tiempo en el que recogió las notas para pergeñar estas páginas. Su obra, calificada por Goy de Silva como "verdadero Evangelio del desastre"<sup>2</sup>, ha de contarse entre las más clarificadoras desde un punto de vista denotativo sobre aquellos sucesos. En ella se aúnan un lúcido y bastante ecuánime relato de la derrota junto a los padecimientos del cautiverio, narrados desde una voluntad reivindicativa de la verdad, con el dolor de quien ha sentido el desamparo de los suyos y con esa cierta indignación o resentimiento que produce el saberse inculcado o al



menos señalado por errores ajenos. Sus declaraciones en el prefacio lo desvelan con harta elocuencia:

"Escribí esta crónica para darla a la publicidad. La idea de hacerlo así me nació durante mi largo cautiverio, dolido del abandono y desatenciones de unos, de la falta de caridad, de la odiosa calumnia, de las sangrientas burlas de otros (...) Confieso que esta crónica encierra toda mi verdad; no consentir que a nadie se engañe./ Es mi objeto en ella corregir versiones más o menos tendenciosas; que se sepa de una vez lo ocurrido (...) para que nadie presente la pasada situación de modo distinto a la realidad; que las cosas queden en su lugar./ *Sucedió todo como lo digo y no fue de otra manera* [subrayado del autor] (...) Yo no puedo ni sabría en conciencia culpar a nadie, porque ignoro para ello muchas cosas, acaso secretas./ Sé únicamente que yo no soy responsable, pues, para evitarlo, he hecho esfuerzos casi sobrehumanos; no podía exigírseme tanto." (Páginas III-IV).

El texto confirma las expectativas apuntadas al comienzo, pues a pesar de su condición de militar con graduación, o tal vez por ello, por preservar su honor profesional, no se retrae de apuntar y hasta subrayar el cúmulo de errores que posibilitaron la dimensión alcanzada por la tragedia. Pero a diferencia de otros enfoques críticos, la censura que se desprende de su testimonio no apunta más allá de lo que él mismo pudo comprobar. Sin dejar de registrar cuanto de atribulada pesadilla hubo en aquella hora, se centra sobre todo en cuestiones de índole estratégica y táctica: en la equivocada toma de decisiones; en la negligencia de los propios mandos del ejército, en los de elevado empleo sobre todo y también en algunos otros con menor rango. Y aunque la reprobación nunca se realice de forma explícita, no otra intención parece desprenderse de muchas de sus palabras. Véanse, al efecto, algunas de sus apreciaciones. Por ejemplo, el emplazamiento de las posiciones, para comenzar:

"Desconozco la consideración que motivo la elección de tal campamento; acaso razones logísticas; tácticas no tiene ninguna. Podría decirse que es bueno para tiempo de paz y pésimo para la defensa. Además, teniendo a su retaguardia un estrecho

desfiladero de 15 ó 20 quilómetros sin que éste quede asegurado sino por escasas posiciones intermedias puestas a última hora (...) y que sólo nos sirvieron para distraer fuerzas, Annual, aislado frecuentemente en cuanto llovía era una verdadera ratonera en la que podía encerrarnos la primera harca que allí se formase. Tenía idea de todos estos inconvenientes que la mayoría conocíamos, pero no creí nunca que fuesen tan abultados y manifiestos. Mi asombro fue enorme, especialmente al recorrer el día anterior por primera vez el desfiladero." (Pág. 9).

O la conducta seguida por quienes ostentaban la máxima capacidad de decisión y responsabilidad militar sobre las tropas:

"(...) Entonces el general [Silvestre] la resuelve de plano diciendo en uno de sus altaneros arranques: 'Yo asumo la responsabilidad de las operaciones y la de ordenar la evacuación de estas posiciones. De ello voy a dar cuenta al Gobierno, y de todo respondo yo con mi persona y empleo, y acuérdense de esto el día de mañana.'/ Ante esta orden del mando, nada nos queda que añadir. Ya presiento el malísimo efecto que ella ha de causar a mis compañeros y subordinados", (pág. 19).

"(...) me dijeron que se estaba preparando la evacuación./ No puedo creerlo (...) Busco al general [Navarro], quien me repite la orden (...) Indudablemente no conoce el estado moral de las tropas y cree fácil lo que pretende. Yo, que he presenciado la tragedia de Annual a Drius, tiemblo por la desbandada que presiento. Algo de esto quiero decirle; y no sé si me hago entender porque el general, cuyo carácter enérgico no admite observaciones de cierta índole, manda en seco sin tolerar ascendientes ni réplicas", (pp. 37-38).

Tampoco sus subordinados escapan a la acerada visión del testigo:

"A mi llegada he tenido una desagradable sorpresa. Me he enterado de que las compañías que suponía en Tistutin habían marchado a Monte Arruit sin detenerse. ¿Quién ha podido dar esa orden? Nadie lo sabe entonces, pero días después supe la

verdad: cuestión de *iniciativa* [subrayado en el original] en sus comandantes." (Pág. 56).

Ni aquellos que desde Melilla han comenzado a tomar decisiones sobre los sitiados en Monte Arruit:

"Realmente no merece la pena que los aparatos corran el riesgo de ser derribados. Su peligrosa labor limitada a *destrozar* [subrayado en el original] cartuchos y echarnos unas migajas de pan podrá servir para algo allá en Melilla; aquí nos resulta estéril, triste y ridícula. Es para los indígenas una muestra palpable de nuestra impotencia y apurada situación. Ellos mismos nos dicen a voces: '*Pájaros de Gobierno* tiran pan al moro.'/ ¿Por qué, me pregunto, no arrojan bombas? Claramente han debido ver las concentraciones enemigas, las mismas piezas." (Pág. 99).

En suma, una ácida visión de la derrota española, en la que desde el interior del ejército se pone al descubierto sin contemplaciones cuanto de ineficacia y desbarajuste acompañó la acción española en la zona occidental del Protectorado durante la etapa de mando del general Fernández Silvestre, cuya consecuencia final, y culminación de los despropósitos, fue el desastre de Annual. Visión coincidente en no pocos aspectos con aquella otra que, también elaborada desde la propia institución armada, quedó reflejada en el denominado Expediente Picasso.

La experiencia del cautiverio viene marcada por la miseria, el abandono, la zozobra y el terror. Confinado en los primeros tiempos en la cabila de Beni-Musi, en la que, aun dentro de la desgracia, "había hallado hospitalidad (...); pobre hospitalidad realmente, pero hospitalidad al cabo, y en no pocos conmisericordia y respeto" (pág. 181); su traslado a Axdir, donde quedaron concentrados todos los prisioneros, le sumergirá en una situación de brutalidad y desamparo. Convertido durante dieciocho meses en víctima de padecimientos físicos y morales sin cuento: el hambre, la sed, la falta de higiene e información o la soledad; aún su reclusión puede considerarse existencia privilegiada al lado de la que sus captores depararon a los simples soldados:

"La guardia nos trata con suma amabilidad y nos dicen que pronto estaremos en libertad, pero esta consideración no se guarda por entonces a nuestros compañeros de la otra prisión, donde al día siguiente ocurre un suceso en extremo desagradable capaz de encender la sangre. Viendo un oficial que estaban apaleando a dos soldados que habían intentado fugarse, protestó en voz alta de la salvajada, y por ese motivo fue traidoramente apaleado también", (pág. 273).

Escena que se hace del todo frecuente, pues la inclemente ferocidad del rifeño deviene otro de los rasgos característicos de su testimonio. En justicia hay que decir que en su presencia alternan los perfiles de primitivo salvajismo con otros de conmiseración y hasta de amabilidad, minoritarios, eso sí, frente a los primeros. Sin embargo, el relato de Pérez Ortiz deja ver bien a las claras la absoluta falta de comprensión entre ambas razas:

"(...) Nadie creería que aquella gente que así me recibía pudiese ser la misma que días antes había cometido los crímenes de Zeluán y Monte Arruit. ¡Extraña psicología del moro! Sólo es explicable negándole en absoluto toda idea de sentido moral." (pág. 183).

Tales padecimientos al cabo no llegaron a alcanzar recompensa alguna, ni la deferencia personal ni siquiera una cálida acogida por parte de las autoridades y prohombres de la patria tras tan largo tiempo de separación, en ello reside la más dura acusación del militar y no poco del desabrimiento que rezuma su testimonio, a pesar de la aparente contención con que lo transmite:

"¡Estamos en Melilla! (...) En cuanto a la oficialidad, no tengo noticia de cómo ni cuándo ha de desembarcar, no sé que haya venido comisión oficial alguna para saludarnos. Doy mi palabra de que, al menos, no lo recuerdo, y me expreso así porque tengo la sensación de un frío recibimiento." (Pág. 314).

Parece claro que Pérez Ortiz, a tenor de la parca elaboración del plano lingüístico, ha pretendido redactar una obra atenta en exclusivo al aspecto denotativo de su experiencia, sin viso literario alguno. Su prosa se mantiene en todo momento dentro de registros funcionales,

e incluso no son infrecuentes errores ortográficos: "moviliario", "expléndido" o la ausencia de no pocos acentos, incorrecciones que tal vez no haya que atribuir al autor pues pudieran deberse a erratas de imprenta.

Idéntico propósito, testimoniar la realidad de lo sucedido, y casi el mismo asunto trata Francisco BASALLO en sus ya aludidas Memorias del cautiverio, publicadas sin fecha, aunque su datación corresponda al año 1923 o comienzos de 1924 como más tarde. Su relato reduce, con respecto al anterior, la atención a la derrota y se centra más en el periodo de reclusión. El libro, en realidad, quiere ser ante todo una documentada memoria de aquellos dieciocho meses de penalidades, y, a estas alturas, puede considerársele el más exhaustivos de cuantos testimonios de primera mano han visto la luz sobre aquel episodio. Basallo, capturado el 25 de julio de 1921 en Dar Quebdani, va dando cuenta con bastantes pormenores de toda la odisea de los prisioneros españoles, desde su inicial peregrinaje de un lugar a otro hasta recalar en Axdir, donde quedaron definitivamente reclusos, hasta los momentos posteriores a la liberación, cuando, a diferencia de lo señalado por Pérez Ortiz, recibió una calurosa acogida por parte de todos: pueblo y autoridades. Incluso alcanzó honores de héroe nacional y le fue ofrecido un destino en las oficinas centrales del Banco de España, que aceptó al solicitar su baja en el ejército, donde había servido once años. Asunto, este del empleo bancario, que según ya vimos se convirtió en recurrente para la novela de Gaya Nuño. En la Caja de Ahorros terminó la peripecia de Clemente Garrido, el protagonista de Historia del cautivo, relato que en no escasa medida parodia las tribulaciones de este sargento, pues ambos disfrutaron de notable predicamento entre los prisioneros y los captores, y sus trayectorias, podrá comprobarse en seguida, guardan no pocos paralelismos. Y en otra oficina también, aunque en este caso de medio pelo, emplearon a Juan García, el desnortado héroe de Jauja.

Basallo se convirtió en inestimable ayuda para el conjunto de los cautivos españoles. Hombre de profundas convicciones religiosas, desde el primer momento se sintió estimulado para realizar todo tipo de labores humanitarias, en especial las de carácter sanitario, lo que le granjeó un cierto trato de favor por parte de los rifeños, cuya confianza en él llegó a que

solicitasen sus servicios para curar a sus propios enfermos, los cuales acudían al sargento desde los poblados cercanos "a que los curara de todo género de afecciones"<sup>3</sup>. Este trabajo le permitió gozar de una notable libertad de movimientos y mantener relación con todos sus compañeros de infortunio, con sus captores e incluso con el exterior, pudiendo hasta contrabandear alimentos con el Peñón, sin ánimo de lucro alguno y movido siempre por su altruismo y afán de ayuda hacia los más necesitados. En suma, un prisionero distinguido, que se había ganado un notable predicamento tanto entre los españoles como entre los marroquíes, semejante al Clemente Garrido de Gaya Nuño. Pero al igual que le sucedió a éste, cerca ya de la liberación, Basallo se vio también implicado en un intento de fuga que terminó en frustrada y perdió sus prebendas, viéndose desde aquel momento confinado y cargado de grilletes.

En su perspectiva del cautiverio destacan dos aspectos por encima de cualesquiera otros: las penalidades sin cuento que los españoles debieron afrontar, de las cuales el sargento da cumplida cuenta en un verdadero catálogo de horrores; y los ruines comportamientos, cuando no la más despiadada crueldad de los rifeños, seres carentes de la más elemental concepción humanitaria o de agradecimiento, auténticos salvajes dedicados al apaleamiento y la matanza de cautivos por cualquier mínimo desliz:

"(...) Así pagaron los moros los innumerables e inapreciables servicios sanitarios que les habías prestado: extracciones de balas, cura de enfermedades, heridas y llagas asquerosas... Nada recordaron para perdonarte o aliviarte el castigo que cumplieron con todo el sañudo rigor de su salvaje ferocidad." (Pág. 125).

Toda esta memoria de sufrimiento humano aparece transitada por sentimientos de piedad y resignación cristianas que asemejan las tribulaciones del cautiverio a aquellas otras que hubieron de padecer los mártires religiosos. No sólo el tono general del testimonio manifiesta esta concepción, sino que el propio léxico empleado por Basallo también la avala. En un texto que se caracteriza por el más bien precario uso del lenguaje, sobresale la enorme cantidad de vocablos ligados a campos semánticos de la religión, del credo católico en concreto: "Este

viático espiritual", (pág. 22); "rezando con emoción fervorosa para que Dios acogiera sus almas de mártires", (pág. 51); "llevaba su fervor piadoso hasta besar a todos los cadáveres al darles tierra", (pág. 66); "rece fervorosamente una oración por el alma de aquellos nobles mártires que se habían sacrificado por el más alto deber y el más santo sentimiento: el socorro y el amor a sus semejantes", (pág. 104). Meros ejemplos de entre los múltiples que se podrían entresacar que dan cabal idea de los presupuestos del testigo, los cuales se complementan además con la abundante presencia de diminutivos, cuyo valor ternurista y sentimental coopera en esa misma dirección: "la criaturita con el cuerpo convulso, la carita contraída", (pág. 13); "madre de un hijito de dos meses", (pág. 39); "cogió en sus brazos a los pequeñines", (pág. 52); "padre de tres criaturitas que asistieron atónitas a sus últimos momentos", (pág. 98). Ideología que se aúna con las más tradicionales y acendradas concepciones patrióticas, en las que, a diferencia del testimonio de Pérez Ortiz, no puede hallarse fisura alguna. Al efecto, basta reparar en las tan animosas como altisonantes palabras que ponen fin a su relato:

"(...) de todo lo que ha habido para mí después no quiero decir más que mi inmensa e imperecera gratitud para toda España, la amada patria grande, que ha premiado mis humildes esfuerzos con la magnánima prodigalidad de su nobleza y su grandeza legendarias."

La guerra continuó tras aquel episodio y nuevos libros de memorias que daban cuenta del ulterior acontecer bélico fueron apareciendo. En 1922 se publicó La cruz de Monte Arruit, de Enrique MENESES, un relato donde aún se dejan oír los ecos del desastre de Annual, aunque se inicia en los tiempos inmediatamente posteriores. Su subtítulo, Memorias de un voluntario de Regulares, resulta orientativo de su contenido, pues refiere la peripecia de un señorito de buena familia, rico y ocioso, cuyo aburrimiento se reparte entre fiestas, bailes, restaurantes y lugares de moda de España y Francia. Por escapar del cansancio habitual y dar un aliciente digno a su vida muelle se enrola en la milicia, primero en el regimiento de húsares de Pavía y luego en Regulares, Cuerpo donde la contienda se vive más de cerca.

Participa en algunas operaciones contra el enemigo y alcanza el empleo de sargento. En una de estas acciones resulta herido en la cabeza y, tras ser operado en Melilla, regresa a España. Durante su convalecencia en Úbeda escribe este libro para, según declara "hacer honor a la verdad y desvanecer, destruyéndolas, esas versiones fantásticas y falsas de toda esta tragedia, (...) en las que hay tanta inexactitud, tanta teatralería [*sic*] y tanta farsa", (pág. 83).

En su testimonio, donde a decir verdad no cabe hablar de decidido ánimo antibelicista, se muestra, sin embargo, una bien descarnada faz de la guerra. Se hacen visibles las huellas de la derrota sufrida por el ejército español en julio de 1921, evocando la verdadera magnitud de la tragedia a través de los conmovedores despojos aún insepultos:

"(...) un patio que estaba a la entrada de Zeluán se hallaba lleno de cadáveres. ¡Qué cuadros de horror se veían allí dentro! Los cadáveres, unos encima de otros, formando enormes montones; al abrir la puerta de una habitación la hallaron repleta de cuerpos muertos; en uno de los sitios de la pared se encontraron unos clavos que, sin duda, sirvieron para crucificar a los ya heridos y en los que los moros hicieron prácticas de tiro al blanco; la pared estaba ennegrecida por la sangre de las víctimas y presentaba señales de las balas que atravesaran sus pobres cuerpos." (Pág. 139).

Esto ya pertenece al pasado, pero el presente tampoco le anda a la zaga en cuanto a crueldad y escalofrío. Ahora los rifeños, ante el avance de grandes columnas militares, realizan una guerra de guerrillas, y los españoles parecen haber aprendido con aprovechamiento lo más brutal de la lección:

"Al regreso presenciábamos un cuadro tristísimo en Dar Drius; dos moros confidentes de la Policía Indígena (...) llegaban al campamento para hacer las confidencias diarias sobre el enemigo, y, como es natural, venían vestidos de paisano; unos soldados comenzaron a maltratarlos y poco a poco fue creciendo el número de los agresores, y el salvajismo que les animaba se desencadenó por completo; les pegaron, los pisotearon, y no contentos con esto, obligaron a un soldado que conducía un enorme camión a que pasase por encima de uno de ellos repetidas veces; así lo hizo, quedando



el cuerpo del moro triturado, separada la cabeza y los brazos del tronco; al otro le cortaron la cabeza, etc., y le quemaron medio vivo." (Pág. 279).

Aparte de la notación bélica en unos tiempos de revanchismo y crispación, su recuerdo también recoge, acaso esto sea lo más destacado, la atmósfera que envuelve al ejército de Marruecos en esos momentos. El desastre no ha cambiado nada la situación. Se reproducen los mismos errores tácticos: "ahora, con muchos más elementos, con todo mejor organizado, se continuaba el mismo sistema fatal de avanzar sin tener medianamente aseguradas, fortalecidas y bien aprovisionadas las posiciones que dejábamos a nuestra retaguardia", (pág. 251); y a su través se barruntan nuevos descabros. La moral de oficialidad y tropa se encuentra bajo mínimos: "desde el día de la llegada, no pensaban en otra cosa que en la vuelta a España y en el abandono del problema marroquí, que no lo sentían", (pág. 89). Aquéllos, víctimas de una política, a juicio de Meneses, errónea, que ha suprimido los ascensos por méritos en campaña y a llevado a Marruecos a profesionales sin espíritu belicoso alguno. Éstos, víctimas de la negligencia y la desidia, soportando unas infrahumanas condiciones de vida:

"Todo esto me recuerda al colegio, las visitas rápidas de las cárceles y las casas de los orgullosos nobles arruinados que Molière ha descrito con mano maestra. Lo mismo sucedía allí; los demás días no se comería, los demás días no se oírían más que maldiciones; se contemplarían los uniformes hechos jirones, rotos; las tiendas de campaña en mal uso, los barracones sin esperanza de ser colocados, pero el día de las visitas oficiales, el día que llegaban los senadores, los diputados, los altos personajes, todo es admirable, y los visitantes pueden regresar satisfechos a España y exponer su opinión; negar sean ciertas las quejas de la organización del ejército; indignarse contra los que hablaban del mal trato al soldado, divinamente cuidado y atendido (...)", (pág. 283).

La reciente y descomunal derrota sólo ha reportado un abultado saldo de muertos, pero ningún aprendizaje o consecuencia práctica parece haberse extraído de ella. Razonamiento

semejante al que, por ejemplo, reflejaría más tarde la novela Imán, aunque aquí el enfoque resulte distinto y no contenga carga alguna de antimilitarismo; bien al contrario, en no pocos momentos el texto deviene oda al mundo castrense y a su oficialidad. Sin embargo, este fervor no le impide mostrar a la vez las insuficiencias y precariedades de aquel neocolonialismo español, empresa mal gestionada desde casi cualquier punto de vista y cuyos responsables hay que buscar entre quienes ni siquiera han pisado nunca aquella tierra o a lo sumo lo han hecho en esas visitas ocasionales mencionadas en el fragmento previo:

"No es posible jugar así con la vida de los hombres, y llegará un día, que está próximo, en que las madres todas saldrán a las calles, y allí abrazadas a sus hijos, con los puños amenazadores, crispados, maldecirán a los desaprensivos causantes de estas cosas y se opondrán a que sus hijos sean llevados a tierra extraña, tierra maldita.../ Imprevisión, incapacidad, indecisión, falta de organización, desaprensión, temor a las responsabilidades, son las palabras precisas y ciertas para revelar el carácter de los que nos dirigen y mandan..." (Pág. 255).

Ante lo visto, aboga Meneses en su conclusión por un giro radical en la política seguida en el Protectorado, donde la denominada penetración pacífica se haga realidad, anteponiendo la obra civil a la empresa militar y dejando que los protegidos se gobiernen ellos mismos, contando con el concurso y la ayuda de España cuando así lo requieran. En suma, una acción orientada hacia la civilización no hacia la militarización de la zona. Testimonialismo pues de cuño ético, cuya funcionalidad rebasa la mera denotación de la realidad, valor que, aunque no sea menudo, hay que considerar casi único, ya que en el aspecto lingüístico el libro no sobresale por sus virtudes expresivas. Su prosa evidencia no pocos achaques, fruto tal vez de la premura compositiva o acaso de esa "pluma inexperta" de la que habla el propio autor en su texto. En cualquier caso su estilo no da muestras de ninguna depuración, prodigándose errores de muy variada índole, desde esporádicas repeticiones léxicas hasta obvios desaciertos en la colocación de adjetivos. Pequeñas menudencias al cabo si se comparan con el empleo de las formas verbales, donde su impericia se hace más ostensible. Bien debido a palmarias

discordancias de número: "La Policía Indígena, que como todos saben, son [es] la fuerza de choque más en constante contacto con el enemigo", (pág. 112); o bien imputables a un abusivo uso del subjuntivo, que si en múltiples ocasiones se mantiene dentro de lo aceptado, aunque refleje afectación o dialectalismo -por ejemplo: "desde que recibiera [por recibió] la primera noticia de la guerra (...)", pág. 42-, en otras resulta inaceptable: "él también estuviera [estuvo o había estado, aunque de ambas formas ya discordante con la siguiente forma verbal] en la guerra y había sido herido", (pág. 36); "Silvestre tuvo que conformarse; además nunca sintiera [sintió] miedo; indudablemente era un hombre valiente", (pág. 103).

Esta misma fase de la campaña, la reconquista española del territorio perdido durante el desastre de Annual, se convierte en objeto de atención en otros varios libros. El más cercano a lo que interesa en estas páginas, Por el camino de Annual, de J. M. Arauz de Robles, toma la forma de memorias de un soldado -Apuntes y comentarios de un soldado de Africa, según reza en el subtítulo- pero, en realidad, se trata de un testimonialismo de segunda mano, por cuanto aquí no hay ningún combatiente auténtico que refiera su peripecia personal, sino un testigo indirecto de la guerra, acaso un periodista u hombre relacionado con las letras, que recubre su crónica bajo ese envoltorio en la primera parte del volumen, ya que la segunda toma un carácter más próximo al análisis ensayístico o histórico conducido por la propia voz del autor, y, en consecuencia, poco o nada importa en este trabajo.

En la parte narrativa, en esa suerte de memorias, un soldado de cuota que ha sido enviado a Marruecos tras la caída de la Comandancia de Melilla refiere en primera persona -aunque su voz e incluso su misma entidad sean prestadas- su estancia en aquellos lugares. No recurre a una minuciosa y pormenorizada cronología propia de los diarios, sino que organiza su discurso en una serie de cuadros ilustrativos de cuanto allí sucede durante un periodo de casi un año a partir de la derrota, Pero ésta también vuelve al presente a través del testimonio de soldados supervivientes, quienes rememoran aquellos sucesos para los recién llegados. El relato presenta algunas semejanzas con El fuego de Barbusse, en cierta medida declaradas, ya que en el texto se llega incluso a citar al novelista francés. Analogías de orden compositivo

y argumental, las cuales, aunque aquél fuera una evocación fabulada y éste tenga voluntad de mera denotación, se hacen visibles al acometer la narración desde la primera persona; en presentar a un pequeño grupo de soldados, compañeros de infortunio, y no a un individuo aislado; en que, además de dar cuenta de los hechos bélicos importantes, tenga una notable inclinación a reflejar también el costumbrismo de la vida soldadesca; y, por supuesto, en su decidido tono antibelicista, que se materializa en un inclemente retrato de la guerra, donde abundan todo tipo de escenas horripilantes: heridos, mutilados, cuerpos rotos o desventrados y cuantos otros iconos suelen acompañar esa imagería de destrucción y muerte. Crueldad que al igual que en algunos títulos de la literatura de ficción unas veces cae del lado rifeño y otras del español. Si aquéllos se ensañaron durante los días del desastre, éstos no se quedan atrás en su posterior avance para recobrar el terreno perdido. El texto lo dice todo por sí mismo, sus ejemplos no precisan comentario:

"(...) los últimos prisioneros [españoles] habían sido salvajemente asesinados en represalias por la toma. Unos aparecían degollados, desnudos otros con espantosas mutilaciones; quien, en cruz sobre la pared y clavado a ella por un punzón de hierro que taladraba su vientre; sobre el suelo de una misma habitación cinco infelices aparecían crucificados. No sabemos si fue aquí o en las Minas o en qué sitio, un niño pequeño apareció sentado en una silla con orificio central, fuertemente sujeto a ella y, debajo, los restos de una vela, indicadores del refinamiento de crueldad con que se le había martirizado." (Páginas 77-78).

"(...) un capitán de Artillería pide voluntarios para raziar las casas pertenecientes a la familia del Mizzian, salimos un grupo, que penetramos en ellas hundiendo las puertas a culatazos (...) Nos repartimos por las habitaciones, deseosos de encontrar alguien (...) ¡Que no quede piedra sobre piedra en este cubil de odios, repetimos, pensando en los pasados sucesos! (...), por fin, prendemos fuego a todo, mientras salimos de allí y miramos satisfechos las espirales de humo (...) Los de Farnesio, distribuidos en

parejas, trotan por las faldas del Gurugú prendiendo fuego a los aduares." (Páginas 51-52).

Una vena de sentimentalismo recorre todo el testimonio, desde esa emotividad generalizada que se desprende en el momento de la partida hacia el frente:

"Cerca de nuestro vagón, un grupo de gente del pueblo rodea a un soldado, al cual van cargando de papeles, de paquetitos; una muchacha como de unos dieciséis años, apoyada en el hombro de otra mujer, llora de una manera inconsolable, con hipos profundos, y calla sólo de cuando en cuando para mirar como embobada la cara del soldado (...); se estruja los ojos, pateo con rabia el suelo y grito dominando el tumulto, con una voz muy aguda: -"¡Ay, que es verdad! ¡Que se lo llevan!" (...)/ En el borde del andén hay un grupo formado por un señor enlutado, de barba blanca, a cuyas piernas se abrazan un niño y una niña, también de luto (...) Todos tres [*sic*] miran a un vagón posterior, del cual sale a veces un brazo, que se dirige a ellos con signos de despedida (...)/ La novia, que llora en silencio junto al sargento Niño, es guapísima (...) se abrazó al novio y lo cubrió de besos... ¡por si eran los últimos! (...)/ Las más de las mujeres lloran y apartan sus pañuelos de los ojos para agitarlos a nuestro paso; los hombres, descubiertos, rígidos, nos miran, al parecer impasibles... pero los ojos de muchos se nublan también (...)" (Páginas 28-30).

hasta el instante final del regreso. Por medio, las enternecidas escenas de la muerte en combate, el patetismo con que los sobrevivientes evocan el pasado desastre o la fría y triste imagen de los hospitales:

"(...) al día siguiente llega su padre (...) y entra desenchajado en la salita de los sanitarios; viene directamente desde el barco porque ha recibido aviso de la gravedad de su hijo; pregunta si está, como le han dicho, en aquel hospital. Los sanitarios, sin dejar sus quehaceres, le van preguntando a su vez el regimiento, el nombre... Uno interrumpe al que pregunta:

'-Sí, hombre, Tell... es ese que murió ayer...

(...)

'El padre infeliz, se retuerce, se apoya en la pared. Al fin solloza:

'¿Dónde está?...;dígame dónde está!

'-Nosotros no sabemos más -responde el cabo-; anoche se lo llevaron y nosotros recogimos sus cosas: una cartera; ahí la tiene usted.

'Un sargento llega gritando a la puerta:

'-Pero ¿no oís que os llama el capitán?- Y Todos se van y el padre sale a poco tambaleándose. Es la guerra, que a veces estalla en delirios heroicos, pero, que más que eso, desgrana vidas, día a día, en la turbia tristeza de los hospitales." (Páginas 137-138).

Y es que buscar la emoción, la conmoción incluso, del lector ante los sucesos narrados constituye el objetivo prioritario de Arauz de Robles, confiando acaso en que la calidez del sentimiento resulte más sólido depositario de la memoria que el frío razonamiento:

"Ha terminado el rápido desfile de recuerdos. Al recorrer los nuestros, otros y otros, quizá más trágicos, acaso más vivos, se levantarán en los miles y miles de soldados que fueron a África con ocasión de la catástrofe: no olvidarlos, volver sobre ellos, es algo natural y útil, y como quisiéramos precisar una y más veces, el objeto de este libro", (pág. 160)

La misma elección formal, optando por el testimonio vivido frente al análisis ensayístico, avala esta idea.

Otro rasgo peculiar en esta obra, pequeño y sin demasiada trascendencia si se quiere pero a la vez insólito dentro de cualquier literatura sobre esta guerra, al menos en lo que alcanzo a conocer, lo constituye la captación del olor, o más bien del hedor, como nota configurativa de la atmósfera que envolvió aquella campaña. Sofocantes pestilencias que anegan el ambiente y acompañan al soldado: su propia suciedad, emponzoñando el aire a la hora de dormir; la falta de higiene en las tabernuchas o en las cocinas cuarteleras; los cuerpos mal enterrados o en descomposición, en los reboses de los cementerios; los heridos y moribundos que se

hacían en los hospitales; incluso las orillas del mar, convertidas en improvisados estercoleros de las cercanas posiciones. Todo hiede en aquel lugar.

Poco frecuente, entre este tipo de libros, resulta también descubrir una cierta elaboración en su prosa. A pesar de poder detectarse algunos errores gramaticales -por ejemplo, el ya señalado "todos tres" o que de espirales como masculino: "los espirales", pág. 52- u ortográficos -la esporádica ausencia de algunos acentos- de no muy profundo calado, deja constancia de una voluntad por cuidar el lenguaje y envolver el relato en una expresividad literaria, que cuaja en la creación de acertadas imágenes en las que atrapa la atmósfera denotada. Unas veces a través de un sencillo lirismo algo simbólico:

"Los blancos vestidos de las playas, en revuelo súbito y despavorido, semejaban asustada bandada de gaviotas, empujadas por el barrunto de la galerna. Suspensas las fiestas de repente, escaldaba todos los labios la misma palabra: ¡desastre, desastre!..." (Pág. 22).

Otras, apelando al más crudo realismo:

"Justo escenario de la catástrofe, ni un arbusto interrumpe la osquedad de la planicie, ni un ruido quiebra la calma inquietadora de los montes que la abarcan. El sol achicharra el paisaje y envuelve su monotonía en sofocante angustia (...)" (Pág. 118).

Nueva muestra de que Arauz desea llevar la emoción al ánimo del lector no sólo por lo que cuenta sino sobre todo por cómo lo cuenta.

Otro de los volúmenes que refiere la reconquista de lo perdido por el ejército español en el verano de 1921, La epopeya del soldado, de Alfredo CABANILLAS, había sido publicado con anterioridad, en 1922, pero queda bastante más alejado de lo que merece atención en este trabajo. A pesar de lo que pudiera pensarse a tenor de su título, se trata de unas crónicas periodísticas confeccionadas por un reportero del Heraldo de Madrid a partir de impresiones y testimonios recogidos de diversas fuentes, en los que reconstruye algunos momentos del desastre, centrándose en concretos protagonistas de aquella hora, para después continuar hasta la recuperación de Monte Arruit. Pero ni constituye un recuerdo *stricto sensu*, ni siquiera por

la forma que adopta cabe considerarlo unas memorias indirectas. Mero reportaje de prensa sobre los sucesos, con leves pinceladas críticas y decidido tono patrioter y antirriñeño.

De semejante corte al anterior, aunque con una más amplia proyección y mayor interés, resulta Borrón y cuenta nueva, colección de crónicas seleccionadas entre las que el poeta y dramaturgo postmodernista Ramón GOY DE SILVA redactó para La Correspondencia de España, diario madrileño que le había enviado a Marruecos para que recogiese impresiones sobre la campaña de reconquista tras la derrota de Annual. Publicadas en forma de libro en 1923, su máximo valor reside en que la mirada de este testigo rebasa el mero acontecer bélico, pues diversifica el objeto de su atención y deja huella de su impronta de literato, aunque aquél siga constituyendo el asunto primero. Todo ello da a estos escritos un aire diferente al que por común venían ofreciendo las obras de similar carácter. En sus crónicas encuentran cabida muy variados motivos. Desde los más directamente relacionados con la guerra: la narración de operaciones armadas, combates y victorias de las tropas españolas en la toma de enclaves en poder de los rifeños; elogios a militares caídos en la batalla o destacados por su brillante actuación; las penalidades que ha de afrontar el soldado en campaña; e incluso los múltiples tira y afloja a que está dando lugar la delicada cuestión de los cautivos. Hasta diatribas contra el fariseísmo de la clase política, la denuncia de los sustanciosos negocios que especuladores amorales están realizando en Melilla a costa del ejército, la petición de que se aclaren las responsabilidades del desastre y se enmiende lo erróneo, notaciones localistas o paisajísticas, e incluso lamentos sobre la censura de prensa. Todo ello perfilado con unos tonos alternantes entre lo épico, lo lírico y lo didáctico o divulgativo. No le falta razón a Lawrence Miller cuando señala que "quizás lo más original de esta obra sea el uso de las figuras simbólicas de doña Censura, doña Murmuración, el doctor Reparos, la Viuda del Pudor, el dostoievskiano y el fakirista para dialogar sobre las circunstancias marroquíes."<sup>4</sup> Estas figuras sirven en repetidas ocasiones de vehículo a las ideas. Forma inusual en un libro de tipo periodístico, pero ya apuntaba hace un momento que se trata de la obra de un literato y la denotación se cubre de cierto ropaje creativo. Ya no se



muestra, a mi entender, tan acertado el citado comentarista en su apreciación de que Goy de Silva "critica abiertamente la pérdida constante de vidas en esta lucha inútil"<sup>5</sup>. Una cosa es lamentar la muerte, y sólo la de los españoles, y otra bien distinta que la lucha que allí se está sosteniendo se perciba como inútil. Nada más lejos de la postura del autor que propugnar un abandonismo o una censura de la propia guerra. Bien al contrario, deja constancia de lo que estima desaciertos tácticos o estratégicos, pero se decanta con reiteración por continuar las operaciones, castigando a la vez a los rifeños levantados en armas: "Sólo nos consolaremos si en esta nueva etapa guerrera que se abre con el regreso del alto comisario (...) se cumplen nuestros vehementes deseos de glorioso desquite", (pág. 274); y por restituir el maltrecho honor patrio, empeñado en Marruecos:

"-(...) retroceder en este caso, hubiera sido renunciar a todo, declarándonos en bancarrota y en franca y vergonzosa derrota. Nuestro honor nacional está empeñado en este transcendentalísimo asunto de Marruecos (...) Quiero decir que es indispensable 'a toda costa' para el honor y porvenir de España, como nación digna de ser contada entre las naciones, llegar hasta el fin de esta empresa de reconquista y pacificación, de esta aventura guerrera que ha de afirmar sólidamente nuestra misión de protectorado." (Pág. 187).

Si hay algo que en realidad concita su desagrado y rebelión, esto es la pasividad de los políticos, su timorato comportamiento de antes -del desastre- y de ahora:

"El mayor pecado de los Gobiernos que desde largos años vienen rigiendo los destinos de España (...) es, sin duda, el pecado de imprevisión (...) Por cada millón que han querido 'ahorrarnos' nuestros buenos gobernantes, tenemos que gastar ahora cien. Siempre el ciento por uno, o el uno por ciento, en nuestra desdichada administración (...) No es la carne de moro, no, la única presa en que el pueblo español debe saciar su odio y su venganza./ Un Abd-el-Krim, con todos sus beniurriagueles, nos ha hecho menos daño, infinitamente menos, que los fariseos de nuestra política." (Páginas 34-36).

Por el contrario, poco parece importar la vida cuando ésta se pierde en acción, entonces se vuelve sinónimo de heroísmo y de grandeza nacional. Patriotismo del más acendrado cuño belicista del que el texto deja palmaria y repetida constancia:

"La guerra, proveedora de la muerte, madre del odio, del hambre y de la peste, pero madre también del heroísmo, templadora de almas, gran depuradora y gran regeneradora", (pág. 15).

"El heroísmo más sublime es el de un alma joven e ilusionada, para quien la vida y el porvenir abren sus horizontes más claros y risueños, y sin embargo se ofrenda generosamente en el ara sagrada de la patria (...) ¿Sacrificio estéril? No, sacrificio ejemplar, porque con estas vidas admirables pueden escribirse los más nobles ejemplos de patriotismo y las lecciones más bellas." (Páginas 260-261).

Fehacientes pruebas, entre otras muchas que podrían extraerse a lo largo de todo el texto, a cuyo través puede observarse la decidida voluntad belicista y el patriotismo militarista que alienta el libro, lo que no merma mérito a su superior elaboración formal sobre otras crónicas de guerra. La calidad de su prosa, más cuidada de lo que suele ser habitual dentro de este género, con abundantes registros líricos y metafóricos, así lo atestigua también, aunque a veces se le vaya algo la mano y el resultado peque de retórico, de amanerado y hasta de cursi:

"(...) en el Ferrol, en ese hermoso y privilegiado rincón de la Tierra, donde el mar quiso formar uno de sus más encantadores remansos para que todas las escuadras del Mundo encuentren un refugio seguro y delicioso en sus largos viajes, fue donde vieron por primera vez la luz de la vida estas hermosas niñas de mis ojos (...)" (Pág. 234).

El desastre de Annual, por la legión de periodistas que atrajo a las tierras del Protectorado, se convirtió en motivo para otro buen número de recordatorios de la guerra. Colecciones de crónicas que, al igual que las anteriores, primero habían aparecido como sueltos en publicaciones periódicas y más tarde quedaron compiladas en volúmenes. Aunque el texto de Goy de Silva resulta paradigmático de estas obras, cabría mencionar también otro

par de ellas. Las de Vitaliano GÓMEZ, cronista de guerra para los diarios el Noticiero Sevillano y El Imparcial de Madrid, que recopiladas bajo el título En la hora de la paz aparecieron en 1926. El periodo referido se aleja un tanto de los acostumbrados, cubre desde octubre de 1924 hasta el fin de la campaña y la pacificación del territorio. A pesar de lo que su título invoca, constituye uno de los más acabados modelos de alabanza y regodeo en la brutalidad que periodista alguno haya llegado a escribir sobre esta guerra, superando con holgura el testimonio de los más inclementes y duros oficiales africanistas. Sirvan como ejemplo de su sensibilidad las siguientes palabras que no precisan comentario alguno:

"La práctica viene demostrando que no hay mejor procedimiento para convencer al moro de la montaña que el de castigarle con dureza. Así únicamente se le demuestra nuestra superioridad y se le trae a razones manso como un cordero." (Pág. 70).

El resto queda a tono con tan civilizada declaración de principios, sin desmerecer ni un ápice lo en ella enunciado. Ni que decir tiene que lo más granado de sus crónicas lo constituyen las operaciones militares encaminadas a castigar, razziar y asolar poblaciones nativas, en las que su relato se llena de viveza y elocuencia. No cabe duda de que tales espectáculos llevaban la satisfacción a su ánimo, colmaban sus aspiraciones patrióticas e inspiraban sus mejores dotes de narrador. Ni siquiera se hace preciso espigar en su texto, los ejemplos menudean:

"Salió una escuadrilla de Aumara, que con toda intensidad, con gran complacencia, como buscándose la revancha, fue bombardeando los aduarees Yayuca y Demna con bombas incendiarias, hasta conseguir en pocos momentos ver cómo se convertía en una hoguera fantástica, inmensa, aquellos inmundos poblachos, autores de la agresión al valeroso compañero [se refiere al capitán de aviación Burguete] que había caído en las garras de la muerte." (Pág. 16).

"Es pintoresca y temible su actuación: hay que desarmar un aduar y allá va la harca de López Bravo como un alud. Cae en el poblado; el comandante reúne a sus moradores y concede unas horas de término para la entrega de sus fusiles. ¿Se resisten

los conminados? El poblado arde seguidamente por los cuatro costados. ¿No se resisten? El poblado arde también en castigo, porque siempre hubo alguno que intentó enterrar su fusil." (Pág. 134).

Bastante menos violentas resultan las de VILA SAN JUAN, enviado del barcelonés Noticiero Universal, publicadas en 1922 con el título de Lo que no tiene nombre. La diferencia de su texto con respecto al de su colega precedente y a otros varios aparecidos por los mismos años radica en el objeto de su atención, que aquí se diversifica y amplía. Las operaciones militares o la estrategia y táctica que se siguen deja de ser el eje de sus escritos, que se desplaza a los ambientes periféricos: el paisaje, aspectos insólitos de la vida y costumbres del moro, las tribulaciones del soldado, las novias de éstos, los hospitales, los heridos, los enfermos...; además de entrevistas y diálogos mantenidos con personajes destacados en Marruecos: Sanjurjo, Cavalcanti, Martínez Anido, etc. Todo ello contribuye a elaborar un retrato de la atmósfera que envolvía la guerra más que de los hechos bélicos en sí mismos, algo en cierta medida similar a lo que llevará a cabo Fernández Oxea, un soldado y periodista a la vez, en un título que comentaré en breve.

El levantamiento de Abd el Krim pronto se extendió a todo el Protectorado español y la guerra prendió también en la zona occidental. Otra serie de libros se ocuparon de lo allí acaecido, atentos por lo general a episodios más concretos dentro de la campaña. Entre ellos figura Dar Akobba, obra publicada en 1924 por el entonces teniente coronel Emilio MOLA. Un testimonio de primera mano con mezcla de diario de operaciones e ideario personal - y por extensión también de un amplio sector de la oficialidad española que combatía en Marruecos- sobre la defensa de la posición indicada en el título, suceso ocurrido en esta zona occidental del Protectorado durante los meses de septiembre y comienzos de octubre de 1924. El enclave de Dar Akobba constituía una base militar de capital importancia: desde él se había iniciado en el pasado la ocupación de Xauen y también resultó destacado su papel en la posterior evacuación española de aquella ciudad. Además, los acontecimientos narrados en este libro dan cuenta de uno de los infrecuentes ejemplos en que el asedio rifeño terminó en

fracaso, merced a la acertada táctica bélica seguida por sus defensores, al menos así lo expresa el autor. De todo cuanto al respecto se dice en el libro podrán obtener provecho la historiografía militar o la que se ocupa de aquella guerra en particular, pero se antoja bastante superfluo dentro de estas páginas, más preocupadas por captar vivencias y sensaciones humanas que la estrategia guerrera o los movimientos de tropas, por acertados que fuesen. En consecuencia, mayor interés que el propio acontecimiento bélico referido presenta el aspecto de *corpus* ideológico sobre variados asuntos relacionados con aquella contienda que acompaña al relato de la defensa. Al encarar este asunto conviene no olvidar quién fue su autor y, sobre todo, qué representaba su figura. Emilio Mola habla en su libro, que duda cabe, con voz propia, pero ni sus opiniones, en lo que rebasa el concreto hecho bélico aquí traído, han de entenderse como particulares ni como exclusivas. El por entonces teniente coronel formaba parte de ese grupo de oficiales y jefes a quienes por común se viene aplicando el calificativo de "africanistas"<sup>6</sup>, acerca de los cuales ya se ha apuntado algo en capítulos precedentes. Quedaron encuadrados en esa nómina militares profesionales que había desarrollado su carrera, o gran parte de ella, en el conflicto marroquí, y en muchos casos con notable éxito, a juzgar por los vertiginosos cambios en los distintivos que lucían en sus bocamangas. Constituían la élite del ejército, una casta que, justo es reconocerlo, se había ganado su prestigio con riesgo, sufrimiento y sangre. En ellos el valor no se presuponía, había quedado más que contrastado en múltiples ocasiones. Los largos y peligrosos años de guerra les había moldeado un carácter especial, diferenciado de sus colegas peninsulares -baste recordar sus enconados enfrentamientos con los denominados "junteros"- y de aquellos otros que aún habiendo servido en Marruecos no participaban de sus mismos conceptos, piénsese por mencionar un ejemplo de sobra conocido y pertinente en estas páginas en el capitán Fermín Galán, combatiente durante años en Marruecos y condecorado con la laureada por méritos en campaña, pero cuyo credo habría que situar en las antípodas del grupo "africanista". Su pensamiento fue emergiendo en algunas acciones aisladas que protagonizaron sus más exaltados representantes: la renuncia de Millán Astray al mando de la Legión o el

plante que le organizaron al dictador Primo de Rivera ante la perspectiva de abandonar Marruecos, entre las más sonadas; en no pocos artículos aparecidos en la Revista de tropas coloniales, que, aunque nacida con espíritu más abierto -en algunos de sus números también colaboró Galán<sup>7</sup> y otras firmas en absoluto relacionables con semejantes ideas o personas-, pronto se convirtió en el órgano oficioso para estas concepciones<sup>8</sup>; y también se filtra en algunos libros de carácter testimonial redactados por conspicuos miembros de este tácito colectivo. Entre tales obras ha de contarse la presente, y en breve aludiré a otra aún más representativa, no por exponer con superior claridad las bases del pensamiento militar africanista, que en eso se muestra más elocuente y diáfano Mola, sino por proceder de quien procede: Diario de una bandera, del comandante Francisco Franco.

Estas ideas, tal y como las vierte Emilio Mola en Dar Akobba pueden sintetizarse en una doctrina fundamentada en un belicismo a ultranza. Las palabras con que el militar introduce su obra hacen innecesario cualquier comentario por mi parte:

"No soy un entusiasta de la guerra ni creo nadie pueda serlo, sobre todo quienes la conocen; pero lo que sí digo es que en la guerra se forja el alma de los pueblos, como en la lucha cotidiana toma carácter la voluntad de los hombres. La guerra es un azote de la Humanidad, que acabará cuando el hombre deje de habitar la Tierra. Creo por tal razón un soberano disparate educar las generaciones en una engañosa teoría pacifista." (Pág. 10)<sup>9</sup>.

Declaración de intenciones que se complementa y especifica en el interior del texto con aseveraciones aún más explícitas:

"(...) ésta [la guerra] tiene muchas más cosas desagradables que el dolor de las heridas y la tristeza de la muerte: suciedad, fatigas, miseria...; pero también proporciona satisfacciones inmensas: la de la victoria, la del deber cumplido, la de ser útil a la Patria y otras, muchas otras." (Páginas 68-69).

Y pocas dudas pueden albergarse de que el cotidiano contacto con la crueldad extrema, con la brutalidad y con la muerte no sólo cercena la sensibilidad, sino que llega a transmutar los

valores, haciendo que lo máspreciado parezca bagatela, y devuelve al individuo a estadios primitivos y deshumanizados:

"(...) morir luchando en la guerra es honor y es gloria. Claro es que esto no lo entienden quienes estiman que la vida está por encima de todo, cuando la vida en sí no vale nada, absolutamente nada", (pág. 69).

Con tal ropaje ideológico se cubrían las unidades legionarias, de las que este militar nunca llegó a formar parte -aunque ejerció mando en Regulares-, y de aquí al necrófilo grito emitido por Millán Astray en el paraninfo de la Universidad de Salamanca en 1936 apenas media un paso. A lo que se ve el credo de aquel Cuerpo gozaba de un predicamento entre determinada oficialidad que rebasaba los meros discursos de su vehemente primer jefe. Con el paso del tiempo, en los entornos de la guerra civil y en sus primeros compases, Mola llegó a ser tenido por hombre con cierto bagaje intelectual y hasta moderado con respecto a otros de sus compañeros -africanistas no pocos de ellos- levantados en armas contra el gobierno de la II República. Ello explica algunos aspectos de la campaña marroquí, pero sobre todo que la posterior contienda entre españoles tomara el sangriento cariz que llegó a alcanzar<sup>10</sup>.

Este exacerbado belicismo no puede avenirse con la forma en que se conduce la guerra: con recursos escasos e insuficientes y de manera timorata, sin poner toda la carne en el asador para aplastar definitivamente al enemigo. Mola lanza sus inyectivas contra quienes dirigían el gobierno de la nación y los responsabiliza de falta de decisión. Primero habían sido los políticos profesionales, demonizados por los africanistas desde siempre<sup>11</sup>:

"(...) Verdaderamente que la fatalidad nos persigue en esta aventura marroquí./ Y no era la fatalidad, no: era querer supeditar el desarrollo de un plan de guerra de la índole de aquélla a las conveniencias partidistas de los gobernantes; a los vaivenes de la política nacional. No era más que eso." (Pág. 27).

Luego, los de ocasión, y para mayor agravio con un militar de alto rango a su cabeza: Primo de Rivera, quien también en sus primeros tiempos al frente de España, cuando sopesaba la opción de abandonar el Protectorado, se convirtió en objeto de sus críticas. Los errores y la

incapacidad de todos ellos estaba recayendo sobre las espaldas y sobre el prestigio profesional de la milicia, de sus oficiales y jefes:

"La vergüenza de Marruecos; porque todo aquello que estaba allí ocurriendo era una vergüenza de la cual nosotros, los militares, éramos las víctimas sin ser los culpables."  
(Páginas 134-135).

Pero este victimismo tampoco responde a una ocurrencia aislada del autor. Desde tiempo atrás otros africanistas han venido clamando contra lo mismo, baste recordar un muy comentado artículo de Francisco Franco aparecido en la Revista de tropas coloniales bajo el muy expresivo título de "Pasividad e inacción", donde el por aquellos días también teniente coronel y jefe de la Legión, sin duda tratando de orientar la hasta ese momento cautelosa y errática política seguida por Primo de Rivera en la cuestión marroquí, sostenía:

"Por mucho que ansiemos la paz en Marruecos, de hecho existe un problema militar que solucionar, una guerra en que vencer, y en ella, la inacción y la pasividad conducen irremisiblemente a ser vencidos (...)"<sup>12</sup>.

Tras estas opiniones en realidad latía el no infundado temor de que España se replegara y abandonase el Protectorado, lo que hubiera significado una guerra perdida y un fracaso de esta aventura neocolonialista. Ideas que habían de resultar aborrecibles para ese sector de la institución castrense. En primer lugar, y en ello radica otro de los fundamentos ideológicos del grupo, por un afán imperialista que había cifrado en Marruecos el resurgir del pasado esplendor patrio. No cabe interpretar tales presupuestos sino como desnortado pensamiento, un radical y absurdo dislate, por cuanto la minúscula zona asignada a España encerraba no poco de miseria y atraso pero ningún tesoro, nada pues había allí que ganar y sí mucho que perder. Sin embargo, acaso por recuperar el prestigio que terminó de perderse en el noventa y ocho, algunos creyeron encontrar un nuevo Eldorado en aquellas tierras, desde las que podía iniciarse el despegue de una nueva era:

"(...) una empresa militar a la que el pueblo español volvió la espalda desde su comienzo, empresa que bien llevada pudo ser el resurgimiento nacional que



malograron nuestras propias discordias, la poca eficacia de nuestra organización bélica y los desaciertos de quienes, con absoluto desconocimiento del problema, se empeñaron en uncirlo a la carreta desvencijada de la política nacional." (Pág. 252).

Si el pueblo nada quería saber de aquello, aunque -esto lo olvida Mola- estaba poniendo la carne y la sangre sin obtener beneficio alguno, y los políticos tampoco actuaban con diligencia, sólo los mandos militares quedaban como únicos depositarios de tan elevada misión histórica. En ellos residía el honor y las esencias patrióticas:

"(...) Fue la voz de un teniente, no importa quién; que en nuestra bizarra oficialidad encarna siempre el espíritu caballeresco de la raza; así fueron, son y serán siempre los militares españoles." (Pág. 144).

Apreciación que por ridícula y fuera de lugar no merecería más comentario, si no fuera porque su raíz había germinado en los propios campos marroquíes y la habían abonado esos mismos políticos tildados de timoratos mediante una cuando menos poco acertada política en el Protectorado. Lo que en principio se consideraba obra civil devino, por su negligencia, en grave conflicto armado. Habían dejado en manos de los altos mandos del ejército su gestión, de tal forma que éstos hicieron y deshicieron a su antojo<sup>13</sup>, acaso dirigiéndose por las únicas pautas que les eran conocidas, propiciando de este modo una desmesurada escalada bélica que requería más y más esfuerzo cada día. Todo ello disparó los presupuestos, pero no para modernizar la zona, sino para alimentar una máquina de guerra de gigantescas -para las posibilidades españolas- proporciones. Durante mucho tiempo la única acción en Marruecos fue la guerrera, nada se podía emprender sin pacificar antes el territorio. No ha de extrañar pues que quienes acometían a diario esa empresa se considerasen imprescindibles. En realidad, ellos, con su esfuerzo, sustentaban la única acción española en Marruecos. Si a esto se añade que mediante las recompensas y ascensos por méritos en campaña -lo que no significa que fueran inmerecidos, sino simplemente, con otras circunstancias, innecesarios- se les estaban brindado los peldaños para ascender al pedestal<sup>14</sup>, ya estaban servidos todos los ingredientes para alumbrar esa soberbia que destilan las palabras de Mola. Soberbia de la

que participaban los miembros de ese grupo militar que, con rebozo o sin él, reclamaba para sí todo el poder de operatividad en el Protectorado y se consideraba la quintaesencia del patriotismo.

Un último apunte para redondear su pensamiento lo constituye el profundo desprecio al marroquí, cuya única virtud se halla en su vigor guerrero, pues en todo lo demás semeja un dechado de maldades e imperfecciones que, por no repetir lo ya en otras ocasiones señalado, puede sintetizarse en: "como dijo Cervantes, 'de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas", (pp. 29-30).

Colaborador de la Revista de tropas coloniales fue también Alberto BAYO<sup>15</sup>, un capitán de Infantería y piloto de aviones que solicitó destino en Regulares durante la etapa final de la campaña, experiencia esta última que dejó plasmada en Dos años en Gomara, libro de testimonialismo directo aparecido en 1928. Si en su calidad de recuerdo de la guerra hay que estimar su valor en poco, pues se limita a referir algunos combates de última hora sin apenas comentario de ningún tipo; sin embargo, resulta sobremanera ilustrativo sobre la psicología de ciertos oficiales del ejército colonial. Bayo, al igual que Mola, merece figurar en la nómina de los africanistas, incluso atendiendo a los contenidos que vierte en su libro -no me atrevo a llamarlos ideas- habría que incluirlo entre los más recalcitrantes, aunque, eso sí, dentro de un africanismo de tono menor, y no sólo por su inferior rango o empleo militar, sino sobre todo por su muy limitada capacidad reflexiva.

Se presenta este capitán de Regulares como un militar pundonoroso a quien la suerte no ha favorecido con ascensos ni recompensas tras años de duro esfuerzo:

"Después de haberte pasado tu vida militar en Aviación, Tercio y Mehal-la, haber sido herido y asistido a cientos de operaciones, te han saltado trescientos oficiales que estaban detrás de ti (...) Para escalar las alturas que pretendes, has de tocar otras teclas, que tú no sabes cuáles son, y aun cuando las acertaras, desafinarían bajo tus dedos." (Pág. 77).

Situación que ha dejado un poso de desilusión y hasta de cierto resentimiento en su ánimo:

"Las noches se me hicieron eternas al pensar que fue mi espalda trampolín con la que muchos otros, a mi juicio peores que yo, se encumbraron con mi esfuerzo y con mi trabajo." (Pág. 148).

No obstante, su espíritu "romántico" -así lo denomina él- y su gusto por el combate y el riesgo le han mantenido en la brecha y hasta le llevan a solicitar los puestos de mayor peligro. Ahora, al comienzo del relato, se ha puesto al frente de una unidad de tropas nativas, un tabor de Regulares, y con ellas está dispuesto a alcanzar si no ascensos, porque este grifo ya se ha cerrado, si al menos el reconocimiento y la felicitación de sus compañeros y superiores. Noble estampa e incluso nobles anhelos los hasta el momento presentados, que, sin embargo, empiezan a emborronarse según el relato va pormenorizando en sus hazañas. Consciente de que la juventud está abandonando su cuerpo y sabedor de lo importante que en esta vida es el vigor corporal, no descuida su preparación física, aunque, a su decir, desde siempre ha sido un devoto del músculo:

"No se figure que soy hombre débil; antes al contrario, poseo una naturaleza privilegiada./ (...) En Nueva York y Nueva Orleans me eduqué en el deporte intensamente, y allí me hicieron, boxeando todos los días, unas narices a prueba de bombas./ Ganaba entonces aquí a todos mis oficiales al tenis, y les rendía a correr, y (...) en el crudísimo enero (...) me daba al aire libre, desnudo, mi cotidiana ducha fría (...)/ Yo hago todas las mañanas 'punching' y soy esclavo de mi entrenamiento físico." (Páginas 54-55).

Tan denodado cultivo del cuerpo parece haber dejado al esforzado capitán sin tiempo o energías para la dedicación a otros saberes. Desconoce la lengua de sus subordinados, por lo que no puede hacerse entender, pero oficial con recursos y hombre pragmático al fin, ha hallado un personal modo de comunicación que le permite inbuir de su espíritu a los soldados y transmitir las órdenes con absoluta eficacia:

"Era preciso, con energfa y dureza, ya que de otro modo no les podía hablar, convencerles de que allí había un mando, y que ese mando absoluto, total, lo ejercía su capitán (...) Y como eso de aprender el árabe en poco tiempo es muy difícil, adquirí un buen diccionario: un diccionario internacional. Era un garrote de roble ancho y fuerte, que lo mismo servía para abrir una cabeza al primer golpe, que para helar la sangre de quien viese la tranca herir el aire en rápidos giros. Porque era lo que yo me decía: 'Tranquilidad proviene de tranca'; y efectivamente, empezó la paz y el sosiego a reinar en el tercer tabor." (Páginas 10-11).

Pedagogía que, comprobada su eficacia, extiende a otros ámbitos de la formación soldadesca:

"La enseñanza de ambos juegos [fútbol y rugby] fue muy curiosa. A los que cometían una falta les castigábamos a que sufrieran, con la cabeza baja, dos coscorrones de cada uno de los jugadores de ambos bandos (...), podían despedirse de su cabeza, pues hacía el efecto que la había metido en una prensa, tal la sacaba de chichones y heridas. El procedimiento de enseñanza era algo salvaje, pero era muy práctico, muy rápido y además había que ponerse a tono con ellos." (Pág. 20).

Y, por añadidura, le abre las puertas para seguir cultivando las relaciones humanas con sus hombres, bien con la ayuda de tan inestimable auxiliar o de otros que improvisa según la ocasión:

"Le mandé que se retirara, pero me dijo que él no se iba de allí sin sus pesetas, por lo que me vi precisado a aplicarle dos palmos debajo de su espalda un potentísimo motor, que iba dentro de una gruesa bota de montar, el que lo lanzó 'embalado' fuera de la habitación. ¡Oh, el mágico poder de algunos razonamientos." (Pág. 33).

"Se halló al furri durmiendo a pierna suelta, en la sombra de un árbol./ Se levantó de un brinco. No hay mejor deporte ni más ideal diana que colocarle a uno una bota en la barriga." (Pág. 105).

Atendiendo a los considerando previos, casi ni se hace necesario mencionar que su ardor belicista rebasa con holgura cualesquiera de los hasta el momento vistos, pálidos ánimos al lado del que exhibe Bayo. En algunos momentos diríase incluso, si no cupiese la certeza de su autenticidad, que nos encontramos ante la caricatura paródica de un militar:

"Querían la pelea, que es brutal y sentimental a un tiempo mismo, que destruye y crea, excita y enerva; tiene tan opuestas cualidades que vivirla es gozar intensamente - para los espíritus que tienen ansia de aventura y romanticismo-, la mejor faceta de nuestra vida." (Pág. 41).

Hermosura de la guerra que acaso le haya ayudado a descubrir su necrófilo deseo de morir "con vigor físico, con empuje vital, con fuerza muscular, brío natural y en plena juventud" para dejar a los suyos "una imagen bella" (pág. 81).

No menos vehemente resulta su desprecio por el nativo, que ni siquiera su mando en las unidades de Regulares ha suavizado. En el marroquí sólo estima cuanto de eficaces y brutales combatientes tienen sus soldados. Todo lo demás, burla y zaherimiento de su religión y de sus costumbres, lo que a veces realiza, justo es reconocerlo, con cierto gracejo, malintencionado aunque deportivo, menos no cabría esperar en hombre tan preocupado por la forma física:

"Salían y entraban en el morabo descalzos siempre, como prueba de respeto, se pasaban los grandes ratos doblándose por la cintura y arrodillados, haciendo una tan gran cantidad de ejercicios abdominales, que yo cavilaba: 'Si son inútiles para ganar un falso cielo, en cambio son inmejorables para quitarse la tripa.'" (Páginas 109-110).

Sesudas reflexiones que le conducen a la clarividente síntesis de que los españoles han llegado a "este país de invertidos y salvajes" (pág. 78) para implantar "los nobles ideales de progreso y civilización" (pág. 42), y para comprobar cuanto de verdad encierra tal afirmación basta reparar en la fina estampa y el acabado ejemplo de hombre civilizado que ofrece el propio capitán, uno de esos individuos que inducen a pensar cuán inclemente puede llegar a ser la naturaleza con alguna de sus criaturas creadas. Y hasta cabe sospechar, reparando en

el lamento de Bayo por no haber ascendido a pesar de sus muchos años en campaña, que no todo fueron errores en la política militar seguida en Marruecos.

Si Bayo narró sus dos años en Gomara, Gabriel REBELLÓN, otro oficial del ejército había contado ya antes, en 1925, sus Seis meses en Yebala, otro testimonio de hechos posteriores al desastre. Libro donde refiere el estado de la campaña en la zona occidental del Protectorado durante el año 1924, con especial incidencia en la retirada de Xauen, episodio casi tan luctuoso como el de Annual. No obstante, a su memoria le falta la impronta personal de su anterior colega, lo que circunscribe su interés al campo historiográfico y lo aparta del principal objeto de atención en estas páginas.

Una puntual anécdota de valeroso comportamiento español la presenta el desconocido sargento Benigno PEREDA DEL RÍO en El blindado número 5, testimonio indirecto publicado en 1925, donde este militar refiere lo sucedido a unos compañeros, la dotación de un vehículo blindado, en los alrededores de Tetuán durante el mes de diciembre de 1924. Breve relato de muy escasa entidad por cuanto habría que incluirlo en el repertorio de las meras hazañas bélicas. No obstante, ilustra sobre la efectividad y los problemas que el empleo de este tipo de armamento -por el que muchos habían venido suspirando desde tiempo atrás- en aquella guerra y, sobre todo, se convierte en ocasión propicia para entonar una oda a los héroes, encarnados esta vez en humildes miembros de la institución militar.

En medio de un combate y tras haber revelado toda su eficacia ofensiva, causando al enemigo "una espantosa carnicería" (pág. 23), el blindado cae en una barrancada de la que ya no puede salir. Su inmovilidad hace creer a los atacantes que se ha convertido en presa fácil de capturar, pero no cuentan con la empeñada defensa de los once soldados y el sargento que constituían su dotación. Atrincherados dentro de aquel armazón de acero resisten las acometidas de los marroquíes, infringiéndoles gran número de bajas. A los dos días, sin agua y convencidos de que allí no iban a recibir ayuda, emprendieron la evacuación, que con algunos percances los llevaría hasta las líneas españolas. Su heroica gesta les hizo acreedores

a la felicitación personal de Primo de Rivera, y hasta a una gratificación económica que el dictador les dispensó de su propio bolsillo.

Los sucesos referidos están narrados con un decidido tono epopéyico, donde el acento no recae en la peripecia humana, sino en una desmedida alabanza del belicismo y de la milicia, cuyo heroísmo encierra la quintaesencia de los valores patrióticos:

"(...) avanzaron los héroes llorando de alegría, dando vivas a España, más que suplicando por necesidad ayuda, deseando con avidez abrazar a España en la persona de aquel oficial que allí representaba a la Patria, a sus padres, a sus novias, a todo el amor de una vida, que habían sabido ofrendar por España y para España." (Pág. 46).

El enemigo, en contraposición, merece el más encendido vituperio. Calificados de "astutos", "cobardes" y "traicioneros", adjetivos que constituyen su única caracterización, aquí, a diferencia de lo que suele ser habitual en la mayoría de los relatos o memorias, ni siquiera se pondera su capacidad bélica, a pesar de pertenecer a "un pueblo cuyo ideal es la guerra", (pág. 14).

Tan simplista y desvaído testimonio se envuelve en un retoricismo ramplón y tópico, y aun no faltan vulgaridades y lamentables desaciertos en su prosa: "diciendo escuetamente, cuanto de realmente, real, sucedió [*sic*]", (pág. 41). Ante todo ello, no puede uno dejar de estar de acuerdo con el autor, por el mucho acierto que guardan sus palabras, cuando en la dedicatoria que abre el volumen señala: "Es tan insignificante el valor literario de este humilde libro, que ni vale la pena recordéis el nombre de quien lo escribio".

Parecido espíritu, en cuanto que se da cuenta de un acontecimiento ocasional y concreto con un tono epopéyico, volvió a surgir bastantes años más tarde en El manco de Tikún, especie de recuerdo homenaje de otra hazaña bélica aparecido muy tardíamente con respecto a las habituales fechas para este tipo de libros, en 1935, y firmado por Roque SÁNCHEZ JAVALOY, a la sazón padre del protagonista de la anécdota. Refiere un suceso ocurrido en la zona de Larache durante el año 1924: el heroico comportamiento del sargento Manuel Sánchez Vivancos durante la defensa de un blocao en Tikún, a cuyo mando se encontraba con

menos de veinte soldados. La posición se mantuvo durante varios meses -de octubre de 1924 a enero de 1925- sin poder ser tomada por los marroquíes, merced al esfuerzo bélico y al ánimo que este hombre fue capaz de infundir en sus subordinados. Con todo, lo sustancial, lo que de verdad eleva al personaje a categoría de héroe es que tras haber resultado herido en una mano durante los primeros compases del asedio enemigo, cuando los síntomas de gangrena se hicieron evidentes, llegó a amputarse el miembro él mismo con la sola ayuda de un cuchillo. La autenticidad del hecho la avalan las declaraciones de sus compañeros y superiores y las notas de prensa que acompañan en el volumen a la narración de su progenitor. Incluso su persona y su gesta encontraron hueco en las páginas de otro libro testimonial: Recuerdos de la campaña, del entonces capitán Tomás García Figueras, donde se glosa el temple del sargento. Sin duda, entre tanta penuria, esta guerra debió de dar ocasión para un buen número de conductas tan elogiables, desde el punto de vista militar, como ésta. Sin embargo, su valor testimonial hay que situarlo poco más o menos en paralelo con el del anterior título: muy menguado o en las fronteras de lo nulo.

La Legión, al igual que ya vimos en la literatura de ficción, también se convirtió en motivo de varios testimonios. Acaso entre todos ellos el Diario de una bandera, de Francisco FRANCO deba contarse como el más afamado. Publicado por vez primera en 1922, su título hace justicia al contenido, pues sobre todo habla de la trayectoria y del historial de la primera bandera del Tercio en el periodo que va desde su creación en octubre de 1920 hasta el mes de abril de 1922, narrado desde la perspectiva y con la voz de su comandante. En la primera parte, situada en la zona occidental del Protectorado, el relato se orienta sobre todo hacia la descripción de la vida legionaria: caracterización de sus miembros, formas de entrenamiento, relaciones entre los legionarios, en general, una denotación costumbrista, junto a la que se va dando también cuenta de las primeras actuaciones de esta unidad, escaramuzas y combates de no mucha enjundia en la zona de Tetuán, donde, pasadas ya las épocas de mayor conflicto, eran éstos unos tiempos si no de tranquilidad absoluta, sí de una cierta calma bélica. Todo ello quedará roto en la segunda parte, donde se inicia la verdadera toma de contacto de esa



unidad con la guerra. Enviados hacia Melilla nada más conocerse los sucesos que están teniendo lugar en aquella Comandancia en los días finales de julio de 1921, su misión en un primer momento consiste en garantizar la precaria seguridad de la plaza, y después, cuando la de la ciudad y su campo limítrofe ya ha quedado apuntalada con las tropas llegadas de España, la Legión -de consuno con los Regulares- constituirá la extrema vanguardia a la hora de iniciar la reconquista del territorio perdido durante el desastre de Annual. La narración se convierte en repertorio de operaciones ofensivas, en alternancia con sucintas notas reflexivas sobre las tácticas seguidas, el armamento, el enemigo y la propia forma de conducir la guerra. La brutalidad del conflicto y de los combatientes -incluyendo la perpetrada por los legionarios- se muestra con absoluta crudeza y con un muy marcado tono probelicista, donde predomina no sólo el gozo por el combate, sino, y sobre todo, una total frialdad e insensibilidad ante la muerte, sin importar la forma en que ésta llegue o cuáles sean sus víctimas. A la barbarie desplegada por los rifeños durante la huida española, se opone ahora otra barbarie similar por parte de las tropas al mando del comandante Franco, tras cuyo paso sólo quedan aduarees razziados, incendios y cadáveres:

"A nuestro paso, las columnas de humo se levantan de las pequeñas casas y la ola de fuego alcanza a los poblados de la montaña; todo va quedando devastado<sup>16</sup>." (Pág. 152)<sup>17</sup>.

Crueldad y violencia que constituye un comportamiento frecuente entre los legionarios, bien como conducta individual o como pauta de grupo. En este sentido, resulta harto expresivo el testimonio del jefe de la unidad:

"Al mediodía consigo autorización del general para castigar los poblados de que partió la reacción y desde los que el enemigo nos hostiliza (...) Mientras una sección, rompiendo el fuego sobre las casas, protege la maniobra, se descuelga otra por un pequeño cortado y rodeando los poblados, pasa a cuchillo a sus habitantes<sup>18</sup>; las llamas se levantan de los techos de las viviendas y los legionarios persiguen a sus moradores." (Pág.105)<sup>19</sup>.

Junto al relato de la guerra, a lo que tiene de diario de operaciones, y a las cuestiones anexas, el texto va trasluciendo también un plano ideológico denotativo de algunos presupuestos del ya mencionado militarismo africanista. El victimismo del militar ante la incomprensión de los rectores de la sociedad civil, que han dado la espalda a la cuestión de Marruecos:

"En nuestra vida en Xauen nos llegan los ecos de España. El país vive apartado de la acción del Protectorado y se mira con indiferencia la actuación y sacrificio del ejército y de esta oficialidad abnegada que un día y otro paga su tributo de sangre entre los ardientes peñascales./ ¡Cuánta insensibilidad! Así vemos disminuir poco a poco la interior satisfacción de una oficialidad que, en época no lejana, se disputaba los puestos de las unidades de choque." (Pág. 84).

Y como, según sus creencias, en Marruecos se está forjando el glorioso porvenir de España, el patriotismo ha quedado circunscrito a los miembros de la milicia, quienes además son los únicos llamados a opinar, con conocimiento de causa, sobre cuanto allí acontece:

"(...) mi deseo es sólo presentar a los infantes el peligro que encierra para el ejército y para la acción militar, el querer solucionar estos problemas a distancia, sin que en la balanza, llamada de la Justicia, se sepan pesar las penalidades y sufrimientos de una campaña ingrata y el gran número de oficiales que gloriosamente mueren por la patria acrecentando con su comportamiento las glorias de la Infantería. *¡Ellos son los que hacen Patria!*" (Pág. 85).

Pero no de todo el colectivo, sino sobre todo de aquellos que están forjando su temple en el campo de combate, y a quienes con cicatería se les quieren regatear las recompensas y ascensos que en justicia, con gran derroche de esfuerzo y de sangre, se están ganando:

"La campaña de África es la mejor escuela práctica, por no decir la única de nuestro ejército, y en ella se contrastan valores y méritos positivos, y esta oficialidad de espíritu elevado que en África combate ha de ser un día el nervio y el alma del ejército peninsular; pero para no destruir ese entusiasmo, para no matar ese espíritu

que debemos guardar como preciada joya, es preciso, indispensable, que se otorgue el justo premio al mérito en campaña; de otro modo se destruirá para siempre ese estímulo de los entusiasmos, que morirán ahogados por el peso de un escalafón en la perezosa vida de las guarniciones." (Páginas 85-86).

He aquí, aunque tampoco falte razón en algunas de sus palabras, el retrato mismo de la ambición, esencia de buena parte del pensamiento de la oficialidad africanista, que, a la vez, se arroja con otra serie de ideas ancladas en valores pretéritos: aquellas que cifran el resurgir nacional en un colonialismo diminuto y de medio pelo, que descubren la grandeza de la raza en un desfile de recios soldados y que además responsabilizan a los políticos de los males patrios. *Mutatis mutandis* lo mismo que más tarde expondría Emilio Mola en su ya comentada obra, aunque en este último la explicitación resulte más directa y sin tanto comedimiento como el que expresa Franco. Ya que su Diario tampoco destaca por la esmerada elaboración de su prosa, ni supongo que tal preocupación figurase entre los presupuestos del autor, aunque de vez en cuando se dejen ver algunos devaneos líricos o metafóricos, retórica trillada y repetitiva en todos los casos, hay que concluir que su valor se antoja más bien escaso.

Y toda su proyección habría acabado casi seguramente aquí, en un libro más sobre la campaña de Marruecos, si la figura de su autor no hubiera transcendido de anónimo militar. Sin embargo, el particular devenir histórico de Francisco Franco propició una atención especial a la obra. Por un lado, fue objeto de varias reediciones, incluso, según ya he apuntado antes, hasta manipulaciones. La segunda apareció en Sevilla durante 1939<sup>20</sup>, en ella ya se aprecian los efectos del maquillaje en algunas supresiones y modificaciones tendentes a cercenar o dulcificar los aspectos más crudos o brutales del relato. Los tiempos habían cambiado, ahora el antiguo enemigo -el moro- había ayudado a los militares sublevados, y convenía pues limar cuantas brutalidades se habían cometido contra él en su propia tierra, así como todo aquello que pudiera ser considerado humillante u ofensivo por los aliados de hoy. Y tampoco los comportamientos salvajes, aunque se refiriesen al pasado, resultaban adecuada propaganda para un recién nacido régimen que, habiendo sido acusado de perpetrar semejantes

actos durante la guerra civil, trataba de limpiar su imagen. Con posterioridad alcanzó al menos otro par de ediciones: una en 1976, prologada por Manuel Aznar; y otra en 1986 promovida por la Fundación Nacional Francisco Franco, donde el Diario quedó incluido junto a algunos otros escritos en un volumen titulado Papeles de la guerra de Marruecos. Incluso se llegó a especular con la posibilidad de que lo hubiera escrito *Juan Ferragut*<sup>21</sup>, cuestión poco probable, que Carlos de Arce, en su Historia de la Legión española, desecha<sup>22</sup>. Con todo, lo de verdad importante no reside en sus múltiples reediciones, ni siquiera en sus modificaciones, sino en que el libro ha sido objeto de lecturas ideológicas, bien a favor o en contra, que contemplan y analizan su contenido rebasando lo que, a mi entender, en él se expone.

Los mismos tiempos y muy parecidas ideas aparecen recogidas en Los caballeros de la Legión, testimonio también con cronología de diario aunque adopte la forma de crónicas o estampas, en el que Carlos MICÓ ESPAÑA vierte la experiencia personal de su paso por este Cuerpo. Coincidente con el de Franco incluso en la fecha de publicación, en 1922. El contenido del libro, no obstante esas analogías, presenta diferencias con respecto al de aquél, acaso por tratarse de la obra de un periodista y escritor en ciernes -recuérdese que tres de sus novelas breves, ambientadas en la guerra de Marruecos, han sido comentadas en precedentes capítulos- y no la de un militar profesional. Su voluntad resulta ante todo descriptiva, divulgativa sobre la Legión y sus miembros.

Cuenta Tomás Borrás, en el prólogo que abre el volumen, que Carlos Micó "empezó las operaciones de Beni-Aros de cronista, empujado por lo curioso de la aventura legionaria. Cuando iba a meterse en una guerrilla le gritaba, indignado, el teniente: '¡Paisano atrás! ¡Atrás ese paisano!' Se picó el paisano y para que no le echasen atrás enganchóse en la Legión."<sup>23</sup> Y el propio Micó abunda al respecto, comentando las razones que le impulsaron a dar semejante paso:

"Voy a engancharme en la Legión extranjera.

'-¿Para qué y por qué? -me preguntan los amigos a quienes anuncio mi propósito.

'Por muchas pequeñas causas, todas ellas sin transcendencia./ Porque la vida sin sobresaltos es tediosa (...) Porque las tertulias literarias me dan ganas de bostezar, y las tertulias que no son literarias, también./ Porque no sé dónde se han escondido las virtudes de la raza y quiero ver si se refugiaron en el pecho de los militares (...) Y, por último, me engancho en el banderín de la Legión extranjera por curiosidad literaria (...) Tengo la intención de escribir un libro sobre el Tercio." (Páginas 22-23).

Que cumplió su último objetivo, a la vista está. Su vivido recuerdo se extiende desde ese preciso momento del enganche hasta el final de 1921, y en el relato se van intercalando el discurrir de acontecimientos bélicos con la descripción pormenorizada de la interioridad de esta unidad militar, tanto en su aspecto humano como en el castrense. De tal forma que si el texto de Franco constituía el diario de una sola bandera, éste bien pudiera ser considerado el diario de toda la Legión durante ese tiempo.

Aunque el testimonio persiga un afán divulgativo sobre esta recién creada fuerza de combate, nada más lejos de una descripción aséptica, siquiera imparcial, que el libro de Micó. Desde su principio se convierte en un canto laudatorio, en una desmedida oda a este Cuerpo del ejército, donde, a juicio del nuevo caballero legionario, parecen haberse condensado todas las virtudes humanas y castrenses. Hombres de muy diferente extracción y procedencia, desde veteranos soldados de otras guerras hasta criminales, delincuentes y gentes, en definitiva, de turbio pasado, pasando por obreros fabriles "víctimas" de las huelgas y de la "tiranía" sindical; todos ellos han encontrado calurosa y fraternal acogida en las filas de la Legión, y su desnortada vida ha tomado por fin un rumbo adecuado. Ni las apreciaciones del autor se hacen necesarias, pues para comprender tan loable realidad basta escuchar alguna de las íntimas y sinceras confesiones que éste recoge:

"(...)

'-Ahora ya no me conozco, soy otro completamente; antes era malo porque no tenía a nadie a quien querer ni a nadie que me aconsejara; ahora tengo una madre, la patria, y muchos hermanos, mis compañeros de Legión; ¿qué más necesitaba para ser

bueno?... Quererlo... Y como ejerció en mi ánimo tal decisión la voz severa y paterna del jefe de la Legión, he querido ser bueno y lo voy consiguiendo...'/ Aún recuerdo las últimas palabras del muchacho: 'He querido ser bueno y lo voy consiguiendo.'/ La legión, escuela de hombres, ha hecho el milagro de redimir a ese hombre, como a muchos otros, y le ha abierto sus brazos sin hipócritas rubores, sin ver su pasado, para educarle para lo por venir, coger la escoria de la sociedad y devolverla purificada en el crisol de la disciplina y el amor a la patria." (Páginas 63-64).

Redimidos y transmutados en tan magníficos soldados como sentimentales individuos:

"-¿Los legionarios? ...-decíamos-. Son hombres que se batien bien; los cuales, si les abrazáis con entusiasmo, en testimonio de admiración, rompen a llorar. ¡Sentimentales!

'No se me ocurre otra manera de definirlos." (Pág. 250).

Mérito que sólo cabe atribuir a quien tuvo la feliz ocurrencia de crear una tropa de este tipo, y a quienes en cerrada cooperación con él se esfuerzan día a día en mantener ese espíritu pedagógico a la vez que alientan la camaradería y confraternidad:

"(...) el teniente coronel y los demás jefes del Tercio liman y pulen todas las facetas del carácter de los legionarios, de todos y cada uno de nosotros: no dejándonos nuestro pensamiento ocioso, dirigiéndolo y elevándolo constantemente con sus conversaciones, en sus discursos y sus arengas. Millán Astray tiene el divino don de la palabra y es pródigo de su arte; su oratoria, rotunda y cálida, se deja oír de continuo, encontrando todas las ocasiones propicias, y el entusiasmo que se desborda de su corazón llega a inundar de sentimentalismo el pecho de sus hombres, que le escuchan emocionados, con los ojos húmedos, ansiosos de demostrar a todos, y en particular a su jefe, 'quiénes son y qué son capaces de hacer por el honor y la gloria del Tercio'./ Cuando el momento no es a propósito para pronunciar un discurso de tonos elevados, el teniente coronel nos cuenta cuentos, sentado en medio del corro, en el campamento (...)" (Páginas 55-56).

No sólo Millán Astray se ha ganado el favor de sus subordinados. Franco, aunque no disponga de ese elocuente verbo, tampoco le anda a la zaga en lo que a cariño y estima de sus soldados se refiere: "El comandante don Francisco Franco manda la primera Bandera, que ha organizado, y de la que es alma y *niño* [subrayado en el original] mimado; todos sus hombres le adoran y le siguen ebrios de entusiasmo, locos de alegría (...)", (pág. 224). Y tras ellos, los restantes mandos de tan benéfica unidad. Vamos, auténticos padres y madres para tanto descarriado. Si a ello se añade la abundancia y la bondad de la alimentación: "La comida: Es buena, excelente (...) los sabrosos y succulentos guisos que se les sirven", (pp. 218-219); cuanto de saludable tiene la vida al aire libre; la paga, no mucha, pero muy superior a la de cualquier soldado; y, a la vez, se le restan las maledicentes falacias que se han vertido sobre la crueldad disciplinaria, completaremos el idílico cuadro legionario que pinta Micó.

Lo vertido por el autor poco tiene que ver con la evocación literaturizada ni siquiera con la honesta divulgación, a lo que en verdad se asemeja es a la propaganda que podía leerse en los carteles donde se invitaba a engancharse en la Legión, cuyo icono y texto abre, por cierto, el libro. Y lo que a través de sus páginas vamos conociendo diríase que constituya una gran paráfrasis de ese cartel, con el agravante de que aquí los embustes y engaños de la publicidad se disfrazan de testimonialismo auténtico:

"Un cartel de discretas proporciones, de colores pardo, azul, negro y el de oro viejo, nos invitan a ingresar en las filas del nuevo Cuerpo. En este cartel, un soldado de la Legión, de rasgos perfilados y enérgicos, pretende anticiparnos, con el aplomo de su figura viril y la mirada dominadora, cuáles son el espíritu y la psicología de estas tropas./ El pie del cartel (...) dice estas palabras (...):

'¡Alistaos en la Legión de Extranjeros! Españoles y extranjeros: los que seáis amantes del Ejército y de sus glorias, los que gustéis de la vida de campaña, ¡alistasos! El Tercio de Extranjeros es un Cuerpo de Infantería que tendrá bandera propia y sus soldados estarán amparados por ella. Es un Cuerpo honorable; en los combates irá en

puesto de honor; el uniforme es vistoso; las pagas, suficientes; la comida, sana y abundante. Los que sean buenos soldados, diciplinados y valientes, pueden hacer muy honrosamente la carrera de las Armas." (Pág. 19)

Tal mixtificación no cabe en absoluto atribuirle a un ingenuo deslumbramiento de Micó por la nueva unidad militar, sino al deliberado propósito de engañar y rendir tributo de sumisión a esas ya comentadas ideas africanistas, que en esencia también son las suyas. Este credo, no el legionario sino el africanista, salpica todo el texto. Aquí se concitan de nuevo, y no sin cierta vehemencia expresiva, el belicismo más recalcitrante: "-(...) Los pollitos que no conocen la enorme e inefable satisfacción de este gran deber de la guerra cumplido", (pág. 167); "Es magnífico, bello, grandioso y solemne el espectáculo bélico", (pág. 187). La milicia como depositaria del verdadero patriotismo, transmutado en caricaturesco patrioterismo por la exagerada exposición: "caer herido no tiene importancia; morir por la Patria es bello y dulce", (pág. 157). El ataque a las instituciones civiles, políticas o sindicales; la necrofilia como valor; el desprecio y demonización del moro; y cuantas otras ya hemos visto en títulos objeto de atención anterior. Tampoco muestra reparo alguno en tergiversar asuntos que habían dado pie a cierta polémica, entre ellos, el del régimen disciplinario que imperaba en la Legión. Micó, desde su experiencia, refuta las difamaciones que han corrido de boca en boca:

"Los castigos: Hay una leyenda negra de terror; se dice en España por algunos que en la Legión se han resucitado todos los tormentos inquisitoriales.../ Y esto es falso: el régimen de castigos se ajusta en la Legión a los códigos de disciplina militar vigentes en los demás Cuerpos, con la característica, que es la diferencia que se puede notar, de que: 'castigo impuesto, castigo cumplido'. No se ha dado el caso de perdonar a nadie. El que comete una falta se hace acreedor a un castigo; tiene tanto derecho a él como a un premio quien se lo merece. Este es el criterio." (Pág. 220).

No hace falta buscar con denuedo para encontrar otros muchos testimonios que evidencian la falsedad de tales palabras. Bastaría invocar lo vertido por Fermín Galán, oficial de la Legión



durante varios años, en su ya comentada novela La barbarie organizada. Pero ni resulta necesario acudir a quienes pudiera considerarse interesados deformadores de la realidad ni a lo publicado en aquellos coyunturales momentos para evidenciar el embeleco. Adelardo Fernández Arias, periodista que en ocasiones utilizó el seudónimo de *El Duende de la Colegiata*, realizó un reportaje sobre Marruecos en los muy posteriores días de 1933 y echando la vista hacia el pasado acontecer, comenta al respecto:

"La disciplina del Tercio era de hierro: nada de consejos sumarísimos, nada de Código de Justicia militar. Cuando algún legionario faltaba a la disciplina, un tiro inmediato era el mejor ejemplo para mantener la disciplina."<sup>24</sup>

Y lo mismo podría decirse de episodios de sobra conocidos, como el de aquel grupo de ingleses que a punto estuvo de provocar incluso un incidente diplomático. Tras enrolarse en la Legión española y permanecer un corto periodo de tiempo en sus filas, denunciaron las vejatorias condiciones de vida habituales en aquel Cuerpo, en especial lo que afectaba a la brutalidad disciplinaria y a la pésima comida. Micó lo cuenta a su manera, torcida e interesada, en el capítulo titulado "Los famosos ingleses". En realidad aquello se aireó en la prensa, en la nacional y en la británica, con bien distintas trazas y argumentos a los expuestos en el libro. Estos extranjeros pusieron en evidencia las falacias propagandísticas del Tercio y, para evitar conflictos de orden internacional, al final se les autorizó a rescindir los compromisos que habían contraído.

El recuerdo y las ideas han de ser libres. Nada habría pues que objetar a lo expuesto por Carlos Micó, por extemporáneo o desmedido que se antojase al lector no imbuído de su ardor belicoso y militarista. Sin embargo, menos de recibo ha de considerarse que lo construido con artimañas y añagazas se quiera hacer pasar por "obra literaria seria, escrita por un *legionario auténtico* [el subrayado es suyo]", (pág. 287); o que en sus páginas se atribuya "el honrado sabor de presencia que creo haber logrado", (pág. 288). Acaso haya que entender su libro, sobre cualquier otra apreciación, una ofrenda personal al jefe del Tercio, pues, a tenor de sus

palabras finales, parece todo el redactado con ambos ojos puestos en el previsible aplauso de su muy admirado Millán Astray:

"No sé si puedo tener la pretensión de haber aprisionado entre estas hojas el alma de la Legión (...) Al lector le atañe decir si he fracasado; al lector y a mi teniente coronel: más a éste que a nadie", (pág. 287).

Contrapunto a los anteriores y muy elogiosos retratos de la Legión lo pone Ramón ARMADA QUIROGA en sus Emociones literarias de la guerra de Marruecos, testimonio personal de otro de sus miembros, publicado en 1925, aunque, según sostiene en una nota a pie de página, antes de ver la forma de libro había sido leído en el Ateneo de Madrid en enero de 1923. Con una técnica de cuadros o estampas, semejante en este sentido a la de Micó, va refiriendo desde su llegada inicial a Ceuta y poco más tarde al campamento legionario en Riffien hasta la conclusión de un combate. Por medio, los periodos de instrucción, el adiestramiento físico y psicológico del guerrero y la cotidiana vida del legionario. Si bien en el libro hay poco de esa emoción que se anticipa en el título, y menos aún de literario, las falsas idealizaciones anteriores se tornan en sus páginas veraz realismo y agria censura de cuantos aspectos parecen criticables al testigo.

La tipología del propio soldado, para empezar, se ajusta a cánones más comunes y verosímiles, no muy distintos de aquellos que mostraba Fermín Galán en su novela. Ni entre estos hombres abundan los criminales refugiados en las filas legionarias por su delictivo pasado ni son mayoría esas melancólicas figuras víctimas de grandes pasiones frustradas o de conmovedoras historias, aquellos personajes que solían convertirse en protagonistas de los relatos fabulados y que se dejan entrever en la obra de Micó. Predomina los obreros sin trabajo debido a la crisis europea de postguerra y la máxima estampa de romanticismo la pone el tampoco infrecuente "hombre inadaptable, el aventurero que nunca durmió en la cárcel; pero que está al margen de la sociedad por no aguantar sus trabas y convenciones", (pág. 8). Y poco o nada queda de la tan aireada fraternidad y camaradería, a ella se anteponen la mezquindad y las rencillas personales entre iguales y el despotismo e incluso la violencia

cuando los galones o las estrellas median en la relación. La Legión, en suma, se presenta, despojada de todo maquillaje, y desposeída de esa amable imagen de gran familia bien avenida, al final sólo queda un lugar bien desagradable. La comida, ni sana ni abundante: "segufán ansiosos el movimiento del cucharón, que extraía del fondo de la marmita una salsa negruzca y espesa (...) Algunos, a pesar de los reniegos, comían con avidez de famélicos; otros maldiciendo y blasfemando arrojaban lejos la comida", (pág. 14). El uniforme, antes astroso o inadecuado que vistoso: "Algunos, con la alpargata rajada, mostraban al sargento una úlcera recién abierta", (pág. 27). Y una crueldad rayana en el salvajismo ha suplantado al Código de Justicia Militar:

"(...)

'-Un acto de insubordinación, mi alférez. Este individuo siempre llega tarde y medio borracho. Hoy, porque le he reprendido, ha intentado maltratarme de obra.

'(...)

'-Que corra dos horas a paso ligero cargado con el saco de piedras. Si se cae lo levantas a culatazos, y como adviertas en él el más leve indicio de rebeldía, le metes un tiro en la cabeza (...)" (Pág. 21).

Ni siquiera la tan aclamada eficacia bélica sale mejor parada. A un entrenamiento deficiente - (...) se hacían pocos ejercicios de tiro al blanco (...), saliendo algunos soldados al campo sin conocer el manejo del arma, pág. 25-, sigue una táctica anticuada, basada en un barato derramamiento de sangre que convierte al hombre en carne de cañón. Estéril sacrificio que algunos han interpretado como derroche de bravura y heroísmo, pero en el que Armada Quiroga sólo acierta a ver ineptitud del mando:

"Era [Millán Astray] el reverso del jefe moderno que, eficaz y silencioso, dirige las operaciones acodado en su mesa de trabajo escrutando los planos del terreno./ En dos años la Legión extranjera se ha desangrado por los campos marroquíes, y es que no importa que caigan hombres; el caso es llegar al pico de la loma para clavar allí la bandera. Nada más que para eso." (Páginas 24-25).

Y la brutalidad inherente a la propia guerra a partes iguales se reparte entre marroquíes y españoles. Aquéllos paquean a éstos, y éstos responden incendiándoles las casas y destruyendo sus medios de vida:

"Un biplano volaba sobre el campamento (...) Sus alas rígidas se inclinaron al curvar, y de la cabila que, allá en el fondo del valle asomaba sus techumbres pajizas entre los arbustos, salieron negras columnas de humo. Por los trigales que esperaban la siega corrían voraces las llamas, convirtiendo en ceniza lo que iba a ser pan." (Páginas 39-40).

Con todo, más que antibelicismo militante, que a decir verdad por ningún lado asoma, predomina la visión irónica y desmitificadora de la contienda, ejemplificada en esa recompensa que se otorga a un soldado, ascendido ahora a cabo, por arrebatar la vida a un enemigo ya antes muerto. Un testimonio que, en definitiva, opta por colocar las cosas en su sitio y cuyo autor sintetiza con certeras palabras: "A falta de otro mérito encontraréis serenidad e imparcialidad en estas impresiones."

La guerra como mera denotación o repertorio de combates y de episodios bélicos concretos queda más difuminada en otros libros también de carácter testimonial, donde la visión de quien cuenta se amplía y el recuerdo muestra aspectos circunstanciales o colaterales a la propia campaña, dando así una más amplia panorámica personal del Protectorado y de cuanto acontecía en diferentes zonas del Marruecos español por aquellos días. Obras cuyo interés resulta muy limitado dentro de estas páginas, pero de las que estimo oportuno dejar alguna mínima constancia. Varias de este tipo fueron redactadas por militares profesionales, y entre ellas, cabe entresacar un par de títulos, entre otros cuantos que se mencionan en la nómina ofrecida por Lawrence Miller<sup>25</sup>. No es que éstos destaquen por sus superiores méritos, sino como mero ejemplo de otros semejantes. La espada rota, el más antiguo de ellos, apareció publicado en 1922 y firmado por el *Comandante X. Y.*, seudónimo tras el que, según apunta el citado comentarista<sup>26</sup>, se oculta el también comandante José GUARDOQUÍ. El volumen está formado por una seleccionada recopilación de estampas o crónicas

periodísticas que, según señala Francisco de Cossio en unas "Palabras finales", iban llegando a una cabecera de prensa, aunque desconozco cuál era y si llegaron a publicarse de manera aislada. No constituye en sentido estricto una memoria de un periodo de la campaña enjuiciado desde el pensamiento o la perspectiva castrense, a pesar de que éstos emerjan por sus páginas. Pretende mostrarnos el ambiente que envuelve la guerra con cierta voluntad literaria, que se advierte no sólo en la elaboración de su lenguaje sino también en la destacada presencia de notaciones urbanas, paisajísticas y humanas que sobrepasan el simple relato de acontecimientos bélicos. En realidad, su referente acaso se encuentre más cercano a los libros de viajes, con los que comparte un mismo espíritu descriptivo, que a las memorias de la guerra. En su emparentamiento con aquéllos prodiga atenciones y elogios a la belleza de algunas ciudades norteafricanas: Ceuta, Melilla, Tetuán, Xauen o Tánger; así como a la manera de conducirse de algunos personajes que por allí deambulan: el teniente coronel González Tablas, la duquesa de la Victoria, los miembros de la Legión y la labor humanitaria que está llevando a cabo el doctor Gómez Ulla con enfermos y heridos. Cuando su punto de vista se circunscribe a aspectos de la contienda, su sesgo belicista y patrioter se hace evidente. La mayoría de las crónicas refieren acontecimientos de la demarcación de Yebala, en la zona occidental del Protectorado, por lo común enfrentamientos con los seguidores del Raisuni. Sin embargo, allí fue enviado tras permanecer un tiempo en Melilla, lugar al que había llegado desde España al conocerse la derrota de Annual. Y ya esta primera incursión en la materia bélica, las alusiones al desastre, dejan ver su muy mermada información o su exigua intención de autenticidad:

"El enemigo seguía su táctica de envolvimiento, bien meditada y mejor realizada:/ En Annual el mando contempló (...) la magnitud de la catástrofe, y tras épica lucha [!!!], bajo un diluvio de fuego, la orden de retirada fue comunicada a las posiciones (...) Y comenzó la retirada (...) El dolor llegó allí a su más alto grado./ La traición y el heroísmo [cabe suponer si no se referira al de los rifeños] también (...)" (Pág. 25).

Palmaria tergiversación tendente a amortiguar el descalabro militar, la cual se ve refrendada por múltiples y habituales recurrencias a las glorias del combate, a la fructífera misión que el ejército lleva a cabo en aquellas tierras para labrar su heroísmo y sobre todo para provecho de todos los españoles, en definitiva, a la gran labor que España está desarrollando en Marruecos, cuyos frutos borrarán la nostalgia del pasado esplendor nacional y abrirán las puertas a otra nueva época imperial. Por ello, más que ante "un texto frío", como lo juzga Lawrence Miller<sup>27</sup>, diríase que nos encontramos ante un texto estéril en sus apreciaciones, deudor del momento y de una concreta ideología, pues estas Impresiones de campaña -según reza su subtítulo- poco o nada de interés aportan al respecto. Y su florida prosa, elogiada sin medida por Cossio en las "Palabras finales", no deja de sonar más retórica y vetusta que certera y creativa, a pesar del denodado empleo de imágenes y metáforas, casi siempre trilladas y carentes de toda frescura, o de desordenar la sintaxis con reiteradas anástrofes y anteponer los adjetivos como casi exclusiva fórmula de uso.

Tres años después, en 1925, vieron la luz los Recuerdos de la campaña, del capitán Tomás GARCÍA FIGUERAS. Figura citada con asiduidad en este trabajo en su faceta de ocasional novelista y por su amplia labor de polígrafo sobre la cuestión marroquí y los conflictos españoles en aquella tierra. El libro se ajusta a un modelo de crónicas ensayísticas en las que el militar va lanzando su mirada, al igual que su colega, sobre muy variados asuntos, aunque en este caso la dispersión resulta menor y los motivos se centran más en aspectos diversos de la contienda para ofrecer en su conjunto algo parecido a un costumbrismo de la guerra: elogios de las fuerzas nativas que combatieron junto a los españoles, caracterización del enemigo, la vida en las posiciones, la de los oficiales, los convoyes, la presencia de los cantineros, junto a cálidos y laudatorios recuerdos a compañeros caídos en combate. Según declara el propio autor, la finalidad de su obra es "dar a conocer al lector la diaria ofrenda que el soldado hace a su Patria", (pág. 79); lo que ya orienta sobre el enfoque de su contenido, decantado por encima de cualquier otra consideración hacia un patriotismo de raíz castrense, belicista y no exento de obvias falacias:

"La nación entera vibró ante la afrenta; en medio del mayor entusiasmo marcharon los soldados a vengar el ultraje; los trenes, los barcos, eran despedidos con aclamaciones de una multitud, poseída de hermoso patriotismo, que mandaba a sus hijos, a sus hermanos, a la guerra sin una protesta, sin una reserva, sin un desfallecimiento." (Pág. 71).

Y hacia un vituperio del marroquí, en quien, alineándose con otra de las constantes que por costumbre conforman este pensamiento, se concitan casi todas las imperfecciones y bajezas de la raza humana:

"El quietismo tradicional del indígena, su secular barbarie, su repugnancia a aceptar la civilización y, sobre todo, las hondas diferencias religiosas que de ellos nos separan y que viviendo latente en sus principios y en sus dogmas rechazaron toda amistosa colaboración con el cristiano cuya convivencia sólo aceptan cuando viéndose inferiores creen que de momento no les es posible la lucha." (Pág. 90).

No obstante, su texto deja ver algo que también se filtraba en los testimonios de otros declarados africanistas: la actuación española. Y la propia crudeza con que ésta se refleja atestigua que no se dedicaron a repartir parabienes o mazapanes entre los salvajes marroquíes:

"Los poblados que íbamos dejando a retaguardia asemejaban en la negrura de la noche piras gigantescas que rendían tributo a la Patria y pregonaban por todo el horizonte el poder invencible de España." (Pág. 74).

Un enfoque en alguna medida similar a los precedentes, aunque ahora narrado por un miembro de tropa, recoge Juan SÁNCHEZ RODRIGO en su Diario de un soldado en la campaña de Marruecos, publicado sin fecha expresa en el volumen, no obstante Lawrence Miller lo sitúa en 1928<sup>28</sup>. En esta ocasión el título hace absoluta justicia al relato, que se transmite mediante la canónica forma de diario, y de sus páginas ha desaparecido cualquier alusión directa a la contienda. Construye su recuerdo de los doce meses que pasó como conductor en la zona de Tetuán, desde el 7 de septiembre de 1921 hasta un año después, sobre la sencillez de su vida cotidiana. Sus páginas se cubren con los habituales quehaceres

derivados de su trabajo y con el producto de su curiosidad: anotaciones descriptivas de lugares -Tetuán, Río Martín, Xauen- y de la común existencia del marroquí, en especial aquellos tipos usos y costumbres divergentes con la experiencia personal del soldado. El mismo autor señala en su "Nota Preliminar" que en su libro no encontraremos "cosas ni problemas de importancia" e incluso que "ningún interés tendrá para los extraños". Desde luego, su valor histórico y hasta literario resulta muy menguado, sin embargo, el más destacado mérito de su testimonio radica, a mi entender, en lo que de disonante tiene con el tipo de texto que se hizo más frecuente como memoria de esta campaña. El Diario de Juan Sánchez transmite ante todo sosiego y paz, un retrato plácido y amable que ofrece al lector sólo lo que ante sus ojos va desfilando, sin apenas artificio compositivo y carente de interpretaciones ideológicas. Un recuerdo, en suma, de lo pequeño, de lo que por hábito no suele considerarse digno de mención. Ni siquiera cabe hablar de intencionalidad artística declarada a través de una cuidada elaboración del lenguaje, pues en este terreno también la llaneza constituye la nota dominante. Hasta puede detectarse la presencia de alguna incorrección gramatical -"no lo doy crédito", pág. 5- y de localismos léxicos que denotan su procedencia extremeña: "El camino estaba bastante *resbalajoso* (como se dice por mi tierra)", (pág. 23); "lo bien que *merendillamos*", (pág. 32).

Dentro de este tipo de testimonialismo que trascienden el mero acontecer belico, no hace mucho aparecieron recogidas en forma de libro las crónicas que el por entonces soldado, y más tarde escritor y hombre ligado al mundo cultural en muy variadas facetas, Xosé Ramón e FERNÁNDEZ OXEA fue enviando al diario orensano La Zarpa durante los años 1921-1922. A diferencia de las obras de parecido corte antes comentadas, en este caso se aúnan la condición de soldado y la de periodista en la personalidad del testigo. Publicadas en 1985 bajo el seudónimo de falsa fonética árabe *Ben-Cho-Shey*, el mismo que utilizó en los originales, y con el título de Crónicas de Marruecos. Tras la rota de Annual, el escritor se ocupa en este conjunto de muy breves narraciones de los más variados asuntos, para transmitir al final una certera y sabrosa estampa de aquel Marruecos. Casi ningún despropósito, y poco hubo en



aquella campaña que no mereciera tal calificación, escapa a su atenta, crítica y a menudo jocunda mirada, no muy diferente dentro de la tradición literaria española a la que, salvando las distancias, lanzó Mariano José de Larra sobre la sociedad de su época. Desde quienes sacan provecho mayor de este fregado en el que se encuentra metido el país -"unos cuantos políticos que forman escasa minoría"<sup>29</sup>- hasta el mezquino objeto de colonialismo:

"En muchos kilómetros no se ve ni una sola cábila ni hay más aguada que el pozo de Hassi-Berkan. La ausencia de habitantes fijos y permanentes prueba la pobreza de este terreno (...) no merece la pena el molestarse en venir a este país. ¡Y pensar que en España hay tantas tierras abandonadas." ("Paseos militares", pág. 87).

Tarea en la que se ha empeñado la palabra, pero a la cual no sigue el gesto. Todo se ha dejado en manos de la negligencia y la desidia, que los españoles pagan con sagre y con dinero:

"Si otras cosas no bastasen a justificar el españolísimo modo de entender la colonización o protectorado de esta zona con la que la ironía de unos diplomáticos quiso obsequiarnos en un arranque de buen humor, sería suficiente ver como aquí se ha trasplantado la nefasta política, la desastrosa administración y la complicada burocracia peninsulares, cuyos únicos fines parecen ser el practicar de continuo el mito de Penélope." ("De cómo se tira el dinero", pág. 157).

De todo ello da cumplida cuenta no sólo la gestión o vertiente civil del Protectorado, sino de igual modo la militar:

"Basta hacer un ligero recorrido por todas las posiciones de segunda línea para convencerse de la dejadez, el abandono o, si se quiere, la confianza que reina en ellas, y que es causa, a veces, de percances que no debían ocurrir (...)" ("Confianzas que matan", pág. 153).

Así se entienden catástrofes como la de Annual o la penuria, hablando de eficacia bélica, que, salvo escasas excepciones, acompaña a las tropas allí destacadas.

Claro que los beneficios de la guerra no alcanzan sólo a ese puñado de políticos que desde su lejanía y seguridad hablan de esta gran empresa patriótica. Otros, a pie de obra, obtienen también sus pequeñas prebendas. Unas veces son meros profesionales de la especulación. Otras, honorables oficiales del ejército. A todos ellos dedica Fernández Oxea su más depurado sarcasmo:

"Tras la retaguardia (...) sigue la interminable caravana de cantineros, buhoneros, baratilleros y demás aves de rapiña mucho más peligrosas y rapaces que todas las urracas que en el mundo son./ Esta calaña de gente (...) se dedica a la más vil de las explotaciones, cual es la del pobre soldado que aquí lucha por intereses que en nada le atañen, están reclutados entre la hez de las provincias mediterráneas; son el detritus, el *refugallo* de Granada, Málaga y Almería (...) Todo lo que estorba y puede contaminar por allí, nos lo envían aquí (...) Con sus retratos se puede ilustrar la historia del bandolerismo (...)" ("Aves de rapiña", pp. 51-52).

"Entonces, alguien, quizás un legionario, dijo: 'Vamos a cantar el Himno de la Legión'. Y allá van las estrofas marciales del himno legionario (...) A continuación se cantó la Canción del Soldado. Luego el Himno de la Academia de Infantería, el de la de Caballería, el de la de Artillería y, cuando parecía que se habían agotado todos los himnos bélicos, surgió una voz guasona que propuso: 'Ahora vamos a cantar el Himno de Intendencia', y cuál no sería mi asombro cuando oí que nutrido coro de oficiales de todas las armas y cuerpos del ejército entonaban a voz en grito el conocido cuplé que comienza diciendo: 'Es Diego Montes un famoso bandolero...' (...) Pero la cosa no quedó ahí, y, en vista del éxito, otro 'malage' propuso osadamente: 'Ahora vamos con el otro'. Y, sin pararse en barras, él mismo empezó a cantar, seguido por el coro, el otro cuplé que dice: '¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡No mereces otro nombre!...' ("Fiesta patronal o los Himnos de Intendencia", pág. 173).

Continuar con la abultada nómina de motivos sobre los que el autor de estas crónicas argumenta rebasaría las sintéticas pretensiones de estas páginas y se haría poco menos que interminable, pero, en resumen, bien puede decirse que nada, con las casi únicas salvedades de la eficacia militar del general Sanjurjo o de Millán Astray y sus legionarios, se hace acreedor a la aprobación de este lúcido testigo, que hasta a Melilla -la "Insustancial", en expresión suya- le niega el alma: "(...) es un cuartel sin alma, con el corazón a tono con sus flamantes y enjalbegadas paredes y con una historia sangrienta que horroriza." ("Melilla, la Insustancial", pág. 167). Y es que acaso el emparentamiento más certero dentro, claro está, de la literatura sobre la guerra de Marruecos para esta recopilación de escritos no se halle en los muy diversos libros de memorias que ocupan este capítulo, sino en las Notas marruecas de Giménez Caballero, obra con la que, aun teniendo presente sus múltiples diferencias, le une una cierta comunidad de espíritu.

Antes de concluir estimo oportuno dedicar unas palabras a un título un tanto especial por su carácter insólito dentro de la bibliografía de la campaña. En puridad no puede considerársele un testimonio, al menos homogéneo con los hasta el momento vistos, aunque constituya un documento de primera mano. Ni tampoco una crónica periodística, a pesar de haber sido redactado por un destacado miembro de la prensa. Su planteamiento responde en realidad a lo que denominaríamos reportaje. Se trata de Abd-el-Krim y los prisioneros, el libro de Luis de OTEYZA ya mencionado en el epígrafe dedicado al humor dentro del capítulo de la narrativa de ficción. Obviaré los pormenores de su atribulado viaje, por no repetir lo ya comentado en el citado lugar, para entrar directamente en otros aspectos. Una primera aproximación a la idea original nos revela que la obra responde a un concepto periodístico muy avanzado para la época. Cuando el común de los reporteros se conformaban con transmitir a sus lectores lo poco que alcanzaban a ver o aquello que los militares españoles querían contarles, Oteyza saltó por encima de estos convencionalismos y llegó hasta la morada del mismísimo enemigo para recabar información original y distinta. Por cierto que su figura y viaje llegan incluso a ser mencionados en los ya reseñados testimonios del sargento

Basallo - "Al día siguiente me enteré de que Oteyza y dos periodistas más habían estado en Alhucemas y habían visto al general y a los oficiales y soldados prisioneros"<sup>30</sup>- y de Pérez Ortiz: "todos los prisioneros presentes en Axdir salimos a la explanada inmediata y en ella se nos hace formar en una fila para que nos vean las personas que han desembarcado; don Luis Oteyza, director de La Libertad, y los señores Alfonso y Díaz, dos jóvenes reporters artísticos de la prensa"<sup>31</sup>. Aparte de la posible y en absoluto descartable intencionalidad económica o de popularidad que en ello pudiera existir, lo cual no ha de entenderse como rechazable pues el mundo de la prensa también se alimenta con total legitimidad de esto, la voluntad última hay que buscarla, a mi entender, en desmontar las falacias oficiales -a cuya difusión no eran ajenas algunas cabeceras y no pocos reporteros- sobre la auténtica situación que se estaba atravesando en la política colonial española y en la acción militar que le servía de soporte. Resultaría arriesgado e incluso frívolo sostener que el periodista desplegó tan aparatosa operación para poder ofrecer a sus lectores como certeza irrefutable lo que ya antes consideraba más que mera intuición, a pesar de que La Libertad mantenía una muy crítica postura con lo que había sucedido y con la labor que se había emprendido tras la derrota. Pero de lo que no cabe duda alguna es de que este viaje corroboró las tesis y argumentos que abogaban por entablar una inmediata negociación con Abd el Krim para solucionar la lamentable situación de los cautivos españoles y zanjar el casi endémico problema de Marruecos mediante el abandono de aquella empresa disparatada, al menos a juicio de Oteyza y de los que como él pensaban. De no hacerlo así, ya señalé en la anterior mención al libro, que el resultado arrojaría capítulos venideros tan luctuosos o más que el pasado de Annual. La otra alternativa hubiera pasado por una escalada bélica de enorme calado que España no se encontraba en condiciones de realizar, y menos contando con el adverso concurso de Francia, la otra potencia colonial en la zona, que no cejaba de torpedear la acción española permitiendo el contrabando de armas hacia los rifeños:

"Terminaré, pues, señalando los dos caminos que veo para evitar los anunciados males./ Es el uno entenderse con los rifeños, pactando la paz en las mejores

condiciones que puedan lograrse (...) El otro camino es aislar la zona francesa de las cabilas que nos combaten (...) Estableciendo un cordón de seguridad a lo largo de la frontera del Marruecos francés, que bloquee a las gentes de Abd el Krim. Con ello su rendición sería inminente (...) ¿Qué ninguna de ambas cosas es factible? (...) Pues entonces el único camino que nos queda es la ruta del Mediterráneo que conduce a nuestra costa./ Hay que abandonar Marruecos. Y lo antes posible. Hoy mejor que mañana." (Páginas 193-194).

Para llegar a esta conclusión final, el periodista ha ido mostrando una inusual, por desconocida, faz del caudillo rifeño y de sus colaboradores. En nada semejante a la que habían venido presentando los medios oficiales o sus compañeros de viaje. Independentistas dispuestos a pelear hasta el límite por su tierra y a ponérselo difícil a la potencia europea, pero civilizados y hasta dispuestos a avenirse a pactos, no simples salvajes embrutecidos por el odio. Y en el otro platillo de la balanza ha colocado a un gobierno español negligente e insensible ante el clamor de sus propios ciudadanos: "el gobierno de España no se preocupa, ni se ocupa siquiera, de la vida y de la libertad de sus súbditos (...)", (pág. 149); y a una oficialidad belicosa y con deseos de perpetuar esta guerra como medio para satisfacer el medro personal:

"Todos los moros con los que he hablado echan la culpa de la guerra a los militares; a los oficiales, claro: 'Soldados venir porque mandárselo'. Pero uno en particular comenta y señala como causa de la guerra la tan debatida cuestión de las recompensas (...)

'-Ser militares los que querer guerra.

'-No, hombre, no -le repito-. ¿Para qué van a querer la guerra los militares?

'-Mira, yo saberlo -explica-. Tener una estrella, querer dos; tener dos, querer tres. Yo saberlo." (Pág. 173).

Para no pecar en exceso de ingenuidad tal vez habría que poner en entredicho si esta reflexión la hizo un moro o no. En cualquier caso, poco importa, porque lo fundamental

radica en que Oteyza y su visión llamémosla cívica representa otra cara del patriotismo, el anverso del discurso militar africanista que ya hemos visto en algunos de sus más cualificados exponentes y también de la, aunque menos vociferante, postura gubernamental. Argumentos que en aquellos momentos ni gozaban del suficiente apoyo parlamentario para poderlos ejecutar ni siquiera representaban lo que en expresión de hoy denominaríamos políticamente correcto. A ellos quiere servir de caja de resonancia el libro del director de La Libertad, según enuncia desde sus primeras páginas:

"Voy a decir tristes verdades... Y no temo, no, ni la impopularidad que ello vaya a acarrear entre los fariseos del patriotismo, ni las persecuciones con que puedan favorecerme las leyes inicuas (...) Temo sólo no ser escuchado o no ser creído, porque entonces resultarán estéril la tarea, inútil la fatiga y sin finalidad el riesgo (...) trato de dar enseñanzas que conseguirán poner remedio a males terribles para España, pues pueden ocasionar su muerte, y, lo que es peor, su deshonor." (Páginas 23-24).

Muchos otros títulos podrían haberse convocado con plena justicia en estas páginas, y a buen seguro que los iniciados en la materia los echarán de menos. Nada se ha dicho, por ejemplo, de narraciones cercanas a los libros de viajes, entre las que cabría hacer mención a Una boda en Yebala, de Vicente ALMELA MENGOT, publicada en Los Contemporáneos en 1921, donde se deja sentir la fascinación del español por Marruecos; o a Tres sultanes a la porfía de un reino, un libro de Enrique ARQUÉS publicado en 1952, y cuyo contenido se sitúa a medio camino entre el relato viajero y el diario personal, y, aunque referido a tiempos muy anteriores al inicio de esta campaña, constituye un precedente en las narraciones de cautivos. Sin embargo, ninguno de ellos, aun pudiéndose considerar testimonio, refieren acontecimientos ligados a esta guerra. O de otros que, tomando la campaña como objeto central de su atención, no responden al perfil de las memorias o recuerdos, sino más bien al del ensayo periodístico o historiográfico. En innumerables casos la ausencia no podrá atribuirse sino a la ignorancia o desconocimiento de obras por parte de quien esto escribe, que, aun queriendo abarcar las más posibles, seguramente se habrá dejado otras muchas en

el camino. De cualquier modo, ya lo señalé al principio, la voluntad que me movía al iniciar este capítulo no era llevar a cabo un exhaustivo censo y reseña de toda la bibliografía ligada al recuerdo, sino tan sólo realizar una pequeña cala en ella, y, a ser posible, que ésta resultase significativa.

## NOTAS.

1. "Palabras preliminares" del propio Francisco Basallo en su libro Memorias del cautiverio. Madrid, Mundo Latino, s.a., pág. 8. El otro, las memorias apócrifas, redactadas por Álvaro de la Merced, había aparecido con el título ya indicado en la editorial Pueyo, aunque también sin indicación de año.

2. Borrón y cuenta nueva, pág. XI.

3. Pág. 132.

4. Tesis cit., pág. 30

5. Ibidem.

6. Tal terminología suele ser la utilizada por historiadores y comentaristas, a veces en alternancia con la de "africanos". Indalecio Prieto llega incluso a definir el término: "En el ejército español conocíase por "africanistas" a quienes hacían su carrera militar en África", Con el Rey o contra el Rey, II, pág. 222. Peca, a mi entender, de algo amplia la definición que establece Prieto, pues, como comentaré en breve, no toda la oficialidad que combatió durante años en Marruecos llegó a participar de las ideas de este núcleo.

7. Con tres artículos, aparecidos en 1924, el primer año de la publicación, en los números 2, 5 y 8, correspondientes a los meses de febrero, mayo y agosto.

8. Así lo señala también Stanley G. Payne: "No era una publicación dedicada a temas técnicos sino que servía más bien de órgano político para los africanistas", Los militares y la política en la España contemporánea, pág. 180. Las colaboraciones de Emilio Mola corresponden a los números 1,3, 6 y 7 del primer año, y a los números 4 y 5 del tercer año, de 1926.

9. Utilizo la edición publicada por la editorial Doncel en 1977.

10. Múltiples son las opiniones de historiadores que apuntan la decisiva importancia de este africanismo militar en la guerra civil española. A modo de mero ejemplo, entre los muchos que podrían traerse a colación, basten las palabras de Jaime Vicens Vives: "A partir de 1909, las operaciones militares que se sucedieron sin tregua en la zona del Protectorado español



forjaron poco a poco un nuevo tipo de soldado, el africano. Fue esta generación, paralela a la de 1898, la que decidió el resultado de la guerra civil de 1936", (tomado de Roberto Mesa, El colonialismo en la ideología española, pág. 15). O las de Gabriel Cardona sobre su importancia en el levantamiento: "Los militares republicanos eran insuficientes para detener un movimiento en el que los jóvenes jefes africanistas de 1915 eran determinantes", El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil, pág. 247.

11. Al respecto, comenta Stanley G. Payne: " (...) los oficiales africanistas (...) se sentían heridos por la manera en que los grupos políticos reclamaban el castigo de los oficiales culpables de mala conducta en Marruecos, y cómo eran utilizados estos hechos para desacreditar al ejército en su conjunto. Les parecía que los políticos querían acabar con la mayor parte del protectorado y olvidarse de la sangre derramada y de las fatigas, y que acusaban al ejército de ser el responsable de todos los sufrimientos de la ocupación, mientras le negaban la oportunidad de cumplir 'su misión', Los militares y la política en la España contemporánea, pág. 161.

12. Correspondiente al número 4, mes de abril, del año 1924.

13. Aun refiriéndose a tiempos anteriores, dice Payne: "La muerte de Jordana dejó libre el puesto de alto comisario, y el gobierno de Romanones (...) buscó a un civil competente para ocupar el puesto. Pero los africanistas y los oficiales de la camarilla cortesana consideraban ya Marruecos coto privado suyo y apelaron al rey y a los generales más influyentes para impedir el nombramiento de un civil." (Obra cit., pág. 133).

14. "Una oficialidad belicista que había encontrado en el mantenimiento de la guerra de Marruecos un estímulo para sus ambiciones individuales y corporativas: fácil ocasión para los ascensos", (Carabaza Bravo, Enrique y Máximo de Santos Tirado, Ceuta y Melilla. Las últimas colonias, pág. 55).

15. Autor también de un libro titulado Juan de Juanes, obra publicada en 1926 que no he podido localizar, pero donde muy probablemente se trate del hundimiento del buque español así denominado, que resultó cañoneado por los rifeños frente a las costas de Alhucemas.

16. Esta última frase sólo figura en la primera edición, la publicada en 1922. En las siguientes ha desaparecido. Estas modificaciones textuales entre la primera y las sucesivas ediciones se hacen frecuentes en otros varios fragmentos de la obra. Asunto al que en breve dedicaré alguna atención.

17. Las páginas de todas las citas textuales corresponden a la edición publicada por la Fundación Nacional Francisco Franco en 1986. Cuando el texto no figure o haya sido modificado con respecto a la primera, señalaré también la página de ésta. En el presente caso corresponde a la 234.

18. Esta última frase, tal y como aparece, sólo figura en la primera edición. En las siguientes, el texto ha sido modificado y dice: "impone castigo a sus habitantes".

19. Primera edición, pág. 129.

20. Como número 1 de La Novela del Sábado, según señala Julio Rodríguez Puértolas en Literatura fascista española, I, pág. 613.

21. Seudónimo del poco relevante escritor Julián Fernández Piñero, ya conocido en estas páginas por sus novelas cortas Memorias de un legionario y La misma sangre, y sobre quien se traza una breve semblanza en el apéndice final de novelistas.

22. Páginas 169-170.

23. Prólogo a Los caballeros de la Legión, pág. 10.

24. Vísperas de sangre en Marruecos, pág. 40.

25. En Tesis cit., pág. 21, donde junto a los que voy a dedicar alguna atención se mencionan también otros títulos de parecido corte: La guerra de Marruecos o cómo se engaña a un pueblo, del comandante Romero; y La ciudad dormida, de Andrés Moreno Gilabert.

26. Tesis cit., pág. 20. Nada dice sobre cómo ha obtenido la información.

27. Tesis cit., pág. 20.

28. Tesis cit., pág. 22.

29. "El capítulo XX", pág. 57.

30. Memorias del cautiverio, pág. 147.

31. De Annual a Monte Arruit, pág. 263.

## CONCLUSIONES

Llegada esta hora, cuando el viaje iniciado hace ya muchas páginas toca a su fin y el camino recorrido, como pedía el poeta, ha sido largo, lleno de aventura y de conocimiento, se imponen las necesarias recapitulaciones y alguna postrera reflexión.

Si bien la guerra de Marruecos en su vertiente histórica no era el motivo central de este trabajo, su presencia ha ido asomándose por no pocas de sus páginas, lo que casi impone una recapitulación de conclusiones finales. En primer lugar no cabe hablar, aunque en el título por su necesario efecto de síntesis así se haga, de una guerra de Marruecos. En realidad hubo varias, y distintas. La campaña de O'Donnell de 1859-60, por ejemplo, en poco se asemeja a los posteriores conflictos durante el siglo XX. Aquello no pasó de un incidente fronterizo que el militar y gobernante amplificó en pro de sus intereses personales. Costó bajas y el provecho resultó mínimo, pero, en cierta medida, fue un acontecimiento popular: aglutinó a la clase política y contó incluso con el favor del pueblo. De forma efímera se cumplieron los objetivos que su ideólogo se había marcado. Sin embargo, no todo devino gloria: dejó resquemor y hostilidad en los vencidos y, al decir de algunos, sentó las bases del posterior neocolonialismo español en el país norteafricano. La breve contienda de 1893, la popularizada con el nombre de *Guerra de Margallo*, originada al igual que la anterior por otro incidente fronterizo, pero esta vez en Melilla, terminó con un regusto menos triunfalista. Comenzó a dividir a la sociedad en partidarios de la intervención armada y partidarios de la vía diplomática, y al decir de Antonio Carrasco: "fue la premonición de dolorosas tragedias posteriores". Con el comienzo del nuevo siglo toma carta de naturaleza el colonialismo europeo en Marruecos. España, potencia menor que desea incrementar su peso en el orden internacional, inicia una tímida expansión de sus intereses comerciales -de unas pocas compañías, no de la nación- en las zonas rifeñas limítrofes con Melilla. En ello se cifraría la causa oficial de la nueva guerra, la de 1909, bajo la que ya latían no declaradas intenciones coloniales. El conflicto se saldó con dos tragedias: la de los soldados que dejaron su vida en

las barrancadas rifeñas y la revuelta interna conocida como Semana Trágica, inicio de una larga oposición política y social a todo lo que oliera a Marruecos. A partir de entonces, y de manera creciente desde 1912, cuando España alcanza estatuto de nación protectora, la guerra se instalará en aquellas tierras de manera casi ininterrumpida; había surgido el denominado *avispero marroquí*. A los periodos de relativa calma, seguirán los de escalada bélica: primero la campaña del Kert, luego los permanentes conflictos con Raisuni y por último la guerra total. A partir de julio de 1921, con el levantamiento de Abd el Krim, ni el ejército ni la sociedad conocerán la tranquilidad hasta 1927, cuando las hostilidades se dan por finalizadas. En todos esos años España había enterrado a miles y miles de jóvenes y buena parte de su presupuesto en aquel territorio. Un rey, demasiado implicado en la cuestión de Marruecos y poco acertado en algunas de sus decisiones, perdería primero el favor de sus súbditos y más tarde el trono. Y en el seno del ejército español se había forjado una oficialidad belicosa y levantisca que pocos años después dejaría constancia sobre el suelo peninsular de la bien aprendida lección en esa cruel guerra colonial. Todo ello a cambio de casi nada: el dominio sobre unas tierras estériles, el fundamentado resentimiento de sus habitantes y un maltrecho prestigio de potencia colonial de segundo orden.

El mundo de la literatura en absoluto se mostró ajeno a estos acontecimientos. Si algo ha podido quedar claro en las anteriores páginas es que la cuestión de Marruecos, en todas sus etapas, se convirtió de hecho en fructífera fuente de inspiración para plumas de la más variada índole, configurando un *corpus* narrativo que, a la luz del presente estudio, sobrepasa el centenar de títulos.

La campaña de 1859-1860, desde sus más remotas manifestaciones narrativas, ya deja ver *grosso modo* casi todas las tendencias que van a constituir paradigma dentro de esta novelística. Por un lado, una corriente enraizada en el conflicto y proclive al testimonialismo frente a otra que se sirve de la guerra para insertar en este marco fábulas tangenciales al acontecimiento. Con escasas excepciones, puede afirmarse que aquella fue la opción seguida por la literatura con alguna voluntad creativa, mientras que el relato popular deambuló por

los territorios de esta última. La primera está representada por Pedro Antonio de Alarcón y su Diario de un testigo de la guerra de Africa, texto que, aun sin tratarse de un relato de ficción ni poseer en sentido estricto un carácter testimonial, sienta las bases de este enfoque. La segunda toma carta de naturaleza en unos cuantos novelones por entregas hoy del todo olvidados. En sus páginas los tradicionales asuntos de esa forma narrativa se inscriben, por lo regular con escasa fortuna, en este nuevo marco que la realidad extraliteraria ha brindado con feliz oportunidad. La opción nada tiene de inocente o de búsqueda artística de nuevos horizontes. La sospecha, casi certeza, induce a pensar que tan sólo se trató de una coyuntural operación comercial encaminada a embaucar al público ofreciendo lo habitual con el envoltorio de aquello que éste demandaba en ese instante. Algo que, con fórmulas distintas, se volverá a repetir en posteriores momentos y campañas.

Frente a estas formas mayores, la contienda orquestada por O'Donnell también alcanzó su retrato en relatos breves y cuentos. *Fernán Caballero* junto a autores de muy segunda fila dieron forma a esta narrativa menor. Enmarcados todos ellos dentro de una escasa pretensión creativa, anticipan, sin embargo, asuntos y tonos que se generalizarán más tarde. La idealización orientalista, que ejemplifica el cuentecillo Thacla. Leyenda oriental, del hoy desconocido Cecilio Navarro, o el muy rezagado -apareció publicado en 1944- relato Amor entró en la judería, de Luis Antonio de Vega; el heroísmo imponderado de Una cruz laureada, de Ibáñez Marín; o ese sentimentalismo fácil y ternurista que acompaña a los restantes.

Incluso, aunque con cierto distanciamiento temporal, la guerra de África también dio origen a una visión crítica y antibelicista, la que Galdós muestra en Aita Tettauen. Algo que iría encontrando expresión más radical en narraciones posteriores.

En suma, bien puede decirse que aquel primer conflicto bélico de la edad contemporánea denominado guerra de África sienta las bases argumentales, tonales y temáticas de lo que con el transcurso del tiempo y las sucesivas campañas militares se convertirá en asunto novelesco hartamente frecuentado. En su recreación ya late gran parte de lo que conformará la materia fabulada.

El conflicto de 1893, breve en duración y en evocación literaria, poco añadiría a lo ya visto si no fuera por la presencia de *Clarín*. El narrador asturiano deja constancia de su preocupación cívica en un par de cuentos. En el más logrado de ellos, El sustituto, plantea una de las injusticias sociales de la época: a la guerra sólo van los más desfavorecidos. Algo que *mutatis mutandis* se convertirá en asunto recurrente en las posteriores fábulas de orientación crítica. Otro autor poco dado a contemporizar con lo bélico y la milicia deja su primer testimonio escrito sobre Marruecos. Se trata de Manuel Ciges Aparicio, que en Del cuartel y de la guerra, un libro a mitad de camino entre lo novelesco y el testimonialismo denotativo, traza un inicial perfil de la deshumanización del ejército y las concepciones antimilitaristas. Lo demás apenas merece mención: una desvaída novelita de aventuras, Antonio Real y Real. Media Peseta, en la que el semidesconido Aurelio Báig Baños acomete el frustrado intento de trasladar las aventuras mosqueteriles a otro contexto; y un no menos disparatado cuento, El pacto con la comadre, compuesto por el olvidado José Zahonero con la casi única y burda voluntad de escarnecer el islamismo, motivo que devendrá casi tópico en posteriores enfoques.

La guerra de 1909 abre la etapa del relato breve, esa forma narrativa que por su número de páginas excede el cuento y no alcanza las dimensiones de la novela. Molde que se justifica al advertir que por esta época comenzaron a aparecer este tipo de colecciones, publicaciones que de alguna manera tomaron el relevo a la antigua narrativa por entregas en cuanto a la difusión de un tipo de literatura popular. Desigual producción en lo que se refiere a su calidad, pero en la que resulta significativa la presencia de un nombre femenino, de los pocos que ha dedicado alguna atención al asunto marroquí: Carmen de Burgos. En su temprano y ambiguo En la guerra se concitan casi todas las líneas de esta narrativa. Lo documental quiere amalgamarse con el sentimentalismo amoroso, y el aplauso a la milicia se antepone a unos leves latidos de cierto antibelicismo. También Luis Antón del Olmet, en la olvidada Un sol bárbaro muere inaugura el perfil del rifeño, con un retrato de éste a decir verdad bastante poco favorecedor. Pero esos patrióticos postulados no impiden que en su evocación la guerra

se refleje con absoluta crudeza. Claro que de difundir las soflamas verdaderamente patrioterías y elevar cantos al heroísmo hispano se encarga Víctor Ruiz Albéniz en un par de relatos de exaltación bélica: La carga de Taxdirt y Bu Suifa. Este autor, ya en su vertiente creativa o en la periodística ensayística, se convertirá en un asiduo de la cuestión marroquí. Y a su estela, Leopoldo Bejarano, otro patriótico periodista metido a ocasional narrador, lamentará también con declarada nostalgia las pretéritas glorias de Prim y O'Donnell, aquellos tiempos en que la guerra era guerra y no las pusilánimes contemplaciones del presente que deja ver en Episodios de la guerra de Africa contados por mi caballo.

1921 se revela fecha clave para el devenir de España en Marruecos y para esta literatura. El aldabonazo del desastre de Annual no sólo convierte la escalada bélica en prioritario motivo de interés político y social en el país, sino que despierta una fecundidad narrativa desconocida hasta el momento. El mundo de las letras, con escasas excepciones hasta entonces, había circunscrito su interés por el asunto a los entornos temporales de cada conflicto armado. La publicación de obras había resultado puntual y esporádica. Terminada la campaña y restablecida la tranquilidad, o con ligera posterioridad, la materia desaparecía de la creación. La larga guerra que se inicia tras el derrumbamiento de la Comandancia de Melilla produce un notable cambio en la habitual periodicidad. Desde ese año y hasta la mitad de la siguiente década irá apareciendo lo que constituye el grueso de la novelística ambientada en Marruecos. Pero ni siquiera se agota ahí, pues aún en tiempos muy posteriores continuarán publicándose evocaciones de aquel conflicto y relatos relacionados con él. De hecho, un mediano puñado de títulos han llegado a las librerías en la década de los noventa. En cierta medida, el asunto de Marruecos ha alcanzado categoría de motivo tradicional dentro de la narrativa española del presente siglo. Una narrativa que se manifiesta bajo todas las formas del género y con las más variadas anécdotas o envoltorios argumentales. El relato heroico y de exaltación patriótica convive con las más acidas censuras antibélicas y antimilitaristas, y a ambos han de sumarse aquellos otros que utilizan esta nueva ambientación para narrar peripecias aventureras, amorosas e incluso humorísticas. Se generan así varias corrientes que



a grandes rasgos responden a las dos concepciones ya señaladas por David López García: la fascinación por un presunto exotismo oriental y el colonialismo militar. Una división que, aun resultando acertada en líneas generales, conviene matizar, pues ambos enfoques no han de entenderse excluyentes y con frecuencia se presentan unidos en un mismo relato. Acaso el más acabado ejemplo nos lo ofrezcan buena parte de las ya comentadas fábulas de orientación amorosa, donde por costumbre ambas líneas se imbrican entre sí a través de los propios personajes -gallardo militar español y nativa- y de sus afanes y acontecer. Tampoco la clasificación es única; dentro de la novela que el mencionado estudioso denomina colonial, o de corte más netamente bélico, surgen otros dos grandes líneas ideológicas divergentes y antitéticas. Una tiende hacia el cerrado aplauso de la guerra y de la milicia, presente en múltiples títulos de los comentados en el cuerpo de este trabajo, pero predominante, sobre todo, en los relatos publicados en la estricta contemporaneidad de la guerra. Mientras que la otra se orienta en dirección contraria, intentando mostrar la crueldad del conflicto, denostando lo bélico y a menudo también el entramado militar y político que lo sustentaba. Novela de decidido carácter antibelicista, aparecida en su mayoría cuando las hostilidades ya habían concluido, en los finales de los años veinte y comienzo de los treinta. Momento en el que la censura gubernativa había abierto su mano o había desaparecido. En esta línea se integran algunas de las obras que merced a una mayor calidad artística han alcanzado más amplia difusión, perviviendo en el tiempo hasta nuestros días. Baste recordar *El blocao*, de José Díaz Fernández, o *Imán*, de Ramón J. Sender, dos de los títulos más celebrados y paradigmáticos de esa corriente. A los que habría que añadir otros cuantos de factura menos acabada pero con el común sustrato de una decidida oposición a la guerra. Dualidad de lo artístico que reproduce la polarización social española ante la campaña.

La cantidad de títulos junto a esa heterogeneidad de enfoques y diversidad de asuntos tratados en la narrativa de esta última campaña hacía difícil analizar tan variados materiales sin establecer unas pautas o criterios organizativos previos que permitiesen clarificar el panorama. Una de las aportaciones de este estudio consiste en vertebrar esa nada desdeñable

materia narrativa en grupos afines o, cuando menos, con algún punto de homogeneidad entre ellos. De entre las posibles subclasificaciones, opté por establecer una en torno a grandes motivos argumentales o perspectivas de la ficción, ya que la cronológica resultaba insuficiente para mostrar la evolución y disparidad de este tipo de relato, y cualquier subcategorización de raíz estética se antojaba inasible y todavía menos adecuada que la anterior para dar completa cuenta de la dimensión y puntos de vista con que los narradores habían evocado aquella guerra en sus fábulas.

De ahí surgieron los diez epígrafes que conforman el capítulo. Cada uno de ellos agrupa todas aquellas obras que se ocupan de uno de los motivos que, a juicio de quien esto escribe, se hicieron recurrentes en esta novelística. La Legión constituyó enseguida objeto de interés para los autores. En la primera época predominó el relato breve y tendente a la enaltecimiento de las virtudes de esta unidad. Incluso, bien puede decirse que la literatura de esta etapa cooperó en no poca medida a la creación de esa aureola mítica en torno a ese Cuerpo, algo que a buen seguro debió de agradar a Millán Astray, el fundador de estas unidades. En tal grupo se han de contar títulos como: Memorias de un legionario, Bajo el sol enemigo, El camillero de la Legión, El héroe de la Legión, Los del Tercio en Tánger, y otros cuantos más de la primera hora que antepusieron lo utilitario, el desmedido elogio a los novios de la muerte y a la labor legionaria en tierras marroquíes, a la veracidad o a la elevación artística. Tan sólo Tras el águila del César, el descarnado libro de Luys Santa Marina, queda a salvo de tan generalizada ramplonería. A comienzos de la década de los treinta la Legión alcanza un retrato fabulado algo más creativo en el relato de Asenjo Alonso Los que fuimos al Tercio, y una novela con una marcada tesis social, La barbarie organizada, de Fermín Galán, un antiguo capitán del Cuerpo que echa por tierra las falsas idealizaciones anteriores. Un título que, a pesar de la condición profesional de su autor, habría que inscribir con pleno derecho en la corriente antibélica y con un marcado sesgo contrario a ciertos usos castrenses. En verdad, la única excepción dentro de un grupo de obras proclives a ensalzar la virilidad y el aspecto heroico de la campaña. Transcurridos los años, la gesta de los hombres del Tercio en

Marruecos ha vuelto a rememorarse en un par de relatos compuestos por altos oficiales del Cuerpo: La Legión desnuda, publicada en 1955 por Antonio Maciá Serrano, y Del breviario de Juan Morena, fechada en 1981 y firmada por Francisco Canós Fenollosa. En ambas el paso del tiempo ha permitido ofrecer una perspectiva más amplia y general de la guerra, pero no les ha restado ni un ápice del tono heroico y de exaltación militarista que caracterizó a buena parte de las aparecidas en los años veinte.

El amor resultó también motivo muy recurrente. Un sentimiento que se encabalgó con las cuestiones militares y bélicas mediante variadas formulaciones. No obstante, por encima de cualesquiera otras predomina aquella que ficcionaliza la tormentosa relación entre un militar español y una marroquí joven y bella. Y a este esquema, variante *ad hoc* de la tradicional novela rosa, se acogen un buen puñado de títulos donde a menudo hasta los nombres de las protagonistas se repiten. Entre otros: ¡Kelb rumi!, Luna de Tettauen, Aixa, Neima, la sultana de Alcazarquivir, Amores africanos, Así aman las africanas, ¡Mektub! e incluso Una hoguera en la noche, la primera incursión literaria de Ramón J. Sender en el asunto marroquí, algo que parecerá insólito procediendo de quien más tarde se convertiría en inclemente fustigador de la guerra y la milicia en descarnados relatos sin apenas conexión con este inicial. Casi la única variante de lo anterior se produce cuando los protagonistas cambian de sexo y origen, un rifeño enamorado de una española, disparatado planteamiento que con diferente desenlace ficcionalizan Cárcel de seda y Pasión de moro, o el un tanto escabroso incesto entre dos hermanos españoles llegados por diferentes vías a manos de los rifeños, que ficcionaliza Mohammed. Algo más original en su planteamiento resulta La pared de tela de araña, novela de Tomás Borrás en la que a través de los turbulentos amores entre dos nativos, un anciano y una jovencita, se nos desvelan algunos de los usos y costumbres imperantes en aquellas tierras. En general, estas narraciones, conforman un tipo de fábula donde a la imagen de lo bélico se antepone lo pasional, que no lo carnal o erótico, y una visión de exotismo costumbrista. Sus páginas constatan, sin embargo, la superioridad racial y religiosa de lo

español y cristiano, así como una buena porción de arraigados tópicos sobre el ardor de la mujer norteafricana o la imposible armonía entre ambas culturas.

El soldado se destaca en primer plano en aquellas novelas que ponen el acento en las vivencias y repercusiones que la guerra acarrea al hombre. Un tipo de obras cuya urdimbre esencial está formada por la contienda y el mundo de la milicia. Algunas, las menos, optan por el tono heroico y el elogio de la hazaña guerrera, por lo que en poco se diferencian de las ambientadas en el mundo legionario. La mayoría, por el contrario, presentan un retrato nada complaciente de la aventura marroquí. En ocasiones, la crítica no va más allá de las erróneas tácticas o estrategias seguidas y de su repercusión en el sufrido combatiente, uno de cuyos paradigmas se encuentra en La tragedia del cuota. Pero los más certeros relatos apuntan al corazón de la tragedia: a la degradación humana, física, moral e intelectual, que aqueja al soldado en Marruecos, doble víctima de una guerra brutal y de un entramado militar castrador y cruel. En tal dirección cooperan títulos de muy variada factura, desde los que ejercitan una censura de baja intensidad, las Notas marruecas de un soldado, de Ernesto Giménez Caballero, por ejemplo, hasta los más descarnados alegatos antibélicos y antimilitaristas, Imán, verbigracia. Y desde los que visten sus buenas y esclarecedoras intenciones con notable precariedad literaria: Pacazos o ¡Los muertos de Annual ya son vengados!; hasta el estilista que cincela prosa y sentimientos con primor, cual José Díaz Fernández en El blocao. El conjunto deja ver a su través la otra guerra de Marruecos, la que lejos del falaz patriotismo o del ficticio heroísmo hubieron de padecer miles y miles de jóvenes españoles a los que erróneas políticas y la desgraciada suerte de un sorteo llevaron hasta aquel matadero. Desde el punto de vista artístico, en este grupo se encuentra lo más valioso del legado literario sobre el asunto marroquí; obras que, como las ya mencionadas de Sender o Díaz Fernández, figuran por derecho propio en cualquier historia de la narrativa. A ellas habría que añadir algún otro título en absoluto desdeñable aunque no alcance la altura de los anteriores: La ruta, el segundo volumen de la trilogía de Arturo Barea; e incluso un hoy olvidado cuento, Los

últimos días de Ben-Kaddor, creación menor en sus dimensiones pero de elevados logros con la que el poeta Gabriel Alomar dejó testimonio de esta guerra.

Otro importante número de relatos profundiza en los entresijos del mundo militar mediante el retrato del oficial profesional. Un tipo de novela que, a diferencia de las anteriores, conoció dos momentos de aparición. Algunas, las de menor hondura, fueron publicadas en estricta contemporaneidad con las hostilidades. Su asunto, en consecuencia, aparece muy ligado a las circunstancias del momento, bien para seguir glosando el abnegado sacrificio y heroísmo de estos hombres, cual deja ver La mujer del héroe, o bien para recrear aspectos coyunturales: los descarriados pasos que sigue quien se deja llevar por el juego, por ejemplo, en la breve fábula Tánger, pequeño Montecarlo. Mayor interés concitan aquellas otras publicadas a distancia, desde mediados de los sesenta hasta finales de los ochenta. Evocaciones históricas que configuran un variado retrato moral del militar de la época. Unas veces para destacar su camaradería o la sobria austeridad de una personalidad sin fisuras, según puede verse en Once oficiales en torno a una mesa. Otras, justo para lo contrario, para dejar constancia de distintas y antagónicas tipologías dentro del gremio, como en Ceuta en el umbral; o para recoger la atmósfera de degradación moral que envolvía a estos modernos guerreros, lo que desde allende las fronteras españolas lleva a cabo Fernando Cobo en Todo por la patria, un relato del todo desconocido y en extremo crítico con el mundo militar, publicado en México en 1972. Algo que ya sin cortapisa alguna, aunque desde un encuadre diferente, vuelve a plantear, en la más cercana fecha de 1989, Francisco Umbral en El fulgor de Africa.

El tercer protagonista de la contienda, el rifeño, tampoco quedó fuera en una tan variada y multiforme recreación de la guerra. La figura y el mundo del nativo deambularon por la mayor parte de las narraciones poco más que como sombras erráticas y cainitas. Sin embargo, ya comienzan a alcanzar algún relieve durante los días en que los sucesos bélicos estaban teniendo lugar. La sed o Mohammed, relatos breves publicados en los años veinte, atestiguan la maldad intrínseca de la raza. Habrá que esperar años para que, al igual que en el retrato

del militar español, otros puntos de vista rompan el cansabido tópico y ofrezcan nuevos enfoques de su persona. Algo que había comenzado en una etapa intermedia, en dos relatos, Chumberas y babuchas y Ramadán de paz, aparecidos en 1934 y 1946 respectivamente. En sus páginas, el marroquí había quedado despojado de algunas aristas, si bien ambas obras responden a planteamientos diferentes a las posteriores. En el primer caso, a una visión desolada de la condición humana: la maldad se reparte por igual entre razas. Y en el segundo, a una contemporización con el marroquí que había cooperado con los militares insurrectos para ganar la guerra civil española. Kábila, una novela publicada en 1980, imprime el giro radical al asunto. Rehumaniza el personaje del rifeño y le cede la palabra para irnos mostrando toda la humillación arrastrada por el vencido, al cabo otra de las víctimas de la guerra y de la no menos cruel paz posterior. Momento que servirá en la posterior Quebdani, de 1997, para ilustrar, también desde el punto de vista del nativo, la venganza de un pueblo orgulloso, que aun vencido no admite ni se resigna ante la prepotente humillación del poderoso.

Siguiendo la estela dejada por Benito Pérez Galdós, nuevos autores continuaron la recreación del pasado inmediato en forma de episodios nacionales. Francisco Camba, por un lado, y el matrimonio formado por Ricardo Fernández de la Reguera y Susana March, por otro, dedicaron una larga serie de volúmenes a la tarea. En su evocación novelesca del presente siglo se encontraron con el importante capítulo de Marruecos, y a su más destacado suceso, el desastre de Annual, dedicaron sendos títulos. El del narrador gallego, que lleva por título Annual y fue publicado en la inmediata postguerra civil española, merece escasa consideración. Constituye, en realidad, una poco verosímil, desde el punto de vista constructivo, y falaz, desde el punto de vista argumental, reconstrucción del suceso, donde el presunto heroísmo del ejército colonial se antepone a cualquier atisbo de veracidad. El de la pareja de escritores, aparecido veinte años después del anterior bajo el título de El desastre de Annual, tiene vocación de documentada y exhaustiva evocación de aquella derrota. La minuciosidad en el dato no deviene, sin embargo, garante ni de acierto narrativo ni de

voluntad esclarecedora. El episodio queda en una desvaída sucesión de acontecimientos poco vertebrados en su vertiente de ficción y con neto sesgo patriotero travestido de documentada fiabilidad. Más interesante por su imagen de la guerra y por sus cualidades artísticas resulta la nada difundida novela de Juan Antonio Gaya Nuño Historia del cautivo. Publicada fuera de España por problemas de censura en 1966 y subtitulada también Episodios nacionales, si bien en este caso se trata de un volumen aislado y no inscrito en ninguna serie. Engarzando con acierto el referente histórico de la derrota con la tradicional figura literaria del pícaro, el autor ofrece un encuadre satírico unido a una de las más crudas recreaciones novelescas de aquella desdichada hora, la cual habría aún de continuarse en la no menos ingrata del cautiverio. Una obra de indudable carácter testimonial, pero sustentada en una bien trabada ficción, que merece figurar por sus innegables méritos entre las grandes creaciones narrativas referenciadas en esta campaña.

Cuanto de desabrido y luctuoso tuvo esta guerra no constituyó impedimento para que algunos narradores le buscasen los perfiles humorísticos o grotescos. Ocasión hubo en que tan sólo se trató de una insípida y torticera parodia de un conocido título anterior, de ello da fe una pueril novelita titulada El señor Feliciano en la República del Rif. Otras veces, el humor devino forma de envolver la tragedia personal en tonos cómicos, mostrando individuos inadaptados por un exceso de celo que choca contra la generalizada laxitud social. Comportamiento que El alférez Membrillete ilustra en sus aspectos más externos y con algún exceso de sal gorda, pero que en Un buen oficial adquiere tintes de proclama regeneracionista dentro del ejército y de la sociedad española. Algo que en cierta medida emparenta este relato, salvada su vena humorística, con algunos presupuestos ideológicos de El árbol de la ciencia barojiano. Obras menores al lado de Las aventuras del caballero Rogelio de Amaral, aunque ésta no figure entre los títulos más celebrados de Wenceslao Fernández Florez. Sin embargo, el capítulo dedicado a la epopeya marroquí de su protagonista supera con mucho las cualidades del conjunto de la novela. En sus páginas lleva a cabo una desmitificadora ridiculización de la campaña y una descarnada sátira contra ésta o cualesquiera otras guerras.

Melilla, convertida merced a su ubicación geográfica en escenario urbano por excelencia durante el conflicto, ha sido lugar de frecuente presencia en esta narrativa, pero incluso en unos cuantos títulos ha llegando a alcanzar estatuto de protagonista. Todos los relatos que la han elevado a tal categoría han venido a incidir en la trayectoria de la localidad: en su desarrollo y ensanche urbano, consecuencia de las sucesivas guerras en las que sirvió de retaguardia y plaza fuerte. De su completa evolución durante las tres primeras décadas de la presente centuria da cuenta una novela valiosa por su información topográfica y antropológica pero de escasa entidad literaria: La hija de Marte. Acotando más el tiempo, ceñido en este caso a los inmediatos meses posteriores a la catástrofe de Annual, y acentuando una censura bastante conservadora contra el desarrollismo procurado por esos advenedizos que allí se arrimaron al calor del fácil negocio que supuso la guerra, surge otro relato contemporáneo del anterior por su fecha de publicación, Melilla, la codiciada. Los buscadores de pan. Ambos aparecidos en 1930. En época reciente, en 1991, han vuelto a ser evocados los meses que siguieron al desastre militar de 1921 desde Melilla en El cañón del Gurugú, una novela de factura muy tradicional y cierta proclividad a lo folletinesco pero con más consistencia fabuladora que las anteriores. Aunque ninguna de ellas pueda considerarse una obra lograda, las tres conforman un fresco narrativo de la ciudad durante los tiempos de la guerra.

Algunos destacados personajes de los intervinientes en las campañas marroquíes han sido objeto de biografías noveladas. En época aún próxima al conflicto le llegó su turno al Raisuni, de quien se trazó un parcial retrato en Del Marruecos feudal. Y en los últimos tiempos el conflicto ha vuelto a las páginas de la literatura española merced a Francisco Franco, cuya rememoración, se antoja fácil suponerlo, poco tiene que ver con su labor militar en Marruecos. No obstante, tanto en Autobiografía del general Franco como en El sable del Caudillo se dedica cierta atención a esta etapa de su vida e incluyen una sintética retrospectiva del acontecimiento. Salvando sus múltiples diferencias de enfoque, ambos relatos vienen a coincidir en que la participación del biografiado en aquella guerra cruel resultó determinante en la forja de su carácter, cuyos rasgos esenciales alcanzarían una más amplia difusión en



años posteriores. Estampa pues de un frecuente tipo de oficialidad que se gestó durante aquella guerra, los denominados africanistas. Al cabo, otra de las secuelas acarreada por la aventura colonial española. Dentro de esta misma orientación biográfica, otro relato publicado al igual que los anteriores en la década de los noventa, Extezarra, reconstruye también los últimos momentos de la campaña al hilo de las vivencias de este apócrifo militar. Un acercamiento, en parte frustrado, al género de aventuras. Y dentro de este afán biográfico, de nuevo habría que volver a mencionar a Fernando Cobo y su Todo por la patria, si bien en este caso la trayectoria personal se amplifica y deviene paradigma de la amoralidad de todo un grupo social: los antiguos jefes y oficiales fogueados en Marruecos y más tarde vencedores de la guerra civil.

A pesar de la exhaustiva clasificación anterior, una vez concluída aún quedaban una buena porción de relatos que no podían acomodarse en ninguno de los epígrafes establecidos. Se trata de títulos de muy variado asunto y factura, sin homogeneidad con ninguna de las temáticas ya estudiadas ni relación evidente entre ellos mismos, e incluso publicados en épocas distintas y muy alejadas entre sí. Ante la imposibilidad de encontrar un elemento organizativo capaz de aunar lo a todas luces dispar, opté por resolver el problema dándoles el tratamiento individualizado que requerían, incluyéndolas en un nuevo apartado: "Miscelánea temática", epígrafe bajo el que han encontrado cobijo heterogeneidades de cualquier índole, siempre que su objeto de fabulación haya estado relacionado con la campaña bélica. Allí han quedado avencindadas novelitas breves de la década de los veinte que ya hoy nadie recuerda, similares por su forma y planteamientos a la mayoría de las ya mencionadas, e incluso escritas por autores con otras obras de la misma condición sobre Marruecos: Bajo el sol africano y Aguilas de acero, ambas de Rafael López Rienda, o El milagro, de Fermín Requena, por ejemplo. Y a su lado, algunas narraciones de reciente publicación, con enfoques parciales o más novedosos sobre la guerra y la cuestión marroquí en general. Entre ellas, Prisioneros en el Rif, donde la incipiente aviación militar española de la época -ya objeto de atención en Aguilas de acero- se aúna con motivos propios del relato de aventuras; Raisuni,

novela con vocación de narrativa juvenil; o Hermanos mayores y Días de luz, donde la latente presencia de la guerra sirve de base para elaborar ficciones de asunto diferente. En el ínterin entre aquéllas y éstas, algún título de cierto interés, por ejemplo, "Xelfa, carne de cera", la narración más larga de entre las que constituyen Pájaro Pinto. Volumen y relato pertenecientes a la por común denominada literatura deshumanizada de los años veinte. Única incursión de esta corriente artística en la cuestión de Marruecos, aunque Antonio Espina, a juicio de quien esto escribe, se sirva de ese intrascendente molde novelesco para parodiarlo y de paso aportar su granito de arena en contra de aquella guerra. Y compartiendo espacio con tan variopintos autores y tan diferentes modos de entender lo literario, de nuevo Ramón J. Sender, que, aparte de volver a aparecer con un par de cuentos publicados en la década de los veinte, mucho tiempo después retoma el asunto con el que había iniciado su carrera de novelista en dos ocasiones. La primera en 1965, al publicar Cabrerizas Altas. A diferencia de Imán, éste es un relato de breves dimensiones donde el conflicto bélico queda sólo como telón de fondo. No obstante, se trata de una fábula que, a semejanza de la anterior, rebosa antimilitarismo por todos sus poros: de nuevo la institución armada, sus ordenanzas y sus reglas, cercena la libertad y aspiraciones del hombre sometido a su yugo. La segunda, poco antes de su muerte, en El jinete y la yegua nocturna, una novela fechada en 1980 y publicada en 1982. Esta última aportación tan sólo contiene tangenciales alusiones a la guerra y, en realidad, poco o nada aporta a lo que sobre este motivo había dejado escrito con anterioridad el narrador aragonés. A cierta distancia de la campaña militar, cabe mencionar también Circe, un título de 1935 que se sumerge de lleno en esa fascinación orientalista señalada por López García.

Una producción, en suma, tan abundante como variada en temáticas y formas de entender lo novelesco, si bien es verdad que, según han ido revelando los análisis sobre modos del relato y características del discurso literario elaborados en el cuerpo del presente estudio, predomina una generalizada mediocridad sobre cualquier otra valoración. Pero entre esta escasa altura artística, se hace obligado destacar la presencia de no pocas obras valiosas,

algunas hoy injustamente olvidadas u oscurecidas, e incluso un reducido grupo de títulos que por derecho propio han entrado a formar parte de la mejor novela española de su época.

Y si esta novelística alcanzó tal proliferación, la curiosidad induce a preguntarse acerca de otro de los asuntos sobre el que este trabajo ha ido arrojando luz: quiénes escribieron sobre la materia, en qué tipo de plumas fructificó esta literatura. Un nutrido grupo de autores estuvo integrado por gentes vinculadas por una u otra razón al conflicto: soldados, militares con graduación, periodistas, testigos directos en cualquier caso de aquellos sucesos, que por motivos diversos y con distintas finalidades quisieron dejar constancia de su experiencia. Plumas neófitas en no pocas ocasiones, al menos dentro del terreno de la ficción, que habiendo realizado su servicio militar en aquellas tierras se estrenaron en el mundo de la creación con relatos evocadores de su reciente pasado. A algunos de ellos corresponden los mayores logros de esta novelística, pues lejos de ajustarse a modelos de repertorio cada uno buscó dejar una impronta personal en su obra, de acuerdo con sus preocupaciones, sus intereses y hasta con su incipiente concepción del arte narrativo. Sus textos aventajan en frescura, originalidad y capacidad expresiva a los compuestos por aquellos veteranos resabiados en el oficio que también dedicaron algunas páginas al asunto. Entre los más destacados miembros de esta larga nómina de escritores noveles o seminoveles se hace obligado redescubrir a Pedro Antonio de Alarcón, cuya obra de creación anterior a la campaña hay que considerar insignificante. Precursor de la materia, su Diario de un testigo de la guerra de África ha devenido paradigma para otros que han seguido sus huellas en ese terreno a medio camino entre la reconstrucción literaria y la mera denotación de hechos con relevancia histórica. En tiempos y campañas posteriores irían surgiendo otras voces nuevas: Ernesto Giménez Caballero, certero observador del ambiente que le envolvió durante su servicio militar; Antonio Espina, que comenzó a forcejear con la corriente deshumanizada imperante en la narrativa culta de los años veinte; José Díaz Fernández, quien no se quedó en forcejeos, sino que asestó un golpe mortal a esa forma de entender lo literario, al irrumpir en el panorama novelesco español de la época con un título innovador en asuntos y temáticas;

o Ramón J. Sender, reiterado visitador de la cuestión marroquí, cuya trayectoria de escritor ha ido desvelándose en parte a través del relato sobre la guerra marroquí, desde ese incipiente balbuceo algo despersonalizado que puede apreciarse en Una hoguera en la noche, hasta esa poderosa y muy personal voz que deja oír en Imán, la cual no sólo constituye una de las más contundentes reprobaciones de aquella guerra y uno de sus hitos creativos, sino que abrió el camino para el retorno del realismo al relato español de altura artística: lo que luego se denominaría novela social de anteguerra. Todos estos nombres de primera línea habían vestido el uniforme militar en Marruecos y se estrenaron ficcionalizando aquel conflicto. A ellos habrían de añadirse otros principiantes, menores si se quiere al lado de los precedentes, pero poseedores también de una cierta originalidad y cuyas obras en absoluto resultan desdeñables. Por no alargar más una cuestión de la que se da cumplida cuenta en las precedentes páginas de este estudio, baste mencionar a Luys Santa Marina con su muy literaria y no siempre bien entendida Tras el águila del César; a Tomás Borrás con La pared de tela de araña, en la actualidad casi olvidada pero no exenta de mérito; o a Arturo Barea con la hoy muy difundida, pero durante largos años semidesconocida, segunda parte de su trilogía: La ruta. Y aún dentro de este grupo de neófitos cabría recordar a quienes la guerra convirtió en escritores ocasionales, sin más trayectoria ni anterior ni posterior que la de relatar su peripecia en Marruecos.

Un segundo y numeroso grupo lo forman habituales escritores de la denominada narrativa popular. En la campaña de O'Donnell esta tendencia estuvo representada por los narradores por entregas: Rafael del Castillo, o los aún menos recordados D. A. Cubero y Antonio Redondo. Mientras que en la última, lo integraron autores pertenecientes por edad a promociones previas a la de Giménez Caballero, Díaz Fernández o Sender. Nombres que se hicieron habituales en las colecciones de narrativa breve: Antonio de Hoyos y Vinent, Emilio Carrere, Luis Antón del Olmet, Cristobal de Castro o José María Carretero (*El caballero audaz*), entre otros. A ellos se unieron otros más jóvenes, contemporáneos generacionales de los primeros, pero cuya estima nunca logró rebasar las divisiones inferiores. Continuaron con

un tipo de relato semejante al que cultivaban los anteriores. Rafael López Rienda o el más ocasional Carlos Micó España han de contarse entre los más prolíficos. En todos ellos cabe hablar con absoluta propiedad de una narrativa de repertorio sin innovación alguna, ni siquiera casi distinción significativa entre unos textos y otros. Los epígrafes dedicados a la Legión o al amor han dejado cabal constancia de su mediocre quehacer. Algunos, no obstante, gozaron de cierto renombre en su momento. Efímera fama, pues el tiempo con su certero olvido los ha devuelto al lugar que les correspondía.

La investigación también ha dejado fehacientes pruebas de que los años transcurridos no han convertido el asunto de las pretéritas guerras de Marruecos en fósil novelesco. Bien al contrario, su huella permanece viva en la literatura española. Por ello no he olvidado la crecida nómina de narradores de última hora que han vuelto a recuperar aquellos sucesos, evocándolos desde una perspectiva histórica y añadiendo nuevos enfoques a los ya tradicionales. Entre sus nombres abundan los noveles o aquellos con mínima obra publicada anteriormente. Su acercamiento a la materia, al igual que los mencionados en primer lugar, ha estado ligado en no pocos casos a algún tipo de relación con aquellas tierras; lo que cabe suponer que habrá influido en esta opción por la remembranza del reciente pasado. Tal sucede con David López García, estudioso y teórico de la cuestión; con Severiano Gil Ruiz, nacido en el Protectorado, residente después en Melilla -donde aún vive- y, a juzgar por el conjunto de su obra, interesado en ahondar en la retrospección sobre la ciudad; con Eduardo Valero, profesor durante un trienio en Alhucemas; o con Antonio Abad, melillense de nacimiento y por ligazón literaria. En sus relatos se deja sentir la existencia de una tradición novelística previa. Si algo caracteriza las revisitaciones cercanas al presente, de estos autores y de algunos otros sin nexo conocido de unión con ese ambiente, es la búsqueda de nuevas vías, el ensayo de menos manoseados y hasta novedosos encuadres a la hora de abordar la materia en sus fábulas. Lo que ha aportado, por ejemplo, perspectivas y puntos de vista poco frecuentados hasta el momento: el del nativo, que como víctima de aquella política colonial nos ofrecen Kabila o Quebdani; el infantil, por el que se decantan Ceuta en el umbral o

Raisuni; o los acercamientos periféricos a través de personajes sin directa implicación en el conflicto, de los que dan cuenta El cañón del Gurugú o Días de luz. Incluso tan cruel guerra se ha convertido con el paso del tiempo en escenario para la aventura. De ello dan fe Prisioneros en el Rif o Etkezarra. Indicios evidentes de que la materia, lejos de haber quedado agotada o fuera de circulación, goza de una relativa buena salud.

No puede olvidarse que en ninguna campaña o etapa compositiva de esta novelística tampoco han faltado plumas consagradas y de reconocido prestigio interesadas por el asunto. En los tiempos más remotos *Fernán Caballero*, Galdós o *Clarín*; con posterioridad Francisco Umbral o Manuel Vázquez Montalbán. Sin olvidar a Ricardo León o a Wenceslao Fernández Flórez, hoy muy oscurecidos, sobre todo el primero, pero que en el momento en que escribieron sobre Marruecos gozaban de generalizada popularidad y no escaso prestigio. No obstante, estas incursiones en la materia hay que entenderlas unas veces como parte de un proyecto personal más amplio: caso de los Episodios de ambientación marroquí, en el narrador canario; o de El fulgor de Africa, un capítulo más de la particular evocación del pasado nacional que en múltiples títulos viene llevando a cabo Umbral. Otras, mero abundamiento en la exposición de algunas de las ideas motrices de sus obras: los cuentos, costumbristas y moralizantes, de *Fernán Caballero*, o los de marcado contenido antibélico de *Clarín*, nuevas formulaciones de lo ya acometido en su anterior y más inspirado ¡Adiós, Cordera!

Otro de los planteamientos que han ido cobrando fuerza a lo largo de este trabajo ha sido el alusivo al grado de enraizamiento o resonancia que esta narrativa disfrutó en la sociedad de su época. En realidad, poco puede decirse con total fiabilidad al no contar con datos explícitos sobre las tiradas y ediciones que alcanzaron las obras o la recepción que les dispensaron los lectores y la crítica. En la actualidad ni siquiera los títulos mayores gozan de demasiada audiencia, y los demás han caído en el más absoluto olvido. No obstante, a través de datos dispersos e indirectos y de conjeturas no demasiado arriesgadas, cabe aventurar que esta situación no fue idéntica en el pasado. Especulación surgida al hilo de la investigación,

pero que, a falta de informaciones concretas, sólo puedo ofrecer como razonada hipótesis. Se conoce, por ejemplo, con certeza la expectación de las gentes ante casi cualquier escrito relacionado con los avatares de la guerra de África: la avidez con que se demandaban -entre otras varias- las entregas del Diario de Alarcón, la gran popularidad que depararon a su autor y los considerables beneficios económicos que generaron. Motivo que debió de inducir a los contemporáneos narradores por entregas y a avisados editores para iniciar la publicación de esos largos novelones ambientados en la campaña. En momentos posteriores, y ya sobre otras guerras, algunos relatos consiguieron rápidas reediciones, traducciones a otras lenguas e incluso la crítica les deparó cierto eco en páginas de prensa y gacetillas. Baste recordar, al respecto, lo ya comentado sobre El blocao, Imán o la trilogía de Arturo Barea, aunque ésta ya pertenezca a tiempos muy posteriores. Pero, claro, se trata de obras señeras y acaso con escasa representatividad dentro del conjunto. A pesar de ello, toda la corriente inscrita en la literatura popular también debió de contar con el favor del público. La gran proliferación de títulos que dirigieron su atención a asuntos relacionados con el conflicto de Marruecos dentro de la narrativa breve así parece constatarlo. Sobre todo teniendo en cuenta la sensibilidad de este tipo de publicaciones a los efectos económicos: si el motivo no hubiese suscitado interés habría dejado de resultar rentable y, en consecuencia, hubiera desaparecido de estas colecciones. Ya se ha visto que no ocurrió así, por lo menos mientras la llama de la guerra se mantuvo encendida. Y no sólo fue este tipo de relato breve, sino la gran cantidad de novelas y libros sin componente de ficción que sobre la contienda y asuntos colaterales aparecieron entre 1921 y 1926, el periodo de levantamiento rifeño. Todo ello hace fácil suponer que el motivo concitaba el interés de los lectores. Pero con la misma celeridad con que habían irrumpido comenzaron a desaparecer tan pronto como llegó la paz e incluso antes. A partir de entonces, la presencia de títulos se hizo esporádica, y ya más tarde sólo se publicaron relatos aislados o aquellos otros que la censura hubiera impedido ver la luz con anterioridad. Situación que induce a pensar que se trató de flor de un día, un filón

circunstancial orientado a satisfacer las expectativas del público y con no poco de operación comercial, cuya veta entró en decadencia en cuanto el olvido clausuró esa demanda.

El examen de estos relatos me ha permitido también comprobar que la narrativa sobre la guerra de Marruecos, lejos de constituir una isla literaria, deviene paradigma de toda la narrativa nacional de su tiempo, pues a través de ella se pueden observar, a escala reducida pero con muy escasas ausencias, los pasos seguidos por el género novelesco español desde mediados de la pasada centuria hasta el momento presente. Comienza con los últimos ecos de ese romanticismo algo *sui generis* que muestra Alarcón en su Diario y termina con actuales fórmulas rupturistas de la linealidad argumental, del contar desde planos alternantes y de la interiorización de la fábula por parte del personaje; procedimientos que al unísono ensaya Eduardo Valero en su reciente Días de luz. Por medio este viaje literario a través del tiempo se detiene en múltiples estaciones, recogiendo los modos de novelar en muy distintas etapas de la historia de las letras nacionales. Casi en paralelo a Alarcón, el costumbrismo sentimental de *Fernán Caballero* y la decimonónica corriente de los amazotados relatos por entregas. A ellos sigue el también decimonónico realismo, representado por su más celebrado exponente, Pérez Galdós, y esa vertiente más poetizada que ensaya *Clarín* en sus cuentos. La denominada promoción del noventa y ocho por medio de una figura menor: Ciges Aparicio. Y un poco más en su periferia ese inclasificable literato que fue Eugenio Noel, con alguna concomitancia con la tendencia anterior. Más tarde, la narrativa popular de las tres primeras décadas de este siglo en casi todos sus modos, dimensiones y paradigmas argumentales, desde la sentimental o lacrimógena hasta la amorosa y pseudoerótica, pasando por la de aventuras, la heroica o la costumbrista; representada por plumas de un par de generaciones y arrastrando una expresividad a menudo deudora de las formas expresivas más declamatorias y artificiosas del movimiento modernista. La llamada literatura deshumanizada de los años veinte, a través de Antonio Espina, cuya parcial disidencia no impide que en su relato se hagan presentes buena parte de los fundamentos de esta corriente. El Nuevo Romanticismo de Díaz Fernández, tratando de cubrir con algo de carne y sustancia la deslavazada álgebra superior



de las metáforas que le había precedido. La superación de éste en la novela social de anteguerra, con Ramón J. Sender, el más conocido y reputado escritor del grupo, en un lúcido y representativo ramillete de narraciones. El humorismo satírico de Wenceslao Fernández Flórez, contemporáneo de los anteriores por la fecha de publicación pero bien distinto en sus planteamientos. La más generalizada literatura de los primeros tiempos del franquismo, con su altisonante retórica y su berroqueña militancia en las ideas de los vencedores de la guerra civil, ejemplificada en esa pareja de títulos que brinda Francico Camba. A partir de ahí, otro variopinto muestrario de formas de novelar menos etiquetables y próximas al presente. Con todo rigor y sin desmesura alguna puede asegurarse que el estudio de la evocación fabulada de las campañas bélicas en Marruecos lo es también en buena medida de la casi totalidad de la narrativa española del último siglo y medio, pues pocos movimientos creativos de importancia se han mostrado ajenos a ella.

Tal diversidad de autores, épocas, estilos y formas de entender lo literario imposibilita fijar una poética sobre la evocación narrativa de la guerra; no cabe hablar en rigor de una sino de múltiples, según se ha ido mostrando en el cuerpo de este trabajo. No obstante, bajo esa disparidad late una cierta comunidad de caracteres que, salvadas las pertinentes y no escasas excepciones, viene a configurar las líneas maestras del relato sobre la guerra de Marruecos, al menos del que se gestó en la estricta contemporaneidad o en la inmediatez temporal de los sucesivos conflictos.

En lo que al tratamiento de los personajes se refiere, el protagonista de esta novela responde las más de las veces al perfil del héroe individualizado heredado de la narrativa decimonónica, ataviado por costumbre con unos atributos humanamente correctos y reconocibles como tales por cualquier lector, conductas que la tradición ha venido fijado como positivas: valentía, abnegación, amistad, generosidad, solidaridad o galanura. Un ropaje moral que viste a la oficialidad y al resto de los profesionales de la milicia, cualquiera que sea su graduación o empleo; a los legionarios e incluso a aquellos que se han visto obligados a vestir el uniforme por imperativo legal. Y cuando esos atributos no se poseen *a priori* o se han

perdido, el descarriado se redimirá a lo largo de la fábula hasta volver a encontrarse con ellos, fórmula frecuente en la novelística ambientada en la Legión. Una retahíla de lugares comunes que sólo se rompe en los relatos con voluntad crítica hacia aquella guerra y hacia sus artífices o ejecutores. Unas veces, dándole una dimensión social al personaje, haciendo que éste, aunque se presente en soledad, se convierta en representante canónico de un grupo. Acaso el más acabado modelo, que no el único, de este proceder nos lo ofrezca Vianca en Imán, a cuyo través Ramón J. Sender traza el arquetipo del campesino humilde arrancado de su ambiente para ser sumergido en un infierno de humillaciones y muerte. Otras veces, la desviación de ese modelo general se produce mediante el distanciamiento irónico o satírico, poniendo en solfa esos atributos del héroe, según puede verse en Clemente Garrido, el pícaro protagonista de la Historia del cautivo o en Rogelio de Amaral en el relato de Fernández Flórez, por mencionar casos paradigmáticos. Por último, quedan ocasiones en que al personaje se le despoja de cualquier rasgo positivo para dejar constancia de los perfiles más encanallados o moralmente más indignos. Abundan los ejemplos en no pocos secundarios y alcanzan estatuto de protagonista en Víctor, ese arribista sin escrúpulos que pone fin a una saga militar y protagoniza Todo por la patria; en ese chulesco don Gonzalo Gonzalo y sus compañeros africanistas de El fulgor de Africa, o en los dos retratos novelescos de Francisco Franco.

En cualquier caso, la evocación de esta guerra no frecuentó el retrato grupal. Cuestión un tanto paradójica por cuanto se trata de un suceso vivido en colectivo y, sobre todo, porque la Gran Guerra había ofrecido abundantes modelos literarios de protagonismo compartido. Sin embargo, escasas son las excepciones y no siempre bien aprovechadas, baste recordar lo ya comentado sobre algunos títulos de ambiente legionario: Los que fuimos al Tercio, Los del Tercio en Tánger o La barbarie organizada. Aparte de los integrantes de la milicia, apenas cabe hablar de otros personajes con relieve destacado, pues ya ha quedado señalado que la figura del marroquí, hasta la llegada de esos relatos modernos que lo humanizan y acercan su figura al lector, carece de cualquier proyección distinta de la de un enemigo traidor y de

brutal salvajismo que deambula en un plano de fondo. Y la mujer, salvo en las contadas -y, por lo general, poco afortunadas- ocasiones en que asume el protagonismo, queda relegada a mera comparsa: el descanso o la zozobra del guerrero.

En los otros aspectos de la construcción novelesca, preservando ese breve puñado de obras de primera fila y en alguna medida rupturistas con los modelos habituales, predomina la precariedad y la falta de inquietud formal o de modos innovadores en el contar. La mayoría suele situarse en la estela de ese relato popular en exceso laxo en cuanto a la factura y a los procedimientos técnicos que sirven un argumento. Poco importa, por ejemplo, que la narración se realice desde la primera persona o desde una aparente impersonalidad, al fin en ambos casos la figura del narrador termina por adueñarse de toda la fábula, conduciendo y mediatizando a un lector convertido así en mero seguidor de lo que le quieren contar o en escéptico y distanciado espectador de aquello que ya se le ofrece digerido. Tampoco lo novedoso en argumentos o planteamientos suele resultar moneda corriente, más bien todo lo contrario, lo habitual es la repetición de asuntos y situaciones hasta el hartazgo. A tal efecto, no hay más que echar un vistazo al conjunto de novelas de contenido amoroso, donde no sólo se repiten idénticos esquemas sino hasta los nombres femeninos. O las de la Legión, que parecen haber extraído toda su inspiración de cuatro versos de la canción El novio de la muerte. Y hablar de una configuración temporal queda circunscrito a señalar el predominio de la generalizada linealidad de acontecimientos, quebrada tan sólo para dar paso a momentos del pasado de los protagonistas, modo reiterado y casi único de procurar alguna profundidad a los personajes.

Aún más inconsecuente hay que entender la escasa o nula atención que no pocos relatos ponen en el tratamiento del espacio, teniendo en cuenta que el Marruecos de la época era un lugar desconocido para el común de los posibles lectores y que, además, su presencia constituía uno de los presuntos focos de atracción de esta novelística. Una precariedad atribuible en buena medida a la falta de experiencia directa que múltiples escritores tenían de aquellas tierras y aun de lo que escribían, a lo que sólo se habían acercado a través de las

informaciones de prensa. Algo evidente en los autores de la novela por entregas que reconstruyeron la campaña de O'Donnell, pero tampoco ajeno a unos cuantos de los que evocaron la guerra a partir de 1921. Si bien en este sentido, tampoco se pueden silenciar las excepciones: algún militar profesional, soldados ilustrados o corresponsales de prensa que, en muchos casos, prestaron atención a lo que veían y que incluso trataron de observar algo más que lo obvio. Baste reparar en las reconstrucciones melillenses o tangerinas, en las apreciaciones de Giménez Caballero en sus Notas marruecas o en la voluntad por aprehender un mundo y una cultura diferente que dejan ver Tomás Borrás o Tomás García Figueras en sus relatos, por mencionar sólo algunos de los ejemplos más palmarios. No obstante, fueron mayoría los que se limitaron a reproducir *clichés* establecidos con anterioridad, a fantasear acerca de un falso orientalismo ya inexistente en esa época o muy alejado del Protectorado español o a obviar cualquier referencia espacial por carecer del necesario conocimiento. Y en ello radica también una de las causas por las que el rifeño y el marroquí en general, tan desconocido como su país, figure entre las ausencias de buena parte de esta novelística o reciba un tratamiento superficial, falaz, tópico y repetitivo.

Esta misma falta de exigencia perceptible en los aspectos constructivos, se refleja también en el plano lingüístico. Algo que con pormenores ya ha ido siendo diseccionado a lo largo del estudio, pero que en esta apretada síntesis final, con todos los riesgos y salvedades que cualquier reduccionismo implica, puede resumirse en el predominio de una prosa de escasa exigencia. Bien por decantarse hacia registros de estricta funcionalidad sin ningún brillo personal o bien por resultar deudora, en especial dentro de la narrativa publicada en los años veinte, de las formas más huecas, cursis, manoseadas y declamatorias del anterior movimiento modernista. No faltan, incluso, ejemplos de quienes hay que considerar derrotados en el singular combate que han entablado con la gramática y las más elementales normas de escritura para conseguir dar forma coherente a sus ideas. Aliñado todo ello para la ocasión con algunas incursiones esporádicas en el léxico gestado en aquella guerra -acaso la voz "paco" y sus derivados resulte la más representativa- y del procedente de la españolización

de vocablos procedentes del *shelja* -dialecto rifeño- o de la adaptación de palabras españolas a la particular interpretación y dicción del marroquí. Las excepciones caen del lado de aquellos contados relatos que supieron trasladar a su estilo la jerga cuartelera y bélica, o de aquellos otros compuestos por escritores con auténtica voluntad de estilo, que también los hubo. Entre estos últimos, cabe mencionar obras redactadas al amparo de una tradición cultural: Notas marruecas de un soldado, Tras el águila del César o Historia del cautivo, por mencionar unos ejemplos del todo característicos. Y junto a ellas, también en el lado positivo de la balanza, profesionales de la lengua escrita cuya habitual maestría en el manejo de determinados registros se deja sentir en el discurso de la ficción, tal sucede en esa acertada expresividad satírica que logra Wenceslao Fernández Flórez en el capítulo dedicado a Marruecos en Las aventuras del caballero Rogelio de Amaral; estilistas de la prosa, acaso El blocao de Díaz Fernández se haya convertido en el modelo más representativo de este primoroso empleo de la lengua; o certeros narradores dotados de una voz poderosa y gran capacidad expresiva y evocadora a través de la palabra, como Ramón J. Sender en las destacadas Imán o Cabrerizas Altas.

Antes de dar por finalizadas estas conclusiones, tan sólo una última apreciación. El presente estudio tenía por objeto arrojar luz sobre un asunto literario hasta el momento poco o mal conocido. A partir de ahora si hay algo que resulta incuestionable es lo mucho que las guerras de España en Marruecos han dado de sí en el campo de la creación narrativa de este casi finalizado siglo. Así nos parece que lo atestigua la extensa aportación bibliográfica recogida en las páginas de esta tesis, hasta el presente la más completa de cuantas existen. Y el posterior análisis llevado a cabo en este estudio ha permitido no sólo establecer una clasificación razonada de lo que con anterioridad apenas eran materiales dispersos y desvertebrados, sino elaborar una descripción minuciosa de los diversos ámbitos intelectuales, morales, políticos y estéticos vinculados a esa novelística. Tal labor, a juicio de quien esto escribe, ha alcanzado con holgura las metas fijadas al comienzo, y si no ha agotado la materia, debido a las múltiples dificultades ya señaladas, sí que ha sentado una base firme -y

quisiéramos creer que inexcusable- para ulteriores investigaciones. A la vez hemos hecho, si no nos equivocamos, una valiosa contribución para el mejor conocimiento de una parcela de no pequeña importancia, por más que el olvido no haya permitido verla, en las letras españolas.

## BIBLIOGRAFÍA.

## Novelas y relatos de ficción:

- Abad, Antonio, Quebdani. El cerco de la estirpe. Barcelona, Ediciones 29, 1997.
- Alarcón, Pedro Antonio de, Diario de un testigo de la guerra de Africa. Madrid, Gaspar y Roig, 1859.
- Alas, Leopoldo, "El sustituto", Cuentos morales. Madrid, La España Editorial, 1896. (Aparecido por 1ª vez en Los Lunes del Imparcial, núm. 9538, 4 de diciembre de 1893).
- Alas Leopoldo, "Don Patricio o el premio gordo en Melilla", Cuentos morales. Madrid, La España Editorial, 1896.
- Almela Mengot, Vicente, Una boda en Vebala. Madrid, Los contemporáneos, núm 643, 19 de mayo de 1921.
- Alomar, Gabriel, "Los últimos días de Ben-Kaddor", El sorbo del heroísmo. Madrid, Prensa gráfica, La novela semanal, núm. 91, 7 de abril de 1923.
- Anónimo, El señor Feliciano en la república del Rif. Melilla, Artes gráficas Postal Exprés, 1922.
- Antón del Olmet, Luis, Un sol bárbaro, muere. Madrid, Los contemporáneos, núm. 132, 7 de julio de 1911.
- Arpe, C. José (de), Carne y alma. Madrid, Los contemporáneos, núm. 74, 27 de mayo de 1910.
- Asenjo Alonso, José, Los que fuimos al Tercio. Madrid, Miguel Albero, 1932.
- Astray Reguera, Margarita, Pasión de moro. Madrid, Los contemporáneos, núm 879, 26 de noviembre de 1925.

Báig Baños, Aurelio, Antonio Real y Real. (Media Peseta). Madrid, Imprenta del asilo de huérfanos del S.C. de Jesús, 1918.

Barea, Arturo, La ruta. Buenos Aires, Losada, 1951.

Bejarano, Leopoldo. Episodios de las guerras de Africa, contados por mi caballo. Madrid, El Libro Popular, núm. 34, 26 de agosto de 1913.

Berenguer, Juan, Melilla, la codiciada. Los buscadores del pan. Madrid, Imp. Zoila Ascasíbar, 1930.

Borrás, Tomás, La pared de tela de araña. Madrid, Marineda, 1924.

Burgos, Carmen (de), En la guerra. El cuento semanal, Madrid, núm. 148, 29 de octubre de 1909.

Calvo, Eduardo, "Marruecos", El dueño de la luna. Barcelona, La Gaya Ciencia, 1982, pp. 143-169.

Camba, Francisco, Annual. Madrid, Reus, 1946, (Episodios Contemporáneos VIII).

Camba, Francisco, Cárcel de seda. Madrid, Renacimiento, s.a.

Canós Fenollosa, Francisco, Del breviario de Juan Morena. Madrid, Gráficas Dehon, 1981.

Carmona, Alfredo, Luna de Tettauen. Madrid, Caro Raggio, s.a.

Carrere, Emilio, El sacrificio. Madrid, La novela semanal, núm. 48, 10 de junio de 1922.

Carretero, José María (seud. "El caballero audaz"), El héroe de la Legión. Madrid, La novela semanal. núm. extraordinario, s.a.

Carcaño, Francisco, La hija de Marte. Málaga, Imp. Zambrana, 1930.

Cases, Antonio, No quiere morir. Madrid, Imp. de Félix Moliner, 1924.

Cases, Antonio, Los amores de Alfonso Reina. Madrid, Imp. de Armas y Letras, (1924 ?).



- Cases, Antonio, Las águilas de acero. Madrid, Imprenta Martosa, s.a.
- Castillo, Rafael del, El honor de España. Episodios de la guerra de Marruecos. Madrid, Impr. de Antonio García y Orga, 1859.
- Castro, Cristobal de, Los hombres de hierro. Madrid, La novela mundial, núm. 91, 8 de diciembre de 1927.
- Cegarra Salcedo, Andrés, "En la noche africana", Sombras. Cartagena, Levante, 1919.
- Charles, María, Etxezarra. Barcelona, Anagrama, 1993.
- Chaves, Ángel R., "Currito Carrizales", Blanco y Negro. Madrid, núm. 129, 19 de mayo de 1894, pp. 313-314.
- Ciges Aparicio, Manuel, Del cuartel y de la guerra. Madrid, Bernardo Rodríguez, s.a. (1906?).
- Cobo, Fernando, Todo por la patria. México D. F., Diógenes, 1972.
- Coloma, Jesús R., Amores africanos -Policromías occidentales-. Madrid, Voluntad, 1926.
- Coloma, Jesús R., Así aman las africanas. Madrid, La novela mundial, núm. 119, 21 de junio de 1928.
- Corrochano, Gregorio, ¡Mektub!. Madrid, Atlántida, 1926.
- Cubero, D.A., La cruz y la media luna o la guerra de Africa. Madrid, Murcia y Mati, 1860.
- Darnell e Iturmendi, Sinesio, El alférez Membrillete. Aventuras y desventuras de un alférez en Africa. Barcelona, Lux, s.a.
- Delibes, Miguel, Las guerras de nuestros antepasados. Barcelona, Destino, 1975.
- Díaz Fernández, José, "Herida de guerra. Narración marroquí", Esfera. Madrid, núm 657, 7 de agosto de 1926, pp.26-27.
- Díaz Fernández, José, El blocao. Madrid, Historia Nueva, 1928.

- Espina, Antonio, "Xelfa, carne de cera", Pájaro pinto. Madrid, Rvta. de Occidente, 1927.
- Fernán Caballero, "Deudas pagadas", Deudas pagadas, Madrid, Imp. del establecimiento de Mellado, 1863.
- Fernán Caballero, "Promesa de un soldado a la Virgen del Carmen", Deudas pagadas, Madrid, Imp. del establecimiento de Mellado, 1863,
- Fernández Florez, Wenceslao, Aventuras del caballero Rogelio de Amaral. Madrid, Pueyo, 1933.
- Fernández de la Reguera, Ricardo y Susana March, El desastre de Annual. Barcelona, Planeta, 1968. (EE.NN.CC. VII).
- Fernández de la Reguera, Ricardo y Susana March, La Dictadura I. El Directorio militar (1923-1925). Barcelona, Planeta, 1969. (EE.NN.CC. VIII).
- Fernández de la Reguera, Ricardo y Susana March, La Dictadura II. El régimen civil (1926-1930). Barcelona, Planeta, 1970. (EE. NN. CC. VIII).
- Fernández Piñero, Julián (seud. "Juan Ferragut"), La misma sangre. Madrid, La novela semanal, núm. extraordinario, 31 de diciembre de 1921.
- Fernández Piñero, Julián (seud. "Juan Ferragut"), Memorias de un legionario. Madrid, Sáez Hermanos, 1925.
- Ferrer y Lalana, M., "Cabezota", Blanco y Negro. Madrid, núm. 248, 1 de febrero de 1896.
- Fusimaña, Francisco, Chumbreras y Babuchas. Roda de Ter, Impr. Rodenca, 1934.
- Galán, Fermín, La barbarie organizada. Madrid, Castro, 1931.
- García Figueras, Tomás, Del Marruecos feudal: Episodios de la vida del cherif Raisuni. Madrid, Cía. Iberoamericana de Publicaciones, 1930.
- García Figueras, Tomás, Ramadán de paz. Larache, Editora marroquí, 1946.

- García de Pruneda, Salvador, Ceuta en el umbral. Barcelona, Argos, 1977.
- Gaya Nuño, J. Antonio, Historia del cautivo. México, 1966.
- Gil Ruiz, Severiano, Prisioneros en el Rif. Melilla, Talleres de Artes Gráficas MARFE, 1990.
- Gil Ruiz, Severiano, El cañón del Gुरुqu. Melilla, Ayuntamiento de Melilla, 1992.
- Giménez Caballero, Ernesto, Notas marruecas de un soldado. Madrid, Ernesto Giménez, 1923.
- González, Fernando, Kábila. Madrid, Debate, 1980.
- González Ruano, César, Circe. (Novela de los oasis africanos). Madrid, Bergua, (1935).
- Hernández Mir, Francisco, La tragedia de un cuota. Madrid, Pueyo, 1922.
- Hoyos y Vinent, Antonio, Bajo el sol enemigo. Madrid, La novela semanal, núm. extraordinario, 4 de abril de 1922.
- Ibáñez Marín, José, "Una cruz laureada (Episodio histórico)", Blanco y Negro. Madrid, núm. 129, 21 de octubre de 1893, pp. 697-699.
- León, Ricardo, Jauja. Madrid, Hernando, 1928.
- López, José María, Neima, la sultana de Alcazarquivir. Madrid, Marineda, 1925.
- López García, David, Raisuni. Madrid, Alfaguara, 1991.
- López Rienda, Rafael, Tánger, pequeño Montecarlo. Madrid, Los contemporáneos, núm. 800, 22 de mayo de 1924.
- López Rienda, Rafael, Mi legionario. Madrid, Los contemporáneos, núm 818, 25 de septiembre de 1924.
- López Rienda, Rafael, Bajo el sol africano. Granada, La novela regional, núm. 1, 10 de febrero de 1925.

López Rienda, Rafael, Aguilas de acero. Madrid, La novela de hoy, núm. 226, 10 de septiembre de 1926.

López Rienda, Rafael, Juan León, legionario. (Los héroes de la Legión). Madrid, Imprenta Zoila Ascasíbar y C<sup>a</sup>, 1927.

Maciá Serrano, Antonio, La Legión desnuda. Barcelona, Luis de Caralt, 1955.

Martorell, Vicente, Once oficiales en torno a una mesa. Barcelona, Jover, 1965.

Mata, Pedro, Los moros del Riff o El presidiario de Alhucemas. Madrid, Manini, 1856.

Micó España, Carlos, Lupo, sargento. Madrid, La novela semanal, núm. extraordinario, 8 de abril de 1922.

Micó España, Carlos, El camillero de la Legión. Madrid, La novela de hoy, núm. 12, 4 de agosto de 1922.

Micó España, Carlos, La sed. Madrid, La novela gráfica, núm. 30, 1923.

Nájera Nieto, José Ignacio, Hermanos mayores. Bilbao, Desclée de Brouwer-Mensajero, 1987.

Navarro, Cecilio, "Episodio de la guerra de África. Thacla. Leyenda oriental", El museo universal. Madrid, núm. 25, 18 de junio de 1865, pp. 195-198.

Negrillo Corón, Celedonio, Yamina. León, Imprenta Provincial, 1932.

Pérez Galdós, Benito, Aitta Tettauen. Madrid, Obras de Pérez Galdós, 1905.

Pérez Galdós, Benito, Carlos VI en la Rápita. Madrid, Sucesores de Hernando, 1905.

Pérez Lozano, L., Aixa. Valencia, Sempere, 1925.

Redondo, Antonio, La toma de Tetuán o Rodrigo y Zelima. Cádiz, Impr. La Probidad, 1862.

Requena, Fermín, Mohammed. Melilla, La novela africana, núm. 8, septiembre de 1924.

Requena, Fermín, El milagro. Aracena, Impr. de Fermín Requena, La novela africana, núm. 29, marzo de 1930.

Reyes Huertas, Antonio, La Colorina. Barcelona, Hyma, 1928.

Ros Andreu, Juan Bautista, La conquista de Alhucemas o en el Tercio está el amor. Las Palmas, La Provincia, 1932.

Royo Barandiarán, Tomás, Allá en el Rif. Del amor y de la guerra. Zaragoza, Tomás Royo Barandiarán, 1922.

Ruiz Albéniz, Víctor, La carga de Taxdirt. Madrid, El Libro Popular, núm. 7, 17 de febrero de 1914.

Ruiz Albéniz, Víctor, Bu-Suifa (Copo de nieve). Madrid, El Libro Popular, núm. 23, 9 de junio de 1914.

Ruiz Albéniz, Víctor, (seudón. El Tebib Arrumi), ¡Kelb Rumi! (La novela de un español cautivo de los rifeños en 1921). Madrid, Rivadeneyra, 1922.

Santa Marina, Luys, Tras el águila del César. Elegía del Tercio, 1921-1922. Dueso, Paulus Berusteini, 1924.

Sender, Ramón J., Una hoguera en la noche. Lecturas, (Barcelona), año III, números 26-27, 1923, pp. 677-694 y 785-805. (La 2ª edición, corregida y muy reelaborada por el propio autor, apareció en Barcelona, Destino, 1980).

Sender, Ramón J. "Ben-Yeb el cobarde", Lecturas (Barcelona), núm. 52, septiembre de 1925, pp. 903-906.

Sender, Ramón J., "El negro Tcho-Wak", Lecturas (Barcelona), núm. 64, septiembre de 1926, pp. 937-939.

Sender, Ramón, J., Imán. Madrid, Cénit, 1930.

Sender, Ramón J., Cabrerizas Altas. México D.F., Editores Mexicanos Unidos, 1965.

Sender, Ramón J., El jinete y la yegua nocturna (Bajo el signo de Capricornio). Barcelona, Destino, 1982.

Triviño Valdivia, Francisco, Los del Tercio en Tánger. Valencia, Imp. Artes y letras, s.a. (1926 ?).

Tubau, Miguel, Pacazos. Gerona, Imprenta Santa María, 1932.

Valdivia, Eduardo de, Un buen oficial. Madrid, Impr, "Marsiega", 1935.

Valero, Eduardo, Días de luz. Barcelona, Destino, 1994.

Vázquez Montalbán, Manuel, Autobiografía del general Franco. Barcelona, Planeta, 1992.

Vega, Luis Antonio de, Amor entró en la judería. Madrid, Espasa Calpe, 1944.

Vergel, Ángel, Por encima del odio. La Unión (Murcia), La novela levantina, núm. 8, s.a.

Vidal Gallego, Eliseo (seud. "El joven del Rif"), ¡Los muertos de Annual va son vengados! Madrid, Gráfica administrativa, 1932.

Vilallonga, José Luis de, El sable del Caudillo. Barcelona, Plaza y Janés, 1997.

Viñas, Rodolfo, La mujer del héroe. Madrid, Los contemporáneos, núm. 791, 20 de marzo de 1924.

Zahonero, José, "El pacto con la comadre", Blanco y Negro. Madrid, núm. 136, 9 de diciembre de 1893, pp. 813-815.

#### Testimonios y recuerdos:

Arauz de Robles, J.M., Por el camino de Annual (Apuntes y comentarios de un soldado de Africa). Madrid, Voluntad, s.a., 3ª ed., (1ª, 1924?).

Armada Quiroga, Ramón, Emociones literarias de la guerra de Marruecos. Vigo, Imp. de los Sindicatos católicos, 1925.

Arqués, Enrique, Tres sultanes a la profía de un reino. (Del diario de un cautivo). Tetuán, Editora Marroquí, 1952.

- Basallo, Francisco, Memorias del cautiverio. Madrid, Mundo Latino, s.a..
- Bayo, Alberto, Dos años de Gomara. Madrid, Impr. Cleto Vallinos, 1928.
- Ben-Cho-Shey (seudón. de Xosé Ramón Fernández Oxea), Crónicas de Marruecos. Tras la rota de Annual. Barcelona, Sotelo Blanco, 1985.
- Casado y Escudero, Luis, Igueriben. Madrid, Imp. de G. Hernández y Galo Sáez, 1923.
- Ciges Aparicio, Manuel, Entre la paz y la guerra. Madrid, Juan Pueyo, 1912.
- Comandante X.Y, (posible seud. para José Guardoquí ?), La espada rota, Burgos, Imp. de Rafael Y. de Aldecoa, 1922.
- Diana, Manuel Juan, Un prisionero en el Rif. Memorias del ayudante Alvarez. Madrid, Impr. Nacional, 1859.
- "El soldado desconocido" y Arturo Osuna Servent, Frante a Abd el-Krim. Madrid, Impr. Samarán, 1922.
- Ferrer, Salvador, Uno de tantos. s.l., s.e., s.a.
- Franco, Francisco, Diario de una bandera. Madrid, Pueyo, s.a. (1922).
- Goy de Silva, R., Borrón y cuenta nueva. Crónicas de Marruecos. Alcoy, Imp. de E. Insa, 1923.
- Iriarte, Carlos, Recuerdos de la guerra de Africa. Traducción de M.C.C., Barcelona, B. Casterllá, s.a., (original, Iriarte, Charles de, Sous la tente. Souvenirs du Maroc. Recits de guerre et de voyages. Paris, 1863.)
- Martínez de Campos y Serrano, Carlos, Ayer. 1892-1931. Madrid, Instituto de estudios políticos, 1946, vol. I.
- Meneses, Enrique, La cruz de Monte Arruit. Memorias de un voluntario de Regulares. Madrid, Imp. de Pueyo, 1922.
- Micó España, Carlos, Los caballeros de la Legión. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1922.

Mola Vidal, Emilio, Dar Akobba. Madrid, Doncel, 1977, (antes en Obras completas del autor, Valladolid, Santaren, 1940).

Monedero Ordóñez, Dionisio, Episodios militares del ejército de Africa. Burgos, Impr. Sucesores de Arnaiz, 1892.

Noel, Eugenio, Lo que vi en la guerra. Barcelona, La Neotipia, 1912.

Núñez de Arce, Gaspar, Recuerdos de la guerra de Africa. Madrid, José María Roses, s.a. (1860?).

Ortega y Gasset, Eduardo, Annual. Madrid, 1922.

Oteyza, Luis de, Abd-el-Krim y los prisioneros. (Una información periodística en el campo enemigo), Madrid, Mundo Latino, s.a., (1922 ?).

Pereda del Río, Benigno, El blindado número cinco. (Históricas hazañas de unos héroes españoles). Madrid, s.e., 1925.

Pérez Ortiz, De Annual a Monte Arruit y diez y ocho meses de cautiverio. Melilla, Artes gráficas Postal Exprés, 1923.

Ros de Olano, Antonio, Episodios militares. Madrid, Impr. de Miguel Ginesta, 1884.

Sánchez Rodrigo, Juan, Diario de un soldado en la campaña de Marruecos 1921-1922. Serradilla, Imp. de El Cronista, s.a.

Urquijo, Fernando (de), La campaña del Rif en 1909. Jucios de un testigo. Madrid, Pueyo, 1910.

#### Historia de la literatura y crítica literaria:

Abuelata, Mohammad, "Aspectos técnicos en la narrativa de Ramón J. Sender (1930-1936)", Alazet (Huesca), núm. 4, 1992, pp. 11-57.

Abuelata Abdelrauof, Mohamed, Aspectos ideológicos y temáticos en la narrativa de Ramón J. Sender (1930-1936). Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1988.



- Aguirre Prado, Luis, "Galdós y la guerra romántica", Africa. Madrid, núms. 341 y 343, 1970, pp. 10-12 y 11-13 respectivamente.
- Alarcón Capilla, Antonio, Galdós y su obra. Madrid, Mathen, 1922.
- Alborg, José Luis, Hora actual de la novela española. Madrid, Taurus, t. II, 1962.
- Alfaya, Javier, "Imán, de Ramón J. Sender", El Europeo. 23 de octubre de 1976, pp. 48-49.
- Alfaya, Javier, "Una voz del pasado", Triunfo. 13 de noviembre de 1976, pág. 69.
- Alomar, Gabriel, "Galdós", El Imparcial. Madrid, 15, 22 y 29 de febrero y 7 de marzo, 1920.
- Alonso, Amado, "Lo español y lo universal en la obra de Galdós", Materia y forma en poesía. Madrid, Gredos, 1955, pp. 230-256.
- Alonso Crespo, Clemente, "Brevísima cala en dos personajes senderianos (Vianca y Paco el del Molino)", Andalán. 1 de febrero de 1982, pp. 22 y 31.
- Arquez Fernández, Enrique, "Diario de una bandera, por el comandante Franco", Africa. Madrid, núm. 179, noviembre de 1956, pp. 5-8.
- Artigas Arpón, Benito, "El blocao (reseña)", La Voz. Madrid, 3 de julio de 1928.
- Arribas, Jesús, Ciges Aparicio: la narrativa de testimonio y denuncia. Madrid, Novecientos, 1984.
- Artiles, Jenaro, "Telón de fondo de una generación literaria: un testimonio", Revista de Estudios Hispánicos. University of Alabama, V, 1971, pp. 19-29.
- Arroyo, César E., Galdós. Madrid, SGEL, 1930.
- Baquero Goyanes, Mariano, "Clarín, creador del cuento español", Cuadernos de literatura. Madrid, CSIC, enero-junio 1949, pp. 145-169.

Baquero Goyanes, Mariano, El cuento español en el siglo XIX. Madrid, CSIC, 1949.

Baquero Goyanes, Mariano, Problemas de la novela contemporánea. Madrid, Ateneo, 1956.

Baquero Goyanes, Mariano, Estructuras de la novela actual. Barcelona, Planeta, 1975.

Baranda, Consuelo, "La Historia del cautivo de J. A. Gaya Nuño: entre la novela histórica y la novela social", 1998, (artículo inédito).

Barja, César, Libros y autores modernos. Los Angeles, Campbell's Book Store, 1933 2ª.

Béjar, Manuel, "Unidad y variedad en la narrativa de Sender", Revista de Occidente. Madrid, núm 13, 1982.

Bel, G., "Ramón J. Sender", Orto. Valencia, núm 1, marzo de 1932, pp. 63-64.

Bello, Luis, "Imán, por Ramón J. Sender", El Sol. Madrid, núm 3962, 24 de abril de 1930, pág. 2.

Beltrán Almería, Luis, Palabras transparentes. La configuración del discurso del personaje en la novela. Madrid, Cátedra, 1992.

Benítez, Rubén, Ideología del folletín español. Wenceslao Ayguals de Izco. Madrid, Porrúa Turanzas, 1979.

Blanco Aguinaga, Julio Rodríguez Puértolas e Iris Mª Zavala. Historia social de la literatura española. t. II, Madrid, Castalia, 1978.

Blasco, Francisco Javier, "Prosa y teatro en la Generación del 27", Francisco Rico (al cuidado de), Historia y crítica de la literatura española, vol. VII, Barcelona, Crítica, 1984.

Boetsch, Laurent, José Díaz Fernández y la otra Generación del 27. Madrid, Pliegos, 1985.

Bosch, Rafael, "La Species Peotica en Imán, de Sender", Hispanófila. Madrid, núm 14, enero de 1962, pp. 33-39.

- Bosch, Rafael, La novela española del siglo XX. New York, Las Américas, t. II, 1970.
- Bouzineb, Hossain, "Marruecos, tema tabú en la literatura española durante el franquismo", Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas (Valencia, 1987), Actas, 1989 pp. 323-331.
- Brown, Gerald G., Historia de la literatura española. El siglo XX. Barcelona, Ariel, t. 6, 1980 (1ª ed. 1974).
- Calvo, Luis, "El blocao (reseña)", ABC. Madrid, 22 de julio de 1928.
- Campos, Jorge, "Sender, escritor proletario", Insula. Madrid, núm. 424, 1982.
- Cansinos Assens, Rafael, La nueva literatura (1898-1900-1916). Madrid, Páez, 1925-27 (1ª ed. 1916).
- Cansinos Assens, Rafael, "Ramón J. Sender y la novela social", La Libertad. Madrid, 4, 9, 19, 25 y 31 de enero y 9 de febrero de 1933.
- Cansinos Assens, Rafael, La novela de un literato. Madrid, Alianza, 1982-85.
- Cardona, R., "Apostilla a los Episodios Nacionales de B. Pérez Galdós, de Hans Hinterhäuser", Anales Galdosianos III. Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1968, pp. 119-142.
- Carranza, Matilde, El pueblo visto a través de los "Episodios Nacionales". San José de Costa Rica, 1942, (Tesis doctoral presentada en la universidad de Wisconsin).
- Carrasquer, Francisco, "Imán" y la novela histórica de Ramón J. Sender. London, Tamesis Book Limited, 1970.
- Carrasquer, Francisco, La verdad de Ramón J. Sender. Leiden, Ediciones CINCA, 1982.
- Carrasquer Launed, Francisco, "Introducción", Ramón J. Sender, Imán. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Larumbe, 1992.

- Casalduero, Joaquín, Vida y obra de Galdós (1843-1920). Madrid, Gredos, 1970 3ª (1ª ed., 1951).
- Castell, Angel María, "Pérez Galdós y los Episodios nacionales", ABC. Madrid, 26 de febrero de 1903.
- Castellet, José Mª. "En la muerte de Arturo Barea, novelista español", Papeles de Son Armadans. VIII, 1958, pp. 101-106.
- Castillo-Puche, José Luis, Ramón J. Sender: el distanciamiento del exilio. Barcelona, Destino, 1985.
- Centellas Salamero, Ricardo, "De los inicios literarios de Sender y Jarnés", Heraldo de Aragón, 12 de octubre de 1982.
- Chabás, Juan, Literatura española contemporánea 1898-1950. La Habana, Cultura, 1952.
- Chacel, Rosa, "Un hombre al frente: Galdós", Hora de España. Valencia, núm. 2, febrero 1937, pp. 47-50.
- Chandler, Richard E. y Kessel Schwart, A New History of Spanish Literature. Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1961.
- Clavería, Carlos, "El pensamiento histórico de Galdós", Revista Nacional de Cultura. Caracas, mayo-junio 1957, números 121-122, pp. 170-177.
- Collard, Patrick, "Ramón J. Sender y la Segunda República", Insula. Madrid, núm. 424, 1982.
- Comalada Negre, Angel, "Episodios Nacionales Contemporáneos", Historia y Vida. Barcelona, 1988, (Extra, 50), pp. 162-165.
- Concha, Victor G. de la, Historia y crítica de la literatura española. Epoca contemporánea 1914-1939. Barcelona, Crítica, t. VII, 1984.
- Connell, Geoffrey, "Francisco Carrasquer, "Imán" y la novela histórica de Ramón J. Sender. Tamesis, London, 1971", Bulletin of Hispanic Studies. 50, 1973, pp. 310-311.
- Conte, Rafael, La novela española del exilio. Barcelona, Javier Romani Sopena, 1969.

- Crispin, John, "La novela de la generación de 1925: Antonio Espina", Archivum, núm XVI, 1966, pp. 213-222.
- Devlin, John, "A. Barea y José María Gironella, two interpreters of the Spanish labyrinth", Hispania, XLI, mayo de 1958, pp. 143-148.
- Díez Borque, José M<sup>a</sup> (coordinador), Historia de la literatura española. El siglo XX. Madrid, Taurus, t. IV, 1980.
- Domingo, José, La novela española del siglo XX. Madrid, Labor, t. I, 1973.
- D'Ors, Eugenio, "Notas Marruecas" reseña en Nuevo Mundo. Madrid, 1923, (9 de marzo).
- Dueñas Lorente, José Domingo, Literatura y periodismo en los años 20. Antología. Ramón J. Sender. Zaragoza, L'Astral, 1992.
- Dueñas Lorente, José Domingo, Ramón J. Sender (1924-1939) periodismo y compromiso. Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994.
- Echevarrieta, Ignacio, "Una historia inerte. Una incursión novelística de María Charles", "Babelia. Libros", El País, 26 de junio de 1993, pág. 13.
- Embeita, María, "Max Aub y su generación", Insula. XXII, diciembre de 1967, núm 253, pp. 1 y 12.
- Eoff, Sherman, El pensamiento moderno y la novela española. Barcelona, Seix-Barral, 1965.
- Espina, Antonio, "Libros de otro tiempo: B.P. Galdós, Fisonomías sociales", Revista de Occidente. Madrid, 1923 (I), pp. 114-117.
- Esteban, José y Santonja, Gonzalo, Los novelistas sociales españoles (1928-1936). Barcelona, Anthropos, 1988.
- F. R., "La narrativa revolucionaria de Ramón J. Sender", Andalán. Zaragoza, nos. 44-45, 1-15 de julio de 1974, pág. 11.

- Ferguson, Otis, "Hell could freeze over: (Pro Patria, by Ramón J. Sender. Boston: Houghton Mifflin Company)", The New Republic, 1935, pág. 275.
- Fernández Almagro, Melchor, "Esquema de la novela española contemporánea", Clavileño. Madrid, núm. 5, 1950, pp 15-28.
- Fernández-Cancela, L., "Imán (Reseña)", El Sol, Madrid, núm 3972, 6 de mayo de 1930, pág. 2.
- Fernández Cifuentes, Luis, Teoría y mercado de la novela en España: del 98 a la República. Madrid, Gredos, 1982.
- Fernández Cifuentes, José Esteban y Gonzalo Santonja, "La novela social", HCLE, vol. 7. Barcelona, Crítica, 1984, pp. 641-649.
- Fernández Gutiérrez, José M<sup>a</sup> y María Herrera Rodrigo, La narrativa de la guerra civil: Arturo Barea. Barcelona, PPV, 1988.
- Fernández Santander, Carlos, Bibliografía de la novela de la guerra civil y el franquismo. Edicions do Castro, Sada (A Coruña), 1996.
- Ferreras, Juan Ignacio, Tendencias de la novela española actual (1933-1969). Paris, Ediciones Hispanoamericanas, 1970.
- Ferreras, Juan Ignacio, La novela por entregas 1840-1870. Madrid, Taurus, 1976.
- Ferreras, Juan Ignacio, El triunfo del liberalismo y de la novela histórica. Madrid, Taurus, 1976.
- Ferreras, Juan Ignacio, Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX. Madrid, Cátedra, 1979.
- Ferreras, Juan Ignacio, Narrativa de la Restauración. Amsterdam, Rodopi, 1984.
- Flores Arroyuelo, Francisco José, Pío Baroja y la historia. Madrid, Helios, 1973, (1<sup>a</sup> ed., 1971).
- Forcadell, Carlos, "Sobre 'Imán' y la novela histórica de Ramón J. Sender. (Primera incursión en el 'realismo mágico' senderiano)", Andalán. 15 de marzo de 1973, pág. 16.

- Fuentes, Víctor, "De la literatura de vanguardia a la de avanzada: en torno a José Díaz Fernández", Papeles de Son Armadans. núm CLXII, septiembre 1969, pp. 243-260.
- Fuentes, Víctor, "La novela social española en los años 1929-1931", Insula. núm 278, 1970, pp. 1 y 12-13.
- Fuentes, Víctor, "La novela social española (1931-1936): temas y significación ideológica", Insula. núm 288, 1970, pp. 1 y 4.
- Fuentes, Víctor, "La literatura comprometida de Manuel Ciges Aparicio", Insula, núm. 305, 1972, pág. 13.
- Fuentes, Víctor, "Prólogo" a José Díaz Fernández, El Blocao. Madrid, Turner, 1976.
- Fuentes, Víctor, La marcha al pueblo en las letras españolas 1917-1936. Madrid, Ediciones de la Torre, 1980.
- Gálvez Rodríguez, Enrique, Perfil de Pedro Antonio de Alarcón. Alicante, Colección cultural Gálvez, 1973.
- Gamero y Laiglesia, Emilio, Galdós y su obra. Los "Episodios Nacionales". Madrid, Blass, 1933.
- Gándara, Alejandro, "Prólogo", Ramón J. Sender, Imán. Barcelona, Círculo de Lectores, 1996, pp. 9-24.
- García-Posada, Miguel, "Introducción" a Francisco Umbral, Mortal y rosa. Madrid, Cátedra, 1995.
- García Viñó, Manuel, Novela española de posguerra. Madrid, Publicaciones españolas, 1971.
- Geist, Anthony Leo, La poética de la generación del 27 y las revistas literarias: de la vanguardia al compromiso. Barcelona, Labor, 1980.
- Genette, Gérard, Figuras III. Barcelona, Lumen, 1989.
- Genette, Gérard, Ficción y dicción. Barcelona, Lumen, 1993.
- Gil Casado, Pablo, La novela social española. Barcelona, Seix Barral, 1975, (1ª ed. 1968, 1ª ed. corregida y aumentada, 1973).

- Gogorza Fletcher, Madeleine de, "Alfred Rodríguez and the Episodios of Galdós", Anales Galdosianos III. Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1968, pp. 179-183.
- Gómez de Baquero, E., "Carlos VI en la Rápita", La España moderna. Madrid, CCI, septiembre 1905, pp. 172-179.
- Gómez de Baquero, E., "Los Episodios Nacionales de Pérez Galdós", Cultura española. Madrid, III, 1907, pp. 979-988.
- Gómez de Baquero, Eduardo, Novelas y novelistas. Madrid, Calleja, 1918.
- Gómez de Baquero, Eduardo, "Las novelas cortas de Díaz Fernández", El Sol. Madrid, núm 3411, 8 de julio de 1928, pág. 2.
- Gómez López-Egea, Rafael, "El desastre de Annual", La Actualidad Española. 22 de noviembre de 1976, pp. 79-80.
- Gómez de la Serna, Gaspar, España en sus Episodios nacionales. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1954.
- Gómez de la Serna, Ramón, "Los toros, las castañuelas y la Virgen, por Ernesto Giménez Caballero", Revista de Occidente. Madrid, núm 52, octubre de 1927, pp. 129-133.
- González López, Emilio, "Arturo Barea: La forja de un rebelde", Revista Hispánica Moderna. XIX, New York, Universidad de Colombia, 1953, pp. 103-104.
- González Ruano, César y C. Carmona Nenclares, Nuestros contemporáneos: Eugenio Noel. Madrid, Renacimiento, 1927.
- Goytisolo, Juan, Crónicas sarracinas. Barcelona, Ruedo Ibérico, 1982.
- Granjel, Luis, "La novela corta en España (1907-1936)", Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 222, junio de 1968, pp. 477-508.
- Granjel, Luis S. y José Carlos Mainer, "Contextos: la novela corta y Wenceslao Fernández Florez", Francisco Rico, Historia y crítica de la literatura española. Barcelona, Crítica, 1984, vol. 7, pp. 143-155.



Gullón, Ricardo, "Los prosistas de la generación de 1925", Insula. Madrid, núm. 126, mayo 1957.

Gullón, Ricardo, "Las novelas cortas de Clarín", Francisco Rico, Historia y crítica de la literatura española. Barcelona, Crítica, 1982, vol. 5, pp. 602-607.

Gullón, Ricardo, Galdós, novelista moderno. Madrid, Taurus, 1987.

Haro Teglen, Eduardo, "Un monumento antifranquista" (reseña de Autobiografía del general Franco), "Babelia. Libros", El País, 31 de octubre de 1992.

Hernando, Miguel A., Prosa vanguardista en la generación del 27 Cecé y "La Gaceta literaria". Madrid, Prensa española, 1975.

Herrero, Javier, Fernán Caballero. Un nuevo planteamiento. Madrid, Gredos, 1963.

Hinterhäuser, Hans, Los "Episodios nacionales". Madrid, Gredos, 1963.

Huerta, Eleazar, "Galdós y la novela histórica", Atenea. Chile, Universidad de Concepción, LXXII, núm. 215, mayo 1943, pp. 99-107.

Iglesias Laguna, Antonio, Treinta años de novela española: 1938-68. Madrid, Prensa española, t.I., 1969.

Jarnés, Benjamín, "El Blocao (Reseña)", La Gaceta Literaria. Madrid, núm 37, 1 de julio de 1928, pág. 3.

Jarnés, Benjamín, "Una falsa falsilla", Ruta de Occidente, vol. XXI, LXII, agosto 1928, pp. 243-245.

King, Charles L., Ramón J. Sender. New York, Twayne, 1974.

Kelin, F.V., "Anti-war literature in Spanish", International Literature, núms. 2-3, 1932, pp. 143-145.

Kresensky, Raymond, "Dulce et Decorum?: (Pro Patria. By Ramón J. Sender. Translated from the spanish by James Cleugh. Houghton Company)", Christian Century, núm. 52, 1935, pp. 1421-1422.

Kronenberger, Louis, "A searing picture of desert warfare", The New York Times Book Review. New York, 22 de septiembre de 1925, pág. 7.

Lawrence Miller, John Charles, La obra testimonial de la guerra de Marruecos con atención dirigida a las cuatro obras claves: "Notas marruecas de un soldado" de Ernesto Giménez Caballero, "El blocao" de José Díaz Fernández, "La ruta" de Arturo Barea e "Imán" de Ramón J. Sender. Middlebury College, 1970. (Tesis doctoral no publicada).

Lida, Clara E., "Galdós y los Episodios Nacionales: Una historia del liberalismo español", Anales Galdosianos III, Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1968, pp. 61-77.

Longhurst, Carlos, Las novelas históricas de Pío Baroja. Madrid, Guadarrama, 1974.

López de Abiada, José Manuel, José Díaz Fernández: narrador, crítico, periodista y político. Universidad de Berna, 1980, (Tesis doctoral).

López de Abiada, José Manuel, "José Díaz Fernández: la superación del vanguardismo". Cuadernos del Norte, núm. 13, (mayo-junio 1982), pp. 56-65.

López García, David, El blocao y el oriente. Una introducción al estudio de la narrativa del siglo XX de tema marroquí. Murcia, Universidad de Murcia, 1994.

López Prudencio, José, "Aventuras del caballero Rogelio de Amaral", de Wenceslao Fernández Florez (Reseña)", ABC. Madrid, 6 de agosto de 1933.

Losada Jávega, Rosario, Algunos aspectos de la novela española de la emigración. Ramón J. Sender. Barcelona, 1966, (Resumen de una tesis doctoral presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona).

Maciá Serrano, A., "Tres soldados poetas de la guerra de Africa", Africa. Ceuta, 3ª época, núm. 74, febrero 1984, pp.57-60.

Mainer, José Carlos, "Cabrerizas altas (reseña)", Insula. Madrid, núm. 240, 8 de noviembre de 1966.

- Mainer, José Carlos, "La culpa y su expiación: dos imágenes en las novelas de Ramón J. Sender", Papeles de Son Armadans. Palma de Mallorca, LIV, agosto de 1969, pp. 117-132.
- Mainer, José Carlos, Falange y literatura. Barcelona, Labor, 1971.
- Mainer, José Carlos, Análisis de una insatisfacción: las novelas de Wenceslao Fernández Florez. Madrid, Castalia, 1975.
- Mainer, José Carlos (compilador), Ramón J. Sender. In memoriam. Zaragoza, Diputación provincial de León y otros, 1983.
- Mainer, José Carlos, La Edad de Plata (1902-1939). Madrid, Cátedra, 1983.
- Malagarriga, Carlos A. "Imán (Reseña)", Nosotros, t. 69, nos. 254 y 255, julio-agosto de 1930, pp. 165-167.
- Marco, Joaquín, Ejercicios literarios. Barcelona, Táber, 1969.
- Marco, Joaquín, "En torno a la novela social española", Insula. Madrid, 202, septiembre 1963, pág. 13.
- Marquina, Rafael, "El blocao (reseña)", Heraldo de Madrid. 24 de julio de 1928.
- Marra-López, José Ramón, Narrativa española fuera de España (1939-1961). Madrid, Guadarrama, 1963.
- Martín, Salustiano, "Meditación política sobre el hombre y su destrucción por el hombre: Imán", Reseña de literatura, arte y espectáculos. núm. 104, abril de 1977, pp. 10-11.
- Martínez Cachero, José M<sup>a</sup>, Historia de la novela española entre 1936 y 1975. Madrid, Castalia, 1979.
- Martínez Laseca, José María e Ignacio del Río Chicote, Gaya Nuño y su tiempo. Salamanca, Junta de Castilla y León, 1987.
- Martínez de Pisón, Ignacio, "Corregir al corrector (A propósito de Una hoguera en la noche, de Sender)", Rolde, núms. 28-29, 1985, pp. 16-18.

- Masriera, Arturo, "Aita Tettauen" (Reseña), El Diario de Barcelona. Barcelona, 30 de marzo de 1905.
- Mature, Albert Philip, Wenceslao Fernández Florez y sus novelas. México, Ed. de Andrea, 1968.
- Meregalli, Franco, "Sender en la literatura de su tiempo", Revista de Literatura. t. 47, núm 94, 1985, pp. 151-163.
- Moga Romero, Vicente, "Estudio preliminar: estructura novelística y trasfondo histórico", Juan Berenguer, Melilla, la codiciada. Los buscadores del pan. Melilla, Archivo Municipal, 1977, 2ª ed., pp. 55-68.
- Moga Romero, Vicente, "Melilla en la visión de la novela histórica: 1921 (Aproximación en tres textos)", Aldaba, núm. 2, 1984, pp. 109-121.
- Moga Romero, Vicente, "De Melilla y de la literatura", Melilla ciudad sorpresa. Madrid, COYSESA, 1987.
- Moga Romero, Vicente, "El imaginario literario de Sender en el norte de África", Congreso sobre Ramón J. Sender, (1ª, 1995, Huesca), Actas, 1997, pp. 705-716.
- Monguió, Luis, "Crematística de los novelistas españoles del siglo XIX", Revista Hispánica Moderna. XVII, 1951, pp. 111-127.
- Monoyama, Nichiko, El anarquismo en las obras de Ramón J. Sender. Madrid, Playor, 1970.
- Montesinos, José E., Galdós. Madrid, Castalia, 1980, tt. I, II y III.
- Morales Oliver, Luis, "La guerra de Africa en Pedro Antonio de Alarcón", Archivos del Instituto de estudios africanos. Madrid, CSIC, núm. 54, s.a.
- Nora, Eugenio G. de, La novela española contemporánea. Madrid, Gredos, 1968.
- "Notas bibliográficas (Reseña de Imán)", La Libertad. Madrid, núm. 4763, 7 de julio de 1935, pág. 2.

Núñez, Antonio, "Encuentro con Juan A. Gaya Nuño", Insula. Madrid. núm. 271, junio de 1969, pág. 4.

Núñez Rey, Concepción, Carmen de Burgos "Colombine" (1867-1932). Biografía y obra literaria. Madrid, Universidad Complutense, 1991, (Tesis doctoral).

Ocano, Armando, Alarcón. Madrid, EPESA, 1970.

Olstad, Charles L., Sender's "Imán" and Remarque's "All quiet on the Western front". University of Alabama Press, 1977.

Ortega, José, "Antecedentes y naturaleza del tremendismo en Cela", Hispania. XLVIII, 1965, pp. 21-28.

Ortega Costa, Juan, "Carcel de amor", Revista de Tropas Coloniales. Ceuta, diciembre de 1925, s. p.

Ortega Costa, Juan, "Tras el águila del César" (Reseña), Revista de Tropas Coloniales. Ceuta, febrero de 1926.

Ortega Costa, Juan, "¡Mektub!" ((Reseña), Revista de Tropas Coloniales. Ceuta, enero de 1927, pp. 22-23.

Ortega Costa, Juan, "El blocao" (Reseña), Revista de Tropas Coloniales. Ceuta, agosto de 1928, pág. 216.

Ortega y Gasset, José, Ideas sobre la novela. Madrid, Rvta. de Occidente-Alianza, 1982.

Ortega y Gasset, José, La deshumanización del arte. Barcelona, Planeta-Agostini, 1985.

Palley, Julian, "Existentialist Trends in the Modern Spanish Novel", Hispania, XLIV, Connecticut, University of Connecticut, 1961, pp. 21-26.

Pardo Canalis, Enrique, Pedro Antonio de Alarcón. Estudio y antología. Madrid, Compañía bibliográfica española, 1965.

Pedro, Valentín de, "Una bella novela marroquí: La pared de tela de araña", Nuevo Mundo, Madrid, núm. 1601, 26 de septiembre de 1924.

Peñuelas, Marcelino C., "Sobre el estilo de Sender en Imán", Insula. Madrid, núm. 269, abril de 1969, pp. 1 y 12.

- Peñuelas, Marcelino C., Conversaciones con Ramón J. Sender. Madrid, Emesa, 1970.
- Peñuelas, Marcelino C., La obra narrativa de Ramón J. Sender. Madrid, Gredos, 1971.
- Pérez de la Dehesa, Rafael, "Editoriales e ingresos literarios a principios de siglo", Revista de Occidente, XXIV-XXV, núm. 71, Madrid, febrero 1969, pp. 217-228.
- Pérez Minik, Domingo, Novelistas españoles de los siglos XIX y XX. Madrid, Guadarrama, 1957.
- Pina, Francisco, Escritores y pueblo. Valencia, Cuadernos de Cultura, 1930.
- Plomer, William, "Earmarked for Hell. By Ramón J. Sender. Translated by James Cleugh (Wishart. 7s. 6d.)", The Spectator, núm. 5542, 1934, pág. 374.
- Ponce de León, Luis, "Veinte apuntaciones acerca de veinte años de literatura", Arriba. Madrid, 18 de julio de 1956.
- Prado, Francisco Javier (del), Cómo se analiza una novela. Madrid, Alhambra, 1983.
- Prats y Beltrán, A., "Imán, novela, por Ramón J. Sender", La libertad. Madrid, núm. 3223, 17 de julio de 1930, pág. 4.
- Prieto, Indalecio, "Leyendo un libro. 'Notas Marruecas', reseña, El liberal. Bilbao, 7 de marzo de 1923.
- Quais Bakir Kamal Al Deen, El tema marroquí en la novela española contemporánea. Madrid, Impr. Tutor, s.a. [1971], (Extracto de la tesis doctoral de igual título leída en la Universidad Complutense de Madrid).
- Regalado García, Antonio, Benito Pérez Galdós y la novela histórica española. Madrid, Insula, 1966.
- Ressot, Jean-Pierre, "Francisco Carrasquer, 'Imán' y la novela histórica de Ramón J. Sender. Primera incursión en el 'realismo mágico' senderiano. Zaandijk Vitgerij Firma J. Heijnistz, 1968", Bulletin Hispanique, 71, janvier-juin 1969, pp. 432-433.

- Ricard, Robert, "Note sur la genèse de l'Aïta Tettauen de Galdós", Bulletin Hispanique, XXXVII, 1936, pp. 473-477.
- Ricard, Robert, "Cartas de Ruiz Orsatti a Galdós acerca de Marruecos (1901-1910)", Anales Galdosianos III. Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1968, pp. 99-117.
- Río, Angel del, Estudios galdosianos. New York, Las Américas, 1969.
- Río, Angel del, Historia de la literatura española. Barcelona, Bruguera, t. II, 1982.
- Ríos, Laura de los, Los cuentos de Clarín. Proyección de una vida. Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1965.
- Rivas, Josefa, El escritor y su senda. Estudio crítico-literario sobre Ramón J. Sender. México, Editores mexicanos unidos, 1967.
- Rivas, Josefa, "Imán' y la novela histórica de Ramón J. Sender. London: Tamesis Books Limited, 1970", Hispania, 56, 1973, pág. 504.
- Rodríguez, Aleida A. "Imán: la aventura mítica del héroe", Hispanica Journal, I, núm. 12, 1991, pp. 147-157.
- Rodríguez, Alfred, An introduction to the "Episodios Nacionales" of Galdós. New York, Las Américas, 1967.
- Rodríguez Batllori, Francisco, Historia y novela en los "Episodios Nacionales". Madrid, Imprensa Taravilla, 1983.
- Rodríguez Monegal, Emir, Tres testigos españoles de la guerra civil. Caracas, Monte Avila, 1971.
- Rodríguez Puértolas, Julio, Literatura fascista española. Madrid, Akal, 1986, vol. I (Historia).
- Romano, Julio (seud. para Hipólito Rodríguez de la Peña), Pedro Antonio de Alarcón. El novelista romántico. Madrid, Espasa Calpe, 1933.
- Romero Tobar, Leonardo, La novela popular española del siglo XIX. Madrid, Fundación Juan March. Ariel, 1976.

- Rozas, Juan Manuel, El 27 como generación, Santander, La Isla de los Ratones, 1978.
- Ruiz Orsatti, Ricardo, "Aita Tettauen", La Gaceta de Africa. Número extraordinario dedicado a la obra de España en Marruecos, Tetuán, enero, 1935.
- Saénz Alonso, Mercedes, Breve estudio de la novela española (1939-1972), San Sebastián, Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa, 1972.
- Sáinz de Robles, Federico Carlos, La novela española en el siglo XX, Madrid, Pegaso, 1957.
- Sáinz de Robles, Federico Carlos, "Benito Pérez Galdós: su vida, su obra, su época", Pérez Galdós, Benito, Obras Completas, Madrid, Aguilar, 1958, tomo I.
- Salazar Chapela, Esteban, "Literatura plana y literatura de espacio", Revista de Occidente, XV, febrero de 1927, pp. 280-286.
- Salazar Chapela, Esteban, "Carta de Londres. Arturo Barea", Asomante, San Juan de Puerto Rico, XIV, enero-marzo de 1958, pp. 80-84.
- Salguero Rodríguez, José María, "El primer Sender", Alazet, Huesca, núm. 7, 1995, pp. 105-134.
- Samaniego, Fernando, Poética y textos en "Imán", de Sender, University Microfilms International, 1984. (Tesis doctoral publicada en Ann Arbor, Michigan).
- Santonja, Gonzalo, Del lápiz rojo al lápiz libre, Barcelona, Anthropos, 1986.
- Santonja, Gonzalo, La República de los libros, Barcelona, Anthropos, 1989.
- Sanz Villanueva, Santos, Tendencias de la novela española actual, Madrid, Edicusa, 1972.
- Sanz Villanueva, Santos, "La narrativa del exilio", J. L. Abellán, ed., El exilio español de 1939, Madrid, Taurus, t. IV, 1977.



- Sanz Villanueva, Santos, Historia de la novela social española (1942-1975). Madrid, Alhambra, 1980.
- Sanz Villanueva, Santos, Historia de la literatura española. Barcelona, Ariel, t. 6/2, 1984.
- Sanz Villanueva, Santos, "Crónica de tiempos vulgares", "Libros", Diario 16, 27 de abril de 1989, pág. IV.
- Saro Gandarillas, Francisco, "Notas introductorias", Francisco Carcaño, La hija de Marte. Melilla, Ayuntamiento de Melilla, 1988, pp. XV-LXVI.
- Saro Gandarillas, Francisco, "Notas introductorias: Melilla. Protagonista principal de la novela", Juan Berenguer, Melilla, la codiciada. Los buscadores del pan. Melilla, Ayuntamiento de Melilla, 1997, 2ª ed., pp. 23-52.
- Schiavo, Leda, Historia y novela en Valle-Inclán. Para leer "El ruedo ibérico". Madrid, Castalia, 1984.
- Schneider, Marshall J., "Lost and found: some 'New' works of Ramón J. Sender", Letras Peninsulares, III, núm. 5, 1992-1993, pp. 379-388.
- Schneider, Marshall J., "Dos Hogueras en la noche (1923 y 1980) de Ramón J. Sender: de inclinaciones modernistas a estrategias posmodernistas", Congreso sobre Ramón J. Sender (1º, 1995, Huesca), Actas, 1997, pp. 517-525.
- Schraibman, Joseph and Rodríguez, Alfredo, "Hinterhäuser's reexamination of the Episodios Nacionales", Anales Galdosianos III, Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1968, pp. 169-177.
- Schwartz, Kessel, "Animal symbolism in the fiction of Ramon Sender", Hispania, XLVI, núm. 3, septiembre de 1963, pp. 496-505.
- Segre, Casare, Principios de análisis del texto literario. Barcelona, Crítica, 1985.
- Sender, Ramón J., "El calor de la novela histórica", Historia 16, núm. 2, Madrid, junio 1976, pp. 136-142.

- Serrano Poncela, Segundo, "La novela española contemporánea", La Torre. Universidad de Puerto Rico, I, núm. 2, 1953, pp. 105-128.
- Sobejano, Gonzalo, Novela española de nuestro tiempo (En busca del pueblo perdido). Madrid, Prensa española, 1975 (1ª ed. 1970).
- Soldevila Durante, Ignacio, La novela desde 1936. Madrid, Alhambra, 1980.
- Somoza Silva, Lázaro, "El blocao' y otros cuentos" (reseña), La Libertad, 12 de julio de 1928.
- Starcevic, Elizaberth, Carmen de Burgos. Defensora de la mujer. Almería, Librería editorial Cajal, 1976.
- Suñén, Luis, "Arturo Barea y los fantasmas de la historia", Camp de l'arpa, núm. 48-49, Barcelona, marzo 1978, pp. 60-64.
- Tacca, Oscar, Las voces de la novela. Madrid, Gredos, 1985 (1ª ed., 1973).
- Tandy, Lucy y María Sferrazza, Giménez Caballero y "La Gaceta Literaria (o la generación del 27)". Madrid, Turner, 1977.
- Times Literary Supplement, "(Reseña de Imán)", London, núm. 1708, 25 de octubre de 1934, pág. 734.
- Torre, Guillermo de, "Arturo Barea y La forja de un rebelde", Sur. Buenos Aires, núm. 205, 1951, pp. 60-65.
- Torrente Ballester, Gonzalo, Panorama de la literatura española contemporánea. Madrid, Guadarrama, 1965, (1ª ed. 1957).
- Trapiello, Andrés, Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939). Barcelona, Planeta, 1994.
- Unamuno, Miguel (de), "Notas Marruecas", España, 1923, 7 de abril.
- Valbuena Prat, Angel, Historia de la literatura española. Barcelona, Gustavo Gili, t. IV, 1974, 8ª ampliada y corregida.

- Valencia, Antonio, "Imán, por Ramón J. Sender, Ediciones Destino. Barcelona, 1970, 304 pp.", Blanco y Negro, 6 de noviembre de 1976, pág. 65.
- Vásquez, Mary S., "Sender's Imán: narrative focus in a portrayal of horror", La Chispa II: selected proceedings, 1981, pp. 353-359.
- Velilla Barquero, Ricardo, "Galdós y los 'Episodios Nacionales", Historia y Vida, Extra núm. 50, 1988, pp. 138-145.
- Vilar Ramírez, Juan Bautista, "Galdós y los judíos de Aita Tettauen". Africa. Madrid, núm. 358, 1971, pp. 8-10.
- Vilches de Frutos, M<sup>a</sup> Francisca, La generación del nuevo romanticismo (1924-1939). Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1984.
- Walton, L. B., Pérez Galdós and the Spanish novel of the nineteenth century. New York, Gordian Press, 1970 (1<sup>a</sup> ed. 1927).
- "War in the Riff: Pro patria. By Ramón J. Sender. Translated by James Cleugh from the spanish novel Imán. Boston: Houghton Mifflin Company. 1935. \$2.50", Saturday Review of Literature, 1935, pág. 11.
- Yndurain, Francisco, "Resentimiento español. Arturo Barea", Arbor. Madrid, XXIV, 1953, pp. 73-79.

Historia y afines:

Libros:

- Alarcón y Santón, Maximiliano A., La guerra de Tetuán según un historiador marroquí contemporáneo. Madrid, Estanislao Maestre, 1920.
- Arce, Carlos (de), Historia de la Legión española. Barcelona, Mitre, 1984.
- Arraras, Joaquín, "Ayer y hoy en la bahía de Alhucemas", Africa. Madrid, núm. 106, 1950, pp. 2-5.

- Arraras, Joaquín, "El ejército de 1860", Africa. Madrid, núm. 103, 1950, pp. 9-11.
- Azpeitu, Antonio, Marruecos. La mala semilla. Madrid, Imprenta Clásica española, 1921.
- Bachoud, Andrée, Los españoles ante las campañas de Marruecos. Madrid, Espasa Calpe, 1988.
- Baraibar, Carlos (de), El problema de Marruecos. Santiago de Chile, Alonso de Ovalle, 1952.
- Bastos Ansart, Francisco, El desastre de Annual. Barcelona, Minerva, s.a.
- Busquets, Julio, El militar de carrera en España. Barcelona, Ariel, 1984, (1ª ed. 1969).
- Canals y Vilaro, Salvador, España y la cuestión de Marruecos. Madrid, Impr. de "Alrededor del mundo", 1915.
- Caballero de Puga, Eduardo, España y Marruecos. Ayer, hoy y mañana. Madrid, Impr. R. Velasco, 1921.
- Calderón Rinaldi, José, Extremadura en la campaña de Marruecos. Episodios. Cáceres, Tip. Extremadura, 1923.
- Cánovas del Castillo, Antonio, Apuntes para la historia de Marruecos. Málaga, Algazara, 1991, (1ª ed., 1860).
- Carabaza Bravo, Enrique y Máximo de Santos Tirado, Melilla y Ceuta. Las últimas colonias. Madrid, Talasa, 1992.
- Caranci, Carlos A. "La revolución rifeña de Ben Abd el-Krim", Historia 16, Madrid, año IV, extra IX, abril de 1979, pp. 27-34.
- Cardona, Gabriel, El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil. Madrid, Siglo XXI, 1983.
- Carr, Raymond, España 1808-1975. Barcelona, Ariel, 1985, (1ª ed. puesta al día, 1982).
- Carrasco González, Antonio, "Notas bibliográficas sobre la campaña de Melilla de 1893", Estudios Africanos. Vol. VIII, núms. 14-15, 1994, pp. 207-221.

Carrasco González, Antonio, "1859: El año de la guerra de África. Justificación y propaganda", Aportes. Año XIII, núm. 37, 2/1998, pp. 27-40.

Castillo, Rafael del, España y Marruecos. Historia de la guerra de Africa escrita desde el campamento. Cádiz-Madrid, La Publicidad-D.S. Monserrat, 1859-60.

Castellanos, Manuel P., Historia de Marruecos. Madrid, Imp. C. Bermejo, 1946 4ª.

Cerezo Garrido, Manuel, El rescate de los prisioneros. Melilla, Postal Exprés, 1922.

Arturo Osuna Servent, Frente a Abd-el-Krim. Madrid, Imprenta de Felipe Samarán, 1922.

Expediente Picasso. Madrid, Javier Morata, s.a.

Fernández Almagro, Melchor, Historia del reinado de D. Alfonso XIII. Barcelona, Montaner y Simón, 1934, 2ª, (1ª ed., 1933).

Fernández Almagro, Melchor, "O'Donnell y la guerra de Africa", Africa. Madrid, núm. 103, 1950, pp. 301-304.

Ferrandis Torres, Manuel, "Consecuencias políticas y sociales de la guerra de 1860", Archivos del Instituto de estudios africanos. Madrid, CSIC, núm. 54.

Gallego Ramos, Eduardo, La campaña del Rif en 1909. Madrid, Imprenta A. Marzo, 1910.

Gárate Córdoba, José Mª, España en sus héroes. Madrid, Ornigraf, 1969, (fascículos 1-18).

García Figueras, Tomás, Recuerdos de la campaña. Jérez, Litografía jerezana, 1925.

García Figueras, Tomás, Recuerdos centenarios de una guerra romántica. Madrid, CSIC, 1961.

García Nielfa, E. Moros y cristianos. Córdoba, Imp. del Diario de Córdoba, 1922.

- García Nieto, María del Carmen, Javier M. Donézar y Luis López Puerta, Bases documentales de la España contemporánea. Madrid, Guadiana, 1972-1973, vv. 5 y 7.
- Gómez, Vitaliano, En la hora de la paz. Tetuán, Hispano-africana, 1926.
- Gómez Llorente, Luis, Aproximación a la historia del socialismo español (hasta 1921). Madrid, EDICUSA, 1976, (1ª ed. 1972)
- González Ruiz, Nicolás, "La guerra de Africa empresa común de todos los españoles", Africa, Madrid, núm. 103, 1950, pp. 2-4.
- Guixé, Juan, El Rif en sombras (Lo que yo he visto en Marruecos). s.l., s.e., s.a.
- Hernández Mir, Francisco, Del desastre al fracaso. Un mando funesto. Madrid, Pueyo, 1922.
- Hubert, Jacques, La aventura rifeña y sus fondos políticos. París, Bossard, 1927.
- Leguineche, Manuel, Annual 1921. El desastre de España en el Rif. Madrid, Alfaguara, 1996.
- Llanos Alcaraz, Adolfo, La campaña de Melilla de 1893-1894. Málaga-Melilla, UNED-Algazara, 1994 2ª (1ª ed., Madrid, 1894).
- López Alarcón, Enrique, Melilla 1909. Diario de la guerra. Madrid, Imprenta Hijos de R. Alvarez, 1910.
- López García, Bernabé, "La cruz y la espada", Historia 16. Madrid, año IV, extra IX, abril de 1979, pp. 35-48.
- López García, Bernabé, "Seis siglos de España en Africa", Historia 16. Madrid, año IV, extra IX, abril de 1979, pp. 5-8.
- López Rienda, Rafael, El escándalo del millón de Larache. Madrid, Imp. Sáez Hermanos, 1922.
- López Rienda, Rafael, Abd-el-Krim contra Francia. Madrid, Calpe, 1925.

- Madariaga, María Rosa, España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada. Melilla, Ciudad autónoma de Melilla/ UNED-Centro asociado de Melilla, 1999.
- Marichalar Monreal, Luis (Vizconde de Eza), Mi responsabilidad en el desastre de Melilla como ministro de la Guerra. Madrid, Gráficas Reunidas, 1923.
- Martín, Miguel, El colonialismo español en Marruecos (1860-1956). París, Ruedo Ibérico, 1973.
- Martínez de Campos, Arsensio, Melilla 1921. Ciudad Real, El Pueblo Manchego, 1922.
- Maturana Vargas, C., La trágica realidad, Marruecos (1921). Barcelona, Cervantes, s.a.
- Medrano Ezquerro, Carmelo, "Aspecto militar de la guerra de Africa 1859-60", Archivos del Instituto de estudios africanos. Madrid, CSIC, núm. 54.
- Mesa, Roberto, El colonialismo en la ideología española. Madrid, Prensa Castellana, 1970.
- Micó España, Carlos, Los caballeros de la Legión. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1922.
- Morales Lezcano, Víctor, León y Castillo, Embajador (1887-1918); Un estudio sobre la política exterior de España. Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1975.
- Morales Lezcano, Víctor, El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927). Madrid, Siglo XXI, 1976.
- Morales Lezcano, Víctor, "El fracaso del marroquismo. El colonialismo español en Marruecos: 1859-1939", Historia 16, año IV, extra IX, abril de 1979, pp. 10-16.
- Morales Lezcano, Víctor, "Aproximación bibliográfica al Magreb", Revista de Estudios Internacionales. Madrid, Centro de Estudios constitucionales, enero-marzo de 1983, pp. 75-82.
- Morales Lezcano, Víctor, "Las relaciones internacionales de España con sus vecinos mediterráneos. (Una revista de libros)", Revista de Estudios Internacionales. Madrid,

- Centro de Estudios constitucionales, julio-septiembre de 1983, pp.543-551.
- Morales Lezcano, Víctor, España y el Norte de Africa: El Protectorado en Marruecos (1912-56). Madrid, UNED, 1986 2ª.
- Moreno Gilabert, Andrés, La ciudad dormida. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1923.
- Muga, José María de, Recuerdo marroquíes del moro Vizcaíno. Madrid, Revista de derecho internacional y política exterior, 1906.
- Ortega, Manuel L., El Raisuni. Madrid, Tipografía moderna, 1917.
- Ortega, Manuel L., Los hebreos en Marruecos. Madrid, Hispano-africana, 1919.
- Pando Despierto, Juan, "Sesenta años después. Alhucemas", Historia 16. Año X, núm. 114, octubre de 1985, pp. 23-31.
- Pando, Juan, Historia secreta de Annual. Madrid, Temas de Hoy, 1999.
- Payne, Stanley G., Los militares y la política en la España contemporánea. París, Ruedo Ibérico, 1968.
- Payne, Stanley G., Ejército y sociedad en la España liberal 1808-1936. Madrid, Akal, 1977.
- Pennell, C.R., "Éxito y fracaso de Abd El-Krim", Historia 16, núm. 126, octubre de 1986, pp. 28-36.
- Preston, Paul, Franco. "Caudillo de España". Barcelona, Grijalbo, 1994.
- Prieto, Indalecio, Con el rey o contra el rey, Guerra de Marruecos. Barcelona, Fundación I. Prieto-Planeta, 1990, (2 tomos).
- Rubio Fernández, Eduardo, Melilla al margen del desastre. Barcelona, Cervantes, 1921.
- Ruiz Albéniz, Víctor, España en el Rif. Madrid, Biblioteca Hispania, 1921.



Ruiz Albéniz, Víctor, Ecce Homo. Madrid, Biblioteca Nueva, 1922.

Sender, Ramón J., "1921-Memorándum", La libertad. Madrid, núm. 3862, 5 de agosto de 1932, pág. 1.

Serra Orts, Antonio, Recuerdos de la guerra del Kert de 1911-12. Barcelona, Imprenta Elzeviriano de Borrás, Mestres y cía, 1914.

Servicio Histórico Militar, Historia de las campañas de Marruecos. Madrid, Imprenta Becefe, t. IV, 1981.

Sevilla Andrés, Diego, "Antecedentes políticos de la guerra de 1859-60", Archivos del Instituto de estudios africanos. Madrid, CSIC, núm. 54.

Sierra Gil de la Cuesta, Ignacio, "El Expediente Picasso", Historia 16, núm. 107, marzo de 1985, pp. 43-49.

Tuñón de Lara, Manuel, La España del siglo XIX. Barcelona, Laia, 1978 (1ª ed., 1961), vv. I y II.

Tuñón de Lara, Manuel, Medio siglo de cultura española (1885-1936). Madrid, Tecnos, 1984, (1ª ed., 1970).

Tuñón de Lara, Manuel, La España del siglo XX. Barcelona, Laia, 1978 (1ª ed., 1974), vol. I.

Tusell, Xavier, La política y los políticos en tiempos de Alfonso XIII. Barcelona, Planeta-Editora Nacional, 1976.

Urquijo, Fernando (de), La campaña del Rif en 1909. Madrid, Pueyo, (1910).

Vicens Vives, J., Historia social y económica de España y América. Barcelona, Vicens Vives (bolsillo), 1985, (1ª ed. 1972).

Vivero, Augusto. El derrumbamiento. Madrid, 1922.

Woolman, Davis S., Abd El-Krim y la guerra del Rif. Barcelona, Oikos-tau, 1971.

Revistas (números completos):

Aldaba, Melilla, núm. 15, 1990.

España y la Gran Guerra. Madrid, Cuadernos Historia 16, núm. 197, 1985.

La España de Alfonso XIII. Madrid, Cuadernos Historia 16, núm. 98, 1985.

La huelga de 1917. Madrid, Cuadernos de Historia 16, núm. 254, 1985.

La Semana Trágica. Madrid, Cuadernos de Historia 16, núm. 132, 1985.

#### Textos secundarios y auxiliares:

AA. VV., "Opiniones de varios escritores sobre la guerra de Marruecos", Nuevo Mundo, 1913, 17 de julio.

Aida y José Berenguer Díaz, "Apunte biográfico de Juan Berenguer", Juan Berenguer, Melilla, la codiciada. Los buscadores del pan. Melilla, Ayuntamiento de Melilla, 1997, 2ª ed., pp. 13-22.

Arderius, Joaquín y José Díaz Fernández, Vida de Fermín Galán. Madrid, Zeus, 1931.

Bejarano, Leopoldo, "Los negocios y la guerra", Africa española. Madrid, núm. 8, 30 de noviembre de 1913, pp. 161-165.

Bennani, Mohammed, "Los dialectos berberiscos en Marruecos", Africa española. Madrid, núm. 6, 30 de octubre de 1913, pp. 446-452.

Besteiro, Julián, El partido socialista ante el problema de Marruecos. Madrid, Felipe Peña Cruz, 1921.

Catálogo de autores y obras anónimas. Madrid, Selecciones Gráficas, 1945.

Carr, Edward H., ¿Qué es la historia?. Barcelona, Ariel, 1987 (1ª ed., en inglés, 1961; 1ª ed., en español, definitiva, 1983).

Díaz Fernández, José, El nuevo romanticismo. Madrid, José Esteban, (1985), (1ª ed. 1930).

Exposición de libros españoles sobre historia de Africa organizada por la Dirección General de Marruecos y Colonias y por el Instituto de Estudios Africanos. Madrid, Gráficas González, 1947.

Fernández Arias, Adelardo, (seud. "El Duende de la Colegiata"), Visperas de sangre en Marruecos. Madrid, Impr. de Galo Sáez, 1933.

Fernández de la Hoz, Vicente, "El Noticiero de Tetuán", primer periódico de Marruecos", Africa. Madrid, núm. 105, 1950, pp. 9-10.

Fradejas Lebrero, José, Ceuta en la literatura. Ceuta, Instituto Nacional de Enseñanza Media, 1961.

Gálvez, Pedro Luis y Francisco Martínez, Por los que lloran. (Apuntes de la guerra). Madrid, Gabriel L. de Horno, 1910.

García Figueras, Tomás, "Los poetas y la guerra de Africa. (Estampas románticas del Marruecos del XIX)", Africa. Ceuta, nos. 135 y 136, marzo y abril de 1936, pp. 43-47 y 69-73 respectivamente.

Gardoquí y Urbanibia, José de, Literatura colonial. Burgos, Impr. de Rafael Y. de Aldecoa, 1925.

Gil Grimau, R., Aproximación a una bibliografía española sobre el Norte de Africa 1850-1980. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1982, t. I.

Gómez Llorente, Luis, Aproximación a la historia del socialismo español (Hasta 1921). Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1976 (1ª ed., 1972).

González Ruano, César, Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias. Madrid, Tebas, 1979,

Guastavino Gallent, Guillermo, Catálogo de Materias de la Biblioteca General del Protectorado. Tetuán, Editora Maroquí, 1952.

- Gullón, Ricardo (director), Diccionario de literatura española e hispanoamericana. Madrid, Alianza, 1993.
- Instituto Nacional del Libro Español, Exposición de libros españoles sobre historia de Africa. Madrid, Gráficas González, 1947.
- Ibarra y Bergé, Javier de, "El moro Vizcaíno precursor de la presencia de España en Marruecos", Africa. Madrid, núm. 26, febrero de 1944, pp. 14-17.
- Juarros Ortega, César, La ciudad de los ojos bellos (Tetuán). Madrid, Mundo Latino, 1922.
- Lafuente Ferrari, Enrique, "Africa en la pintura", Archivos del Instituto de estudios africanos. Madrid, CSIC, núm. 51, 1958, pp. 7-18.
- León, Víctor, Diccionario de argot español. Madrid, Alianza, 1985.
- Marín, Pilar, La guerra del Vietnam en la narrativa norteamericana. Madrid, PPU, 1990.
- Merced, Alvaro de la y Francisco Basallo Becerra, Memorias del sargento Basallo. Madrid, Pueyo, s.a
- Mir Berlanga, Francisco, Melila. Floresta de pequeñas historias. Melilla, Ayuntamiento, 1983.
- Moga Romero, Vicente, Catálogo sistemático de la sección de Melilla de la Biblioteca Municipal. Melilla, Ayuntamiento, 1989.
- Morales Oliver, Luis, Africa en la literatura española. Madrid, CSIC, 1957, (conferencias).
- Rama, Carlos M., La historia y la novela. Madrid, Tecnos, 1975 2ª (1ª ed., Buenos Aires, 1970).
- Riesgo Pérez-Dueño, Juan Manuel, "Coloquio sobre 'Relaciones entre España y Africa' en la UNED", Revista de Estudios Internacionales. Madrid, Centro de Estudios constitucionales, julio-septiembre de 1983, pp. 567-576.

Ruiz Bravo-Villasarte, Carmen, Un testigo árabe del siglo XX: Amin al-Rihani en Marruecos y en España (1939). Madrid, CantArabia, 1993. (Traducción al español de al-Rihani, Amin, Al Magrib al Aqsa y Nur al-Andalus).

Silva, Carlos (de), General Millán Astray (El legionario). Barcelona, AHR, 1956.

Val, M<sup>a</sup> Asunción del, Biblioteca catálogo de materias. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1949.

Vigón, Jorge, Teoría del militarismo. Madrid, Rialp, 1955.

## APÉNDICE DE NARRADORES

Las siguientes páginas tienen por objeto ofrecer una sintética noticia bio-bibliográfica sobre aquellos autores con obras de carácter imaginativo examinadas en el cuerpo de esta tesis. No figuran todos, debido a que algunos de quienes ficcionalizaron acerca de la contienda marroquí fueron en realidad narradores ocasionales, novelistas de circunstancia sin otro contacto conocido con el mundo de las letras que ese único título en el cual vertieron por escrito su experiencia en el conflicto. Se menciona también algún nombre destacado por su reiterada dedicación a la materia orientalista o marroquí, aunque ninguno de sus títulos haya sido comentado en los capítulos anteriores por no guardar una vinculación directa con el asunto de este estudio.

Entre los incluidos, se ha seguido el criterio de dar prioridad y mayor peso informativo, dentro de lo que ha sido posible, a los autores menores, a los menos conocidos y a los hoy más olvidados, dado que su presencia suele ser más escasa en la bibliografía actual y el acceso a estos datos a menudo reviste cierta dificultad de localización o requiere múltiples consultas. Mientras que en esos otros nombres mucho más divulgados y sobre quienes ya existen abundantes y accesibles fuentes de información, bien por tratarse de escritores de primera fila y reconocido prestigio o bien por pertenecer al ámbito de lo presente, la referencia ha quedado limitada a someras anotaciones biográficas, a indicar algún otro aspecto que pudiera resultar significativo y, en especial, a señalar la vinculación de la guerra de Marruecos con su producción literaria.

ABAD, Antonio. A falta de otras fuentes informativas sobre este autor, reproduzco parte de la información bio-bibliográfica que figura en la solapa de la portada del propio libro. "Nace en Melilla, pasando gran parte de su infancia en Marruecos (...) Ha escrito los libros de poesía: El Ovillo de Ariadna (1978), Misericor de mí (1980), Mester de Lujuría (1980),

Invención del paisaje (1983), El Arco de la Luna (1987), Melilla Mágica (1992); ensayos: Elena Laverón o el vuelo de las formas (1984), Lo árabe en la obra de Picasso (1990); cuentos infantiles: El maravilloso viaje de Angi (1992) y los sonidos del alma (1992). En 1986 obtiene el Premio Internacional de Poesía "Ciudad de Melilla".

ALARCÓN Y ARIZA, Pedro Antonio (de). Nació en Guadix, Granada, en 1833 y falleció en Madrid en 1891. Procedente de una distinguida familia que se había arruinado durante la guerra de la Independencia, realizó estudios de Leyes en la universidad de Granada y eclesiásticos en el seminario de su ciudad natal, sin llegar a completar ninguno de ellos. A partir de los veintiún años se instaló en Madrid y comenzó a alternar la labor periodística con la política y la literaria. En la primera, dirigió y escribió artículos satíricos para El Latigo. Más tarde, dando un completo giro ideológico, pasó a colaborar en La Época. La dilatada labor ejercida en este campo hizo figurar su nombre en artículos publicados por muchas cabeceras de prensa. En su faceta política, se integró en la Unión Liberal, el proyecto político auspiciado por el general O'Donnell, y en 1868 ganó un acta de diputado por Guadix. Tras haber obtenido escaño en el Congreso en tres legislaturas y otras dos en el Senado, en 1874 abandonó la política activa. Su labor literaria se extiende por varios géneros, aunque su principal dedicación queda circunscrita al campo de la narrativa, bien de estricta ficción o bien en libros o crónicas de viaje. En el terreno de lo imaginativo, se estrena con la novela El final de Norma (1855). A ésta siguen otros títulos de carácter moralizante y sustentadores de tesis conservadoras: El escándalo (1875), El niño de la bola (1880) y La pródiga (1882). Compuso, además, un buen número de novelas breves y de cuentos. Entre estas obras menores en extensión destacan algunas tan celebradas como: El sombrero de tres picos, El capitán Veneno, La mujer alta, El clavo o Moros y cristianos. Producto de su labor de cronista viajero son: De Madrid a Nápoles (1860), Viajes por España (1863) y La Alpujarra (1873). En 1876 fue nombrado miembro de la Real Academia Española. Disfrutó Alarcón de notable reconocimiento en su tiempo, por parte de la crítica y del público. Con el tiempo ha

ido decayendo buena parte de aquel entusiasmo, aunque se sigue valorando su capacidad como hábil y ameno trabador de fábulas y su facilidad para captar el espíritu popular. La obra alarconiana se sitúa en la intersección de dos épocas y dos modos diferentes de entender lo literario: el Romanticismo y el Realismo. Fluctuó entre ambas sin llegar a integrarse del todo en ninguna de ellas. Pero si su figura ha sido convocada en estas páginas se debe a su activa participación en la campaña militar emprendida por España contra Marruecos, la denominada Guerra de África, en la que el narrador granadino sentó plaza de soldado voluntario en el batallón de Cazadores de Ciudad Rodrigo, convirtiéndose más tarde en agregado al cuartel general de O'Donnell y en uno de los cronistas oficiales del acontecimiento. De aquella empresa obtuvo Alarcón el reconocimiento popular que le brindaron las crónicas sobre el conflicto, primero publicadas por entregas y después reunidas en el Diario de un testigo de la Guerra de Africa. Una tarea que algunos han juzgado precursora del periodismo moderno (véase Alarcón, de Armando Ocano). Pero, además, confeccionó El Eco de Tetuán, cuyo único número constituye la primera publicación periódica española en tierras marroquíes.

ALAS Y UREÑA, Leopoldo. Nació en Zamora en 1852 y falleció en Oviedo en 1901. Se doctoró en Derecho y se licenció en Letras. En 1882 obtuvo su primera cátedra en la universidad de Zaragoza, para pasar después a la de Oviedo, donde primero logró la de Derecho Romano y cinco años después la de Derecho Natural. En la ciudad asturiana pasaría ya el resto de su vida, alternando sus labores docentes con la literaria, en la doble faceta de ensayista y crítico, por un lado, y creador, por otro. Su tarea de crítico le reportó enorme respeto, siendo considerado uno de los más agudos analistas literarios de su época. Buena parte de este trabajo apareció en las páginas de la prensa, quedando recogido con posterioridad en varios volúmenes: Solos de Clarín (1881), La literatura en 1881 (1882, en colaboración con Armando Palacio Valdés), Sermón perdido (1885), Nueva campaña (1887), Mezclilla (1889), Ensayos y revistas (1892), Palique (1893) y Siglo pasado (1901). En el



terreno de la narrativa imaginativa, comenzó escribiendo cuentos y relatos breves, lo que continuaría haciendo a lo largo de toda su vida. Entre ellos, algunos tan apreciados como: Pipá, Doña Berta, ¡Adiós, "Cordera"! o El Señor. La mayoría de esta obra breve había ido apareciendo en periódicos o revistas, y quedó recopilada más tarde en cinco volúmenes: Pipá, (1886), El señor y lo demás son cuentos (1893), Cuentos morales (1896), El gallo de Sócrates (1901), y Doctor Sutilis (1916). No obstante la importancia de esta literatura breve, la obra fundamental del escritor es su novela La Regenta (1884-1885), que, a pesar de las reticencias y en general no muy favorable recepción que suscitó en su momento, hoy está considerada por una gran mayoría de los críticos e historiadores de la literatura como una de las mejores novelas, sino la mejor del siglo XIX. Publicó un segundo y último relato largo, Su único hijo (1891), estimable aunque de inferior categoría a su primer título.

ALMELA MENGOT, Vicente. Nació en Castellón en 1881 y desconozco el lugar y fecha de su fallecimiento. Fue redactor del Heraldo de Madrid. Su dedicación literaria se repartió entre la narrativa y el teatro. En este último campo, cabe mencionar las comedias: Bodas celestes (1909), La hora del amor (1909), Las locas vanidades (1910) o El viejo solar (1913). En su faceta de narrador, compuso la novela La marcha triunfal (1921) y colaboró de manera habitual en las colecciones de novela corta, entre cuyos títulos destacan -según señala Ricardo Gullón en Diccionario de literatura española e hispanoamericana- La senda triste (1910) y El reloj loco (1919).

ALOMAR, Gabriel. Mallorquín, nació en 1873 y falleció en El Cairo en 1941, aunque Valbuena Prat -en Historia de la literatura española, III- sitúa la fecha hacia 1955. Compaginó su labor literaria con la dedicación a la política, llegando a representar a España como embajador en Italia y Egipto durante la época de la II República. Reputado ensayista y poeta, tanto en lengua catalana como en castellana. A decir de Valbuena, su influencia ha sido extraordinaria en las más jóvenes promociones de poetas baleares. Su obra de ensayo destaca

por lo sugestivo de sus ideas, que comparten el punto de vista crítico del 98 y el cosmopolitismo de la generación novecentista. Entre sus títulos dentro de este campo, sobresalen El futurismo (1904), La estética arbitraria (1906), Verba (1919) y La formación de sí mismo (1920). También, dentro de este género, es autor de algunos volúmenes cuyo contenido se orienta hacia la reflexión de carácter político: Catalanismo socialista, 1910; La guerra a través de un alma, 1918; y La política idealista, 1922. Como poeta colaboró en Renacimiento y en ocasiones ha sido encuadrado en la nómina de los futuristas españoles. Al respecto, cabe mencionar su libro de poemas en catalán, La columna de foc, de 1911.

ANTÓN DEL OLMET, Luis. Nació en Bilbao en 1886 y falleció en Madrid en 1926 víctima de los disparos del también escritor Alfonso Vidal y Planas, según comenta Federico Carlos Sainz de Robles en La promoción de "El cuento semanal". Periodista y narrador. Dirigió El Debate y El Parlamentario. "Novelista entretenido, mundano y en algún caso de cierta entidad y hondura", tal lo juzga Eugenio G. de Nora en la breve semblanza biobibliográfica que de él traza en el primer volumen de La novela española contemporánea. Entre sus muchas obras de ficción pueden citarse, por ejemplo: Hieles (cuentos), 1905; Como la luna, blanca, 1908; Espejo de los humildes, 1909; La verdad de la ilusión, 1912; Corazón de leona, 1914; o Cruz verde, 8, 1921.

BÁIG BAÑOS, Aurelio. Autor conocido por haber escrito, además de la novela aquí comentada, múltiples estudios literarios sobre el Siglo de Oro, en especial, sobre Cervantes y su obra : ¿Quién fue el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda?, ensayo sobre la estructura espiritual del falso Quijote. Religiosidad de Cervantes (1915), La emperatriz del mundo. Estudio sobre Dulcinea del Toboso (1916), Historia del retrato auténtico de Cervantes (1916), Ideario de Cervantes: conceptos y fragmentos selectos de las distintas obras que en vida y después de la muerte del Príncipe de los Ingenios vieron la luz pública para galardón eterno de su autor (1930), La Mancha y Cervantes (1934), "Sobre el Persiles" (Revista

Castellana, 1919) o Rodrigo Caro, autor de la Epístola moral a Fabio (1932), entre otros títulos.

BAREA, Arturo. Nació en 1897, en Badajoz, lugar que algunos críticos han trasladado erróneamente a Madrid, tal vez influenciados por lo que al respecto se sugiere en el primer volumen -La forja- de su trilogía y porque, en efecto, su crianza se realizó en la capital. A tal extremo ha llegado la confusión que incluso en la contracubierta de la primera edición española de esta obra, la realizada por la editorial Turner en 1977, figura este error que, sin embargo, no ha sido habitual en los críticos anglosajones. Falleció en 1957, cuando ya había adoptado la nacionalidad británica, en Inglaterra, aunque tampoco hay unanimidad sobre el lugar. Mientras Eugenio G. de Nora -en La novela española contemporánea, III- señala Londres, José María Castellet -en "En la muerte de Arturo Barea, novelista español", Papeles de Son Armadans- lo sitúa en Faringdon (Berkshire).

Según deja ver La forja de un rebelde, Barea fue testigo de excepción de los acontecimientos españoles desde comienzos de siglo hasta el final de la guerra civil. Cursó estudios en los escolapios, becado por sus méritos académicos, dada la penuria económica de su madre. La muerte de un tío suyo le impidió proseguir ulteriores estudios, y comenzó a trabajar en diferentes oficios, tal y como relata en La forja. Realizó su servicio militar en el Protectorado entre 1920 y 1923, donde alcanzó el empleo de sargento en el cuerpo de Ingenieros. Fruto de esta experiencia es La ruta, el libro que interesa para estas páginas. Durante la contienda española de 1936-1939, trabajó a favor del gobierno republicano, para la Junta de Defensa de Madrid, como censor de medios de difusión y comentarista radiofónico más tarde. Cargos que después se verá obligado a abandonar por discrepancias con la línea seguida por las nuevas autoridades republicanas de Madrid. Tras vivir en Alicante y Barcelona, poco antes del final de la guerra se traslada a París con su segunda mujer, Ilsa, de origen austriaco. Allí pasaron un corto periodo de tiempo -un año, según apunta Emir Rodríguez Monegal en Tres testigos españoles de la guerra civil- y después recalaron en Gran

Bretaña, donde fue comentarista radiofónico para la BBC, en unas charlas semanales para Hispanoamérica, que bajo el seudónimo de *Juan de Castilla* se prolongarían hasta días antes de su muerte -como señala Esteban Salazar Chapela en "Carta de Londres. Arturo Barea", Asomante- además de continuar una labor de escritor que había comenzado durante sus últimos tiempos en España. Barea ya nunca abandonaría este país, excepto durante una breve estancia en Estados Unidos en calidad de profesor universitario. Su primera incursión en el terreno de la literatura la constituye una colección de cuentos, Valor y miedo, editada en 1938 por las Publicaciones Antifascistas de Cataluña. Su siguiente título fue la trilogía La forja de un rebelde, que -atendiendo a Ignacio Soldevila Durante, en La novela desde 1936- comenzó a componer en 1939, aunque su primer volumen no apareció hasta 1941, y en lengua inglesa. Los dos libros siguientes de esta trilogía fueron apareciendo, también en inglés, en años sucesivos. Sobre sus fechas de edición tampoco hay acuerdo entre los historiadores de la literatura. Algunos apuntan los años 1941-1944 para la publicación de la obra completa, tal sucede con Eugenio G. de Nora -Obra cit.- y Juan Ignacio Ferreras, en Tendencias de la novela española actual. Mientras que otros retrasan la fecha hasta 1946; por ejemplo, Rafael Bosh, quien, en el segundo volumen de La novela española del siglo XX, sostiene que la concluyó en 1944 y terminó de aparecer en 1946. En tanto que Salazar Chapela, individualizando la aparición de cada uno de los tres volúmenes, ofrece -en el ya citado artículo- los siguientes datos: en 1941, The Forge; en 1943, The Track; y en 1946, The Clash. Esta primera publicación en lengua inglesa llevó a algunos comentaristas a decir que el original había sido escrito en inglés, con la ayuda de Ilsa, y posteriormente traducida al español. Rodríguez Monegal -en su libro antes mencionado- ataja esta falsedad y afirma lo contrario, es decir, que redactado por Barea en español fue después traducido por Ilsa, su mujer, dado que en 1941 ya se había presentado otra traducción del primer volumen, de La forja, debida a Sir Peter Chalmer Mitchell. Su primera edición en lengua española no ve la luz hasta 1951 en la editorial argentina Losada, y no será hasta 1977 cuando se publique en España, a cargo de Turner. Las obras posteriores de Barea fueron la novela La raíz rota, de

1951 -esta es la fecha de la edición inglesa, ya que en español no apareció hasta 1955- y otra colección de cuentos, El centro de la pista, de 1960, recopilación que llevó a cabo y prologó Ilsa Barea sobre textos ya casi todos publicados de forma individual con anterioridad. Además, escribió dos ensayos literarios: The poet and his people (1944), sobre García Lorca; y Unamuno (1952).

La valoración literaria de Arturo Barea, referida sobre todo a La forja de un rebelde, su obra más ambiciosa y sin la cual resultaría muy probablemente un completo desconocido, ha gozado desde su presentación de los más enfervorizados elogios de la crítica, tanto de la nacional como de la extranjera. Por traer a colación sólo algunos ejemplos, Emilio González López -en un artículo temprano, de 1953, alusivo a la trilogía, "Arturo Barea. La forja de un rebelde", Revista Hispánica Moderna- lo califica como excelente novelista; Marra López -en su ya citado estudio- juzga esta obra como "maestra"; Rafael Conte -en La novela española del exilio- lo considera "uno de los libros más conmovedores de la historia de la literatura española de todos los tiempos"; y Santos Sanz Villanueva -en "La narrativa del exilio", El exilio español de 1939, no duda en tildar esta trilogía como "una de las obras novelescas más importantes de nuestro siglo." Pocas han sido las voces discrepantes de esta casi unánime admiración, entre ellas podría citarse la de Domingo Pérez Minik, que -en Novelistas españoles de los siglos XIX y XX- argumenta como demérito el que sea "un libro muy irregular, muy subjetivo, de vital anarquía." Ciertamente es que tampoco han faltado algunos detractores que han censurado la obra apoyándose más en las apreciaciones de carácter social o político vertidas en ella que en sus estrictas cualidades literarias. Tal parecen ser, por ejemplo, las pautas que orientan las palabras de Francisco Yndurain, que -en su artículo "Resentimiento español. Arturo Barea", Arbor- lo descalifica con criterios que más parecen deudores de la coyuntura política española de 1953, cuando apareció el artículo, que de una crítica fundamentada en estrictos valores narrativos: "Dentro de esa obra literaria que la crítica inglesa, americana y francesa recibía con los elogios más encendidos, apenas había algo más que truco propagandístico, hábilmente jugado a favor de una corriente política

internacional, y, lo que es más grave, una ridiculización de lo español con la boba admiración aldeana del que por primera vez se asoma al extranjero, si no con el espíritu adúlón del que solicita su asilo." Al igual que la mayoría de la crítica, los lectores también le han dispensado una entusiástica acogida, como lo prueban las múltiples traducciones que este libro ha tenido y que, en palabras de Marra López -Obra cit- alcanzara éxito de *best seller*; o que -según cuenta Guillermo de Torre en "Arturo Barea y La forja de un rebelde", Sur- una famosa librería de la Quinta Avenida neoyorquina le dedicase un escaparate entero.

BEJARANO, Leopoldo. Nació en Béjar, Salamanca, en 1879 y falleció en 1964, aunque desconozco el lugar. Repartió su dedicación entre la milicia y el periodismo. En la primera, llegó a alcanzar el empleo de coronel de Infantería. En la segunda, no sólo ejerció de corresponsal de guerra, sino también de redactor y crítico teatral en El Liberal de Madrid entre 1919 y 1932. Más tarde dirigió la también madrileña Hoja del Lunes y en 1933 ocupó una plaza como redactor jefe en Ahora. Carezco de información sobre si su trayectoria literaria incluye algún otro título además del aquí mencionado.

BERENGUER, Juan. Nació en Córdoba en 1899 y falleció en Sevilla en 1936. Narrador ocasional que alternó la labor de escritor en prensa y en libros con la profesión de maestro. En su infancia se trasladó a Badajoz por motivos laborales paternos. En esta ciudad cursó sus estudios de Magisterio y desde muy joven comenzó a colaborar en la prensa local, en ocasiones bajo el seudónimo de *Jubero*. Su primera incursión en el terreno de la narrativa de ficción se produjo también por esta época, con la publicación en 1919 de una colección de cuentos titulada Flores perversas. El siete de marzo de 1921 llegó a Melilla como soldado del Regimiento de Infantería Melilla núm 59, donde fue destinado tras haber pasado por otro regimiento con guarnición en Madrid. Enviado a la posición destacada de Segangan, no se vio envuelto en el desastre de Annual por pura casualidad, ya que a comienzos de julio, tras

su ascenso a cabo, había regresado a la plaza. Sucesivos ascensos lo convierten en alférez de complemento. En Melilla, compatibiliza sus tareas de militar con la de corresponsal de prensa y llega a dirigir el periódico local El Popular de Melilla, razón por la cual permaneció en la ciudad norteafricana después de concluidas sus obligaciones castrenses. En la segunda mitad de los veinte abandona el cargo y, tras una breve estancia en Madrid, donde escribe crónicas de la guerra de Marruecos en El Heraldo de Madrid, vuelve a instalarse con su mujer e hijos en Badajoz, colaborando en El Correo Extremeño. Más tarde, opositó y obtuvo plaza de maestro nacional, fijando su residencia en Sevilla, ciudad en la que se convertiría en otra víctima más de la guerra civil española al ser asesinado el 14 de septiembre de 1936. Además del ya mencionado volumen de cuentos y de la novela Melilla, la codiciada, fue también autor de un libro sobre las operaciones militares en Marruecos, El ejército es el pueblo. Nuestras glorias por los campos de Africa, y editor de una obra colectiva: Guía y Catálogo de la riqueza de Extremadura, publicada en 1929. Su hoy del todo olvidada figura ha hallado una pequeña recuperación gracias a la reedición de su novela, que ha propiciado la aparición de algunas informaciones sobre su persona. Primero en la breve semblanza bio-bibliográfica que Francisco Saro Gandarillas preparó para acompañar a la nueva aparición de la obra, después en el más amplio "Apunte biográfico" que sus hijos Aida y José Berenguer Díaz redactaron para la segunda reedición de ese mismo volumen y en un artículo de José Rabanal Santander, "Juan Berenguer Rodríguez, a medio camino entre Badajoz y Melilla", Melilla Hoy. Suplemento La Voz. Melilla, 11 de febrero de 1996, pp. 4-5.

BÖHL DE FABER, Cecilia (conocida por el seudónimo literario de *Fernán Caballero*). Nació en Morgues, Suiza, en 1796 y falleció en Sevilla en 1877. Hija del folclorista alemán Juan Nicolás Böhl de Faber, uno de los introductores del espíritu del romanticismo en España. Considerada una de las renovadoras de la novela española y situada en la transición que va del romanticismo al realismo. La crítica literaria ha apreciado en su obra la sencillez de los asuntos tratados y la riqueza en la observación de tipos y costumbres. Se le suele achacar una

cierta debilidad para hilvanar y profundizar en los argumentos más allá del cuadro costumbrista y un decidido afán moralizador de corte muy tradicional, en franca oposición a cualquier atisbo de liberalismo. En 1849 publicó su primera y, por lo general, más estimada novela, La Gaviota, que había redactado en francés y fue traducida al español por José Joaquín de Mora. Ese mismo año aparecieron otras novelas escritas muchos años antes y que la escritora no había ni intentado dar a la luz: La familia de Alvareda, Una en otra y Elia. Con posterioridad fueron publicadas: Clemencia, Lágrimas, Un servilón y un liberalito y Un verano en Bornos. Además es autora de un volumen de poesía, Libro de los cantares; de otro que recoge poesías y cuentos, Cuadros de costumbres; y de tres colecciones de cuentos: Cuentos populares de color de rosa, Campesinas y De Vizcaya.

BORRÁS, Tomás. Nació en Madrid en 1891 y falleció también en la capital de España en 1976. Escritor en casi todos los géneros: autor teatral, poeta, crítico, periodista y narrador de cuentos y novelas. Fue cronista oficial de Madrid, lugar al que dedicó un buen número de libros. En 1966 recibió el Premio Nacional de Literatura Miguel de Cervantes por su colección de cuentos Historias de coral y de jade. Dentro de su labor como periodista, ejerció de corresponsal de guerra en Marruecos para el diario El Sol durante la campaña de 1921-1927. El más generalizado juicio que suscita entre la crítica es el de mediano novelista, algunas de cuyas narraciones -según Eugenio de Nora, La novela española contemporánea, vol. I- no merecen el olvido en que han caído. Entre sus novelas, además de la comentada en estas páginas -que suele incluirse entre las más logradas de su producción-, y libros de cuentos, pueden mencionarse: Noveletas, 1924; La mujer de sal, 1925; Sueños con los ojos abiertos, tres novelas breves, 1929; Las vacaciones de cinco presos, 1937; Checas de Madrid, 1940; Casi verdad, casi mentira, relatos breves, 1947; Polichinelita, 1947; La sangre de las almas, 1947; o Luna de enero y el amor primero, 1953.



BURGOS, Carmen (de). Utilizó el seudónimo literario de *Colombine*. Nació en Almería en 1867, según sostienen Elizaberth Starcevic -en Carmen de Burgos. Defensora de la mujer. Almería. Librería Editorial Cajal, 1976- y Concepción Núñez Rey, en su introducción a un libro de relatos breves de Carmen de Burgos, La flor de la playa y otras novelas cortas. Madrid, Castalia, 1989. Sin embargo, otras fuentes retrasan esta fecha hasta 1879, tal es el caso, por ejemplo de Eugenio G. de Nora en La novela española contemporánea, vol. II. No obstante, Núñez Rey aporta datos sobre la partida de bautismo de la autora e incluso apunta la posibilidad de que la propia *Colombine* contribuyese a mantener la oscuridad sobre la fecha de su nacimiento. Murió en Madrid en 1932. Fue profesora de Escuela Normal, a la vez que ejercía como periodista en diferentes diarios: El Globo, La Correspondencia de España, Diario Universal, ABC, etc. Conferenciante y divulgadora de ideas en pro de los derechos de la mujer y de las reformas pedagógicas. Traductora y escritora de biografías y ensayos sobre asuntos muy diversos. Desde 1907, se dedicó también a la narrativa de ficción, dentro de la que escribió un buen número de novelas cortas -más de un centenar, según señala Núñez Rey basándose en un cómputo de la propia narradora- y algunas largas, entre las que pueden mencionarse Los inadaptados, Las inseparables, El retorno, Los espiritados, o Quiero vivir mi vida. No obstante, su obra literaria no parece haber resistido bien el paso del tiempo, a juicio de Eugenio G. de Nora, quien no la considera "una verdadera novelista". Sus novelas, en opinión de este crítico, responden más a la transmisión de unos objetivos pedagógicos e ideológicos que a la creación de un universo artístico, además de encontrarlas llenas de "convencionalismo" y "desaliñada vulgaridad". Núñez Rey expresa una opinión del todo contraria, considerándola portadora de importantes valores literarios. Para una más amplia información sobre la personalidad de Carmen de Burgos puede verse el libro de Rafael Cansinos Asséns, La novela de un literato -publicado en Madrid, Alianza, 1982-85- en el que menudean algunos datos reveladores sobre aspectos de su biografía.

CAMBA, Francisco. Nació en 1884 en Villanueva de Arosa (Pontevedra) y fallecido en Madrid en 1947, aunque en algún otro lugar se da como fecha la de 1948. Hermano menor - y también de menor mérito literario, lo considera Eugenio G. de Nora, obra cit., vol.I- del famoso cronista Julio Camba. Fue colaborador habitual en revistas como Renacimiento latino o Helios y en las colecciones de novela breve. A juicio de Eugenio de Nora, "el máximo triunfo [de su quehacer literario] es (cuando lo consigue) entretener al lector." Entre sus obras cabe mencionar: A través de Galicia, de 1908, crónicas sobre su tierra natal; Los nietos de Icaro, de 1911, primera novela que toma como asunto la aviación; La revolución de Laño, de 1919, por la que la Real Academia le concedió el premio Fastenrath en 1921; El pecado de San Jesusito, de 1923, por la que recibió el primer premio del Círculo de Bellas Artes; La noche mil y dos, de 1924; El tributo de las siete doncellas, de 1926; La sirena rubia, de 1927; Una morena y una rubia, de 1927; y Madridgrado, de 1940. En 1942 publica Cuando la boda del rey, primer volumen de una serie de novelas que denomina Episodios Contemporáneos, en las que pretendía continuar los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós, abarcando el periodo 1906-1936. A este primer título siguieron La leyenda negra, ¡Maura, no!, El ducado de Canalejas, Los mosqueteros de la neutralidad, La rebelión de los mandos, y otros cuantos más, hasta completar los diez volúmenes de la primera serie y tres de la segunda. Federico Carlos Sainz de Robles, en obra cit., comentando estas llamadas novelas históricas, advierte diferencias de estilo y vocabulario que le inducen a pensar que Camba pudo tener colaboradores, o que fueron escritas por otros y él se limitó a corregirlas. En cualquier caso, tanto por el tono como por la proyección artística, no presentan ni remoto parecido con el modelo original. Desde un punto de vista novelístico son de ínfima categoría y su valor como recreación histórica se aproxima a lo nulo, dada la tendenciosa parcialidad ideológica con que enfocan los acontecimientos.

CARCAÑO, Francisco. Nació en Torreveja en 1886 y falleció en Mahón en 1936. Escritor ocasional cuya vida estuvo muy ligada a Melilla, ciudad a la que llegó por causas

familiares en su infancia y donde desarrolló la mayor parte de su carrera profesional: militar del arma de Ingenieros. Participó como activo protagonista en la campaña de 1909, más tarde en la de 1912, la denominada del Kert, como oficial al mando de palomas mensajeras y aún fue testigo directo, aunque no combatiente en la de 1921 y años siguientes. Durante ese tiempo y hasta el comienzo de la década de los treinta proyectó y llevó a cabo numerosas obras de carácter militar y civil en la plaza de soberanía española. Al comienzo de la guerra civil se encontraba en Mahón, donde murió a manos republicanas en los primeros días de aquel conflicto. Su labor de escritor se inicia como articulista en diarios. Entre ellos El telegrama del Rif, El Popular, El Diario español, La Gaceta o El Herald, de los que fue habitual colaborador y en cuyas columnas trató asuntos relacionados con la ciudad y con el Protectorado marroquí bajo el seudónimo de *Parravichino*. Algunas de sus colaboraciones en prensa quedaron recogidas en Melilla: Rifeñerías, volumen editado en 1920. Tomó parte en la vida cultural de Melilla, siendo uno de los fundadores y colaboradores de su Ateneo Científico, Artístico y Literario. En 1921 apareció su obra más conocida, Las plazas menores de Africa. Peñón de Vélez. Alhucemas. Chafarinas, libro de carácter descriptivo ajeno a la ficción. Colaboró también en la colección de novela breve La Novela africana, donde publicó títulos como El desliz o Hieles heroicas. En 1930 apareció su única novela, La hija de Marte, que tuvo escaso éxito. Su nombre figura hoy entre la nómina de los desconocidos para casi todos dentro del panorama literario, por lo que debo estos datos a la información que sobre su persona y su obra suministra Francisco Saro Gandarillas en la introducción a la reedición de su novela, llevada a cabo por el Ayuntamiento de Melilla en 1988.

CARMONA, Alfredo. Autor del que no he podido recabar más información que el título y género de algunas obras que escribió: Apolo sátiro (novela), Cupido bolcheviki (sainete), La Liga (zarzuela), Don Jaime el Conquistador (juguete cómico) y Las Inmortales (novela).

CARRERE, Emilio. Madrid, 1881-1947. Estudió Filosofía y Letras y durante algunos años fue funcionario en el Tribunal de Cuentas del Reino, ocupación que abandonó para dedicarse a la escritura. Alternó su labor en los campos de la dramaturgia, la lírica, el periodismo y la narrativa. Como poeta suele adscribirse a la corriente modernista, dentro de la cual, a juicio de Valbuena Prat, "significa (...) el tema de la bohemia callejera y de la sentimentalidad barata, como una degeneración del mundo de Verlaine", (Historia de la Literatura española, III). Entre sus títulos, cabe mencionar: El caballero de la muerte, 1909; Del amor, del dolor y del misterio, 1915; Dietario sentimental, 1916; Los ojos de los fantasmas, 1920; o La canción de la calle y otros poemas, s.a.. Por lo que respecta a su faceta de periodista, "escribió miles de crónicas para todos los diarios y revistas de Madrid", (Federico Carlos Sainz de Robles, La promoción de "El cuento semanal"), y alcanzó el título de cronista oficial de esta ciudad. En el ámbito de la narrativa de ficción, alternó la publicación de relatos breves -según Sainz de Robles, era "uno de los novelistas mejor pagados en las revistas dedicadas a las novelas cortas"- con los textos de dimensiones mayores, entre los cuales pueden citarse: El encanto de la bohemia, 1910; La cofradía de la pirueta, 1912; El encanto de la diablesa, 1913; El reloj del amor y de la muerte, 1915; Elvira la espiritual, 1916; Las sirenas de la lujuria, 1923; La casa de la Trini, 1924; o La torre de los siete jorobados, 1924. Su proyección artística, observada desde el presente, se antoja más bien escasa y suscita a Eugenio G. de Nora el siguiente comentario: "pocas páginas novelescas tuyas pueden leerse hoy con admiración o interés", (La novela española contemporánea, I).

CARRETERO, José María, (utiliza el seudónimo de *El caballero audaz*). Nació en Montilla (Córdoba) en 1888 y falleció en Madrid en 1951. Alternó su dedicación a la prensa con la de narrador de ficción. Como novelista está unánimemente considerado de tercera fila. Su primera novela, La virgen desnuda, fue publicada en 1910. A partir de ese momento mantuvo una continuada labor narrativa hasta la fecha de su muerte, escribiendo un buen

número de obras en las que frecuentó los asuntos de carácter erótico y en ocasiones pornográfico, entre otras: La virgen desnuda, 1910; De pecado en pecado, 1918; La bien pagada, 1920; La sin ventura, 1921; La venenosa, 1927; o La Venus bolchevique, 1932. Más tarde, aunque ya en relatos anteriores había dado muestras de sus concepciones ideológicas ultraconservadoras, también se acercó a los argumentos de tipo político desde una óptica panfletaria y laudatoria para los vencedores de la guerra civil, buen ejemplo de lo cual es La revolución de los patibularios o Frente rojo contra España. En el perfil literario que de él traza Eugenio G. de Nora, en el primer volumen de La novela española contemporánea, destaca la "chabacanería de su prosa" y, apunta entre los rasgos más sobresalientes de su sensibilidad, "el matonismo autosatisfecho" y "la cursilería pretenciosa".

CASTILLO, Rafael (del). Nació entre 1835 y 1840 y murió hacia 1900. Prolífico autor de novelas por entregas. A juicio de Juan I. Ferreras (El triunfo del liberalismo y de la novela histórica 1830-70. Madrid, Taurus, 1976) "cerca de ochenta títulos, quizá cien, escribió nuestro autor, en los que sigue todas las tendencias de la novela por entregas, sin crear ninguna, es más, sin apartarse un ápice de sus modelos [...] Castillo se acomoda a todos los gustos y modelos, copia defectos y copia virtudes, si estas existen. Nada hay de original en él". Escribió otros dos libros, no novelescos, relacionados con la guerra de África: España y Marruecos. Historia de la guerra de Africa escrita desde el campamento, de la que aprovecha algunos de los materiales para incluirlos en la novela tratada, y una biografía laudatoria de O'Donnell, Historia de la vida militar y política del excelentísimo señor capitán general don Leopoldo O'Donnell.

CASTRO, Cristobal (de). Nació en Iznájar, Córdoba, en 1880 y falleció en Madrid en 1953. A pesar de haber estudiado Leyes y Medicina, se dedicó por entero al periodismo y a la literatura, en sus vertientes de crítico y creador. Colaboró en múltiples publicaciones periódicas: La Época, La Correspondencia de España, Diario Universal, España Nueva, El

Liberal, Heraldo de Madrid, Nuevo Mundo, ABC, etc. En 1903 publicó dos libros de poesía: Cancionero galante y El amor que pasa. También, al decir de Federico Carlos Sainz de Robles, en La promoción de "El cuento Semanal" 1907-1925, escribió media docena de obras teatrales, "algunas de las cuales obtuvieron éxitos dicretos". Con todo, su más prolífica producción se produjo en el terreno de la novela, donde se ocupó de muy variados asuntos, desde los ambientes castizos o cosmopolitas, hasta los conflictos psicológicos y la evocación histórica. Entre la multitud de sus títulos, pueden recordarse: Las niñas del Regidor, 1902; Las insaciables, 1909; La bonita y la fea, 1910; Lais de Corinto, 1920; La interina, 1921; Un bolchevique, 1925; o La inglesa y el trapense, 1926.

CHARLES, María. Joven narradora -desconozco su fecha de nacimiento- madrileña. Ejerce como profesora de Filosofía en la Universidad del País Vasco. Autora hasta el momento, en lo que alcanzo a conocer, de dos obras de ficción: la novela aquí convocada, Etxezarra (1993), y En el nombre del hijo (1990), un libro de original factura donde se fabulan las relaciones de una serie de escritores españoles auténticos con sus padres o con su pasado, y que recibió una calurosa acogida por parte de la crítica.

CEGARRA SALCEDO, Andrés. La Unión (Murcia), 1894-1928. Prosista encuadrado en la corriente del modernismo tardío y que, según apunta Juan Manuel Bonet, en su Diccionario de las vanguardias en España 1907-1936, colaboró en el suplemento de La Verdad y en Verso y Prosa. Además del aquí mencionado volumen de prosas breves, Sombras; fue también autor, en lo que alcanzo a conocer, de Olvidar, una comedia en verso. Títulos a los que Bonet añade una Antología póstuma aparecida en 1934.

CIGES APARICIO, Manuel. Nació en Enguera (Valencia) en 1873. Periodista y escritor de obras de muy diversos géneros. Durante su servicio militar participó en las campañas de Melilla, de 1893, y de Cuba hasta 1896. Sufrió dos años de prisión por su actividad

periódística divulgativa contra la actuación del general Weyler en esta guerra colonial. Colaboró en numerosos diarios, entre ellos, El País, El Progreso, España Nueva, etc. Su labor de escritor comenzó con una serie de obras de carácter autobiográfico y testimonial, Los cuatro libros: Del Cautiverio, 1903; Del Hospital, 1905; Del Cuartel y de la Guerra, 1906; y Del Periódico y de la Política, 1907. A éstas siguieron, libros de carácter periodístico como: Los vencedores, 1908; Los vencidos, 1910; y Entre la paz y la guerra. (Marruecos), 1912. Novelas: El vicario, 1905; La romería, 1911; Villavieja, 1914; El juez que perdió la conciencia, 1925; Circe y el poeta, 1926; y Los Caimanes, 1931. Un volumen biográfico, Joaquín Costa, el gran fracasado (1930), y otro histórico, España bajo los Borbones (1932). Su actividad política le llevó a ocupar el cargo de gobernador civil de Ávila durante el gobierno del Frente Popular. Al comienzo de la guerra civil fue destituido de su cargo y posteriormente fusilado el 5 de agosto de 1936.

CLARÍN. Ver Alas y Ureña, Leopoldo.

CORROCHANO, Gregorio. Nació en Talavera de la Reina en 1882 y falleció en Madrid en 1961. Fue crítico taurino en ABC, y enviado especial de este mismo diario para suministrar desde el lugar de los hechos las informaciones relativas al desastre de Annual en 1921. En sus crónicas predomina un tono de exaltación del heroísmo de las tropas españolas, a pesar de lo cual algunas de sus opiniones "le valieron cartas colectivas, redactadas en términos soeces y chabacanos", según apunta el también periodista Juan Guixé en su libro El Rif en sombras. Desconozco si, además de ¡Mektub!, Corrochano realizó más incursiones en el campo de la narrativa de ficción.

DELIBES, Miguel. Nació en Valladolid en 1920. Tras participar en la última fase de la guerra civil española, terminó sus estudios de Derecho y de Comercio. Desde 1944 hasta su jubilación ejerció de catedrático en la Escuela de Comercio vallisoletana. Ha colaborado en

prensa y dirigido El Norte de Castilla. Su presentación en el campo de la novela se produjo con La sombra del ciprés es alargada (1948), con la que obtuvo el premio Nadal y un reconocimiento de crítica y público que sin apenas altibajos se ha mantenido hasta hoy. Las varias ediciones de su última y muy reciente obra, El hereje (1998), junto a las muy elogiosas críticas que ha recibido, hablan con elocuencia de que su narrativa goza de absoluta vigencia y suscita un gran y merecido interés. Entre aquel primer relato y este último, Delibes ha ido creando un universo novelesco muy personal repartido en un buen número de títulos de diferente temática y formas constructivas, entre los que, sin ánimo de exhaustividad, cabe destacar: El camino (1950), Mi idolatrado hijo Sisí (1953), La hoja roja (1959), Las ratas (1962), Cinco horas con Mario (1966), Parábola del naufrago (1969), El príncipe destronado (1973), El disputado voto del señor Cayo (1978), Los santos inocentes (1981) o Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso (1983). Además, ha escrito libros no novelescos de gran calidad prosística, entre los que figuran su muy apreciable díptico de los diarios: Diario de un cazador (1955) y Diario de un emigrante (1958). Resulta innecesario insistir más sobre una figura y una obra que ya ha suscitado una amplísima bibliografía, y cabe esperar que continúe haciéndolo.

DÍAZ FERNÁNDEZ, José. Nació en Aldea del Obispo (Salamanca) en 1898 y falleció en Toulouse (Francia) en 1941. Fue uno de los jóvenes que tuvo que realizar su servicio militar en Marruecos durante la época de la campaña bélica. En su caso, desde finales de 1921, cuando lo enviaron, junto con otros muchos soldados de los denominados de cuota, a la zona en conflicto tras la derrota de Annual. Allí -según cuenta López de Abiada- fue destinado a la guarnición de pequeñas posiciones en la zona de Tetuán y Beni Arós, donde permaneció hasta su licenciamiento en agosto de 1922, llegando al alcanzar el rango de sargento. Sus experiencias, al igual que sucede con Ernesto Giménez Caballero o Ramón J. Sender, fueron el germen de obras narrativas sobre este asunto. Por lo que respecta a Díaz Fernández, sus escritos sobre Marruecos y la guerra comenzaron bien pronto, ya que durante



su estancia allí envió un buen número de crónicas - en concreto, 173, según apunta López de Abiada- al diario asturiano El Noroeste. Incluso una de estas crónicas, la titulada Cómo mueren los soldados, obtuvo el segundo premio del concurso convocado por el madrileño diario La Libertad para recompensar este tipo de trabajos periodísticos en torno a la guerra de Marruecos. Con posterioridad, en 1928, aparecería su obra mayor sobre la contienda, que es también su más acabado producto literario, El blocao. Durante toda su vida colaboró de manera habitual en diferentes publicaciones de carácter periodístico, entre ellas La Libertad, El Sol o La Voz; también impulsó otras, entre las que cabe destacar las revistas Post-Guerra (1927-1928) y, de manera muy especial, Nueva España (1930-1931), en cuya cofundación, junto con Antonio Espina, tuvo una decisiva aportación. Dentro de esta faceta de promotor de empresas culturales, fue también cofundador, junto a otro pequeño grupo de escritores, de Ediciones Oriente, un proyecto editorial orientado a difundir obras literarias de carácter progresista. Compaginó esta labor con sus preocupaciones sociales y políticas, cuajadas en su adhesión a movimientos de protesta contra la dictadura primorriverista, que, además de otros contratiempos, le acarrearón su paso por la cárcel y el exilio. Con posterioridad tuvo acta de diputado dentro del grupo radical-socialista y más tarde ingresó en Izquierda Republicana. Su quehacer puramente literario no resultó ajeno a esta inquietud social. Fehacientes pruebas de ello se encuentran en Vida de Fermín Galán, un parcial -porque sólo refiere la última etapa de su vida- y hagiográfico semblante del militar sublevado en Jaca, redactado en colaboración con Joaquín Arderfús, y en Octubre rojo en Asturias, libro publicado en 1935 bajo el seudónimo de *José Canel*, sobre el levantamiento minero de octubre de 1934. Pero, además, se reveló como uno de los teóricos de la literatura contrarios, al menos en parte de sus principios, a la denominada corriente "deshumanizada", tan en boga en la década de los veinte. Postuló Díaz Fernández una rehumanización de lo literario, una vuelta al sentimiento del hombre como eje de la creación, aun sin renunciar a los hallazgos estéticos en los que se sustentaba la obra de los escritores deshumanizados. El fruto de este afán renovador cuajó en su libro El nuevo romanticismo, aparecido en 1930, y cuyo subtítulo

-Polémica de arte, política y literatura- resulta bien expresivo de la voluntad de su autor. Constituye una especie de manifiesto de sus ideas, tanto en lo referente a la organización política como sobre los parámetros a los que debía ajustarse el quehacer literario. Obra de notable importancia en la época, no tanto por la solidez de las tesis en ella mantenidas, sino por lo que supuso de revulsivo dentro del mundo del arte, por las adhesiones que esta corriente había suscitado en otros autores y, sobre todo, porque en ella -según sostienen, y no faltos de razón, algunos historiadores de la literatura- se encuentran los postulados que facilitaron la aparición de la denominada narrativa social de preguerra. Sus dos novelas, El blocao (1928) y La venus mecánica (1929), pueden considerarse ejemplos prácticos, aunque con desigual fortuna artística, de lo que más tarde teorizó en El nuevo romanticismo. Sin embargo, cuando este título apareció, sus ideas ya habían sido sobrepasadas o estaban a punto de serlo por la incipiente narrativa social, que desbordaría los presupuestos de Díaz Fernández para seguir derroteros mucho más avanzados que los por él propuestos. Causa en la que algunos historiadores y críticos, probablemente con criterio certero, han querido ver el apartamiento del autor del campo de la ficción. En tal sentido se inclina, por ejemplo, Víctor Fuentes al decir que "se convierte en un escritor sobrepasado por los acontecimientos ("De la literatura de vanguardia a la de avanzada: en torno a José Díaz Fernández"). Y un poco lo mismo sucede con su contenido político, cuyos ataques se centran en el sistemaseudodemocrático que ha sido habitual durante el periodo de la restauración. Etapa que a la altura de 1930 puede considerarse casi del todo liquidada y la regeneración que propugna Díaz Fernández no es un futurible teorizable, sino una realidad que está ya llamando a la puerta de la sociedad española. A los títulos antes mencionados, sólo añadió una novela corta, Cruce de caminos, aparecida en 1931 en la colección La novela de Hoy, y un breve relato de carácter discursivo-moralizante, La Largueza, de 1931; además de los dos volúmenes sin carácter de ficción ya mencionados. Durante la guerra civil ocupó varios cargos públicos y poco antes de su término hubo de exiliarse a Francia. Su obra literaria, contemplada desde hoy, ha quedado un tanto oscurecida y relegada al terreno de los estudiosos, acaso porque se

sitúa en la encrucijada entre la narrativa deshumanizada de los años veinte y la novela social de los treinta.

El sobrado conocimiento existente entre los estudiosos de la literatura sobre la figura de José Díaz Fernández hace innecesario cualquier comentario más extenso por mi parte, pues acerca de su persona y su obra existe una amplia bibliografía, entre la que cabe señalar, por su carácter monográfico, el ya citado artículo de Víctor Fuentes, como estudio introductorio a la obra del escritor; una tesis doctoral en la que se analiza por lo menudo su personalidad en conjunto, José Díaz Fernández: narrador, crítico, periodista y político, de José Manuel López de Abiada; y un libro que además de comentar su obra literaria la contextualiza en la época en que apareció, José Díaz Fernández y la otra Generación del 27, de Laurent Boetsch. Todas estas referencias pueden consultarse en la bibliografía final.

ESPINA, Antonio. Nació en Madrid en 1894 y falleció en la misma ciudad en 1972. Inició estudios de Medicina, los cuales abandonó para dedicarse al periodismo y a la literatura. Escritor que cultivó tanto la prosa como el verso, y cuya obra se encuadra en géneros de ficción, en el ensayo y en la crítica literaria. Publicó algunos artículos y biografías en importantes diarios de la época, entre ellos: El Sol, Crisol y Luz. También colaboró en destacadas revistas: España, Revista de Occidente, La Pluma y La Gaceta Literaria. Tras una primera etapa en la que estuvo adscrito a corrientes vanguardistas, evolucionó hacia posiciones políticas más izquierdistas y codirigió, junto con José Díaz Fernández, Nueva España, y, en los últimos meses de anteguerra, dirigió Política, el órgano de difusión de Izquierda Republicana. Al estallar la guerra española en 1936 ocupaba el cargo de gobernador civil de Baleares. Fue detenido por los sublevados y condenado a muerte. Varios intentos de suicidio y el llegar a ser considerado loco permitieron que se le conmutase la pena capital por la de presidio. Terminada la contienda logró el indulto gracias a la testificación en su favor del también escritor Sánchez Mazas, que, a tenor de lo que cuenta Andrés Trapiello -en Las armas y las letras, pág. 251-, hasta entonces se había inhibido de intervenir en pro de su

amigo. Las dificultades de aquellos tiempos lo empujaron a exiliarse en la segunda mitad de los años cuarenta, residiendo primero en Francia y más tarde en México hasta su retorno a España en 1955 -fecha señalada por Ricardo Gullón en Diccionario de literatura española e hispanoamericana- o en 1957, según apunta Juan Manuel Bonet en su Diccionario de las vanguardias en España. Tras la vuelta reanudó su labor de periodista, en ABC, y de ensayista. Sus comienzos literarios se produjeron en el marco de las vanguardia, con la publicación de sus dos únicos libros de poesía: Umbrales, 1918, y Signario, 1923; y de Divagaciones. Desdén, 1919, un volumen en prosa de difícil inclusión en ningún género establecido, por cuanto en sus páginas se entremezclan lo narrativo y lo ensayístico. Títulos, todos ellos, valorados de manera muy positiva aunque no alcanzaron amplia recepción popular. Más tarde, su actividad se orientó hacia un tipo de novela rupturista con los moldes tradicionales y realistas, publicando Pájaro Pinto (1927) y Luna de copas (1929), obras cercanas a los postulados de la denominada corriente deshumanizada; de hecho, ambos aparecieron en la colección "Nova novorum", que patrocinaba la Revista de Occidente. De esta época es también un volumen de carácter ensayístico, Lo cómico contemporáneo (1928), y la primera de sus afamadas biografías, Luis Candelas, el bandido de Madrid (1928), a la que en años posteriores seguirían Romea o El Comediante (1935), Cervantes (1943), Quevedo (1945) y Audaces y extravagantes (1959). Póstumamente, en 1994, apareció su libro Las tertulias de Madrid. Parte de su aguda obra crítica ha quedado recogida en dos títulos: El genio cómico y otros ensayos, 1965, y Ensayos sobre literatura, 1994. Su figura y su labor literaria, a pesar de haber concitado siempre una notable estima entre sus conocedores y estudiosos, habían quedado bastante olvidadas. Situación que desde unos años a esta parte parece haber comenzado a cambiar, merced a la reedición de buena parte de su producción y a una más destacada atención por parte de los comentaristas actuales.

FERNÁN CABALLERO. Ver Böhl de Faber, Cecilia.

FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao. Nació en La Coruña en fecha no bien precisada, aunque por lo general los diferentes biógrafos y comentaristas de su obra suelen situar entre 1884 y 1886. Al respecto, Eugenio de Nora, por ejemplo, propone 1884, mientras que José Carlos Mainer, en cuya monografía sobre el escritor -Análisis de una insatisfacción: las novelas de W. Fernández Flórez- revisa y aventura las razones de esta falta de concreción se decanta por 1885, y aún hay quien la adelanta hasta 1879. Falleció en Madrid en 1964. Durante toda su vida se dedicó al periodismo y a la literatura. Desde muy joven comenzó a colaborar en diarios gallegos. Primero en el coruñés La Mañana, más tarde en el Heraldo de Galicia, Tierra gallega, Diario ferrolano y El Noroeste. En 1905 llegó a Madrid. Poco después comenzó a publicar relatos en las colecciones de novela breve que proliferaron en los primeros lustros del siglo, a la vez continuó su labor periodística en cabeceras de la capital. Primero en El Parlamentario, luego en El Imparcial, y desde 1916 en ABC, donde a propuesta de *Azorín*, reemplazó al escritor noventayochista en su puesto de cronista parlamentario. En este diario permanecería ya toda su vida, logrando -según señala Mainer, (obra cit.)- "un perfecto entendimiento entre empresarios y redactor, tanto a niveles ideológico como crematísticos", y en el cual alcanzó pronta celebridad con sus comentarios parlamentarios que recogía en Acotaciones de un oyente, "piezas magistrales del periodismo político español" -a juicio de Mainer (en la introducción del historiador a la edición de Volvoreta en la editorial Cátedra)- y que se prolongarían hasta 1934. Fue consolidando una imagen de hombre conservador en sus convicciones, lo que no le impide censurar concepciones y formas de vida de la burguesía española, a la vez que refinado en los modales y atildado en el vestir. Tras esa etapa dedicada a los relatos breves publicados en las colecciones de la época, en las que el escritor llegó a alcanzar impresionantes tiradas y gran renombre, y cuya colaboración en este tipo de publicaciones continuaría de manera ininterrumpida hasta que dejaron de existir; saltó al libro en 1910, con la publicación de La tristeza de la paz, conjunto de relatos cortos de filiación modernista y que fue acogido con más pena que gloria. A este título siguieron la novela La procesión de los días (1914); otro

libro de relatos, Luz de luna (1915); y una novela breve, La familia Gomar (1915). En 1917 aparece su segunda novela, Volvoreta, cuya recepción resultó muy favorable. Por ella no sólo recibió el premio del Círculo de Bellas Artes, sino que le reportó gran popularidad al autor. Aún hoy algunos críticos la cuentan entre las obras más logradas de Fernández Flórez. Al año siguiente publica tres relatos en un volumen de conjunto, y en 1920, Ha entrado un ladrón, donde ya se apunta esa vena de humor sarcástico y desolado que caracterizaría su producción a lo largo de toda su carrera de escritor, etiqueta bajo la que por hábito viene apareciendo en los manuales y tratados de historia de la literatura. Humorismo que se afianza con El secreto de Barba Azul (1923) y que se prolongaría en un buen número de títulos posteriores, aquellos que le dieron más popularidad y que configuran lo más granado de su obra. Entre otros: Las siete columnas, 1926, una de sus más reputadas narraciones; Relato inmoral, 1927 ó 1928; Los que no fuimos a la guerra, 1930; El malvado Caravel, 1931; El hombre que se compró un automóvil, 1932; Aventuras del caballero Rogelio de Amaral, 1933; o Los trabajos del detective Ring, 1934. Durante los primeros tiempos de la guerra civil española el escritor estuvo refugiado en una legación extranjera hasta que a mediados de 1937 pudo pasar a la denominada zona nacional. Fruto de esta experiencia es Una isla en el mar rojo, 1939. A la que seguiría una hostil farsa sobre la guerra en la zona republicana, La novela número 13, 1941. En 1943 aparece, El bosque animado, relato con un predominio de lo lírico que poco tiene que ver con sus anteriores sátiras, y que, con casi absoluta unanimidad por parte de la crítica, ha sido considerada la más lograda novela del autor. Con posterioridad aún publicó algunos otros títulos -El sistema Pelegrín (1949) y Aventuras del caballero Florestán de Palier (1959)- que por su más bien escaso interés poco añadieron a la obra anterior. En afirmación de Eugenio de Nora, fue uno de los escritores más leídos de España, sin embargo, su obra ha ido quedando sumida en el olvido. Una más amplia información puede encontrarse en múltiples estudios parciales y en dos monografía, la ya citada de Mainer y otra anterior, del año 1968, Wenceslao Fernández Flórez y sus novelas, firmada por Albert Philip Mature.

FERNÁNDEZ DE LA REGUERA, Ricardo. Nació en Barcenillas, Santander, en 1916. Licenciado en Filosofía y Letras. Se ha dedicado a la docencia, ejerciendo como profesor en la Universidad de Barcelona. Su carrera novelística comenzó en 1947, con la publicación de Un hombre a la deriva. A la que siguieron dos relatos ambientados en la guerra civil española y que han sido considerado, en opinión generalizada entre la crítica, sus más logradas obras: Cuando voy a morir (1951) y Cuerpo a tierra (1954). Con posterioridad publicó otras novelas: Perdimos el paraíso (1955), Bienaventurados los que aman (1955), Vagabundos provisionales (1959), Experimento (1963) y Un hombre llamado Roni (1982). Obra que se completa con los aquí mencionados Episodios nacionales contemporáneos, que escribió en colaboración con su mujer, Susana March (véase MARCH, Susana, en el correspondiente lugar de este apéndice), y que comenzaron a publicar a partir de 1963.

FERNÁNDEZ PIÑERO, Julián (utiliza el seudónimo de *Juan Ferragut*). Escritor casi del todo desconocido, del que sólo he encontrado mención en el segundo volumen de La novela de un literato, de Rafael Cansinos Assens. Se refiere a él como "un joven sevillano que escribe en Prensa Gráfica y ha hecho famoso su seudónimo *Ferragut* (...) grita en Recoletos que él es quien le escribe sus novelas a *El caballero audaz* y se queja de la tacañería con que el escritor erótico le retribuye" (pág. 138, en la edición de Alianza editorial).

GALÁN, Fermín. Poco, más bien nada, puede decirse de la dimensión literaria de este autor, dado que ésta es la única narración que dejó escrita, y lo demás fueron algunos artículos no literarios firmados con el seudónimo de *C. Farga* en Nueva España (Víctor Fuentes, La marcha al pueblo en las letras españolas 1917-1936). Su proyección histórica hay que buscarla en el liderazgo que ejerció en la fracasada intentona de levantamientos militar en pro de la II República en la ciudad de Jaca el día 12 de diciembre de 1930, acción por la que fue fusilado dos días más tarde. Había nacido en 1899 y hasta ese momento su vida había

estado ligada al ejército, en cuyas instituciones educativas había estudiado desde niño. Al salir de la Academia de Infantería fue destinado a Marruecos, donde prestó servicios en la Policía Indígena entre 1919 y 1924. Más tarde solicitó su pase a la Legión, en la que permaneció hasta el año siguiente. En octubre de 1924 resultó herido en combate y recompensado por su actuación. A partir de entonces, tras su traslado a Madrid para convalecer de su herida en el Hospital Militar de Carabanchel, se inicia en él un proceso de transformación que llevará al capitán Galán a posiciones políticas republicanas e izquierdistas y a participar en el intento de derrocamiento de la dictadura primorriverista, en la conspiración conocida como de la noche de San Juan, y más tarde a ponerse a la cabeza del levantamiento de Jaca. Tras el advenimiento de la II República, la figura de Fermín Galán se agigantó, alcanzando el rango de héroe y protomártir de la causa y se convirtió en un referente para la izquierda republicana, de lo que dan prueba el número de escritos aparecidos sobre su persona. Entre ellos, cabe mencionar la parcial -porque sólo se refiere a una etapa- biografía del militar que con el título de Vida de Fermín Galán publicaron en 1931 -en la editorial Zeus- dos amigos y correligionarios suyos: Joaquín Arderius y José Díaz Fernández. Libro en el que se puede encontrar una información detallada sobre la actividad militar y, sobre todo, política del personaje.

GARCÍA FIGUERAS, Tomás. Nació en 1892 en Jerez de la Frontera. Desconozco la fecha y lugar de su fallecimiento. En 1910 ingresó en la Academia militar de Artillería, de donde salió en 1915 como primer teniente. Tras diplomarse en la Escuela Superior de Guerra marchó al Protectorado de España en Marruecos, donde, entre otros cometidos, desempeñó los cargos de: Interventor Regional en Larache; Inspector de la Seguridad y Jefe de la Oficina de Información en Tánger; Delegado de Asuntos Indígenas; Delegado de Economía, Industria y Comercio; y Delegado de Educación y Cultura. En 1927 ejerció también durante un corto periodo como profesor de la Academia de Artillería. Compaginó la tarea militar con la de escritor especializado en asuntos marroquíes. Entre sus múltiples obras dentro de este campo,



cabe mencionar: Acción de España en Marruecos, 1929, por la que recibió el Premio Nacional del Ayuntamiento de Madrid de 1928; Marruecos, 1939; Africa en la acción española, 1947; o Recuerdos centenarios de una guerra romántica, 1961. Colaboró en numerosos diarios y revistas, desde la Revista de tropas coloniales -luego Africa- hasta ABC, pasando por Mauritania, Mundo, La Vanguardia o Ya. Dentro de la narrativa de ficción publicó al menos otros tres títulos también relacionados con Marruecos: un volumen de relatos breves, Cuentos de Yehá, en el año 1940, por el que recibió el Premio Nacional de Literatura Francisco Franco; y las dos novelas convocadas en estas páginas, Del Marruecos feudal (1930) y Ramadán de paz (1946), galardonada con el Premio Nacional del Ministerio del Ejército. Con todo, tal vez su más estimable contribución al mundo de las letras es el legado que hizo a la Biblioteca Nacional de Madrid de su biblioteca particular, extraordinaria aportación de miles de libros, catálogos, revistas y periódicos, muchos de ellos ejemplares únicos, y en su conjunto *corpus* imprescindible para el estudio de la presencia española en el país norteafricano.

GARCÍA DE PRUNEDA, Salvador. Madrileño, nacido en 1912, aunque no tengo noticia de si en estos momentos vive aún. Licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho. Fue profesor auxiliar de Derecho Internacional durante un breve tiempo, para ingresar más tarde en la carrera diplomática, donde desarrolló su trayectoria profesional en distintos cargos, varios de ellos radicados en localidades del norte de África. Durante algunos años de su primera infancia residió en Ceuta, lugar donde estuvo destinado su padre, militar de carrera. Él mismo combatió en el bando nacionalista durante la guerra civil, resultando herido de gravedad en la campaña de Cataluña y finalizando la contienda con el empleo de capitán. Guerra que rememora en su primera novela, La soledad de Alcuneza, de 1961. A ésta, seguirán otras dos evocaciones de los tiempos anteriores al conflicto español: La encrucijada de Carabanchel, por la que recibió el Premio Nacional de Literatura en 1963, y La puerta falsa, en 1969. Con posterioridad, en 1971, publicó El Corpus Christi de Francisco Sánchez.

GAYA NUÑO, Juan Antonio. Nació en Tardelcuende (Soria) en 1913 y falleció en Madrid en 1976. Estudio Filosofía y Letras, ejerciendo durante el periodo de anteguerra como profesor en el Instituto de Enseñanza Media de Soria. A comienzos de la guerra civil, su padre fue fusilado por los levantados contra la República, lo que llevó a Juan Antonio, que por esas fechas se encontraba en Madrid, a alistarse como combatiente en el bando republicano. Al finalizar la contienda es juzgado y condenado a veinte años de reclusión. En 1943 alcanzará la libertad tras haber pasado por un buen número de penales. A partir de entonces comenzará a desarrollar su tarea como crítico e historiador de arte en revistas y libros que lo llevará, a comienzos de los sesenta, a ser considerado un profundo conocedor y reputado crítico en la materia. En paralelo a su actividad como estudioso y divulgador de cuestiones artísticas, comienza a desarrollar una carrera como narrador, la cual se inicia con la publicación en 1953 de El Santero de San Saturio, al que seguiría en 1962 Tratado de mendicidad, libros ambos de prosa literaria pero de difícil adscripción en ningún género literario establecido. Con posterioridad a Historia del cautivo, aparecieron Los gatos salvajes y otras historias (1968), conjunto de relatos breves con argumentos centrados en la guerra civil y en ambientes españoles de postguerra, y Los monstruos prestigiosos (1971), libro de cuentos sobre seres mitológicos. Obra que se completa con otro relato breve, La crónica celestial, publicado en la revista Insula en 1970. Su dedicación literaria, no obstante la escasa difusión que ha alcanzado, suscita un juicio laudatorio de la crítica, y no sólo por el muy aplaudido título examinado en las páginas de este estudio, sino en su totalidad. Sirvan como ejemplo de esta apreciación las palabras que le dedica Santos Sanz Villanueva: "(...) Es uno de los autores actuales de prosa más rigurosa", Tendencias de la novela española actual (1950-1970). Sobre su figura existe una interesante monografía que abarca amplios perfiles de su biografía y de su obra en los ámbitos literario y como estudioso del arte, Gaya Nuño y su tiempo, de José María Martínez Laseca e Ignacio del Río Chicote.

GIL RUIZ, Severiano. Nació en Nador en 1955. Autor del que apenas poseo otra información que la breve noticia que aportan las solapas de algunas de sus obras, a las que me remito en estas líneas. Residente en Melilla desde la mitad de los sesenta, ligado al ejército por profesión y miembro de la Asociación de Estudios Melillenses. Colaborador habitual en la prensa local, donde ha dado a conocer Historia de Melilla a través de sus familias, y en revistas de ámbito nacional: Defensa, Guión y Ejército. Su obra de ficción, al menos la publicada, se inicia con una de las novelas examinadas en este estudio, Prisioneros en el Rif (1990). A la que siguió una trilogía sobre Melilla en distintos momentos de su historia compuesta por: El canón del Gurugú (1991), La tierra entregada (1994) y Jádir (1995). Autor también de algún o algunos títulos de carácter histórico acerca de aquella guerra o cuestiones relacionadas con ella, pero sobre los cuales carezco de información.

GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto. Nació en Madrid en 1899 -fecha que Ramón Gómez de la Serna adelanta a 1898 en la reseña que hizo de Los toros, las castañuelas y la Virgen para la Revista de Occidente- y falleció en esta misma ciudad en 1988. Su dilatada actividad cultural se repartió entre la escritura, sobre todo en el terreno de la crítica y el ensayo sobre variados asuntos, lo que llevó a cabo en libros, diarios y revistas; la labor de promotor y difusor de la literatura en los últimos años veinte y primeros de la década siguiente, fundando y dirigiendo la revista La Gaceta Literaria (1927-1932); la dedicación a la docencia, primero como lector de español en la Universidad de Estrasburgo y más tarde como catedrático de Literatura en el Instituto de Enseñanza Media "Cardenal Cisneros" de Madrid; y su tarea como ideólogo del fascismo español en los años treinta. Entre sus obras, además de las ya citadas Notas marruecas de un soldado, son de recordar las escritas en la década de los veinte, las cuales, a juicio de Juan Manuel Bonet -en el artículo que dedica a Giménez Caballero en su Diccionario de las vanguardias en España- "constituyen uno de los *corpus* de prosa vanguardista más importantes de la literatura española", obras de carácter ensayístico como: Carteles, 1927; Los toros, las castañuelas y la Virgen, 1927; Hércules jugando a los dados,

1928; Yo, inspector de alcantarillas, 1928; Julepe de menta, 1929, y Trabalenguas sobre España, 1931. Su decantación y posterior profundización en la ideología fascista se manifiesta en libros como: Circuito Imperial, 1929; En torno al casticismo de Italia, 1929; Genio de España, 1932, la más importante de todas; Arte y Estado, 1935; o Exaltación del matrimonio, 1936. Al margen de estos dos grandes grupos quedan algunos títulos como El belen de Salzillo en Murcia, de 1934 o Memorias de un dictador, de 1979. Poco puede añadirse a lo ya dicho sobre la figura de Giménez Caballero, cuya obra es ampliamente conocida y ha suscitado polémicos y encontrados juicios, algunos de los cuales pueden verse en estudios como, por sólo citar los más amplios o los que ofrecen valoraciones opuestas: Prosa vanguardista en la generación del 27 (Gecé y "La Gaceta Literaria"), de Miguel Angel Hernando; Giménez Caballero y "La Gaceta Literaria" (o la generación del 27), de Lucy Tandy y María Sferrazza; La Edad de Plata(1902-1939), de José Carlos Mainer; o Literatura fascista española, de Julio Rodríguez Puértolas.

GONZÁLEZ, Fernando. Autor gallego nacido en 1939 y fallecido en 1980. Dedicado al periodismo, labor que en sus últimos años compaginó con la de escritor de libros. Fue asiduo colaborador del semanario Triunfo, fundador y miembro del consejo de redacción de Historia Internacional, director adjunto del semanario Reporter, redactor jefe del diario Informaciones y colaboró en distintos medios, entre otros: El País, Doblón, Posible y Radio Nacional. Su primera incursión en el terreno de la ficción narrativa se produce con la novela Memorias de un fascista español, de 1977, a la que siguió Kábila, la tratada en estas páginas. Por medio, en 1978, publicó el ensayo Liturgias para un Caudillo. Desconozco si dejó alguna obra inédita aparecida tras su prematura muerte.

GONZÁLEZ RUANO, César. Nació en Madrid en 1902 -fecha que dan Valbuena Prat, en el cuarto volumen de su Historia de la literatura española, y Nora en el segundo de La novela española contemporánea- o 1903 -año que, por ejemplo, indican Ricardo Gullón, en

su Diccionario de literatura española e hispanoamericana, y Juan Manuel Bonet en Diccionario de las vanguardias en España 1907-1936- y falleció en 1965, aunque también en este dato Valbuena retrasa la fecha hasta 1966. Estudió Derecho, pero su dedicación desde muy joven se orientó hacia la literatura y el periodismo. Sus primeros artículos se publicaron en el semanario de Sigüenza La Defensa. Con posterioridad fue redactor en múltiples diarios, entre otros: La Época, Heraldo de Madrid, Informaciones o ABC, además de ejercer la corresponsalía en distintos lugares del extranjero. Su labor como escritor se dispersa en casi todos los géneros. Comenzó en la lírica modernista y más tarde se aproximó al movimiento ultraísta, publicando numerosos títulos de prosa poética y verso durante la década de los veinte, entre ellos: De la locura, del pecado y de la muerte, 1921; Otoño, 1921; El que pasó sin mirar, 1922; Poemas de la ciudad, 1922; o Viaducto, el más importante de esta etapa, a juicio de Juan Manuel Bonet. Pasada la época de las vanguardias, siguió publicando poesía en libros como: Ángel en llamas, 1941; El errante, 1942; Vía Aurea, 1944. Parte de toda su obra poética quedó recogida tras su muerte en el volumen Poesía, aparecido en 1984. Sin abandonar nunca la lírica, se dedicó también a la prosa en reportajes, biografías, crítica literaria o memorias. En esta parcela, de entre sus múltiples obras, cabe señalar: Azorín, Baroja, nuevas estéticas y otros ensayos, 1923; Un español en Portugal, 1928; Baudelaire, 1931; Casanova, 1931; Caras, caretas y carotas, 1931; Madrid, entrevistado, 1934; Mata-Hari, 1944; Siluetas de escritores contemporáneos, 1949; La memoria veranea, 1960; y, sobre todas ellas, sus memorias, Mi medio siglo se confiesa a medias (1951), de gran interés para acercarse a la época de las vanguardias. En el terreno de la ficción escribió algunas obras para la escena y un buen puñado de novelas: La inmolada, 1926; Circe, 1935; La alegría de andar, 1943, Manuel de Montparnasse, 1944; Imitación del amor, 1947; Ni César ni nada, 1951; Los oscuros dominios, 1953; Cita con el pasado, 1954; y el volumen de novelas breves, A todo el mundo no le gusta el amarillo, 1961.

HERNÁNDEZ MIR, Francisco. Carezco de datos sobre fechas y lugares de nacimiento y muerte. Fue colaborador del diario madrileño La Libertad. Desde Marruecos, donde se encontraba en calidad de periodista destacado para cubrir la información sobre los acontecimientos que iban sucediendo en el país norteafricano, escribió asiduamente crónicas sobre la marcha de la guerra durante varios años para la citada publicación. Su firma se hace habitual desde los días inmediatos al desastre de Annual. Su dedicación a la creación literaria debió de ser ocasional, desconozco si contribuyó a este campo con algún otro título además del tratado en estas páginas. Sí compuso, sin embargo, libros de carácter periodístico o divulgativo sobre acontecimientos de su tiempo, entre ellos algunos en los que analizaba aspectos de la cuestión marroquí, tales como: Del desastre al fracaso (1922), Alianza contra el Rif (1926), Del Rif a Yebala (1927) o La Dictadura en Marruecos (1930).

HOYOS Y VINENT, Antonio (de). Nació en Madrid en 1885 y murió en una cárcel de esta misma ciudad en 1940, lugar donde había sido recluido por los vencedores de la guerra civil. De ascendencia aristocrática -heredó de su padre el marquesado de Vinent-, estudió en el extranjero, en Viena y Oxford, y su dedicación a la escritura comenzó a temprana edad. Alternó la actividad de novelista y ensayista con la de columnista en la prensa. Eugenio G. de Nora distingue tres orientaciones diferenciadas en su amplia producción narrativa. Una primera de suave crítica social, con libros "inmaduros y escasamente originales", como: Cuestión de ambiente (1903), Erivolidad (1905) o Los emigrantes (1909). Un segundo periodo de carácter erótico, "el más característico y valioso", donde destacan: La vejez de Heliogábalo (1912), El horror de morir (1914), El monstruo (1915) o El pasado (1916). Y una tercera orientada hacia el misticismo, que el crítico considera la de menor interés. Tan extensa obra suscita encontradas valoraciones en cuanto a su calidad. Mientras Nora descubre en ella luces y sombras, y lo considera "prosista de cualidades relevantes, aunque amanerado siempre, y de escaso poder creador como novelista" -La novela española contemporánea, vol. I-, el juicio que le merece a Andrés Trapiello no es tan benevolente y antepone la figura

humana del escritor a su obra, de la que llega a decir "lo mejor que puede sucederle a ésta es que no se reedite jamás" -Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)-. En ambos libros puede encontrarse una más amplia información sobre este autor.

LEÓN Y ROMÁN, Ricardo. Nació en 1877 -en Barcelona, aunque se considerase malagueño, porque allí transcurrió su infancia, según apunta Eugenio G. de Nora- y murió en Torreldones (Madrid) en 1943. Tras una etapa como empleado del Banco de España, su dedicación se centra en la literatura. Fue escritor en variados géneros. Poeta, con títulos como: Lira de bronce (1901) y Alivio de caminantes (1911). Ensayista, en: La escuela de los sofistas (1910), Los caballeros de la Cruz (1916) o La voz de la sangre (1921). También ejerció de cronista durante la primera guerra mundial, trabajos que reunió en el volumen Europa trágica (1917-1919). Sin embargo, el reconocimiento público y la gran popularidad de que gozó le llegaron de la mano de su labor como novelista. León llevó a la novela las más anacrónicas ideas sobre el patriotismo, el heroísmo, el honor, el amor puro o el ideal místico con un enfoque fuera de época y con una prosa acartonada y declamatoria, empapada de un añoso y mortecino lirismo, que en su momento pasó por primorosa. Tal vez fue esto lo que le granjeó el favor de las clases mesocráticas, que hicieron de él su modelo de literato. Durante una quincena de años sus obras alcanzaron grandes tiradas y la atención de la crítica literaria del momento, buena prueba de ello es que uno de los más reputados comentaristas y estudiosos de la literatura por aquellos días, Gómez de Baquero, *Andrenio*, lo incluye en la nómina de los autores analizados en su libro Novelas y novelistas junto a figuras de la indiscutible talla de Pérez Galdós, Baroja, Valle-Inclán, Unamuno, Pérez de Ayala o Pardo Bazán. Por otro lado, su afiliación al Partido Conservador de Antonio Maura le abrió las puertas de la Real Academia Española a edad temprana, en 1912. Entre sus títulos en este género hay que mencionar: Casta de hidalgos, 1908, su primera novela; Comedia sentimental, 1909; Alcalá de los Zegríes, 1909; El amor de los amores, 1911; Los centauros, 1912; Amor de caridad, 1922; Humos de rey, 1923; El hombre nuevo, 1925, Los trabajadores de la

muerte, 1927, Las niñas de mis ojos, 1929; Las siete vidas de Tomás Portolés, 1931, o Cristo en los infiernos, 1943. A los que habría que añadir algunas novelas cortas y cuentos.

LÓPEZ GARCÍA, David. Cuanto conozco de este autor procede de la contraportada de su novela Raisuni y de la lectura de sus dos obras. Nació en Alhama de Murcia en 1949. Ejerce como profesor de Literatura y ha vivido algunos años en Marruecos. En cuanto a su obra, además del ya mencionado título, publicado en 1991 y objeto de atención en este trabajo, en el citado lugar se indica que ha publicado ensayos sobre arte, poemas, cuentos y artículos, sin más explicitación al respecto. Entre sus publicaciones posteriores a la señalada novela, hay que mencionar El blocao y el oriente. Una introducción al estudio de la narrativa del siglo XX de tema marroquí (1994), libro en el que ofrece un sintético panorama del tratamiento que el asunto marroquí ha recibido en el relato español, distinguiendo con acierto dos corrientes fundamentales: el relato de temática colonialista, atento sobre todo a los conflictos bélicos, y el relato de corte orientalista, que recoge la fascinación que aquella civilización ha ejercido sobre los escritores de este otro lado del Estrecho.

LÓPEZ RIENDA, Rafael. Autor sobre el que parece haber caído un generalizado manto de silencio, dada la escasez de noticias sobre su persona y obra; razón por la que desconozco los datos relativos a la fecha y lugar de nacimiento. Alternó las labores de periodista y escritor. Habitual colaborador de El Sol y director del Diario Marroquí de Larache. Publicó libros de distintos géneros. Fue uno de los más destacados corresponsales de prensa encargados de seguir los acontecimientos de la guerra, y a ella dedicó un buen número de volúmenes. Entre sus novelas hay varias que recrean el conflicto: Tánger, pequeño Montecarlo, Aguilas de acero, Bajo el sol africano, o Mi legionario. Todas ellas se examinan en el cuerpo de este trabajo, por lo que remito a ese lugar para mayor información al respecto. También escribió obras de asunto distinto, como, por ejemplo, El Carmen de los claveles. En su faceta de divulgador de cuestiones relacionadas con la campaña bélica en



Marruecos, redactó varios títulos de investigación periodística o de análisis de la realidad inmediata, entre los que cabe citar: El escándalo del millón de Larache, Del Uarga a Alhucemas -conocido también como Abd-el-Krim contra Francia- o Raisuni, de Silvestre a Burguete. Sólo, o en colaboración con otros, escribió también comedias: ¡Pocholo es un hacha!, La ruleta trágica, El héroe de la Legión -de asunto relacionado con este conflicto-, Milagrosa, o El retrato de Friné. Incluso compuso el libreto para la zarzuela El tesoro de Tutankamen. Falleció en septiembre de 1928 a la temprana edad de treinta y un años.

LOTI, Pierre es el seudónimo de Louis Marie Julien Viaud, (1850-1923). Miembro de la armada francesa y prolífico narrador que gozó de amplia difusión. La mayor parte de sus relatos están conectados con su propia biografía y con sus múltiples viajes. Entre ellos pueden mencionarse: Le mariage de Loti (1882), Mon frère Ives (1883), Au Maroc (1890), Les trois dames de la Kasbah (1890), Le desert (1896) o La hyène enragée (1916). Su espíritu romántico le llevó a enamorarse de la Estambul otomana. Durante varios años vivió en el barrio de Eyüp, donde mantuvo relaciones amorosas con una mujer turca casada, denominada por él Aziyadé, nombre que le sirvió de título para la primera y más famosa de sus novelas (Aziyadé, 1879). Loti noveló con una perspectiva de romanticismo orientalista la vida de Estambul durante la época de los últimos sultanes.

MARCH, Susana. Nació en Barcelona en 1915 -tal vez en 1918, si hacemos caso a la fecha que da Eugenio G. de Nora en el tercer volumen de La novela española contemporánea- y falleció en 1991. Alternó la creación poética con la narrativa. En el campo de la lírica es autora de unos cuantos libros de carácter intimista: Rutas (1918), La pasión desvelada (1946), Ardiente voz (1948), El viento (1951), La tristeza, (1953), Esta mujer que soy (1959), Los poemas del hijo, (1970) y Poemas de la Plaza Real (1987). Entre sus títulos como narradora destacan: Nido de vencejos (1943), Canto rodado (1944) y las dos obras que se consideran más logradas, Nina (1949) y Algo muere cada día (1955). Además, corredactó, en

colaboración con su marido, el también novelista Ricardo Fernández de la Reguera (véase FERNÁNDEZ DE LA REGUERA, Ricardo, en este mismo apéndice), los Episodios Nacionales Contemporáneos.

MATA Y FONTANET, Pedro. Nació en Reus, Tarragona, en 1811 y falleció en Madrid en 1877. Fue médico y escritor de tendencia -según señala el Diccionario de literatura española e hispanoamericana, de Ricardo Gullón- liberal progresista. Su obra poética quedó recogida en el volumen Fotografía internas, de 1875. Entre sus títulos novelescos, además del mencionado en este trabajo, cabe recordar: Las amazonas (1852), El idiota o los trabucaires del Pirineo (1856), La campana del terror (1860) o La monja enterrada en vida (1860).

MICÓ ESPAÑA, Carlos. No dispongo de información sobre las fechas y lugares de su nacimiento y muerte. Autor carente de cualquier proyección dentro del campo literario. Ejerció como periodista y se enroló en la Legión, donde permaneció un corto periodo de tiempo, llegando a alcanzar el empleo de cabo o suboficial, pues con ambos rangos se automenciona en sus escritos. Resultó herido en combate, según él mismo señala en Los caballeros de la Legión (1922), libro de memorias sobre su paso por este Cuerpo, en el cual da noticia de sus andanzas y de los personajes con los que se relacionó durante esta etapa de su vida. De su biografía poco o nada se sabe hoy, sólo Rafael Cansinos Assens -en el segundo volumen de La novela de un literato- hace una breve alusión a su persona, constatando lo aquí ya señalado y juzgándolo como "un mala cabeza". Al parecer, también era miembro de una sociedad teosófica. Su escasa obra literaria, en lo que alcanzo a conocer -y no he encontrado lugar alguno donde se amplie esta información-, está formada por tres novelas breves ambientadas en Marruecos. Las dos aquí recogidas, cuyo asunto se enmarca dentro del mundo legionario, y una tercera, La sed, centrada en los rifeños, de la que se habla en el correspondiente apartado de este estudio.

MUÑOZ, Isaac. Nació en Granada en 1885 y falleció en Madrid en 1924. Escritor hoy bastante olvidado. Muñoz proclamaba su ascendencia árabe, aunque según señala Eugenio G. de Nora -en el primer volumen de La novela española contemporánea- esto parece ser un dato vago. Sin embargo, el mismo crítico confirma que viajó por Marruecos y estudió en las universidades de Argel y El Cairo. Nora lo considera un novelista erótico cercano en sus presupuestos a los de Henry Miller, y cuyo literaturizado orientalismo "muy difícilmente escapa a la banalidad". Entre sus obras de ficción pueden señalarse: Vida, 1904; Voluptuosidad, 1905; Morena y trágica, 1908; La fiesta de la sangre, 1909, (aparecida en 1913 con el título de Un héroe del Mogreb); Alma infanzona, 1910; Los ojos de Astarté, 1911; Ambigua y cruel, 1912; Esmeralda de Oriente, 1914; y La sombra de una Infanta, 1916. Además, escribió otros libros de carácter divulgativo sobre Marruecos, como, por ejemplo, La corte de Tetuán o La agonía del Mogreb. Era funcionario de archivos y también ejerció de redactor de prensa en El Herald de Madrid y en Nuevo Mundo. En el primero de estos diarios publicó un buen número de artículos sobre sus viajes por el norte de África, entre los que cabe mencionar la serie que dedicó a Marruecos entre 1911 y 1912, en los que, al decir de Andrée Bachoud -en Los españoles ante las campañas de Marruecos- fue destilando su visión y pensamiento sobre el islam, el país norteafricano y la labor de colonización de las potencias europeas en aquella zona. Sobre este último aspecto escribió Política colonialista (1912), donde analizó la cuestión dando prioridad a la política de penetración pacífica sobre la militar, según sostiene la historiadora francesa, en cuyo libro puede encontrarse una más amplia información sobre las ideas de Muñoz acerca del colonialismo.

NOEL, Eugenio. Autor cuyo verdadero nombre era Eugenio Muñoz Díaz, nacido en Madrid en 1885 y fallecido en Barcelona en 1936. De origen humilde, estudió durante algunos años en un seminario, que más tarde abandonó. Aunque había publicado alguna novela breve con anterioridad, fueron las crónicas sobre la campaña de Marruecos convocadas en esta tesis las que comenzaron a popularizar su figura, debido al escándalo que supusieron.

Novelista y ensayista generalmente emparentado con la generación del 98, considerado su "epígono", su "legítimo heredero" o reflejo caricaturesco de la fusión de todos los autores de este grupo, según el criterio expresado por algunos de los diversos críticos que le han prestado atención. Se hizo famoso más por sus vehementes campañas denostando lo que el consideraba lacras nacionales -los toros, el flamenco, los curas y la religión, etc.- que por su producción literaria. Entre los muchos retratos que su personalidad suscitó entre sus contemporáneos destacan aquellos que le dedica Rafael Cansinos Assens. Su juicio fluctúa entre denominarlo "apostol de la cultura" habituado a saltar a la plaza pública para declamar unas ideas donde la sinceridad y la mixtificación se mezclan "con el ardor de todos los iluminados" -La nueva literatura (1898-1900-1916), vol. II, pp.109 y ss.- y el comentario satírico y cruel: "(...) Es un hombre pequeño que trata de empinarse y fuerza el grito para llamar la atención sobre su personilla (...) Eugenio Noel es el hombre que se arrodilla, o poco menos, ante los editores y se pone patético y hasta llora, para que le tomen un libro (...) es la encarnación del quiero y no puedo. Lo que proverbialmente se llama un enano de la venta. ¡Si tuviera un palmo más de estatura!" (La novela de un literato, vol. I, pp.295-296). Una buena parte de su obra la forman novelas breves, que reunió en varios volúmenes, entre ellos: El rey se divierte, 1913; El "allegretto" de la Sinfonía VII, 1918; El picador Veneno y otras novelas, 1927; o La novela de un toro, 1931. Entre las de dimensión estándar, cabe mencionar Los frailes de San Benito tuvieron una vez hambre, Un espíritu puro que no tiene cuerpo o, su narración más conocida, Las siete cucas, de 1927. Además compuso un buen número de libros de reportaje o de carácter ensayístico, entre otros: Pan y toros, 1913; Nervios de la raza, 1915; Las capeas, 1915; Señoritos chulos, fenómenos, gitanos y flamencos, 1916; Piel de España, 1917; Raza y alma, 1926; o Aguafuertes ibéricos, 1927.

NÚÑEZ DE ARCE, Gaspar. Vallisoletano nacido en 1832 ó 1834 -fecha dudosa, ya que fluctúa dependiendo de las fuentes consultadas- y fallecido en Madrid en 1903. Al igual que

Pedro Antonio de Alarcón se convirtió en testigo y ocasional periodista durante la campaña africana de O'Donnell, aunque su dedicación posterior se orientó hacia la política y la poesía. En el primer ámbito, fue diputado, senador, gobernador civil de Barcelona y ministro de Ultramar en el gabinete de Sagasta. Como poeta, ocupa, junto a Campoamor, el hueco creativo que este género tuvo entre Bécquer y los primeros modernistas, una época de claro predominio prosístico y poco proclive a la lírica, sobre todo, cual sucede en el presente caso, cuando la temática y asuntos no se antojan los más adecuados para el género. Tal vez por ello, aunque en su momento gozó de notable estima y llegó a ocupar sillón en la Real Academia Española, su aliento poético ha quedado bastante trasnochado y en la actualidad no goza de demasiada estima, considerándosele por hábito como una voz más declamatoria y altisonante que sentida. En 1875 apareció su primera obra, Gitos de combate, a la que seguirían títulos como: Ultima lamentación de Lord Byron, 1879; La selva oscura, 1879; El vértigo, 1879; La visión de fray Martín, 1880; Hernán el Lobo, 1881; La pesca, 1884; Maruja, 1886; Poemas cortos, 1895; y Sursum Corda, 1900. Escribió también algunas comedias de costumbres -Deudas de honra y Quien debe, paga- y dramas, cuyo más conocido título es El haz de leña, de 1872.

PÉREZ GALDÓS, Benito. Nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1843 y falleció en Madrid en 1920. Teniendo en cuenta que nos encontramos ante una de las figuras mayores de la literatura española de todos los tiempos y la abrumadora bibliografía existente sobre su figura y su obra, estimo innecesario cualquier comentario sobre su persona o trayectoria artística. Tan sólo señalar que en esa evocación novelesca de buena parte del acontecer histórico del siglo XIX español que llevó a cabo en los Episodios Nacionales, también le llegó el turno a la campaña militar orquestada y dirigida por el general O'Donnell en Marruecos, la denominada Guerra de África, en el episodio 36, Aita Tettauén, y parte del 37, Carlos VI en la Rápita, correspondientes a la cuarta serie. Únicas obras, en lo que alcanzó a conocer, donde ficcionalizó este asunto. Estas novelas le exigieron un importante esfuerzo de

documentación y en ellas ofreció una visión particular y diferente a la que hasta entonces habían ofrecido las anteriores aportaciones literarias al respecto. Aspectos sobre los que no incidiré más en este lugar por quedar reflejados en el correspondiente capítulo de este estudio.

REQUENA, Fermín. De origen onubense (desconozco otros datos relativos a su fecha de nacimiento y muerte). Maestro nacional que ejerció durante la década de los veinte y primera parte de los treinta su profesión en Melilla. Compaginó esta dedicación con labores políticas, periodísticas y con la escritura. En la primera, lideró la Agrupación Liberalista Andaluza en Melilla, formación adherida y representante del Movimiento Nacionalista Andalúz, encabezado por Blas Infante, al otro lado del Estrecho, el cual postulaba una unión de la plaza española en el norte de África con Andalucía. Por este motivo fue despedido y encarcelado tras el levantamiento militar de julio de 1936. Con posterioridad a su excarcelación se asentó en Antequera (Málaga), donde trabajó en el Ayuntamiento de esta ciudad. Durante su etapa melillense, colaboró en diferentes publicaciones periódicas y desempeñó la secretaría de la Asociación de la Prensa de Melilla. Fue director y propietario de dos revistas, El Profeta y Vida Marroquí, así como de una publicación dedicada a los relatos breves: La Novela Africana. Dentro de esta última, dio a conocer al menos tres novelas de cortas dimensiones: las dos examinadas en este estudio, Mohammed y El milagro, y Una mujer sin corazón. Su tarea de escritor se extendió también al campo del ensayo histórico, con títulos como: Algeciras durante la dominación musulmana, Poetas árabes del Califato y Muhammad y Al-Qasim, emires de Algeciras; y al ámbito de la literatura lírica, entre cuyas obras cabe mencionar: Flores de mi tierra, Rincones de la Sierra, Realidad, Mercedes o Entre rosales.

REYES HUERTAS, Antonio. Natural de Camapanario (Badajoz) Nació en 1887 y falleció en 1952. Su quehacer se repartió entre el periodismo, la poesía y la novela. Hoy ha sido relegado al total olvido y resulta difícil encontrar referencias sobre su obra, a pesar de

lo cual, Eugenio G. de Nora, en el primer volumen de La novela española contemporánea, lo califica de "vigoroso narrador que supera su lirismo inicial en sana y fresca objetividad al enfrentarse, en sus novelas de madurez, con la región nativa extremeña." Su obra novelesca, además del título al que dedico atención en estas páginas, está formada por los siguientes: Lo que está en el corazón, 1918; La sangre de la raza, 1919; Los humildes senderos, 1920; La ciénaga, 1921; Agua de turbión, 1924; Fuente serena, 1925; Blasón de almas, 1926; Lo que la arena grabó, 1942; Viento en las campañas, 1950, y La canción de la aldea, 1952. A los que habría que añadir otra serie de títulos en formas narrativas breves.

ROS DE OLANO, Antonio. Nació en Caracas en 1808 y falleció en España en 1886 ó 1887. Fue militar destacado que alcanzó el empleo de teniente general y tras la Guerra de África recibió el marquesado de Guad el Jelú. En su actividad política ejerció de ministro, embajador y senador vitalicio. Alternó estas actividades con su dedicación a la literatura, escribiendo poesías, cuentos, novelas y hasta una comedia en verso, Ni tío ni sobrino, en colaboración con su amigo Espronceda. Relacionado con África, además de los aquí tratados Episodios militares, publicó en 1860 Leyendas de Africa.

RUBIO COLOMA, Jesús. Nació en 1874, pero no poseo información sobre el lugar y fecha de su fallecimiento. Asiduo colaborador de las colecciones de relatos breves. Entre sus títulos de novelas, pueden citarse: La fuerza del amor, 1911; El crimen de la bruja, 1912; La política infame, 1914; El alma de la tierra de Campos, 1926; o ¡A la cárcel!, 1927.

RUIZ ALBÉNIZ, Víctor. En ocasiones utilizó el seudónimo de *El Tebib Arrumi* ("El Médico Cristiano", en dialecto rifeño). Nació en 1885, aunque no puedo precisar dónde, así como tampoco los datos referidos a su fallecimiento. Marchó a Marruecos en 1908, nada más acabar la carrera de Medicina, donde ejerció su profesión en las minas de hierro de Beni-Bu-

Ifrur, como empleado del Sindicato -más tarde, Compañía- Español de Minas del Rif. Fue médico personal del Roghi, y en su trato profesional con los rifeños recibió el nombre de *Tebib Arrumi*, que más tarde adoptaría como seudónimo para sus escritos. En 1909, aprovechando los conocimientos que sobre aquella zona y sus habitantes había adquirido, sirvió de guía a las columnas militares españolas y comenzó a colaborar en el Diario Universal, el periódico romanonista, escribiendo crónicas sobre aquella campaña. Labor que volvería a repetir en este mismo diario durante el desastre de Annual en 1921. Más tarde, y de forma esporádica, también escribió algún artículo para la Revista de Tropas Coloniales. Sus obras sobre Marruecos y los principales acontecimientos allí sucedidos son primero divulgativas y secundariamente de ficción. La primera que publicó fue La campaña del Rif. La verdad de la guerra, editado sin fecha expresa, un folletó sobre la campaña de 1909. A la que siguieron El Riff, de 1912, libro que aúna lo descriptivo, sobre la geografía y la población de la zona, con sus opiniones sobre la pasada guerra y los intereses internacionales en Marruecos; La carga de Taxdirt, de 1914, donde relata la hazaña militar de Cavalcanti; Buifa (Copo de nieve), también de 1914 y, al igual que la anterior, ambientada en la campaña bélica de 1909; España en el Rif, de 1921, libro en la misma línea del de 1912, pero que amplía sus opiniones a la luz de lo que los años de Protectorado han dado de sí. En 1922, aparece Ecce Homo, su obra divulgativa más ambiciosa, donde, tomando como punto de referencia el desastre de Annual, analiza con amplio aparato documental toda la trayectoria política y militar seguida por España en el país norteafricano. Sin embargo, la razón que subyace en este libro es la exculpación del general Dámaso Berenguer de cualquier responsabilidad en la derrota del ejército español, cuya culpa hace recaer en la immeditada actuación del general Fernández Silvestre, que continuó avanzando en territorio rifeño contraviniendo las órdenes que había recibido de aquél. Con su tesis, Ruiz Albéniz, apoyaba la política del Conde de Romanones, que, al acceder a la Presidencia del Consejo, mantuvo a Berenguer en su cargo de Alto Comisario, a pesar de las sospechas de negligencia que se cernían sobre el militar. El escritor actuaba de vocero del que había sido su mentor desde



siempre, primero proporcionándole su trabajo como médico y con posterioridad el de cronista en el periódico de Romanones. Lo que explica que Ruiz Albéniz arremetiera en su libro contra los que señalaron la obvia responsabilidad de Berenguer en aquellos funestos sucesos, cual es el caso de Augusto Vivero -en su obra El derrumbamiento- y algunos periódicos. Su obra de ficción sobre Marruecos, además de los dos títulos antes mencionados sobre la campaña de 1909, y de la novela ¡Kelb Rumi!, examinada también en este estudio, se completa con Lalla Mariem, libro que menciona Eugenio G. de Nora -en el segundo volumen de La novela española contemporánea- pero que desconozco. Con posterioridad, durante la guerra civil española, volvió a ejercer de cronista bélico, en el lado de los vencedores, "por escrito y por Radio Nacional" -según apunta Julio Rodríguez Puértolas en el primer volumen de Literatura fascista española-, a la vez que escribió una obra panélgica sobre Franco, Héroes de España. El Caudillo.

SANTA MARINA Luys. Cuyo nombre completo era Luis Gutiérrez Santamarina, y que adopta la y griega en Luys por "delación barroca, manierista, en sus manifiestos gustos clasicistas", al menos así lo señala Andrés Trapiello. Nació en 1898 en Colindres (Santander) y algunos sostienen que fue legionario -lo apuntan José Carlos Mainer, en Falange y Literatura, y Julio Rodríguez Puértolas, en el primer tomo de Literatura fascista española-, aunque este aspecto no parece responder a la realidad. Más bien cabe pensar que sólo fue un admirador de este Cuerpo militar, como, corrigiendo su anterior apreciación, sostiene Mainer en La edad de plata (1902-1939), y también se desprende de las informaciones de otros críticos. Entre ellas, las suministradas por JOC en una reseña de Tras el águila del César en la Revista de Tropas Coloniales, donde se dice expresamente que Santa Marina nunca estuvo en la Legión. Licenciado en Derecho, escritor en diversos géneros y falangista de primera hora; organización de la que llegó a ser jefe en Barcelona durante los años anteriores al levantamiento de 1936. Se sublevó el 18 de julio, por lo que fue detenido por las autoridades republicanas y pasó la guerra civil encarcelado en diferentes penales barceloneses. Tras la

victoria de los sublevados en 1939, fue director de Solidaridad Nacional, hizo reaparecer la revista Azor, que volvió a dirigir, como ya había hecho en la primera etapa de esta publicación, de 1932 a 1934, y ejerció de procurador en Cortes. En años posteriores, parece ser que entró a formar parte, aunque más tarde que Dionisio Ridruejo y algunos otros falangistas de la primera época, del grupo de desencantados con las líneas de actuación política seguidas tras la victoria en la guerra civil, lo que le llevó a vivir en un semirretiro. Su trayectoria literaria abarca, además de sus múltiples colaboraciones en revistas, obras de muy diferente tipo. Junto a la aquí tratada, cabe mencionar Tetramorfos, de 1927, cuyo protagonismo recae en un ex combatiente de la guerra de Marruecos y mantiene una cierta comunidad ideológica y tonal con Tras el águila del César; libros de carácter histórico o biográfico, como Labras heráldicas montañosas (1928), Santa Juana de Arco (1929), Cisneros (1933), Italia, mi ventura. Últimas guerras del Gran Capitán (1944), Alonso de Monroy (1957) y Hacia José Antonio (1958). Libros de creación, como: Primavera en Chinchilla (1939), poesías que escribió durante su estancia en la cárcel; Perdida Arcadia, de 1952; Karla y otras sombras, de 1956 o Ada y Gabrielle, de 1959. Fue también prologista destacado de libros como: Se ha ocupado el Km. 6, novela sobre la guerra civil de Cecilio Benítez de Castro, buen ejemplo de las descarnadas ideas belicistas de Santa Marina; o del segundo volumen de Poesía heroica del Imperio, donde arremetía contra los falangistas desengañados, de los que más tarde él mismo formaría parte. Murió en Barcelona en 1980, ya completamente sumido en el olvido personal y literario. Para más información sobre su persona y su obra, pueden consultarse, entre otros libros, Literatura fascista española, vol. I, de Julio Rodríguez Puértolas, y Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939), de Andrés Trapiello.

SENDER GARCÉS, Ramón J(osé). Nació en Chalamera de Cinca (Huesca) el 3 de febrero de 1901 -aunque buen número de críticos e historiadores de la literatura han venido retrasando la fecha hasta 1902, error que comenta y aclara Francisco Carrasquer en su

introducción a la ya mencionada edición de Imán- y falleció en San Diego (California) el 16 de enero de 1982. Sus dedicaciones fueron el periodismo y la literatura. A partir de aquí limitaré el comentario a una sucinta semblanza de su relación biográfica y artística con el asunto de Marruecos, teniendo en cuenta que nos encontramos ante uno de los nombres capitales de la narrativa española del siglo XX y que su persona y obra han suscitado un enorme interés tanto en el ámbito nacional como en el internacional, lo que ha dado lugar a una amplísima bibliografía en varios idiomas, algunos de cuyos títulos aparecen mencionados en la bibliografía final de esta tesis.

En 1922 realiza el servicio militar, que entre 1923 y 1924 le mantendrá en Marruecos encuadrado en el Regimiento de Infantería de Asturias, conocido como Ceriñola 42, el mismo al que pertenecen algunos de sus personajes imaginarios, entre ellos Viance, el protagonista de Imán. En el ejército va ascendiendo hasta alcanzar el grado de subteniente de complemento. Allí, según revela el propio autor a Marcelino C. Peñuelas -en Conversaciones con Ramón J. Sender- entró "en contacto profundo con el pueblo español, el verdadero pueblo, obreros, campesinos." Durante esta obligada estancia en Marruecos no descuidó su vocación, llegando incluso a colaborar de forma esporádica en El Telegrama del Rif, con una serie de ocho artículos aparecidos entre el 28 de abril y el 27 de octubre de 1923 bajo el común título de Arabescos, según cuenta Vicente Moga Romero en el estudio introductorio que redacta para la edición melillense, publicada en 1990, de Cabrerizas Altas. El asunto de Marruecos y la contienda de los años veinte constituye, al igual que más tarde sucedería con la guerra civil española, uno de los motivos recurrentes en su obra de ficción: a él vuelve una y otra vez en diferentes momentos y etapas de su trayectoria de escritor. La cuestión ya le había inspirado, antes incluso de que sentase plaza como soldado en aquellas tierras, una primera y juvenil narración, Una hoguera en la noche, relato de fecha un tanto indefinida y que deja ver una notable idealización de Marruecos y de la milicia. Algo que ya puede darse por desaparecido en "Ben-Yeb el cobarde" y "El negro Tcho-Wak", un par de cuentos aparecidos en 1925 y 1926 respectivamente, cuando Sender había regresado a España y se

había reintegrado en la vida civil. Un poco después, en 1930, publicaría Imán, la que sin duda es su novela fundamental -y acaso la más lograda de cuantas se hayan escrito nunca en lengua española- sobre aquella guerra. Ya en años de madurez, en 1965, Marruecos y el ejército vuelven a inspirarle una muy notable novela breve, Cabrerizas Altas, publicada en México. Y aún en sus años finales retoma el asunto en otro par de ocasiones. La primera en una reedición muy modificada de Una hoguera en la noche, que apareció en 1980. La segunda en un relato con tangenciales referencias a la guerra marroquí, El jinete y la yegua nocturna, publicado en 1982 y del que no tengo noticias que hubiera visto la luz antes. Todas estas obras han sido examinadas en el cuerpo de este estudio, por lo que remito a ese lugar para una más amplia información. Tan sólo señalar que, a lo que puede verse, la experiencia del conflicto acaecido al otro lado del Estrecho en la década de los veinte quedó grabado con profundidad en la memoria y el ánimo del narrador aragonés. Pocos autores han dedicado tanto empeño y títulos a reconstruirlo.

UMBRAL, Francisco, seudónimo literario de Francisco Pérez Martínez. Nació en Madrid en 1935, aunque vivió su infancia y adolescencia en Valladolid, ciudad que junto con la capital de España goza de amplio reflejo en su obra. Su reconocido prestigio, junto a la vigencia y actualidad de su literatura, han dado origen a una abundante bibliografía, buena parte de ella diseminada en múltiples publicaciones periódicas, que convertiría en ocioso cualquier comentario por mi parte más allá de una concisa contextualización del motivo marroquí en el conjunto de su producción. Asunto que, por cierto, no figura entre los habituales del autor. La novela aquí comentada hay que inscribirla como un capítulo más de ese ya largo grupo de títulos que ha ido dedicando a la recuperación de la memoria colectiva en torno a la España que va desde los años veinte hasta nuestros días. Una de las varias parcelas que ocupan el quehacer imaginativo del escritor. Por consiguiente, hay que situar El fulgor de Africa junto a: Pío XII, la escolta mora y un general sin un ojo, 1985; Leyenda del

César Visionario, 1991; Madrid 1940, 1993; Las señoritas de Aviñón, 1995; o Capital del dolor, 1996.

VALERO, Eduardo. Nació en Madrid en 1957, según reza en la solapa de su novela Días de luz, lugar de donde extraigo la escasa información que poseo sobre su persona. Doctor en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid, desde 1981 se ha dedicado a la docencia en diversos institutos de bachillerato, y durante tres años ejerció en el Instituto Español de Alhucemas. Desconozco si ha publicado otras obras con posterioridad a la ya mencionada.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel. Nació en Barcelona en 1939. Su actividad literaria se ha repartido en casi todos los géneros conocidos y hasta podría decirse, sin la menor intención irónica, que en algunos otros que aún carecen de calificación. En cualquier caso, nos encontramos ante uno de los escritores de imprescindible mención en el panorama de la letras españolas de los presentes tiempos. Su figura y obra no necesita de introducciones por cercana y bien conocida para cualquier mediano interesado en cuestiones literarias. Y aunque la bibliografía -en lo que a libros se refiere- aún no sea muy abundante, su obra ha sido examinada con profusión en el elevado número de artículos y reseñas de prensa que a lo largo de los años ha suscitado. Todo ello, unido a lo ocasional de su alusión a la guerra marroquí, impone un comentario ceñido a esa circunstancial presencia del conflicto. Debida a que en aquella contienda tomó parte destacada Francisco Franco, el personaje de su biografía novelada. Una figura y una trayectoria que, no en su faceta de militar sino en la de dictador, sí pertenece al ámbito de habituales intereses de un escritor preocupado en casi cualquiera de sus escritos por el inmediato devenir histórico, por el poder y por la ética. Tres asuntos convocados en la Autobiografía del general Franco.

VEGA Y RUBIO, Luis Antonio (de). Nació en Bilbao en 1898, según señala Eugenio G. de Nora en La novela española contemporánea I; fecha que Quais Bakir Kamal retrasa hasta

1900, en El tema marroquí en la novela española contemporánea. Desconozco la fecha y lugar de su fallecimiento. A partir de 1926 dirigió la academia árabe de Larache y posteriormente la de Tetuán. Permaneció nueve años en Marruecos. Periodista y narrador, dirigió el semanario Domingo y colaboró en los diarios Marruecos, Gaceta de Africa y Heraldo de Marruecos, así como en la revista Africa. Desde 1925 escribió un buen número de novelas, algunas ambientadas en Marruecos: Primavera en Castilla, 1925; Como las algas muertas, 1938; La casa de las rosas amarillas, 1943; Espías sobre el mapa de Africa, 1943; La disparatada vida de Elisabeth, 1944; Yo le di mis ojos, 1952; El barrio de las bocas pintadas, 1952; Por primera vez en la historia del mundo, 1954; El amor de la sota de espadas, 1955; Sirena de pólvora, s.a.; etc.

VILALLONGA, José Luis (de). Nacido en Madrid en 1920 en el seno de una familia catalana de aristocrático linaje. Depositario del marquesado de Castellvell y Grande de España. Exiliado de la España franquista y afincado en París desde 1951. Su dedicación profesional se ha repartido entre el periodismo, el cine, la literatura y hasta ocasionalmente la política. En el primer terreno, comenzó colaborando en algunas cabeceras desde los 18 años, y tras su regreso a España lo ha hecho en diarios como El Periódico, El País, La Vanguardia o ABC, y en revistas como Interviú, Panorama o Vogue. Además de escribir guiones para el cine, ha participado como actor en buen número de películas bajo la dirección de prestigiosos realizadores como Federico Fellini, Louis Malle o Blake Edwards. En su faceta política, fue portavoz en París de la Junta Democrática de España en los días de la transición española. Su amplia obra literaria, la mayor parte de la cual está escrita en lengua francesa, comenzó con la publicación de la novela Las Ramblas terminan en el mar (1953), a la que siguieron títulos como: Solo, Fiesta, Furia, La caída, Allegro bárbaro, o El gentilhomme europeo, entre otras muchas. En 1993 apareció el título que hasta el momento más popularidad le ha reportado, El rey. Conversaciones con don Juan Carlos I de España, perfil biográfico del monarca realizado a instancias de un proyecto editorial francés -publicado en

esta lengua bajo el título Le Roi, y más tarde traducido al español por Manuel de Lope-, que se convirtió desde su aparición en España en uno de los mayores *best sellers* del panorama bibliográfico nacional de los últimos tiempos. En 1994 le fue concedido el rango de Oficial de la Legión de Honor por su obra en francés.

ZAHONERO, José. Según la semblanza biobibliográfica que de él ofrece Federico Carlos Sáinz de Robles en La promoción de "El cuento semanal". 1907-1925, nació en en Ávila en 1853 y murió en Madrid en 1931. Se licenció en Medicina y Derecho. A decir del historiador fue "republicano anticlerical y naturalista empedernido durante su juventud. En 1896 se convirtió sinceramente al catolicismo, llevando una vida ejemplar y negándose a reeditar sus primeras novelas." Entre sus obras se cuentan títulos como: Novelas cortas y alegres, El polvo del camino, Contigo...pan y cebolla, La carnaza, Barrabás, Carne y alma, Fray Muñeira, Mi mujer y el cura, El señor obispo, Cantarín cautivo, Cuentos quiméricos y patrañosos, etc.